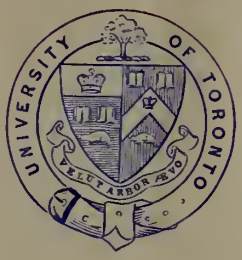
3 1761 09544758 7

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LS
F3674me

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

MEN RODRIGUEZ

DE SANABRIA,

(MEMORIAS DEL TIEMPO DEL REY DON PEDRO EL CRUEL.)

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL

DE

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MADRID.
GASPAR Y ROIG, EDITORES, PRÍNCIPE, 4.
1853.

45796 9
10. 2. 47

MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA,

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL

DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

El Peregrino.

El dia 7 de mayo de 1358 á la caida de la tarde, de entre el revuelto laberinto de callejas del barrio de San Bernardo de Sevilla, salió un peregrino con muceta de buriel, sombrero anchísimo de fieltro, sandalias de cuero y un largo bordon en la mano, que mas le servia de distintivo que de apoyo, puesto que parecia robusto y marchaba de una manera desembarazada y rápida.

La edad de este hombre podria contarse, segun las apariencias, entre los veinte y cinco y los treinta años; su fisonomía era ruda, su mirada rápida y observadora, y su continente no muy humilde: á mas de las conchas, distintivo de su peregrinacion, llevaba sobre la muceta una estampa de pergamino en que se veia pintorreada una Vírgen; y al ver aquella imágen, los transeuntes le cedian el paso, esclamando:

—Es un santo peregrino de Nuestra Señora de Rocamador.

Algunas veces una mano piadosa le mostraba algunos maravedises, y el peregrino, componiendo su semblante y remitiendo con voz humilde á Dios la paga de la limosna, la besaba, la sepultaba bajo su muceta, y seguia á gran paso su camino.

Detúvose, sin embargo, en una ancha calle, y delante de la puerta de una casa que tendremos ocasion de describir mas adelante. Aquella calle se llamaba la calle del Comendador; y aquella casa la del arcediano de San Gil, don Jofre Diaz de Astorga.

Hoy no existe la casa, la calle ha variado de plano y de nombre, y respecto á ella solo podemos decir, que correspondia á la que hoy se llama de Per Alfan de Rivera.

Y no era ciertamente la magnificencia de la casa, ni la opulenta servidumbre del arcediano que vagaba en su atrio, lo que habia escitado la atencion del peregrino, sino un hermosísimo pajecillo bizarramente vestido con un jubon de seda leonado, unas calzas atacadas á dos colores, azul y rojo, y unos borceguíes de cuero de Córdoba; el tal paje parecia contar quince años, tenia unas brillantes guedejas rubias, peinadas en bucles; unos ojos picarescos y un tanto libres, del color del fondo del mar, es decir, de un verde oscuro, y una tez blanca, rosada, aunque un tanto basta y cu

bierta de ese bozo imperceptible casi, que se nota en las organizaciones vigorosas. Era espigadillo, pero en su cuello, sus brazos y sus piernas se notaba cierta robustez que podia parecer exagerada en un niño. El paje, si se nos permite la frase, era un angelon hermosísimo, un tanto vulgar, si se quiere, otro tanto malicioso, y al parecer mas de tres tantos diabólico.

Desde antes de que llegase al dintel de la casa del arcediano, acompañando á una reverenda dueña, el paje habia reparado en el peregrino de una manera visible, y de igual modo el peregrino habia reparado en el paje. Cruzóse entre los dos una mirada de inteligencia, y el niño se detuvo á la puerta, mientras la dueña, en paso lento, entraba en el átrio haciendo sonar las camándulas de su larguísimo rosario.

—¡Dios os guarde y os bendiga, señor Florisman! le dijo el peregrino acercándose á él. ¿Sabeis que estais hermosísimo rapaz? ¿De dónde venis, hijo?

—Me ha tocado por mi desgracia acompañar en sus devociones á la señora Genoveva, contestó el paje guiñando maliciosamente un ojo al peregrino.

—¿Y llamais desgracia el frecuentar la casa de Dios? repuso este.

—No en verdad: la desgracia consiste en acompañar á la dueña.

—No creo que tengais motivos para quejaros de ella, señor Florisman: que bien sé yo que os deja hacer vuestros gustos.

—¡Mis gustos! hermano Pedro, dijo suspirando el paje; bien sabeis que el señor arcediano nos escatima las horas de placer, deteniéndonos mas de lo justo á su lado. ¿Cuando se acabará esto? Tengo deseos de ser libre; os lo he dicho mil veces y de todo corazon, hermano Pedro. Vos me habeis prometido emplearme mejor, y bien sé que podeis. Hacedlo pronto por Dios, porque me fastidio, me muero.

—¿Venis de ver á vuestra abuela?

—¿Y bien, porqué lo decis?

—Siempre que veis á esa bruja os encuentro gruñon y descontentadizo.

—¡Señor Florisman! ¡señor Florisman! dijo en aquella sazon la vieja que al llegar á la puerta interior de la casa habia echado de menos al paje; ¿con quién andais en conversacion, mancebo, que así os rezagais olvidando vuestras obligaciones?

—Es verdad, madre Genoveva, dijo el paje volviéndose á ella: me he olvidado de que la antigüedad de vuestras piernas necesita de mi brazo; pero estaba saludando á este santo peregrino.

—¡Ah! ¿de un peregrino se trata? dijo la dueña volviendo en paso tardo; y ¿quién es, que mis ojos no alcanzan desde aquí á conocerle?

—¿Quién ha de ser sino el hermano Pedro?

—¡Ah! ¡es verdad! ¡guardeos Dios, santo varon! ¿Cómo es que os vemos á estas horas y por estos sitios?

—Voy á hacer una obra de caridad, buena madre.

—¡Ah! ¿y dónde?... En verdad que la miseria y las penas la salen á una al encuentro por todas partes.

—Voy hácia el alcázar.

—¡Ah!

—Parece que no se encuentra pan en Sevilla, y yo voy á buscar pan para los pobres.

—Bien hecho, muy bien hecho... ello es que yo me he venido antes de tiempo de la iglesia mayor; creo que esta noche tendremos motin.

—Se aprieta demasiado, mas de lo justo, dijo con cierta entonacion particular el peregrino. Pero ¡bah! tenemos...

—Un rey que solo mira por sí...

—Y unos nobles y unos señores que se cuidan muy poco de los demás como no sea para azotarlos.

—¡Hermano! ¡hermano! ¡ved donde estamos!

—Tambien veo, allá abajo en la casa del Ecce-Homo (y el peregrino señalaba una casa situada en el estremo de la calle) gentes que murmuran y se escandalizan. Como que dicen que Sancho Zapata, el padre de *Beatriz la hermosa*, está sin enterrar por no haber dejado á su muerte el dinero suficiente para pagar su sepultura.

—¡Vamos, vamos, señor Florisman, entrémonos! este buen Pedro no se muerde la lengua para decirlo todo y en todas partes: id á hacer vuestra obra de caridad, hermano, y dejadnos por aquí en paz.

—No creo que haya mucha.

—¡Cómo!

—El señor Florisman se queja de que el arcediano le hace servir demasiado, y esto no es justo: bien sabeis que os le tengo recomendado: si esto sigue así, me veré en la precision de buscarle otro amo, si es que vive mucho tiempo don Jofré Diaz.

—Todavía no tiene cincuenta años, y está orondo y fresco á Dios gracias.

—Como se dé mucho á no enterrar pobres podrá acontecer que el mal olor de los muertos perjudique á su salud. El señor arcediano está enfermo.

—¡Cómo! ¡enfermo!

—Y de peligro. ¡Un motin! ¡Un muerto sin enterrar! ¡Hum!

—¡Quedad con Dios! ¡quedad con Dios, señor Pedro! Afortunadamente nadie nos ha oido; pero tened mas prudencia otra vez. ¿Vendreis esta noche por el muerto á cantarnos villancicos?

—No, pardiez.

—El señor Pedro parece muy ocupado, buena madre, dijo con cierto retintin malicioso el pajecillo; pero afortunadamente nosotros tenemos ocupacion por aquí.

Dicho esto el paje volvió la espalda al peregrino, arrastrando consigo á la dueña; y el hermano Pedro, cuyos ojos centellearon al recibir la mirada intencionada que acompañó á las últimas palabras de Florisman, volvió la espalda y tomó la calle adelante murmurando:

—¡Tienes ocupacion! ¡bien! ¡Yo te juro por mi patrona de Rocamador que mañana no la tendrás!

Lo amenazador y lo ronco del acento de estas palabras mas parecian pertenecer á un bandido que á un penitente; pero nadie las habia oido, y los transeuntes seguian reverenciando y dando limosna al peregrino.

Este siguió las calles adelante, no sin prestar grande atencion al aspecto que presentaba la ciudad: á medida que se internaba en los barrios populosos, notaba cierta animacion de mal agüero; las puertas de las panaderías estaban cerradas y el pueblo se agolpaba á ellas, llamaba con fuerza, y en algunas partes se pedia á gritos pan.

—¡Bien! ¡bien! decia el peregrino para sí; el asunto está perfectamente preparado; si á mí me conviniera le dejaria correr... pero no... ese arcediano me punza... yo no creí nunca llegar á este estado... adelante... he formado una resolucion, y no retrocederé... otro responderá por mí; he allí el alcázar... adelante.

Apresurando el paso, favorecido por sus hábitos de peregrino, pasó bajo el pórtico del alcázar, sin que la guarda le impidiese el paso; entró los patios adelante atravesó una y otra galería sin impedimento; pero al llegar á cierto lugar donde ya daban la guarda los ballesteros de maza del rey, se le atravesó uno de ellos por delante.

—Dios os guarde, señor Juan Diente, le dijo el peregrino.

—¿Quién sois? no os conozco, le dijo con recelo el ballestero.

—Basta que os conozca yo y que sepa que sois un leal servidor de su señoría.

—¿Y qué quereis? contestó con sequedad Juan Diente.

—Entrad este papel al señor rey.

—¿Y este papel?...

—Entrádselo.

El ballestero dió algunas vueltas al papel, miró con fijeza al hermano Pedro, y luego se volvió brúscamente y en silencio, y desapareció por la puerta de una cámara inmediata.

Instantáneamente apareció de nuevo y dijo al peregrino.

—Su señoría el rey os manda entrar.

Entró el hermano Pedro, salió Juan Diente y se puso á pasear con la maza al hombro por delante de la puerta. Aun no hacia un cuarto de hora que el peregrino estaba dentro de la cámara real, cuando se abrió la puerta y apareció en ella un caballero como de veinticinco años, armado de todas armas, la vesta blasonada y enlazado un yelmo de guerra.

—¡Olá, Juan Diente! dijo con imperio pasando junto al ballestero que le siguió: reunid todos los ballesteros de maza que están en el alcázar y en las Atarazanas, y á la torre del Oro. Esperad allí al señor ballestero mayor.

El caballero pasó adelante, y al encontrar á otro hidalgo ya entrado en años y armado como él, le dijo:

—Señor Ferrandez de Toledo, haced armar á los escuderos hidalgos y á las lanzas que vinieron esta mañana de Carmona, y tenedlos apercibidos dentro del alcázar.

—Ya decia yo que por algo se nos habia hecho cargar con los arneses, señor Juan Tenorio. ¿Y qué es ello?

—Una intentona, un motin segun he llegado á entender, y quedad con Dios. El rey me manda ir en busca del infante don Juan de Aragon y tenerlo á la vista en el castillo de Triana. ¡Ah! me olvidaba: enviad al castillo á Pero de Cañizares con esta órden, y que la entregue al señor Pero Lope de Padilla que está allí esperando órdenes del rey. Y quedad con Dios.

—El os acompañe, aunque creo que os basta por acompañamiento vuestra alegría.

—Qué quereis; paréceme que tendremos algunas justicias... de traidores.

Y el señor Juan Tenorio, repostero mayor del rey, apretó enérgicamente la mano al guarda mayor de su señoría el señor Gutierre Ferrandez de Toledo, se encaminó con paso rápido al patio del alcázar, montó en un caballo que le tenian dos escuderos y salió.

Poco despues un escudero salió tambien del alcázar, atravesó la ciudad al galope y entró en Triana.

CAPITULO II.

El Trovador.

Por aquellos momentos, se bajó el puente del castillo de Triana, se abrió el rastrillo, y salió un hombre que se puso á pasear con la cabeza inclinada sobre el pecho y en ademan meditabundo por delante de las barreras.

El aspecto de este hombre era el de un hidalgo de buena casa, su traje de paño á dos colores azul y rojo, en forma de vesta, cubria un gambax de mallas, y llevaba defendida la cabeza con una gorra ó capellina del mismo género. Vestia además unas gruesas calzas de lana encarnadas y unos fuertísimos zapatos de ante con hebillas de hierro. Era fornido, atlético, de mirada rápida, sesgada y dura con la que se armonizaban unas facciones prominentes y morenas, orladas de una revuelta y poblada barba negra, y cubiertas por una voluminosa cabellera. Todo en él demostraba fuerza, y si acerca de ella se hubiera dudado, hubiera bastado para desvanecer la duda, lo largo, pesado y fuerte de la espada, que, pendiente de un talabarte de cuero hervido, llevaba al costado.

La edad de este hombre representaba treinta años, y su semblante un alma dura, recelosa, intencionada, dispuesta á todo.

En el momento en que le presentamos á nuestros lectores, parecia pensativo é impaciente. De vez en cuando lanzaba una mirada rápida á la desembocadura de un camino que se abria en una alameda estendida á dos tiros de ballesta delante del castillo, y no encontrando el objeto que sin duda buscaba, volvia á su paseo mas impaciente, mas pensativo.

Era á puestas del sol: el cielo estaba radiante, con eso color azul fuerte, que ostenta durante la primavera sobre esa tierra privilegiada que se llama Andalucía: las copas de los árboles, cortando los rayos verticales del sol, se proyectaban de una manera vigorosa sobre los muros del castillo, cuya parte superior estaba iluminada con una luz fuertemente rojiza.

En la estension del terreno comprendido entre el bosque y el castillo que, cubierta de un tupido y menudo cesped, parecia una alfombra de terciopelo, no se veia á nadie mas que al meditabundo paseante, ni en el castillo aparecia un solo guarda, aunque era de presumir la existencia de un ballestero tras cada una de sus saeteras. El puente, que se habia bajado para dar salida al incógnito, se habia levantado instantáneamente y todo habia quedado en reposo.

Para esplicar la soledad que rodeaba al castillo de Triana, bastará indicar que era objeto del terror de la plebe que se estremecia de espanto al solo nombre del rey Don Pedro, y sabia demasiado que era imprudente el acercarse á cualquiera de los lugares murados de su pertenencia, á los que bastaba mirar de una manera curiosa para ser encerrado en ellos: sabíase ademas que era muy fácil pasar vivo sobre el puente y bajo el rastrillo de cualquiera de aquellas negras fortalezas, pero no era muy comun el que se saliese de ellas como se habia entrado, pudiendo darse por satisfecho el que solo se dejaba dentro las manos, las orejas, la lengua ó los ojos.

Esta opinion general, que parece ennegrecer el carácter del rey don Pedro, si se estudian bien aquellos tiempos, no representaba otra cosa que lo brutal de la lucha en que aquel rey se veia empeñado contra sus grandes vasallos: el recelo habia llegado á convertirse en costumbre, puesto que, rodeado el trono de Castilla por la traicion, obligado don Pedro á romper á cada paso tramas tenebrosas, se veia reducido á desconfiar de todo. Sin embargo, el pueblo, que no profundiza mas allá de lo que está buenamente al alcance de su inteligencia, al contar las mutilaciones de miembros y las decapitaciones de nobles que, al noveno año del reinado de don Pedro, habian llegado á un guarismo tremendo, le apellidó el cruel y el justiciero; dando á entender con esta última frase que es una locucion antigua, que el rey hacia demasiadas justicias, ó, como diriamos en nuestros dias, que era terriblemente ajusticiador.

Esta y no otra era la razon de la soledad que se notaba al rededor del castillo de Triana; demasiado sombrío por otra parte para no imponer respeto por sí mismo. Era una de aquellas fortalezas árabes con restauraciones bizantinas, tan comunes en aquel tiempo: las torres de argamasa habian sido coronadas con almenas y matacanes de piedra, y el lento paso de los años con sus vientos y sus aguaceros habia dado á sus muros ese color monumental que es en los edificios lo que el orin en las espadas: no se abria en él ni una sola ventana al esterior: su poterna era estrecha y el espesor de sus muros, taladrados acá y allá con algunas saeteras en forma de cruz, hacia pensar en lo espantoso de sus fuertes mazmorras. La fortaleza de Triana, en fin, era un gigante perpétuamente armado para el combate; y con la visera calada por decirlo así, plan-

tado á la márgen del rio opuesta á Sevilla, como una guarda avanzada. Aquel mismo castillo, como si su destino hubiese sido imponer temor, fue algunos siglos adelante el lugar en donde se instaló el Santo Oficio en Sevilla. El tiempo mas poderoso que la tiranía y el fanatismo, sentenció á su vez aquel tétrico edificio, y hoy seria aventurado pretender señalar con exactitud el lugar donde estuvo.

Pero en 1358, conservaba sus cuatro torres angulares, cuadradas y macizas; su torre de honor ó del homenaje; los robustos cubos que defendian su rastrillo; su profunda caba ó foso; su empalizada y sus barreras; guardábanle buenos hombres de armas y se mostraba en perfecta armonía de aspecto y de rudeza con el hombre que habia salido de él, y que se paseaba en su esplanada.

A medida que la noche adelantaba se hacia mas sombrío el castillo, mas sensible la soledad y mayor la impaciencia del paseante. Llegó un momento en que aquel hombre se detuvo, miró por la centísima vez á la embocadura de la senda, y decidiéndose sin duda por un pensamiento nuevo, se encaminó en paso largo hácia ella, pero á poco espacio se detuvo y puso mano á su espada: un ginete adelantaba al trote y poco despues apareció por una revuelta de la senda.

—¿Quién va? esclamó el que esperaba.

—¡Del rey! señor Pero Lope de Padilla, contestó el ginete.

—¿Y qué me quiere su señoría?

—El señor Gutierre Ferrandez de Toledo, me ha dado de órden del rey este pergamino para vuesamercé.

Pareció contrariar á Pero Lope este incidente puesto que volviéndose al ginete le dijo con marcadas muestras de enfado:

—¿Y os piden contestacion de esto, señor Lope de Cañizares?

—Me han encargado solamente que lo que en esa cédula se contiene sea obedecido antes de la queda. Y adios porque hago una notable falta en otra parte. Adios pues, señor Pero Lope.

—El os guie, señor Lope de Cañizares.

El ginete revolvió su caballo, tornóse al galope por donde mismo habia venido, y Pero Lope de Padilla tomó otra senda del bosque que se encaminaba al rio.

—Parece que todo se conjura para ponerme en un verdadero conflicto, murmuró; adelante pues; suceda lo que quiera, de todos modos creo que si no muere pronto ese hombre, acabará por quedarse solo en Castilla: tarde ó temprano me hará travar conocimiento con Juan Diente. Con todo aun me quedan dos horas.

Mientras murmuraba esto el hidalgo habia llegado á un claro del bosque y distraido en sus pensamientos en vez de tomar por la senda que encaminaba al rio, tomó por la derecha y se aventuró en ella, á largo paso y cada vez mas meditabundo.

De repente un ruido sordo, contínuo, retumbante, le arrancó de su meditacion: habia cerrado la noche, hacia una luna clarísima, y entre el silencio, que era profundo, solo se escuchaba el ruido que hemos indicado que era muy semejante á un derrumbe de agua: pero en vez de aterrarse como el escudero del ingenioso hidalgo, gloria de la Mancha, en la aventura de los batanes, se detuvo, reconoció su error y se volvió: pero en aquel momento mas allá de la espesura resonó la melancólica armonía de un laud, y luego una voz varonil, pero sonora, entonó el romance siguiente:

Hermosa dama que velas
tu noble linaje en vano
de negro mongil sombrío
y burdo sayal debajo;
La de los rubios cabellos;
la de los ojos tiranos,
que si miran dan la muerte,
y muerte dan desdeñando:
Cantor soy, que á la ventura
como los pájaros vago,
y de lides y de amores
horror y dulzuras canto.
Si te ví no me castigues
con tu desdén, que á tu paso
con voluntad no me puse
ni el no verte fue en mi mano.
Si de amores te requiero,
si enamorado te llamo,
antes que yo muchos otros
sin duda amor te han brindado.
Que es prenda de la hermosura
y de la modestia lauro
enamorar sin quererlo
y premiar amores castos.
Noble soy aunque me miras
cubierto de humildes paños,
y aunque errante me contemplas
tengo solar, y preciado.
Sal á tus rejas, señora,
y no permitas que en vano
mis trovas á tí se eleven
que con el alma te llamo.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡señor trovador! dijo para sí Pero Lope de Padilla, en hora negra os habeis enamorado de la de los rubios cabellos y el negro mongil. ¡Pardiez! ¡Si será! ¡Si es, mejor! ¡Diablo! he aquí una verdadera aventura. Aquello de que no hay mal que por bien no venga, suele ser á veces una verdad: ello es que he perdido media hora con haberme estraviado, pero paréceme que de aquí he de sacar algo de provecho. ¡Ola! ¡ola! Parece que la ferrería está mas guardada que lo que era de presumir, y que hay quien cuida de la paloma.

Las últimas palabras de Pero Lope hacian referencia á una escena que tenia lugar á poca distancia de él, mas allá de la espesura, en el sitio en que se encontraba el cantor, á cuyo canto nada habia respondido por el momento; pero poco despues un hombre embozado habia aparecido saliendo de la penumbra de la casa, y habia entablado un diálago poco cortés con el músico.

—Ni aquí hay damas, vergante, le dijo, ni si las hubiera estarian tan á tras mano, que pudieseis alcanzarlas vos, seor pájaro desplumado: así, pues, y si quereis evitar el mal que pudiera aveniros, trasladad el compás á vuestros piés y no pareis hasta diez leguas á la redonda.

—Si como sois insolente, contestó todo agrio el músico, fuerais cortés, podria creerse que erais un buen guardador de damas: pero siendo tal cual sois, no haré con vos mas de lo que haria con un perro que me ladrase.

—Pudiera acontecer que el tal perro, siguiendo vuestro insolente dicho, mordiese, seor vagabundo.

—Y bien: entonces no me contentaria con lanzarte lejos de mí de un puntapié, sino que me valdria de otra punta.

—Pues bien, he aquí que el perro muerde.

Pero Lope de Padilla, oyó seguidamente un golpe seco, como si el músico hubiera parado con su laud una cuchillada, luego el ruido de los pedazos arrojados por tierra, y despues un grito terrible de dolor, al que sucedieron algunos otros mas apagados, despues de lo cual todo quedó en silencio por un instante.

Al poco espacio, un jóven, pintorescamente vestido con el traje de los trovadores provenzales, pasó precipitadamente por delante de Pero Lope, y se hubiera perdido en el bosque á no ser porque este se puso en su seguimiento:

—¡Eh! ¡mancebo! ¡eh! le dijo: hacedme la mer-

ced de no andar tan de prisa sino quereis ya que piense que huís, lo que por otra parte no os serviria de mucho.

Detúvose el músico al oir estas palabras, y el hidalgo pudo llegar hasta él.

—¿Qué me quereis? dijo el detenido.

—¡Pardiez! ¿qué os quiero? acabais de matar un hombre, amigo mio.

—Ese hombre me ha insultado y me ha acometido, contestó con firmeza el músico.

—Sí, pero no todos, como yo, han podido ser testigos de vuestra contienda : teneis las manos ensangrentadas, habeis dejado atrás un muerto, y en el bosque de Triana, es mucho mas fácil encontrar un ballestero que una liebre : creedme; volvamos al sitio, veamos que clase de hombre es el difunto, borremos el rastro, y sobre todo lavaos las manos. Sin saber por qué me intereso por vos. Vamos, pues, que luego que cumplamos con lo que es prudente hacer, tendremos lugar de entendernos.

Miró el jóven, que el músico lo era vigorosamente, á Pero Lope y le dijo acentuando sus palabras:

—¿Sois criado del rey don Pedro?

—Soy tu ballestero mayor ¿Y vois qué sois, galan?

—Soy montañés.

—¿Cómo os llamais?

—Men Rodriguez de Sanabria.

—Decíais bien en vuestra trova : teneis solar, y solar muy conocido. Y ¿á que habeis venido á Castilla?

—Quede eso para luego, dijo Men Rodriguez, y puesto que creis prudente.....

—Sí por Dios... en esta tierra, cuando se está solo, no puede asegurarse si un momento despues no se estará bien acompañado. Habeis venido en mal tiempo, y os habeis parado con vuestros amores en peor lugar. Guiad al sitio de la riña.

Men Rodriguez desandó lo andado, siguióle Pero Lope, y saliendo del bosque se encontraron en un terreno abierto, inundado por la luz de la luna. Un ancho horizonte, perdido en la blanca niebla de la noche y atravesado por el Guadalquivir, que brillaba á trechos entre los árboles que orlaban sus riberas, se estendia en un espacio de muchas leguas, y cerca del bosque sobre una misma línea paralela á él, se veian dos edificios, entre los cuales solo mediaba la distancia de un tiro de ballesta. El mas próximo al lugar en que se encontraban Pero Lope y Men Rodriguez era un casaron denegrido, con puntiagudos techos de retama en uno de cuyos lados volteaba una enorme rueda, á impulsos de un cauce que se desprendia de una presa del Guadalquivir, y que despues de alzarse en su caida en una hirviente espuma, se prolongaba mansamente en una ancha azequia, que atravesaba la distancia que separaba á la ferrería del otro edificio, y le servia de foso, corriendo despues y agotándose en el riego de la campiña.

El otro edificio era una de esas abadias-fortalezas tan comunes en la edad media, en las que los botareles del templo cristiano se levantaban sobre las almenas de fuertes y macizas torres. Fuera del recinto murado ó de guerra, por decirlo así, de la abadía, se levantaba un tapial fuerte que contenia en una gran estension, una huerta, segun podia juzgarse de las oscuras fronderas de los árboles que se levantaban sobre aquellas tapias. Aquel edificio aparecia á la luz de la luna de una manera fantástica, reflejando destellos mates de las cúpulas de su campanario y de su abside: le envolvia un profundo silencio y no daba otras muestras de ser habitado que el reflejo de una luz que surgia á través de una de las ventanas abiertas en el muro de la iglesia.

Nada de esto que acabamos de indicar ocupó ni por un momento la atencion de los dos hombres, que se dirigieron á un punto en el cual sobre un charco de sangre habia tendido un hombre.

Pero Lope se inclinó sobre él y, á la luz de la luna, pudo ver perfectamente su semblante.

Apesar de haberle desfigurado la agonía, quedaba en él una espresion feroz y algo de salvaje en sus ojos, vidriosos y mates por la muerte: vestía un sayo de ante, calzas azules, borceguies de gamuza, y un coselete fuerte y reluciente; un casco redondo, parecia arrojado junto á él, su mano derecha apretaba de una manera crispada la espada que tan inútil le habia sido para defenderle, y por su boca fuertemente contraida salian con dificultad algunas gotas de sangre.

—¡Alvaro de Parreño! murmuró para sí Pero Lope que habia hincado una rodilla en tierra y examinaba atentamente el rostro del cadáver: sí, le reconozco bien: este es aquel escudero asturiano, á quien el conde don Enrique envió hace cinco años al rey cuando sus bodas con doña Blanca... sí, sin duda, por cierto que se me pasaron entonces grandes ganas de domesticar á este animal salvaje.

Y volviéndose á Men Rodriguez le dijo:

—Estoy seguro de que el rey os tendrá en merced lo que habeis hecho.

—Tanto mejor; porque solo vengo á Castilla á servirle.

—Para servirle bien, será preciso que oigais, veais y calleis. Os importa mucho decir que no me conoceis, y callar todo lo que aquí ha pasado, por mas que creais mas adelante que el decirlo pueda ser en provecho vuestro.

—En cuanto á callar, de tierra vengo en donde se hace mas que se dice; se escusan palabras ociosas y se ahorran mentiras.

—Eso será bien que hagais, contestó Pero Lope abriendo la escarcela de Alvaro de Parreño, y sacando un pergamino enrollado que guardó en la suya. El registro no dió mas resultado que hallar una bolsa con algunos florines de oro, que el ballestero mayor se guardó sin escrúpulo, y un pomo de estaño que puso en la escarcela junto al pergamino, despues de lo cual invitó á Men Rodriguez á que le ayudase: partió con él la carga del muerto, le condujeron al rio y dieron con él por debajo de la presa, despues de cuya brevísima sepultura, arrojaron á la azequia el casco, los restos del laud y la espada del difunto.

—Hemos concluido, amigo mio, dijo Pero Lope, os habeis lavado las manos, estais tal como si nada hubiera acontecido, y yo hago falta en otra parte: seguidme.

Men Rodriguez siguió á Pero Lope que tornó atrás, y empezó á andar con paso rápido y en silencio : el montañés callaba tambien asombrado por el recuerdo del acontecimiento que acababa de tener lugar : por mas que hubiese sido provocado y acometido, influia en su alma de una manera terrible el recuerdo de aquella sangre: acaso la derramaba por primera vez, y á pesar de lo feroz de aquellos tiempos no era aventurada esta opinion, puesto que era muy jóven, y en su semblante se notaba aun esa espresion de paz y de confianza que representa un alma que no tiene dolores ni crímenes que recordar.

Durante un breve espacio entrambos guardaron silencio : pero al llegar Pero Lope á la encrucijada de donde partia el camino que hubiera debido seguir segun sus intentos, se detuvo de repente y preguntó al jóven:

—¿Cuánto tiempo hace que habeis llegado de Leon?

—Quince dias, contestó el mozo.

—Y en este tiempo no habeis podido ver á su señoría.

—Creo que en Sevilla no se conoce del rey don Pedro mas que el nombre: cuando me he presentado en las puertas del alcázar los guardas me han despedido, no he logrado pasar del zaguan de las casas de los caballeros que le sirven de cerca, y cuando he preguntado en Sevilla por el rey, me han mirado con estra-

ñeza como si hubiera preguntado por el gran Tamerlan de Persia. Nadie le conoce me han dicho : el rey don Alonso su padre, tenia siempre abierta su cámara para sus vasallos, acompañaba á Dios vivo y resplandeciente en la procesion del Santísimo *Corpus Cristi*, y á su divino cuerpo en la del Viernes Santo; todos le conociamos, todos le amábamos : pero preguntad á un pechero de Sevilla si conoce al rey... jamás se le vé.

—Pero se le siente, dijo con intencion Pero Lope.

—Sin embargo, ¿por qué se recata un rey de tal manera de sus vasallos? Os aseguro señor ballestero mayor, que esto ha sido mucha parte para que yo no encuentre muy noble el servir á un señor que cuando tanto se recata, debe ser por temor, ó por propension á lo tenebroso... yo quiero un rey que acometa de frente, que muestre el rostro al peligro, que le venza ó que caiga con honra.

—Será necesario si os encontrais bien con vuestra cabeza que os olvideis en la córte de la ruda franqueza de vuestras montañas. En la córte no debe jamás decirse lo que se siente, ni se debe sentir mas que lo que conviene. Si habeis pensado una cosa del rey de Castilla, y encontrais otra obrad como mejor os convenga, pero tened cuenta con vuestras palabras: pudiera oirlas ese mismo tremendo rey, á quien habeis buscado en vano, y que acaso acaso habreis tenido muy cerca de vos. El rey gusta de los trovadores, sobre todo de noche, en el campo y á la luz de la luna.

—Y bien : lo que digo del rey á sus espaldas lo diria delante de él.

—Ved ahí una valentía que no pasa de ser una necedad... vamos, mi valiente montañés, creo que con vos podremos hacer algo de provecho, solo conque os corrijais un poco: yo me encargo de que veais al rey; entonces variareis de opinion : es un bravo mancebo ¡vive Dios! algo duro, un poco terrible, impaciente asaz y bravo como un leon. No es culpa suya, el que las infamias de los que continuamente le cercan le hayan hecho receloso... ¿De quién puede fiarse despues de la traicion de Toro y de los amaños de don Juan Alonso de Alburquerque que le obligaron á casarse mal su grado con una mujer que no ha traido mas que conflictos á Castilla..?

—Dicen que abandonó á los tres dias de casado á la reina doña Blanca...

—Cosas son esas que no están á vuestro alcance.

—¡Bah! al alcance de todo el mundo está que si ha despreciado á doña Blanca de Borbon, ha sido por hechizos y malas artes de su manceba doña María de Padilla.

—¿Eso dicen..? esclamó Pero Lope mirando profundamente de alto á bajo al jóven : pues dicen bien; escepto en lo de las malas artes : doña María de Padilla es una dama demasiado hermosa, demasiado buena, para que el rey no se sienta hechizado por sus encantos y por sus virtudes. Conocereis tambien á esa señora, nos conocereis á todos y entonces podreis juzgar. Entretanto decidme, puesto que solo para haceros algunas preguntas me he detenido : ¿ conoceis á la dama que vive en la ferrería?

—La ví hace algunos dias paseándose delante de ella, en compañía de un mecánico.

—¿Y es hermosa?

—Como un sol.

—Paréceme que digisteis en vuestro romance que vestia hábito y mongil.

—Así es la verdad.

—¿Y á pesar de sus apariencias la tuvísteis por dama noble..?

—Y rica.

—En lo rica habeis acertado, porque María la hija de maese Pedro el armero, es una de las villanas cuyo dote es mayor en Sevilla. Maese Pedro, hace magníficas armaduras, amigo mio, de buen hierro de Vizcaya, á prueba de pica y hacha. En estos tiempos de guerras y cuchilladas el comercio de armas es un gentil comercio y nuestro hombre ha sabido convertir el hierro en oro. Pero es estraño que hayais visto á María, lo que me asegura de que estais de suerte para esto de aclarar misterios. Esa mujer es tan invisible como el rey, tiene como él algo de misteriosa y aun se asegura que viéndola á ella, se está muy cerca de ver á don Pedro. ¿Y qué os pareció el mecánico que la acompañaba?

—Mucho será que bajo su sayo pardo y sus calzas de lana no se encubra...

—Vamos, creeis que el tal mecánico, es lo menos un rico-hombre.

—No tiene un villano la mirada tan altiva, el continente tan grave... el leon conocerá al leon aunque esté cubierto enteramente con una piel de jumento, y del mismo modo un noble conoce á otro noble.

—¡Ya! y vos que vísteis ó creísteis ver misterios, vos, que teneis espíritu aventurero, os enamorásteis de la dama... creo que del mismo modo os hubierais enamorado aunque hubiera sido fea... me parece que la estoy viendo: mediana estatura.

—Así es.

—Talle gentil.

—Es verdad.

—Cabellos rubios como el oro...

Men Rodriguez suspiró.

—Ojos negros, grandes, melancólicos, fijos cuando miran; desdeñosos cuando notan que otros ojos se fijan en ellos.

—¡La conoceis!

—Dejadme concluir. Es blanca como una azucena, de hermoso rostro, y con un cuello sobre todo que encanta.

—¿Y decis que esa mujer, es simplemente hija de un armero?

—Ni mas ni menos, amigo mio. ¿Qué queriais que hiciera una dama entre fuelles y hornillos?

—¿Y no puede ser una enemiga del rey, que se oculte para vengarse?

—¿En qué os fundais para eso?

—Una villana al verse enamorar del modo que yo lo he hecho...

—¡Ah! vos creeis que una villana no hubiera resistido á la curiosidad de conocer á un músico que tiene tan dulce voz y que tan primorosamente puntea el laud... pero no habeis tenido en cuenta, que vuestra saya provenzal respira pobreza, que perteneceis, al menos en la apariencia á esa casta vagabunda y pordiosera, que vive de las migajas que les arrojan desde su mesa los señores, que la miseria es un espantajo del amor, y sobre todo que Maria sabe muy bien que la primera nobleza es el dinero, y que aspira á mas alto acomodo. Creedme, Men Rodriguez, dejad en paz á esa rapaza; de seguro no os merece y podrá daros muchos disgustos... acaso mas de los que creeis... Sin embargo si tan ciego estais que nada os importe rebajar las almenas de vuestro solar hasta las fraguas de una armería, esperad; haceos merecedor de que el rey os ponga al cuello una cadena de caballero, y volved entonces, no con vuestro laud á la espalda sino oprimiendo *los lomos* de un potro cordobés; no con vuestro sayo de *sedilla* sino con brocados y vellorí de lo mas fino... pero el tiempo se me pasa y es necesario que nos separemos. Supongo que andareis escaso de moneda.

—¡Señor...! esclamó con orgullo Men Rodriguez.

—Sí, ya sé que los buenos hidalgos de las montañas de Leon, antes que pedir prefieren el ayuno, y el sueño bajo un árbol... pero como yo puedo tomaros por de mi servidumbre, cosa que no os deshonra, puesto que hidalgos de buen solar son mis escuderos, puedo daros una soldada. Tomad pues, añadió sacando de su escarcela el bolsillo que habia encontrado sobre el cadáver de Alvaro de Parreño y tomando de él algunas monedas de oro. Ante todo buscad un sastre y vestios como conviene á un hidalgo, sin olvidar una

buena espada y un coselete ó una cota de mallas, despues id á la calle del Comendador, y en una casa sobre cuya puerta vereis un Ecce-homo alumbrado por un farolillo, presentaos de mi parte al señor Alvar Yañez que vive en ella, mostradle esta cadena y decidle que os den posada. Yo iré á buscaros.

—¿Y vuestro nombre, señor?

—Decid solamente el ballestero mayor del rey; seguid la senda adelante, torced de modo que no entreis en la esplanada del castillo y os encontrareis en Triana: pasad el puente, entrad por la puerta del Arenal, y preguntad allí: calle del Comendador, no os olvideis: la casa del *Ecce-homo*, y adios.

—Adios, señor; y que Dios os premie el bien que me haceis.

Separáronse dicho esto en distintas direcciones. Men Rodriguez de Sanabria iba pensativo, dudando si aquel hombre que tanto se interesaba por el rey y que era aun mozo, no seria otro que el rey don Pedro: esta suposicion le mortificaba. Si era el rey ¿qué iba á hacer allí? ¿cómo conocia á la dama de la herreria, y enumeraba con tal placer los encantos de su hermosura? A fuerza de recordar el continente altivo, y el acento duro y breve de Pero Lope, que tanto convenian con las noticias que tenia del rey, Men Rodriguez llegó á fingirse á don Pedro, pero no al don Pedro que salia recatado de su alcázar en busca de rebeldes sino al don Pedro de las aventuras amorosas, en las cuales ya era el rey célebre en aquellos tiempos: sirviéndole este supuesto de base, Men Rodriguez levantó sobre ella un edificio fantástico, ó como suele decirse fabricó castillos en el aire: para él era cosa resuelta, que el ballestero mayor era el rey, que Maria era una rica hembra enamorada ó ambiciosa, maese Pedro un tercero, y el mecánico con el que la habia visto paseando delante de la ferrería el tutor, padre ó pariente que sin duda la aconsejaba para sacar el mejor partido posible del real amante.

Esta hipótesis dió por resultado primero zelos, desaliento, desesperacion, y despues una determinacion heróica que el jóven formuló en estas palabras murmuradas en voz doliente mientras atravesaba el bosque:

—Ante todo, yo soy hidalgo, y como hidalgo debo ser leal y lo soy: lo que es del señor, debe ser respetado por el vasallo; es necesario olvidar.

No logró Men Rodriguez afirmarse en este propósito sin que de lo mas profundo de su alma se exhalase un ruidoso suspiro, y apresurando el paso maquinalmente, como si la fuerza de su despecho hubiese sido una fuerza motriz, salió del bosque, atravesó un espacio despejado y entró en Triana.

Entretanto, y atravesando en otra direccion el bosque Pero Lope de Padilla pensaba para sus adentros:

—Sin duda es ella: las señas que me han dado mis espias convienen con las que ha aceptado ese mancebo. ¡Y bien! ella no conoce al rey. Acaso aun no le ha visto... tal vez se trate de rebeldías, no de amores... pero ella estaba en el convento de Santa Clara del Campo... ¡Y bien! la ferrería no está distante... Sí, ella es: sumemos ahora probabilidades: la tal dama casó por fuerza con Alvar Perez de Guzman cediendo á los deseos de su padre don Alonso Ferrandez Coronel, que en los tiempos del rey don Alonso, queria hacerse valer enlazándose con vínculos de familia con la favorita doña Leonor de Guzman: la casaron muy jóven y Alvar Perez es demasiado brutal, algo viejo y mas de un algo feo para que una mujer como ella le ame: esto es un buen principio: mi prima doña María de Padilla, tiene zelos de ella, y con razon: si yo pudiera anticiparme al rey... Men Rodriguez es jóven, hermoso, apasionado, noble; para hacerse amar solo necesita esplendor, aspecto de riqueza y de poder... pues bien: haré que doña María de Padilla gaste algun oro, le pondré resplandeciente, le ayudaré á que conquiste á esa dama, y aun si puedo se la arrojaré en los brazos, y despues haré públicos sus amores: ello podrá ser tremendo: el rey cobrará alguna cabeza... pero mi prima no tendrá zelos porque don Pedro jamás continuará amando á una mujer que le haya engañado. Esto es algo peligroso, pero para defenderme ahí tengo á doña María. Asunto concluido. Debo alegrarme de haberme estraviado puesto que mi estravio me ha dado tan buen fruto.

Y apresurando el paso llegó al rio, por bajo del puente de Triana y casi enfrente de la Torre del Oro.

Entretanto un hombre solo, embozado hasta los ojos apareció en un puentecillo rústico, sobre la azequia que separaba la ferrería del convento, le pasó y adelantó examinando atentamente los alrededores.

—Ya desciende la luna dijo, y Alvaro de Parreño debe haber venido.

Silbó de una manera particular, y solo el eco contestó á su silbido; le repitió una, dos y tres veces, y sucedió el mismo silencio.

—Otra nueva espera, dijo: y sin embargo no puedo comprender esto: todo está preparado: las turbas se agitan ya en Sevilla: esto es dar un golpe en vago. Acaso venga todavia, pero no es prudente esperar aquí.

Dicho esto llegó á un pequeño postigo que abrió con llave. Una vez en el interior le encontró desierto; entonces fue á una mesa que se veia junto á una de las paredes, subió á ella por un escabel, oprimió un resorte en el marco de un cuadro que representaba al arcángel San Miguel, y que dejó franca una oscura entrada: tomó una lámpara que estaba puesta junto al santo en una palometa, penetró y tornó á cerrar.

La ferreria quedó silenciosa y oscura.

CAPITULO III.

Leila.

Apenas habia llegado á la márgen izquierda del rio Pero Lope de Padilla, cuando de una barca que estaba amarrada á la maleza que orlaba por aquel lado la orilla, se levantó un hombre estrañamente vestido, llevó las manos á la boca, las ahuecó y produjo un débil grito enteramente igual al de un buho. Entonces el montero mayor dijo á media voz:

—Yo soy.

—Ya era tiempo de que hubieseis venido, dijo el otro; la señora estará impaciente.

El acento de este hombre era fuertemente extranjero y sus palabras una estraña mezcla de mal castellano y *algaravia*, nombre que se daba al lenguaje con que se entendian los cristianos y los moros fronterizos.

—¿Por qué no habeis ido al lugar de nuestra cita? dijo ásperamente Pero Lope: os he estado esperando mas de una hora.

—No era posible... habia gente del rey en los alrededores.

—Siempre hay ballesteros y escuchas en el bosque: bien sabeis que estos dias se vigila demasiado: pero á vos os conocen, y habeis entrado y salido muchas veces en el castillo...

—En otros dias, señor, no hoy. Sevilla anda algo revuelta; falta pan. Se echa la culpa á don Simuel Leví, y á los usureros, y mi vestimenta mora, me hubiera puesto en peligro.

—Tomad los remos y vamos.

El de la barca, cuyo traje, en efecto, era musulman, impelió la barca al centro del rio con el vichero, y á su impulso y siguiendo la corriente, la barca avanzó como una flecha.

Pero Lope recostado en la popa, veia deslizarse como fantasmas los árboles, huir las riberas, aproximarse rápidamente los objetos: quedaban á un lado y á otro blancas alquerias, isletas coronadas de cañaverales y chozas de pescadores.

Un cuarto de hora despues de la partida, la barca se acercó á la ribera y tocó en ella, bajo el huerto de una casa de campo que tanto tenia aspecto de alquería como de castillo: el moro amarró la barca á una argolla y trepó por una escalera de piedras toscas, por las que le siguió el ballestero mayor hasta una tapia en cuyo centro habia un pequeño postigo que el moro abrió con llave; conduciendo despues á Pero Lope al traves de las calles de árboles de un jardin á una pequeña puerta situada en el muro de una torrecilla en uno de cuyos ajimeces se veia luz.

El guia adelantó por un callejon oscuro, subió unas estrechas escaleras y con gran recato y silencio, introdujo á Pero Lope en una cámara alhajada á la morisca y alumbrada por un lámpara.

En ella, sentada sobre un estrado, habia una jóven como de veinte años al parecer profundamente abstraida: estaba sola, fuese por su abstraccion ó por cálculo pareció no haberse apercibido de la llegada de Pero Lope que pudo acercarse á ella, sin que diese señales de haberla visto.

El ballestero mayor, permaneció en silencio durante algun tiempo delante de la jóven. Su rudo semblante se habia dulcificado como si ejerciese un poderoso influjo sobre él su estremada hermosura.

Vestia al uso árabe; sobre un caftan de terciopelo verde bordado de oro de la forma de una túnica que no pasaba de las rodillas, se ceñia una jaquetilla escesivamente descotada y solo velaba sus hombros y parte de su espalda, una especie de camisola de encaje, recargada de bordados: sus brazos y sus piernas estaban adornados de ajorcas doradas, y en vez de pendientes mostraba unas magníficas arracadas de perlas: sus cabellos pendian en dos anchas trenzas y últimamente dos reducidos y preciosos borceguies moriscos encerraban un pié del mas puro contorno.

La blancura de las partes desnudas era deslumbrante, y la tez suave, tersa, densa, aterciopelada. Lo mas notable en la jóven era su semblante: sus formas modeladas con una simetria y una pureza admirable, constituian una hermosura grave, magestuosa, pero un tanto varonil, y otro tanto primitiva: no habia en ella ni la débil languidez de las castellanas, ni ese sello de servidumbre que las costumbres de la época marcaban en las mujeres europeas. Adivinábase en su semblante la altivez, el valor, y una indomable voluntad: sus ojos garzos, eran escesivamente poderosos, brillantes, y caracterizados con las pasiones de un alma enérgica y dominadora. Y á pesar de esto, aquella mujer era hermosisima, irresistible cuando sus miradas chispeantes se fijaban en un hombre.

—Guardeos Dios, Leila, dijo con acento inseguro Pero Lope, en quien ejercia un influjo poderoso la belleza de la jóven.

—¡Ah! ¡sois vos! habeis tardado mucho; ya empezaba á desconfiar de vos.

—Me ha detenido una órden del rey, Leila, dijo el ballestero mayor con el acento tímido de un niño que se disculpa.

—¡Que os ha detenido el rey..! Para un hombre que ama, lo primero es la mujer de su amor.

—Yo no debia amaros, Leila, dijo profundamente el ballestero mayor.

La jóven hizo un ligero gesto de desden.

—No, no debia amaros... me tratais con una indiferencia que me humilla... y sin embargo, me recibis ocultamente en vuestro aposento, como pudiera hacerlo un amante, engañando á vuestro señor.

Leila repitió su mohin despreciativo.

—Yo no tengo señor, dijo... mi señor será el que elija mi corazon... el que sepa conmoverlo... entretanto no soy mas que una prisionera... una mujer robada en su niñez de Castilla, y criada por el infante Abou'l Said entre los peligros de la guerra... Yo busco mi libertad, y acepto vuestra ayuda; esto es todo. Yo podria haberos engañado, pero me repugna la mentira... no os amo.

—¿Ni me amareis?

—Solo Dios sabe lo que ha de suceder.

—Pero entretanto, ¿qué pensais hacer?

—Lo que mejor me cuadre. El dia que haya consumido el precio de mis joyas, buscaré un bosque en que haya caza, y viviré de mi ballesta como he vivido algun tiempo en las Alpujarras.

—Entonces os dió caza vuestro señor el infante Abou'l Said.. aquí os prenderian los monteros de los señores que os encontrasen cazando en sus cotos... además, por fuerte que seais... aunque vuestro señor os haya acostumbrado desde la infancia á los ejercicios varoniles, al fin sois mujer, Leila... ¿No estariais mejor al arrimo de un caballero....?

—Que me haria su manceba y me envileceria.

—¿Y si os hiciera su esposa?

—No, no; la garza no ha nacido para estar aprisionada... la cautividad la mataria.

—En la tierra en que vivimos para no ser cautivo es necesario ser señor.

—Yo me formaré un señorío.

—¡Ah! ¡pensais, cuando menos, en haceros una de esas mujeres que han abandonado la rueca por la espada, el estrado por el campo, y han salido á correr aventuras como las magas de nuestros romances!

—Solo quiero ser libre, Pero Lope: vos me habeis ofrecido vuestra ayuda y la he aceptado... me habeis pedido amor, y he sido sincera para no engañaros... mi corazon no comprende aun el amor.

—¡Ay, si un dia le sentís y os desdeñan!

Brilló un relámpago en la mirada de Leila al escuchar la palabra desden.

—¿Y en qué estado se encuentran, dijo, cambiando de conversacion, los asuntos del sabio Al-Mondhir?

—El rey le ha mandado salir de su córte en término preciso; su señoría es amigo y aliado del rey de Granada Mohhammet V, y no puede dar oidos sin desdorarse á los mensajeros de su enemigo el infante Abou'l Said.

—La vida de Mohhammet-ebn-Jouzef-Abou'l Hhedjadj, está sentenciada por los astros, dijo con acento solemne Leila. Un hombre como él no puede regir con gloria un reino. Despues de haber renovado una paz vergonzosa con los cristianos y con el emir de Fez, reposa cobardemente en su harem entregado al deleite y al estudio de la poesía: entretanto las espadas del reino se enmohecen y su alianza es inútil. Abou'l Said, vela, trabaja en las montañas y le vencerá. El rey de Castilla tendria un poderoso aliado en Abou'l Said.

—Los astros sino mienten engañan, repuso con un marcado acento de desprecio, Pero Lope.

—Para el que tiene un alma mezquina, aprisionada en cieno, dijo Leila con un frio desden, el abismo azul permanece mudo. Para el que ha escuchado la voz de la sabiduría, es un libro eterno en que cada estrella es una palabra de luz.

—Al-Mondhir, cuando me habló de vos, me dijo que erais hechicera y eso me decidió á conoceros, á ofrecer por vos una cantidad enorme. ¿Será verdad lo que me reveló ese viejo zorro de Africa? Desde que os ví, olvidé enteramente la mágia para pensar en vuestra hermosura y por ella soborné á Gehú, y logré veros en secreto. A pesar de mis sacrificios, de mi amor, conozco que jamás me amareis; y si he venido á buscaros, si me he prestado á arrancaros del poder de Al-Mondhir, es pensando en que vuestra ciencia podrá ser útil á una alta persona.

—¿Y quién es esa noble y poderosa persona que necesita de mí? dijo Leila mirando con fijeza á Pero Lope.

—Esa persona, es doña María de Padilla.

Una imperceptible espresion de gozo pasó por el semblante de Leila.

—¡Doña María, sufre y llora! dijo profundamente.

—Tal vez os engañais.

—¡Oh! ¡no! doña María recurre á los astros... jamás los ha consultado un venturoso, solo la desgracia necesita saber si ha de esperar ó si ha de morir.

—Doña María no teme por sí, teme por el rey.

—El rey es infiel á su amor, el rey lo codicia todo y doña María tiene zelos.

—Y bien, ¿podreis vos?....

—¿Hacer que el rey deje de ser lo que es, enamorado violento? no: me parece que estoy leyendo su horóscopo: nació para luchar y caerá en la lucha.

—Mucho conoceis al rey.

—Al-Mondhir me ha traido á Castilla, como un don del infante Abou'l Said para don Pedro... Se queria que yo le fascinase... que fuese un instrumento de su alianza con mi antiguo amo... Al-Mondhir me ha descrito largamente el carácter del rey.

—¿Y no creeis que si el amor de una mujer le dominara, si sus pasiones se calmasen, podria variar su horóscopo?

—Entonces su destino caeria sobre la persona que quisiera desviarle de él, y acaso caeria de una manera inútil.

—¿Os ha referido Al-Mondhir una conseja que se cuenta á propósito del abandono en que tiene el rey á su esposa doña Blanca?

—Se dice que doña María, hizo hechizar un ceñidor que habia dado la reina á don Pedro, y que al segundo dia de sus bodas al ceñirse el rey aquella prenda se le convirtió en una serpiente, por lo que desde entonces aborreció á doña Blanca.

—¿Y creeis que pueda hechizarse á una persona, ligarla á la voluntad de otra, someterla á su poder?

—La ciencia alcanza poder para todo.

—Sed, pues, vos la hechicera de mi prima doña María.

—Un hechicero correria gran peligro en Castilla donde hay un tribunal de la fe.

—El poder de ese tribunal, no alcanza á los protegidos de doña María.

—Me seria necesario presentarme en el alcázar: Al-Mondhir sabria mi paradero, y no seria difícil á Abou'l Said, encontrar un asesino que viniese del reino de Granada solo para vengarle de la esclava que se habia atrevido á burlarle.

—Al-Mondhir, no saldrá, pues, de Castilla.

—Quedará siempre el judío Abraham, en cuya casa estamos aposentados.

—Mañana Abraham y Al-Mondhir, estarán pendientes de una almena: el uno es un perro infiel, traidor á su señor natural; el otro un miserable hebreo que ayuda en secreto con su oro al conde de Trastamara.

—¿Y qué seré, si eso sucede, para con doña María?

—Sereis su amiga.

—¿Estaré libre?

—Sí.

—Acepto.

—Seguidme pues.

—Esperad; aun tenemos tiempo: Al-Mondhir y Abraham, no despertarán.

—¡Cómo! ¡duermen!

—Siempre que he tenido necesidad de recibiros, les he hecho beber un vino compuesto por mí.

—¡Ah! ¡un filtro!

—Que hace dormir.

—¿Conoceis esa ciencia?

—La naturaleza tiene en la innumerable suma de sus yerbas, jugos que enloquecen, que enlanguidecen, que enervan, que matan: presentadme el jugo de cualquier yerba, y os diré qué efecto debe producir.

Acordóse entonces Pero Lope del pomo de estaño que habia encontrado sobre el cadáver de Alvaro de Parreño, y le sacó de su escarcela.

—A propósito de filtros, dijo, qu… hermosa Leila, ¿qué efecto debe caus… tome lo que aquí se encierra?

La jóven tomó el pomo, fue á una mesa do… una lámpara, le destapó, vertió algunas gotas … la palma de la mano, las estendió con un dedo, juzgó detenidamente de su color y de su sabor, y luego dijo:

—Este filtro lo he compuesto yo.

—¡Vos!

—Sí, hace tres dias.

—¿Para quién?

—Me lo pidió Al-Mondhir.

—¿Pero qué efectos puede causar?

—¡Desdichado de aquel á quien este tósigo se destine, si es feliz hasta el punto de amar la vida!

—¿Con que ese es un tósigo?

—¡Terrible! primero la locura, luego la muerte: muerte lenta, horrorosa. Es necesario aborrecer mucho á una criatura para destinarla este tósigo.

—¡Ah, traidor! esclamó profundamente Pero Lope. En verdad que esas gentes son infames, y que tiene razon el rey cuando dice, que cien cabezas de nobles cortadas cada dia serian pocas cabezas para desterrar el crímen y la traicion de Castilla.

—¡Cómo! ¿Este tósigo se destinaba al rey?

—Se ha encontrado sobre el cadáver de un partidario del conde don Enrique de Trastamara. En verdad que cuesta trabajo creer tanta infamia, del mismo modo que repugna creer que una doncella tan hermosa como vos sea hechicera, y hechicera de la muerte.

—¿Y quién os ha dicho que para conocer la ciencia de los hechizos sea necesario valerse del mal espíritu? ¿Creeis que amais simplemente, porque Dios ha dispuesto que el hombre ame? Si así fuese amariais á todas las mujeres, y por mas que seais galanteador, jamás amareis verdaderamente mas que á una. Mi poder no alcanza á otra cosa que á descubrir y poner en juego las causas que deben producir precisos efectos. Si el rey ama verdaderamente á doña María, yo la iluminaré para que obre de modo que á nadie ame mas que á ella. Ya habeis podido juzgar de mi ciencia. Del mismo modo que conozco las yerbas que matan, conozco los filtros amatorios, los del aborrecimiento, los del olvido.

—En ese caso, señora, y si el trato con las estrellas y los espíritus no os ha despojado de ese sentimiento de piedad inherente á los séres humanos, os ruego ó que me deis un filtro para que me olvide de vos, ó lo que seria indudablemente mejor, que tomeis vos uno para enamoraros de mí.

Leila, repitió su gesto de desden.

—Mi alma está triste, dijo: yo no he nacido para el amor.

—Confieso que sois para mí un misterio, señora: no os comprendo y casi os temo, porque veo en vos cosas estraordinarias. Sabeis demasiado para una mujer, pareceis mora, y sin embargo hablais con una pureza admirable el castellano.

—Cuando los moros poseen una niña que da esperanzas de ser hermosa, la labran por decirlo así, como se labraria un hermoso diamante. Una esclava jóven, linda, sábia y vírgen, es un tesoro para su amo. Acaso creyeron que yo seria hermosa y me robustecieron con los ejercicios el cuerpo, con la ciencia el alma. Hombre y mujer al mismo tiempo, cabalgo, justo, danzo, canto, conozco la astrología y la mágia, escribo versos... hicieron de mí, en fin, una esclava digna de un califa. En cuanto á hablar con tal pureza el castellano consiste en que he sido criada por una esclava cristiana en Granada.

Por mas que Pero Lope no se satisfaciese con esta esplicacion, no creyó oportuno insistir, y volviéndose á Leila, continuó con voz trémula:

—Y pensais vivir siempre sin amor,

ontestó indiferentemente Leila: Dios
r la violeta entre las rocas, puede hacer
nor en mi corazon.
altará en la córte quien mas afortunado que
os haga amar.
—En ese caso no podreis decir que os he engañado.
—Es cierto; pero os saco de aquí.....
—Vos no sacais de aquí una mujer, sino un paje.
—¡Un paje!
—Esperad.
Leila se levantó, desapareció por una puerta dejando á Pero Lope profundamente abstraido, y volvió algun tiempo despues. El ballestero mayor no vió ante sí una mujer, sino un niño vigoroso, bello, pero varonil, de mirada inteligente y sonrisa maliciosa. Leila habia copiado de una manera admirable el tipo de los pajes de cámara de aquel tiempo, se habia cortado los cabellos que no pasaban de los hombros, los ceñia con una gorrita de brocado con pluma de garza: una gola de Cambray, sobrepuesta á un jubon de paño verde bordado de plata, con mangas perdidas, ocultaba lo turgente de su cuello, y unas calzas de grana se ajus-

Le condujeron al rio y dieron con él por debajo de la presa.

taban sobre sus piernas de formas admirables, pero esbeltas: unos borceguíes artificiosamente construidos alargaban su pié, y era difícil sospechar una mujer bajo aquel disfraz que representaba un mancebo de quince años perfectamente desarrollado: al verla con aquel atavío, Pero Lope palideció de emocion porque la encontró mas hermosa que nunca.

—¡Cien tempestades! esclamó: ¡rayos y truenos! no tiene un paje doña María que se os pueda comparar, Leila. Vais á matar de amor á todas las damas de la córte. Esta es una transformacion completa. ¡Sangre de Satanás! pues no, no... no pareceis mujer... si yo os hubiera encontrado fuera de aquí os hubiera creido hermano de vos misma.

—Estoy dispuesta á seguiros, dijo Leila.

—¿Y es ese todo vuestro equipaje? dijo Pero Lope reparando en un cofrecillo que tenia la jóven bajo el brazo.

—Son mis joyas, dijo lacónicamente.

—¡Ah! ¡estábais dispuesta!

—Si no hubierais venido, hubiera huido del mismo modo. Mañana Al-Mondhir, precisado á salir de Sevilla, ó me hubiera presentado para probar un último estremo al rey don Pedro, ó me hubiera vuelto á las montañas y entregado al infante Abou'l Said: cualquiera de las dos cosas me contrariaba, y resuelta á cobrar mi libertad he preferido servirme de vos y entrar como paje al servicio de vuestra prima doña Maria.

—Que sabrá que sois una dama.

—Sépalo en buen hora.

—Pero para los demás será necesario que tengais una familia.

¿Y pensais vivir siempre sin amor?

—Ya inventaré una historia.

—Por el momento será necesario que adopteis un nombre. ¿Cuál os gusta mas?

—Cualquiera.

—Permitidme que yo os lo dé: os llamareis Gaston.

—Sea Gaston.

—Pues Gaston de...

—El apellido pertenece á la historia que tengo tiempo de inventar hasta mañana. Llevadme, pues, al alcázar.

—Por el momento no es prudente: no sabemos lo que podrá suceder esta noche. Pienso llevaros á casa de un grande amigo mio.

—¿Y cómo se llama ese amigo?

—El señor arcediano de San Gil.

—Vamos, pues, ¡Gehú, Gehú!

Se presentó el moro que esperaba en la antecámara.

—¿Partimos? dijo.

—Sí, guia.

A oscuras como habian llegado Pero Lope y el moro hasta allí, bajaron al jardin los tres, salieron, entraron en la barca y Gelú soltó la amarra; lanzó la barca al centro del rio, y vogó vigorosamente hácia Sevilla.

—Aprieta los puños, moro, dijo Pero Lope, y haz que lleguemos pronto á Sevilla, si quieres aumentar tu dinero con un florin de oro.

Felú forzó los remos, y una hora despues atracó bajo el muelle de la torre del Oro. Dióle lo prometido Pero Lope, saltó en tierra con Leila y adelantó hácia la torre, llamó, rindió una seña y entró.

Un momento despues Leila salió acompañada de un ballestero y entró en Sevilla.

CAPITULO IV.

Los ballesteros del rey.

Entre la torre del Oro de entonces y la de hoy existen muy pocas diferencias. Supóngasela sin su segundo cuerpo y sus balcones; añádase al primero un almenar y á su puerta un foso y un rastrillo por la parte de tierra; levántese la muralla hoy arruinada que en aquel tiempo la unia con el alcázar, y la veremos como estaba en 1358.

El objeto á que se ha destinado esta torre, ha variado muchas veces: entonces era prision de estado, la guardaban los ballesteros de maza del rey á quienes servia de morada, ó como diriamos ahora, de cuartel, y era su alcaide el ballestero mayor del rey.

Como tal, Pero Lope de Padilla tenia en ella un pequeño aposento abierto en el grueso del muro, en el cual no habia mas mueble que una mesa de nogal, negra y lustrosa, un sillon de baqueta y una espetera de que pendian algunas gruesas llaves que representaban otros tantos calabozos. Entonces no habia ningun preso en la torre, puesto que de diez clavos que mostraba la espetera pendian otras tantas llaves.

A aquella habitacion fue, pues, donde se encaminó en derechura Pero Lope de Padilla. Sentóse en el sillon y á la luz de un descomunal belon de cobre sacó de su escarcela dos pergaminos rodados, de cada uno de los cuales pendia un sello de plomo, y el pomo de estaño que contenia el tósigo.

El uno de aquellos pergaminos era el que con el pomo y el bolsillo habia encontrado sobre el cadáver de Alvaro de Parreño. El otro el que de órden del rey le habia entregado el escudero Lope de Cañizares.

Pero Lope rompió el sello de cera que cerraba este último, y le leyó. Decia así:

«El rey.—Por cuanto sabemos que en la ferrería »contigua á Santa Clara del Campo deben reunirse »esta noche ciertos nobles y otras personas en nuestro »desservicio, vos, Pero Lope de Padilla, nuestro »hallestero mayor, remitireis bajo vuestro mando dos»cientos ballesteros de maza: con ellos cercareis á la »redonda la ferrería, y prendereis sin ruido conforme se »vayan presentando, á todos los que no rindan por »seña *Justicia y Castilla*.—Por cuanto los mantenimientos faltan y el pueblo se conmueve á instiga»ciones traidoras, enviareis asimismo con nuestro ba»llestero Juan Diente cuarenta hombres á la alquería »de Abraham el Rumy, y le prenderán con el moro »Al-Mondhir, embajador del infante de Granada »Abou'l Said, conduciéndolos al castillo de Triana y »dejando una guarda de diez hombres en la alquería.— »De mis reales alcázares de Sevilla á siete dias del »mes de mayo año del nacimiento de Nuestro Señor »Jesucristo de mil y trescientos y cincuenta y ocho »años.—Yo el Rey.»

La lectura de esta órden que estaba escrita de mano de don Pedro, causó una profunda sensacion en el ballestero mayor.

—¡Faltan mantenimientos! ¡Se subleva el pueblo por el hambre y se congregan nobles en la ferrería de Santa Clara del Campo!... Abraham el Rumy y Al-Mondhir han caido bajo las órdenes del rey... bien... magnífico! Esto me ahorra el pensar en el modo de deshacerme de esos dos bribones; el aire huele á sangre y tendremos faena para rato. ¡Ira de Dios! es necesario concluir de una vez... herir sin compasion, coronar de cabezas rebeldes las puertas de todas las villas y ciudades del reino, y así podremos descansar. ¿Pero de dónde ha venido este aviso al rey? es que en todas partes hay traidores... entre ellos mismos. Pues bien, obedezcamos por nuestra parte.

Pero Lope agitó una enorme campanilla de bronce que estaba sobre la mesa, á cuyo sonido se presentó á la puerta un escudero.

—¿Está en la torre Juan Diente? le preguntó.

—Sí señor.

—Hacedle venir.

El escudero salió.

—Este oso salvaje, dijo cuando se vió solo Pero Lope, es lo mas á propósito para estos empeños. Debo mucho al rey para no servirle bien: á mí me es tambien deudor en gran manera, y si le necesito me servirá. Ya le siento venir.

Entró á punto un moceton fornido, de rostro feroz y cegijunto y mirada torva. Su traje se componia de una vesta roja con los cuarteles de Castilla y Leon bordados sobre el pecho en toda su estension; de una gorra de mallas forrada de pieles con pluma de águila, que tenia respetuosamente en la mano; de unas calzas de lana azules y de unos borceguíes de ante. Llevaba espada en el costado y puñal á la cintura, y se apoyaba en una maza de armas.

—¡Ola, maese Juan! acercaos, dijo Pero Lope, mirándole con cierta espresion entre benévola y grave. ¿Qué hay de bueno? ¿Qué se murmura por la ciudad, hijo?

—Vuesamercé sabrá mejor que yo lo que haya de bueno ó de malo, contestó el ballestero adelantando con desembarazo; por mi parte aunque hace mucho tiempo que oigo, veo y callo, me parece que el aire trasciende á matanza.

—¡Ah, buen sabueso! valiente hijo mio! Lo mismo pensaba yo hace un momento. En verdad, en verdad es necesario concederte que tienes buen olfato; ¡escelente bribon! Se necesitan tus servicios, Juan.

—Vuesamercé sabe que despues de su señoría el rey, puede disponer de mí.

—Yo jamás necesito á los ballesteros de su señoría mas que para su servicio, aunque algunos de ellos deben estarme muy obligados.

—Ya sé que por mi parte debo mucho á vuesamercé.

—Por ejemplo, á no ser por mí no estaria tu nombre en este registro de una manera tan honrosa, al frente de otros quinientos nombres de gente brava.

Y Pero Lope asió de un voluminoso infolio que estaba á un lado de la mesa, le abrió por la primera página y leyó:

«El dia 5 de setiembre de 1352, yo Pero Lope de »Padilla, ballestero mayor del rey y de su consejo »y cámara, recibí en la guarda de ballesteros de maza »de su señoría al hidalgo Juan Diente, al que correrán »desde hoy diez escudos de soldada al mes, etc.»

—Vuesamercé me honró en demasía.

—Plácame que conozcas la honra que te se hizo y á la que estás obligado, puesto que podia ponerse bajo esto: Juan Diente, cortante en Leon...

—No es si place á vuesamercé mejor mi oficio de hoy: todo se reduce á que entonces acogotaba reses, y ahora acogoto nobles.

—De órden del rey y por su justicia.

—Es cierto.

—Además hay en la audiencia de Leon ciertas sumarias y escritos... que los señores alcaldes de casa y córte tienen guardadas y encubiertas, que se refieren...

—En verdad, señor, cuando hay motines y alborotos la cabeza arde, la sangre se calienta y suelen hacerse ciertas cosas que... son un aprendizaje... En cambio mi mano es segura... acuérdese vuesamercé de Garci-Laso... bastó un solo golpe.

—Sin embargo, debes conocer...

—Que sin vuesamercé estaria ahorcado á estas horas.

—Por lo mismo cuento contigo para un encargo particular.

Miró profundamente el ballestero á Pero Lope y le dijo:

—Supongo que no tendremos nada que ver despues con su señoría.

—Se trata de un pobre demonio:

—¡Ah! alguien que estorba á vuesamercé.

—Sí, un moro que vive en la alquería de Abraham el Rumy, y que se llama Gehú.

—¡Ah! tratándose de un moro... ¿Y cuando quiere vuesamercé...?

—Esta noche.

—Mucho será que el rey nos deje tiempo.

—A todas partes acudiremos.

—Tal puede ser la parte que nos dé ocupacion para largo espacio.

—¡Ola! ¿pues qué sucede?

—No hay un solo pan en Sevilla.

—Sabia que no habia mantenimientos, pero no que se hubiese llegado á ese estremo. Y bien; se abrirán los graneros de los judíos, se ahorcarán algunos abastecedores y punto redondo.

—No sé porqué se me figura que tendremos motin.

—Pues mejor, mucho mejor... meteremos en él algunas lanzas, cortaremos algunas cabezas y nada mas. Eso no impide en manera alguna mi asunto, le facilita. ¿Sabes donde está situada la alquería de Abraham el Rumy?

—En la márgen izquierda del Guadalquivir, la tercera.

—Bien, muy bien; será necesario que tomes contigo cuarenta ballesteros y que vayas con ellos...

—¿A prender al señor Abraham?

—¡Ah valiente hijo! jamás te encuentro mejor dispuesto que cuando se trata de prisiones.

—Mas descansados estariamos y mejor andaria el reino, si yo tuviera bajo mis llaves ó bajo mi maza á todos los que andan demasiado sueltos en Castilla.

—Despacio, despacio se anda el camino; todo consiste en no pararse. Siguiendo con lo que te decia, irás y rodearás la alquería de Abraham de modo que nadie pueda escapar. Despues te harás abrir en nombre del rey y prenderás al judío y á un moro que se llama Al-Mondhir.

—A ese perro infiel que ha venido de embajador del infante Abou'l Said?.... ¿y despues de prenderlos?... añadió ferozmente el ballestero.

—Los conducirás al castillo de Triana, dejando en la casa una guarda de diez hombres.

—Muy bien.

—Escucha: si al paso encuentras á ese moro... á ese Gehú... y hé aquí el servicio que necesito de ti...

—¡Le mato!

—Le arrojas al rio, de modo que jámas pueda salir.

—Bien, muy bien.

—Despues, si el rey no te manda otra cosa, irás á espiar con dos hombres la casa del arcediano de San Gil.

Frunció un tanto las cejas Juan Diente.

—Paréceme que te agrada poco el arcediano.

—Creo que á ese hombre ha de acontecerle antes de mucho algo terrible.

—Y bien, si busca el mal y se le viene encima, que á nadie se queje; por lo demás nada hay en él que haga sospechar...

—Un hombre que deja sin sepultura los pobres que han muerto de miseria, no puede hacer nada bueno, señor.

—¡Bah! El rey hará de modo que esas barbaries cesen: nada tiene que ver eso con la lealtad de don Jofre Diaz de Astorga. Quiere hacer mas productivo su oficio.

—A costa de las narices de los vecinos del barrio de San Gil. Yo le ataria á uno de esos muertos por solo castigo, y le retendria junto á él, únicamente el doble tiempo que le hubiera tenido sin enterrar.

—Por otra parte, don Jofre es hombre de pró: bebe bien, come mejor, huye de la soledad, y es generoso. Si el rey faltase, lo que Dios no quiera, lo mejor que podrias hallar seria una plaza de escudero junto al arcediano.

—¡Mal pecado! antes que eso ahí están los montes de Toledo.

—En fin, elige esos cuarenta hombres.

—¿Y cuáles, señor?

—Todos son buenos; los que tengas mas á mano. Irás con ellos á la alquería, prenderás á el judio Abraham y al moro Al-Mondhir.

—Y mataré al moro Gehú.

—Eso es, pero con cierto disimulo. Importa que esto no se sepa.

—Muy bien, señor.

—Despues á casa del arcediano de San Gil. Esto es todo lo que tienes que hacer.

Juan Diente se inclinó y salió.

—He aquí un asunto perfectamente preparado: muertos por el rey Abraham y Al-Mondhir, y por mí Gehú, nadie hay que conozca á Leila mas que yo. Ello es á buen precio; pero al fin son infieles enemigos de Dios.

Pero Lope desenrolló despues el pergamino que habia encontrado sobre Alvaro de Parreño, y miró atentamente el sello de plomo que del pendia.

—Del conde de Trastamara, esclamó: Alvaro de Parreño era sin disputa un ave de mal agüero: indudablemente el romance del señor Men Rodriguez de Sanabria nos ha servido á las mil maravillas. Veamos que dice aquí. Siempre es bueno conocer el terreno que se pisa.

Y leyendo el pergamino vió que decia lo siguiente:

«Mi noble y leal Mosen Pero Carrillo: os envio á mi »escudero Alvaro de Parreño de quien podeis fiaros. »Segun me avisan mis amigos de Sevilla, especial- »mente el arcediano de San Gil, todo está preparado: »el judio Abraham y el infante Abou'l Said de Granada, »por medio de su enviado Al-Mondhir han comprado »todo el trigo de las inmediaciones, y el pueblo de »Sevilla no tendrá pan esta noche. Antes de las doce »las lanzas del conde de Arcos que estaban á los alre- »dedores de Jerez, caerán sobre Sevilla, con las de los »señores de Alba y de Benavente, en tanto que los her- »manos de nuestra Señora de Rocamador habrán en- »cendido un fuerte motin. Creo contar con el infante »don Juan de Aragon, y con mi hermano el maestre »de Santiago. Es necesario vengar de una vez la muer- »te de doña Leonor de Guzman, mi noble y desgra- »ciada madre, y las de los nobles caballeros que han »caido sirviéndonos, bajo la saña de don Pedro. Garci- »laso, Nuñez de Prado, Ruiz de Villegas, Rojas, Aran- »da, Velasco, Tellez y otros muchos, entre los cuales »se cuentan los veintidos ciudadanos de Toledo, asesi- »nados contra ley y contra todo humano sentimiento; »un mundo entero de víctimas nos escita: para cerrar »los ojos á esa sangre y los oidos á los gritos de dolor »de tanta viuda y de tanto huérfano, seria necesario

»no ser cristianos ni caballeros. Cumplámos, pues, la »justicia de Dios sobre la tierra, y cumplániosla de »una manera segura. Se me ha dicho que un caballero »que se nombra don Juan, ronda estos dias la ferre»ría de Santa Clara, y que habla en altas horas de la »noche por una reja con cierta hermosa dama. Podrá »suceder que *nuestra buena amiga* tenga ocasion de »hacerle apurar ciertas yerbas que lleva consigo Al»varo de Parreño: confiadle y dadle entrada esta no»che: la buena maña que os distcis para arrancar del »poder de don Pedro á doña Juana, mi amada esposa, »me hace esperar que tendreis bastante arte para »que yo encuentre muerto á ese hombre cuando vaya »á la media noche á la ferrería. Como no me puedo »fiar de nadie y ando oculto, me he visto obligado á »daros por escrito estas instrucciones. No me acuseis »de imprudente. Mi buen escudero Parreño se dejará »matar antes que hacerme traicion. En el momento »que le veais enviadme un ginete y una seña á San »Juan de Alfarache: si es posible, es decir, si no os »hace falta para otro asunto mas importante en Sevi»lla, enviadme al mismo Parreño. Si no viniere él, »dad el sello de plomo que pende de esta carta al que »venga; y que podrá entregar á un hombre vestido »de blanco, que le esperará en la márgen del rio há»cia la parte de Sevilla en la entrada del pueblo. »Guárdeos Dios: de San Juan de Alfarache á siete dias »del mes de mayo, año del nacimiento de nuestro Re»dentor de mil y trescientos y cincuenta y ocho años.— »Don Enrique.»

En vano querriamos describir el gozo que se apoderó de Pero Lope de Padilla al leer esta carta: alzóse del sillon, como impulsado por un resorte, con los ojos radiantes con un fuego sombrío.

—¡Aquí! ¡les tengo aquí! esclamó mirando con delicia el pergamino; en mi mano está acabar de una vez la guerra, ó embrollar mas y mas los asuntos de Castilla: con guardar este pergamino... no, no... seria peligroso... esta es una mala tentacion: el rey sabe ya demasiado... ¡los hermanos de la Virgen de Rocamador!... ¡y el arcediano! ¡y el infante don Juan! El camino no es dudoso, debo servir al mas fuerte... ¡cortemos algunas cabezas mas!... ¡Oh! ¡tambien don Juan de Aragon!... ¡miserable!... ¡un hombre que lo debe todo al rey!... Tiene razon Juan Diente... andan los señores demasiado sueltos... ese muchacho es astuto... y sobre todo misterioso... ¡Oh! ¡despacio! ¡despacio! tropezar en el camino que ando, seria esponerse á perder en la caida la cabeza... y luego la conciencia está tranquila cuando se obra bien; vamos á ver al rey... enviaré en mi lugar al bosque á Rodrigo Perez de Castro. Ya es hora, añadió acercándose al ajimez y viendo que se habia puesto enteramente la luna y la noche se había oscurecido; ¡ola! gritó dirigiéndose á la puerta, ¡Rodrigo Perez! ¡Rodrigo Perez!

Presentóse poco despues un ballestero, vestido como Juan Diente: era de mediana estatura, robusto, y al parecer estúpido: su fria mirada se fijaba con un recelo instintivo, no solo en los hombres, sino tambien en las cosas: era taciturno y ostensiblemente bravío.

—Acércate, toro salvaje, le dijo Pero Lope: el rey te necesita,

—¿Quién ha de morir? contestó con cierto gozo repugnante y brutal el ballestero.

—Es una bendicion ver lo dispuestos que están estos buenos muchachos para empeños de honra, esclamó el ballestero mayor: no se trata de eso, sino simplemente de prender.

—Es lo mismo, contestó brutalmente Rodrigo Perez de Castro.

La observacion del ballestero no carecia de lógica: el rey don Pedro jamás prendia sino con fundados motivos: rara vez estos motivos dejaban de merecer la muerte y el rey era demasiado duro de corazon y conocia harto la lucha que sostenia para cejar un paso en su camino.

—En el momento, dijo Pero Lope haz armar doscientos ballesteros y vé con ellos al bosque de Triana, pero no por los senderos.

—¡Ah! ¡una celada!

—Cabalmente. Toma bien los caminos que van del bosque á la ferrería de maese Pedro el Vizcaino, junto á Santa Clara del Campo, y ponte en acecho: del mismo modo por la otra parte pon escuchas: Es necesario que nadie pase, ni de una parte ni de otra: al que sobreviniere se le detiene, y si resiste se le mata sin ruido.

—¡Se le mata! ¡bien decia yo! esclamó el ballestero repitiendo su sesgada sonrisa.

—Pero se dejará pasar sin impedimento á todo el que rindiere por seña: *Justicia y Castilla.*

El ballestero repitió por muchas veces la seña.

—No la olvidaré, dijo al fin.

—Será necesario que como tú la sepan los otros ballesteros.

—La sabrán.

—Que se haga ese cerco de modo...

—¡Que nadie lo conozca!.. nadie nos verá, señor.

—Espera hasta que yo vaya.

—Esperaré.

—Tú sitúate del lado del castillo de Triana al pié de la cruz blanca, entre los árboles.

—Muy bien, señor.

—Vete y has que entre Garcí Diaz de Albarracin.

Rodrigo Perez de Castro salió, y poco despues entró otro ballestero.

Vestia exactamente como los anteriores, y solo llevaba mas que ellos una capa estremadamente corta sobre la vesta. Era casi tan bravio como Juan Diente y tan taciturno como Rodrigo Perez; pero sus ojos parecia que habian contraido mas que por índole, por la costumbre de su oficio de ballestero, su espresion sesgada y sombría, á pesar de lo cual, notábase en su aliño cierto esmero, cierto deseo de parecer bien, que no estaban reñidos con lo valiente y enérgico de su aspecto.

Adelantó hácia la mesa, saludó con cierta cortesanía respetuosa á su jefe, y esperó en silencio á que le hablase.

—Hacienda de provecho tenemos, le dijo Pero Lope, y que no parece sino cortada á tu medida; tu eres un lobo, hijo, un valiente lobo, pero sabes despedazar lo mas dulcemente posible: se conoce en tí á tiro de ballesta tu antiguo oficio de mancebo de botica. A propósito; ¿podrás decirme qué efecto podrá producir en la persona que le tome el brevaje que está en ese pomo?

Garcí Diaz le tomó, le abrió, hizo las mismas esperiencias que habia hecho Leila y dijo resueltamente:

—Es un tósigo.

—¿No podrá trastornar el juicio?

—No alcanza á tanto mi saber: pero puede hacerse la esperiencia en uno de los presos de Triana.

—No, no hay necesidad, me basta saber que es una pócima dañina. Por esta parte hemos concluido. Ahora bien: ¿cuál es el encierro mas fuerte de la torre?

—En los subterráneos, al pié del caracol, la cámara de la sangre.

—Toma la llave, y asimismo la de la cámara dorada.

Garcí Diaz se acercó á la espetera, y tomó la primera y la última de las llaves.

—En la cámara de la sangre, continuó Pero Lope, pondrás unas prisiones de Vizcaya, un lecho digno de un caballero, una mesa, una silla, una luz y una Biblia. Ademas, harás buscar al agonizante Sancho. En la otra, en la cámara dorada, un lecho á propósito para una dama noble y rica, un espejo de acero, una mesa, sillones, algunos tapices, alfombras y búcaros con flores.

—¿Y dónde he de encontrar todo eso?

—En este oro, dijo Pero Lope, vertiendo sobre la mesa los florines que llenaban la bolsa que habia encontrado sobre Alvaro de Parreño.

—¿Y cuando ha de estar dispuesto eso?

—Para dentro de una hora.

A pesar de lo corto del plazo el ballestero no hizo objecion alguna.

—De ese dinero sobrará despues de haber comprado esos mueblos y baratijas.

—Llevaré cuenta que presentaré á vuesamercé.

—No, gasta bien; y guarda lo demás. Es un sobresueldo que te se da, porque hoy te se sobrecarga de oficio: eres naturalmente callado y receloso: sélo hoy mas que nunca y sobre todo leal. Dentro de poco tendrás bajo tus llaves una alta persona.

—Vuesamercé sabe bien...

—No, no desconfio de tí: por lo tanto haz que se redoblen los atalayas, que se tenga gran vigilancia y que nadie, suceda lo que quiera, salga de la torre sin una órden.

—Muy bien, señor.

—Véte y dí que entre á Gonzalo Recio.

Garci Diaz salió y poco despues entró un escudero, el mismo que habia hecho venir Pero Lope.

—Sígueme, le dijo.

Y guardando en su escarcela los pergaminos y el pomo, cerró las puertas de su aposento, salió de la torre y por el muro que comunicaba con el alcázar, entró en él, y se encerró en la cámara del rey.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Del encuentro que tuvo Men Rodriguez al pié de la torre de la iglesia mayor de Sevilla.

Lo que habia acontecido á Men Rodriguez de Sanabria habia influido en él de una manera poderosa. Habia dado muestras de valor delante de su desconocida, porque suponia que la dama del negro mongil habia visto su reyerta con Alvaro de Parreño detrás de una rendija, porque por la parte de tierra no se veia ventana ni perforacion alguna, escepto la puerta, y lo de las rejas del romance no pasaba de ser una licencia poética: además se creia seguro de haber encontrado al rey, de que el oro que llevaba en el bolsillo era suyo y de tener una cita con él.

Por lo demás el amor que sentia por la dama era uno de esos amores de adolescente, que pasan por el alma como una nube rosada por el horizonte, puesto que, aunque le impresionaba algo y le punzaba otro tanto el que el rey segun sus sospechas fuese el dueño de aquella hermosura, la novedad del lance en que se veia metido se sobreponia por el momento á su amor.

Nuestro jóven, pues, si bien tocaba con los piés al suelo, andando por Sevilla, llevaba la cabeza envuelta en una nube de sueños dorados: á una suposicion magnífica, sucedia otra suposicion deslumbrante y se creia ya colocado en la cúspide de la rueda de la fortuna. El era valiente y leal: el rey jóven, bravo, impaciente, magnífico; él tenia corazon de niño leal, entusiasta, atrevido, noble; el rey necesitaba de buenos amigos y debia premiarlos espléndidamente en razon á su escasez: luego, la córte hervia en hermosas damas; la gloria, el amor, las riquezas, transformados en genios seductores, batian en torno de él sus bellísimas alas de mariposa. El montañés levantaba en su imaginacion un fuerte castillo, que iba enriqueciendo hasta convertirle en una maravilla, imposible de realizar á no poseer una inagotable y riquísima mina de oro. Men Rodriguez solo contaba veinte y dos años y además era poeta. No debemos, pues, burlarnos de él. Todos hemos pensado como él á los veinte años, y algunos conocemos, algo mas viejos, que si no han sucumbido bajo el peso del sufrimiento, es porque tienen la envidiable cualidad de soñar despiertos.

De esta suerte, distraido, tropezando acá con una esquina y allá con una persona, adelantaba nuestro mancebo por entre las revueltas callejas de Sevilla, perdido en ellas, preguntando á cada paso á los transeuntes por la calle del Comendador.

Diéronle cien veces las señas, se estravió otras tantos, y al fin de mil vueltas y revueltas vino á desembocar en un ancho espacio delante de la iglesia mayor de Santa María de la Sede, y casi por frente de su altísimo campanario, que adicionado hoy con un cuerpo de órden compuesto y una estátua girante de la Fé, se llama la Giralda.

Nunca Men Rodriguez habia visto de cerca aquel colosal monumento; su cuadrada masa se levantaba, como desafiando al cielo, y se perdia como un negro fantasma en la obscuridad: por el contrario su pié refractaba vigorosamente la luz de algunas hogueras, á cuyo alrededor se agitaba una multitud harapienta, inquieta, activa como un hormiguero, y zumbadora como un enjambre.

Habia una animacion tal, que Men Rodriguez no pudo menos de preguntar á un hombrecillo con quien por acaso habia tropezado, por qué causa eran aquellas hogueras, aquella concurrencia y aquella agitacion.

—¡Vientre de mi abuela! contestó el preguntado: demandádselo á la campana mayor, y ella os responderá poco mas ó menos lo mismo que yo. No sé nada, seor músico.

—¡Ah! sin duda sois como yo nuevo en la córte, seor corcobeta, dijo Men Rodriguez aludiendo á la pequeña y jibosa figura del hombrecillo. Perdonad, pues, y adios: no me servís.

Parecióle al jorobado que no debia dejar partir al jóven sin rectificar sus suposiciones gratuitas y le asió por una de las mangas perdidas de su saya de trovador.

—Si para serviros, le dijo, se necesita ser de Sevilla, seor barbilindo, sabed que he nacido muy alto aunque me veis tan pequeño; no menos que allá arriba: en cuanto á mi joroba preguntadle al esquilon de la campana mayor: él os dará razon.

Y el viejo señalaba el campanario de la iglesia mayor.

—¡Ah! sois el campanero de Santa María, dijo Men Rodriguez; ya no me admiro de que, viviendo tan alto, no veais lo que pasa por acá abajo: cuando necesite un nido de cigüeñas, me acordaré de vos.

—¡Ola! ¡eh! pues en verdad que para noticias, á parte habeis llegado que os pudieran dar buen despacho si quisieran. ¡Rabo de Lucifer! desde allá arriba se vé mucho mas de lo que pensais. Pero cuando en ciertos dias se tropieza con gentes que se hacen las ignorantes, hay que darse un punto en los labios y pegarse la lengua al paladar. ¿Quién sabe á lo que huele un espia para poder decir con seguridad este lo es y el otro no? Por lo demás, pedidme otras noticias y veremos si sé ó no sé.

—Veamos: ¿podreis darme razon de la tienda de un sastre y de la de un espadero?

—¡Eso es! bien decia yo: estos vagabundos rara vez son lo que parecen: cualquiera los creeria pobres con el vientre y el bolsillo vacío, y cuando menos os catais, los encontrais transformados en caballeros.

Men Rodriguez entrevió á través de la charlatanería del jorobado un alma escelente; estaba cansado de preguntar y de no obtener señas satisfactorias, cerraba la noche cada vez mas oscura, y se decidió á no dejar ir al viejo sin sacar de él algun partido.

—Indudablemente sabreis mucho, le dijo, pero os falta lo mejor.

—¿Y qué me falta?

—Saber conocer á las gentes á primera vista. Solo vos hubierais podido creer que yo era un espía; al menos no creo tener traza de ello.

—¿Para qué, pues, buscais un sastre y un espadero?

—Para vestirme y armarme.

—¿Como soldado?

—Bien puedo, puesto que soy noble, y estoy al servicio del ballestero mayor del rey.

—¿Del señor Pero Lope de Padilla?

—¿Se llama así ese caballero?

—¡Cómo! ¿sois su criado y no sabeis su nombre?

—Es decir, pienso presentarme á él y creo que con solo darme á conocer, me recibirá en su casa.

—¡Hum! quiero creeros, jóven; pero os advierto que pudiera seros peligrosa esa servidumbre. Os acercais demasiado al fuego.

—En efecto: ese señor debe ser muy pariente de doña María de Padilla.

—¡Silencio! ya veo que sois nuevo, y muy nuevo en la córte; me pareceis un buen muchacho, y quiero daros un consejo: no debeis hablar en favor del rey sino cuando valgais mucho, porque su señoría tiene enemigos poderosos que le aborrecen de muerte, y no os perdonarian vuestra lealtad: ni en contra porque podrian llegar vuestras palabras á oidos de un amigo del rey y no lo pasariais bien. Creedme, acerca del rey y de doña María lo mejor es no hablar nada.

—Corriente: gracias. Pero ya que os he encontrado y me pareceis hombre de bien...

—Lo fue mi abuelo, lo fue mi padre, lo soy yo, y lo es y lo será mi hijo.

—Pues bien, hacedme la merced de llevarme á donde necesito.

—¿Y qué necesitais?

—Ropas de hidalgo, un coselete y una espada.

Miró el viejo de alto á bajo á Men Rodriguez y dijo para sí:

—Es de la misma estatura y de las mismas carnes que el pobre Andrés: el vestido azul nuevo, debe venirle como de molde... en cuanto á armas es cosa por la que no nos pondremos en estrecho.

—¿En qué pensais? dijo Men Rodrigez: ¿tan difícil os parece lo que quiero?

—Segun lo que esta noche sucede en Sevilla, nadie os abrirá su puerta.

—Pero en fin ¿qué sucede?

—¿No veis que todo lo que nos rodea tiene trazas de un alboroto? y tienen razon; ¡vive Dios! no hay un solo pan en los hornos: no se deja así sin mantenimientos una ciudad tan poblada: será necesario que se arrastren algunos judíos: pero eso no se hará sin que haya algunas carreras, y mas de un ballestazo, y mas de tres ahorcados... ¡Qué tiempos! ¡qué tiempos estos! Pero para lo que quereis, nada importa eso: yo tengo un hijo, escudero del señor Juan Fernandez de Hinestrosa que os proveerá de lo que necesiteis.

—¿Y dónde está vuestro hijo?

—Allá arriba, herido por cosas de amores.

—¿Enfermo de amor?

—Tanto da: ha sido herido por una mujer.

—¿Vuestro hijo ama y no es amado?

—Por el contrario, mi hijo que es, sin ofender á nadie, uno de los mejores mozos de Sevilla, adora á una perla y es amado de ella. Pero es pobre y mi hijo lo es tambien... El padre de Beatriz era zapatero remendon...—Pero veamos como podemos atravesar por esta gente, y tendremos tiempo sobrado mientras llegamos á lo alto, vos de escuchar y yo de contaros la historia, que es corta... y lastimera, añadió suspirando el viejo, empezando á andar, y asido con gran familiaridad del brazo de Men Rodriguez del que iba casi colgado.

—Pues señor, continuó el campanero: el tio Sancho era un buen hombre; durante su mocedad fue ballestero del señor rey don Alonso, padre del rey don Pedro, á quien sirvió buena y lealmente, y tanto que perdió una pierna en la escalada de no sé qué castillo...—Hacednos la merced, hermosas, de dejarnos pasar: soy yo, maese Blas el campanero; sino estoy allá arriba, no podreis disponer de las campanas, como debiérais, para tocar á rebato.

El tio Blas se habia dirigido á un grupo de mesalinas plebeyas que le obstruian el paso, y que al escucharle contestaron en coro:

—¡Paso á maese corcoba!

—¡Si no repicas cuando subamos, te colgaremos por los piés del badajo de la campana mayor!

—¡Cuidado! ¡cuidado! ¡no me le rompais!

Todas estas invectivas pasaron por cima de maese Blas sin conmoverle, rompiéndose contra su imperturbabilidad, de la misma manera que se rompia el huracan sobre el rojo muro de la torre de Santa María. Solo lograron hacerle gruñir, del mismo modo que el viento hacia rechinar la veleta del campanario.

—¡Mala landre os coma, brujas! dijo entre dientes: si yo tengo corcobada la espalda, vosotras sois cada una un odre de picardías y de vicios...—Pues como decia-mos; el tio Sancho salió de la casa del rey con una pierna menos y sin una blanca mas que cuando habia entrado en el bolsillo: es cierto que para entrar en los ballesteros de maza del rey habia escondido su delantal, su banquillo y sus leznas en el desvan de un casuco de Triana y allí las encontró á la vuelta de ocho años...—¿Queréis, mis buenos amigos, dejarme abrir las puertas de mi casa? dijo á este punto maese Blas encarándose con algunos mocetones desarrapados, que obstruian el paso de un postigo tan pequeño como el que ahora sirve de entrada á la Giralda.

—¡Ah! ¡es el tio Blas! dijeron.

—¡El buen jorobado!

—¡Paso al tio Blas!

—¡Unta de sebo los muñones de las campanas, por si es necesario tocar á fuego!

—¡Valiente bribones! dijo el campanero guarecido ya tras el maderamen del postigo: ¡á fuego lento os quemaría yo, ladrones! pero ello dirá, y la picota... ¡no, sino burlaos de maese Pedro el ajusticiador!

—¿Y cómo, dijo Men Rodriguez, consiente el rey que á las mismas puertas de su alcázar enciendan un motin?

—¡Quién sabe si el rey estará metido en medio de esa danza! Esperad un momento que encienda luz; no se anda fácilmente á oscuras por las tripas de la torre de Santa María. El campanero golpeaba en tanto vigorosamente un pedernal. He aquí luz. ¡Alabado sea Dios!

—¡Por siempre! contestó Men Rodriguez que ante todo era cristiano.

El campanero encendió un cabo de cera que estaba puesto en una palometa de barro cocido, y empezó á trepar por la primera rampa.

—Como os contaba, dijo el corcobado continuando su historia: maese Sancho, el cojo, sacó de nuevo á luz su mandil y su banquillo, y se puso á remendar zapatos en Triana; vivia cerca de su casa una mujer que se llamaba Teresa, y era jóven y hermosa, y sin embargo nadie sabia quien era ni de donde habia venido: se asomaba muy poco á la ventana, vivia en compañía de una vieja, y se la tenia por honrada, puesto que solo se la veia salir á misa, y aun así cubierta con un manto: pasaba por honesta aunque malas lenguas dijeron que muy tarde de noche, la andaba á la ronda cierto embozado que trascendia desde cien leguas á gran señor.—El tio Sancho, aunque ya bastante duro, acostumbrado á las bizarrías de ballestero, y segun dicen, enamorado de la señora Teresa, se dió á rondarla...

—¡Y alcanzó por lo menos una paliza!

—Al contrario, todos los vecinos le vieron con asombro ir con ella á la iglesia el primer dia de misa, y, lo que maravilló á todos, que un mes despues se casó con ella.

—¡Oh! ¡oh!

—Maese Sancho, empezó á gastar en la taberna, y á dejar ver monedas de oro; se mudó á Sevilla. El cambio de fortuna de maese Sancho aumentó, como supondreis, las murmuraciones; las comadres del barrio de San Gil, á donde se habia trasladado maese Sancho, mintieron á su sabor y dijeron que la boda se habia hecho con dinero del señor que rondaba en Triana á Teresa.

—¿Y no se supo quien era ese señor?

—Si se hubiera sabido no hubiera tenido gracia el cuento. Decian que las mas de las noches entraba á deshora y con recato un hombre embozado, en la casa, que le esperaban fuera cuatro escuderos armados, y hubo quien se atrevió á creer si seria nada menos que el rey don Alonso.

—Dicen que don Alonso el XI fue siempre muy fiel á doña Leonor de Guzman que le habia hechizado.

—Ved ahí lo que yo he dicho mas de una vez.

—¿A mas de eso, cómo habia de prendarse el rey de una villana?

—¡Alto allá, señor mio! La señora Teresa tenia un rostro de serafin y un cuerpo de reina, y aunque maese Sancho la doblaba la edad y era un poco bruto y feo, ella no pasaba, cuando sucedia lo que digo, de veinticinco años: dicen que maese Sancho nunca fue marido de su mujer, ni entonces ni despues... pero ya conocereis que estas son habladurías. Lo cierto del caso es que al año nació una niña, que la pusieron por apellido Zapata...

—¿Y por nombre Beatriz..?

—No, se llamaba Ana.

—¡Ah! ¡son dos!

—Deben serlo, pero solo existe una... la otra fue robada al año de haber nacido, cuando nació su hermana Beatriz... nada se ha vuelto á saber de la pobre niña. La señora Teresa quebrantada por la pérdida de la otra hija, enfermó...

—¿Y murió...?

—Un año despues de haber nacido Beatriz. Hace diez y ocho años que sucedió esto. A pesar de la muerte de la señora Teresa, no cesaron las murmuraciones de las buenas gentes del barrio, y siguió yendo á deshora por el postigo el mismo caballero, acompañado siempre de cuatro hombres armados. Mientras esto duró, maese Sancho siguió gastando gentilmente en la taberna: pero llegó un dia en que dejó de embriagarse, no por falta de vicio, sino por falta de dinero; el noble que hasta entonces, segun malas lenguas, habia seguido manteniendo la casa, desapareció y dejó de haber dinero á mano. Empezaron las escaseces, Beatriz no tuvo ya sayos de grana, y maese Sancho empezó á ponerse enfermo, no porque le faltase vino, sino porque empezó á faltar pan á su hija; la pobrecilla, que nunca habia trabajado, se lastimaba las manos, unas manecitas de ángel, hilando el cáñamo conque hacia su padre los cabos. Hace dos años que la conoció mi hijo y se enamoró de ella. Hace dos años que empezó á agravarse la enfermedad de maese Sancho...

—Deteneos, amigo mio, solo nos faltan dos rampas que subir y no quiero ni que os quedeis sin saber la historia, ni que sepa que os la he contado mi hijo.

El tio Blas se sentó cansado en uno de los poyos que se estendian á lo largo del grueso del muro en que estaba abierto el ajimez mas alto de la torre. Vista Sevilla desde los hombros de gigante del campanario de su iglesia mayor; perdida á sus piés y alrededor en un fondo de oscuridad, parecia un firmamento inverso del cual venian á ser opacas estrellas las luces diseminadas acá y allá en el vasto laberinto de sus calles.

Men Rodriguez miró con placer aquel espectáculo, mas imponente por la sombra que le envolvia que lo hubiera sido á la luz del sol. Los torreones, los muros, los campanarios de iglesias y conventos, parecian atalayas alzados sobre un campo dormido, mas allá del cual flotaba el caos suspendido en la sombra: de en medio de aquella aglomeracion oscura de calles y edificios, surgia un ruido unísono, tenaz, zumbador, viniendo de la circunferencia al centro y que se formulaba en gritos ya distintos al pié de la torre, á cuyo alrededor se aumentaban las hogueras y agolpábase cada vez mas la multitud, que desde aquella altura parecia un verdadero hormiguero agitándose y bullendo sobre un fondo luminoso.

Men Rodriguez ardia de impaciencia: aunque le interesase mucho la historia ó conseja de maese Blas, ausiaba proveerse del traje y de las armas para observar de cerca aquella conmocion popular, envuelto en ella.

—Y bien, dijo no pudiendo contenerse ya, ¿en qué paró la enfermedad de maese Sancho?

—¿En qué habia de parar sino en la muerte? contestó tristemente el campanero.

—La sepultura debió ser para él un lecho de descanso.

—Para algunos, jóven, no hay ni aun sepultura.

—¡Cómo! ¿pues qué delito habia cometido el pobre Sancho para que se le negase ese último albergue que se da á todo mortál?

—El delito de ser pobre.

—¿Y porque era pobre no le enterraron?

Hace seis dias que murió y aun está insepulto.

—¡Eso es imposible! El rey no puede consentir esas barbaries que la religion y la caridad condenan.

—Sus asuntos propios tienen demasiado ocupado al rey para que pueda ver todo lo que pasa á su alrededor, cuanto mas lo que se pierde en el pobre desvan de una casa de vecinos. En esos lugares muere el pobre de frio y de hambre, sin que haya una mano que vaya á socorrerle. ¿Y qué vale en estos tiempos un viejo pobre, cansado, enfermo é inútil? menos que un perro. ¡Que muera en buen hora, puesto que para nada sirve!

—Señor Blas, dicen que el rey es justo.

—No lo niego... ¡Si el rey lo viera!

—Haria justicia.

—Haria pedazos al arcediano de San Gil. ¡Infame! Sancho no dejó al morir mas que algunas pequeñas deudas porque los pobres no pueden deber mucho, y cuando murió, su pobre hija no habia comido en veinte y cuatro horas: mi hijo veia aquella miseria, y sufria sin poderla remediar, porque estaba enfermo y el señor Juan Fernandez de Hinestrosa no paga á sus escuderos cuando no le sirven. Los señores canónigos me deben algunas soldadas de mi oficio de campanero, y solo existia una cosa que podia haber pagado unas ricas exequias á maese Sancho.

—¿Y qué cosa era esa?

—La honra de Beatriz.

—¡Cómo! ¡El arcediano..!

—Cuando la pobre niña fue á suplicarle que pusiera en práctica la obra de misericordia que manda enterrar á los muertos, el arcediano la contestó pidiéndola otra obra dé misericordia que la iglesia no enseña; esto es: consolar á los enamorados.

—¡Ira de Dios! ¡ese hombre merece ser quemado vivo!

—Mi hijo que no tiene poder para eso, creyó poderlo tener para tender de una estocada á ese infame, y le esperó hace cuatro noches; pero mi hijo, mi buen Andrés, aunque es valiente como un leon estaba enfermo y débil y se trocó la suerte: por la mañana le encontraron tendido, con una estocada en el pecho en la calle del Comendador, á la misma puerta de la casa del Ecce-Homo donde vive Beatriz.

—¡Cómo¡ ¿vive por ahí ese arcediano?

—Algunas casas mas acá: si fuese de dia os la podria mostrar.

—Pues ved ahí, en esa calle y en esa casa es donde debo yo ver esta noche á una noble persona.

—¿Y esa persona tiene valimento con el rey?

—Es el señor Pero Lope de Padilla.

—¡Ah, caballero! Vos sin duda no sois lo que pareceis.

—No soy mas que un montañés pobre, aunque noble, que he venido á la córte con intencion de servir al rey, y que sabiendo tañer medianamente el laud, he venido, como trovador, de Leon, encubriendo mi nombre y ganando con música la costa del camino.

—Y habreis ganado bien, puesto que quereis proveeros.....

—Os diré, creo tener fortuna: he podido ahorrar cuatro florines de oro.

—Con ese dinero podreis vivir en Sevilla un año.

—¡Medrados estaríamos, si yo no renovase mi bolsa en todo ese tiempo! Pero ya que habeis acabado vuestra historia, estoy impaciente por variar de vestido y ver lo que pasa allá abajo.

—¡Pobre hijo mio! no pensaba él sin duda en deshacerse tan pronto de sus galas. Vamos, pues, pero cuenta con que os deis por entendido de lo que acabo de deciros; mi hijo no me lo perdonaria nunca. No paseis de esa puerta sino quereis subir al campanario. Esa es mi habitacion, señor hidalgo.

El campanero llegó á la puerta, abrió con llave, y entró seguido de Men Rodriguez en una habitacion que estaba á oscuras.

CAPITULO II.

De cómo Men Rodriguez encontró en una pieza sastre y amigo.

—¿Sois vos, padre? dijo una voz doliente desde un ángulo, en que habia arrojado un negro jergon y sobre él un jóven como de veintidos años, pálido y hermoso.

—Sí, yo soy, hijo mio. ¿Cómo estás?

—Me siento mucho mejor; mucho mas fuerte, pero me duele horriblemente el pecho: tengo sed: dadme agua.

El campanero buscó un jarro de arcilla, y le entregó á su hijo que le apuró con ansia. Men Rodriguez veia todo esto desde la puerta.

—¿Habeis visto al físico, padre? repuso el herido.

—Sevilla anda revuelta, y el bachiller Carrascosa es demasiado cobarde, y demasiado duro de corazon, para esponerse por nada ni por nadie. Dice que tu herida no es de cuidado.

—Es verdad: no es la herida lo que me mata, sino el corazon. ¿Habeis visto á Beatriz?

—No, hijo mio.

—¡No habeis ido! esclamó con desesperacion el jóven. ¡Habeis tenido tambien miedo!

—¡Miedo yo, cuando se trata de mi hijo! La puerta de su aposento estaba cerrada y ella no parecia.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡y no poderme yo levantar de este maldito lecho!

—No os esforceis, señor Andrés, dijo Men Rodriguez adelantando: si vos estais enfermo y doliente, yo estoy robusto y sano, y os buscaré á esa señora Beatriz y á cuantas Beatrices querais.

—¡Ah! ¡no venís solo, padre!

—He encontrado á este hidalgo allá abajo; acaba de llegar á la córte y.....

El viejo se inclinó sobre el lecho y habló algunas palabras en voz baja á su hijo.

—Mi padre me dice que necesitais vestido y armas de soldado, dijo Andrés á Men Rodriguez, cuando su padre hubo acabado de hablarle.

—Así es, amigo mio, contestó el montañés.

—Me ha dicho además mi padre que conoceis á algunos allegados al rey.

—Es cierto.

—Pues bien, todo lo que tengo es vuestro. Abrid, padre, el armario grande y que este hidalgo tome de él lo que mejor le convenga.

Maese Blas fue á un viejísimo y voluminoso armario que habia en un ángulo, y Men Rodriguez pudo examinar entretanto detenidamente la habitacion en que se encontraba.

Era un espacio como de quince piés cuadrados, sin ventanas ni mas respiradero que la puerta y algunas perforaciones abiertas en lo alto de la bóveda, por las que pendian algunas cuerdas destinadas á tocar desde allí las campanas: el suelo, así como las paredes, eran de esa fuerte argamasa árabe que con el tiempo se solidifica hasta endurecerse como un roca: aquel pavimento estaba desquebrajado, y el humo de un fogon habia ennegrecido las paredes y la bóveda de herradura en cruz, que un tiempo debió mostrar el rojo color y las líneas vivas de su ladrillo agramilado. El menaje era miserable: consistia en dos camas pobrísimas, aunque limpias; un enorme arcon, dos armarios de magnitudes desiguales, y algunos rollos de cuerda que estaban relegadas á un ángulo, entre armaduras de esquilones y badajos desmontados; á mas junto al lecho de Andrés habia colgada de una escarpia, una armadura de guerra, y una gruesa pica de roble se apoyaba en ella. Añádase á esto, un caparazon de hierro, una adarga, un par de estribos moriscos, y algunas bridas y espuelas colgadas acá y allá, y se tendrá una idea completa del aspecto del aposento de maese Blas, que estaba abierto debajo inmediatamente de las campanas, en el corazon de la torre, que venia á ser el eje alrededor del cual se torcian las rampas.

En menos tiempo del que hemos invertido en esta breve descripcion, el jorobado sacó pieza por pieza un traje abigarrado, cubierto de galones y cintas que puso sobre un escabel; añadióle una gorra de velludo con herrete de acero y pluma de águilla, unas calzas rojas y unos zapatos de ante; luego tomó de la parte inferior del armario un coselete y una espada.

—¿Qué espada habeis tomado, padre? dijo Andrés.

—La de gavilanes dorados y vaina blanca, dijo el viejo.

—No, no; ese es un mal hierro; mucha apariencia y malos hechos: sacad la *tajadora*: una escelente espada de Toledo, señor hidalgo: es algo corta por haberle saltado en cierta ocasion un palmo por la punta; pero es mejor; así se hiere de mas cerca, con mas seguridad, y es de un temple admirable: de las de las siete cruces, con gavilanes y guardamano de acero. En una noche como esta, padre, es necesario armar bien á los que se nos muestran amigos.

Men Rodriguez tomó la espada, la examinó, la blandió, tiró con ella algunas cuchilladas al aire y esclamó con satisfacion:

—¡El peso en la empuñadura! ¡escelente corte! ¡estocada firme! Me conviene vuestra espada, señor Andrés. Si con ella no se sale avante de un lance, no será suya la culpa sino de los puños ó del corazon. Y ¿en cuánto apreciais estas prendas y estas armas?

—En nada, y en mucho, señor hidalgo, contestó Andrés; creo que procurándoos vestido y defensa os hago un gran servicio.

—Lo confieso.

—Pues bien, cuento con que me hagais otro.

—Hablad.

—Id á la calle del Comendador, á la casa del Ecce-Homo y subid á sus desvanes: preguntad en ellos por la habitacion de Beatriz Zapata.

—Iré.

—Y si la encontrais, dadla de mi parte cuatro ducados.

—Se los daré.

—Es una cantidad que me prestais y que os devolveré en cuanto me levante del lecho.

—Quiero concedéroslo todo por no mortificaros, pero en verdad yo no debia admitir lo que me dais sino pagándoos su justo precio.

—Haced cuenta con que os presto tambien.

—Pero yo no puedo aceptar un préstamo sino de un amigo.

—¿Y qué impide que lo seamos? Es cierto que yo no soy noble como vos.

—Pero teneis nobleza de corazon, dijo Men Rodriguez acercándose al lecho y tendiendo á Andrés su mano, que aquel estrechó con efusion.

Hasta entonces por efecto de la turbia luz del cabo de vela no habia podido ver bien Men Rodriguez el semblante de Andrés: era un jóven en quien la naturaleza parecia haber querido compensar la deformidad del padre: blanco, pálido, con espresivos ojos negros, frente despejada y noble, cabellos blondos, barba rizada y nariz aguileña, aquel semblante era simpático por su franca y leal espresion. En aquellos ojos no habia el menor vestigio de intencion; por el contrario, rebosaban de ellos la generosidad, el valor, la energía. Men Rodriguez que era tambien franco, noble y generoso se sintió arrastrado hácia Andrés por una viva simpatía.

—Lo sé todo, y os ayudaré y os vengaré ó poco valgo, le dijo con entusiasmo.

—Pero vos ¿quién sois, señor?

—Me llamo Men Rodriguez de Sanabria, y estoy admitido al servicio del señor Pero Lope de Padilla, del que espero pasar al del rey.

—¿Habeis hablado con el ballestero mayor?

—Sí.

—Para servirle bien tendreis que cerrar los ojos á muchas cosas.

—A todo, menos al honor.

—Lo creo, y por lo tanto no os doy consejos.

—¿Conoceis á ese caballero?

—Es sobrino del señor Juan Fernandez de Hinestrosa, cuyo escudero soy. Pero vestios y marchad. Lugar tendremos de hablar: acaso mañana me podré levantar de este jergon, y vos vendreis á verme, ¿no es verdad?

—Tanto vendré, como que pienso, si no lo tomais á mal, vivir en vuestra compañía.

—Creo, señor hidalgo, que no habeis contado bien los pasos que os ha costado subir hasta este mechinal, dijo el jorobado.

—Nunca es trabajoso un camino cuando al cabo de él se encuentran amigos: por lo tanto, como ya lo somos el señor Andrés y yo, y él está enfermo y pobre, y yo sano y con algun dinero, será necesario que yo me encargue por ahora...

—¡Oh! ¡eso no! ¡imposible! esclamó rápidamente Andrés.

—Eso, ó dejo aquí estos vestidos y no vuelvo á aparecer mas, dijo con firmeza Men Rodriguez.

—¡Bien! haced lo que gusteis; pero estad á la correspondencia.

—¿Cómo considerais la amistad, señor Andrés?

—Creo que es el lazo que une el alma de un hombre con la de otro.

—Es ser dos y uno. Por lo tanto no hablemos mas de esto. Tomad, maese Blas, y gastad hasta que se acabe, dijo Men Rodriguez dándole un florin.

—¡Y yo que le habia creido espia! dijo el viejo, con los ojos arrasados en lágrimas.

—Eso os enseñará á leer mejor en los semblantes. Y adios. Quedo en ir á la calle del Comendador, y hacer enterrar al padre de Beatriz. En cuanto al arcediano le tomo por mi cuenta y á la primera ocasion...

—Ese hombre me pertenece, Men Rodriguez, dejádmele. Padre, alumbradle, creo que está impaciente y no debemos detenerle.

—Podrá suceder que no tenga donde pasar la noche, y en ese caso me vendré aquí.

—Entonces tirad de un cordel que encontrareis en el marco de la puerta de la torre, dijo maese Blas.

—No, padre, no: en tiempos como estos, es muy probable que un hombre se vea acosado y perseguido. Mientras vos bajeis á abrirle con vuestro tardo paso, podria suceder que diesen fin de él: ahí esta mi llave: afortunadamente tenemos dos: dadsela: dadle así mismo un cabo de cera y avios de encender, y que vuelva cuando á bien le venga.

El campanero encontró prudente la observacion de su hijo, y dió los objetos indicados á Men Rodriguez, que encendió el cabo y salió.

—¿Qué dices de esto, Andrés? esclamó el jorobado cuando se hubo perdido en el descenso el ruido de los pasos de Men Rodriguez.

—Creo, padre, que la suerte se ha cansado de perseguirme.

—¿Por qué ese hidalgo ha entrado en nuestra casa?

—Dios me envia un amigo... el primero que he encontrado despues de vos: cuando Dios concede un bien es de esperar que tras él vengan otros.

—Dios quiera que ese jóven que tan leal parece...

—Ese hombre llegará á ser mucho, padre, sin faltar á su conciencia: me lo dice el corazon.

Despues de esto Andrés se volvió como para dormir, y maese Blas respetando el descanso á qne su hijo se entregaba, se desnudó se metió en el lecho y apagó la luz.

Poco despues el campanero roncaba estrepitosamente y Andrés soñaba en Beatriz, en Men Rodriguez de Sanabria y en el rey. De una manera fatal y como por un presentimiento, estos tres seres se habian reunido en su imaginacion como un solo individuo.

CAPITULO III.

El hombre del sombrero verde.

Cuando Men Rodriguez llegó al pié de la torre, estaba el motin en todo su esplendor: ya no se gritaba: se ahullaba:—¡pan! ¡pan! ¡que nos entregen los judíos! ¡al alcázar! ¡muera don Samuel!—atronador estruendo que surgia de mil bocas congregadas por el hambre y escitadas por la traicion.

Todo cuanto miserable y brutal encerraba Sevilla, se veia allí, girando, gritando, lanzando rugidos de rabia, imprecaciones, blasfemias: mujeres perdidas y harapientas, viejos hediondos, matones, mohatreros, rufianes, ladrones, vagos y aventureros se empujaban, se empinaban, se comprimian al rededor de un lugar, en donde un hombre alzado sobre una silla de barbero, y al parecer hidalgo, aunque envuelto en ropas toscas escitaba al pueblo á las violencias á pretesto del hambre.

De tiempo en tiempo se veian cruzar entre la multitud embozados que parecian llevar consigo el espíritu del desórden: las masas que tocaban se inflamaban y partia de ellas un vendabal de injurias al rey, de amenazas á los nobles, y de imprecaciones á los judíos.

Men Rodriguez convertido en soldado, traje que lo favorecia infinitamente mas que el anterior, pasaba callando y observando entre las masas. El solo, acaso, era el que no tomaba parte en aquel estruendo, en aquella bataola, que tenia mucho de fantástico, y aun puede decirse de infernal.

Lo que mas admiraba al jóven era que la plebe, tratándose de un rey tal y tan terrible como don Pedro, se atreviese á insultarle á las puertas mismas de su alcázar, y lo que admiraba doblemente era el que un escuadron de lanzas reales no se hubiera ya hecho plaza entre la multitud. El alcázar situado á poca dis-

tancia de la iglesia mayor estaba silencioso y oscuro, del mismo modo que si Sevilla hubiera estado entregada á la tranquilidad mas profunda.

—He aquí un rey que tiene fama de tremendo, pensaba para sus adentros Men Rodriguez, y sin duda ahora está aterrado dentro de su alcázar. Por mi vida que á estar yo en su lugar, ya hubiera hecho que toda esta canalla hubiera ido delante de mis ginetes como una bandada de estorninos espantados. Es necesario ser sordo ó cobarde para sufrir este alboroto.

—¡Tienen razon! ¡les falta pan! dijo una voz vibrante á sus espaldas, en contestacion á las últimas palabras del jóven que habian sido pronunciadas á media voz.

Men Rodriguez se volvió y vió que un embozado en cuya cabeza se veia, al reflejo de los hachones que llevaba una turba, un sombrero verde, se perdia entre la multitud.

—¡Conque tienen razon! ¡eh! esclamó con cólera, ¡vive Dios, seor embozado, que vos debeis ser uno de tantos bribones, que no atreviéndose á acometer de frente al rey ponen en uso picardías y malas artes! ¡Tienen razon! ¡pues, vive Dios, que no has de escapárteme! ya casi estoy al servicio del rey y no será malo probar en tí el temple de la espada de mi buen amigo Andrés.

Y Men Rodriguez codeaba y sudaba por no perder de vista al embozado, al que servia de señuelo su sombrero verde.

—Ello es, continuaba, empujando siempre y adelantando, que he dado palabra á Andrés de buscar sin pérdida de tiempo á Beatriz: pero ¡bah! aunque la diese ahora mismo dinero, de nada le serviria puesto que faltan mantenimientos, y en cuanto al muerto, es lo que menos importa: bien puede pasar algunas horas mas sobre la tierra; tiempo tendrá de estar bajo ella. Sigamos al de lo verde; no sé por qué me lleva tras sí ese hombre. ¡Allá va! ¡paso, amigos mios, paso! ¡pan y cuerda para los judíos!

A tal grito, que era en aquellas circunstancias una palabra mágica, y á la vista del traje de Men Rodriguez, la multitud le abria calle como el soldado deja el paso franco á su jefe: aquel era un motin organizado.

A costa de sus hombros, de sus codos y de sus pulmones, el montañés logró acercarse bastantemente al embozado que habia logrado introducirse entre los grupos que rodeaban de cerca al hombre que perora ba sobre la silla de barbero, pero estaba allí tan comprimida la multitud, que le fue imposible pasar adelante, ni acercarse mas al de lo verde. Esperó, pues, sin perder á aquel de vista, y fijó por mitad su atencion en el de la silla.

—¡Buenos ciudadanos! ¡honradas dueñas! ¡nobles y villanos! decia, todos los que me escuchais, confesad que es ya tiempo de que esto concluya; es necesario que se nos haga justicia, y sino la encontramos en el rey, que nos la hagamos por nuestras manos.

—El rey no piensa en otra cosa que en enamorar á la Padilla, en enriquecer á sus parientes, en degollar á los nobles que les estorban, gritó, con un enorme vocejon, otro hombre que se habia encaramado sobre los hombros de otros dos, y que por su vestido parecia cortador.

—Antes de sentenciar al rey, hermano, dijo el de la silla, es necesario pedirle justicia.

—La negará, contestó el cortador; ¿no sabeis que para hacer justicia seria necesario que nos entregase la cabeza de Simuel Leví, su gran privado? ¡No! ¡no! ¡es necesario que nos satisfagamos por nosotros mismos! ¡Muera la Padilla! ¡muera Hinestrosa! ¡A la horca los judíos!

—¡Bien, hijos mios! ¡bien! ¡á la horca todos! dijo el de la silla, es necesario hacer vomitar á esas sanguijuelas la sangre que han chupado á los pobres.

—¡Al alcázar!

—¡A casa de David el Rumy!

—¡A la alquería de Abraham!

—¡Fuego! ¡prendamos fuego! ¡abajo los nobles y los ricos!

Estas voces partian con la furia de una granizada, de las masas que se precipitaron al alcázar: el impulso estaba dado, y el de la silla y el carnicero descendieron de sus puestos confundiéndose entre la multitud.

Men Rodriguez que no habia perdido un momento de vista al de lo verde, notó que apenas el populacho se habia puesto en marcha hácia el alcázar, aquel se habia alejado en direccion opuesta.

—¡Esto es! esclamó poniendose en su seguimiento, ¡una vez dado el golpe se esconde la mano, se huye, y se deja entregada la canalla á su propio instinto! ¡pues piernas os mando, amigo mio, si os habeis de escapar de mí! ¡Ola! ¡tomais por las callejuelas! ¡pues bien! pronto estaremos solos y veremos si es tan fácil vencer hidalgos, como embaucar canalla.

Y Men Rodriguez siguió al de lo verde por una calle que entonces se llamaba la Sedería y que hoy viene á ser la de Francos.

Por el momento algunos hombres de mala traza siguieron el mismo camino, pero al entrar en la que ahora se llama plazuela de San Isidoro, Men Rodriguez, que seguia á lo largo para no ser descubierto, nuevo en la ciudad, perdió el tino y siguió hácia la plaza de las Carnicerías, mientras el de lo verde tomó por la del Salvador.

Solo el cazador que haya seguido con interés una pista y la haya perdido de repente, puede figurarse el mal efecto que produjo en Men Rodriguez este percance; apresuró sin embargo el paso siguiendo el costado izquierdo de la plaza, y torció por otra calle.

Por un momento creyó haber dado con su hombre, pero no era ya uno, sino dos los que caminaban, no delante de él sino á su encuentro.

Era la calleja en que se encontraba tan tortuosa, tal y tan sombría, que el montañés se creyó llegado al término de sus deseos, y adelantó á la carrera hácia los que venian; pero antes de llegar á ellos, notó que se detenian, y poco despues resonó choque de espadas y un largo silbido. A seguida sonó una puerta que se abria con ruido, el chocar de las espadas se aumentó como si hubiesen acudido mas hombres, y cuando llegó á la mitad de la calleja Men Rodriguez, vió á la luz de un candil, que al ruido de la riña habia asomado á su ventana una vieja, al hombre del sombrero verde que replegado á una puerta se defendia bizarramente de tres hombres que le acometian á un tiempo.

La vieja gritaba sin que alma viviente acudiese á sus voces; el de lo verde se defendia con un valor y una destreza maravillosos, y los otros tres hombres le apretaban cada vez mas, cuando cerrando con ellos Men Rodriguez, dió en tierra con uno que atravesado de parte á parte, solo tuvo vida para esclamar:

—¡Dios me valga!

El efecto de este golpe rápido como el relámpago, é imprevisto como el del rayo, produjo en favor del de lo verde un efecto mágico: al verse solos cada uno de los otros dos frente á frente con un hombre, huyeron, terciándose las capas, hácia la calle que se llama ahora de la Cabeza del rey don Pedro.

Men Rodriguez se puso en su seguimiento.

—¡Eh! ¿á dónde vais, hidalgo? le dijo la misma voz vibrante que le habia hablado junto á la iglesia mayor. ¡Venid! la muerte de un asesino no vale la fatiga de un caballero; y vos, buena vieja, callad, pero no retireis vuestra luz; me viene á las mil maravillas.

Men Rodriguez, se volvió y vió al de lo verde inclinado sobre el muerto que era el mismo que habia

alentado el motin desde la silla de barbero. El jóven se perdió en un verdadero laberinto de ideas contradictorias. ¿Cómo era que aquel hombre que al hablarle por primera vez se habia mostrado hostil al rey, le servia persiguiendo á uno de sus enemigos?

Mientras Men Rodriguez se esforzaba por hallar una solucion plausible á este problema, el de lo verde reconoció á su placer al muerto la escarcela y los bolsillos, sacó de ellos unos papeles y se alzó.

—Seguidme, dijo á Men Rodriguez, que obedeció maquinalmente, mientras la vieja gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Aquí de la justicia de Dios y del rey! ¡Que se escapan los asesinos! ¡favor! ¡socorro!

—¡Andad! ¡andad de prisa! esclamó el de lo verde. ¿No oís cómo grita esa bruja? Afortunadamente los buenos vecinos de Sevilla están acostumbrados á estos ruidos y no se inquietan por ellos. Seguid, caballero, seguid.

—Llamadme hidalgo á secas.

—Caballero os llamaré, mal que os pese, aunque vengais de raza de judíos, y seais hijo de un cortante y de una cómica. ¡Pero andad, vive Dios!

—Paréceme, señor mio, que á mas de insolente sois un tanto audaz, y otro tanto imperioso en vuestras palabras.

—¿Qué quereis? eso va en genios: yo siempre mando así.

—¿Y os obedecen siempre?

—Cuando no, procuro hacerme obedecer.

—¿Y quién sois, si os place, para abrogaros tanta autoridad?

—¿Qué os importa quien yo sea? ¿Os he pedido vuestro nombre?

—Mi nombre puede decirse en todas partes con la frente alta y sin mancha, delante del mismo rey.

—¡Humos gastais!

—Me viene de linaje.

—¿De dónde bueno?

—De las montañas de Leon.

—¿Sois Sanabria?

—Sanabria soy.

—No es mucho: todos los de esa familia pican de alentados, y por alentados de orgullosos.

—Los de ese linaje no tienen que encubrirse para servir al rey, con las tinieblas de la noche, y como quien dice, á traicion.

—¿Lo decís por mí?

—Por vos lo digo.

—Pues andad de prisa, caballero, y no os detengais: aun no hemos puesto bastante tierra entre el muerto y nosotros, y la parroquia de San Gil á donde vamos está lejos.

—Cuando se ha dado de estocadas á un traidor, no hay porque ocultar la cara.

—Tened cuidado no os resvaleis de valiente á fanfarron.

—¡Yo soy....!

—Vos sois un pobre diablo, muy leal, muy valiente, pero muy tonto aun: es necesario disculparos, porque pareceis nuevo en la córte. Pero creedme; habeis hecho un gran servicio al rey matando á uno de sus mas encarnizados enemigos, por lo que os he tomado afecto y os perdono vuestras sandeces. El rey sabrá cuanto le habeis servido y os premiará. Entre tanto seguidle sirviendo en obedecer lo que yo os mande y dejadme hacer: yo soy muy privado de su señoría, y os aseguro quo habeis hecho fortuna.

El acento del incógnito tenia para Men Rodriguez un poder inesplicable: á pesar de ser duro, amargo y sarcástico, le dominaba sin irritarle, le contenia y ejercia sobre él una superioridad marcada.

—¿Sereis acaso don Diego García de Padilla?.. Dicen que por los amores de su hermana, el maestre de Calatrava priva demasiado con el rey.

—Con el rey no priva nadie, señor Sanabria. Bien ó mal, como don Pedro manda á sus reinos, los manda por su propia voluntad. Y basta de réplicas. Seguid aprisa.

Habian recorrido las calles correspondientes á las que hoy se llaman de la Alhóndiga, de Bustos Tabera y de San Luis, y entraban en la de Per-Afan de Rivera, que en aquellos tiempos se llamaba del Comendador.

—Id á ver qué bulto es aquel blanco, que se vé hácia el comedio de la calle, á la luz del farol de aquella capilla, dijo el incógnito.

En efecto, hácia el medio de la calle que recorrian, se veia un bulto vestido de blanco, replegado sobre sus rodillas. Men Rodriguez envainó su espada y adelantó: cuando llegó cerca, el bulto se levantó lentamente y dijo con la cabeza baja y la voz trémula:

—¡Caballero! ¡una limosna, por amor de Dios, para enterrar á mi padre!

Men Rodriguez tembló instintivamente y examinó á la persona que tenia delante. Era una jóven como de diez y ocho años, de maravillosa hermosura, pero demacrada y pálida.

—¿Cuánto tiempo hace que está sin enterrar vuestro padre? la preguntó.

—Seis dias, señor, contestó la jóven llorando.

—¿Os llamais Beatriz?

—¡Si señor! contestó la jóven levantando los ojos hasta el semblante de Men Rodriguez y acreciendo en palidez como á impulsos del terror.

—¿Beatriz Zapata?

—¡Si señor!

—¿Es esta la calle del Comendador?

—Esta es.

—¿Y esta la casa del Ecce-Homo?

—Si señor.

—Pues vos sois á quien busco.

—¿Qué me buscais? esclamó Beatriz con acento desgarrador, estremeciéndose de los piés á la cabeza.

—Mi amigo Andrés, el escudero del señor Juan Fernandez de Hinestrosa, me envia á daros este florin para que podais enterrar á vuestro padre.

—Apartad, señor Sanabria, apartad, dijo el de lo verde que habia llegado poco antes junto á ellos; vos no sois bastante rico para hacer estas obras de caridad.

—¡Ah, señor! esclamó tímidamente Beatriz, levantando los ojos hasta el desconocido, cuyo semblante iluminaba de lleno la luz que alumbraba al Ecce-Homo.

Men Rodriguez le miró á su vez: era un mancebo como de veinte y cinco años, de buena estatura, blanco, con cabellos rubios que tiraban á rojos, lampiño, de semblante ni enteramente oval ni agudo, por decirlo así, en la parte inferior; sus ojos de gran tamaño de un azul oscuro tenian una fijeza irresistible, y algo de feroz, algo de incontrastable: su boca entreabierta, de gruesos labios, parecia acostumbrada á mandar por cierta espresion característica, y su nariz robusta pero de buenas formas, un tanto dilatada en su base, se ensanchaba y se contraia á medida que sus ojos ó su boca alteraban su espresion: vestia brocados, una capa negra de seda, el sobredicho sombrero verde, calzas de grana y borceguíes de velludo rojo, y pendientes de un talabarte de seda y oro, llevaba una rica limosnera, y un puñal y una espada con empuñaduras de oro.

Todo en él imponia un temeroso respeto que antes de conocer los rasgos de su semblante se habia hecho sentir en el alma de Men Rodriguez por su acento, y se confirmó á su aspecto.

El incógnito por su parte miraba de una manera que podremos llamar avarienta á Beatriz.

—¿Con qué pedís limosna para enterrar á vuestro padre, pobre niña? la dijo.

—Es, señor, que no hay justicia ni religion en Sevilla, contestó Beatriz.

Frunció levemente el entrecejo el incógnito y dijo:

—Si el rey supiera lo que sucede en cada punto de sus reinos, justicia habria y sobrada. En cuanto á vos yo os la ofrezco en su nombre. Llevadme á donde está vuestro padre.

—¡Ah, señor! ¡quereis subir á nuestra miserable vivienda! ¡á la nuestra!.. aun me parece que vive mi padre.

Y la pobre jóven rompió á llorar.

—Guiad, dijo el incógnito con un acento breve é imperioso que hizo temblar á Beatriz.

—¿Y quién nos abrirá la puerta, señor?

—¡Qué! ¿no teneis llave?

—Me han arrojado á la calle.

—Y quién es el dueño de vuestra cása?...

—El señor arcediano de San Gil.

—¡Ah! ¡es verdad! don Jofré Diaz de Astorga es señor de las quince calles de la parroquia de San Gil.

Pareció dulcificarse el sombrío semblante del caballero, que se volvió á Men Rodriguez.

—Tomad la lámpara del Cristo, le dijo.

—¡Señor!

—¡Qué! ¿os parece un sacrilegio quitar por un momento una lámpara opaca al Dios de luz, para alumbrar el cadáver de un pobre que han abandonado los hombres sobre la tierra?

Pareció convencer esto á Men Rodriguez, que tomó la lámpara de la palometa.

—Id y haceos abrir esa puerta, continuó el incógnito.

—¿Y á qué nombre señor? dijo el montañés que empezó á dudar.

—A nombre del corregidor.

Men Rodriguez fue á la puerta, la golpeó, se hizo

RICO.

Aprieta los puños moro, si quieres aumentar tu dinero con un florin de oro.

abrir pronunciando el nombre del alto funcionario, y el desconocido, guiado por Beatriz, y alumbrado por Men Rodriguez, empezó á trepar las escaleras entre los vecinos asombrados.

Al fin en lo mas alto de la casa, Beatriz se detuvo junto á una puerta cerrada.

—Abrid, dijo el incógnito.

—No tengo la llave, señor.

—Echad la puerta abajo, Sanabria.

El jóven la empujó vigorosamente, y gracias á su endeblez violentó la cerradura.

Al entrar el incógnito retrocedió: la habitacion exhalaba un olor desagradable, pero Beatriz se precipitó dentro y se arrojó llorando sobre el cadáver de su padre.

—¡He aquí nuestra justicia hollada, vilipendiada, escarnecida! esclamó el de lo verde con acento terrible; he aquí que la impiedad y la traicion se atreven á todo! ¡Es necesario que esto concluya! ¡es necesario que el rey haga justicia y justicia pronta, inexorable! ¡Que sirva de escarmiento! Tomad, señor Sanabria, añadió sacando un pesado bolson de su escarcela; aquí hay oro bastante para hacer las exequias de un rey. Id ahora mismo á casa del arcediano de San Gil y mandadle que dé sepultura por este oro á...

—Sancho Zapata, señor, dijo Men Rodriguez.

—Si os preguntare quien manda hacer estas exequias, decid que vos. Fingíos pariente cercano de Beatriz. Mañana ¿lo entendeis?

—Si señor.

—Además mandad abrir delante de la puerta de la iglesia un hoyo bastante profundo. Id.

Men Rodriguez se apartó del incógnito de una manera lenta y recelosa.

—¿Quién será este hombre, decia, que así manda y así gasta? Sea quien quiera; de todos modos no puede

negarse que es leal al rey, que emplea dignamente su oro y que es un valiente caballero.

Y doblegando su orgullo y decidiéndose, bajó las escaleras en tanto que el desconocido sin respeto á lo mefítico del aposento mortuorio, permanecia en él.

Al llegar Men Rodriguez al primer tramo de la escalera, encontró á un hombrecillo que desde allí lo habia observado todo. La espresion de descarada curiosidad con que este hombre miraba á Men Rodriguez, llamó la atencion del jóven. Era uno de estos hombres ambiguos contra los cuales se estrella ese instinto que se llama ciencia de la fisonomía: del mismo modo no podia decirse si era noble ó plebeyo, porque aunque su traje era vulgar, le llevaba con cierta distincion. De lo que no podia dudarse era de su audacia, puesto que sin dejar de mirar al jóven le dijo con acento incisivo.

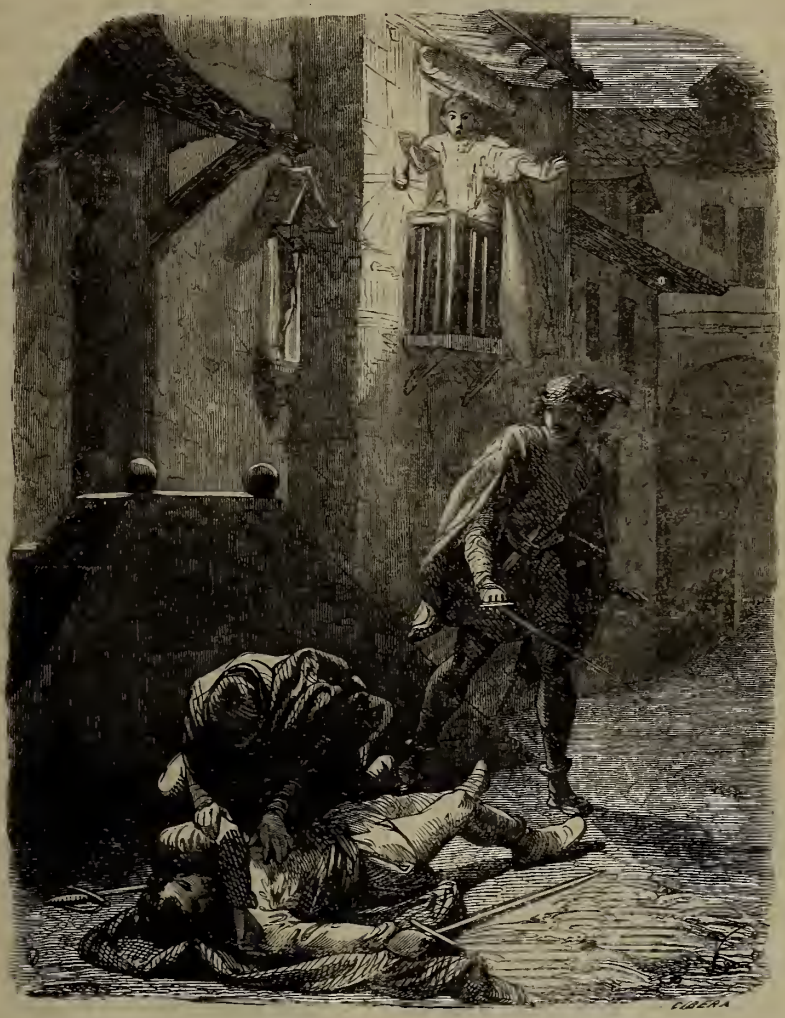
—¡Buenas compañías gastais hidalgo!

Detúvose Men Rodriguez y mirando fijamente al hombrecillo, le preguntó:

—Conoceis al caballero con quien he venido?

—No, pardiez; pero basta su traza para conocer que se trata de un poderoso señor: además le he visto muchas veces acompañado del señor Pero Lope de Padilla.

—¡Cómo! ¿conoceis al ballestero mayor del rey?



Men Rodriguez se volvió y vió al de lo verde inclinado sobre el muerto.

—¡Mucho!

—¿Y vivis en esta casa?

—Sí, pardiez: desde hace veinte años.

—Os llamais Alvar Yañez.

—El mismo, caballero, para serviros.

—Pues ved ahí que sin saber cómo, os he encontrado.

—¿Me buscabais?

—Si tal, de parte del señor Pero Lope de Padilla que me previno le esperase en vuestra casa á la media noche.

—¿Teneis alguna señal?

—Si por cierto, mirad.

Y mostró á Alvar Yañez la cadena dorada que le habia entregado el ballestero mayor.

—¡Oh! ¡oh! cuando mi amigo el señor Pero Lope os envia á mí tan recomendado, pues la presentacion de esta cadena es por sí sola una recomendacion, debeis valer mucho. ¿Cómo os llamais, hidalgo?

—Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Sanabria! ¡eh! ¡montañés, hidalgo y orgulloso! conocí mucho á vuestro padre Men Jofre Perez de Sa-

nabria, y á vuestro abuelo Men Garci Diez: con el primero estuve hace diez y ocho años en la famosa batalla del Salado, donde cayeron al filo de nuestras espadas doscientos mil moros, y donde el emir de Fez Abou'l Hhassan se vió obligado á huir dejándonos su harem, su esposa y sus hijos. Fue una señaladísima victoria que valió tanto como la de las Navas de Tolosa, y que os contaré en otra ocasion. Por ahora vamos á mi casa, donde os proveeré de un esclavo que os acompañe á casa del Arcediano de San Gil, á quien segun creo os ha enviado ese caballero.

—¡Conocisteis á mi abuelo y á mi padre! dijo suspirando el jóven: entonces eran otros tiempos y mi casa era fuerte y poderosa; las guerras civiles la han traido hasta el punto de estar reducida á un torreon viejo sobre la Puebla de Sanabria y á algunas pobres aranzadas; el descendiente de aquellos nobles caballeros se ha visto reducido á venir á la córte, mendigando con un laud, para buscar fortuna al servicio del rey.

—Vos al menos sois jóven, dijo Alvar Yañez, y podreis hacer fortuna en la córte, porque el rey gusta de los valientes y de los audaces; pero yo... yo he gastado mi vida buscando la suerte y no pasaré de ser lo que soy.

—¿Y qué sois, si me permitís caballero?

—¡Eh! poca cosa: escribano de la Sala de Señores alcaldes de la Casa y Córte del rey.

Trás esto llamó á la puerta, y Men Rodriguez que habia sentido cierto respeto, cierta noble envidia al oir decir á Alvar Yañez que se habia hallado en la famosa batalla del Salado, cayó bruscamente de sus ilusiones al ver convertido á su héroe fantástico en un simple y prosáico escribano.

Abrieron la puerta, apareció en ella un esclavo moro y sin pasar adelante Alvar Yañez le dijo:

—Gaspar, toma una antorcha y lleva á este hidalgo á la casa del señor Arcediano de San Gil.

El esclavo fué en busca de la antorcha.

—En cuanto á vos, mi jóven amigo, dijo el cartulario, sabed que encontrareis en mi casa cena y cama preparadas y que os espero. He aquí á Gaspar: id con Dios y no tardeis.

—Quedad con él, señor Alvar Yañez, y hasta luego.

Apenas habian bajado las escaleras Men Rodriguez y el esclavo, cuando por la parte superior apareció el incógnito llevando de la mano á Beatriz que lloraba desconsolamente. El escribano al verlos, permaneció inmóvil en la puerta.

—Señor Alvar Yañez, le dijo el caballero, dad posada por esta noche á esta pobre niña: haced que vuestra criada ó vuestra manceba, si la tenеis, la consuele y cuide de ella.

—Muy bien, señor.

—Entrad Beatriz, entrad, y vos seguidme.

Penetró el incógnito, y Alvar Yañez le acompañó por sí mismo hasta un salon tétrico, entapizado de damasco rojo descolorido, y alumbrado por una lámpara encendida delante de un Cristo. El mueblaje era feo y antiquísimo, y todo allí inspiraba tristeza: el desconocido examinó en una rápida mirada la cámara, y dijo al escribano.

—Acompañad á esta doncella y hacedla servir: volved cuanto antes.

En la prontitud con que Alvar Yañez se apresuraba á cumplir las órdenes del desconocido se traslucia el alto poder de este: salió, pues, el escribano con Beatriz y quedó solo el del sombrero verde paseándose á largos pasos por la cámara.

Habia en su semblante y en su paso impaciencia y cólera; se detenia á veces y partia de sus ojos una mirada sin objeto, pero centellante, rápida como un relámpago: despues volvia á pasear y abismarse en su pensamiento.

Rechinó una puerta y el escribano se presentó de nuevo.

—¿Porqué suceden cosas como las que acabo de presenciar en casas donde viven servidores del rey? dijo severamente el incógnito.

—Recordad, señor, que acabo de venir de Jerez, donde su señoría me habia mandado.

—Y bien, infamias por todas partes ¿no es verdad?

—El rey sabrá mañana.....

—Lo sabrá esta noche.

—¡Señor!

—El rey os necesita en el castillo de Triana donde mandareis preparar la rueda.

—¿Para cuando, señor?

—Cuando vuelva el hidalgo que acaba de salir, partireis. Entretanto dejadme solo y avisadme de la venida del señor Sanabria.

Inclinóse el escribano y salió pálido como un cadáver: el de lo verde se sentó en un sillon debajo de la lámpara, sacó de su escarcela los papeles que habia encontrado sobre el hombre que habia muerto Men Rodriguez, y se puso á leerlos profundamente. A medida que adelantaba en su lectura, su semblante se nublaba y sus ojos se enrojecian; una lucha terrible se agitaba en su alma.

—¡El! ¡El tambien! ¡Fadrique!... ¡Todos! esclamó roncamente; el motin aquí... la infamia allá... la traicion y la falsia en todas partes. ¡Y mañana se asombrarán las gentes de la sangre que destile la historia del rey don Pedro y para juzgarle no examinarán una á una las infamias de los que le rodean! ¡el rey ha matado de una manera cruel! ¡y bien! ¡el rey matará hasta que su brazo se canse ó se rompa! ¡ola! ¿ha tornado ya el mancebo? añadió en voz alta dirigiéndose á Alvar Yañez que habia asomado tímidamente la cabeza á la puerta.

—Si señor, contestó todo temeroso el escribano.

—Hacedle entrar.

Poco despues Men Rodriguez estaba delante del incógnito.

—Acercaos, le dijo con imperio. ¿Habeis cumplido mis órdenes?

—Mañana la iglesia de San Gil estará revestida de paños negros: doblarán las campanas como en el funeral de un rey: asistirá toda la clerecia: el cadáver de Sancho Zapata será encerrado en un ataud de roble, forrado de tela de oro y se le sepultará delante de la puerta de la iglesia en un hoyo de siete piés de profundidad.

—¿Y qué os parecido el Arcediano?

—A haberle encontrado en un camino, le hubiera tomado mas bien por un bandolero que por un ministro del Señor.

—De todo ha tenido nuestro hombre; en estos tiempos es frecuente ver transformarse en clérigo á quien ayer era el terror de una comarca, al frente de una banda de aventureros. Todo consiste en que se les venga á las manos un rico beneficio: del mismo modo que empuñaron el hacha empuñan el báculo pastoral... Siempre en ellos son instrumentos que oprimen.

—Lo que no honra mucho al rey.

—Cuando el rey conoce un desafuero le castiga.

—De modo que el Arcediano de San Gil.....

—Si no es castigado hoy lo será mañana, y si escapa á la justicia del rey no escapará, ciertamente, á la justicia de Dios.

—¡Desgraciado el pueblo que teniendo un rey que debe ser la imágen de Dios sobre la tierra, se ve precisado á recurrir á Dios para que castigue sus ofensas y satisfaga sus miserias!

—De modo que si vos fuerais el rey.....

—Degollaria á los bastardos don Enrique, don Fadrique, don Tello y don Sancho. Levantaria en torno de sus cadáveres quinientas horcas, y colgaria de ellas á los nobles que me fueren traidores. Despues abriria los libros de justicia donde están escritas las leyes y las examinaria una á una; si eran viejas é ineficaces, las

escribiria de nuevo, las sellaria con sangre para que impusiesen terror, daria á cada uno lo suyo y cercenaria la cabeza que contra ley quisiera sobreponerse á las demás... el eco de mi nombre zumbaria como un eco de muerte.

—¡Y solo, obligado á combatir contra tantos caeriais en la lucha y vuestros enemigos insultarian vuestro cadáver!

—Habria cumplido con Dios, con mis reinos y conmigo mismo.

—Os juro que conocereis al rey y os anuncio que desde ahora estais á su servicio.

—¿Pero quién sois, vos que así me asegurais...?

—¿Desconfiais?

—No, no señor, pero tengo una sospecha.

—¿Cual?

—Que estoy delante de la grandeza del rey don Pedro de Castilla.

El de lo verde soltó una carcajada tan ruidosa que desconcertó á Men Rodriguez.

—¿Creeis dijo el de lo verde que ese rey tan cruel tan tirano como dicen sus enemigos, habria sufrido á sangre fria vuestro atrevimiento?

—He nacido noble, señor, vengo de raza de valientes y jamás el temor obligará á mi lengua á callar lo que fuere justo decir.

—¡Bien! admiro en vos un resto de lo que fue la antigua nobleza castellana; pero tened presente que quien os admira es un caballero y que el rey hubiera exigido de vos mas respeto, mas circunspeccion en darle consejos, y en acusarle. Descuidad: el rey no sabrá nada de esto, yo haré que la veais y retened para entonces en la memoria estos consejos: servidle bien, pero jamás le aconsejeis ni pretendais entrar en el exámen de su conducta por torcida que os parezca porque pudierais equivocaros. Debeis ser ciego, sordo y mudo cuando fuere necesario serlo; decidido siempre á obedecer, dispuesto á perder vuestra vida. Por mucho que cavileis nunca llegareis á saber las razones de los hechos del rey, porque jamás las dice á nadie. Por ejemplo: ¿qué hubierais vos hecho con el motin de esta noche?

—Hubiera metido en él un escuadron de lanzas.

—Eso lo hubiera hecho cualquiera: hubiérais disuelto el motin; hubiérais acuchillado á cuatro pelones; pero no hubiérais logrado asir un solo cabo que os condugera al conocimiento de una traicion. Dejadlos que griten, que corran; dejadlos ir; ellos se cansarán sin haber hecho nada: entretanto el promoveedor de ese motin duerme en la eternidad y yo tengo en mi escarcela las cabezas de sus cómplices.

—Luego vos sois...

—Yo soy el primero y mas leal amigo del rey; donde quiera que se hable de él allí está mi oido: donde descubro la traicion allí está mi espada ó el hacha del verdugo... Ahora preparaos á seguirme; me habeis dado tan buena muestra de vos que os tomo por compañero ¡ola, Alvar Yañez!

—¡Señor!

—Haced que nos alumbren y partid al momento al castillo de Triana: ya sabeis lo que teneis que hacer.

—No lo olvidaré, señor.

El mismo Alvar Yañez acompañó al incógnito y á Men Rodriguez hasta la puerta de la calle.

Apenas se encontraron envueltos en la oscuridad el de lo verde se asió familiarmente al jóven que guardaba un respetuoso silencio, dominado por la tenaz reserva del incógnito y cste, que sin duda tenia demasiado en qué pensar, no turbó aquel silencio por su parte.

Así atravesaron en paso rápido las revueltas callejuelas de Sevilla en las que nada se escuchaba: el alboroto se habia estinguido ó estaba lejos, no se oia otra cosa que el ruido de sus pasos y un choque como de dos huesos, seco y sostenido que emanaba de las piernas del incógnito. Al cabo llegaron á la puerta del Arenal y salieron de la ciudad.

—¿Qué os parece de Beatriz? dijo al fin el incógnito rompiendo su silencio, cuando se encontró en el campo.

—Que es harto desgraciada para que no merezca ser protegida, contestó Men Rodriguez.

—¡Ah! ¡creis que debe protegersela...! ¿y cómo?

—Casándola.

—¡Casándola! ¿os casariais vos con ella? dijo el de lo verde como si aquel pensamiento le hubiera inspirado un proyecto.

—¡Yo! esclamó con asombro Men Rodriguez.

—¡Ah! es verdad, me olvidaba y os pido perdon, ¡enlazarse un Sanabria con una zapatera!

—Por cierto que para hacer posible ese enlace, contestó el jóven herido por el punzante acento de sarcasmo con que el incógnito pronunció su esclamacion, bastaria con aclarar ciertos misterios: acaso acaso si eso se consiguiese, podria encontrarse en Beatriz algo de sangre ilustre.

—¿Pretendereis que Beatriz descienda...?

—He aquí el misterio. Lo cierto del caso es que Teresa, la mujer de Sancho Zapata, recibia hace veinte años en su casa todas las noches á un noble señor á quien siempre acompañaban por resguardo cuatro escuderos.

—¿Y por quién sabeis eso?

—Por el padre del novio de Beatriz.

—¡Ah! ¡Beatriz tiene amante!

—Novio, señor.

—Tanto da. Generalmente cuando hay amor y sobrevienen dificultades y dilaciones tras lo uno viene lo otro. ¿Y quién goza de los favores de Beatriz?

—Un pobre escudero del señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Pobre debe ser, cuando no ha tenido dinero suficiente para pagar la sepultura de maese Sancho.

—Además de pobre el infeliz está herido.

—¡Ah! ¡es camorrista!

—Está herido por causa del entierro.

—¡Cómo!

—Herido á manos de don Jofre Diaz de Astorga.

—Faltaria sin duda al respeto debido á un sacerdote.

—Exhortándole á la caridad... Además hubo en esto algo de cólera, porque el Arcediano solicitaba los amores de Beatriz.

—¡Oh! ¡esto es una partida mas á la cuenta del señor Arcediano! Andemos mas de prisa, señor Sanabria.

Entraban entonces en el barrio de Triana, despues de haber atravesado el puente de barcas y torciendo á la derecha dejaron bien pronto á la izquierda la negra masa del castillo y se internaron en el bosque.

A los pocos pasos de un costado del sendero que atravesaban, salió un hombre y dijo á media voz.

—¿Quién va?

—Justicia y Castilla, contestó el incógnito con acento firme.

La sombra desapareció como habia venido y siguiéron adelante: á poco espacio, empezó á oirse el derrumbe del agua de la ferrería.

—Aquí me habeis de esperar con la mano en la espada y el oido atento, dijo el incógnito á Men Rodriguez: ocultaos entre los árboles y no os movais hasta que yo os llame.

—¿Vais á la ferrería, señor? dijo con acento de cuidado el jóven.

—¿Y qué os importa?

—Nada.

—Será necesario que os acostumbreis á no pronunciar palabras ociosas.

Y sin decir mas se separó de Men Rodriguez y se perdió en las sombras con direccion á la ferrería por cuyas claraboyas se veia luz.

CAPITULO IV.

En que se sabe quienes eran Maese Pedro y Maira.

Aunque hemos penetrado un momento con el lector en la ferrería fue como quien marcha de paso y no nos detuvimos á describirla; era un espacio irregular ennegrecido, cuyo techo se perdia en la oscuridad tras la negra armadura que le sustentaba; en cada uno de los ángulos y con cierta simetria, habia una fragua y un yunque; en la pared situada al frente de la puerta de entrada habia otra con fuertes postigos de roble, y algo mas allá, un arco tenebroso por el cual descendia una rampa: en el muro de la izquierda, entre dos fraguas, habia, como dijimos, un escabel, una mesa, y sobre ella un cuadro pintado en tabla que representaba el arcángel San Miguel como patrono de la ferrería. A lo largo de las paredes, se veian colgados de escarpias arneses de guerra, nuevos y relucientes, adargas, hachas, mazas de armas y largas espadas de á dos manos; fuertes picas cruzadas sobre estos objetos ó sostenidas en astilleros; arcos, ballestas, un arsenal completo, en fin, de armas de la época. Mucho antes de que el caballero del sombrero verde llegase á la ferrería estaba esta desierta y oscura y permaneció así algun tiempo hasta que se abrió el cuadro, y descendieron por la mesa y por el escabel dos personas.

Era la una una mujer como de veinte años; su traje y sus formas revelaban que era la misma de que habian hablado Men Rodriguez de Sanabria y Pero Lope de Padilla, que por cierto habian andado cortos en sus alabanzas. Su negro mongil hacia resaltar la blancura de su semblante oval, lánguido, apesarado; en sus ojos negros, poderosos, brillantes con una juventud y una pureza estremadas, se adivinaba una pasion sedienta por dilatarse, un sueño de amor no satisfecho, una desesperacion tranquila, resignada, pero profunda, como si hubiera llegado á convertirse en una costumbre: aquellos ojos, sin espresar esa altivez que ofende, lanzaban de sí tal espresion de grandeza, que no podia menos de pensarse á su vista en una alta dama, á pesar de lo severo y pobre del burdo sayal que la cubria: comprendíase bien que aquel hábito no pasaba de ser sobre ella otra cosa que un disfraz ó un signo de penitencia porque, además de asomar por debajo de la toca algunos rizos de una magnífica cabellera negra, nada habia en aquel semblante hechicero que revelase á la monja ascética por sus creencias ó desesperada por sus votos. Aquella jóven bajo aquel traje y en aquel sitio, era un misterio viviente que interesaba á primera vista y no podia verse sin que escitase esa curiosidad punzante, que no se satisface hasta que se descubre la historia entera de la persona que la inspira: si á lo noble de su frente, á lo fascinador de sus miradas, á lo bello de su nariz, ligeramente aguileña, y á las puras formas de su reducida boca, se añade un cuello voluptuoso medio velado por la severa plegadura de la toca, unos hombros anchos y redondos, unos brazos de formas hechiceras, terminados en dos pequeñas manos y desnudos hasta cerca del hombro, un talle flexible y esbelto y bajo él formas vigorosas, medio indicadas por la ancha plegadura de una falda que, apesar de lo tosco de la tela, adquiria vestida por aquella mujer una elegancia delicada, se tendrá una idea imperfecta de la mujer que presentamos á nuestros lectores.

La otra persona era un hombre como de unos cuarenta años, de alta estatura de formas musculosas, y fuertes: su barba era gris, y en su cabellera abundaban las canas: su frente era noble y se leian en ella profundos pensamientos, que acaso habian encanecido prematuramente su cabeza: sus cejas largas, pronunciadas hácia adelante y casi rectas, sombreaban unos ojos dotados de gran movilidad, recelosos, duros y de una fijeza sombria cuando se posaban en la dama, ó se abismaban en un pensamiento recondito; su nariz, visiblemente encorbada, daba al perfil de su cabeza esa bravía magestad que se nota en el águila, y su boca duramente contraida parecia no estar destinada á pronunciar dulces palabras; su andar era grave y altivo y en vano su modesto traje de mecánico se habia destinado á encubrir lo que de noble y grande emanaba de todos sus ademanes, de todas sus actitudes: llevaba al cinto un largo puñal y en la cabeza una caperuza de pieles, que hacia su semblante mas severo, mas sombrio.

—Ya veis que no hay nadie, señora, dijo con acento duro el hombre. Alvaro de Parreño debió haber llegado al anochecer, y aunque yo vine despues de la queda ninguna señal habia de su llegada.

—¿Y quién puede asegurar que no haya sido descubierto ó preso en el camino? dijo la jóven con acento dulce y pronunciado con indolencia; acaso, acaso cuando creemos que el lobo duerme, está mas en acecho. ¿Habeis hecho observar los alrededores?

—Nadie, señora, nadie: el bosque de Triana está tan solo y tan silencioso como sino estuviera junto á Sevilla, sino en los confines de los desiertos de África. Don Enrique no vendrá esta noche y será en vano el motin... acaso perjudicial... ya debia haber estallado y ninguna noticia tenemos... la gente por lo que se vé no ha vuelto y estamos solos, enteramente solos.

—No sé por qué me inquietan esos hombres.

—Trabajan y se les paga, lo demás nada les importa; no nos conocen y nos sirven para encubrirnos, del mismo modo que el traje que vestimos.

—¡Encubrirnos! yo creo que nadie duda de que somos menos que hija y padre, y mas de lo que aparentamos.

—¿Teneis algun indicio...?

—Sobrado.

—¿De esa gente?

—No, pero hace tres noches...

—Si, si, ya sé que además de... *vuestro novio don Juan* (el incógnito acentuó las palabras que hemos subrayado) os ronda cierto gentil trovador... y os canta romances.

La dama se ruborizó.

—Sé que sois demasiado honrada para faltar á lo que debeis al señor Alvar Perez de Guzman mi pariente, á pesar de todos los trovadores del mundo; pero por otra parte no me agradan las músicas. Ya mandé que se escarmentase á la primera ocasion á ese importuno.

—Ese jóven, dijo la mujer con timidez, me llama dama al enamorarme.

—Razon mas para que se le aleje. ¿Ha venido esta noche?

—No lo sé, os estaba esperando en el convento.

—¿Pero vendrá don Juan...?

La jóven mostró en su semblante un profundo disgusto.

—Me estais obligando á fingir, lo que me repugna. No sé porque, ese hombre me hace daño.

—Ese hombre, señora, tiene mas trazas de espia que de enamorado.

—Tal vez os engañais.

—No, no me engaño; ese hombre es demasiado rico y noble, segun decís, para no pertenecer á la córte: si fuera de nuestro partido os conoceria y no andaria con misterios: debe pues ser partidario del rey... ¿cómo os encontró?... no recuerdo bien... ello fue en el rio.

—Hace quince dias paseaba yo en una barca por el Guadalquivir.

—Es verdad, y os vió, os siguió.... os envió cartas al convento... lo que prueba que no habiéndoos visto entrar, ese hombre sabe que la ferrería comunica con él...

—Y por lo mismo me habeis obligado á que hable con él todas las noches por esa reja.

—¿Y no habeis descubierto nada?...

—Sí, dijo la jóven con embarazo, he descubierto

que tengo el corazon seco para el amor... cuando no le amo.

—¿Tan galan es?..

—Su palabra hubiera vuelto loca á otra que no hubiera sido yo.

—Alvar Perez posee en vos un tesoro.

—Alvar Perez no posee en mí nada.

—Si bien se que no fue el amor el que os unió á Alvar Perez de Guzman: os obligó vuestro padre: el señor Alvar Perez, á pesar de mis consejos, se obstinó en casarse con vos, esperando que la crianza recatada que debiais á vuestros padres seria parte para que despues de casada le amaseis... vos le habeis desengañado cumplidamente: está loco.

—¡Y bien! ¿fuí acaso traidora con él? cuando antes de casarnos le juré que podria por fuerza llevarme al altar, pero jamás á su tálamo, creyó que algunos amores desgraciados... ó encubiertos, me hacian desesperarme y pronunciar palabras vanas... y llegó el momento de que conociera cuanta fuerza de voluntad se ocultaba bajo mi juventud: si Alvar Perez en seis años no ha podido obtener de mí una sonrisa, que se queje á su obstinacion. La fuerza me sacrificó y yo he sabido defenderme... ¡despues de la muerte de mi padre soy libre, enteramente libre...! y si no abuso de mi libertad nadie podrá impedirme...

—Os lo impediré yo señora, no como un hombre que siendo pariente de vuestro esposo, tiene derecho á vigilar vuestra conducta, sino como un amigo que os ama, y cree de su deber salvaros de vos misma.

—¡Salvarme..! ¿y de qué..? ¿cómo habeis comprendido mis palabras?

—Amais... y amais por la primera vez... al nombrar á ese trovador os habeis conmovido... al nombrar á don Juan os habeis irritado. Estais triste y pensativa, señora: huis del trato de las monjas de Santa Clara: vuestras damas os oyen suspirar y aun llorar de noche, y esto os sucede hace ocho dias, siete despues del en que llegó á nuestra puerta ese trovador. Además os repugna hablar con don Juan, y ese empeño tenaz el odio que habeis contraido hácia ese hidalgo, ¿qué otra cosa significa sino que estais enamorada?

Hubo un momento de silencio, durante el cual la dama tuvo constantemente los ojos inclinados al suelo, en tanto que el viejo posaba en ella una mirada severa.

—Pues bien, dijo decidiéndose al fin la jóven; á pesar de mi orgullo, de mi deber, de la pobreza de ese mancebo, le amo: desde mis celosias le veo vagar continuamente por estos alrededores observando la ferrería, y por la noche oigo sus cantares apasionados que, sin saber por qué, me conmueven, me arrebatan el alma. Jamás habia sentido lo que ahora siento: encerrada hasta mi enlace con Alvar Perez en nuestra triste casa de Aguilar: despues de él, ya en esta, ya en aquella sombría fortaleza de mi esposo sin ver en torno mas que rostros feroces; sosteniendo siempre con ese hombre, con ese Alvar, una contienda enojosa; sufriendo sus zelos ridículos, su tiranía, el amor me encontró preparada: ví un mancebo hermoso, noble, bajo sus pobres ropas, gentil; ¿qué mucho que uno y otro pensamiento, uno y otro romance cantado entre el silencio de la noche con voz dulce y apasionada, labrasen en mí un amor que me aterra, que me hace desgraciada..? y sin embargo... he podido responder á su amor y no lo he hecho; me he robado á su vista, le he desesperado y si le he encontrado por acaso en mis paseos solitarios por el bosque, he contestado con una indiferencia de desprecio á sus miradas suplicantes de amor... ¿podeis pedirme mas que resistir á un amor tan sufrido, tan tenaz, tan respetuoso?... porque el infeliz está locamente enamorado de mí.

—¡Infeliz, dijo con sarcasmo el noble, amando y siendo amado!

—Infeliz porque esos amores van á morir apenas nacidos: infeliz... porque estoy dispuesta á pedir dispensa de mi enlace al papa y á encerrarme para toda mi vida en Santa Clara.

—Si el papa os dispensa, lo que no creo difícil, puesto que sois rica y vuestro matrimonio no ha pasado de esponsales, emplead mejor vuestra hermosura, señora, y casaos con ese mancebo: es pobre y podeis hacerle poderoso, os ama y le hareis feliz.

—No, jamás daré un escándalo: sino soy de Alvar Perez no seré de otro.

—El amor, mas poderoso que vuestra voluntad, entrará en el convento.

—Pondré entre él y yo unos votos eternos.

—El amor es mas poderoso que el deber.

—Los Coroneles lo sacrificamos todo á nuestro honor: mi hermana doña María se vió terriblemente perseguida por el rey don Pedro y destruyó con aceite hirviendo su hermosura.

—Vuestra hermana amaba á su marido que habia sido asesinado por el rey.

—Sea como quiera, estoy resuelta y no volveré atrás.

—Veo que no contais con la fatalidad.

—La venceré.

—Estais perseguida: un incidente cualquiera puede torcer vuestros proyectos... acaso mañana sola, abandonada...

—¿Puedo estarlo mas?.. ¿puedo sufrir mas?.. Muertos mi padre, mi cuñado y mi hermana por la cólera del rey, escitada por mi venganza y por vuestras instigaciones á escuchar los amores de ese incógnito...

—Ese incógnito, señora, me hace temblar... sospecho, dudo... y es necesario salir de dudas... hacedle entrar esta noche...

—¡Pero Carrillo! esclamó con ansiedad la jóven.

—¿No estoy yo con vos, no paso por vuestro padre...?

—Es aventurar demasiado...

—Necesito conocer á ese hombre...

—Parece que le habeis evocado... oid... su silbido.

La dama al oir la seña habia corrido á la puerta de la izquierda y habia desaparecido por ella.

—¡Oh! está verdaderamente enamorada... yo esperaba que llegase un suceso de este género, pero no tan pronto: se niega á ayudarnos: pues bien, por ahora yo obraré solo.

Y yendo á la puerta de entrada la abrió.

Entonces sucedió una cosa singular: al ver Pero Carrillo el semblante del caballero del sombrero verde que era el que entraba, palideció de una manera mortal, retrocedió de espaldas como si hubiera visto un espectro, se ahogó la voz en su garganta y huyó hácia dentro. El de lo verde le siguió, atravesó rápidamente un aposento oscuro, siguiendo los pasos que resonaban delante de él, y de repente oyó el ruido de una ventana que se abria y luego el golpe de un cuerpo que se arrojaba al rio, al que siguió el mas profundo silencio.

El de lo verde se asomó á la ventana y miró profundamente á su pié: la oscuridad era densa y nada se veia: por otra parte el derrumbe del agua hubiera cubierto enteramente el débil rumor que produce un hombre que nada.

—He aquí un miserable que se me escapa, dijo profundamente; pero no... sino le traga la corriente, allá quedan los buenos hijos de Pero Lope de Padilla... ello es que aquí hay traiciones: y esa mujer... y bien... el ser hermosa no la librará del verdugo, y al fin estamos en nuestro acechadero.

Dicho esto, el incógnito se separó de la ventana, pero al volver tropezó con un bulto que lanzó un grito agudo. El de lo verde tendió su mano y encontró por acaso otra, la asió y sacó afuera á la escondida.

—¡Ah! ¿Sois vos, María? dijo con acento severo. ¿Cómo es que os encuentro tan acompañada?

—¡Don Juan! esclamó cubierta de rubor la jóven.

—Esperad un momento, señora, hemos dejado abier-

ta la puerta, y es demasiado tarde para no tomar ciertas precauciones.

El de lo verde cerró la puerta, volvió á donde estaba la dama; tomó dos sitiales y la invitó á que se sentase.

Ella obedeció temblando: él la miró con dulzura.

—Y bien, señora, la dijo, ¿por qué me tratais así? ¿debia yo esperar esto de vos?

—Yo no os he tratado mal; todo consiste en que era necesario que esto concluyese... y mi padre.....

—¡Vuestro padre! es decir, ¡el traidor Mosen Pero Carrillo!

La jóven miró con espanto al de lo verde y se levantó instantáneamente.

—Sentaos, señora, sentaos, dijo el incógnito; bien sabeis que no teneis nada que temer de mí. ¿Por qué me habeis engañado? ¿creísteis que os amaria mas siendo villana que siendo doña Aldonza Coronel la noble esposa de Alvar Perez de Guzman?

—¿Y quién sois vos que así sabeis mi nombre y el de mi esposo?

—¿Yo soy don Juan de Pimentel, sobrino del conde de Benavente.

—¡Ah! esclamó la jóven con alegría, ¡entonces sereis enemigo del rey!

—Por el contrario, señora, soy muy su amigo.

—¡Su amigo!

—He ahí por qué el rey me ha dicho: Don Juan: en la ferrería de Santa Clara y en el convento, se alientan traidores que aguzan el puñal á las puertas de nuestro alcázar: entre ellos hay una dama jóven y hermosa: enamórala... el amor puede hacer de ella nuestra amiga y.....

—¡Y vos me habeis engañado!

—Por el contrario, señora; cuando os ví no sabia ciertamente que fueseis la dama del convento y de la ferrería... Despues no pude tener duda... vuestra gentileza, lo noble de vuestras palabras, la magestad de vuestra mirada, lo espléndido de vuestra hermosura, todo contribuyó á asegurarme de que vos no erais una mujer vulgar. Despues... ¡oh! despues me he enamorado ciegamente de vos, mi dulce enemiga, y mucho mas cuando he sabido que erais esposa de un hombre tal como Alvar Perez de Guzman... Pero eso no importa: bien sé hasta donde habeis sido cruel con vuestro esposo; y como es muy posible que ese noble caballero os deje viuda...

—Aunque fuera enteramente libre, don Juan, hay un abismo entre los dos... basta ya... si sois amigo del rey, prendedme y llevadme á él, y estad cierto de que le hareis un gran servicio.

—El rey, de seguro, se fascinaria al ver tanta hermosura y no sabria hacer otra cosa que adoraros. Creedme, señora, estrechemos la distancia que nos separa: amémonos. El traidor que podria ser testigo de nuestros amores, ó no existe ó no existirá dentro de poco. Don Enrique, que vendrá muy pronto, será preso y entregado á la justicia del rey; nosotros, entretanto, podremos salir recatadamente de Castilla, y vivir el uno para el otro, en el cercano reino de Francia. ¡Cuán felices podremos ser!

Doña Aldonza sufria de una manera intensa, sin poderse dar razon de la causa; el acento de aquel hombre la lastimaba y su mirada la causaba un frio de terror; estaba trémula, temblaba, y el de lo verde creyó encontrar en aquella escitacion amor.

—¡Oh! ¡sí! ¡sois mia! esclamó: para mí habeis nacido, y en vano será que se opongan el mundo, la conveniencia y el odio de los bandos. ¿Y qué nos importan ni don Enrique ni don Pedro? Vivamos para nosotros solos: amémonos con un amor sin fin, eterno. ¡Oh! ¡no sabeis cuánto os adóro! ¡por vos seria capaz de todo!

A aquellas palabras surgió un pensamiento siniestro del fondo del alma de doña Aldonza.

—¿Seriais capaz...? dijo, y no se atrevió á continuar, pero sus ojos exhalaron un relámpago sombrío.

—¿Capaz de qué, señora?

—Yo soy doña Aldonza Coronel, dijo con solemnidad la jóven.

—Y bien....

—Mi padre don Alonso Ferrandez Coronel fue asesinado por el rey don Pedro en su villa de Aguilar; el rey don Pedro mató á mi cuñado don Juan de la Cerda, y su esposa, mi pobre hermana doña María Coronel, se vió asediada por sus amores, y por librarse de ellos se condenó al martirio destruyendo su hermosura.

—¿Y qué quereis?

—Aborrezco de muerte al rey, con toda mi alma. Por teñirme las manos en su sangre daria mi vida, mi honra, mi eternidad.

—Y decidme, ¿si yo os entregase el rey para que vos misma os vengaseis....?

—¡Oh, Don Juan! entonces seria vuestra esclava.

—Pues bien, señora, esta noche vereis al rey solo y desarmado.

—¿Y dónde le veré?

—En la torre del Oro.

—Pero esa torre es una prision.

—De la que yo soy alcaide.

—Don Juan, no sé porque siento miedo: todo lo que sucede aquí esta noche es estraordinario... Pero Carrillo al veros.....

—Se creyó perdido, preso, porque me conoce demasiado y sabe bien la lealtad que hasta ahora me ha unido al rey.....

—Que os ha unido... es decir que ahora...

—Os he prometido entregaróslo, lo que quiere decir que le vendo por vuestro amor.

—Sé que estoy en vuestro poder y á vos me entrego: si obrais villanamente que os lo demande Dios.

—Y decidme, ¿no hay en esto algo de amor para mí?

Doña Aldonza hizo un violento esfuerzo sobre sí misma, y contestó con voz apagada y trémula.

—Vengadme... y esperad.

—Pues bien, señora, aprovechemos los momentos: el rey debe ir á la media noche á la torre del Oro, y se acerca la hora.

—¡Cómo! ¿tan pronto?

—Me habeis pedido que os entregue el rey, y os le doy.

—Pero yo no le conozco.

—El mismo se os dará á conocer.

—Y nada habrá que impida.....

—Las gentes de la torre son mias.

—Pues bien, vamos.

—Será preciso, señora, que os conduzca uno de mis escuderos.

—¿Y vos?

—Yo me quedo aquí.

—¡Aquí!

—Sí; espero al conde de Trastamara.

—¡Qué! ¿ha de venir el conde? no se le esperaba, no ha habido aviso.

—Su escudero Alvaro de Parreño ha sido muerto esta noche á las puertas mismas de la ferrería.

Doña Aldonza palideció y se hizo atrás.

—No, vos no sois don Juan de Pimentel, esclamó. Vos sois un traidor: ¡dejadme!... ¡me habeis engañado! ni vos me amais, ni habeis amado nunca á María: buscábais á doña Aldonza Coronel para entregarla al verdugo: ¡digno amigo de un rey fementido y traidor!

—¡Señora! esclamó el incógnito, á cuyo semblante subió la palidez de la cólera.

Fue tan terrible la espresion que se pintó en aquel semblante, sus ojos, antes tan dulces, adquirieron tal ferocidad, que doña Aldonza se estremeció y lanzó un grito de terror: pero instantáneamente el semblante del incógnito se dulcificó y su voz se hizo otra vez blanda é insinuante.

—Creedme, señora, la dijo, os amo, y vuestras palabras, por mas que me hieran, no trocarán jamás en odio ese amor. ¿Quereis que me humille á vos y os satisfaga? me humillaré. Pero seguidme ó mejor, seguid á mi escudero. Si yo fuera vuestro enemigo ¿qué podria impedirme el que me apoderase de vos, no ahora que estais sola sino aun cuando os acompañase un escuadron de lanzas del Bastardo? á una voz mia brotarian de esas enramadas doscientos ballesteros.

Doña Aldonza bajó la cabeza abatida y rompió á llorar; luego, como si la avergonzasen aquellas lágrimas las devoró, y alzando la cabeza con una indescribible magestad esclamó:

—Soy vuestra prisionera.

—Sois mi señora, contestó el incógnito.

Y yendo á la puerta la abrió, salió fuera un trecho, y dijo en alta voz.

—¡Sanabria! ¡aquí!

Poco despues el jóven entraba en la ferrería.

—Conducid está dama á la torre del Oro, le dijo el incógnito.

—Soy recien llegado, contestó Men Rodriguez, y no daré con la torre.

Y entretanto sus ojos deboraban, por decirlo así, á doña Aldonza, que turbada, trémula posaba la mirada en el suelo.

—No importa, dijo el de lo verde, contestando al jóven. A poco que andeis por el bosque, encontrareis, como le encontramos al venir, un hombre: rendid por seña, Justicia y Castilla. Preguntad despues por el ballestero Rodrigo Perez de Castro, y de órden del rey, mandadle os provea de un guia para la torre.

Tras estas palabras, el incógnito fue á la mesa, sacó un pergamino escrito de su escarcela, del que pendia un sello; cortó de él un trozo blanco, y sobre aquel fragmento marcó algunas señales con su daga.

—Tomad, añadió dando al jóven el pedazo de pergamino; cuando llegueis á la torre, preguntareis por Garci Diaz de Albarracin, y le entregareis esta dama y esta órden. Despues obedecereis lo que os diga Garci Diaz. En cuanto á vos, señora, continuó acercándose á doña Aldonza y hablándola en voz baja, confiad en mi fé, seguid á ese mancebo y nada temais.

Doña Aldonza se cubrió el rostro con su mongil y sin contestar al incógnito, se asió temblando al brazo que le presentaba Men Rodriguez y se encaminó á la puerta hasta donde les siguió el incógnito.

—No os olvideis de la seña Sanabria, dijo en voz alta: Justicia y Castilla; no olvideis tampoco el nombre de esos ballesteros: el del bosque se llama Rodrigo Perez de Castro; el de la torre Garci Diaz de Albarracin.

—No lo olvidaré, señor, dijo el jóven alejándose con doña Aldonza.

La puerta de la ferreria se cerró quedando el de lo verde dentro.

—Mal hora para mi ánima, murmuro el jóven, si ese hombre no es el rey.

—¿Qué decis caballero? esclamó doña Aldonza.

—Digo, contestó el jóven estremeciéndose al sonido de aquella voz, qne teneis muy buena suerte, señora, cuando ella os ha puesto bajo el amparo de don Juan.

Doña Aldonza murmuró algunas palabras ininteligibles por su confusion y su vergüenza, y Men Rodriguez apresuró el paso hácia el bosque; al llegar á la embocadura de la senda tropezó con un bulto que salia por ella.

—Voto á cien legiones esclamó el encontrado ¿quién va?

—Un servidor vuestro, señor Pero Lope de Padilla, contestó el jóven.

—¡Ah! ¿sois vos señor Men Rodriguez de Sanabria? ¿qué bulto es ese que llevais con vos?

—Una mujer.

—Pues afortunado sois cuando la hermosa María, la hija de maese Pedro se escapa con vos.

Doña Aldonza se estremeció.

—Llevo esta dama á la torre del Oro.

—¡Ah! ¡llevais esa dama á la torre del Oro..! ¡y de órden de quién!

—De órden de don Juan.

—¡Ah! ¡don Juan está cerca!

—En la ferreria.

—Alegraos, pues, se os dan hermosos encargos. Bien decia yo Men Rodriguez que hariais suerte en la córte. Id con Dios, que el cielo os ampare, señora.

Y se dirigió en derechura á la ferreria mientras Men Rodriguez y doña Aldonza se internaban en el bosque.

—¡Ira de Dios! esclamó Pero Lope: mi prima queda confiada en el alcázar, mientras el rey anda á caza de mancebas. ¡La lleva á la torre del Oro..! ¡si el amor de ese loco montañés influyera..! ¡pero no...! debe estar vendido al rey... y ella debe amar á don Pedro cuando así se deja conducir. ¡Ola! ¿qué es esto? ¿espias para el rey? añadió Pero Lope que al llegar á la puerta de la ferreria, vió destacarse de ella, precipitadamente un bulto: ¡Ola! ¡eh! esperad gritó desnudando la espada y poniéndose en su seguimiento.

Pero el bulto se deslizó rápidamente hácia la espesura y se perdió en ella protegido por la oscuridad.

—Y bien dijo Pero Lope volviéndose, trabajo te mando, si has de forzar mi muralla de ballesteros: ¡pues no..! ¡el apostadero ha sido bueno! ya tiene con que entretenerse el señor atormentador. El golpe ha sido seguro... ¡pero esa mujer...! esa mujer es demasiado hermosa para que no nos dé que hacer: yo he debido quitarla de en medio... es necesario conocer si el rey la ama; pero andemos con cuidado: la prudencia es una gran virtud como dice el arcediano de San Gil mi grande amigo. Entremos.

CAPITULO V.

En que se sabe quién era el hombre del sombrero verde.

Pero Lope llegó á la ferreria y llamó á la puerta.

—¿Quién va? preguntó con impaciencia el incógnito.

—Vuestro mas leal vasallo, señor; Pero Lope de Padilla.

Se abrió la puerta y el ballestero mayor se descubrió respetuosamente.

—¿De dónde vienes Padilla? dijo el incógnito que ya no lo es para nosotros puesto que el lector habrá comprendido que aquel hombre era el rey.

—Vuestra señoria me mandó que deshiciese el motin.

—Pero sin ruido, sin escándalo, sin que corriese ni una gota de sangre: tenemos demasiados enemigos, para que nos echemos tambien encima al pueblo. Por otra parte tienen razon, los falta pan ¿se les ha dado?

—En verdad, señor que vuestra grandeza ha estado á mi pobre juicio harto clemente con esa canalla... porque canalla era... la hez del pueblo comprada por los bastardos. Ni uno solo de los buenos vecinos de Sevilla ha tomado parte en esa rebeldía; solo algunos estudiantes, y ya sabemos que los tales estarán siempre donde se grite.

—Creia Pero Lope que en cinco años que hace estás á mi lado habrias aprendido la manera posible de gobernar en estos tiempos. El difunto don Juan Alfonso de Alburquerque era mucho mas hombre que tú, y un poco mas que tu tio Hinestrosa. A él debo mi enseñanza. ¡Lástima que fuera tan intrigante! Tu no dejas de serlo, pero tú intriga se vé desde muy lejos.

Pero Lope no pudo sostener la mirada escudriñadora del rey.

—Tu modo de gobierno, continuó don Pedro, se parece mucho al de ese loco montañés que nos hemos encontrado, como quien dice; él hubiera querido lanzadas, carreras, un escarmiento público y formidable:

lo mismo quisieras tú. Eso en primer lugar nos hubiera espantado la caza y luego nos hubiera hecho mucho daño. Líbrenos Dios del dia en que el pueblo nos tenga por tiranos, vea sangre en nuestros ojos y se una aterrado á los traidores. ¿Crees tú que el pueblo al ver un efecto profundiza y llega á la causa? No, el pueblo es sencillo, dócil, inesperto y juzga por las primeras impresiones. Cada uno de esos que sufre su hambre, sin salir de su casa, que se queja en ella en voz baja, temeroso de ser oido, cree de buena fe que entre los del motin y ellos, no existe mas diferencia que haber tenido valor para presentarse á pedir justicia de una manera amenazadora: si nosotros hubiéramos alanceado á esa canalla, el pueblo se hubiera creido inmolado, por lo mismo que se cree representado por ella: se hubiera estremecido y el temor es mal consejero de la lealtad: el instinto de conservacion le hubiera vuelto contra nosotros: un rey valiente puede muy bien poner cerco á una villa ó á un castillo, tomarle á escala franca, degollar á los nobles traidores que encuentre detrás de sus muros. El pueblo se alegra cuando se vierte sangre noble, añadió con acento reconcentrado el rey, porque el pueblo odia á una nobleza que le azota y le despedaza: por cada cabeza ilustre que cae bajo el hacha del verdugo, se ponen de parte del rey mil cabezas plebeyas. Ten muy presente mi buen Padilla, que ellos son el gran número, que ellos son la fuerza y el trabajo, y que ellos y solo ellos pueden dar unidad, esplendor, prosperidad y fuerza á la monarquía.

—En verdad, señor, que en otras ocasiones...

—¡Ah! ¿te acuerdas todavía de lo de Toledo, cuando hace tres años, Pero Estebanez Carpentero, Gomez Manrique y Alfonso Tellez, lanzaron á una abierta rebeldia á doña Blanca de Borbon!

—Es que, señor, al deguello de cinco nobles, se añadieron veinte y dos hombres del comun, mecánicos, que fueron ahorcados.

—Pero aquellos mecánicos eran de esa clase de gente que si no tiene la nobleza que se hereda, tiene oro bastante, adquirido á fuerza de infamias y que son un segundo y mas terrible azote del pueblo. ¿Habia entre ellos alguno que no fuere usurero ó que no medrase con la sangre del pobre? ¿qué eran sino sanguijuelas hinchadas que pretendian por medio de un golpe de mano, dorar con sus doblones un escudo de nobleza, y escribir su ejecutoria con infamias? Se me llama cruel, añadió el rey paseándose á largos pasos por la ferrería, porque la vista vulgar no alcanza á donde mi vista llega ¿Con qué derecho se me culpa de la muerte del hijo del platero, pobre anciano que se sacrificaba por su hijo que le ocultaba, que echaba sobre sí culpas que no habia cometido? ¿sabe nadie mas que yo, que aquel mozo en quien la justicia de Dios hizo que gritase la voz de la sangre y se nos presentase ofreciendo su vida por la de su padre, era una cabeza sentenciada y que al aceptar yo su propuesta, no hice otra cosa que castigar al criminal y salvar al inocente? el viejo Juan el vizco, nunca hubiera muerto porque estaba salvo de delito y lo sabes bien, Padilla, ni una sola gota de sangre pura, ha sido vertida por mi justicia. Esta es una lucha horrible, una lucha de Satanás: todo se conmueve á mis piés: todo ruge á mi alrededor... y estoy solo, solo, contra todo un reino... ¿qué digo un reino? contra el mundo entero... ¿De quién me puedo fiar? una sola persona, tu prima doña Maria es la que me ama, la que daria por mí su vida, y se aterra á la vista de la sangre, llora, sufre y su debilidad es mi tormento. ¡Oh! ¡me llaman el cruel y el justiciero! ¿acaso he hecho nuevos usos? ¿acaso he dicho al reino: abajo tus fueros, abajo tus córtes, abajo tu poder legislativo? ¿No lo he respetado todo? ¿no he rechazado con valor al extranjero? ¡Pero ahí está la nobleza! ¡La nobleza que quiere que para ella no haya leyes ni poder! ¡La nobleza que no quiere ser vasalla, y que necesita para estar satisfecha un rey de nombre, un rey de pergamino! ¡No, eso no! yo no soy de la masa de que se hacen esos reyes. Hasta ahora la monarquía no ha sido mas que un poder falso, un pretesto, un velo que ha cubierto, debilidades, infamias y desafueros. ¡O ellos ó yo! ¿qué quieren esos nobles? ¿que el rey deje abandonado un pueblo entero á su rapiña, que el trono se aterre ante ellos, que no haya coto ni medida á sus ambiciones, ni á sus torpezas? Ensoberbecidos con sus fueros señoriales, con sus banderas, con sus fortalezas, con sus tesoros robados, creyeron fácil cosa el aterrarme; desnudaron el acero sedicioso y me retaron. De ellos vino el insulto, en ellos está la obstinacion. ¿Lo quieren? ¡sea! Cuando no me quede mas que una almena donde reñir mi vida, verán allí, que solo, sobre los cadáveres de mis últimos defensores, seré lo mismo que ahora que cuento con el terror de los que me sirven, y con el oro de mis arcas. Para ser valiente me basto á mí mismo. Si caigo caeré con honra: dirán las generaciones que vengan, aunque enemigos escriban mi historia: ¡fué el rey posible en su tiempo: luchó, despedazó, se ensangrentó, hasta los cabellos y cayó como noble y bravo!

La voz del rey tronaba. Sus ojos habian adquirido una espresion tal de fiereza de valentía, de crueldad, que podian compararse á los de un leon irritado por un insulto. Sus mejillas temblaban en una convulsion poderosa y estaban horriblemente pálidas: Pero Lope de Padilla tenia la misma espresion de terror pánico que puede suponerse en un hombre que estuviese encerrado con una fiera.

Despues de la larga y furiosa tirada del rey hubo algunos momentos de silencio. Don Pedro se paseaba de una manera marcada, poderosa; lentamente la sombria espresion de sus ojos fue apagándose, volvió el color á su semblante y la contraccion que le endurecia se dulcificó.

—¿Tiene mi córte pan? dijo al fin deteniéndose delante de Pero Lope.

—Como me mandó vuestra señoría, contestó Pero Lope con voz insegura, porque aun le dominaba el efecto de la terrible cólera del rey, esperé en el alcázar á que el motin se presentase á sus puertas. Fue la canalla, gritó, necesité mucho poder en mi voluntad y en mi respeto á las órdenes de vuestra señoría, para contener á los buenos hidalgos de la guarda, que formados tras mí en escuadron cerrado querian ensangrentarse á todo trance en aquellos miserables que gritaban: ¡Pan! ¡Justicia! ¡mueran los tiranos! ¡múera el rey!

Don Pedro palideció y se nubló de nuevo su semblante. Pero Lope siguió.

—El alcázar permaneció, como sino hubiera habido en él alma viviente: esto sin duda alentó á los rebeldes y empezaron á batir la puerta. Entonces mandé franquearla y se abrió de golpe.

—¡Y la cobarde canalla retrocedió á la vista de mis lanzas!

—Se contuvo al menos. Entonces aprovechando aquel momento de sorpresa, adelanté y les hablé en nombre de vuestra señoría seguido de algunas lanzas. »El rey, les dije, ha oido el grito de vuestra necesidad, y se ha hecho sordo á vuestros insultos para evitarse castigarlos. Algunos traidores han comprado á las puertas de la ciudad los mantenimientos: faltan los unos y están encarecidos los otros. Dejadme paso: en este momento van á franquearse los graneros de los judíos, y por lo demás el rey hará de modo que se socorra de su tesoro á los mas pobres y que no falte trabajo. Retiraos, pues, y estad seguros de que se os hará justicia. He aquí lo que les dije sobre poco mas ó menos, despues de lo cual avancé con doscientos ginetes, teniendo en cuenta que antes de cerrarse las puertas, viese la canalla que quedaban dentro del alcázar, lanzas suficientes para ponerlos en razon si se obstinaban. Atravesé al paso por entre la multitud,

cuidando de que á nadie se atropellaso, y el miedo hizo que los gritos sediciosos se convirtiesen en aclamaciones. Victorearon á vuestra señoría, tanto como antes lo habian insultado y se apresuraron á desaparecer por las calles convecinas. Yo seguí hasta la casa de David al Rumi, que me prometió que mañana al amanecer habria pan.

—Lo que como ves ha sido preferible á que mañana se encontrase sangre delante del alcázar.

—Sin embargo, señor, con las turbas han desaparecido los traidores que las habian alzado.

—Si yo durmiera, si yo entregara mi seguridad y la salud de mis reinos á manos estrañas, podria muy bien suceder que la traicion ó el descuido impidiesen al rey conocer á sus enemigos. ¿Qué dirias Pero Lope si supieras que me he revelado contra mí mismo, que he andado en el motin y que he gritado como el primero: ¡muera el rey! ¡pan para los pobres y cuerda para los judíos!

—Creo señor que un dia mi pobre prima vestirá de luto su corazon y que los leales servidores de vuestra señoría, se verán obligados á vengar vuestra muerte.

—Pues mira, esta noche ha podido muy bien suceder.

—¡Cómo señor! se han atrevido...

—Seguia yo entre el tumulto á Gil de Albornoz, procurando no ser visto de él: observaba cómo trabajaba en mi daño; le oí incitar contra mí á la plebe y luego le ví desaparecer entre ella, cuando creyó que ya estaba dado el impulso necesario. Le seguí: mientras anduvimos por lugares concurridos pude recatarme de él. Pero cuando fuimos atravesando solos calles desiertas, el maldito chocar de mis canillas me descubrió. Gil de Albornoz, apresuró su marcha: llegamos á la iglesia de San Isidoro, y torció por una calleja: forcé el paso y le acometí: estaba seguro de hacerle pedazos á estocadas de solo á solo. Pero el traidor tenia gente prevenida y me ví atacado á un tiempo por tres asesinos demasiado diestros para que no cuente á milagro el haber escapado con vida.

—Si vuestra señoría me hubiera escuchado...

—No volverá á acontecer... pero de una manera que no pude esplicarme por el momento, Gil de Albornoz, cayó muerto á mis piés y los dos que le acompañaban huyeron. Entonces ví que los perseguia un hombre.

—¡Alguno de vuestros caballeros!...

—No tal: ese montañés, ese Sanabria, que es un gentil mozo, muy jóven, muy audaz y muy franco, que cuando habla de mí no me deja hueso sano y en seguida dice que viene á servirme.

—¡Oh! ¡el señor Men Rodriguez de Sanabria! esclamó con asombro Pero Lope... dos muertes en una noche... ¡Pardiez!

—Le encontrarás en la torre del Oro... será necesario que mañana le lleves al alcázar; quiero hacerle hombre, me parece leal y valiente.

—En cuanto á valiente, él fue quien mató á Alvaro de Parreño.

—Con muchos vasallos como él pronto quedariamos libres de traidores. Ten presente el comprarle buenos vestidos, y sobre todo el poner algunos marabedises de oro en su bolsa. Debemos mucho á ese mancebo. Sin él no tendria entre mis manos esta carta que encontré sobre el cadáver de Gil de Albornoz.

Y el rey sacó de su limosnera un papel manchado con algunas ráfagas de sangre.

—¡Una carta de don Enrique á su montero Gil de Albornoz! dijo Pero Lope, leyéndola.

—En que se citan para el motin y despues para esta ferrería á don Ferran Gomez, al comendador don Gonzalo Mexia, á Diaz Sanchez de Terranova y á Juan de Herrera.

—Acaso se encuentren esos nobles entre los que han detenido los ballesteros en el bosque.

—Y cuantos han sido.

—Quince señor.

—¡Quince rebeldes! ¡quince cabezas mas para el verdugo! ¡miserables! ¡pronto se han olvidado Diaz Sanchez de Terranova y Juan de Herrera de que les perdoné en el cerco de Palenzuela. ¿Traes contigo menesteres de escribir Pero Lope?

—Si señor, dijo el ballestero mayor, sacando de su escarcela un rollo de pergaminos y un tintero de plata.

Don Pedro fue á la mesa, escribió rápidamente en un pergamino y le entregó á Pero Lope.

—Haz cumplir lo que ahí está escrito, le dijo.

—¿Vuestra señoría quiere que se conduzcan al castillo de Triana estos caballeros?

—Así está escrito.

—Pero Lopo fue á la puerta, la abrió y lanzó un silbido.

Poco despues llegó Rodrigo Perez de Castro con el que habló algunas palabras en voz baja el ballestero mayor.

—Que me envie diez de los mas esforzados añadió el rey.

Tras esta órden Rodrigo Perez partió y Pero Lope esperó en la puerta: llegaron á ella diez ballesteros y los mandó entrar en la ferrería.

Don Pedro les señaló la puerta del aposento por donde habia huido Pero Carrillo y los ballesteros desaparecieron tras ella.

—¿Has cumplido mis órdenes, dijo el rey, enviando un mensajero con una seña á San Juan de Alfarache como se previene en la carta de don Enrique á Pero Carrillo?

—Si señor.

—Sabe la seña que ha de rendir para que le dejen pasar.

—Si señor.

—¿Cuanto tiempo hace que partió?

—Tres horas.

—En ese caso el Bastardo debe estar cerca; ponte tras aquella puerta y á mi voz aquí, hierro en mano.

Pero Lope entró por donde habian desaparecido los ballesteros y cerró.

CAPITULO VI.

Los dos hermanos.

El rey tenia por seguro la venida de su hermano; todos, ó al menos la mayor parte de los que habian podido avisarle, estaban presos y si alguno no lo estaba debia suponérsele mas interesado en velar por su propia seguridad que por la de don Enrique. Don Pedro conocia demasiado por esperiencia el egoismo del corazon humano para no tener fe en que don Enrique engañado por un falso aviso, vendria á ponérsele en las manos.

Las circunstancias en que se encontraba el rey eran de aquellas que pueden llamarse decisivas; pero á la par dificilísimas: iba á tener á su enemigo en sus manos: podia disponer de él: pero este arbitrio en que le colocaba su poder, le constitua en una alternativa horrorosa. Don Enrique, alentado desde su infancia por el ambicioso pensamiento de doña Leonor de Guzman, su madre, manceba del rey don Alonso el Onceno, amado por este, testigo del abandono en que el rey tenia á su esposa la reina doña María y al príncipe don Pedro su hijo, habia soñado desde muy temprano en la corona de Castilla y á la muerte del rey don Alonso, habia encontrado insoportable el obedecer, como vasallo, á un hermano en quien siempre habia mirado un rival, hijo de una mujer aborrecida por doña Leonor, y de carácter demasiado enérgico y dominador para no hacer duro su mando. Luego, cuando la reina viuda doña María vengó con el asesinato de doña Leo-

nor, sus zelos de reina y de esposa, el odio que naturalmente debia inspirar á don Enrique la matadora de su madre, se trasmitió á don Pedro hasta el punto de que, haciendo ya estensivo á él un delito, en que ninguna parte habia tenido, le acusasen del don Enrique, sus hermanos y sus partidarios.

Don Pedro, por su parte, educado por la reina doña María, habia recibido lentamente de ella, todo el odio que aquella princesa habia contraido contra doña Leonor y contra sus hijos, y cuando se vió la primera vez con estos, se mostró frio, disgustado, severo, cubriendo con vanas formas aquel odio heredado, que rebosaba á su despecho de sus miradas y de lo ceremonioso de su conducta.

Esto bastó para aterrar á los bastardos: la nobleza que, hasta entonces, por respeto al rey don Alonso, habia adulado á la favorita, la abandonó con frívolos pretestos al encono de la reina doña María y era de presumir que una vez empezada la venganza no se limitase solo á la madre, sino que se hiciese estensiva á los hijos. Algunos actos de la violenta justicia con que don Pedro, ó mas bien don Juan Alfonso de Alburquerque, habia inaugurado su mando; el carácter incontrastable y hasta cierto punto feroz del rey; aquella manera ejecutiva de matar, por justicia propia, sin la intervencion de un tribunal y con todos los accesorios que pueden hacer terrible un castigo, como se vió por la muerte de Garci-Laso, y de otros caballeros que tuvieron la desgracia de alzarse contra el rey despues de la muerte de doña Leonor de Guzman, mandada ejecutar por doña María en Talavera, hicieron que don Enrique y sus hermanos, que ya antes de estos sucesos se habian apartado del servicio del rey, se levantasen contra él y procurasen por todos los medios posibles arrancarle el trono y la vida.

Esto fue fatal: puede decirse que el rey don Alonso el Onceno al herir en su dignidad y en su orgullo á la reina su esposa, fue el primero que preparó la horrible guerra que tuvo despues lugar entre su hijo legítimo y sus hermanos bastardos: si el rey don Alonso dejó á su sucesor don Pedro una espada victoriosa, una nobleza contenida y un pueblo pujante, puede decirse tambien que le legó con sus faltas, faltas enormes de que no puede disculparle la historia, una guerra civil, horrible, desesperada, que debia exasperar su carácter y que en efecto le exasperó. Don Pedro no heredó mas que odios y enemigos, y á no ser por lo indomable de su carácter, hubiera sucumbido en los primeros años de su reinado, sin dejar á la historia ese carácter cuestionable, ese espectáculo feroz de una monarquía que se defendió de una manera brutal, de los ataques no menos brutales de que se veia blanco por todas partes.

El carácter, pues, de don Pedro, se esplica por las causas que lo desarrollaron: hijo de otro rey, educado de una manera digna, en contraposicion de la viciosa enseñanza que debió á su madre; desembarazado de enemigos y por consiguiente de rebeldías, la firmeza y la energía de don Pedro, jamás hubieran llegado á crueldad, ni su justicia hubiese podido parecer tiránica. Los hombres de su tiempo viciaron su carácter, la lucha le exasperó, y lo tenaz de esa misma lucha, ló traidor de sus ataques, lo irritante de sus desafueros constituyeron en don Pedro, segun nuestra opinion, la monomanía del esterminio.

Pero bajo este carácter artificial, por decirlo así, dormia el carácter natural de don Pedro: cuando nada le escitaba, era sensible á las dulzuras de la vida, al amor, á la humanidad, á la generosidad, al entusiasmo. Veiásele entonces legislador, político, artista, cuidadoso de la prosperidad de sus reinos y altamente popular. Era necesario un insulto para que el hombre social se trasformase en fiera, y la violencia que se hacia á sus naturales instintos contribuia á hacer mas terrible la esplesion. Puede compararse á don Pedro, á una nube que flota tranquila en el espacio; pero que, preparada al choque elèctrico, al sentirle lanza de sí en un mismo punto, el trueno, el relámpago y el rayo.

Don Pedro, pues, tal como le hemos presentado, porque tal le creemos, esperaba á su hermano; luchaba á un tiempo con los consejos de su odio de hombre y de su política de rey, y con el recóndito grito de la sangre que se revolvía en su corazon: por eso hemos dicho que se encontraba en una situacion decisiva y difícil de la que no podia salír sin lastimar su conciencia, sus intereses ó sus afectos. Con arreglo á lo violento de su carácter, á las justas razones de odio que tenia contra don Enrique, y á la conveniencia de sus intereses, el pensamiento de acabar de una vez con la muerte aquella lucha, se presentaba incesantemente á su imaginacion; pero como si una voz eterna le hubiese gritado: ¡fraticida! cerraba los ojos con horror y solo los abria para recaer de nuevo en su horrible pensamiento.

Era aquella una lucha cruel que nosotros concebimos, pero á cuya descripcion nos sentimos impotentes: lucha que debia decidirse por un azar, por una palabra inoportuna de su enemigo, por una fatalidad; pero jamás en el pensamiento del rey.

Y como las luchas que no se vencen irritan, á medida que don Pedro pugnaba por fijar su pensamiento, este se hacia mas rebelde: y es que el mal estaba en lo monstruoso de la situacion. Don Pedro lo conocia y su alma se ennegrecia mas y mas contra los que le habian llevado á tal punto. Si alguien entonces hubiera podido ver su semblante se hubiera aterrado.

Pasó algun tiempo desde que el rey quedó solo en la ferrería hasta que se oyó fuera el ruido de las pisadas de un caballo, y despues el de un hombre armado que echaba pié á tierra. El rey se volvió de una manera febril, hizo un poderoso esfuerzo para serenar su semblante y antes de que nadie llamase fue á la puerta y la abrió.

Entró un hombre de elevada estatura completamente armado y con un tabardo ó ropon rojo sobre las armas. Por el momento á causa de la escasa luz que alumbraba á la ferrería no reconoció al rey, y adelantó con cuidado.

—¿Dónde está Mosen Pero Carrillo? dijo.

—En el rio ó en el castillo de Triana, contestó don Pedro con voz temblorosa por una escitacion mal contenida.

Al escuchar una voz que no conocia bien, el del tabardo tomó la lámpara de sobre la mesa, la levantó hasta el semblante de don Pedro, le contempló un momento, y luego dejando la lámpara esclamó:

—¡Ah! ¡eres tú!

El rey no contestó y permaneció con la mirada fija de una manera glacial en su hermano.

Don Enrique era un jóven de veinte y cuatro años: su semblante era hermoso, pero con esa hermosura de líneas duras que revelan generalmente un alma friamente calculadora y egoista: su mirada próvocadora y audaz lastimaba por una espresion de dominio que á veces desaparecia para representar la irresoluoion y acaso el miedo; si se buscaba en su frente nobleza, solo se encontraba soberbia, el sello de la costumbre de mandar y de ser obedecido: príncipe de hecho desde la cuna, crecido bajo el amparo de su padre, enriquecido por él, don Enrique habia adquirido esa dtstincion de maneras que se llama magestad en los reyes

Vestia espléndidamente: su gorra con pluma de garza prendida por un joyel de diamantes, su tabardo de púrpura, su vesta de brocado y su arnés embutido en arabescos de oro, eran de lo mas rico que se conocia en aquellos tiempos. Llevaba daga y espada, y del talabarte que las sostenia, pendia una limosnera bordada de aljofar.

Durante algun tiempo se contemplaron en silencio

los dos hermanos y al fin don Enrique esclamó con desprecio:

—¿Dónde están tus ballesteros, Pedro? Si esperas encontrar en mí señales de miedo para mandarles que me maten, te engañas... pierdes tu tiempo: ¡concluyamos!

—¡Concluyamos, si, dijo el rey! Pero concluyamos como conviene: yo no quiero tu vida; no quiero tu libertad, quiero sí que me reconozcas por señor, que me rindas pleito homenaje, y me entregues á los traidores que te ayudan.

—Dí á los que huyendo tu furor se han amparado de mí.

—¡Ampárarse de tí! ¡de tí, ayer aventurero de Francia, hoy aventurero de Aragon! ¡ampararse de tí, es lo mismo que ampararse de la rebeldía!

—¡Aventurero, es verdad! esclamó con arrogancia don Enrique; el hijo de un rey, el hermano de un rey, se ve obligado para vivir á vender su espada al extranjero, á doblegar su alcurnia... porque su señor, su hermano, despues de haber herido á la madre, amaga la cabeza de los hijos.

—¡Mientes! esclamó con cólera don Pedro, ¡mientes como vil que eres!

Don Enrique palideció y puso mano á su espada.

—Bien, muy bien, conde de Trastamara, esclamó el rey notando el rápido ademan de don Enrique: siempre has sido el primero en provocar; te separaste de mi apenas muerto mi padre, te rebelaste despues, y tú, tú fuiste el que engañando á mi madre, aliado en contra mia con la reina doña Blanca y con el maestre don Fadrique ¡mi otro leal hermano! me llevaste á Toro... el insulto de Toro, el largo periodo en que solo escuché insultos, y en que no ví á mi lado mas que lanzas, basta para sentenciaros; os apoderasteis de mi reino, robasteis mis rentas, proveisteis mis oficios en quien os cumplió mejor, y luego cuando libre por mi industria y por la ayuda de algunos leales, escapé de aquel cautiverio y le cobré en algunas cabezas infames, me llamasteis tirano y cruel: volvisteis contra mí al extranjero, lo volveis aun: os habeis coligado hasta con las facciones moras del reino de Granada, y ahora que te tengo en mi poder, ahora que á una sola voz mia caerian sobre tí mis ballesteros, pones la mano infame en tu espada contra tu señor natural, contra tu hermano mayor. Deja, deja la espada Enrique... y contempla cuantos esfuerzos hago por contenerme; no seas causa de que la cólera de Dios caiga sobre nuestras cabezas y las maldiga... si me odias.... yo te odio... pero no abordemos el abismo de sangre que corre entre los dos: huyámosle Enrique y entendámonos.

—¿Acaso Pedro, podemos entendernos?; ¿crees que lo hecho no basta para que nuestro odio pueda salvar el abismo que nos separa?

—¡Odio contra mí! esclamó el rey, ¿y de qué puedes acusarme?

—De la sangre que mancha tu conciencia, de la opresion en que gimen tus pueblos, de la impureza de que son víctimas cuantas mujeres, por su desgracia, parecen hermosas á tus ojos.

—La rebeldía siempre encuentra pretestos, esclamó el rey conteniéndose aun; nómbrame uno solo de los hombres á quienes he privado de la vida, cuya muerte no fuera no solo justa, sino conveniente: dejarlos vivir hubiera sido lo mismo que dejar con vida á un lobo rabioso: no, no temas que Dios en su juicio vea esa sangre sobre mi frente: y si yo hiciera caer sobre tí mis maceros, nadie que tuviera conocimiento de lo justo me culparia: tu y tus hermanos habeis sublevado á la nobleza, habeis mendigado oro para arrojarlo á la canalla, y rompiendo por todo habeis puesto los piés en mí grandeza... Me hicisteis cautivo en Toro y durante ocho meses el rey fue vuestro esclavo: durante ocho meses acabasteis de corromper el reino haciéndoos partidarios á todo trance con las rentas que me robasteis... me insultasteis de una manera desembozada creyéndoos asegurados y fuertes, y si no atentasteis á mí vida, fue porque entonces recelabais los unos de los otros. Temisteis que habiendo puesto cada uno de su parte igual cantidad de infamias, cada cual querria para sí el fruto del trabajo; pero hoy que don Fadrique me sirve, ocultando con su malvada hipocresía su odio: hoy que don Tello y don Sancho andan fugitivos, tu, alentado por el rey de Aragon, que sabe demasiado que mientras yo viva no ensanchará sus fronteras sobre las mias, y te ampara porque te conoce mas débil, hoy tu, aprovechando el miedo ó el desaliento de tus otros hermanos, unido al infame don Fadrique, te levantas solo y conoces que mi muerte puede servirte de mucho.

—Si he pensado en tu muerte disculpa tengo; pero jamás he pretendido llevarla á cabo sino frente á frente, en batalla, en lucha, espada contra espada, no de traicion á traicion.

—Poseeis de tal manera el arte del fingimiento, Enrique, arte que aprendiste de tu madre, que á no tener yo pruebas, me veria obligado á vacilar ante lo seguro de tu acento, ante lo enérgico de tu fingida indignacion. ¡Ya se vé! cuando se tienen servidores tan leales como Alvaro de Parreño, se puede estar seguro de que nada se aventura mintiendo. Elige otra vez con mas prudencia á tus satélites, Enrique, ó por mejor decir, no confies á nadie asuntos como este. ¡Mira!

Y el rey sacó de su escarcela la carta que Pero Lope de Padilla habia encontrado sobre el cadáver del escudero del conde, y la mostró á este.

—«Se me ha dicho, esclamó el rey con voz caver-»nosa, leyendo un pasaje de aquella carta, que un ca-»ballero que se nombra don Juan, ronda estos dias la »ferrería de Santa Clara, y que habla en altas horas de »la noche por una reja con cierta hermosa dama. Po-»drá suceder que *nuestra buena amiga* tenga ocasion »de hacerle apurar ciertas yerbas que lleva consigo. »Confiadle y dadle entrada esta noche: ¿tendreis bas-»tante arte para que yo encuentre muerto á ese hombre, »cuando vaya á la media noche á la ferrería?»

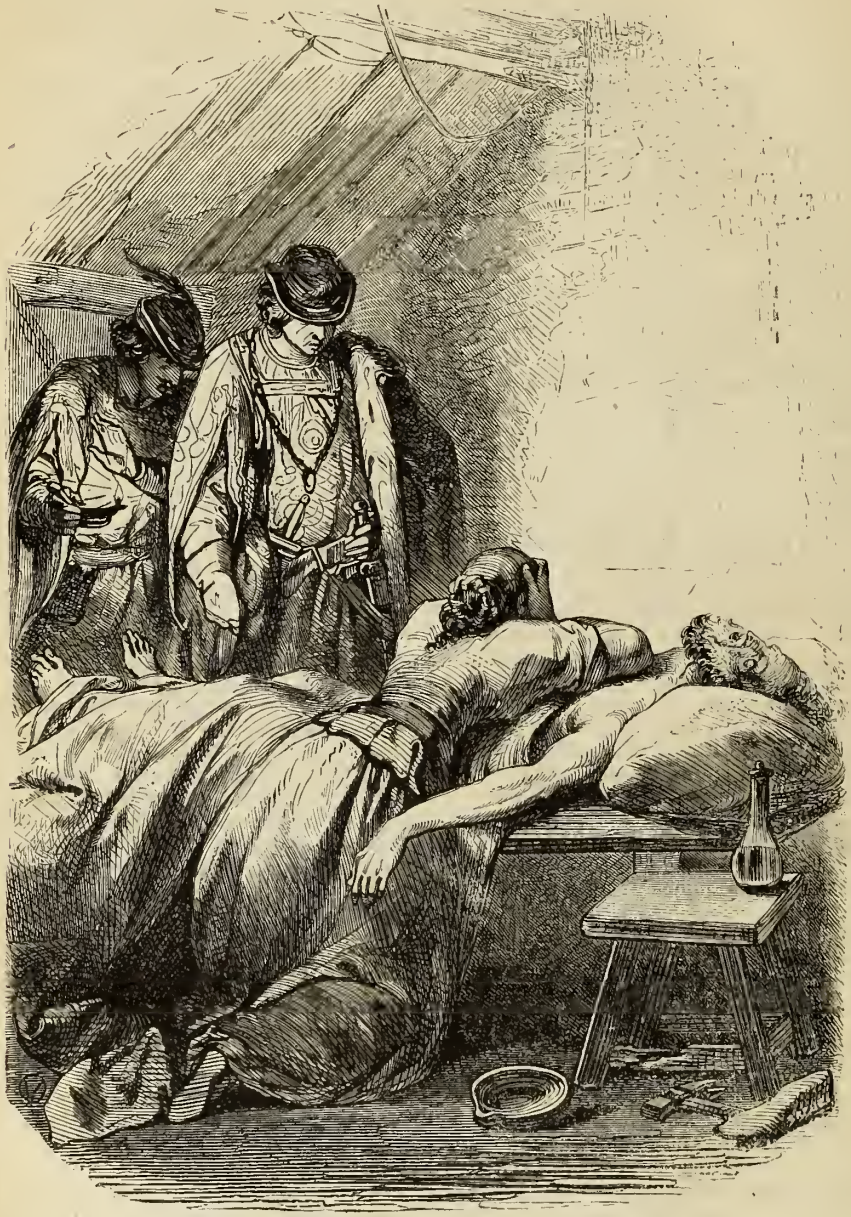
Despues de esta lectura la mirada del rey se posó de una manera lúgubre en el conde de Trastamara.

—He aquí la infamia llevada hasta el crímen, hasta el mas horroroso de los crímenes, esclamó el rey con furor; y si yo, que tengo estas pruebas en mis manos, que sé cuánto derecho me asiste para esterminar al rebelde y al asesino; si yo, obrando en justicia, porque esta no es la causa de un hombre, sino la causa general de los reyes y de la humanidad, te hiciera espiar tan horrendo crímen con la muerte; las gentes se apartarian de mi paso horrorizadas, y me señalarian con el dedo esclamando: he ahí el asesino de su hermano; porque tal es mi desgracia, tal es la lucha en que me encuentro empeñado, que la voz invencible de la sangre y el juicio de los hombres me apartan de la justicia, haciéndome imposible, ó al menos horrible su camino.

—¡Y bien! yo he mandado matar á un don Juan: si ese crímen hubiese sucedido, crímen de la fatalidad, la culpa hubiera sido de tu tirania que tan bien sabe adoptar disfraces; de tu doblez, de tu astucia, no de mi intencion.

—Es verdad: que Mosen Pero Carrillo se disfrace bajo el nombre de maese Pedro; que á la sombra de su disfraz reuna armas (y el rey señalaba las que aparecian colgadas de las paredes de la ferrería); busque parciales, promueva motines; que doña Aldonza Coronel se llame María; se oculte en un convento y por una comunicacion secreta se ponga en contacto con los traidores; que Gil de Albornoz me mienta vasallaje y aliente motines; que cohechados los judíos que me proveen de oro, os ayuden comprando los mantenimientos, para encarecerlos y hacer por este medio que la plebe hambrienta se lance á la rebeldía, todo esto es

justo, noble y leal; pero que un rey que conoce demasiado la vil manera con que se le hace la guerra, no confie en ojos ni oidos ajenos, y se encubra para defender por sí mismo sus derechos, eso es infame, vergonzoso... El rey debia ser tan imbécil, tan confiado, que se adurmiese sobre el peligro y que no le viese hasta que no pudiese defenderse de él; ¡os comprendo demasiado! por eso velo y estoy en todas partes; por eso he procurado hacer de mí un ser desconocido. Solo así he podido descubrir vuestra infernal trama, y volverla contra vosotros. Pero Carrillo está á mi merced, sino duerme en la eternidad; doña Aldonza sin conocerme está bajo mis cerrojos en la torre del Oro. Alvaro de Parreño ha sido muerto á puñaladas; Gil de Albornoz ha pagado su traicion con su vida, y el atormentador espera ya á Ferran Gomez, al comendador



Hé aquí nues'ra justicia hollada, vilipendiada, escarnecida.

Mejía, á todos sus parciales en Sevilla. Tú mismo, si tal es mi voluntad, acabarás tus traiciones, y todo esto lo debo á ese misterio que reprueba en mí, y del que me culpas; pero esta lucha es horrorosa, y quiero que termine.

—Termine pues: estamos solos, esclamó con audacia don Enrique. Sangre de valientes corre por nuestras venas. Concluyamos.

Y don Enrique puso de nuevo mano á su espada.

—No, no, esclamó el rey: eso seria lo mismo que

volver al principio, no es la muerte la que debe decidir: no el ódio, sino la razon. Es en vano que requieras la espada y me mires con gesto tan brabío, estoy resuelto á no dejarme arrebatar por la cólera, á darte un ejemplo de generosidad: á perdonarte.

—¡Perdonarme!

—Sí, perdonarte: á tí rebelde, á tí fratricida, porque el cielo ó el infierno han hecho que seas mi hermano.

D. Enrique inclinó la cabeza, meditabundo por lo grave de la situacion.

—¿Y cuáles son las condiciones de nuestro avenimiento? dijo despues de algunos instantes de silencio.

Brilló la espresion de una esperanza insegura en los ojos del rey, que contestó:

—Quiero que se me entreguen todos los nobles que me han sido rebeldes.

¡Cobarde el miserable, el hijo del judío te ha vencido en buena lucha.

—Bien, te los entregaré; pero ¿qué harás de ellos?

—Los desterraré del reino y confiscaré sus villas y sus castillos.

—Y bien ¿qué mas?

—Tú, ante mí, delante de mi trono, en presencia de mi córte, revestido con tus insignias de infanzon, me rendirás pleito-homenaje.

—¿Y cuál será mi compensacion?

—Si la infanta doña Beatriz muriere...

—Si llamas infanta á tu hija, ¿por qué no me das silla y cortina como á ella? ¿por qué no me llamas infante? esclamó don Enrique, asiendo como suele decirse al vuelo, la calificacion que habia dado el rey á su hija.

—Tú naciste de una amiga de mi padre.

—Como doña Beatriz ha nacido de tu manceba.

Centellaron los ojos del rey.

—Doña María de Padilla es mi esposa; lo sabes bien, Enrique: me casé con ella antes que con doña Blanca: me casé por mi propia voluntad y es la legítima reina de Castilla.

—¿Y qué es, pues, doña Blanca.

—¡Doña Blanca! ¿Acáso mi mano se ha unido á la suya mas que para autorizar una ceremonia á que me obligaban las circunstancias? ¿Acáso podia yo resistir entonces á un tiempo á los amaños de don Juan Alfonso de Alburquerque, á vuestras rebeldías, á los amagos de Aragon, de Francia, de Granada? El duque de Borbon se aprovechó de la oportunidad y creyó engrandecerse haciendo á su hija reina de Castilla; cedí, porque haber resistido era lo mismo que haberme puesto en lucha abierta con cien poderes enemigos, cuando no tenia fuerza para combatirlos. Cedí, pero á los piés del mismo altar me separé de doña Blanca, y corrí á consolar á María, á la noble María, que sacrificó sus intereses, su honor, hasta su seguridad por amor mio, por el bien de mis reinos. Si mañana ese ángel á quien llaman mi manceba, reclamase sus derechos, yo arrostraria el juicio que pudiera formar de mí el mundo; declararia delante de las córtes del reino mi casamiento con ella, la haria reconocer por legítima reina de Castilla, enviaria á doña Blanca á su padre... ¡tal como la recibí de sus manos! y arrostraria una guerra con Francia. He ahí por qué llamo infanta á mi hija doña Beatriz.

—Ya sabemos, Pedro, que cuando una mujer es bastante sagaz para no rendirse á tus deseos, tú no te detienes ante lo sagrado, ante lo indisoluble del matrimonio. Nunca faltan obispos que temiendo tu furor encuentren causas y razones para autorizar un nuevo matrimonio en vida de la esposa desheredada, abandonada, escarnecida: si los obispos de Avila y Salamanca no temieron elegir entre tu cólera y la de Dios, decidiéndose por tu voluntad cuando te enamoraste de doña Juana de Castro, la escomunion del papa cayó sobre tí, y sobre la mujer impía, que aunque abandonada no vacila en llamarse con escándalo del mundo entero, reina de Castilla. (1)

—De lo que haya de suceder en la eternidad, Dios que no está sujeto á las ruines pasiones de los hombres, fallará segun su eterna justicia. A Dios y solo á Dios rendiré cuenta de mis hechos. Aprovechemos, pues, nuestro tiempo ocupándonos de los asuntos que nos conciernen. Si la infanta doña Beatriz muriese y yo no tuviese mas hijos de mi única, verdadera y legítima esposa la reina doña María (y don Pedro recargó el acento en sus últimas palabras), ó lo que es lo mismo, si yo llegare á la muerte sin hijos y sin nietos, tú me sucederás en el trono.

—Eso no pasa de ser una concesion inútil.

—Sin embargo, cuando en el primer año de mi reinado enfermé de tal modo que se dió por cierta mi muerte, y quisieron para evitar guerras y bandos elegir un sucesor, pensaron en el infante de Aragon don Fernando, marqués de Tortosa, en el señor de Vizcaya don Juan Nuñez de Lara, y en don Fernando Manuel; pero nadie, ni un solo noble, se acordó de tí ni de tus hermanos. La voluntad de Dios no quiso que yo muriese, y los amaños de don Juan Alfonso de Alburquerque, amaños que motivaron rebeldías, me obligaron á herir á Garci-Laso y á otras nobles cabezas. Eligiéndote, pues, por mi sucesor á falta de otros, te hago una señalada merced.

—¿Y son todas esas tus condiciones? dijo con una fria reserva don Enrique.

—Te restituiré tus condados de Trastamara, de Lemos y de Sarria, y tus señoríos de Noroña, de Cabrera y de Rivera: te daré ciento ochenta mil maravedís de rentas sobre tierras fijas, y á mas de esto proveeré en tí el oficio de condestable: te enviaré con mi espada y mi bandera á los confines de Granada, de Aragon ó de Francia, y te donaré las villas y lugares que en ellas conquistes por juro de por vida: cuando estuvieres en la córte morarás en mi alcázar, y serás tenido por la segunda persona en el reino despues de mí y de mis hijos. He ahí lo que te doy por una cabeza que es mia. He ahí el precio con que compro la redencion del nombre de fraticida: he ahí que habiéndote perdonado una, dos y tres veces, soy mejor y mas noble que tú, pues te perdono aun.

—Acepto, dijo don Enrique con avidez, despues de haber escuchado las últimas palabras del rey.

—Pero, añadió don Pedro, con profunda fijeza, si yo te concedo tanto, no será por cierto sin seguridades de tu parte.

—Y que quieres.

—Quiero á tu esposa doña Juana de Villena en rehenes.

El maligno gozo que se pintaba en el semblante de don Enrique, desapareció.

—Quiero además, la vida de don Fadrique.

—¡Quieres la vida de tu hermano!

—La vida de un hombre que se ha atrevido á mi honor.

—¡Y quieres que yo...!

—Mi justicia le ha sentenciado. Pero ya que á tanto precio rescato tu cabeza, sé mi verdugo secreto.

—¡Imposible! ¡de todo punto imposible!

—¡Bien! ¡quiero respetar los impulsos de la sangre! Fadrique, en verdad, es un infame, tan ambicioso como tú, y mas vil que tú. Buscaré otro verdugo. Dáme, pues, solamente los rehenes que te pido.

—¡Mi esposa! ¿y qué seguridades me darás de su vida?

—Haré que esté continuamente junto á ella mi ballestero de maza, Juan Diente.

—¡El infame que asesinó á Garci-Laso!

—Él guardará tus rebeldías, teniendo entre sus manos la vida de tu esposa.

—¡No, no, y cien veces, no!

—Pues bien, entonces, le pondré á tu lado, esclamó el rey.

—¡Oh! ¡el lobezno se ha hecho lobo! ¡Su natural perversidad se ha robustecido con la astucia!

—¡Hubieras querido mi buen hermano, que yo confiando como confié otras veces neciamente en tus palabras, te diese armas y poder! ¡me acusas de doblez sin conocer que nada mas que vuestras rebeldías me han hecho receloso y desconfiado!

—Pues bien, acabemos, esclamó don Enrique, tirando con cólera de su espada. Entre nosotros no puede existir mas vínculo que el odio, ni mas razon que la espada. ¡Y cómo pudiste creer otra cosa! ¡Yo viviendo á tu lado! ¡yo hijo de un rey y de una rica hembra, doblar mi rodilla, ante el fruto bastardo del amor de una reina impura que engañó á su esposo, y de un vil judío! (1)

—¡Infame! esclamó el rey, cuya cólera mal contenida hasta entonces, estalló ante aquel audaz y villano insulto.

Sin embargo, envainó de nuevo su espada que habia desnudado hasta la mitad, y adelantó hácia la

(1) El rey enamorado de doña Juana de Castro, despues de su casamiento con doña Blanca, se vió obligado á vencer los desvíos de aquella dama casándose con ella, en lo que doña Juana consintió, convencida por la declaracion de nulidad que los obispos citados en el testo dieron acerca del matrimonio del rey con doña Blanca de Borbon.

(1) Esta era una de las calumnias, que los bastardos, apoyándose en la liviandad de la reina doña María, forjaron para combatir á don Pedro: pero las costumbres de doña María antes de que el rey don Alonso el Onceno conociese á doña Leonor de Guzman, fueron intachables como esposa, y no hay un solo documento histórico que certifique esta calumnia.

puerta del aposento donde estaban escondidos Pero Lope de Padilla y los diez ballesteros.

—¡Cobarde! esclamó don Enrique, cortándole el paso. ¡Blasonas de bueno, de leal y de valiente, y deshonras la corona que usurpas, huyendo de tu enemigo! ¡De rodillas esclavo, ó te tiendo á mis plantas como á un perro!

—¡Como! ¡infame! gritó el rey trasportado de cólera, ¡y asi te atreves, á tu rey y á tu señor! ¡quieres insensato que se derrame sangre! ¡pues sea! ¡Que Dios haga caer esa sangre sobre tu cabeza! y desnudó su espada.

Travóse una lucha horrible por el objeto, por las relaciones naturales de los contendientes, por su posicion respectiva; lucha producida por el odio, por la ambicion, por la vanidad, por la venganza, por cuantas malas pasiones pueden combatir al corazon humano: Satanás debió presidir aquel duelo sonriendo de placer, y el infierno debió entonar un horrible *hossanna*: un duelo semejante al de los Horacios y Curiacios en cuanto a su importancia, puesto que en él se jugaba una corona y con ella la suerte de un pueblo: pero innoble, desautorizado, sin mas testigos que algunos feroces ballesteros ocultos y un cortesano corrompido, que servilmente amoldado á los caprichos de su señor, contenia con su ronca palabra á los ballesteros que mas generosos que él hubieran corrido á dar ayuda á su señor, como la jauría que vé al montero acometido por el jabalí. El espacio lóbrego y ennegrecido de la ferrería, repetia como un eco lúgubre, el áspero crugir del acero contra el acero; ruido lento, grave, poderoso, en que se revelaba la intencion y el odio de los combatientes.

Firmes los dos en sus puestos, sin avanzar ni retroceder: fija la centellante mirada, contraidos y mudos los labios, lívidos los semblantes, medían de una manera sangrienta el lugar por donde la punta ó el corte de su espada, podia dar salida á la existencia de su enemigo. Se redoblaban los golpes y siempre encontraban un acero defensor. Por una, dos y tres veces, la espada del rey chocó con furia violenta contra su enemigo, y la finura de su arnés libró al rey de un fratricidio. Don Pedro era mas fuerte, mas sereno, mas diestro: su acero fulguraba con la rapidez del relámpago, y heria con la fuerza del rayo: don Enrique empezó á retroceder y á cansarse: su mano contestaba mal y resistia peor á los ataques del rey. Su pérdida era segura: pero de repente uno de esos sentimientos instintivos que nos estremecen helándonos el corazon, brotó del alma de don Pedro: presentósele en una horrible vision, su hermano ensangrentado á sus piés y muerto por su mano, y en torno suyo, el mundo entero que girando en una danza diabólica, le llamaba fratricida. Ante aquel pensamiento, la mano del rey cesó de acometer y atendió solamente á la defensa; don Enrique, creyéndole fatigado hizo un esfuerzo y redobló sus ataques: el rey temeroso de herirle retrocedió á su vez, y gritó con un acento sobrehumano.

—¡A mí, Pero Lope! ¡al rey!

Al escuchar aquel grito, al ver lanzarse de la puerta, tras la cual estaban ocultos, á los ballesteros, don Enrique hizo un esfuerzo violento, dejó caer sobre la espada del rey un vendabal de golpes, y esclamó con despecho.

—¡Cobarde asesino! ¡Cuando no te basta tu espada, tienes para defenderte tus sayones!

—¡Atrás! ¡atrás todos! esclamó el rey al recibir aquel insulto, conteniendo con su rugiente voz á los ballesteros que rodeaban ya á don Enrique. ¡Plaza! ¡plaza al rey! ¡haceos atrás!

Pero Lope, con la espada desnuda y los ballesteros con las mazas afianzadas, dóciles á la voluntad del rey, se abrieron en un ancho círculo, y don Pedro, sombrío, letal, se precipitó como un tigre sobre don Enrique: á los primeros pases la espada del conde fué á caer, arrancada de sus manos, por un violento desarme á los piés de Pero Lope, que la recogió: el rey arrojó á su vez la suya y cerró con su hermano, dió con él en tierra, se alzó, le puso una rodilla al pecho, desnudó su daga y la levantó sobre él; el frio de la muerte heló el corazon del conde, el terror cerró sus ojos, y el orgullo mas poderoso que el miedo, ahogó una súplica en su garganta.

—¡El cobarde, el miserable, el tirano, el hijo del judío, esclamó el rey con voz cavernosa, inclinándose sobre el semblante de don Enrique, te ha vencido en buena lucha, espada contra espada, y te tiene bajo su rodilla y bajo su puñal de misericordia! (1). De un golpe solo puedo acabar la guerra en mis reinos. Pero el rey no quiere verter tu vil sangre, y te hace merced de tu cobarde y miserable vida.

Y alzándose rígido, terrible como una fatalidad, se volvió á Pero Lope, y le dijo señalándole al conde que se levantaba confuso.

—¡Llevadle á la Torre del Oro!

Tras esto tomó su espada de la mano de un ballestero, la envainó, cobró su sombrero que habia perdido en la lucha, se embozó, abrió violentamente la puerta de la ferrería, salió y se perdió en el bosque.

CAPITULO VII.

El castillo de Triana.

El rey tomó á su paso consigo á Rodrigo Perez de Castro, atravesó el bosque y se encaminó al castillo de Triana.

—Llega y llama, dijo el rey al ballestero.

—¿Y qué responderé cuando me contesten, señor?

—Con mi apellido.

Rodrigo Perez adelantó, y llegando á la poterna de las barreras, gritó desde allí.

—¡Ah de la guarda!

—¿Quién vá? contestó instantáneamente una robusta voz desde el adarve.

—¡Su señoría el rey!

En el momento crugieron las cadenas del puente que cayó con estruendo sobre su ajuste, se levantó el rastrillo, apareció en él la luz opaca de una linterna y algunos hombres armados adelantaron; abrió el que traia la luz la poterna de las barreras, salió y adelantó hácia el rey, le reconoció y le saludó bajando la punta de su espada hasta tocar el suelo.

—Y bien, capitan Ruy Dávalos, dijo el rey, ¿cuántos presos habeis recibido esta noche?

—Quince, señor, respondió respetuosamente el capitan.

—¿Quién está además en el castillo?

—Sus mercedes el infante don Juan y el repostero mayor de vuestra señoría, el señor Juan Tenorio.

—¿Y no ha venido nadie mas?

—Sí, sí señor, el escribano de los señores alcaldes de Casa y Córte, Alvar Yañez, y Pero de Chiclana, ejecutor de alta y baja justicia real, con dos de los suyos.

—¿Dónde está el escribano?

—En la cámara del tormento.

—Rodrigo, dijo el rey, volviéndose al ballestero.

—Señor, contestó este.

—Acércate.

Acercóse Rodrigo Perez, y el rey se desvió un tanto del capitan.

—Véte y ocupa con algunos ballesteros la ferrería, recoge todas las armas que encontrares en ella, envíalas al castillo, y pon despues fuego á la ferrería. Que continúe hasta nueva órden la circunvalacion del

(1) Arma antigua llamada de misericordia, porque con ella remataban los caballeros á sus enemigos vencidos.

bosque y del convento, y como hasta ahora, prende á todo el que llegare á vosotros y no rinda la seña. ¡Ah! espera. ¿Cuántos han pasado por esa seña?

—Un mancebo que llevaba consigo una dama, que me pidió de órden de vuestra señoría, le diese un ballestero que le guiase á la Torre del Oro.

—Por de contado advertirías á ese ballestero que no perdiese un momento de vista á ese mancebo, ni á esa dama.

—Sí señor.

—¿Y quién mas? esclamó severamente el rey.

—Un hidalgo que no llevaba ni capa ni gorra, y que iba mojado de los piés á la cabeza, segun pude notar al tocarle.

—¿Y no pudíste conocerle?

—Es la noche demasiado oscura, señor.

—Debíste detenerle.

—Rindió la seña de vuestra señoría.

—¡Oh! ¡se me ha escapado el traidor...! Oye, Rodrigo: ¿te acuerdas de un hidalgo que, hace cinco años, en Valladolid, cuando mis bodas con la reina, acompañaba al conde de Trastamara, y á quien yo hice quitar la órden de los caballeros de la banda de oro, porque era aragonés, y no podia llevarla como extranjero..? tú estabas conmigo... tú fuiste el que le llevaste el mensaje... tú tienes buena memoria.

—Ese hombre era Mosen Pero Carrillo.

—¿Y te acuerdas de su semblante?

—Le conoceria entre ciento.

—Pues bien, Rodrigo... bien... deja mis órdenes á Juan Recio, en cuanto á lo de la ferrería: véte á Sevilla: tú eres un buen sabueso: búscame á ese hombre, buscámelo, y te lo peso á oro.

—¿Y cómo buscarle, Señor?...

—Escucha, dijo el rey, iluminado por una inspiracion súbita; véte al alcázar... pero al momento; entra y espera en las avenidas del palacio del Caracol, junto á las habitaciones de doña María de Padilla.. Véte.

Rodrigo Perez, se inclinó respetuosamente y partió á paso apresurado, en tanto que el rey, seguido del capitan y de los hombres de armas entraba en el castillo.

El interior aventajaba en lo lúgubre al esterior, una ancha y larga arcada interrumpida por tres puertas de hierro, aseguradas con cadenas que no permitian que se abriesen mas que para dar paso á un caballero armado y cabalgando, desembocaba en un patio estrecho, cerrado por muros coronados de almenas, y en los cuales no se veian otras aberturas, que estrechas ventanas con fuertes y dobles rejas de hierro. Al fondo de este patio irregular sobre algunas toscas gradas formadas con enormes sillares cubiertos de musgo, habia una gran puerta ornada con pilastras, junquillos y follajes góticos, sobre los cuales se veia el escudo real. Dos enormes hojas forradas y claveteadas de hierro, con saeteras para la defensa, cerraban aquella puerta, y solo un pequeño postigo daba paso al interior.

Habia además en el patio pequeñas puertas que conducian á las caballerizas y á los cuarteles casi subterráneos de la gente de armas, que recibian la luz de claraboyas abiertas á nivel del piso por las cuales penetraba el agua en los dias de lluvia.

Don Pedro penetró por el postigo de la gran puerta tras la cual velaba un guarda, en un gran salon sostenido por arcos y alumbrado por un negro farol contenido en un nicho tras una rejilla de hierro; en el centro del muro colocado en frente de la puerta se abria el arranque de una gran escalera de espiral, alumbrada en su parte media por otro farol semejante al que alumbraba el salon; á los dos estremos de este habia otras dos puertas y el rey se dirigió á la de la izquierda en la que habia otro guarda.

Mas allá de esta puerta el piso descendia en una suave rampa por un callejon estrecho y tortuoso al que no alumbraba otra luz que la linterna que llevaba el capitan Alvar Dávalos. A medida que su turbio reflejo lamia y se deslizaba, por decirlo así, sobre aquellos muros húmedos y ennegrecidos, se dejaban atrás puertas sombrías, sobre cada una de las cuales se veia un número pintado con tinta roja; á caso en las rejas de aquellas puertas se veian algunas manos asidas combulsivamente á los hierros, y algunas cabezas vivientes, pálidas y desencajadas que al ver pasar al rey murmuraban una súplica en acento desgarrador. El rey frio, impasible dejaba atrás aquellos calabozos y parecia no escuchar los gemidos histéricos y el ruido de cadenas que se agitaban en algunos de ellos.

Al fin de muchas vueltas y revueltas llegaron á una puerta en la cual el rey despidió al capitan y entró.

Era el espacio en que habia penetrado un lugar lóbrego, de bóveda maciza y chata, sostenida por gruesos pilares; en el centro de una de sus naves, por decirlo así, habia un estrado con dosel y una mesa con tapete sobre la cual ardian en dos candeleros de plata bujías de cera encendidas: por bajo del estrado, sobre el pavimento, se veia una mesa con luces, papeles, libros y recado de escribir, y detrás un negro sillon del cual á la aparicion del rey se levantó sobresaltado un hombrecillo despojándose apresuradamente de la caperuza.

Aquel hombre era el secretario Alvar Yañez.

En frente de él, sobre una tarima habia un aparato horrible; era una enorme rueda con dentellones colocada perpendicularmente en un cabria, á cuyos lados asomaban dos enormes manubrios de hierro: sobre el ancho y fuerte haro de la rueda se veian carreones y hevillas y á su pié un enorme peso de hierro, cosas todas que miradas en conjunto producian un efecto espantoso. Un moceton fornido completamente vestido de encarnado, y dos villanos greñudos y záfios, se ocupaban en nivelar aquel aparato y en ponerle cuñas que metian con un mazo; si á estos objetos principales se añadian accesorias tales como argollas, correones adheridos á las pilastras, poleas pendientes de la bóveda, potros arrinconados, hornillos apagados y otros mil hierros, cadenas, é instrumentos de estrañas formas, se podrá tener una idea aproximada de lo que era la cámara del tormento del castillo de Triana.

Don Pedro lanzó una rápida mirada á estos objetos: mandó á los atormentadores que se retiraran al alcance de su voz á una cámara inmediata, y quedó solo con Alvar Yañez.

—¿Cuándo has venido de Jerez? dijo el rey.

—Esta noche, señor: quise ver á vuestra señoría y me negaron la entrada en el alcázar.

—¿Y qué es de doña Blanca?

—Gime y llora delante de las gentes, pero en secreto...

—Cuenta con las palabras que salen de tu boca de víbora, Alvar Yañez. Dicen que la reina...

—Es un modelo de virtud, y en verdad seria necesario celar demasiado y esperar muchas noches para encontrar algunas pruebas que...

—¡Qué tu has encontrado!

—He histo entrar mas de una noche por un postigo del alcázar un gentil mancebo: dos horas despues aquel mancebo ha salido, ha montado en un caballo que le ha tenido un escudero, y ha vuelto á escape hácia Sevilla.

—¿Y cuándo ha sucedido eso la última vez?

—Hace quince dias.

El rey se paseó en silencio y con ademan sombrío por delante del dosel.

—¿Y quién era ese hombre? esclamó de repente paseándose delante de Alvar Yañez.

—El maestre de Santiago.

—¡Don Fadrique! es decir que se confirman la acusaciones anteriores, pero... ¡las pruebas..! ¡las pruebas...!

—Vuestra señoría no me envió á formar un proceso sino á espiar.

—Pues bien iré yo, Alvar Yañez, lo que resulte de aquí, añadió el rey como hablando consigo mismo, me esplicará la conducta observada por doña Blanca en Toro y Toledo.

Siguió el rey paseándose algun tiempo y se detuvo de nuevo delante del escribano.

—¿Conociste á Sancho Zapata? le dijo.

—Mucho, señor, como que él cuidaba del sostenimiento de mis borceguies.

—Ese Sancho Zapata, dicen que estuvo casado con una mujer bastante hermosa.

—La señora Teresa mientras vivió fue toda una dama, con saya de jerga y zapatos de tres suelas: pero á pesar de la humildad de su traje se traslucia en ella algo de noble que la hacia mas hermosa. Sancho Zapata la trataba con respeto y mientras vivió gastó mas plata que la que podia adquirir remendando zapatos. Por aquel tiempo, es decir, mientras vivió la señora Teresa, ocupaban la parte principal de la casa y tenian un jardin que de ninguna parte podia ser observado y cuyo postigo daba á una calleja desierta. Despues de la muerte de la señora Teresa, el dueño de la casa don Jofre Diaz de Astorga, echó de la habitacion al zapatero por no poder pagarle éste su renta, y le confinó en el desban donde ha muerto.

—¿Y cuánto tiempo hace que sucedió esto?

—No puedo olvidarlo, señor, porque fue poco despues de un acontecimiento notable: á los cuatro meses despues que murió de pestilencia sobre el cerco de Gibraltar el noble rey padre de vuestra señoria.

Guardó de nuevo silencio el rey y quedó profundamente pensativo.

—¿Y quién podrá referirme punto por punto la historia de Beatriz?

—El Arcediano de San Gil sin duda alguna. Yo creo que ese hombre conoce la historia de todos sus feligreses.

El rey no habló mas de aquel asunto.

—Llamad al capitan Alvar Dávalos dijo al escribano.

Salió este y á poco volvió con el capitan.

—Entre los presos que os habrán entregado esta noche debe haber uno que se llama Juan de Herrera.

—Sí señor, contestó el capitan.

—Traedle á nuestra presencia: (el capitan salió) y tú Alvar Yañez, prepara tus plumas y tus legajos. Nunca como ahora necesito de tu fidelidad y de tu discrecion.

—¡Ah! ¡está preso el señor Juan de Herrera! si vuestra señoría le hubiera cortado la cabeza cuando se reveló en Palenzuela, se evitaria ahora el darle tormento... porque el tal andaluz es demasiado duro para hacerle cantar sin el acompañamiento de la rueda. Helo aquí que se acerca.

En efecto, delante del capitan, desarmado y descubierto venia un hombre como de cuarenta años de aspecto noble y firme, vestido á lo hidalgo, y un tanto pálido y cuidadoso.

El rey hizo salir con una seña al capitan, fue al sillon colocado entre el dosel y la mesa y se replegó en el.

—Acercaos Juan de Herrera, le dijo en voz breve y seca.

El noble adelantó y dobló en silencio una rodilla en el borde del estrado.

—No quiero á mis piés á un hombre que se ha creido bastante fuerte para levantarse contra su señor natural. Alzad.

—¡Señor...! balbuceó Juan de Herrera.

—¿Sabeis por qué estais preso?

—A no ser porque se me ha encontrado en el bosque de Triana cuando me dirigia á Guillena...

—¡Ah! ¡ibais á Guillena!

—Me siento algo enfermo y aquellos aires me sientan bien, señor.

—Creo que teneis mala eleccion en esto de elegir lugares para tomar aires. Por ejemplo cuando fuisteis á Palenzuela empeorasteis de tal modo que escapasteis por un milagro, y solo con haber pensado en ir á Guillena creo que habeis enfermado de muerte.

—Acaso señor, puesto que sin contar con la peste negra que ya es un azote, hace mucho tiempo que reinan aires de muerte en Castilla.

—¿Y quién ha desencadenado ese huracan que arrasa cabezas como el huracan del cielo abate encinas y desgaja rocas? esclamó don Pedro con voz amenazadora. Vuestro afan de dominarlo todo, de mancillarlo todo desde el vasallo miserable hasta el rey: vuestros reveldes hábitos que os obligan á rechazar toda ley que amengue vuestros fueros monstruosos, vuestros instintos de tiranía y de bandidaje: teneis un rey de hierro y necesitais un rey de estopa: he ahí que un bastardo os compra vuestras espadas prometiéndoos impunidad para vuestros escesos, oro para vuestra codicia, vanidad para vuestra soberbia...

—El conde don Enrique nos ofrece paz y seguridades señor, contestó con una noble audacia Juan de Herrera.

—¡Seguridades que no teneis conmigo! ¿no es verdad? esclamó con fijeza el rey.

—Vuestro gobierno señor, permítame vuestra señoria que se lo diga, se ha hecho espantable: no hay un solo noble, si tiene enemigos, que no tiemble por su cabeza. ¿Qué importa que el rey piense hacer justicia si está engañado por los que le rodean, si no tiene jueces rectos y sabios que sepan sostener las leyes, descubrir la calumnia y castigarla? Cuando se ve una tras otra injusticia, cuando se tiene un dueño que mata á sus vasallos, como el carnicero inmola á sus ovejas, el terror hace nacer la reveldia, y cuanta mas sangre derrama un rey por contenerla, tanto mas crece, cuanto mas el miedo se aumenta.

—¡Es decir que yo he derramado sangre inocente!

—Sí señor, contestó con valentía Juan de Herrera.

—¡La de doña Leonor de Guzman! Esclamó con furor reconcentrado el rey ¡siempre la misma cantinela!

—Líbreme Dios, señor, de acusaros de culpas que no habeis cometido: si la reina doña María, cometió ó no una maldad matando á su enemiga, ya habrá dado cuenta de ello ante el tribunal de Dios. Pero ahí están Garci-Laso de la Vega y don Juan Nuñez de Lara señor de Vizcaya.

—Garci-Laso andaba en tratos secretos con los bastardos.

—Eso os dijo don Juan Alfonso de Alburquerque.

—El señor de Vizcaya, habia cometido desafueros en nuestro deservicio.

—Aconsejóselos don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Tuve pruebas.

—Pruebas fingidas.

—Si lo eran, un tribunal se hubiera engañado.

—Un tribunal hubiera procedido con mas calma.

—¿Quereis decir?...

—Que el difunto don Juan Alfonso de Alburquerque, antiguo privado de vuestra señoría, acostumbró vuestra alma al recelo, y vuestros ojos á la sangre; que á don Juan Alfonso de Alburquerque hacian sombra nobles, mas dignos que él del gobierno, ó al menos del consejo del rey y os engañó, y pervirtió vuestros nobles instintos para desembarazarse de ellos. Si aquel hombre hubiera muerto antes acaso el mal hubiera tenido remedio; pero cuando cayó en desgracia, el mal estaba hecho: la rebeldía á impulsos del miedo habia brotado por todas partes; la nobleza en masa se habia sublevado.

El rey se agitó impaciente en su sillon, mientras Albar Yañez temblaba asustado por la noble franqueza de Juan de Herrera, que él calificaba de audacia y una audacia infinita.

—Con que es decir, esclamó con mal contenida cólera don Pedro, que yo deberia reconocer como méritos los que ahora llamo crímenes de la nobleza, llamarla á mi lado pedirla consejo, obedecerla... de este modo de seguro se hacia justicia en mis reinos, desaparecerian fueros odiosos, se daria unidad á la ley, fuerza al trono y justicia al pueblo. En verdad en verdad que casi estoy por creer que yo soy el tirano, el rebelde y vosotros los leales.

—Yo no he dicho señor que no existan la rebeldía, ni los desafueros, ni las infamias, sino que la demasiada dureza del remedio ha agravado el mal.

—Pues bien; si existen las rebeldias quiero saberlas. ¿Porque te han encontrado en el bosque de Triana mis ballesteros, Juan de Herrera?

—Ya he dicho á vuestra señoría que iba al pueblo de Guillema, contestó con firmeza el noble.

—¿Y al paso no pensabas parar en algun lugar mas cercano?

—No señor; si he parado ha sido contra mi voluntad, sofocado, rendido por el número.

—¡Te obstinas en callar!

—Contesto á lo que vuestra señoría me pregunta y contesto en verdad.

Lanzó el rey una sombría mirada de amenaza á Juan de Herrera y luego volviéndose á la puerta tras la cual estaban ocultos el verdugo y los atormentadores gritó.

—¡Hola! ¡Pero de Chiclana! ¡á mí!

Instantáneamente aparecieron el verdugo y los atormentadores.

—¡Ese hombre á la rueda! dijo el rey señalando á Juan de Herrera.

Los sayones se precipitaron sobre el noble que se estremeció y se puso lívido de terror; entreabriéronse sus lábios, pero el orgullo sofocó una súplica que ya rebosaba de ellos.

En un momento Pero de Chiclana y los suyos arrancaron el sayo y las ropas interiores á Juan de Herrera dejándole desnudo de la cintura arriba; volviéronle las manos á la espalda; se las sujetaron á unas esposas unidas á uno de los correones de la rueda y del mismo modo unieron á sus piés la cadena que estaba asida á la enorme pesa de hierro, que se veia sobre la tarima de la cabria; despues de esto los tres se asieron á los dos manubrios de hierro.

—¡Un cuarto de vuelta! dijo el rey con acento lúgubre.

La enorme rueda empezó á girar lentamente. Alvar Yañez, acostumbrado de antiguo á estos espectáculos, puso la pluma sobre el papel en tanto que los brazos de Juan de Herrera subian, siguiendo la rotacion de la máquina, en sentido inverso. Muy pronto el semblante del atormentado se descompuso, sus ojos espresaron una desesperacion profunda y sus labios se contrajeron, dominando un grito de dolor que, al fin, brotó de ellos agudo, desgarrador, uniéndose al violento crugir de las coyunturas, en tanto que don Pedro fijaba una mirada inmensa en su presa.

—¿Adonde ibas? preguntó de nuevo el rey.

—No lo sé! esclamó Juan de Herrera, llorando de dolor.

—¡Otro cuarto de vuelta! dijo el rey.

Giró de nuevo la rueda: el cuerpo de Juan de Herrera se doblegó sobre los dentellones y sus piés perdieron tierra y levantaron la pesa.

El paciente lanzó un grito mas horrible aun que el primero y se desmayó.

—¡No resiste el tormento y morirá sin hablar! esclamó el rey levantándose furioso del sillon. ¡Dejadle caer! ¡desatadlo! ¡Hacedle volver en sí!

Los atormentadores deshicieron la media vuelta y Juan de Herrera cayó desplomado y quedó pendiente por los brazos del correon.

El verdugo sacó de su sayo un pomo y le aplicó á las narices del paciente.

—¿Ha muerto? preguntó el rey.

—No, poderoso señor, contestó Pero de Chiclana.

—Desatadle y ponedle en una camilla.

El rey fue obedecido al momento.

—Llamad al médico del castillo.

—No hay necesidad señor, ya vuelve en sí.

En efecto Juan de Herrera abrió los ojos y lanzó un gemido: despues fijó su mirada suplicante en el rey, como buscando en su semblante un vestigio de compasion.

Pero don Pedro se mostraba impasible, y si algun afecto se rebelaba en su semblante era el de la cólera.

Esperó algun tiempo á que el atormentado recobrase en parte sus fuerzas y al fin se detuvo junto á él.

—¿Hablarás? le dijo.

—¡Ah señor! ¡vos no teneis caridad! esclamó desesperado Juan de Herrera.

—¡Caridad con quien pone asechanzas á mi cabeza!

—No conozco ningun noble, señor, que pretenda arrebataros la vida.

El rey se volvió al escribano y á los verdugos y les mandó que se retirasen.

—¡No conoces ningun noble que desee mi muerte, y sirves á mi hermano! continuó el rey cuando quedó solo con Juan de Herrera.

—Vuestro hermano, señor, solo quiere alejar de vuestra señoría á los privados que tuercen la justicia real y empobrecen con sus rapiñas al reino. Don Enrique solo desea que os unais á la reina doña Blanca, que rijais al reino como debeis, que respeteis los fueros de la nobleza.

—¡Y para ello me manda matar!

—Esa es una calumnia de los parientes de la Padilla, señor.

—Recuerda que debiste tu vida en el cerco de Palenzuela, donde te habias revelado, á Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Lo que no impide, aunque yo le esté agradecido, que conozca que está apoderado de la casa y estado real. Juan Fernandez de Hinestosa, como antes don Juan Alfonso de Alburquerque, odia á la nobleza, porque sabe bien cuanto le estorba oponiéndose á sus ambiciones. Ese hombre calumnia al conde de Trastamara.

—Hinestrosa está en Portugal, ocupado en asuntos mios, con mi abuelo el rey don Alfonso IV: no es Hinestrosa quien me ha dicho que se atenta á mi vida; es el mismo don Enrique.

—¡Don Enrique!

—Sí, esclamó el rey, sacando de su limosnera la carta de don Enrique á Pero Carrillo, y tomando una bujía de la mesa, con la que se acercó á Juan de Herrera: mira: lee.

Y como el noble, á causa del tormento, no pudiera valerse de sus brazos, el rey puso la carta desplegada delante de sus ojos y le alumbró.

Juan de Herrera hizo un penoso esfuerzo, levantó un tanto la cabeza y leyó la carta.

—Está escrita de mano de don Enrique, esclamó el rey.

—Si señor, repuso Juan de Herrera.

—En ella está la prueba de su traicion: aquí se habla de venganza y de tósigos.

—Pero si se decreta la muerte de un hombre, ese hombre no es vuestra señoría.

—Es que ese don Juan no es otro que yo: yo que me disfrazo y me encubro para descubrir traidores, y que cercado de ellos, siempre tengo al lado alguno que dé noticia de mis secretos á mis enemigos.

—¿Estais seguro, señor?

—Por mi fe de rey y de caballero afirmo la verdad.

—Podeis engañaros, señor.

—¿Engañarme, cuando lo acabo de oir de boca del mismo don Enrique, con quien he medido mi espa-

da?... ¿Engañarme, cuando se ha atrevido á disputarme la corona, á llamarme bastardo, hijo de un judío?... ¡Ira de Dios! no hablemos mas de esto. Yo estoy seguro de mi justicia, como lo estoy de vuestras infamias. Pronto, revélame cuanto sepas, ó te hago pedazos en la rueda.

—Lo que acaba de revelarme vuestra señoría, tiene mas fuerza para mí que todos los tormentos del mundo y del infierno. Os juro, señor, por mi fe de caballero y por la salvacion de mi alma, que al tomar las armas contra vuestra señoría, no he tenido otra intencion que defender los fueros y las libertades del reino, y que si se hubieran atrevido á decirme que contribuyese á arrancar de vuestra frente la corona que legítamente heredasteis de vuestro padre, hubiera roto mi espada antes que servir á traidores.

—Recuerdo que en otro tiempo fuiste bueno y leal, y esto contribuyó para que te perdonase en Palenzuela. Pero es imposible que viviendo con ellos, no conozcas sus tramas.

—Don Enrique jamás se ha presentado á mis ojos ni á los de otro muchos caballeros como pretendiente á la corona.

—¿De modo que nada sabes mas que lo que has dicho? observó el rey con acento amenazador.

—Pero puedo indicar á vuestra señoría, uno de los que han sido presos conmigo, cuya misteriosa intimidad con el conde de Trastamara hace creer que posee sus secretos.

—¿Y quién es ese hombre?

—Don Ferran Gomez.

—¡Ola, capitan! gritó el rey.

Presentóse á la puerta de la cámara Alvar Dávalos.

—Traed al momento, le dijo el rey, á un preso que se llama don Ferran Gomez.

El capitan partió.

—Si has dicho verdad, Juan de Herrera, continuó el rey, si ese hombre me revela las traiciones de mi hermano, yo te honraré y te recompensaré con usura de los tormentos que has sufrido. ¿Crees que yo vierto sangre por ferocidad? te engañas: esta sangre quema mis ojos y repugna á mi corazon. ¿Crees que yo no conozco lo monstruoso de sentenciar ejecutivamente, por fuero propio, sin jueces, sin informacion, sin testigos? Harto lo conozco. ¿Pero de quién fiarme? Los jueces aterrados por los rebeldes ó amigos de ellos torcerian la vara de la justicia... y además hay momentos, en que para que la justicia aproveche, es necesario herir con la prontitud del rayo, por que no se lucha con un hombre solo, sino contra una raza entera y poderosa; por que no son solos los de adentro sino los de afuera... obro como puedo obrar... mi destino es cruel, pero estoy decidido á luchar contra él, y lucho y lucharé y venceré ó caeré en la demanda.

—He aquí á don Ferran Gomez, dijo á la puerta el capitan, trayendo hasta el rey un hombre como de cincuenta años, de semblante sombrío y mirada rastrera é intencionada.

El rey hizo salir al capitan y quedó solo con Juan de Herrera y con el recien llegado, á quien miró profundamente de piés á cabeza.

—¡Ah! ¡eres tú! ¡tú, el que te atreviste á poner tu mano en la empuñadura de tu espada contra mí, cuando mi cautiverio de Toro! ¡tú, el que despues de haber contribuido á la rebeldía de la reina en Toledo, tuvístes medio de escapar de mi justicia! ¡tú, el que burlándote aun de ella, has caido en mis manos cuando pensabas que don Enrique me daria un golpe de gracia!

—¡Perdon, señor, perdon! esclamó don Ferran pálido y aterrado arrojándose á las plantas del rey.

—Te concedo la vida, si me revelas cuanto sepas acerca de la traicion de mi hermano.

—Nada sé, señor.

—Juan de Herrera, dijo el rey volviéndose y señalando al atormentado, tampoco sabia nada, ó por mejor decir, lo habia olvidado todo; pero la rueda, entre otras virtudes, tiene la de avivar maravillosamente la memoria. Ahorremos, pues, tiempo y tormentos inútiles; contéstame á lo que te pregunte, y ten en cuenta que apuraré contigo el horror de los suplicios si tus revelaciones discrepan un punto de las de Juan de Herrera.

—¡Señor..! esclamó el atormentado.

Una mirada del rey le contuvo.

—¿Y me promete vuestra señoría..? esclamó todo trémulo don Ferran.

—La vida por la verdad.

—Pues bien, señor, yo no sirvo al conde de Trastamara.

—¿A quién, pues, sirves?

—Al rey de Aragon.

—¡Ah! ¡y auxilias á mi hermano!

—Es que las rebeldías de vuestro hermano pueden servir, señor, para encubrir los hechos de don Pedro.

—¡Ah! ¿y qué piensa hacer el rey don Pedro, mi primo?

—Asegurar por medio de un casamiento entre su hermana la infanta doña Catalina y vuestra señoría, y su hijo y la infanta doña Beatriz, una paz duradera entre Castilla y Aragon.

—¡El rey de Aragon me teme!

—En ocho meses de guerra, señor, le habeis quitado á Calatayud, á Tarazona, á Murviedro, á Orihuela, llaves de sus fronteras, y con ellas innumerables villas y castillos.

—¿Olvida el rey de Aragon que vive la reina doña Blanca?

—He ahí, señor, por qué se alientan las rebeldías de don Enrique y de sus hermanos... he ahí por qué se fomentan por medio de personas hábiles, los amores de don Fadrique y de doña Blanca.

—¡Ved lo que decís, don Ferran!

—Digo la verdad, señor. El rey de Aragon quiere, que cubierta la reina de infamia, deshonrada, rebelde, caiga bajo vuestra cólera. De ese modo sereis libre, señor, y podreis contraer un nuevo matrimonio.

—¡De modo que don Enrique sirve de instrumento para irritarme!

—Así es, señor.

—¿Y quién le ayuda?

—Primero, don Fadrique, don Tello y don Sancho sus hermanos, despues todos los nobles de Castilla, menos los que sirven los oficios de vuestra cámara y palacio, los que tienen los adelantamientos y los altos cargos de consejo, gobierno y justicia.

—¿Y la reina?

—La reina, señor, resiste las seducciones de don Fadrique; os ama, y su amor desdeñado le lanza á la rebeldía.

Inclinó el rey la cabeza, y siguió paseándose pensativo.

—¿De modo que el rey de Aragon, confiado en sus artes, estará mal preparado á la guerra?

—Los bandos y los largos disturbios de nueve años han dejado pobre al rey de Aragon. No tiene flota, ni abastecimientos, ni pertrechos: un año os bastará para apoderaros de su reino.

—Y decidme ¿los infantes de Aragon no tienen parte en esto?

—Don Fernando marques de Tortosa, alentado por su madre doña Leonor, piensa aumentar su estado con feudos en Castilla, y el infante don Juan sueña con el señorío de Vizcaya.

—Una vez que el rey de Aragon está pobre, ¿quién da oro á don Enrique para llevar á cabo sus empresas?... se necesita mucho, para comprar los abastos de Sevilla, y esta noche ha faltado pan.....

—Don Enrique cuenta de una parte con el infante Abou 'l Sayd de Granada y de otra con un judío que se llama Abraham, lo que viene á ser una misma cosa.

—Creo, sin embargo, que el embajador del infante Abou 'l Sayd, solo cuenta como con un recurso desesperado con el conde de Trastamara.

—Abu-al-Mondhir, viene bien probisto de doblas, para comprar á vuestros favoritos; y sabedor del valor que da vuestra señoría á la hermosura, ha traido consigo una hermosísima esclava.

—He ahí, Juan de Herrera, dijo el rey volviéndose bruscamente al noble, la lealtad de las gentes que se dicen tiranizadas por mí. He aquí que yo deberia perdonar. ¿Qué digo perdonar? abrazarlos ébrio de placer, puesto que quieren engrandecerme, enriquecerme, hasta rodearme de anores: ¿se pueden inventar mas infamias? Un rey, de quien he sido fiel amigo y aliado, pretende sostenerse á mi costa; un hermano á quien he amado, me disputa la corona; otro á quien honro, á quien entrego mi estandarte real, don Fadrique, atenta á mi honor; don Tello á quien he dado el señorío de Vizcaya, casándole por mi poder con doña Juana Nuñez de Lara, huye de mí, me niega obediencia y se alia á su hermano don Enrique; don Sancho á quien he amado tiernamente, me vende; el infame Abou 'l Sayd á quien he dado hospitalidad y amparo en Castilla, me tiende lazos y sostiene en contra mia un doble juego; la reina doña Blanca, á cuyo casamiento me obligaron vasallos traidores, lucha y se obstina; y últimamente, esa infame nobleza se revuelve, engañando á unos y á otros y sirviendo vilmente á un rey extranjero, con tal de poder un dia hollar la ley y el trono á la par: ¡sangre! ¡sangre! ¡quinientas cabezas al verdugo, y aun no habremos hecho una completa justicia! Seguid, don Ferran, seguid. Por Dios, que vuestras revelaciones valen mas que una vida, valen un tesoro. Seguid.

—Nada mas sé, señor.

—¿Y no sabeis tampoco donde podré hacerme con las pruebas de vuestro dicho?

—Proeure vuestra señoría apoderarse de los papeles de don Jofre Diaz de astorga, Arcediano de San Gil.

—¡Cómo!

—El rey de Aragon ha necesitado en la eórte de alguien que engañara y tuviese á su devocion al legado del papa.

—Si habeis dicho la verdad, lo que os he prometido se cumplirá. Entre tanto nada os afirmo. ¡Ola capitan!

Apareció de nuevo Alvar Dávalos, con el cual se apartó el rey.

—Despues que yo haya salido, le dijo, conducireis al señor Juan de Herrera con una buena escolta, y encerrado en una litera al alcazar.

—Muy bien.

—En cuanto á don Ferran Gomez le conducireis al último calabozo de la crujia honda, y hareis llamar al agonizante fray Sancho, que está en la torre del Oro.

—Así lo haré.

—Alvar Yañez, esclamó el rey.

—Señor, contestó el escribano saliendo por una puerta inmediata al dosel, tras la cual se veia una mesa y una luz, y que se cerró sin dejar señal de su existencia.

—Seguidme.

El escribano tomó la linterna del capitan y se volvieron por donde habian venido.

—¿Habéis oido,? le preguntó el rey.

—Todo señor.

—¿Y habeis estendído esa declaracion?

—Héla aquí.

El rey se detuvo, leyó la declaracion, la dobló y siguió á paso apresurado: llegó al vestíbulo de la gran torre, se encaminó á las escaleras, las subió, atravesó parte de una galería y abrió una puerta tras la cual se oian alegres risas.

En una cámara estensa y sombría entapizada de rojo junto á una pequeña mesa redonda cubierta de manjares y servidos por una jóven morena y de mirada chispeante, habia dos mancebos, en cuyas miradas se traslucia la cantidad de vino con que habian ayudado el fastidio de la espera.

Eran el infante don Juan de Aragon y el repostero mayor del rey Juan Tenorio.

Las risas se contuvieron á la llegada de don Pedro, y este en silencio yendo á otra mesa, donde habia recado de escribir, trazó algunas líneas al pié de la declaracion de don Ferran Gomez, las firmó al pié y entregó el escrito al escribano.

—Cumplid lo que ahí se manda le dijo, y dentro de un cuarto de hora traedme ese papel con el testimonio de haberse cumplido lo que manda.

—Muy bien, señor, esclamó el escribano despues de haber leido aquellas líneas, y salió murmurando: ¡sentencia de muerte contra don Ferran Gomez! bien la merece, y yo por mi parte no detendré ni un momento la ejecucion de un hombre que es tan cobarde, tan imprudente y tan hablador.

En tanto el rey se habia acercado á la mesa.

—Buenas noches primo, dijo: guardeos Dios, señor Juan Tenorio, ponme vino en mi copa Andrea.

Y se sentó á la mesa, apuró la copa de oro cincelado que le habia servido la muchacha, y poco despues las festivas carcajadas del rey se unian á las de los dos jóvenes hidalgos.

CAPÍTULO VIII.

De cómo el señor Juan Tenorio conoció que la jovialidad del rey era fingida.

Mirábanle estos con asombro: sabian demasiado las circunstancias azarosas en que se encontraba el rey, porque es de advertir, que los buenos hidalgos de aquel tiempo estaban al corriente del alta y baja de los negocios públicos y privados, y antes de decidirse por ninguno de los contendientes ponian en balanza los acontecimientos probables, hacian una complicada operacion de cálculo, y se ponian siempre de la parte en que suponian ventaja. Es verdad que muchas veces habian encontrado al fin de aquellas luchas la espada del verdugo ó la maza del ballestero, en vez de la villa, el beneficio ó encomienda que se habian asignado de antemano; pero esto se esplica por la razon de que el entendimiento humano está sujeto á error, y que una suposicion aventurada es generalmente un mal cimiento que se destruye bajo el peso del edificio que se ha fabricado sobre él.

Don Pedro á mas que con el carácter naturalmente feroz de sus grandes vasallos, tenia que luchar con sus errores, y esto era un doble y enfadoso trabajo: tan cansado estaba de deshacer con lluvias de sangre castillos en el aire, que ya su mismo hastio le habia colocado en la costumbre de destruirlos de una manera fatal, sin que en ello tomase parte su alma, sin que le fuera difícil dominarse é imprimir á su semblante, á sus palabras y á su aspecto, la espresion que mas le convenia. Aquel rey que acababa de sostener un ataque horrible con su hermano, de atormentar á un noble y de arrojar otro al verdugo, se reía tan de buena fe como si acabara de salir de una alegre orgia en que hubiese partido por mitad los placeres del amor y las locuras de la embriaguez. En efecto, don Pedro á pesar de su afectada alegría, mostraba languidez en su mirada, cansancio y embriaguez, y era que se doblegaba ya bajo la lucha, y la sangre que continuamente corria ante sus ojos, le causaba vértigos.

Sin embargo de esto cenaba con apetito, tomaba la linda barba de Andrea, mientras esta le escarciaba vino en su copa de oro, lanzaba alegres zumbas á los jóvenes, y parecia que olvidándose de su alto destino se entregaba con placer á algunas horas de libertad.

En verdad que el señor infante de Aragon don Juan,

primo del rey, y el señor Juan Tenorio, su repostero mayor, sentian mas terror ante aquella alegría que lo hubieran sentido ante la tremenda cólera del rey, manifestada en todo su esplendor.

Así es que sus sonrisas eran forzadas y sus palabras trémulas, cuando se veian obligados á contestar á los arranques del rey.

Antes de pasar adelante, nos parece oportuno dar á conocer á nuestros lectores estos dos personajes.

El infante don Juan era un jóven de veinticuatro años, blanco, rubio, con ojos azules, cabellera blonda y rica, tez delicada como la de una dama, sonrisa lánguida y talle esbelto; uno de aquellos hombres, cuya hermosura se ha gastado por abusos de todo género, en cuyo semblante están impresos, como un sello de vicio, la palidez y el cansancio. Sus grandes ojos en los cuales la alegría estaba manchada con una espresion de cinismo, y la tristeza con un odioso sarcasmo, tenian en su foco un no se qué de repugnante, de bajo, de degradado que hacia presumir en él la propension á todo lo malo, á todo lo traidor, á todo lo miserable: emanaciones de un alma cubierta de cieno que no podia elevarse sino lanzándose á través de él saturada con su hedor. Don Juan, poderoso señor un tiempo de la córte de su hermano don Pedro IV de Aragon, llamado por unos el ceremonioso, y por otros el del puñal, estaba respecto á aquel rey en la misma situacion que don Enrique respecto al de Castilla. Los dos Pedros habian cambiado recíprocamente y amparado en sus córtes á sus hermanos reveldes, y de la misma manera conservaban otros á su lado y honrándolos en la apariencia. Pedro de Castilla acogia al infante don Juan y parecia en buena inteligencia con su hermano don Fadrique, maestre de Santiago; Pedro de Aragon, daba no solo asilo en la córte, sino tambien hombres y dinero contra el rey de Castilla, al conde de Trastamara y á don Tello, fugitivo señor de Vizcaya, mientras se mostraba amigo y hermano del infante don Fernando, marqués de Tortosa: de la misma manera que don Enrique vivia á espensas de Pedro IV, el bolsillo de Pedro I estaba siempre asediado por su primo el infante don Juan. El rey le cobraba en bajos servicios, de que difícilmente se hubiera encargado otro noble, los sayos de brocado, las brillantes cadenas, las lucientes armas, los briosos caballos, la espléndida servidumbre y el enorme palacio que sostenia don Juan, y el rey de Aragon, tenia en don Enrique un capitan de aventuras, que en una contínua guerrilla, molestaba las fronteras de su enemigo el rey castellano. Pero no era dudoso creer que si una paz de conveniencia llegaba á unir á aquellos soberanos, tan encarnizadamente contrarios, entrambos se entregasen sus respectivos enemigos, y como era eventualísimo un arreglo de este género, ni don Enrique se sentia seguro, ni don Juan perdia un momento la terrible inquietud que contribuia á dar á su semblante una espresion de recelo, que uniéndose á la espresion de sus vicios, de sus flaquezas y de su perversidad, acababa de constituirle en un ser repugnante.

El rey desde la fuga de su hermano don Tello, que habia llegado á ser señor de Vizcaya por casamiento con doña Juana Nuñez de Lara, habia pensado arrancarle aquel señorío, que por el carácter leal y belicoso de los naturales, podia ser para don Tello, un elemento estatable y un firme apoyo de reveldías. Conocia demasiado don Pedro el carácter independiente de los vizcainos, para no saber lo difícil que le seria incorporar por autoridad ó por fuerza aquel señorío á la corona: así, pues, y como un recurso intermedio, pensó en su primo don Juan, le casó con doña Isabel Nuñez de Lara, á quien por esclusion de don Tello y de doña Juana correspondia por derecho de herencia el señorío, y este acto atrayéndole por interés la adhesion del infante, le sirvió de una manera doble para arrancar hasta la esperanza de aquel feudo á don Tello, mientras él viviese. El infante don Juan, siempre atento á aquel patrimonio, no solo sirvió al rey con un interés á toda prueba, sino que se ofreció á todo. Don Pedro tenia en él una mano ciega, sumisa siempre, dispuesta á herir, una ambicion en espectativa, un instrumento, en fin. Seguro de que en el momento que don Juan poseyera el señorío de Vizcaya, tendria en él un nuevo rebelde, don Pedro se le mostraba y le retiraba cuando iba á tender á él la mano, como se hace con un niño á quien se quiere entretener con una golosina ó un jugete: don Juan se impacientaba unas veces, suplicaba otras y seguia sirviendo ciegamente al rey atraido por aquel cebo.

El señor Juan Tenorio era otro hombre utilísimo para el rey. Noble por su casa, poderoso por su parentesco con arzobispos, abades, ricos hombres y señores, rico por su patrimonio particular, adorado de las damas por su hermosura, temido de los hombres por su feroz valor, altivo con la costumbre del dominio, y cruel y duro por índole, su perversidad en nada cedia á la del infante don Juan; gozaba con él esterminio, bebia con placer las lágrimas, se embriagaba á la vista de la sangre, y solia decir con mucha frecuencia que para él no habia luz mejor que la de los incendios, ni armonia comparable al estruendo del combate, sino la que producian el potro, el borceguí ó la rueda del atormentador. Servia á don Pedro por entusiasmo: un rey que sabia deshacerse de una manera tan terrible y tan ejecutiva de sus enemigos como el rey don Pedro, era para él el único rey posible: y acaso, considerando su espresion con arreglo á lo brutal de aquellos tiempos, acaso tenia razon; pero es de advetir que le importaba muy poco que las ejecuciones de don Pedro, estuviesen fundadas en un principio de justicia: para él lo esencial era el esterminio. Podia decirse que era un demonio.

Y llegaba su crueldad hasta el punto de no dar la muerte, cuando creia un tormento mayor la vida. La felicidad de los demás le irritaba; necesitaba para gozar aspirar continuamente dolores: he aquí porque gozaba con el trato íntimo del rey: porque bajo aquella faz generalmente serena, cuando no la iluminaba la cólera, adivinaba él, con su perverso instinto, un sufrimiento infinito, cruel roedor, como emanado de un gusano insaciable, inmortal. El señor Juan Tenorio, tenia en el rey al mismo tiempo un sacrificador y una víctima, y se hubiera dejado hacer pedazos defendiéndole, no por lealtad, sino por no perder con su muerte el espectáculo de aquella lenta agonia. Adoraba, pues, á don Pedro.

Pero en esta crueldad, en esta perversidad del señor Juan Tenorio, no habia razon, sino instinto: él llamaba valor á su ferocidad y lo sentia así: no comprendia las lágrimas y la debilidad le irritaba: para él lo mismo suponian la vida que la muerte, el dolor que el placer: de la misma manera que no sentia compasion á la vista de un cuerpo destrozado, miraba con frialdad esos profundos padecimientos del alma, hijos de las pasiones: y, como hemos dicho anteriormente, gozaba en el dolor, porque, como si Dios hubiese querido que el espíritu humano fuese adaptable á todas las pasiones, existen seres para los cuales es un placer el dolor de los demás. Estremo de un círculo que se une con otro: con el profundo sentimiento de las miserias humanas que se llama caridad.

Y no se crea que envolviendo esta alma tan implacable, tan cruel, ostentaba el señor Juan Tenorio un cuerpo atlético y membrudo, un semblante ferozmente líbido, unos ojos de mirada torva y una boca sesgada y maldiciente. Ya hemos dicho que era hermoso; pero con una hermosura dulce y simpática: con un cuerpo esbelto, sin dejar de ser robusto; con una cabeza de ademan noble sin tocar en altiva: apasionadamente pálido, con sedosos cabellos negros, frente brillante, ojos de mirada profunda y pensadora y boca

que sabia sonreirse con una languidez sensual. Es verdad que cuando se demostraba su carácter, aquellos hermosísimos ojos negros chispeaban con una mirada de lobo, refinadamente cruel, y su boca dejaba ver una amarga sonrisa de desprecio. Pero aquella espresion pasaba como un relámpago y volvia á aquel semblante su dulce é indolente paz.

El señor Juan Tenorio habia nacido en Sevilla veinte y seis años antes del dia que le presentamos á nuestros lectores y desde su infancia paje en la cámara de la reina doña María, habia crecido al lado del rey don Pedro, y se formó bajo los consejos de esterminio y de venganza de su madre y á la vista de las feroces diabluras del paje Tenorio, que se reia de la manera mas satisfecha del mundo cuando un pobre escudero resvalaba y se partia los riñones sobre una escalera en cuyos peldaños habia estendido una espesa capa de javon, ó con los agudos chillidos de los pájaros, en cuya ancha pajarera soltaba un hambriento alcon. Don Pedro fruncia el gesto disgustado de aquellas diabluras, reprendia gravemente á su jóven amigo, daba algunos florines al aporreado, y aun solia retorcer el pescuezo al alcon carnívoro. Pero Juan repetia incorregible sus tremendas fechorias, algunas de las cuales rayaban en lúgubres: doña María redoblaba sus lecciones de venganza y lentamente el carácter de don Pedro se endurecia. Llegó para entrambos jóvenes, esa edad, primavera de la vida en que la sangre se irrita y hierve á la vista de una mujer. Los escuderos, los palafraneros, los marmitones, *ceteraque gentia* fueron dejados en paz y encontráronse de repente asediadas, acometidas, perseguidas las damas de la reina. Empezaron los escándalos; el señor Juan Tenorio, audaz de suyo, voluntarioso, bello é insinuante, hizo un verdadero destrozo, arrastrando con su ejemplo á don Pedro: nada habia inviolable en el alcázar, ni aun la cámara de la reina que, por otra parte, no podia corregir el mal ni aun le pasaba por las mientes atajarlo: parecíale la cosa mas natural del mundo á ella, que se consolaba del abandono de Alonso el Onceno, abriendo en altas horas de la noche las ventanas á cierto ballestero zurdo, el que su hijo y su amigo recibiesen lecciones de amor de sus damas. El señor Juan Tenorio reposaba poco en sus conquistas: era una verdadera mariposa ó por mejor decir una avispa: ¿qué le importaba que se marchitase una candida azucena? él no creia en el amor.

Del mismo modo que don Pedro habia robustecido su alma para los dolores, la hizo terrible para la mujer: su primer amor fue un deseo: su primera conquista un hastio.

Muy pronto la parte viviente bella del alcázar fue como un jardin en que no se viesen mas que flores macilentas y agostadas. La vida, una horrible vida de locas impurezas, empezó muy pronto á hacerse insoportable á los dos jóvenes. Por todas partes, les asaltaban quejas, lágrimas, recriminaciones entre las cuales tenian lugar repugnantes escenas de rivalidad y zelos. El alcázar de Sevilla era entonces un lupanar.

Una noche el paje, escaló los muros de los jardines. A la mañana siguiente, volvió pálido, ojeroso ebrio. Don Pedro escuchó el relato de una orgía: á la noche siguiente no fue ya el paje solo el que escaló los muros: el príncipe saltó tras él.

Y por mucho tiempo aquel jóven, que debia ser rey, ocultando su nombre, disfrazándose, corriendo en medio de la oscuridad por las estrechas calles de Sevilla, con la espada desnuda y la capa revuelta al brazo, precedido por el señor Juan Tenorio: empezó á estudiar el mundo por la página hedionda, escrita con la impureza de las rameras y de los rufianes: espíritu loco, audaz, sensual, pero recto y pensador, con la conciencia de que un dia llegaría á mandar en un pueblo entero, comprendió lo horrible del hambre que lanza al pobre á los crímenes: vió lo ineficaz de las leyes escritas solo para castigar, y tal vez de vuelta de una orgia miserable, nacieron en su mente leyes que, maduradas despues por la razon, debian añadirse al código escrito por su bisabuelo: puede decirse que aquella época de desórdenes fue una verdadera y provechosa enseñanza para don Pedro: al mismo tiempo se hizo sensual y aventurero: jamás reparó en adelanto en el sacrificio de su nombre ni en la violacion de las leyes, tratándose de satisfacer deseos inspirados por una mujer, ni perdió nunca la costumbre de salir de noche solo y revozado por las calles de la córte, como un espia de su pueblo; como una centinela de su seguridad.

Hízose astuto y reservado con el ejemplo de Tenorio que lo era en demasía: arrastrado siempre por él á aventuras peligrosas, se acostumbró á defenderse con su espada, y se hizo no solo valiente sino temerario: suelto, sin ley, sin freno, en el mundo, su carácter enérgico se convirtió en violento: aquella independencia de sus primeros años le hizo independiente y al par que la rectitud de su alma, le hacia ser singularmente justo para con los demás, la costumbre de obrar á su arbitrio, le hizo ciego para sus acciones propias: aquel era el principio de la senda que conduce al despotismo.

En cuanto al señor Juan Tenorio, si bien es cierto que hacia cuanto le venia á su antojo, su voluntad tenia un límite inflexible, y aquel límite eran la voluntad y la dignidad de don Pedro. Muy pronto esta dignidad natural, que jamás se desmintió en la vida sucesiva del rey, le echó en cara el abyecto de las mujerzuelas y de los bribones entre los cuales pasaba acompañado por el señor Juan Tenorio la mayor parte de las noches. Don Pedro, volvió á otra parte sus deseos y las mujeres honradas se vieron pretendidas, seducidas y abandonadas. Aquello era un torbellino.

Una noche la dignidad del príncipe se reveló de un modo terrible.

Volvia con Tenorio al alcázar y al abrir un postigo adelantóse por dentro alguien, sonó una llave en la cerradura y apareció un hombre que se detuvo en el dintel: habló algunas palabras con una mujer y resonó un beso. Don Pedro reconoció en la voz á su madre. El señor Juan Tenorio cometió la indiscrecion de indicar que lo habia reparado: don Pedro dió una cuchillada en la cabeza al imprudente; atravesó el corazon de una estocada al amante de su madre y entrando asió de ella y la arrastró en silencio hasta la puerta de su cámara, donde la dejó sin haberla hablado una palabra, anonadada y confundida. Al dia siguiente se encontró al Zurdo, muerto junto á los muros de los jardines del alcázar y, como Tenorio se curaba en su aposento una cuchillada, todos atribuyeron aquella muerte á una reyerta entre el paje y el ballestero. Aquella fue la primera justicia que hizo don Pedro y la primera leccion que dió á su compañero de infancia, que no la echó en olvido.

Un mes despues don Alonso el Onceno murió de peste en el cerco de Gibraltar, y don Pedro fue rey. Juan Tenorio fue escudero. Un año despues enfermó el rey poniéndose en peligro de muerte y sobre quien habia de sucederle se dividieron sus nobles: pero el rey sanó y renovó los oficios de su casa, ahorcando y magullando por apéndice, y á instancia de don Juan Alfonso de Alburquerque á algunos señores que se habian mostrado poco afectos á su persona. El señor Juan Tenorio recibió merced del oficio de repostero mayor que fue quitado á Pero Suarez de Toledo, el mozo: siguió al rey le acompañó en Toro, se fugó con él... Tenorio era la sombra del rey sin que pudiera decirse que era su privado.

Don Pedro conocia su carácter y sin embargo, le tenia consigo como se tiene un perro guardador y fiel. Acaso el único que tenia influencia en el carácter del

jóven, el único que le imponia respeto y aun temor era don Pedro. He aquí porque asiduo compañero de su vida y conocedor por lo tanto de su carácter, se estremecia ante aquella afectacion que no era bastante para encubrir á su perspicaz inteligencia el estado de exaltacion en que se encontraba el rey.

—¡Cuerpo del diablo! esclamó don Pedro cansado de que sus acompañantes le respondieran solo con monosílabos y sonrisas forzadas. ¡Famosas cataduras teneis para un entierro!... á propósito de entierro, mañana se hacen por cuenta del rey las exigencias de un zapatero.

—¿Y velais vos y nos haceis velar para eso, mi poderoso primo? dijo el infante don Juan, ¡vive Dios! que estamos aquí desde la queda y á no haber sido por Andrea nos hubiéramos muerto de fastidio.

—Y como has hecho, mi buena despensera para alegrar á estos señores... son algo descontentadizos, ¡eh! en particular el señor infante don Juan, mi primo.

—Les he dado, señor, una buena cena y unas cuantas jarras de vino...

—De Vizcaya ¿eh? creo que os gusta mucho, primo, el vino de Vizcaya aunque es un poco áspero y duro.

—De lo que tiene, en gran parte la culpa mi mujer doña Isabel de Lara, y no poca vos, señor, que me casasteis con ella.

—Atendiendo siempre á la aficion que teneis á aquellos vinos. Ved ¡cuerpo de tal! me encuentro en disposicion de pasar una noche alegre ¿y cómo andamos de aventuras hermano Juan?... ¿has logrado vencer la dureza de peña de Paca la golondrina? magnífica moza ¡eh! un poco rabicorta y un mucho descarada... Andrea es mas modesta, no tiene unos mofletes tan rubicundos, ni un cuello tan gordo: pero ved; se avergüenza como una doncella pudibunda...

—¡Señor!...

—Es verdad, tienes razon, tu tambien eres dura como las murallas del castillo... ¡magníficas murallas!.. y sobre todo, espesas lo bastante para que no se oiga fuera de los calabozos el ruido del hacha del verdugo. Vete Andrea, vete: necesito estar en libertad, sin que tus oidos de doncella se lastimen; pero si te las de poner á escuchar tras de una puerta mas vale que te quedes.

—¡Oh! descuidad, señor, dijo la niña sonriendo: es ya tarde y mi padre está enfermo.

—Toma para drogas para tu padre: toma para tí, para que te compres una saya encarnada, para el dia del señor Juan. Te doy este florin en nombre del señor Juan Tenorio por el susto que te hizo pasar no me acuerdo cuando ni donde... ello es cierto que un dia se me presentó arañado de lo lindo... Vete, y si te preguntan quien grita y quien alborota en la cámara de honor, di que son unos señores alféreces de la guarda... ¡ah! se me olvidaba... pon sobre la mesa á aquellos seis jarras que están junto á la pared formadas en hilera como soldados que van á entrar de guarda... ¡ah! ¡bien! ¡tienes la cara suave como una seda!... ¡Diablo! ¿tambien ámí?

Andrea habia rechazado una mano un tanto atrevida del rey y habia escapado.

—Es milagroso dijo el rey, que esa pobre paloma conserve su blancura sin que la hayan teñido de sangre las garras de tres garzas reales... En verdad seria cosa que no nos perdonaria nunca el señor Rodrigo Perez de Castro, mi leal y valiente ballestero: parece mentira que una chica tan alegre se deje querer por un buho tan taciturno como el buen Rodrigo... respetemos pues el corazon de nuestros servidores y... bebamos.

El señor Juan Tenorio llenó primero la copa del rey, despues la del infante y luego la suya.

El rey levantó su copa, y la adelantó para chocarla con las de sus comensales, que obedecieron maquinalmente aquel ademan asombrados de la estraña y trivial locuacidad del rey.

Bebieron y dejaron las copas en silencio sobre la mesa, mientras don Pedro saboreaba lentamente la suya.

—¡Esto es acibar! esclamó sombríamente, arrancando de pronto la copa de sus labios y arrojando lejos de sí el vino que contenia, despues de lo cual, dejó caer con un furioso golpe la copa sobre la mesa.

—¡Bien decia yo! esclamó Juan Tenorio.

—¿Y qué decias tú? esclamó el rey volviéndose bruscamente á su repostero: no recuerdo haberte oido desde que vine mas que si ó no.

—Creo que sufrís señor...

—¡Y quién te ha dicho voto á! esclamó el rey soltando un redondo voto, ¿quién te ha dicho que yo sufro?

—Si hubiera un espejo á mano, os lo presentaria señor, y él os contestaria por mí.

—Vuestra señoría está pálido como un difunto, observó el infante don Juan.

—¡Pálido eh!... ¡sí! ¡de emocion!... ¡de felicidad! porque... ¡soy muy feliz!

Y el acento del rey al pronunciar estas palabras horrorizaba.—¿Quién creis que era la hermosa niña de la ferrería? añadió el rey pasando de uno á otro una mirada escudriñadora.

—Todo menos una villana, dijo el señor Juan Tenorio.

—¡Una dama disfrazada! esclamó don Juan.

—¡Una rica hembra! dijo el rey: pero adivinad... yo lo habia sospechado, pero dudaba, y á no haberme encontrado manos á boca con Mosen Pero Carrillo... el privado de tu ilustre hermano el rey don Pedro de Aragon, primo... á no haber visto á ese miserable, jamás hubiera creido que aquella dama fuese doña Aldonza Coronel.

—¿Y á qué ha venido á Castilla doña Aldonza? dijo Tenorio.

—A conspirar con el pretesto de venir á pedirme perdon para su esposo Alvar Perez de Guzman... estaba en el convento de Santa Clara del Campo y, ¡ya se vé! yo no sabia que las benditas madres tuviesen una comunicacion con la ferrería... pero esto no importa: lléname la copa Tenorio... necesito embriagarme... ahogar en vino los horribles pensamientos que se revuelven y se entrechocan en mi cabeza... ¿Sabeis que tengo entre mis manos á don Enrique?

El infante don Juan palideció y el señor Juan Tenorio dejó escapar de sus ojos un relámpago cruel.

—Si, continuó el rey apurando de un trago la copa, le tengo en mis manos... y... si, indudablemente continuó como hablando consigo mismo; ello es preciso... al menos dormiré en paz... se apagará en mi reino la luz de los motines... mas vino; amigo Tenorio, mas vino. ¿No te he dicho que necesito embriagarme?

Tenorio llenó de nuevo la copa que el rey apuró, como hubiera podido apurar una pócima: luego se levantó y se puso á pasear por la cámara: los dos nobles se levantaron tambien y permanecieron inmóviles en sus puestos.

El rey dió algunos pasos en silencio y pensativo, llegó á la mesa y apuró el vino que habia quedado en la copa.

—¡Oh! ¡estoy bebiendo sangre! murmuró para sí, y esto es horrible... ¡horrible! ¡infernal!

Siguió paseando algun tiempo y se detuvo de repente delante de don Juan.

—Primo: le dijo, tú quieres el señorío de Vizcaya, ¿no es verdad?

—Creo, señor, que andando fugitivo por traicion don Tello, el señorío de Vizcaya pertenece de derecho á mi mujer.

—¡De derecho! esclamó el rey: cansado estoy de oir hablar de derechos... tantos son los derechos de la nobleza, que no se encuentran bajo ellos los del rey, segun están de sepultados... ¡derecho! ¡si! ¡derecho de horca! ¡derecho de cuchillo! ¡derecho de tercias y de diezmos! ¡derecho en fin, de matar y de robar á los pueblos, de modo que cuando el rey necesita una hueste se ve obligado á buscar aventureros, ó á recibir como de limosna las mesnadas de sus vasallos, y si necesita dineros encuentra tan esquilmados los pueblos que se ve reducido á apelar á los judíos!... ¿y á esto llama ser rey?... ¡los verdaderos reyes son nuestros buenos vasallos, y de tal manera lo conocen, que para demostrar alguna vez nuestro pobre señorío, nos vemos obligados á cazar algun noble que se descuida, como un gato puesto en acecho se apodera de un raton imprudente, y á cortarle la cabeza por mano de nuestro verdugo!... ¡y aun así, se pone el grito en las nubes y se nos llama cruel, y se nos insulta y se levanta un torbellino de rebeldías en el que solemos cazar algunas otras cabezas!... ¡y todo viene de esa palabra, de ese pensamiento! ¡derecho! ¡ira de Dios! ¡pues bien! ¡nosotros interpondremos tambien nuestro derecho! ¡mataremos, esterminaremos, le sellaremos con sangre, hasta que el terror robustezca un solo y único derecho: la autoridad del rey!

¿Qué quereis?

Siguió paseando don Pedro, murmurando entre dientes irritado, palabras ininteligibles.

—¡Poder de Dios! esclamó parándose de repente y lanzando ante sí una furiosa mirada sin objeto: ¡buena herencia nos dejó nuestro padre!... una nobleza llena de absurdos privilegios; un pueblo embrutecido; una corte intrigante; unas arcas vacías... es decir la insolencia, la abyeccion, el robo, la impotencia... nosotros hemos empezado á reconstruir, destruyendo, pero cuando levantamos un ángulo del edificio se nos derrumba el otro, y cuando acudimos á este se desploma aquel ¡derechos! ¡pues bien! ¡yo tambien soy señor! ¡señor de señores! ¡yo tambien tengo bandera! ¡bandera que acaudilla banderas! ¡yo tambien tengo una ancha espada y mis fueros están

escritos en los libros de justicia! ¡qué aquella sostenga á estos! ¡Escribamos nuestro derecho con sangre! ¡Ah, señores vasallos! ¡poderosos vasallos!... ¡veremos como podemos sostener nuestro derecho auxiliados por el potro y el verdugo!

Siguió el rey de nuevo su paseo en paso lento, firme, marcado, impaciente, como el del leon que se ve encerrado en una jaula. Los dos nobles sentian pasar la tormenta sobre sus cabezas y callaban abismados en profundos pensamientos.

Paróse el rey de nuevo delante del infante don Juan.

—Primo, le dijo, necesito que me hagas traicion;

—Don Juan se puso pálido hasta aparecer verde.

—¡Señor! esclamó.

—Y si tienes arte para hacerme traicion, tuyo es el señorío de Vizcaya.

—No os comprendo señor.

—Ve á ampararte del maestre de Santiago mi hermano y obra como obrarias si verdaderamente huyeses de mi justicia.

¿Donde esta el verdugo?

—¡Ah! esclamó comprendiendo el infante.

—¡Si! séme traidor... traidor audaz, valiente, enemigo á muerte... en tu casa encontrarás oro; fuera de los muros lanzas.

—¡Ah! esto es una ratonera, esclamó sonriendo de una manera sesgada el infante.

—Pues bien, caza, caza para mí... te he dado Santa Maria de Nieva, Robledillo, Almadrones... te he pagado bien, aunque me has servido mal... vas con escuderos y bandera detrás de nosotros y á nuestra derecha, procura pues que no te arrojemos delante y te despedacemos con los piés de nuestros caballos.

—Para mí, señor, no hay mas pensamiento ni mas voluntad que el pensamiento y la voluntad de vuestra señoría.

Meditó un momento el rey.

—Escucha primo, le dijo ve y toma contigo treinta arqueros.

—¿Del castillo?

—Del castillo.

—¿Ahora mismo?

—En el momento.

—Y que haré con ellos.

—Ir á Santa Clara del Campo.

—¿Y luego?

—Te haces abrir en mi nombre, y mandas á la abadesa que reuna á la comunidad.

—Bien está señor, ¿y qué haré despues?

—Despues la llevas á Sevilla.

—¿A la abadesa?

—A la comunidad entera.

—¡Ah!

—Despues, tres á tres, cuatro á cuatro, las dejarás como presas en los conventos de monjas que están dentro de los muros.

—Muy bien, señor.

—Este es tu primer paso en el camino que te ha de llevar al señorio de Vizcaya. Vé: antes de dos horas te espero.... todo ha de estar concluido.

El rey señaló la puerta de la cámara al infante que tomó su gorra y su espada y salió.

—¡Oh! ¡oh! dijo el rey lanzando una mirada profunda á la puerta por donde habia desaparecido don Juan: pide á Dios que no nos veamos obligados un dia á despedazarte.

Apenas habia acabado el rey de pronunciar estas palabras, cuando un resplandor opaco iluminó por un momento los vidrios de colores de una ventana, y desapareció; tornó á lucir otro mas fuerte y mas duradero: luego otro y otro, y al fin aquel resplandor se fijó, iluminando enérgicamente los dibujos bárbaros de los vidrios.

El rey fue á aquella ventana y miró; por cima de la silueta de los árboles del bosque, se levantaba una llama rugiente y su resplandor iluminaba la esplanada del castillo; en los senderos del bosque vió don Pedro una hilera de atalayas, de ballesteros de su guarda, y poco despues un grupo de hombres armados que atravesaban la esplanada: eran el infante don Juan y los treinta arqueros que se encaminaban al convento de Santa Clara.

—¿Qué te parece de eso, Juan? dijo el rey volviendo á Tenorio que se habia acercado y estaba tras él.

—Es un incendio señor.

—Es un nido de traidores que se quema, dijo el rey separándose de la ventana.

Y así era: Rodrigo Perez de Castro, despues de haber trasladado las armas al castillo, habia puesto fuego á la ferrería.

—¿No te parece Juan que un reinado que se alumbra con tales antorchas, es un reinado muy feliz? dijo el rey.

—¡Matad! contestó brevemente el señor Juan Tenorio.

—Jamás encuentras otra palabra, Juan.

—Es el camino mas corto y mas espedito.

—Quisiera tener tu alma: eres una terrible esponja que necesita continuamente empapar sangre.

—Este es un tiempo de lucha y es necesario tener el corazon fuerte.

—Yo le tengo: mas fuerte que tú, dijo el rey cuya voz antes rugiente se habia apagado, como el caballo cansado de una larga carrera, se pone al paso jadeante y cubierto de sudor.

El señor Juan Tenorio, se permitió un gesto de duda.

—Si, mas fuerte que tú, porque me repugna matar y sin embargo, mato, insistió el rey.

—¡Corazon que lucha y acabará por romperse! dijo brevemente Tenorio.

—Lo veremos y pronto: estoy decidido á concluir de una vez.

Brillaron con su espresion particular los ojos del repostero mayor.

—Eres un lobo, Juan, un lobo hambriento, observó el rey.

—Pero un lobo que os defiende, señor.

—¡Convengo! hasta ahora estoy satisfecho de tu lealtad. Obligado á ella... nunca me has pedido nada, Juan.

—Los Tenoriòs pueden ser demonios, señor, pero nunca han sido reptiles.

—Y te necesito todavia.

—¡Mandad!

—Pienso... dijo el rey, y se detubo.

—¿Y qué pensais, señor?

—Desembarazarme de una vez.

—Hace tiempo que debiais haberlo hecho,

—Y sin embargo... aun lo medito mucho, Juan.

—Esa lucha os vencerá.

—Acaso seria mejor probar otros medios.

—Acabad de una vez... haced un manojo de todas las cabezas rebeldes y cortadlas de un solo golpe.

—Necesito que vayas á Jerez, dijo el rey, despues de algunos momentos de meditacion.

—¿Y qué he de hacer en Jerez?

—Ofrecer amistad y proteccion á doña Blanca.

Centellaron los ojos de Tenorio, pero de una manera tan rápida que el rey no lo notó.

—Dicen que la reina pasa una vida austera en el alcázar dijo.

—He ahí lo que quiero saber... además necesito que observes...

—¿A don Fadrique?

—¡Cómo! se murmura...

—Dicen que cuando está en Sevilla, sale todas las tardes por la puerta de Jerez, y entra todas las mañanas. Añaden que por la tarde cabalga en una yegua torda y que por las mañanas entra en un caballo negro.

—Pues observa, observa bien, mañana partirás... pero, por Belcebú ¿qué ruido es ese?

—Os digo que necesito de todo punto ver á su señoría, esclamaba una voz ronca alternando con otra en la antecámara.

—¡Oh! ¡es Juan Diente! esclamó el rey yendo á la puerta y abriéndola.

El ballestero á quien ya conocemos se acercó apresuradamente al rey y le dijo algunas palabras en voz baja y rápida. El rey al escucharlas, palideció, sus ojos se estraviaron y todo en su semblante, espresó la próxima esplosion de una terrible cólera; pero haciendo un poderoso esfuerzo se contubo, se volvió lentamente al señor Juan Tenorio, y le dijo en voz breve y seca.

—¡Sígueme!

Al salir por la antecámara se le atravesaron dos bultos, era el uno el escribano Alvar Yañez; el otro un fraile.

El escribano dió un pergamino al rey que este guardó en su escarcela.

—Bien, dijo el rey... Asunto concluido. Por ahora, hasta mañana á las diez no me haceis falta... seguidme vos fraile.

El rey, el señor Juan Tenorio, Juan Diente, y el del hábito, salieron uno tras otro en paso apresurado, y el escribano quedó solo en medio de la antecámara murmurando.

—Pardiez, no ha sido mala suerte el haber logrado que don Ferran Gomez, muera con una mordaza en la boca: ese agonizante es un buen amigo y por otra parte le tengo en mis manos... pero andemos despacio... no se lo que pasa esta noche... ello es que don Enrique está preso... y sus parciales le venden... sin embargo el rey me trata como siempre... bueno será avisar al arcediano de San Gil.

Alvar Yañez salió, dicho esto, profundamente pensativo, se hizo abrir la puerta del castillo, atravesó á Triana y el puente, y abriéndose la puerta del arenal en nombre de la justicia, despues de un escrupuloso reconocimiento, entró en Sevilla.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO I.

¿Era fraile ó verdugo? ¿era verdad ó mentira?

Cuando Men Rodriguez de Sanabria se encontró en el campo llevando del brazo á doña Aldonza Coronel, volvió con mas fuerza que nunca aquel amor que á primera vista le habia inspirado la dama, pero acompañado de una dosis tal de zelos, que seria dificil asegurar si el temblor que le agitaba era de amor ó de despecho, ó resultado á la par de estos afectos.

En otra situacion, el jóven que era audaz por costumbre y por carácter no se hubiera contenido en sus demostraciones: pero la situacion en que se encontraba le contenia: no le quedaba duda, por lo que habia observado, de que el hombre del sombrero verde era el rey; tampoco podia dudar de que don Pedro amaba á aquella dama, y su caballeresca fidelidad por una parte, y por otra cierto respeto temeroso, debido á la tremenda fama del rey, sellaban sus labios, sin que por esto dejase de agitarse una terrible lucha en su corazon.

Necesitó, pues, para no salir del terreno de la prudencia, engañarse á sí mismo, diciéndose que lo que pertenecia á un rey debia ser sagrado para un vasallo, y no contribuyó poco á ello la presencia de un formidable ballestero que mas que acompañante parecia un guarda celoso. Men Rodriguez no temia en el ballestero al hombre, porque ya sabemos que era diestro y valiente, sino al testigo; guardó, pues, el mas obstinado silencio durante el camino y para hacerle mas breve apresuró el paso, llevando mas de prisa que lo que convenia á doña Aldonza.

Esta, por su parte, aunque conocia al jóven por sus rondas anteriores alrededor de la ferrería, y de sus cantares nocturnos, no podia considerarle de otro modo que como un scrvidor de *don Juan* (ella no conocia al rey); se creia presa y callaba creyendo inútiles todos los esfuerzos que hiciese. Sin embargo y por uno de esos misterios que hacen que el corazon se adhiera á lo mismo que teme, doña Aldonza que se creia víctima de una violencia, no la sintió al ir á la torre del Oro, porque esperaba en ella el cumplimiento de las palabras de don Juan: vengarse del rey, y partir con él y gozar de su amor á un reino extranjero.

Doña Aldonza, pues, no habló tampoco una sola palabra. El ballestero, por su parte, seguia detrás á alguna distancia y callaba tambien.

Así atravesaron el bosque, dejando á la izquierda el castillo de Triana, pasaron el puente, siguieron la margen del Guadalquivir y llegaron á la torre del Oro.

Una vez allí se adelantó Men Rodriguez y antes de llegar á la puerta le contuvo él ¿quién va? de un ballestero que paseaba delante de ella.

—Decid al señor Garci Diaz de Albarracin que un hidalgo quiere hablarle, dijo Men Rodriguez.

El atalaya fuc á la puerta, que cstaba cerrada, trasmitió por la reja de ella la peticion de Men Rodriguez, y poco despues un hombre con una linterna, seguido de otros cuatro hombres, adelantó hácia el jóven, le examinó dc piés á cabeza y le dijo con acento brusco.

—¿Qué quereis?

—Simplemente entregaros estas letras, contestó Men Rodriguez, presentando al ballestero el pedazo de pergamino que le habia dado el rey en la ferrería.

Garci Diaz de Albarracin, que este era el ballestero, no sabia leer; pero el rey que necesitaba á cada paso de los servicios de gentes que nada figuraban, y que, sin embargo, poseian en la parte de accion toda su confianza, habia inventado ciertos signos: por ejemplo; signo de muerte, signo de obediencia, de vigilancia etc.; Garci Diaz examinó el pergamino, que nada absolutamente tenia escrito, le dió vueltas y reparó en tres cruces colocadas en línea horizontal que el rey habia marcado con su daga: aquello representaba obediencia; habia, además, por debajo calado un círculo, lo que queria decir: detencion del portador, sin prisiones, sin aparato de fuerza á no encontrarse resistencia.

El ballestero guardó el pergamino en la bolsa de piel de zorro que llevaba á la cintura, y volviéndose á Men Rodriguez con mas respeto, puesto que para aquellos leales servidores era sagrado todo lo que emanaba del rey, le dijo:

—¿Qué os han mandado que me digais caballero?

—Que deis aposento á esta dama en la torre.

—Podeis pasar cuando gusteis.

—Sin disputa es el rey, pensó para sí Sanabria, en vista de la obediencia servil de Garci Diaz á la órden que le habia transmitido. Venid señora; paramos aquí, añadió en voz alta el jóven, ofreciendo de nuevo su brazo á doña Aldonza.

Ella miró con cierto cuidado mezclado de terror la negra masa de la torre, y haciendo un esfuerzo, se asió del brazo de Sanabria y pasó bajo la sombría arcada, estremeciéndose.

Garci Diaz les precedia alumbrándoles: todo en la torre era mas á propósito para inspirar terror que confianza: su reducido vestíbulo, su estrecha escalera, sus sombríos callejones: Garci Diaz se detuvo delante de una puerta emsamblada á la morisca, abrió con una de las llaves de un haz que llevaba á la cintura, introdujo á doña Aldolza é hizo esperar á Sanabria; poco despues salió, cerró de nuevo la puerta y dijo al jóven.

—Seguidme.

—¡Cómo! ¿estoy preso? le dijo con la mayor calma Men Rodriguez.

—No, no señor, solamente detenido: sin duda os necesitan.

—En efecto, necesito avistarme con el señor Pero Lopez de Padilla: sin embargo, como ese caballero puede tardar...

—Tales son las órdenes que tengo... pero os llevaré á un lugar donde no os encontrareis mal, y sobre todo, donde tendreis una buena compañía.

—Y ¿qué compañía es esa, si os place?

—Un alegre frailc de San Francisco, que desempeña de la manera mejor del mundo encargos harto serios. Hidalgo conocí que, despues de haber confesado con él, se reia todavía con la cabeza sobre el tajo, al recordar los dichos del buen padre. Hélo ahí, añadió entrando en una cámara situada al estremo del callejon que habian recorrido.

En efecto á su fondo, arrellanado en un sillon de baqueta, junto á una mesa en la cual habia un velon encendido, un enormc jarro de arcilla vidriada, y un cubilete de estaño de cabida de media azumbre de líquido, habia un fraile, envuelto en un hábito ceniciento, pequeño, regordete, de fisonomía mofletuda y rubicunda, y ojos pequeños, pardos, pero penetrantes, observadores y de una movilidad prodigiosa.

Al acercarse Garci Diaz y el jóven, el fraile tomó un aspecto grave y dijo al ballestero.

—¿Es este el hidalgo que esperábamos?

—No, padre Sancho, no: contestó Garci Diaz: es por lo que creo y segun las señales que tengo un buen servidor del rey.

—Sirvaisle por muchos años, mancebo. ¿Y dónde dejais á su señoría?

—No conozco al rey.

—¿Cómo, no conoceis al rey y le servis?

—Para servirle me basta tener sangre hidalga, contestó desabridamente Sanabria.

—Decis bien, esclamó el ballestero y me parece que sois un buen castellano, por lo tanto os dejo sin cuidado en buena compañía.

—¿Pero no me direis por qué razon se me detiene en la torre?

—¿No necesitais veros con el señor Pero Lope de Padilla...?

—El señor ballestero mayor me habia señalado otro lugar.

—Desde entonces acá las cosas han variado y habreis de esperarle aquí; entretanto y con vuestra venia, yo voy á ocuparme de otros asuntos. Procurad hacer corta la espera á este hidalgo, fray Sancho, y adios.

El ballestero salió por otra puerta opuesta á aquella por donde habia entrado, dejando solos al montañés y el fraile.

El jóven miró el lugar en que se encontraba con el mismo interés que un preso examina su calabozo, porque, á decir verdad, habian pasado por él cosas tan extraordinarias aquella noche, que no se le hacia estraño el encontrarse reducido á prision por algun tiempo: notó que los muros del espacio octógono en que se encontraba, eran fuertísimos á juzgar por la profundidad de los vanos de las puertas, que á él correspondian; que su bóveda era alta y denegrida, y su mueblaje escaso y tosco: al frente habia un balcon abierto y el jóven fue á él: á sus piés y á gran profundidad corria el Guadalquivir.

—Bien: dijo para sí Men Rodriguez: el rio debe ser profundo, la noche oscura, yo nado bien, por mal que me suceda al primer indicio escapo por aquí.

—Paréceme que no teneis la conciencia muy tranquila, jóven, le dijo el fraile que habia notado la atencion con que Men Rodriguez miraba el fondo del balcon.

—¡Ah! ¡pretendeis ser adivino!

—¿Qué quereis? he visto á tantos hacer lo mismo que vos haceis, que me he acostumbrado á pensar que todo el que mira al rio con el interés que vos, es porque piensa en una escapatoria.

—No tengo motivo de temer.

—¡Diablo! pues cualquiera al ver lo ensangrentado que traeis el pomo de vuestra espada...

—Podrá creer que he herido á un hombre ó á un gallo.

—¡Ah! ¡ah! ¡valiente hijo! me pareceis sereno y esto me obliga á ofreceros una parte de mi vino: es de lo mejor de los lagares de Jerez.

—Os lo agradezco; no bebo mas que agua y aun así de la fuente.

—¿De qué parte habeis venido mozo?

—De un lugar en donde no hay importunos ni preguntones.

—¡Ah! ¡ah! perdonad otra vez; pero por mi oficio estoy tan acostumbrado á preguntar que no me puedo ir á la mano.

El fraile echó mano al jarro, llenó el cubilete, le apuró, limpióse la boca con el embes de la mano, reclinóse, sonrió maliciosamente mirando á Men Rodriguez, guiñó primero un ojo, y luego el otro, reclinó el sillon sobre la pared, se replegó en él, cruzó los brazos por dentro de sus mangas y se puso en la posicion de quien desea dormir.

Poco despues, verdaderos ó fingidos, surgian de su pecho sonoros ronquidos.

—He aquí un bribon mal intencionado: ¿quién sabe si bajo ese hábito y ese cerquillo, se oculta un verdugo? dijo para sí Men Rodriguez: ¡pero no! trabajo te mando si adivinas quien soy y á lo que vengo... en cuanto á esto último yo mismo no sé gran cosa, pero sé, y esto me basta, que en la córte hay que andar con piés de plomo. Pues bien, aceptemos las armas con que me reta y durmamos tambien.

Y despues de haber dado dos ó tres paseos á lo largo del aposento, Men Rodriguez asió de otro sillon, lo colocó frente por frente de la pared en que apoyaba el fraile el suyo, le ocupó, se arrellanó en él y poco despues rivalizaba en ronquidos con el fraile.

—He aquí un tunante con el que es menester andar con cuidado, dijo fray Sancho que con sus ojillos entreabiertos, habia observado minuciosamente la conducta de Men Rodriguez; es un trabajo servir á un rey que continuamente nos tiene entre gente desconocida. Ello, en fin, dirá.

Y el fraile redobló sus ronquidos sosteniéndolos admirablemente, por intérvalos iguales y con una variedad de accidentes verdaderamente artística. Men Rodriguez cansado, lleno de vida y robustez y sobre todo jóven y entusiasta, empezó por soñar despierto, formando planes, á cual mas descabellados para su porvenir, y acabó por soñar de veras. Se durmió. ¡Privilegio de la juventud que duerme tranquila al borde de un abismo!

Pasó una hora y otra. Men Rodriguez dormia, fray Sancho, que no se fiaba de lo verdadero de su sueño, fingia dormir tambien, no sin despertar de tiempo en tiempo para dar un asalto al jarro. Al fin un fuerte ruido de puertas que se abrian precipitadamente, y de hombres de armas que pasaban por la estancia á la carrera, despertaron á Men Rodriguez que se puso en pié de un salto. El fraile despertó tambien, hizo una nueva caricia al cubilete y dijo al jóven.

—¿Paréceme que os habeis sobresaltado?

—En efecto, creí que os tenia entre las manos, por no se qué fechoría que me habiais hecho, y que os estrangulaba, dijo de muy mal talante Men Rodriguez.

—¡Ola! pues mirad: he oido decir que muchas veces deben tomarse los sueños al revés: esto es: si vuestro sueño se cumpliere, podria suceder muy bien que yo os ahorcase.

—En verdad que me agradaria ver á un fraile convertido en verdugo.

—Lo que no pasa de ser tan estraño, como el que un hidalgo se convierta en asesino.

—¡Ah! ¡espero que nos conoceremos de claro en claro!

—No será ciertamente por mi parte el empeño. Pero callad y haceos á un lado. Paréceme que tenemos gente nueva en la torre.

Resonaban pasos cercanos por el callejon inmediato, como de muchos hombres, al que se unia ruido de armas. Poco despues se abrió la puerta y apareció Pero Lope de Padilla, y con él un caballero jóven, altivo y sombrío.

Era el conde de Trastamara.

Venia desarmado y le seguian diez ballesteros con las mazas al hombro y Garci Diaz de Albarracin con una linterna en la mano izquierda y un haz de llaves en la derecha.

A la vista del conde el fraile se caló la capucha y se puso en ademan humilde y recogido. Pero Lope tenia la gorra en la mano, del mismo modo que Garci Diaz de Albarracin, y Men Rodriguez se despojó de ella murmurando.

—¿Quién será este hombre?

—Me es en estremo doloroso, señor, dijo á la sazon Pero Lope, el tener que dejaros, porque aquí acaban mis instrucciones.

—¿Dónde está el verdugo? no le veo, dijo el conde de Trastamara con la serenidad de la cólera que se contiene. Pero ahí veo el agonizante.

—Seguramente, Señor, ese caso está muy lejos. Pero con vuestra licencia voy á traspasar mi encargo á este honrado ballestero. ¿Está dispuesta la cámara de la sangre? añadió volviéndose á Garci Diaz de Albarracin.

—Sí señor.

—Lleva á ella al conde don Enrique.

—¿Se le ponen prisiones?

—No, por el contrario, le tratarás con el mas profundo respeto.

—Muy bien, señor.

—Señor conde, añadió el ballestero mayor, volvién-

dose á don Enrique; espero me hareis la merced de seguir á Garci Diaz.

—Guiad, dijo el conde con altivez.

El ballestero tomó por una puerta forrada de hierro, le siguió el conde y la escolta que le guardaba, y se les oyó descender por unas escaleras.

El ballestero mayor se volvió al fraile y le tocó familiarmente en el hombro.

—¡Y bien! estarás contento, amigo Sancho ¿qué tal? buena presa se te presenta.

—¿Se trata de aquel mancebo?

—¿De quién, del señor Men Rodriguez de Sanabria? ¡Vah! nada menos que eso.

—Sin embargo, señor Pero Lope, el tal jóven ha querido hacer conmigo un sacrilegio... nada menos que estrangularme.

—¡Cómo!... esclamó riendo el ballestero mayor. ¿Y qué razones habeis tenido para ese deseo amigo mio?

—La curiosidad de ver hasta qué punto puede encubrir un hábito á un verdugo. He ahí otra cosa de las que no me agradan entre las que he visto.

—Vos no habeis visto nada, amigo mio, y debeis sobre todo ser muy prudente. Al rey no agradará mucho el que os hayais atrevido á su buen agonizante. Por lo demás, tal pudieran suceder las cosas que se os viniera á las manos, no el estrangular al buen Sancho, sino el hacerle con vuestra espada un buen ojal en el coleto interior.

Estremecióse un tanto el fraile.

—Por ahora creo que no llegaremos á ese caso. Acércate y oye: dijo Pero Lope al del hábito.

Acercóse aquel hombre.

—Una orden del rey decidirá de lo que se haya de hacer.

—¿Una órden escrita, señor?

—Sí.

—Es que yo no conozco la firma del rey. Hasta ahora solo se me han dado órdenes de palabra.

—¿Pero conoces el sello real?

—Sí señor.

—El sello es la firma, mas que la firma.

—Muy bien.

—Para obrar, muestra esa órden á ese jóven, al señor Men Rodriguez de Sanabria.

—¿Y quién es ese hombre?

—Procura ser su amigo.

—¡Ah!

—Además la órden debe ser conocida de Garci Diaz.

—Y una vez llenas esas formalidades...

—Obedeces á ciegas.

—Muy bien, señor.

Pero Lope se separó del hombre del hábito y se acercó á Men Rodriguez.

—¿Habeis visto á ese caballero que acaba de llegar? le dijo.

—¡Si, pardiez!

—¿Y qué pensais de el?

—Trasciende á rebelde.

—Ese hombre se llama el conde de Trastamara.

—¡Oh! esclamó con alegría Men Rodriguez: el rey tiene en la mano el concluir la guerra.

—El rey puede elegir entre matarle, entre reducirle á prision ó enviarle á alguna tierra estraña y lejana. El rey debe resolverse pronto; vos os quedais aquí en mi lugar.

—¿En vuestro lugar?

Sí, tengo una horrible inquietud... pero volveré pronto... me fio de vos; si viene alguna órden del rey, órden que conocereis, acordaos de este sello (y Pero Lope arrancó uno de plomo de un pergamino) vigilad su cumplimiento, tened mucha cuenta con ese fraile y con Garci Diaz.

—Os aconsejo que no os alejeis de la torre.

—¡Bah! el rey tardará una hora larga y yo necesito ir al alcázar, lo necesito de todo punto. Si os hago este encargo es por lo que puede acontecer.

—Lo cumpliré.

—He aquí á Garci Diaz: y bien, Albarracin ¿queda bien asegurado el conde?

—Sí señor.

—¿Ves ese jóven?

—¡Quién! ¿el que me ha traido una dama y este pergamino?

El ballestero mostró á su capitan el pergamino que le habia dado Men Rodriguez.

—Sí: tu no sabes leer.

—Es verdad.

—Pero conoces el sello del rey...

—Sí señor.

—Pues bien: si viene alguua órden urgente hástela leer por Sancho y por ese hidalgo y cúmplela.

—¿Es esa la voluntad del rey?

—La voluntad del rey, es siempre que se cumplan sus órdenes sin remision.

—Se cumplirán.

—Y, sobre, todo, mucha vigilancia.

—En verdad, en verdad, señor, que no quisiera que me cargarais con el peso de esta guarda.

—¿No tienes en la torre trescientos ballesteros incapaces de una traicion?

—Es verdad: pero...

—Garci Diaz... una mujer á quien el rey ama duerme descuidada en el alcázar, y otra á quien desea está encerrada en la torre del Oro.

—Pero eso, señor, lo sabiais desde esta tarde puesto que me habeis mandado preparar la cámara dorada.

—No he tenido tiempo, y sobre todo no creia la ocasion tan próxima. Adios: es necesario que el rey encuentre aquí á doña María. Adios: vigilancia y celo.

—Descuidad, señor.

Pero Lope dió un golpe familiar en el hombro al fraile, estrechó amistosamente la mano á Men Rodriguez y salió acompañado de Garci Diaz.

Apenas habia vuelto el ballestero y cuando Pero Lope debia estar á poca distancia de la torre entró un hombre de la guarda preguntando por Garci Diaz.

—¿Qué ocurre? contestó este.

—El señor Fernandalvarez, que viene acompañando una litera con cuatro escuderos del rey, pide que se abra la puerta á doña María de Padilla.

—¡Ah! ¡ah! dile que las órdenes del rey lo prohiben.

—Dice que la doña María trae una órden del rey.

Garci Diaz se lanzó fuera, en un movimiento de despecho, y á poco espacio volvió trayendo consigo una dama encubierta que atravesó el aposento y entró en una cámara inmediata, seguida por el ballestero que tornó á poco, pálido y con un pergamino en la mano.

—Ven, Sancho, ven, dijo al del hábito, y leeme esto.

Aquel hombre tomó el pergamino, le acercó al velon y leyó:

—«El rey. El alcaide ó la persona que haga veces »de tal en la torre del Oro, rendirá pleito homenaje y »obedecerá como á mi misma persona, á la noble y al»ta señora doña María de Padilla; entregará á dicha »señora, el preso ó los presos que le pidiere y sin dis»tincion de alcurnia, sexo, ni delito, y por esta órden, »de cuyo cumplimiento instantáneo responderá con su »cabeza, quedarán sin valor ni fuerza las órdenes an»teriores. Dada en nuestros reales alcázares de Sevilla »á siete dias del mes de mayo año del nacimiento de »nuestro Señor de mil trescientos cincuenta y ocho »años.—El rey.»

Por bajo de esta órden habia un ancho sello en cera colorada.

—Y bien, dijo Sancho: esto no pasa de ser una órden terminante y apremiante que debemos cumplir.

—Señor hidalgo, dijo Garci Diaz volviéndose á Men

Rodriguez; hacedme la merced de leer este pergamino.

Men Rodriguez leyó lo mismo que habia leido frai Sancho, y no satisfecho aun sacó de su bolsillo el sello de plomo que le habia dejado Pero Lope y le comparó con el de cera del pergamino.

—Esta es una órden legítima del rey, dijo.

—Pues entonces no hay mas que cumplirla.

—No sé por qué dudo, esclamó Garci Diaz.

En aquel momento entró un ballestero y dijo á Albarracin.

—Un hombre de la guarda del castillo de Triana ha dejado este pergamino para el alcaide.

—Veamos, esclamó con ansiedad Garci Diaz, leed hidalgo, leed.

—«El alcalde de la torre del Oro, me enviará en el »momento de órden del rey al agonizante fray Sancho »que debe hallarse en la torre. El alcaide del castillo »de Tríana. Albardávalos.»

—¡Oh! pues cuando hago falta allá es que no hago falta aquí, dijo Sancho y esa órden es cierta: querrán ahorrarse escándalos y el rey habrá enviado á su manceba para que rodee de flores las cadenas del conde; y si no ¿para qué habia de traer consigo doña María cuatro escuderos hidalgos? En cuanto á mí obedezco en el momento la órden que me toca. Obedece tú la tuya, pero antes ven á abrirme la puerta.

El fraile salió con el ballestero y Men Rodriguez se quedó solo y profundamente pensativo.

—Ese hombre, decia para sí, ¿será fraile ó verdugo? esa órden en la Padilla ¿será verdad ó mentira?

Para responder á esta última pregunta necesitaremos volver dos horas atrás y trasladarnos al alcázar.

CAPITULO II.

Doña Maria de Padilla.

En aquel momento en una cámara del alcázar de Sevilla, en aquella parte de él que se llamaba entonces palacio del Caracol, velaba una dama. A primera vista no podia decirse si aquel magnífico retrete se habia fabricado teniendo presente el armonizarle con la hermosura de la dama, ó si la dama se habia buscado exprofeso bastante hermosa para que armonizase con el retrete. Ella estaba dignamente aposentada, como si dijeramos, colocada en un marco correspondiente á su belleza, y el retrete tenia en ella una digna habitante.

Era esta dama como de veintisiete años, de mediana estatura, de aspecto noble y de fisonomía dulce y simpática; descendiendo del conjunto á los detalles, rogamos á nuestros lectores se representen su semblante dulcemente ovalado, coronado por una cabellera densamente rubia, peinada en trenzas y voluminosa, rica; un tesoro de cabellos dorados, que servian de marco á una frente tersa, brillante, blanca y pálida, con la palidez incitante de la pasion, sirviéndole de base unas cejas arqueadas, negras, sedosas, y bajo ellas unos magníficos ojos garzos, en cuyo fondo oscuro brillaba ese fuego que caracteriza en lo general la mirada de las andaluzas: ojos que conmueven un corazon de roca, cuando miran suplicantes á través de un velo de lágrimas, ó que abrasan un corazon de hielo, cuando lanzan de sí el poderoso fluido del amor ó de la voluptuosidad: sus convexas pestañas parecian creadas á propósito para dar mas fuerza con su suave sombra á aquellos ojos en los cuales no podia concebirse otra espresion que la del dolor ó la del amor; una nariz perfilada por el modelo de la estatuaria griega, una boca purpúrea y pequeña terminada en sus estremos por dos hoyitos en las mejillas; un cuello para cuya descripcion carecemos de frases; unos hombros mórbidos, un seno dulcemente desarrollado, unos brazos tan bellos como el semblante, como el cuello y como los hombros; unas manos admirables, un talle esbelto y unas vigorosas y purísimas formas, medio veladas, medio indicadas por la suelta plegadura de una túnica de seda y oro; he aquí la mujer que en vano hemos querido representar con la pluma tal cual la vemos en nuestra imaginacion, y que nos hace envidiar el sublime dibujo de Rafael y el dulce colorido de Murillo.

El nombre de esta mujer era el que hemos elegido para epígrafe de este capítulo: Doña Maria de Padilla.

Pasando de la figura al escenario, nos vemos sentenciados á volver á probar la insuficiencia de nuestros medios de descripcion; sin embargo para hacer juzgar de él, aun nos quedan las ruinas árabes de Granada, mientras que los únicos vestigios de la dama existen ó existian en un mal retrato, alterado por peores restauraciones en el alcázar de Sevilla: sobre el uno y sobre el otro han lanzado simultámente el tiempo su polvo corrosivo y sus influencias atmosféricas durante el espacio de cuatrocientos noventa y dos años. Es verdaderamente maravilloso en nuestra España, que haya, quedado algo tras esa longevidad del retrato de doña Maria de Padilla y de los estucos árabes de su cámara en el palacio de Caracol.

Era esta un retrete octógono, cuya cúpula de estalácticas se perdia en una niebla fantástica por efecto de los contrastes de luz; se sustentaba en arcadas, de estuco calado, matizado y dorado, sobre delgadas y esbeltas columnas de alabastro: estos arcos, festonados de encaje, labrados con mil caprichosos arabescos, y estas columnas cilíndricas y casi aéreas, se destacaban sobre el fondo matizado de una pared profusamente labrada; el pié de estas paredes y sobre el pavimento se estendia ese maravilloso mosáico árabe, conocido en lenguaje técnico por alicatado, que no es otra cosa que un tapiz ó alfombra, ya se la considere con relacion á las paredes ó al pavimento, un tejido de piedra de colores vigorosos como los del iris, y resplandeciente con el brillo del cristal: tememos que alguno de nuestros lectores, poco propenso á lo maravilloso, nos crea exagerados, lo que no sucederá sin duda respecto de los que hallan visto la alhambra de Granada: suponed en aquellos mármoles en quienes el tiempo ha empañado el brillo, y en aquellos estucos emblanquecidos por el polvo, su pulimento, sus colores, sus dorados; colgad en estos arcos cachemiras y tapices de seda y oro: suspended de esas cúpulas lámparas de ágatas; estended sobre el pavimento alfombras de Persia; poned en ellas perfumeros, cuyo blanco y odorífero humo, sea para aquellos accesorios lo que un velo sobre el bellísimo semblante de una vírgen; añadid muelles divanes; jaulas doradas, encerrando pájaros de voz melodiosa y rico plumaje, murmurantes fuentes, búcaros de porcelana con flores, pieles de tigre y de pantera, mesas maravillosas, espejos de plata bruñida; cuantos bellos contrastes soñó y realizó la voluptuosa imaginacion oriental de los árabes, y alcanzareis una remota idea de la cámara de doña Maria de Padilla.

Don Pedro la adoraba: ella era su ángel de consuelo, su puerto de bonanza en el borrascoso mar de su vida: don Pedro la profesaba un culto idólatra y habia levantado para ella un templo de resplandores, de riquezas, de preciosidades, para cuya construccion y adorno habian venido de Granada, pagados de una manera exhorbitante, alarifes, tapiceros y joyeros; aquel palacio se habia levantado como una creacion fantástica, á impulsos del genio de los árabes, que mas que otro pueblo ha conocido los secretos de la voluptuosidad. Allí don Pedro apuraba sus amores, en aquel ambiente perfumado refrescaba su cabeza calenturienta, y rodeado allí de esclavos, de músicos, de bailarines y de cantores, rivalizaba, por momentos, con el magnífico fausto de los poderosos reyes de Granada.

Doña María estaba sola; reclinada en un divan de damasco verde y oro, aparecia triste, apesarada, como si un pensamiento funesto la afligiese; entregada á su destino, su vida era una vida de dolores: la fatalidad

ó la ambicion de sus parientes, la habian enlazado á ella, tímida paloma, con un leon furioso que con una horrible frecuencia se la presentaba teñido en sangre de vasallos rebeldes: los únicos momentos de felicidad de aquella mujer á quien podia llamarse desgraciada, eran aquellos en que gozaba de las puras caricias de sus hijos, ó las en que don Pedro, fascinado por su belleza, por su amor y por su hermosura, dejaba de ser el sombrío y matador monarca, para transformarse en el mancebo enamorado y entusiasta. Doña María, reina por el acaso, pero reina incógnita, por decirlo así, por el influjo de las circuntancias, hubiera preferido tener en don Pedro un simple caballero, alejado de la córte sin mas peligros que los de la guerra, imprescindibles para quien nacia en aquellos tiempos con sangre hidalga: conocia demasiado la terrible lucha en que se habia empeñado el rey, para no temer por su vida, y su imaginacion meridional exageraba su peligro: cada vez que las tropas de guerra de los embajadores de los reyes comarcanos se dejaban oir en el vestíbulo del Alcázar; cada vez que una pasajera tormenta arrojaba al pueblo, como un vendabal pidiendo justicia ante sus muros; al simple crujir del arnés de un caballero, que atravesaba con paso presuroso por las cercanas galerias, Doña María temblaba, parecíale ver ante sí el sangriento cadáver del rey, su corazon se deshacia en lágrimas, y se amparaba de la soledad para exhalar sus gemidos.

Y no era solo el peligro probable en que su situacion escéntrica tenia colocado al rey, lo que contribuia á hacerla desgraciada: uníase á ello el carácter de don Pedro, apasionado por todo lo bello, por todo lo difícil, por todo lo vedado. Con frecuencia se veia abandonada, desdeñada por aquel esposo que tanto amaba y que la robaba por un momento su amor para arrojarse á los piés de una cortesana ó de una rica hembra ambiciosa. Es cierto que aquellas eran pasajeras ráfagas; que don Pedro volvia á ella cada vez mas enamorado; pero aquellas ráfagas no habian pasado sin herir profundamente su alma. Doña María estaba sentenciada al terror, á los zelos, á la vergüenza pública, porque su matrimonio habia sido profundamente secreto, porque aparecia otra mujer reconocida á la faz del mundo por esposa legítima del rey, y todos la creian una manceba impura que robaba sus derechos á una reina, cuando ella era la reina robada y vilipendiada.

Se necesitaba, pues, toda la magnitud del amor y toda la grandeza de alma de la Padilla, para amar á un hombre por quien se veia colocada en tan duras condiciones. Esto hacia que fuese profundamente infeliz.

Aquella noche habia escuchado el estruendo del motin: habia visto salir al rey solo por el postigo de sus jardines, despues de la llegada de su ballestero mayor, con quien habia estado encerrado hablando acaloradamente durante algun tiempo. Doña Maria estaba cuidadosa, le esperaba con ansia, y aun no habia vuelto.

He aquí la razon de su tristeza: en vano sus damas la habian invitado á que se recogiese al lecho: ella estaba en su lugar, esperando al esposo ausente, velando por él, y despidió á su servidumbre.

Habia pasado la media noche: mucho tiempo antes el motin habia desaparecido, y el alcázar estaba envuelto en un profundo silencio, que solo turbaban de tiempo en tiempo los gritos de alerta de los atalayas; aquel silencio pesaba sobre el alma de doña María, como en situaciones dadas pesa sobre nosotros el silencio de los cementerios. De repente se abrió la puerta de la cámara y apareció un paje maravillosamente vestido, como era maravilloso todo lo que, relativo al fausto, rodeaba á doña María.

—Señora, dijo el paje; un hidalgo que se nombra Mosen Pero Carrillo ha llegado á la guarda y se obstina en hablar á vuestra señoría.

—¿Qué quiere ese hombre? dijo la Padilla con acento dulce.

—Pretende que tiene que hacer á vuestra señoría importantes revelaciones que conciernen á su señoría el rey.

—¡Que le dejen entrar! esclamó con una precipitacion febril doña María.

—En estos tiempos, señora, hay que temerlo todo.

Meditó un momento doña María y dijo:

—Bien; que le desarmen, y que mientras esté aquí, velen algunos donceles al alcance de mi voz en la antecámara. Pero que entre al momento.

A lo terminante de aquel mandato, el paje partió y doña María quedó esperando á Pero Carrillo con impaciencia: poco despues estuvo en la cámara, venia sin gorra, mojado, cubierto de lodo, pálido, descompuesto: miró en torno suyo con recelo y cuando estuvo seguro de que estaba solo, esclamó con precipitacion.

—Don Enrique está en Sevilla, señora.

Palideció doña María.

—En Sevilla; ¿acáso apoderado de la ciudad? esclamó con espanto.

—Preso en la torre del Oro.

—¡Preso!

—Y con él... es decir, sin duda en distinta cámara, como manceba del rey doña Aldonza Coronel.

Doña María palideció mortalmente, se nublaron sus ojos, vaciló y necesitó asirse á un mueble para no caer.

—¡Como manceba! ¡es imposible!... ¡no!... ¡yo no lo puedo creer! ¡no lo quiero creer! esclamó con voz desfallecida.

—Os lo aseguro por mi fe de cristiano y de caballero

—¿Pero cómo sabeis vos eso?

Pero Carrillo refirió á la Padilla cuanto sabia.

—Y si estaba cercado el bosque, dijo esta con recelo, ¿cómo es que habeis podido escapar?

—Viéndome perdido, me acerqué por instinto á la puerta de la ferrería y llegué á punto en que don Pedro entregaba á doña Aldonza á un mancebo y le daba la seña *Justicia y Castilla*. Poco despues el señor Pero Lope de Padilla se acercó á la ferrería y estuve en peligro de ser descubierto: huí, y temiendo por Enrique, volví. Lo demás ya os lo he contado, señora.

—Y si sabiais la seña y que don Enrique habia de ir á la ferrería, ¿por qué no salisteis al camino á su encuentro y le apercibisteis?

—Yo no habia recibido aviso, ignoraba la residencia de don Enrique, y preferí ganar tiempo y venir á vos señora... vos no querreis que don Pedro se tiña en la sangre de su hermano y arroje este borron sobre su fama. Vos podeis impedirlo y lo impedireis... porque sois buena... porque estais por cima de las pasiones de los bandos..... porque no querreis que se derrame sangre.

—¡Impedirlo, Dios mio! ¿y cómo? ¿cómo arrancar á don Enrique de sus prisiones?

—El rey está en el castillo de Triana, y de seguro invertirá en él algunas horas... vos entre tanto...

Meditó con ademan desesperado doña María, pero al fin, su semblante se iluminó con una espresion de alegría.

—¡Oh! ¡gracias á Dios, esclamó, que un capricho mio puede servir de algo! ¡esperad, esperad...!

Y con paso rápido atravesó la cámara, entró en otro aposento, abrió el cajon de una mesa, tomó de él tres pergaminos, escribió en ellos rápidamente, derritió sobre un ángulo en cada uno de ellos cera encarnada, sacó de una cajita una sortija y selló; guardó dos de ellos en su limosnera, y con él otro en la mano, salió y le entregó á Pero Carrillo.

—¡Oh, señora! esclamó este arrojándose á sus piés, con toda la efusion del agradecimiento: ¡me dais un seguro con el sello del rey para que pueda salir de Castilla!

—Y como saldreis vos saldrá don Enrique.

—Si alguna vez triunfamos... nuestro agradecimiento...

—Dios no permitirá que triunfeis porque sois rebeldes... yo debia prenderos... pero partid, partid... porque puedo acordarme de lo que debo al rey.

Era tan firme el acento de doña María que Pero Carrillo se limitó á besarla la mano y salió.

—¡Ola! dijo doña María cuando estuvo sola.

Acudió el mismo paje.

—Decid á Fernandalvarez que prepare al momento una litera y que espere en el patio con cuatro doncelles hidalgos de resguardo... esperad: que Perdavio vaya al momento casa del almirante don Gil Bocanegra; que de órden del rey le mande poner una galera armada delante de la torre del oro, dentro de una hora y volved.

El paje partió, doña María llamó á sus damas, se puso un traje mas severo, se cubrió con un manto y apoyada en el paje que ya habia evacuado su comision y habia venido á decirle que la litera la esperaba, bajó al patio, entró en ella, y dirigiéndose á un hidalgo que se habia acercado á recibir sus órdenes, le dijo:

—¡A la torre del Oro!

—Pero las puertas de la ciudad estarán cerradas, señora, contestó aquel hombre.

—Hacedlas abrir en nombre del rey.

El hidalgo saludó, se retiró, y la litera se puso en marcha.

CAPÍTULO III.

Angel y mujer.

Ya hemos visto de qué modo doña María de Padilla habia podido penetrar en la torre del Oro. Sabemos que la llevaban dos afectos: la humanidad y los zelos. Una mujer vulgar hubiera antepuesto sus intereses propios á los intereses ajenos. Doña María empezó por quien estaba necesitado de amparo, dejando sus pasiones para lo último, y mandó sacar de su encierro á don Enrique.

El lugar donde estaba encerrado este, era una cámara lóbrega, entapizada de paño rojo, estrecha, húmeda, como situada en los subterráneos de la torre; en aquella especie de calabozo se habia puesto un lecho de príncipe; pero severo, como la mesa que estaba junto á él, sobre la cual habia un crucifijo de bronce, una biblia y una lámpara. Un solo sillon, completaba este reducido menaje, y algunas cadenas arrojadas en un ángulo, parecian puestas allí exprofeso para demostrar que sino se le habia cargado con ellas, en un caso dado no se tendrian con él mas consideraciones que las que pudieran tenerse con un preso vulgar. Sin duda no se habia tenido tiempo de preparar mas digna prision á aquel nieto, hijo y hermano de reyes, ó acaso se habia supuesto que seria tan corta su detencion que solo era necesario atender á la seguridad del momento.

Esta idea que nada tenia de consoladora, era la primera que habia surgido en el pensamiento de don Enrique, y de aquí la razon de lo sombriamente fruncido de su semblante y de la impotente rabia con que se paseaba á lo largo de su calabozo.

Para don Enrique aquello era un vencimiento decisivo: conocia demasiado el carácter de su hermano, para no conocer que despues de haberle irritado hasta el último grado posible, no podia esperar de él ni compasion, ni miramiento, esto le causaba un miedo febril: la idea de la muerte, que cortaba de una manera ruda sus proyectos ambiciosos, tomaba para él las formas y las proporciones de un espectro aterrador que le helaba el corazon, que le convertia anticipadamente en un cadáver: á los veinte y cuatro años, teniendo delante de los ojos un ancho porvenir, en el momento en que fiando en sus parciales, creia ya entre sus manos la corona de don Pedro, se le hacia verdaderamente desesperado morir. Tal vez sometiéndose á aquel hermano formidable, desandando el camino de la traicion hasta llegar á la olvidada ó jamás pensada lealtad, podria conservar la vida; pero su orgullo se rebelaba ante toda idea de humillacion: se habia acostumbrado en demasia á mandar en tiempo de su padre, para resignarse á la servidumbre; don Enrique, pues, era un lobo cogido en un lazo.

Su cólera creció al escuchar los pasos de un hombre que bajaba la espiral, que se detuvo en la puerta y abrió. Para don Enrique aquel hombre era el verdugo. Pero en vez de este terrible funcionario, solo vió á Garci Diaz de Albarracin, que adelantaba, gorra en mano, y cuyo semblante estaba sombriamente fruncido.

—Sígame vuesa mercé, dijo.

—¿A dónde?

—Doña María de Padilla espera á vuesa mercé en la gran cámara.

Aquel nombre fue un destello de esperanza para el conde, que se apresuró á seguir al ballestero.

En efecto, paseándose tan impaciente como él poco antes en su calabozo, estaba doña María en una cámara morisca, infinitamente menos rica que sus retretes del alcázar, pero que no por esto dejaba de ser bella. Garcí Diaz anunció en la puerta al conde que entró y quedó solo con la Padilla.

—Sin duda que os estrañará mi venida, conde, le dijo con voz dulce y afectuosa, sentándose en un sillon y señalando otro á don Enrique.

—Desde que murió mi padre, señora, contestó el conde sentándose, me ha perseguido constantemente la fatalidad. Nunca he logrado una hora de placer cumplido, y me parece un sueño el veros, descendiendo hasta mí como un ángel de luz, cuando solo podia esperar que me visitase la muerte.

—¡Ah, don Enrique! esclamó doña María: no es esta ocasion de galanterías; el tiempo vuela y es preciso aprovecharle si quereis salvaros...

Don Enrique hizo un movimiento como para hablar.

—No me interrumpais, continuó doña María: desafio por vos el furor de don Pedro, cuyo enemigo á muerte, sois... pronto amanecerá... huid don Enrique,

—¡Huir! ¡huir! esclamó herido en su orgullo el conde... ¡huir deshonrado! ¡volver á Aragon á decir: he sido cobarde, he errado el golpe!

—¡Ah! ¡con que es verdad! esclamó profundamente doña María.

—¿Que si es verdad mi venganza, señora? ¡Oh! ¡no sabeis bien cuanto odio me inspira ese hombre! ¡hasta dónde llega mi sed de venganza!

—Tened presente que hablais á la reina, don Enrique, á la esposa, no á la maneeba... tened presente que yo amo al rey hasta el punto de sufrir una deshonra aparente delante de sus pueblos y que ante una mujer, que de un modo tal y tan desinteresado ama, debeis al menos ocultar vuestra innoble saña, puesto que esta mujer viene á salvaros. No culpeis al rey; culpad á vuestra ambicion: confesad que necesitais ser rey á todo trance y no hableis de venganzas, puesto que ningun agravio habeis recibido de don Pedro... la disculpa añeja de la muerte de vuestra madre no es buena, no es legítima, puesto que todo el mundo sabe, dentro y fuera, que no fue el rey quien la mató sino los zelos de la reina doña María, su madre. Decid que ansiais ver ante vos doblada la rodilla infame á la nobleza: decid que habeis soñado ocupar el trono de Castilla, y que corriendo tras el sueño os habeis dicho: nada importa que sea mi hermano, si puedo arrancarle la corona... luchasteis, habeis caido: y cuando yo vengo á salvaros... ¡aun me hablais de agravios! El orgullo y el odio os ciegan; volved en vos, tomad y partid.

Doña María sacó de su limosnera un pergamino rollado y sellado.

—¡Y qué es esto? preguntó el conde, tomándole.

—Un seguro real para que podais salir libremente de Castilla.

—¡Cómo! ¡el rey me devuelve la libertad!

—¿Qué os importa quién os la devuelve si la alcanzais?

Don Enrique fue á la luz, desarrolló el pergamino y le leyó.

Era un seguro real en forma para que don Enrique pudiese salir libremente del reino. Pero faltaba la firma del rey, circunstancia que el conde hizo notar con un acento de recelo innoble á doña Maria.

—Pero está su sello, contestó la Padilla, su sello que vale mas que la firma.

—¡Ah, doña María! esclamó don Enrique convencido por el acento y por la impaciencia de la Padilla. ¡cuán buena sois!

—¡Y pudisteis creer que estando en mi mano evitarlo habia yo de permitir que un hermano se tiñese en la sangre de otro! ¡Oh! ¡eso hubiera sido horrible..! pero estamos perdiendo el tiempo: acaso don Pedro llegue de un momento á otro y si viene... ¡Ola! ¡Garcí Diaz! ¡Garcí Diaz!

Al llamamiento de la Padilla apareció en la puerta el ballestero.

—Id con el conde, le dijo doña María; sacadle de la torre y evitando el que nadie lo observe, esperad á que llegue una galeaza del rey. En ella debe venir el señor almirante don Gil Bocanegra. Avistaos con él y entregadle la persona del conde y este pergamino rodado.

—¡Ah! murmuró para sí el ballestero tomando el pergamino; ¡pues ahora lo entiendo..! si ¡perfectamente! Doña María viene como para salvarle, y en este pergamino se manda sin duda al almirante que le despache en alta mar... ¡hace bien su señoría! esto es menos ruidoso.

Por una coincidencia particular don Enrique pensaba del mismo modo que el ballestero y estaba densamente pálido.

Hubo un momento de solemne silencio.

—¡Adios, conde..! ¡adios! dijo al fin doña María, y no olvideis nunca...

—¡Nunca...! ¡nunca, señora! esclamó don Enrique con un acento ambiguo que tanto parecia espresar la conmocion del agradecimiento como una amenaza.

—¡Idos, y que Dios os proteja! esclamó con amargura doña María.

—Que os guarde Dios, señora, y os dé tal premio, como son vuestras obras.

Tras esto salieron.

—¡Oh! parece que me han arrancado un horrible peso del corazon, esclamó doña María, viendo salir al conde. Si él hubiera vertido la sangre de su hermano, Dios hubiera dejado caer sobre él todo el rigor de su justicia...! ¡Dios mio! ¡esta situacion es horrible! ¡y esa mujer! dicen que es hermosa... ¡muy hermosa! ¡Cuánto tarda Garcí Diaz! ¡Ah! ¡vuelve...! ¡pero tan pronto...!

Doña María habia sentido pasos en la antecámara, aquellos pasos adelantaron, se abrió la puerta y apareció un hombre. Pero en vez de Garcí Diaz de Alvarracin, doña María vió adelantarse á su primo Pero Lope de Padilla.

—¡Ah! ¿estais aquí señora? esclamó con alegría; es necesario apresurarnos á arrancar esa mujer de las manos del rey ó somos perdidos.

—¡Qué! ¿tanto la ama, esclamó palideciendo intensamente la Padilla?

—Os he buscado en el alcázar para avisaros... continuó jadeando Pero Lope, como quien acaba de hacer una larga carrera, y por ello habia abandonado la guarda de la torre, esponiéndome á que una traicion imprevista hiciera escapar al conde... que tambien ha sido preso.

—¿Y qué intenciones tenia el rey para con el conde?

—¡Oh! lo que ha sucedido entre ellos ha sido horrible... no sé como hemos descubierto una trama tenebrosa... en verdad, prima, han pasado por mí tales cosas esta noche que no sé como tengo la cabeza... se me anda todo al rededor y siento un miedo sordo. ¡Dios de Dios! es necesario que seais vos prima mia para que yo sirva al rey: necesitaba su señoría hombres de hierro. Decia, pues, que el rey y el conde se encontraron en la ferrería vecina al convento de santa Clara del Campo, en cuyo alrededor ha habido muertes y prisiones, de donde el rey ha sacado una manceba, y donde ha tenido á su hermano bajo una rodilla y su puñal. El conde y la manceba están aquí bajo mis llaves... y en cuanto á las intenciones del rey... ¿no habéis nunca oido hablar de cierto fraile ceniciento que no tiene comunidad, que nadie sabe quien es, y que solo aparece en las prisiones reales de tiempo en tiempo, por lo que los ballesteros del rey, que son los únicos que le conocen, le llaman el hermano de la muerte?

—¡Oh, no! esclamó doña María estremeciéndose; yo no conozco á ese hombre.

—Ese hombre jamás sale de un encierro, sin dejar en él un cadáver estrangulado y ese hombre cuando yo partí á buscaros estaba en la torre.

—¡Luego el rey se habia decidido á matar á su hermano!

—Indudablemente.

—¡Oh, gracias á Dios!

—Gracias á Dios que pensais como debeis dijo Pero Lope interpretando mal la esclamacion de doña María. Mientras don Enrique viva, la rebeldía vivirá con el... una vez muerto... una vez muerto todos se aterrarán y la privanza será nuestra, enteramente nuestra.

—¡A costa de la conciencia del rey!

—¿Acaso el rey está obligado á sufrir los amaños, las demasías y las traiciones de un hombre que cuando le ofrece un perdon generoso le insulta hasta el punto de llamarle bastardo hijo de un judío... ¡Bah! el rey hará muy bien en degollar ó en estrangular á su hermano!... lo mismo da. Despues debe embestir con don Fadrique, luego con don Tello, con don Sancho, con todos los hijos de doña Leonor de Guzman, que no son otra cosa que un nido de víboras.

—¡Callad, callad, Pero Lope!... ¿quereis ponerme tan rojo á don Pedro que me dé horror el mirarle?

—He aquí una reina que no sirve mas que una rueca... ¡ira de Dios! habeis sufrido que el rey siendo vuestro esposo se casara con doña Blanca de Borbon por lo que nos obligais á mas de un trabajo enojoso... para evitar que el rey se una á ella porque es hermosa y noble y honrada y ama al rey tanto como vos.

—¡Tanto como yo! ¡mentira! ¡ella le aprisionó en Toro! ¡ella se sublevó en Toledo! ¡ella conspira en Jerez! ¡ella alienta los bastardos mientras yo, mas abandonada que ella he sufrido, uno tras otro ultraje, y cuando mas, cuando el asunto de doña María Coronel, solo he querido sepultarme en un claustro y acabar en él miserablemente mis dias! ¡Que le ama tanto como yo! ¡vuestro corazon de soldado no conoce el amor!

—¡Ojalá, prima, ojalá que no le conociera! replicó Pero Lope, suspirando ruidosamente al recuerdo de aquella mujer misteriosa que se llamaba Leila.

—¡Malhaya, malhaya amen, la ambicion de don Juan Alfonso de Alburquerque! El me hizo conocerle, el me casó con él, el me arrojó en sus brazos... y yo, yo le adoro... yo no veo en él ese hombre feroz á quien acusa la nobleza... es para mí la vida, la luz, la armonía, el cielo... sin él no puedo vivir... le amo tanto que se lo perdono todo, aunque me arranque un pedazo del corazon con sus locos amores de mancebo... le amo tanto que si me pidiera la vida, moriria sonriendo á sus piés.

—Sin embargo, venís furiosa como una leona á arrancarle una de sus queridas... os poneis de lucha con él.

—¡Oh! es que ya no puedo sufrir mas; que me mate en buen hora, pero que no me despedace el corazon. Dicen que esa mujer es hermosísima, esclamó doña María, en cuya mirada centelleaban los zelos... quiero verla y á eso solo he venido: quiero calcular por mí misma cuanto puede hacerme sufrir esa hermosura... llevadme á ella, primo mio: procuraré contenerme, no la insultaré, pero la apartaré del rey... tengo valor para ello... sí, mejor quiero que me mate, que me insulte de nuevo... porque el vaso de mi sufrimiento se ha llenado ya de hiel y no puedo mas.

—¿Pero quién os ha dicho señora, que doña Aldonza Coronel está en la torre?

—Un hombre... un aragonés que se llama Mosen Pero Carrillo.

—¡Habeis preso sin duda á ese hombre!

—Para que matara el rey á quien me devolvia la vida...

—Es decir...

—Que le he dado oro y un seguro para que huya de Castilla.

—¡Dios nos ampare! esclamó aterrado Pero Lope: ¿Y don Enrique? ¿qué habeis hecho de don Enrique? añadió con un acento indefinible el ballestero mayor por cuya cabeza pasó una terrible sospecha.

—Esperad, esperad á que se acerque ese hombre que llega, dijo doña María, refiriéndose al ruido de unos pasos que resonaban en la antecámara.

—Es Garci Diaz, dijo Pero Lope, reconociendo por las pisadas al ballestero que poco despues abrió la puerta y entró.

—Y bien ¿habeis cumplido vuestro encargo? le dijo dominándose doña María.

—El conde de Trastamara, está en buenas manos señora; al entregarse de él el almirante don Gil Bocanegra, leyó el pergamino que me entregasteis y me dijo satisfecho: decid al rey que sus órdenes serán puntualmente cumplidas.

—¿Y ha partido?

—Le ayuda el viento, y antes de cuatro horas estará en alta mar.

—¡Tomad y salid! dijo doña María, dando una sortija al ballestero, que dobló una rodilla, besó la hermosa mano que le remuneraba y salió.

La sorpresa, el terror, un terror frio indescribible, habian enmudecido á Pero Lope, cuyo semblante no estaba pálido, ni lívido, sino verde; tembló, fijó en doña María una mirada estúpida, estraviada, vaga como la de un insensato y sudaba por todos sus poros.

Por tres veces procuró hablar en vano, y al fin dijo con la lengua torpe y embotada por el terror.

—¿Quereis decirme señora, dónde esconderé yo ahora mi cabeza?

—¡Oh! ¡teneis miedo, mi valiente primo! esclamó con indignacion doña María. Todos mis parientes son unos miserables, que unidos al rey por el frágil lazo de mi amor, le robustecen plegándose servilmente á sus pasiones, haciéndole malo, cuando solo es violento... don Juan Alfonso, empezó la obra y vosotros la terminareis... ¡ya se vé! el pueblo no puede llegar al secreto de vuestros amaños, y al ver que el rey se ensangrienta, le llama cruel, porque no sabe que es un leon engañado por raposos, un leon cuya hambre se irrita, á quien se hacen ver enemigos por todas partes, á quien en efecto se procuran enemigos!.. decís que yo debia dejar al rey que matase, que despedazase... si yo siguiera vuestros consejos, deberia empezar por aconsejarle la destruccion de mi familia, cuya insaciable ambicion no repara en nada.

—¡María! ¡María! ¡vos sois nuestra fatalidad!

—Sí, ¡porque los crímenes me horrorizan! ¡porque la guerra civil me asesina! ¡porque quiero que mi esposo sea bueno, noble y grande, mientras vosotros no quereis mas que tener en él un instrumento!.. ¡Os aterrais! ¡echad sobre mí la culpa entera!.. yo la que parezco una tímida paloma, creo que guardo en mi alma todo el valor de mi raza. Si no quereis esperar, huid: yo cubriré vuestra fuga... yo me presentaré como la única culpable, ya que se mira como crímen el contrarrestar la tiranía... pero ya que he cumplido con mis deberes quiero satisfacer mis pasiones... permitid que el ángel, como me llamais por sarcasmo, se convierta en mujer: quiero ver á doña Aldonza.

—Sí, os la daré esclamó Pero Lope enteramente desconcertado: si en las circunstancias en que nos encontramos esa mujer se apodera del rey, no sé hasta qué punto tendríamos que temer... Voy á entregárosla y á ocultarme... ya que vos habeis provocado la tempestad, recibid el rayo en vuestra cabeza. ¡Garci Diaz!

El ballestero llegó á la puerta.

—Dáme las llaves de la cámara dorada, y dí á ese hidalgo que me espera que pase á mi aposento; tengo que hablar con él.

Garci Diaz, sacó del aro de hierro en que guardaba las llaves de la torre una de ellas, la entregó á Pero Lope, y desapareció.

—Venid, prima venid, cuidad de vuestro semblante y de vuestras palabras, porque esa mujer es astuta y podeis hacerla sospechar que don Juan Pimentel es el rey.

—¡Cómo! ¿no le conoce?

—El rey ha tomado para tratarla, un nombre supuesto. Fácil os será hacerla creer, que con pretesto de amores se la ha preso para entregarla al rey, y podreis obligarla á huir; yo la pondré en manos de un enamorado loco. ¿Traeis con vos oro?

—Sí, tomad, dijo doña María, sacando un pesado bolson de la limosnera.

—Aquí prima, aquí, no paseis adelante, esta es la puerta de la cámara dorada.

Pero Lope abrió, y apenas hubo entrado doña María, se encaminó precipitadamente al aposento que tenia en la torre, y á donde ya le esperaba Men Rodriguez.

CAPITULO IV.

Tentacion.

Cuando entró en él Pero Lope, su semblante se mostraba completamente sereno, y aun puede decirse que habia en él para el jóven cierta sonrisa afectuosa. Men Rodriguez, á quien tenian muy sobre aviso los acontecimientos de aquella noche, apeló á la táctica que habia adoptado de templarse en cuanto fuera prudente al tono de las personas con quienes se viera obligado á tratar, y contestó con otra sonrisa al ballestero mayor, que se sentó en su ancho sillon de baqueta, é invitó al jóven á que se sentara en frente de él.

—En verdad amigo mio, le dijo, que habeis caido de piés en la córte: veniais en busca del rey, no habiais podido verle, y cuando menos lo esperabais habeis dado con él, como suele decirse de lleno, y tales servicios le habeis hecho sin conocerle, y de tal manera os habeis mostrado afecto á su persona, que ya os concede su confianza.

—¿Decís que he dado de lleno con el rey?

—Es mas: le habeis acompañado y le habeis salvado la vida.

—No os comprendo. ¿Qué yo he acompañado al rey?

—O lo que es lo mismo: á don Juan de Pimentel, sobrino del señor de Benavente. Habeis de saber, que su señoría para poder atender de cerca á sus negocios,

tiene la costumbre de salir por la ciudad disfrazado, y aun la de tomar un nombre supuesto.

—¡Ah! ¡don Juan de Pimentel es el rey! esclamó Men Rodriguez, como quien se resiste á una idea que se esplica mal.

—Y tan es el rey, que os pide un nuevo servicio.

—¿Y qué servicio es ese, señor ballestero mayor?

—Uno que debe seros muy grato: he ahí por qué os he dicho que habeis caido de piés en la córte. El rey os entrega para que la acompañeis á Aragon á doña Aldonza Coronel.

—No sé por qué deba serme grato ese servicio, sino es que suponeis que tratándose de ser escudero de una dama...

Miró profundamente Pero Lope al jóven, pero solo vió en él candidez y buena fe.

—Es que doña Aldonza Coronel es aquella María, hija de maese Pedro el armero, de quien andais tan enamorado.

—¡Ah! esclamó Men Rodriguez, dejando ver una alegria que aunque no era fingida le convenia demostrar. ¡Mi hermosa dama del negro mongil y del sayal penitente! Ya sabia yo que no podia haberme engañado: una villana, no podia tener una tez tan tersa, unas manos tan delicadas.

—Ni podia ser menos para que vos todo un músico, todo un poeta, os enamoraseis tan perdidamente de ella; porque vos estabais furiosamente enamorado y aun lo estais. ¿No es verdad, señor Sanabria?

—Os diré, señor Pero Lope: he estado loco algunos dias... y nada mas.

—¡Cómo! ¿estais ya curado?

—¿Y como si lo estoy? ¡enteramente!

—¿Os habeis curado en tres horas?

—Tal ha sido el remedio.

—¿Habeis buscado algun esorcizador?

—Me ha curado la misma persona que me habia enloquecido.

—¿Desdeñándoos?

—Un desden señor ballestero mayor, es para el amor lo que un haz de leña seca para el fuego: le aumenta.

—Pues si no ha habido desdenes...

—Ni favores... esa dama por lo que he podido juzgar, no me conoce, ni yo he procurado que me conozca. Desde la ferrería aquí no hemos hablado una sola palabra.

—¿Y entonces en qué ha consistido el remedio?

—En que yo me habia fingido un ángel de ella y he encontrado una mujer... menos que una mujer... una conspiradora, una intrigante, una aventurera.

—¡Ah! ¡sabeis que doña Aldonza!....

—Nadie me lo ha dicho: ¿pero qué hacia una mujer en un lugar cercado por gentes del rey, sino conspirar?.. ¿qué honra puede tener una dama, que franquea su puerta á un amante, y que se deja conducir por un hombre á quien no conoce á un lugar desconocido? ¿ó creis que yo sea tal, que siga arrastrando mi corazon á los piés de una mujer que no lleva otra ventaja á las mujerzuelas que gritaban en el motin esta noche, que su hermosura, su aire hipócrita de candor, y sus maneras cortesanas?

—¡Vah! tan audaz sois para juzgar de esa dama, como lo habeis sido para juzgar antes del rey. Teneis telarañas en los ojos que no os dejan ver claro.

—He visto á una dama, á una alta dama.....

—¡Abrir de noche en alta hora á un hombre, y no habeis necesitado mas para creer que se trataba de amores!

—Era el pensamiento mas natural.

—Vos mismo habeis dicho que esa mujer conspiraba.

—Así lo creo.

—¿Y quién os ha dicho que para ella no sea don Juan un conspirador?

—¡Ah!

—Con la diferencia de que ella conspiraba por el conde de Trastamara, y don Juan conspiraba por el rey.

—¡Ah! ¡en Castilla al que es leal se le llama conspirador!

—¿Qué quereis? damos á las cosas su propio nombre; para descubrir la traicion, tenemos que conspirar y ser traidores.

—¿Con que al fin es una traicion la que se ha hecho á doña Aldonza Coronel?

—Ni mas, ni menos.

—Y todo para enviarla con su marido, cosa que ella hubiera hecho de muy buena gana por sí sola, solo con que se le hubiese permitido.

—Juzgais de las cosas á primera vista: no profundizais, ¡ira de Dios! ¡pues estaria bueno que el rey despues de haber cogido á doña Aldonza, como quien dice con el delito en las manos, la soltase buenamente, para alentar con su impunidad la traicion!

—¡Ah! ¿el rey quiere que aparezca que doña Aldonza se le escapa?

—Cabalmente.

—Pues ahora si lo comprendo... pero lo que no comprendo muy bien, es que para eso se necesita valerse de mí.

—Vos sois demasiado leal para impedir que doña Aldonza, que es una mujer fuerte y arrojada, se detenga en alguno de los castillos del reino, cuyos señores siempre están dispuestos á la rebeldía, y promueva una nueva rebelion.

—Eso quiere decir que debo llevarla á campo atraviesa.

—He aquí lo que debeis hacer: de un momento á otro os será entregada esa dama: el rey, para cubrir las apariencias, enviará por los caminos algunos ginetes en su busca: vos, por lo tanto, debeis aprovechar lo que queda de noche y ocultaros con ella en alguna aldea: os tendrán por amantes que huyen de un padre ó de un marido, por lo que será bueno que delante de las gentes os mostreis cuidadoso y enamorado: hoy se repara poco en esas aventuras que son demasiado frecuentes y siempre se encuentra un asilo retirado y oculto.

—Pues, mirad; yo obraria de otro modo.

—Vos siempre hariais una locura.

—Puesto que tan peligrosa es esa dama, la encerraria en un convento.

—En un convento ha estado un año desde que vino de Aragon á pedir del rey gracia para su marido; que como sabeis, y aunque no lo sepais, anda fugitivo; y en ese tiempo ha sabido crear y solapar la rebeldía entre aquellas benditas madres; ha sostenido á su amparo correspondencias con los rebeldes, los ha atraido así, hasta tenerlos al alcance de su mano cerca de Santa Clara del Campo, en la ferreria, y desde allí ella ha sido la primera causa del motin de esta noche y de la trama, que á no haber sido descubierta á tiempo, tal vez hubiera dado al traste con el rey. Esa mujer dentro del reino es un cáncer... su hermosura es peligrosa y no es prudente fiar ni de los muros de un convento, ni de la fidelidad de un alcaide... en verdad habria un medio espedito... los muertos no hablan, ni seducen, ni conspiran... pero el rey (que cuando obra en justicia no se detiene ante nada) encuentra cruel, terrible para su corazon el matar á esa dama tan jóven... tan hermosa... el rey tiene flaquezas inconcebibles... ¡cómo si una cabeza, por ser mas ó menos bella, fuera menos culpable!

—¡El rey ama á doña Aldonza!

—¡Acaso, acaso!

—Pues, señor Pero Lope, siento con toda mi alma el que su señoría se haya acordado de mí para ese encargo.

—Acaso el rey conozca vuestras canciones, vuestras rondas, y crea que un hombre enamorado es mas

á propósito que otro para defender y proteger á la mujer á quien ama.

—Si el rey lo manda estoy dispuesto. Pero decidme... porque no entiendo bien ciertos misterios... ¿cómo es que doña Aldonza, viviendo en el convento, se dejaba ver en la ferrería?

—Esto consiste en que Santa Clara comunica con ella por una mina.

—¡Ah! pues ved allí que yo gastaba mis trovas para los mazos, mientras ella dormia sin duda en el convento.

—Debísteis informaros bien, y tal vez hubierais sacado mejor partido... ¡vamos! concededme que teneis una suerte loca... El rey cede á vuestro amor esa dama y os la entrega... acaso su señoría tenga en esto una intencion.

El rey don Pedro I, de Castilla.

—¡Una intencion!

—¡Si! traer á su partido á una mujer que vale mucho, por su discrecion, su valentia y su hermosura, apartándola de su marido rebelado, por los amores de uno de sus mas leales vasallos.....

—Si yo supiera que el rey descendia á tan indecorosas y ruines artes para combatir los rebeldes, dejaria de servirle.

—¿Y quién sabe?... á veces los caminos tortuosos son los mejores; obrad como os parezca, y como no hay que perder tiempo y esa dama estará ya preparada... seguidme.

Men Rodriguez guardó el bolsillo en su escarcela, y acompañó á Pero Lope hasta la puerta de la cámara dorada donde el ballestero mayor dió tres golpes con los dedos; abrióse aquella puerta, y poco despues las puertas de la torre se abrian por órden de doña María de Padilla, para Men Rodriguez de Sanabria y para una mujer encubierta que iba asida á su brazo.

CAPITULO V.

De cómo algunas horas de soledad con Men Rodriguez de Sanabria y el símil poético de un campanero dieron mucho en qué pensar á doña Aldonza Coronel.

Por algun tiempo adelantaron á la ventura y en silencio: al llegar delante de la puerta de Jerez, Men Rodriguez se detuvo. No sabia que hacer, decíase, usando de su lógica natural, que el rey no se hubiera valido de segunda persona para hacerle un encargo al cual el de encubrir la fuga en doña Aldonza: acordábase de que el señor Pero Lope era primo de doña María de Padilla, y que aquella fuga podia muy bien ser una traicion que se hacia al rey. Por otra parte, la tentacion que habia sabido infiltrar en su alma el ballestero mayor, hablaba demasiado alto en su corazon para que no le fuese preciso luchar poderosamente con ella, conocia ademas, que si permanecia mucho tiempo en el campo al lado de aquella mujer, que tanto le enamoraba, á poco que ella tuviera interés en servirse de él, era hombre perdido.

Men Rodriguez fluctuaba en un caos de dudas, de

Doña María de Padilla.

temores, de afectos, de ambiciones: aquella noche habia sido para él fecundísima en aventuras, y habia aprendido en ella mas que lo que pudieran haberle enseñado muchos años de esperiencia. Su encuentro con el rey, los servicios que le habia hecho, las confianzas que le habia debido, lo que habia vislumbrado de misterioso y de terrible en los asuntos de la córte, habia desarrollado en él el gérmen de una ambicion caballeresca. Por otra parte, el rey le inspiraba un respeto mayor que el amor que sentia hácia doña Aldonza, amor que atendiendo á sus circunstancias, podia mas bien llamarse un deseo.

Decidióse, pues, buena y lealmente á servir al rey, y se puso de nuevo en marcha hácia la puerta de Jerez.

—¿A dónde me llevais, caballero? dijo doña Aldonza, que lloraba de una manera silenciosa y contenida.

—En verdad que no lo sé, señora, contestó Men Rodriguez, pero creo que debemos dirigirnos á Sevilla.

—¿A Sevilla! ¡dónde puede encontrarme el rey!... esclamó con voz trémula doña Aldonza.

—¡Oh! ¡le ama! pensó para sí Men Rodriguez que tomó por una conmocion de amor, el acento de terror de la jóven.

Y se encaminó á la puerta de Jerez.

—Pero las puertas estarán cerradas, caballero, dijo doña Aldonza buscando un pretesto para alejarse de los muros.

—Y bien, señora, nos sentaremos junto á la de Jerez y esperaremos. Ya no deben tardar en abrirla, porque es cerca del amanecer.

Doña Aldonza, creyó que la Padilla la habia tendido un lazo, que la habia engañado entregándola presa del jóven, y se dejó conducir en silencio: llegaron y se sentaron en un poyo junto á la puerta, tras la cual se oian los pasos de un atalaya.

Por algun tiempo entrambos guardaron un silencio que podia llamarse de respeto, de temor á la situacion. Doña Aldonza habia reconocido desde el primer momento en que la habian entregado á Men Rodriguez, que él era aquel amante trovador que habia logrado enamorarla con sus rondas y sus cantares: en cuanto al jóven, ya hemos indicado la doble y difícil posicion en que se encontraba como amante y como vasallo. Doña Aldonza callaba y se mostraba impasible; pero Men Rodriguez, menos esperimentado, menos acostumbrado á doblegarse bajo las situaciones que ella, suspiraba de tiempo en tiempo de una manera harto perceptible y daba impaciente con un talon en la arena.

Las mujeres son por lo general curiosas, y la situacion en que se encontraba doña Aldonza la hacia serlo doblemente. Las mujeres además, tienen una rara habilidad para asirse de cualquier cosa y entablar por ella una conversacion, conversacion que saben llevar con una singular maestria al terreno que las interesa.

—Me pareceis muy triste, caballero, le dijo: sin duda el encargo que os han dado de acompañarme os contraria, habreis abandonado acaso.....

Men Rodriguez estaba ansioso de una esplicacion y entró con botas y espuelas, como suele decirse, en el terreno que le presentaba doña Aldonza.

—Nada tengo que abandonar, señora, dijo, estoy enteramente libre, ni aun tengo amor.

—¿Que no tenceis amor..? pues... erá de creer.....

—Os diré, señora; he creido tenerlo, pero me he curado de él.

—Que os habeis curado de él; ¿y cómo caballero?

—Me ha curado la misma persona que me lo habia inspirado.

—¡Oh! pues habeis sido feliz; dijo afectando indiferencia doña Aldonza.

Men Rodriguez tomó por desprecio esta indiferencia y se irritó.

—Yo me habia enamorado, señora, de un ser que no existia mas que en mi pensamiento, dijo.

—¡Cómo!

—Sí; yo ví una mujer hermosa como un ángel y la supuse pura como los ángeles; pero despues me he convencido de que aquella mujer era una aventura, que no merecia el amor de un hombre honrado.

—¿Y era acaso vuestro primer amor?

—El primero señora y acaso el último.

—¿Y habeis dicho vuestros amores á esa dama?

—Se los he cantado en mis romances...

—¿Y decis que esa mujer es impura...?

—Sí.

—¿Me conoceis caballero?

—Creo haberos visto por la primera vez esta noche.

—¡Mentís!

—¡Señora!...

—¡Sí, mentís! ¡me conoceis y os conozco!

El corazon de Men Rodriguez, se agitó de tal modo que podian haberse contado sus latidos.

—¿Y dónde me habeis visto, señora? dijo.

—Hace ocho dias en la ferreria desde donde me habeis acompañado á la torre del Oro. Sino me engaño llevabais vestidos de trobador.

—Es verdad, señora, dijo Men Rodriguez.

—Y aun recuerdo que me habeis dicho vuestra pasion en romances de amores.

—¡Señora!

—Lo que prueba, añadió con acento severo doña Aldonza, que no habiendo dicho ó cantado amores mas que á una mujer, yo soy esa aventurera de que hablabais.

—¡Ah, señora! ¡perdonadme porque estoy loco!

—¡Loco! ¡y loco hasta el punto de ofender á una dama y de juzgar torpemente de la posicion en que la ha colocado su desgracia!

—¡Oh! ¡vos sin duda no conoceis el amor!

—¡El amor! ¡sí; el amor es fatal! y luego verse insultada: comprimir nuestra alma; verse obligada á renunciar á lo mismo que puede aceptar la última de las mujeres..!

A pesar de que el amor que doña Aldonza sentia por Men Rodriguez hacía sus palabras mas desembozadas de lo que parecia convenir al recato de una mujer que se encontraba sola, en medio de la noche con un hombre enamorado, Men Rodriguez aplicó aquellas palabras al rey, cediendo al error que le dominaba.

—Mas desesperado que amar y no ser amado, debe ser el sentir zelos, dijo con tristeza.

—¡Zelos! ¿y los sentís vos? esclamó con un acento indescribible doña Aldonza.

—¡Zelos! dijo reponiéndose y con desden Men Rodriguez, para sentirlos se necesita amar y yo nunca he amado.

Doña Aldonza se creyó despreciada, por las palabras aventuradas por el jóven en aquel juego de sentimientos creado por la casualidad ó por la fatalidad; se la comprimió el corazon y calló.

Se acercaba entretanto el dia: ya una faja blanca y diáfana recortaba sobre el espacio la negra silueta del horizonte oriental: mientras las cumbres de las sierras, reflejaban la luz pálida y fantástica de la alborada, el llano y los valles dormian cubiertos de sombra: lentamente aquella faja, reducida primero á una linea perdida, creció en intensidad, se dilató y al fin se detallaron formas y colores; levantóse por todas partes dentro de la ciudad, en la campiña, cerca, lejos, esos sonoros rumores emanados de los seres que despiertan á la luz: el canto de los pájaros en las enramadas, el lejano ladrido del perro, las voces de los habitantes tras los muros, las trompas de guerra que despertaban á los soldados, las campanas de los templos que ya acá, ya allá, graves, sonoras, pausadas ó vocingleras, tañian á la oracion de la mañana; una armonía compuesta de mil voces distintas, pero alegre, pura, fresca como la luz y las brisas de la alborada, se mezclaron, se confundieron, se elevaron en el espacio y se estendieron en la distancia, como el prólogo poético de un nuevo dia.

Y aquella luz encontró pálido, desencajado y lloroso el semblante de doña Aldonza; pensativo y disgustado el Men Rodriguez; y aquella armonía, aquel himno matutino pasó desapercibido para ellos, dominados por sus sensaciones apenadoras. Abrióse al fin la puerta de Jerez y ni aun en ello repararon.

Pero de repente el largo galope de un caballo y el crugir de una armadura, atrajo su atencion: un ginete, sobre un caballo negro, armado á la ligera y cubierto con un manto blanco, adelantó, llegó á la arcada de la puerta y la pasó; no sin haber cruzado una mirada rápida con la dama. A aquel encuentro casual entrambos palidecieron.

—¡Don Fadrique! esclamó ella de una manera involuntaria y en voz baja.

—¡La Coronel! murmuró el ginete y pasó adelante.

Men Rodriguez, notó aquel rápido choque de mira-

das, percibió el nombre que habia murmurado doña Aldonza y las señales nada equívocas de reconocimiento que habian aparecido en el semblante del caballero.

—¿Conoceis á ese hermoso mancebo, señora? la dijo recargando el acento en la calificacion del ginete.

—Es don Fadrique, maestre de Santiago, hermano del rey, contestó brevemente doña Aldonza, poniéndose de pié y encubriéndose con su manto; Men Rodriguez la ofreció su brazo, y en silencio entraron en la ciudad no sin llamar la atencion, por sus trajes y sus maneras á los arqueros de la guarda.

Hé aquí dos, dijo uno de los soldados, que no habrán dormido mucho tiempo ciertamente esta noche.

—Es una monja, que vuelve pasada la hora, á su convento.

—Una paloma estraviada.

—¡Buen par de tórtolas!

—¡Cuidado con la abadesa, prenda!

—¡Andad despacio con la justicia galan!

Men Rodriguez, tuvo tentaciones de contestar á cintarazos las groseras pullas de la soldadesca: pero reparó en el traje religioso de doña Aldonza y apresuró el paso temeroso de una detencion; ella se ruborizó y cruzó mas el manto sobre su frente.

—Andad mas de prisa caballero, dijo con voz angustiada.

—Es el caso que no sé por donde tomar.

—¡Qué! ¿no sabeis donde vamos?

—A casa del único amigo que tengo.

—¡Cómo! ¿me llevais á casa de un hombre?

—Sola habeis estado conmigo gran parte de la noche y sin embargo...

—Seguid, seguid...

—Necesitaré preguntar...

—¡Qué! ¿no sabeis?

—Es la segunda vez que entro en Sevilla desde anoche.

—¿Donde vive vuestro amigo?

—En la iglesia Mayor.

—¡Ah! pues estamos en buen camino y afortunadamente esta calle es solitaria.

Se encontraban en una calleja tortuosa, por la que en efecto no pasaba alma viviente y que flanqueada por un lado de altas tapias, solo tenia en el otro algunas casas: doña Aldonza siguió adelante y poco despues desembocó en una plaza irregular á cuyo fondo se veia la inmensa mole de la iglesia Mayor á través de una bocacalle y el cuerpo colosal de la torre por cima de los tejados: al fondo de la plaza se veia un magnífico frontispicio árabe en el cual habia abierto un pequeño postigo; Men Rodriguez, creyó ver junto á él, tenido de la rienda por un esclavo, el caballo negro que poco antes habia pasado al galope por la puerta de Jerez.

—¿Qué edificio es ese? preguntó á doña Aldonza.

—El alcázar, contestó ella estremecida.

—Creo que aquella es la iglesia Mayor.

—Andemos mas aprisa ¿no veis como nos miran esas gentes?

Men Rodriguez apresuró el paso, atravesó una calle corta, en cuyo lugar se levanta ahora el consulado; y se encontró frente por frente de la abside de la catedral.

—Están cerradas aun las puertas, dijo con desaliento doña Aldonza.

—Pero yo tengo la llave de la torre.

Doña Aldonza le miró con agradecimiento, y por la primera vez tuvo una sonrisa para él.

—¡Oh, gracias, caballero, gracias, le dijo, me habeis salvado!

—¡Que os he salvado, señora! ¿pues qué habeis estado en peligro á mi lado?

—¿Podreis asegurar que el rey desea mi amor y no mi cabeza?

Palideció Men Rodriguez.

—Y entonces, ¿á qué hemos venido á Sevilla?

Doña Aldonza vió un gran interés en aquella pregunta.

—Descuidad, estamos en un lugar de asilo de los mas seguros porque la iglesia Mayor de Sevilla tiene grandes privilegios: no se puede sacar de ella ni aun á los hechiceros.

—Pues mirad: no lo sabia.

—¿Qué importa que no lo supierais si en fin estamos aquí?

—¡Oh, señora! hubiera sido para mí un remordimiento eterno el haberos causado, aunque involuntariamente, una desgracia.

—¿Cómo os llamais hidalgo?

—Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Oh! no en vano los Sanabrias alcanzan fama de buenos y leales.

Doña Aldonza se apoyó con mas confianza y aun si se quiere, con mas afecto en el brazo de Men Rodriguez; se echó descuidadamente el manto á la espalda y se puso á examinar la figura del jóven, de esa manera peculiar á las mujeres que cuando mas ven parece que no miran.

No recordamos haber hecho la descripcion del jóven, y aprovechamos la ocasion. Men Rodriguez representaba veinte ó veinte y dos años. Era de buena estatura, robusto, esbelto y agil: su semblante un tanto moreno, tenia esa franqueza peculiar á los montañeses y se adivinaba en él un valor entusiasta, bravio, generoso. Las formas de su semblante no eran delicadas, pero su simetria, su espresion, un no se qué de pureza salvaje, como la de las flores campestres; la mirada brillante y fuerte de unos grandes y rasgados ojos negros; lo despejado de su frente; lo profuso y rizado de su cabellera rubia, le hacian simpático y aun puede decirse interesante: luego habia en él ese vigor de musculatura que tanto agrada á las mujeres, y mucho de noble y audaz. Doña Aldonza, despues de haber observado en una rápida mirada mas de lo que hemos dicho en algunas líneas, formuló para sus adentros el juicio que acababa de hacer en la frase siguiente:

—¡En verdad que es un hermoso mancebo!

Men Rodriguez habia observado á su vez aunque con menos disimulo á la dama, y se habia dicho repetidas veces.

—¡Lástima que no la haya conocido antes que el rey!

Como se ve, entrambos jóvenes se amaban y se creian mútuamente separados por la interposicion del rey.

Dominados entrambos por sus pensamientos subieron lentamente las rampas de la torre. Pero antes de llegar á la habitacion de Andrés, oyeron pasos lentos y pesados, y poco despues apareció maese Blas Corchuelo, el campanero, con su jiba, su hombro derecho mas alto que el izquierdo, sus piernas cortas y zambas, y una enorme cesta debajo del brazo: venia cantando un romance que ya era antiguo en los tiempos del rey Alonso VIII el que venció en las Navas de Tolosa. Su semblante benébolo y dulce se mostraba alegre: esto consistia en que su hijo habia dormido bien toda la noche y en que iba con un florin de oro al mercado: hacia tanto tiempo que la mayor parte de los dias se habia visto precisado el pobre viejo á comer tarde y con gran apetito un escaso pan, que nada tenia de estraña por su parte esta alegría.

—¡Ah! ¡ah! dijo deteniéndose de repente al ver la pareja que adelantaba, ¿sois vos, señor caballero? y bien: el motin ha sido bueno, cuando se han entrado á sacomano los conventos: afortunados sois en haber salvado tan hermosa monja... que tiene demasiada buena cabellera para no ser novicia. ¡Eh! bien puede suceder que esto varie su vocacion y la haga profesar de otra órden. Si... ¿Eh? pues me alegro ¡voto va!

Y el viejo guiñó de una manera tal su pequeño ojo izquierdo que doña Aldonza se ruborizó.

—Maese Blas, dijo Men Rodriguez; esta noche han pasado muchas cosas y una de ellas obliga á esta dama á ocogerse al asilo de Santa María.

Tomó un tinte de seriedad la fisonomía del viejo y mirando profundamente á la dama dijo:

—¡Ya! vos sois sin duda esposa ó parienta de algun noble rebelado y huis del rey.

Y diciendo esto movia la cabeza.

—¡Cómo! esclamó doña Aldonza asustada, ¿ni en la Santa casa de Dios estaré segura?

—Segun y como: sino tuviéramos mas que el aposento de asilo habria su peligro: el rey sin entrar en la iglesia podria tomar las avenidas y como ese aposento está en el patio de los Naranjos...

—Pero es jurisdiccion de la iglesia Mayor.

—Sin embargo, no es lugar bendecido... pero si yo os encierro en la recámara de nuestra señora de la Sede, será distinto: lo mas que allí podria suceder sería que os hicieran morir de hambre, para evitar lo cual ya encontraríamos medio.

—¡Oh, salvadme! esclamó doña Aldonza, volviéndose alternativamente á Men Rodriguez y á maese Blas.

—Descuidad señora, dijo con cierto noble entusiasmo el campanero: aunque os tuviese que esconder debajo de la urna del santo rey don Fernando, estareis á salvo dentro de la iglesia Mayor cuya jurisdicion es mia: ¡pues no faltaba otra cosa...! pero estais cansada... venid, ¿veis allá abajo en el átrio en aquel rincon en derechura de mi dedo una ventana con vidrios de colores...? pues bien, aquel es el aposento... por ahora y mientras no haya mas peligro, estareis allí tan segura como lo está la corona de la Santa Vírgen en su altar (y el viejo se levanta respetuosamente su pereza): pero ¡diablo! ¿por qué doblan tanto y tan fuerte en San Gil? añadió volviéndose hacia uno de los innumerables campanarios de Sevilla; he ahí que con lo que sobra de ese entierro, podrian bien sepultar al buen Sancho Zapata.

Men Rodriguez, se sonrió picarescamente, cosa que hizo fruncir el gesto á maese Blas.

—¿Y por quién creeis que es todo ese doble? dijo el jóven.

—Por algun rico-hombre escomulgado y ladron, contestó con acritud el jorobado.

—Bien pudieran doblar por algun rico-hombre... pero os aseguro que esos clamores son por un miserable muerto de miseria.

—¡Por Sancho Zapata!

—El señor arcediano de San Gil, me prometió anoche que su iglesia se colgaria de negro hasta el pórtico, que se conduciría á ella, en un ataud de roble con tela de oro el cadáver del padre de Beatriz, y que desde el amanecer hasta puestas del sol doblarian á badajo fuerte todas las campanas.

El campanero palideció.

—¿Habrá sucumbido Beatriz al arcediano por amor á su padre? esclamó con terror.

—El arcediano es quien ha sucumbido á un bolsillo lleno de oro.

—¿Y de donde ha venido ese oro á Beatriz? esclamó el viejo con la severidad propia de quien por los amores de su hijo se creia ya padre de Beatriz.

—¡Del rey! contestó Men Rodriguez, con acento triunfante.

Pero el jorobado se puso mas pálido aun y se detuvo bruscamente (bajaban otra vez las rampas.)

—¿Ha visto el rey á Beatriz? esclamó con ansiedad el jorobado.

—Y aun ha hablado con ella.

—¡Misericordia de Dios! esclamó enteramente aterrado el campanero; ¡pobre Beatriz! ¡pobre hijo mio!

—¡Qué! ¿tan hermosa es esa mujer? esclamó con un arranque tal y tan interesado doña Aldonza que hizo á Men Rodriguez morderse los labios despechado.

—¡Que si es hermosa! esclamó maese Blas con la estrañeza de aquel que vé poner en duda lo que no admite réplica. ¡Que si es hermosa! ¡Hermosa! ¡divina como...! ¡perdóneme Dios, porque iba á decir una blasfemia... hermosa, como la luz para el ciego, como el agua para el sediento...! ¡y haberla visto el rey..! ¡poder de Dios..! ¡ya lo creo..! ¡el rey sabe emplear dignamente su oro... y tratándose de una prenda tal como Beatriz..!

—¡Bah! ¡teneis una horrible idea del rey..!

—¡El rey! ¿ignora alguien sus galanteos..? y luego... ¡si el amor del rey fuese amor..!

Doña Aldonza palideció: Men Rodriguez sintió en su pecho una sensacion semejante á la del que sofocado por el sol del estío siente de improviso la impresion de una brisa fresca y húmeda.

—Será una flor, cortada de su tallo, conservada un dia, y arrojada despues descolorida y marchita sobre el camino del mundo... Pero os juro que como tenga remedio...

—Vamos, maese Blas... estais soñando, dijo Men Rodriguez, no ha pasado asi... ha sido un encuentro... en la calle... Beatriz pedia limosna para enterrar á su padre porque lo habian arrojado de su casa.

Y Men Rodriguez contó al campanero la aventura relativa á Beatriz.

—¡Ah! ¡de ese modo, dijo maese Blas, es distinto! ¿no es verdad, señora, que aun podrá evitarse mucho?

Doña Aldonza, no le contestó porque no le habia oido: estaba profundamente pensativa.

—Ello es necesario, prosiguió el campanero, que tampoco habia reparado en si le habian respondido ó no: ello es necesario hacer algo. Primero, poner en seguridad esta dama; luego salvar á Beatriz... ¡maldita la confianza que tengo en ese diablo de escribano... el señor Alvar Yañez, es hombre acostumbrado de antiguo á vivir de una manera turbia en la que jamás se logra ver claro... ¡Hum! ya estamos en el atrio: afortunadamente, para casos imprevistos, siempre llevo conmigo la llave del asilo.

El corcobado fue á un ángulo del claustro, llegó á una pequeña puerta árabe, la abrió, é invitó á doña Aldonza y á Men Rodriguez á que pasasen.

Inmediatamente tras la puerta habia una estrecha espiral y al fin de ella entraron en un aposento cuadrado, oscuro, abovedado, en el cual entraba penosamente la luz cernida, por decirlo así, por los vidrios pintados y empolvados que cerraban un pequeño ajimez; en un ángulo habia una cama, sobre ella un crucifijo negro, clavado en el muro, y dos sitiales y una mesa de encina, completaban el ajuar; aquel aposento en nada se parecia á la magnífica cámara dorada de la torre del Oro.

—¡Esto es una tumba! dijo con un acento fatal doña Aldonza.

—Sin embargo, señora, os proteje en ella la religion, dijo Men Rodriguez.

—Y luego nunca os faltará compañía, añadió maese Blas, mirando á Men Rodriguez y repitiendo su guiño malicioso... pero por ahora os dejamos sola... no tardaremos... tenemos que ir á salvar á otra pobre mujer y tal vez, vendrá á haceros compañía.

—¡Oh! ¡traedla, traedla! dijo con precipitacion doña Aldonza.

—¡Eh! bien podrá ser, dijo pensativo Men Rodriguez... Adios señora... descuidad, estais bajo el amparo de la Santa Vírgen y bajo el nuestro.

Doña Aldonza miró á Men Rodriguez tristemente y sus ojos se llenaron de lágrimas. El jóven creyó ver algo en aquella mirada, que volvió á colocarle en su incertidumbre. Era que doña Aldonza presentia que aquel amor podia serle útil y le sostenia por afecto y

por interés. El campanero y Men Rodriguez salieron y doña Aldonza sintió cerrar sucesivamente con llave, primero la puerta del asilo, y luego la de la espiral; fue á la ventana pero lo sucio de los vidrios la impidió ver á través de ellos.

Entonces fue al lecho, se sentó sobre él y rompió á llorar.

—¡Oh! esclamó con acento entrecortado: ¡las flores se aspiran mientras conservan el perfume y despues se arrojan marchitas..! será esa mi suerte... ¡acaso ese jóven...! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡tened compasion de mí!

Despues no se escucharon mas que sus sollozos.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO II.

La casa del señor arcediano.

Por aquellos tiempos habia en Sevilla una casa, con visos de palacio, pero de palacio noble y ostentoso; aquella casa estaba en la calle del Comendador y servia de morada al arcediano de San Gil.

Antes de pasar adelante y, puesto que acabamos de nombrar la dicha calle, creemos deber decir á nuestros lectores de una manera incidental, que no busquen hoy los nombres de las plazas, calles y edificios que citemos en nuestro relato, para compararlos con los que hoy existen en los lugares que recorremos: el tiempo que pulveriza los monumentos, arrastra consigo con mucha mayor facilidad los nombres y aun tratándose de construcciones, esceptuando algunas que por su mole y por su materia resisten el roce desvastador del tiempo, seria muy difícil asegurar que el plano de una poblacion es ahora el mismo que tenia hace quinientos años: cuando un novelista acomete la árdua empresa de dar bulto y vida á una época lejana, se vé obligado á evocar cadáveres, á levantar edificios, á construir ciudades, á adivinar costumbres, á crear, en fin, un mundo de fantasmas. El novelista de actualidad copia; el novelista histórico, especialmente cuando trata épocas lejanas, crea: para ayudarle en la verdad de sus creaciones, tiene los códicos, los documentos historico-políticos, las catedrales góticas ó bizantinas con sus santos pintados con bermellon, sus vidrieras esmaltadas, sus sepulcros corroidos y sobre los sepulcros las estátuas de piedra de reyes, magnates y caballeros: tiene la tradicion, calcada sobre algunos recintos de muros derruidos y sobre todo la comparacion filosófica de las formas de gobierno de hoy con las de los gobiernos de entonces, con la índole de las sociedades pasadas, conservada en los fueros de los reyes, de las ciudades, de la nobleza y del clero, con la sociedad de hoy en que hay todavía fueros, privilegios y fanatismos. Necesita trasladarse á los tiempos que quiere caracterizar y sentir á la vista de ruinas que para él no lo son; identificarse con los personajes de su tiempo, y adivinar por lo que queda escrito en pergamino y en mármol lo que ha dejado de existir.

La casa en que vivia el arcediano de San Gil en la calle del Comendador que, como hemos dicho, coincidia con la que hoy se llama de Per Afan de Rivera, era un edificio notable del gusto gótico bizantino. Su fachada, lo mismo que su plano, era irregular: una puerta ancha, baja, profundamente entallada en el muro, de figura semicircular, apoyada en pilastras superpuestas, como un enorme haz de troncos, correspondia inmediatamente á un atrio en cuyo fondo se veia la verdadera fachada, á la cual el muro esterior parecia servir de defensa, como una coraza de piedra; dos fuertes hojas forradas y claveteadas de hierro defendian la puerta, y sobre ella, contando en el centro la balaustrada gótica, delicadamente tallada, que coronaba el muro, se veia un matacan ó ladronera, enteramente igual á los que servian de defensa sobre los rastrillos de las fortalezas. Ni una sola ventana se veia en aquel muro avanzado y su único respiradero era una galería árabe que sostenia, en una esbelta columnata, el volado cornison y la orla de piedra esculpida, cortada de trecho en trecho por una pirámide crestada, de cuya base se arrancaba atrevidamente un canalon sostenido por un mónstruo, que servia de desagüe al puntiagudo techo de pizarra de la galería.

Además, en aquel muro, en la parte media de la altura desde el arco de la puerta á la balaustrada, campeaba un enorme escuson de mármol, á cuyos lados, como una alegoría, estaban aprisionados dos salvajes de piedra, sobre los cuales como en señal de señorío se habian esculpido dalmáticas cubiertas de signos estraños y misteriosos: el escudo asentaba en una cornisa, y las estátuas se apoyaban en botareles bizantinos y las cubrian caprichosos doseletes, unos y otros cincelados con gran primor y belleza, mostrando entre los retorcidos follajes de hojas y ramas, cabezas de serafines y de mónstruos, cuerpos de serpientes y de sirenas, que no dejaban de producir mezclados un estraño contraste. El escuson coronado con un voluminoso yelmo de encaje, estaba acuartelado y pintorreado con los colores del blason, mostrando campo de azul, banda diagonal de oro, orla de castillos, colores reales, lobos, águilas, leones, una coleccion completa de fieras y pájaros, con algunas cabezas de moros por añadidura: los persevantes, los farautes y el señor rey de armas Castilla, colosal heraldo del reino y demás gente versada en la sublime ciencia del blason, solian detenerse con asombro á descifrar el geroglífico del escudo, lo que nunca sucedia sin que dijeran para sus adentros estas ó semejantes palabras, moviendo con disgusto la cabeza: el señor rey debe tomar mano en esto: el señor arcediano tiene un blason bien raro por cierto; para cada virtud hay en su escudo siete vicios.

Y así era la verdad; porque cada figura del blason es una frase que tiene un significado peculiar, por lo que cada escudo de armas es el resúmen de una historia: el señor rey de armas Castilla jamás habia visto signos mágicos en la heráldica, y aunque medio ocultos entre moros y cristianos, entre leones y lobos, entre veros y jaqueles, mostraba el escudo ciertos triángulos rombos, líneas y caracteres que olian desde una legua á cosa de brujería y de magia.

Es cierto que don Jofre Diaz de Astorga no habia construido aquella casa, ni mandado labrar aquel blason, ni aun siquiera pintarlo: lo habia comprado con la casa al mismo tiempo que habia comprado el arcedianato, y por el derecho de propiedad habian pasado á él la casa, el blason, la ejecutoria, la iglesia y quince calles, sobre cuyos vecinos nobles tenia derecho censual, como sobre los vecinos villanos señorío, jurisdiccion y derecho de baja justicia: esto es: podia tenerlos presos á su voluntad durante quince dias en el sótano de su casa, ó á la vergüenza durante tres en cierta jaula de madera colocada en una esquina de la iglesia, ó azotarlos en la picota situada en el átrio durante una hora y nada mas; porque el derecho de alta justicia, de tormento y de encierro dentro de Sevilla, en el espacio comprendido rígidamente dentro de los muros y quince picas mas allá, pertenecia esclusivamente al señor rey.

Esto no impedia que el arcediano estralimitase sus derechos y abusase de su fuerza siguiendo perniciosísimos ejemplos que se daban entonces, se dan ahora y se darán mañana, porque *vim suprema lex*... pero volvamos á su casa.

El interior correspondia en magnificencia al esterior: los muros del átrio estaban adornados con gran profusion y delicadeza, y la puerta, asentada sobre una

gradería, estaba maravillosamente modelada, esculpida en la piedra, ensamblada, tallada, incrustada con cartelas, filetes y listones, en sus hojas de madera; lucian á lo largo de los listones fundamentales de su tracería clavos cincelados, que hubieran dado enojo á Bembenuto Cellini, sino por lo puro de su dibujo, por lo limpio y delicado de su ejecucion.

Tras aquella puerta se entraba en un vestíbulo con pavimento y muros de mármol; mosáico de vigorosos colores y dibujo enérgico el primero; un relieve continuado los segundos, y sobre aquellos relieves arcos festoneados, sobre aquellos arcos frisos afiligranados, sobre aquellos frisos la complicada tracería de una bóveda ogiva, cuyas ramas se entrelazaban como arterias, hasta anudarse en el roseton de la clave, y en los espacios comprendidos en el caprichoso dibujo de aquella ramificacion gigantesca, todo un mundo de animales fantásticos, toda la gradacion de la caricatura humana, todos los desvaríos del grotesco aplicados á la escultura; un trabajo en fin maravilloso de cuyo gusto nos quedan algunos restos en antiguos monumentos, que hacen dudar si el arte es hijo de la civilizacion, ó si la civilizacion mata al arte.

Y luego una de esas escaleras que son un logogrifo de piedra en que se buscan los puntos de apoyo y no se encuentran: escaleras colgadas de un muro con los costados en el aire; escaleras como no se hacen hoy, y que apenas se conciben.

En la parte interior habia mas sencillez, como si solo se hubiese cuidado de las magnificencias de piedra en los lugares mas espuestos á la vista de la multitud: en aquellas galerías sustentadas en rebajados arcos bizantinos se habia prescindido de la suntuosidad; pero penetrando en las cámaras y en las recámaras se encontraba un lujo de otra especie; tapicerías, alfombras, muebles, techos, ensambladuras, pavimento, todo era rico y todo raro, todo maravilloso, atendidos los adelantos de las artes y de la industria en aquel tiempo; la planta se cansaba y la memoria se perdia en aquel interminable laberinto de habitaciones embutidas las unas dentro de las otras; en la enmarañada madeja de pasillos, crugías y escaleras; la seda el cuero, la madera, labrada, estampada, esculpida por todas partes... la casa del arcediano era una verdadera maravilla cuya fecha de construccion no se sabia, cuya historia nadie se habia entrometido en averiguar: entonces lo que una generacion encontraba hecho, lo aceptaba, le imponia un nombre si no le tenia; y si le tenia, á la primera ocasion se lo variaba; pero nadie preguntaba el nombre del maestro que lo habia construido, ni el del dueño que lo habia mandado construir: el arquitecto no se cuidaba de poner una fecha, ni de esculpir su nombre en la piedra, lo que por otra parte no hubiera permitido el dueño: le bastaba que su casa tuviese sobre la puerta su blason, demasiado noble para unirse sin escándalo al plebeyo nombre de un alarife.

Sin embargo, el rey don Pedro habia mirado muchas veces con curiosidad el blason al pasar de prisa por delante de la casa del arcediano, y al ver los signos cabalísticos, los colores reales y los dos salvajes prisioneros, habia dicho para su embozo á impulsos de un profundo pensamiento:—Mucho será que no haya andado por aquí mi buen abuelo el rey don Alonso el Sábio.

CAPITULO II.

Los derechos del señor arcediano.

En aquellos tiempos el señorío habia tomado todas las formas y se habia adaptado á todas las condiciones imaginables. El rey, los nobles, el clero, las ciudades, las villas, el comun, todos tenian jurisdiccion y derecho, unos sobre cosas, otros sobre personas, los mas sobre cosas y personas á la vez. Los señorios se enclavavan unos dentro de otros, se dominaban, se clasificaban; era muy frecuente el caso de que en una ciudad ó villa real, esto es, del señorio del rey, hubiese un lugar, como una laguna independiente, rodeado de un recinto particular, como una iglesia para el culto y una torre para la defensa, dependiente de un señor, casi independiente, cuyo vasallaje no se reconocia sino por el feudo y el pleito homenaje rendido al trono: habia señorios hereditarios, señorios electivos, señorios alodiales ó eclesiásticos: concedialos, los unos el rey, los otros el pueblo, y los terceros el rey en cuanto á lo temporal, en cuanto á lo espiritual el papa: asomaban allá los lugares de behetria, cuyo señorio podia llamarse señorío del pueblo, puesto que tenia potestad de elegir siete señores en un dia, que mas que señores eran capitanes nobles y valientes que los defendiesen en la parte material y foral. Estos señores, pues, eran los mas rebajados los mas restringidos, que no podian moverse absolutamente sin la voluntad de sus vasallos: aquella era una especie de monarquía constitucional, en que todo lo hacia la ley ó el fuero y nada el señor: contraposicion estraña con los señores de horca y cuchillo, de pendon y de escalera, con derecho de diezmos, tercias y primicias y ocupacion del tálamo, la primera noche de las bodas de sus vasallas (1); con mero misto imperio, poder de hacer leyes, de decapitar, de ahorcar, de enrodar, de despedazar: dueños hasta del aire de sus señorios, en que nadie se atrevía á lanzar un alcon sin poner á riesgo su cabeza; de sus caminos y de sus rios, con derechos sobre ellos de barcaje, pontazgo, y portazgo: de sus aguas, de sus praderas, de sus montes y de sus cotos; tan vírgenes del anzuelo, de la trampa, del hacha y de la ballesta de los vasallos como lo estaba el espacio de sus aves de cetreria; ominoso y sombrio despotismo que constituia en cosa á la persona y que solo podia cimentarse en la abyeccion y el embrutecimiento de los pueblos.

A mas de los señorios hereditarios de horca y cuchillo y de los señorios de simple investidura como podia llamarse á los de los lugares de behetria, existian los señorios alodiales, es decir, los que estaban anejos á los beneficios eclesiásticos y constituian su renta y su fuerza; así, pues, en la edad media no podia concebirse un arzobispo, obispo, maestre, comendador, abad, abadesa, prior ó priora que no fuesen señores de horca y cuchillo con todos los fueros y derechos de los señores absolutos; á este género pertenecia el señorio de la parroquia de San Gil, con sus quince calles, al que la casa de la calle del Comendador, servia á un mismo tiempo de palacio y castillo: don Jofre Diaz de Astorga habia entrado en posesion de este feudo, al comprar el beneficio, este es el arcedianato, al que estaban anejos, praderas, cotos y molinos á las márgenes del Guadalquivir, pero con la modificacion de que como enclavado en una ciudad real estaba notablemente mermado en sus fueros, que solo eran de pendon y de caldera y baja justicia, sin tener nada que ver ni con tálamos, ni con alcabalas, ni con tercias, por lo que el señor arcediano no dejaba de ser un alto y *poderoso*

(1) Este odioso privilegio, segun documentos que tenemos á la vista, se redimia por los vasallos con dinero, en España, donde el feudalismo era menos brutal que en Francia y Alemania, ya sea por el carácter peculiar de la nacion en que no se usó aun en sus tiempos de mas rudeza, ya porque empeñados los españoles en una guerra de restauracion contra los moros, se consideraban los señores mas como capitanes que como dueños de sus vasallos, tratándolos con el afecto de un jefe que ha de conducir á sus soldados al combate. Por estas razones se ha creido por algunos, que los señorios en España estaban muy lejos de tener el carácter feudal cuando en realidad los derechos eran los mismos y la diferencia consistia solo en que se usaba de ellos de una manera mas tolerable que en los demás estados de Europa.

señor, puesto que le quedaban diezmos, primicias, censos, exacciones, é item mas derecho de encerrar y de azotar, lo que no era poco por cierto.

CAPÍTULO III.

El señor arcediano.

A las cinco de la mañana del dia en que marcha nuestra accion, aunque se notaba ya un movimiento singular en la casa del arcediano, habia en ella cierto departamento silencioso, cerrado, iluminado blandamente por la luz de una lámpara atenuada con pantallas de seda. Aquella luz opaca apenas iluminaba de una manera vaga una gran cámara, entapizada con paños de Flandes, y los soberbios pabellones de seda de un lecho tras el cual se oia un poderoso é intermitente ronquido.

En aquellos momentos rechinó levemente una puerta, adelanto un hombre vestido de negro, fue á una ventana y la entreabrió: inmediatamente penetró un rayo de sol en la cámara y dejó ver que el recien llegado era un viejo de fisonomía astuta y sesgada, cubierta de una espresion hipócrita que por la costumbre habia dejado impresa en ella la contraccion de una sonrisa repugnante: aquel hombre tenia un sabor pronunciado á criado de clérigo, y un tinte indefinible de mayordomo de casa rica.

—¡Señor! ¡señor! dijo pausadamente entreabriendo las cortinas del lecho.

Cesó el ronquido y una voz áspera é irritada articuló algunas palabras ininteligibles.

—Son las cinco señor, dijo el imperturbable sirviente.

—¡Ah! ¡son las cinco!

—Y como vuesamercé puede oir muy bien, las campanas de la iglesia, están doblando á pino entero.

—¡Poder de Dios! ¡vaya una noche...! ¡una noche de tormenta! creo que acabo de acostarme, dijo una cabeza de formas vigorosas asomando por entre el cortinaje.

—Vuesamercé se acostó á las tres.

—Vísteme Gaspar.

El doméstico procedió á aquella operacion.

—Yo me acuerdo de que esta noche ha pasado algo, dijo bostezando el arcediano.

—En efecto, señor, vuesamercé ha estado arreglando papeles.

—Es verdad, si, y esperaba algo que no ha venido... ¡si pardiez! no habrán podido venir: pero en cambio el señor Pero Lope de Padilla nos ha enviado cierto paje... sabes que es hermoso... muy hermoso ese pajecillo.

—¡Hum! contestó tosiendo Gaspar, cosa que en él representaba siempre recelo.

—Alguna aventura del señor ballestero mayor.

—Paréceme señor, que ese paje es un verdadero paje.

—Y entonces ¿á qué diablos le envia el señor Pero Lope?

—Para que alborote la casa... ha aporreado á doña Genoveva y ha dado de puntapiés al paje Artal.

—Es decir que ese señor ha tomado entera posesion de mi casa.

—Así es, señor...

—Cuidarás de avisar al señor Pero Lope: que se le lleve cuanto antes: no queremos escándalos.

—No lo olvidaré señor.

—Además creo que anoche hubo no se qué motin...

—En efecto, señor, no habia pan en Sevilla.

—Y... ¿qué ha sucedido? dijo el arcediano mirando fijamente á Gaspar.

—Nada, señor.

—¿No vino tambien un mancebo...? un bello mancebo por cierto.

—Es verdad, señor, cuando salió, me mandasteis que le siguiese.

—¿Y qué resultó?

—El mancebo entró en la casa del Eccé homo.

—¿Y no salió? dijo con precipitacion el arcediano.

—Si señor, y por cierto bien acompañado.

—¡Con ella! esclamó profundamente don Jofre.

—No señor, con él.

—¿Y quién era el?

—El rey.

—¡El rey! esclamó saltando del borde del lecho el arcediano á quien habia acabado ya de vestir Gaspar... ¡acompañado del rey...! ¿y cómo sabes eso?

—No conozco á otra persona á quien suenen las canillas.

—¡El rey sabe que no hemos enterrado al zapatero! sabrá tambien..... ¡por Satanás! creo que estoy enfermo.

—¡Bah, señor! el rey os necesita.

—Necesitaba á don Juan Alfonso de Alburquerque, nuestro grande amigo y sin embargo le arrojó de su lado, le desterró de la córte... y le necesitaba mas que á mí... ¡condenacion! ¡un motin frustrado! ¡un golpe dado en vago! ¡una mitra perdida...! Ve, Gaspar, que me enjaecen un caballo, que se armen mis lanzas... y luego que callen esas campanas: me voy de caza..... y no pienso parar hasta las fronteras de Aragon.

—Es que no tenemos ni un óbolo, señor, dijo entre confuso y temeroso el mayordomo.

—¡Que no tenemos! ¿pues y el bolsillo que trajo anoche ese mancebo?

Sacó Gaspar un largo pergamino de la escarcela, y acercándose á la ventana leyó:

«Recibidos para el entierro de maese Sancho Zapata, cincuenta florines de oro, cuatro escudos y diez sueldos que se han distribuido de la siguiente manera: Por el trabajo de carpintería de una caja de roble á maese Pedro Machuca, diez florines.»

—¡Diez florines de oro por un ataud de roble! esclamó colérico el arcediano.

—Yo no he hecho mas que apuntar lo que he dado á maese Pedro para añadirlo á la cuenta general.

—¿Y qué tiene que ver...?

—Se le debian anteriormente por una puerta de sándalo, alerce y marfil, con embutidos y filetes de plata y de cobre dorado para el retrete de recreo de los pajes de vuesa merced, ocho florines... por un lecho de madera de...

—¡Bien! ¡bien! ya sé que se debia eso á maese Pedro, pero debia pagársele en otra ocasion...

—Es que maese Pedro se negaba á trabajar si no se le pagaba lo atrasado.

—No faltan carpinteros en Sevilla.

—Nadie hace féretros mas que maese Pedro...

—Debiste haber recurrido á las cajas de ánimas.

—El rey podria querer cerciorarse si los funerales de Sancho Zapata, eran dignos del oro que costaban

—¡Adelante...! ¡confunda Dios al rey...! al fin no son mas que diez florines.

—«Setenta florines, quince escudos y diez sueldos, á Micer Arnesto de Montalban, mercader francés en la calle de Sederias, por seis varas de brocado de oro, para forrar el ataud de Sancho Zapata, y otras muchas varas mas que se le debian anteriormente empleadas en ternos y ornamentos.»

—¡Es decir que te has empeñado en pagar todas mis deudas!

—El cerero no ha querido dar cera, sino con las mismas condiciones: El tapicero se ha negado á alquilar terciopelos negros y alfombras si no se le satisfacia el alquiler del túmulo...

—¡Basta, vive Dios! ¡es decir que enterramos ré-

giamente á Sancho Zapata sin que nos quede un miserable cornado?

—Vuesamercé debe todavía doce escudos, cuatro sueldos y seis maravedis por el alquiler de trescientos candeleros grandes de bronce dorado para el túmulo, para poner en ellos los blandones.

—¡Basta, basta... ó haré contigo un desacierto Gaspar...! ¡esto es horrible! ¡escandaloso...! ¡robado por todas partes...! Toma mi báculo de oro, el de los dias solemnes, el de las piedras balages, y llévalo á empeñar al judío Abraham.

—Ha sido preso señor.

—¡Preso!

—Al amanecer cuando yo iba á la catedral por los candeleros le ví entrar en el alcázar acompañado de un moro entre algunos ballesteros que mandaba el señor Juan Diente.

—Pues bien: sea como fuere: mis gentes á caballo: volveremos á nuestras mocedades y ya encontraremos recursos para llegar á Aragon; carga mis cofres en mis acémilas y que mis pajes se preparen á entrar en mis literas: no quiero privarme de sus servicios.

En aquel momento se oyó ruido de voces y de disputa en el átrio, y el arcediano abrió la ventana y miró. Juan Diente con su maza de armas al hombro, y su dalmática de gala, al frente de un grupo compacto de ballesteros, pugnaba por entrar y disputaba con la servidumbre del arcediano.

—¡Oh! ¿qué es esto? esclamó aterrado don Jofre.

—Señor, dijo á la puerta un escudero... El rey que piensa venir para honrar el funeral, ha enviado delante una guarda de sus ballesteros de maza, y al señor Juan Diente.

—Que entre, contestó don Jofre haciendo un poderoso esfuerzo: que vayan mis capellanes á la capilla, que preparen en la sacristía mis ornamentos...

—Además, señor, el señor Alvar Yañez acaba de darme una carta para vuesamercé.

—Mostrad.

El arcediano leyó aquella carta que solo contenia estas palabras.

«Salvaos si aun es tiempo: todo está descubierto y corre peligro vuestra cabeza.»

—¡Oh! ¡es ya tarde! esclamó el arcediano: y sin embargo el rey ha visto á Beatriz... debe haberse enamorado de ella... sí; aun podemos por aquí probar un medio de salvacion. Y como si el pensamiento que habia surgido en su mente le hubiese tranquilizado ó al menos dado valor, se serenó, atravesó con paso rápido la cámara, salió á una galería y se encaminó á la capilla; al llegar á su puerta, oyó una robusta voz que gritó en el patio:

—¡Su señoría el rey!

Don Jofre abandonó su primera direccion y se fue desalado á recibir á don Pedro.

CAPÍTULO IV.

El entierro.

Entretanto Men Rodriguez de Sanabria y maese Blas con un cesto en el brazo se encaminaban á buen paso á la calle del Comendador; á medida que adelantaban veian que la ciudad presentaba aquel dia un aspecto estraño; en las puertas del alcázar se veia formado un escuadron de ginetes, al frente del cual estaba Gutierre Ferrandez de Toledo, guarda mayor del rey con la espada desnuda: entre las lanzas se veia descollar el estandarte real, y los soldados llevaban sus vestas blasonadas con los cuarteles reales, encubertados y empenachados los caballos y con pendoncillos en las lanzas, como cuando salian con el rey en los dias de ceremonia.

Delante de aquel escuadron habia un círculo de curiosos y no pocos mirando de una manera estúpida los lugares en que acá y allá habia quedado la ceniza de las hogueras del motin á lo largo de las gradas.

Men Rodriguez y el campanero, como que tenian asuntos mas importantes á que atender, pasaron de largo internándose en las calles hácia el centro de la ciudad: á medida que adelantaban y de tiempo en tiempo, tenian que detenerse para romper una multitud que obstruia la calle, agolpada á una tienda de comestibles, cuya puerta guardaban algunos soldados del rey: aquella multitud se empujaba, se agrupaba, se comprimia para alcanzar pan. De tiempo en tiempo se oia la voz del jefe de la tropa, que decia:

—Buenos vecinos, honradas dueñas, buenas comadres; no empujeis de tal modo, os estais estrujando inútilmente: su señoría el rey ha dado tormento á algunos honrados judíos, les ha sacado trigo, ha hecho trabajar á los molinos reales, y hay pan... pan para todos; cuidad de vuestros vientres honradas dueñas, y sobre todo, no nos pongais en estrecho... ¿no os digo que sobra pan?

Pero los consumidores que no fiaban mucho en las protestas del soldado seguian empujando, lo que venia á causar algun golpe de partesana ó una caricia militar por el estilo.

Lo mismo acontecia en los mercados, en las carnicerías, en los puestos de legumbres; habia sido necesario poner guardas á su puerta. Sevilla se habia acostado sin cenar y no queria pasar el dia en ayunas.

Pero cuando pasaron nuestros dos personajes de la plaza del Mercado y entraban en un enmarañado laberinto de callejuelas, notaron una animacion de otro género: allí se escuchaba ya el vocinglero clamoreo de las campanas de San Gil, y las viejas de la vecindad puestas en las puertas se ocupaban en murmurar, en disputar, y en sostener sus disputas y sus murmuraciones en un diapason inaguantable.

—¡Lo ví con estos ojos que ha de comer la tierra! decia una vieja á otra, por mas señas que le mataron debajo de mi ventana, y que á uno de los matadores le sonaban las canillas... eran almas del otro mundo, verdaderos diablos que se perdieron en la sombra y que debieron de hacer que los vecinos estuviesen sordos para que á mis gritos no acudiesen y avisasen á la justicia.

—¡Bah, tia Berta, estais soñando! decis que han matado á un hidalgo bajo vuestra ventana y no se ha encontrado el muerto ni sangre en el suelo.

—Lo que quiere decir que el diabo ha andado en ello, decía otra de las vecinas que se aliaba para sostener á la tia Berta.

—Decís bien señora Marta: el díablo, el diablo en persona, en figura de fraile ceniciento, dijo la otra vieja.

Men Rodriguez detuvo el paso y escuchó con interés.

—¿Queréis hacernos creer que el diablo para llevarse los difuntos se disfraza de fraile? dijo otra vecina. ¡Vaya que estais donosa, señora Berta!

—Pues sí... despues del homicidio pasó mucho tiempo, mucho: no parecia alma viviente por la calle, y yo que estaba cansada de estar en la ventana me entré... cuando he aquí que oigo muchos pasos que se acercan y se detienen á mi puerta... entonces fuí otra vez á la ventana y la abrí quedo... muy quedo.

—¡Y visteis al diablo! dijo con acento de zumba otra vecina.

—No: ví muchos hombres vestidos de negro y embozados; cuatro de ellos cargaron con el muerto y se lo llevaron: otros cuatro trajeron en dos odres agua de la fuente del Mercado y la pusieron junto al fraile ceniciento que se puso á lavar la sangre.

—¡Bah! como anoche os acostasteis sin cenar, como cada cual, tuvisteis malos sueños.

—¿Cómo que sueños, pecadora de mí?... ¡no, si no desmiéntanme...! ¿cuándo mentí yo?...

—¡Sois ya muy vieja tia Berta!

—¡Y andais de noche á las doce rondando las iglesias!

—Y otras veces os han visto á caballo sobre un ahorcado.

—Armóse una bataola infernal que alejó de aquel sitio por amor de sus oidos á Men Rodriguez que murmuraba para sus adentros.

—¡Un fraile ceniciento lavando la sangre! ¡pues no! ¡juro á Dios que por esta vez la bruja dice verdad!

Dos calles mas allá le detuvo otra conversacion.

—¿No sabeis lo que pasa vecina? decia una alegre morena á una respetable dueña.

—Sí: que por merced de Díos y del señor rey tenemos pan.

—¡Bah! no es eso; ¿qué creis que ha encontrado mi marido cuando ha ido este amanecer á trabajar á la ferrería de Santa Clara del Campo?

—No se... ¿qué ha encontrado, pues? ¿algun ahogado en la presa?

—Eso sucede á cada paso; se ha encontrado con que ya la ferrería no estaba allí.

—¡Jesus!

—Ni mas ni menos.

—No digais eso vecina; pues adónde se ha de haber ido la ferrería.

—Al cielo convertida en humo, dijo la jóven.

—¡Ah! la han quemado...

—Hasta los cimientos.

—Pues mi padre que ha ido á buscar trabajo á la puerta de Jerez, dijo una tercera que se habia incorporado, ha visto entrar entre ballesteros y de dos en dos todo un convento de monjas.

—Y los guardas de la puerta, dijo otra que se habia adherido, han visto entrar á un soldado con una novicia del brazo: lo sé por mi amante que es arquero y á quien he ido á llevar el almuerzo á la puerta de Jerez, donde está de guarda.

—Pues todo eso no es nada, prendas mias, dijo un maton que se acercó al grupo. Acabo de ver dos nobles colgados por el pescuezo de los matacanes del rastrillo de la fuerza de Triana, entre un moro y un judio.

Aquella importante noticia aumentó el interés, hizo que las conversaciones se cruzaran y Men Rodriguez no pudiendo entender ya nada pasó adelante llevándose á remolque al tio Blas. Desembocaron al fin en la calle del Comendador.

Ahí habia mas concurrencia, un grupo compacto de curiosos estaba delante de la puerta de la casa del arcediano, absorto ante los ballesteros vestidos de gala que acababan de llegar, y que de todo tenian traza menos de ir á hacer una prision; mas allá en la casa del Ecce-Homo habia otra guarda y no permitian entrar á nadie.

—¿Y qué hacemos? dijo impaciente el campanero,

—Esperar, contestó el jóven.

—Esperar, cuando se tiene impaciencia es lo mismo...

—Que sufrir... pero allí veo un ballestero que conozco.

—¿Ya teneis conocimiento en la córte?

—Le traté anoche y en verdad que es bien callado y cejijunto.

Aquel ballestero era el mismo que le habia acompañado desde el bosque de Triana á la torre del Oro cuando llevaba á doña Aldonza.

—¡Eh! camarada, dijo Men Rodriguez acercándose á él y poniéndole una mano en el hombro.

El ballestero volvió la cabeza y miró glacialmente al jóven.

—No os conozco, le dijo.

—Sin embargo, anoche caminamos juntos algun tiempo.

El ballestero miró con mas atencion á Men Rodriguez.

—¿Y á dónde ibais anoche?

—A la torre del Oro.

—¿Y qué quereis ahora?

—Entrar en esa casa con mi amigo.

Miró el ballestero á maese Blas y murmuró.

—¡Ah! el jorobado de la iglesia.

—Venimos á ver al señor Alvar Yañez.

—Bien, dijo para sí el ballestero, siempre que no salgan acompañados...

—¿Qué decis? preguntó el jóven.

—Pasad.

Pasaron. Dentro de la casa reinaba un silencio profundo; en un ángulo de sus cenadores se veia sobre una mesa cubierta con un paño de terciopelo negro un ataud de brocado: dos sacerdotes colocados á alguna distancia rezaban en voz baja; ardian junto al muerto cuatro blandones, y los vecinos asomados á la balaustrada de los corredores, miraban en silencio.

—Parece imposible que dentro de ese hermoso atalud esté Sancho Zapata, dijo el campanero.

—Y sin embargo él es, contestó el jóven; mejor hubiera sido sin duda que no le hubiesen dejado morir; pero ¿qué quereis? Ello ha sucedido así.

—Dichoso vos que mirais las cosas con tanta frialdad.

—¡Bah! si estuviese vivo y necesitara de mí para no morir, hablariamos... veriamos lo que habia que hacer... y luego es mas feliz que nosotros, por aquello de bien aventurados los pobres...

—Pues mirad; creo que á los pobres les debe ser muy difícil entrar en el cielo.

—¿Y por qué maese Blas?

—Porque mueren desesperados.

—Dios es grande y misericordioso, dijo con voz triste el jóven que evidentemente estaba preocupado.

El viejo se lanzó á las escaleras, y se detuvo en el primer piso.

—Sin duda estará en el aposento de alguna vecina... dijo... hubiera sido una barbaridad dejarla permanecer donde ha muerto su padre. ¡Ola, señora Blasa! ¿Sabreis decirme donde encontraré á Beatriz?

El campanero debia ser muy conocido en aquella casa, porque todos los vecinos le rodearon.

—¡Beatriz! ¡contadla por muerta!

—¡Beatriz! ¡gota de agua que cayó en la mar!

—¡Estará llorando ahora con lutos de camelote y de bellori!

—¡Hay desgracias con fortuna!

—¡Pero, por Dios, mis buenos señoras! ¿Qué quereis decir con todo eso?

—Anoche, dijo misteriosamente la tia Blasa, Beatriz vino acompañada de dos hombres: el uno parecia señor y el otro criado.

Mordióse Men Rodriguez los labios y subió de color su semblante.

—Vino con... murmuró todo trémulo maese Blas.

—Un caballero que estuvo encerrado con ella en el cuarto de su padre, y luego se la llevó.

Palideció el viejo.

—¿Decis que se la llevó aquel caballero?

—Si tal... en cuerpo y alma...

—¿Y ella no hacia resistencia?

—Ninguna... como que parecia que la habian secado el llanto... ¡ya se ve!...

—Pero os podeis equivocar, señoras, buenas señoras; ya sabeis que mi hijo...

—Lo mejor que puede hacer el señor Andrés, es buscar otra novia.

—¡Esto lo matará! esclamó con las lágrimas en los ojos el campanero.

—¡Bah! doncellas hay en Sevilla que, sin ofender á nadie, valen tanto como la primera, dijo una vieja en cuyo hombro se apoyaba una mozuela descarada.

—Y que pueden decir quién fue su padre, dijo la citada jóven.

—Y que sobre todo son hacendosas, y no lloran cuando trabajan, repuso la vieja.

—¡Pobre Beatriz! murmuró Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Vamos, vámonos de aquí! estas lenguas de víbora me hacen pedazos el corazon como si fueran puñales. ¡Pobre hijo mio!

—Ved, ved tio Blas, ya vienen por el muerto: vaya un entierro; ¡escuderos del rey para llevar la caja! dijo una de las vecinas.

Todas aquellas curiosas se agolparon á la balaustrada para ver mejor, pero por el momento no vieron mas que doce escuderos y algunos clérigos: los primeros con las espadas desnudas se colocaron en torno del ataud, y los segundos puestos á sus costados en dos hileras entonaron los salmos penitenciales del oficio de difuntos.

—Vamos, vámonos de aquí, señor Sanabria, dijo el viejo; todos esos cantos, toda esa ostentacion resuenan para mí como si me dijesen: Beatriz está deshonrada. ¡Pobre hijo mio!

—¿Y quién puede asegurar que todo este aparato no sea una indemnizacion que la justicia del rey da al desdichado Zapata..? ¡bah! es necesario no mirar siempre las cosas por el lado malo: aun no sabemos nada... lo que haya yo lo sabré... muchas gracias, camarada, añadió Men Rodriguez que habia llegado á la puerta de la casa, dirigiéndose al ballestero, que le habia dejado entrar: guardad esto para memoria mia.

Y le mostró un florin.

—Os lo agradezco, dijo rechazándolo el ballestero; el rey nos paga bien.

Admiró el jóven el desprendimiento del soldado, guardó el florin y le tendió la mano.

—Gracias, hidalgo, dijo el ballestero estrechándola: en lo que sea razon podeis mandar.

Y separándose del jóven y del campanero, se entró en la casa.

—Es mucha gente la que sirve al rey don Pedro, dijo pensativo el jóven.

—¿Y qué hacemos, le preguntó el campanero?

—Que hemos de hacer: yo pienso esperar: esta es cosa que no se vé todos los dias.

—Dichoso vos, que encontrais en este triste hecho algo que os recree: quedad con Dios.

—¡Cómo! ¿os vais?

—Tengo mi hijo enfermo, y además es necesario llevar su almuerzo á la dama que tenemos en el asilo.

—Es verdad: id buen Blas, id, y esperadme: espero daros buenas nuevas.

—Quiéralo Dios, contestó el viejo, y se alejó conteniendo el llanto que se agolpaba á sus ojos.

Poco despues su exigua estatura desapareció entre las turbas.

Estas habian aumentado, y la calle estaba obstruida: la atencion pública se dividia entre la casa del Ecce-homo y la del arcediano. Decíase que este hacia largo tiempo que está encerrado á solas con el rey.

Men Rodriguez esperó, esperaron todos, y á cada momento sobrevenian nuevos curiosos y se apretaba la multitud: por fortuna la calle del Comendador era ancha, cosa rara en Sevilla, que como ciudad árabe estaba cruzada con un inmenso laberinto de callejuelas; los moros al construir así las ciudades, atendian á dos cosas: á procurarse fresco en el estío y á la defensa en caso de una entrada del enemigo: habia calles y aun existen hoy, por las que no podia pasar un ginete: en cuanto á la del Comendador, podian marchar por ella veinte lanzas de frente, lo que representaba una gran anchura para aquellos tiempos.

Dieron las seis en el reloj de la iglesia Mayor de Santa María, en cuya torre se colocó en España la primera máquina de este género. La multitud estaba impaciente, y sin embargo dieron las siete sin que se moviesen los ballesteros que guardaban la puerta de la casa del arcediano. Al fin á las ocho se abrió la puerta de la recámara de don Jofre, y apareció este revestido siguiendo al rey.

—¿Sabe alguien lo que me habeis revelado? dijo don Pedro.

—Nadie mas que Dios, vuestra señoría y yo, contestó el arcediano que estaba notablemente pálido.

—Concluyamos, pues, dijo el rey.

—El arcediano hizo formar su clerecía con manga y pendon, se rodeó de sus pajes, se hizo seguir como señor, de su bandera, de sus escuderos y de sus hombres de armas, y al fin el pueblo vió formarse á los ballesteros del rey que adelantaron abriendo calle, camino de la iglesia.

Tras ellos venian cuatro trompeteros á caballo lanzando al espacio el bibrante son de sus trompas de guerra. Luego cuatro heraldos con dalmáticas de seda en que se veian bordados en oro los cuarteles de Castilla y de Leon, de Asturias y de Galicia; tras ellos sobre un poderoso corcel con su cota de armas, su espada dorada, su birrete orlado de plumas, y un pergamino enrollado en la mano, llevando á la derecha al señor Gomez Ayala, secretario del rey, y al señor Ruy Perez escribano de la sala de los señores alcaldes de casa y córte, cabalgaba el gigantesco rey de armas Castilla: seguidamente como preso, vestido de colorado, con una ancha espada sujeta á la espalda, iba maese Pero de Chiclana, verdugo jurado del señor rey. Seguian treinta lanzas mandadas por el guardamayor del rey el señor Gutierre Ferrandez de Toledo, hidalgo fornido y bravo (cuya armadura de Milan valia un tesoro). Tras estas lanzas iba el estandarte real, resguardado por escuderos hidalgos del rey, por otro nombre donceles, y tras estos, sobre un magnífico palafren de córte, llevado por las riendas de oro por dos ricohombres, marchaba el rey armado de todas armas, con manto de púrpura sobre los hombros, el cetro en la mano y corona de oro en la cabeza. Tras él el señor Juan Tenorio llevaba la espada, el infante don Juan el yelmo, don Diego Garcia de Padilla el escudo real, y el señor Diego Perez Sarmiento, adelantado de Castilla, la lanza. Cada uno de estos caballeros que constituian la córte del rey, llevaban en torno suyo sus córtes particulares, y se hacian llevar los caballos de la mano por escuderos hidalgos; aquello era magnífico; el rey habia querido dar una muestra de poder, y habia hecho servir los oficios que generalmente desempeñaban sus escuderos, por los primeros caballeros del reino. Ultimamente mandando un escuadron de donceles, acompañado y rodeado de su ostentosa servidumbre, con el hábito capitular sobre las armas, venia el gran maestre de Santiago don Fadrique, hermano del rey, con algunos caballeros de la órden, y el maestre de Alcántara comandaba las lanzas reales, los ginetes y los peones.

A lo largo de esta procesion resonaban primero la música religiosa y las voces graves y solemnes de los sacerdotes; despues y sucesivamente al frente de sus respectivos escuadrones, trompas de guerra, pífanos, timbales y atanbores; entre este estruendo belicoso y marcial las pisadas de los caballos, el áspero crujir de las armaduras, al pesado balumbe de los hombres de armas, y sobre todo esto el clamor de las campanas de San Gil, doblando á un tiempo de una manera incesante y atronadora.

El pueblo se apiñaba y observaba todo esto en un silencio profundo; difícilmente se hubiera encontrado entre aquella multitud un hombre que para sus adentros no se hubiese preguntado para qué iban á aquel entierro tantas lanzas y sobre todo por qué marchaban entre ellas un rey de armas, un secretario, un escribano y el verdugo. De seguro iba á suceder alguna cosa terrible y esto aumentó la curiosidad general, ya sin este motivo bastante escitada.

Men Rodriguez, habia logrado á costa de sus codos

y de sus riñones, sostenerse en la primera fila del pueblo junto á la casa del Ecce-homo, donde se detuvo la clerecía para recibir el cadáver, que apareció sobre hombros de escuderos y entre los sacerdotes que le habian acompañado: el jóven vió que el arcediano á quién la noche anterior habia visto rubicundo y alegre estaba pálido como un cadáver: que cuando se puso en marcha, su paso era inseguro como el de un ébrio y que se apoyaba en dos de sus capellanes.

—He ahí un muerto que sigue á otro muerto murmuró, poniéndose en seguida á observar lo que venia detrás.

Hubo un momento en que el montañés palideció, tenia delante de sí parado á causa de la lentitud de la marcha de la procesion al hombre del sombrero verde, con quien la noche anterior habia estado solo en aquella misma calle: pero con corona en la cabeza, púrpura en los hombros y cetro en la mano. A no haber sospechado Men Rodriguez que el hombre de lo verde era el rey, no le hubiera reconocido: tal desfiguraban á don Pedro las vestiduras reales, y sobre todo la letal espresion de su semblante, en que se leia de una manera aterradora un pensamiento de muerte.

El rey se mostraba densamente pálido; sus grandes ojos zarzos estaban inmóviles, su mirada fiera, reconcentrada, terrible; su semblante estaba contraido de una manera sombría, y se adivinaba el hervir de la cólera bajo aquella inmovilidad fatal. No podia mirársele con atencion sin sentirse miedo. Por acaso, al salir el cadáver, el rey volvió la cabeza y reparó en Men Rodriguez y sus ojos irradiaron una mirada severa. Men Rodriguez se arrancó rápidamente la gorra que habia conservado puesta distraido y bajó los ojos, pero como una muestra de respeto, sin palidecer ni temblar: el rey dejó caer por algun tiempo su mirada á plomo sobre el montañés, como si por su aspecto hubiera querido descubrir lo que pasaba en el fondo de su alma, y aquella mirada perdió su severidad. En aquel noble aspecto habia adivinado al vasallo leal.

La procesion se puso de nuevo en marcha. El rey pasó.

Men Rodriguez levantó los ojos y solo le vió ya por la espalda.

La comitiva adelantó lentamente: antes de que acabase de pasar, un ballestero rompió por la multitud, se detuvo delante del jóven, y le miró profundamente.

—¿Es vuesamercé el señor Men Rodriguez de Sanabria? dijo.

—Yo soy contestó el jóven.

—Sígame vuesamercé de órden de su señoría, dijo el ballestero.

Precedido por aquel hombre á quien habria calle su vesta acuartelada con el blason real, Men Rodriguez, pudo penetrar en la Iglesia: de otro modo le hubiera sido imposible: el cortejo fúnebre se habia detenido en la plaza del átrio y guardaban las puertas ballesteros del rey. Men Rodriguez, precedido de su guia fue el segundo que entró en el templo: antes que él con su clerecía habia entrado el arzobispo de Sevilla.

—Esperemos aquí dijo el ballestero, deteniéndose bajo la sombría bóveda del coro junto á una pila de agua bendida.

El jóven examinó la iglesia: no era la humilde de ahora, ni aun estaba exactamente en el mismo sitio: era una iglesia de grandes dimensiones, de ese órden gótico severo que se admira aun, por su sublime sencillez, en algunas iglesias que representan, envejecidas ya en nuestros dias, el carácter de las construcciones religiosas de la edad media. Sobre sus muros de piedra, abiertos por arcos ojivos sustentados en pilastras que parecian haces de delgadas columnas amalgamadas, coronados por una inscripcion bizantina sobre fondo azul en que se leian versículos de la Escritura, se sustentaba una armadura de vigas caladas, pintadas y doradas, cuyos tirantes adornados de una rica tracería atravesaban el espacio comprendido entre los dos muros de la nave. La gran cúpula colocada en el centro, que formaba el crucero con la nave y la capilla Mayor, estaba escultada con magníficos casetones góticos dentro de cada uno de los cuales estaba esculpida como en un nicho la cabeza de un santo. Aquello era todo una córte celestial de madera: en cuanto al retablo de la capilla Mayor, cubierto enteramente de colgaduras de terciopelo negro, no podia juzgarse mas que de su coronacion de bronce consistente en un Señor crucificado, teniendo á sus piés á la Vírgen y á San Juan evangelista, figuras de talla angular, de musculatura exagerada y dura: colosales y toscos productos de la estuaria de aquel tiempo que participaba de la rudeza de la época; pero atrevidas, filosóficas y maravillosamente ejecutadas.

Se habian puesto cortinas negras delante de las altas ventanas rasgadas cubiertas con vidrios de colores, y se habia rechazado la luz del sol por aquel doble obstáculo y por el resplandor de los blandones de que estaba cubiertos el túmulo colocada en el centro del crucero, el tabernáculo y los muros en toda su estension: el pavimento de mármol, estaba alfombrado de bayetas negras, y no se veian mas asientos que los sillones del presbiterio para los celebrantes, y una silla real bajo un dosel de damasco rojo, levantado en la nave á la parte del Evangelio y destinado al rey.

Poco tiempo despues de haber entrado en la iglesia Men Rodriguez, se abrieron sus puertas y penetró el entierro, despues entró el rey acompañado de su servidumbre, miró en torno suyo, vió á Men Rodriguez, y con una mirada particular le indicó que se acercase: el jóven le obedeció, y el rey, sin dejar de andar, le dijo:

—¿Qué es de doña Aldonza Coronel?

—Me la entregaron para que la llevase á Aragon.

—¿Quien?

—El señor Pero Lope de Padilla.

—¿Qué has hecho de ella?

—Está en el aposento de asilo de la iglesia Mayor.

—Espera en las primeras filas de los ballesteros y cuando salga sigueme.

Men Rodriguez se quedó atrás y dejó pasar á los rico-hombres que le miraron con curiosidad, pero sin estrañeza, porque el rey acostumbraba de antiguo á hablar en secreto, aun en medio de la mayor solemnidad, con cualquiera, aun con el mas ínfimo de sus vasallos.

Colocóse, en fin el ataud en el túmulo; el rey ocupó su silla; quedó á los piés, y en derredor del trono su servidumbre, y una triple fila de ballesteros se estendió como una barrera de capilla á capilla en la parte media de la nave, el lugar que habia quedado para el pueblo era reducido y se llenó en un momento. El arzobispo bajó del presbiterio y recibió el cadáver: el arcediano fue apercibido para que se retirase á un lado de la capilla y el arzobispo se adelantó al altar y empezó el funeral: las graves notas del órgano se unieron á la salmodia de los sacerdotes; retumbaban los cánticos en el templo y sobre él el doblar de las campanas: las buenas comadres de las parroquias no se acordaban de un funeral tan ostentoso sino del que ocho años antes se hizo en la iglesia Mayor por la muerte del señor rey don Alonso.

Durante el funeral el semblante del rey conservó la espresion sombria que se reconcentraba mas y mas á medida que adelantaban los funerales; cuando se hubieron cantado los últimos salmos y echo las aspersiones al cadáver, cuando los escuderos le levantaron del túmulo y le pusieron sobre sus hombros el rey se puso de pié con una impaciencia febril y esperó á que pasase el cortejo fúnebre para ocupar en él su lugar. Salió el entierro lentamente de la iglesia, bajó las gradas del pórtico y el arzobispo con la clericia, rodeó una ancha sepultura que se habia abierto en el átrio frente á la puerta.

El rey atravesó por medio de los clérigos y rodeado de sus altos escuderos se puso al borde de la tumba. Men Rodriguez que le habia seguido estaba á alguna distancia detrás de él: un numeroso pueblo comprimia el cordon de ballesteros de la guarda, y el rey de armas Castilla, con sus heraldos, sus persevantes y sus trompeteros, se veia á corta distancia entre el secretario del rey y el escribano Ruy Perez.

Don Pedro le hizo una seña de que se acercase y haciéndose calle entre los ballesteros y los clérigos, adelantó hasta poner los piés de su caballo á poca distancia de la sepultura; detrás de él, y entre los ballesteros de maza, estaba Pero de Chiclana, fatídico y sombrío con la cabeza descubierta y apoyado en su espada. El pueblo comprendia que se trataba de una justicia y callaba con un silencio que podriamos llamar terror.

—Bendecid esa hoya, dijo el rey brevemente volviéndose al arzobispo, y acabad pronto con vuestros misereres.

Adelantó el arzobispo pálido y trémulo y bendijo la sepultura con todas las ceremonias del ritual cristiano. En seguida el clero entonó esas últimas y solemnes preces con que intercede la Iglesia por el ama cuyo cuerpo va á desaparecer de entre los vivos.

Doña Aldonza Coronel.

El cadáver fue puesto en el fondo de la fosa por los sepultureros y uno de ellos cogió un azadon para cubrir el hoyo.

—No, todavia no, dijo don Pedro: Castilla, mi leal rey de armas, cumplid vuestro deber.

Castilla desenrolló lentamente el pergamino que llevaba en la mano, paseó una grave mirada por el concurso y se alzó sobre los estribos: el silencio se hizo tan profundo que pudiera decirse que se oia. En seguida gritó el rey de armas.

«Don Pedro, por la gracia de Dios, rey de Castilla, »de Leon, de Asturias, de Galicia, de Sevilla, de »Córdoba y de Murcia; á todos los que la presente es»cucharen y entendieren salud y prosperidad.

»Notorio os es, nobles caballeros, gentiles hombres »y mesnaderos, y á vosotros tambien buenos y leales »vasallos de Sevilla, hasta qué punto ha llegado en »ciertas gentes el desprecio de nuestras leyes, sus »agravios á ellas, sus demasias, sus cohechos, sus bar»baries: los traidores se alientan á la sombra de »nuestro trono, roban el pan al pueblo, le azotan, le »tiranizan y llegan hasta el punto de negar la sepultu»ra canónica á los pobres...»

Un murmullo de indignacion del pueblo interrum-

pió al rey de armas..... «Aterrados estos ni aun se »atreven á darnos quejas, ni el saludable temor de »nuestra justicia basta para que cesen los desafueros. »El que se llama arcediano de San Gil, don Jofre Diaz »de Astorga, acaba de negar las preces para el cielo y »la sepultura en la tierra á Sancho Zapata, pobre me»cánico muerto por la miseria, y el rey ha provisto á »su entierro apenas ha llegado á su noticia su des»dicha.»

Una aclamacion inmensa interrumpió al rey de armas.

»Por lo tanto, continuó este, teniendo pruebas de »que el llamado: arcediano es un impostor, que come»tiendo el horrible crimen de fratricidio, se apoderó »del nombre y los beneficios del verdadero don Jofre »Diaz de Astorga, su hermano, canónigo de Toledo; »que á mas de este enorme crímen, es reo de sacrile»gio, de crueldad, de avaricia y de traicion contra »nuestra persona: considerando que como reyes re»presentamos la justicia de Dios en la tierra y estamos »gravemente obligados á cumplirla; hemos senten»ciado y sentenciamos, á Pero Sanchez de Astorga »que tal es su verdadero nombre á las penas siguien»tes:—En primer lugar visto que mancilla con una »falsedad la sagrada órden del sacerdocio, mandamos »que nuestro muy reverendo padre en Cristo arzobis»po de Sevilla, don Frei Nuño, le arranque las ves»tiduras sacerdotales y le anatematice y descomul»gue como réprobo condenado; otrosí: le despoja»mos de los señorios, rentas, pechos y derechos y

Entierro del arcediano.

»cualesquiera otros bienes que hubiese usurpado ó ad»quirido, y los conferimos para sí y sus descendientes »por juro de heredad, á doña Beatriz, hija de Sancho »Zapata, á quien al hacer señora y ricahembra enno»blecemos.»

Interrumpió por tercera vez el pueblo al rey de armas; pero entonces no fueron aclamaciones, sino gritos heridos de entusiasmo: volaron arrojadas al aire gorras y caperuzas y fue necesaria toda la curiosidad pública por el fin de aquella sentencia para que se restableciese el silencio.

«Y perteneciendo los señorios, fueros y derechos »de que se hace mencion, á un beneficio eclesiástico, »continuó el rey de armas, el rey queda en la obliga»cion de satisfacer de sus rentas lo que de la iglesia »toma, salva, siempre, la dispensacion del soberano »pontífice. En segundo lugar, visto que por los deli»tos de fratricidio, sacrilegio y traicion el mencionado »Pero Sanchez de Astorga, se ha hecho merecedor de »la muerte, mandamos... *que sea enterrado vivo con »el cadáver que tan miserablemente se ha negado á »sepultar.*»

El terror se apoderó de todos los oyentes, herizáronse los cabellos al mas alentado y una voz desesperada se dejó oir entre el silencio general.

—¡Perdon! señor ¡perdon! esclamó Pero Sanchez, con el semblante desencajado de terror ¡mándeme vuestra señoria ahorcar como un villano...! ¡despedazar por cuatro potros...! ¡pero enterrarme vivo...! ¡vos no lo hareis señor...! ¡vos tendreis piedad de mi...!

Don Pedro lanzó una mirada severa al rey de armas que, despues de haber pronunciado lentamente las palabras de la sentencia que hemos marcado con bastardilla, se habia detenido.

«Todo lo cual, continuó precipitadamente Castilla, que estaba pálido como un difunto, espoleado por la mirada del rey, mandamos se ejecute despues de »notificada públicamente esta real sentencia que pro»nunciamos conforme á nuestro derecho, con la con»ciencia libre y despues de meditadas las razones que »tenemos. Dada en nuestros reales alcázares de Sevilla »á ocho dias del mes de mayo, año de nuestra reden»cion de mil y trescientos y cincuenta y siete años.— »Yo el rey.—Yo Mateos Ferrandez, escribano y nota»rio público de su señoría en su córte y en todos sus »reinos, la refrendé y signé por su mandado con mi »firma y sello.»

Calló el rey de armas, callaron todos y solo se escuchó la voz de Pero Sanchez solemne y desesperada.

—¡Señor! ¡señor! esclamó: ¡tened piedad de mi! ¡así Dios prospere vuestro reinado, y proteja vuestra vida y la de vuestros hijos...! ¡ved señor, que vuestra sentencia pasa los límites de lo justo y toca en crueldad...! ¡por la pasion de nuestro Señor Jesucristo, señor...! ¡no me rechaceis...! ¡no me desoigais...! ¡sed clemente, señor, si quereis que Dios lo sea con vuestra grandeza...! Yo en verdad he sido un gran criminal... he escandalizado á mis ovejas... pero la misericordia de Dios es infinita y vuestra señoria es su imágen sobre la tierra, ¡señor! ¡señor! ¡mándadme matar por vuestros ballesteros...! ¡estaré quedo... y enterradme despues en esa misma fosa...! ¿no es esto bastante señor? ¿quereis enterrarme vivo...? ¿quereis dar ese ejemplo de inaudita crueldad...?

Y el miserable se revolvia á los piés del rey y abrazaba sus rodillas, y el rey le contemplaba como un leon contempla su presa.

—Tu has sido asesino, bandido y ladron en otro tiempo; le dijo.

—Si, si señor esclamó anhelante el arcediano.

—Tu, sirviendo vilmente á mi antiguo privado don Juan Alfonso de Alburquerque, alcanzaste por tus miserables servicios un señorio eclesiástico, sin ordenarte, porque tu eres un impostor, no eres sacerdote...

—¡Señor! ¡señor...!

—Tu has profanado el altar, tú, bandido siempre, has azotado á tus vasallos, tú has puesto precio á las preces de la Iglesia... tú has mancillado lo mas santo, la religion, la justicia, la virtud...

—¡Oh, perdon, señor...!

—Y luego... ¿qué has hecho de Beatriz...? el rey bajó mas la voz, ¿te la habian confiado para eso? Sancho Zapata viejo y enfermo, inútil para el trabajo estaba necesitado de caridad y tú... tú, á quien yo he dado limosnas para tus feligreses; tú, que te has apropiado las mandas piadosas que buenos cristianos te han dejado al morir para que fueses administrador de los pobres; tú, falso sacerdote, has disipado esas rentas y esas mandas en vicios y en vanidad, y has dejado morir de hambre á Sancho Zapata... y luego... luego la has pedido su honor por precio de la sepultura del que creia su padre, y no bastando esto la has arrojado hambrienta y desnuda á la calle, á una pobre doncella desvalida... á una doncella á quien debias respetar.

El arcediano se asió con mas fuerza á la vesta talar del rey, quiso suplicar aun, pero el terror tenia helada y convulsa su lengua.

—Esto has hecho como sacerdote, dijo el rey inclinándose mas sobre él y bajando mas la voz. ¿Y qué has hecho como vasallo? Mientras yo, ignorando tus maldades, engañado por tu aspecto hipócrita te honraba, tú introducias la rebeldía y la traicion en una santa casa y vilipendiándome convertias en una grei rebelde á una comunidad de vírgenes... tú, que temias mi justicia, y te espantaba el verme en el trono, encubrias y llamabas á tí á mis mas encarnizados enemigos; tú, valiéndote de un infame judío robaste anoche el pan á mi buena ciudad y encendiste un motin en que la canalla, comprada, pedia mi cabeza y se atrevia á llegar hasta mi alcázar. Tú, conjurabas contra mí, á Aragon y á las gentes rebeldes al rey de Granada mi aliado... pero mi justicia vela, y Ferran Gomez, Gil de Albornoz, el judío Abrahan y el moro Almondhir... están á la vista del pueblo ahorcados en los matacanes del castillo de Triana. Ellos han alcanzado la muerte por un solo crímen, por el de traicion, y seria injusto, muy injusto, que á tí, fratricida, ladron, sacrílego, asesino, impuro, te castigase del mismo modo. Si hubieses cometido mas crímenes sin duda que encontraria para tí un castigo mayor. Y en vano es que te revuelvas y grites porque mi justicia se cumplirá.

Hasta entonces la gente mas cercana al rey nada habia oido sino el sordo acento de su irritada palabra y las súplicas de Pero Sanchez: de repente este se alzó pálido, convulso, mortal, se hizo dos pasos atrás, buscó precipitadamente un objeto debajo de sus ropas talares, y poco despues sacó la mano armada con un puñal, se precipitó sobre el rey y le descargó en medio del pecho una terrible puñalada. Era aquello odioso; el altar profanado por un miserable, frente á frente del trono, armado con el puñal de los asesinos: afortunadamente la punta del arma se desgranó sobre el coselete que llevaba el rey bajo las vestiduras esteriores.

Al ver aquel hecho cien espadas brillaron desnudas y rápido como el relámpago, un jóven se puso de un salto entre el rey y el arcediano, acometió á este último y le hirió en el rostro con su espada. Aquel jóven era Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Atrás! ¡atrás todos! gritó el rey con voz de trueno, y luego volviéndose á Juan Diente, esclamó: asegurad á ese hombre y cumplid mi justicia; vosotros santos y buenos sacerdotes, añadió volviéndose á la clerecia, despojadle de sus ornamentos, y tú mi verdugo, brazo de mi justicia, haz tu obligacion.

En un momento Pero Sanchez fue asegurado, los sacerdotes mudos de terror despojaron al sentenciado de sus vestiduras sacerdotales, apoderóse de él el verdugo, le arrojó en la fosa, á pesar de sus esfuerzos desesperados y de sus gritos rabiosos, le puso un pié en el pecho y tomó el azadon: oyóse entonces la voz del arcediano que esclamó rugiente y desesperado:

—¡Rey don Pedro! ¡rey don Pedro! ¡tú morirás de mala muerte y tus hijos serán malditos en tu cabeza!

No puedo decir mas, el verdugo empezó á echar tierra sobre su cabeza, entonces sucedió una cosa horrible: los mas cercanos vieron por algunos momentos revolverse aquella capa de tierra y asomar por ella miembros crispados; á medida que el vigoroso brazo del verdugo añadia tierra, aquel movimiento se hacia mas leve, hasta que al fin cesó; poco despues en el lugar en que estaba el hoyo solo se vió un monton de tierra removida.

El rey montó á caballo; abrióse el cordon de los ballesteros, escapó el arzobispo, aterrado, con su clerecía á refugiarse en la iglesia Mayor; se dispersó el pueblo en silencio y el rey pasó entre las turbas murmurando para sí:

—En el estado á que han llegado las cosas no basta ser justo, es necesario ser cruel.

El señor Juan Tenorio por su parte decia contemplando el hoyo.

—He ahí un secreto enterrado.

Por su parte Men Rodriguez murmuraba siguiendo á don Pedro:

—Es ya demasiado... demasiado rey... ese hombre acabará por beber sangre humana... pero aunque llegue ese caso tendrá razon.

Un cuarto de hora despues el atrio estaba desierto: al dia siguiente apareció sobre la tumba una cruz de piedra: durante algun tiempo nadie se atrevio á pasar junto á ella, y las comadres de la vecindad dijeron que de noche se levantaba de la tumba una sombra blanca que pedia venganza. Sevilla quedó aterrada y la nobleza contenida. Es tradicion que el rey en memoria de aquel hecho, mandó que se pusiese una cruz de mármol negro delante de todas las iglesias de San Gil de sus reinos. Y sea por acaso, sea que fuese verdad, hace veinte años se veia en todas las ciudades de España una cruz de mármol negro delante ó á las inmediaciones de las iglesias de San Gil. Algunas de esas cruces aun existen; en muchas ciudades el ornato público ha vencido á la tradicion y la cruz ha desaparecido.

CAPITULO V.

En que el rey empieza á hacer algo por Men Rodriguez.

Men Rodriguez siguió al rey harto meditabundo y preocupado: vacilaba en servir á un señor tan duro, y por otra parte, sin poderlo evitar, su imaginacion se trasladaba incesantemente al aposento de asilo de la iglesia Mayor, atraida por el recuerdo de doña Aldonza que como una tentacion rebelde le acosaba; si se tiene presente que desde el dia anterior no habia comido, que habia vertido tres veces sangre, que habia pasado por diversas alternativas, no se estrañará la vaguedad de sus pensamientos. Parecíale que desde la noche anterior hasta entonces habia pasado un siglo.

Halló asimismo mudado su corazon: su existencia solo combatida el dia anterior por la miseria, sin mas sueños que una plaza de escudero y una mirada de amor de María, la hermosa hija de Pedro el armero, estaba á la sazon perdida en un torbellino de encontradas pasiones; encontrábase colocado delante del rey sobre la senda del favor y amaba á la misma mujer que el rey amaba. En cuanto al amor Men Rodriguez creia ser poderoso para dominarsè y reposaba en la confianza de sus fuerzas, pero en cuanto á lo relativo á su porvenir le tardaba verse frente á frente con el rey para juzgar por el primer paso cuales serian los demás.

Acordábase, por otra parte, de su madre, noble anciana á quien habia dejado medianamente pobre en la Puebla de Sanabria, y de sus hermanas que, hijas de un noble, no habian venido al mundo mas que para ver estrecheces y miserias.

Men Rodriguez creyó que debia sacrificarse todo entero á su familia; y de esta consecuencia dedujo que aunque el rey era mas de un tanto ajusticiador y violento y aunque amaba á doña Aldonza, debia olvidar aquellos amores y procurar á fuerza de buenos servicios que las mercedes del rey levantasen su arruinada casa.

Estos, en verdad, eran juiciosos pensamientos y Men Rodriguez cuando llegó siguiendo al rey á las puertas del alcázar, habia reposado enteramente en ellos.

Desapareció don Pedro bajo el pórtico, retirándose despues soldados y ballesteros, cerróse la puerta del alcázar, quedando solo abierto el postigo y tras él un guarda y nuestro montañés se encontró solo bajo un calor solar no muy tolerable, teniendo delante de sí la gran mole de la torre de la iglesia Mayor.

Pasaba muy poca gente: parecia que los acontecimientos que acababan de suceder influian en el aspecto de Sevilla otras veces tan animado; todos pasaban de prisa delante de las puertas del alcázar al que no se atrevian á mirar temerosos de que sus miradas trajesen alguna desgracia sobre sus cabezas. Solo permanecia allí Men Rodriguez de Sanabria, á quien iba impacientando ya su larga espera, cuando un hombrecillo, el escribano Alvar Yañez, se acercó á él y le dijo;

—Os doy mil plácemes caballero... bien sabia yo anoche por qué os decia que gastábais buenas compañas... ¡eh! ello es que estais en buen camino.

—¡Ah! ¿sois vos señor Alvar Yañez? dijo el jóven; en verdad me alegro de veros, porque vos sabreis del señor Pero Lope de Padilla.

—Ni mas ni menos que vos, amigo mio: el señor ballestero mayor del rey se ha perdido.

—¡Cómo que se ha perdido!

—Decir que se ha perdido no es mucho, cuando los ballesteros del rey le andan buscando por todas partes y no le hallan.

—¡Que le buscan los ballesteros del rey...! pardiez murmuró Men Rodriguez ¡ya decia yo!

—Y ¿qué decis vos, hidalgo?

—Paréceme que el rey gusta de que sus gentes no se oscurezcan.

—Y por lo mismo vos...

—Yo le obedezco.

—Pues entonces seguidme de su órden.

Y el escribano se puso en marcha, rodeó los muros del alcázar y llamó á uno de los postigos de los jardines: abrieron, habló el escribano algunas palabras con el guarda y pasaron.

La vista de aquellos admirables jardines en que don Pedro, para recreo de la Padilla, habia invertido un tesoro, maravilló á Men Rodriguez que hasta entonces solo habia visto las bravías selvas de sus montañas: engalanados aquellos laberintos de árboles y frondas, con el esplendente verdor de la primavera, dejando ver á lo largo de las tortuosas calles bellísimos pabellones, ya árabes, ya góticos; cruzándose las ramas de los aromáticos árboles frutales, de una manera tal que constituian un toldo impenetrable á los rayos del sol, con sus murmurantes arroyos, contenidos en cauces de alabastro, sus fuentes, sus estanques, sus cuadros de flores, aquellos jardines eran un edem: el piso, cubierto de un menudísimo y aterciopelado cesped, apagaba las pisadas como sobre una alfombra y todo parecia allí dispuesto para la molicie y para el placer.

Nuestros personajes atravesaron toda esta maravilla en que se habian armonizado de una manera admirable árboles, flores y aguas, y entraron por otro postigo en el alcázar, atravesaron algunas galerías y Men Rodriguez se encontró en el famoso palacio del Caracol, y delante de la puerta de una magnífica cámara en cuya descripcion no nos detendremos: basta decir que el arcó de aquella puerta era de estuco, pintado dorado, esbelto, ornamentado con rica *ajaraca*, inscripciones, orlas de encaje, colúmnas de mármol blanco embutidas, sosteniendo los arranques y magnífica faja de alicatado á una vara de altura sobre el pavimento de mármol. Cerraban aquel arco dos hojas de madera de alerce, primorosamente trazadas en una greca caprichosa en cuyos huecos se veian escudetes y flores, y alternados en perfecta simetria los cuarteles de Castilla y de Leon. En aquellas hojas habia abierto un pequeño postigo por el que era necesario entrar bajando la cabeza, pero bajo el cual pasó sin inclinase Alvar Yañez.

La espera de Men Rodriguez fue tan corta que no permitió al jóven hacerse enteramente cargo de los detalles que hemos apuntado á la ligera, introdújole Alvar Yañez, le hizo pasar una antecámara oscura y mostrándole una puerta cubierta con un tapiz, le dijo:

—Entrad, hidalgo, el rey os espera.

Men Rodriguez levantó el tapiz y entró en una cámara estensa y rica, iluminada blandamente de arriba á bajo por la luz que pasaba atenuada por vidrios de colores y por trasparentes de estuco: la cámara era esencialmente árabe y en su fondo dentro de un *alha-*

mi retrete ó alcoba, como mas queramos, estaba tendido indolentemente sobre un divan, un hombre que acariciaba distraido la inteligente cabeza de un hermoso lebrel que estaba echado en el divan.

Aquel hombre era el rey don Pedro. Tenia descubierta la cabeza, y sus blondos cabellos, libres de una presion enojosa, se desordenaban en anchos rizos: vestia un sayo corto de camelote negro, unas calzas de grana, unos borceguies de ante bordados de oro y seda á la morisca de punta larga, aguda y torcida, y de su talabarte pendian solamente una rica limosnera y un puñal con pomo de oro.

Dificilmente se hubiera encontrado en su semblante despues de una profunda observacion, ni la mas ligera huella de las impresiones que debia haber fijado en su alma la horrible escena del entierro. Estaba profundamente tranquilo y solo se notaba en él un ligero tinte de melancolía.

Don Pedro entonces estaba verdaderamente hermoso con su vigorosa juventud, su fisonomía pensadora, su rico y sencillo traje, y las esbeltas y redondas formas que bajo él se revelaban.

Men Rodriguez se detuvo en medio de la cámara y guardó un respetuoso silencio.

—Acércate, acércate, bravo montañés, le dijo el rey con afecto: hemos terminado lo mas enfadoso de nuestro trabajo y podemos dedicar algun tiempo á una conversacion tranquila: yo te tengo por noble, por tus hechos, pero no sé bien quien eres: siéntate.

—¡Señor!

—Siéntate.

Men Rodriguez asió un escabel y se sentó á una respetuosa distancia, en esa violenta actitud de quien se vé igualado en cierto modo con un superior por una honrosa concesion.

—Acércate mas y deja ese aire de novicio... te quiero como anoche hablador y atrevido.

—Anoche, señor, creia tratar con un igual en linaje, mas favorecido que yo por la fortuna.

—¡Eres pobre!

—He venido á la córte á poner á sueldo de vuestra señoría la noble espada de mi padre.

—Espada que tan bien se dá á conocer, es demasiado preciosa para que no se aproveche, sobre todo cuando la abona un corazon como el tuyo.

—Lo que yo he hecho, señor, lo hubiera hecho cualquiera.

—Sin tí, Men Rodriguez, dijo el rey incorporándose y mirando fijamente al jóven, el rey acaso estaria muerto.

—¡Señor...!

—Casualidades... ó providencias; tu amor por una rebelde, amor que produjo la muerte de Alvaro de Parreño, ha dado hermosos frutos; por lo tanto mi primer premio para tí, es ese amor.

Men Rodriguez temió que el rey le tendiera un lazo y contestó conteniendo su emocion.

—Yo no amo á esa dama.

—Tan desdichada puede ser doña Aldonza que esté sentenciada á no encontrar mas que amarguras en sus rebeldías.

—Yo la ví, señor, y fue un enamoramiento de esos que pasan cuando se encuentran obstáculos. Yo la creia simplemente hija de un mecánico.

—Sin embargo, la trova que cantaste junto á la ferrería demostraba.....

—Túvela por noble despues, pero nunca creí...

—¿Que se tratase de una altiva rica hembra?

—Soy demasiado orgulloso para decir amores, que podrian parecer interesados, á una mujer rica y poderosa.

—Escucha una historia: «Vivia en Sevilla una viuda hermosa, jóven, noble, pero pobre: la vió un poderoso rey y se enamoró de ella hasta el punto, no solo de decirla amores, sino de abandonar por ella á su legítima esposa y á su hijo recien nacido: aquella mujer hija de una familia que no pasaba de hidalga, que era hermosa lo bastante para enamorar al rey y harto discreta para sacar partido de su hermosura, se apoderó lentamente del gobierno del reino, enriqueció á sus deudos, proveyó en ellos los primeros oficios, y cuando hubo hecho esto empezó por hacerse una córte, ennobleciendo y enriqueciendo á sus servidores: aquella mujer lo fue todo en Castilla, y, mientras vivió el rey, nada resistió á su influjo; pero murió el amante: la reina hasta entonces despreciada, volvió á ser reina, ciñó la corona el príncipe su hijo y todo cambió: la reina viuda mató á la favorita abandonada, el jóven rey por consejos de sus privados hizo no se qué muertes y destierros en los deudos y los servidores de la antigua manceba; pero sin embargo, los bastardos, los parientes y los amigos de aquella dama, quedaron bastante ricos para sostener el nombre de rico hombres que habian adquirido de una manera vergonzosa. Aquel rey era mi padre, aquella viuda doña Leonor de Guzman, y uno de los servidores mas favorecidos por ella, don Alonso Ferrandez Coronel, padre de doña Aldonza Coronel.» Por consecuencia de la misma manera que los Coroneles fueron favorecidos y enriquecidos por bajezas, puedo yo dar timbres á tu nobleza, y llenar de oro las vacias arcas de tu padre para que puedas reedificar las almenas que el tiempo haya desmoronado en tu antiguo solar de Sanabria, poblar sus cuadras de ginetes, y clavar en su torre de honor una bandera. De este modo podrás aspirar de igual á igual á los amores de doña Aldonza.

—Pero doña Aldonza, señor, es casada.

—No confundamos las palabras: doña Aldonza solo está desposada, y un golpe de la espada de mi verdugo, las manos de mi agonizante Sancho, ó si no hay otro medio, una dispensacion del papa, pueden arrojar legítimamente en tus brazos á doña Aldonza Coronel.

—Os juro, señor, que estoy enteramente curado de la pasion que me inspiró esa señora.

—¿Y desde cuando?

—Desde anoche.

—He ahí un temple de alma que envidio: pasastes anoche gran parte de ella á su lado, porque segun creo, te la pusieron en las manos, ¿y no aprovechastes una ocasion tan propicia?

—Lo que es del señor no debe ser codiciado por el vasallo, contestó con cierta audacia Men Rodriguez.

—¡Ah! por fin empiezo á verte como anoche; lo que quiere decir que crees que yo amo á doña Aldonza.

—Todo parece demostrarlo, señor.

—A veces, Sanabria, dijo el rey con indolencia, lo que mas cierto aparece es de lo que mas se debe dudar. Por ejemplo: tu pareces enteramente indiferente á esa mujer, y sin embargo la amas... la amas, insistió el rey; pero esto no importa si creyéndome interesado por ella la respetas... ¡Y te pusieron la tentacion por delante creyendo que tu audacia de jóven...! tu no sabes la intencion de esas gentes y es necesario castigarlas... es necesario que doña Aldonza pase por mi manceba... Sí, necesito vengarme de la manera que puedo... tu no entiendes bien, sin duda, que un rey que acaba de hacer lo que has visto delante de la iglesia de San Gil, encuentra obstáculos para algunas cosas... obstáculos invencibles; pues bien, esto es verdad. ¡Por Cristo vivo,! añadió el rey levantándose y paseándose por la cámara murmurando sus palabras de modo que no podia entenderlas Men Rodriguez: ¡si otro que María hubiera abusado de mi confianza para salvar á don Enrique...! ¡ira de Dios! ¡no sé hasta donde hubiera llegado...! ¡Y ese miserable Pero Lope...! Los Padillas andan demasiado sobre sí; parece que un mal destino me impide el no verme jamás libre de favoritos... ¡Oh! ¡bien saben que por no hacer derramar lágrimas demasiado amargas á María, á mi pobre

María, dijo, dejaré usar de mi autoridad hasta cierto punto... pero cuidado señores mios: no os confieis demasiado... pudiera suceder que vuestras cabezas fueran á aumentar el número de las ya cortadas... por ahora vuestra traicion no pasa de una intriega de amores... bien ¡Dios ha querido que para que pueda castigaros se me presente como llovido del cielo un bravo mozo...! Te necesito aun, Sanabria, dijo deteniéndose de repente delante de Men Rodriguez, que al levantarse el rey se habia puesto de pié y permanecia inmóvil en su puesto.

—Vuestra señoria puede disponer de mí en cuerpo y en alma.

—Lo sé, Sanabria, lo sé: las pruebas que me has dado, me indican que tengo en tí un vasallo leal: pero quiero que me digas con tu audacia montañesa: ¿qué te parece de mi modo de gobernar? ¿No crees demasiado duro que yo haya enterrado vivo á ese pobre demonio de arcediano?

Men Rodriguez, como hemos dicho, se habia decidido á servir ciegamente al rey en cuanto pudiera hacerlo sin faltar á su nobleza, y era en fin otro hombre; por lo tanto se abstuvo de decir lo que sentia.

—Dios, señor, contestó, tiene en su mano el corazon de las leyes, y solo á él toca juzgar de lo justo ó de lo injusto de sus acciones. Colocados en mas alto lugar que sus vasallos, ven mas, conocen mejor lo conveniente y seria aventurado juzgar de sus hechos por lo que parecen. Al vasallo solo le toca obedecer.

Esta contestacion eminentemente realista, alhagó á don Pedro, que como todos los reyes déspotas, amaba su inviolabilidad y su libre derecho de hacer ó deshacer... y decimos déspotas, porque en aquellos tiempos de bendicion, eran tales las condiciones sociables, que el rey no podia ser otra cosa que tirano ó esclavo, y don Pedro, estaba muy lejos de ser lo último.

El rey se detuvo de nuevo delante de Men Rodriguez y clavó en su semblante una profunda mirada de observacion. Nada vió en él sino franqueza y lealtad: el rostro de Men Rodriguez, respecto á su alma, era lo mismo que la clarísima superficie de una fuente respecto á su fondo.

Podrá suceder, le dijo, que yo te emplee en encargos demasiado duros.

—El rey responderá á Dios.

—Sanabria, es necesario que me ayudes á buscar traidores.

—¡Bien está!

—Para eso será necesario que te muestres traidor.

Nublóse un tanto el rostro de Men Rodriguez; don Pedro continuó como si no hubiese percibido aquella demostracion.

—Hay en mi córte un noble y poderoso señor, por cuyas venas corre la sangre real aragonesa... y es necesario que vigiles á ese hombre, que te hagas su amigo.

—Y cómo señor?... ese caballero no se fiará de mí.

—En primer lugar necesitas oro...

—¡Señor...!

—Sin oro no podrias terciar en las desordenadas orgías de ese hombre... toma...

El rey habia abierto entretanto una gran caja, que Men Rodriguez notó estaba llena de talegos de cuero, y de uno de aquellos talegos sacó una razonable cantidad de oro.

—Por el momento no hay necesidad de eso, señor.

—¡Cómo! tú que has venido á Sevilla adquiriendo tu pan con tu laud, ¡no necesitas por el momento oro! dijo con cierto recelo el rey.

—Anoche, el señor Pero Lope de Padilla, me dió dinero dos veces.

—¡Ah!

—Primeramente, poco despues de haberme encontrado en la ferrería cuando acababa de castigar á un insolente...

—A Alvaro de Parreño, es verdad...

—Me tomó á su servicio como escudero hidalgo.. y yo que necesitaba que alguien me introdujese en la córte, acepte... el señor Pero Lope me dió diez florines de oro, para que pudiera procurarme ropas y armas.

—En verdad debí haber reparado que tu vestido mas es de soldado que de trovador.

—Este vestido es de un grande amigo mio.

—¡Tienes amigos en Sevilla!

—Anoche le conocí, anoche le comprendí, y le acepté por amigo.

—¿Y quién es ese amigo? en la córte hay que andar con cuidado.

—Ese mancebo, es escudero del señor Juan Fernandez de Hinestrosa, se llama Andres Corchuelo, y es además...

—Además qué...

—Amante de doña Beatriz Zapata.

Palideció el rey levemente.

—Es necesario que ese hombre olvide esos amores... son imposibles, dijo profundamente el rey.

Men Rodriguez no contestó y guardó por algun tiempo silencio.

—¿Y ella le ama?... dijo el rey con acento inseguro, de quien está profundamente escitado por una duda.

—Andrés Corchuelo habla de un matrimonio dilatado por la pobreza...

—¿Y ese hombre quién es? dijo el rey, ¿de dónde él viene?...

—Es hijo del Campanero de la iglesia Mayor.

El rey siguió paseándose en silencio.

—Bien dijo; sigamos con tus cuentas... Decías que mi ballestero mayor te dió anoche dos veces dinero: ya sabemos como fue la primera, veamos la segunda.

—Cuando yo esperaba por órden de vuestra señoría en la torre del Oro, segun me dijo Garci-Diaz de Alvarracin, entró un hidalgo preso...

—Adelante.

—Ya abanzada la noche llegó el señor Pero Lope de Padilla que se puso á hablar en secreto con Garci-Diaz de Alvarracin, despues de lo cual llegó á mí y me habló tambien. Me dijo que el caballero que acababa de entrar era el conde de Trastamara.

—¡Bien, muy bien..! he ahí la lealtad de mi ballestero mayor... Sigue.

—El señor Pero Lope me dijo, que necesitaba trasladarse urgentemente al alcázar, y me encargó que vigilase el cumplimiento de una órden de vuestra señoría que podria sobrevenir.

—Adelante... todo eso lo sé.

—Salió y volvió; hizo me llamasen á un aposento de la torre, se encerró conmigo, me esploró acerca de mis amores con doña Aldonza y me escitó para que huyese con ella á Aragon, diciéndome que no queriendo vuestra señoría castigar á sangre á esa señora, queria que se fingiese una fuga: para hacer posible esa fuga, me dió esta bolsa á la que no he tocado.

El rey tomó el bolsillo y le vertió sobre una mesa,

—Sesenta doblas de oro, esclamó... Y tú... el rey se detuvo.

—¡Yo que creí comprender que lo de la fuga era una traicion!

—La trajiste á Sevilla.... cuidando, sin embargo, de depositarla en sagrado.

—Fue una casualidad... yo no conocia en Sevilla mas casa que la habitacion que tiene en la iglesa Mayor maese Blas el campanero... Pero doña Aldonza apenas se vió dentro del recinto de la iglesia...

—¿Reclamó el asilo? y bien... querrá imponernos condiciones, murmuró el rey. Y luego añadió, alto: guarda esas doblas y estas otras, y le mostró las que habia sacado de la caja. Pero no basta que tengas oro... eres noble: ¡sé caballero..! eres pobre. ¡Se, señor..!

Y el rey fue á una mesa, tomó un pergamino, le llenó de su propio puño, le firmó y le mostró á Men Rodriguez. El jóven palideció de emocion y cayó á los piés de don Pedro esclamando:

—¡Ah, señor! ¡me dais el señorío de la Puebla de Sanabria! ¿con qué podré yo pagaros?

—Sirviéndome bien, esclamó el rey inclinándose sobre él y levantándole.

Por muy leal que sea un vasallo, las mercedes jamás están demás: elevan la adhesion al fanatismo, y por el contrario la fidelidad que no es recompensada, se enfria sofocada por el sentimiento de la ingratitud de los reyes; Men Rodriguez que hasta entonces solo habia visto en don Pedro un gigante, vió un Dios, si se nos permite esta frase.

—¡Gutierre! gritó el rey llegando á la puerta, á la que poco despues se presentó su guarda mayor.

—Lleva esta cédula á mi canciller de la poridad, le dijo, y que la ponga mi sello: haz antes que la refrende mi escribano Mateos Ferrandez.

El guarda mayor se inclinó y salió: don Pedro se volvió de nuevo á Men Rodriguez, y le dijo:

—Mañana al amanecer, en la capilla del alcázar sin ostentacion y sin ruido, en presencia de pocas personas te armaré caballero...

—¡Señor! ¡ah señor!

—Pero antes quisiera conocer tu destreza en las armas, como conozco tu valor. Ven.

El rey asió de sobre un sitial una gorra de brocado alrededor de la cual se ceñia una estrecha corona de oro, y salió de la cámara. Atravesó algunas galerias y patios, y entró en sus caballerizas.

Eran estas estensísimas y llenas de magníficos caballos andaluces y árabes; el rey se detuvo en la puerta y dijo á Men Rodriguez.

—Veamos si entre esos doscientos caballos sabes elegir un corcel de batalla.

Men Rodriguez adelantó y hácia el medio de las cuadras se detuvo delante de un caballo de gran alzada y magnífica estampa.

—He aquí el corcel que buscamos, señor, dijo volviéndose al rey.

—¡Cómo! y no puede suceder que en los que has visto haya otro mejor.

—Cuando mas podrá ser igual.

—Es decir...

—Que jamás he visto un tan escelente animal.

—En efecto es mi bridon de guerra: pero te advierto que es necesario gran poder, gran destreza para dominarle.

—Ese caballo bajo mi mano obedecerá dócil como una oveja, señor.

—Veámoslo. ¡Ola! ¡á mí! gritó el rey.

Acudieron gorra en mano algunos palafreneros.

—Enjaezad á Balax, les dijo el rey, y sacadle por el apeadero al corral. Sigamos, Sanabria, sigamos.

Salieron de las caballerizas, atravesaron nuevas galerias y llegaron á la puerta de una cámara, delante de la cual se paseaba un ballestero con la maza en el hombro: el soldado se cuadró haciendo al rey un saludo de honor.

Don Pedro y Men Rodriguez entraron.

Era un salon largo, de alta techumbre de pino entallado, de muros de piedra abiertos de trecho en trecho por ventanas góticas; á lo largo de los muros y de un ringle colocado en el centro, habia colgados multitud de arneses de córte y de guerra, y jaeces de batalla: en los ángulos y cruzadas sobre los muros habia largas y fortísimas picas, arcos de acebo, ballestas, mazas y hachas de armas; pendian del techo multitud de banderas aragonesas, navarras, francesas y sarracenas, y el todo producia un efecto bravío é enesplicable. Aquella era la armería del rey.

Don Pedro se dirigió á un armario cerrado por puertas enrejadas de alambre, y tomó dos espadas iguales: luego dijo á Men Rodriguez dándole una de ellas.

—Toma y defiéndete.

—¡Cómo, señor! ¡con vuestra señoría!

—Toma esa espada y defiéndete. ¡Ea! ¡veamos! Yo paso por buen esgrimador; procura vencerme.

Y atacó á Men Rodriguez: el jóven tuvo necesidad de ponerse en defensa. El rey le acometia de una manera formidable, dejándole tiempo apenas para repararse. Men Rodriguez, dominado por el respeto, se defendia mal. El rey parecia evitar el tocarle.

—Flojo andas, Sanabria, le dijo: si siempre te defiendes así, el mas débil de mis escuderos te mataria al primer pase: he tenido que contener tres veces la mano para no herirte. A fuera, á fuera respeto. Haz lo que puedas, como si tuvieras delante un enemigo.

—Es, señor, que no he comido desde ayer al medio dia, ni he dormido desde antes de anoche.

—¿Y qué importa? Un buen caballero siempre debe estar dispuesto: en la dura profesion de la caballería aviene á veces entrar en batalla con el vientre vacío, lo que nada supone si el corazon está lleno y los puños son de buena ley. Allá va: veamos si esto te embravece.

Y el rey amagó la cabeza de Men Rodriguez y faltando á su parada rebatió la mano y le dió un terrible planazo en un muslo. Olvidóse entonces el jóven que era el rey quien con él se media, y le atacó. Don Pedro necesitó de toda su destreza para no ser tocado, y le fue imposible por mas que redobló sus esfuerzos volver á tocar al jóven: enlazábanse las espadas, silvaban, resplandecian con el fuego rapidísimo del relámpago y siempre encontraban acero, nunca carne. Firmes, como clavados en tierra, ninguno de los contendientes avanzaba ni retrocedia: el rey acabó por olvidar que estaba haciendo un ensayo, palideció, sus ojos adquirieron una espresion feroz, y redobló sus ataques, pero de una manera inútil; cansóse al fin y se retiró levantando la punta de su espada. Men Rodriguez bajó la suya.

—¡Admirable! dijo el rey... eres una valiente espada, Sanabria, un puño de hierro: á durar mas...

—Me hubierais vencido, señor.

—Dios lo sabe. Veamos ahora si eres tan buen caballero como buen espada. ¡Ola! ¡escuderos!... En tanto vienen, elige un arnés de guerra esceptuando estos cinco que están colocados á mi derecha. El primero era del santo rey don Fernando: el segundo el que llevaba Alonso Octavo en las Navas de Tolosa; el de mas allá fue de don Enrique el Primero; esotro de mi padre el rey don Alonso; y el último, en fin, el que yo mismo he llevado en la última guerra de Aragon.

—Pues entónces, señor, elijo aquel arnés de Milan que hace el número seis.

—¡Ah! ¿y por qué conoces que es de Milan?

—Por lo fuerte de su acicalado, por lo bello de su forma, por lo delicado de sus adornos, y sobre todo por su yelmo de encaje con creston trepado.

—En cuanto á lo acicalado, puede consistir acaso en que está vírgen de sangre. Ese arnés perteneció al rey don Alonso el Sabio, que hizo mas leyes que dió batallas.

—¡Ah! ¡es una armadura real!

—¿Qué importa? es demasiado buena para dejarla enmohecerse vírgen. Descolgad ese arnés, añadió el rey dirigiéndose á cuatro escuderos que habian entrado poco antes, y armad con él á este caballero.

Los escuderos obedecieron, y un cuarto de hora despues el jóven satisfacia su vanidad contemplándose en uno de los grandes espejos de acero que habia en la armería: estaba verdaderamente gallardo bajo el arnés vírgen de don Alonso el Sabio.

—Tomad algunas lanzas de batalla con hierros de Milan, dijo el rey á los escuderos, una maza de armas

y una espada de á dos manos. Llevad al corral tres estafermos fuertes y colgadlos de las cadenas de los postes.

Los escuderos obedecieron llevándose los objetos mencionados por el rey.

—En tanto disponen nuestra escuela de armas, veamos cómo estas de heráldica. ¿Cómo se llama este color? añadió el rey poniendo el dedo sobre uno de los cuarteles de un blason esmaltado en un escudo.

—Azur, señor, contestó el jóven.

—¿Qué significa?

—Nobleza, lealtad, generosidad.

—¿Y este otro?

—Gules.

—¿Qué representa?

—Valor, heroismo, fuerza.

—Bien, muy bien. Veo que bajo tus harapos de trovador se ocultaba un cumplido caballero. Vamos al corral, Sanabria.

Cuando llegaron á él, los escuderos concluian de prepararle para la prueba de armas, y los palafreneros tenian de las bridas á Balax encaparazonado de guerra. El noble animal, relinchó de alegría al sentir á su amo.

—¡Bien, muy bien, Balax! dijo el rey... hace mucho tiempo que no sientes el peso de un arnés y estás impaciente. Veamos como te defiendes de un aspirante á la esclarecida órden de la caballería; á caballo, Sanabria, á caballo, y ten mucha cuenta contigo: es un animal de bríos. ¡Bien! ¡magnifica posicion! ¡Bravo, Balax! ¡desconoces al ginete y te revelas! trátale sin compasion, Sanabria, como yo trato á mis rebeldes; cuidado, hijo, cuidado; bueno; soberbia mano; déjale ir, déjale; revuélvele... ¡Bien! ¡muy bien!

El caballo en efecto habia desconocido á Men Rodriguez, y habia querido desembarazarse de él; pero el jóven le habia hecho conocer que se trataba de un escelente ginete, y el caballo dócil á la mano le habia obedecido, con una prontitud y una precision admirable.

Men Rodriguez, recorrió varias veces el corral, que era estenso, en todos los aires, habia hecho caracolear y ruar á Balax, y se habia mostrado, en fin, ginete consumado.

—¡Una lanza! dijo el rey.

Uno de los escuderos dió á Men Rodriguez un pesado lanzon de roble.

—Toma campo, Sanabria, dijo el rey, y veamos como falseas el primer estafermo.

Lo que el rey llamaba estafermo, era un arnés mohoso pero fuertísimo, colgado de una cadena de un poste de piedra en medio del corral. Mas allá á igual distancia, habia otros dos colgados de igual manera en postes.

Men Rodriguez tomó campo enfilo con el estafermo, envistió con la lanza baja y á toda la carrera de Balax, chocó y rompió la lanza en astillas sin descomponerse ni moverse del arzon, y pasó.

El rey fue al estafermo: en él habia quedado un trozo de lanza; la punta habia falseado una adarga de piel curtida de siete forros sobre una plancha de hierro, el piastron, el peto y el espaldar, y se habia desgranado haciendo una profunda señal en la piedra del poste.

Una sonrisa de satisfaccion iluminó el semblante del rey.

—¡Otra lanza! dijo: veamos tu destreza: un golpe en las vistas de la celada al soslayo, Sanabria: es un golpe que no debe darse si no cuando se trata de desembarazarse de felones que acometen en cuadrilla, pero que seria una traicion de solo á solo: veamos.

Men Rodriguez enristró la lanza y envistió de nuevo, el hierro entró por entre las barras de la celada y la lanza se rompió.

—¡A tierra, Sanabria! veamos la fuerza de tus mandobles: vamos al segundo estafermo.

Men Rodriguez tomó de un escudero una espada de á dos manos, se encaminó al segundo arnés, y sin detenerse volteó la espada sobre su cabeza, la dejó caer y partió el casco del estafermo. Cuando probó la maza de armas en el tercero, rompió el yelmo como si hubiera sido una calabaza.

—¡He ahí un nuevo Roldan! dijo con cansancio una voz lánguida detrás del rey.

—¡Ah! ¿eres tú, primo? ¿y tú, Juan Tenorio? yo creia, prosiguió dirigiéndose á este último que despues de mí, tu eras el primer caballero de Castilla.

—Ya ha podido ver vuestra señoría que no es cierto; este hidalgo, por las muestras, es el primer caballero del mundo.

—Os recomiendo su amistad, primo don Juan: es noble, señor de la Puebla de Sanabria, y mañana pienso armarle caballero.

—Seré su padrino, dijo el infante don Juan, tendiendo la mano á Sanabria.

—No en verdad, primo; tengo reservado ese padrinazgo al maestre don Fadrique: vos, señor Juan Tenorio, podreis llevar las espuelas, y vuestra hermosa mujer, primo, podrá ser la madrina.

—¡Oh! ¡bien! ¡tanto me da! suplico por tanto á este hidalgo que me haga la merced de sacrificarse desde ahora hasta mañana en mi casa.

—El señor Men Rodriguez de Sanabria, tiene por el momento en qué ocuparse como recien llegado: pero os prometo que comerá con vos. Adios primo, adios señor Juan Tenorio.

Y el rey se dirigió á la salida, haciendo seña á Sanabria de que le siguiese.

Quedaron en el corral entretenidos en ver los destrozos que habia hecho en los estafermos Men Rodriguez, y el infante esclamó:

—¿Sabeis que es todo un hombre?

—Ya lo veo... y no, los arneses no son de pergamino.

—¡Cómo de pergaminos! doblados y barreados.

—Y sin embargo, vedlos partidos como cáscaras de melon.

—Esperad: ¿no es esté el mismo hidalgo que hirió esta mañana al arcediano?

—Creo que sí, don Juan.

—Os acordais del vestido que llevaba.

—Una vesta de soldado... pero no hay que fiar en eso: de la misma manera que el rey viste un verdugo de fraile, puede vestir á un rico hombre de soldado. A mas el apellido de Sanabria es muy conocido por ilustre.

—Y por pobre: su padre no pudo llevar, segun dicen, mas que dos escuderos montados en mulas á la batalla del Salado.

—El rey puede enriquecerle.

—Es necesario, pues, que nos apoderemos de ese hombre.

—¡Cómo, don Juan!

—Hoy come conmigo, y mi mujer es demasiado hermosa y discreta, para que si se la deja con él á solas.....

—Ved que el tal Men Rodriguez es un hermoso mancebo.

—Para doña Isabel Nuñez de Lara, no hay nada tan hermoso, amigo mio, como el señorío de Vizcaya: ese hidalgo, lo juraria Tenorio, es ó será favorito del rey... ya veis.....

—En efecto, debeis aprovechar la hermosura de vuestra esposa.. .

—Para ser señor de Vizcaya... no me casé con ella por otra cosa... pero ¡ah diablo! ¡el medio dia!.. os dejo Tenorio si he de preparar á mi mujer: supongo que nos acompañareis á comer.

—No, don Juan, yo me voy á dormir.

—Pues que Dios os de buen sueño. ¿Nos veremos á la noche?

—Sí, en la hostería de la puerta de Adohar (1).

—No faltaré.

—Espero buenas noticias.

—Estrecháronse las manos y se separaron: el infante tomó la salida, y el señor Juan Tenorio el camino del aposento que tenia en el alcázar; se hizo desnudar por un escudero y se metió en la cama murmurando:

—Ese infante mas parece hijo de un judío que de un rey... en verdad, en verdad, será necesario creer lo que se murmura de las liviandades de su madre la reina doña Leonor... ¡Diablo! y doña Isabel Nuñez de Lara es demasiado hermosa para que ese señor Sanabria no encuentre muy dulce la amistad de don Juan..... ¡Oh! hará bien el rey, muy bien en matarle: un mohatrero respetaria mas su honor.

Entretanto el rey decia á Men Rodriguez, que se habia desarmado, á la puerta de su cámara.

—Vé á mi escudero Pero Ponce, y déjate ataviar por él; despues busca al señor Alvar Yañez, vé á su casa, y cumple lo que dice este pergamino. Sobre todo no te olvides de ir á comer á casa del infante don Juan.

El rey entró en su cámara y llamó á su tesorero don Simuel Leví.

CAPITULO VI.

De cómo desempeñó Men Rodriguez dos importantes comisiones del rey.

Poco tiempo despues, Alvar Yañez acompañaba al jóven asombrado de su lujo: llevaba un sayo de seda orlado de pieles de cuartas cibelinas, gorra dorada con joyel de aljofar, calzas de grana atacadas, borceguíes bordados, espada de corte y rica limosnera; estaba desconocido, y la palidez del cansancio le hacia mas hermoso.

—He aquí un alcon real que se remonta, dijo el escribano: es necesario estar bien con este pájaro... afortunadamente, cuando el rey no ha dejado caer sobre mí sus iras, no sabe nada... el arcediano ha callado... acaso porque no ha tenido tiempo de hablar.

—Y bien, queda mucho para vuestra casa, caballero, dijo Men Rodriguez.

—No mucho, señor, no mucho, pasadas tres calles.....

—¿Por qué me decis señor?....

—¡Cáspita!.. ¿eso os estraña y privais con el rey?

—¿Quién os ha dicho que yo privo?

—¡Diablo! bien podrá ser que no, pero me parece que anoche no teniais tan rico plumaje.

—Sois poco discreto para escribano.

—Tal vez, dijo Alvar Yañez, dando tortura en su imaginacion al doble sentido de las palabras del jóven.

—¿Sabeis á lo que vamos á vuestra casa? dijo Men Rodriguez.

—Sí, en verdad debo entregaros cierta... dama, que ayer era.....

—Nada importa saber lo que era ayer.

—Decís bien: siempre es una hermosa doncella... un escelente partido.....

—Creo que estais empeñado, dijo bruscamente Men Rodriguez, en tener participacion en alguno de mis secretos... pero os advierto que yo no conozco la córte, y que obro como se obra allá en nuestras montañas, francamente... yo no sé mas, no alcanzo á mas que á servir al rey en lo que me mande, sin meterme en otras honduras ni estravíos.

(1) Hoy de la Carne: llamóse tambien de la Judería: Bib-Adohar en árabe significa puerta del medio dia.

—Ya lo creo, dijo para sí Alvar Yañez; yo le serviria tambien ciegamente si me pagase como á tí.

—Por lo mismo continuó Men Rodriguez: como el rey me ha encargado que traslade esa dama á la casa del arcediano... será necesario que me provea de una litera.

—No faltará. Pero ya estamos en mi casa. Entrad..... reparad en cómo os miran todas esas honradas vecinas que están en el pátio..... este es un acontecimiento para ellas..... ¡Pobre Beatriz!.... Bastante han hablado, ya solo con lo de haberla hecho merced el rey de las rentas, feudos y derechos del arcedianato..... cuando la vean bajar con vos, estallarán. Pasad, caballero, añadió despues de haber abierto la puerta, voy á llamar á doña Beatriz.

É introdujo al jóven en la habitacion, donde la noche antes habia estado el rey.

Poco despues apareció Beatriz vestida con un traje enteramente blanco, color de luto en aquellos tiempos; las formas del vestido pertenecian á la moda de la nobleza, y sus cabellos habian sido peinados de una manera aristocrática.

La pobre niña jamás habia usado otras ropas que sus sencillos juvones colorados, y sus abigarrados briales de villana; pero aquel traje severo y noble, cayendo en anchos pliegues hasta sus piés; aquella toca de gasa, bellamente prendida á sus cabellos, y los rizados encajes entre los que aparecian sus brazos y su cuello, se adaptaban tan bien á sus formas, como si siempre hubiera vestido de una manera distinguida.

Luego, la demacracion de la miseria, el dolor que amortiguaba la mirada de sus ojos y los hacia suplicantes, su palidez que aumentaba su mate blancura, y cierto perfume poético, puro, que emanaba de ella, la hacian semejante á una aparicion de amores tristes.

Men Rodriguez se levantó y la salió al encuentro.

—¡Señora!.. la dijo.

—¡Oh, Dios mio! ¿y por qué me llamais señora? dijo la pobre jóven interrumpiendo á Men Rodriguez: desde anoche no sé lo que me pasa: encontré á unos caballeros en la calle y me trajeron aquí... luego me hicieron tomar no sé qué, y me arrojaron en un lecho: despues, al amanecer oí doblar campanas, y luego cánticos de sacerdotes... y ruido de gente: luego me vistieron estas ropas, diciéndome que era necesario que estuviese hermosa... que habian enterrado á mi padre, y que un noble señor... ¿es cierto que han enterrado á mi pobre padre, caballero?

—Sí, si señora.

—¡Oh! ¡decidme el nombre de quien ha hecho esa obra de caridad, para que pueda bendecirle!

—El rey don Pedro, señora.

—¿Y quién era entonces el caballero que anoche?..

—El rey don Pedro.

—¡Era el rey don Pedro aquel! esclamó con espanto Beatriz.

—Y bien, ¿qué hay en eso de malo?....

—¡Oh, caballero! aquel hombre mientras estuvo dentro de nuestro aposento, me miraba de un modo que me estremecia... pero yo no tenia miedo... estaba allí mi padre y creia que aun muerto podria defenderme. Pero luego cuando salimos, cuando bajamos las escaleras, aquel hombre rodeó mi cintura... le rechacé, y me dijo palabras de amor.....

—¡Ah! esclamó involuntariamente Men Rodriguez.

—¿Y no quereis que me asuste, al saber que quien ha pagado el entierro de mi padre ha sido el rey? ¿que quien me ha dicho palabras de amor ha sido el rey?.. ¿él, quién me ha hecho vestir estas ropas... él, sin duda quien os envia á mí?

Ruborizóse harto sensiblemente Men Rodriguez, y se apresuró á reponer:

—Sí el rey os ama ó no, señora, es cosa en verdad que no me incumbe: son asuntos vuestros... yo

solo soy un servidor del rey que vengo á trasladaros á la casa en que habeis de vivir.

—Es decir, esclamó doblemente asustada Beatríz, que el rey me lleva á una casa... que... á la que no iré... os lo aseguro... no.

—Vais á vuestra casa, señora

—¡A mi casa! ¿y cuál es mi casa? dijo Beatriz con dolor. ¿Acaso no estoy sola en el mundo?

—Leed, señora, dijo Men Rodriguez dándola un pergamino.

—Yo no sé leer, caballero, dijo la jóven devolviéndoselo.

—Escuchad pues.

Men Rodriguiz leyó de alto á bajo la sentencia del arcediano.

—¿Y esta horrible sentencia se ha cumplido? esclamó la jóven.

—En todas sus partes.

—¡Cómo! ¿el rey ha mandado enterrar al arcediano?

—Vivo, esclamó Men Rodriguez.

Beatriz calló y tembló.

—Ahora escuchad, señora, dijo el jóven desarrollando otro pergamino.

Era una cédula de donacion con toda la forma jurídica de aquellos tiempos, por la que se instituia á Beatriz rica-hembra de horca y cuchillo, con mero misto imperio civil y criminal, justicia alta y baja, vasallos, pechos y derechos.

—¿Y es necesario aceptar todo eso? díjo Beatriz. Llevadme cuando gusteis á esa casa, caballero.

Men Rodriguez se informó de si habia llegado la litera, y cuando la tuvo acompañó hasta el portal á Beatriz y la hizo entrar en ella, no sin grave escándalo de la vecindad : si trascribiéramos el diálogo que sucedió á aquel hecho, nuestros lectores conocerian que la reputacion de Beatriz habia acabado de enterrarse; cuatro escuderos llevaban la litera, precedíala Men Rodriguez y se detuvo en la puerta de la casa del arcediano, delante de la cual habia una guarda de ballesteros.

—Llamad á Juan Diente, dijo á uno de ellos.

Apareció el ballestero.

—¿Ha salido alguien de la casa del arcediano? dijo despues de haberse dado á conocer con una señal particular como enviado del rey.

—Nadie sino las moscas, y aun asi porque tienen alas, dijo el ballestero.

—¿De modo que está completa la servidumbre?

—Enteramente, menos los capellanes,

—No nos hacen falta; pero no hablo sino de la servidumbre.

—Entera, señor; un mayordomo, diez escuderos, treinta pajes, entre ellos algunos que parecen pajas, segun son de delgaditos y delicados y por otras razones que yo me sé, y cuatro dueñas rancias. Tengo encerrados con separacion al mayordomo con los criados y los pajes barbados; á las dueñas con los pajes lampiños, entre los cuales hay singularmente uno el mas hermoso arrapiezo que darse puede.

—¡Ah! ¡ah! de valiente humor estais, maese Juan.

—¿Qué quereis? yo siempre acostumbro á hablar así á los caballeros leales al rey. Cuando me veais, señor, con el rostro frunciido y taciturno delante de un hombre, ya podeis decir : ese hombre es traidor ó está á punto de serlo... y entonces ¡mal año...! no pasa mucho tiempo sin que el rey me diga : tómale, y sin que mi maza caiga sobre él.

—Bien, muy bien, maese Juan; ahora formad en guarda de honor vuestra gente.

—¡Cómo, señor!

—Ni mas ni menos : así lo manda el rey. Cuando la dama que viene dentro de aquella litera pase por delante de la guarda, saludadla como si se tratara de una infanta; así tambien lo manda el rey. Acompañadnos con algunos hombres hasta la puerta de la cámara donde entre, como es costumbre hacer con su señoría, y despues poned una guarda á aquella puerta con órden de que no deje entrar ni salir á nadie... ¿Me habeis entendido?

—Perfectamente, señor.

Men Rodriguez fué á la litera, la abrió sacó de ella á Beatriz, la ofreció su brazo: pasó por delante de la guarda formada en grupo, que al pasar los dos jóvenes chocó sus lanzas contra sus escudos, subió la grandería de la puerta interior y salvando las anchas escaleras góticas y una parte de las galerías, entró con Beatriz en una cámara.

Poco despues salió. Juan Diente estableció un guarda, y Men Rodriguez dijo al ballestero :

—Llevadme á donde teneis preso al mayordomo.

Siguieron adelante, y en la misma galería abrieron otra puerta, y entró solo Men Rodriguez.

Salióle al encuentro Gaspar con un acompañamiento de escuderos, pajes, criados de planta baja y demás turba multa. Aquellos hombres que se creian, cuando menos, sentenciados á galeras por el delito de haber servido al arcediano, se echaron á los piés de Men Rodriguez.

—Levantad, vive Dios, esclamó el jóven : no se trata de ahorcar á nadie.

Aunque esto fuese consolador aun habia muchas penas inferiores, y la servidumbre no se levantó.

—¡Señor! esclamaron en acento agonizante. Nosotros no tenemos culpa en los escesos de nuestro antiguo amo, dijo Gaspar: nos pagaba y le servíamos en nuestro oficio.

—Su señoría el rey, ha traspasado las rentas, casas y demás derechos del arcediano á doña Beatriz Zapata, y quiere asimismo que seais su servidumbre.

Alzarónse repentinamente todos aquellos pobres diablos.

—¿Y á quién hemos de servir, señor, dijo Gaspar, á doña Beatriz ó al rey?

—Tanto da, dijo Men Rodriguez.

—¡Ah!

—Cualquiera de vosotros que encubriese la presencia de un estraño, será condenado como traidor.

Cruzáronse las protestas mas enérgicas, las profesiones de fe, por decirlo así, mas exageradas, y tal puso la alegría de verse libres del verdugo á aquellas buenas gentes, que Men Rodriguez se vió obligado á darles de mano y á trasladarse á la prision de las dueñas y de los pajes.

Cuando entró en ella, le rodearon con avidez cuatro reverendas dueñas y como hasta un docena de pajecillos esbeltos, delicados, con rostros de ángel y ojos de mirada poderosa : notábase, en verdad, cierta energía algo mas que masculina en algunas formas de aquellos jovenes, cosa que hubiera hecho sospechar á Men Rodriguez, sino hubiera sabido de antemano que se trataba de mujeres.

—¿Es verdad que han enterrado vivo al arcediano? dijo una de ellas.

—¿Qué le han casado por toda una eternidad con un muerto?

—¿Qué le han puesto en conserva bajo tierra?

—¡Eh! Silencio, por Dios, princesas, dijo Men Rodriguez.

Al verse los pajes tratados como mujeres, restableciôse un silencio de sorpresa del que se aprovechó el jóven.

—Vosotras honradas dueñas, las dijo, os ireis ahora mismo con vuestros mongiles, vuestras bayetas, y vuestras camándulas, á preparar vuestros untos para el sábado en vuestras buhardas del infierno, porque de no hacerlo en el momento, os mando azotar con los frenos de los caballos de los escuderos del rey.

Las dueñas no se hicieron de rogar y salieron de la casa.

—En cuanto á vosotras, honradas mozas de parti-

do, buenas bribonas, añadió Men Rodriguez volviéndose á los pajes, os anuncio que si no tomais el portante y os volveis á las mancebias de donde habeis salido, os mando poner en la picota del mercado durante quince dias.

Los pajes se desvandaron y salieron apresuradamente de la casa: entre ellos iban Florisman y Leila, que al verse en la calle, se separaron de los otros y siguieron adelante.

—¿A dónde me llevais, Isabel? dijo Leila.

—Ahora á casa de mi abuela; á la noche al hospicio de los peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador.

Las dos mujeres se perdieron por una estrecha calle.

Cuando Men Rodriguez acabó de dar un nuevo arreglo á la casa del arcediano: pidió un ballestero á Juan Diente para que le sirviese de guia á la casa del infante don Juan.

Diósele el ballestero, y Sanabria, convertido ya en cortesano, se dirigió á la casa de uno de los primeros señores de la córte.

CAPITULO VII.

Marido infame y mujer mártir.

En el momento en que se anunció Men Rodriguez, un escudero le salió al encuentro, le saludó profundamente y le precedió por unas escaleras alfombradas; al llegar á lo alto el escudero le entregó á un paje que le hizo otro saludo no menos profundo, y precediéndole á su vez le hizo atravesar galerias y cámaras; al fin llegó á una puerta en la cual le entregó á un maestre sala que con iguales ceremonias le hizo atravesar otras dos cámaras. Men Rodriguez habia pasado casi sin reparar en su gran riqueza por aquellas habitaciones, pero cuando el maestre sala abrió una mampara de cuero de Córdoba y dijo desde ella en alta voz:

—El noble y poderoso señor Men Rodriguez de Sanabria: el jóven que hasta entonces no se habia oido llamar de tal modo, que jamás habia visto tanta riqueza, ni oido una voz tan dulce ni tan aristocrática, como la que desde adentro dijo—sea mil veces bien venido ese caballero—al sentir todas estas cosas, repetimos, se creyó en el paraiso.

El maestre sala le indicó que pasase: pasó.

La mampara se cerró tras él: Men Rodriguez se encontró en una magnífica cámara entapizada de soberbios paños de Flandes, de techo dorado, con alfombra de seda, muelle y blanda como el cesped; con riquísimos muebles entallados y dorados, espejos de plata y nobles retratos en tabla.

Al fondo de aquella cámara, en un estrado, sobre almohadones de terciopelo, bajo un dosel ancho del que caian en sueltas plegaduras ricos pabellones de seda, estaba reclinada una dama prolijamente ataviada, que, desde el momento en que entró el jóven, posó en él una mirada fija y observadora; despues su boca se contrajo levemente, produjo una sonrisa forzada, y contestó con una leve inclinacion de cabeza al respetuoso saludo de Men Rodriguez, que se sentó con encogimiento en un sillon.

—Parece acabado de venir de la montaña dijo para sí la dama... pero su semblante rebosa franqueza y lealtad... acaso este hombre...

—Vuestro noble esposo... dijo Sanabria cortando con su palabra tímida el pensamiento de la dama.

—Sí; mi esposo me ha anunciado, que hoy nos acompañaría á la mesa, el noble Men Rodriguez de Sanabria, que debe armarse mañana caballero, y de quien me ha nombrado el rey madrina; en cuanto al infante mi esposo, continuó con cierto embarazo doña Isabel es un hombre incorregible, acostumbrado á hacer lo que mejor le viene en mientes... pareciéle escelente la tarde para volatear, y allá se ha ido con sus alcones y con sus escuderos sin acordarse de que esperábamos á un ahijado.

Men Rodriguez se inclinó: la dama contestó con una sonrisa menos forzada que la primera.

—Pero nos pasaremos sin él, continuó; comeremos solos y espero que sereis tan complaciente que me sacrificareis la tarde entera. Ya he mandado coser vuestra túnica blanca de neófito y vuestra estola encarnada y velareis con ellas esta noche vuestras armas. ¿Y cuándo habeis venido de vuestros señoríos caballero?

—Solo hace dos horas, mi noble madrina, que soy señor.

—Pero seriais noble...

—¡Oh! en cuanto á noble ¿quién puede pretender alzar su escudo sobre el escudo de los Sanabrias?

La dama cuyo rostro se habia nublado un tanto, tornó á mostrarse serena.

—¡Oh! no sabeis como anda Castilla, amigo mio, dijo doña Isabel con indolencia: es necesario reducirse á la soledad sopena de condenarse á tratar con gentecillas recien ennoblecidas é insufribles... han necesitado de la multitud de galanteos del rey para que su nombre se escuche mas allá de la pared de su hogar. ¿Y os agrada la córte, Sanabria?

—La córte, señora, á mi modo de ver, en ciertos lugares es un paraiso.

—¡Ah! ¿y qué entendeis por paraiso, caballero?

—Un lugar en donde se encuentran ángeles.

—¿Sí? por cierto que ahora recuerdo que me han dicho que sois algo poeta, mi buen ahijado. Me hareis pues una trova.

—Os haré una y mil.

—Pero ¡bah! ¿qué asunto puedo yo dar á vuestros versos?

—¡Vuestra hermosura, señora!

Pronunció Men Rodriguez de una manera tan marcada aquellas palabras que doña Isabel se ruborizó y miró con cuidado á una de las puertas inmediatas.

—¡Mi hermosura, caballero! esclamó posando la mirada en la alfombrilla del estrado... ¡cuán poco vale mi hermosura para ser celebrada en trovas..! ¡dijerais mis desgracias..!

—¡Desgraciada vos, señora!

—Hace mucho tiempo que la casa de Lara no ve asomar en el horizonte, otro sol que el de la desgracia: pero perdonadme: la primera vez que os veo no debo importunaros con quejas, que son ya usuales para mis amigos antiguos. Os sobrará tiempo de impacientaros con mis largas relaciones... Me olvidaba de que sois el convidado de mi esposo... voy á trataros con confianza... comeremos aquí.

Men Rodriguez estaba absorto; doña Isabel de Lara faltaba en su espresion al decoro que debia suponerse en una dama, y al mismo tiempo su voz era insegura, su ligereza afectada y su mirada tímida. Men Rodriguez vió en ello un misterio, y audaz por costumbre y enamorado por índole, se propuso llegar hasta donde le permitiesen los hechos de doña Isabel.

Esta llamó á un maestre sala é hizo servir una mesa, cubierta la cual, se retiraron los criados y dejaron solos á los dos jóvenes.

Men Rodriguez aventuró algunas miradas atrevidas. Doña Isabel las sostuvo mal, algunas veces con muestra de disgusto; otras una sonrisa forzada lucia en sus labios y casi siempre sus miradas inquietas se dirigian á una puerta.

—Estais violenta, señora, dijo Men Rodriguez, que estaba de espaldas á aquella puerta, en una voz tan baja que no podia ser oida desde ella; sin duda os espian... y creo comprender la causa.

Doña Isabel levantó su mirada de sobre su plato, la posó en Men Rodriguez y luego sus mejillas se enrojecieron mas densamente y tuvo que contener dos lágrimas que brotaban á sus ojos.

—¡Oh! ¡sí! dijo Men Rodriguez en el mismo acento,

creo adivinar vuestra situacion, señora, pero os dejaré libre de ella.

—¡Oh! ¡no por Dios! esclamó doña Isabel levantándose como para tomar una escudilla y acercándose al oido de Men Rodriguez; por el contrario hacedme el amor.

Y luego sentándose dijo en voz alta:

—¿Y qué os parecen las damas de la córte?

—En verdad, señora, que si se esceptua una sola de las que he visto hasta ahora...

—¿Todas las demas son hermosas?

—Por el contrario, señora, son bellezas vulgares...

—¿Y la que esceptuais?

—¡Oh señora! la que esceptuo debe ser un tesoro, dijo con acento apasionado el montañés.

—¡Debe ser! ¿no estais seguro de que lo es?

—No la conozco bien, señora.

—¿Y qué pensais de ella, caballero?

—¿Qué quereis que piense un enamorado?

—¿Cómo la amais?

—Con toda el alma.

—¿Y la conoceis poco?

—Ayer no la conocia.

—¿Y amais ya con toda el alma... ó fingis?

—No sé si amo ó nó: lo que sé es que esa dama ha hecho en mi alma una impresion profunda.

—¡Ah! ¿y os habeis declarado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque es casada, señora.

—¡Ah!

Doña Isabel quedó un momento pensativa.

—¿Y quién es esa dama? dijo dejándose arrastrar de un sentimiento misterioso de interés; pero rehaciéndose añadió ¡ah caballero! perdonad lo indiscreto de mi pregunta. Me habeis dicho que esa dama es casada, y vos sin faltar á lo que os debeis...

—En esta situacion, señora, puedo revelar el nombre de esa dama sin ser imprudente.

—¡Cómo!

—Sí, porque vos le guardareis con un profundo secreto.

—¡Oh! no sé... no tengo amigas que...

—De seguro señora, sois tal y tan pura que no revelarais á nadie mi atrevimiento... porque...

Men Rodriguez se detuvo: doña Isabel se enrojeció con mas intensidad que las veces anteriores.

—Porque esa dama sois vos, esclamó Men Rodriguez, apoderándose por sorpresa de una de las manos de doña Isabel y llevándola á sus labios.

La jóven se levantó como impulsada por un resorte: miró de un modo severo á Men Rodriguez, se separó bruscamente de él y fue á la puerta en que hasta entonces habia fijado con inquietud sus miradas, y desapareció tras ella. Sanabria quedó absorto, sin poder esplicarse las razones de las estravagancias de que estaba siendo testigo desde su llegada, y dudando si permaneceria en aquella casa ó saldria de ella.

Pero en el entretanto oyó en el interior ruido de puertas que se cerraban, y poco despues apareció, por donde habia salido, doña Isabel profundamente conmovida: atravesó la cámara en silencio, entró por otra puerta, oyóse otra vez ruido de llaves en puertas interiores y doña Isabel volvió á entrar en la cámara; llamó á su servidumbre, hizo sacar la mesa, y luego fué á la puerta de entrada, la atravesó y cerró con cerrojo la puerta de la antecámara y la mampara.

—Estamos rodeados por todas partes de habitaciones vacías y cerradas dijo doña Isabel, y podré esplicaros libremente, caballero, lo que hayais hasta ahora encontrado de inconcebible en mi conducta. Debo ante todo daros las gracias por haber consentido en hacerme el amor. Acercaos y hablemos.

Men Rodriguez no sabia donde estaba: doña Isabel no se sonreia ya; su hermosa boca estaba contraida representando uno de esos sufrimientos lentos, roedores, contínuos, que dejan caer incesantemente sobre el corazon una gota de hiel. Sus negrísimos ojos mostraban una espresion de pena que conmovia; su frente, intensamente pálida, hacia mas brillantes y mas negros sus profusos cabellos y la sobreescitacion de su alto seno, agitaba el pesado joyel de diamantes que pendia de un collar de perlas menos blanco y nacarado que su garganta.

—¿Qué habeis pensado de mí, caballero? le dijo mirándole con ansiedad: ¿no es verdad que os he parecido liviana... tan liviana como una mujer perdida? ¿no es verdad que mis palabras, mis miradas, no convenian á una dama pura y noble..? ¡oh! ¡no lo creais por Dios..! ¡yo no soy así... no..! ¡pero soy cobarde como mujer... y he tenido miedo... mucho miedo..!

—No os comprendo, señora, esclamó con estrañeza Men Rodriguez.

—Esperad, ¿qué habeis hecho para que el rey os honre y os distinga de tal modo que todos os crean su privado?

—¿Privado yo del rey, señora?

—Sí, eso debe ser: el infante don Juan... mi esposo... no se engaña con tanta facilidad... vos podeis mucho con el rey.

—Con el rey, señora, nadie puede; estoy seguro de ello.

—Y, sin embargo, os creen poderoso: creen que quien os tenga de su parte, será todo lo que quiera, y os han tendido un lazo del que debo avisaros.

—¿Y quién me ha tendido ese lazo?

—El infante don Juan.

—¡Vuestro esposo..!

—¡Estaba escuchando tras aquella puerta mientras me deciais amores! esclamó con amargura doña Isabel.

Men Rodriguez espresó de tal manera su repugnancia, que no pudo dejar de notarlo la jóven.

—¿No es cierto, caballero, dijo, que es infame, horrible, incalificable, el que un hombre, por hacerse un arrimo poderoso, exija de su mujer lo que si su mujer hiciera por sí misma castigaria á sangre? Pues así hay muchos hombres en la córte... ¿no es verdad que una mujer honrada, debe preferir la muerte á ser esposa de un hombre tan infame?

—En verdad señora que nuestra posicion es muy difícil.

—¡Oh! ¡sí! apenas os veo, apenas os conozco, apenas me conoceis, y es ya necesario que yo os descubra los secretos de mi vida, mis secretos mas íntimos, asuntos de matrimonio, y es preciso que esto sea porque ante todo es necesario que no podais pensar mal de mí.

—Nunca, señora, hubiera yo juzgado mal de vos, porque el amor para revelarse, para dominar, no necesita tiempo, ni pruebas, ni méritos, ni sacrificios: basta conque se encuentren dos miradas y en ellas dos almas que hayan de amarse; si esas dos almas no se unen de una manera ostensible en el momento, es por consideraciones al mundo, por temor al juicio de la misma persona á quien se ama.

—¡Oh! ¡sois tan poco generoso que aun seguis hablándome de amor! dijo con acento sentido doña Isabel.

Men Rodriguez no supo dar otra contestacion á estas palabras que un silencio de confusion.

—Conocedme antes de juzgarme, caballero: creo que sois noble y leal, que el rey ha encontrado en vos mas de un motivo para haceros su favorito, y que acaso yo encuentre en vos un amigo, un protector.

—¡Ah señora! ¡creo que con ser tan divino vuestro semblante, teneis el alma mas hermosa!

Esta galantería que habia rebosado del corazon de Men Rodriguez, anubló un tanto el semblante de doña Isabel, y el jóven comprendió que tendria que ha-

bérselas con una virtud no solo austera sino asustadiza.

—Ya que es preciso que yo me justifique, dijo doña Isabel, espero que me escucharéis, y dareis entero crédito á mis palabras.

—Si yo hubiera sabido señora...

—¡Oh! no os pese de ello... vos sois bueno; jóven, aun teneis en el alma esas santas y puras ilusiones que aun no ha marchitado el mundo, y me comprendereis mejor, me respetareis mas que otro. Escuchad: soy hija de don Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya que de su matrimonio solo tuvo, dos hijas; mi hermana doña Juana á quien el rey casó con don Tello su hermano bastardo, y yo, á quien asimismo casó el rey con el infante don Juan hermano de padre del rey don Pedro de Aragon. Os confieso que cuando el rey me hizo conocer á don Juan me agradó: yo solo tenia diez y seis años, no conocia el mundo,

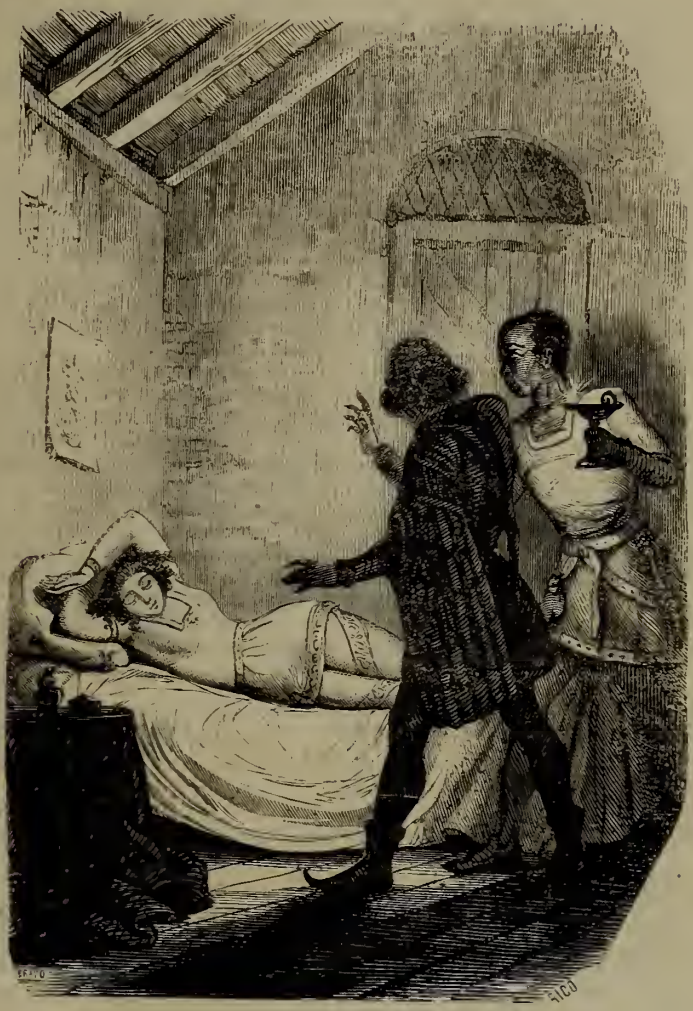
Doña Isabel Nuñez de Lara.

habia nacido en Vizcaya y habia crecido entre aquella buena gente del país vasco, para los cuales no hay mas que un culto: Dios y el honor; porque para ellos el honor es hijo de Dios, y sin Dios no puede existir el honor. Crecí y me hicieron aprender cuanto debe saber una dama, que debia enlazarse probablemente con un príncipe: pero jamás salí de los muros y de los alrededores de nuestra villa de Bermeo hasta que mi hermana doña Juana señora ya de Vizcaya y casada con don Tello, me trajo á la córte del rey de Castilla: por entonces, vino á Sevilla huyendo del rey de Aragon su hermano el infante don Juan, y por entonces tambien rebelado don Tello contra el rey fue despojado de su señorío; entonces don Juan pensó que un casamiento conmigo, podria aportarle en el porvenir el señorío de Vizcaya, y el rey por su parte vió que conveniéndole tener á su servicio un infante de Aragon, se aseguraba su afecto, casándole conmigo.—Don Juan empezó á enamorarme, y yo que entonces era una inocente, al paso que él sabia cubrirse con una máscara

hipócrita, le hallé hermoso, noble, galan, le acepté y me casé locamente enamorada de él.

Deña Isabel se detuvó y llevó á sus ojos su rico pañuelo: el recuerdo de sus ilusiones perdidas habia hecho brotar el llanto de su corazon: Men Rodriguez se sentia dominado.

—¡Oh! ¡si alguna vez unis vuestra suerte á la de una mujer, caballero, continuó la jóven, pedid á Dios que vuestros amores no se ennegrezcan y se envenenen con un horrible desengaño! porque es horrible, desesperado, amar y no encontrar otro amor en que apoyarse; sufrir y no hallar una alma que os consuele; llorar y tener que ocultar las lágrimas: ver que el amor, indulgente al principio, va lentamente amortiguándose, y que el odio se apodera del lugar que el amor deja, hasta que al fin nada mas que odio queda: y luego odiar y tener que devorar ese odio, sin satisfacerle, como se ha devorado el amor; sentirse sin libertad encadenados á un destino funesto; sufrir continuamente tratamientos indignos, reyertas insoportables, recrimi-



El infante miró con asombro á Leila que dorm'a ó fingia dormir.

naciones injustas; conocerse, en fin, vendida como una esclava, á la que no se aprecia sino por lo que puede producir y á la que cuando se la cree inútil se la maltrata, se la deshonra, se la destroza en cuerpo y en alma. ¡Oh! ¡para sufrir esto es necesario pedir fuerzas á Dios y al infierno! ¡es necesario condenarse!

Al decir esto brillaba en los ojos de doña Isabel una espresion tal de desesperacion, de dolor, que Men Rodriguez se estremeció al ver á traves de su diáfana mirada los dolores que aquella alma contenia.

—Al tercer dia de las bodas, continuó doña Isabel, don Juan vino borracho y me trató del mismo modo que hubiera tratado á una mujerzuela... yo lo atribuí, á un esceso de jóven y á la costumbre de andar entre gente licenciosa. Creí que mi amor podria mas en él que sus antiguos usos; y al dia siguiente le advertí: entonces, se me mostró tal cual era: despótico, feroz, irritable, adherido á su opinion: quise sostenerme y me hirió con la mano en el rostro.

Men Rodriguez palideció de indignacion.

—¡Cómo! ¡ese hombre se ha atrevido...! esclamó ¡y no habeis tenido un solo pariente que le arrancase el corazon!

—Yo he sufrido y he callado, caballero; jamás nuestras discordias domésticas han salido de nuestro retrete: siempre delante del mundo hemos parecido un matrimonio feliz. Hasta hace algun tiempo, mi desdicha se redujo á malos tratamientos; pero un dia me dijo: es necesario que veais, señora, de qué modo soy yo señor de Vizcaya. He oido al rey ponderar vuestra hermosura. El rey nada niega á sus mancebas. Sed manceba del rey.

—¡Cómo! ¿existe un hombre tan vil, y sin embargo se llama noble é infante de Aragon?

—Me fue forzoso ponerme al paso del rey porque tuve miedo por mi vida, continuó doña Isabel; pero el rey no reparó en mi, ó reparó demasiado para conocer que yo era una víctima sacrificada. Don Juan se entregó á la cólera mas desenfrenada, á los arranques mas odiosos: me acusó de no haber sabido interesar al rey, y me prohibió salir de mi cámara. Durante seis meses no le he visto un solo dia: pero hoy...

Doña Isabel se detuvo.

—Y bien señora, hoy el infante ha vuelto á exigiros...

—Hoy se me presentó sombrío y amenazador: «Hace mucho tiempo, señora, me dijo, que por vuestra causa se me está escapando de las manos el señorio de Vizcaya. Voy á poneros en buen camino. Hoy comerá con vos un jóven que es favorito del rey; procurad ser mas diestra con él que con don Pedro: sois demasiado hermosa para agradar, y todas las mujeres habeis recibido del diablo el don de enloquecer. Es necesario que ese jóven enloquezca.» Irritóme esta infame demanda, y le intimé con desprecio que me dejara libre de su presencia; entonces me asió brutalmente de un brazo, me arrojó sobre este mismo estrado y sacudiéndome furioso de una manera horrible, me amenazó de tal modo que tuve miedo y consentí.—«Tened presente que yo he de ser testigo de vuestra entrevista me dijo: estaré detras de aquella puerta: ahora ataviaos con vuestras mejores galas, y pronto. Tened presente que ese jóven va á ser armado mañana caballero por el rey y que vos le calzareis la espuela de oro, como madrina, tratadle, pues, con cierta confianza; disculpad con un pretesto mi ausencia.»—Despues salió y me dejó aterrada porque... mirad, caballero, mirad!

Doña Isabel se levantó las mangas que cubrian su magnífico brazo y mostró á Men Rodriguez un círculo negro, causado por una presion brutal.

—Y bien, señora, ese hombre merece una buena estocada.

—Mátele su suerte, dijo con nobleza doña Isabel, pero libre Dios á su esposa de ser causa de ella. Si os he revelado la situacion en que me encuentro es porque he debido hacerlo... me importaba aparecer dignamente á vuestros ojos. Ahora protegedme como hidalgo, señor, dijo doña Isabel, juntando sus manos en actitud suplicante: haced si podeis que el rey conceda ese señorio de Vizcaya á don Juan á quien en cierto modo pertenece por ser mi marido.

—¡Ah, señora! si mi poder vale algo, no hoy, porque no paso de un protegido á quien el rey distingue, contad con ese poder.

—Dicen que habeis salvado al rey la vida.

—Y bien señora. ¿No comprendeis que todo cuanto yo pueda, es vuestro? ¿no habeis comprendido que...?

—¡Qué me amais... ó que creeis amarme...! mi situacion os ha interesado y es siempre grato decir amores á una mujer que no es vieja ni fea... os pido compasion caballero... en la situacion en que me encuentro, abandonada, entregada á vuestra generosidad, no tendriais en mí una amante, sino una víctima.

—¡Oh, no! esclamó Men Rodriguez, pero puesto que estais sola, señora, apoyaos en mi, yo os defenderé.

—¡Y bien, seré vuestra amiga!

—¡Solamente amiga!

—¡Creedme Men Rodriguez! para ciertos amores encontrareis muchas damas fáciles en la córte... dejadme vuestra amistad... y tened en cuenta que esa amistad me cuesta la honra.

—Entonces, señora, no volveré á poner mas los piés en esta casa.

—¡Oh! ¡no! ¡no! libradme del terror que me inspira ese hombre: ¡engañémosle! ¡oh Dios mio! no sé lo que haria de mi.

—Sea como vos querais; pero al menos por ahora permitidme... necesito respirar otro aire.

—Si, si, id, yo tambien he sufrido mucho...

—Adios, señora.

—Esta noche encontrareis la túnica y la estola en la capilla del alcázar, que os guarde Dios... ¡ah! esperad; me habia olvidado: están cerradas la puertas.

Doña Isabel se levantó, atravesó la cámara abrió las dos puertas y Men Rodriguez se alejó.

—¡Oh! ¡cuan hermoso y cuan noble es! dijo suspirando doña Isabel cuando le hubo perdido de vista.

—Creo que esa dama me ha curado de doña Aldonza..... decia Men Rodriguez bajando las escaleras, ¡quieralo Dios!

Doña Isabel entretanto, facilitó de nuevo todas las puertas de su cámara, en una de ellas se la presentó el infante don Juan.

—Y bien, señora, la dijo: ¿qué tenemos?

—Si Men Rodriguez de Sanabria puede hacerlo, contad por vuestra á Vizcaya. Y le volvió la espalda.

—Diablo, dijo el infante pensativo, paréceme que mi mujer se ha ruborizado demasiado al hablarme: y luego haberme hecho abandonar mi acechadero... creo que me obedece demasiado bien, y que tiene razon el señor Juan Tenorio. Y bien: en siendo señor de Vizcaya, será necesario quitar de en medio á ese mancebo.

El infante se perdió tras una puerta inmediata. Al dia siguiente se murmuraba, si bien con cierto recato, que doña Isabel Nuñez de Lara, era querida de Men Rodriguez de Sanabria.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO UNICO.

Arriba y abajo.

Justo es que volvamos á la iglesia Mayor de santa María y á nuestros conocidos; al oscuro aposento del campanero de la iglesia Mayor y al no mas claro de asilo donde habia quedado sola y triste doña Aldonza Coronel.

Maese Blas, profundamente preocupado, y conmovido por las noticias que acerca de Beatriz le habian dado las vecinas de la casa del Ecce-homo, volvió despues de haber hecho una abundante compra á su mechinal; antes de llegar á él, encontró asomado al ajimez mas alto de la torre á su hijo, pálido y enfermo.

—¿Que haces ahí Andrés? le dijo.

—Hace mucho tiempo que estoy oyendo doblar en San Gil, padre, contestó el jóven, y no he podido resistir á la curiosidad. No estoy tan enfermo como parece, me siento mejor, puesto que he podido levantarme: mi herida se ha cicatrizado, y tengo la cabeza libre. Vos que sabeis todo lo que pasa en Sevilla ¿por quién es ese doble? por algun poderoso señor sin duda: el señor arcediano, es hombre que no gasta el metal de sus campanas sino se lo pagan bien.

—¡Pobre Andrés! dijo tristemente el jorobado, mirando con los ojos arrasados de lágrimas á su hijo.

—Vamos padre, estais como nunca os he visto: os pregunto por ese entierro y no me contestais: no parece sino que sucede alguna desgracia... ¿habeis visto á Beatriz?

—No.

—¿Y por qué no la habeis visto? dijo con cierta colérica impaciencia Andrés.

—No he podido, hijo mio, contestó tristemente el anciano.

—¿Cómo que no habeis podido?

—Mira bien á la calle del Comendador: ¿no la ves llena como un rio de corriente negra?

—Si, pero á vos os conoce todo el mundo: todos os quieren y os abren paso.

—Pero no me conocen los ballesteros del rey.

—¿Y qué tienen que ver en esto los ballesteros?

—Mira bien, Andrés: no ves relucir algo á los rayos del sol en la puerta de la casa del Ecce-homo.

—Si, veo brillar armas.

—Son las mazas y los almetes de los ballesteros.

—¿Y qué hace allí esa gente?

—Están guardando de órden del rey, el cadáver de maese Sancho, que está encerrado en una caja dorada rodeada de clérigos y de escuderos nobles.

Andrés empezó á comprender y palideció.

—¡Ah! ese doble es por el padre de Beatriz, dijo y el rey...

—El rey paga su entierro.

—¡Ah! ¡el rey paga el entierro..! esclamó la voz apenas inteligible de Andrés.

Y luego añadió con energía.

—¿Habeis visto al hidalgo de anoche, padre?

—Sí.

—¿Y él vió á Beatriz?

—La encontró en la calle á media noche, arrojada de su casa por el arcediano.

—¡Oh! ¡esto es ya demasiado! esclamó Andrés levantándose y dirigiéndose al aposento.

—¿A dónde vas, hijo mio? esclamó el anciano lanzándose tras él.

—¿Que á donde voy...? ¿sabeis que Beatriz está abandonada y me preguntais á donde voy?

—¡Abandonada! ¡quisiéralo Dios!

—Acabad de una vez padre, esclamó con impaciencia Andrés.

—Cuando el señor Men Rodriguez encontró á Beatriz, iba con el rey.

—¡Con el rey!

—Justamente con su señoría el señor rey don Pedro el Cruel, y el Justiciero, dijo una voz chillona detrás de ellos.

Volviéronse padre é hijo, y encontraron detrás de sí, pálido, sonriéndose de una manera diabólica al escribano Alvar Yañez.

—¿Qué se os ofrece, señor? dijo gravemente Andrés.

—Creo que vos sois el prometido de cierta dama.

—No entiendo bien vuestra intencion; mi prometida.....

—En verdad, para vos vuestra prometida no pasa de ser... ya lo creo, mas que una linda villana, muy inocente, muy dulce, eso sí... pero para otros la villana es dama... para otras altas personas, ya me comprendeis.

—¿Y venís á decirme eso y nada mas? dijo con cólera reconcentrada Andrés.

—No, vengo á deciros que Beatriz está en mi casa.

—¿Que está en vuestra casa Beatriz? pues bien, vamos á verla.

—Es decir que os sentís curado de la estocada del arcediano.

—Por Beatriz iria arrastrando hasta el fin del mundo.

—Sin ir tan lejos encontraríais entre Beatriz y vos un ballestero del rey.

—Pero el rey.....

—El rey encontró anoche por acaso á Beatriz; es jóven, inocente, el dolor la embellecia, y el rey se ha declarado su protector.

—Y ella.....

—Ella no sabe nada.... pero si tenéis confianza en su amor, si creeis que su virtud pueda resistir algun tiempo, aun podremos salvarla. Decidme, ¿sabeis de una novicia que esta mañana al amanecer entró con cierto bravo mozo en la iglesia Mayor por la puerta de la torre?

Andrés se volvió á su padre.

—Esa dama está en el aposento de asilo, dijo maese Blas.

—¡Oh! pues entonces esa dama nos salvará, ¿os sentís con fuerzas, para bajar á ese aposento, amigo mio?

—Sí, sí señor. Ya os he dicho que por Beatriz.....

—Bien, apoyaos en mi brazo, y proveamónos de la llave del aposento.

Maese Blas la sacó del bolsillo y la entregó á su hijo, el viejo estaba tan trastornado como el jóven: entrambos estaban pálidos, consternados; Alvar Yañez les miraba con un interés semejante al de aquel que examina un arma de que piensa servirse.

—¡Vamos, vamos! dijo; el tiempo se pasa y en ciertas ocasiones es precioso; sabe Dios lo que acontecerá allá abajo. ¿Oís? el pueblo aclama; don Pedro está haciendo sin duda una de las suyas.

En efecto, el momento en que hablaba Alvar Yañez, coincidia con aquel en que el rey de armas Castilla, leia en el átrio de San Gil la sentencia del arcediano, lo que quiere decir que hemos retrocedido con nuestra accion, cosa necesaria, puesto que es imposible de todo punto relatar á un tiempo acontecimientos que pasan en distintos lugares.

—Vos buen viejo, dijo Alvar Yañez, ocupaos de vuestras faenas: vuestro hijo y yo vamos á poner en planta un medio de salvacion para Beatriz.

—Pero el rey respetará.....

—El rey no respeta nada cuando se trata de una mujer.

El astuto escribano exageraba, ó por mejor decir, fingia una situacion difícil, puesto que el rey hasta entonces no habia obrado de modo que se pudiese temer alentase proyectos de ningun género acerca de Beatriz.

Esto produjo un efecto maravilloso: el amor y los zelos fueron para la dolencia de Andrés mas poderosos que todas las medicinas maravillosas que hubieran podido administrársele, incluso el bálsamo de Fierabrás; el espíritu dominó á la materia y asido al brazo de Alvar Yañez, bajó mas de prisa de lo que era de suponer en su estado, las rampas de la torre, atravesó el pátio de los naranjos, llegó á la puerta del aposento de asilo, y la abrió.

—Esperadme aquí, le dijo el escribano: es necesario que yo hable á solas á esa dama.

Andrés cerró la puerta por dentro, para evitar la curiosidad de las gentes que atravesaban el pátio para entrar en la iglesia, y se sentó en el primer peldaño de la escalera.

Alvar Yañez subió lentamente, mas que por cansancio por redondear el pensamiento que imaginaba esplotar por medio de doña Aldonza.

Esta como hemos dicho anteriormente, habia quedado sollozando sobre el lecho á la salida de Men Rodriguez y del campanero: un torbellino de encontrados pensamientos, de afectos, de pasiones, hervia en su alma, y sobre todo esto se sentia abandonada, entregada á la merced del amor de un hombre á quien no conocia, y de la dudosa generosidad de don Pedro, porque, como hemos indicado en otro lugar, la reputa-

cion del rey acerca del amor, era tremenda: los abusos de su juventud habian viciado su alma para el amor, ó por mejor decir, don Pedro no sentia amor, sino para una sola mujer; para las otras solo tenia deseos, que le hacian parecer profundamente enamorado, antes de su logro, y que despues pasaban para ser reemplazados por el hastío: contábanse á centenares las mujeres burladas, ricas, pobres, nobles y villanas: doña Aldonza tenia de esto noticias exageradas, aborrecia al rey y recordaba con repugnancia á don Juan de Pimentel.

Doña Aldonza al pensar en él, se estremecia y estaba resuelta á imitar el ejemplo de su hermana doña María.

Y luego un pensamiento tenaz, que en vano queria rechazar, aumentaba la confusion en su alma de una manera incesante: hermoso, comedido, enamorado, se la presentaba Men Rodriguez de Sanabria. Y sin poderse esplicar la causa, el jóven era una esperanza para ella, á la que se adheria con tanta mas razon cuando estaba mas desesperada. Terrible estado de un alma que fluctua entre cien pasiones distintas, sin decidirse por ninguna de ellas; revuelto caos que necesita de un poder creador que le imprima leyes, le aisle y separe cada uno de los elementos heterogéneos que le componen. Inmenso vacío, del alma que vacila y fluctua necesitando un punto de apoyo. Alvar Yañez encontraba, pues, á doña Aldonza perfectamente preparada, lo que no se ocultó á su rara perspicacia de escribano, en el momento que se encontró frente á frente con ella.

Al abrirse la puerta la jóven se volvió asustada, y al ver á Alvar Yañez, su semblante que habia palidecido se serenó. Si no veia en él á un amigo, veia un enemigo del rey, aunque solapado, y esto ya era mucho.

El escribano permaneció algun tiempo mirando de una manera particular á doña Aldonza.

—Y bien, dijo esta, señor Alvar, ¿cómo es que vos os encontrais libre despues de la deshecha tormenta que acabamos de sufrir?

—Casualidades, señora, casualidades, y sin embargo creo que no debo fiarme mucho de la aparente calma que para mí presentan las cosas. ¡Me he visto obligado para salvarme y para salvaros, á poner una mordaza á don Ferran Gomez!

—¡Ah! ¿y qué ha sido de él?

—Ha concluido de una manera sofocante entre las manos de cierto fraile, y á estas horas está horriblemente colgado de las almenas del castillo de Triana, junto á su grande amigo el señor Gil de Albornoz, entre un moro y un judío.

—¡Oh! ¡traidores por todas partes! ¿Sin ellos cómo podia haber sabido el rey?....

—Vos, señora, sois la causa de todo... os vió el rey... os enamoró... enamorándoos, se encubrió y evitó ser reconocido á tiempo... Despues el infierno hizo que ese maldito montañés, ese Men Rodriguez de Sanabria, os viese y se enamorase de vos, de modo que tomase por empeño el ir todas las noches á entonaros trovas: él fue quien encontrado cerca de la ferrería, y provocado imprudentemente por Alvaro de Parreño, dió al traste con él, y el diablo hizo además que sobreviniese el señor Pero Lope de Padilla. Encontráronse secretos de importancia sobre el muerto, y ya veis: vos, dando ocasion á que fuese el rey nuestro espía y enamorando á ese montañés habeis sido la causa de todo.....

—Pero causa inocente, señor Alvar.

—Sin embargo, vos que, aunque sin voluntad, habeis causado el daño, debeis procurar remediarlo.

—¡Y cómo! ¿creis que yo tenga algun poder, presa en manos del rey?

—Estais en un asilo respetable.

—El rey atropellará por todo.

—El rey, antes de llegar á un estremo, recurrirá á los buenos medios, y en ese caso podreis sacar gran partido de su amor.

Movió tristemente la cabeza doña Aldonza.

—Os engañais, dijo, en atribuirme un poder que no tengo. El rey está prevenido; ha sofocado una conspiracion.

—Conjurémonos de nuevo, y sírvanos para ser prudentes el escarmiento pasado.

—¡Y cómo, Dios mio!

—El rey vendrá á veros... doña María de Padilla, al poner en libertad al conde de Trastamara, se ha puesto en desgracia; Pero Lope de Padilla anda escondido; Juan Fernandez de Hinestrosa está en Portugal, y don Diego García de Padilla acaba de marchar á Llerena, á donde le llaman graves asuntos de la órden de Calatrava. Un golpe ahora podria ser decisivo... el rey os ama.

—¿Y quién os asegura del amor del rey hácia mí?

—Vuestra hermosura

—Pero dado caso de que el rey se obstine, ¿no pensais en que me pedís un horrible sacrificio?

—Acordaos de Judith, señora; para salvar á su patria necesitó manchar su pureza, y la manchó, lavándola luego con la sangre de Holofernes.

—Me pedís las fuerzas de una mujer de la Escritura, y eso es pedirme demasiado, señor Alvar Yañez.

—Os pido fuerzas que tengo yo, siendo viejo y feo, á vos que sois jóven y hermosa. A mas que el fingimiento, señora, perdonadme que os lo diga, no es una cosa difícil para la mujer. Además debeis tener presente, que por mucho que hagais no podreis justificaros con vuestro marido si no pretestando vuestra venganza y vengándoos realmente del rey. Para llegar este caso es necesario no perder tiempo. Tened en cuenta, que entre vos y el rey se ha levantado una mujer que vale mucho.

—¡La hija de ese zapatero, esa Beatriz! dijo con acento de desprecio doña Aldonza.

—Esa mujer si quiere os vencerá; y querrá, porque pocas mujeres resisten á los amores de un rey, y mas cuando es un rey jóven, enamorado y hermoso como don Pedro. Si esa mujer se apodera de él, os tratará ni mas ni menos como á una rebelde. Acordaos de doña Leonor de Guzman.

—Pero el rey no fue.....

—Sí, ya sé que quien mató á doña Leonor fue la reina doña María, pero don Pedro es su hijo y ha heredado de ella su carácter vengativo; tened, pues, en cuenta, señora, que os van en esto, el honor, que por una fatalidad, y aunque sea duro decirlo habeis perdido, y la vida que perdereis en un largo encierro, sino procurais apoderaros del rey. Todos estamos con la muerte al ojo. El terror de uno de nuestros parciales, puede hacer que quedemos descubiertos ante el rey los que fingiendo servirle, servimos á don Enrique. Salvándonos, os salvais.

—¿Pero cómo?

—Antes de salir de aquí, exigidle una seguridad: por ejemplo, un pergamino firmado y sellado, en blanco.

—¿Y para qué?

—Arrancad vos al rey ese pergamino, y os juro que os vengais.

—El rey es receloso.

—Engañadle.

—Estoy aislada... todos nuestros amigos han sido presos.

—Aun nos quedan el conde de Arcos y el conde de Medina-Sidonia.

—¿Y cómo avisarles?

—Aquí traigo papel y tintero: escribid.

Doña Aldonza, dominada por el escribano obedeció.

—Decidles que pasado un dia despues que reciban estas letras, procuren estar encubiertos en Sevilla, y que aproximen sus lanzas. Habladles con gran confianza: cuando el que invita vacila, el invitado retrocede. Jugamos el todo por el todo.

Alvar Yañez se puso á pasear por la reducida estancia para dar tiempo á doña Aldonza de que escribiese.

—He aquí, dijo esta despues de algunos momentos, presentando una carta á Alvar Yañez.

—Bien, muy bien, señora, dijo Alvar Yañez, despues de haber leido la carta: hablais como una reina de hecho, y esto me indica que teneis poder bastante para dominar á don Pedro.

—Nunca hemos estado mas seguros del triunfo que cuando hemos caido; ayer nos suponíamos apoderados del reino, y hoy estamos disueltos, muertos los unos, presos los otros. Solo mi desesperacion puede hacerme seguir vuestros consejos.

—¡Desesperada! ¡y teneis casi á vuestros piés un rey!

—Vos mismo habeis dicho que el rey está enamorado de esa Beatriz.

—Lo que nos produce un servidor leal para llevar esta carta á su destino.

—Dios quiera que no demos con un traidor.

—El amor y los zelos nos sirven; quien ha de llevar esta carta es el amante de esa Beatriz.

—Pues bien, señor Alvar Yañez, estoy dispuesta; desplegad vuestra actividad; echad mano de todos vuestros recursos y concluyamos de una vez.

Alvar Yañez habia logrado lo que deseaba: habia sembrado la semilla de los zelos y de la ambicion en el alma de doña Aldonza, y comprendió que el último toque de la obra era dejar á la jóven entregada á sus propios pensamientos.

—En verdad, señora, la dijo, que me duele dejaros sola, abandonada.....

—Dios me protegerá, contestó doña Aldonza: jamás he causado mal á nadie y he sido demasiado desgraciada para que al cabo no tenga Dios compasion de mí. Y luego, luego, la muerte es un descanso eterno....

Dijo doña Aldonza de una manera tan sentida estas palabras, que Alvar Yañez á pesar de sus picardías se conmovió.

—Lo que en mí consista, dijo, no dejará de ser, señora. Sin duda estaís escasa de dinero.

—No poseo un cornado.

—Aceptad, pues, este préstamo, dijo el escribano cediendo milagrosamente á su compasion y dando á la dama dos florines.

Doña Aldonza los puso con indiferencia sobre la mesa, lo que no dejó de contrariar al cartulario, que creia haber dado un gran golpe, un golpe maestro, por el que al menos se le debian dar las gracias.

—Adios, pues, señora, la dijo, guardando cuidadosamente la carta en su limosnera. Cuando me necesiteis hacedme avisar por medio de maese Blas el campanero.

Dicho esto, salió notablemente cabizbajo, y doña Aldonza al verse de nuevo sola, volvió á sus encontrados pensamientos.

—Siempre altivos, decia el escribano mientras bajaba: indudablemente he hecho muy mal en servir á esta gente... héme aquí comprometido, obligado á doblegarme á ellos... ¡Eh! ¡mancebo! añadió pasando junto á Andrés que estaba replegado sobre sus rodillas y profundamente pensativo, ¡alzaos vive Dios! conmigo traigo la suerte de vuestra Beatriz.

A esta palabra se alzó violentamente el jóven.

—¿Qué traeis su salvacion?.. ¡cómo!

—En esta carta.

—¿Para don Pero Ponce de Leon conde de Arcos? dijo el jóven leyendo el sobreescrito.

—Cabalmente. Pero es necesario que la lleve una persona de confianza, vos por ejemplo.....

—¡Yo! ¡yo estoy enfermo, señor! ¡apenas me puedo tener de pié!

—Ireis sentado dentro de una buena litera conducido por dos mulos y bien asistido.

—¿Y á dónde he de ir?

—A Jerez.

—¿Me jurais que en esta carta va la salvacion de Beatriz?

—Os lo juro.

—Pero esta debe ser una traicion al rey.

Miró con un profundo recelo el escribano al jóven.

—Y suponiendo... tened presente que no hago mas que suponer... suponiendo que en esta carta fuese algo contra el rey.....

—Tratándose de ella, la llevaria aunque arriesgase en el camino la cabeza.

—Santo y noble amor, dijo con énfasis el escribano: tú eres la luz del mundo; *¡lux mundi!* como decia ese desdichado arcediano; y además siguió pensando para sí mismo: sirves para muchas cosas.

Andrés cerró la puerta, y asiéndose de nuevo del brazo del escribano se encaminó á la subida de la torre y desaparecieron por ella.

Dos horas despues una litera conducida por dos mulos, salia por la puerta de Jerez sin llevar otro resguardo que cuatro villanos armados con ballestas.

LIBRO SESTO.

CAPITULO I.

Los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.

Sobrevino la noche densamente oscura y nublada; desde puesta del sol densos nubarrones habian cubierto el espacio sobre Sevilla, y al toque de queda llovia de una manera lenta y sostenida.

A aquella hora salieron por la puerta de Adohar dos bultos embozados, y se encaminaron en paso ligero al barrio extramuros de San Bernardo.

Por aquel tiempo aquel barrio se componia de calles estrechas, formadas por casas denegridas, y ruinosas, y en muchas partes enteramente arruinadas, y estas circunstancias, lo poco poblado del barrio, y la mala reputacion de sus vecinos, hacian que aquellos lugares fuesen temibles y respetados, y que no hubiese abiertas en ellos á cierta hora mas casas que dos tabernas siempre llenas durante la noche de gente aviesa y maleante, y desiertas por el dia.

Despues de oscurecido, nadie se aventuraba por aquel laberinto de callejas, á no ser algun forastero ó algun devoto peregrino que fuese cumpliendo una promesa á visitar la milagrosa imágen de Nuestra Señora de Rocamador.

Esta imágen antiquísima, que se decia aparecida en aquel lugar á un peregrino en tiempos de los godos, segun una tradicion muy respetada, estaba fija en la pared esterior de la iglesia, como pintada bajo un soportal ancho y lóbrego alumbrado continuamente por una candelilla encerrada en una jaula de hierro y defendida del viento por vidrios que se habian hecho densamente opacos, por el humo y el polvo adheridos á ellos; su amortiguada luz apenas bastaba á iluminar los objetos y la vírgen mirada á su reflejo aparecia terriblemente fantástica y medrosa.

Uníase á esto la contínua presencia de un mendigo, que sentado en un poyo de piedra á la entrada del soportal, con muceta, conchas, sombrero y bordon de peregrino, amen de una larga barba, aparecia constantemente al toque de queda, es decir, á las ocho en el invierno y á las nueve en el verano y cantaba tenazmente letanías y villancicos á la vírgen acompañándose con una cascada y desapacible guitarra. A la

media noche en punto desaparecia sin que nadie supiese donde se ocultaba, ni por donde venia, y lo que es mas, sin que ninguno de los vecinos que por raro acaso se retiraban tarde le hubiese visto jamás el rostro: tan guardado le tenia debajo del ala del sombrero y la revuelta barba.

Atribuíase aquello á devocion: sabíase además que en una casa lóbrega cuya entrada estaba en el mismo soportal se albergaban peregrinos durante la noche por lo que aquella casa se llamaba el hospicio de nuestra señora de Rocamador.

Pero habia acontecido y acontecia con frecuencia que en las inmediaciones de aquella casa apareciesen por la mañana hombres muertos á hierro, muchos de los cuales parecian hidalgos por sus ropas: y muchas veces tambien los vecinos despertaban asustados por el áspero chocar de espadas; sin embargo nadie osaba abrir su ventana, ni la justicia, despues de recoger los muertos, pasaba adelante en sus averiguaciones; era, además, espantable el que siempre se encontrasen cadáveres, nunca heridos, lo que queria decir que el que tenia la desgracia de caer en manos de los asesinos, era rematado, sin duda para evitar que hablase.

Esto, sin embargo, nada tenia que ver, segun el juicio público, con los buenos peregrinos, que eran devotísimos cristianos y cuyas letanías y cánticos se escuchaban con mucha frecuencia en las altas horas de la noche partiendo del hospicio, y á veces en ocasiones en que en las tenebrosas callejas caia un hombre muerto á estocadas.

Pero la continuidad de estos actos habia motivado una desercion en la zona de casas contiguas á la iglesia de San Bernardo, desercion que se habia hecho tal y tan numerosa, que en el tiempo en que sucedia la verídica historia que relatamos habia muy pocas casas habitadas y aun estas por gente sospechosa.

Los dos bultos que, como hemos dicho al principio de este capítulo, habian entrado en el barrio de San Bernardo, no se detuvieron al llegar al límite señalado por el terror general sino que siguieron adelante, no sin encontrar de tiempo en tiempo algun peregrino que seguia en silencio la misma ruta.

Al fin oyeron la monotona plegaria que partia del soportal de la Vírgen, apresuraron el paso y llegaron.

El de menos estatura de los bultos se detuvo delante de un hombre que estaba sentado sobre sus piernas en un poyo á la entrada del soportal, y le examinó profundamente; pero en vano: tal estaba encubierto tras el triple velo del sombrero, la barba y la sombra.

—Una limosna para el culto de Nuestra Señora, dijo aquel hombre con una gangosa entonacion del salmodia.

—¡Ah! ¡es Roque! ¡el buen hermano Roque! dijo con viveza uno de los embozados cuyo acento era mujeril.

—¿Y tú quien eres? dijo el peregrino levantándose de repente y dejando ver en sus manos un arma blanca.

—Yo soy Isabel la-Liebre, por otro nombre el paje Florisman, dijo aquella que no era otra cosa que una mujer vestida de hombre.

—¡Ah! la hermosa hija de la bruja: vamos prenda, me habias dado algo en que pensar con pronunciar mi nombre ¿y quién es este otro embozado?

—Un hermoso mancebo, un buen paje que ha salido hoy como yo del servicio del arcediano.

—A quien Dios tegan en la gloria.

—¿Está allí Pedro el-negro?

—Pasad, hijos mios pasad: creo que venis á buena hora porque la muerte del arcediano da de sí algo de horca y justicia.

El paje que no habia hablado hasta entonces, hizo un movimiento.

—Vamos, vamos, añadió el peregrino, aquí estais mal, me estorbais, hijos mios, pasad.

Los dos embozados pasaron, llegaron á una negra puerta que abrió tirando de una cuerda Isabel la-Liebre y se encontraron en un ámbito oscuro.

—Dadme la mano señor Gaston, dijo Isabel á su compañero, y no tembleis, yo os creia mas valiente.

—Creo que estamos entre bandidos.

—Punto mas ó menos; pero callad; estos honrados peregrinos se llaman los hermanos de nuestra Señora de Rocamador.

—¿Quién va? dijo una voz ronca desde el fondo de la oscuridad.

—Mas valia que tuvierais menos miedo y mas luz vergante, dijo con desenfado la-Liebre, no parece sino que á este sitio no puedan venir damas.

Apenas habia dicho Isabel estas palabras cuando la dió en los ojos la luz de una linterna, que estaba unida á un brazo correspondiente á un cuerpo opaco y atlético.

Por pronto que quiso cubrirse el rostro el acompañante de la-Liebre, el peregrino pudo verlo á su placer y retrocedió un paso maravillado de su vigorosa hermosura.

Era Leila, perfectamente disfrazada de paje.

—¡Ah! ¡ah! bien se conoce que el arcediano duerme cuando tan suelta anda su servidumbre dijo el hombre.

—Nos han arrojado ignominiosamente á la calle, contestó la-Liebre.

—¿De órden del rey?

—No se de órden de quién: pero no lo olvidaré jamás que al arrojarnos de la casa habia un hombre que nos ha amenazado con azotes.

Leila palideció, como al recuerdo de aquel ultraje.

—Algun ballestero feroz..... dijo el hombre, pues mira vienes á buena hora, aquí tenemos tambien nuestro juicio... ¿y dónde has encontrado á este mancebo?

Estaba tambien disfrazada Leila, sus formas eran tan esbeltas que el peregrino le tuvo por un adolescente.

—Era un paje recien entrado en la casa del arcediano, contestó Isabel.

—Parece que al buen señor tanto en hombres como en mujeres le agradaba la hermosura: es un rapaz hechicero.

Y el peregrino hizo ademan de querer tocar el rostro de Leila.

—¡Haceos atrás, vive Dios! dijo esta rechazándole con energía, y ved lo que haceis, que os pudiera pesar.

—¡Ola! ¡el pollo se convierte en azor! Bravo, hijo mio, por aquí nos gustan las gentes alentadas. Venid conmigo: ¿traeis antifaces?

—Como que los he hecho esta tarde en casa de mi abuela.

—Soberbia bruja que, si Dios no lo remedia, acabará en quemada.

—Procurad vosotros no morir de mala muerte: el rey entierra ya á la gente viva, y es muy capaz si os descuidais, de coceros vivos como cangrejos. ¿Dónde está Pedro el-Negro?

—Sígueme.

—¿Pero quién eres tu? no conozco tu voz ni te veo el rostro.

—Sígueme, repitió el peregrino.

Tomaron por un estrecho corredor adelante, desembocaron en un corral donde habia una alberca, un ciprés y algunos árboles; abrió el peregrino una puerta desvencijada, y entró en un chirivitil lóbrego y húmedo: subió por una escalera portatil, levantó una compuerta y entró en un aposento de madera, en el cual entraron tambien Leila y la-Liebre; el peregrino encendió una vela de sebo que iluminó con mas fuerza: la habitacion era muy reducida, enteramente de ma-

dera, y no se veian en ella otros objetos que un arnés de guerra colgado en un rincon, un jaez de caballo, una lanza de roble, dos escabeles, un lecho, aunque reducido aseado, y cómodo: una mesa y un pergamino en que estaba groseramente copiada la imágen de la Vírgen de Rocamador, sujeto con cuatro clavos á las tablas.

El peregrino se sentó en el lecho, y Leila y la-Liebre en los escabeles.

—Esta es la habitacion de Pedro el-Negro, dijo Isabel, ¿dónde está él?

—No tardará en venir y por cierto que te aconsejo que no le recibas con tan buena compañía; este señor paje es demasiado hermoso para que Pedro no piense mal de tí.

—¡Bah!¡un niño! crees tu que yo puedo dejar á mi Pedro tan valiente, tan robusto por... perdonad, señor Gaston... y luego yo amo á Pedro... y soy la que debo estar zelosa... me han dicho...

—¿Y qué te han dicho?

—Que enamora á la Perla, la hija del cortador del degolladero.

—¡Bah! como me satisface á mi tu disculpa, debe satisfacerte la mia; Pedro no ama á nadie mas que á su Isabel.

—¿Y qué sabes tu de eso?

—Es verdad; si yo fuera lo que parezco, tendrías razon.

El peregrino se despojó del sombrero, de una peluca blanca que casi cubria sus ojos, de una barba cana, y de la muceta, y quedó trasformado en un moceton fornido, rudamente hermoso, como de veinte ocho años, vestido con un traje de ante y lana compuesto de vesta y calzas rojas, con un ancho talabarte del que pendian una espada, un puñal y una bolsa; sacó de esta una gorra de camelote negro, se la caló sin ceremonia, y quedó enteramente trasformado.

La-Liebre exhaló una esclamacion de alegría.

—¡Ah! eres tú, esclamó! al diablo contigo no se donde has aprendido á mudar de tal modo la voz y á disfrazarte cada dia de un modo diferente. Este es mi amante, señor Gaston, miradle bien... un buen mozo... algo duro, es verdad, y de mano algo pesada... pero no importa... es necesario que vos busqueis tambien vuestro acomodo... la Perla es una morenita muy linda y muy jóven; ¿no es verdad, Pedro, que María es muy hermosa, y que podrá enseñar el aprendizaje de amor al señor Gaston?

El semblante de Pedro se nubló ligeramente, y el de la-Liebre se frunció.

—El señor Gaston tendrá gusto mas delicado. María la Perla huele á oveja muerta.

—¡Oh! no hagais caso, señor Gaston; yo haré que la conozcais... es preciso que os acostumbreis á los usos de esta brava gente... Diez queridas por lo menos... se sabe vivir; es verdad que hay obligacion de llevar la muceta y las conchas... pero solo de noche... de dia no hay gente mas galana en la Macarena, ni en Triana, ni en la Cestería; hay hermosas niñas de ojos negros, y á ninguna la faltan perlas, ni balajes, ni sedas... y luego se gasta y se triunfa .. buen vino, esquisitas viandas... y sobre todo amor... es una alegre vida... pero os aconsejo que si quereis librar bien, no tengais mas que una amante... porque somos horriblemente zelosas... y es muy espuesto jugar con nosotras.

Y la-Liebre miraba de una manera singular á Pedro.

—Ya os dije al veros, contestó Leila, Isabel, que puesto que vuestro amante conocia á don Juan de Aragon, que me recomendase á él para que me admitiese á su servicio.

—¿Quereis entrar al servicio del infante don Juan?

—Sí.

—¿Y qué razones teneis para ello?

—Quiero estar cerca de la córte.

—¿Por quién entrasteis al servicio del arcediano?

—¡Oh! fue una sucesion de casualidades.

—Pero la persona que os acomodó al servicio del arcediano, podria acomodaros al del infante.

—Esa persona ha muerto esta mañana á manos del rey.

—¡Ah! y ¿quién era esa persona?

—El moro Almondhir, embajador del infante Abou'l Sayd, que me habia traido consigo de las Alpujarras.

—¿Venis de Granada?

—Sí; ayer era esclavo de Almondhir... que me vendió por un alto precio al arcediano.

—Por un alto precio...

—Sí; sé cantar, trovar; hablo el árabe, el castellano: soy médico y astrólogo.

—¡Astrólogo! mucho habeis aprendido en tan pocos años... parece increible.

—Probad.

—Decidme: ¿quién ha dicho al rey que el arcediano no era arcediano?

Leila recordó que el peregrino de la puerta habia dicho que por resultado de la muerte de don Jofre habria aquella noche en el hospicio horca y justicia, lo que representaba el castigo de una traicion, y habia hecho su pregunta Pedro de una manera tal, que Leila contestó sin vacilar.

—Vos.

—¿Que he sido yo quien le ha denunciado, esclamó Pedro, sin poder dominar su turbacion?

—Sí, vos.

—¿Y qué motivos podia tener para eso?

Isabel habia referido á Leila los zelos que habia mostrado la tarde antes Pedro, y contestó asiéndose á aquel antecedente.

—Os contrariaba el que Isabel estuviese en el número de las mancebas de ese hombre.

—Pero vos no habreis dicho á nadie eso.

—Un hombre como vos vale mucho para que no se aprecie... vos sois el capitan de esta gente...

—Si señor...

—Sois enemigo del rey puesto que serviais al arcediano.

—Sí.

—Yo tambien le aborrezco.

—¿Y quereis entrar en nuestra cofradía?

—No; solo quiero entrar al servicio del infante don Juan.

—Entrareis.

—Por lo demás, Isabel, no tengais zelos de Pedro: ¿no es verdad que no amais á nadie mas que á ella?

—A nadie, señora.

—Ya veis que un hombre que por vos ha muerto á otro denunciándole... dijo Leila.

—Callad por Dios... os engañais: el denunciador va á morir esta noche.

—Lo que significa que habeis tenido bastante astucia para hacer que caiga sobre otro vuestra culpa.

—Os juro...

—¿No os he dicho que soy hechicero?

—Pues bien, señor Gaston, es verdad: el arcediano, ó por mejor decir: Pero Sanchez de Astorga nos estorbaba, y hemos dado con él al traste... pero si quieres que yo viva, calla, Isabel... si vos quereis tener en mí un brazo y un servidor, callad tambien.

—Los acepto.... callaré... pero servidme bien.

La-Liebre veia con asombro levantarse un señor en aquel adolescente, cuyos amores aunque supuestos, habia rechazado con desprecio, y Leila habia sabido aprovecharse con tal arte de algunas palabras sueltas, que habia logrado fascinar á Pedro el-Negro.

—¿Y cuándo veré al infante, dijo Leila?

—Esta noche.

—Habladle de mí.

—Contaos por de su servidumbre.

—Guardaos de decirle lo que soy.

—Lo guardaré.

Oyóse entonces una salmodía lejana.

—¿Qué cánticos son esos, preguntó Leila?

—Es la letanía de mis gentes, y hago falta entre ellas: si quereis venir, venid... si preferis quedaros aquí y descansar, porque pareceis fatigado, quedaos; yo volveré con el infante.

—Prefiero quedarme.

Pedro volvió á disfrazarse, encendió la linterna, se despidió de Leila, y asiendo no muy amorosamente de la mano á la-Liebre, salió con ella dejando á Leila sola y encerrada.

—¡Oh! esclamó la jóven: héme aquí enteramente libre: yo dominaré á ese oso salvaje y me valdré de él: las bachillerías de la Isabel y las imprudencias del peregrino me han dado un cabo, siguiendo el cual, pienso hacerme fuerte... Pedro, Isabel, el infante, serán mis esclavos... han ahorcado á Almondhir, á Abraham... y nadie me conoce; nadie mas que Pero Lope: para con ese me valdré de mi astucia de mujer... tiene razon ese bandido... necesito descansar... tengo sueño... necesidad de recoger mi pensamiento... y luego necesito aclarar el misterio de mi nacimiento, y emprender con fuerza y con certeza el camino.

Y echándose en el lecho de Pedro el-Negro, se puso á meditar profundamente, y poco despues rendida por el cansancio, se durmió.

CAPÍTULO II.

En que Pedro el-Negro relata algunos interesantes antecedentes del arcediano.

—Siéntate aquí, Isabel, dijo severamente Pedro á su querida, señalándole al borde de la alberca del patio.

Isabel se sentó.

—¿Quién es ese paje?

—No le conozco; anoche le introdujeron en nuestra cámara.

—¡En la cámara de las mujeres!

—Ya sabes que el arcediano nos hacia disimular nuestro sexo.

—Y tú te uniste á él...

—Fue una casualidad.

—¡Casualidad que me fastidia!

—¿Acaso tendrás zelos?

—Y sospechas.

—¿Sospechas de qué?

—Tú me has vendido.

—¿Que te he vendido yo?...

—¿Cómo sabe ese mancebo?..

—¡No te ha dicho que es hechicero...!

—¿Y tú lo crees?

—Y tanto, que ya no tengo zelos de María la Perla, Solo, porque él me ha dicho que no los tenga.

—En verdad, en verdad, que él ha dicho cosas que yo nunca te habia revelado.

—Tú jamás me revelas nada, y me haces sufrir, Pedro.

—Pero te prefiero á todas.

—Es que no basta preferirme, quiero ser sola, sola, lo entiendes... y si no soy sola... mira... yo tambien tengo puñal, Pedro... y el corazon tan duro como tú... y sé muchas cosas mas que tú... y si yo digo que á un tiempo...

—Te repito que estás loca, Isabel... siempre te he guardado fidelidad.

—Obras, no palabras.

—Por tu amor, por tus zelos he muerto al arcediano.

—Al hombre que te hizo capitan de su gente... á quien has debido las preseas que vistes, los escudos que tienes, y el rumbo que gastas... mañana me asesinarás del mismo modo, sin meditar que por tí engañé al arcediano que me habia arrancado de la miseria.

—¡Asesinarte yo á tí, Isabel,! escucha: si he dado en tierra con ese hombre, consiste en que le conocia: en que sabia lo que era... tú no entiendes esto: un capitan de bandidos cae en el momento en que hay otro mas fuerte ó mas astuto. El ignoraba que yo conocia sus secretos.

—¡Sus secretos!

—Escúchame, Isabel: voy á revelarte lo que solo he revelado al rey.

—¿La historia de don Jofre?

—La historia de Pero Sanchez de Astorga. Escucha:

La-Liebre se preparó á escuchar con la mayor atencion.

—Hubo en Toledo hace muchos años un caballero llamado Suer Quiñones de Astorga; era viudo y tenia dos hijos gemelos que causaron al nacer la muerte de su madre; pero aun cuando eran exactamente iguales en las formas, de tal modo, que se confundia al uno con el otro, no lo eran en las inclinaciones: el uno, don Jofre Diaz de Astorga, era un mancebo religioso, prudente, lleno de virtud, y estudiaba teología: el otro era avieso, mal intencionado, lleno de vicios, colérico, mal hijo, mal hermano, y se llamaba Pero Sanchez de Astorga. El uno seguia el sendero del bien, el otro el del mal.—El mismo dia de que Jofre entraba en el cláustro de la catedral de Toledo para ordenarse de sacerdote, Pero Sanchez aprovechando la ausencia de su padre le robó... montó á caballo, escapó á los montes y se unió á una cuadrilla de bandidos, acompañado de un criado de su padre que mas adelante me tuvo á mi en una comedianta á quien robaron en el camino. Mi padre fue quien al morir me contó esta historia.—Pero Sanchez varió de nombre, y se llamó Juan el-Solo. Muy pronto sus atrocidades le hicieron respetar y temer por los bandidos, mató al capitan y se alzó con la banda. Pasaron algunos años, unas veces sirviendo como aventureros, otras robando y asesinando y entrando á saco en las aldeas.—En una ocasion, hace veinte y dos años, Juan el-Solo y su gente se habian refugiado en la Sierra de Guadarrama en un pequeño castillejo de moros escondido entre las breñas. Un dia parte de los bandidos ocultos en los costados del camino, sorprendieron una litera, vencieron á las gentes que la resguardaban, la abrieron y se maravillaron... creyeron encontrar dentro á su capitan; pero vestido de canónigo con trazas de ser muy caballero, muy rico y muy principal; lo que les hizo conocer que se habia equivocado, fue que aquel hombre tembló y se aterró á su vista. Juan el-Solo no se aterraba por nada.—El buen clérigo, segun se supo despues, iba á Madrid á visitar una de sus prevendas: entonces era el principio del reinado del rey difunto, y habia bandos y lanzadas en Castilla. El canónigo creyó que se trataba de partidarios; pero se encontró con ladrones demasiado feroces para no temerlo todo de ellos. Díjoles para interesarlos en respetar su vida, que lo que llevaba consigo era muy poca cosa para premiar los servicios de tan buenos señores, y que deseaba se le permitiese escribir desde lugar seguro á su mayordomo, quien sin duda enviaria una cantidad razonable y sobre todo digna.—Ya puedes comprender, Isabel, que estas ofertas fueron bastantes para que los ladrones tomasen en medio la litera del buen canónigo y la llevasen al castillo, y esto con tanto mas motivo, cuanto que admiraban la perfecta semejanza que existia entre su capitan y el preso.—Cuando Juan el-Solo vió á don Jofre, y este á Juan, maravillaronse y estuvieron encerrados largo tiempo. Despues de esto, Juan llamó á su gente, y cuando entraron, encontraron al canónigo con una mordaza, rojo de cólera, y á Juan paseándose lentamente y pensativo por el aposento. Luego mandó á sus gentes que cargasen con aquel hom-

bre y le siguieran, y le encerró en la parte mas alta de la torre mayor del castillo, donde despues pasaba encerrado con él largas horas.—Salieron y vinieron cartas y mensajes del castillo á Toledo, y por último el mayordomo del canónigo se presentó trayendo cuatro acémilas cargadas de dinero, resultado de la venta de los bienes del canónigo, y además los papeles de familia y dignidad de este.—Entonces Juan el-Solo reunió á su gente, repartió entre ella una gruesa cantidad y la despidió quedándose solo con mi padre. Al dia siguiente le anunció que iba á dejar el castillo para trasladarse á Sevilla, y le mandó disponer dos mulas. Mientras mi padre lo hacia, Juan se vestia las ropas del canónigo, y cuando mi padre le preguntó qué iba á hacer de los infelices que quedaban encerrados, Juan le llevó al calabozo y se los mostró cosidos á puñaladas.

—De modo que si el rey sabia eso, dijo la-Liebre, ya no estraño el que haya sido tan cruel con ese hombre.

—Mi padre se horrorizó de aquel crímen, y solo el terror que inspiraba á Juan pudo salvarle de la muerte. A mas, mi padre supo inspirarle de tal modo confianza, que, cuando merced á los papeles de su hermano, cuyo hombre habia tomado, y á los ruines oficios que hizo á don Juan Alfonso de Alburquerque, llegó á ser arcediano y compró el señorío de la parroquia de San Gil, y de todos sus pechos y derechos, mi padre fue su mayordomo, su confidente, su amigo, y el capitan de armas de esta cofradía tan antigua y que tanto sirve en los bandos de Castilla. Cuando mi padre fue ya muy viejo, ocupé yo su lugar, y antes de morir, para que pudiese defenderme del arcediano, me reveló su historia.

—¿Y por qué has esperado tanto tiempo para revelársela al rey?

—Me estorbaba ese hombre, y á mas me habia amenazado.

—¡Ah!

—Entonces me previne de ciertas pruebas y papeles que me habia dejado mi padre, y me presenté al rey... el rey ha aprovechado la ocasion de la falta de caridad de ese hombre: se ha reparado que el rey ha previsto cosas que solo podia saber por la traicion de uno de nosotros, y esta noche se sentencia al *Zurdo*.

—¡Ah! ¿tambien tienes zelos de él?

—Te mira demasiado.

—No, no digas eso; di que quiere ocupar tu puesto de capitan de armas.

—Todo contribuye.

—Y bien: ese seria asunto concluido con una puñalada.

—No, no; bien hecho está lo hecho.

—Es verdad: así los otros respetarán tu poder.

—Ya ves, Isabel, cuanto te amo, cuando te revelo cosas que pueden perderme.

—Amame, ámame siempre... Pedro ámame, añadió colgándosele del cuello, yo no puedo vivir sin tí y si me engañaras... yo no sé lo que haria, pero seria horrible.

Pedro la estrechó en sus brazos con una galantería mas delicada de lo que debia esperarse de sus costumbres.

—Pero me has traido un conocimiento fatal con ese paje, la dijo:

—Pues mira, yo creo que sirviendo á ese mancebo hemos de ser mucho.

—El señor Gaston es demasiado misterioso... y luego este afan de servir al infante don Juan...

—¿Estás de acuerdo con el infante?

—Sí, y todo sucederá como yo deseo... el Zurdo es hombre muerto... en cuanto á don Juan, es hombre con quien pronto ó tarde será necesario hacer lo mismo que hemos hecho con Pero Sanchez de Astorga... y ese paje... ese paje....

—Pongámosle á su servicio... observémosle... y Dios dirá.

Oyóse entonces el sonido de un cascado esquilon.

—La señal, dijo el bandido... escucha Isabel.... vete por allí, y no te asustes de lo que suceda... yo voy á encontrar al infante don Juan, y á prevenirle... es necesario que muera el Zurdo.

La-liebre se encaminó á una puertecilla situada en el fondo del patio, y se perdió por ella cubierto con un antifaz. Pedro el Negro tomó por una galeria abierta en frente de él.

El esquilon seguia tañendo de una manera lúgubre.

CAPÍTULO III.

En que se empiezan á ver bajo su verdadero punto de vista los peregrinos de nuestra Señora de Rocamador.

La-liebre atravesó algunos corredores oscuros dando por señas de tiempo en tiempo á los bultos que encontraba. *La virgen quiere, la vírgen vela.*

Esta sin duda era la seña de reconocimiento de la cofradía.

Merced á ella, Isabel llega á un estenso salon colgado enteramente de paños negros, á cuyo frente habia un dosél, una mesa y tres sillones: á los lados del dosel sobre un estrado habia dos mesas pequeñas una enfrente de la otra con libros, papeles y recado de escribir.

Bajo el dosel habia tres peregrinos con antifaces, en las otras dos mesas otros dos de igual manera encubiertos, y sentado en un banquillo otro, pero con la cabeza y el rostro descubiertos; entre estos seis hombres y la concurrencia que llenaba el salon habia una alta verja de madera.

Aquello era un juicio, que al parecer habia terminado de una manera muy rápida: reinaba un profundo silencio: los jueces conferenciaban entre sí, y de tiempo en tiempo se oian murmullos de impaciencia.

—¡Silencio! dijo uno de los hombres que ha manera de porteros de estrados, estaban en la abertura de la verja: se va á leer la sentencia, por su merced el hermano mayor.

Se hizo denso el silencio y un hombre se levantó del sillon del centro del dosel: su voz temblaba insegura y tenia mucho de semejante con la de don Juan de Aragon.

—Hermanos, dijo: anoche por traicion de un infame, se malogró el mejor motin que hace muchos años ha estallado en la córte: tuvimos á la vista los tesoros de los judíos, los de las iglesias... creimos nuestra á Sevilla por un momento, y al fin las lanzas del rey nos hicieron retroceder prudentemente. El rey estaba avisado. Las declaraciones de tres testigos prueban como habeis visto, que Cristobal el Zurdo entró ayer tarde en el alcázar y habló con el ballestero Juan Diente que le introdujo en la cámara del rey.—A mas de eso poco despues de oscurecer fue muerto á puñaladas fuera del bosque de Triana un escudero del conde de Trastamara. Esto malogró un hermoso golpe de mano, y el conde de Trastamara fue preso, debiendo su salvacion á un milagro.—Además, despues de la queda, Gil de Albornoz fue muerto á estocadas en la calle de San Isidoro (1) en ocasion en que tenia entre sus manos al rey. Esta muerte fue consecuencia de la traicion de Cristobal el Zurdo.—Anoche un mancebo estuvo en casa del arcediano de San Gil y le mandó celebrar un entierro por gran cantidad de oro á Sancho Zapata. Aquel mancebo acompañaba al rey que habia ido á la calle del Comendador no por acaso sino por aviso de Cristobal el Zurdo, que no solo habia calumniado al arcediano sino que habia revelado secretos

(1) Hoy del Candilejo.

suyos al rey. Queda pues probado, que Cristobal, ha cometido contra la cofradia crimen de traicion y debe morir.

—¡Que muera! gritaron todos.

—Y yo digo esclamó el acusado levantándose enérgicamente que conmigo se comete un asesinato: y para eso buenos ladrones, amigos mios, no creo era necesario tanto aparato, ni que todo un infante, apadrinador de salteadores, se tomase el trabajo de fingir una justicia, entre bribones y mujerzuelas.

—¡Que calle!

—¡Que le pongan una mordaza!

—¡A la hoguera con él! gritaron todas las mujeres que asistian al juicio al sentirse maltratadas en su reputacion.

—Se os ha sentenciado en justicia, dijo el presidente.

—¡Justicia! ¿Y dónde está vuestra justicia? esclamó el Zurdo con desprecio: si yo hubiera revelado al rey las traiciones que le cercan, no hubiera dado lugar á que me hubierais cogido en vuestras manos, sino que os hubiera entregado sin faltar uno: si don Pedro ha descubierto el secreto del motin y ha hecho dar de estocadas al señor Gil de Albornoz debe de haber sido por una casualidad... Además el rey en su sentencia contra don Jofre Diaz, ha dicho cosas que yo ignoraba completamente, que ignorábamos todos. La traicion pues debe haber venido de mas alto. Y luego: se habia negado escandalosamente, como buen bribon, á enterrar á un pobre.

—¡Que muera! ¡que muera! gritó la muchedumbre al oir calificar de bribon al difunto arcediano.

—Sea santo, si quereis, esclamó con desprecio el Zurdo. Pero puesto que os habeis empeñado en matarme, porque esto conviene, sin duda, á alguno, veamos como lo haceis.

Y asiendo el taburete en que habia estado sentado, le lanzó contra la verja con una fuerza tal que la rompió, y tomando uno de sus barrotes, se lanzó arrastrando sus cadenas y armado con aquella tremenda maza, entre la multitud.

A este estraño desenlace, sucedió un tumulto espantoso; brillaron por todas partes espadas y puñales y Cristobal cayó con cien heridas, hecho pedazos. Restablecido el órden sacóse de la sala el cadáver del sentenciado con mas dos viejas espanzurradas y tres cofrades gravemente heridos.

—¿Hay alguno que sostenga que lo que ha hecho el Zurdo está bien hecho? gritó un peregrino levantándose espada en mano del sillon del lado derecho debajo del dosel.

Nadie contestó.

—¿Hay alguno que crea que su muerte no ha sido justa?

Sucedió el mismo silencio.

—Salid, pues, hermanos; dijo el presidente: por esta noche hemos acabado: pero demos gracias á Dios y á nuestra Señora de Rocamador, que, librándonos de las traiciones de ese infame, nos han hecho un señalado favor.

Retiróse murmurando la multitud, y cuando esta se hubo dispersado adelantó Isabel hácia la mesa donde quedaban dos peregrinos hablando con gran interés.

—¿Conque es decir, señor, decia uno de ellos que quereis de todo punto que se vigile á ese caballero?

—Sí, me interesa demasiado... te he servido; necesitaba deshacerte del Zurdo y te he deshecho de él. ¡Ola! ¿quién es este rapaz? añadió reparando en la jóven que se habia acercado silenciosamente á la mesa.

—Soy Isabel la Liebre, señor, dijo ella quitándose el antifaz.

—¡Ah! ¡bella cara y bello nombre! ¿que buscas?

—Soy peregrina de nuestra Señora de Rocamador.

—Ya lo creo puesto que estais aquí.

—Ayer era paje del arcediano de San Gil.

—¿Y hoy?

—Hoy querida de Pedro-el-Negro.

Y señaló al otro peregrino.

—¡Ah! ¡conoces al buen capitan!

—Lo mismo que á los que nos protejen señor. Vos...

—Yo.

—Sí, vos, el infante don Juan de Aragon, hermano mayor de la cofradia, por muerte del arcediano.

—¡Diablo!

—Andad con cuidado señor.

—¿Oyes Pedro? ¿qué quiere decir esta mujer?

—Quiero decir, continuó la-Liebre, adelantándose á la respuesta de Pedro, que mi amante tiene en su aposento un paje amigo mio que le he recomendado, que desea entrar al servicio de gente noble, y que es médico, músico, poeta, y sobre todo hechicero.

—No me has hablado de eso Pedro.

—En verdad, señor, que os iba á hablar de ello; pero Isabel se ha adelantado, y yo recomiendo á vuesamerced al señor Gastón.

—¿Y de qué puede servirme ese paje?

—Es un tesoro.... un hechicero... acaso á fuerza de oro.....

El infante meditó un momento.

—Llévame á donde tienes ese paje, pero al presentarme á él oculta mi nombre.

Pedro se levantó fulminando una furiosa mirada á la-Liebre y condujo al infante al zaquizamí donde habia dejado encerrada á Leila.

Antes de entrar Pedro se detuvo.

—Os advierto señor, que ese jóven hechicero puede serviros de mucho.

—¿Hechizando al rey?

—No, haciendo que vuestra mujer estreche su amistad con Men Rodriguez de Sanabria, y que este ceda á sus exigencias en vuestro favor.

—Tienes razon. Creo que al fin el rey me concederá el señorío de Vizcaya: le tengo cogido por muchas partes. Entremos.

El infante dejadas las ropas de peregrino, entró y miró con asombro á Leila que dormia ó fingia dormir.

—¡Oh! que garzon tan hermoso dijo contemplándola, creo que tiene muchos medios para hechizar á mi mujer.

—Silencio, dijo Pedro á media voz: no sabemos si el que duerme oye.

—Tienes razon, Pedro: despiértale: estoy cansado y necesito reposar.

—¡Eh! amigo, dijo Pedro moviendo á Leila que aunque estaba despierta fingió que volvia de un profundo sueño.

—¿Quién es? ¿qué quereis? ¿para qué me habeis despertado? dijo.

—Tiempo tendreis de dormir en casa del infante don Juan.

—¿Y donde está ese señor?

—Os he recomendado á él cumpliendo lo que os ofrecí, y este hidalgo que me acompaña, que es su escudero os llevará á su casa.

El infante tenia puesto un antifaz de terciopelo.

—¿Y á quién voy á servir á casa del infante? dijo Leila.

—A su esposa, contestó don Juan: seguidme pues.

Leila se puso de pié, se envolvió en su capa, siguió al infante, que entró en Sevilla aunque estaban cerradas las puertas, merced á una seña particular y aquella noche durmió junto á la cámara de doña Isabel Nuñez de Lara.

CAPITULO IV.

De lo que aconteció á Men Rodriguez mientras velaba las armas.

Entretanto Men Rodriguez velaba las armas en la

capilla del alcázar, cubierto con una túnica blanca y con una estola encarnada al cuello. Le habian dejado solo y encerrado y dominaba el mas profundo silencio. Solo se oia el chascarar de los blandones del altar, y los reflejos de sus luces iban á destellar sobre un brillante arnés blanco colocado del lado del Evangelio. Las armas consistian en la armadura vírgen de don Alonso el Sabio, la espada con que el jóven se habia probado con el rey y la maza de armas con que habia roto uno de los estafermos.

Por mas que Men Rodriguez tuviera muchos deseos de ser armado caballero y por mas que le desvaneciese el rápido encumbramiento de su fortuna, no dejó de fastidiarle aquella solemne soledad en que parecian volverse severos para él todos los santos de piedra, de bronce y de madera de la capilla. Habia ya dado cien vueltas al recuerdo de doña Aldonza, de Beatriz y al de doña Isabel Nuñez de Lara. Cada una de ellas le inspiraba un afecto distinto, pero ninguno bastante fuerte para hacerle menos fastidiosa su larga espera pensando en él.

Era ya mas de media noche, y el alcázar por su silencio parecia profundamente dominado por el sueño. El viento zumbaba contra la cúpula de la capilla y hacia rechinar su veleta.

Hubo un momento en que Men Rodriguez creyó escuchar leve ruido de pisadas, y ver moverse una sombra en el fondo oscuro de la capilla. Encomendóse á Dios, porque era un cristiano supersticioso de aquellos tiempos, y creia que Dios le enviaba una tentacion para probar la fortaleza de su fe cuando iba á ser armado caballero.

Pasó algun tiempo, y volvieron á resonar las pisadas : pero por aquella vez el bulto oscuro no desapareció, sino que adelantó y se detalló, dejando ver una mujer maravillosamente esbelta, pero cubierta con un velo negro de los piés á la cabeza.

Aquella mujer se detuvo delante de Men Rodriguez y le dijo con voz dulce :

—¿Consentireis en seguirme, caballero?

—¡Seguiros, señora, cuando estoy velando mis armas!

—No temais : he dejado uno de mis pajes velando en la galeria, y si alguien sobreviene nos avisará con una seña.

—Y ¿quién sois, señora?

La dama echó el velo á la espalda y dejó ver á Men Rodriguez un semblante tan hermoso, como no habia visto jamás.

—Soy doña María de Padilla, dijo ella.

—¡La reina! esclamó Men Rodriguez doblando una rodilla.

—¡La reina! ¿y quien os ha dicho que yo sea la reina?

—El rey don Pedro, señora, me ha honrado con mas de una confianza.

—Alzad, dijo con una benévola magestad doña María; mucho debe contar el rey con vuestra lealtad, cuando os ha revelado un secreto que conocen muy pocas personas... y le callan..... porque en ello les va la cabeza.

—Vuestra señoría, como su noble esposo, puede contar, señora, con mi corazon y con mi sangre.

—¡Oh! sí, vuestro semblante respira una noble lealtad, y sin embargo, el rey os ha mandado que le sirvais en asuntos que me perjudican.

—Es cierto, señora, y yo obedezco... pero.....

—¿Pero qué?

—El rey, á pesar de las apariencias, no ama á nadie mas que á vuestra señoría.

—¡Oh! no sé por qué he venido á veros: recordaba que anoche, un hombre que se llamaba Men Rodriguez de Sanabria, se llevó de la torre del Oro una mujer que se llama doña Aldonza Coronel, y esta noche he sabido que esa mujer está en Sevilla, y que ese hombre vela sus armas para ser armado caballero en la capilla real.

—Es cierto, señora, y confieso que teneis motivo para quejaros de mí.

—Debísteis llevaros lejos, muy lejos á doña Aldonza Coronel... pero hacedme la merced de seguirme: son demasiado profanas nuestras palabras para pronunciarlas en el templo de Dios.

Men Rodriguez y doña María entraron en una habitacion inmediata, que servia de guarda-joyas de la capilla.

—¿Dónde está doña Aldonza? dijo la Padilla, mirando anhelante al jóven.

—En el aposento de asilo de la iglesia Mayor.

—¡Oh! no me engañeis.

—No sé mentir, señora.

—¿Y está confiada?... ¿no habeis descubierto en ella?.....

—Esa mujer no ama al rey, señora... porque le teme.

—¡Oh! pero viviendo junto á él... sino le ama es peor, cien veces peor, ¡Dios mio! ¡le hará traicion!

—El rey, á mi ver, no la ama tampoco, señora, y está sobre sí.

—¡Oh! no conoceís al rey.

—Creo que le conozco demasiado.

—Os engañais; esa mujer es hermosa, y esto basta.

—El rey la abandonará á los tres dias.

—En tres dias, esa mujer puede arrebatarle la corona. Yo estoy presa en el alcázar, mi hermano está en su maestrazgo, mi tio en Portugal, mi primo Pero Lope de Padilla fugitivo. La servidumbre que nos rodea es tibia, muchos de ellos han probado ya la traicion... si los Guzmanes se apoderan de la privanza...

—Vuestra señoría exagera el peligro : con el rey no puede nadie, señora, es demasiado fuerte y está sobre aviso.

—Un carácter tal y tan enérgico como el suyo puede ser engañado fácilmente, y luego el peligro está á las puertas : si el almirante don Gil Bocanegra en vez de conducir al conde de Trastamara á Francia se vuelve á Castilla en un momento dado.....

—El almirante Bocanegra, segun dicen, alcanza fama de leal.

—Hace mucho tiempo que no me fio de nadie, caballero; en Castilla todos, antes que por el rey, miran por su interés propio; y ese hombre ha podido interesar al almirante.

—El rey vencerá, señora, porque la justicia está de su parte.

—El rey tiene mas valentia que poder, contestó tristemente la Padilla, y ofendido por la nobleza que está acostumbrada de antiguo á no respetar leyes ni sufrir dominio, la acomete de frente, se ensangrienta en ella, la destroza pero ellos son muchos y el rey está solo; el dia en que yo muera, si muero antes que él, como se lo pido á Dios, mis parientes á quienes yo contengo, caerán, y el rey se encontrará á merced de sus enemigos.

—Pues bien, señora, esperad á que el rey desengañado vuelva á vos.

—Pero entretanto un golpe de mano de esa gente... no, no Men Rodriguez; es necesario velar por el rey,.. nada importo yo... ni mis amores... su vida y su corona antes que todo... es necesario velar por el rey... yo no puedo... soy una débil mujer, estoy sola... pero vos podeis servirle de escudo, previniéndo las traiciones de esa gente... por eso he venido á vos... haciendo comprar mis guardas, porque estoy presa.

—¡Cómo! ¡presa vuestra señoría! esclamó con asombro Men Rodriguez.

—Entretanto don Pedro, cuya ausencia del alcázar he aprovechado para venir á veros, á hablaros, dulcemente pasa, sin duda, las horas entre los brazos de doña Aldonza.

Doña María no pudo contenerse por mas tiempo y rompió á llorar: el dolor, el desaliento, la desesperacion, hacian sublime su purísima hermosura. Men Rodriguez se conmovió ante un infortunio tan profundo, y no pudiendo contenerse, escitado por lo generoso de su espíritu, esclamó:

—Y bien, señora, disponed de mí, ¿qué importa lo que pueda suceder? todo será una cabeza mas ó menos. Si esa mujer os hace infeliz, la robaré al rey... no sé cómo, pero la robaré.

—¡Oh! ¡no! habeis pisado con pié demasiado venturoso la córte, y no seré yo quien os separe del camino de la fortuna para arrojaros en un abismo. No, son zelos, no, lo que ahora siento, sino miedo porque creo que se tiende al rey un lazo; no quiero tampoco que ni para sus galanteos seais traidor al rey. Quiero que le acompañeis, que le sigais... porque vos, que no estais enamorado de esa mujer, vereis mas claro que él. Acabad de ser una providencia para el rey. Anoche le librasteis de la muerte... seguid sirviéndole con todo vuestro poder, con toda vuestra lealtad... pagadle las honras que os ha hecho y la órden de caballería que va á conferiros, defendiéndole de traidores. ¡Oh! si lo haceis así, él y yo os enriqueceremos, os haremos el primer hombre del reino, procuraremos que tengan envidia de vos los mas poderosos.

El rey y doña Aldonza Coronel en el aposento de asilo de la iglesia Mayor.

—¡Ah señora! ciertamente que para ser leal al rey, para serviros con toda mi alma no necesito promesas ni premios. ¿Pero creeis que yo podré hacer mucho tratándose del rey?

—Podeis hacerlo todo: hace mucho tiempo que don Pedro no se muestra con un vasallo tal como se ha mostrado con vos.

—El rey en verdad me ha honrado. Pero de esto á concederme su entera confianza...

—La tendreis; la teneis ya. El rey necesitaba un alma generosa en que apoyarse y la ha encontrado en vos.

—Quiera Dios señora que eso sea cierto, porque de ese modo podré tener la felicidad de serviros de algo. ¿Pero cómo sabe vuestra señoría?...

—Existe alguna persona que solo ha hablado con vos por espacio de dos horas, que os ha comprendido y que no ha mucho me hablaba con entusiasmo de vuestra generosidad, de vuestra hidalguía.

—¿Y quién es esa persona que tan buen concepto tiene de mí?

—Es doña Isabel Nuñez de Lara, mi pobre amiga, sacrificada á ese lobo infame que se llama el infante don Juan.

—¡Ah! ¡doña Isabel piensa acerca de mi!...

—Doña Isabel, como yo, necesita un corazon generoso que la ayude y se ha aprovechado de vos como yo me aprovecho.

—¿Y doña Isabel me atribuye un gran poder en el ánimo del rey?

—Cuando ve que su marido generalmente orgulloso y vano, os adula y os distingue, no ha podido dudar: el infante don Juan conoce demasiado la córte para engañarse.

—Quiera Dios, que no se engañe.

—¿Me prometeis velar los pasos de los enemigos del rey y avisarme de todo?

—Os lo prometo.

—Pues bien, caballero, acepto vuestra promesa. Aceptad vos como un recuerdo mio esta joya: es una sortija que heredé de mi madre.

Men Rodriguez velando sus armas.

—¡Señora!

—Sí, aceptadla: vos comprendereis que esto no es un premio á un servicio. A hombres como á vos no se les paga dignamente sino con un profundo agradecimiento. Yo os doy esta alhaja como un recuerdo mio, que no desdeñareis. Tomadla, y adios; me vuelvo á mi prision mas consolada porque cuento con vos.

Y doña María hizo aceptar la sortija á Men Rodriguez, le dió á besar su mano como una reina, escuchó con placer sus protestas y salió de la capilla.

Men Rodriguez tornó á la vela de susarmas, teniendo otro pensamiento que añadir á sus pensamientos anteriores.

—Héme aquí, decia, en un camino, que segun creo debe llevarme á buena parte... será ahora necesario cuidar de no torcerlo... ¡esas tres mugeres!... pues cuidado, mucho cuidado y ante todo el rey.

Men Rodriguez siguió paseando por delante del altar, y ocupado por sus ambiciones y por sus proyectos, vió la luz del alba iluminando de una manera

fantástica los vidrios de colores, y los severos santos pintados en las ventanas góticas de la capilla.

CAPITULO V.

De cómo entraba el rey don Pedro á trasmano en los lugares mas vedados.

Al mediar aquella misma noche, por un postigo del alcázar salió rebozado un hombre, y adelantó en paso rápido hácia la iglesía Mayor; el leve y contínuo crugir de sus canillas, daba á conocer que aquel hombre era el rey.

Llegó á la puerta de la torre, la abrió con una llave atravesó un pasadizo y entró en el patio de los Naranjos. Aquel pasadizo no existe hoy: al construir la actual catedral sobre los antiguos cimientos de la iglesia Mayor de Santa María, se suprimió.

Aquella noche, como la anterior, era muy oscura y el rey llegó entre las tinieblas al ángulo del patio en que estaba situado el aposento de asilo, y observó á través de su ventana el reflejo de una luz.

El silencio era profundo y, gracias á él, don Pedro pudo notar que hablaban dentro dos personas, aunque por la interposicion de las paredes y de la distancia no percibia mas que el rumor de aquella conversacion.

Suponer que no podia estar hablando con doña Aldonza Coronel otra persona que Men Rodriguez de Sanabria, era un absurdo, porque á mas de estar velando sus armas en el alcázar, y aunque hubiese desertado de su puesto, lo que no era de esperar, habia dado al rey la llave de la torre que la noche antes le habia confiado maese Blas, y por lo tanto no podia haber entrado en el patio. Pero podia suceder muy bien que doña Aldonza hubiese sobornado al campanero, y este hubiera introducido en el aposento de asilo á alguno de los rebeldes.

Este pensamiento que brotó en la imaginacion del rey, acrecentó su curiosidad y su interés, y llegó instintivamente á la puerta y la tocó: estaba abierta y la llave puesta en la cerradura: entró el rey, subió cautelosamente la escalera y llegó á la puerta del aposento, que no estaba en tan buen estado que no se pudiera ver perfectamente á través de sus rendijas.

Sentada en un escabel, apoyado un brazo en la mesa, sobre la que ardia una vela de sebo en una miserable palmatoria de arcilla, estaba doña Aldonza pálida y triste, pero mas hermosa con su languidez y su dolor: enfrente de ella de espalda á la puerta, sentado en otro escabel y con la cabeza descubierta, habia otra figura corcobada, exigua raquítica, vestida con un balandran negro. En un ángulo habia un lecho, y sobre la mesa un mantel, pan, un plato con viandas y un jarro.

Doña Aldonza parecia hablar con gran interés con el jorobado; cuando don Pedro estuvo en acecho tras la rendija, maese Blas se levantó.

—¡Qué! ¿os vais? dijo con angustia la jóven.

—Ya es la media noche, señora, dijo tristemente el campanero, y hace muchos años que no estoy despierto á estas horas; es verdad que generalmente he tenido á mi lado á mi hijo, ó he sabido donde ha estado... pero esta noche ¡oh! esta noche no sé donde está y tengo miedo; salió esta mañana enfermo, herido, sin decirme á donde iba, desesperado: amaba tanto á Beatriz que las estrañas mercedes del rey á esa muchacha...

—¡Mercedes! esclamó con estrañeza doña Aldonza.

—Toda Sevilla victorea al rey por ellas: todos le aplauden: pero yo... yo tengo el corazon desgarrado... porque la fortuna de esa mujer es la muerte de mi hijo.

—¡Endiablado charlatan! esclamó don Pedro en su acechadero.

—El rey debe haber conocido, continuó maese Blas, que para vencer la virtud de Beatriz necesitaba mucho precio... porque todo se vende... todo.

Doña Aldonza se ruborizó.

—¿Y creeis que un hombre que deja abandonada á una mujer á quien ha dicho amores, de quien se ha mostrado profundamente enamorado conciba á primera vista un amor tal por una villana que...?

—Es demasiado hermosa, sin que os ofendais, señora, dijo tristemente maese Blas: ¡oh! Beatriz es un ángel, una bendicion de Dios. ¡Pobre hijo mio!!

—Y bien, dijo doña Aldonza profundamente. Pluguiera á Dios que otro amor haya borrado de la memoria del rey mis amores... así me dejará vivir en paz.

—El rey señora, dijo el jorobado, moviendo con pesadumbre la cabeza, no será muy leal á los amores de Beatriz, la abandonará muy pronto... cuando mi pobre hijo hubiera encontrado en ella la felicidad de toda su vida. Cuando Beatriz le enoje volverá á vos, y acaso siuo os solicita al mismo tiempo, es porque no sabe donde estais.

El señor Men Rodriguez se lo habrá revelado todo, dijo con amargura doña Aldonza.

—Mucho me engaño si ese noble jóven no os ama.

—Estad seguro de que ama antes que todo á su fortuna ¿no me habeis dicho que esta mañana salió del alcázar cubierto de brocados? Esto prueba que se ha procurado de repente la privanza del rey, ó que es un traidor de los que le cercan. No lo dudeis, si el rey aun no se me ha presentado, es porque piensa dar el golpe sobre seguro.

—Pero estamos prevenidos, y ya os lo he dicho: el rey que no repararia en sacaros del asilo, no se atreverá á sacaros de la cámara de la vírgen de la Sede.

—Pero entretanto tengo miedo. El silencio y la noche se me hacen aqui insoportables, el silbido de las lechuzas que revuelan en el átrio me hiela la sangre y tengo frio, mucho frio.

—¡Frio, señora! ¡es verdad! este aposento está en humbría; tiene los muros muy gruesos... pues bien no tendreis ni miedo ni frio, pero será necesario que os deje sola un momento, mientras voy á buscar leña allá á lo alto, á mi nido de águilas.

—¡Oh! ¡sí! id, pero no tardeis.

Maese Blas tomó una linterna que estaba en el suelo, la encendió y se volvió; el rey se retiró de la puerta, y aventuró el pasar desapercibido para el el campanero, pegándose á un ángulo del corredor en que estaba la puerta del aposento.

En efecto, absorto el campanero en sus cavilaciones y sobre todo descuidado, pasó, sin volver la vista atrás, y bajó la escalera sin haber podido ver al rey: resonaron pesadamente los pasos de maese Blas en los peldaños, y oyóse luego el ruido de una llave en una cerradura.

El rey quedaba encerrado con doña Aldonza y volvió á su acechadero en el que permaneció algun tiempo.

La jóven habia quedado profundamente pensativa: su bello semblante, su cabellera desordenada, pero siempre rica, agrupada en sedosas bandas sobre su frente, al reflejo de la luz que iluminaba fuertemente su cabeza, sobre un fondo oscuro, establecian una suma de contrastes tal que producia un magnífico efecto. Doña Aldonza en aquella actitud, á aquella luz y en la situacion en que se encontraba estaba hechicera.

El rey la contemplaba profundamente.

—Es estraño, pensó, que siendo esta mujer tan hermosa, no me inspire deseos: en verdad que mucho debo apreciar la fidelidad de Men Rodriguez cuando ha resistido á la tentacion de tanta belleza... y sin

embargo, esa magnífica hermosura, nada me dice... la miro del mismo modo que contemplaria una estátua... y no es porque sea rebelde, no... rebelde era su hermana doña María, y estuve loco por ella... ayer mismo esa mujer que procuraba mi muerte hablaba á mis sentidos... al apoderarme de ella, pensé al mismo tiempo apoderarme de una manceba, y hoy... es que hoy hay en mi pensamiento otra imágen que las empalidece todas: hasta la de María... la de mi adorada María... ¡Beatriz! ¡oh! ¡Beatriz! ¡y debo olvidarla! ó al menos dominarme... seducir á esa infeliz seria infame, horrible... mi cabeza es un caos de pensamientos opuestos... mi corazon un volcan... siento demasiada vida, una vida que me atormenta... el odio, la cólera, el amor... todo... todo á un tiempo... y luego María... la pobre María que es mi ángel de paz... pero anoche me vendió... tuvo en sus manos á ese infame bastardo y le salvó: tal vez al salvarle ha sentenciado mi cabeza: y luego en sus zelos, en su cólera, se ha puesto frente á frente conmigo, me ha retado y es necesario castigarla: esta mujer me servirá: entremos.

Y empujó la puerta.

—¿Sois vos, tan pronto, mi buen amigo? dijo doña Aldonza distraida.

—¿Pronto? ¿Os parece pronto mi vuelta, señora? dijo el rey adelantando.

—¡Ah! ¡sois vos! ¡el rey! esclamó profundamente doña Aldonza.

—Don Juan de Pimentel os habia prometido entregaros al rey don Pedro á vuestra merced, desarmado, y como bueno y leal os cumple su promesa. No ha sido culpa suya ni mia el que anoche huyeseis de la torre del Oro.

—¡Vos! ¡vos sois el rey! repitió fascinada por la situacion doña Aldonza.

—Sí, yo soy. Perdonadme si al veros tan hermosa, no sabiendo quien erais, me encubrí, y mentí para enamoraros... temí que os deslumbraseis, y concedieseis al rey lo que queria obtener como hombre... mentí, pero mentí por amor.

—¡Yo debí conoceros... vuestro semblante dice quién sois! esclamó doña Aldonza como quien despierta de un sueño, estremeciéndose involuntariamente.

—¿Por qué temblais, señora? continuó don Pedro encubriendo mal su sarcasmo; ¡me teneis ante vos desarmado, entregado á vuestro odio!

—Delante de mi odio, sí; dijo doña Aldonza mirando frente á frente al rey ¿qué venis á buscar aquí? ¡una cautiva!

—Busco un corazon.

—¡Un corazon! ¡amor! dijo con amargura doña Aldonza... ese amor seria la ofensa de dos tumbas... la de mi padre... la de mi hermana... mi cabeza no pertenece al amor sino al verdugo... pero al fin don Pedro, nos vemos sin antifaz que nos encubra... vos, artero, receloso, yo sedienta de venganza.

—Por vida mia que la cólera os pone hermosísima, esclamó el rey con un acento frio y burlon.

Los ojos de doña Aldonza, lanzaron sobre el rey una mirada de hiena, palideció su semblante, ahogáronse en su boca algunas palabras sofocadas por la cólera, y sacando de entre sus ropas un pequeño puñal, adelantó hácia el rey que la esperó tranquilo con los brazos cruzados en la actitud de la mas profunda indiferencia.

—Herid, la dijo roncamente.

La jóven se detuvo dominada por la profunda calma del rey, cuyos ojos brillaban de una manera singular; vaciló un momento y se hizo lentamente atrás.

—¡Qué! ¿no heris? continuó el rey. ¿Dudais cuando os aguardo sin resistencia? ¡Llegad! ¡sepultad ese puñal en mi pecho! no dudeis... matándome me haceis una gran merced. ¿Para qué quiero yo una vida tan disputada, tan amarga? ¡Herid, señora, herid!

Si el rey hubiera respondido con cólera al amago de doña Aldonza, la irritacion de esta hubiera crecido: pero la voz de don Pedro era dulce, contenida, insinuante... una voz que enamoraba: doña Aldonza recordó los consejos de Alvar Yañez, se rehizo, comprendió que convenia á su venganza esplotar el amor del rey, y poniéndose con la rapidez de imaginacion, peculiar á la mujer, en el punto de vista conveniente, dejó caer el puñal y se arrojó á los piés del rey.

—Perdon, señor, esclamó con una turbacion admirablemente fingida... no sé lo que sucede en mi alma... ignoro si os amo, ó si os aborrezco... ¡ay! soy muy infeliz.

Y como la situacion la ayudaba, brotó de sus ojos un raudal de lágrimas.

—Alzad, alzad, dijo el rey, y no comprimais por Dios mi paciencia... os amo, y ni quiero ni puedo ser rigoroso con vos: olvidad vuestra venganza que toca en alevosía, y entendámonos.

—Permitidme, señor, que vaya á sepultarme con mis pesares, con mis dolores, con mi desesperacion en un convento.

—¡Para que murais en él desesperada como vuestra hermana doña María! no, no; yo os daré... mi amor y mi alcázar, en el que sereis reina.

—¡Harto lo es ya la Padilla! eselamó doña Aldonza dando á su acento la amarga entonacion de los zelos.

—¡La Padilla! contestó el rey haciendo un esfuerzo; aquellos fueron unos amores de niño que no pueden satisfacer al hombre.

—Lo que acabais de decir solo prueba lo que de vos se dice.

—Y... ¿qué se dice?

—Que sois antojadizo.

—Consejas de mis enemigos, señora. La verdad es que aun no he encontrado una mujer que me comprenda, que me ayude con su valor... las unas se han vendido á la ambicion... las otras al temor... las mas han sido mujeres vulgares... la única que me ha amado... que me ama... doña María, es un ser débil que desconociendo la situacion en que me encuentro, se estremece al solo pensamiento de la sangre; llora entre mis brazos, es mi tormento... vos señora, teneis el corazon fuerte, la sangre no os aterra, comprendeis perfectamente que necesito matar para no morir, y vos me ayudareis. He aquí por qué he venido á buscaros, á pediros amor... de otro modo os hubiera enviado uno de mis ballesteros... Aprovechemos el tiempo, señora, y seguidme.

Doña Aldonza meditó un momento.

—Dadme una seguridad, le dijo.

—¿Y qué seguridad quereis?

—Una cédula en blanco con vuestra firma y vuestro sello, refrendada por uno de vuestros secretarios.

—Y... ¿para qué quereis esa cédula?

—Esa cédula me demostrará que teneis confianza en mí.

—Os la daré.

—Además necesito tener á mi alrededor una córte.

—La tendreis.

—Quiero partir el poder con vos... ser reina de hecho sino de derecho.

—Lo sereis.

—Y yo os sigo.

—¡Oh, doña Aldonza! creo deberos el primer momento de felicidad que he gozado sobre la tierra.

No nos atreveremos á decir quién mentia mas, si el rey ó doña Aldonza, con la notable diferencia de que esta creia engañar á don Pedro, y este conocia demasiado las intenciones de doña Aldonza.

—Salgamos de aquí, señora, dijo el rey; por muy alta que esté la habitacion del campanero, ya ha trascurrido bastante tiempo para que vuelva de un momento á otro, y ese hombre no debe verme.

—Vamos, señor, dijo doña Aldonza asiéndose á su brazo.

Salieron del aposento, bajaron la espiral, forzó el rey con la punta de su daga la cerradura de la puerta, atravesaron el pátio, abrió la puerta de la torre, salieron, atravesaron la distancia que les separaba del alcázar, abrió el rey un postigo de los jardines, y condujo á doña Aldonza á la torre del Oro por la muralla que en aquellos tiempos la unia con el alcázar.

Poco despues maese Blas llegaba á la puerta del aposento de asilo cargado con un haz de leña y al encontrar la cerradura forzada, el noble corazon del viejo se heló: comprendió que doña Aldonza habia sido robada: registró el aposento, el pátio, llegó á la puerta de la torre, y encontrandola cerrada, se acordó de la llave que habia dado á Men Rodriguez de Sanabria. Entonces la palidez de la cólera subió á su semblante.

—Bien decia yo, esclamó; aquel hombre mezclado en el motin de anoche, disfrazado, queriendo disfrazarse de nuevo, vestido esta mañana de caballero... ese hombre es un traidor, un espía del rey... él es quien ha perdido á Beatriz... á mi hijo... ¡infame! ¡infame! ¡y habermeyo fiado de él...! ¡pero me vengaré! no hay enemigo pequeño... y luego mi hijo volverá... ¡Dios mio! ¡Dios mio! añadió cediendo á una horrible sospecha... ¿quién sabe si mi hijo ha sido engañado y está preso ó muerto por el delito de amar á Beatriz?

Impulsado por este pensamiento, el viejo salió de la torre y se encaminó con cuanta rapidez le permitia su estatura mezquina, á la calle del Comendador y llamó á la puerta de Alvar Yañez.

El gigante quedaba abandonado, velando entre la sombra sobre Sevilla. Uno á uno habian desertado sus habitantes.

CAPITULO VI.

En que se demuestra que el rey don Pedro era incansable.

Apenas dejó el rey á doña Aldonza en la torre del Oro, encomendada á Garci Diaz de Albarracin, no como una presa sino como una señora, se trasladó al alcázar, entró en su cámara, tomó un pergamino, lo firmó, lo selló y llamó.

—Llevad esta cédula á mi secretario Mateos Ferrandez, que la refrende y avisad á don Simuel Leví que le aguardo.

El camarero salió, sin estrañar lo intempestivo de la hora, porque el rey don Pedro, no tenia tiempo prefijado ni para el trabajo, ni para el descanso; los que le servian de cerca estaban siempre dispuestos á los caprichos de su amo, que en alguna ocasion, habia despertado á sus ojeadores y á sus monteros para ir á cazar con hachas en sus cotos reales.

Por razon de esta costumbre el camarero trajo despues al rey la cédula refrendada, y no tardó en presentarse don Simuel.

Don Simuel Leví era un hombre como de cincuenta años, de semblante astuto y receloso, en el que estaba marcado de una manera indudable el tipo judío. Habia sido tesorero de don Juan Alfonso de Alburquerque, por cuya mediacion habia obtenido el mismo oficio en la casa real, y habia obrado con tal maña, que á pesar de la caida del antiguo favorito, él se habia sostenido en la gracia del rey y casi habia llegado á aventajar en favor á su antiguo amo.

A pesar de no haberse bautizado, y de observar públicamente el rito hebreo, don Simuel, al amparo del rey, era un personaje muy considerado en la córte de Castilla, lleno de honores y de riquezas, y envalentonado con su fortuna, lo que le hacia ser demasiado imprudente. A pesar de esto, y de que el rey, se veia siempre escaso de dinero, parecia honrar á su privado, y todos se admiraban para sus adentros de que el formidable don Pedro no hubiese ya espanzurrado á aquella sanguijuela.

El rey sabia perfectamente cuanto podia saber acerca de los amaños y de la dudosa probidad del judío: pero le dejaba enriquecerse seguro de que los tesoros de don Simuel serian suyos el dia en que le viniese á cuenta.

—Ya sabes que muy pronto tendremos que envestir con Aragon si se obstina en no satisfacernos nuestro buen primo don Pedro IV, le dijo el rey: además necesitamos mucho dinero, don Simuel, para premiar á las gentes que nos sirven. Bien sabes que solo por la esperanza del premio tenemos vasallos leales. La nobleza ha llegado á envalentonarse demasiado, porque se ha hecho muy poderosa á fuerza de desafueros, y es necesario crear otra nobleza pobre que nos ayude á despojar á esa nobleza ensoberbecida. Para todo eso, como te dije esta mañana, no tengo mas que veinte mil doblas, lo que no basta para armar un escuadron de lanzas. Me prometistes encontrar un medio que nos llenaria de oro á las veinte y cuatro horas, y aunque me he anticipado algunas, porque necesito marchar despues del amanecer á Carmona, creo que habrás tenido tiempo, pues tan astuto y tan sagaz eres, para encontrar mas de un medio.

Don Simuel se sonrió de una manera sutil.

—Necesito dos castillos, señor, contestó.

—¡Dos castillos para empeñarlos á tus hermanos los judíos! dijo el rey con severidad. Ciertamente que para encontrar ese medio no me hubiera valido de tí.

—Si vuestra señoría me permite esplicarme.....

—Pues ya lo creo. Supongo que no habrás pensado ni remotamente en eso.

—Para lo que yo quiero esos castillos, señor, es para encerrar en ellos el oro que pienso recoger.

—Y... ¿será mucho ese oro? dijo el rey con cierta codicia?

—No menos, que cien mil doblas, señor.

—Elige los castillos que quieras.

—Los necesito fuertes. Por ejemplo, los de Hita y Trujillo.

—Estiende las órdenes á los alcaides.

—Necesito además por recaudadores y defensores á Martin Martinez con cien hombres de guerra en el alcázar de Trujillo, y á Juan Diaz de Illescas con otros ciento en el de Hita.

—Estiende además sus nombramientos.

Simuel Leví escribió rápidamente estos documentos, y el rey los firmó y los selló.

—Veamos ahora, dijo, de donde vas á sacar esas doblas, porque yo no lo creo.

—Saldrán de la codicia de los recaudadores.

—¿Y cómo?

—He sacado una lista de los caballeros leales á vuestra señoría, que es esta.

—¡Cien caballeros! dijo el rey.

—Cien mil doblas, repuso don Simuel.

—No te comprendo.

—Los recaudadores de las rentas reales se han aprovechado con usura, señor de las revueltas del reino, y han robado á dos manos.

—Sin embargo, hemos pedido cuentas á esos recaudadores, y no las han rendido.

—Eso quiere decir que han sabido encubrir sus rapiñas. Ahora, bien, vuestra señoría libra á cada uno de estos caballeros sobre un recaudador, dos mil doblas como galardon de su lealtad.

—No las pagarán los recaudadores, dijo el rey.

—Pero harán de modo que los caballeros reciban en vez de las dos mil, doscientas doblas, quedándose con el libramiento entero.

—¡Ah! empiezo á comprender.

—Despues que estos caballeros hayan cobrado de buena fe sus libramientos, con pretesto de una queja, se

hace jurar á todos, si han vendido ó recibido por completo el valor del libramiento, lo que no habiendo sucedido dará lugar á que se multe en castigo á los recaudadores en tres mil doblas: dos mil para el caballero, y mil para la cámara del rey. Y he aquí que de este modo y por sorpresa, señor, recuperamos lo que esos hombres han robado al tesoro real.

—En verdad que el medio es ingenioso don Simuel, y es necesario ponerlo en práctica al momento.

—Para ello no he dormido en toda la noche, y he aquí los libramientos estendidos en forma, dijo don Simuel yendo á un sillon y tomando de él un rollo de pergaminos que habia dejado al entrar.

El rey se puso á firmar y don Simuel á sellar. En aquella operacion les sorprendió el dia. Don Simuel cargó triunfante con sus pergaminos, diciendo para sí al salir de la cámara.

—He aquí un buen negocio que me deja por lo menos diez mil doblas: vale mucho un rey avaro.

Y salió; el rey quedó paseándose en la cámara.

—Nuestra gran sanguijuela engorda haciendo vomitar á las sanguijuelas pequeñas dijo. En buen hora. El oro es la sangre que me ha de dar vigor en esta lucha. Cuando ya no tenga de donde sacarle esprimiré á don Simuel. ¡Ola!

Acudió un camarero.

—¿Han venido ya los padrinos del hidalgo que vamos á armar caballero?

—Están en la cámara de embajadores.

—Vísteme y ve despues á avisar á mis capellanes.

El camarero vistió al rey y salió. Poco despues don Pedro, acompañado de una escasa servidumbre, se trasladó á la capilla donde esperaban el infante don Juan su esposa doña Isabel Nuñez de Lara, el señor Juan Tenorio y el guarda mayor Gutier Ferrandez de Toledo, con algunos ballestero de maza que guardaban las puertas de la capilla.

Men Rodriguez de Sanabria de rodillas sobre un almohadon velaba aun delante del altar con un cirio amarillo en las manos.

CAPITULO VII.

De cómo el rey armó caballero á Men Rodriguez de Sanabria.

Por aquellos tiempos la investidura de la órden de caballería era una señaladísima honra, que si se concedia como fórmula precisa á los infantes y á los hijos de los rico-hombres, no se daba á un simple hidalgo, sino en pago de una accion heróica es cierto que alguna vez los reyes y los magnates la conferian en pago de bajos servicios, enteramente opuestos á su instituto, pero generalmente se concedia sobre el campo de batalla cuando estaba aun patente la memoria de las hazañas del agraciado.

Sucedia tambien, y entonces era una gracia de córte, que cuando se armaba un príncipe caballero, armase por su mano á sus pajes, á sus donceles y á sus escuderos.

Si nunca se hubieran concedido la nobleza y la caballería, sino á quien las hubiese merecido, de seguro no estarian tan manchadas las páginas de la historia con vergonzosas traiciones y vicios degradantes.

Para el verdadero caballero todo era una religion: Dios, rey, amor, caridad: cuando se leen los estatutos de la órden de caballería se cree leer un poema: de aquí esos bellos personajes caballerescos del romanticismo que son por desgracia una mentira.

En la edad media la orden de caballería, con muy pocas escepiones, no pasaba de ser una investidura.

Para ser caballero, era necesario haber sido primero escudero, ya de un caballero, ya de un maestre ya de un rey segun la clase del neófito: por el mero hecho de ser armado caballero, un simple gentil hombre ó hidalgo, ascendia á noble y dejaba de ser vasallo de vasallos, es decir, no rendia pleito homenaje á otra persona que al rey ó á un señor independiente como los de Vizcaya ó de Molina.

Estos actos de investidura, se hacian generalmente con gran pompa y lujo: los padrinos se buscaban entre lo mas ilustres, asistian á ellos los vasallos, los deudos y los parientes del señor que conferia la órden y cuando era el rey asistia la córte: salian á luz los brocados y las joyas guardadas para las grandes festividades: enriquecianse el templo ó capilla con tapices y relumbrones, habia comunion y misa antes de la ceremonia y despues de ella plática: generalmente tras esto venia un banquete y tras el banquete justas, cañas y sarao. Era en fin un gran dia, uno de esos dias que satisfacen la vanidad y que por consecuencia forman época en la vida de un hombre.

De la mayor parte de estas cosas se prescindió para Men Rodriguez de Sanabria: el rey era parco, y sobre todo le fastidiaban las largas ceremonias. Prescindióse pues de la córte, de la música, de la plática y de los tapices; dejóse reducida á lo estrictamente necesario la ceremonia, y asistieron á ella muy pocas personas. Es cierto que el rey habia cuidado de su atavio y que llevaba una hermosa túnica de púrpura bordada de oro, una corona riquísima y notablemente ligera y sencilla, y una espada morisca que valia un tesoro. Su collar de San Miguel estaba cubierto de piedras preciosas y hasta sus borceguies estaban bordados de aljofar. Se mostraba tranquilo, benévolo, comunicativo, y hablaba bizarramente con su hermano don Fadrique, que se le mostraba gravemente afectuoso é iba sencillamente vestido con el hábito y el manto capitular de gran maestre de la órden de la caballería de Santiago.

La madrina doña Isabel Nuñez de Lara, vestia un hermoso traje á dos colores verde y rosa, matizados de sedas y oro con los blasones de la casa de Lara, escudo en campo rojo con dos calderas de oro y una cruz floreada del mismo metal, y en la orla castillos y leones en colores reales. Aquella túnica cumplidamente descotada dejaba ver la admirable y morvida redondez de sus hombros, y por sus mangas perdidas aparecian dos deliciosos brazos puramente contornados y del aspecto suave de la seda: un collar de gruesas perlas con joyel de diamantes, y unos brazaletes del mismo género, hacian resaltar la blancura de su cuello y de sus brazos y una toquita de red de oro, estremaba el brillo de sus cabellos peinados en trenzas: un velo, de un tejido semejante á nuestra gasa, bordado de plata en bellos arabescos descendia de su cabeza hasta tocar la orla de la túnica que trasparentaba bajo ella sus colores, y últimamente unas magníficas arracadas, un ceñidor de esmeraldas y rubies contrapuestos sobre el color rosa y verde del fondo y un ventalle ó abanico de plumas con varillage de oro, completaban el atavio de la jóven.

Mostrábase pálida, cuidadosa, meditabunda como cohartada: parecia que la exageracion de su libre traje la violentaba, y cuando los enamorados ojos de Men Rodriguez ó á las severas miradas del rey se posaban indiscretas sobre sus hombros, un ligero color teñia momentaneamente sus mejillas. El infante don Juan, cuyo atavio era asimismo estremado, absorvia con un cinismo repugnante, el mágico efecto que producia la hermosura de su mujer: el señor Juan Tenorio, cubierto de galas, observaba cuanto sucedia á su alrededor permitiendo á sus labios una sutil y mal intencionada sonrisa, y don Fadrique parecia fastidiarse visiblemente. Por último, el señor Mateos Ferrandez, secretario del rey, severamente vestido con una hopalanda negra, estaba indiferentemente relegado á un ángulo del presbiterio, y el señor Sancho del Rabanal con su uniforme de córte de escudero del rey, se veia á pocos pasos del altar como en guarda de las armas: jun-

to á él dos pajecillos ricamente vestidos sostenian en dos bandejas de plata una espada y una espuela de oro, y á las puertas de la sacristía y de la capilla se veian como estátuas con las mazas de armas al hombro y dalmáticas de córte sobre los arneses, cuatro ballesteros del rey.

Don Pedro ocupaba el sillon de un dosél colocado en el crucero de la parte del Evangelio, en otros dos sillones una grada mas bajo, asentaban don Fadrique y doña Isabel Nuñez de Lara, como padrinos y á los piés en un escaño sobre la alfombra, el señor Juan Tenorio y el infante don Juan; los demás asistentes permanecian de pié en sus puestos.

Apareció el celebrante y sus ayudantes, y empezó la misa. Al llegar al Evangelio, el ministro de Dios bendijo una por una las armas que le fue presentando el señor Sancho del Ravanal. Despues dió la comunion al neófilo, y acabada la misa, el rey dejó el dosél y subió al presbiterio. Seguianle don Fadrique y doña Isabel, como padrinos; el señor Juan Tenorio y el infante don Juan, como testigos y Mateos Ferrandez, como secretario: adelantaron los dos pajes con sus bandejas y el escudero preparó las armas sobre la alfombra.

El rey se puso entre el altar y el neófito al lado del sacerdote que sostenia en sus manos el libro de los santos Evangélicos y dijo con voz grave al jóven.

—Arrodillaos ¿cómo os nombrais?

—Men Rodriguez.

—¿De dónde venis?

—De los Sanabrias de Leon.

—¿Sois noble?

—Noble soy.

—¿Señor ó vasallo?

—Señor de la Puebla de Sanabria, por merced de su señoria el alto y poderoso rey de Castilla de quien me confieso vasallo.

—Jurad sobre los santos Evangelios que no habeis cometido delito de traicion, ni de infancia, ni hecho cosa, ni pronunciado palabra que amengüe vuestra nobleza: jurad que creeis como cristiano católico, apostólico, romano en Dios trino y uno, y en todos los misterios de la santa religion de Jesucristo nuestro Señor: jurad que jamás habeis amparado herejes, ni hecho pacto con infieles, ni practicado actos supersticiosos y vanos.

—Lo juro contestó Men Rodriguez con la mirada radiante de fe y lealtad, y la mano derecha puesta sobre los santos Evangelios.

—Jurad ser leal al rey y á la patria, continuó el rey, combatir sus enemigos y los de nuestra santa religion hasta perder la vida y conservar vuestra lealtad y vuestra fe hasta el martirio.

—Lo juro, repitió el jóven.

—Jurad, no mirar el peligro, ni la conveniencia, ni el amor, ni el miedo, ni la codicia, ni el odio, cuando debais socorrer al debil, al menesteroso y al injuriado: jurad ser amparador de doncellas, de viejos y de niños, cuando reclamen ó necesiten vuestra ayuda.

—Lo juro.

—Si cumplis como habeis prometido, Dios os lo premie, demándeoslo con el rigor de su justicia, y hunda vuestra alma en los infiernos si á ello faltareis.

—Así sea.

—Men Rodriguez de Sanabria, señor de la puebla de Sanabria, mi buen guarda mayor, quereis recibir la noble órden de la saballería?

—Sí quiero.

—Señor Sancho del Ravanal, continuó el rey dirigiéndose á su escudero, armad de todas piezas al noble y poderoso señor Men Rodriguz de Sanabria.

A medida que el escudero ceñia las piezas al jóven el rey le esplicaba lo que cada una de ellas simbolizaba para un caballero. Por ejemplo, la coraza representaba firmeza de corazon, las grevas, fortaleza para sostener los deberes de la caballería; el yelmo, razon fuerte y clara para no olvidar jamás aquellos deberes; el escudo, defensa contra las tentaciones y malas artes. Cuando el jóven estuvo armado, el rey le mandó hincar de rodillas de nuevo.

—Noble señora, doña Isabel Nuñez de Lara, nuestra prima, calzad la espuela de oro, á vuestro ahijado dijo.

Acercóse la jóven ruborosa, tomó la espuela de la bandeja de uno de los pajes, se hincó de rodillas sobre un cogin de terciopelo y la calzó á Men Rodriguez.

—Yo os calzo la espuela noble, caballero, dijo con voz trémula, para que siempre esteis dispuesto á correr donde os llamen la defensa de la religion, del rey, de la patria y del desvalido.

Alzóse doña Isabel y el maestre de Santiago; tomando la espada de la bandeja del otro paje, fue á arrodillarse en el mismo cogin.

—Yo os ciño esta noble espada, caballero, dijo con voz severa y firme, para que con ella cumplais dignamente los deberes de la órden que se os confiere.

Alzóse el maestre y el rey desnudando su estoque, se acercó á Men Rodriguez, le dió un golpe con la mano en la cerviz y un golpe de plano con el estoque en el espaldar, como en señal de humildad y obediencia y le dijo.

—¡Sed caballero, alzad!

Alzóse Men Rodriguez, y el rey le abrazó y besó en la mejilla; abrazóle y besóle del mismo modo don Fadrique, le abrazó doña Isabel y estrecharon su mano el infante don Juan y el señor Juan Tenorio. El celebrante en vez de plática le dirigió una breve arenga, le bendijo al fin de ella y se retiró con sus ayudantes.

La ceremonia estaba terminada y Men Rodriguez habia entrado en la ilustre órden de caballería, armado por un rey, y por un rey tal como don Pedro de Castilla.

—He aquí primo, dijo este dirigiéndose al infante don Juan, al noble caballero Men Rodriguez de Sanabria, rico-hombre, señor de la Puebla de Sanabria, y guarda mayor de nuestros escuderos hidalgos: es nuevo en la córte y os lo encomiendo. Vos, noble señora, añadió volviéndose á doña Isabel, tened presente, para honrarle, que le habeis calzado la espuela, y en cuanto á vos hermano don Fadrigue mirad que es vuestro ahijado.

El infante don Juan estrechó con efusion la mano del jóven de quien, como sabe el lector, esperaba mucho; doña Isabel se ruborizó al sonreirse, y el maestre le dejó escuchar un cumplido seco y ceremonioso.

—Tenorio, dijo el rey acercándosele y hablándole rápidamente en voz baja; parte al momento á Jerez y llévate contigo al infante. Vos, primo don Juan, quedad con Dios. Noble señora, añadió el rey aparte á doña Isabel; creo que vuestro marido está en buen camino de ser señor de Vizcaya; ayudadle que bien podeis. Hermano don Fadrique: ahora mismo parto á mi castillo de Carmona: velad por mi buena ciudad de Sevilla.

—Id descuidado señor, contestó profundamente el maestre.

El rey, tras esto, salió seguido de sus ballesteros y el infante don Juan se apresuró á dirigir la palabra á Men Rodrigez.

—Creo que no teneis aun casa en Sevilla, le dijo.

—Así es, señor.

—Pues bien, no la busqueis. Mi palacio es grande, y nos bastará á todos. ¿Aceptais? ¿No es verdad? Además el rey partirá pronto á la guerra de Aragon, y os veriais precisado á seguirle. Seria un gasto inútil comprar casa.

—Pero...

—No hay pero... os embargo... y tomo sobre mí el buscaros una servidumbre á propósito.

—Y el infante asió el brazo de Men Rodriguez y le arrastró consigo.

—Os quedais, señor Juan Tenorio; dijo al repostero mayor.

—Yo parto ahora mismo de Sevilla.

—¿Y á dónde bueno?

—A pasar el verano por los pueblos inmediatos; pero ya iré á despedirme de vos, y tal vez á llevaros conmigo.

—¡Ah! y vos primo viajais tambien, añadió dirigiéndose al maestre.

—Yo me quedo en el alcázar, contestó secamente el maestre.

—Pues á Dios, pues, caballeros, dijo asiéndose con el brazo que le quedaba libre, á su mujer, y dirigiéndose á la puerta de la capilla.

El señor Juan Tenorio salió tras ellos.

—He ahí una víctima, un aguilucho, un lobo y un reptil, dijo el maestre bajando lentamente las gradas del presbiterio y dirigiéndose á una puerta lateral: una servidumbre digna, ciertamente, de mi noble hermano.

Entretanto decía el maestre á Men Rodriguez atravesando las galerías del alcázar.

—¿Qué os parece del maestre, Men Rodriguez?

—Un hermoso y noble mancebo, contestó el jóven.

—Sí, sí, en verdad, pero algo pálido.

—Eso aumenta su belleza.

—Reparad mejor cuando le veais otra vez: don Fadrique tiene ya la palidez del cadáver.

Men Rodriguez sintió un efecto de repugnancia al escuchar la incisiva observacion del infante, y doña Isabel se estremeció.

En el patio le esperaban una litera y algunos escuderos dos de los cuales tenian el caballo del infante, y otros dos á Balax, el corcel de batalla del rey.

El jefe de los palafreneros estaba junto á él.

—Su señoría me manda, dijo adelantándose con la gorra en la mano, que entregue á vuesamercé este caballo de su órden.

—¡Cómo! ¡el caballo favorito del rey! dijo con estrañeza el infante.

—Esas son las órdenes que tengo, repuso el palafrenero mayor.

—¡Diablo! pues aceptad, sí; es uno de los mejores vichos de las caballerizas reales, dijo el infante: un magnífico bruto que vale muy bien cuarenta doblas.

Y luego volviéndose á su mujer mientras entraba en la litera, la dijo:

—Ya lo veis: ese mancebo es ahora el ojo derecho del rey.

Doña Isabel no contestó, entró en la litera, se sentó y quedó profundamente pensativa. Men Rodriguez montó en Balax, cabalgó el infante y salieron del alcázar.

Cuando don Juan llegó á su casa encontró en ella un pergamino rodado y sellado con el sello del rey, le leyó llamó á sus ojeadores y á sus alconeros, y con pretesto de que iba á acompañar al rey, dejó á Men Rodriguez en su casa y partió.

Poco despues Men Rodriguez recibió la siguiente carta del rey.

«Mi salida de Sevilla, decia, solo es un pretesto para »dejar que asome la cabeza la traicion. Confio en tí, »Sanabria. Haz el amor á doña Aldonza y vigilala: vi»gila al maestre de Santiago. En un apuro hazte seguir »de mis lanzas. Mi guarda mayor Gutierre Ferrandez »de Toledo te obedecerá. Doña Aldonza está en la torre »del Oro.—El rey.»

—En verdad que no he podido hacer mas suerte en el tiempo que hace que estoy en la córte, murmuró con cierto orgullo Men Rodriguez; pero el rey me cree mas fuerte de lo que soy, y me echa demasiado peso sobre los hombros. Y bien: lo último es caer abrumado... antes de caer lucharé.

Un momento despues un paje vino á anunciarle que doña Isabel le esperaba para almorzar en su cámara.

Sin saber porqué la mirada y el acento de aquel paje causaron al jóven una sensacion estraña.

Aquel paje era Leila.

LIBRO SETIMO.

CAPÍTULO I.

Del recibimiento que tuvo el conde de Arcos á nuestro buen conocido Andrés.

Andrés Corchuelo invirtió tres dias en llegar á Jerez. Cuando salió de Sevilla, pensó no detenerse ni un momento en el camino y hacerle á gran paso; pero la primera legua su herida empezó á causarle agudos dolores, y se vió precisado á acortar el paso: al llegar á la aldea de los Palacios hubo de parar en un mal meson y recogerse á un lecho. Llamóse al barbero del pueblo, y este declaró que si descansaba toda la noche podria al otro dia ponerse en camino, pero en paso lento. Andrés maldijo al barbero, á la herida y á su fortuna; pero á pesar de estas maldiciones conocia que le era indispensable el descanso. Resignóse, pues, á pasar la noche en la posada.

De los cuatro villanos que le acompañaban, y que mas tenian trazas de bribones que de rústicos, aunque bien pueden andar unidos ambos aspectos, uno estuvo constantemente á la cabecera de su cámara, guardando un absoluto silencio, y el jóven por su parte abismado en sus pensamientos, no pronunciaba una sola palabra; bastábale la voz de sus zelos desesperados, que rugia sórdamente en su interior; porque creia enteramente perdida para él á Beatriz. Esto le hacia cuidar poco de sus dolores corporales, porque el jóven, perdida la esperanza, deseaba morir. Esta misma desesperacion le hacia mirar con indiferencia la tardanza en el desempeño de su comision, porque segun un razonamiento prudente ¿quién seria tan fuerte que bastara á arrancar á Beatriz del poder del rey? Además ¿quién se habia de interesar por él? Andrés pensaba á veces que podia ser el portador de un aviso importante para el bando rebelde, y esto hacia renacer en él una esperanza que no era sin embargo mas que el producto de muchas suposiciones: solo una revolucion que venciese al rey, podia ponerle en posicion de rescatar á Beatriz, y era necesario suponer que los enemigos del rey estuviesen en posicion de rebelarse, que se rebelasen, que venciesen, sin contar otras muchas suposiciones que era necesario aventurar, hasta llegar al objeto principal que era la libertad de Beatriz, suponiendo además que Beatriz no se encontrase muy contenta en poder del rey.

Con esta máquina de pensamientos le encontró el dia, sin haber dormido mas que para caer en penosos insomnios; á pesar de esto, las horas que habia pasado en el lecho y algun alimento, le devolvieron en cierto modo las fuerzas, y se puso en camino á paso lento y acompañado siempre de sus silenciosos guardianes.

A la caida de la tarde llegó á las Cabezas de San Juan, y allí se vió obligado á detenerse de nuevo. Repitióse una noche igual á la anterior; guardaron su sueño ó su vela los villanos, se puso de nuevo en camino, y aquella tarde llegó á Jerez.

La jornada que habia hecho Andrés en tres dias, la hacia frecuentemente en cuatro horas el maestre de Santiago: es cierto que don Fadrique montaba caballos andaluces de primera raza, y que los mudaba siete veces en ciertos caseríos del camino, lo que no dejaba de honrar su presteza, puesto que solo invertia poco mas de un cuarto de hora por legua.

Poco antes de llegar á Jerez, Andrés envió á uno de los villanos á informarse de la morada del conde de Arcos. Cuando llegaron á las puertas de la ciudad, ya les esperaba el mensajero que á través de calles y callejas lo condujo á una plazuela, y delante de una

enorme casa, con gran blason sobre la puerta y cerrada á piedra, y lodo como un castillo.

—Aquí es, mi amo, dijo el villano llegándose á la portezuela de la litera.

El jóven mandó parar y salió.

—Llamad, dijo al villano.

El villano llamó. Al primer golpe nada respondió; al segundo se oyeron tardos pasos en el interior, al tercero se abrió un ventanillo de la puerta.

—¿Qué quereis? dijo una voz áspera desde allí.

—Quiero ver á su merced don Pero Ponce de Leon, conde de Arcos.

—Don Pero Ponce de Leon no está para ser visto por cualquiera, cada y cómo le plazca.

—Decid que vengo de Sevilla.

—Aunque vinieseis de Marruecos.

—Que me envia el señor Alvar Yañez.

—¡Ah! ¿el escribano?

—El escribano.

—Avisaré al escudero de su merced.

—Haced lo que mejor os parezca con tal de que yo vea al conde.

Cerróse de nuevo el ventanillo, y un cuarto de hora despues se oyeron pasos en el interior, y se abrió á medias la puerta, y apareció un viejo.

Enviad vuestra litera y vuestra gente á su posada, y entrad.

—¿A qué posada vais, dijo Andrés al villano que habia servido de guia?

—A la del Cabrero, en la plaza, mi amo.

—Pues id, y que me preparen cena y lecho, dijo Andrés dando un florin al villano, despues de lo cual entró.

La casa del conde de Arcos era un edificio destartalado, bajo cuyas bóvedas resonaban los pasos con ese eco particular que producen las casas deshabitadas; el hombre que precedia al jóven, que era un escudero viejo y mal encarado, le hizo subir una ancha escalera de mármol, y á través de corredores y cámaras desmanteladas, le introdujo en un salon en que cesaba la desnudez de las paredes, y le hizo esperar perdiéndose tras un tapiz, por el cual apareció de nuevo poco despues, y le introdujo en una cámara en la cual sentado junto á una mesa, sobre la que ardia un velon de plata, habia un hombre como de cuarenta años, de fisonomía noble, aunque ruda y enérgicamente severa.

Era don Pero Ponce de Leon, conde de Arcos, uno de aquellos terribles rico-hombres de la edad media que nunca se encontraban mejor que cuando se trataba de una rebeldía contra un rey ó un favorito, lo que venia á ser lo mismo, ó en uno de aquellos escandalosos pleitos de propiedad ó fuero que generalmente, desdeñados los jueces, se decidian sobre el campo hacha en mano, bandera contra bandera, ó en alguna otra suave ocupacion del mismo género. Altivos con su orgullo salvaje y brutal, estaban acostumbrados de antiguo á dominar á una monarquía débil, que se veia en la precaria situacion de apoyarse en una nobleza exigente y antojadiza. Esta situacion respectiva entre el trono y la nobleza habia decidido del carácter de esta, haciéndole intolerante y despótico, dispuesto á todo, escepto á cejar un punto de lo que llamaba su derecho, que no era otra cosa que una contínua estralimitacion, un abuso constante, el derecho de la fuerza, en fin.

A pesar de esto, aquellos formidables grandes habian dado al cabo con un rey no menos formidable que ellos, y se veian precisados á esconderse y á andar prevenidos, porque sabian bien que aceptado por el rey el duelo á muerte á que le habian provocado, no seria generoso una vez apoderado de cualquiera de sus fortísimos vasallos.

Temian estos, por lo tanto, un espía en cada persona que se les acercaba, del mismo modo que el rey creia encontrar traidores hasta detrás del dosel de su trono.

Por lo tanto, don Pero Ponce de Leon adoptó para examinar al jóven su mas torva mirada, y para hablarle en acento mas ronco y campanudo. Exageraba, en una palabra, su natural ferocidad, como un medio de inspirar terror.

—¿Con qué motivo habeis llamado á las puertas de mi casa? le dijo.

—Vengo espresamente de Sevilla...

—¿Y quién sois vos?

—Me llamo Andrés Corchuelo.

—Lo que me importa muy poco. He querido decir cuál es vuestro oficio. Pareceis soldado.

—En efecto, soy escudero del señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—¿Y siendo escudero de ese rufian habeis tenido la desvergüenza de buscarme?

—Me envian, señor.

—¿Y quién os envia? creo que habeis tomado el nombre de cierto escribano.

—Del señor Alvar Yañez.

—Y ¿á qué os envia ese cuervo?

—A dar á vuesamercé esta carta.

—Por ahi debiais haber empezado y hubiéramos ahorrado de palabras, dijo don Pedro arrebatando á Andrés la carta que le presentaba.

Acercóse á la luz, y la deletreó entre dientes, porque es de advertir que el noble conde de Arcos, como muchos de sus iguales de aquel tiempo, no andaba muy suelto en la lectura: al fin á duras penas pudo descifrar la no muy limpia letra en que doña Aldonza Coronel habia embozado el contesto siguiente: «Mi poderoso y noble primo don Pero Ponce de Leon: cuando recibais estas letras, que debe ser á las pocas horas de haberlas escrito yo, reunid vuestras gentes, y á la desbandada, hacedlas entrar en Sevilla: podrá suceder muy bien que el rey me enamore, y estoy dispuesta á sacrificarlo todo por nuestra venganza. Es necesario recuperar el terreno perdido. En la actualidad estoy en el aposento de asilo de la iglesia Mayor, y me valgo del portador, que nada sabe, que es un instrumento ciego, del cual podreis hacer lo que mejor os plazca. Dentro de poco, espero estar en el alcázar ocupando el lugar de la Padilla. Esto, que para mí es un sacrificio horroroso, os probará hasta dónde llega mi odio hácia el rey. Pienso aprovecharme de todos los recursos que la casualidad ponga á mi alcance, y, ó he de hacer mucho, ó he de perder la cabeza. No creo que seais menos valiente que yo. Ayudadme, y venid pronto, porque podrá suceder que vuestra tardanza sea fatal. Os espero en Sevilla, mañana al amanecer. En cuanto llegueis, enviad un hombre de confianza á Alvar Yañez. Todo lo espero de vos y de nuestros amigos; reunid cuanta gente podais: un esfuerzo, y don Pedro es nuestro. Guardeos Dios. De la iglesia Mayor de Sevilla á ocho dias del mes de Mayo, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucrisio, de mil y trescientos y cincuenta y ocho años.—Doña Aldonza Coronel.»

—¿Cuándo salisteis de Sevilla, mozo? dijo don Pero con acento iracundo despues de leer esta carta, encarándose á Andrés.

—Antes de ayer por la mañana, señor.

—¡Habreis venido sin duda en un galápago! ¡tres dias para catorce leguas!

—Me ha sido preciso descansar porque estoy enfermo y herido.

—¡Ira de Dios, don bellaco! ¿y herido y enfermo venis á traernos esta sandez?

—Ignoro, señor, lo que se os dice en esa carta.

—Tanto daba que lo supieseis. ¡Por Belcebú! ¡como si fuéramos curadores de damas estraviadas! ¡Idos, vive Dios, vergante, sino quereis que os haga azotar por mis escuderos!

—¡Señor!

—¡Idos, pardiez! gritó el conde levantándose y cerrando los puños; y cuando os acontezca volver por Je-

rez, guardaos de pasar delante de mi casa. ¡Ola! ¡Ferran! ¡Ferran!

—Señor, dijo á la puerta el escudero que habia introducido á Andrés.

—Plántame á este villano en la calle al momento. ¡Fuego y rayos! ¡como si no estuvieramos aqui mas que para sufrir sandeces de advenedizos!

Andrés palideció de cólera : pero acostumbrado al servil respeto conque entonces se miraba á la alta nobleza, se inclinó ante don Pero, y salió siguiendo á Ferran.

Poco despues la puerta esterior se cerró tras él y quedó en la calle profundamente preocupado. Olvidó las señas que de la posada le habian dado los villanos, y como no conocía á Jerez, á las pocas calles que andubo se estravió.

Estaba poseido de una rabia reconcentrada, y marchaba á la ventura : las palabras con que don Pero Ponce de Leon habia querido encubrir el contenido de la carta, palabras que habia tomado al pié de la letra, aumentaban su cólera: para él segun sus deducciones, era cosa demostrada, que el escribano Alvar Yañez no habia tenido otro objeto al enviarle á Jerez, que apartarle de Sevilla, por encargo del rey, para desembarazarse de un importuno en sus amores con Beatriz: esto era absurdo, porque tratándose del derecho de la fuerza, Andrés era un pobre rival para don Pedro, que, por otra parte, tenia mil medios á su alcance para evitar un escándalo : pero teniendo en cuenta lo apasionado del amor de Andrés, no se debe estrañar lo insensato de sus pensamientos, porque cosa sabida es, que los enamorados, generalmente hablando, nunca piensan, dicen, ni hacen mas que disparates. Esto consiste en que el amor no es otra cosa que una enfermedad del espíritu, durante la cual está en suspenso y como cubierta con un tupido velo la razon.

Y como un disparate conduce á otro, Andrés irritado, burlado por el sarcasmo que suponia en Alvar Yañez, enviándole á buscar proteccion para su prometida á catorce leguas de distancia, acabó de hacerse enemigo irreconciliable del rey y pensó matarle en la primera ocasion y lugar en que le hubiese á las manos.

Esto era sin embargo largo : Andrés sabia que don Pedro era inaccesible en su alcázar, que cuando salia en público, se rodeaba de una falanje de ballesteros, y que se disfrazaba demasiado bien cuando salia solo á aventuras, por lo cual, hasta que se cumpliese por un acaso su venganza, trascurriria tiempo sobrado para que don Pedro enamorase á Beatriz, y aun para que se fastidiase de ella.

Además ¿quién podia asegurale de que Beatriz no se deslumbrase con el destino de manceba de un rey y acaso le amase? Tal vez en aquel momento ella escarnecia sus amores oyendo los de don Pedro, mientras el enfermo, herido por ella, sufriendo en el alma y en el cuerpo, erraba á la ventura, perdido en un pueblo que no conocia.

Andrés, generoso, afable y dulce, cuando nada contrariaba sus instintos, era irritable cuando encontraba obstáculos, y esta modificacion de su carácter, en que se hallaba colocado por las circunstancias, le habia puesto en un estado de irritacion indescribible. Vacilaba su cabeza, enconábase su mal cerrada herida, sus pasos se hacian vacilantes, y sin embargo, cruzaba callejas y plazuelas de una manera maquinal, sin objeto, sin pensar á donde iba. Asi llegó á un callejon apartado, formado por dos tapias, en que habia algunos postigos de huertos : mas allá se levantaba el viejo muro de la ciudad, y en él se apoyaban las dos tapias, terminando allí el callejon sin salida.

Solo cuando le detuvo el muro y se vió obligado á volver atrás, volvió en sí de su abstraccion. Era ya muy de noche, y la luna amarillenta y triste, parecia tocar las pardas almenas del muro, y se ocultaba lentamente tras ellas, iluminando con una luz fria y pálida el callejon. Al despertar Andrés, de la especie de somnambulismo en que habia estado sumergido, sintió el dolor de su herida, su debilidad, el trastorno de su cabeza : quiso desandar lo andado, y sus piernas se negaron á obedecerle : una fria laxitud entumeció sus miembros, dió algunos pasos inciertos como los de un ébrio, se ofuscó su vista y cayó lanzando un gemido, perdido el conocimiento sobre el dintel de un postigo.

Allí permaneció abandonado al frio de la noche, en un lugar donde por la falta de salida era probable no apareciese un ser viviente : pasaron algunas horas, y llegó la media noche. Entonces se oyó en la entrada del callejon el galope de un caballo. La luna se habia puesto enteramente, y la noche estaba densamente oscura.

CAPITULO II.

La reina Doña Blanca.

En una cámara del alcázar de Jerez de un lujo ambigüo, que tanto parecia pertenecer á un pobre que quiere y no puede, como á de un rico que puede y no quiere, habia una dama como de veinte años leyendo á la luz de un velon de bronce, en una biblia ricamente escrita en pergamino, con letras de colores y minuciosos adornos dorados y matizados. La cubierta de esta biblia segun se podia juzgar por los cantos, era de un finísimo cuero de marruecos con manecillas de oro cincelado. Era uno de esos magníficos manuscritos del siglo décimo, en cuya escritura empleaba un monge toda su vida, y de los cuales, se enseña alguno como prenda de gran valor en nuestras viejas catedrales, ó en el tesoro de preciosidades de la biblioteca del Escorial.

La mujer que en ella leia con semblante apesarado y triste, era una de esas bellezas de primer órden, en quienes se une lo brillante y puro de la juventud á lo encantador de unas formas virginales. Era blanca con esa blancura nacarada y fria de las razas del Norte, con sedosos y abundantes cabellos de un rubio clarísimo, con ojos grandes y melancólicos de un color azul de cielo. Su cuello era un poco largo, pero bellísimo, y, sin ser flaca, el contorno de sus hombros, de su seno y de sus brazos, desnudos hasta cerca del hombro, era esbelto, aéreo, casi fantástico, como el de una sílfide si se nos permite esta usadísima comparacion.

Su ancha túnica de seda, descotada hasta donde podia permitirlo el recato, permitia adivinar bajo su suelta plegadura la pureza de sus formas: era, en fin, aquella dama un trasunto viviente de ese tipo de la belleza ideal que nos ha legado la estatuaria griega.

Ni una leve tinta de carmin coloraba sus mejillas, y apenas se indicaba en los entreabiertos labios de su boca suspirante: su mirada, fija en la biblia, en que leia por un pasaje de Job se mostraba lúcida, como impresionada por la lectura, con uno de esos padecimientos intensos que se adivinan y hacen pensar en un gran infortunio.

Aquella mujer era una reina, hija de un duque independiente, sobrina de un rey, y descendiente en línea recta del rey Dagoberto. Era, en fin, doña Blanca de Borbon.

Aquella mujer era muy desdichada: habia encontrado ocupado el tálamo real, no habia escuchado una palabra de amor ni recibido una caricia de su esposo, y sin embargo, la infeliz habia concebido por don Pedro un amor tan enérgico, tan intenso, tan profundo, como debia emanar de su carácter firme y apasionado: le amó cuando le vió, le ansió con un frenesí furioso cuando le contempló perdido para ella y cuando se vió vilipendiada, insultada y presa, le adoró; pero subordinando siempre su adoracion á su altivez, sufriendo

en silencio sin derramar una lágrima, ni aun en sus soledades, porque tenia allí un testigo del que se hubiera avergonzado mas que de otro alguno, y aquel testigo era su orgullo.

Ella, rama de un árbol de reyes, debia ser fuerte como él, resistir sin doblegarse el embate del huracan, y recibir el rayo sin estremecerse. Doña Blanca era una de esas escepciones de carácter en las cuales todos los afectos del alma se reconcentran en uno solo, y cuando ese afecto dominante y esclusivo es la soberbia, dá por resultado un carácter indomable y acometedor.

Era tal vez esta la peor cualidad que tenia para ser amada por don Pedro cuyo carácter era semejante. Al casarla, la torpeza ó el egoismo de don Juan Alfonso de Alburquerque, no hizo otra cosa que poner en lucha el hierro contra el hierro.

Y no se podia asegurar quien era mas fuerte en esta lucha. Don Pedro tenia su impetuosidad, su decision, su poder de rey tirano: doña Blanca su hermosura, su astucia mujeril, su tenacidad y su sangre fria. Mas de una vez aquellos dos esposos que nunca debieron haberlo sido, se encontraron frente á frente en lucha abierta en Toro y en Toledo. Don Pedro venció de una manera material arrollando á sus enemigos, ensangrentándose en ellos, aherrojando á la esposa infeliz para ir á enlazarse en los brazos de la otra esposa adorada. Pero doña Blanca desde el fondo de su encierro sostenia viva y chispeante la guerra civil, seducia á sus guardianes, se servia de ellos y el rey se veia obligado á despedazar á alguno de su servidumbre, y á pensar cada dia con mas fijeza en deshacerse de cualquier modo, por formidable que fuese, de aquella mujer que era el mas terrible de sus enemigos.

Por ella Francia le amenazaba, Aragon le combatia, se le mostraba hostil Navarra y los nobles traidores seducidos ó alentados por la reina, llegaban hasta el caso de apoyarse en el vecino reino de Granada. El rey se veia precisado á velar, á desconfiar de todo, á recorrer su reino, á estar ocupado frecuentemente en la reduccion de algun castillo rebelde: y seguian las matanzas y los horrores y los incendios: el pillaje, los bandidos, la devastacion, pesaban como plagas insoportables sobre el reino. Se dividia la nobleza por odios particulares, se embestia en campo abierto, se vendia al que mas le podia servir de apoyo, y los bastardos alentaban su esperanza á la sombra de la anarquía: al lado mismo de don Pedro, hombres como el infante don Juan en la nobleza y como el escribano Alvar Yañez en la clase llana, desempeñaban un papel doble y aun triple engañando á los reyes de Castilla y Aragon, y al pretendiente don Enrique de Trastamara, que, á su vez pugnaban por engañarse unos á otros. Entretanto, distraida la atencion del rey en el peligro del momento, olvidaba la justicia, la administracion, la agricultura, la industria, cuantos intereses sociales y materiales constituyen el espíritu y la existencia de un pueblo. Los recaudadores robaban á un tiempo al rey y al pueblo: los jueces vendian la justicia: los labradores, desalentados por las exhorbitantes exacciones, por los impuestos monstruosos y por la contínua devastacion de sus campos, se abandonaban á una inercia desesperada, y la industria, sin medios de salida, se derrumbaba arrastrando consigo al comercio: el pueblo robado dentro y fuera en derechos, y en dinero, cuando tenia dinero, no encontraba pan, y cuando habia pan no tenia dinero, lo que sucedia con mucha frecuencia: la falta de trabajo le ponia en las manos las lanzas reales ó las lanzas de la rebeldía, cuando no la ballesta del bandido, lo que venia á ser lo mismo porque todos cometian desmanes y atropellos. Castilla llegó á ser, mas que en otra ocasion, un pueblo de soldados y de aventureros. Pero aquellas fuerzas que, unidas, hubieran bastado para imponer respeto á los reyes convecinos, y para completar la restauracion contra los moros conquistando en una sola campaña el reino de Granada, no eran otra cosa que el cancer del reino, dentro del cual se despedazaban, despedazándole.

Y doña Blanca de Borbon era, acaso, la que mas sostenia este estado deplorable.

Todo era entonces infamias: si bien la reina luchaba con todas sus fuerzas por conquistar á un tiempo su puesto, su dignidad y su amor, esta lucha la costaba el honor: hombres, cuyo doble manejo hemos indicado, escitaban la saña del rey háeia doña Blanca, haciéndole concebir sospechas acerca de relaciones criminales entre su hermano don Fadrique y la reina: llegóse hasta el punto de suponerse que, antes de venir á Castilla, habia tenido el maestre un hijo de ella, que habia sido entregado á que le criase á una judía llamada doña Columba ó doña Paloma.

Algunos para lavar de esta mancha la memoria de doña Blanca, han adueido la prueba de que el rey, conociendo su impureza, como parece demostrarlo su desvio desde el primer momento de sus vistas, se hubiera negado á casarse con ella; pero los que tal han dicho, desconocieron que don Pedro, como la mayor parte de los reyes sus antecesores y muchos de sus descendientes, estuvo en cierto modo dominado por favoritos y que en los primeros años de su reinado, el verdadero rey de Castilla fue don Juan Alfonso de Alburquerque, á quien deben imputarse gran número de asesinatos que sin mas exámen se atribuyen á don Pedro: cuando don Juan Alfonso cayó de la gracia del rey, tampoco puede decirse que hubo en don Pedro espontaneidad, sino que, teniendo en cuenta el poder á que habia llegado Juan Fernandez de Hinestrosa, por la influencia de doña María de Padilla, deben atribuirse á este por lo menos las intrigas y los medios poco nobles que se pusieron en juego para derribar de la privanza á su viejo pariente don Juan Alfonso de Alburquerque. Don Pedro, en la fecha en que se halla nuestro relato, estaba aun en gran parte bajo la influencia de Hinestrosa y de los parientes de la Padilla.

Si las sugestiones de don Juan Alfonso de Alburquerque unieron á don Pedro con doña Blanca, no fue, ciertamente, la liviandad de aquella princesa la que alejó de sus brazos al rey, sino una antipatia funesta por una parte, y por otra el amor de doña María de Padilla: una doble fuerza convinada de atraccion y repulsion.

Y la repulsion fue tan poderosa como que, atendida la hermosura de la reina y el carácter normal del rey, era de suponer que por algunos dias se hubiera mostrado enamorado, y por el contrario se mostró frio, ceremonioso y aun cáustico, en el breve tiempo que estuvo junto á ella, como que apenas celebradas las bodas en Valladolid, partió con pretesto de salir á caza, y fue á la Puebla de Montalvan donde le esperaba la Padilla, sin que fueran parte á detenerle, las amonestaciones de su madre y los ruegos de su tia la reina de Aragon doña Leonor.

Esta brusca separacion dió motivo á murmuraciones escandalosas y aventuradas, y los parientes de doña María aprovechando los rumores del vulgo, hicieron nacer sospechas en el ánimo del rey, acerca de cierta intimidad misteriosa que se notaba entre doña Blanca y don Fadrique, hasta el punto de que creyéndose herido en su honor por su hermano, trocase en un odio á muerte el amor con que hasta entonces le habia distinguido.

Los que hasta ahora se han encargado de la difícil tarea de justificar al rey don Pedro de las faltas y aun de los crímenes que le imputa la historia, no han visto en las desgracias de doña Blanca mas que las consecuencias de la indignacion de un rey vilmente burlado por su esposa y por su hermano: la manera ejecutiva con que el don Pedro llevaba á cabo sus justicias y á veces sus venganzas; el misterio que rodeaba á estos

hechos, de los cuales, jamás se conocia de una manera legal la causa, dieron acaso pretesto á que *Gratia Dei*, heraldo de armas de los reyes católicos, en vista de las desgracias de doña Blanca y de don Fadrique, y de los rumores que debian correr aun en su tiempo, dijese en su noviliario, en la parte correspondiente á los Enriquez, que eran descendientes de un hijo que doña Blanca de Borbon tuvo del maestre don Fadrique durante la jornada de esta princesa desde Francia á Castilla: para recusar por falso el testimonio de *Gratia Dei*, bastaria demostrar que ningun historiador anterior á él, hace referencia de tal hecho; pero puede añadirse, que los que el rey envió á Francia por su esposa, fueron don Alvar García de Albornoz y el obispo de Burgos don Juan de las Roelas; y que don Fadrique fue tan estraño á este asunto, como que durante el viaje de doña Blanca, estuvo como adelantado sobre la frontera de Granada, y que solo conoció á la reina cuando fué á Valladolid á presenciar las bodas.

Además, ¿por qué suponer que *Gratia Dei* se equivocó cuando ningun documento histórico autorizaba su dicho y no creer que impulsado por la adulacion cbró de mala fe, ó al menos cediendo á una poderosa influencia? En los tiempos en que escribia su noviliario, era almirante de castilla don Alonso Enriquez, hermano de doña Juana, reina de Navarra y tio carnal por lo tanto del rey don Fernando el Católico. En aquellos tiempos, se tenia por una gran honra la bastardía real, y en todo caso era preferible aparecer descendientes de una reina adúltera, que de una manceba judia. Puesto que *Gratia Dei* fue el primero que infirió la acusacion de adulterio á doña Blanca, es muy posible, repetimos, que la memoria de aquella infeliz princesa, se sacrificase en aras de la vanidad de un magnate, cuyo nombre aparece no muy limpio en la historia.

Sus enemigos contemporáneos, los parientes de la Padilla, no se atrevieron á tanto: aventuraron suposiciones y nada mas; pero esto era bastante, atendido el carácter suspicaz del rey; parecian robustecer su dicho las imprudencias del maestre, puesto que este, aunque entonces no amaba á la reina porque estaba profundamente enamorado de doña Paloma, que por aquel tiempo le habia dado un hijo, frecuentaba el trato de la reina por otra causa acaso mas infame: las debilidades de amor pueden disculparse; pero que un noble señor á quien el rey honraba y favorecia, al que sostenia en las mas altas dignidades, le fuese traidor afectando amor y lealtad, y aliándose en secreto á las maquinaciones de su hermano y al despecho de la reina, era el colmo de la infamia. Aquel era un monstruoso tejido de traiciones repugnantes: el maestre irritaba á la reina, poniéndola con los mas vivos colores ante los ojos, su abyeccion, sus injurias, su destierro del tálamo real; la reina á pesar de su virtud, procuraba fascinar al maestre para hacerse de él un poderoso instrumento, y llegaba hasta el punto de recibirle con el mismo misterio que á un amante en su recámara á solas y en altas horas de la noche: el rey sostenia un espionaje á la vista de la reina, cuyo jefe era Alvar Yañez, y este, vendido al rey de Aragon, afiliado por otra parte á los bastardos, exajeraba lo que veia y cuando nada habia que ver, mentia. Hinestrosa y los Padillas no se limitaban ya á informes vagos, sino que aseguraban la culpabilidad de la reina y del maestre. Temian que la una conquistando su puesto de reina arrojase del suyo á doña Maria, y que don Fadrique que siempre, con pocos intérvalos estaba al lado del rey, se apoderase de su confianza.

Estas eran deducciones y no mas; pero nosotros que tenemos la facultad de penetrar en el ánimo de nuestros personajes, vamos á presentar á nuestros lectores la verdadera situacion en que se encontraban respectivamente colocados doña Blanca y don Fadrique.

En los principios de la intimidad de la reina con el maestre, este no pensó ni remotamente en robar á don Pedro el amor de su esposa. Redújose á ayudar en silencio á su hermano don Enrique, exasperando los zelos y el orgullo de doña Blanca. Obedeciendo á sus inspiraciones, la reina se unió al proyecto de la prision del rey en Toro, y la llevó á cabo. Don Pedro hubiera caido al fin, y la reina arrojada como su instrumento inútil, si la lealtad y la casualidad no hubiesen deshecho aquella maquinacion. Rebelde de nuevo, y de nuevo vencida en Toledo, doña Blanca, segura de que sus desgracias procedian de la Padilla, conoció que no era bastante ya procurar imponer al rey el cumplimiento de sus deberes, sino que era preciso deshacerse á todo trance de su rival doña María. Para esto necesitaba la ayuda de una persona poderosa colocada por su nacimiento y por su fortuna á una altura tal, que la fuese facil procurarse servidores capaces de llevar á cabo un asesinato. Don Fadrique reunia estas circunstancias; estaba al alcance de doña Blanca, y le eligió para llevar á cabo su venganza.

Pero el maestre, prescindiendo del odio instintivo que, como hijo de doña Leonor de Guzman, le hacia ser hipócrita con el rey y conspirar en secreto en su daño, era, cuanto podia exigirse á un caballero, cumplido y leal: su valor rayaba en temeridad; mas que generoso era pródigo, y donde quiera que encontraba un ser débil ó necesitado allí estaban su espada ó su bolsa. Amábale el rey, á pesar de su nacimiento, y fue necesario que le sospechase traidor, para que al mirarle se ennegreciese su alma. Bendeciánle sus vasallos, y los caballeros de la órden de Santiago sentian por él un entusiasmo fanático. Estas cualidades eran el mayor obstáculo que podia oponerse á los intentos de doña Blanca, que, tenaz en sus proyectos, meditó en malhora para el maestre, que una mujer dueña de una hermosura como la suya, podia dar al traste con el carácter mas enérgico, y convertir á un ángel en un demonio.

Doña Blanca se puso, pues, en campaña, por decirlo así; apuró todos los medios de seduccion de que puede disponer una dama que aprecia su recato, para inspirar amor al maestre, y lo logró. Llegó un dia en que la palabra de este al dirigirse á la reina, no fue ya descuidada, ni su acento tranquilo: sus miradas espresaban turbacion: don Fadrique estaba enamorado.

En los principios creyó poder dominar aquel amor que repugnaba á su probidad, y para lograrlo escaseó sus entrevistas con la reina, y las hizo mas breves; pero la afabilidad de doña Blanca, su semblante dulcemente pálido, su voz lánguida y apesarada, y la melancólica espresion de sus ojos, se infiltraban profundamente en el alma de don Fadrique, y alejándose de la reina, no hacia otra cosa que irritar su amor. Olvidó á doña Columba, empezó á pensar con menos repugnancia en cometer su segunda y mas repugnante traicion al rey, y lo que luchó, solo sirvió para vencerle enteramente. Desde entonces volvió á frecuentar la vista de la reina, y al fin, al menos tres veces á la semana, salia de Sevilla en cuanto cerraba la noche, se trasladaba solo y en muy pocas horas á Jerez, pasaba algunos momentos al lado de la reina, y volvia á Sevilla al amanecer, lo que demostraba que don Fadrique era un hombre de hierro, un escelente ginete, y sobre todo, que poseia magníficos caballos.

Por algun tiempo las demostraciones de su amor se redujeron á las vulgarísimas de miradas tímidas y suspiros entrecortados, á los que parecia enteramente desapercibida doña Blanca: el amor del maestre se irritó y fué mas lejos. Empezó á quejarse de su suerte.

La reina le consoló como una amiga, sin que pareciese comprender que ella era la causa de aquel infortunio.

Al fin el amor de don Fadrique, no pudo contenerse en los buenos medios: rebosó de su corazon, y se hizo oir de doña Blanca.

Y esta recibió aquella manifestacion sonriendo, de una manera indulgente, y ni aceptó aquellos amores, ni los injurió. El maestre llegó á creer que luchaba con un imposible.

Y no se engañaba: la reina era demasiado pura y sentia por el rey un amor desesperado, violento, tenaz: si aquel amor hubiera estado satisfecho, doña Blanca no hubiera provocado los amores del maestre, y á concebirlos este, á declararlos, le hubiera impuesto silencio su indignacion. Pero el amor de la reina flotaba en un inmenso vacio; buscaba un punto de apoyo, necesitaba ayuda, y se valió del maestre.

Y pasaron dias, y meses y años: mas enamorado á cada momento y mas loco don Fadrique, y mas inalterable doña Blanca, recibiendo como siempre en altas horas al maestre, y como siempre escuchando con su lánguida frialdad, al pobre enamorado que habia llegado á sentir estremecimientos ante la sonrisa de paz inalterable de la reina.

Don Fadrique estaba preso en aquel amor, y lucha-

La Reina doña Blanca de Borbon.

ba impotentemente por librarse de él, como lucha la mosca por romper la tela de araña que la sujeta. Solo conseguia con sus esfuerzos envolverse mas.

La reina esperaba, y no sin fundamento, que enloquecido de todo punto, arrastrado por su pasion, saltase sin escrúpulo por cima de su conciencia y sirviese á su venganza. Aquel dia se acercaba: la razon de don Fadrique empezaba á vacilar, y era ya imprudente lo bastante para hacer todas las noches su viaje de ida y vuelta á Jerez.

A pesar de estar presa la reina, gozaba de cierta libertad tanto mas, como que las gentes que la guardaban de órden del rey, vivian fuera del alcazar, y no se presentaban en él mas que en las horas de servicio.

Llamábase entonces alcázar indistintamente á todo edificio destinado á servir de morada á los reyes. En aquellos tiempos en que por razon de los disturbios civiles y las continuas guerras de frontera, andaba la córte errante, sin lugar fijo de residencia, cada ciudad, cada villa tenia uno de estos edificios que eran

generalmente feos, destartalados, incómodos, casarones ennegrecidos por el abandono, en los cuales solo se encontraba medianamente habitable el departamento destinado á los reyes, y eran muy pocos en el reino los que podian llamarse verdaderamente alcázares. Es verdad que cada castillo tenia una torre de homenaje y en ella una cámara de honor; pero estas cámaras en su mayor parte merecian, hablando con propiedad, el nombre de calabozos. El castillo de Jerez, pasaba por tener en su recinto un alcázar; pero aquel alcázar era un nido de lechuzas, tétrico y sombrío, en cuyas cámaras no entraba la luz sino cernida, á través de estrechas saeteras abiertas en unos muros de espesor monstruoso. Don Pedro, pues, no quiso constituir doña Blanca en una prision aflictiva, y la destinó el alcázar viejo, que era un casaron medio destruido, situado en el centro de una huerta en un estremo de la ciudad.

Por lo tanto, aprovechada para la reina y sus damas la parte habitable, solo quedó para la alta servidumbre una sucesion de aposentos desmantelados, con pavimentos polvorosos, tapicerias desgarradas, y techos por los cuales se infiltraba la lluvia.

Don Pero Gomez Gudiel, obispo de Segovia, Tello

El maestre de Santiago don Fadrique.

Gonzalez Palomeque y Juan Manso de Valladolid, camareros del rey, y Suer Gutierrez de Navales, que servia la escudilla á la reina en representacion de su señor Ferran Perez de Portocarrero, puestos por don Pedro de guarda y servicio de la reina, prefirieron pagar habitaciones fuera, á sufrir los insectos, el polvo, la lluvia y el viento que eran accesorios, inseparables del alcázar viejo. Por lo tanto, desde el momento en que sonaba la queda, aquellos cuatro personajes se retiraban á sus posadas, dejando la custodia de las puertas á la servidumbre ínfima que, sobornada por la reina, procuraba no ver, ó si veia, olvidaba lo que habia visto.

Doña Blanca, pues, escepto para salir de la ciudad, gozaba de cierta libertad, y merced á ella, recibia todas las noches á don Fadrique con la ayuda de doña Sol de Vargas su dama favorita.

El rey lo sabia todo, pero alterado, aumentado en proporciones: sabia que la traicion se agrupaba en derredor de la reina: creia saber que don Fadrique le

era traidor hasta el punto de atentar á su honor, y estaba dispuesto á cortar aquella red de traiciones de un solo golpe. Pero necesitaba de una prueba, y he ahí por qué habia enviado á Jerez á Juan Tenorio y al infante don Juan.

CAPÍTULO III.

De como tenia tambien traidores en su servidumbre doña Blanca.

Habia sonado la queda de la misma noche en que Andres Corchuelo habia caido sin fuerzas en un callejon escusado de Jerez. Como hemos dicho, doña Blanca estaba en su cámara, y ya se habian retirado sus guardianes. El alcazar estaba silencioso y oscuro.

Solo se veia una venerable dueña en la antecámara, poblada poco antes de pajes y damas, rezando á media voz y pasando lentamente las cuentas de un lustroso y largo rosario. Aquella vieja pertenecia al tipo general de las dueñas, que parecen destinadas á un mismo oficio, esto es, á encubridoras de picardias, por todos los autores que las vienen maltratando, acaso injustamente, desde el siglo xv., en que se escribió la tragicomedia de Calisto y Melibea.

Desde entonces acá, no se ha escrito mas que una sola dueña sobre el tipo de la tia Celestina.

Doña Berta, asi se llamaba, era una estantigua apergaminada, de luengo manto, blanco mongil, hábito negro y larga camándula: parecia no ocuparse en otra cosa que en su rezo; pero de tiempo en tiempo dirigia una mirada impaciente al tapiz de la puerta de la cámara real.

Aquella mirada representaba una espera, que al fin cesó, pero cuando era ya cerca de la media noche; habian trascurrido cuatro horas desde que la servidumbre se habia retirado, y doña Berta habia ya recorrido tres veces su rosario cuando se abrió la puerta de la cámara, se levantó el tapiz y apareció una dama singularmente hermosa, y como de veinte y cinco años de edad.

—¿Aun estais aquí, doña Berta? dijo la jóven, en cuyo acento se notaba algo de impaciencia.

—Como no se me ha dado órden de recogerme... contestó con voz dulce la dueña.

—¿Están en sus camarines las damas?

—¿Pues dónde queriais que estuvieran? en sus camas y bajo llave... no.. ¡que las dejaremos en libertad de solazarse con los señores pajes! Ya sabe mi señora la reina, en qué manos ha puesto su servidumbre.

—Ya, ya sé que sois honrada, doña Berta... y porque os aprecio, quisiera que no trasnochárais tanto... es ya tarde, buena madre.

—No tardo yo nunca menos en mis devociones, en las cuales nunca me olvido de orar por vos, doña Sol.

—Dios os lo pague, doña Berta, y como es ya tarde, permitidme que me despida de vos.

—Dios os dé muy buenas noches, hija mia. Quedad con él, y hasta mañana.

—Hasta mañana.

La dueña salió por una puerta lateral cerrándola tras sí, y doña Sol fué á ella y estuvo mirando por el ojo de la cerradura, hasta que se perdió el ruido de los pasos á lo largo de una crugía. Entonces abrió aquella misma puerta, y de puntillas adelantó hasta la vuelta de la crugía, la vió seguir adelante, y entrar en su aposento.

Doña Sol llegó á aquella puerta, y escuchó.

—Se acuesta, dijo: esa mujer me habia dado que sospechar.

Y volviéndose atrás con el mismo recato, tomó á oscuras por la crugía adelante, y se la sintió bajar por unas escaleras.

Entonces la dueña salió tambien á oscuras, llegó á una ventana en el fondo de la galería, y esperó.

Su vista perspicaz vió un bulto deslizándose por el huerto, y se retiró precipitadamente de la ventana, atravesó la crugía y llegó á otro aposento que abrió con llave, y entró.

—¡Por Satanás y todos los diablos del infierno, ¡esclamó un hombre levantándose de un sillon á su llegada, que esto es demasiado esperar para un hidalgo! hace mas de cuatro horas que me teneis encerrado en este zaquizami, y aun no sé nada; absolutamente nada.

—Ya sabeis que no podemos disponer de ciertas horas las gentes de palacio, señor Juan Tenorio... primero la capilla, despues la cena, y.....

—Bien, bien, esclamó impaciente el señor Juan Tenorio. ¿Habeis encontrado un medio para apartar de la cámara junto á la reina á doña Sol?

—Difícil hubiera sido, contestó la dueña, si no nos hubiese ayudado la casualidad.

—Nada es difícil cuando se tiene buena voluntad y buen ingenio, y sobre todo dinero.

—Ningun pretesto hubiera bastado para separar á doña Sol de la reina. Pero Dios ayuda á los leales y hace que sus enemigos se pongan en sus manos.

—¿Y podreis decirme qué seguridades tenemos?

—Ayer, paseándose por la huerta, el señor Marcos... ya sabeis... el rodrigon de los pajes... reparó en que la puerta de la torre del Astrólogo, que estaba cerrada hacia muchos años... tenia señales de haber sido recientemente abierta... solo la reina podia abrirla, porque solo la reina tiene su llave.

—Adelante, buena madre, adelante.

—Las telarañas de su cerrojo habian sido limpiadas y la tierra contenida entre la puerta y el dintel removida. Pero lo que mas llamó la atencion del señor Marcos, era que tampoco habia telarañas en el ojo de la cerradura.

—Lo que demuestra indudablemente que la puerta ha sido recientemente abierta.

—El señor Marcos estrañó como era natural, aquella novedad, y, como estamos siempre vigilantes para servir al rey nuestro señor, tubo en mucho el encontrar tales señales en la torre, porque al fin se dicen de ella cosas que ponen miedo.

—¡Cuentos de brujas!

—Se dice, que la torre tiene duende desde que pasó en ella cierta muerte.

—¡Ah!

—¿Pues? y entrar en una torre tan terrible cuando se necesita un gran valor en el que entre, significa algo.

Tenorio hizo un ademan de impaciencia.

—El señor Marcos se puso en acecho; era muy temprano, porque en este tiempo gusta levantarse con el alba: era poco despues del amanecer; apenas se habia ocultado el señor Marcos en un bosquecillo, cuando notó que daban golpes por dentro en la puerta, y que de entre las yerbas se levantaba un hombre en quien hasta entonces no habia reparado. Era Anton, el hortelano, que fué á la puerta, abrió, y salió una dama que se rebozó en su manto: pero no lo hizo tan pronto que no reconociese á doña Sol de Vargas.

—¡La camarera mayor! esclamó Tenorio.

—Cabalmente: el señor Marcos esperó á que se fuese doña Sol, se acercó á Anton, y á fuerza de ruegos, amenazas y dádivas, supo que doña Sol habia pasado la noche anterior en la torre, y que le habia mandado que esta noche la esperase á las doce.

—¿Y no se supo mas?

—Nada mas. Aquí debe haber algun misterio que conoceremos mas adelante.

—¿Y si esta noche doña Sol no fuese?

—Esperad.

La dueña salió y volvió poco despues.

—El señor Marcos, que ha estado en acecho, dijo, ha visto que doña Sol, despues de haber introducido en la cámara de su señoría á don Fadrique y

á otro caballero, ha entrado en la torre con Anton.

—Pues adelante. ¿Teneis la llave del aposento de doña Sol?

—Si señor.

—¿Y la del postigo de la plazuela?

—Tambien.

—¿Sabeis doña Berta que aun me parece estar en aquellos buenos tiempos en que erais dueña de las damas de la reina doña María?

—Acuérdome que todo era inútil para guardarlas de su señoría y de vos. Y andaba con cien ojos: procuraba guardarlas en conciencia.

—Eso consistia en que el rey era príncipe y no tenia un cornado, y yo un paje que no veia la plata mas que en el bordado de mis jubones: ahora es diferente. El rey tiene tesoros y yo estados: os haremos rica, doña Berta.

—Creed, señor, que mi lealtad. ...

—Bueno es que la lealtad se aliente con el premio. ¿Supongo que podré entrar, sin encontrar á nadie, en la antecámara de las habitaciones de la camarera mayor?

—Doña Sol se queda enteramente sola.

—Eso nos viene perfectamente para nuestro objeto.

—¿Se trata de saber de qué habla la reina con el maestre?

—Nada os importa de lo que se trata... Servid, y servid fielmente. Dadme esas dos llaves, y la de vuestro aposento.

—¡Cómo, señor!

—Necesito dejaros encerrada.

—Tomad, dijo la dueña exhalando un suspiro.

El señor Juan Tenorio salió; cerró con llave, y á oscuras, tomó un camino, que sin duda debia conocer, puesto que le recorria con seguridad; bajó unas escaleras, atravesó un zaguan, y abrió una puerta, mas allá de la cual se veia el espacio de una plazuela encapotado por las sombras de la noche.

No se sentia en ella alma viviente.

—Acaso no hayan llegado todavía, dijo Tenorio; hay que andar diez y seis buenas leguas, y mi aviso debió llegar esta mañana... un mal encuentro... un percance cualquiera... la necesidad de un rodeo, pueden dilatar su llegada... y seria lástima... la camarera mayor entretenida, no se sabe en qué... la dueña encerrada... las habitaciones inmediatas á la cámara de la reina francas... pero me parece oir pisadas... sí, se acercan dos sombras... esperemos.

No tardó en escucharse un ronco ladrido.

Poco despues, dos hombres se acercaron á una seña de Tenorio, y penetraron tras él en el alcázar. Subieron, y llegaron á la puerta de los aposentos de doña Sol, que Tenorio abrió con una llave maestra. Uno de aquellos hombres pasó hasta la habitacion inmediata á la cámara de la reina; Tenorio se quedó en el dormitorio de doña Sol, y el tercero en la primera puerta apoyado en una maza de armas.

CAPITULO IV.

Las intrigas de la reina.

La codicia es una de las pasiones que mas envilecen al hombre, y la codicia era el vicio culminante de don Juan de Aragon, no teniendo honor que sacrificarla, la sacrificaba su orgullo, y no habia accion, por baja que fuese, que no pusiese en práctica para satisfacer su ansia de unos ricos estados, con numerosos vasallos, en quienes satisfacer su sed de oro y placeres.

Por lo tanto, apenas llegó á Jerez, se puso en comunicacion con la reina, se declaró su partidario, sin revelarla que el rey le enviaba á desempeñar el honroso oficio de espía, y estuvo tan falaz, tan mentidor, que la reina, que por su desesperacion se asía á todos los medios que se la presentaban; le acogió con mas benevolencia que la que esperaba el infante.

Por su parte el maestre, aunque desconfiaba de la buena fe y de la probidad de don Juan, aceptó su alianza, porque en él podia tenerse en instrumento ciego dentro del alcázar.

A la noche siguiente, pues, de su entrevista con la reina, el infante esperó al maestre cerca de la puerta, por la cual, merced á un alcaide comprado, entraba en la ciudad, y, como sabemos, penetró con él en el alcázar.

Don Fadrique le hizo esperar en una antecámara, cerró por dentro la puerta, para evitar ser escuchado, entró en la cámara de la reina, y de ella pasó á su retrete.

Doña Blanca, muellemente reclinada en un estrado, negligentemente vestida, con la cabellera medio destrenzada en un bellísimo desórden, le recibió con una de esas sonrisas que solo concede una mujer á un amante: habia llegado el momento de que se aventurase la suerte; era preciso que el honor de don Fadrique su cumbiera arrastrando consigo á doña María de Padilla.

El maestre se desenlazó el yelmo y el coselete, y los arrojó sobre un sillon: despues se desciñó la espada, se sentó junto á doña Blanca, asió una de sus manos y procuró besarla, pero la reina la retiró.

—¡Oh! ¿me vereis morir sin conmoveros? dijo el maestre. Sois mi fatalidad, señora.

—¡Vuestra fatalidad, amigo mio! contestó lángidamente la reina. ¿Acaso tengo poder para ello? A no ser que llameis fatalidad al temor de arrostrar por ciertas apariencias... apariencias que me comprometen mas que á vos, y que sin embargo arrostro.

—Estoy jugando mi cabeza hace mucho tiempo, señora, contestó tristemente el maestre; y no es eso lo que me aterra, no. La vida me importaria muy poco sino fuera por vos... por vos á quien adoro... ¡oh! morir sin poseeros... sin saber si me amais... ¡oh! eso seria horrible... y este pensamiento me devora, me mata... este pensamiento ha variado mi carácter, me ha hecho feroz, me ha indispuesto con mi suerte que ya era bien triste, señora. Los hijos de doña Leonor de Guzman no hemos nacido mas que para padecer.

—Blanca de Borbon, dijo la reina echando atrás su cabeza sobre los almohadones del estrado, y dejando ver por entero su hermoso cuello al maestre, mientras velaba la mirada tras sus espesas pestañas como quien se prepara á vivir con los recuerdos en el pasado. Blanca de Borbon vivia adorada en el palacio de su padre, galanteada por la flor de la nobleza francesa, pretendida por poderosos príncipes: la armonía de los festines resonaba contínuamente junto á ella, y cuando pensaba en el porvenir, le veia á través de una nube de amores. Era muy feliz.

La reina se detuvo, y el maestre permaneció mudo: la belleza y la aptitud de la reina le fascinaban. Hubo un momento de silencio, durante el cual el maestre creyó oir un leve y estraño ruido en la habitacion inmediata que servia de dormitorio á la reina, y estaba cubierta por dobles tapices. Don Fadrique sabia que solo doña Sol podia producir aquel ruido, y tenia demasiada confianza en la jóven para inquietarse por él.

—Sí, yo era muy feliz, continuó la reina exhalando un suspiro: pero llegó un dia en que mi padre me mostró el retrato de un rey. Era un hermoso mancebo: sus ojos azules, brillaban con la valentía de la mirada del leon, y en su frente resplandecia la magestad.

—Sin embargo, ese rey era un bastardo.

—¡Ah! eso dicen... continuó doña Blanca incorporándose, pero yo solo supe que era hijo del rey don Alonso el Onceno de Castilla, y que habia sucedido en sus reinos á su padre. Me aficioné á él por su retrato, consentí en ser su esposa, vine, le ví y le amé. Yo creia ser muy feliz, y sin embargo, Fadrique, me ví despreciada de una manera inesplicable, como mujer,

como esposa, como reina, insultada, pospuesta á una manceba, lanzada del lado del rey.

—Doña María de Padilla, señora, permitidme que os lo diga...

—Sí, dicen que tambien es esposa del rey... pero yo no lo creo; esa es una calumnia, como la de que don Pedro es hijo de un judío.

—¡Oh! ¡cuánto le amais, señora! dijo con una zelosa impaciencia don Fadrique.

—No, no le amo... os lo juro... le amaba, pero mi amor se ha convertido en odio... en un odio de muerte... si su vida estuviera en mis manos, le mataria.

—Vos no podeis vivir sin amar, dijo el maestre tristemente.

—¿Y quién os ha dicho que yo no ame? esclamó doña Blanca, destellando de sus hermosos ojos un relámpago de pasion, que fué á infiltrarse en el alma del maestre.

—¡Qué amais! ¿y á quién? concluid de una vez, señora, el lento martirio que desgarra mi corazon. Hay momentos en que creo encontrar amor para mí en vuestros ojos, y otros.....

—En que me domino... en que conozco mi locura, y procuro parecer severa.

—¡Ah! ¡Blanca, Blanca! ¡Dios os perdone el mal que me haceis!

—¿Y quién os impide ser feliz? esclamó doña Blanca: ¿no os basta ese amor que se alienta en sí mismo, que se reconcentra en el alma, que es inmenso porque pertenece á los sueños? ¿No os basta saber que existe una pobre mujer que piensa siempre en vos, que ruega á Dios por vos y en vos busca un apoyo? ¿ó quereis que esa mujer os sacrifique su honra se envilezca á vuestros ojos?

—Sed mi esposa.

—¡Vuestra esposa, Fadrique! esclamó palideciendo con un verdadero espanto la reina.

—Prometedme ser mi esposa... y...

El maestre se detuvo: su semblante se bañó de un sudor frio, y se puso lívido.

—¡Y mato á mi hermano! dijo al fin en el frenesi de su pasion.

El semblante de doña Blanca conservó su serenidad y su espresion de dulce languidez: pero en el fondo de su alma ardió un pensamiento de muerte para el maestre, para aquel hombre que, engañado por su ficcion, se atrevia á pensar en la muerte del hombre á quien adoraba.

—¡Matar al rey...! dijo friamente; no, yo no debo cometer ese crímen que seria inútil, porque le matará la nobleza... ¿á qué poner sangre entre nuestro amor? guardad la muerte para otra persona... hiriéndola, herimos al rey... le destrozamos el corazon.

—¡La Padilla!

—Sí, matad á la Padilla, á esa que llamais reina, y soy vuestra, Fadrique, vuestra para siempre: huiremos de Castilla á donde no alcance el poder del rey: pero matad á esa mujer, matadla... vengadme de ella... por ella estoy desdeñada ante la faz del mundo, escarnecida, deshonrada.

—Pero doña María no tiene la culpa... el rey la conoció antes que á vos, ¡y es tan buena, señora! ¡si la hubieseis oido rogando por vos al rey...!

—Esa humillacion me hubiera hecho desear con mas fuerza su muerte.

—Pero me pedís una cosa horrible.

—¿Tan inocente os parece asesinar á vuestro hermano?

—Me impele á ello el amor fatal que me habeis inspirado.

—Mi amor os pide que mateis á doña María.

—¡Imposible! ¡no lo haré!

—En ese caso, adios don Fadrique, dijo la reina verdaderamente irritada, levantándose y dirigiéndose al dormitorio. Habia contado con vuestro amor, y os habia amado creyendo que tendriais valor para vengarme; pero me he engañado: estoy sola en el mundo, enteramente sola.

—Esperad, señora, esperad, si no quereis que mi desesperacion se vuelva contra mí mismo.

—¿Y qué os importa que yo no os ame?

—¿Qué me importa? antes de conoceros vivia tranquilo, era leal, si no amaba á mi hermano don Pedro, al menos le miraba sin odio: desde que os ví, me hice falaz, le fingí amor porque los zelos me obligaron á aborrecerle: os ayudé en Toro y en Toledo: conspiré con vos y con mis hermanos; desde que acabé de perder la razon á vuestro lado, la vida de ese hombre pesa sobre la mia. Y todo esto es obra vuestra. ¿Y quereis que muera doña María? Pues bien, morirá... pero premiad mi sacrificio... tened compasion de mí... hacedme olvidar mis remordimientos con vuestro amor.

—¿Matareis á la Padilla? dijo roncamente la reina.

—Sí.

—¿Y cuando?

—¿Creeis, señora, que podremos fiarnos del infante don Juan?

—Ese hombre si le pagais bien, hará lo que haria el mas vil de los asesinos.

—¡Oh! entonces... está ahí... le he traido conmigo.

—Libradme de su presencia, y... valeos en buen hora de él; ofrecedle uno de vuestros señoríos... todas mis alhajas que valen un tesoro.

—Sí no os mostrais amiga del infante...

—Le sufrí ayer durante dos horas.

—Por lo mismo: sí esta noche os negais...

—Bien... que entre un momento: no sé por qué, ese hombre me repugna... compradle... hacedle herir, pero apartadle de mí.

El maestre salió y entró poco despues con el infante, que se inclinó servilmente ante la reina.

—Mi primo don Juan, señora, dijo el maestre, es uno de nuestros mas leales amigos: obligado como yo á vivir en la córte, á doblegarse ante el rey, ansía el momento de que su legítima soberana...

—Gracias infante, gracias, dijo la reina con afabilidad. ¿Habeis recibido noticias de la córte?

—¡Cómo! ¿no ha dicho don Fadrique á vuestra señoría que á estas horas Sevilla estará por doña Aldonza Coronel, la nueva favorita, y que doña María de Padilla será arrancada del alcázar, presa, acaso muerta?

Doña Blanca miró al maestre intensamente.

—Nada me habeis dicho de esto, esclamó con severidad.

—No he querido daros una alegría que podria desvanecerse.

—Señora: es cierto que don Pedro Ponce de Leon con sus parciales y sus lanzas está sobre Sevilla, y que le ayuda un partido poderoso: pero el rey tiene leales servidores en Sevilla: uno sobre todo que vale por ciento.

—¿Y quién es ese formidable defensor?

—Un jóven recien llegado á la córte á quien el rey ha hecho rico-hombre y caballero en veinte y cuatro horas.

—¡Ah! ¡el ahijado de mi mujer! dijo con cierta satisfaccion el infante.

—En efecto, primo, ese caballero, á quien el rey ha dejado al frente de sus gentes en el alcázar, es Men Rodriguez de Sanabria.

—¿Tanto ha servido al rey?

—Se cuentan maravillas de ese mancebo, señora, dijo el infante, y yo me he apresurado á honrarle abriéndole mi casa.

—Pues bien don Juan, procurad que ese jóven sea nuestro amigo, ó al menos que no sea nuestro enemigo.... si aun es tiempo.

—Vuestra señoría puede disponer enteramente de mí.

—Y puesto que nos ayudan nuestros amigos, ayudémosles.

—¿No creeis que la Padilla es un baldon para el rey y para sus vasallos leales?

—Doña María no vivirá mucho, señora, dijo el infante con su sesgada sonrisa; tiene muchos enemigos, y podria suceder...

—El poder del rey la proteje.

—La serpiente, señora, entra en lo mas oculto sin ser sentida.

—Ayude Dios á doña Maria, dijo la reina mirando con intencion al maestre.

—Podria suceder, dijo este, que un hombre amigo de la Padilla y de Men Rodriguez se encontrase junto á ella durante el peligro.

—Y que un golpe á tiempo... añadió el infante.

—Señores, dijo la reina á quien repugnaba aquella doble y repugnante posicion de dos nobles, uno de los cuales se vendia al amor y otro al interés; ya es tarde y siento á mi camarera que se acerca. Que os guarde Dios.

Y lanzando una última mirada al maestre, se encaminó á su dormitorio á punto que doña Sol abria la puerta del retrete.

El maestre y el infante siguieron á la jóven: doña Blanca levantó los tapices de su alcoba... y entró.

Estaba iluminada por una lámpara: por el momento, la reina distraida, no reparó en un hombre que á pocos pasos de ella la miraba de una manera profunda; y poseida por un impulso involuntario, se volvió hácia el sitio por donde debian alejarse sus nocturnos visitantes.

—¡Oh! esclamó dando salida al llanto que se agolpaba á sus ojos, y que habia contenido hasta entonces; ¡Dios te perdone, Pedro, lo infeliz que me haces! ¡servidme ahora, que yo haré despues caer la sangre que derraneis sobre vuestras cabezas!... ¡matar al rey! ¿y crees tú, traidor maestre, que yo consentiria en la muerte de mi esposo! ¡ella, ella sí! ¡que muera pues me le roba! ¡pero él, Dios mio! ¡antes se destruya el mundo entero! ¡antes caigan la muerte y el infierno sobre mí!

Y su llanto se hizo mas profundo, mas desgarrador.

Al volverse para dirigirse á su lecho, encontró delante de sí al hombre que hemos indicado: al verle, la mirada de la reina se dilató, lanzó un grito inmenso, vacilaron sus rodillas, y cayó sobre ellas.

Y el hombre la miró con amor: la levantó en sus brazos, y la besó en la frente.

Aquel hombre era el rey.

Doña Blanca no pudo hacer otra cosa que reclinar la cabeza en su pecho, y llorar de una manera desolada.

—¡Callad! ¡callad! señora, dijo don Pedro. En las habitaciones inmediatas hay gentes que pudieran oirnos y vuestra camarera no tardará en volver. Esperad.

El rey calló, y la reina quedó inmóvil, muda, vacilando entre el temor y la alegría, entre el placer y el dolor.

Don Pedro hizo salir de las habitaciones de doña Sol á Juan Tenorio y á Juan Diente, y volvió al dormitorio de Doña Blanca.

—¡Ah! señor, esclamó la reina. ¿cómo os encuentro aquí? ¿A quién buscais, á una víctima ó á una esposa?

—Yo, señora, estoy en todas partes, y he llegado por cierto muy á tiempo para saber que estais demasiado sanguinaria.

—Es que estoy desesperada.

—Culpad á vuestro orgullo señora, ha sido necesario que os creais sola para que yo sepa de vuestra boca que me amais.

—Es que delante de vos, señor, era la reina; á solas con Dios, la mujer.

—Será necesario que nadie nos oiga, Blanca.

—Doña Sol, señor, es leal.

—Sin embargo; lo que dos esposos que están en la posicion en que nosotros nos encontramos tienen que decirse, solo deben oirlo Dios y ellos.

—No me atrevo á deciros que os ocultéis, señor.

—¿Y por qué no? ¿qué soy yo ahora mas que un amante que viene con el silencio de la noche á ver misteriosamente á su amada?

—Ved, señor, que ya soy bastante infeliz dijo la reina juntando las manos y mirando al rey tras un velo de lágrimas: no me hagais probar la felicidad para arrancármela despues.

—Necesitamos entendernos, Blanca, doña Sol se acerca, ocultadme, y concluir pronto.

La reina llevó á don Pedro á una pequeña puerta, tras la cual le ocultó; poco despues entró doña Sol.

—¿Qué sentis, señora? la dijo: estais demudada, trémula.

—Si, dijo la reina; me hace daño la sola presencia de ese hombre.

—Ya os lo he dicho, señora, os violentais demasiado: ese hombre se hace cada dia mas exigente..... es necesario concluir... ¡oh! ¡debe ser horrible decir amores á quien se aborrece!

—¿No es verdad que lo aborrezco, Sol? dijo doña Blanca que tenia interés en justificarse ante el rey.

—Dios perdone á don Pedro que os hace ansiar venganza y os obliga por ella á violentaros... ¡Dios mio! tiemblo solo al pensar que estas imprudentes entrevistas lleguen á traslucirse... esto os deshonraría.

—Desnúdame, Sol, me siento mala.

—Velaré á vuestra señoría.

—No... no... quiero estar sola... si supieras... mira: he tenido esta noche un momento que dormí un hermoso sueño.

—Los buenos sueños suelen ser presagios.

—Soñé que el rey habia venido aquí sin que yo supiese cómo.

—Sueños son sueños; el rey no se acuerda de su esposa.

—Oye: el rey venia á espiarme y me oyó decir amores al maestre para fascinarle, para obligarle á que me vengase de la Padilla ¿No es verdad que tengo razon para odiar á esa mujer? ¡Dios mio! ¡adorar á mi esposo! no haber amado á nadie mas que á él... y estar separada de él cinco años, presa, insultada, sabiendo que otra mujer es feliz á su lado... ¿no es verdad que el corazon contrae un odio de muerte que se hace cruel, que necesita matar? Pues bien: el rey oyó que yo deseaba la muerte de la Padilla, y cuando entró aquí le ví, caí á sus piés temblando, aterrada y al mismo tiempo feliz... ¿y qué crees tu que hizo él?

—Levantaros en sus brazos, contestó tristemente doña Sol, porque las almas apenadas sueñan siempre la felicidad que desean. ¡Desgraciada ama mia!

—Pues mira: creo que el sueño va á acabarme de presentar mi felicidad, dijo doña Blanca sonriendo de una manara celestial... Creo que Dios se ha compadecido de mí y que este sueño es un aviso de consuelo.

—Quiera Dios que no os engañe vuestro corazon, señora.

—¡Oh! si alguna vez el rey viene á mí, yo le daré tanto amor, procuraré parecerle tan hermosa, que no se separe mas de mí... y si viene, lo conseguiré..... ¡oh! y seré capaz de perdonar á esa mujer que se atrevió á llamarse reina.

—Me haceis temblar, señora.

—Temblar, y ¿por qué?

—Creo que vuestro juicio vacila.

—¡Oh! ahora no, dijo profundamente la reina, mas tarde, tal vez.

Doña Sol despues de haber desnudado á la reina, la vistió una especie de bata de noche.

Doña Blanca impaciente por quedarse sola con el rey, se metió en el lecho, y despidió á doña Sol. Ape-

nas habia cerrado esta la puerta, cuando la reina se levantó, fue al sitio donde estaba escondido el rey, y abrió la puerta.

—Venid, señor, venid le dijo, y le llevó á la cámara.

Don Pedro se encontraba en una situacion difícil atendido su carácter sensual y galanteador: aquella aventura era para él terriblemente tentadora. Nunca doña Blanca se habia presentado como entonces á sus ojos. La infeliz habia dicho bien: hasta entonces siempre recelosa, siempre ofendida, se habia presentado á los ojos de don Pedro encubierto su corazon bajo su orgullo de reina. Para que don Pedro conociese á la mujer, habia sido necesario que la sorprendiese. Además, cinco años de soledad y de destierro, habian gastado la altivez de doña Blanca y el deseo irritado, contrariado, habia sido un poderoso agente para doblegar su carácter. La desgracia la habia hecho dura, pero á la primera sonrisa de la felicidad, desapareció la severa hermosura que hemos descrito al principio de este libro para convertirse en una purísima y celestial jóven, enamorada, tímida, pudorosa. El rey no reconoció á su esposa: faltándole la doña Blanca que conocia le faltaba su odio: midió por las flaquezas á que él mismo le condenaba su posicion las flaquezas de la reina y la perdonó. Don Pedro se convirtió en un amante apasionado, y doña Blanca probó la felicidad de ser amada.

Funesto resultado del terrible carácter del rey, de aquella mezcla de debilidad, de fuerza, de recelo, de heroismo: de aquel revuelto *pandæmonium* de pasiones. Don Pedro delante de la esposa virgen y pura, olvidó á la reina aborrecida. Don Pedro trató á su esposa bajo la influencia del exagerado amor de un dia, que le hizo esposo de doña Juana de Castro y amante de cien mujeres; doña Blanca fue feliz un momento para ser despues doblemente desgraciada: aquella fue una aparicion, un sueño: don Pedro habia ido á buscar traiciones, habia encontrado un alma enérgica que luchaba, que le adoraba; un alma lacerada por el amor, y acabó de desgarrarla.

Antes del amanecer, la misma reina palpitante de felicidad, condujo al rey recatadamente como si se hubiera tratado de un amante al postigo del huerto. El rey salió, prometiendo á doña Blanca hacerla verdaderamente reina y estrechándola con delirio entre sus brazos, se separó de ella. La infeliz volvió á su cámara, se arrojó delante de su reclinatorio, y con los ojos arrasados en lágrimas, esclamó.

—¡Dios mio! ¡si esto no ha sido un sueño, sino le he de volver á ver, haz que sea madre la que no puede ser esposa, porque para vivir necesito un amor!

Don Pedro entretanto, llegó á una plazuela y silbó. Un bulto adelantó desde la sombra.

—Y bien, señor, dijo aquel hombre con cierta curiosidad, ¿habeis sorprendido las traiciones del maestre? ¿Vuestra esposa?...

—Mi esposa, señor Tenorio, es ya mi mujer. ¡Ira de Dios! las mujeres darán al traste conmigo. Arrima el caballo, maese Juan Diente, y adelántate á que el alferez Conchillos abra la puerta.

—Habiais venido á caza de traiciones, señor, dijo Tenorio; ya solo con el rey, teniéndole el caballo de la brida.

—Y he pasado media noche de bodas, contestó el rey montando; ¡poder de Dios! y la he encontrado amorosa, bella y cándida como la Padilla... me ha fascinado... pero apenas me he separado de ella, ha vuelto mi odio... mas terrible, porque esa mujer me ha obligado á ser débil.

—¡Y la habeis tenido en Toro ocho meses á vuestro lado y cuatro en Valladolid!

—Jamás la he visto como esta noche... era otra... indudablemente mis ojos no veian bien, ó estaba poseido de Satanás; era una niña hermosísima que lloraba, que reia, que me inundaba de caricias y de amores... me ha vuelto loco... No hablemos mas de esto. ¡Pica Tenorio! necesito respirar libremente al viento del campo! ¡Pica, pica y á Carmona!

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO UNICO.

En que se sabe lo que fue de Andrés Corchuelo.

Cuando Andrés tornó en sí, se encontró, no ya en el callejon donde habia caido, sino en un lecho cómodo y caliente, cubierto por anchos cortinajes. Era de dia á juzgar por la claridad que entraba por dos ajimeces acristalados colocados casi junto al techo de la habitacion en que se encontraba: ardian además sobre una mesa próximas á estinguirse, dos bujías.

Estaba solo. Sintióse débil: dolorido en el cuerpo y en el alma: su primer movimiento fue el de arrojarse del lecho, pero no pudo: entonces volvió su atencion á lo que le rodeaba: vió que la cámara era suntuosa y el lecho magnífico: preguntósc la razon por qué se encontraba allí, y por mas que apuró las suposiciones, no pudo darse cuenta de ella. La cámara era muy rica para prision, y demasiado silenciosa para suponerla dentro de una poblacion. Sin embargo, á lo lejos se escuchaba de tiempo en tiempo el sonido de una campana, perdido en la distancia, lo que representaba la proximidad de un lugar habitado.

Andrés no sabiendo qué pensar, ésperó; pero con esa impaciencia febril que hace parecer una eternidad la duracion de un minuto: las bujías acabaron de estinguirse, la luz que penetraba por los ajimeces creció, y un rayo de sol penetró por uno de ellos yendo á caer en el lecho.

Pasó algun tiempo, y al fin Andrés escuchó pisadas, junto á la puerta, que se abrió y dió paso á un hombre, al parecer rústico, que traia una cesta cubierta con un paño blanquísimo. Andrés se incorporó y miró con semblante atónito á aquel hombre.

—¿Quién sois? le preguntó.

—Soy vuestro criado, señor, contestó el campesino.

—¡Mi criado! yo creia que erais mi carcelero.

Sonrió grotescamente el labriego, mostrando dos hileras de blanquísimos dientes.

—En verdad que os guardo, señor caballero, dijo: pero como vos estais guardado, quisieran estarlo muchos.

—Pues os juro que yo daria un año de mi vida por salir de aquí.

—Si supierais quien os guarda, querriais dar muchos mas por no salir.

—¿Y quién me guarda?

—Este papel os lo dirá.

El villano se acercó al lecho y dió un papel á Andrés, que afortunadamente sabia leer, aunque mal. La carta estaba pésimamente escrita, con una letra gorda, incompleta y desigual, y Andrés se vió en duras penas para sacar en claro lo siguiente, con la pérdida de algunas palabras ininteligibles.

«No temais, decian: se os ha encontrado en la calle moribundo, y se cuida de vos. Esperad: esta noche á las doce me vereis. Tranquilizaos: estais enteramente seguro y se vela por vos.»

—¿Y es una dama la que ha escrito esto? preguntó Andrés dulcificándose, porque comprendió que amoldándose á las circunstancias, podria con mas facilidad conocer su situacion y dominarla.

—No sé, contestó el villano; y aunque lo sepa, la verdad es que no os puedo responder pero sed docil: creo que eso agradará mucho á esa per-

sona; entretanto, dejadme que vea vuestra herida.

—¡Sabeis que estoy herido!

—Y sé tambien que vuestra herida no os molestará dentro de muy poco.

Y el villano con una práctica casera, levantó el apósito con la misma maestria y primor que podia haberlo hecho un cirujano.

—Bien; muy bien, dijo examinando con satisfaccion la herida; voy á poneros un bálsamo, cuya receta heredé de mi padre, como este la heredó del suyo y mi abuelo de su visabuelo, á quien la dió un moro cautivo en la conquista de Sevilla. Despues tomareis alimento, que os hace mucha falta, y dormireis. El descanso os curará.

Y puso el bálsamo sobre la herida, apretó el vendaje, y despues estendió sobre la cama un mantel, y puso en él algunos manjares y conservas en vajilla de plata. Por el lujo de las escudillas, por el esquísito condimento de las viandas y por su eleccion, comprendió Andrés que se trataba de alguna estraña aventura.

Despues de comer se encontró mas fuerte: el labriego le ayudó á salir del lecho, se le compuso, le volvió á colocar en él, y salió cerrando tras sí la puerta.

Inútil es que nos detengamos á describir las cabilaciones de Andrés: el corazon humano es un abismo insondable del que alguna vez brotan juntos afectos que parecen contradictorios, y que sin embargo no son mas que consecuencias naturales de la organizacion humana. Andrés pensaba en primer término en Beatriz, como pudiera haber pensado en su amada el amador mas furibundo, y sin embargo sentia una impaciencia interesada por conocer á la persona que se habia apoderado de él, y que no debia ser otra que una mujer, á juzgar por los antecedentes que se le habian dejado vislumbrar. Andrés temia únicamente que fuese vieja ó fea, y esto consistia en que no hay hombre por enamorado que esté, que esquive una aventura galante, á no ser un escepcion.

Andrés necesitaba además un amparo poderoso, y de ninguna parte podia venirle mejor que de una mujer noble y rica, y por las muestras que tenia de su desconocida, debia ser poderosa.

Recordó que en el cincelado de la vajilla habia escudos flordelisados, y hubo momentos en que el pensamiento de Andrés recayó en la reina.

Dando tormento á su imaginacion, se quedó dormido y soñó. No hay para que nos entrometamos en su sueño: fue un delirio: una fantasmagoría diabólica á veces, celestial otras: un sueño de dolores, de zelos, de amor; de ambiciones, de esperanza, de desesperacion: un caos de afectos y de pasiones.

Despertóle una mano moviéndole suavemente, y una claridad débil brilló en sus ojos: en los dos candelabros de la mesa ardian bujías veladas por pantallas, y una mujer encubierta por un antifaz estaba sentada en un sillon junto al lecho, y le miraba con una fijeza profunda: la media luz que por la interposicion de las pantallas y la gran estension de la cámara apenas bastaba á detallar los objetos: el silencio y la inmovilidad de la dama, la perfecta blancura de su cuello y de sus hombros desnudos, de los cuales se habia desprendido un manto; lo elegante de su anchísimo traje de seda á cuya eleccion habia presidido un gusto esquisito, como pretendiendo agradar por la adiccion de bellezas artificiales á las bellezas naturales que se dejaban admirar en aquella mujer, lo bello de su peinado, el buen contraste que producia una gruesa gargantilla de perlas sobre la nacarada blancura de su cuello; la emanacion de delicados perfumes que se exhalaba de ella, lo apasionado de su respiracion entrecortada y anhelante: cierto vapor de pureza, de virginidad, que se desprendia de aquella aparicion misteriosa, dominaron al jóven que olvidó por un momento á su Beatriz, y se sintió fascinado.

Por algun tiempo él y ella guardaron un silencio que parecia justificado por lo estraño de aquella situacion eminentemente romancesca; él recordaba que habia caido sin fuerzas en una calle solitaria de una poblacion que no conocia: enfermo en el cuerpo y en el alma, y comprendió demasiado que una noche de abandono á cielo descubierto, hubiera podido ser la muerte: bajo este aspecto, aquella mujer representaba para él el ángel de la providencia, atendido el misterio de aquella entrevista, los solícitos cuidados que la habian servido de prólogo, el esmero en el atavío de aquella mujer, su elocuente silencio: era necesario pensar en uno de esos amores que se encuentran por casualidad de una manera imprevista, que se espresan en una mirada, en una palabra, en un suspiro; que dejan un lánguido recuerdo, sino han tenido ocasion para espresarse y se han perdido de la misma manera fatal y rápida con que se han encontrado. Andrés, mas civilizado que lo general de los hombres de su clase, por la costumbre de vivir en la córte junto á los grandes señores, apreció estos delicados detalles en todo su valor: sintió agradecimiento hácia aquella mujer: ese agradecimiento profundo de las almas generosas, y si no podemos decir que sintió amor, podemos asegurar que esperimentó esa sensacion de bien estar, de vanidad satisfecha, de deseo inquieto y voraz que siente el amador mas firme ante la sonrisa ó la demostracion de amor de una mujer que vale, por su hermosura, por su aspecto, por las cualidades incitantes que la distinguen.

Y luego entrambos callaban, porque no encontraban una palabra oportuna para empezar: el antifaz de la dama tenia algo de púdico y algo de inconveniente al mismo tiempo. ¿Para qué se cubre el rostro una mujer cuando nada hay en su conducta que la deba avergonzar? Andrés se hizo esta pregunta, y dedujo que, ó se trataba de una mujer que no se pertenecia, ó que escuchaba á la prudencia y no queria avanzar demasiado hasta saber con qué persona trataba.

—¿Cómo os sentis, amigo mio? dijo al fin la dama haciendo un penoso esfuerzo, porque era preciso que alguíen empezase, y con la voz dulcemente temblorosa.

—Permitidme, señora, esclamó Andrés, que os muestre toda mi gratitud. ¿Sin vos, qué hubiera sido de mí?

—¿Y quién os ha dicho que he sido yo...?

—Me lo dice el corazon; me parece haberos visto de una manera vaga durante mi letargo.

—¡Ah! ¿me habeis visto?

—Habeis velado junto á mí ¿No es verdad?

—Estabais en tal estado...

—Otra mujer, señora, cuando mas, me hubiera confiado á un escudero.

Andrés mentia: no habia hecho mas que aventurar una sospecha, y la dama cayó en la red: el jóven comprendió que aquella mujer sentia por él un interés mas fuerte que la compasion, y ella no supo por el momento qué contestar á la observacion de Andrés.

—Habiais caido en un lugar peligroso, dijo: yo no sabia quien erais, si amigo ó enemigo... podiais ser muy bien un espía del rey... yo por el momento no ví en vos mas que un ser que necesitaba ayuda, y os ladí.

—¡Ah! con que por estos sitios son frecuentes los espías del rey ¿no es verdad?

La incógnita conoció que habia cometido una imprudencia; pero ya no era tiempo de volver atrás.

—Espero que vos no lo sereis, le dijo.

—Mi sangre es demasiado honrada, señora, para que yo la manche empleándome en tan bajos oficios.

—¿Y á qué habeis venido á Jerez?

—¿Por qué me haceis esas preguntas, señora, con el semblante encubierto?

—No os conozco. Y el paso que por compasion he dado para con vos...

—Puede interpretarse de muchos modos, señora.

—¡De muchos modos! esclamó con estrañeza la dama.

—Permitidme que os diga que en estos tiempos se conocen muchas y hermosas señoras que pertenecen á los bandos y conspiran... hoy es muy fácil comprometerse con una palabra imprudente, y caer bajo las mazas de los ballesteros del rey, ó bajo el odio de sus enemigos.

—Os juro que seais quien seais, amigo ó enemigo, nada malo os acontecederá aquí.

—Y si sois tan generosa, señora ¿por qué dudais de mi generosidad?

—Ni dudo ni temo : vuestro semblante es de aquellos que inspiran confianza; pero...

—¿Os causa embarazo el demostrarme con el rostro descubierto que os he inspirado un interés cualquiera? ¿por qué desconfiais de mí?

Y Andrés puso tímidamente una de sus manos sobre otra que la dama apoyaba sobre el lecho, y que retiró con viveza.

—¡Oh¡ ¿habeis interpretado acaso?... dijo.

—Yo no interpreto, señora, acciones que no puedo apreciar, y que como os he dicho antes, pueden atribuirse á muchas causas; pero cuando se reciben beneficios como los que vos me habeis concedido, de una dama tal como vos, se siente un deseo ardiente de conocer al ángel que nos ha salvado : queremos ver al descubierto la hermosura que suponemos, para admirarla, para tener un recuerdo que reverenciar, que adorar.

—¡Oh! sin duda habeis vivido mucho tiempo en la córte y venis de ella, esclamó la dama suspirando: dícese que en Sevilla los partidarios del rey, siguiendo su ejemplo, no saben hacer otra cosa que matar y galantear.

—Yo no me puedo llamar partidario del rey... yo no puedo imitarle... casi puedo asegurar que no le conozco... os habla mi corazon, y vos habeis hecho que mi corazon os hable así... Era necesario ser demasiado ingrato para no aspirar vuestra dulzura; vuestra caridad.

—Es decir que me suponeis...

—Yo no sé por qué, pero creo que soir un ángel, señora.

—Y habeis soñado...

—En el cielo.

—¿De qué cielo hablais?

—Del cielo del amor.

—La incógnita guardó silencio un momento.

—¿Y qué ha podido haceros pensar..? dijo al fin.

—Perdonadme, señora, pero yo he oido contar á un moro viejo cuentos de buenas hadas, que encontraban á un mancebo herido, desmayado, le conducian á palacios encantados y le amaban.

—¿Y creis que yo soy una de esas hadas?

—Siempre he soñado en el amor.

—¿Y no le habeis encontrado en Sevilla donde hay tantas hermosuras livianas?

—Para ser amado por una dama tal como vos, señora, es necesario, ó ser caballero, ó que Dios haya hecho que aquella mujer ame aunque se trate de un villano.

La incógnita hizo un movimiento imperceptible.

—He aquí por qué, mi pensamiento que es demasiado altivo para satisfacerse con los amores casi salvajes de una mujer de la plebe, se ha visto precisado á suspirar en silencio por una de esas altivas y hermosas damas que pasan deslumbrantes por delante de nosotros los vasallos sin que les debamos ni una mirada. He ahí por qué mi amor ha sido siempre un sueño.

—Pero ¿qué sois? ¿cómo os llamais?

—Me llamo Andrés, y soy escudero.

El jóven creyó ver enrojecido á través del antifaz el semblante de la dama, porque conocia demasiado la índole de aquellos tiempos en que no habia mas que señores altivos y vasallos envilecidos, entre los cuales existia un abismo que solo, con muy raras escepciones, salvaba el amor que es el primer elemento nivelador que conocemos.

—¡Sois escudero! dijo la incógnita con una dulzura en que se conocia esfuerzo; ¿y á quién servis?

—Al señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Conocereis mucho á la Padilla, dijo con precipitacion la dama.

—Doña María es un ángel.

—Angel de tinieblas que roba la felicidad á un ángel de virtud.

—Vos sin duda servis á la reina doña Blanca.

—Soy su camarera mayor dijo arrancándose el antifaz la incógnita, que no era otra que doña Sol.

Andrés palideció ante la hermosura de la jóven que era estremada : sus ojos garzos pretendian en vano mostrarse graves con Andrés: á su despecho, del foco de su mirada, fluia una chispa de deseo que devoraba el semblante del jóven. Andrés comprendió que era amado, y que la mujer que le amaba, colocada en una posicion falsa, estaba á su merced.

El amor de doña Sol hácia el jóven, se esplica perfectamente por las circunstancias en que le habia encontrado. Al abrir el postigo del huerto al maestre la noche anterior, la luz de su linterna reflejó sobre el pálido semblante de Andrés, cuya cabeza descansaba sobre el dintel del postigo. Don Fadrique se redujo á indicar á Doña Sol, que aquel hombre que parecia desmayado ó ébrio, fuese recogido por la baja servidumbre del alcázar: pero ella al ver de una manera imprevista el pálido y hermoso semblante de Andrés, ella que jamás habia amado, sintió un afecto que nunca habia esperimentado: la caridad, que en la mujer es un entusiasmo, un culto, y á veces el principio del amor, la atrajo hácia aquel pobre mancebo abandonado: disimuló delante del maestre, y cuando le dejó en la cámara de la reina, volvió, y ayudada por Anton el hortelano, le recogió, le trasladó á la torre del Astrólogo que estaba aislada en medio de la huerta, y permaneció velándole hasta el amanecer: los sentidos acabaron de completar la obra durante toda una noche de cuidados : aspiró con delicia su doliente é insensible hermosura, le adoptó para protegerle, pensó en él, le atribuyó cualidades morales en armonia con las físicas, y cuando aquella noche despues de haber dejado en los aposentos de la reina al maestre de Santiago y al infante de Aragon, corrió á buscar á su pobre enfermo, su mano temblaba al abrir la puerta y su corazon latia con violencia. Sin embargo, si se hubiera preguntado á doña Sol si amaba á Andrés hubiera contestado con una candidez de verdad, que solo sentia hácia él compasion.

Pero Andrés miró la situacion desde su verdadero punto de vista. Eran muy frecuentes entonces los casos de que una rica y noble dama elevase hasta sí por medio del matrimonio á un hombre del estado llano, cuando no descendia hasta él de una manera menos legítima. Andrés conoció que doña Sol habia avanzado demasiado para poder volverse atrás, y pensó en aprovecharse de aquellos amores para sus asuntos. El instrumento era demasiado bello para que no le halagase y aun le satisfaciese servirse de él: sin embargo esta buenaventura tenia su lado opaco : era necesario cometer una infidelidad á Beatriz, y la amaba de tal manera, Andrés, que este pensamiento le aturdia. ¿Pero qué jóven puesto en su lugar hubiera obrado con nobleza? Para decidirle á una traicion, le acometian de una parte la tentadora hermosura de doña Sol, de otra sus zelos porque dudaba de Beatriz : acaso ella alhagada por los amores del rey como él lo era por los de doña Sol, olvidaba al pobre escudero y le robaba su felicidad : las suposiciones no encuentran barreras ni obstáculos en la razon porque todo lo posible y aun

mucho de lo que parece imposible, puede ser. Andrés se hizo rápidamente el razonamiento que sigue: ó Beatriz le era fiel, y en este caso doña Sol podria darle poder para llegar hasta ella, ó le posponia al rey, en cuyo caso los amores de doña Sol le vengaban: así pues, se decidió á todo trance á esplotar el alma de la camarera de la reina, y cubriéndose con el mas profundo disimulo, se puso en campaña.

—He aquí, señora, dijo, que tras mis sueños insensatos, una ocasion funesta me acerea á una de esas nobles criaturas á quienes se ha levantado siempre mi pensamiento: he aquí que os debo la vida, pero me habeis hecho una herida mas profunda en el corazon.

—¡Me pareceis audaz, Andrés!

—Me parezco al sediento, que despues de un penoso viaje, ve una clara y fresca fuente al borde escarpado de un precipicio, y obstinándose en poner en ella su boca, se espone á despeñarse y morir: pero ¿qué le importa la muerte si está próximo á morir de sed?

—¡Oh! he sido una imprudente, murmuró de una manera ininteligible doña Sol, irradiando en torno suyo una mirada vaga, sin objeto, como el que se siente aturdido por la presencia de un peligro que no sabe como evitar. Nos hemos encontrado en mal hora, Andrés, añadió en voz alta: mi caridad me ha sido funesta.

—Ah, ¡señora! ¿os avergüenza que un vasallo os hable de amor?

Era tan sentido el acento del jóven, que doña Sol se conmovió.

—¡Avergonzarme! no... pero me espanta Andrés... me espanta por vos... no por mí: y luego... luego...

—Concluid... decis que por mí os causa espanto...

—Si yo amase á un hombre, le amaria con toda mi alma, con un amor zeloso, delicado, con un amor que se lastimaría á la sola sospecha de que el hombre adorado pudiese ser mal comprendido, calumniado acaso... ¿Cómo evitar si nuestros amores llegan á conocerse que os tengan por uno de esos seres que venden su corazon al oro, á la vanidad?

Llególe á Andrés la vez de enrojecerse.

—Y creeis, señora, dijo...

—No, no lo creo... os supongo con bastante nobleza de alma, para que en mí no mireis mas que una mujer en el caso de que...

—¿En el caso de que me amareis?

—¡Oh! ¡no me hableis de eso! ¿Acaso hace mucho tiempo que nos conocemos? ¿creeis que el amor?...

—El amor, señora, no necesita del tiempo para hacerse entender. Basta que se encuentren dos seres que han nacido para amarse. Escuchad: vos me conoceis hace más tiempo... algunas horas mas, y sin embargo, señora, puedo juraros que adoro vuestra hermosura... vuestra alma, por que en el breve tiempo que hace nos conocemos, me la habeis dejado ver toda entera.

—Andrés, dijo doña Sol bajando la frente ruborosa: vos sin duda confundis el amor con el deseo.

—El deseo, señora, es el principio del amor.

Y los ojos de Andrés posaban una mirada intensa en los ojos de la jóven que permanecieron inmóviles fascinados por aquella mirada magnética.

—¿Sois casada, señora, dijo Andrés?

—No, contestó á media voz la jóven.

—¿Cómo os llamais?

—Doña Sol de Vargas.

—¿Sereis acaso hija de don Juan de Vargas?

—Sí, contestó dolorosamente la jóven.

—Dicen que vuestro padre murió...

—¡De terror despues de haber visto morir á sus mejores amigos á manos de los ballesteros del rey en Toledo! Mi padre era repostero mayor de la reina, y á no haber muerto á manos de Dios, hubiera muerto á manos del rey.

—¡Sois huérfana y sola!

—Mi madre murió de dolor pocos meses despues que mi padre. Yo era entonces muy jóven. Estaba en la cámara de la reina, y el rey dolido sin duda de mi desgracia, me dejó al lado de su esposa, que al morir la anterior camarera mayor me hizo gracia de su oficio. Desde entonces he pasado tristemente mi vida en Madrigal, en Medina y en Jerez.

—¿Y no habeis amado nunca, señora?

—Los hidalgos que de tiempo en tiempo vienen, ya sean servidores del rey, ya partidarios de la reina, son unos hombres feroces, que si algun sentimiento pueden causar es el del espanto.

—Suelen venir algunas veces, segun he oido decir el señor Juan Fernandez de Hinestrosa, el maestre de Santiago, el infante don Juan de Aragon y el señor Juan Tenorio.

—El maestre me repugna; hay en él algo recóndito que me repele de él: el infante don Juan, á mas de ser casado, es un miserable, y el señor Juan Tenorio es demasiado jactancioso, demasiado audaz y descortés, para que yo pueda amarle. A mas, tengo empeñadas las rentas de mi señorío de Villares y... soy pobre.

—Pero sois rica de hermosura, juventud y nobleza.

—Los hidalgos de hoy atienden antes que todo al interés. ¿Qué pueden esperar de una pobre mujer sepultada al servicio de una reina tan pobre como ella?

—Sin embargo; no faltaria quien os amase aunque fueseis villana y hubiera de recibiros desnuda.

—¿Vos?

—Yo, señora, si os amo, no me atrevo á pediros amor.

—Escuchad, Andrés, hay un medio para que nuestros destinos puedan unirse.

Al oir aquella proposicion, Andrés hizo un movimiento de asombro.

—¡Os estrañan mis palabras, y acaso con razon! dijo doña Sol, comprendiendo el movimiento de Andrés; estamos aquí solos en presencia de Dios, pobres y desgraciados: los dos tenemos el corazon grande y nos comprendemos: para nosotros es natural y preciso lo mismo que el mundo juzgaría liviandad, oid: llegará un dia en que esa pobre reina tan infeliz, tan digna de otra suerte mejor, caiga ante el furor del rey, ó sea repudiada ó encerrada en un convento. Entonces me encontraré sola, á merced de las asechanzas de hidalguelos que se creerán ricos con mi escasa fortuna y honrados con mi nobleza: acaso para librarme de importunos me veria reducida á entrar en un cláustro, y os lo confieso, no he nacido para monja: hace mucho tiempo que estos pensamientos inquietan mis sueños, y sufro y lloro. A veces entre esos sueños aparecia un hermoso y noble mancebo que me tendia su mano, me llevaba al altar y me estrechaba en sus brazos. Yo necesitaba un protector, y al soñar en él, soñaba en un esposo jóven y bello... Anoche por un acaso os ví: estábais pálido, inerte, y vuestra desgracia, vuestro semblante me conmovieron: creí haberos visto en mis sueños: os recogí, y recatándome os traje aquí... os velé, y no sabeis cuanto influye en un alma desgarrada la contemplacion durante largas horas entre el silencio y la soledad de la noche, de un ser que habla á nuestra alma, aunque no sea mas que con el lenguaje de la compasion: habeis empezado por interesarme, Andrés, y creo que, si ahora no os amo, podré amaros; he entrevisto vuestra alma, y para ser el hombre de mis sueños, solo os falta hidalguia... pues bien... en estos tiempos de revueltas no es difícil alcanzar un título de nobleza si se tienen valor y audacia para conseguirlo. ¿Quéreis ser noble?

—¡Ah! ¡Señora!

—¡Noble y caballero!

—¡Y cómo!

—No sé... pero tengo presentimientos... Servid á la reina.

—Pero decís que la reina....

—La reina sostiene una lucha en que podrá vencer y ser vencida.

—¿Contra el rey?

—Contra su rival doña María de Padilla... Doña Blanca necesita hombres de corazon... sed vos uno de ellos.

—Pero el rey ama á doña María.

—El rey está hechizado. Además, calumnian á la reina, y quien la calumnia es Juan Fernandez de Hinestrosa... Un acaso puede matar á doña María, añadió con acento profundo doña Sol, y otro acaso puede justificar á la reina que es demasiado pura, demasiado hermosa para que no la ame el rey cuando deje de estar fascinado... pudiera llegar un dia en el que el rey os tuviera que agradecer mucho, y la nobleza viene de los reyes.

—¿Y qué quereis que haga?

—¿A qué habeis venido á Jerez?

—A traer una carta á don Pero Ponce de Leon.

—¿De quién?

—Del escribano Alvar Yañez.

—Ved ahí que sin saberlo, habeis servido á la reina.

—Lo ignoraba; yo creia servirme á mí mismo.

—¡Cómo!

—Soy enemigo personal del rey.

—¡Vos enemigo del rey!

—Sí; pero enemigo oculto; enemigo á quien no se conoce, y que aunque débil todavía, trabajará sin cesar para hundir el cimiento que sostiene el trono de don Pedro.

—¡Tanto os ha ofendido el rey!

—Me ha negado justicia.

—Sin embargo, el rey pasa por justo.

—Cuando la justicia ha de recaer sobre alguno de sus enemigos.

—¿Y contra quién pediais justicia al rey?

—Contra el arcediano de San Gil.

—El rey os ha vengado bastantemente: dicen que ha enterrado vivo á ese hombre.

—Por sus asuntos particulares, no por los mios. El arcediano era traidor al rey.

—Y á vos ¿en qué os habia ofendido?

—¿A mí?... á mi me habia ofendido en mi padre, dijo Andrés mintiendo, porque no podia decir la verdad de su ofensa.

—¡En vuestro padre!

—Mi padre es campanero de la iglesia Mayor de Sevilla, y porque se negó á recibir órdenes del arcediano, le hirió con la mano en el rostro.

—¡Ah!

—Pedí justicia al rey que me escuchó con desden y me envió con mi queja al arzobispo... el arzobispo no me escuchó, y yo remití mi venganza á mi espada: esperé una noche al arcediano, y le acometí; pero estaba enfermo y débil; él era robusto y feroz, y me hirió en el pecho... despues el rey que es mas fuerte le enterró vivo, robándome de este modo mi venganza: he ahí por qué aborrezco al rey.

—Y á estar en vuestras manos le mataríais.

—Sin compasion; esclamó roncamente Andrés, acordándose de Beatriz.

—Será necesario, si me amais, que dejeis de aborrecer al rey.

—¿Lo quereis vos?

—La reina á pesar de sus desgracias le ama, y yo amo á la reina.

—¡Quereis que sirva al rey!

—Quiero que sigais sirviendo al señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

Andrés comprendió que se le ponia á gran precio el amor de doña Sol, pero se doblegó.

—¿Y si á pesar de servir yo á la reina, señora, no llegase á esa hidalguia que necesitais para el hombre de vuestro amor?

—¡Oh! bastará que tengais nobleza en el corazon.

—Contad con ella, señora.

—Contad vos conmigo.

—¿Me amareis?

—Os amo ya.

Y doña Sol por aquella vez se dejó asir una mano que Andrés besó con apasionado respeto.

—Adios, amigo mio, adios, le dijo.

—¡Qué! ¿tan pronto me privais de la luz de vuestra hermosura?

—Es necesario que descanseis. Creo que os habeis fatigado en demasia.

—Por el contrario, señora, vos sois para mí un bálsamo de vida.

—Además, pronto amanecerá; he pasado junto á vos mas de dos horas.

—¿Y mañana?

—Mañana os ofrezco estar mas tiempo á vuestro lado. Quedad con Dios.

—Él os guarde y os haga feliz, señora.

Doña Sol salió, y á pesar de la intimidad que habia dominado en su conversacion, Andrés notó que se le dejaba encerrado.

—Esa mujer me ama, dijo, no tengo duda de ellos; pero desconfia de mí. ¿Habré sido imprudente? Acaso... y es necesario de todo punto inspirar confianza á esa mujer.

Y entregándose á sus cavilaciones se durmió.

LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO I.

La ermita del monge negro.—El monge negro.

Habia por aquellos tiempos, en el mismo sitio en que está ahora la Cruz del Campo, en el camino de Carmona cerca de Sevilla, una ermita de piedra levantada sobre un terraplen murado, rodeado de un foso sobre el que se alzaba un puente levadizo. En el terraplen, en una esplanada circular delante de la puerta de la ermita, habia una cruz de mármol negro, y en la cara anterior de su pedestal, se veia esculpida en un grotesco medio relieve, una estraña historia.

Representaba un bosque de encinas, y en medio de él dos escuadrones que se batian de una manera desesperada, segun las violentas actitudes que habia elegido el escultor: el suelo estaba cubierto de cadáveres que hollaban los piés de los caballos, y en primer término un hombre jóven aun sucumbia bajo el hacha de otro ginete mas jóven: en entrambos el cincel habia establecido una perfecta semejanza que solo se alteraba por la edad: parecian padre é hijo: sobre la cabeza del segundo, y como queriendo representar la cólera de Dios, se apoyaba una especie de zic-zasc ángulos agudos en que se adivinaba un rayo.

La ermita era de piedra, de fuertes muros almenados y con un ancho matacan sobre la puerta gótica que se cerraba con hojas de hierro, en que habia saeteras: en el piso superior se veian las ventanas de una aucha habitacion abiertas en los cuatro muros y continuamente cerradas por vidrieras de colores.

La ermita, pues, era una torre almenada con puente y rastrillo; una pequeña fortaleza que, estando colocada sobre una eminencia á la que nada dominaba y teniendo dentro una fuente, era fuerte y perfectamente defendible por muy pocos hombres.

Si se atiende al estado en que se encontraba entonces Castilla, plagada de bandidos á las puertas mismas de las poblaciones, y aun dentro de las ciudades, no se estrañará el que la penitencia para estar á salvo de desafueros, se rodease de muros almenados y profunda caba: desde tiempo inmemorial las abadías, tanto de hombres como de mujeres, que estaban situadas

en el campo, eran verdaderos castillos, lo que provenia del estado de lucha y de restauracion en que se encontraba España, espuesta continuamente á las *algaras* ó correrías de los moros, á los embates de los reyes fronterizos, y á la rapiña y á los desafueros de los aventureros: entonces hasta el altar necesitaba estar en pié de defensa, y de esta necesidad provinieron los señoríos eclesiásticos de todo género: entonces la espada defendia á la Cruz en las mismas manos de los sacerdotes, y el poder temporal se unia al espiritual. Los ministros de Dios eran guerreros, y no hay batalla de la edad media en que no se encuentren arzobispos, obispos, abades y aun simples clérigos, ya como señores, ya como caballeros: aquella era una cruzada á que asistian todos los que podian regir un caballo y enristrar una lanza.

Por lo tanto, nadie estrañaba el aspecto guerrero de la ermina del monge negro, con cuyo nombre se conocia la que hemos descrito, ni menos el que viviesen en ella con el monge diez robustos ermitaños que, á pesar de sus hábitos y de los humildes cordones que ceñian sus lomos, tenian los semblantes notablemente angulares y feroces y los brazos musculosos y admirablemente fuertes.

En cuanto al señor de aquella gente, era un monge alto, robusto, de talante altivo á pesar de sus hábitos negros de benedictino. Jamás le habia visto nadie el rostro, que llevaba cubierto con una máscara de cuero negro: pero su cabeza erguida, los negrísimos cabellos de su cerquillo, la configuracion de su frente, parte de la cual se veia por cima del antifaz, la forma particular de su negra y ensortijada barba y cierta distincion en la forma de sus manos, rebelaban que aquel hombre era aun fuerte y jóven, que antes de haber sido monge, debia haber sido señor ó al menos jefe de una banda de aventureros ó bandidos; y en fin, que la penitencia no habia podido estinguir en él la altivez y las maneras de su antigua vida.

Sabíase solo de este monge, por la boca de algunos viejos que eran entonces, como lo son ahora, la crónica viviente de su tiempo, sabíase, repetimos, que hacia veinte y cuatro años, en el de 1334, un caballero seguido de diez hombres de armas y de una numerosa recua, habia llegado al alcázar de Sevilla y entregado un pergamino para el rey; que poco despues aquel hombre habia entrado con la visera calada en la cámara real, y habia permanecido largo tiempo á solas con Alonso el Onceno, de cuya presencia habia salido encubierto como habia entrado.

Al dia siguiente un alarife y un crecido número de albañiles habian aparecido en el mismo sitio que ocupaba la ermita, que era una desnuda eminencia á las inmediaciones del camino de Carmona, y se habian ocupado en trazar su planta y en abrir un cimiento: poco tiempo despues la eminencia estaba cubierta de materiales y resonaba incesantemente el martillo del cantero: á los tres meses, la ermita-castillo estaba concluida, desaparecieron los albañiles y fué á habitarla el monge negro con sus diez legos.

Aquel hombre desde su aparicion, fue un modelo de virtud y de penitencia: á pesar de lo amenazador de su ermita y de lo altivo de su talante, su caridad era un inagotable manantial para los pobres de las inmediaciones. El ermitaño debia poseer un tesoro, porque sus limosnas á los desvalidos y sus dotes á las doncellas pobres, eran dones casi régios. Donde quiera habia un sufrimiento al alcance de su mano, allí estaba él; y sus palabras, cuando consolaba á los tristes ó auxiliaba á los moribundos, eran elocuentes, dulces, evangélicas, en completa contraposicion con su aspecto y con la mirada de sus ojos que eran siempre un trasunto de dureza y de altivez.

Esta discordancia entre la apariencia y la práctica, habia acabado por hacer del Monge negro un ser de todo punto misterioso.

Uníase á esto la fama de su favor en la córte: en tiempos de don Alonso el Onceno tenia entrada franca en la cámara real y lo mismo acontecia en tiempos de don Pedro, siéndole del mismo modo familiar la cámara de doña María de Padilla.

El monge no parecia abusar de este favor: viósele siempre practicando su vida ascética y retirada, que no abandonaba sino para ir á Sevilla, cuando era llamado por el rey ó para cumplir sus deberes espirituales de caridad, consejo y consuelo.

Ignorábase si era ó no sacerdote; jamás se le vió celebrar, y para este ministerio, pagaba espléndidamente á un monge benedictino que celebraba misa todos los dias en la ermita, sin que por esto conociese ni mas ni menos que los demás al monge negro.

Decíase que el rey don Alonso tampoco habia sabido quien era, y que del mismo modo lo ignoraba el rey don Pedro.

Estas circunstancias unidas á sus virtudes practicadas, hicieron que la plebe, cediendo á sus instintos supersticiosos, le tuviese por Santo, y que recurriese á él en sus adversidades en busca de milagros.

El monge contestaba siempre, acaso con verdad:

—Yo soy el último y el mas vil de los pecadores: cualquiera de vosotros es mejor que yo. Recurrid á Dios: él solo es santo, él solo puede hacer y deshacer.

Y estas graves, humildes y piadosas respuestas, acrecentaba la fama y el olor de santidad del monge, que acaso debió á esta circunstancia el que su ermita jamás fuese asaltada y se conservasen vírgenes sus almenas, de detrás de las cuales nunca habia salido un venablo.

Acaso tambien contribuyó á imponer respeto á los bandidos y á la gente maleante, el talante feroz del monge, el aspecto formidable y soldadesco de los diez legos y una docena de caballos de batalla que solian verse al fresco atados á argollas en los muros sobre el terraplen de la ermita.

Esto habia hecho al monge negro doblemente misterioso.

CAPITULO II.

De cómo cierto principal personaje aprovechó el misterio del monge negro para sus asuntos terrenales.

Hay un personaje en nuestra historia que se nos perdió hace muchas páginas: el señor ballestero mayor del rey Pero Lope de Padilla.

La evasion del conde de Trastamara y la pasada jugada al rey arrebatándole á doña Aldonza Coronel, aconsejaron al ballestero mayor el uso de una prudencia ilimitada. En el momento de encontrarse descubierto ante los furores del rey don Pedro, meditó que debia esconderse; pero no fiándose de nadie, se acordó de la ermita del monge negro.

—Ese hombre, se dijo, muestra deferencia y adhesion á mi prima, la aconseja, la consuela; parece tener cierta influencia en el ánimo del rey, y sobre todo me trata con cierto afecto; recurramos á él... su albergue es sagrado, y en ningun punto pudiera estar mejor oculto.

Pero Lope, pues, no perdió el tiempo, y antes del amanecer, llamaba á la campana que estaba suspendida de un poste en el borde esterior del foso junto al puente levadizo. Contestáronle, dió su nombre y fue introducido en una cámara desnuda y pobre, en la cual no habia mas muebles que una tarima para dormir, una mesa con un crucifijo, una calavera y una biblia, dos escabeles, y lo que era sumamente estraño entre aquellos objetos de penitencia, un rico arnés de Milan colgado en un ángulo, y cuidadosamente limpio y conservado.

El monge recibió á Pero Lope como á un conocido antiguo, con la distincion de un poderoso y noble cas-

tellano que da hospitalidad dentro de sus muros á un caballero, y no le preguntó la causa ni el objeto de su venida, por lo que se vió obligado el ballestero mayor á revelársela, y á pedirle le protegiese contra los furores del rey.

—Su señoría, dijo el monge, ha empeñado una lucha demasiado formidable y además, tiene amigos que son imprudentes... con muchos servicios como los que acabais de hacer al rey, es hombre perdido. Don Pedro debe matar... matar sin intermision hasta que no quede un traidor con cabeza.

Despues de estas palabras altamente estrañas en la boca de un monge, no dijo mas; mandó preparar lecho y habitacion á Pero Lope, y en ella fue perfectamente asistido.

Durante dos dias, el ballestero mayor guardó la mas rígida clausura; informábase por los legos del estado en que se encontraba Sevilla, y supo el entierro del arcediano, el establecimiento en su casa de Beatriz y el de doña Aldonza Coronel en la torre del Oro. Supo además que Men Rodriguez de Sanabria habia sido hecho caballero y señor por el rey, que vivia casa del infante don Juan, y que este se habia ausentado sin saberse á donde habia ido, mientras el rey observando

El Infante don Juan de Aragon.

una conducta inconcebible en aquellas circunstancias se habia ido á caza á Carmona, dejando recomendada la ciudad á su hermano don Fadrique.

Esto era dejar entregada la córte, y lo que era peor, doña María de Padilla á los traidores. Un golpe de mano podia herir á doña María, y muerta esta, que era el paladion de sus parientes, se encontraban desarmados, sin poder, entre los bandos y el rey.

Pero Lope no tuvo ya sosiego, y le fue necesario informarse por si mismo de las circunstancias; pero presentarse con el rostro descubierto en Sevilla, era imprudente: necesitaba un disfraz, y le pareció que ninguno mejor que el hábito y la máscara del monge negro. Era de su misma estatura: su continente era altivo como el suyo y podia muy bien sustituirle. El monge llevó su afecto hácia doña María hasta el punto de consentir en este disfraz, pero no sin exigir antes palabra de honor y juramento apostólico á Pero Lope, de que no comprometeria con ninguna accion imprudente aquel traje tan respetado. Pero Lope otorgó el

juramento que se le pedia, y logró verse dentro de Sevilla representando al monge negro.

Las muestras de veneracion y respeto que le tributó el pueblo á su paso le convencieron de dos cosas : primero del inmenso prestigio del monge que, contando con su adhesion le podia servir de mucho, y despues de que su disfraz no era conocido.

Pasó por la torre del Oro, y lo primero que vió fue un caballero que adelantaba hácia ella al galope, seguido de un paje á caballo.

—¡Diablo! dijo, yo creo conocer á esas dos personas pero en un caso están disfrazadas como yo. ¡Pardiez! ¡el caballo Balax! ¡el corcel de batalla del rey...! ¿ha entrado ya el saqueo en las caballerizas de su señora? ¿Y es él? ¡si! ¡no! parece mas esbelto, menos rudo; y ella ¿será ella? pero ese paje aunque se la parece, tiene semblante varonil. ¡Diablo! las puertas de la torre se les abren y no estoy seguro... no, por mi fe. ¡Un millon de truenos! pues esperemos... esperemos aunque se comprometa treinta veces el hábito del monge negro: lo mas que puedo hacer es adoptar una actitud de recogimiento.

Men Rodriguez se presenta con Leila á doña Aldonza.

Y sentándose en una gruesa piedra que estaba á la márgen del rio, permaneció en ella, en actitud meditabunda sin perder de vista la torre.

Y así esperó una hora; al cabo de ella, un caballero armado de todas armas y acompañado de algunos escuderos, saltó de una galeaza que acababa de vencer la corriente y puso el pié en tierra. Aquel caballero llevaba, en vez de yelmo, una gorra de brocado y se veian bajo ella largos cabellos entrecanos que orlaban un semblante astuto y receloso. Podria tener como cincuenta años. Era alto, descarnado, ágil, y al recibir su caballo, que acababan de dejar en tierra los marineros, miró en torno suyo y vió á Pero Lope.

—¡Oh! dijo para sí: ¡el monge negro! ¿qué hará aquí?

Y se encaminó á él.

Pero Lope no le habia visto: estaba mirando fascinado á una dama hermosísima que ataviada como una reina, y sonriente de felicidad hablaba con el caballero que habia entrado antes, en un balcon de la torre. En el dintel de aquel balcon pálido y sombrio, mirando á la alegre pareja que estaba de espaldas á él, se veia al paje.

—¡Rayos de Dios, esclamó Pero Lope, pues ya no

tengo duda: son ellos, si, doña Aldonza Coronel, Men Rodriguez de Sanabria... y el paje... el paje es ella... Leila ó Satanás.

En aquel momento el caballero que acababa de desembarcar, se puso frente á él, interceptándole la vista del grupo del balcon de la torre. Pero Lope palideció de emocion bajo su máscara, y ahogó un grito de sorpresa.

Aquel caballero era su tio Juan Fernandez de Hinestrosa camarero mayor, privado del rey, y tio al par de doña María de Padilla.

CAPITULO III.

Espionaje por amor.

Men Rodriguez de Sanabria, cumpliendo al pié de la letra las órdenes del rey de enamorar y vigilar á doña Aldonza Coronel, apenas partió don Pedro á Carmona, dejó su grato hospedaje de la casa del infante don Juan, y se trasladó á la torre del Oro. Allí encontró, constituidos en guardas mayores de doña Aldonza, que se daba ya tratamiento de reina, á Pero Fernandez de Velasco, á Suer Perez de Quiñones y á Diaz Sanchez de Quesada, á quienes el rey habia prescrito ciega obediencia á doña Aldonza. Parecia que don Pedro al elegir por defensores y servidores de su manceba á aquellos tres nobles que eran enemigos mortales de Juan Fernandez de Hinestrosa, lo habia preparado todo para una prueba.

Aquellos tres antiguos partidarios recibieron al jóven con ese desden envidioso con que siempre se mira en una córte á un favorito recien encumbrado, cuando no se toca en el estremo opuesto de una baja y servil adulacion.

Apesar de esto el jóven fue anunciado y recibido por doña Aldonza con una amabilidad tal, que contrastaba cumplidamente la tiesura de los tres nobles. Men Rodriguez, asediado en su corazon por dos amores á un tiempo, el de doña Isabel Nuñez de Lara y el de doña Aldonza Coronel, amores, uno de los cuales solo podia llamarse empeño y el otro simpatía y conmiseracion, estaba como podria decirse, cual un pedazo de acero entre dos imanes. Era jóven, audaz, confiado en su porvenir, que veia tras velos color de rosa, y despues de consultar á su corazon, halló que cabian en él perfectamente dos mujeres. Creia tener indicios de que era amado de las dos, y abrió su alma á aquel doble amor, como burlando de él: acaba de poner á prueba el corazon de doña Isabel de Lara en su casa y se preparó á probar el de doña Aldonza Coronel en la torre del Oro.

Estaban solos en la cámara dorada: el esplendente sol de la primada de Andalucia infiltrando su luz por los ajimeces y por los trasparentes de la cúpula á través de tapices y velos de seda, inundaba de reflejos fantásticos las paredes labradas y matizadas de hermosos arabescos, y los muebles y los estrados góticos que producian con la decoracion general un bello contraste. En uno de estos estrados, iluminada por aquella luz dorada y lánguida, estaba reclinada doña Aldonza, cubierta con una esplendente túnica de brocado á dos colores, acuartelados con sus armas; algunas sencillas pero ricas alhajas hacian resaltar la blancura de su cuello y de sus brazos, y el dorado color de sus cabellos; sus ojos sonreian al jóven de una manera lánguida, respondiendo á un pensamiento íntimo en que habia al mismo tiempo amor y cálculo. Doña Aldonza habia visto el demonio tentador del poder, del amor, de los placeres... su odio al rey no habia menguado, pero le encubria porque el rey era su fuerza: habia creido poder dominar el interés que le habia inspirado de una manera involuntaria y desconocida, Men Rodriguez, para que no se convirtiese en amor. Pero el recuerdo de la hermosura y de la cortesanía del jóven, se habia hecho tenaz en ella, habia luchado, y luchando habia perdido terreno; en fin, cuando la audacia del jóven la hizo conocer ese amor que parecc tan profundo en una boca que exhala palabras emanadas de un alma entusiasta y ardiente, doña Aldonza cayó vencida, y juró á Dios que no habiendo sido de nadie, no lo seria tampoco del rey. La jóven abrió su alma vírgen á Men Rodriguez, y este la recibió jugando.

No podia haberle encargado el rey de un espionaje mas dulce; doña Aldonza á vueltas de sus palabras y de su apasionado amor, preparó al jóven á la rebeldía, y Men Rodriguez la escuchó sonriendo. Supo que tras un rostro de ángel existia para el rey un demonio vengador: oyó sin conmoverse asechanzas á la Padilla y á su familia; se le ofreció una parte en el fruto de la traicion, y la aceptó, y aun llegó hasta el punto de prometer su mano en matrimonio á doña Aldonza, mediante una anulacion del papa de su matrimonio con Alvar Perez de Guzman, anulacion que era posible, puesto que aquel matrimonio no se habia consumado.

La conducta de Men Rodriguez no era en verdad muy noble, pero atendida la índole de aquellos tiempos en que la lealtad, así como los demás afectos se llevaban á un límite exagerado, no debe culpársele: los hombres de la edad media se detenian poco en lo inconveniente de los medios, con tal de que les llevasen al objeto, mucho mas cuando este objeto les parecia noble y grande; con poca diferencia hoy se hace lo mismo; todo consiste en que hay alguna mas hipocresia, en que se cubren mejor las apariencias.

Todo esto fue para Men Rodriguez obra de un dia: era audaz y por otra parte le ayudaban las circunstancias. Aquella noche la pasó en la torre del Oro al lado de doña Aldonza, y por mas que pretestó una ocupacion de importancia á doña Isabel, esta disimuló, pero sintió zelos, porque dentro de su alma estaba profundamente enamorada de Men Rodriguez.

Y habia otra mujer que en silencio amaba al jóven; una mujer de carácter enérgico, de corazon ardiente, de voluntad de hierro. Le amaba acaso porque le veia disputado por otras dos, y sufria el tormento de unos zelos que no se la recataban porque no se conocia su sexo. Aquella mujer era el paje Gaston ó Leila.

El infante, receloso, sin decoro, hombre que no se detenia ante ninguna bajeza, confió el cuidado de su mujer á Leila y la prometió una pingüe fortuna, si lograba saber por medio de ella el género de las relaciones de su esposa con Men Rodriguez, y los proyectos de este, sus intimidades, sus amistades dentro y fuera: encargóla que siguiese sus pasos, que procurase adquirirse su confianza; la hizo, en fin, el espía de su mujer en su casa y de Men Rodriguez en la córte, encargo que desempeñaba ya por cuenta propia Leila.

Esta, además de los amores que su perspicacia de mujer habia adivinado en doña Isabel respecto á Men Rodriguez, sabia que existia otra alta dama á quien el jóven galanteaba y quiso conocerla. Así, pues, cuando Men Rodriguez se prepara á marchar á la torre del Oro, se presentó á doña Isabel.

—¿Qué quereis, niño? dijo la noble esposa del infante.

—El señor Men Rodriguez va á ver una dama que tiene fama de demasiado hermosa para que yo no tenga curiosidad de conocerla.

—¿A doña Aldonza Coronel? dijo conmoviéndose ligeramente doña Isabel.

—Si señora; á esa dama que dicen ha sustituido en el corazon del rey á doña María de Padilla.

—¿Y qué tiene que hacer con ella Men Rodriguez? dijo olvidándose un momento de su prudencia doña Isabel.

—Men Rodriguez es hermoso, y sobre todo, debe ser muy grato hacer infiel á una querida de un rey.

—Ved que vuestras palabras pueden comprometer á ese caballero.

—Yo solo las pronuncio aquí; tengo curiosidad de conocer la hermosura de esa dama, y acaso tambien me pase por el magin el hacerla que sea infiel á Men Rodriguez. Dicen que soy hermoso ¿es verdad que soy muy hermoso, señora?

Leila dejó caer como un relámpago una intensa y audaz mirada en la de doña Isabel.

—Sois un loco, Gaston, dijo con severidad la dama; la liviandad de la córte autoriza hasta á los pajes para que se crean en posicion de atreverse á sus señoras.

—¡Yo...!

—Vos abusais de mi bondad. Idos. Haced lo que mejor os plazca y que no vuelva á acontecer lo pasado.

Lo franco de la mirada de Leila habia producido la reprimenda de doña Isabel que se habia visto abordada de una manera audaz por el paje.

—¡Oh! dijo Leila bajando las escaleras y dirigiéndose á las caballerizas; le amas! ¡le amas hasta el punto de que creyéndome hombre, una mirada de mis ojos, que hubiera hecho enrojecerse á un cenobita, se haya quebrado de tu alma sin conmoverla. ¿O será, Dios mio, que una mujer por mas que no lo parezca no tiene poder sobre otra? ¡oh! yo lo probaré, y veremos si le es imposible á Leila robártele.

Y llegando á un palafrenero le pidió un caballo.

—¿A dónde vais, señor Gaston? le dijo Men Rodriguez que iba á montar en Balax.

—A acompañaros, señor.

—¿Os envia alguien para que me acompañeis?

—No por cierto; es que quiero ir á donde vais.

—¿Y sabeis vos..?

—Se que vais á ver á una dama...

—¡Ah!

—¿Con quién pasasteis anoche...?

—¿Quién os ha dicho eso?

—No os quedariais fuera por cierto para rondar la ciudad.

—Acaso.

—Eso se queda para los alcaldes y los alguaciles.

—Y en un caso ¿qué os importa?

—¡Importarme! ¡bah! siempre es bueno ver á una hermosa dama, y sobre todo, podrá suceder que tengais necesidad de enviarla conmigo algun billete, y será bien que me conozca.

—Os engañais, señor Gaston, y para que os convenzais de ello, voy á llevaros conmigo.

Men Rodriguez sentia ese imprudente interés de los hombres que no aman en lucir sus amores, y acaso acaso creia que los celos, la competencia, podrian hacer mas fácil la conquista de doña Isabel, á quien suponia haber enviado junto á él al paje como un testigo.

Partieron, y Men Rodriguez se presentó con Leila á doña Aldonza.

Desde el momento en que estos dos seres se vieron se odiaron. Doña Aldonza concibió hácia Leila un horror instintivo: la daba frio su mirada: la repugnaba su aspecto y luego Leila se mostraba provocativa de una manera ininteligible para Men Rodriguez, que estaba muy lejos de sospechar que habia entrado con una mujer en la cámara de su amante.

—Traeis, con vos, Sanabria, hermosísimos pajes; dijo doña Aldonza llevándole al balcon de la torre.

—Sí, es verdad, dijo Men Rodriguez con la mayor naturalidad; es un hermoso niño, y sobre todo, travieso como él solo. Se empeñó en acompañarme... y para evitar sospechas, añadió mas bajo, le he traido conmigo. Haberme negado á traerle...

—Hubiera sido disgustar á una hermosísima dama.

—¿A una dama decis?

—Podrá suceder tambien que hayais querido provarme.

—¡Probaros! ¡un niño!

—Reparad bien: es un hermosísimo mancebo de quince años. Una dama enamorada envidiaria la fuerza de sus ojos.

Men Rodriguez nubló el semblante, y doña Aldonza leyó claramente en él un impulso de mortificacion y de celos.

—En verdad, dijo, que yo no habia creido tan hermoso ese arrapiezo, pero si os agrada, señora, os le dejaré, aunque no es de mi servidumbre: el infante don Juan le ha puesto al servicio de su mujer.

—Y la mujer del infante le ha puesto al vuestro.

—¿Sospechais que ese muchacho...?

—Es un espía que os puso una mujer enamorada.

—¡Bah! Teneis celos de doña Isabel Nuñez de Lara que está enamorada de su marido y que no hace mas que llorar y rezar.

—Dejad esa casa si me amais... contestó ardientemente doña Aldonza.

—Os juro dejarla, señora.

—Pues no, vuestro paje es audaz, dijo doña Aldonsintiendo á Leila que se acercaba. Hacedme la merced de apartar tambien de vos á ese paje.

—Le apartaré.

—Ved que hermoso cielo, que blandamente se desliza aquella galera sobre el rio, dijo doña Aldonza notando que ya la podia escuchar Leila. Pero ¿qué caballero es aquel que viene sobre la popa? ¡Ah! es el señor Juan Fernandez de Hinestrosa! ¡Salta en tierra! ¡Ola! añadió volviéndose hácia adentro.

Acudió Rodrigo Diaz Albarracin.

—Está en la torre el señor Pero Fernandez de Haro, dijo doña Aldonza.

—Si señora.

—Decidle que yo le suplico que venga.

Poco despues entraba un noble feroz en la cámara. Su semblante revelaba á primera vista al faccioso.

—¿Veis á aquel hombre que se dirige á aquel monge? Le dijo doña Aldonza.

—¡Ah pardiez! esclamó con una alegría feroz Pero Fernandez. ¡El gavilan se nos pone en las manos!

—Ved como le dais caza.

Pero Fernandez de Haro salió precipitadamente de la cámara y poco despues treinta ballesteros salieron de la torre y antes de que hubiera podido hablar Hinestosa al monge negro, le asieron por detrás, le taparon la boca, rindieron á sus escuderos, le arrastraron á la torre, y le empozaron en el mismo calabozo en que habia estado preso algunos momentos el conde de Trastamara.

Pero Lope de Padilla se quedó atónito, mudo; comprendió que no se paraban en barras los enemigos del rey para adelantar terreno, y que era preciso andar muy sobre aviso para no ser vencidos.

Pero Lope se encaminó al alcázar y protegido por su disfraz, entró en la cámara de doña María de Padilla.

CAPITULO IV.

De como el ballestero mayor se encontró metido en un torbellino de misterios.

Fuese que Pero Lope estuviese predispuesto para recibir impresiones de cierto género, fuese que el alcázar tuviese un aspecto particular, el fugitivo ballestero mayor creyó notar una de esas profundas calmas que preceden en lo físico á las grandes tormentas, en lo moral á los grandes acontecimientos: los hombres de armas y los ballesteros de la guarda, parecian silenciosos y sombrios agrupados en sus puestos; los pajes y los escuderos pasaban por las galerías á paso largo, las puertas se abrian y se cerraban sin ruido, y no se veia un solo cortesano.

A la puerta de las habitaciones de don Fadrique paseaba grave y mudo con la maza al hombro el feroz Juan Diente y parecia prestar una gran ateneion á lo que pasaba dentro.

Pero Lope se detuvo un momento ante aquella puerta, y Juan Diente mas perspicaz que los guardas junto á los cuales habia pasado antes sin obstáculo el ballestero mayor, le reconoció.

—Este maldito me conoce, dijo para sí Pero Lope emprendiendo su marcha de nuevo de la manera mas natural.

—No se puede pasar, señor, dijo el ballestero cortándole el paso.

Pero Lope se encontró en un verdadero conflicto. Volverse gravemente y en silencio, era perder el tiempo en circunstancias demasiado graves; procurar pasar era inútil, porque en el semblante del ballestero se notaba una decision á todo trance de cumplir su consigna; hablar era darse á conocer y esto no convenia de ningun modo á Pero Lope. El ballestero precipitó la situacion.

—Antes de disfrazarse vuesamercé, dijo, debia haber olvidado cierto modo de andar que le da á conocer, ó por lo menos no debia haber pasado por los puestos de los ballesteros de maza.

Pero Lope no contestó; se volvió y dió algunos pasos.

—Descuide vuesamereé, señor ballestero mayor, dijo Juan Diente: yo no me olvido nunca de que era cortador en Leon en otro tiempo, y además el rey necesita de buenos servidores.

—Tu eres un raposo de buen olfato, hijo, contestó Pero Lope dejando ya su incognito. Pero importa que á nadie digas que me has visto.

—Sí, pardiez, será necesario decírselo á alguien.

—¡Diablo!

—Cierto: á un aragonés á quien no he dejado entrar en las cámaras de don Fadrique y que anda vuelto el juicio: está buscando al monge negro de la Cruz del Humilladero.

—¡Ah! ¡un aragonés!

—Disfrazado, como vos, de fraile. Pero esto no importa; yo he visto en él á un enemigo del rey.

—Y en mí ¿qué ves?

—Veo á un noble, señor, que se ha equivocado; que ha jugado un azar, y se ha espuesto á estar encerrado algunos meses en una torre.

—Eres demasiado malicioso, Juan.

—Si queria evitar lo que al fin ha sucedido.

—Y ¿qué ha sucedido?

—Que una mujer ha engañado al rey, le ha apartado de su señoría la reina doña María (el ballestero pronunció en acento bajo estas palabras) y la córte está hoy á merced de gentes que me parecen muy sospechosas.

—Acaban de prender al señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Eso debia esperarse de doña Aldonza Coronel.

—¿Y qué importa?

—Son muchos y valientes.

—Los alanearemos como á toros.

—¿Y dónde están las lanzas?

—El rey al irse á Carmona habrá dejado asegurada su córte.

—No me fio de nadie.

—Y bien... los ballesteros de maza ¿no acudirán á la voz de su capitan?

—Sin faltar uno solo.

—Somos, pues, trescientos que valemos por treinta mil; esclamó ferozmente Pero Lope, echándose mano á la capucha como para descubrirse.

—Esperad, señor, esperad: acaso vuestro disfraz sea una providencia del cielo: quizá por él descubramos una gran traicion.

—¡Cómo!

—Por medio del aragonés que ha venido buscando al monge negro.

—No te entiendo.

—El tal hidalgo, porque hidalgo parece segun las muestras, no ha venido hasta ahora á Castilla.

—Y bien.

—El monge negro hace mucho tiempo que está en ella: es probable que no le conozca, que os tome á vos por él, y se pueda sacar en claro...

—Es el caso, que yo he estado muchas veces en Aragon.

—Si os conoce, siempre os queda el recurso de la fuerza.

—¿Y dónde para ese hombre?

—En el convento de San Francisco.

—¿Cómo se llama?

—El padre Antolin.

—¿Y crees tu...?

—Creo que don Fadrique es un traidor, y que todos los que le buscan, lo son tambien. Apartaos, apartaos; ved allí por donde asoma el infante don Juan.

—Otro miserable.

—Que caerá probablemente bajo mi maza.

—El convento de San Francisco, fray Antolin.

—Eso es.

—Adios. Vigilancia Juan, y en todo caso...

—Morir matando por el rey.

El infante se acercaba, Pero Lope se cruzó con él, imitando cuanto puedo el talante del monge negro, apesar de lo cual, don Juan le lanzó una mirada burlona, y otra de reto á Juan Diente. El infante se creia seguro, y retaba á los servidores del rey.

Pero Lope lanzó un juramento colérico bajo su capucha, y el ballestero se mordió los labios impaciente sin dejar por ello de hacer su saludo de honor al infante que entró en las habitaciones del maestre.

—Malditas, malditas amen las mujeres; esclamó Pero Lope adelantando á gran paso por las galerias del alcázar. Ellas darán al traste con el rey... y mi imbecil prima... con sus lágrimas... con su caridad... haber dejado escapar á don Enrique... ¡fuego de Dios!.. pues no... será necesario, doña María, que la sangre salpique vuestra frente, para que podamos vivir tranquilos.....

—Os olvidais con vuestros asuntos, del continente reposado que debe mostrar un monge, dijo una severa voz á sus espaldas mientras una pesada mano se apoyaba en su hombro.

Pero Lope dió un salto atrás, y se encontró frente á frente con un caballero atlético armado de todas armas, y con la visera calada.

Si Pero Lope no hubiera reconocido por la voz al monge negro no hubiera podido menos de reconocerle por la magnífica armadura que ceñia y que habia admirado en la ermita.

—¡Ah! ¡ah! creeis...

—Que aunque el diablo se vista de ermitaño siempre se le verán los cuernos.

—Creo que vos, padre mio, no sois el que mejor puede hacerme esa reconvencion.

—Acaso digais una verdad: pero hace mucho tiempo que me he acostumbrado á ser prudente.

—Muchas veces se llama prudencia al engaño.

—¡Oh! esclamó con tono amenazador el caballero.

Aquel monosílabo dominó de una manera inesplicable á Pero Lope que balbuceó una escusa.

—¿A dónde vais? le dijo con imperio el incógnito.

—No me han permitido ver á doña María que está presa, y me vuelvo.

—Mentís: lo conozco en vuestra voz: vais á algun asunto que os interesa demasiado.

—Vamos claros, señor encubierto. ¿Sois amigo ó enemigo del rey?

—Creo que el rey es un niño coronado con corazon de gigante y mas valor que fuerza y le ayudo.

—¿Y por qué os buscan los rebeldes que vienen de Aragon.

—¡Ah! si, es verdad: esta mañana ha ido á buscarme cierto fraile en ocasion en que yo me encontraba observando ciertas lanzas que se ocultan en los bosques de Santi Ponce : un fraile.

—Un fraile á quien se ha impedido la entrada en los aposentos de don Fadrique,

—¿Y dónde para ese fraile?

—En el convento de San Francisco.

—Tomad.

El incógnito dió á Pero Lope un relicario en que estaba esmaltada una imágen de la Vírgen del Pilar de Zaragoza.

—¿Y qué es esto?

—Una seña.

—Que he de mostrar á fray Antolin.

—Si ; se quedará con ella si tiene que daros algo: si solo es su aviso de palabra, bastará con que se la mostreis.

—¿Y si me da algo?

—Traedmelo... sin mirarlo.

—Bien : me fio de vos... en todo caso...

—Os prometo si me engañais, mostraros el rostro para mataros.

Dicho esto, el encubierto se internó en el alcázar y Pero Lope salió de él murmurando.

—Maldito si entiendo una palabra de esto... ni de esotro tampoco¡vivé Dios, añadió viendo á Men Rodriguez que entraba apresuradamente en el alcázar acompañado de Leila.

Apenas entró este, habló algunas palabras con el capitan de la guarda, y las puertas del alcázar se cerraron, dejando fuera á Pero Lope.

—Es ella, es ella ; la esclava de Almondhir: y el, y él... el trovador : el montañés... el rey juega la cabeza.

Y tomando las calles adelante, se encaminó al convento de San Francisco.

A su paso, la ciudad estaba tranquila, pero desierta : lo que demostró á Pero Lope que se acercaba la tempestad.

CAPITULO V.

De cómo tres personas distintas hicieron tres sangrias iguales á don Simuel.

—¡Qué va á suceder aquí, Señor Dios de Israél! esclamaba don Simuel Levi, atravesando las galerias y mirando con sus previsores ojos de usurero el estado de defensa pasiva en que se encontraba el alcázar. Esta es una vida de contínuos sobresaltos: este rey acabará de empobrecerme, si antes no dá lugar á que un motin se apodere de mi casa y demis tesoros.

Don Simuel calló y miró receloso en torno suyo, temeroso de haber pronunciado demasiado alto sus últimas palabras: pero nadie le escuchaba : estaba en el pasaje que conducia por un lado al apeadero, y por otro á las habitaciones de doña María de Padilla.

Don Simuel siguió en la primera direccion; llegó al fin de la galería y se asomó recatándose á un ajimez: en el corral donde habia probado sus armas Men Rodriguez, estaba formado un escuadron de lanzas, delante de las cuales se veian hablando en un grupo al al monge negro, siempre con la visera calada, al señor Juan Tenorio, y á Men Rodriguez de Sanabria, que se habian armado de improviso con arneses tomados de la armería real.

—¡Otra vez ese hombre! dijo don Simuel, dos veces le he visto y por el padre Abraham que fue en dos circunstancias terribles: en el cerco de Gibraltar cuando la muerte del rey don Alonso, y en el alcazar cuando, por la grave enfermedad de don Pedro, se pensó en nombrarle sucesor : en entrambas ocasiones ese hombre dominó á los demás nobles á pesar de que nadie le conocia : el rey don Alonso en la primera nombró por sucesor á don Pedro, y en la segunda, nadie se atrevió á dar al rey el brebaje que habia dispuesto mi amigo Abraham que á estas horas ya habrá dado cuenta á Dios de sus buenos ó malos hechos. ¡Por Salomon! consiento en quedarme sin un óbolo y cubierto de lepra como Job, si este terrible caballero no es el mismo monge negro que siempre que me encuentra me predica un sermon sobre la caridad.

Apesar de la prevencion del judío contra aquel hombre, don Simuel no dejó de tranquilizarse al verle al frente de los negocios del rey : de ningun modo le convenia que los bastardos triunfasen, porque habiéndose hecho demasiados enemigos en su privanza, la caida del rey era á un mismo tiempo su despojo y su muerte.

Estuvo allí algun tiempo, y vió que se abria el portalon del corral, y que entraban por él diez hombres magníficamente armados y aprestados, montando poderosos caballos, empuñando enormes lanzas, y entre los cuales ondeaba un pendon negro como la noche.

—Bien, se dijo : el es: he aquí á sus eternos hombres de armas ó por lo menos, á sus eternos arneses ¿quién diablos puede ser este hombre? Por lo menos la historia que está esculpida en el pedestal de la cruz de su ermita es tremenda : es bastante para sospechar, que no siempre ese cristiano ha practicado la caridad que predica. ¡Y bien! ¿qué me importa? Bástame ver que defiende al rey para que yo me vaya á dormir tranquilo á mi casa: allí estáré mejor: en el alcázar puedo encontrarme cuando menos lo piense con alguna exigencia en nombre del rey, que seria necesario satisfacer: salgamos, pues, de él.

Pero al volverse encontró delante de sí una persona que le hizo retroceder dos pasos.

Era Leila.

El traje de la jóven, su aspecto varonil, lo profundo de su mirada, causaron una especie de vértigo al judío.

—Ya decia yo que no podias haberte perdido, hija del infierno, esclamó despues de un momento de observacion.

—¡Ah! ¡ah! me reconoces, judío; pues mejor, mucho mejor ; así me ahorro de palabras enfadosas. Creo que tendré en tí un esclavo sumiso.

Don Simuel palideció de una manera intensa, porque comprendió que cuando Leila le exigia sumision de una manera tan decidida, tendria medios para reducirle á ella.

—¡Que yo seré tu esclavo! dijo: no te entiendo.

—Vamos : será necesario que yo te haga entender que tengo en mis manos tu cabeza.

—¡Bah! tu quieres aterrarme porque sin duda me necesitas.

—Cuando yo huí del poder de Almondhir, no fue sin proveerme de ciertos papeles que tienen tu firma al pié, y que aun cuando están escritos en árabe y dirigidos al infante Abou'l Said, pueden interpretarse y hacerse entender al rey.

—Tienes el alma tan negra como tu nombre (1) esclamó con terror don Simuel.

—Nunca será tan tenebrosa como las traiciones que guardas en la tuya.

—¿Y qué quieres?

—Primero quiero una casa.

—¿Una casa en el campo?

—Una casa en la ciudad.

—¿Y dónde?

—Me importa poco el sitio con tal de que sea apartado y solitario.

—Una casita muy linda...

—Y que tenga dos puertas...

(1) Leila en árabe, significa noche.

—¡Ah! un nido de amor...

—O una ratonera...

—¿Y cuándo necesitas esa casa?

—Al momento: mañana.

—Te convendrá una casa morisca en la calle de San Esteban, con huerto y postigo al muro de los Navarros.

—Sí; pero cuida de poner en ella alfombras, muebles ricos y hermosos, y sobre todo un arca con mil castellanos de oro.

Don Simuel dió un salto como si el pavimento le hubiera lanzado de sí.

—El rey sin duda ninguna dará mas por las cartas de don Simuel Leví al infante Abou'l Said, porque esas cartas pueden servirle de pretesto para hacerte vomitar el oro que le has chupado.

—Pero me pides un tesoro.

—Es que yo tengo asuntos para los cuales necesito mucho oro.

—¡Ah! sin duda quieres vengarte de alguien, dijo don Simuel fijando en Leila sus pequeños ojos grises.

—Nada te importa lo que yo quiera. Te basta con saber que, ó me entregas mañana esa casa alhajada y con la cantidad que te he dicho, ó...

—Y me darás esas cartas.

—No.

—Entonces...

—Hablaremos mañana.

—¡Mañana!....

—Al amanecer espero un paje tuyo buscando al paje Gaston de Ulloa en la casa del infante don Juan.

—Santo Dios de Israel, esclamó el judío, á quien Leila habia dejado solo: heme aquí en poder de Satanás. El infante Abou'l Said ha sido un imbécil: ha criado una pantera para que se vuelva en contra suya, y... en contra mia: esa serpiente le habrá fascinado... él se creerá amado por ella, y la ha enviado á Castilla: ella ha quebrado sus cadenas matando á Almondhir y á Abraham. Por Jehovah, que no sé como salir de este atolladero... y con ella no valdrán súplicas ni ruegos... tiene el corazon duro como un pedernal... ¿acaso no la he visto al lado del infante en las batallas de Tarifa y Algeciras? ¡Oh rey don Pedro, rey don Pedro..! tu servicio me arruinará... ¿y á quién amará esa mujer? si yo pudiera interesarla por alguno... una mujer enamorada no piensa mas que en su amor... pero ¿dónde encontrará un hombre capaz de enamorar á esa mujer..? ¡ah! el señor Men Rodriguez de Sanabria...

En efecto; el jóven adelantaba por la galería en direccion á la cámara de la Padilla.

Don Simuel se le puso delante.

—Perdonad, caballero, le dijo el jóven; no os conozco.

—Nada tiene de estraño; sois nuevo en la córte y yo no parezco por ella sino cuando su señoría necesita dinero que suele ser con harta frecuencia.

—¡Ah! ¡vos sois don Simuel Leví!

—Vuestro humilde criado, Men Rodriguez, dijo el hebreo sonriendo de una manera sutil al jóven.

—¿Me conoceis?

—El rey me ha encargado que ponga á vuestra disposicion mis arcas.

—¡Ah! ¡de veras! pues ved ahí que acaso usaré de ellas, don Simuel.

Frunció aunque imperceptiblemente el entrecejo el judío.

—Necesitais...

—Yo precisamente no... pero sí el rey.

—¡Ah! el rey... ¿venis acaso de ver al rey?

—Pluguiera á Dios que tuviera tiempo para verle... el peligro urge...

—¡Cómo! ¿será verdad?

—El conde de Arcos, el de Medina-Sidonia y el de Alba, están á las puertas de Sevilla con quinientas lanzas.

—¡Diablo! pero tenemos contra ellos...

—Un pueblo que está cansado de impuestos, y que se estará quieto sin defender á los que le desuellan: trecientos ballesteros que están repartidos en Triana, en la torre del Oro, y en el alcázar, y cien hombres de armas que no me inspiran gran confianza.

—Y creis que lo que no puedan hacer las lanzas...

—Lo hará el oro.

—No le entiendo.

—Mirad don Simuel: vos estais tan interesado en sostener al rey como el mismo rey en no ser vencido: defendiendo á su señoría os defendeis.

—¡Diablo de Men Rodriguez! murmuró para sí el judío.

—Ahora bien, por mucho que nos resistamos en el alcázar y en Triana que son los únicos puntos que podemos defender, tendrán tiempo demasiado los rebeldes para quemar vuestras granjas, vuestras alquerías, y saquear las preciosidades de vuestra casa.

—¿Y qué os parece que hagamos?

—Vos conoceis mucha gente en Sevilla.

—Acaso.

—Salid y buscad algunos de esos hombres que conoce todo el mundo, dadles dinero; haced que recorran las tabernas, que den armas y vino á todo el que se presente, y que hagan correr la voz de que se van á bajar los tributos, y que se hará justicia.

—Si el popular se consiente y luego no se le cumple lo ofrecido, habrá una rebelion.

—Ganemos tiempo: demos lugar á que venga el rey á quien he enviado corredores á Carmona, y luego Dios dirá.

—¿Y creis que esto es bastante?

—Además, haced que parte de esos hombres que vais á poner en campaña, divulguen que los rebeldes saquearán y profanarán y se ensangrentarán en Sevilla en venganza de lo que se ha mostrado leal al rey.

—El resultado es dudoso.

—La esperanza y el temor pondrán á Sevilla de parte del rey don Pedro.

—Supongo que el rey sabrá los sacrificios que hago por él y que vos me los contareis como muestra de la buena obediencia de un amigo á vuestros mandatos.

—Contad con mi vida don Simuel, si servis bien al rey. Y á Dios; no estamos en tiempo de holgar.

—A Dios, pues, Men Rodriguez: mi casa es en la juderia id por allí: se reunen en ella jóvenes señores, y algunas veces hermosas señoras.

—Yré... A dios, pues, espero que no tardareis en volver.

Y se alejó.

—Señor Dios de Sabaot: este montañés del diablo, cree que se pone en conmocion á todo un pueblo por cuatro maravedises: ello es verdad, que esparcir rumores entre la canalla por bocas hábiles, sirve de mucho; pero cada una de esas bocas cuesta un ojo: ¡Ah! ¡ha! ¡hoy me sangras, rey don Pedro! Pero yo te juro que en cuanto me reponga de esta sangría, me iré con mis talegos á Alemania. No mas privanza; cuesta demasiado cara... sobre todo se espone el pellejo. Vamos á sublevar por don Pedro á la pleve de Sevilla.

Pero estaba escrito que don Simuel apurase la copa de la amargura: de repente al volver de una galería, se encontró frente á frente con el misterioso caballero encubierto y se echó á temblar instintivamente.

—Os buscaba, *don Rabino*, dijo con acento despreciativo el encubierto cuya voz tenia algo de sepulcral saliendo á través de las barras de su celada.

—¿Que me buscabais, señor?... y bien: yo me alegro... pero no tengo la honra de conoceros.

—Basta con que yo te conozca judío: ya sabrás que la corona está mal segura en estos momentos en la cabeza del rey.

—Pues no; no sé... no hay motivo... Sevilla este tranquila como una taza de leche.

—Nada importa: esa taza está envenenada, y es necesario evitar el mal á todo trance: el rey no tiene soldados en Sevilla y es necesario que tenga un ejército.

—¿Y creis por ventura que yo puedo hacer brotar soldados de la tierra golpeándola con el pié?

—Puedes hacer brotar bandidos con dar una puñada á sus talegos.

Don Simuel hubiera querido que le tragase la tierra.

—Es que yo no conozco...

—Voy á indicarte un camino. En la taberna del *Toro blanco*, (dicen que esa taberna está en el barrio de San Bernardo) asiste por las tardes cierto bravo mozo á quien llaman Pedro-el-Negro; reten con cuidado este nombre en la memoria. El tal mozo te seguirá si le dices estas palabras: *el alma por el cuerpo*. ¿Entiendes bien?

—Entiendo: la taberna del Toro blanco, en el barrio de San Bernardo, donde encontraré un mozo á quien llaman Pedro-el-Negro y de quien me haré entender pronunciando estas palabras: el alma por el cuerpo.

—Mote bien poco cristiano que cuadra á las mil maravillas á tus picardías.

—Señor.

—En otra ocasion te repetiré lo que te he dicho en otras ocasiones: da á los pobres lo que les has robado: por el momento, es necesario echar mano del crímen para rechazar el crímen. Cuando Pedro-el-Negro te pregunte quién te envia, le responderás: Juan-sin-Alma.

Miró con cierto terror el judío al encubierto, y tal era su fascinacion que le pareció ver agitarse dos ojos como ascuas tras las barras del yelmo de aquel hombre.

—¿Y qué haré despues?

—Despues le dirás, que es necesario que salga una procesion con hachas á recibir á los condes de Medina-Sidonia, Arcos y Alba que deben entrar á la oracion por la puerta de Jerez.

—¿Y nada mas?

—Como que una procesion siempre tiene gastos y los que han de hacerla son pobres, será bueno que entregues á Pedro-el-Negro una bolsa con trescientos florines.

—Señor, señor, y dónde quereis que vaya por esa suma? el rey tiene mis arcas exhaustas; no se recauda nada de los receptores: el pueblo está hambriento y no paga los tributos.

—Te he impuesto un precepto en nombre del rey: ahora estas en tu derecho obedeciéndole ó no.

Y adoptando á falta de mirada cierta actitud amenazadora para despedirse de don Simuel, se apartó de él en direccion á la cámara de doña Maria.

—¡El alma por el cuerpo! ¡Juan-sin-Alma! ¡oh! no me habia engañado: ese maldito mongo es un bandido. ¡Pero por los siete durmientes! ¿cuántos son esos hombres? he ahí el monge negro que se reune con el caballero Sin-Alma. Vamos: de seguro yo no me entiendo, ni sé donde estoy.

Y ajustando mentalmente la cuenta que tenia que arrancar de sus arcas, salió del alcázar en tanto que Pere Lope de Padilla, de regreso de su comision hablaba con el encubierto á la puerta de la cámara de la Padilla.

—Y bien ¿habeis visto á fray Antolin, señor ballestero mayor?

—Y le dejo montado en su mula con su escudero en traje de donado camino de Aragon creyendo concluido su encargo.

—¿Y á qué se reducia este encargo?

—A dar al monge negro estas letras para el maestre de Santiago.

Y Pero Lope sacó de la manga un pergamino rodado y sellado. El encubierto miró el sello de plomo que representaba un escudo partido en dos cuarteles: en el uno se veian cinco barras, y en el otro un águila con cuatro alas y cuatro cabezas.

—Es del marqués de Tortosa el infante don Fernando de Aragon. Es necesario que me deis mi hábito señor Pero Lope.

—¿Y yo señor?

—Vos vestireis mi arnés.

—¿Y dónde?

—¿No conocis un mechinal en el alcázar?

—Es el caso que necesitaremos un escudero.

—Debe ser un hombre de confianza.

—¡Juan Diente! venid conmigo.

Pero Lope y el monge negro siguieron adelante y llegaron á la guarda de ballesteros, delante de la cual encontraron paseándose al antíguo carnicero de Leon.

—Sígueme, le dijo Pero Lope.

El ballestero le siguió dócil como un lebrel, y al fin de uno de los tramos del alcázar entraron en una torrecilla solitaria.

Juan Diente desarmó al monge negro. Pero Lope esperaba conocer el semblante de aquel hombre estraordinario: pero se engañó: sobre su semblante, cubriéndole enteramente, se ajustaba una fuerte mascarilla de hierro.

En un momento estuvo hecha la transformacion, y el monge despues de haber dado á reconocer con algunas palabras á Pero Lope, á sus hombres de armas, se encaminó reposadamente á la cámara de don Fadrique.

CAPITULO VI.

Traicion contra traicion.

Paseábase en ella el maestre impaciente: al ruido de los pasos del monge se volvió, y al reconocerle le salió al encuentro dominando mal su ansiedad.

—Y bien: le dijo: ¿hemos recibido ya noticias de Aragon? hace dos dias que os espero impaciente.

—El infante don Fernando os envia estas letras, señor, dijo, entregándole el pergamino que habia traido Pero Lope.

El maestre le desrolló, le leyó, y le mostró al monge.

—Leed, le dijo.

El monge leyó lo siguiente.

«Al muy noble y podcroso señor don Fadrique, »maestre de Santiago en los reinos de Castilla.—Mi »muy amado primo: cuando recibais la presente, mi »alcaide Ferrand de Ontiveros se habrá rebelado en »Jumilla contra don Pedro: me dijísteis en vuestras »últimas letras que necesitabais de un pretesto para »alejaros de la córte, mientras nuestros amigos pro»baban un golpe de mano. Alabo vuestra prevision: »es necesario que el rey no desconfie de vos, y en esos »momentos de prueba debeis estar separado de la córte. »Poco despues de que recibais esta, llegará un corredor »como fugitivo de Jumilla, y os dará parte en ausencia »del rey, de esa rebeldía. Montad al momento á ca»ballo, y recoged los caballeros de vuestra órden, y los »hombres de armas que encontreis en los alrededores »de Sevilla. Esto debilitará las fuerzas del rey. He he»cho cuanto he podido por complaceros, aunque pierda »por ello la amistad de don Pedro... Guardeos Dios. »De Jumilla á doce dias del mes de mayo, año del na»cimiento de nuestro Redentor, de mil y trescientos y »cincuenta y ocho años.—Don Fernando, infante de »Aragon, marqués de Tortosa.»

—¿Y no ha venido aun ese corredor de Jumilla? dijo el monge.

—Aun no: padre, no: parece que todo se conjura en contra mia: ó me hace traicion mi primo don Fernando, ó ese lobo salvaje, don Pero Ponce de Leon se anticipa demasiado: sus lanzas, las de Medinasidonia y las de Alba, que estaban en Santi Ponce marcharán ya sobre Sevilla y la envestida me encontrará en el alcázar... este es un verdadero conflicto: ó me dejo vencer, manchando mi prez de capitan, ó venzo y malogro la me-

jor empresa que hemos emprendido hasta ahora: mi odio hácia don Pedro crece á medida que... vos sabeis todos mis secretos... pues bien: ella me ama, padre mio: ella será mi esposa en el momento en que don Pedro caiga...

—Y... ¿estais seguro del amor de doña Blanca?

—Mi alma cree en él, vive en él: y ¿cómo no amarme? yo lo he sacrificado todo por ella: honor, conciencia... porque al fin don Pedro es mi hermano.

—Mató á vuestra madre...

Movió la cabeza tristemente don Fadrique.

—A mi madre la mató la rabia de una reina despreciada, como la de otra reina que sufre las mismas desgracias matará á doña María.

—El rey ha perseguido de muerte á vuestros hermanos.

—A quien yo aborrezco, no es al rey sino al esposo de doña Blanca. En mal hora la conocí. ¿Habeis amado alguna vez, padre?

El monge se estremeció y guardó silencio.

—Si habeis amado, comprendereis hasta donde puede arrastrarnos el amor de una mujer que ha llegado á constituirse en nuestra vida, en nuestro pensamiento, en nuestra ambicion; de una mujer que os dice: yo te amo: pero véngame. Yo seré tuya, pero cuando hayas esterminado á los que me hacen desgraciada. Un amor así envenena el corazon: acostumbra al pensamiento á la sangre, y al fin se siente una necesidad rabiosa de destruir los obstáculos que nos separan de ella.

—¿De modo que estais resuelto?...

—A matar ó morir.

—Morirás: murmuró roncamente el monge en voz ininteligible.

—Y bien: ¿qué me aconsejais?

—Si tarda el mensajero de Jumilla, partid.

—¡Partir! y ¿con qué pretesto?

—Esperad; me parece que oigo en la antecámara los pasos de un hombre armado.

Rodrigo Perez de Castro levantó en aquel momento el tapiz de la puerta.

—Señor, dijo; el alferez Pero de Montalvan, que dice venir del castillo de Jumilla, solicita hablar urgente con vuesamercé.

—Dios os ayuda, señor, dijo el monge.

—¡O Satanás! Que entre ese alferez.

El ballestero se inclinó y salió; poco despues entraba en la cámara un hombre armado de todas armas.

—Guarde Dios á vuestra grandeza, dijo inclinándose.

—¿Venís...?

—De Jumilla, señor; por un milagro he escapado con la vida: el alcaide Ferran de Ontiveros aprovechando la ausencia del infante don Fernando de Aragon, ha levantado pendones contra el rey, y tala y saquea sin piedad la frontera de Murcia. Tan urgente es el remedio, que sabiendo que el rey estaba en Carmona, no he querido prolongar el camino, y he venido á toda rienda á Sevilla. Mi caballo ha caido muerto á las puertas del alcázar.

—Y ¿cómo es que vos...?

—Yo he preferido arriesgar mi vida escapando de os rebeldes, á trueque de no ser traidor al rey.

—Bien: idos á descansar.

—Guardeos el cielo, señor.

El alferez salió.

—Ahí tencis el pretesto: dijo el monge. Ahora, señor, á caballo.

El maestre fue á una mesa, tomó un pergamino y escribió. Dentro de él puso el pergamino que le habia enviado el infante don Fernando; los enrolló y los ató con una cinta de la que pendia su sello de plomo.

—Tomad: dijo al monge.

—Y ¿qué es esto, señor?

—Unas letras en que aviso á doña Blanca de mi ausencia, que será corta: cuidad vos de enviárselo con uno de los vuestros.

—Y habeis puesto dentro...

—Sí; es necesario que doña Blanca sepa á lo que me espongo por ella.

—¿Y cuándo saldreis, señor?

—Dentro de una hora.

—Os dejo, pues, para que en ese mismo tiempo pueda salir un ginete con estas cartas para Jerez.

El monge estrechó la mano del maestre y salió murmurando.

—Dios es justo y hace que la traicion se entregue por sí misma en manos de los leales. En estos pergaminos llevo tu cabeza don Fadrique, y acaso la de algunos mas.

Y saliendo del alcázar, atravesó la ciudad recibiendo por todas partes testimonios de veneracion; tomó por la puerta de Carmona, y poco despues llegó á su ermita, á cuya campana tocó.

Un hombre de armas envuelto en un tabardo llegó al rastrillo; le abrió, caló el puente, y cuando entró el monge, volvió á cerrar, y el monge entró en su celda.

En ella se paseaba un hombre armado.

—Ira de Dios, esclamó; estoy cansado de esperar: tengo fiebre; ¿aun no se han sublevado..? habla, Juan, habla: ¿podemos ya meter entre los rebeldes nuestra hacha de armas?

Aquel hombre cuya voz era colérica y rugente, era el rey.

—Vuestra córte está asegurada, señor.

—¿Pero aun no...?

—Se espera que sea esta noche... entretanto, aqui traigo á vuestra señoría una cabeza.

Y le entregó los pergaminos que le habia dado el maestre.

El rey leyó aquellos dos pergaminos con los ojos inyectados de sangre como los de un lobo hambriento.

—¿Y ha marchado?

—Dentro de poco estará fuera de Sevilla.

—¡Infame!.. y sabiendo que la traicion llama á mis puertas, me robas mis soldados para ir á buscar la traicion fingida que se levanta en mis fronteras..! veamos, pues, de aquí á Jumilla, cuatro dias, cuatro para vencer, otros cuatro para tornar... ¡ah don Fadrique!.. estos dias me van á parecer una eternidad. Estos pergaminos deben guardarse... pídeme algo por una vez siquiera, Juan.

—Nada quiero, señor; os ayudo porque necesitais ayuda.

—Pero te contrarías, mintiendo por mí... fingiéndote amigo de mis enemigos.

—Esas mentiras, esos fingimientos son una penitencia que me impongo por mis pecados, señor.

—Pero ¿quién eres? ¿Acáso no te inspiro yo bastante confianza para que me rebeles tu nombre y tu historia?

—He hecho voto á Dios de no descubrirme sino en una ocasion, señor.

—¿Y cuándo?

—Cuando la fatalidad ponga delante de mi pecho la espada de uno de mis hijos.

—¿Tienes hijos?

—Os ruego que no me preguntcis mas, señor: ya os he dicho bastante.

El rey calló, y dominó el efecto que aquella resistencia, como todas, producia en su indomable carácter.

—¿Y cómo dejas á doña María?

—Temblando.

—Creo que ya la he castigado bastante.

—La reina, señor, es un ángel de sufrimiento.

—Yo la haré feliz. ¿Y mi buen primo Pero Lopc de Padilla?

—Temblando tambien. A él debemos, señor, el des-

cubrimiento de la traicion del infante don Fernando y del maestre.

—¿Y cómo la ha descubierto?

—Representándome, merced á mi hábito.

—¿Y es leal?

—Tiene que serlo por fuerza.

—Perdonárele, pues; bien mirado, dejando escapar á doña Aldonza, me servia... y luego, si he de perdonar á doña María, necesariamente he de perdonar á sus allegados. ¿Y mi bravo montañés?

—Men Rodriguez de Sanabria es un tesoro, señor. Pero nada hariamos sin la ayuda de don Simuel Levi.

—¡Cómo!

—La prueba ha sido imprudente; habeis dejado entregada la córte á los traidores.

El rey se sonrió de una manera sesgada, y se golpeó en el pecho sobre el corazon.

—No basta tenerle fuerte, señor; es necesario que en ocasiones dadas se regule por la prudencia.

—¿Y qué ha hecho en fin don Simuel?

—Proporcionarnos una procesion que saldrá á recibir al señor de Arcos.

—¡Una procesion!...

—De peregrinos.

—¡Ah!

—Don Pero Ponce de Leon no entrará en Sevilla.

—¡Ira de Dios! ¿qué polvareda es aquella?

—¿Sobre el camino de Santi Ponce?

—Sí... es cierto: ellos son. Ola, Figueròa... á caballo: mi hacha y mi yelmo.

Entró uno de los escuderos del rey: le dió las armas pedidas, y siguió á don Pedro que salió de la celda del monge.

CAPÍTULO VII.

De cómo el maestre de Santiago se descubrió mas de lo que debia.

En la cámara de doña María de Padilla tenia lugar una de esas escenas en que el cuidado y la ansiedad de los personajes constituyen el colorido.

Men Rodriguez de Sanabria armado de todas armas estaba de pié junto al sillon que ocupaba aquella señora, cuya hermosa y lánguida cabeza se apoyaba en una de sus manos, y preguntaba acerca de su nombre, padres y patria á Leila, que habia sido presentada á doña María por Men Rodriguez, y que merced á su aspecto y á su traje, pasaba por hombre. De vez en cuando y por cualquier ruido doña María levantaba la cabeza asustada y fijaba sus hermosos ojos en Men Rodriguez que la tranquilizaba con una palabra oportuna y una mirada entusiasta. Doña María estaba segura de que aquel jóven se dejaria matar antes de que nadie tocase á la orla de su túnica.

Dos camareras jóvenes atalayaban las avenidas del alcázar desde los ajimeces de la cámara, y Gutier Ferrandez de Toledo, guarda mayor del rey, y el señor Juan Tenorio departian con el infante don Juan en la puerta de la cámara.

Murmuraban los tres nobles, pero cada murmuracion era una intencion, y las damas miraban á hurtadillas á Leila admirando su hermosura. Doña María hablaba de tiempo en tiempo por disimular su afliccion, y Men Rodriguez sentia una valiente compasion por aquel regio infortunio.

—Me parece muy entendido vuestro paje, Men Rodriguez, dijo doña María dirigiendo una mirada benévola á Leila.

—Es, segun dicen, un sabio, contestó Men Rodriguez.

—¿Y dónde habeis adquirido vuestra ciencia, hijo mio?

—Durante mi cautividad en Granada.

—¡Cómo! ¿habeis sido cautivo?

—Prendiéronme los moros en un castillo de la frontera de Granada con mi padre.

—¿Y quién era vuestro padre?

—Un pobre hidalgo viudo de la sierra de Cazorla, que era soldado en el castillo de Alhama y me tenia consigo.

—¿Y habeis guardado viva en vuestra alma la fe de Jesucristo entre los alarbes?

—¡Oh! si señora. Y sin duda Dios, en premio de ello, me ha concedido mi rescate.

—Por medio de los padres de la redencion.

—Por mi valor, señora. Yo era alferez de la guarda negra del infante Abou'l Said, señora.

—Pero el infante es un rebelde.

—Yo era esclavo del infante y le servia.

—¿Y cómo escapásteis?....

—Una noche.....

—El alto y poderoso señor maestre de Santiago; dijo á la puerta un paje, interrumpiendo á Leila.

—¡Ah! que entre... hacedme la merced de salir Men Rodriguez, pero no os separeis mucho de mí. Vos, señor Gaston, venid despues; mañana; quiero escuchad vuestra historia. Primo don Juan, señores... dispensadme... mi hermano el maestre de Santiago, necesitará, tal vez, hablarme á solas.

Todos salieron, y don Fadrique entró armado de todas armas.

—Y bien, hermano mio: ¿habeis recibido noticias del rey? ¿está bien defendida la ciudad? dijo la Padilla.

—Nada acontecerá, doña María, el rey está avisado; la ciudad vela por su legítimo señor, y teneis en el alcázar la flor de la nobleza: sobre todo Men Rodriguez de Sanabria que tiene mas de un título adquirido para que se confie en su lealtad.

—Y vos, mi buen hermano... dijo la Padilla; vos que me amais, y no consentireis que yo vea hollado el alcázar del rey de Castilla por la traicion.

—Yo parto ahora mismo, doña María, por el servicio del rey mi hermano.

—¡Que partís! ¿y á dónde? dijo palideciendo doña María; ¿me abandonais?

—Jumilla se ha rebelado.

—Tiempo habrá de reducirla.

—El Aragonés puede entrar por la frontera de Murcia.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¿y no hay otro medio?

—Ninguno mas que montar á caballo.

—Pero no sacareis ni una lanza de Sevilla.

—Por el contrario; llevaré conmigo las doscientas que hay en el alcázar.

—¿Y quién defenderá á Sevilla?

—El rey llegará antes que asome el peligro.

—Pero si no llega... si entretanto.....

—Perdonad, doña María; pero cada hora que paso aquí es una hora que pueden aprovechar los aragoneses.

—Entretanto mi tio Hinestrosa, uno de los mas leales vasallos del rey, está preso.

—Preso por órden del rey, como lo estais vos, señora.

—¡Oh! ¡Don Fadrique! me parece que me hablais con dureza; nunca me habeis mirado como ahora.

El maestre se turbó, creia tener bastante dominio sobre sus pasiones para ocultar sus sombríos proyectos hácia doña María; pero la esquisita sensibilidad de esta habia descubierto algo de hostil en el maestre.

—Yo os amo, María, ya lo sabeis, dijo dulcificando su acento y asiendo cariñosamente una mano á la jóven: os amo como á una hermana, y os he dado mas de una prueba de ello. ¿A qué desconfiar de mí?

—Pero no partireis ¿no es verdad?

—Es preciso, María.

—O al menos no os llevareis las lanzas del alcázar.

—Os juro que no hay el menor peligro.

—¡Es decir!..

—Que parto ahora mismo con ellas.

La Padilla retiró su mano de la de don Fadrique, y le dijo con acento grave:

—¡Partid!

—Adios, María: cuando veais á mi hermano, aseguradle que antes de quince dias estaré de vuelta con las cabezas de los traidores.

—Guardeos Dios, hermano, dijo la Padilla, con el corazon oprimido por un presentimiento fatal.

—Adios, señora, adios.

Y don Fadrique salió, como huyendo, de la cámara.

—¡Ola, Men Rodriguez! dijo en la antecámara con el acento de un jefe que se dirige á un inferior; haced que cabalguen las lanzas que están en el corral del alcázar.

—¡Cómo, señor! ¿os llevais las lanzas del rey?

—Tened cuenta, Men Rodriguez, con que hay harta distancia de vos á mí, para que os entrometais á pedirme cuentas.

—Y bien, señor maestre de Santiago: si por la salida de esas lanzas del alcázar no podemos defenderle, tened en cuenta que yo moriré á la puerta de esta cámara, cuya guarda se me ha confiado; y que vos, solo vos, sereis responsable para con Dios y para con el rey.

Y salió.

—Venid, don Juan, venid; dijo el maestre llevando á un ángulo de la antecámara al infante y dando á un olvido de desprecio las palabras de Men Rodriguez. ¿Podemos contar con ese paje?

Y señalaba á Leila.

—Creo poder contar con él.

—Introducidle en la servidumbre de doña María, y puesto que es tan sabio.....

—Que pruebe si su ciencia alcanza á matarle.

—Silencio: ya siento venir á Men Rodriguez: que cuando yo vuelva.....

—Os comprendo, primo, y será.

—¡Pues adios!

—Adios.

El maestre salió á punto que Men Rodriguez entraba en la cámara de doña María, que estaba asomada á uno de los ajimeces.

—Nos han dejado desarmados, señora, dijo con desaliento. Solo nos quedan las diez lanzas del monge negro, y cincuenta ballesteros de maza.

—Pues bien; defendeos hasta morir, caballero, y si nos salvamos, cuando vuelva á Sevilla el maestre de Santiago, no le perdais de vista.

Y entró en su oratorio.

CAPITULO VIII.

Del estraño ejército que procuró á Don Pedro su tesorero mayor.

Llegó la noche; la ciudad, toda la tarde silenciosa y solitaria, empezó á poblarse de gente; pero era gente de traza aviesa y malcante. Las tabernas estaban llenas de bebedores; se murmuraba, se mentia, se hablaba en voz alta de que la ciudad iba á ser acometida, de ponerse en defensa; el ayuntamiento por su parte mandó asomar luminarias á las ventanas, y, al fin, la multitud se agrupó alrededor del alcázar con hachas y armas, y se encendieron hogueras.

Pero aquella era una muchedumbre pacífica, ó por mejor decir: una guardia ciudadana: se oian vivas al rey, mueras á los traidores, hasta tal punto, que una dama que venia en una litera para entrar en el alcázar, acompañada de algunos ballesteros, se detuvo.

—¿De qué se trata entre esa gente? dijo volviéndose á uno que iba á la portezuela y que era Rodrigo Perez de Castro.

—Ya lo ois, señora, victorean al rey.

—Y lanzan mueras á los traidores... esos mueras son provocados por Hinestrosa y por la Padilla; sin duda ahora bien: ¿podeis romper por en medio de esa turba?

—No respondo de ello si no son amigos, señora.

—¡Ola! ¡eh! ballesteros: dijeron algunos hombres que se destacaron de un grupo.

—Llevamos á doña Aldonza Coronel que va á prender á la Padilla, dijo con mala intencion Rodrigo Perez de Castro.

—¡Muera! ¡muera! ¡muera! gritaron los mas cercanos.

Y se abalazaron hácia la litera.

Los ballesteros que eran pocos y que estaban advertidos, huyeron y fueron á encerrarse en el alcázar.

Doña Aldonza se creyó perdida: las puntas de las picas y de las partesanas penetraban por las portezuelas; cerró los ojos, dió un grito agudo y se desmayó.

La multitud rodeó la litera y la cubrió enteramente; poco despues sus fragmentos rotos aumentaban la lumbre de las hogueras.

Doña Aldonza ¡muerta ó viva! habia desaparecido.

La multitud habia provado ya un triunfo y quiso intentar otro: sin duda alguna obedecian á la inspiracion de algunos jefes, puesto que esclamaron á grito tendido.

—¡A la torre del Oro! ¡pongamos en libertad al señor Juan Fernandez de Hinestrosa!

Tras aquella voz, parte de las masas se precipitó en la direccion indicada, y aunque el camino mas corto era la puerta de Jerez, salieron por la del Arenal.

Era ya cerca del oscurecer: la tarde estaba revuelta: de tiempo en tiempo una fria ráfaga de viento desprendia de las nubes una lluvia menuda y pasajera. El suelo, abrillantado por ella, reflejaba los sangrientos girones que habia dejado el sol, al ponerse en el Occidente, y el rojizo resplandor de las hachas que agitaba sobre sus cabezas la turba, y que parecian destinadas mas que á alumbrar, á producir incendios.

Aquella turba hubiera producido un bello cuadro, bajo los pinceles y la imaginacion fantástica de Goya: mujeres indescribibles, verdaderas megueras, desgreñadas, flacas, hediondas, harapientas, descalzas; viejecillos como sátiros, mocetones medio salvajes, chiquillos desnudos de color cobrizo y mirada idiota; tundidores, carniceros, mohatreros, matones, y en las manos de estas gentes, y en sus cabezas y en sus pechos armas mohosas, viejos capacetes, petos abollados, puñales, estacas, orquillas, hoces, hachas de viento y un sucio andrajo puesto por bandera en la pala de un horno; cuatro ó seis mil seres, en los cuales la figura humana estaba degradada y el alma embrutecida: verdadero monstruo de múltiples cabezas, en las cuales se agitaba un solo pensamiento: la sangre y la matanza, con que debian ganar los miserables maravedises con que se habia asalariado aquel ejército de harapos, y cuyo ahullido unisono era repugnante y aterrador como el de un lobo hambriento.

Y sin embargo: esta turba que hubiera tragado y ahogado en su seno el mas lucido escuadron, era la única defensa con que contaba el trono, esa institucion siempre rodeada de oropeles, de privilegios, de blasones, de fausto; pero que guarda bajo sus cimientos un hervidero de sabandijas repugnantes. Don Pedro se veia en el caso de ser defendido por los reptiles que generalmente ahogaba bajo su planta, que fermentaban bajo ella y que aprovechaban con placer un momento en que les era permitido salir de sus agujeros, y escalar y cubrir con sus asquerosas patas las primeras gradas del trono y su esplendente alfombra de púrpura y oro.

Don Simuel habia sabido valerse de buenos agentes, y su oro producia un magnífico resultado: poco importaba lo harapiento de aquel ejército: Sevilla estaba asegurada de una manera formidable: es cierto que aquella defensa podia causar á Sevilla algunos desma-

nes, algunas casas incendiadas y saqueadas: era preciso defenderse y no se consultaba mucho lo conveniente de los medios de defensa: en nuestros tiempos, que se llaman ilustrados, la insurreccion se ha valido muchas veces para sostener una pomposa bandera de asesinos y presidiarios.

Aquella turba adelantando como una avenida de cieno, llegó muy pronto á la torre del Oro y la circumbaló: estallaron los gritos y los alaridos con mas fuerza, y algunos venablos salieron de entre las almenas; pero por casualidad ó por intencion, pasaron sobre las cabezas de las masas sin tocarlas.

—¡Hola! ¡hola! los señores ballesteros del rey se defienden, decia un hombrecillo de semblante alegre, pero con una alegría de mal agüero: no es esto lo que el señor tesorero del rey nos habia prometido ¿qué pensais de esto, mis buenos hermanos?

—Todo ello vendrá á parar en que dejarán de tener hambre algunos buenos compadres, en que pegaremos fuego á la torre, ahorcaremos á los ballesteros de maza por traidores, porque bien nos oyen gritar ¡viva el rey! y meteremos los brazos en oro hasta los codos. ¿No sabeis que dicen que el rey guarda en ella sus tesoros?

El que primero habia hablado era á todas luces el hermano Sancho, el agonizante de que se servia el rey para algunos empeños: el que le habia contestado un formidable carnicero del barrio de la Macarena, que poseia un rostro brutal, un cuerpo atlético, unos brazos desnudos hasta el codo, en cuyas manos agitaba un hacha de viento, y una tremenda hacha de partir leña.

—¿Pero no repareis, animales, dijo una vieja, que los señores ballesteros son gente honrada y tiran al aire?

Un únisono alarido de las turbas interrumpió á la vieja.

—¡Viva el rey! gritaban ¡que nos den al señor Juan Fernandez de Hinestrosa! ¡que nos entreguen á los traidores!

Y aquel informe alarido zumbaba, retronaba, se elevaba en el espacio y se perdia en la distancia. Las masas se estrechaban cada vez mas al rededor de la torre, y sobre la puerta habian caido ya algunas gruesas piedras, que la habian hecho rechinar, pero no ceder.

La noche avanzó, y el rojizo resplandor de las antorchas, vino á dar un colorido fantástico á aquel estraño cuadro.

Y cada vez aquel ejército de canalla apretaba el cerco y se apiñaba de manera que aunque los ballesteros hubieran querido herir, no hubieran podido hacerlo por el saliente del adarbe. Sin saberse de donde, aparecieron algunas escalas sobre las cabezas, y se apoyaron en los balcones.

Aquel era un momento decisivo: ó los de adentro violentaban sus recursos de defensa, ó la torre era invadida: los cercados lo concibieron sin duda, puesto que en el matacan de la puerta, aparecio un ballestero con armas y con una bandera blanca en la mano.

Aquel ballestero era Garci-Diaz de Albarracin.

—¡Plática! ¡plática! gritaron los que rodeaban á maese Sancho, el agonizante, y á Pero Nuñez el cortador de la Macarena: ¡silencio! oigamos lo que tienen que decirnos.

La palabra que prescribia silencio, corrió de boca en boca y se estableció este profundísimo.

—¡Buenos vecinos! ¡honradas dueñas! dijo Garci-Diaz esforzando su robusta voz de tal manera que logró ser oido de todos, ¿qué quieren?

—Queremos que se nos entregue al noble y poderoso señor Juan Fernandez de Hinestrosa, dijo maese Sancho encaramándose sobre los hombros de Pero Nuñez.

—El señor Juan Fernandez de Hinestrosa, contestó con un aplomo que hacia honor á su valor Garci-Dias, está preso por una órden escrita de su señoría el rey.

—Que se nos dé al señor Juan Fernandez, gritó maese Sancho con una voz chillona semejante á la de una vieja que se exaspera.

—Vosotros, mis buenos amigos, respondereis al rey de esta violencia, contestó el ballestero.

—Danos el preso, repuso el agonizante, y nada te importa lo demás.

—¿Y me prometeis, no cometer ningun esceso si se abre la torre?

—Queremos que se entreguen á nuestra merced Pero Fernandez de Velasco, Suer Perez de Quiñones y Diaz Sanchez de Quesada, que son traidores.

—Esos caballeros han sido puestos por el rey en la torre.

—¡A la escalada hermanos! ¡á la escalada! gritó con una voz estertórea el carnicero sacudiendo de sus hombros al agonizante.

A aquella impaciente voz se rompió de nuevo el silencio, volvió el tumulto mas atronador que antes y empezaron á trepar mendigos y bandidos por las escalas: no habia muerto ni uno solo de ellos, y la impunidad les alentaba.

En una cámara abovedada en el corazon de la torre, habia tres nobles consternados; á cada una de las dos puertas de la cámara habia un grupo de ballesteros preparados, segun su actitud, á defenderse; pero por las inquietas miradas que los hidalgos arrojaban sobre ellos, se conocia que temian tanto á sus mazas como á la furiosa multitud que rodeaba la torre.

En aquel momento supremo, por medio de uno de los grupos, de ballesteros se abrió paso Garci-Diaz de Albarracin y se dirigió gorra en mano á los nobles.

—Y bien: ¿qué habeis recabado de esos furiosos? dijo Diaz Sanchez de Quesada.

—Quieren á todo trance que se les entregue al señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Pero en ello comprometemos nuestras cabezas... el rey...

—Mucho me temo que la mano del rey no sea quien mueva este alboroto, dijo con audacia Garci-Diaz.

—¿Y en qué fundais vuestra sospecha? dijo dejándose arrastrar de su carácter violento el altivo señor de Haro, Pero Fernandez de Velasco.

—Las fundó en que esa gente pide vuestras cabezas altos y poderosos señores, dijo con un sarcasmo mal encubierto, el ballestero.

—Os habeis defendido muy mal, esclamó con cólera Suer Perez de Quiñones. Los ballesteros del rey no servis para otra cosa que para matar nobles acorralados.

—Los ballesteros de su señoría, contestó con una profunda y amenazadora calma Garci-Diaz, no sirven para ensangrentar sus venablos ni sus mazas en gentes que gritan ¡viva el rey!

—Concluyamos de una vez, dijo Pero Fernandez de Haro, ¿qué es necesario hacer?

—Entregar á esa gente al señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—¿Y en qué os deteneis?

—Lo que me detiene es el peligro que correis, dijo profundamente Garci-Diaz.

—¿Temeis que palidezcamos ante los asesinos?

—No me gusta ver correr mas sangre noble que la que vierte la justicia del rey.

—Haced, pues, lo que os plazca, dijo volviéndole las espaldas el señor de Velasco.

—Creo qué vuesamercé obraría prudentemente, entregándose á merced del señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

Ninguno de los tres nobles contestó, dominados por su orgullo.

—Oid: mis nobles señores; esa gente aprieta cada

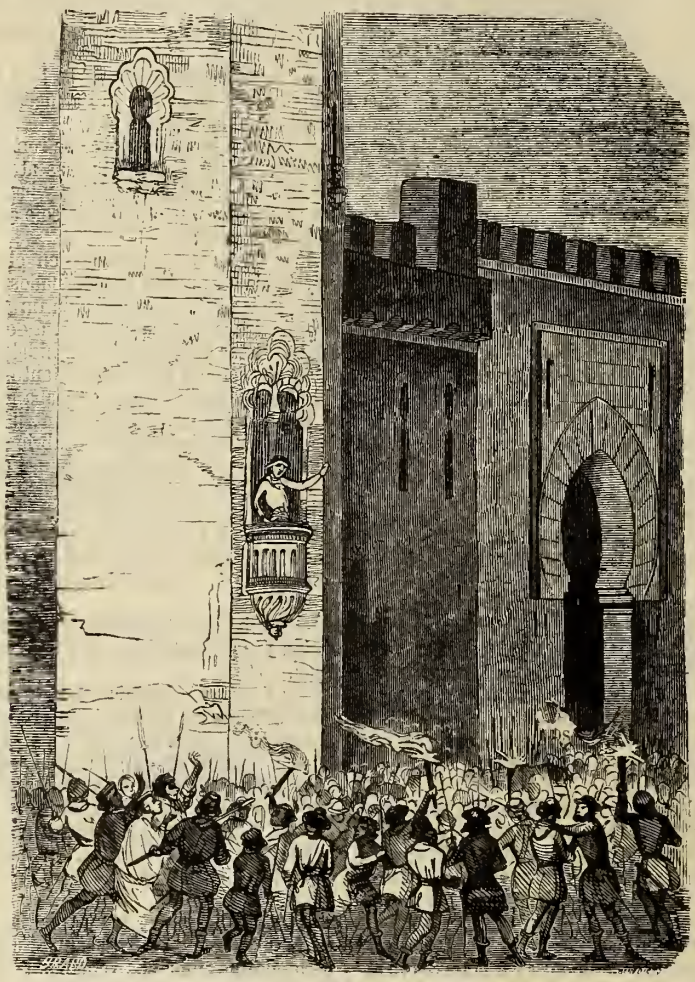
vez mas; están escalando la torre, y si entran en ella, no respondo de vuestra vida.

En efecto, se oian los gritos de triunfo de la multitud.

Hay situaciones en que el peligro toma formas espantables, aun para los mas valientes: los ahullidos, las imprecaciones y las amenazas del populacho, que ya se escuchaban cerca, intimidó á los tres nobles que estaban pálidos de terror.

—Cerrad, cerrad esas puertas gritó Garci-Diaz á los ballesteros, y seguidme: si vosotros, señores, quereis quedaros, quedaos en buen hora: en cuanto á nosotros, no podemos resistir y vamos á entregarles al señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

Los ballesteros en número como de cuarenta, cerraron las puertas que por fortuna eran fuertes y forradas de hierro; y se agruparon en derredor de Garci-Diaz. Instantáneamente resonaron en ella golpes de hachas y voces rugientes.



Las masas se estrechaban cada vez mas alrededor de la torre.

El aposento no tenia otra salida que aquellas dos puertas, y los hidalgos cogidos en un lazo, se acercaron consternados al ballestero.

—¿Qué pensais hacer con nosotros? le dijeron.

—¡Hacer! ya os he dicho lo que pienso hacer.

—Pero esas puertas pronto estarán en tierra.

—Sí, pero no derribarán tan facilmente esta.

Rodrigo Perez fue al muro, introdujo su puñal en una de las junturas, é inmediatamente rechinaron unos ásperos goznes, giró sobre ellos un enorme sillar y dejó franca una abertura por la que apenas podia entrar un hombre de frente.

—Ahora bien; entrad ó quedaos, señores, dijo Rodrigo Perez, señalándolos la abertura.

No habia lugar de vacilar y los tres nobles inclinaron las cabezas y desaparecieron tras la abertura. Siguiolos Garci-Diaz, y uno despues de otro se hundieron por la abertura hasta el último ballestero, despues de lo cual tornó el sillar á constituir parte de la pared, sin que quedase el mas leve indicio de aquella puerta misteriosa.

Un momento despues, las puertas cedian hechas pedazos, y las turbas se precipitaban en el aposento.

A su cabeza venian maese Sancho y Pero Nuñez el carnicero, que al ver vacío el aposento se miraron asombrados.

La turba rugia, no encontrando su presa, apoderados de aquella torre en que se suponia guardaba el

rey sus tesoros, pensaron en la rapiña, y algunas veces aventuraron propuestas incitantes.

Maese Sancho se estremeció; habia sido delegado por Simuel Leví, para producir un alboroto contra los traidores y temblaba que la canalla que habia convocado bajo su andrajosa bandera, pusiese su cabeza, con algun desman, bajo la terrible cólera del rey, de la cual podia juzgar por mas de un ejemplo.

—Mis buenos amigos, dijo: mirad bien lo que haceis: tened presente que se trata no menos que de un rey que no hace mas escrúpulo de matar á un hombre, que vosotros de matar á una pulga. Por cada escudo que robeis, ahorcará á diez de vosotros.

Un murmullo salvaje de descontento siguió á aquellas palabras, y un círculo hediondo y amenazador se estrechaba cada vez mas en derredor del agonizante y del cortador.

A los murmullos siguieron imprecaciones, gritos, amenazas; el tumulto dominaba la voz de maese Sancho, á quien ya sofocaba la multitud: y es que la canalla jamás se contiene una vez suelta, que pasa mas allá de las concesiones que se le hacen, que se

¡Viva el señor Juan Fernandez de Hinestrosa!

desborda, que es en fin un arma que se vuelve contra la mano que la usa.

En tal estado de anarquía y de insubordinacion estaba Castilla: el rey no lograba hacerse respetar sino matando, y al frente de sus ballesteros: los bandidos por una parte y la nobleza por otra, acometian descaradamente al trono, burlándose los unos de las leyes y los otros de los derechos que representaba: solo quedaban en favor del rey sus hechuras y el buen pueblo que comprendia su lucha, que alentaba esperanzas de alcanzar justicia el dia en que don Pedro triunfase de sus enemigos, y que por lo tanto inspirado por un sentimiento de egoismo, le sostenia.

Pero las gentes de que se habian valido los instrumentos de don Simuel, eran la hez, la escoria de aquella sociedad corrompida, y no podian esperarse de ella, mas que crímenes y desafueros.

El agonizante Sancho estaba á punto de pagar todas sus picardias, cuando por una de las puertas resonó un alarido de triunfo.

—¡Aquí está! ¡aquí está! gritaron las rameras, los ladrones y los mendigos: ¡viva el señor Juan Fernandez de Hinestrosa! paso, paso, ¡dejadle entrar!

El agonizante respiró: un hidalgo como de cincuenta años, de semblante noble, mirada serena y altiva y cabellos entrecanos, entró, llevado sobre los

hombros de algunos de los amotinados y llegó hasta el centro de la cámara, donde le dejaron sus conductores.

—¡Gracias, hijos! ¡gracias! dijo dando á su acento un tanto de conmocion : el rey sabrá lo que habeis hecho por él : ¡le habeis salvado! el rey os premiará: pero aun no habeis concluido : la traicion se habia apoderado de la córte... un momento mas... y el infame bastardo era rey de Castilla. Los traidores me habian sorprendido, y todo quedaba á su mereed..... adelante sevillanos... seguidme... el alcázar está abandonado.

—¡No! ¡no!... ¡no! allí están los nuestros... nadie se atreverá á doña María...ni á las infantas... ¡no! ¡no!... que se nos entreguen las casas de los judíos y de los nobles!... ¡queremos alumbrar á Sevilla quemando algunos nidos de aguiluehos...! ¡sangre! ¡y fuego! ¡viva el rey...!

La miseria degradada y embrutecida tomaba otro camino, pero siempre se dirigia al pillaje y á la destruccion...

—El rey ha ofrecido bajar los tributos...

—Nosotros somos pobres...

—El rey hará justicia y proveerá á todos de trabajo...

—No queremos trabajar... los judíos y los ricos... venid con nosotros y os daremos vuestra parte.

—Pues bien, hijos, vamos... venid conmigo... salgamos de aquí.

Juan Fernandez de Hinestrosa se doblegaba á las circunstancias y se dejó arrastrar por la canalla fuera de la torre, pero no sin decir rápidamente al paso á Rodrigo Perez de Castro que habia penetrado poco antes en ella.

—Asegura bien á esos tres nobles; y puesto que ya tienes un pretesto para responder contra esa órden que no sabemos si efectivamente ha sido dada por el rey, defiéndete, y no dejes que nadie entre en la torre.

Despues de esto, Juan Fernandez de Hinestrosa salió delante de aquel ejército de desarrapados entre Sancho y Pero Nuñez, y se encaminó á la puerta del Arenal.

CAPITULO IX.

En que se da cuenta del objeto con que iban en procesion los hermanos de nuestra Señora de Rocamador.

Ya hacia algun tiempo cuando esto sucedió, que un estraño espectáculo habia maravillado á los vecinos de las calles que era necesario recorrer en Sevilla, para atravesarla desde la puerta de Adhoar á la de Jerez.

Aquel espectáculo consistia en una larga procesion de peregrinos, cada uno de los cuales llevaba un cirio verde en la mano derecha y un bordon en la izquierda; debajo de los sombreros calados hasta las cejas, llevaban antifaces de penitente, prolongados hasta la cintura, y de bayeta negra: marchaban lentamente; en medio de ellos iba una cruz roja, y detrás un estandarte en que se veia pintada toscamente la Vírgen de Rocamador.

Su salmodia era ininteligible: cánticos acaso del profeta real : acaso sombrias amenazas; lenguaje oscuro de una congregacion que tenia mucho de misterioso.

Al pasar la imágen, el pueblo sevillano siempre devoto y sencillo, se arrodillaba, y algunos curiosos seguian, caperuza en mano, aquella procesion que creian una rogativa para que Dios hiciese cesar las calamidades que afligian á Castilla.

Algunos estrañaban lo numeroso de la procesion: nunca se habian visto juntos tantos peregrinos : pasaban de trescientos.

Y luego habia algo de estraño en aquella congregacion : emanaba de ella una unidad tal, una rigidez en la formacion, una seguridad en el paso, y luego cierto ruido como de arneses cuyas piezas se chocasen al andar, que no podia menos de reparar en ello un ojo esperimentado.

Y á veces por bajo de alguna túnica se veia reflejar el momentáneo brillo del acero, semejante al que podia producir la limpia contera de una espada.

Esto sin embargo, no era raro en aquellos tiempos en que como hemos dicho, la religion se defendia á sí propia y por mano de sus representantes, ya fuesen estos clérigos, monges, cofrades ó peregrinos.

La procesion siguió adelante y llegó á la puerta de Jerez que, aunque estaba cerrada, se abrió para ellos, pero para ellos solos : los curiosos se vieron contenidos por los arqueros de la guarda, y despues de la salida de los peregrinos, la puerta volvió á cerrarse.

En cuanto la procesion se vió en el campo, las hileras se triplicaron : apresuróse la marcha y crecieron los cánticos : la imágen de la Vírgen y la cruz se reunieron y quedaron en el centro, en la misma posicion que un estandarte de guerra en un dia de batalla.

Entonces por aquella parte y á dos tiros de ballesta de los muros, se estendia un espeso bosque de álamos que tocaba á la margen izquierda del rio y se estendia á lo largo de ella : en medio del, se abria una ancha y tortuosa calle cubierta de musgo, de terreno desigual, cubierto de mohosas piedras, restos al parecer de antiguos edificios; la noche era oscura y aquella estraña procesion deslizándose entre la espesura y detallando pasajeramente con las luces de sus cirios verdes los añosos troncos de los árboles, tenia algo de lúgubre y mucho de fantástico.

Al internarse en el bosque cuatro de los peregrinos á cuya cabeza iba un hombrecillo, ó por mejor decir, un pequeño peregrino, adelantaron á manera de descubierta y apagaron las luces apresurando el paso de manera que bien pronto perdieron la masa de la procesion, cuyas luces se ocultaron entre la espesura, y cuyos cánticos quedaron perdidos en la distancia.

De estos cinco hombres dos iban mas avanzados que los otros, y cuando estuvieron á una distancia que no podian ser oidos, entablaron el siguiente diálogo.

—¿Con que decis que doña Aldonza..?

—Doña Aldonza, señor Alvar Yañez, no pensaba sin duda en lo que habia de acontecerla, cuando iba llena de esperanzas y de ambiciones á prender en el alcázar á la Padilla.

—¿Pero quien diablos ha podido robarla dentro del mismo Sevilla y cuando iba resguardada por los ballesteros del rey?

—¡Hum! ¿que se yo? ello es que sucede ncosas estrañas : demasiado estrañas..... yo creo que en esto andará Isabel la-Liebre y la mala bruja de su abuela.

—En verdad que no sé qué interés pueda tener esa raposa, Pedro; ¿andará tambien en conspiraciones?

—Hace algun tiempo que Isabel obra en ciertas cosas por cuenta propia..... que mantiene inteligencias, segun sospecho, con los ballesteros del rey... algunas veces la he visto hablando con el señor Juan Diente, en los tiempos en que pasaba por paje del arcediano don Jofre Diaz de Astorga... el tal ballestero me infunde miedo... y aunque he tenido zelos, he callado..... pero ¡bah! ya encontramos medio de desaeernos del areediado de San Gil que era muy poderoso, y no nos han de faltar, para dar al traste con ese lobo.

—No, no : esto no es cosa de la Liebre ni de Juan Diente, dijo el escribano : el robo debe atribuirse á otra persona.

—¿A quién?

—A doña Isabel Nuñez de Lara.

—Pues no... no sé qué interés pueda tener esa señora.

—Desde la muerte del arcediano vive en la casa cierto maneebo...

—¿El señor Men Rodriguez de Sanabria?

—He ahí la causa del robo de doña Aldonza.

—Pues no lo entiendo. ¿Y á dónde diablos pueden haber llevado á esa mujer?

—Paréceme, señor Alvar Yañez, que os interesais mucho en la suerte de esa dama.

—¡Bah! he conocido mucho á su marido...

—¿Y seguis correspondencia con él?

—El señor Alvar Perez de Guzman es un rebelde, amigo Pedro, y ya sabeis que yo sirvo lealmente al rey.

—¡Ah! ¡servís al rey!

—Como le servis vos.

—Sí, es cierto, yo le sirvo porque me conviene.

—No se en qué consiste esa conveniencia, señor Pedro; el rey mientras nos necesite, nos acogerá: el dia que le seamos inútiles nos ahorcará.

—Ni vos ni yo sabemos manejarnos: caeremos bajo lo desgracia del rey.

—¡Hum! os confieso que no he podido comprender á ese hombre.

—Parece que el diablo le ayuda.

—Teneis razon, puesto que le ayudamos nosotros.

—¿Y en qué fundais vuestra esperanza de que don Pedro nos mantendrá en su merced?

—El rey ama á una mujer que vos y yo conocemos.

—Que el rey ama... á quien...

—A Beatriz la hermosa.

—Diablo, si, pero el conocimiento que nosotros tenemos de esa mujer.

—Puede servirnos de mucho.

—Me pareceis muy atrevido.

—Qué quereis; en estos tiempos nada es demasiado.

—Espero que me participeis vuestro plan acerca de Beatriz.

—En otro lugar, y con mas tiempo... si escapamos del lance de esta noche.

—Las gentes de don Pero Ponce de Leon son formidables.

—No importa: traigo conmigo trescientos hombres que valen por un ejército.

—Esperad: me parece que veo á lo lejos la sombra de un hombre de armas.

—Pardiez; pues no me agradaria mucho una emboscada.

—¿Quién va? dijo á aquella sazon un hombre á caballo que adelantó algunos pasos hasta el centro del camino.

—Peregrinos de nuestra Señora de Rocamador que van en rogativa; contestó con voz plañidera Pedro-el-Negro.

—Adelante, hermano, dijo el armado.

—Diablo; yo conozco esa voz; dijo el bandido adelantando.

—La seña repitió el ginete.

—El alma por el cuerpo.

—¡Adelante! contestó el armado revolviendo su caballo y metiéndose de nuevo en la espesura.

—Pues ya llevo menos cuidado, dijo Pedro-el-Negro al escribano.

—¿Habeis conocido á ese hombre?

—Es el monge negro de la cruz del Humilladero.

—¡Ah! ¡el monge negro! he ahí otro hombre que yo no entiendo.

—Es el mas firme defensor del rey: y estando él aquí, no debe estar lejos don Pedro... otro ginete; atencion.

—¿Quien va? esclamó á media voz otro armado que salió del mismo modo que el anterior, de la espesura.

—Peregrinos de nuestra Señora de Rocamador.

—La seña.

—El alma por el cuerpo.

—Adelante.

La descubierta de la procesion siguió.

—Y á este caballero le habeis conocido, preguntó Pedro-el-Negro.

—Ira de Dios si le conozco. ¡cien tempestades! contad con que hemos encontrado al diablo.

—Buen concepto os merece el señor Juan Tenorio.

—Es otro hombre á quien tampoco entiendo; parece amigo del rey, y sin embargo... sin embargo...

—Sin embargo que...

—Es un Tenorio.

—Y bien....

—Esa familia me parece que está maldita de Dios y que lleva consigo la desgracia. Acordaos del señor arzobispo de Sevilla: donde quiera que ponia la mano aquel hombre sucedia una calamidad. El primer Tenorio debe haber sido hijo del diablo.

—No sabia yo, señor Alvar Yañez, que os asombrabais de tan poco.

—¡Ah! vos quereis decir...

—Que, como vos teneis, como yo, mucho de Satanás, no debiais espantaros del encuentro de un pariente.

—Sin embargo, Pedro, nosotros no hacemos el mal mas que por necesidad... los tiempos andan aviesos, y mas medra aquel que sabe vivir mejor á costa de los demás... tenemos el corazon seco, navegamos á todos los vientos; ni vos ni yo hemos nacido con inclinacion al mal... lo malos que somos lo debemos á los hombres... pero el señor Juan Tenorio... ¡oh! el señor Juan Tenorio mamó veneno en el pecho de su madre.

—Esperad, aun vivimos y de seguro veremos grandes cosas: el señor Juan Tenorio, podrá ser todo lo terrible que se quiera; pero anda de continuo al lado de un rey que á pesar de su parentesco con el diablo, dará al traste con su repostero mayor en la primera ocasion... no sé por qué hace algunos dias que se me ha pegado á las narices un olor de sangre noble que trasciende. ¡Hola! paréceme que todavía no hemos acabado con las atalayas. ¿No oís entre los árboles, sobre el sendero los pasos de una cabalgadura?

—Son pisadas de asno, maese Pedro; en todas partes veis armados.

—¿Y qué diablos hace un hombre con un jumento á estas horas y en este sitio?

—Será algun villano que se vuelve á su alquería.

—Mirad: una luz.

—Pues ved si yo decia bien. Un hombre cabalgando en un asno con una hacha encendida en la mano.

—Emboscuémonos á nuestra vez; y veamos... este hombre puede ser un esplorador de los rebeldes.

Pedro-el-Negro hizo seña de que lo siguiesen á los tres peregrinos que iban tras él, y se ocultó con ellos en la espesura.

Poco despues un asno vigoroso, montado por un hombre embozado hasta los ojos, y que, como habia dicho Alvar Yañez, llevaba una antorcha en la mano adelantó en paso lento mirando con atencion los senderos del bosque y el terreno, como quien busca alguna cosa.

—¡Esperad! ¡esperad! dijo Alvar Yañez; yo conozco á ese hombre; sí, él es.

—¿Quién?

—El señor Andrés Corchuelo, el hijo del campanero de la iglesia Mayor.

—Vos conoceis á todo el mundo.

—Le conozco por una casualidad... despues os hablaré de esto, porque ese mancebo entra en nuestro plan. Es el amante favorecido de Beatriz Zapata.

—¡Ah! ¡ah! no seria malo hacerle prisionero.

—Esperad: se viene para nosotros.

—El asno nos ha sentido y se viene con el ginete que por lo visto le entrega á su instinto.

En efecto: el asno marchaba de frente hacia el estrecho sendero donde se habian ocultado Alvar Ya-

ñez, Pedro-el-Negro y los tres peregrinos. Entonces vieron que Andrés llevaba una espada desnuda en la mano.

—No; pues el mozo es valiente, dijo el bandido; y esto me agrada. ¡He! ¡amigo! ¿á quién buscais? añadió saliendo del puesto y poniéndose delante de Andrés.

Este le miró con atencion durante un momento.

—No sois vos á quien busco, dijo al fin rodeando al asno.

—Esperad: aunque no me busqueis, vuestro talante me agrada lo que basta para advertiros.

—¿Y de qué teneis que advertirme?

—De que podeis tener un mal encuentro.

—Gracias, pues, y adios.

—Esperad señor Andrés, dijo á su vez Alvar Yañez.

—¿Quién me nombra? dijo el jóven con estrañeza.

—Yo, vuestro amigo Alvar Yañez, el escribano de los señores y alcaldes del crímen de la ciudad.

—Verdaderamente que estoy viendo esta noche cosas estrañas. Yo creia en verdad que solo se trataba aquí de algunos peregrinos que iban de jornada. ¿Se trata de algun auto de prision?

—Acaso, ¿y cuándo habeis salido de Jerez?

—Esta mañana.

—¿Y con tal cabalgadura habeis hecho las catorce leguas del camino? ¡soberbio asno!

—Mi cabalgadura era un magnífico caballo morcillo.

—Al que habeis hecho reventar sin duda.

—Me urjia el tiempo, y tanto le arrimé el acicate, que el pobre vicho cayó muerto á la entrada de Alcalá.

—Si ha de durar mucho esta conversacion, dijo Pedro el-Negro, bueno será que apagueis esa antorcha, y os aparteis del camino.

Andrés meditó un momento, y luego arrojó la antorcha á uno de los charcos de la alameda y echó pié á tierra: al hacerlo, rechinó un arnés que llevaba bajo su tabardo.

—Ahora bien, dijo Alvar Yañez, ¿quereis acompañarnos?

—Antes será preciso que yo sepa á donde vais.

—Vamos... á recibir en procesion al señor de Arcos.

—¡Al insolente don Pero Ponce de Leon!

—¡Hola! tan mal se portó con vos ese caballero.

—Os juro que segun la manera que tuvo de recibir la carta que me disteis para él, no me pesaria el encontrarle de solo á solo delante de la punta de mi espada.

—Pardiez, esclamó Pedro-el-Negro; pues si no es mas que eso, os cedo la persona del señor Pero Ponce.

—¡Ah! ¡con que esa procesion!...

—Formad parte de ella, y si sois alentado, no os pesará de veros entre nuestros hermanos los santos peregrinos de Nuestra Señora.

—¿Son acaso, esos que se acercan cantando?...

—Si pardiez, y si quereis ser uno de tantos, decidíos; tomad la túnica, la muceta y el sombrero de uno de los nuestros, y vamos.

Andrés meditó un momento, y despues decidiéndose dijo:

—Estoy pronto.

Pedro-el-Negro mandó á uno de los tres peregrinos que le acompañaban diese sus vestidos esteriores á Andrés, que se los puso, y quedó transformado en un penitente, mientras el despojado aparecia con unas terribles trazas de bandido.

—¿Dónde quereis que se os lleve ese asno, señor Andrés? indudablemente tendreis que devolverle á alguna persona.

—No pardiez: le compré en Alcalá. Quédese con él el buen hermano en cambio de sus trevejos de peregrino.

—¡Ah! ¿no quereis debernos nada?

—La verdad es, que un asno de nada me sirve; es la primera vez que he montado en semejante cabalgadura.

—Servirános para la *questa*, mi buen amigo Andrés: en nuestra cofradía nada está demás; llévate ese vicho al hospital y espera allí; nosotros, señores, adelante.

El peregrino despojado se internó en el bosque, ginete en el asno, y Pedro-el-Negro, Alvar Yañez, Andrés y los otros dos peregrinos adelantaron en paso lento con precaucion, como quien marcha al encuentro de un peligro.

—¿Y que buscabais con tanto interés cuando nos encontrasteis? dijo despues de algunos momentos de silencio Alvar Yañez.

—En verdad, señor escribano, que no hay razon para que os oculte lo que yo buscaba. Buscaba una mujer.

—¡Una mujer! esclamaron á un tiempo el escribano y el bandido.

—Una mujer que sin duda ninguna iba violentada... robada.

Esto escitó la curiosidad de los interrogadores.

—¡Ya! y si esa mujer era hermosa, dijo con intencion Alvar Yañez, nada tiene de estraño que un enamorado como vos...

—No puedo deciros si era hermosa ó fea, porque no la ví.

—¡Ah, no la visteis!

—Caminaba yo en direccion á Sevilla, cuando me pareció escuchar gemidos entre la espesura: gemidos de mujer.

—¡Diablo!

—Como hubiera hecho cualquiera en mi caso...

—No aseguraria yo que en iguales circunstancias hubiera yo obrado como vos... dijo Pedro-el-Negro; pero en fin; os arrojasteis á salvar á la dama.

—Eran tan desesperados los gritos, que creí que se trataba de un asesinato: además oí que la dama pronunciaba el nombre del rey.

Pedro-el-Negro que marchaba junto á Alvar Yañez, le tocó rápidamente con el codo como una señal de atencion, á cuyo movimiento contestó el escribano con otro movimiento de inteligencia.

—Pero la dama estaba bien guardada, continuó Andrés: con lo primero que encontré, fue con cuatro hombres enmascarados que se alumbraban con antorchas, y al que parecia mandar un niño, un rapaz con vestidos de paje.

Repitióse un doble signo de inteligencia entre el escribano y el bandido;

—¿Y... no pudístcis ver el semblante de ese paje? dijo este último.

—Llevaba enteramente cubierto el semblante con un antifaz, y solo pude juzgar de su voz, verdadera voz de mujer.

—De mujer.....

—Y debia serlo en efecto: sus cabellos que me parecieron rubios dorados, eran demasiado largos para un mancebo.

—Cuando os decia yo que por aquí debia andar la-Liebre, dijo Pedro-el-Negro.

—¡La-Liebre! esclamó con estrañeza Andrés.

—Es una manera que nosotros tenemos de entendernos, dijo con la mayor naturalidad Pedro-el-Negro: esto es lo mismo que si dijéramos: por aquí anda el hurto; por aquí anda lo perdido.

Por muy natural que pareciese la esplicacion de Pedro, Andrés no satisfaciéndose con ella, murmuró para sí.

—¡La-Liebre! este debe ser un apodo... pues bien; no lo olvidaré.

—¿Y qué os aconteció con los cinco enmascarados?

—Los cinco hombres, ó por mejor decir, los cuatro

y la mujer vestida de paje, tenian en medio una dama tambien cubierta con un antifaz, y dos de ellos á mi aproximacion, asieron de ella, la taparon la boca y se internaron en el bosque. Los otros dos á una órden del paje ó de la mujer, desnudaron las espadas y me atajaron el paso.

—Que vos no procurariais forzar.

—Por el contrario : desmonté de mi asno; desnudé mi espada, y les embestí.

—¡Diablo! esclamó Alvar Yañez, eso se llama ser temerario.

—Esó es llevar la caridad demasiado lejos.

—Habia en mí algo de interesado : aquella mujer, robada sin duda, llevaba muy ricas ropas, y habia nombrado al rey... yo no habia podido juzgar de su voz, porque la alteraba el terror...

—Y dudais si por acaso pudiera ser doña Beatriz Zapata, dijo Alvar.

—Por descabellado que fuera ese pensamiento, contestó Andrés con la voz trémula de emocion, os confieso que fue el primero que se me vino á las mientes, y envestí...

—Sin alcanzar nada de la envestida... observó Pedro-el-Negro.

—A no ser de tan buen temple mi coselete, os aseguro hubieran dado cuenta de mí: porque los miserables me acometieron á un tiempo.

—Eran gentes que lo entendian y que preferian el acabar pronto, al acabar con honra: dijo el bandido... pero al fin...

—Despues de una corta riña, tendí á uno de una estocada.

—El otro huyó.

—Le seguí... con intencion de apresarle... pero antes de que llegase á él arrojó la antorcha, y se perdió entre lo oscuro.

—De modo que no habeis descubierto nada.

—Nada : cuando, merced á la antorcha que habia conservado el muerto y que estaba aun encendida pude volver á cobrar mi asno, me encontré solo y estraviado en el bosque. Tomé la luz, cabalgué y me puse en una busca inútil, en la que tropezé con vosotros.

—¿Y estaba verdaderamente muerto el otro?

—O al menos lo parecia.

—Acaso un desvanecimiento, un desmayo por la pérdida de la sangre... ¿y dónde fue el lance?

—A dos tiros de ballesta de aquí, á la derecha de la senda; hácia la corriente abajo del rio.

Pedro-el-Negro se quedó algo atras, se acercó á uno de los dos peregrinos que les seguian, y le habló rápidamente algunas palabras de que Andrés abstraido en sus pensamientos no pudo apercibirse.

El peregrino se quedó atras. Pedro-el-Negro se igualó de nuevo con los otros y siguieron adelante.

Por algun tiempo caminaron en silencio. Andrés tenia mucho en que pensar, y los otros no menos. Ignoraban con quién las habian. Al fin, Alvar Yañez no pudo contenerse, y apartándose un tanto con Andrés, le preguntó.

—¿Y de qué os habeis ocupado, amigo mio, en los seis dias que habeis estado en Jerez?

—El señor Pero Ponce de Leon me arrojó de su casa poco menos que á latigazos...

—¡Oh! ¡Oh!

—Lo que prueba que vuestra carta...

—Era demasiado buena.

—No os entiendo...

—Alguna vez me entendereis.

—¿Y por qué no os esplicais?

—Porque probablemente vos no me direis la verdad.

—He estado cuatro dias enfermo entre la vida y la muerte.

—Pero os encontrais ahora robusto y sano.

—Mi herida se ha curado enteramente.

—¿Y quién ha sido la mano caritativa que os ha vuelto á la vida?

—La de un labriego y su mujer.

—¡Áh! ¡ha habido mujeres de por medio!

—Esa mujer era poco envidiable, señor Alvar Yañez: una villana de semblante brutal, mirada estúpida, y voz hombruna: una especie de jayan con saya.

—¿Y cómo se llamaba ese labriego..? yo conozco á alguna gente en Jerez.

—Se llama Anton Garcés.

—¡Ah! esclamó profundamente Alvar Yañez; el hortelano del alcázar: ¿y nunca habeis visto una dama?

—Nunca.

—Es estraño que doña Sol... pero en fin; creo que vos guardareis un profundo secreto, por mas que sean muy gratas las aventuras que hayan pasado por vos durante estos ocho dias... y con qué objeto venis á Sevilla.

—Estoy enteramente restablecido y pienso ponerme en camino para entrar de nuevo al servicio del señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—¿Os han mandado que entreis al servicio del tio de la Padilla? pues mirad: esto significa ya mucho.

—Nadie me ha prescrito órdenes : dijo con impaciencia Andrés.

—Para mentir, amigo mio, se necesita tener mas prudencia que vos... mas memoria... cuando salisteis de Sevilla para vuestro encargo, llevabais simplemente un vestido de escudero, y ahora traeis un arnés y una vesta de caballero. Vos mismo habeis hablado de un caballo morcillo muerto de fatiga, viajabais pues armado y á la ligera como se viaja por cuenta de grandes señores.

—El señor Men Rodriguez de Sanabria, dijo Andrés apelando al primer recurso de disculpa que se le ocurrió, me habia dado oro que llevaba conmigo, y con él he podido comprar estas armas, estos vestidos, y el caballo.

—Pues no creo que seais muy amigo de ese caballero.

—¿Y por qué no? esclamó Andrés disimulando aun.

—El señor Men Rodriguez priva demasiado con el rey.

—Yo sirvo al rey lealmente, con toda mi alma.

—¡Ah, servis al rey á pesar de haberse hecho un protector tan decidido de Beatriz la hermosa!

—El rey ha hecho un acto de justicia, dando á esa dama lo que era suyo.

Pronunció de una manera tal Andrés estas palabras que hizo vacilar al escribano.

—Pues bien; ello dirá, repuso : decis que servis lealmente al rey, y en su servicio vais: buscais al señor Juan Fernandez de Hinestrosa y no tendreis que andar mucho, porque está en Sevilla.

Alvar Yañez se redujo al silencio y volvió á mezclarse con Pedro-el-Negro cuya marcha se habia hecho mas lenta, mas cuidadosa. Andrés distraido marchaba maquinalmente á buen paso delante de ellos.

—¿Habeis recabado algo? dijo Pedro al escribano.

—Mucho: he descubierto que hay misterios.

—¿Y esos misterios nos pueden servir de algo?

—Indudablemente.

—¿Debemos decidirnos por el rey?

—De todo punto.

—¡Eh! mancebo; dijo entonces Pedro-el-Negro, ¿á dónde vais tan deprisa? Venid, esperad.

Andrés se detuvo y cuando llegó á él Pedro se detuvo tambien.

—Se conoce que estais poco acostumbrado á la caza de montería, dijo: es necesario saber cuando se está cerca del javalí sin verle.

—Es decir...

—Que tenemos encima gente armada : escuchad con atencion.

En efecto se percibia un rumor sordo, leve por

lo lejano, de pisadas de caballos, y ruido de armas.

—¿Y podreis asegurar si esa gente es amiga ó enemiga?

—El rey está allá, dijo Pedro-el-Negro, señalando hácia atrás, y el ruido viene por allí, añadió señalando hácia adelante... esperemos, pues, á los nuestros que no tardarán. Escuchad sus cánticos... no están lejos.

Oíanse las voces de los peregrinos de una manera confusa: gradualmente aquel mónstruoso sonido adelantó y creció : al fin brilló resplandor entre la espesura, y apareció la cabeza de la procesion por una revuelta de la espesura.

Poco despues Alvar Yañez, Pedro-el-Negro, Andrés y los otros dos peregrinos, á la cabeza de la rogativa adelantaban rápidamente por el bosque. De repente al desembocar en un estenso claro, se encontraron con una formidable masa de hombres de armas en cuyo centro ondeaban tres pendones y delante de los cuales habia algunos atalayas.

La procesion no se detuvo, y llegó hasta ellos.

CAPITULO X.

De cómo por lo que les importaba sirvieron al rey don Pedro los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.

Al frente de aquellos escuadrones, á alguna distancia de esta guarda de atalayas habia tres caballeros ginetes en magníficos corceles, con largas picas afianzadas, y armados con toda la brillante pesadez de la edad media. Nada habia que pedir á su ostentacion: caian flotando de sus yelmos vistosos lambrequines y ricos penachos; brillaban en sus vestas y sus paramentos seda y oro, y todo parecia como dispuesto para la entrada triunfal en una ciudad conquistada.

La procesion vino á ser para ellos uno de esos obstáculos transitorios que no pueden preveerse y que la casualidad arroja delante de la empresa mejor convinada. Esto habia contrariado á don Pero Ponce de Leon, mucho mas cuando vió el gran número de los peregrinos, lo misterioso de sus antifaces, lo estraño de su salida á su encuentro en tales sitios y á tales horas.

—¿Qué os parece de esto, Pimenlel? dijo á uno de los caballeros que estaban con él.

—Paréceme que esa buena gente teme demasiado á la peste que anda por Castilla, y que van á disciplinarse al campo, donde los aires son mas puros y pueden encontrar mas libertad para entregarse á sus devociones.

—¿Y qué pensais vos Sandoval? dijo don Pero Ponce volviéndose al otro ginete.

—Pienso que mucho será que no tengamos que andar tambien nosotros en esa rogativa.

—¡Bah! con un repelon de nuestras lanzas, dijo Ponce de Leon, pasaremos en todo caso sobre ellos: esperad: aquí viene el alferez Luque ¡ola, alferez! ¿qué quieren esos buenos peregrinos?

—Van en romería y pretenden humildemente que se les deje pasar.

—¡Ah! si no es mas que eso, que pasen por la izquierda.

—Yo seria de opinion de que se les hiciese volver atras: mirad, mirad, han formado á la deslilada.

—Eso significa que se estrechan para poder pasar entre nosotros y el bosque, ¡diablo pues esto es otra cosa! ¡Ah! ¡ah! ¡Lanzas en ristre y á ellos! ¡Perros! ¡esta es una celada ,vive Dios!

Lo que habia echo cambiar de pensamiento al feroz don Pero Ponce, era una atrevida evolucion practicada por los peregrinos: se habian formado en dos hileras; habian envestido á los atalayas, los habian arrollado; habian cubierto el flanco izquierdo de los escuadrones, que estaban formados en masa y se habian dilatado por su frente y su retaguardia: poco despues, divididos en pequeños grupos envestian espada en mano por todas partes á los ginetes hiriendo y desjarretando sus caballos.

Muy pronto la mitad de los escuadrones estaban desmontados y los caballos que quedaban útiles para la maniobra, retrocedian espantados por el fuego de las antorchas: las picas de los ginetes acometidos cuerpo á cuerpo eran inútiles y demasiado pesados sus arneses para batirse á pié : además de esto, lo imprevisto del ataque, lo estraño del aspecto de los peregrinos, lo feroz de los gritos que habian sustituido á sus cánticos, lo tenaz y lo inalterable de su ataque, habian aterrado á los hombres de armas que se defendian mal hasta el punto de caer casi sin resistencia. Las espadas de los hombres de Pedro-el-Negro, eran cortas, anchas, tajadoras como hachas; aquellos hombres iban perfectamente armados debajo de sus túnicas y á juzgar por la resistencia que encontraban las espadas de los soldados, cada uno de los peregrinos llevaba un casco á prueba debajo del sombrero. Desde el momento de la embestida habian cesado los cánticos y solo se escuchaban indistintamente los gritos de *¡Castilla Castilla! ¡nuestra señora y el rey! ¡mueran los traidores!....* y á vueltas de esto un vendabal de cuchilladas, una arremetida contínua, un furor incansable. No habia caido ninguno de ellos cuando ya la tercera parte de los soldados rebeldes yacian por tierra, y los otros cejaban sin que pudiesen contenerlos sus capitanes, que se encontraban tambien aterrados como si les hubiera embestido una legion de demonios.

Y luego un accidente horrible habia venido á dar un aspecto mas imponente al combate: el bosque empezaba á incendiarse y la maleza, inflamada en su totalidad, en torno de los combatientes, iluminaba la lucha con una luz rojiza cubriéndola con una atmósfera de humo denso y negro. Parecia aquello el cráter de un volcan en cuyo centro se revolvian demonios esterminandores.

Don Pero Ponce de Leon rodeado de cadáveres de los suyos se defendia de una manera impotente: llamados por lo ostentoso de sus divisas, una veintena de peregrinos le acosaban desplomando en un contínuo martilleo sus espadas sobre su escudo y su armadura. El valiente noble con una rodilla en tierra, replegado sobre el cadáver de su caballo, hacia desesperados esfuerzos por romper el círculo de muerte que le rodeaba; cansado, herido, sin haber logrado saciar su coraje en ninguno de sus enemigos, próximo á sucumbir, rendido por el número y resignado á la muerte, dobló la cabeza, bajó la espada y la esperó.

En aquel momento y cuando se lanzaban sobre él como lobos rabiosos sus enemigos, un peregrino se abrió paso entre ellos:

—¡Atrás! ¡atrás todos! dijo, ¿no veis que este hombre es uno de los capitanes de esa gente y que sus revelaciones pueden servir de mucho al rey?

Los peregrinos se hicieron atrás. El que llegaba se acercó á don Pero Ponce y le dijo:

—Entregadme vuestra espada y daos á prision caballero.

Al oir la voz del peregrino el caballero que se apoyaba desfallecido en el arzon de su caballo, se incorporó con trabajo y dijo mirando atentamente al peregrino.

—Yo conozco vuestra voz.

—Acaso podrá ser, contestó brevemente el peregrino.

—Hace algunos dias me hablasteis en Jerez.

—¡Ah! ¿sois don Pero Ponce de Leon?

—Yo soy.

—En verdad, caballero, dijo Andrés dejándose llevar de la adversion que le habia causado el brusco recibimiento que le tuvo el noble ; en verdad que debia alegrarme de tener en mi poder á quien entonces quiso hacedme apalear por sus lacayos.

—Me fue preciso obrar de aquel modo, dijo el caballero con voz desfallecida: abreviemos porque siento la muerte pesando sobre mí: recuerdo que me pareciste hombre de bien, y, por otra parte, no tengo de quien valerme que me sea mas conocido que vos. Acercaos. Deshevillad mi coraza.

Andrés se acercó le desenlazó el yelmo, se le quitó y apareció el semblante sangriento y pálido como el de un cadáver del altivo don Pero Ponce: aquello daba horror: despues le desarmó los brazales y al fin le deshevilló la coraza. Don Pero Ponce buscó entonces, bajó su coleto de ante y sacó una voluminosa cartera.

—Tomad le dijo: leed lo que está contenido dentro y obrad segun vuestra conciencia.

Andrés ocultó precipitadamente la cartera bajo la muceta.

—Si usais bien de esos papeles, podreis ser un dia grande entre los grandes: decid á la persona á quien, si cumplís como honrado, debeis entregarlos, que muero en su servicio... que os bendiga Dios si cumplís la voluntad que os espreso sobre un campo de sangre.

Y como si apenas hubiera tenido tiempo para decir estas palabras, inclinó la cabeza y cayó sobre el césped.

Andrés le contempló sombriamente durante un momento, y luego se separó como una de esas sombras fatales que vemos durante una pesadilla.

Inmediatamente los peregrinos, que en tal estado habian puesto á don Pero Ponce, se arrojaron sobre él y le despojaron: estaba muerto: su cadena de caballero; su espada con empuñadura de oro; cuantas preseas llevaba sobre sí, le fueron arrancadas. Del mismo modo Pimentel y Sandoval fueron muertos y despojados.

Con la muerte de sus caudillos, los hombres de armas que estaban aun en posicion de huir, esto es montados, escaparon: los demás se rindieron á discrecion.

—¡Vive Dios que el lance ha sido caliente! dijo un caballero, que acompañado de otros dos, desembocaba en el claro delante de cien lanzas; estos peregrinos valen un mundo: nos han ahorrado un trabajo enfadoso: sin duda que el rey os debe este nuevo servicio, mi misterioso amigo.

—Ignoro, señor, quien haya puesto en movimiento esa gente: por lo demás, son poco ambiciosos: en vez de venir á demandar mercedes á su señoría, ved como se alejan en procesion.

—Lo que no impedirá que el autor de esta hazaña, se nos presente mañana á pedirnos con usura su precio: en estos tiempos no hay que esperar servicios desinteresados. Dejémoslos, pues, ir. Ellos parecerán si son de ley. ¿Anda por ahí nuestro buen servidor el agonizante Sancho? añadió el rey, que él era, dirigiéndose al caballero que estaba á su izquierda.

—El buen Sancho, señor, dijo Juan Tenorio, á quien denunciaba, á pesar de su visera calada, lo fatídico de su voz; el buen Sancho anda ocupado en otros asuntos de no menor importancia; pero por lo que pudiera suceder, me he traido conmigo á Pero de Chiclana.

—Pues bien, Tenorio; voy á darte una comision que debe ser muy de tu gusto: mira á ver si el incendio ha respetado algunos árboles, y cuélgame de ellos por los piés á los tres nobles rebeldes y por el cuello á esos malsines que tan bien maniatados nos han dejado los santos peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador: en cuanto á los demás, los cuervos darán buena razon de ellos. Quédate con cuarenta hombres y ve pronto al alcázar á decirme que todo está concluido.

El rey miró un momento con placer el sangriento campo de batalla: revolvió su corcel y se lanzó seguido de sus gentes en direccion á Sevilla.

Cuando entraba por la puerta de Carmona, entraban por la de Jerez los peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador, en procesion y entonando sus cánticos; nadie hubiera sospechado que venian de una matanza: no faltaba uno solo, á escepcion de tres, pero aquellos no habian sido muertos ni heridos: eran Pedro-el-Negro, Andres y Alvar Yañez que, despojados de sus hábitos y embueltos en sendas capas, habian recorrido el bosque en busca de la dama robada: solo encontraron un cadáver; pero Pedro-el-Negro, al reconocerle, dijo para sí:

—Por el hilo se encuentra el ovillo: este es Baltasar... y yo sé muy bien con quien Baltasar se acompañaba de contínuo.

—Y bien, ¿conoceis á ese hombre? le dijo Alvar Yañez.

—No amigo mio, me es enteramente desconocido.

—Pues no deja de ser estraño que vos no conozcais á un bribon.

Dicho esto, Alvar Yañez apagó la antorcha con que se alumbraban, y aquellos tres hombres se encaminaron á paso largo á la ciudad.

Al amanecer del dia siguiente, los aldeanos que conducian legumbres y mantenimientos á Sevilla, al pasar por el bosque incendiado, notaron en el centro del claro un monton de cenizas renegridas, entre las cuales se veian algunos huesos humanos; pendientes de esqueletos de árboles medio quemados, se veian como cuarenta hombres: todos ellos pendian de la cabeza, escepto trés que estaban suspendidos por los piés: nadie hubiera reconocido en aquellos cadáveres destrozados á los rebeldes nobles Pimentel, Sandoval y Ponce de Leon.

Aquel espectáculo era una sangrienta huella del paso del rey don Pedro.

LIBRO DÉCIMO.

CAPITULO I.

En que se trata de la manera como salió Beatriz del poder del rey.

Era ya tarde; la media noche.

En el vestíbulo de la iglesia de San Gil, al pié de una cruz, delante de la cual, pendiente de ella por un pescante de hierro, ardia un farol de luz opaca mecido por el viento, se veia arrodillada una forma blanca cubierta con un velo.

Estaba la plazuela solitaria, es decir, no pasaba por ella un alma viviente: pero un curioso que, sobre todo hubiera tenido muy buena vista, hubiera distinguido en lo oscuro un bulto negro apoyado en una de las columnas del vestíbulo de la iglesia.

Nada tenia de estraña la soledad de la plazuela, en atencion á la hora; pero aunque un forastero hubiera pasado por ella al punto de oraciones, la hubiera encontrado de igual modo desierta.

Y decimos un estraño, porque un habitante de Sevilla ó, circunscribiéndonos mas, de la parroquia de San Gil, no hubiera consentido en acercarse á ella aunque le hubiesen asegurado la existencia de un tesoro, ni aun las rondas que, ningun lugar, por tenebroso que fuese, respetaban, se atrevia á aventurárse en ella, y esto consistia en que habia corrido entre las comadres del barrio y de ellas se habia trasmitido á lo restante de la ciudad, cierto rumor acerca de fantasmas y aparecidos, que se levantaban de la doble sepultura del arcediano don Jofre Diaz de Astorga y del zapatero Sancho Zapata, sobre la cual habia mandado levantar una cruz de mármol negro el rey don Pedro.

En aquellos tiempos las grandes ciudades estaban tan sujetas á la supersticion como ahora nuestras aldeas, y no tenia nada de estraño que se creyese á ciegas que la sombra del arcediano se levantase á

pedir justicia á Dios contra el rey don Pedro desde el fondo de su sepultura.

Por grandes que hubiesen sido los crímenes de aquel falso sacerdote les habia aventajado en magnitud el castigo, y Sevilla, al presenciarlo, se habia horrorizado; del horror habian pasado al temor de una venganza divina, y predispuestos á ella el primer objeto estraño que se dejó ver de noche en la plazuela, ó la imaginacion asustadiza de algun vecino, fueron bastante para que se diese por cierto la existencia de la fantasma.

Por otra parte habia un motivo real y visible: desde la noche siguiente al dia del entierro, una forma blanca habia aparecido sobre la sepultura, siempre en altas horas de la noche, ya fuese esta clara ú oscura tempestuosa ó apacible.

Algunos jóvenes descreidos habian osado penetrar en la plazuela en las horas de que era de presumir se encontrase en ella la fantasma, pero habian vuelto zurrados ó heridos; lo que probaba que las almas del otro mundo tenian medio para hacerse sentir de los vivos de una manera contundente.

Despues de algunos escarmientos, esto es, tras algunas furibundas palizas dadas á los mas tremendos matones del barrio, nadie se atrevió á penetrar en la plazuela, y la fantasma quedó quieta y pacífica poseedora de ella.

A pesar de esto el sacristan de San Gil, hombre acostumbrado por su oficio á andar entre muertos y aparecidos, escudado con la altura de la torre de la iglesia, á la que no era probable, atendidas su santidad, se atreviesen los fantasmas; atafayó la plazuela, y logró sacar en claro que poco despues de las ánimas entraba en ella una dama acompañada de un hombre de trazas marciales: que la dama se arrodillaba al pié de la cruz y permanecia en oracion durante una hora, despues de lo cual hacia una seña, se aproximaba el guardian, y misteriosamente y en silencio volvian á salir de la plazuela por el mismo sitio por donde habian entrado.

Esto no solo lo habia visto el sacristan, sino tambien algunos de sus amigos; se habia hablado mucho sobre ello, y se habia sacado en claro, que una mujer enlutada iba todas las noches á orar sobre la sepultura del arcediano y del zapatero, acompañada de un embozado.

Lo que no fue tan fácil poner en claro por el sacristan y sus cofrades, fue el nombre y la alcurnia de aquella mujer: por un momento las conjeturas se fijaron en Beatriz Zapata, pero de una manera vaga: no parecia probable á los buenos observadores que una hija fuese todas las noches y recatándose á orar sobre la sepultura de su padre: esto pasaba mas allá de los límites del dolor filial y no se comprendia en aquellos tiempos rudos: cuando se pensaba en que aquella mujer podia ser una querida de don Jofre Diaz, el nombre de Beatriz se apartaba bruscamente de esta suposicion, merced á la buena fama que debia la jóven á los observadores. Por lo tanto el misterio siguió sin perder nada de su oscuridad, y la observacion de los curiosos continuó asídua y tenaz.

En la noche á que nos referimos, que era la misma en que los peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador habian hecho tan sangriento servicio al rey don Pedro, y poco antes de la doce, tres hombres revozados en anchas capas adelantaban á buen paso por la calle del Comendador. Cuando llegaron á la esquina de la plazuela de San Gil, dos de aquellos hombres se quedaron atrás y el otro desembocó en la plaza. El bulto blanco permanecia arrodillado é inmóvil.

El silencio era profundo. El embozado adelantó estremecido no de miedo sino de emocion, apresuró el paso y se encaminó á la cruz; pero apenas habia mediado el camino, cuando del vestíbulo de la iglesia adelantó un hombre y á paso apresurado llegó y se interpuso al hombre que adelantaba y á la cruz.

—Volveos, dijo con voz áspera y descomedida, sino quereis pasarlo mal.

—¡Ah! ¡ah! yo os conozco, dijo el que llegaba.

—¡Mejor, mucho mejor! si me conoceis sabreis que yo no hablo nunca en valde.

—Lo sé, señor Garci Diaz de Albarracin, y el encontraros en este sitio resguardando esa dama, me lastima mas de lo que pudiera hacerlo vuestra maza.

—Señor Andres Corchuelo, dijo el ballestero del rey reconociendo á su vez á su interlocutor; si no fuérais vos, á fe que no me pesaria de este encuentro; pero vos sois un buen camarada con quien no querria pasar de las palabras á los hechos. Volveos, os digo, y ved que buenas razones debo tener para ello cuando así me sostengo en lo dicho.

—¿Con qué es verdad?

—No sé lo que quereis decir.

—Quiero decir que el rey.....

—El rey me ha mandado guardar á esa dama.

—Lo que me prueba, que esa dama es Beatriz Zapata á quien busco.

—Pues haceis mal en buscarla.

—¿Y quién podrá impedirme que yo me acerque á una mujer que me ama?

—Creedme, señor Andrés; los tiempos han variado: yo no sé si os ha amado ó no la hija del zapatero Sancho Zapata; pero lo que sé de positivo es, ó mucho me engaño, que no sereis vos el marido de doña Beatriz Zapata y Tellez.

—Pero podreis considerar, esclamó Andres terriblemente agriado, que no es de vuestra boca de donde yo debo escuchar estas palabras; nada os importa lo que yo tenga que tratar con esa señora; y así, pues, dejadme paso, sino es que quereis hacerme creer que esa dama está cautiva y que debo libertarla.

—En caso de que estuviese cautiva, señor Andrés, contestó con acento burlon el ballestero, en tales manos está, que no creo yo que vuestra ayuda para sacarla de su cautiverio valga mas de lo que valdria la ayuda de una golondrina.

—Veámoslo, pues, esclamó el jóven tirando de la espada, irritado por este último insulto, y embistiendo á Garci Diáz.

El ballestero se hizo dos pasos atrás, echó mano á su espada y esperó sereno el ataque de Andrés. Las espadas se chocaron; á su ruido la dama se levantó asustada, y los dos hombres que estaban trás de la esquina adelantaron el uno en pos del otro. El mas delantero requirió la espada y cerró con Garci Diaz ayudando á Andrés; y el segundo torció el camino y describiendo una curva, ganó la espalda á los combatientes y se acercó á la dama que temblaba replegada á la cruz.

—He aquí los resultados de venir de noche y resguardada por un solo hombre á sitios tan peligrosos como estos, dijo aquel hombre dirigiéndose á la mujer, en tanto que á algunos pasos de distancia Garci Diaz de Albarracin se defendia como un leon de sus enemigos.

—¿Sois vos, señor Garci Yañez? esclamó la dama con voz dulce y anhelante.

—Me place, señora, que la fortuna no os haya hecho olvidaros de vuestros buenos conocidos: esta es una prueba de que os acordais de todos.

—¡Oh! sí; ¿pero quiénes son esos hombres? esclamó con angustia la dama.

—Uno de esos hombres, hermosa Beatriz, se llama Andrés.

—¡Ah! ¡Andrés! ¡es Andrés! esclamó la jóven lanzando una esclamacion del fondo de su alma.

—Sí, Andrés, que viene á buscaros.

—¡Y le van á matar! ¡Oh! ese hombre que me guarda es una fiera, añadió Beatriz lanzándose al lugar del combate: apartad, apartad, señor Garci Diaz. Apartad

vosotros, señores, gritó: yo lo quiero, yo lo mando.

Y aprovechando un momento en que la sorpresa habia hecho bajar las espadas á los combatientes, se abrazó á Andrés.

—¡Le quereis matar y es mi esposo! esclamó Beatriz volviéndose al ballestero. El rey os ha puesto á mi lado para que me defendais, no para que me aparteis de mis amigos. ¿No es verdad, señor Alvar Yañez, que el rey no llevará á bien que se me violente de ese modo?

—¡Ah! estais ahí tambien vos, señor escribano, esclamó el ballestero con acento amenazador.

—Sí, ciertamente que estoy, esclamó con cierta precipitacion febril Alvar Yañez: cierto que estoy, pero yo ignoraba que su señoria tuviese ni el menor interés en que esta dama... os lo puedo asegurar... pero en fin, espero que por vuestra parte esto no tendrá malas consecuencias.

—No, si me dejais conducir esta dama sana y salva á su casa... consiento en olvidar lo que ha sucedido, porque yo amo como ama el señor Andrés, y seria capaz de perder siete vidas por mis amores; pero creedme: tratándose del rey no me espongais á que yo tenga que decirle: me han robado á doña Beatriz.

—Tratándose del rey, esclamó la jóven: y ¿quién trata de robarme? No, no, señor Garci Diaz; yo soy la que de buena voluntad me separo de la proteccion del rey... decídselo... decidle que he huido... sola... el rey no me buscará, creedlo... y si me busca no me encontrará... porque me causa bastante miedo para que yo me atreva á poner un pié en la calle... hasta ahora no tenia de quien ampararme... pero de hoy mas tengo á mi Andrés... á mi Andrés que será mi esposo... vos no direis nada al rey... ¿no es verdad?

—El señor Garci Diaz callará, dijo hablando por primera vez el tercer hombre.

—¡Ah! ¡eres tú! Pedro-el-Negro, esclamó el ballestero con una voz convulsiva por el odio.

—Sí, yo soy: ya sabes Garci Diaz que nosotros tenemos motivo para respetarnos: ¿he? tú callarás.

—Callaré, pero...

—Adivino lo que ibas á decir. No te parece prudente que esta hermosa señora abandone así al rey sin despedirse de él. Creo como tú que debemos obrar con mas prudencia.

—Esperad, esperad, dijo Alvar Yañez. Paréceme que las cosas suceden de manera que bien podreis pasar por violentado señor Garci Diaz: ¿no oís ese rumor que viene de la calle del Comendador?

—¡Oh, diablo! sí.

—Parece el ruido de un rio... y vos que estais demasiado acostumbrado á oir de estos rumores, sabeis que no es otra cosa que un motin; mirad, mirad el resplandor que se estiende en la plazuela por la embocadura de la calle.

Garci Diaz corrió á la esquina inmediata y observó un momento.

—¡Ira de Dios! dijo volviendo; combaten la casa del arcediano; es decir, la de doña Beatriz.

—Pues bien; ya veis que esto os favorece: ¡oid! ¡oid! golpean la puerta; esta noche, el diablo anda suelto en Sevilla.

—Apostaria á que esto no es otra cosa que sucesos de sucesos... Por mi patron San Lázaro que en esto debe de andar metido el señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Pues ya que tan largo cazais, debeis ser previsor señor Garci Diaz; suponed que esos furiosos habrán entrado de seguro en la casa, que no encontrando en en ella á doña Beatriz, se estienden á buscarla por los alrededores. Creedme; apartémonos de aquí, dejémonos ir con la corriente y despues... despues ¿quién sabe lo que sucederá?

El ballestero envainó mohino la espada que hasta entonces habia tenido desnuda, y encaminándose á los dos amantes, que algo separados estaban entretenidos en una sabrosa plática de protestas, de esclamaciones y de delirios, les dijo:

—Vamos; se conoce que os amais bien, amigos mios; pero no es este tiempo de dormirse en arrullos... señora, una turba asalta vuestra casa... es muy posible que esos demonios no encontrándonos alla, sepan por algunos de vuestros criados que estamos aquí. Ya que el diablo quiere que salgais por ahora del poder del rey, aprovechemos el tiempo. El señor... mi amigo (y señalaba á Pedro-el-Negro) tiene mil lugares seguros á donde conducirnos. Salvémonos, y despues veremos lo mejor que hay que hacer.

Beatriz se asió con fuerza al brazo de Andrés, y Pedro-el-Negro en silencio tomó la salida de la plazuela opuesta á la calle del Comendador. Algunos momentos despues aquellas cinco personas adelantaban á paso largo por un laberinto de callejuelas.

De repente Andrés se detuvo y se palpó. Beatriz se detuvo asustada.

—¿Qué es eso? dijo:

—Nada, contestó Andrés; durante la riña he perdido mi limosnera.

Y siguió adelante.

En aquella limosnera iba guardado el paquete que don Pero Ponce de Leon habia entregado antes de morir al jóven; pérdida que este apreció en poco: para el aquellos papeles debian pertenecer á los asuntos de los rebeldes, y su pérdida le libraba de un compromiso contraido con un moribundo.

Casi al mismo tiempo en que Andrés habia echado de menos su limosnera, un hombre cubierto con una capa, un sombrero y un antifaz, levantaba del suelo en la plazuela junto á la cruz un objeto; aquel objeto era la limosnera de Andrés. Aquel hombre la guardó, y seguido de la harapienta turba que le acompañaba, se encaminó á la ventura por las mismas callejas por donde habian tomado los fugitivos.

CAPITULO II.

En que se ve que la vieja Berta era mas de lo que parecia.

Pedro-el-Negro era demasiado sagaz para no conocer que las circunstancias en que el acaso le habia colocado eran dificilísimas. Conocia bastantemente el carácter del rey para saber que jugaba un azar peligrosísimo, del que solo le podia sacar avante una casualidad afortunada.

Para él aquella Beatriz era una esperanza, y sus amores con Andrés podian servirle para sus asuntos. Pero caminaba á ciegas. La conducta de la-Liebre le parecia oscura, la de Alvar Yañez traidora, y fiaba muy poco tratándose del rey en la discrecion de Garci Diaz de Albarracin. Necesitaba, pues, apoderarse de la situacion.

Pero Pedro-el-Negro era uno de esos hombres á quienes la práctica en el crímen y la asociacion con grandes criminales hace terribles; él podia burlar los maceros del rey, la vigilancia de sus alguaciles y de sus espías, y rodear á su vez de espías y de asechanzas al rey. Y solo necesitaba apoderarse enteramente de Beatriz, separarla de sus afectos, disponer como único señor de ella. Beatriz podia ser para él un precioso escalon para llegar á su sueño. Pedro estaba cansado de luchas sordas, de trabajos tenebrosos, y su ambicion no se satisfacia ya con ser el jefe de una terrible asociacion de bandidos. Necesitaba como el difunto arcediano llegar á ser rico-hombre, señor de villas y lugares, y tener franco el paso hasta el trono: ayudarle con su poder ó combatirle; era, en fin, uno de los formidables poderes feudales de la época.

Y todo lo esperaba de Beatriz: no sabia como, pero conocedor de mas de un secreto del arcediano vislumbraba la posibilidad de una intriga que le llevase

al colmo de su ambicion, usando bien de Beatriz, del corazon del rey y de sus secretos.

Alvar Yañez se habia aliado instintivamente al bandido, impulsado por el mismo objeto: pero su ambicion era mas moderada: se contentaba con un oficio de secretario del rey que le pusiese en posicion de esplotar los mil veneros de riqueza que estaban bajo la mano del rey.

Beatriz y Andrés solo pensaban en su amor: habian sufrido demasiado con las circunstancias que los habian desunido, habian tenido zelos, dudas, temor, cuantas pasiones accesorias acibaran el amor, y habian tenido necesidad de decirse una y cien veces que su amor no habia menguado ni empalidecido.

En cuanto á Garci Diaz de Albarracin se dejaba arrastrar de las circunstancias, y su alma de lobo se replegaba en sí misma, pero pensando siempre en el momento en que pudiera vengarse de la violencia que se le hacia.

El bandido marchaba delante á largo paso espada en mano; le seguian Beatriz y Andrés, y en pos y en silencio cerraban la marcha Alvar Yañez y Albarracin.

Pedro-el-Negro se detuvo junto á la iglesia de San Isidoro en el mismo sitio donde el rey y Men Rodriguez habian dado tan buena cuenta de Gil Garcia de Albornoz, y llamó á la puerta inmediata; por el momento nadie contestó. Repitió el bandido sus llamadas, oyéronse arriba pasos furtivos, se abrió una ventana y asomó la misma vieja que habia pedido auxilio contra el rey y Men Rodriguez, alumbrando con el mismo candil.

—¿Qué quereis á estas horas, dijo con voz cascada é impaciente?

—Soy yo, contestó Pedro: abridme, buena madre; os traigo muy honrados huéspedes.

—¡Ah! ¿eres tú racimo de horca? contestó la vieja: yo creia hijo mio, que segun andan las cosas esta noche habria dado el diablo buena cuenta de tí.

—Ya veis que no, madre Berta. Pero abrid con cien legiones... estais haciendo esperar á una hermosa dama y á cuatro honrados hidalgos.

—¡Ah! ¡ah! ¡de damas está la noche!... pues esperad, hijo, esperad, que ya voy.

Y la vieja cerró la ventana.

—Y decidme, señor, esclamó Beatriz, dirigiéndose á Pedro-el-Negro; ¿no teneis otra parte mejor á donde llevarme?

—¡A otra parte mejor! ¡señora! la buena Berta es una honrada dueña, viuda de un escudero del difunto rey don Alonso, muy cristiana, muy honrada, y sobre todo muy caritativa. En su casa estareis mucho mejor que en un convento... y sobre todo en ninguna parte podeis estar mas al abrigo del rey... pero callad; ya siento á mi buena madre que se acerca... no le mostreis desconfianza, señora: esto la disgustaria.

Abrióse en aquel momento la puerta, y se presentó á los cinco personajes una vieja encorvada, cuya edad no podia marcarse: solo podia decirse que era muy víeja: una de esas organizaciones acartonadas, por decirlo así, verdaderas momias vivientes, que hacen pensar en la eternidad humana; una de esas viejas á quienes no falta ni un diente ni un cabello, cuya piel se ha puesto árida y escamosa, y cuyos ojos se han hundido hasta el fondo de los alvéolos; pero fuertes, musculosas, rígidas, respetables por la larga esperiencia que debe suponerse á sus muchos años; y luego en su semblante habia un indudable sello de grandeza pasada, aunque degenerada al parecer por la edad y por los sufrimientos.

Su vestido consistia de una saya burda á manera de hábito, ceñido en la cintura con una correa; en unas tocas limpias y bastante finas, y un manto que no la pasada de la cintura.

La vieja examinó de una sola ojeada á los recien llegados, y estos á su vez la examinaron: ninguno la conocia, lo que no dejó de maravillar á Alvar Yañez que pretendia conocer hasta los ratones de Sevilla. Y sin embargo el escribano luchaba á la vista de su semblante con un tenaz y confuso recuerdo que no podia esclarecer.

—Yo conozco á esta vieja, decia para sí; yo la he visto en alguna parte hace mucho tiempo y mas jóven. ¡Diablo! todo es misterioso esta noche: pues bien; observemos y ello dirá.

Por su parte la vieja tenia fija una mirada intensa en Beatriz, pero en aquella mirada no habia duda: parecia reconocer de una manera segura á la jóven, y en su mirada habia benevolencia, amor, y al mismo tiempo una intensa espresion de sufrimiento.

—Entrad, entrad hija mia, la dijo, á haber sabido que esa dama tan hermosa y tan pura llamaba á mi puerta, sin duda que me hubiera apresurado á franquearsela. Entrad, entrad, señores. Cuando á tales horas personas de vuestra traza buscan un techo amigo es porque lo han menester de una manera urgente... Entrad, mi casa es vuestra.

En efecto, las circunstancias eran tales que todos se apresuraron á entrar. De la parte de la iglesia de San Isidoro habia empezado á surgir un ruido sordo, que fue acreciendo hasta escucharse voces sediciosas, todo el estruendo atronador, en fin, de una sublevacion popular.

Eran las turbas que habian arrancado á Juan Fernandez de Hinestrosa de la torre del Oro, que habian saqueado algunas casas de judíos y de señores rebeldes, que habian forzado la de Beatriz, y que lanzadas por el acaso en el mismo camino que los fugitivos, seguian aun gritando, agitando sus antorchas y su mugriento estandarte.

Era uno de aquellos terribles azotes que de tiempo en tiempo caian, como un castigo de Dios, sobre la córte del rey don Pedro, y que no desaparecian sin haber dejado profundas huellas de su paso.

Pero despues de seis horas de desórden, de soltura y de robo, aquella turba habia ido disminuyendo considerablemente, y cuando pasó por delante de la casa de Berta ya no impulsaban á Juan Fernandez de Hinestrosa mas que un centenar de desarrapados: los demás cargados de botin habian huido á esconderse en sus madrigueras.

Entretanto la vieja condujo á sus húespedes por patios destartalados y sombríos, cuyas sombras no alcanzaba á esclarecer la turbia luz de su candil: parecia un espectro conduciendo á cinco fantasmas, á través de sus dominios: nadie hablaba: de tal manera influian en todos las circunstancias. Y así en silencio la vieja llegó á una gran puerta situada en el fondo de una galería, la abrió y penetró en un ancho espacio, de cuya entrada partia el doble ramal de una escalera circular que terminaba en una meseta, y en una puerta ornamentada con lujo segun el estilo gótico, y cerrada con una viegísima mampara de cuero.

Desde aquella meseta se veia confusamente mal detallada por la luz del candil, una cúpula al parecer pintada, de cuyo roseton pendia una cadena que en otros tiempos debió servir sin duda para sostener una lámpara.

Berta dió dos golpes con la mano en aquella puerta: poco despues se oyeron tardos pasos en el interior, se abrió una puerta, segun pudo notarse por el rechinar de los goznes, y despues se franqueó la mampara.

Uno, al parecer escudero por su traje, tan viejo ó mas que Berta, pero fuerte y avellanado como ella, con la cabeza descubierta y con un escudo de armas sobre el pecho, en que se veia sobre fondo rojo un leon rampante negro, cruzado por una banda de oro, apareció llevando en la mano un hachon de cera encendido. Aquel hombre era un tipo de criado de casa noble, y podia dudarse en atencion á lo aristocrático de su librea, si era criado de Berta, ó si Berta no era

otra cosa que una parte de la servidumbre de aquella casa.

Pero al ver el solícito respecto con que el escudero obedeció las órdenes de la vieja, no podia dudarse de que aquellos dos seres estaban colocados en la situacion respectiva de señora y vasallo, valiéndonos de la calificacion propia de aquella época.

Colocados ya en aquel punto todo era un misterio hasta para el mismo Pedro-el-Negro. Berta se le presentaba por primera vez de una manera imponente.

—¿ Quién es esta vieja, decia, que tiene un palacio y criados con vestas blasonadas, que se inclinan al hablarla, ni mas ni menos que si se tratase de una rica hembra? Vamos, esto debe ser un sueño.

Y Pedro-el-Negro con la mejor buena fe se frotaba los ojos, como si tratara de lanzar de sí una pesadilla.

Y tenia fundadas razones para creerse presa de una fascinacion: hasta entonces Berta no se habia presentado á sus ojos sino como la abuela de Isabel la-Liebre, con sus puntas de bruja y hechicera, maldiciente y murmuradora, siempre dispuesta á un escándalo con las vecinas y con los transeuntes. Es cierto que Pedro sabia que la vieja se daba buena vida, que dormia en un lecho cómodo, que para servirla tenia consigo una moza desenfadada, casi alegre y robusta, y que no tenia profesion alta ó baja con que procurarse medios de subsistencia. Sabia además que regalaba á su nieta alhajas y bujerías de valor aunque de un gusto un poco antiguo; pero Pedro-el-Negro que ejercia para vivir una industria misteriosa, creyó que la vieja se procuraria sus comodidades y las alhajas que regalaba á su nieta, valiéndose de la magia negra ó blanca: esto es, hechizando damas á peticion de galanes ó viceversa, vendiendo untos y diciendo la buena ventura. Esto era muy comun en aquellos tiempos, y aun en los nuestros existen mujeres que por su posicion parece que debian estar á salvo de tan groseras supersticiones, y que sin embargo se dejan robar por un charlatan, le confian sus mas profundos secretos, y creen ciegamente en el poder adivinatorio de los naipes, de las conjunciones y de los signos.

Y esto no acontece solamente en España, sino que se observa entre las damas mas civilizadas, mas cultas, mas adorables de esos grandes círculos de civilizacion que encierran París y Lóndres, y esto consiste en que sobre los esfuerzos de la educacion y de la razon está el instinto por lo maravilloso, que exagerado produce la supersticion.

Numerosos ejemplos tenemos de grandes hombres que han consultado á charlatanes en todos tiempos, y aun nosotros mismos conocemos hombres de mucho talento que por nada del mundo empezarian un negocio en martes.

Si hoy la cábala tiene prosélitos, con mucha mas razon puede decirse que en el siglo XIV, la creencia de la hechicería era una cosa tan arraigada en el alma de todos, como que habia producido famosas leyes represivas que pueden examinar los curiosos en las *siete partidas* del rey don Alonso el Sabio.

Por lo tanto, Berta á los ojos de Pedro-el-Negro, no habia pasado de ser una cosa vulgar, porque en su tiempo se encontraba una hechicera tras cada esquina, y el señor arzobispo de Sevilla ayudado por sus coabyutores, no hacia cosa mas frecuente que quemar brujas y hechiceras en la Tablada... pero de repente Berta habia crecido en proporciones á sus ojos: no era ya la hechicera sino la señora; habia dejado de ser la mujer maldiciente para trasformarse en un misterio capaz de volver locos á los siete sabios.

No era menor el asombro de los otros cuatro testigos de aquellas singularidades, que lo eran bastante para inspirar respeto: la estatura de la vieja se habia erguido y atravesaba grandes habitaciones siempre precedida de su matusalen escudero, en paso firme, noble, haciendo resonar los tacones de sus chapines, sobre los sonoros pavimentos: al fin llegó á las puertas de una cámara que abrió el escudero, entraron y la puerta se cerró; el escudero encendió cuatro bujías de cera que estaban sobre una mesa y salió por una puertecilla que se cerró sin ruido.

La vieja se sentó en un alto sillon blasonado que estaba junto á la mesa, é invitó á sus huespedes á que se sentasen.

—Dispensadnos, señora, dijo Pedro-el-Negro descubriéndose con respeto por primera vez delante de Berta; pero estamos en una situacion bastante estraña.

—Es verdad: el señor Juan Fernandez de Hinestrosa, privado de ese maldito rey que gobierna por castigo de Dios las Castillas, ha sabido que existia una mujer en la córte á quien el rey honraba y protegia, y aprovechando el motin levantado por el oro de don Simuel Levi, y que le sacó de la torre del Oro, ha querido á su vez sacar partido de ese alboroto, y ha acometido la casa de doña Beatriz.

—¡Ya lo decia yo! esclamó Pedro-el-Negro.

—Tu no sabes nada, hijo mio; eres un escelente bribon que sirves de mucho para ciertas cosas y que sabes urdir una intriga. Pero no podias figurarte que la vieja Berta, la hechicera, era tu señora. Yo lo sé todo hijo mio. Hasta ahora no se me ha visto el rostro en el mundo, porque no se me conocia; pero desde ahora que has visto algo de lo que soy, desaparecerá de delante de las gentes la vieja Berta, hasta que llegue un hermoso dia: un dia de venganza. ¡Ah! parece que arqueas las cejas valiente Albarracin. Pero á despecho de tu lealtad y de la brabura de tus compañeros, vuestro hermoso y terrible rey caerá, porque está escrito que los crímenes de los padres caigan sobre los hijos hasta la cuarta generacion.

—Pero en fin, señora, á qué tenemos que atenernos, dijo con su ruda franqueza el ballestero.

—Supon que el señor Juan Fernandez de Hinestrosa pensando en librar á su hermosa sobrina doña María de Padilla de una rival terrible, te la ha robado de su misma casa... lo que viene á ser igual, porque no verás mas á esta dama.

—Y creeis que sea tan fácil robar al rey una mujer.

La vieja sonrió con desprecio.

—Si dices al rey la verdad hijo mio, contestó, esto es, que te has dejado engañar, el rey te mandará dar un trato de cuerda hasta que exhales el alma... cuando si buenamente le engañas podrás adelantar mucho: esto es, escapar con la piel. Por lo demás, aunque tu rey pretenda encontrar el lugar donde se oculte Beatriz, le desafio. Vete: me agradan los valientes y te dejo libre.

Albarracin se mordió los labios despechado, lanzó una mirada de reto á Pedro-el-Negro que estaba aturdido, y siguiendo á otro tambien viejo escudero, que habia acudido á una palmada de Berta, salió.

—Tu, Pedro, continuó la vieja, será bueno que vayas á esperarme á una de esas habitaciones inmediatas. Acompañadle vos, señor Alvar Yañez. Tengo que hablaros.

Pedro-el-Negro quiso contestar, pero Berta le indicó con un ademan soberanamente altivo una puerta por la que salió, acompañado de Alvar Yañez. Quedaron solos con la vieja Beatriz y Andrés.

Entonces Marta se levantó, cerró por dentro todas las puertas escepto una, y asiendo de la mano á Beatriz que temblaba, y mandando á Andrés que tomase dos bujías de sobre la mesa, se trasladó con ellos á otra habitacion que cerró por dentro.

—Se, dijo, sentándose en otro sillon, qué os amais hijos mios; os encontrasteis en circunstancias iguales: tu pasabas por hija de un zapatero...

Beatriz hizo un movimiento.

—Déjame proseguir hija mia, continuó con dulzura la vieja. El buen Sancho Zapata era demasiadamente

villano y humilde, para que se atreviese á decir amores á su hija, y aun creyéndo hacerla favor un hombre, que aunque hijo de maese Blas, el corcobado de nuestra señora de la Sede, era escudero del señor Juan Fernandez de Hinestrosa, y se tenia casi por hidalgo. ¡Ay! yo no pude impedir entonces esos amores, era pobre, muy pobre, apenas tenia con que vivir. Lo que Dios ha permitido es incontrastable, y ese amor ya no tiene remedio. ¿Pero no comprendiste Andrés que una frente tan altiva, tan noble, unos ojos de tan dulce y tan magestuoso mirar, no podian provenir de una raza de toscos villanos? ¿no comprendiste que Beatriz era una perla perdida en un establo? ¿No temiste que algun dia en vez de la humilde villana se levantase ante tí la poderosa señora? Y eso ha sucedido: ese rey descomulgado sabe harto bien quien es Beatriz y

Al pie de la cruz se veia una forma blanca cubierta con un velo.

la ha ennoblecido, la ha honrado y se ha atrevido á amarla. ¡Amor maldito! pues bien, amaos hijos mios ya que yo no puedo evitarlo; pero si quieres ser su esposo Andrés, hazte digno de ella. Combate al tirano, ayuda á los buenos, y procura que llegue un dia en que un rey mas justo y mas noble, te iguale con Beatriz.

—Cuando él me conoció, señora, dijo la jóven con timidez, yo era una pobre villana. ¿Y qué soy ahora? El rey me ha dicho que soy noble, rica, señora de vasallos, ¿pero dónde están mis padres?

—¡Allí! dijo la vieja señalando solemnemente al cielo: ellos que me ven, ellos que me oyen, saben que yo les juré protegerte, guardarte y lo hago. Si el rey no se me hubiera anticipado, no hubieras ido seguramente á vivir á la casa de ese miserable arcediano, ni hubieras sido guardada por los satélites de don Pedro. Pero Dios es justo y nadie sabe sus caminos. En cuanto á tí Andrés, vé á buscar al señor Juan Fernandez de Hinestrosa: le encontrarás en el alcázar...

—¡Señora! esclamó Andrés que se mostraba reacio á todo lo que fuera separarse de Beatriz y que sospechaba de todo.

—Y bien, ¿qué podrás hacer, para torcerme de mi camino? dijo con acento imperativo y desdeñoso Berta.... ¿no te basta villano oscuro, el que yo te perdone tus amores y te conceda mi Beatriz?

¡Su Beatriz! aquella palabra habia sido pronunciada

de una manera tal como si hubiera salido de la boca de una madre: aquella palabra aterró á Andrés: le repugnaba todo lo que pudiere haber de comun entre aquella momia y su Beatriz tan bella, tan inocente, tan pura.

—¿Y qué seguridades me dareis, señora?

—Yo podria hacerte salir apaleado ó muerto, dijo la vieja, y sin embargo no lo hago, y sufro tus impertinencias ¿y por quién habia yo de sufrirlas, sino por ella que te ama, imbécil? Toma (y arrancó de su rosario una cruz de plata) guarda esa prenda y cuando te presenten otra igual obedece á quien te la presente, como si se tratara de mí misma: no te olvides de presentarte al señor Juan Fernandez de Hinestrosa; procura entrar otra vez en su servicio é inspirarle una ciega confianza.

—¿Y por qué me quereis separar de él señora? dijo con acento suplicante Beatriz. Yo renuncio á todo lo que pueda corresponderme á saber el nombre de mis padres si es que no soy hija del pobre Sancho Zaptata... prefiero vivir con él pobremente fuera de Castilla donde la suerte me es tan contraria. Ved señora que no tengo á nadie mas que á él.

—¡A nadie mas que á él! es verdad ignoras quien

Leila contemplando á Beatriz dormida.

soy yo, amas de una manera violenta como amaba tu madre: por tu amor todo: la honra, el porvenir, la vida: yo fui débil, demasiado débil con ella; pero no lo seré contigo. Te tengo en mi poder... por una casualidad, es cierto... pero sin ella no hubiera tardado en apoderarme de tí... será necesario que sufras mi tirania, porque ella es tu salvacion.

—Si, dijo Andrés: quedaos Beatriz... no sé porque el corazon me dice que uniéndoos ahora á mí seriais muy desgraciada... quedaos: me parece que esta mujer habla con el corazon... pero si me engañais, señora, tened por seguro que agotaré todos los recursos que me sugiera mi desesperacion para salvarla, y que mi venganza, si la aconteciese una desgracia, seria terrible, cruel. Haced que me muestren la salida.

La vieja llamó y se presentó el primer escudero.

—Conduce este hidalgo á la calle, dijo Berta, y tu hija mia sígueme.

Beatriz miró de una manera desesperada á Andrés, rompió á llorar y se arrojó en sus brazos: por un mo-

mento Berta respetó aquel dolor, pero despues asió bruscamente de la jóven y la separó de su amante dirigiéndose con ella á una puerta inmediata.

Al desaparecer por ella Beatriz hizo un esfuerzo desesperado y se volvió hácia Andrés.

—¡A Dios! esclamó sollozando, ¡á dios! ¡ hasta la eternidad!

CAPITULO III.

En que se ve la mano que tenia la luz de todos estos misterios.

—¿Donde habeis estado señora? decia poco despues un mancebo imberbe á Berta, encerrado en una habitacion con ella.

—¡Oh! perdonadme señor, perdonadme. Pero Dios me ha enviado una prenda perdida, una jóven...

—¡Ah! ¿alguna historia, algun recuerdo de nuestra juventud?

—Es sangre de mi sangre, y hueso de mi hueso: es mi nieta.

—¿Vuestra nieta?

—Me habeis pedido mi ejecutoria, mis dictados... me los habeis pagado con oro, con demasiado oro, y yo me he prestado á reconoceros por nieto mio. Yo no habia hecho ese sacrificio sino pensando en esa infeliz que sufria tiranizada por un rey de quien necesito venganza, ya que no la he podido obtener de su padre; la infeliz estaba entregada en sus manos, espuesta á la deshonra.

—Decis que esa mujer estaba en poder del rey... ¿como se llama?

—¿Me preguntais su verdadero nombre?

—Os pregunto el nombre por el cual se la conocia en el mundo.

—Beatriz Zapata...

—¡Ah! esa zapatera á quien el rey ha ennoblecido, dijo con desden el jóven.

—Ved que esa jóven es mi nieta.

—¡Nieta vuestra doña Berta!

—Sí, hija de mi hija doña Elvira.

—Y de...

—El nombre de su padre es muy ilustre, y para que podais concebir de qué modo Beatriz ha podido ser su hija seria necesario que yo os relatase una historia.

—El nombre, el nombre del padre de vuestra nieta.

—El padre de Beatriz, dijo lentamente la vieja y como si la costase un penoso sacrificio pronunciar su nombre se llamaba don Alonso el Onceno de Castilla.

—Es hermana bastarda del rey, esclamó profundamente el jóven.

—Si pero menos afortunada que los hijos de doña Leonor de Guzman.

El jóven que no era otro que Leila, estaba profundamente pálido.

—Hija de Alonso el Onceno y de doña Elvira de Tellez... esclamé y vos sois su abuela... ¿como me podreis probar eso?

—Por medio de papeles de familia, y refiriéndoos una historia.

—No, no; llevadme antes á ver á esa Beatriz.

—La desdichada está descansando, señor.

—Mejor, mucho mejor; así la encontraremos dormida...

—Pero.

—Acaso me interese conocer á esa jóven.

—¡Qué! ¿no la conoceis señor?

—¿Y que tiene eso de estraño?

—En Sevilla todo el mundo la conocia : la llamaban Beatriz la hermosa.

—Razon mas para que yo me empeñe en conocer ese prodijio.

Dominaba de tal manera Leila á la vieja, que esta obedeció y condujo á la jóven á una cámara inmediata.

En ella en un alto y antiquísimo lecho, rendida por el cansacio y por las emociones de aquella noche dormia con un sueño inquieto Beatriz. Su purísimo semblante iluminado por una lámpara inmediata, estaba embellecido por una sublime espresion de sufrimiento. De tiempo en tiempo se exhalaba de su pecho un gemido y dos lágrimas tranquilas se deslizaban por sus mejillas.

—¡Hermosa! hermosa como el amor! esclamó Leila posando en ella una dulce mirada. ¿Y decis que el rey ama á esa niña?

—Con frenesí.

—¿Ignorará que es su hermana?

—Debe saberlo : debe habérselo revelado antes de morir el arcediano de San Gil.

—¡Oh! es imposible que el rey llegue á tal infamia. Yo le aborrezco, deseo vengarme de él, pero no le creo capaz de tanto; es cruel, terrible... ¡pero infame! no, no, doña Berta, vuestro amor por vuestra nieta os hace abultar el peligro.

—La ha enoblecido...

—El rey segun se dice es exagerado en todo; en el castigo y en la recompensa: además, ¿no dicen que ha hecho reina á la Padilla? ¿No se casó con doña Juana de Castro? ¿no ha estado á punto de entronizar á doña Aldonza Coronel? Beatriz es demasiado hermosa para que el rey haya querido prepararla á su amor con magníficos dones.

—¡Oh! ¡Dios mio! si la Providencia no nos hubiera arrojado á esa pobre niña... ¿que hubiera sido de ella?

—Era lo último que faltaba á los crímenes de don Pedro... un incesto... pero Dios ha permitido que en el antro del leon pueda entrar la serpiente... y el leon caerá...

—Pero ¡quien sois vos!...

—¡Yo soy el paje Gaston! entendedlo bien : yo os he comprado vuestro nombre, vuestros títulos : he contraido la obligacion de desempeñar vuestros estados de manos de los usureros para mi hermana... además la suerte de Beatriz corre de mi cuenta : vivirá con Ana, con mi querida... Ana... dentro de poco volved y despertad á Beatriz : es necesario ponerla en salvo : en cuanto á mí hago falta en otra parte : dentro de algunas horas, despues del amanecer, avisadme del lugar á donde nos hayamos trasladado, en casa del infante don Juan de Aragon.

Leila salió y la siguió la vieja. Cuando estuvieron en la habitacion desde donde se habian trasladado al dormitorio de Beatriz, Gaston se sentó.

—Es de esperar, dijo, que ese ballestero, ese Garci Diaz revele al rey cuanto ha acontecido; si el rey ama como es de presumir á Beatriz, es probable, contando con lo violento de su carácter, que venga en su busca.

—Y encontrarán abandonada la casa de la vieja Berta.

—Si por un acaso pueden dar con la entrada oculta que conduce á este viejo palacio... creedme doña Berta, no solo debeis abandonar este lugar, sino que deberiais ponerle fuego.

—Destruir la casa en que nací... una casa que he tenido que defender á fuerza de supersticiones haciendo creer al vulgo que está habitada por malos espíritus...

—Os he comprado todos vuestros bienes y me pertenecen... haced llamar á Isabel, y que ella os lleve á otro lugar mas seguro, es preciso hacer perder la pista al rey y nada hay que haga perder mejor un rastro que el fuego... mientras esta casa exista nadie podrá impedir que vengais alguna vez á ella á vivir con vuestros recuerdos... y podriais caer en una celada... espero Berta que me obedeceréis.

—¡Reducir á cenizas el solar de los Tellez, esclamó la vieja alzando al cielo los ojos!

—Eso ó quedar de nuevo en la oscuridad y volver á la miseria, sin esperanza de desagravio, dijo sombriamente Leila.

—Si, si, haré lo que querais señor... esclamó la vieja enjugándose las lágrimas.

—Y no os olvideis de doña Aldonza: con el mismo recato que ha venido aquí, llevadla al lugar á donde os trasladeis.

—Pero, ¿qué os ha hecho esa dama?

—¿No es amiga del rey..? esa mujer me pertenece... ahora haced que uno de vuestros dos viejos criados me acompañen, y tened en cuenta que si al salir el sol no está reducida á cenizas esta casa... os entrego al rey.

Leila sin decir mas, salió del aposento, y poco despues de la casa, guiada por uno de los escuderos de la vieja.

Esta quedó inmóvil como una estátua en el mismo sitio donde la dejó Leila; su semblante tenia una sublime espresion de sufrimiento, de dolor que parecia recopilar en sí toda una historia de desgracias.

—¡Oh! esclamó con acento desgarrador. ¡Dios es justo y me castiga!

Y conteniendo sus lágrimas fue á la habitacion donde la esperaban Pedro-el-Negro y Alvar Yañez.

—¿Qué significa esto? dijo el bandido en cuanto la vió.

—¿Puedo contar contigo? le dijo la vieja.

—Sabes que siempre te he mirado con afecto, solo porque eras abuela de Isabel... pero en verdad las cosas han variado... no te conozco; no sé quien eres.

—¿Y qué te importa? Tu eres capitan de una compañía de aventureros que están prontos siempre á servir á quien les paga.

—Tienes razon, si la paga es bastante y la moneda corriente y limpia.

—Pues bien, oro tendrás el que quieras: entiéndete con Isabel.

—¿Con que Isabel anda tan bien en estos enredos?

—Te aconsejo que la respetes y que no quieras saber mas de lo que ella te diga.

—¿Y ni aun la podré preguntar qué diablos hacia con una mujer robada en las alamedas del rio?

—Conócese que andas acompañado del señor Alvar Yañez que es un lebrel que todo lo husmea... os aconsejo hijos que obreis con prudencia... el asunto de que se trata es mas que espinoso... y ya que tan buen olfato teneis señor escribano, servidnos.

—Si... en verdad que no encuentro en serviros nada de malo... pero sepamos qué clase de servicios... y ¡diablo! ¡sobre todo qué recompensa... ello en verdad nadie sirve sino por un interés cualquiera... esto es la verdad.

—Pues bien; observad... mirad .. avisad de todo á Pedro... y cuidad de no engañarnos... porque...

Y de los ojos de la vieja irradió una mirada sombría, que al par que la engrandeció ante los dos achicó notablemente al escribano que sentia miedo. Habia visto lo bastante para saber que se encerraban misterios en aquella mujer y se apresuró á contestar

—¿Y á quién he de observar, señora?

—A la córte, desde el rey abajo.

—¿Y á quién sirvo? preguntó insidiosamente el escribano aunque sabia demasiado por todas las muestras, que se trataba de enemigos del rey.

—Nada os importa á quien sirvais, con tal de que se os pague bien.

—Tiene razon la señora Berta, dijo Pedro-el-Negro; en los tiempos que alcanzamos lo mismo da servir á unos que á otros.

—Ahora, dijo la vieja, idos: mañana sabreis de mí.

Los dos bribones se despidieron, y salieron acompañados de uno de aquellos escuderos estantiguas, que parecian espectros arrancados á otro siglo; el bandido observó minuciosamente los lugares por donde pasaban, y al fin le pareció notar que la puerta por donde salieron, aunque por prudencia no volvió el rostro para mirarla, era una puerta secreta. Tras aquella puerta se abrió la esterior y al fin se encontraron en la calle.

—¿Que decis de esto? dijo el bandido al escribano cuando se hubieron apartado algo de la casa.

—Paréceme que estamos entregados al diablo, y que este señor se divierte en deshacer lo mismo que nos ha obligado á ejecutar: acabamos de servir al rey don Pedro en el bosque y ahora mismo nos veimos comprometido en su contra. Pensamos aprovecharnos de los amores del rey y de Beatriz la hermosa, y esa mujer se nos huye de las manos... si os he de decir la verdad, compadre Pedro, no sé donde estoy.

—Pues yo si: estamos en Castilla... y á la verdad me siento interesado por el rey: lo mismo que hacemos nosotros hacen los rico-hombres que están á su alrededor... no puede fiarse de nadie: es un hombre solo, enteramente solo; y darán con él al traste: no tiene servidores sino en cuanto los paga á peso de oro... y he ahí la razon de que los impuestos suban, de que la justicia se venda, y de que haya tanto bandido y tanto aventurero... por lo que nos sucede á nosotros, podreis conocer el estado del rey don Pedro: cuando la cabeza duele, todo el cuerpo se resiente y es porque esta cabeza no es cabeza, y no puede gobernar bien... así anda todo: la traicion es ya una costumbre en Castilla y los traidores se venden á bajo precio: por eso nosotros aunque hemos hecho muchas picardías, aunque hemos servido á todo el que nos ha pagado, no hemos podido hacernos ricos... ni lo seremos... á no ser que rompamos el último freno del temor y nos lancemos en campo abierto á hacer la guerra por cuenta propia, es decir, á levantar una de esas compañías de bandidos, que caen como un vendabal sobre un lugar mal defendido y le saquean, le incendian y desaparecen. Esto seria mejor. Yo seria el brazo; vos la cabeza.

—Al fin y al cabo, tendremos que tomar un partido estremo. No me gusta andar en negocios en que no veo claro. ¿Qué os parece de esa mujer con quien acabamos de hablar?

—Os juro que ahora me es enteramente desconocida.

—Pero antes...

—¡Hum! antes... sentémonos aquí (estaban en el vestíbulo del convento de San Francisco) ya tardará poco en amanecer y en abrirse las puertas: segun lo que ha sucedido esta noche; me parecen todos los lugares peligrosos escepto la calle... aquí podremos ver venir el peligro y tenemos la salida franca; es decir, toda la tierra dentro de los muros de Sevilla para correr y magníficos ovillos de callejuelas para perdernos.

Entrambos personajes se sentaron.

—Me preguntábais quien era antes la vieja Berta, y voy á deciros lo que era: para eso será necesario que os diga quien soy yo: mi verdadero nombre es Pedro Valenzuela: nací de los amores de mi padre con una bailarina, una especie de trovadora errante, que encontró en un bosque junto á Segovia. Entonces mi padre era bandido... el segundo de la compañía que capitaneaba don Jofre Diaz de Astorga. Creo que conoceis mucho la historia de ese buen señor, porque erais muy su amigo.

—Lo que á pesar de mi astucia no pudo impedir el que dieseis con él en tierra.

—Que quereis... yo me habia hecho un partido entre la buena gente del arcediano, es decir, entre los buenos peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador, y queria ser el único que los mandase: además queria dar libertad á Isabel-la-Libre, que era el paje favorito de don Jofre.

—Sin embargo, disponeis ahora menos que antes de la Isabel, y todavía respecto á los peregrinos, estais bajo las órdenes del infante don Juan.

—Yo pondré en estrecho á la Isabel y espero saber por ella cuanto sea necesario : en cuanto al infante, me parece que sin que yo me entrometa en ello, el rey me librará de él. Volviendo á mi conocimiento con la vieja Berta, hace dos años, un dia en que yo hacia la cuestacion en la puerta del hospital de peregrinos, cuando ya estaba cansado de pedir y de cantar, oi de repente gritos de mujeres que huian : era de noche, habia dado la oracion hacia mucho tiempo... no se por qué, porque nunca he sido caritativo, me levanté dejé la guitarra en mi asiento, y adelante, puñal en mano al sitio donde sonaban las voces.

—¿Eran algunas damas estraviadas á quienes sucedia un fracaso?

—Eran una dueña y un paje, á quien habian acometido dos ladronzuelos... que huyeron al verme, pero no sin que me fuese preciso dejarles ver á la claridad de la luna la hoja de mi puñal.—La dueña se habia desmayado y el paje estaba punto menos. Mi obra hubiera quedado incompleta sino hubiera llevado en mis brazos á la vieja á una taberna inmediata y acompañado al paje. Ya veis que aquella aventura nada tenia por el momento de interesante : el tabernero me conocia demasiado como que era uno de nuestros cofrades y me proporcionó un pequeño cuartito detrás de la tienda. Allí hicimos volver en sí á la vieja y repusimos de su susto al paje. Supimos que la una era una dueña de los pajes del señor arcediano, y esto era ya estraño.. Costumbre es que los pajes tengan ayos..... pero dueñas..... no lo habiamos oido jamás... en fin, esto no pasaba de ser una rareza, mucho menor que la que me causaba la mirada del paje fija en mi, de una manera singular : al fin fue preciso acompañarles hasta la casa del arcediano, y yo me encargué de aquella comision.

—¿Y qué diablos hacian una dueña y un paje de noche en el barrio de San Bernardo? Las costumbres del arcediano respecto á sus mancebas... quise decir á sus pajes... eran muy severas.

—Habian ido sino lo recuerdo mal á ver á una parienta de la dueña que estaba enferma.—Por el camino el paje guardó un silencio que me estrañó, porque estos arrapiezos son generalmente, locuaces y vivarachos, pero atribuí su silencio al resultado del terror del lance. La dueña por su parte guardó un silencio obstinado. Cuando llegamos á la casa del arcediano, me hizo subir y don Jofre quedándose á solas conmigo me dijo. Bien, Pedro, bien : aunque eres hijo de un bandido, has obrado como hubiera obrado un caballero, has salvado á la mas venerable de mis dueñas y al mas querido de mis pajes.—Aprovechó aquella ocasion para darme algunas órdenes relativas á la compañía, y en recompensa de mi ayuda á la dueña y al paje, me entregó una bolsa con algunos florines de oro. Algunos dias despues pude conocer la razon de la estraña liberalidad del arcediano que generalmente era muy miserable.—Al dia siguiente y apenas me habia levantado, he aquí que se presenta en el hospicio uno como marmiton preguntado por el peregrino que la noche anterior habia socorrido á dos personas: preguntaron, me enteré y me presenté al muchacho que apartándome á un lado, me dió con gran misterio y sonriendo maliciosamente un villete. Aquel villete no contenia mas que estas palabras.—«Si quereis conocer »á una dama que os estima, estad esta noche á la ora»cion, en la puerta de la iglesia de San Isidoro.»—No falté ; siempre me han gustado las aventuras, y en aquella ocasion habia despachado para el otro mundo á una guifera, con quien me entendia, acompañada de un donado Francisco que se habia atrevido á creerla género de limosna, y por lo tanto, mi corazon se encontraba libre, dispuesto á recibir nuevas impresiones: además nunca habia tenido amores con damas, y esto para mí era una novedad : antes de la oracion me encontraba ya esperando en el sitio indicado en el villete y poco despues llegó una rolliza mozucla, se me dió á conocer como persona enviada por la dama del villete, y me condujo á casa de Berta... á esa casa de donde acabamos de salir. En lo que menos pensaba yo entonces era en el lance de la noche anterior, pero cuando estuve al lado de la dama, no pude menos de recordar al paje... y, sobre todo, la mirada de aquella mujer fija en mí era la misma del paje á quien habia favorecido; además el semblante de ella era tan semejante al de él como la mitad de una haba partida á la otra mitad; era una jóven como de diez y ocho años, blanca, fresca, sonrosada, gruesecita, con oyos en la barba y en las manos, oyitos en todas partes, alegre, viva, graciosa, aunque un tanto desgarrada, y vestida con cierta libertad que en la primera vista de un hombre á quien se cita, quiere decir mucho. La acompañaba una vieja que no era la dueña que ya conocia, sino Berta, esa misma Berta del diablo, que sin duda por discrecion nos dejó solos: «Amigo mio, me dijo aquella mujer á quien habia oido nombrar Isabel, anoche me hicisteis un servicio que no olvidaré jamás, salvando de la muerte á mi hermano mellizo, á Florisman, el paje del arcediano..»

—Pero permitidme, mi buen Pedro, dijo á esta sazon Alvar Yañez, fuisteis demasiado torpe para no conocer que el hermano y la hermana, el paje y la dama eran una misma cosa... la voz, ciertas singularidades...

—En cuanto á la voz ya os he dicho que el paje habia guardado la noche anterior un absoluto silencio: además las ropas de mujer le daban otra apariencia muy distinta y, sobre todo, el peinado, un peinado admirable en que lucian unas trenzas rubias como el oro y tan largas y tan gruesas como no las he visto jamás: aunque hubiera tenido una sospecha aquel peinado me la hubiera desvanecido, porque recordaba perfectamente que el paje tenia los cabellos cortados á la altura de los hombros.

—Lo que quiere decir que aquella era una cabellera postiza.

—No amigo mio, no; mi Isabel es dueña absoluta de sus cabellos, dijo suspirando el bandido, de unos hermosísimos cabellos que me enamoran lo que no es decible.

—Pues no lo entiendo.

—Todo consistia en que el arcediano para no dar escándalo y para hacer pasar mejor sus queridas por hombres, habia traido de Francia un bribon que hacia admirables pelucas: así es que mi Isabel, cuando estaba vestida de paje, tenia mas gorda la cabeza: ¡ya se ve! ¡como tenia enrollada la cabellera debajo de la peluca!

—¡Ah! de ese modo...

—¿Y cómo queriais que esto fuese, sino andando en ello el diablo? Lo cierto del caso es que durante mucho tiempo tuve por querida á Isabel, porque en breve espacio pasamos en nuestros amores muy adelante sin haber logrado ver á su hermano y sin saber que el tal hermano no existia... Pero al fin el amor pudo en ella mas que la prudencia y me lo reveló todo, me dijo que Berta era su abuela, que el arcediano la habia visto en su casa, que se habia enamorado de ella, que la habia seducido y que habia huido con el... que despues su abuela temiendo al poder del arcediano habia consentido en su mancebia y la habia perdonado, y que en fin habiéndose enamorado de mí se habia valido de aquella estratagema, y habia fingido misterios para disculpar lo irregular de nuestras entrevistas.—Desde entonces tuve celos del arcediano, á pesar de que á fuerza de dádivas habia logrado corromper á la dueña que acompañaba al señor Florisman y poder verle merced á esto con mas seguridad y mas frecuencia. Pero habia contraido unos rabiosos zelos, habia aborrecido al arcediano y por instigacion de Berta, dí parte al rey de ciertas cosas que... en fin... el arcedia-

no ó mejor dicho Pero Sanchez de Astorga está ya sepultado y no se debe hablar mas de este asunto.

—Todo lo que me habeis dicho solo sirve para meterme en mas y mas confusiones... la vieja Berta aborrecia al arcediano... ¿y por qué? ¿qué podia haber de comun entre esa vieja y don Jofre Diaz.

—No sé... no sé que odios pasados... la vieja profesaba un singular cariño á Beatriz Zapata y con mucha frecuencia llevaba ausilios al viejo Sancho... llamaba á Beatriz su hija y cuando la veia fatigada por el trabajo lloraba.

—¡Ah! esclamó profundamente el escribano dándose un golpe en la frente, como quien ve de repente iluminarse las tinieblas de un recuerdo.

Pero inmediatamente ahogó su esclamacion reponiéndo en seguida.

—¡Ah! ya comprendo por qué la vieja Berta os aconsejó que denunciaseis al rey los crímenes del arcediano.

—¡Comprendeis! ¿y qué comprendeis? dijo Pedro con el acento amenazador de quien teme le mienten en un asunto interesante.

—Comprendo, contestó con la mayor serenidad Alvar Yañez que si Berta estaba indignada contra el arcediano, no podia ser por otra causa que por las persecuciones que sufria de él Beatriz, y por haberse negado á sepultar á Sancho Zapata.

El bandido comprendió que nada recabaria de la astucia del escribano, y aunque conocia que le engañaba, dijo:

—No podia ser otra la causa: pero, en fin, Berta estaba tan pobre que ni aun habia tenido dinero para pagar las recetas de Sancho, que murió abandonado, de miseria; Isabel habia agotado sus ahorros y yo no tenia un cornado. Yo conceptuaba á Berta una buena bruja, muy vieja y muy ladina y nada mas. Esta noche la hemos visto levantarse, recordad... el blason que llevaban al pecho aquellos dos viejos escuderos...

—En verdad que no hice reparo en ello.

—Yo sí, cuando sucede algo estraño delante de mí, por lo que pueda suceder reuno todos los cabos que puedo: reparé que los muebles, las tapicerías y las alfombras, aunque viejos, deslustrados, descoloridos y empolvados debieron ser riquísimos en su tiempo: que aquello era un verdadero palacio de un señor rico y poderoso, abandonado, desierto... y luego en el escudo un leon de sinople, rampando en campo de gules, cruzado por banda de metal real. ¿No habeis conocido en vuestros tiempos ese escudero?

—Puedo aseguraros que no.

—Esto podria servirnos de mucho; pero en fin yo seguiré uno á uno los hilos que he recogido, y mucho será que alguno de ellos no me saque del laberinto.

—¿Y qué me aconsejais que hagamos con respecto á Berta?

—Esperar y ver... ella se ha apoderado de Beatriz... vos conociais demasiado á su padre y al arcediano, para no saber á que ateneros; pero sé que el rey la ama; dobleguémonos por el momento á los caprichos de esa vieja y así acaso descubramos el medio de hacernos de una manera segura con el favor del rey.

—Volvemos al laberinto. ¿A quién servimos al fin?

—A nosotros mismos. Trabajemos sobre el terreno que se nos presente y si nada adelantamos ó ese terreno se nos hace peligroso, tiempo tenemos de apelar al medio que os dije de hacernos aventureros de una manera desembozada. Ya sabeis que tengo trescientos hombres fieles á mi devocion bajo mi mano, y que cada hombre de esos á quienes se cree en Sevilla peregrinos tienen á buen recaudo un arnés, una lanza y un caballo.

—Esperemos, pues, dijo Alvar Yañez, levantándose: ya es cerca de amanecer y no quisiera que me encontrasen en la calle con señales de no haber dormido despues de una noche como esta. ¿Me acompañais:

—¿Cómo no? contestó Pedro-el-Negro levantándose. Un hombre como vos vale mucho.

Y departiendo acerca del negocio que traian entre manos y dándole vueltas llegaron á la calle del Comendador y delante del palacio del difunto arcediano que estaba abierto y saqueado: la justicia le habia ocupado despues del motin y habia encontrado en él algunos cadáveres: los servidores del arcediano que habian escapado del furor del rey habian caido ante el furor de la canalla.

El escribano entró temblando en su casa y apenas invitó á que entrase al bandido: no creyó prudente que los vecinos que pudiesen estar levantados le viesen con semejante compañía.

Pero al subir por la escalera murmuraba.

—Es preciso no espantar á este bribon: puede servirme de mucho: Beatriz es un tesoro que está perdido para mí, si no me valgo de él: despues que yo haya puesto esto en claro... y creo estar en camino: su leon verde, rampante, en campo rojo con banda de oro... el blason de los Tellez: eso es... si, ¡diablo..! y luego el semblante de esa vieja... yo sé ya en donde la he visto... se parece como una vieja puede parecerse á una jóven, á la madre de Beatriz... bien: llama á la muchacha su hija... si de seguro es su nieta... esto puede valerme mucho, mucho.

Y como hubiese llegado á la puerta de su habitacion sacó una llave de su volsillo, abrió y entró.

Por su parte el bandido parado delante del palacio del arcediano murmuraba.

—Ese bribon de Alvar Yañez conoce sin duda bien la historia de ella; el dia que yo necesite saberla se la haré cantar de plano... paréceme que esta noche ha sido venturosa: en cuanto al palacio de la vieja Berta como Dios ó el diablo no le arranquen de cimiento y le hagan desaparecer, yo sabré qué se encierra en él... debo espiar ese palacio... á no ser que tenga otra puerta... pero en fin, nada se pierde, vamos.

Cuando Pedro-el-Negro llegó á las inmediaciones de la iglesia de San Isidoro, sorprendióle la afluencia de gente: penetró hasta ella y oyó hablar de incendio, adelantó y vio todo un cuartel entregado á las llamas; en aquel cuartel y en su centro estaba situada la casa de Berta. Los vecinos aterrados hacian inútiles esfuerzos para contener el incendio: su incremento era terrible y su lengua flameante se alzaba á la altura de la torre de la iglesia.

—Han quemado el rastro, dijo para sí el bandido pero no importa, yo los encontraré.

LIBRO DECIMOPRIMERO.

CAPITULO I.

De como don Simuel se vió obligado de una manera fatal á ser traidor al rey.

Era el dia siguiente. Un dorado sol de primavera penetraba por los ajimeces en la cámara del rey de Castilla. Don Pedro, indolente, hermoso, rizada la rubia cabellera, cubierto de galas, acariciando la cabeza de un magnífico lebrel que tenia fija en su amo su inteligente mirada, estaba medio tendido en un ancho sillon teniendo delante de sí sentados en dos escabeles á Juan Fernandez de Hinestrosa, su camarero mayor, su favorito, su consejero, su tirano, su privado en fin, y á su tesorero don Simuel Leví, que tenia el semblante mas visiblemente apesarado que suponerse puede.

El rey parecia tranquilo, casi alegre; jugaba alternativamente con la cabeza del perro y con la empuñadura de su daga: cuando su mirada se fijaba en Juan Fernandez de Hinestrosa era benévola, condescendiente, una de esas miradas que parecen conceder por afecto

no por debilidad, pero cuando se fijaba en don Simuel brillaba en ella una chispa de severidad, de amenaza que helaba de terror al judío hasta la médula de los huesos; y no era aquel terror, porque se creyese amenazado el rabino de una manera próxima sino porque siempre que el rey le habia mirado de aquel modo habia acabado por pedirle cuentas, y lo que era peor, dinero.

Don Simuel temia, por lo tanto que despues de la sangria que habia hecho á sus arcas la noche anterior (porque la accion de esta escena pasa al dia siguiente á los acontecimientos que preceden) para pagar á los peregrinos de Nuestra Señora, y para sublevar á la plebe que habia acabado por robar su casa, temia, decimos, que despues de esto el rey le hiciese otra sangria mas considerable.

—Conque, mi buen Hinestrosa, decia el rey en el momento en que le presentamos de nuevo á nuestros lectores; mi abuelo el rey de Portugal opina que sin mas reparo ni tardanza debemos revolver contra Aragon.

—Ya he tenido la honra de manifestar el resultado de mi embajada á vuestra señoría : el señor rey don Alonso de Portugal cree que el rey don Pedro IV de Aragon está en el caso de felonia y de mala correspondencia con vuestra grandeza, no solo negándose á entregaros vuestros hermanos y vuestros vasallos rebeldes, sino que tambien negándose á dar á vuestra señoría satisfaccion de los desmanes de su almirante Francisco Perellos, castigándole á muerte, ya que no le entregue para satisfacerse á vuestra señoría.

—Y opinaba que debia romperse á pesar de la tregua.

—Esa tregua no es mas que una dilacion. Además, segun las noticias que vuestra señoría ha encontrado en su alcázar al volver de Carmona, el maestre de Santiago don Fadrique, se ha visto precisado á ir sobre Jumilla, revelada por el infante de Aragon, marqués de Tortosa; esto se ha hecho, sin duda, por consejo y mandato del rey de Aragon, por lo que debe darse por rota la tregua.

Al oir el nombre del maestre su hermano, el semblante del rey se inmutó y volvió á su estado natural con la celeridad del relámpago.

—Ya lo ois don Simuel, es necesario de todo punto que para sostener nuestro honor embistamos con Aragon: ¿qué pensais de esto?

—Vuestra señoría, en su alta inteligencia, sabe mejor que yo sin duda lo que conviene al brillo de su corona.

—La guerra, indudablemente la guerra, mi buen tesorero; de este modo contendremos en un límite de prudente reserva á nuestros primos los nobles reyes fronterizos que, viéndonos demasiado ocupados y mal traidos dentro de casa, creen ver una ocasion oportuna para aumentar nuestros apuros y ponernos en un verdadero estrecho, rompiendo por nuestras fronteras: los bandos de Granada nos amenazan con la destitucion ó el asesinato de nuestro aliado el noble Mojanmet Ismail : Francia parece trata de entrometerse de una manera un tanto insolente en nuestros asuntos bajo el pretesto de nuestra separacion de doña Blanca y su gran condestable Beltran Duquesclin, paga y reune descaradamente aventureros á nombre del conde de Trastamara, y nos amenaza con las famosas compañías blancas; á la verdad que algo mas adelante, cuando hayamos castigado suficientemente á don Pedro de Aragon, no nos pesará vernos frente á frente con ese jactancioso condestable don Beltran, y con sus ponderados aventureros : conviene, pues, que demos muestra de que aun tenemos dientes y garras apretando hasta hacerle dar gritos á nuestro buen primo de Aragon: pero aquí entre nosotros (y sea dicho en voz baja, don Simuel) maldito si tenemos un quilate de fuerza : es cierto que nuestro buen pueblo, mal que le pese á la nobleza, nos ayuda, y en esa misma nobleza contamos con leales vasallos; es cierto que podremos pasar la frontera aragonesa desplegando nuestro noble estandarte real al frente de seis mil lanzas, diez mil ginetes y treinta mil peones: respetable cuerpo que tenemos á nuestra disposicion, pero inerte, sin sangre, porque la sangre de los ejércitos es el dinero, y nos teneis sin una blanca, nuestro buen don Simuel, sin que hasta ahora haya producido ningun resultado aquel vuestro famoso arbitrio para hacer vomitar á los receptores el dinero que nos han robado : yo hubiera encontrado un medio mejor señor tesorero; ¿no adivinais cual?

—Vuestra señoría creyó buena la manera, y en efecto lo es; pero aun no ha pasado bastante tiempo para que produzca un resultado, dijo don Simuel, que veia al fin encima la situacion que tanto temia, esto es: una peticion de dinero.

—Pues yo os digo, repuso el rey, que al verme tan pobre, he pensado con interés en el negocio, y he encontrado un medio escelente: ya sabeis que no hay nada que avive tanto la imaginacion como el hambre: en efecto, creo que mi pensamiento es inmejorable.

—Ponedle, pues, en práctica, señor.

—¿Y no sospechais cual pueda ser ese medio?

—Despues de haberme puesto en aprieto para encontrar un medio de hacer dinero, no he encontrado otro mas á propósito que el que he puesto en práctica, con autorizacion de vuestra señoría.

—Pues hay otro mejor ; mucho mejor, don Simuel: esto es: ahorcar á todo el que se ha enriquecido á nuestra costa y confiscar sus bienes. De hoy en adelante no haré otra cosa.

Don Simuel no tuvo bastante fuerza de espíritu para dominar la sensacion que le causó está fúnebre salida del rey, y se puso pálido como un difunto.

—En nuestros reinos, continuó don Pedro, hay mucho judio ennoblecido, enriquecido: y cómo se ha hecho esto, ¡ira de Dios! (y el rey para dar mas fuerza á su palabra, descargó una formidable puñada sobre el brazo de su sillon, que crugió al golpe) robándonos no solo á nosotros, sino á nuestros vasallos: de todas partes vienen quejas: el reino está empobrecido, y sin embargo se le espolea, se le fatiga y llegará el caso de que caiga reventado como un caballo á quien monta quien no es su dueño, y le desgarra los hijares: el reino está montado por judíos: por viles judíos... nuestros receptores son judios, nuestros administradores judíos, nuestro tesorero judío...

—Vuestro tesorero, señor, y sea esto dicho sin ofensa de la magestad real, no perdona sacrificio de ninguna especie para servir fielmente á su rey.

—Es verdad, disputándole el dinero como se disputa un hueso á un perro hambriento: pues guardaos de que el hambre haga rabiar al perro porque la mordedura será incurable.

—Anoche señor, se me fue un tesoro en defender la ciudad, dijo don Simuel enteramente desconcertado... y á no ser por mí y por esos pobres judíos á quienes tanto se aborrece, que abrieron sus arcas á mis ruegos, acaso, acaso... perdonadme señor; pero hubiera sido muy posible, que hubierais perdido vuestra córte, vuestro amor, vuestros hijos, vuestros mas leales vasallos... la traicion lo habia previsto todo, y se levantó casi omnipotente.

—¿Y quereis decirme de qué modo vuestros hermanos me preservaron de todas esas desgracias?

—Levantando en cinco minutos con su oro un ejército.

—¿Y qué ejército fué ese?

—Los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador...

—¡Ah! ya sabia yo que no tardaria en presentársenos á pedir su galardon, el vencedor de los rebeldes... Y bien, ¿qué gente es esa que vive en mi córte, que se disfraza con la religion, que usa armas, se congrega y vence, llevando por estandarte una Vírgen, en

nombre del rey..? Creo que todos conocen mejor que yo á Castilla. Es necesario averiguar, Hinestrosa, quien es esa gente.

—Preguntad, señor, al monge negro de la ermita del Humilladero, que fue quién me indicó, quién me mandó que me sirviese de ellos.

—Paréceme que no teneis tanta parte como decis en los acontecimientos de anoche: que otros pensaron antes que vos en la defensa del rey.

—¿Y quién reunió toda la canalla de Sevilla, á la que debe su libertad el señor Juan Fernandez de Hinestrosa?

—Creo que anoche sufrió mi buena ciudad de Sevilla, uno de esos azotes que produce con tanta frecuencia la traicion de la nobleza.

—Nadie ha sufrido mas, señor, que esos pobres judíos tan odiados: la casa de David el Rumy ha sido enteramente saqueada, la de Roboam el Julaní, la mía...

—Y han hecho bien... sí, por el rabo de Lucifer... justo es que algun dia esa pobre canalla se satisfaga de su hambre metiendo sus brazos hasta los codos en el oro de los judíos.

—Y sin eso, señor, dijo á su vez Juan Fernandez de Hinestrosa, se cuentan dos cuarteles de casas, incendiado el uno en la parroquia de San Isidoro, robado y saqueado el otro en la de San Gil.

—Qué se ha robado un cuartel en la parroquia de San Gil esclamó palideciendo el rey... ¿y cuál...? ¿ha entrado acaso la canalla en la casa que fue del arcediano?

—Lo ignoro, señor.

—¿Que lo ignoras, Hinestrosa? gritó el rey... yo te doy mi privanza para que lo sepas todo, para que vigiles por mí... no para que hagas tu agosto y el de tus parientes... (y el rey se levantó demudado) estoy ya cansado de sufrir... unos me roban, otros me acometen cara á cara... los que andan á mi lado abusan, cuanto de mí pueden abusar... y les alienta mi indulgencia, mis permisiones; me creen un pelon con andadores... pues no... no... de ningun modo (y el rey se volvió lívido de cólera á Hinestrosa y al judío) es necesario que esto concluya, ó yo ó vosotros... si, es necesario... abajo la nobleza ¡vive Dios! es necesario hacer pedazos sus blasones á hachazos: abajo, abajo todos: es preciso reventar á las sanguijuelas... leyes nuevas... sí... sí... que no haya mas que un señor, un solo señor... ó que esterminen al señor, y se constituyan en señores... y eso hemos de verlo... sí, por San Lázaro y todos los santos del cielo.

El rey que se paseaba furioso se detuvo de repente, y encarándose á los dos personajes que le acompañaban y que al levantarse el rey se habian levantado, les dijo:

—Tú don Simuel, dentro de ocho dias me has de entregar ó tu cabeza ó un cuento de florines de oro... ni una palabra mas: ó ese dinero ó tu cabeza, vete.

El judio se inclinó profundamente y salió estremecido.

El rey se volvió á Juan Fernandez de Hinestrosa y le dijo conteniéndose y volviendo á su paseo, esquivando mirarle.

—Abusas de mi amor á doña María, Hinestrosa: vuelves cuanto puedes en tu provecho, las asechanzas de mis enemigos: juraria que es obra tuya el saqueo de San Gil.

—¡Mia..! vuestra educacion, señor, os ha hecho demasiado violento y volveis en un momento de cólera vuestras armas contra vos mismo: ayer prendisteis á vuestro cuñado don Diego García de Padilla mi sobrino.

—Tu sobrino, Hinestrosa, es un mentecato: en cuanto supo que Sevilla estaba mal segura, huyó á esconderse. He castigado en él un cobarde abandono con una prision de pocas horas; pero ya está libre y charlando desde el amanecer con su hermana.

—A quien no habeis ido aun á consolar, á quien teneis aun presa, cercada de ballesteros.

—Es necesario que aprendas á no entrometerte en mis negocios: doña María me ha hecho traicion... si otra hubiera dado libertad al conde de Trastamara, y hubiera caido en mis manos, estaria ahora en la eterdad... lo ha hecho ella... doña María me será fatal... su amor me contiene á mi pesar... su amor te defiende Hinestrosa... porque en fin, yo no he nacido para ser llevado de la mano... no... yo no quiero que á mi nombre se vierta sangre, que no he pensado verter.... y ¿quién mató al maestre de Calatrava?... tú, tu sobrino...

—El maestre de Calatrava...

—Era un infame, lo sé; pero nadie tenia derecho á su vida mas que su señor natural: ¿y quién mató á á don Juan de la Cerda? Tú, tú y siempre tú... necesitabas que doña María Coronel me aborreciese por la muerte de su marido... y le matasteis... por qué teniais zelos de la hermosura de doña María Coronel... ¿y quién ha saqueado el palacio del arcediano?.. tú... tú... porque dentro de él habia una mujer á quien yo amaba... una mujer que habia abierto un raudal de ternura en mi corazon... un ángel... pues mira Hinestrosa... si averiguo que tú has causado la muerte de esa mujer... puedes darte por perdido... por enteramente perdido... yo he podido tolerar el que matases por tu propia autoridad nobles que al fin me eran traidores... pero no te perdonaré jamás la muerte de Beatriz, si esa muerte ha acontecido, Hinestrosa... ¡oh no te la perdonaré como la de Nuñez de Prado! ¡no! y á pesar de doña María y de todas las Marías del mundo te la cobraré.

El rey estaba entregado á uno de sus furiosos accesos de cólera, que le hacian tan terrible. Hinestrosa callaba y esperaba, porque sabia bien que una réplica podia ser funesta tratándose del rey don Pedro.

—¿Y por qué suceden en mi córte cosas que yo no sé? dijo el rey: ¿qué has hecho desde las primeras horas de la noche en que te libertó el populacho, segun me ha dicho Rodrigo Perez de Castro, hasta que te has presentado en el alcázar?

—Las turbas me arrastraron consigo.

—¿Y qué hiciste con ellas?

—Ellas fueron las que hicieron conmigo.

—Es decir, incendiaron, saquearon á discrecion, como si no hubiese ley ni rey en Castilla... habeis atajado una rebelion contra el rey despedazando al pueblo. asi se me sirve: no se saben usar mas que estremos, y se llegará al caso de que al oir mi nombre se estremezcan mis reinos porque siempre va unida á mi nombre una calamidad... y se me engaña, ó al menos se me pretende engañar; se separa de mi á mis leales servidores ¿dónde está Men Rodriguez de Sanabria?

—Desde el principio del alboroto está guardando á doña María... segun me han dicho... porque desde que llegué no me he separado de vos... ni aun he visto á mi sobrina, que debe estar harto triste, harto afligida...

—Hinestrosa, esclamó el rey, es necesario obrar y obrar pronto, quiero ver por mí mismo lo que ha sucedido esta noche en Sevilla, vé; arma cien hombres de tu mesnada, y haz traer para mi un arnés de soldado: despues de lo que ha sucedido nadie estrañará que aun de dia ronden lanzas por la ciudad: tú cubierto como yo con un arnés comun me acompañarás. Ven por el postigo del alcázar, yo mismo te esperaré y te abriré: adelanta solo y cuida de despejar la calle: yo mandaré alejar á las gentes de palacio que pudiesen vernos.

—¿Ahora mismo señor?

—En el momento.

Juan Fernandez de Hinestrosa fue á salir por la puerta principal de la cámara.

—No, por ahí no: baja á los jardines por la escalera

escusada : cuanto mas recato mejor; no quiero espantar la caza. Por aquí.

Y el rey señaló á Hinestrosa una pequeña puerta por donde el altivo noble salió cediendo á las circunstancias.

—¡Oh! estabas de guarda para impedir que mis buenos ballesteros llegasen á mí. Te crees fuerte, mas fuerte que el rey, porque el rey cierra los ojos á tus demasías y te deja ser fuerte. Pero tu poder emana de mí, y el dia que yo quiera no serás nada. ¡Oh! y no abuseis demasiado, señores; no forceis la cuerda de manera que se rompa, y al saltar os hiera en el rostro. No querais poner el arco mas tirante de lo justo. ¡Hola! ¡Rodrigo Perez! ¡Rodrigo Perez!

Inmediatamente como un fantasma evocado por un conjuro, apareció en la cámara real el ballestero.

El rey escribia en un pergamino; su semblante estaba sombriamente ceñudo; cuando acabó miró fijamente al ballestero.

—¿Dices que están presos en la torre Pero Fernandez de Haro y sus dos amigos?

—En el mas profundo de los calabozos.

—Toma.

Y le dió el pergamino que acababa de escribir y sellar.

Rodrigo Perez le miró y dijo :

—Ya sabe vuestra señoría que no me han enseñado á leer.

—No importa, cualquiera de esos tres nobles lo leerá. Cuando le hayan leido.....

—Qué, señor.....

—Lleva contigo á Gonzalo Recio y á tres ballesteros de maza. Luego ejecuta lo que dice la órden.

—Bien, señor.

—Vete.

—Con licencia de vuestra señoría: Albarracin no ha podido lograr se le permita la entrada hasta vuestra grandeza, y espera en las galerías.

—Que entre.

Rodrigo Perez de Castro salió, y poco despues se presentó Garci-Diaz de Albarracin, que se detuvo pálido y temblando á la puerta.

—¿Qué significa esto, Albarracin? le dijo el rey... ¿por qué tiemblas? ¿me has hecho traicion?

—Traicion, traicion yo, á vuestra señoría, esclamó el ballestero... no, señor... pero vengo á que vuestra señoría haga de mí lo que fuese servido, porque.....

El ballestero se detuvo.

—Yo te dí á guardar á doña Beatriz Zapata y Tellez.

—Si, señor.

—¿Qué has hecho de ella?

El ballestero dobló una rodilla, inclinó la cabeza como un reo dispuesto á recibir el golpe del verdugo, y contestó :

—Me la han robado, señor.

—¡Qué te la han robado! esclamó el rey con una rabia reconcentrada, ¿y quién? ¿dónde? ¿cómo?

—Dos hombres armados en la cruz del atrio de San Gil anoche, á media noche.

—¡Qué te han robado una mujer á quien guardabas, dos hombres! te habrán sorprendido durmiendo... ¡cobarde! ¡descuidado! ¡oh, poder de Dios! ¿á tí, que eres un toro, una fiera, vencerte dos hombres? ¿y dónde están tus heridas, traidor? ¡cómo la defendiste, que te presentas á mí sano y salvo, á decirme : me la ha robado!

—No me sorprendieron, señor; pero aquellos dos hombres valian tanto como yo : sus espadas eran rayos y yo estaba solo : y luego doña Beatriz se puso de parte de aquellos dos hombres; se les entregó, y me dijo :

—¿Qué?

—Decid al rey que yo abandono la casa y las mercedes que me ha dado por mi voluntad... que me busque, porque no me encontrará... le tengo miedo.....

—¡Estaba en inteligencia con ellos.....!

—Lo ignoro, señor... entonces pensé que hacerme matar... porque, segun eran de diestros y esforzados, me hubieran muerto; pensé que dejarme matar, si bien me libraba del sonrojo de presentarme á vuestra señoría para confesarme culpado, impedia el que vuestra señoría supiese quiénes eran los ladrones.

—¿Y lo supiste?

—No los conocí; pero los seguí, y ví donde entraron.

—Bien; hiciste bien en ceder, Albarracin : yo no puedo exigirte que hagas mas de lo que puede hacer un hombre solo. ¿Y dónde llevaron á doña Beatriz?

—A la calle del Ataud, en la parroquia de San Isidoro.

—¡En la parroquia de San Isidoro! y esa parroquia ha sido incendiada ó parte de ella... sí, sí : los zelos de los parientes de la Padilla : ¡oh! esto es un torbellino oscuro... escucha, Albarracin; tú conservarás algunas señas de esos hombres... de los hombres que te acometieron.

—Era la noche demasiado oscura, señor.

—¡Es estraño! dos mujeres, de quienes se me creia enamorado, perdidas, robadas en una misma noche... díme, ¿y no has visto nada mas?

—Si, señor; cuando volví á la casa de doña Beatriz, encontré rotas la puertas, muertos los pajes y los criados; la canalla habia acudido y se habia llevado todo lo que valia algo... me ví en peligro para salvar algunos criados heridos.

—¿Y nada supiste por ellos?

—Supe que á la media noche habian oido grandes golpes en la puerta; que inmediatamente se habian armado; pero que la puerta habia sido derribada y un populacho inmenso habia penetrado en la casa, gritando : ¡viva el rey! ¡muéran los traidores! que aquellas turbas habian pasado por cima de ellos hiriéndolos, que se habian estendido por las habitaciones y las habian saqueado.

—Pero en todos esos motines hay una cabeza que manda, que va al frente de ellos... ¿no vieron á nadie que pareciese cabeza de aquel alboroto?

—Solo vieron gentes desarapadas, miserables, furiosas; gentes que no se ven nunca sino cuando acontecen esos desórdenes, que duermen de dia y velan de noche : bandidos, mendigos, mujeres perdidas, la escoria del reino, señor.

—Es decir que no sabemos nada.

—Nada, señor.

—Mira : prende donde quiera que le halles al agonizante Sancho, ¿lo entiendes? Rodrigo Perez levió en la torre del Oro entre estas turbas, cuando entraron á salvar al señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Muy bien, señor.

—Y cuenta con un título de nobleza, con la mejor de mis villas, con una infanzonia, si logras averiguar el paradero de doña Beatriz.

—¡Ah, señor! solo quiero que vuestra señoría no dude de mi lealtad.

—No, no : mi buen Albarracin, sé que eres un perro leal á su dueño, cuya felicidad no pueden corromper ni amenazas, ni dádivas. Sé que solo la fuerza ha podido robarte á doña Beatriz... pero eres astuto, mi buen Garci-Diaz; conoces mucha gente en Sevilla... haz por conocer al capitan de los bandidos que se llaman peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador, y engáñale... tráemele; es preciso prenderle.

—Lo procuraré, señor.

—Véte y trabaja : asuntos mas embrollados has logrado desenredar; aclara este, y te hago hombre. Vé, hijo mio, vé.

El ballestero salió, y apenas cayó el tapiz de la puerta de la cámara, cuando el rey se encaminó á ella, la cerró por dentro; fué á otra puertecilla, la abrió, y asomándose á unas escaleras de espiral gritó :

—¡Juan Diente! ¡Juan Diente!

—¡Señor! contestó otra voz desde abajo.

—Sube.

Oyéronse pasos precipitados por la espiral, y poco despues entró en la cámara Juan Diente.

—¡Oh! ¡gracias á Dios que os veo, señor! esclamó con una ruda franqueza: he sufrido horriblemente... desde el momento que sonaron los primeros gritos sediciosos de anoche, estoy temblando, señor.

—¡Temblando tú! ¡tú el hombre mas valiente que conozco!

—Cuando se trata de mi, no hay nada que pueda aterrarme; pero cuando se trata de vuestra señoría... ¡oh, señor, esto se va mostrando cada dia mas avieso, mas revuelto!... yo no sé donde estoy... no me fio de nadie... y tengo que pediros una gracia.

—¿Qué gracia, Juan?

—No separarme nunca, nunca, de vuestra señoría: velar junto á su lecho cuando duerma, estar oculto tras los tapices de vuestra cámara cuando vele; seguirle por todas partes: ser su sombra: vuestra señoría no conoce como yo el rostro de los traidores... yo los huelo como un sabueso huele á una pieza mayor... señor, señor; estoy viendo siempre un puñal sobre vuestro pecho; un tósigo en vuestra copa, un dogal en los brazos de cada mujer que os dice amores... y me estremezco, señor, porque vos sois mi amor... porque para vos vivo... porque he nacido para serviros.....

—Y para comprenderme. Tú, rudo montañés, tú, bravío salvaje; eres el único que has sabido leer en el fondo del alma del rey don Pedro... tú eres el único que has tenido valor para decirme la verdad, porque posees la valentía del amor... porque yo soy para tí un Dios.....

—Y creedme, señor, creedme: haced que mi maza esté siempre humeando sangre fresca, y sereis el rey mas grande del mundo: un año de matanza y vencereis: despues tendreis tiempo de mostrar al mundo entero que no habeis matado por ferocidad, sino por deber... porque vos, señor, no debeis permitir que vuestros pueblos estén destrozados, esclavizados, rotas sus libertades, sin leyes, sin señor, porque no hay señor donde hay muchos señores. Matad, matad, matad mucho, y reinad una vez.

—La sangre me espanta ya, Juan.

—A mí me espanta siempre: desde el primer dia: desde el dia en que rompí la cabeza con mi maza á Garcilaso... hasta entonces, señor, solo habia acogotado reses... la sangre de Garcilaso me sigue por todas partes.....

—Aquello fue cosa de don Juan Alfonso de Alburquerque, Juan; tomaron mi nombre, me engañaron, y Garcilaso era un buen caballero.

—Que trascendia á traidor á diez tiros de ballesta... sino lo era entonces, lo hubiera sido despues... no me pesa... no... le volveria á matar cien veces... su sangre me espanta, como me espanta la de todos los que me ha arrojado vuestra justicia... no he nacido para matar; pero de esto á retroceder... no, no: es preciso que sea, ellos lo quieren... rechazan la ley... usurpan al rey su derecho, que caigan pues.

—Tengo que arrojarte todavía dos cabezas ilustres, Juan.

Centellaron los ojos del ballestero.

—¿Y cuándo, señor? dijo.

—Muy pronto; mientras hago los preparativos de la guerra de Aragon: á ella me llevaré á un vasallo que vale tanto como tú, Juan.

—El señor Men Rodriguez de Sanabria, esclamó con entusiasmo el ballestero.

—Le has comprendido como yo...

—Ese mancebo es todo un caballero, valiente y leal.

—¿Cómo se ha conducido anoche en el alcázar?

—Como pudiera haberlo hecho el mejor par de los doce... ¡oh, señor! tengo envidia de ese caballero...

—¿Y por qué, Juan?

—Porque yo querria ser el mejor de vuestros vasallos, y se me iguala y me sobrepuja, porque es mas noble que yo.

—Tú tienes la nobleza que yo he menester: eres mi brazo, Juan, y algunas veces mi cabeza... jamás te he recompensado; ocupas una posicion oscura... no pasas de ser como todos mis ballesteros un simple hidalgo. Pero para mí eres mi conciencia... mi confianza... tú sabes lo que nadie ha sabido mas que Dios y yo; porque eres mi justicia. Ahora bien, Juan; Men Rodriguez de Sanabria es una espada noble, brillante: un corazon agradecido y leal; pero no puede servirme para todo... me le llevo conmigo... como no sé lo que haré mañana... lo que podré hacer... como de un momento á otro puedo verme obligado á salir de la córte, á ocultarme para ponerme en acecho, á abandonar mi alcázar y mis amores; mis amores que son la reina doña María, Juan; los infantes mis hijos... pues bien; yo te dejo esas prendas de mi alma para que las defiendas, Juan.

—¡Ah, señor! yo soy el mas honrado, el mejor premiado de vuestros vasallos, cuando me haceis tal depósito...

—Pero tú no puedes hacer nada por tí mismo... para las gentes no pasas de ser un ballestero á quien manda su capitan... yo quiero que puedas hacerlo todo... todo...

El rey fue á su mesa, sacó de uno de sus cajones un número considerable de pergaminos, los selló, los firmó y los entregó en blanco á Juan Diente.

—¿Y para qué es esto, señor, dijo el ballestero?

—Escucha durante mi ausencia, vigila, observa, no duermas: toma (y el rey abrió otro cajon y entregó al ballestero una cajita que le mostró, llena de gruesos diamantes); estas piedras valen muchos miles de florines: paga con ellos la fidelidad de los servidores de los nobles que queden en la córte: ten gente asalariada en todas partes, sábelo todo... y escucha: cuando estés seguro de que una persona cualquiera me hace traicion, escribe su sentencia á mi nombre en uno de estos pergaminos y mátala: que no te detengan ni su linaje, ni su grandeza: te dejo mi justicia y quiero que seas inexorable como ella.

—¡Todos, señor..... todos quedan sujetos á mi mano..!

—Si; todos, escepto doña Blanca y los parientes de doña María.

—Vuestra grandeza arroja una carga demasiado pesada sobre mis hombros: hasta ahora, señor, si he matado, es porque vos me habeis dicho: mata.

—Hasta ahora te he dicho nombres: ahora te digo... mata a todo el que sea traidor...

—Si me engaño, señor...

—Será culpa de tu cabeza, y me cobraré en ella.

—A ese precio, señor, acepto.

—Guarda esas piedras y esos pergaminos. Y escucha aun. Dicen que junto á Santi-Ponce, en una torre medio arruinada vive un hechicero...

—Así dicen, señor.

—Ve á buscar á ese hechicero, y dile que esta noche irá á consultarle su estrella un hidalgo.

—¿Desconfiais ya de vuestra fortuna, señor?

—No; pero quiero saber á donde voy... contar con mi tiempo... y luego yo creo en la ciencia de lo infinito... necesito además saber el paradero de ciertas personas... Ve y cumple puntualmente cuanto te he dicho.

Juan Diente salió, y poco despues el rey, por la misma puerta por donde habia salido Juan Fernandez de Hinestrosa.

Apenas se habia perdido en la escalera el ruido de los pasos del rey, cuando se abrió la tapicería de un

lugar del muro dejando ver una puerta oculta, y apareció por ella una cabeza pálida, desencajada, que examinó minuciosamente la cámara. Era la cabeza de don Simuel Leví.

—¡Nadie! ¡nadie! dijo volviéndose para adentro.

—Pues bien, entremos, dijo tras él una voz imperiosa.

—¿Y qué diablos quereis hacer en la cámara del rey, dijo el judío sin pasar de la puerta?

Don Simuel fue empujado al parecer por la persona que habia hablado detrás de él, y que removido el obstáculo que le cerraba la puerta secreta, que era muy estrecha, entró en la cámara y se encaminó á la mesa; era Leila, vestida de paje.

—¡Poderoso Dios de Sabaoth! esclamó enteramente trémulo el judío; ¿qué piensas hacer...? ¿estás en tí? ¿vas á meterte sin mas ni mas en el cubil del lobo, que puede estar vigilado y acechado tras cada tapicería?

—El rey para hablar lo que le hemos oido con su verdugo, habrá tenido muy buena cuenta con que nadie pueda escucharle.

—Lo mismo que el rey no sabe que en su cámara existe este pasadizo, del mismo modo nosotros podemos ignorar si hay otros conocidos por los enemigos del rey, si le espian: ya ves que esto, si eramos observados, podria producir un embrollo difícil de desatar, y en que seria doloroso dejásemos las cabezas.

—¿Y dices que el rey ignora la existencia de este pasadizo?

—De todo punto; el difunto don Juan Alfonso de Alburquerque, cuyo tesorero era yo entonces, construyó durante las ausencias del rey de Sevilla estas y otras comunicaciones semejantes, verdaderos acechaderos en cada uno de los aposentos que el rey solia ocupar, tanto en este alcázar como en el castillo de Carmona...

—Donde está preso don Sancho, hermano bastardo del rey, esclamó con alegría Leila...

—Sí; en verdad que bien injustamente está privado de la libertad aquel pobre niño.

—El rey es precavido y se hace rehenes.

—¡Rehenes! los bastardos son unos infames: en rehenes tenia el rey á doña Leonor de Guzman su madre, y esto no impidió que siguiera en sus rebeldías... como te iba diciendo, y para asegurarte de que nadie mas que yo, muerto don Juan Alfonso de Alburquerque, conoce estas entradas, debes saber que yo poseia la confianza de aquel privado hasta tal punto, que cuando los negocios le apartaban de la córte dejaba encomendada á mi fidelidad la vigilancia sobre el rey.

—Bien... bien... paréceme que te he pagado demasiado caro tu secreto, para que le conserves buena y lealmente para mí.

—Hace mucho tiempo que el diablo anda en mis cosas, y solo él debe haber sido el que te haya revelado...

—Nada te importa quien sea: basta con que sepas que yo tengo en mis manos tu cabeza, y que nada adelantarias con hacerme matar, puesto que te tengo asegurado con la participacion de ese secreto en otra persona que me vengaria de tí, si por tu causa me aviniese algun mal. Justo es, ya que te has enriquecido con el oro del rey, que dejes que otros se enriquezcan.

—¡Ah! dicen que el rey... esclamó el judío con la espresion de quien comprende un misterio.

—Pues: el rey acaba de entregar á uno de sus ballesteros, segun hemos oido y visto, una caja que valia muchos miles de florines... esa caja aquí no debe estar sola.

—¿Y qué piensas hacer?

—El rey es avaro, y segun dicen posee un riquísimo tesoro, fruto de las confiscaciones de los nobles asesinados..... veamos si aquí hay algo de ese tesoro.

Y Leila desenvainó su puñal, y con una agilidad prodigiosa forzó los cajones de la mesa y encontró en ella cuatro cajas semejantes á las que el rey habia dado á Juan Diente.

—¡Poderoso señor Dios de Abraham y de Jacob! esclamó el judío: ¡qué magníficos balajes, qué perlas, qué diamantes..! robas al rey un tesoro.

—Este tesoro es el precio de tu cabeza.

—¡Señor! ¡señor! y que no se me haya ocurrido esta idea, dijo para sí don Simuel... con este golpe dado tan sobre seguro, ya podia yo haberme retirado á Africa... cuando por el contrario me estoy empobreciendo... y ese secreto con que se defiende este maldito. Leila en manos de otro..! ¡Oh! si eso fuera falso... si yo me atreviese... el pasadizo es oscuro, profundo... un golpe certero, una huida pronta...

El judío se sonrió de una manera imperceptible, pero aterradora, y Leila acabó de escribir en un pergamino que habia empezado y seguido durante el pensamiento de don Simuel.

Dejó el pergamino sobre la mesa, y haciendo marchar por delante de sí á don Simuel, salió por la puerta secreta que se volvió á cerrar tras ellos.

Lo que Leila habia escrito en el pergamino era lo siguiente:

«Rey: á pesar de tu recelo y de tu tiranía, el mas »cruel de tus enemigos ha sabido penetrar en tu cá»mara y robarte el tesoro que le dará medios para ven»garse de tí. Guardate.»

Los cajones de la mesa habian quedado abiertos, y el sello y los papeles del rey arrojados sobre la alfombra.

CAPITULO II.

Los amores de doña Maria.

Men Rodriguez de Sanabria estaba aun en la antecámara de doña María de Padilla, y decimos que velaba, porque aun cuando era ya bien entrado el dia, no se habia acostado ni despojado del arnés un solo momento. De tiempo en tiempo entraba á animar ó á consolar á doña María de Padilla, que teniendo á la infanta doña Beatriz en los brazos, no se habia acostado tampoco.

A pesar del dulce trato de la Padilla, del afecto con que trataba al jóven que tan generosa y lealmente habia abrazado su defensa, Men Rodriguez tenia el semblante contraido, impresionado, sombrío. Poco acostumbrado á horrores, las noticias que habian venido momento por momento de los que habian tenido lugar aquella noche, le habian contrariado, porque algunos de aquellos horrores tocaban á sus afectos.

Habia sabido que doña Aldonza Coronel habia sido arrebatada ó muerta á las puertas del alcázar, y por mas que los amores de Men Rodriguez hácia aquella infortunada dama no fuesen profundos, le lastimaban como tales: porque en los primeros goces del amor de una hermosura tal como doña Aldonza, su alma vírgen habia encontrado encantos indefinibles, y aunque fuese una pasion que debia pasar, vencida por la influencia de otras pasiones, Men Rodriguez por el momento se sentía dominado por el amor de doña Aldonza, como si aquel amor hubiera sido uno de aquellos que se sienten solo una vez en la vida, que llenan el corazon, que le estacionan, por decirlo así, y que solo mueren cuando muere quien los siente.

Men Rodriguez enclavado por su deber en el alcázar, vigilante al frente de los donceles de la guarda, habia encontrado por primera vez penoso el cumplimiento de un deber. A estar libre hubiera volado en busca de doña Aldonza, hubiera revuelto á Sevilla, y

puesto en fin en juego cuantos recursos son conducentes para encontrar una mujer perdida. La imposibilidad de hacer esto le irritaba, y cuando reposaba de este pensamiento, le asaltaba el de otra pérdida, la de Beatriz; y aunque no la amase, no podia olvidarse de Andrés, de aquel semblante que habia visto enfermo en la torre de la iglesia Mayor, tan hermoso, tan simpático, de tan noble espresion, y á cuyo dueño habia concedido tan espontáneamente su amistad. Men Rodriguez era hombre que no se daba á la amistad ó al odio, sino impulsado por poderosos estímulos, y estos estímulos eran en él permanentes; así se comprende que sintiera la pérdida de Beatriz, no por sí sino por Andrés, cuyo amor á la jóven conocia.

Y luego otra tercera persona hablaba misteriosamente á su corazon de una manera profunda, dulce, tranquila. Aquella persona era doña Isabel Nuñez de Lara: Men Rodriguez creia no sentir hácia ella mas que amistad; pero aquella amistad era de tal género, que le ponia en grave cuidado pensar en lo que podria haber acontecido durante el desórden de aquella noche en la casa del infante don Juan.

Men Rodriguez sabia que el rey estaba en el alcázar, que habian sido vencidos los rebeldes, que se habian hecho ejecuciones y justicias... pero el rey no se habia acordado de ir á consolar con su presencia á doña María, ni se habia acordado en la apariencia de su jóven favorito á quien tanto habia distinguido. Esto causó en el alma de Men Rodriguez el efecto de una decepcion dolorosa.

Envuelto en esta máquina de pensamientos, fatigado por aquel servicio pasivo, luchando con la charla de Pero Lope de Padilla que le acompañaba en la antecámara, esperando impaciente al rey, resuelto á sufrir las consecuencias de la cólera de don Pedro que creia haber merecido; en esta situacion, decimos, llegó el medio dia sin que se pensase relevarle, y la impaciencia se hizo á cada momento mas cruel para Men Rodriguez, llegando hasta la rabia en Pero Lope.

Momentos antes doña María de Padilla habia mandado ir á buscar á la hora de la comida al paje Gaston á casa de doña Isabel Nuñez de Lara, y á tiempo que la servidumbre entraba con el primer servicio, apareció en la puerta Leila en traje cortesano de paje.

Estaba pálida, y sus hermosos ojos negros tenian alrededor una orla amoratada: al verla Pero Lope de Padilla palideció, y Men Rodriguez sintió un recóndito cuidado ante las señales de vigilia que se veian en el semblante del fingido paje.

—¿Con que tambien se ha velado por allá, señor Gaston? dijo Men Rodriguez acercándosele y sonriéndole.

—Ignoro lo que haya podido suceder en casa de mi señora, dijo Leila, por que cuando tornaba á ella me detuvo en el zaguan un escudero de doña María de Padilla, llamándome al alcázar.

—¡Cómo! ¿no habeis pasado la noche en casa del infante?

—Cuando empezó el alboroto estaba en casa de mi hermana, señor Men Rodriguez.

—¡Cómo! ¿teneis una hermana y nada me habeis dicho?

—Os temí por enamorado, señor Men Rodriguez.

—¡Calle! ¿tánto se recata vuestra hermana?

—Si ella no se recatara la recataria yo, caballero.

—Y es tan hermosa doncella como vos sois hermoso garzon, señor mancebo, dijo Pero Lope de Padilla, que no quitaba ojo de Leila.

—Somos gemelos, contestó Leila: si yo me pusiese un traje de mujer, se me tomaria por ella: solo quien me conociese mucho podria notar algo de mas dulzura en la voz, y el candor, el pudor, la timidez, propias de una doncella honrada que sentarian muy mal en un paje.

—Decididamente dijo para sí Pero Lope, la tal africana, mora ó judía es un prodigio: si yo no la conociese tan bien y estuviese tan enamorado de ella dudaria. ¡Qué descaro! ¡qué serènidad! y qué soltura para llevar un vestido de hombre, y sobre todo, ¡qué pierna y qué pié!

Un paje asomó á la puerta de la cámara de doña María y preguntó si habia llegado el señor Gaston...

Leila se despidió de Men Rodriguez y de Pero Lope de Padilla y entró en la cámara de doña María, de la cual se despedia á la sazon su hermano don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava.

Este que habia adquirido las maneras de un gran señor fátuo, y trataba á su hermana con cierta superioridad de familia, aunque ella era el sosten de aquella y lo único bueno que habia en ella, miró á Gaston con una estrañeza impertinente, pasó junto á él sin dejar de mirarle y desapareció por una puerta de servicio.

—Dispensadme, dijo doña María á Leila, si os he obligado á abandonar vuestros asuntos para ocuparos en los mios; pero estos son tales, me encuentro en tal situacion, que necesito vuestra ayuda, vuestros consejos.

—Mi ayuda y mis consejos, señora, dijo Leila, serán insuficientes sin duda, pero podeis disponer de ellos.

Doña María se encaminó á una puerta, levantó un tapiz, y entró en un bellísimo retrete, al que le siguió Leila.

Todo en aquel aposento era rico, ostentoso, bello: la construccion, las tapicerias, los muebles: allí mas que en ninguna parte se demostraba el gusto por lo magnífico de un rey que no acomodándose á vivir en uno de los destartalados y sombríos alcázares de aquellos tiempos, hizo ir de Granada alarifes para que le construyeran un palacio dorado y resplandeciente á semejanza de los de los califas árabes y reyes moros; habia gastado tesoros en aquel alcázar de que todavia se enorgullece Sevilla, y habia hecho apurar el lujo y el fausto en las habitaciones destinadas á doña María. Aquellas habitaciones, pues, eran lo mas maravilloso que se conocia entonces.

Doña María se sentó en un divan.

—Sentaos, dijo á Leila.

—¿En presencia de vuestra señoría? contestó esta.

—Sí, sentaos: necesitamos hablar mucho tiempo: ayer la llegada del maestre de Santiago impidió que me refirieseis vuestra historia: me han dicho que sois sabio; que habeis estudiado en Granada las ciencias ocultas: decidme Gaston, si peco pretendiendo saber lo oculto.

—La ciencia de los astros fue practicada por el rey don Alonso el Sabio, que era un cristianísimo rey que hizo leyes contra los hechiceros y los astrólogos.

—¿Y creis que esa sea una ciencia verdadera?

—Si dudais de ella ¿por qué la consultais?

—Porque la desgracia, cuando se ha cansado de sufrir, cuando no puede sufrir mas, apela á lo maravilloso á lo infinito; porque no encontrando ayuda en Dios, hay momentos en que la desesperacion nos hace pensar en el diablo.

Sonrió Leila con ese desden peculiar de los sabios, que se creen superiores á los hombres y á las cosas.

—Yo os creia feliz señora, dijo: poseis al hombre de vuestro amor, sois poderosa, venceis á una reina: si alguna vez don Pedro se separa de vos, vuelve mas enamorado, mas rendido que nunca, lo que significa que teneis sobre él un poder invencible.

—Puede llegar un dia en que no vuelva.

—Dominais el alma del rey.

—¡Ay si un dia el rey cae á manos de sus enemigos!

—¡Temeis que el rey sucumba!

—Si lo temo: la nobleza se hace cada dia mas rebelde, y la obstinacion del rey en vencerla, crece mas y mas. Para el pensamiento de don Pedro nada hay

grande, nada imposible; le parece todo débil comparado con su valiente fuerza de voluntad... y ¡ay! yo he tenido sueños horrorosos... le he visto á mis piés, sangriento pálido... muerto... ¡oh! y mi corazon se ha comprimido; he querido llorar y he encontrado seco mi corazon; he buscado á mis hijos y tambien he encontrado á mis hijos muertos... levantadme una figura, evocad á Dios ó al diablo pero decidme el porvenir... poco importa que sea terrible, tendré valor.

—¿Y por qué medios quereis saberlo...? por la nigromancia...

—No, no... seria necesario evocar un cadáver, y eso es demasiado horroroso. Nos valdrenos de la cábala de la quiromancia.

—¿Y cuándo necesitais saber el resultado?

—Pronto, muy pronto.

—Pero ya comprendeis señora que no conociendo yo, ni vuestra historia ni los acontecimientos secretos de vuestra vida, me es imposible de todo punto...

—¡Ah! necesitais saber...

—De lo conocido se parte á lo desconocido.

—Mi vida está rodeada de horrores en los que yo no he tenido parte, dijo doña María palideciendo; y sin embargo esos horrores me hacen ver algunas veces

Doña María y Leila.

sombras ensangrentadas... y me estremezco, y tiemblo, porque creo que Dios me castiga por...

—Por haberos unido al rey...

—Por haberle amado...

—El sino de don Pedro es fatal.

—Y sin embargo debajo de esa ruda apariencia, debajo de esa ferocidad que espanta á todo el mundo, el rey guarda un corazon sencillo, noble, generoso, valiente... demasiado valiente acaso.. yo le amo porque es mi destino amarle, porque desde el primer momento en que le ví, mis ojos mi alma, mi pensamiento reconocieron en él un señor... un señor que me dominaba, á cuya voluntad necesitaba doblegarme; ¡y antes de verle era tan feliz..!

—¡Qué! ¿nunca os han hecho feliz los amores del rey?

—Siempre ha habido un dolor agudo en mis mas puros placeres: siempre mi alma se ha lastimado unida á la de don Pedro; siempre bajo mi resignacion bajo mi apariencia de felicidad, ha habido una desespe-

racion profunda, incomprensible, misteriosa; porque yo le amo, le adoro y le tengo: porque yo sé que no puede vivir sin mí, que soy su alma, su pensamiento su sueño... porque yo sé que podrá tratarme alguna vez con dureza, pero olvidarme, abandonarme, nunca.

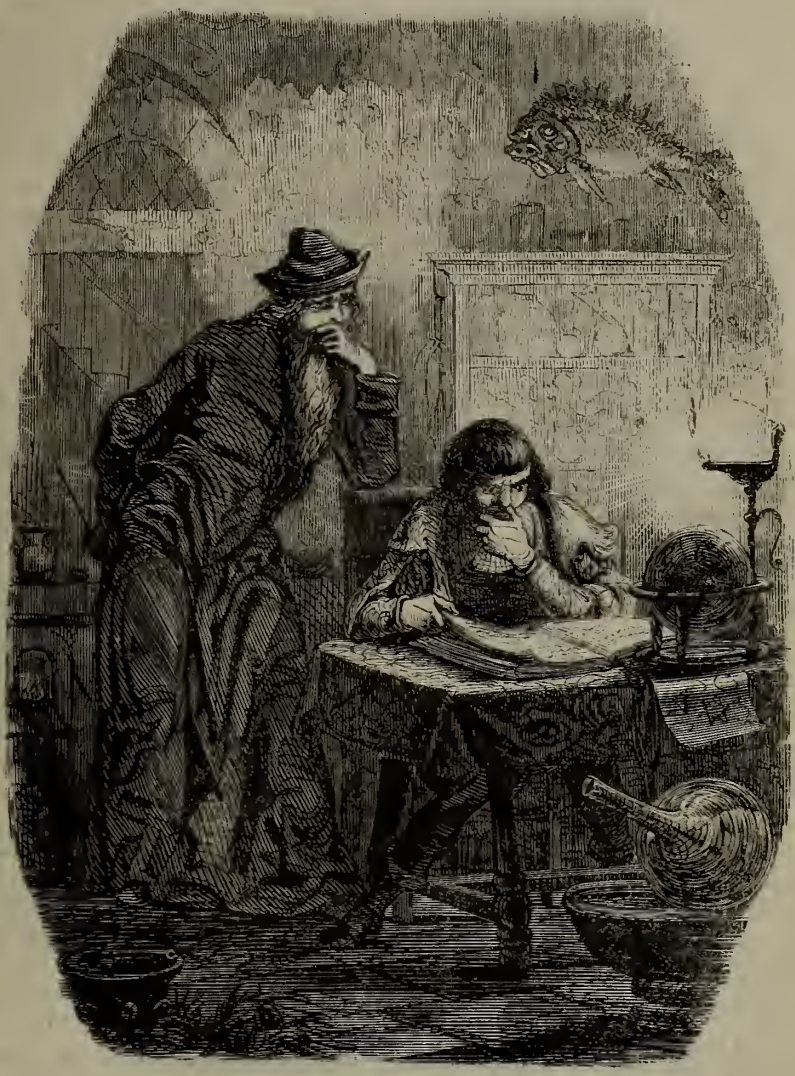
—¿Es señora que teneis miedo?

—¡Miedo! esclamó doña María profundamente y con un acento de conviccion tal como el del que ve esclarecerse una duda: ¡miedo! ¡y de qué!

—Miedo por el rey, miedo por vuestros hijos: sabeis demasiado que estais cercada de enemigos; sabeis que don Pedro se ha ostinado en una lucha imprudente...

—¡Imprudente...! ¡su padre fue mas duro que él y le respetaron!

—Don Alonso el XI no tenia en contra suya tantas causas, tantas ambiciones. Don Alonso el XI, no tuvo mas favorito que á don Juan Alfonso de Alburquerque, ni mas amores que los de doña Leonor de Guzman. don Alonso el XI, fue mas prudente, procuró por todos los medios posibles evitar la guerra con el extranjero; empleó contra los moros á nobles que ociosos hubieran revuelto contra él; hizo respetar las leyes, fue justo; mató cuando le fue preciso matar para que le respetasen; pero despues se enmoheció el hacha del verdugo; cuidó de la prosperidad de sus reinos y sus reinos le amaron; no se ensangretó en sus conquistas, y los moros comprendieron que un descendiente de los antiguos reyes de España estaba en el deber de reconquistar lo perdido por sus abuelos, y vieron en él un enemigo generoso, noble, valiente, caballero, y le respetaron: cuando murio de peste en el cerco de Gibraltar, cuando su ejército levantó el asedio, llevando el cuerpo de su señor, los moros en vez de salir al alcance de un ejército sin caudillo, diezmado por la peste, salieron fuera de los muros y se estendieron tristemente al pié de ellos con las banderas enlutadas para rendir un homenaje fúnebre á los restos de aquel enemigo cuya generosidad y cuyo valor respetaban. Alonso el XI fue un gran rey.



Don Pedro consultando su horóscopo.

Leila habia hecho el elogio del padre de don Pedro de una manera profunda, conmovida, íntima. Doña María se sintió dominada por el sentimiento de la jóven.

—¿Y en qué ha imitado don Pedro á su padre? continuó Leila trocando su acento antes dulce y respetuoso en una entonacion dura y severa: el rey don Pedro ha creido que se bastaba á sí mismo y ha roto por todo; se levantó delante de la influencia de don Juan Alfonso de Alburquerque la influencia de vuestra hermosura, señora, de vuestra virtud, de vuestro amor, y apoyándose en ella vuestros parientes dieron de través con don Juan Alfonso, con doña Leonor de Guzman, con los bastardos, con sus amigos; el rey fue lo que Juan Fernandez de Hinestrosa quiso que fuese: no consideró durante mucho tiempo, que un rey por lo primero que tiene que velar es por su pueblo, porque su pueblo es la base de su poder: no conoció ni ha conocebido nunca que no hay fuerza aislada, y en vez de atraerse con dádivas y mercedes á los nobles que sostienen á los bastardos, se ha cebado en ellos como un lobo hambriento, ha matado sin límite ni freno, ha aterrado á los demás, y ha conseguido en vez de debilitar sus fuerzas aumentarlas. La nobleza se ha estremecido bajo su mano y solo algunos pocos de esos hombres que consideran al rey como una emanacion de Dios, como una cosa sagrada, son lo que continuan siéndole leales; pero en pequeño número y aun así temiendo que descontarse de ellos á los que le sirven porque medran y mandan á su sombra. Al rededor de don Pedro hay tantos favoritos como pasiones dominan su alma: Juan Fernandez de Hinestrosa, os representa á vos que sois la pasion mas noble del rey: don Simuel Leví, habla á la avaricia del rey; Juan Diente es su rayo esterminador, el hermitaño de la cruz del Humilladero, su espíritu sombrío y misterioso, y el señor repostero mayor, el señor Juan Tenorio, es su crueldad su espíritu de matanza y esterminio.

Al escuchar el nombre de este último la Padilla se inmutó.

—Y estos cinco, hombres estos cinco poderes opuestos, luchan entre sí, se aborrecen y se combaten, combatiéndo al mismo tiempo el alma del rey: todos hablan á sus pasiones, todos hacen cada dia mas feroz mas sombrío su carácter: matad y llevad á sangre y fuego las fronteras, le dice Hinestrosa; esterminar á vuestros hermanos; buscadles donde quiera que se oculten: y la guerra de Aragon estalla; matad á los rebeldes y confisead sus bienes, sus señoríos, sus castillos, clama don Simuel Leví; cargad los impuestos al pueblo, atesorad; el dinero es la sangre del reino: y don Pedro espide una tras otra cédulas de traicion, de confiscacion, de impuestos onerosos; sed rey, grita el monje negro, robustecéos, mandad; y don Pedro no encontrando mas que enemigos en torno suyo, hiere destroza, confisca, aterra; y matad, matad, esclama Juan Tenorio: el terror es el mejor aliado de un rey. Y luego no faltan obispos, que por hacerse lugar en el alma del rey, se atrevan á asegurar la nulidad de su matrimonio con doña Blanca de Borbon, como sucedió cuando la farsa de matrimonio del rey con doña Juana de Castro: se suceden unos tras otros los motines, los desmanes, las rebeldias, las provocaciones: el brazo de los ballesteros del rey está ya cansado de matar, y sus mazas han engruesado con la sangre: y como si se tratase de una hidra, por cada cabeza que se hiere brotan cien cabezas rebeldes; llegará un dia en que el rey no teniendo á quien herir devorará uno á uno á sus favoritos, y cuando ya no le quede quien le defienda, caerá herido por sí mismo, sin que nadie se compadezca de él; llevando á la tumba un nombre manchado.

Doña María estaba profundamente pálida; conocia la verdad de las palabras de Leila, pero á través de ellas creia percibir odio, odio que podia muy bien equivocarse con la severidad de un sabio que está sobre las pasiones humanas.

—Sois demasiado duro con el rey, caballero, y si vuestras palabras son una profecia, hay que lamentar lo enemigos que se muestran los astros á don Pedro: no, la culpa no es suya, la culpa es de su tiempo: su padre le ha dejado la amarga herencia que tiene, que se vé obligado á defender... creedme, don Pedro mas que criminal es desgraciado. Bajo cada paso suyo, brotan los enemigos á centenares, y es imposible ya un medio: ó matar ó morir... el mal está en los principios.

—Y ese principio sois vos.

—¡Yo!

—Si don Juan Alonso de Alburquerque no hubiera hecho que el rey os conociera... no hubiera caido... no hubiera habido mas que un favorito, y este principio de unidad hubiera ahorrado muchas envidias, muchas enemistades y por consecuencia muchos crímenes. Con el ejemplo de la influencia de vuestra hermosura, toda mujer que se ha creido bastante hermosa para disputaros el rey, os le ha disputado: todo padre todo esposo, todo tutor que ha poseido una mujer seductora, la ha arrojado al rey, esperando hacerse dueño de las cosas por medio de ella: reciente teneis el ejemplo de doña Aldonza Coronel: la arrojaron al rey, como se arroja un cebo á un tiburon, y el rey, vos, vuestros hijos, vuestros parientes, habeis estado un momento á merced de esa mujer.

—Y esa mujer, ¿dónde está? dijo con ansiedad la Padilla: dicen que el pueblo la ha hecho pedazos á las puertas del alcázar.

—El destino de los Coroneles es fatal: Alvar Gomez Coronel, murió en un torneo en Valladolid, á manos de un enemigo traidor; don Alonso Ferrandez Coronel su hijo, murió en su castillo de Aguilar degollado por el rey don Pedro; su hija doña María Coronel, despues de la muerte violenta de su marido don Juan de la Cerda, se vió perseguida por el rey aun dentro de los muros de un monasterio; tuvo valor para destruir con aceite hirviendo el hermoso seno que enamoraba á don Pedro, y murió al fin de dolor, desesperada: doña Aldonza Coronel, enviada por su marido Alvar Perez de Guzman á tender un lazo á don Pedro, cayó en sus mismos lazos, y despues de haber sido reina tres dias, despues de haber conocebido unos amores insensatos por un mancebo ilustre...

—¿Y quién es ese ilustre mancebo?

—Men Rodriguez de Sanabria

—¡Ah! con que no ha sido el rey quien...

—Don Pedro se ha valido de doña Aldonza como de un pretesto, la ha hecho creerse reina, lo ha sido efectivamente durante tres dias, y á no ser porque los favoritos del rey que defendiéndole se defendian á sí mismos, encontraron medio de sublevar la canalla, doña Aldonza á estas horas acaso hubiera dado al traste con el rey... doña Aldonza caerá como toda su familia de una manera desgraciada.

—Pero vive aun.

—Se dice que la ha arrebatado de entre las masas un enemigo personal suyo, una mujer enamorada de Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Una mujer enamorada de Men Rodriguez..! ¿y él ama á esa mujer?

—Lo que yo os digo señora es lo que se dice... por lo demás, creo que Men Rodriguez no ha amado todavía. Le ha deslumbrado, es verdad, la hermosura de doña Aldonza y cree amarla. Ella ha sido bastante impura para concederle todo su amor en muy poco tiempo, y lo que Men Rodriguez siente no es otro cosa que un deseo que no está enteramente satisfecho.

Doña María se ruborizó, y guardó por un momento silencio.

—Sin embargo, dijo al fin, creo que aunque Men Rodriguez solo se haya dejado llevar de su locura de

mancebo al hacer el amor á doña Aldonza Coronel, ama profundamente á otra persona, á una alta dama hermosa, y casada, á quien respeta.

Leila fijó una profunda mirada en la Padilla.

—¿Y quién es esa alta dama, que está casada y que sabe que la ama Men Rodriguez de Sanabria? dijo con la voz ligeramente trémula.

—Esa dama es la esposa del infante don Juan de Aragon.

—¡Doña Isabel Nuñez de Lara...! tampoco amará Men Rodriguez á esa mujer, os lo juro, estoy á su servicio y he tenido tiempo de leer su horóscopo en su frente; esa dama morirá y no dentro de mucho tiempo de mala muerte, como morirá don Juan de Aragon su esposo.

—¡Oh! vuestra ciencia es terrible! ¡que morirá don Juan de Aragon á manos del rey...!

—Del mismo modo que morirá el maestre de Santiago.

—¡Oh! ¡no! ¡eso es imposible, Dios no puede permitir que don Pedro se manche con un fatricidio!

—¡Que es imposible! os atreveis á decir que es imposible..... ¿acaso hay algo en lo humano que no pueda ser?

—¡Oh! ¡me helais el corazon! me parece que me anunciais una desgracia.

—¿Amais con toda vuestra alma al rey, no es verdad?

Doña María miró con estupor á Leila no sabiendo á donde iba á parar

—Si, le amais con toda vuestra alma, y sin embargo, sin poderlo evitar, sin voluntad amareis á otro ser cuyo amores serán imposibles para vos... recordareis con terror su semblante, su semblante hermoso y noble, la mirada de sus ojos que os dominarán y que no se apartará ni un momento de vuestra memoria: amareis á ese ser ó acaso le amais ya... y ese ser que no reparará en vuestro amor, cuando repare en él se estremecerá y huirá de vos.., volverá arrastrado por la fatalidad y os verá palidecer, morir... y morireis con su imágen en el corazon, con su nombre en los labios. Morireis desesperada, sedienta del amor de ese ser, que guardará de vos un recuerdo mas de dolor ante los dolores que le procurará su lealtad al rey.

—¡Oh! ¡perdon! ¡perdon! esclamó doña María, cuya mirada estaba fija de una manera fatal en la mirada de Leila: yo no os he hecho daño alguno ¿por qué me tratais así?

—Me habeis pedido que os revele vuestro porvenir y he ahí todo: os lo he revelado.

—Pero me habeis aterrado... me habeis dicho que yo... que amaré á otro hombre.

—Le amais ya, dijo Leila posando una profunda mirada en el semblante apenado de doña María.

—¡Que le amo! os engañais... yo no amo á nadie... á nadie mas que á mi esposo y á mis hijos.

—Su señoría el rey, dijo apareciendo en la puerta Men Rodriguez de Sanabria.

Doña María volvió el semblante y al ver á Men Rodriguez, fuese por que la hubiese anunciado el rey, palideció.

Men Rodriguez desapareció, y Leila señalando á doña María el tapiz de la puerta que se agitaba, dijo.

—Le amais ya.

Doña María no tuvo tiempo de contestar; Leila temerosa de ser vista por el rey y de que acaso su ojo receloso descubriera su sexo, habia salido á la ventura por una de las puertas laterales.

—Que amo á Men Rodriguez, murmuró profundamente la Padilla, ¡oh! ¡no! amo en él al vasallo leal... pero al hombre... no, no... cien veces no.

Sin embargo, doña María esperimentó en su alma una sensacion desconocida, y cuando se adelantó para recibir al rey estaba pálida de terror.

CAPITULO III.

En que se ve el móvil de las intrigas de Leila.

Leila se encontró en un gabinete magnífico, á cuyo fondo habia un alto lecho dorado: aquel era el dormitorio de la Padilla: introducida allí por casualidad, antes que en buscar la salida pensó en examinar minuciosamente aquel retrete: golpeó las paredes, las tapicerías buscando una puerta oculta, porque segun ella, el difunto don Juan Alfonso de Alburquerque, que habia cuidado de poner acechaderos en los aposentos del rey, no podia haberse olvidado tomar las mismas precauciones en los aposentos de la Padilla. Y como quien busca bien, pronto, ó tarde halla, al tocar en un lugar de la tapicería, creyó encontrar un sonido hueco, retumbante, como el que produce un golpe dado sobre una puerta cerrada.

Pero por mas que buscó el resorte por medio del cual debia abrirse aquella puerta, nada halló por el momento ni aun los indicios de que allí hubiese una entrada: la tapicería representaba un cuadro mitológico, estampado segun el estilo veneciano de la época; representaba á Diana saliendo del baño, rodeada de sus ninfas, y aquel tejido de vivos colores y dibujo enérgico, estaba guarnecido por un marco bordado, de una vara de ancho por una y media de alto.

Leila buscó, y buscó mas: oprimió el tapiz por todas partes, y al fin, al poner un dedo, al apretarlo fuertemente sobre un ojo de Diana, oyóse un rechinamiento áspero semejante al crugir de una puerta premiosa, por haber estado cerrada largo tiempo y se abrió una entrada, una pequeña puerta que se ajustaba perfectamente con el adorno bordado que servia de marco á la fábula estampada en el tapiz.

Por aquella puerta se exhaló un ambiente húmedo y espeso: Leila saltó sobre el divan colocado bajo aquella puerta, entró y cerró.

Entonces notó que en la parte media de la puerta habia una pequeña avertura, por la que penetraba la luz del retrete á traves del tejido del tapiz; entonces miró y vió que á traves de la transparente tela, podia verse cuanto pasase en el gabinete.

Leila esperó: tenia curiosidad en saber lo que haria doña María cuando la dejase libre el rey: indudablemente, no teniendo ninguna salida el gabinete, vendria á buscar á su encerrado hechicero.

Y así aconteció, tras una hora de espera, doña María entró en el retrete y al verle desierto se inmutó: buscó tras los muebles bajo el lecho, se asomó á las ventanas como para medir su altura y vió que era imposible que por ella hubiese escapado el paje.

Entonces pasó una cosa estraña por doña María: creyó que el poder del jóven hechicero, se estendia hasta hacerse invisible y le llamó: nadie la contestó: entonces pensó que era un ser sobrenatural, enviado por el cielo ó por el infierno para avisarla su porvenir y se aterró: un ser tal, que disponia de un poder tan maravilloso, no podia engañarse: esta alucinacion fue fatal: doña María que solo habia visto en Men Rodriguez un vasallo leal, empezó á pensar en él de una manera mas íntima: su pensamiente le rechazaba con horror, pero como en estas luchas sordas, íntimas, la mujer acaba por vencerse á sí misma, tomó en algunos momentos tal gravedad el pensamiento de Men Rodriguez en doña María, que se aterró, fue á su reclinatorio, se arrodilló ante él, oró y lloró.

Leila veia todo esto, pero no poseyendo el don que la tribuia doña María, no pudo leer su pensamiento: pero vió en su semblante la duda, el terror la lucha. Leila acabó por creerse segura de que doña María amaba á Men Rodriguez, y luchaba con su amor.

—¡Oh! ¡oh! esclamó Leila ¡todos le aman! ¡ese hombre es fatal! Doña Aldonza... doña Isabel... doña Ma-

ria... y acaso, acaso tambien Beatriz... Beatriz, no... Beatriz ama con toda su alma á Andrés... y yo ¡oh Dios mio! ¡Dios mio! yo adoro á Men Rodriguez, acaso porque no repara en mí... es necesario empezar, es necesario ver si ese hombre me ama ó no me ama... y si me desdeña ¡oh! si me desdeña... peor para ellas...

Leila se abismó en su pensamiento.

—Doña María, murmuró al fin, no conoce esta comunicacion secreta con su dormitorio... Don Simuel por lo que he podido juzgar no la conoce tampoco... yo, sola yo.. ¿y á donde conducirá este corredor..? conduzca á donde quiera, ello es que tengo un medio para llegar hasta la mas hermosa, hasta la mas pura de las mujeres que me disputan mi amor... ¡oh! ¡oh! adelantemos... estoy impaciente y es necesario que conozca bien mis recursos para empezar la guerra.

Miró por última vez, y vió que doña María seguia llorando y orando.

Leila se separó de la puerta secreta y de puntillas para no hacer ruido y palpando las estrechas paredes se retiró, avanzando entre las tinieblas.

Al poco espacio encontró una angosta escalera de caracol y descendió por ella contando los peldaños: á los sesenta la escalera cesó, y se encontró en otro pasadizo mas estrecho, mas humedo y tan densamente tenebroso como los espacios que habia recorrido hasta allí.

Entonces como habia contado los peldaños, contó los pasos hasta mil y tantos: al llegar á aquel número encontró otra escalera que ascendia; á los treinta peldaños se encontró detenida; delante de ella á la altura de su cabeza entraba luz por cinco pequeños agujeros colocados en cruz.

Leila miró: era una habitacion baja, cuadrada, enteramente de madera, porque en la edad media se usaba mucho de la madera para las construcciones pobres: aquella madera estaba blanqueada: una estera de esparto cubria el suelo, en un ángulo habia una cama limpia, pero en la apariencia dura, y con ropas toscas; una mesa con una lámpara apagada, una escudilla en que habia restos de comida y un pan empezado, últimamente un arnés de guerra, una maza de ballestero y algunas ropas, por decirlo así, de uniforme, colgados en la pared y un enorme y carcomido arcon, componian el mueblaje.

Leila buscó el resorte de la puerta y le encontró en su parte media, pero mohoso, premioso con señales de no haber sido usado hacia mucho tiempo. Leila creyó prudente esperar y esperó, pero su espera no fue larga.

Oyóse una llave en la puerta, se abrió dejando ver tras ella un huerto que Leila no habia podido ver, por impedirlo los ahumados lienzos que hacian lugar de vidrieras, tras los espesos barrotes de hierro que defendian las dos ventanas situadas á los lados de la puerta.

Entró un hombre. Leila le reconoció: aquel hombre era el ballestero de maza del rey, Juan Diente.

—¡Oh! ¡oh! dijo la jóven, este hombre vive en una casa que comunica con el dormitorio de doña María de Padilla: este hombre como pude oirlo de boca del mismo rey esta mañana, es su servidor mas leal... desconfiará el rey de la Padilla... ¡oh! ¡no! estas puertas tienen indicios de no haber sido abiertas en mucho tiempo... Juan Diente sin duda no las conoce... y bien esto me contraria: por un acaso la entrada esta guardada de una manera formidable: es necesario que ese hombre desaparezca de aquí: es necesario que esta habitacion me pertenezca.

Leila se puso á observar; Juan Diente tenia el semblante mas ceñudo que de costumbre; se notaba que estaba escitado, contrariado, y hasta tal punto, que creyéndose solo, daba salida á su mal humor de una manera inteligible.

—El rey echa demasiada carga sobre mis hombros, dijo: no se contenta ya con decirme: mata, sino que me dice: sentencia. ¡Oh! ¡esto es demasiado! me aterra... yo en todas partes veo traidores... y me ha dado veinte pergaminos sellados y firmados en blanco... Pues bien, sea lo que quiera, guardemos estos pergaminos y usemos de ellos si es preciso: ante todo el rey.

Juan Diente sacó de su escarcela un rollo, y se fue con él al arcon, pero vaciló.

—No, dijo, este es un tesoro que debe guardarse bien: yo paso la mayor parte del tiempo fuera de mi casa, y un acaso cualquiera... no... no, es necesario ser mas precavidos: de ninguna manera está mejor guardado un tesoro que bajo tierra.

Decidido, sin duda, el ballestero por este pensamiento fue á un ángulo del aposento, alzó la estera, levantó con su puñal una baldosa, socabó la tierra, hizo un hoyo, envolvió los pergaminos en un coleto de ante, metió el coleto en el hoyo, puso tierra encima y encajó de nuevo la baldosa en su alvéolo: luego abrió el arcon, y sin duda temeroso de que si sacaba la tierra fuera pudiera sospechar quien la viese, arrojó aquella tierra en un ángulo del arcon.

Apenas habia hecho esto maese Juan, cuando se oyeron débiles é impacientes golpes en la puerta. El ballestero dulcificó un tanto su semblante y fue á la puerta esclamando:

—¡Ah! es Inesilla.

En efecto, cuando despues de haber descorrido los dos cerrojos de la puerta la abrió, apareció una preciosa jóven de diez y ocho á veinte años que traia una cesta en un brazo, cubierta con un paño blanco.

—¡Ah! ¡ah! dijo la joven riendo, nunca os encerrais tanto señor Juan, yo creí que tenais con vos alguna buena compañía que no queriais que viera nadie.

—¡Ah! ¡ah! dijo sonriendo y transformado en otro hombre Juan Diente: pues mira; nunca hubiera esperado que te se ocurriese tal pensamiento.

—¡Vaya! ¿y qué tiene eso de estraño? dija la jóven con volubilidad.

—¡Mucho! las mujeres en general no piensan sino en lo que las interesa.

Inesilla se puso muy colorada, y dijo con acento picado.

—¿Y á mi qué me importa el que..?

La jóven se detuvo.

—¿El qué? dijo Juan Diente.

—Nada, contestó la jóven bajando la cabeza y ruborizándose, mientras estendia el mantel sobre la mesa, y ponia sobre el mantel una cazuela llena de ese condimento inmemorial en España y que se llama olla podrida.

—Pues mira, dijo Juan diente, yo creia que te importaba algo y me habia alegrado, porque hace mucho tiempo que he reparado en que eres bonita, Inesilla.

Y diciendo esto asió á la jóven por la reducida cintura.

—Cepos quedos, señor ballestero, dijo Inesilla, deslizándose de las manos de Juan Diente como una culebra: si mi madre supiera...

—¡Calle! ¡con que es decir que en la Macarena hay tambien doncellas asustadizas!

—Ya sabeis que mi madre es dura para esto de novios cuando se trata de sus hijas, y sino fuera porque teneis fama de no pensar en las mujeres y de ser mas aficionado á matar nobles que á enamorar, yo os aseguro que no me dejaria venir á traeros la comida.

—La taberna del Gato blanco, Inesilla, dijo Juan Diente, es demasiado concurrida por gente alegre para que viviendo tú en ella no te hayan dicho amores.

—Y tanto como me los han dicho, contestó con acento vanidoso la jóven, y aun me han pedido á mi madre... pero yo... me he reido... eran mancebillos de poco mas ó menos... gente valdía y floja... y yo necesito otra cosa... un hombre que lleve coraza, y gaste plumas y cadenas; que sea un hombre.

—Esto es, un hombre como yo.

—¿Quién ha dicho eso? dijo la jóven afectando mal una risa de indiferencia.

—No soy viejo... dijo Juan Diente.

—Cierto que no, murmuró la muchacha.

—Ni feo.

—Yo no he dicho eso.

—Ni manco.

—Ya se vé que teneis las manos harto lijeras.

—Soy ballestero hidalgo del rey.

—Y gastais plumas y coraza, ¿no es verdad?

—Cierto que sí... y además, Inesilla, aunque en algunas ocasiones tengo el rostro muy feo.....

—Cuando se trata de matar rebeldes, ¿no es verdad?.....

—Justamente... aunque en esas ocasiones parezco un lobo... cuando se trata de una doncella como tú... mira, Inesilla, estoy harto de vivir aquí tan solo... y además, he pensado en que está muy lejos de aquí la Macarena, para que vengas dos veces al dia con la comida, cuando podria hacerse aquí mismo.

—Decídselo á mi madre, dijo Inesilla á media voz.

Por aquella vez la muchacha se dejó asir por la cintura, y Juan Diente que habia acabado de comer, la levantó en alto como una pluma.

—Dejadme, señor Juan, dejadme, ó grito, dijo la muchacha.

Juan Diente la soltó riendo en el suelo.

—He aquí una mujer bien lijera, dijo.

—Decid mas bien, he aquí un hombre fuerte... como que peso cinco arrobas y diez libras, señor Juan.

Y en verdad Inesilla era de buena estatura, desarrollada y robusta; todo consistia en que Juan Diente tenia las fuerzas de un toro.

—Ahora bien, hija mia, no te ofendas si te despido, dijo el ballestero: necesito ir á Santi-Ponce, y bien de prisa; por cierto que es ya tarde. Si quieres aprovecharemos esta ocasion, y te acompañaré hasta cerca de tu casa, puesto que es camino.

—Y que me place, dijo la muchacha, recogiendo la cesta y saliendo.

Juan Diente salió con ella y cerró.

Apenas paso el tiempo suficiente para que se hubieran alejado, cuando Leila oprimió el resorte de la salida secreta, y no sin mucho trabajo logró que se abriera.

Constituian aquella puerta tres tablas unidas por barrotes que se adherian sobre dos pilastras de madera, de módo que por la parte esterior no podia notarse la puerta.

Lo primero que hizo Leila, fue ir al ángulo donde Juan Diente habia enterrado los pergaminos del rey; levantó la estera y la baldosa, removió la tierra, saco el coleto y de entre él los pergaminos, que guardó en su seno.

Luego buscó algo con que poder escribir, encontró en una especie de pequeño hogar un pedazo de carbon, y partiendo uno de los pergaminos, escribió lo siguiente:

—Señor verdugo, guardador del puñal del tirano rey don Pedro, cuando en otra ocasion tengais que guardar un tesoro, cuidad de que nadie os oiga ni os vea.

Hecho esto, metió aquel escrito entre el coleto, en el hoyo, y colocó en su lugar la baldosa, de manera, que nadie podia notar se hubiese tocado á ella. Luego la cubrió con la estera, cerró la puerta secreta, y valiéndose de su puñal, corrió el fiador de la cerradura de la puerta esterior, la entreabrió y miró afuera.

Era el patio de una casa de vecindad; pero, afortunadamente, en Andalucía quema el sol de mayo; el patio estaba desierto, y una pared y una enramada de jazmines cubrian la puerta de Juan Diente.

Leila encajó la puerta de la habitacion del ballestero, procurando que no se notase á primera vista que estaba abierta y salió recatándose: por una casualidad ningun vecino la vió, pero ella reparó á su paso por los restos de columnas y arcos de aquel inmenso patio plantado de árboles frutales y convertido en huerto, que aquella era una de esas antiguas casas de solar, que abandonadas por sus nobles señores, vienen á parar en asilo de la indigencia.

Leila tuvo medio de saber á quién pertenecia aquella casa.

Del mismo modo supo que en la habitacion del fondo del patio, antes que el señor Juan Diente, habia vivido un espadero y antes que el espadero un ballestero de maza del rey don Alonso el Onceno, llamado Cristóbal el Zurdo, á quien habian encontrado muerto diez años antes de una estocada junto á uno de los postigos de los jardines del alcázar.

Siguiendo este hilo, supo que el tal Zurdo habia sido uno de los amantes vulgares de la reina doña María de Aragon, y cuando averiguó que el dormitorio de doña María de Padilla era el mismo que fue de la reina doña María, supo ya lo que significaba aquel misterioso pasadizo. Todos los antecedentes que la llevaron á esta aclaracion, le fueron dados por don Simuel Leví y por el escribano Alvar Yañez. En cuanto al tesorero del rey, Leila se convenció de que no conocia aquella secreta entrada al dormitorio de la Padilla.

Todo esto lo averiguó Leila en una hora. Despues montó á caballo, salió de Sevilla, y tomó el camino de Santi-Ponce: antes de llegar á esta villa, cruzóse con ella un hombre á caballo.

Aquel hombre era Juan Diente.

—¡Ah, señor ballestero! dijo la jóven, paréceme que os vereis reducido dentro de poco á desalojar vuestra casa, y la desalojareis: si mas adelante os necesito ya sé que sois aficionado á las buenas mozas.

Juan Diente por su parte se alejaba murmurando:

—Creo haber visto alguna vez á ese paje... sí... y dónde... ¡ah!... sí... casa de doña Isabel Nuñez de Lara, con el señor Men Rodriguez, y en la cámara de la reina dona María (así llamaba Juan Diente á la Padilla), ¡oh! ¡oh! es un hermoso arrapiezo; pero me da en que pensar... no sé por qué... ¡ah! diablo, ya lo sé... yo he visto tambien á ese paje casa del arcediano, del difunto arcediano... ¿si será una mujer?... si lo es, yo lo sabré... pero no... monta demasiado bien á caballo; es demasiado fuerte para mujer.

El bravo Juan Diente apresuró su caballo, y llegó á Sevilla; entró en el alcázar y luego en la cámara del rey: cuando fué á su casa, al encontrar la puerta abierta, esclamó:

—Juraria que habia cerrado bien... pero vamos, ya comprendo... distraido con Inesilla, que es capaz de distraer á un santo, me olvidé de dar la vuelta á la llave; y esto es, añadió despues de haber entrado y arrojado una atenta mirada á su menaje; no me falta nada, y están los tiempos demasiado malos para que mis vecinos hubiesen entrado y no se hubiesen llevado algo. Pero juro á Dios, que no me volverá á acontecer.

Era ya cerca de la noche: el ballestero se puso una cota de malla, un capacete de hierro y un tabardo oscuro: despues tomó la mejor de sus espadas, salió, cerró la puerta, cuidando de no olvidarse de dar la vuelta á la llave, y se encaminó al alcázar por el muro de los jardines; llegó á un postigo, llamó y el postigo se abrió. Dentro habia un hombre y dos caballos: Juan Diente tuvo el estribo al que esperaba, tomó de sus manos una llave, salió con él, cerró el postigo; montó á caballo; y entrambos ginetes envueltos en tabardos oscuros, salieron de Sevilla y tomaron el camino de Santi-Ponce.

Era ya de noche, y la luna llena inundaba de lánguida luz el espacio.

CAPITULO IV.

Alianza de odio.

Era la cámara de despacho de un médico judío, nigromante y astrólogo : esta cámara no podia tener otro aspecto que el de todos los recibimientos de los hechiceros : el ser hechicero en la edad media, era un oficio como lo es hoy ser charlatan; y como todos los oficios obedecen en sus formas demostrativas á una rutina, á un *sine qua non* obligado, la cámara en que introducimos á los lectores, tenia en un ángulo un hornillo, entre cuya ceniza se veian retortas, crisoles y fragmentos de vasijas rotas revueltas con resíduos de carbon quemado; en los muros, á lo largo de andenes de tablas, redomas, ampollas, frascos, tarros, botes; todos herméticamente cerrados, unos rojos, otros negros, otros verdes, de todos matices y colores; en fin, todos rotulados con caracteres desconocidos en sendas tiras de pergamino. Encima y debajo de estos andenes, serpientes, lagartos, reptiles, alimañas, todos disecados, todos empolvados, todos de tamaño monstruoso y raras formas : colgados del techo esqueletos de hombres, de cocodrilos, de monos, de animales desconocidos : allá en un rincon un gigantesco buitre de Africa, con la pluma árida y apolillada : en los ángulos momias, fetos monstruosos, todo cuanto caprichoso y feo se encuentra, ya en los despojos, ya en los fenómenos de la naturaleza; armarios alambrados con gruesos infolios en pergamino; y sobre el pavimento toda clase de objetos, peculiares á la hechicería y á la cábala; cuadantes de todos tamaños, vasos de todos géneros, instrumentos de todas formas; y en medio de este caos de antiguallas y singularidades, una enorme mesa cubierta de astrolabios, compases y planetarios, libros abiertos los unos, amontonados los otros, un reloj de arena y un cráneo humano mondo y reluciente, entre los cuales se veia una varita negra con cabos de plata : un sillon negro detrás de la mesa, y delante otro sillon negro tambien : últimamente, dos ventanas estrechas, altas y rasgadas, tocando casi una tenebrosa bóveda y una puerta cubierta por un tapiz negro.

Este era el escenario. Veamos los personajes.

Un judío viejo sentado en un sillon junto á la mesa, escribiendo á la luz de una lámpara gruesos caracteres góticos con una tinta que desaparecia sobre el papel como si fuese agua, sin dejar señal ni rastro, en un enorme infolio, y tras el judío un mancebo hermosísimo, que dictaba reposada y gravemente al judío lo que escribia.

La escritura duró harto tiempo, aunque el judío escribia de prisa; al fin el mancebo cesó de dictar y de observar el movimiento de la pluma, único medio de comprender si era fiel la estampacion de aquellas palabras que no dejaban huella sobre el papel.

El judío se llamaba Jonatham-Abi-Arum-Ebn-Sina, nombre tanto árabe como hebreo, y el mancebo Leila.

—Estais satisfecho, señor, dijo el judío á Leila con esa espresion tímida de los seres avaros y débiles que quieren complacer á quien les paga bien.

—Enteramente satisfecho, contestó Leila. En verdad que no conocia el secreto de la composicion de esa tinta que desaparece sobre el papel y solo se muestra al contacto de otro líquido asimilable. ¿Quién os ha revelado ese secreto, maese?

—El adquirirlo me ha costado muchas noches de observar las yerbas al rayo de la estrella Siro.

—Seamos francos: ya habeis podido comprender que yo soy del oficio, y que en esto de brujerías y ciencias ocultas, puedo dar marra á un monge: me importa poco cómo lo hayais adquirido: quise decir que cuanto dinero os ha costado ese secreto.

—Ese secreto es mio, señor, dijo el hebreo.

—Pues bien; ¿cuánto quereis por la receta de ese filtro?

Brilló un rayo de codicia en los ojos grises del judío, que dijo con languidez.

—La ciencia no se paga con oro.

—Concedido : pero se paga con ciencia.

—¿Qué quereis decir?

—Veamos: si yo por esa receta os diese otra...

—¡Otra receta que valga lo que la mia! esclamó disgustado el hebreo.

—Decidme, maese; ¿teneis en vuestras redomas algun tósigo que mate desarrollando una enfermedad vulgar; por ejemplo, la fiebre maligna; que produzca la locura, y despues pronto ó tarde, segun se quiera, produzca la muerte sin dejar señales del asesinato?

El judío permaneció impasible.

—¿Y para qué quiero yo tósigos?

Leila se sonrió con una espresion tal de superioridad que desconcertó al judío.

—Yo soy fiel observador de la ley y respeto el Decálogo, dijo.

—Sin embargo, os habeis prestado por un puñado de florines á estampar en ese libro una falsedad, que aparecerá ante un rey de una manera maravillosa, y le hará creer mentiras y obrar en consecuencia de una manera acaso funesta... ¿y esto no es asesinar?

—Ese rey es una fiera que se ceba en nuestra raza, dijo : pocos dias hace que su tirania me hizo rasgar mis vestiduras y cubrir mi frente de ceniza por la muerte de mi pariente Abraham.

—Sea como querais, dijo Leila con indiferencia; oro ó cambio, pero necesito esa tinta misteriosa.

—¿Y podeis mostrarme las escelencias de ese tósigo como yo os he mostrado las de mi filtro?

—Tomad, dijo Leila, sacando un pomo de oro de su seno; probadlo en uno de vuestros gimios, disecadlo despues de muerto, y ya que sois tan buen médico, ved si descubrís las huellas del tósigo.

—¿Teneis la receta?

—La sé de memoria.

—Escribidla, pues.

—Escribid vos la vuestra.

—Sea.

Entrambos personajes sentados cada cual en su sillon, escribieron largamente en dos hojas de papel en caracteres arábigos.

Quien hubiera asistido á aquella escena, hubiera esperimentado, á no ser un infame, un sentimiento de repulsion, de indignacion, de hastío, ante aquellos dos formidables seres que trocaban recíprocamente un instrumento de impostura, que puede causar indirectamente la muerte, con otro elemento de muerte, traidor invisible, exento del ojo de la ciencia.

Cuando estuvieron escritas las recetas, las canjearon y las examinaron mútuamente; despues se miraron con el respeto recíproco de dos sabios que se estiman en lo que valen.

Por un impulso espontáneo entrambos se tendieron las manos.

Aquello era una alianza de crímen.

—¿Puedo contar con vos, dijo Leila al judío?

—Enteramente: espero que yo del mismo modo...

—Podeis contar conmigo.

—Vos necesitais haceros rico, dijo Leila.

—Sí, y vos necesitais vengaros.

—¡Yo! esclamó con estrañeza Leila.

—Sí, vos; vos no sois un hombre : sois una mujer.

—¿En qué lo habeis comprendido? creia estar bien disfrazada.

—En efecto, hermosa dama; sería muy difícil que otro conociese vuestro sexo, pero unos ojos viejos y esperimentados como los mios, no se engañan.

—¿Y en qué habeis conocido...?

—En vuestra energía, en los rasgos distintivos de las pasiones peculiares á la mujer, en vuestra manera

de mirar, de empalidecer, de exigir, de disimular... á una mujer por bien disfrazada que esté, se la conoce en el alma, porque es mas enérgica, superior á la del hombre. ¿Cómo creer, que un mancebo de quince años, que es la edad que representais con vuestro disfraz, piense de una manera tan prudente, sea tan sabio, y sobre todo emprenda asuntos tan graves como los que habeis emprendido? Vos quereis vengaros del rey.

—Quiero herirle en el corazon, desgarrárselo lentamente y no matarle sino cuando tenga el corazon seco, gastado, indiferente; matarle, en fin, cuando le pueda ser dolorosa la muerte como un dolor material.

—Yo tenia una hija, dijo lánguidamente el judío con ese acento triste y al par dulce que se exhala de nuestra alma, cuando espresamos un sentimiento íntimo, apenador, un recuerdo de amor, una esperanza perdida; yo tenia una hija pura como un niño recien nacido, hermosa como el recuerdo del primer amor, cándida, inocente... mi Deborah era un tesoro.

El judío se detuvo, suspiró, y dos lágrimas rodaron por sus áridas y demacradas mejillas.

—Y el rey sedujo á vuestra hija...

—Mi hija casó con uno de nuestros hermanos; con David el Rumy.

—David el Rumy... yo conozco ese nombre... ¡ah! sí; le he oido en boca de las turbas que han saqueado su casa.

—¡Oh! pero de seguro no han dado con el escondrijo donde oculta sus tesoros, sus alhajas, sus sederías, sus doblas juzefinas, sus florines, sus cruzados... David es un avaro que conoce el país en que vive, y que solo deja al alcance de los motines algunos falsos relumbrones y algunos maravedises.—David el Rumy me ofreció por mi hija su tesoro... el amor que le habia inspirado Deborah era mayor que su avaricia; yo era pobre, mi hija inocente y se la vendí... ¡se la vendí, Señor, como se vende una oveja..! Deborah se casó con David sin saber lo que era amor.—Y Deborah fue madre al año siguiente de su casamiento.—Dió á luz una niña tan hermosa como ella, que se llamó Lia.

—Pero el rey, el rey...

—Una noche, á tiempo que David abria la puerta de su casa, resonaron cuchilladas en la calle, é instantáneamente un hombre acosado por muchos, se acogió á aquella puerta abierta; asió de David, le arrojó al medio de la calle, ganó rápidamente la puerta que estaba abierta, entró y corrió los cerrojos. Dávid por algunas palabras imprudentes, pronunciadas por aquellos hombres, supo que el que se habia refugiado en su casa era el rey.

—¡El rey! esclamó Leila.

—El rey don Pedro el Cruel, recargó Jonatham.

—Y el rey tuvo medio...

—El rey cuando se vió dentro, subió á tientas unas escaleras, y atravesando algunas habitaciones se encontró delante de Deborah, que no esperaba ciertamente á tales horas la visita de un desconocido. Cuando David se hizo abrir y entró, encontró al rey hablando con su esposa.

—¡Oh! dijo Leila... y la mato...

—La vendió como su padre la habia vendido... el amor de David no habia sido amor, sino un sentimiento impuro, un deseo voraz; despues de satisfecho, volvió á su afan por las riquezas y olvidó enteramente á Deborah; la dejó abandonada en sus habitaciones con su pequeña Lia, en lo que hizo feliz á mi pobre hija, porque un sentimiento de repulsion la apartaba de David.

—Y por lo tanto se enamoró del rey.

—Ella no sabia lo que era amor... vino mas tarde... David conoció que mi pobre hija habia hecho una profunda impresion en el alma del rey, tenia grandes deseos de un oficio de receptor con el que podia doblar sus riquezas, y por aquel oficio vendió al rey su esposa.

—¡Oh! eso es infame.

—Pluguiera á Dios que el amor del rey hubiera sido duradero, firme, uno de esos amores que no concluyen sino con la vida; pero el rey ama con vehemencia un momento, se entrega con ardor á los goces de su amor, le gasta, olvida y abandona. Mi pobre hija amó, amó al rey con toda su alma, y al verse abandonada, escarnecida, olvidada... ¡oh Señor... Señor! David el Rumy aun conserva su oficio de receptor; pero mi pobre hija hace muchos años que murió desesperada y loca.

El judío calló y miró á Leila de una manera que queria decir.

—¿Teneis vos tantos motivos para aborrecer al rey como yo?

Pero Leila fue prudente y no contestó con una espansion á aquella mirada: habíala contrariado en demasía que el judío hubiera reconocido su sexo, y solo la habia hecho recobrar su tranquilidad y su confianza el odio implacable que profesaba el judío al rey.

—En verdad que vuestra pobre hija, esclamó, ha sido una de esas víctimas sacrificadas en un momento por los vicios del rey don Pedro... pero la vengaremos, Jonatham, la vengaremos de una manera terrible. Las gentes venideras que lean la crónica de don Pedro, serán indulgentes con sus vicios, pero no con sus crímenes de rey: yo os juro que el rey don Pedro pasará á la posteridad como tirano, como fratricida, como asesino.

—¡Oh! esclamó Jonatham, mirando con asombro á la mujer que así le hablaba.

Leila parecia inspirada por el espíritu infernal de la venganza, y en sus ojos habia una sublimidad terrible; lo sublime que puede suponerse en Satanás.

—Sí, repitió roncamente: don Pedro será fratricida dentro de pocos dias.

—¡Oh! ¡oh! murmuró con el asombro del espanto el judío.

En aquel momento se escuchó fuera un silbido prolongado.

—El rey, dijo con una precipitacion febril el judío.

—Procurad estar sereno y no demostrar que le conoceis, dijo Leila... que crea que solo la ciencia ha podido revelaros su nombre.

—¡Oh! me dominaré, le sonreiré, le hablaré... como si no le aborreciera.

Sonó un segundo silbido.

—¿Dónde me escondo? dijo Leila: quiero oirlo y verlo todo.

El judío puso una escalera portatil junto á una de las paredes de la cámara, y señaló á Leila un mechinal situado junto al techo y casi cubierto por hacecillos de yerbas, osamentas y animales disecados.

Leila trepó por la escalera y se ocultó en el mechinal; Jonatham quitó la escalera y la tendió en el suelo dejándola perdida entre la multitud de objetos que cubrian aquel espacio.

Resonó un tercer silbido: Jonatham tomó la lámpara y salió de su laboratorio, que quedó enteramente á oscuras.

CAPITULO V.

De cómo pueden mentir los astros.

No tardó en volver á aparecer el judío seguido de un hombre enteramente encubierto en un tabardo oscuro y con la gorra calada hasta los ojos de tal manera que nada se veia de su semblante.

Aquel hombre entró con paso seguro y altivo, se sentó en el sillon colocado por la parte de afuera de la mesa, y se arrebujó mas y mas; en la puerta entre los negros tapices, quedó tambien embozado otro hombre.

Nuestros lectores saben ya que el primer embozado era don Pedro; en cuanto al segundo, con poco que describiéramos su actitud y cierto no se qué brabio que se desprendia de él, reconocerian á Juan Diente.

Don Pedro lanzó una rápida mirada á los estraños objetos que llenaban aquel tétrico aposento y otra profunda sobre el judío que estaba respetuosamente de pié detrás de la mesa y apoyado en el respaldo de su sillon.

Despues de haberlo examinado el rey por algun tiempo de una manera fija le dijo.

—¿Cómo os llamais?

—Jonatham-Abi-Amer-ebn-Sina, contestó reposadamente el judío.

—¿Cuánto tiempo hace que estais en Castilla.

—Desde la muerte del rey don Alonso el XI.

—Me han dicho que sois un gran médico: pero que como astrólogo y hechicero entendeis mas de curar los males del alma que los del cuerpo.

—Yo no soy hechicero, dijo con una prudente reserva el judío.

—¿Qué es pues, el que evoca los muertos, los arranca de su tumba y les obliga á predecir el destino de los vivos?

—Quien tal hace posee la ciencia de los conjuros, y nada mas: el poder de hacer maravillas reside en Dios. Dios ha revelado á algunos escogidos la manera de obrar estos prodigios y esta ciencia ha llegado á nosotros por tradicion.

—En fin, vos podreis revelar su porvenir á una persona cualquiera.

—Puedo hacer que los espíritus invisibles hablen, que hablen los astros, que hable la cábala.

—Demostradme vuestra ciencia.

—¿Cómo quereis que os la demuestre, señor?

—Hoy os han avisado de que un hombre vendria á consultaros.

—Es verdad, y esperaba á ese hombre.

—Decidme algo de él.

—Ese hombre es poderoso, pero su poder está contatido: ese hombre desconfia ya de sus fuerzas y apela á la ciencia.

—¡Oh! ¡oh!... y decidme ¿ese hombre es casado?

—Casado tres veces, con tres mujeres que viven ahora.

—¡Oh! ¡oh!

—Ese hombre, continuó el judío, ha abandonado á las dos por la una y no ha podido hacer feliz á la mujer que le ama.

—¿Será casualidad ó traicion? pensó para sí el rey. Pero no, Juan Diente es leal... yo no he dicho á nadie... probemos aun: ¿ese hombre tiene hermanos?

—Sí, por su desdicha.

—¿Por su desdicha..?

—Sus hermanos son bastardos y traidores.

—¿Le vencerán?

—He aquí que esto pertenece al porvenir.

—¿Y no podeis decírmelo aun?

—Aun no.

—Podeis decirme quien es ese hombre.

—Ese hombre sois vos.

—Mi nombre.

—Mostradme vuestra mano.

El rey adelantó, llegó á la mesa y sacó de debajo del tabardo la mano derecha.

—La siniestra, señor, dijo el judío.

El rey mostró la mano izquierda.

—Esa mano está teñida de sangre, dijo el judío.

—La sangre que se derrama por la justicia no mancha las manos, dijo severamente el rey.

—Muchas veces nuestras pasiones nos hacen creer que un asesinato es una muerte justa.

El rey rugió sordamente bajo su tabardo.

—¡Mi nombre! ¡mi nombre! dijo.

—Los astros no conocen nombres, sino destinos: vos para mí, señor, os llamais rey.

—¡Rey!

—Y como sería difícil que un rey extranjero viniese á buscarme á Sevilla, vos, señor, no sois otro que el rey don Pedro de Castilla y de Leon.

El rey se echó atrás el tabardo y dejó ver su pálido y severo semblante al judío.

—Comprendo, dijo: tu sabias sin duda que al rey don Pedro le sonaban las canillas y me has reconocido.

—Ignoraba ese accidente de la persona de vuestra señoría: solo la ciencia á quien consulté en el momento en que salió de mi casa vuestro enviado, me ha hecho conocer lo que os he dicho. Pero si desconfiais, señor, volveos, quien no tiene fé en la ciencia no debe recurrir á ella.

—No, no; he venido y preciso es concluir; pero si descubro en tí traicion ó engaño... te cuelgo Jonathan entre esos visajes que penden del techo.

—¿Que quereis saber? señor.

—Mi destino.

—¿En qué hora habeis nacido?

—Al trasponer el sol del dia treinta de agosto de mil trescientos treinta y tres.

—¿En que lugar?

—En el alcázar de Burgos.

Jonatham tomó un planetario y un cuadrante, abrió un enorme libro, el mismo en que habia escrito con la tinta misteriosa las palabras dictadas por Leila, y dejó ver sus páginas en blanco: preparado este, fué al hornillo, puso en él algunos carbones y los encendió con un fuelle.

El rey miraba con cierta impaciencia todos estos preparativos. El sabio volvió á la mesa, tomó algunas medidas con un compás en el planetario, las pasó al cuadrante, y luego á las páginas en blanco del libro.

Mientras hacia estas cosas, que constituian la mímica del oficio, murmuraba entre dientes con acento fervoroso, palabras ininteligible y bárbaras: aquello era la charlatanería.

Despues fue á uno de los andenes de tablas, tomó de él un candelabro de siete brazos de formas rudas y estrañas y de una arcilla rojiza; en cada uno de los brazos habia una bugia verde: Jonatham encendió una despues de otra empezando por la izquierda estas bujías, y murmurando tremendos conjuros, cada vez que encendia una.

Al fin apagó la lámpara y solo quedaron las siete luces de las bugías.

Pero era aquella una luz azul, lívida, que arrojaba sobre los objetos una claridad verdosa, indecisa, turbia, por decirlo así; el rey y el judío parecian á aquella luz dos cadáveres.

Don Pedro rendia de una manera fatal un culto obligado al fanatismo supersticioso de su época; superticion desarrollada por la costumbre, con la que luchaba, pero ante la cual sucumbia con facilidad.

La cámara, los objetos que la ocupaban, la mesa, el cuadrante, el candelabro, el judío habian tomado proporciones maravillosas en la imaginacion de don Pedro: Juan Diente, el feroz, el indomable ballestero temblaba en la puerta y tenia miedo al vacío oscuro que tenia á sus espaldas. Y era que Juan Diente no temia á los vivos, pero se estremecia al solo pensamiento de la aparicion de un muerto, y sobre todo tenia un terror invencible al diablo que sin duda moraba junto al judío y le asistia como un poder familiar.

Jonatham, pues, estaba situado en una posicion ventajosa, lo comprendio y adoptó un aspecto digno de las altas funciones que desempeñaba como intérprete del destino.

—¡Arrodillate! dijo con acento campanudo adelantando hácia don Pedro con su varita negra en la mano.

El rey hincó una rodilla.

—Arrodillate, como te arrodillarias ante Dios.

El rey dobló la otra rodilla.

—¡Descúbrete!

—El rey se descubrió.

—¿Y qué haces tu ahí de pié y cubierto? esclamó con terrible severidad el judío volviéndose de una manere brusca á Juan Diente.

El ballestero dócil solo á la voluntad del rey á pesar del cielo y del infierno, se mantuvo de pié y cubierto aunque temblando.

—Obedece, Juan, dijo el rey con acento impaciente porque empezaba á cansarle aquello.

El ballestero se arrodilló y se descubrió.

El judio tocó entonces con el estremo de su varita la cabeza y el pecho del rey, y era tal la predisposicion de ánimo en que se encontraba don Pedro, que se creyó lleno de una nueva vida, mas poderosa, mas enérgica, mas ardiente..

—¿Queres saber tu destino? dijo el judío.

—Lo quiero, dijo el rey.

—¿Juras cumplir la voluntad de los astros?

—Lo juro.

—¿Juras obedecerme en cuanto sea necesario que hagas para que los astros hablen?

—Lo juro.

—Pues bien, dijo el judío: levantate.

Don Pedro y el ballestero se levantaron.

—¿Has traido contigo un vasallo leal? dijo el judío.

—Sí.

—¿El mas leal de tus vasallos?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Allí.

—Y el rey señaló al ballestero.

—Acércate Juan Diente, dijo el judío.

—Quien os ha dicho mi nombre, esclamó con asombro el ballestero.

—¿De qué me serviria la ciencia, sino pudiese leer en ella con claridad lo que me conviene saber?

—¡Oh! ¡oh! en cuanto á eso no es dificil conocerme puesto que todos me conocen en Sevilla.

—¿Y quién me ha dicho que hoy te has olvidado dar vuelta á la llave de tu aposento?

El ballestero no pudo contener una espresion de asombro.

—Rey, necesito la sangre de tu mas leal vasallo, dijo el judío.

El rey se inmutó.

—¡Como traidor! esclamó, ¿quieres arrebatarme un servidor leal?

—Tres solas gotas, de sangre.

—Tomadla toda, dijo adelantando mas Juan Diente.

—Tres solas gotas, añadió el judío.

Y tomando de la mesa una taza de hueso hecha con un cráneo humano y una aguda lanceta, hirió en una vena de la mano izquierda á Juan Diente de una manera imperceptible y recogió en el cráneo tres gotas de sangre.

Despues cubrió la picadura con una cinta, tomó una redomita verde, lleno con su contenido, que era un líquido de color de oro, el fragmento de cráneo, fue al hornillo, avivó el fuego, vertió en un crisol el líquido á que se habian mezclado las tres gotas de sangre de Juan Diente, le puso al fuego, y le hizo hervir por algun tiempo: luego vertió de nuevo el líquido en el cráneo, le trajo á la mesa y mostró al rey el libro.

—Aquí está tu destino, dijo al rey.

—No veo mas que dos hojas en blanco, contestó don Pedro.

—La sangre del mas leal de tus servidores hervida con este filtro hará aparecer la sentencia del destino.

—Veamos, dijo con curiosidad en rey.

El hebreo mojó un paño negro en el liquido contenido en el cráneo y lavó con él las dos páginas del libro.

Luego encendió la lámpara, apagó el candelabro y le llevó á su anden.

El rey al verse libre de aquella luz verdosa, respiró mas libremente.

—Ya está evocado tu horóscopo rey; dijo el hebreo á don Pedro que miraba atentamente el libro en que empezaban á aparecer confusamente caracteres de escritura.

—Sientate, rey sientate, dijo el judío acercándole el sillon.

El rey se sentó entonces, el judío tomó el libro entre sus manos, se acercó á don Pedro y le dijo:

—He aquí tu horóscopo, rey.

En efecto, sobre las dos hojas, antes blancas, habian aparecido menudos y hermosos caracteres góticos de un color fuertemente rojo y brillante.

—El rey leyó.

«He aquí lo que los astros dicen á Pedro, rey tirano de Castilla.

»Mata: mata sin piedad, porque sino matas mueres.

»Mata á tu hermano y á los hermanos de tu herma»no, porque él y ellos te hacen traicion.

»Mata á tu hermano el de la cruz roja, y á tu espo»sa la de los cabellos rubios, porque traicion te hacen.»

—¡Que mate á don Fadrique y á doña Blanca! esclamó roncamente el rey: á él sí, él está sentenciado y morirá... pero ella... ella... me ama, es inocente... no, no, su sangre no teñirá mis manos... y luego una guerra con Francia... en estos momentos...

«Mata ó mueres, continuó leyendo el rey.

»Que caigan desde el mayor hasta el menor de tus »hermanos, y desde el mayor hasta el menor de los »servidores de tus hermanos.

»Porque si dejares de derramar una sola gota de la »sangre de los traidores;

»Si retoña una sola rama del tronco herido, suce»derá lo que está escrito.

»Y escrito está que un tu hermano te matará, y te »arrancará la corona y mancillará tu cadáver y encar»celará á tus hijos.

»Y escrito está que moriras en la Torre de la Estrella por la parte de la selva.

»Y si no matas, lo que está escrito se cumplirá.

»Y morirá la mujer de tu amor, y tus vasallos te »abandonarán uno á uno y solo te quedarán algunos »leales.

»Pero si no quieres que muera la mujer de tu amor, »no apartes de ella al valiente mancebo, hijo de las »montañas, á quien debes la vida.

»No le apartes de tu córte, ni le escasees las mer»cedes:

»Que él pueda entrar y salir libremente en tu al»cázar, sin que nadie tenga poder para impedírselo.

»Y emprenderás la guerra de Aragon, despues que »hayas muerto al mancebo de la cruz roja y á la reina »cautiva de los cabellos rubios.

»Y no dejarás esa guerra hasta que hayas muerto á »tus hermanos bastardos que sirven al rey de Aragon.

»Mata: mata sin piedad, porque si no matas mueres.

»Mata á tu hermano y á los hermanos de tu herma»no, porque él y ellos te hacen traicion.

»Mata á tu hermano el de la cruz bermeja y á la »reina de los cabellos rubios, porque traicion te hacen.

»Esto es lo que dicen las estrellas á Pedro, rey »tirano de Castilla.»

Este era el contenido de lo escrito en aquel libro fatal: el rey devoraba con la mirada encandescida sus rojos caracteres; el sudor corria á raudales por su frente y destilaba por sus cabellos, se agitaban sus miembros en una convulsion poderosa, y esclamaba con un acento ronco y terrible como el rugido de un tigre hambriento, releyendo un pasaje del sangriento escrito:

—«¡Mata: mata sin piedad, porque si no matas mueres!»

Don Pedro miraba con alto respeto el fallo de las estrellas, tanto mas cuanto las estrellas estaban de acuerdo con su pensamiento.

Juan Diente estaba tentado á adorar unos astros que daban al rey tan buenos consejos.

Jonathan miraba de una manera indescribible al rey.

Ultimamente, Leila escondida en su mechinal, sentia una alegría lúgubre al ver cuán bien preparado estaba el rey á ayudarla en sus proyectos.

Al fin, don Pedro levantó la asombrada vista del libro, y dijo al judío.

—¿Es esto todo? ¿hemos concluido ya?

—Las estrellas te han revelado, rey, cuanto debian revelarte, respondió pausadamente el judío.

—Cuida tú, pues, de que los hombres no sepan por tu boca lo que ha acontecido aquí: toma (y puso un pesado bolson sobre la mesa): si me sirves bien, seré contigo generoso hasta donde tu avaricia no ha podido jamás soñar; pero si me haces traicion, haré contigo lo que he hecho con tu compatriota Abraham.

El rey, dicho esto, se encaminó á la salida; precedióle alumbrándole Jonathan, y siguióle Juan Diente.

El laboratorio quedó de nuevo oscuro por algun tiempo, pero no tardó en volver á aparecer Jonathan.

Entonces puso la escalera debajo del mechinal, y Leila bajó.

—¡Oh! dijo, has hecho tu fingimiento de una manera admirable: el rey combatido por todas partes, vacilaba y empezaba á tener miedo á la sangre; pero ahora matará, se ensangrentará mas y mas, y matando y ensangrentándose se matará á sí mismo.

—Creo, dijo el judío profundamente pensativo, que lo que está escrito en ese libro por nuestras manos, es una profecía.....

. . . . . .

Poco despues Leila, ferozmente alegre por el buen porvenir que se abria á sus proyectos, galopaba sobre el camino de Santi-Ponce en direccion á Sevilla.

LIBRO DÉCIMOSEGUNDO.

CAPITULO I.

De cómo los asuntos se iban poniendo cada dia mas escabrosos y difíciles.

Nada que sea digno de contarse aconteció desde los sucesos anteriores hasta el 29 de mayo de 1358.

Ese dia está señalado con una piedra negra en las crónicas castellanas.

Desde entonces, hasta el momento en que escribimos, han pasado cuatrocientos noventa y cinco años, dos meses y quince dias; y en ese largo periodo, el tiempo que todo lo gasta y lo borra, no ha podido borrar una negra mancha de sangre impresa sobre el pavimento de mármol del alcázar de Sevilla, como testimonio vivo, perenne, acusador de un horrible asesinato.

Los *ciceroni* que acompañan á los forasteros en su visita al alcázar, de seguro que no dejarán de detenerse delante de la puerta de la cámara de los azulejos, del palacio llamado en unas crónicas del Caracol, en otras del Hierro, y en no pocas del Yeso, para señalar una estensa mancha rojiza, y contar sobre ella una sangrienta tradicion.

Y por cierto que al amanecer aquel funesto veintinueve de mayo, nadie, ni los mas allegados al rey, como Juan de Hinestrosa y el señor Juan Tenorio, hubieran creido que se preparaba una tan horrorosa catástrofe.

Sin embargo, habia tres personas que estaban preparadas á ella, que esperaban, y que se levantaron mas temprano que de costumbre.

Estas tres personas eran, el infante don Juan de Aragon, Leila y Juan Diente.

Las dos primeras vivian bajo un mismo techo, en la casa del primero, donde se encontraba Leila como paje de doña Isabel Nuñez de Lara.

En cuanto á Juan Diente, se habia visto obligado á cambiar algunos dias antes de domicilio, y desde su mudanza, andaba inquieto, taciturno y mas sombrío que nunca.

Un dia se le presentó un hombrecillo vestido de negro, con unos papeles en la mano, acompañado del poseedor de la casa de vecinos en que el ballestero vivia.

Aquel hombre era el escribano Alvar Yañez.

Aquellos dos hombres recorrieron todas las viviendas, y anunciaron á los vecinos que la casa habia cambiado de poseedor; esto es, que el escribano Alvar Yañez la habia comprado.

El escribano, en el libre uso de su derecho, tomó posesion de la casa, entre los vecinos llenos de esa perplejidad forzosa en gente pobre, que no puede pagar al corriente sus alquileres, y no conoce aun el carácter del nuevo dueño á quien debe satisfacérselos.

Y no era esta perplejidad en vano: al dia siguiente, se presentó el propietario, y so pretesto de que iba á tirar la casa abajo, intimó á todos los vecinos, incluso Juan Diente, que la desalojasen en el preciso término de veinticuatro horas, y se mostró inflexible con algunas familias demasiado pobres para poder buscar con tanta urgencia un nuevo asilo.

Pero como los derechos de los propietarios han sido siempre muy atendidos, porque generalmente las leyes, y con especialidad en la edad media, se hacian por propietarios, los vecinos se vieron obligados á abandonar cada cual de por sí su negro nido, en aquella especie de colosal avispero.

Hubo tristezas, lágrimas y maldiciones: este dejaba en el patio un ciruelo cargado de fruta verde, con que habia esperado regalarse; aquella su rosal cubierto de magníficas rosas: aquello, en fin, fue el desarraigo de una colonia entera de su país natal, la ruptura violenta de una asociacion pasiva, casi una expropiacion.

Pero de todos los vecinos, el que salió mas irritado, mas feroz, mas terrible, fue Juan Diente. Cuando le intimaron la salida de su mechinal, le importó muy poco, considerado el asunto bajo la cuestion de vivienda: como ballestero del rey tenia magníficos edificios en que escoger para habitacion, entre el alcázar, la torre del Oro, las Atarazanas, el castillo de Triana y las torres del muro. Pero cuando al poner en práctica la traslacion de su menage, levantó la baldosa, bajo la cual habia enterrado las cédulas en blanco del rey, y encontró en su lugar el insolente aviso escrito con carbon por Leila; se aterró primero, despues se dió á todos los diablos, alborotó los vecinos, los llamó ladrones... y como que aquella casa era un mundo, y albergaba en su recinto á hombres de brios y de cólera, contestósele enérgicamente; y nuestro tremendo ballestero tuvo ocasion de desahogar su cólera repartiendo á diestro y siniestro furiosos cintarazos, muchos de los cuales no cayeron sobre los prójimos reñidores sin romperles costilla ó brazo.

De buena gana Juan Diente hubiera dado con todos en la cárcel y pedido la aplicacion del tormento hasta que se conociese al ladron: pero es el caso que para ello era necesario espresar cuál era el objeto robado, cosa que, como conocen nuestros lectores, no podia decir Juan Diente sin arrojar en plaza pública un secreto del rey.

Hubo de contentarse, pues, con apalear de lo lindo, á los que en mala hora concibieron el jactancioso pensamiento de zurrarle, y haciendo cargar á unos gallegos (en aquella fecha ya eran gallegos los mozos de cordel) con su lecho, su arnés y sus trevejos, se trasladó á una de las habitaciones á teja vana del alcázar.

He aquí la razon por qué nuestro bueno y leal Juan

Diente, se hallaba inquieto, cuidadoso, asustado y terriblemente dispuesto á hacer una atrocidad en el momento que tuviese ocasion para ello.

Y esta ocasion no tardó en venírsele á las manos: llamóle el rey la noche del veintiocho de mayo, y le habló durante algunos minutos en su cámara.

En cuanto salió de ella Juan Diente, salió del alcázar, fue á la torre del Oro, tomó consigo á Garci-Diaz de Albarracin, Rodrigo Perez de Castro y Gonzalo Recio, les hizo tomar sus vestas de gala y ciertas mazas de armas de un peso enorme, los trasladó á su habitacion en el alcázar, y despues de haberles hecho dejar en ella los trajes de córte y las armas, los llevó á una taberna en Triana.

Cuando les sirvieron, Juan Diente llenó los cubiletes, y les dijo: Este vino y estos manjares los paga el rey: nosotros pagaremos del rey esta cena, dando á beber al alcázar sangre noble, y de comer á los gusanos carne jóven.

Los ballesteros apuraron los vasos y envistieron con las viandas.

Aquello, despues del introito de Juan Diente, equivalia á beber y comer sangre y carne humana.

Por su parte el infante don Juan, á quien tambien habia llamado el rey, habia tenido un festin, al que habia obligado á asistir á Men Rodriguez de Sanabria, que aun vivia como huésped en su casa, y á doña Isabel Nuñez de Lara su mujer.

El señor Juan Tenorio era tambien de la partida; acompañábales asimismo el adelantado de Castilla, Pero Sarmiento, que acababa de venir de la frontera, y servíales, entre los pajes de doña Isabel, Leila.

El infante estuvo ferozmente alegre durante la cena; Juan Tenorio, cruel en sus palabras intencionadas; Men Rodriguez, contrariado; doña Isabel, triste; Pero Sarmiento, grave, y Leila, como nunca observadora.

Todo presagiaba una tempestad para el dia siguiente.

Al amanecer, la casa estaba en conmocion: doña Isabel, cubierta con un simple manto, entró en una litera, y se hizo trasladar al alcázar. Poco despues Men Rodriguez de Sanabria montó á caballo y tomó el mismo camino: y el infante, que habia observado esto desde una ventana de su cámara, llamó á Leila.

—Necesito haceros algunas preguntas, señor Gaston, le dijo cuando le tuvo presente: probablemente hoy mismo partiré con su señoría para Vizcaya, y quiero saber ciertas cosas que me importan. No sé que he oido decir entre la servidumbre, de que en mi casa hay duende: un duende mujer, que todas las noches atraviesa las galerías y entra en el aposento de Men Rodriguez. ¿Sabeis vos quién sea ese duende?

—Lo ignoro absolutamente, señor, repuso con un perfecto aplomo Leila.

—¿No le habeis sentido vos?

—¡Yo! no por cierto, señor.

—Sin embargo, dormis junto á mi esposa, en una habitacion por la que tiene que pasar para entrar ó salir en su dormitorio.

—¿Y pensais que el duende sea vuestra esposa? dijo sonriendo con un audaz descaro Leila.

—Hablemos claro, Gaston: cuando os recomendaron á mí, me dijeron que érais un mancebo despierto, inteligente; mas que esto, sabio: yo os admití en mi servicio para que vigilarais á mi esposa.

—Y yo vigilo mas de lo que pensais, señor.

—¿Y qué habeis descubierto?

—Que está locamente enamorada.

—¡De Men Rodriguez!

—De Men Rodriguez.

—Y el...

—El no ama aun á doña Isabel... pero la desea.

—Y satisface sus deseos...

—No he dicho eso...

—Entonces no es el duende mi mujer.

—Os lo afirmo.

—¿Y quién es ese duende?

—Un duende.

—¿Le conoceis?

—Sí.

—¿Quién es?

—Nada os importa... basteos saber que no es vuestra esposa.

—Pero esto lastima mi honor.

—Por el contrario le defiende.

—¿Que le defiende?

—Sí.

—No os entiendo.

—Men Rodriguez cree como vos, que el duende es vuestra esposa.

—Que lo cree, pues ¿y cómo puede ser eso?

—Men Rodriguez sabe que el duende no se aparece sino entre tinieblas, y le va tan bien con sus apariciones que mata la luz.

—Os digo que este es un misterio que quiero que se me esplique.

—¡Bah! pues es muy fácil de esplicar.

—Pues os juro que ando torpe.

—Supongamos que exista una mujer enamorada de Men Rodriguez.

—¿En mi casa?

—En vuestra casa.

—¿Es pues alguna de las damas de doña Isabel?

—No.

—¿Es alguna moza de retrete?

—Ya os he dicho que es una dama.

—¿Y no es de la servidumbre?

—No.

—¿Y decis que vive en mi casa?

—Sí.

—Creo que os estais burlando de mí, dijo severamente el infante.

—No por cierto: todo consiste en lo que habeis oido decir y que yo no queria deciros, porque nunca es agradable saber que en la casa donde se vive hay un ser que no se conoce, ni se ve, ni se siente... un duende, en fin.

—¿Pero eso es cierto? dijo palideciendo el infante que era supersticioso.

—Ciertísimo. Todas las noches al mediar, se desliza una sombra blanca... ó negra, silenciosa y recatada, por las galerias que conducen á la habitacion de Men Rodriguez, llega á la puerta, entra y está allí hasta el amanecer.

—¿Habeis visto vos esa sombra?

—Sí, desde hace tres noches.

—¿Y no la habeis conjurado?

—¿Y para qué? yo no temo á los espíritus.

—Pero ¿ni aun habeis sentido curiosidad?

—¡Oh! si por cierto. Y me he introducido tras el duende.

—¿Y que habeis sabido?

—El duende llega encubierto: siempre la lámpara de Men Rodriguez está apagada.

—¡Oh! ¡oh!

—Pero la dama duende es todo una virtud, y sin duda teme ser reconocida porque habla con Men Rodriguez en voz muy baja, fingida y á cierta distancia. Men Rodriguez cree que es vuestra esposa y la respeta. Despues cuando por la mañana viene Men Rodriguez al almuerzo, ¿no habeis notado las furtivas miradas que lanza á doña Isabel?

—He notado tambien que doña Isabel no las contesta.

—Vuestra esposa es demasiado honrada, no conoce la existencia del duende, cree que Men Rodriguez se la atreve y está ofendida: él no comprende que una mujer que segun él cree, va sin recato de noche á su aposento, le trate de tal modo á la luz del dia. Os-digo, pues, que el duende guarda vuestro honor: por lo tanto yo le protejo: el dia que no sea necesaria la

influencia del duende, cuando doña Isabel esté ofendida por el atrevimiento de Men Rodriguez, y este por el desden de doña Isabel, el duende desaparecerá.

El infante quedó profundamente pensativo.

—¡Oh! ¡oh! esto es muy estraño, y es necesario que yo conozca completamente este misterio... pero hoy será un dia ocupado: esta tarde partiremos á Vizcaya: estaremos por allá al menos quince dias... Men Rodriguez vendrá con nosotros... vos os quedareis aquí Gaston: observad á mi esposa, observadla: ved si envia ó recibe cartas: está cercano el dia, en que esto se aclare... y se aclarará... pero allí viene la persona que espero..... disimulad, Gaston y servirme bien.

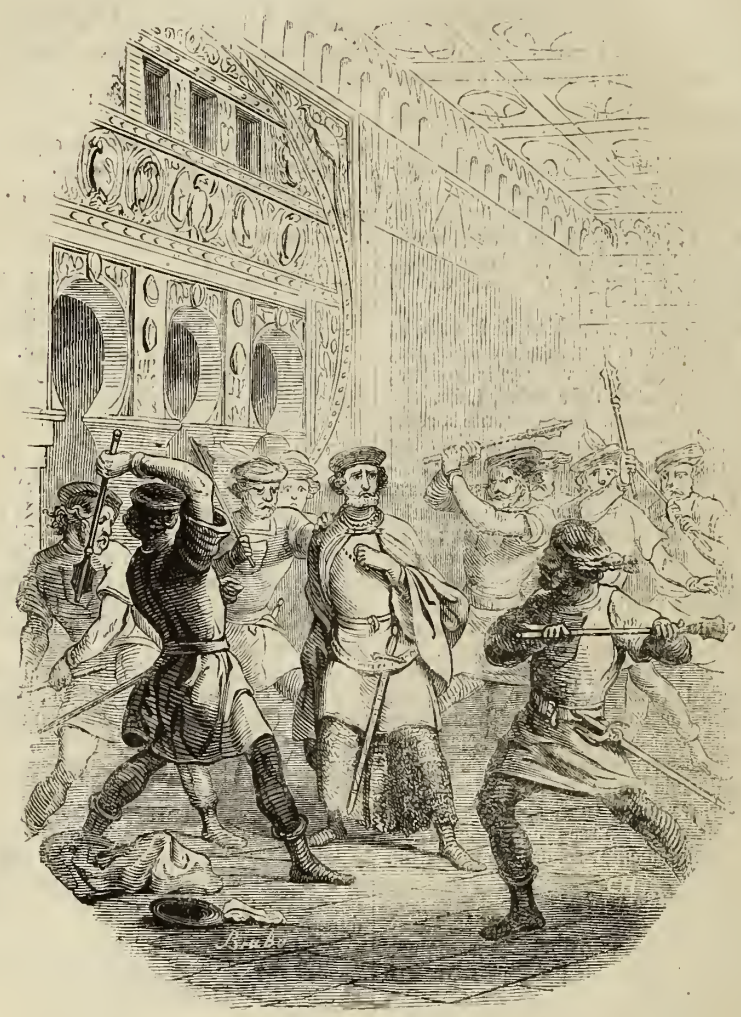
El infante dió un bolsillo á Leila, y adelantó hácia un hidalgo que venia á su encuentro.

Aquel hombre era el adelantado de Castilla Pero Sarmiento.

—Y bien... le dijo el infante.

—Su señoría el rey, contestó Sarmiento, os llama al alcázar.

—Y vos creeis... dijo con acento febril el infante.



Muerte del maestre de Santiago.

—Yo creo que hoy acontecerá una cosa horrible, monstruosa... si Dios no lo impide... pero venid... el terreno está resvaladizo y es necesario que el rey no desconfie.

Los dos nobles bajaron al patio, montaron á caballo, y salieron seguidos de pajes y escuderos.

Leila quedó en un corredor apoyada en su balaustrada.

—Todos, dijo, todos están allá; y yo soy quien he puestro en movimiento á todas esas personas..... yo soy quien tengo en mis manos los hilos en esta trama... ¡oh! ¡rey don Pedro! ¡rey don Pedro! hoy te hiero el corazon: hoy principio á desgarrártelo: hasta ahora no has tenido en tus sueños sombras ensangrentadas y es necesario que empieces á probar el terror del remordimiento... ¡oh! y Men Rodriguez... ¡Dios mio! es necesario que me ame... pero es tambien necesario esperar... y el esperar me mata.

Tras esto Leila se separó con un movimiento brusco de la balaustrada, atravesó las galerías, salió de casa del infante y se encaminó con paso lento al alcázar.

CAPITULO II.

De cómo podia disponer el rey de los servicios del infante don Juan.

En el alcázar se notaba una animacion estraña : los ballesteros, la servidumbre, los hombres de armas iban y venian en silencio; notábase una gran vigilancia, y algunos altos oficiales del rey entraban y salian en su cámara.

El rey se paseaba por ella impaciente, haciendo crugir la plegadura de un ancho ropon talar; á su lado, de pié, armado de todas armas, estaba su guarda mayor Gutier Ferrandez de Toledo, pálido é inmovil, esperando sin duda, á juzgar por su ademan, órdenes de su señor. Por pálido que estuviese el capitan de los escuderos hidalgos, no podia compararse su palidez á la del rey, que estaba en uno de sus terribles momentos de cólera reconcentrada; barbotaba sordas palabras, temblaban sus mejillas lívidas y nunca se habia mostrado

Sancho Ruiz de Villegas separándose de doña María de Padilla.

mas dura y mas terrible la profunda mirada de sus ojos : comprendíase que un proyecto siniestro, se agitaba en su pensamiento, se revolvia en él y se ponia en lucha con su alma, con su conciencia, con su voluntad : el rey sufria uno de aquellos violentos accesos á que con tanta frecuencia le condenaban sus grandes vasallos.

Pasó algun tiempo, el rey paseando, Gutier Ferrandez de Toledo inmóvil; al fin el rey se detuvo delante de él y le dijo con voz opaca.

—¿Has hecho prender al correo que nos ha enviado el maestre?

—Si señor, contestó con voz firme el guarda mayor.

—¿Has procurado que nadie entienda esa prision?

—La hicieron anoche, en el patio, cuando no habia un alma viviente, cuatro de los mas leales doncelles de vuestra señoría á los que, á pesar de su lealtad, he encerrado yo mismo con el preso.

—Bien; ¿están armados mis escuderos y asegurado el alcázar?

—Si señor.

—Pero habrás procurado que esto no se trasluzca, que el aspeto del alcázar sea el de todos los dias.

—Si señor.

El rey volvió á su paseo.

Duró este algun tiempo, y luego se detuvo otra vez don Pedro delante de Gutier Ferrandez.

—Haz que se arme un escuadron de lanzas en el corral del Apeadero y que esten apercibidas para una larga jornada. Hoy marchamos á Vizcaya.

—Muy bien señor.

—Para esta tarde, ¿lo entiendes? preparate tu tambien.

—¿Han de acompañar á vuestra señoria sus donceles?

—Si, mis donceles y mis ballesteros de maza.

—Muy bien, señor.

—Vete.

Gutier Ferrandez de Toledo salió.

En cuanto el rey quedó solo sacó de su limosnera una carta y la leyó con cólera.

—¡Infame! ¡infame hipócrita! esclamó, he aquí la espresion de un vasallo leal: otro hombre, otro rey, engañado, escarnecido, le recibiria con los brazos abiertos ¡oh! ¡oh!

El rey volvió á su paseo. De repente se detuvo junto á una puertecilla y la abrió con mano trémula.

—¡Juan Diente! dijo con acento ronco y bajo.

Del fondo de la sombra adelantó un hombre y quedó en el marco de la puerta como una figura dentro de un cuadro.

Aquel hombre se apoyaba en una maza de armas y su solo aspecto daba espanto: aquel hombre era Juan Diente.

—¿Están ahí? dijo el rey.

—Si señor, contestó el ballestero.

—¿Quienes son?

—Rodrigo Perez de Castro, Garci Diaz de Albarracin y Gonzalo Recio.

—¡Bien! á mi voz...

—¿Dentro de la cámara, señor?

—Si, decididos: á una palabra, á una señal...

—¿La muerte?

—¡La muerte! repitió roncamente el rey como un eco de la eternidad.

—¿Y quién es, señor...?

—Aun no lo se Juan... aun dudo... vacilo... ello es preciso..... otras veces te he dicho sin dudar un nombre...

—¡El maestre de Santiago! ¡el horóscopo! esclamó profundamente el verdugo real.

—¡Silencio! ¡silencio! esclamó el rey..... ¡que ese nombre no salga de tus labios! dudo, vacilo... es mi hermano... pienso, en una prision, en una prision lóbrega... de por vida... pienso en la muerte...

—Matad... señor... matad.

—¡Matad..! ¡oh! eres un lobo hambriento é implacable, Juan!

—¡Acordaos del horóscopo, señor!

—¡Mata ó mueres! esclamó el rey recordando el sangriento escrito que habia leido en casa de Jonatham.

Luego volvió á pasearse por la cámara, mudo, fatal: su palidez se hacia cada vez mas densa, mas lívida. La fatalidad que le dominaba, que le perseguia constantemente aumentaba su cólera, y una decision sombria empezaba á marcarse de una manera terrible en su semblante. Entonces era en todo su esplendor ese terrible y sanguinario don Pedro que nos ha legado la historia. Parecia uno de esos vampiros de las leyendas alemanas que abandonan sus tumbas en el silencio de la noche, y van á chupar la sangre de sus enemigos.

Organizacion terrible cuya cólera necesitaba para desvanecerse, aspirar la agonía de quien la habia sublevado: que semejante á una embriaguez maldita necesitaba para desaparecer arroyos de sangre humana: funesto resultado de las turbulentas pasiones de aquella época.

—Vete y espera: dijo al fin el rey.

Juan Diente desapareció tras de la puerta, que se cerró.

El rey fué á una ventana desde la cual se veian las avenidas del alcázar; en la movilidad de los músculos de su semblante, en el temblor imperceptible que agitaba sus miembros, se comprendia que esperaba, y que esperaba con impaciencia.

Eran las once del dia: el sol iluminaba de lleno la plaza de armas, y como si el pueblo de Sevilla hubiera presentido una gran desgracia, no pasaba nadie por ella: solo se veian los arqueros de la guarda, armados hasta los dientes paseando como de costumbre delante de la poterna.

Un ginete entró y adelantó á media rienda: se detuvo delante del pórtico interior del alcázar, y echó pié á tierra arrojando las bridas de su caballo á uno de los arqueros; luego se perdió á gran paso bajo el arco.

Poco despues apareció en la puerta. Aquel caballero era Men Rodriguez.

—¡Señor! dijo con acento firme, pero respetuoso.

El rey se volvió.

—¡Ah! ¡eres tu Sanabria! Y bien: ¿qué noticias traes?

—El señor maestre de Santiago...

—¿Está en Sevilla...?

—Le he encontrado en la Tablada.

—¿Quién le acompaña?

—Algunos caballeros de la órden; su escudero Ruiz de Villegas y una veintena de lanzas.

—Y el semblante, el semblante... ¿qué has podido adivinar por él?

—Viene contento, satisfecho... al verme, al llegar á él, detuvo su caballo y me dijo.

—¿Os envia el rey?

—Su señoría segun vuestros avisos, os aguarda con impaciencia, le contesté..... le interesa demasiado saber...

—Decid á su señoria que dentro de un momento tendré la honra de besar sus piés, y no os digo mas porque quiero ser el primero de cuya boca oiga las nuevas que le traigo.

—¡Viene contento! ¡satisfecho! ¡ha vencido..! ¡es decir, ha hecho su farsa..! bien, muy bien: yo tambien me siento satisfecho... feliz... pero la felicidad que siento es tanta que ya me atormenta... ¡oh! ¡si! ¡si! ¡ha vencido..! ¡pues bien, será necesario que le premiemos! Oye, Sanabria, tu traerás mucha delantera al maestre, tu caballo venia cubierto de sudor.

—El maestre tardará aun dos horas.

—Escucha: vé á la cámara de la reina.

Ya sabemos que don Pedro entre sus mas leales vasallos daba este tratamiento á doña María de Padilla.

—Allí, continuó el rey, encontrarás al gran maestre de Calatrava. Díle, mándale de mi parte que monte á caballo, y con algunos de mis escuderos salga á recibir al maestre; que le acompañe, que no se separe de él, ni un momento: ¿lo entiendes?

—Si señor.

—Y oye además: tú te quedarás en la cámara de doña María.

—Y con qué pretesto señor.

—Doña María te aprecia, doña María te ama porque sabe que eres mio en cuerpo y en alma: ella es dulce, comunicativa te hablará; te preguntará; contéstala, empeña una conversacion larga... es preciso que doña María no esté sola en estos momentos... en una palabra, Sanabria: te nombro guarda de la reina desde ahora hasta que yo te mande que dejes de serlo.

—Muy bien señor.

—El maestre de Santiago irá á ver á doña María: sé inflexible, está junto á ellos, que no puedan hablarse una sola palabra sin que tú la oigas, que no pueda hacerle una sola seña sin que tu la veas. Vete.

Men Rodriguez se inclinó respetuosamente y salió.

Al salir se cruzaron con él el infante don Juan de

Aragon y el adelantado de Castilla Diego Perez Sarmiento á quienes el rey habia mandado llamar.

Don Pedro hizo una seña al infante y al adelantado de que le siguiesen y se entró con ellos en un retrete contiguo.

En él, sobre una mesa, se veian un crucifijo y los santos evangelios.

—Acercaos, dijo el rey á los dos caballeros que se acercaron á la mesa: Juradme por Jesucristo enclavado en la cruz, puestas las manos sobre los sagrados evangelios guardar un secreto inviolable acerca de lo que os voy á descubrir.

El infante y el adelantado pusieron las manos derechas sobre los evangelios y esclamaron con voz segura:

—¡Lo juramos!

—Mi noble y valiente primo: dijo el rey: sabeis de antiguo que el maestre de Santiago os odia.

—No creo haberle dado motivo para ello, señor.

—Bastante motivo es el que me seais leal. Ahora bien, tengo pruebas de que el maestre de Santiago me hace traicion, y quiero matarle hoy.

Pintóse una alegría brutal, un gozo innoble en el semblante de don Juan, y una palidez intensa, la palidez del horror, cubrió el de Diego Perez Sarmiento. Don Pedro aspiró en una rápida ojeada aquella alegría y aquella palidez, frunció levemente el entrecejo y continuó:

—Como esa muerte por mas que sea terrible es justa; como quiero evitar en cuanto sea posible un conflicto ó un escándalo, cuento con que me ayudeis. Despues de echa esta justica, partiremos como os tengo dicho á Vizcaya, donde pienso hacer lo mismo con don Tello, que se ha atrevido á volver á sus estados: muerto don Tello os daré sus señoríos de Vizcaya y de Lara, porque casado como estais, con doña Isabel, hija de don Juan Nuñez de Lara, os corresponde de derecho este rico heredamiento.

—¡Ah señor! esclamó el infante ocultando mal su repugnante ambicion: ¡me dais el señorío de Vizcaya!

—Os le doy en pago de buenos servicios, dijo el rey con acento reconcentrado.

—¡Ah, señor! estoy muy obligado á vuestra señoría, contestó con acento servil el infante: es verdad que la continua traicion de vuestros hermanos me ha hecho odiarlos, y que ellos me aborrezcan por la lealtad con que os sirvo: por lo mismo siento una gran alegría en que penseis hacer justicia con don Fadrique y si quereis yo mismo le mataré.

El rey miró profundamente al infante: habia pronunciado su horrible ofrecimiento con una frialdad repugnante y su rostro estaba sereno, alegre.

—¡Que le matareis vos..! dijo el rey; ¡oh! pues bien; matadle, yo os doy gracias por ello, y os suplico que lo hagais como lo decis.

Diego Perez Sarmiento, que habia estado sufriendo de una manera violenta durante esta escena, no pudo contenerse al ver la bajeza del infante, y esclamó con cólera mal contenido por el temor y el respeto que le inspiraba el rey.

—Señor: esclamó encarándose á don Juan: gozaos en buen hora en la justicia que piensa hacer su señoría en su hermano, puesto que traidor es y merece la muerte: pero creed que no faltarán ballesteros para despachar á el maestre.

—Decis bien, mi buen adelantado, esclamó don Pedro, destellando una sombria mirada sobre Diego Perez Sarmiento: no es una mano que hiera, lo que necesito, ni hemos creido que deban tomarse de una manera tan precisa las palabras de mi primo don Juan: ni él tampoco ha querido decir eso: á un hombre se mata, llevándole á la muerte, quitándole los medios de defensa, aislándole, como se acorrala á una fiera.

—¡Ah! ¡ah! ¡acorralar una fiera! dijo el infante don Juan: esto es: ponerla sobre los apostaderos.

—Escuchad; primo: ya os he dicho que quiero que esto se haga sin escándalo, así pues será oportuno que procureis que el maestre se quede solo en el alcázar... esto será fácil mientras vaya á visitar á doña María... creo que me habreis comprendido don Juan.

—Completamente, señor.

—Pues bien, ponedlo por obra pronto, porque el maestre no tardará en llegar.

El infante salió: Diego Perez Sarmiento iba á seguirle cuando el rey, le dijo.

—Quédate, adelantado, quédate.

—El lobo desconfia, pensó Perez Sarmiento.

—Me han dicho, dijo el rey, que eres un gran jugador de tablas.

—No tanto, sin embargo, como vuestra señoría, contestó el adelantado.

—¡Oh! ¡oh! dicen que yo no juego mal... en verdad que hasta ahora nadie me ha ganado una partida; pero con el rey todos pierden.

El doble sentido de esta frase hizo estremecer á Perez Sarmiento, y mas que todo la facilidad con que el rey habia cambiado de aspecto: nunca el terrible dominio que tenia don Pedro sobre su semblante se reveló de tal manera: cuando entró en su cámara y se sentó delante de una mesa en que habia un precioso tablero árabe de ébano y marfil con arabescos encrustados de oro y plata: estaba sereno, tranquilo como si no hubiesen pasado por él las terribles impresiones que un momento antes le agitaban: el sombrio y esterminador monarca habia vuelto á ser el mancebo hermoso, dulce, indolente, de frente serena y franca sonrisa. Esto representaba que se habia decidido, que el pensamiento de muerte para el maestre habia dado fondo en su alma, que, semejante al mar, solo se agitaba al impulso de la lucha de encontradas pasiones: en el momento que una decision cualquiera terminaba esta lucha volvia la calma, calma terrible para el que conocia el carácter del rey.

Diego Perez Sarmiento quedó de pié al otro lado de la mesa.

—Siéntate, siéntate dijo el rey, no quiero que por lo incómodo de la posicion pierdas, jugamos á florin del cuño de Aragon la partida.

Y el rey puso delante de sí algunos florines.

El adelantado puso otros tantos en su lado, y sentándose tomó los peones negros.

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey: has elegido bien Sarmiento porque hoy el negro ganará.

Despues de esto no se oyeron mas que los golpes de los peones sobre el tablero, y los pasos del escudero hidalgo que guardaba las puertas de la cámara.

CAPITULO III.

De cómo Men Rodriguez conoció que era mas difícil de lo que parecia ser leal al rey.

Cuando Men Rodriguez se hizo anunciar en la cámara de doña María, fue introducido al momento. Con la reina (permítasenos llamarla así) estaba su grande amiga doña Isabel Nuñez de Lara, y su hermano don Diego García de Padilla.

Las dos damas se sonrojaron á la vista del jóven, pero en doña Isabel pudiera haberse notado una espresion de contento al verle, casi de felicidad.

—De vos hablábamos, caballero, dijo doña María, dirigiendo dulcemente la palabra al jóven, y dándole á besar con dignidad su mano.

—¡De mí! ¿he tenido la ventura de que mi memoria ocupe á una señora tan ilustre y á una dama tan hermosa?

—Si, si: dijo doña Isabel: vos sois muy privado del rey, y debeis saber.....

—Pues nada sé.

—Sin embargo, ¿á qué esta cita general al alcázar?

—Lo ignoro enteramente.

—Pero no ignorais que se prepara algun terrible suceso.

—¡Oh! ¡no! no puede ser, esclamó con horror la Padilla : el rey se mirará mucho... tiene mil medios á su alcance... pero de seguro... ¿nada sabeis, Sanabria?

—Nada.

—Sí... sí... el rey os ha enviado aquí.

—Es cierto, señora.

—¿Y á qué os ha enviado?

—A guardar á vuestra señoría.

—¿Simplemente á guardarme?

—El rey acaso tema una nueva rebelion.

—No es eso, señor Men Rodriguez, dijo el jóven Garcia de Padilla : el rey trae algo en mientes que no ha revelado á nadie; pero por lo mismo debe temerse todo : cuando su señoría toma tales precauciones....

—A propósito, señor maestre de Calatrava : traigo para vos una órden del rey, que habia olvidado un momento, ante estas nobles señoras. El rey os manda que monteis á caballo, y salgais fuera de la Macarena á la Tablada, á recibir al maestre con algunos de vuestros escuderos : y que desde que le encontreis, no os separeis de él.

—¿Y estoy aun á tiempo de cumplir las órdenes de su señoría? dijo con sobresalto el maestre de Calatrava.

—Aun podeis, si os dais prisa, encontrarle á media legua de las puertas, porque viene muy despacio.

—¡Oh! pues entonces adios, prima mia, adios hermosa doña Isabel, adios señor guarda-mayor.

Y tomando la mano á Men Rodriguez y estrechando la que el jóven le tendió, salió apresuradamente de la cámara.

Mientras Men Rodriguez habia hablado con el maestre de Calatrava, doña María de Padilla habia sostenido en voz baja y aparte una rápida conversacion con doña Isabel.

—Es necesario que le distraigas, que le entretengas, dijo doña María.

—¡Yo! ¿y cómo?

—Men Rodriguez te ama.

Doña Isabel se sonrojó; doña María continuó con precipitacion.

—El rey sin duda le ha enviado para que sea mi guarda de vista, para impedirme que hable con nadie, y yo necesito avisar á don Fadrique.

Cruzóse una mirada de inteligencia entre las dos damas, mirada que significaba que se habian comprendido : en aquel momento Men Rodriguez, libre del maestre de Calatrava, se acercaba de nuevo á ellas.

—Sentaos, caballero, sentaos, le dijo doña María.

—¡Cómo, señora! ¡en vuestra presencia!

—El rey os envia y no sabeis sin duda á punto fijo cuanto tiempo durará vuestra permanencia á mi lado: además de que yo tengo motivos particulares para trataros con aprecio, me molestaria mas de lo que pensais, el veros de pié... sentaos y hablemos.

Men Rodriguez, que se habia hecho ya mas cortesano, acercó un sillon y se sentó mas cerca de doña Isabel que de doña María.

Doña Isabel estaba hechicera : un traje de seda negro, hacia resaltar la blancura de sus hombros y de su seno : no llevaba joyas, ni su peinado era esmerado, pero este desaliño, este descuido la hacian mas incitante, mas hermosa. Trataba á Men Rodriguez con una noble confianza, y á veces sus negros y hermosísimos ojos no podian contener una espresion de ternura que, reprimida instantáneamente por el decoro, pasaba con la rapidez de un relámpago.

Men Rodriguez, cuando creia no poder ser notado por la Padilla, la miraba de una manera esplícita, con la espresion de un amante favorecido, pero indiscreto; con el ardor de un enamorado, que se entrega sin resistencia á los sueños de su amor.

—¿Y vos sois de la partida? dijo doña María á Men Rodriguez.

—¿De qué partida habla vuestra señoría? contestó el jóven.

—Quiero decir, sino partís con el rey á Vizcaya.

—Lo ignoro, señora.

—Pero no ignorareis, que el rey ha resuelto al fin darla en señorío á vuestra amiga doña Isabel.

Doña Isabel que atribuia este favor del rey á las influencias de Men Rodriguez le dió las gracias con una mirada suprema.

—Nada me agradezcais, señora; dijo Men Rodriguez, aprovechando la ocasion de haberse levantado doña María y puestóse á sus miradores.

—¿Qué quereis decir señor Sanabria? dijo doña Isabel con acento trémulo: ¿no quereis que os agradezca...?

—Nada he hecho.

—¿Qué no habeis hecho nada?

—Estas son cosas del rey y de vuestro esposo... y sino recordad... hace algunos dias que no me trata don Juan del mismo modo... se muestra conmigo mas reservado, mas grave. Algunas veces he llegado á creer que me mira con prevencion.

Doña Isabel bajó los ojos ruborosa porque la mirada de Men Rodriguez se habia hecho demasiado audaz: doña María continuaba en el mirador.

—Hace mucho tiempo señora, dijo Men Rodriguez, que deseaba tener una ocasion de hablaros á solas.

—¿Qué deseabais una ocasion, caballero? dijo tímidamente doña Isabel: pues qué ¿no vivimos bajo un mismo techo, á pesar de mi repugnancia..?

—¡Vuestra repugnancia!

—Si vuestra permanencia en casa de mi esposo, me deshonra.

—Confieso señora que sino fuera por ciertos misterios que acontecen en vuestra casa, especialmente de noche, hace algunos dias desde que el infante don Juan ha empezado á mostrarse indiferente y aun hostil conmigo, me hubiera apartado de vuestro lado.

—¡Que hay misterios en mi casa, Sanabria! dijo con cuidado doña Isabel.

—Sí, dulces y adorados misterios para mí... una felicidad á la que falta muy poco para ser completa.

—No os comprendo, esclamó ruborizándose de nuevo doña Isabel.

—Vuestra dulce confusion, vuestras miradas señora, son para mí una confesion; ¿pero por qué lo que me dicen vuestros ojos no me lo dicen vuestros labios...? ¿por qué quereis desesperarme?

—Si mis ojos os dicen algo, mienten, esclamó con precipitacion doña Isabel.

—¡Ah, señora, señora! sois dos en una: una mujer tierna, apasionada, dulce, entre las tinieblas, una hermosura cruel á la luz del dia, delante de las gentes.

—Os repito que no os comprendo... ni puedo comprenderos, esclamó con enojo doña Isabel.

—He aquí, dijo con desaliento Men Rodriguez, por qué yo anhelaba una esplicacion con vos. En vuestra casa era imposible: siempre teneis al lado á ese molesto paje Gaston, que os vigila, que os persigue y á quien aborrezco.

—Estais usando conmigo de un lenguaje enteramente nuevo, dijo con dignidad doña Isabel: sabía ó creia saber que me amabais, porque me lo habiais dicho; la estraña manera de nuestro conocimiento os autorizaba... pero despues vuestro amor se hizo respetuoso: yo premiaba ese amor y le alentaba dentro de mí misma como una purísima amistad... os amaba con toda mi alma...

—¡Ah! ¡señora!

—Pero como se ama á un hermano y nada mas.

—Acabareis por matarme.

—Dejemos á un lado esas vulgaridades que están en boca de todos los jóvenes imberbes para todas las

mujeres. Yo os habia aceptado como un hermano... en otra situacion os hubiera abierto los brazos como esposa... conozco mis deberes y sé contener dentro de ellos mis afectos.

—De modo que si mañana fueseis libre...

—Dejadme continuar: os amaba como á un hermano del corazon... y digo que os amaba porque ya no os amo, ni aun de ese modo: ni aun mi amistad puedo concederos.

—¡Que no podeis concederme vuestra amistad!

—Habeis abusado de ella. Desde hace algunos dias, vuestros ojos me miran de una manera audaz, de una manera que me hace sonrojar: vuestra audacia me ha desencantado: yo os creia uno de esos hombres generosos que saben tener entre sus manos sin lastimarla el alma de una mujer pura y yo os habia entregado mi alma: pero me la habeis lastimado... es mas... me la habeis herido: mi noble amor ha sido escarnecido por vos que no habeis sabido conteneros en los límites de ese amor intenso, dulce, respetuoso, que se alimenta consigo mismo como una luz inestinguible: no, vuestro amor no es el amor del espíritu, es el amor de la carne, es el deseo... podriais haber tenido valor y fuerza para reprimir ese amor, para ocultarlo como se oculta una degradacion, en el fondo de vuestra alma: podiais haber hecho un sacrificio á mi dignidad, sacrificio que yo hubiera comprendido, porque las mujeres lo comprendemos todo en el hombre que amamos, y que os hubiera agradecido. Pero no me habeis creido digna, sin duda, de este sacrificio y me habeis arrojado con los ojos á la cara vuestros deseos... me habeis perseguido en silencio... me habeis insultado.

Men Rodriguez fijaba en doña Isabel una mirada atónita: estaba dominado por la energía de la jóven y por la profunda espresion de queja de su acento: lentamente fue desapareciendo para él todo lo que le rodeaba menos ella; olvidó el encargo del rey de no perder un solo movimiento, una sola accion de la Padilla, y esta, al verle fascinado por doña Isabel, fué á una mesa, escribió rápidamente una carta, entreabrió un tapiz, llamó á un paje y le dijo apresuradamente y á media voz.

—Al momento, Mendo, lleva esta carta al convento de San Francisco, á mi confesor; vete por los jardines; si te quisieren registrar cómete esa carta.

El paje partió. Doña Maria volvió á los miradores.

Entretanto Men Rodriguez seguia mirando con una espresion tal de asombro que casi rayaba en estupidez á doña Isabel.

—En verdad, señora, dijo al fin, que no os comprendo: os repito que para mí hay en vos dos mujeres: una que me espresa un amor sin reserva, entre tinieblas; otra que me desespera á la luz del sol.

—¿A qué llamais tinieblas, dijo con severidad doña Isabel?

—Llamo tinieblas á la lobreguez de la noche.

—Y yo durante esa lobreguez...

—Os he reconocido, señora, á pesar de que alterais vuestra voz; he sentido vuestro puro contacto; he aspirado el perfume de vuestras ropas, de vuestros cabellos, de vuestro aliento, y sin embargo os he respetado.

A medida que Men Rodriguez hablaba, el rostro de doña Isabel empalidecia, y sus ojos adquirian una severidad tal que desconcertaron á Men Rodriguez.

—¿Habeis perdido el juicio? esclamó al fin con enojo doña Isabel: ¿cuando me habeis tenido cerca de vos á solas? ¿cuando habeis podido aspirar mi aliento..? ¡oh! de seguro soñais, y creeis en vuestros sueños...

—No, no señora, no son sueños las realidades: ansiaba tener una ocasion de hablaros sin testigos para deciros: ¿por qué desconfiais de mí? ¿no creis en mi honor, en mi respeto? ¿qué motivos os he dado para que así me atormenteis?

—¡Afirmais que yo he penetrado junto á vos durante la noche!

—Durante muchas noches, señora: desde hace ocho dias.

Doña Isabel se reprimió.

—Contadme... aclaradme ese misterio, le dijo con voz trémula.

—Pero... ¿á qué pedirme noticias de lo que sabeis mejor que yo?

—Os juro, esclamó con despecho doña Isabel, que me estais dando tormento; decis que desde hace ocho noches voy junto á vos, y yo, os lo afirmo, sigo mis antiguas costumbres: me acuesto á la queda, duermo ó velo, y me levanto al amanecer; hace años que no salgo de noche de mi dormitorio... por mejor decir jamás durante la noche he salido de él.

—¿Y quién es entonces la mujer que?

—¡Cómo! insistís aun.

—Insisto, señora, porque es verdad.

Habia tal espresion de seguridad en el acento y en el franco semblante de Men Rodriguez, que doña Isabel le creyó.

—Esperad... esperad... dijo: hace algunos dias escuché una conversacion entre mis damas y mis pajes, á la que no dí importancia, y que olvidé despues. Hablaban de un duende.

—¿De un duende?

—Y de un duende dama.

—¡Oh! acaso... pero no; es imposible... vuestras damas son honradas, señora; están vigiladas, y además una mujer que hubiera llevado su liviandad hasta entrar en el aposento de un hombre, no se hubiera mostrado tan pura, tan delicadamente enamorada. Además yo cerraba con llave mis puertas, y aquellas puertas se abrian. ¿Cómo no creer que quien poseia medios para abrirlas, era la dueña de la casa?

—Espero que me habreis creido... si mi locura hubiese llegado á ese punto, ¿á qué contenerme...? ¿no me ha autorizado mi esposo? ¿no vivis con escándalo en mi casa? ¿No murmura por ello la córte de mí? ¿á qué violentarme cuando estoy libre? ¿quién podria estorbarme ser vuestra querida, sino mi honor, mi conciencia, mi dignidad?

—¡Ah, señora! perdonadme si me he dejado arrastrar por las apariencias, si engañado he sido acaso demasiado exigente. Vos sois siempre para mí un ángel de luz... cuando os ví por primera vez, un poder secreto irresistible me arrastró á vos... cuando os oí el relato de vuestras desgracias, sentí por vos una noble compasion y un cariño de hermano. Pero desde el momento en que esa dama, ese duende, ese demonio, esa mujer misteriosa me ha hecho oir la espresion de un amor volcánico, con la voz temblorosa, opaca, leve, como si hubiera querido recatarla de sí misma, huyendo siempre mi contacto, esquivándome, llorando unas veces, riendo otras; yo que creia que se trataba de vos, os adoré: á la mañana siguiente, durante el almuerzo, buscaba en vos una señal de inteligencia, un recuerdo de la noche anterior, y nada me decian vuestros ojos, nada mas que la pura y santa amistad que me habeis concedido. A la noche siguiente os preguntaba ó creia preguntároslo, la razon de vuestra severidad delante de las gentes, y el duende, la mujer ó el demonio callaba, y solo me contestaba con una risa que á veces era lúgubre y me helaba la sangre.

—¿Creeis en los duendes, Sanabria? dijo palideciendo doña Isabel.

—La Iglesia tiene exorcismos para ellos, y la iglesia no se engaña.

—¿Pero estais seguro de que sea un espíritu y no una mujer de carne y hueso?

—Jamás he podido tocarla, señora, jamás he sentido sus pasos.

—¡Pero habeis aspirado su aliento, sus perfumes!

—¡Oh! callad, callad, doña Isabel, porque me volvereis loco.

—Olvidad esa locura, y no me acuseis de ella puesto que yo no os la he inspirado.

—¿Y á quién, sino á vos, veia yo con los ojos de mi alma en esa mujer maldita..? ¿por quién sino por vos latia mi corazon, cuando su voz me decia amores?

—¿Pero cómo no habeis podido reconocer por esa vez vuestro engaño?

—Era una voz que hablaba muy bajo, de una manera ardiente, trémula, alterada por la pasion... yo no os he oido hablarme nunca en ese acento reconcentrado, febril, lánguido del amor que se desborda y suspira: yo no podia juzgár de ello por una comparacion, ni podia creer que la espresion de un amor tan intenso, emanase de otra alma como la vuestra; porque señora, para espresar el amor con la dulzura, la pasion y la pureza que me ha dejado oir esa voz tentadora; es necesario poseer un alma como la que yo adivino en vos; es necesario amar con el amor entusiasta, inmenso, sin límites, que vos dariais á un hombre amado... es necesario ser un ángel como vos...

Y Men Rodriguez asió una de las hermosísimas manos de doña Isabel, que ni aun reparó en ello fascinada por la ardiente espresion del jóven, por su mirada, por el irresistible fluido que emanaba de ella, por la primera vez aquellas dos almas se comprendieron; se lo confesaron, se lo dijeron, se lo concedieron todo en una sola mirada; aquella era en doña Isabel, la fascinacion que domina á la razon, que presenta nuestra alma desnuda de los tupidos velos conque la cubren el pudor, el honor, las convenciones sociales: Men Rodriguez se comprendió amado, amado con toda la fuerza de sentimiento de aquella mujer toda sentimiento, y entonces sin poder contenerse estrechó contra sus labios áridos y ardientes la mano de doña Isabel y la cubrió de besos.

En aquel momento doña María de Padilla volvió el rostro y palideció, retirándose vivamente al fondo del mirador para evitar que Men Rodriguez reparase en qué habia notado su arrebato, y al mismo tiempo doña Isabel despertada de su fascinacion por aquel ardoroso contacto, lanzó un grito ahogado, quiso levantarse y huir, pero la detuvo Men Rodriguez.

—¡Sois mia, enteramente mia! dijo:

—¡Vuestra! ¡vuestra yo! esclamó con espanto doña Isabel, pero sin retirar su mano de entre las de Men Rodriguez dominada por un poder irresistible: ¿vuestra yo?

—Si mia, nuestras almas se han comprendido y ya no tengo duda: me amais: ya no temo nada, porque vuestro amor es mi fuerza, mi gloria, mi porvenir. ¡Oh! decidme, decidme que me amais con vuestros divinos labios como lo habeis dicho con vuestros ojos... decidme...

—¡Oh! ¡callad! ¡callad! no estamos solos, esclamó enteramente dominada doña Isabel... ¡si nos oyesen..!

—Su señoría espera... espera impaciente al maestre... y luego una palabra de amor se pronuncia de una manera tan dulce..! ¡la escucha tan bien el alma..! la comprende por el movimiento de los labios, en un aliento, en un suspiro, en una sonrisa, en una lágrima... He padecido tanto por vos, he callado tanto, he devorado tantas horribles dudas, tantos amargos zelos...!

—¡Zelos! ¿y de quién habeis tenido zelos, Men Rodriguez? esclamó con un acento enloquecedor doña Isabel.

—Zelos de los que escuchaban vuestra voz, zelos de los que veian vuestra hermosura, zelos del aire que agitaba vuestros cabellos, zelos del traje que oprime vuestra cintura, zelos de todos, zelos... de mí mismo.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! pero no habreis tenido zelos del infante.

—Sí, esclamó roncamente Men Rodriguez, zelos horribles, sangrientos...

—¡Oh! pues no los tengais, no... porque...

Doña Isabel se detuvo espantada por lo que iba á decir.

—Por qué esclamó Men Rodriguez.

—¡Oh! sabedlo todo... todo... no puedo mas... yo os amo... mas que amaros, os adoro... sois mi sueño... mi ángel, mi Dios... querias que te digera una palabra, una sola palabra de amor y yo necesito decirte, un torrente de ellas... estoy loca... y mira, ya no me avergüenzo porque estoy resuelta á todo... porque he comprimido tanto mi alma que debia necesariamente estallar y ha estallado... escucha: yo te amo... te amo como nunca he amado... tuya soy, tuya mi honra... tuya mi eternidad... pero ¡Dios mio! lo conozco hay momentos en que todo lo olvido... todo... pero despues... ¡oh! despues vuelven á luchar conmigo mis costumbres, mis creencias, mi honor. ¡Sanabria! ¡Sanabria! si me amas pruébame tu amor con un inmenso sacrificio... escucha: yo sé que me adoras, sé que una palabra tuya me enloquece... que una mirada tuya me faseina... pero ámame, ámame hasta el punto de no abusar de uno de esos momentos de locura, porque al despertar de él, al encontrarme deshonrada, mi orgullo, mi conciencia, me arrastrarian á darme la muerte.

Men Rodriguez abandonó la mano de doña Isabel que hasta entonces habia tenido asida.

—Que jamás, dijo con acento inspirado, las alas de mi ángel se arrastren en el lodo: ¿para qué mas felicidad que ese amor tan puro, tan casto; que ese amor del alma? ¿podria hacerme mas feliz la posesion de la mayor hermosura de la tierra, ni qué hermosura hay que pueda compararse á la hermosura de tu alma?

Doña Isabel se apartó con las dos manos los anchos rizos que habian caido sobre su frente, y esclamó mirando con una languidez y una ternura infinita á Men Rodriguez.

—¡Oh! ¡que hermoso sueño!

—¡Sueño! no: es realidad: nos amamos con el amor de los ángeles y esto es bastante... ¿qué importa que sacrifiquemos nuestros sentidos?

—¡Callad! ¡callad! bastante hemos soñado: nuestro amor se desbordará un dia ¡oh! lo temo y lo espero añadió doña Isabel suspirando... debemos separarnos por amor á nosotros mismos... un momento de olvido... ¡oh! ¡pertenecer vos á esa clase envilecida que posee entre sobresaltos á una mujer á quien otro posee libremente..! ¡yo á esa raza de mujeres perdidas que mienten un amor infame á un marido á quien engañan..! separémonos: el verdadero amor salva las distancias: le basta saber que hay otro amor que le responde... separémonos.

—Si, Isabel mia, sí; separémonos, pero esperemos.

—Esperar, ¿y qué podemos esperar sino desdichas?

—Si, podemos esperar que Dios cansado de los crímenes del infante...

—¡Oh! ¡callad! ¡callad! nosotros no debemos pensar en esa muerte.

—Sin embargo, señora, paréceme que de esta vez...

Doña Isabel palideció.

—¿Qué quereis decir?

—Creo que el rey...

—¡Que el rey matará al infante..! ¡si mata al infante matará tambien al maestre de Santiago!

—No, yo no he dicho eso... yo no he qucrido decir eso, esclamó Men Rodriguez, que conocia que sin quererlo hacia traicion al rey.

—Si, esclamó doña Isabel: vos poseeis los secretos del rey... el rey nada os oculta; vos habeis dicho que seré libre... hace algunos dias que la conducta de mi esposo es mistcriosa... él ayudará al rey para matar al maestre, y luego el rey le matará para sepultar con él su secreto.

—Os juro, señora, que nada sé, esclamó enteramente aturdido Men Rodriguez.

—Sin embargo, el rey os ha enviado al encuentro del maestre, para asegurarle con esta distincion..... luego os ha enviado aquí á espiar á doña María: ¡caballero! sino evitais este crímen, sois cómplice de él... ¡sí, cómplice! añadió con firmeza doña Isabel, y yo jamás amaré á un hombre cuyas manos están teñidas en sangre.

—Pero ¿creeis que si el rey llega á ese caso, no tendrá razones para ello?

—Jamás hay razones para matar... esto es horrible.. ¡un hermano asesinado por un hermano..! escuchad, Sanabria, escuchad: vos sois bueno, generoso, valiente; vos podeis evitar un escándalo al reino, un remordimiento al rey, un horror á la historia. Id. Corred. Acaso sea tiempo aun. Corred al encuentro del maestre: decidle que se vuelva, que no pare hasta la frontera. Idos vos con él. Don Fadrique os creerá, porque sabe que poseis la confianza del rey. Salvadle y salvaos con él... y si me amais... escuchad... en premio de este sacrificio arrostraré por todo... iré á buscaros... seré vuestra esclava... vuestra amante... pero impedid un horrible fratricidio... sobre todo no os hagais cómplice de él.

—Lo que el rey haga estará bien hecho, dijo profundamente Men Rodriguez: que Dios le juzgue: en cuanto á mí, mientras él viva, tendrá en el descendiente de los Sanabrias un vasallo leal.

—Pero la lealtad, cuando es tan ciega, es ya una degradacion. ¿Es decir que vos serviriais á un mónstruo, por la sola razon de que le habiais rendido pleito homenaje?

—Tal es la obligacion de un buen vasallo.

—¡Oh! esto es desesperado, horrible... ¿os negais á salvar al maestre?

—Si pudiera salvarle sin faltar á la lealtad que debo al rey le salvaria. Pero esto es imposible. El rey me ha mandado permanecer aqui y este es mi puesto. Para apartarme de él, seria necesario que me matasen.

—¿Y nada os importa mi amor..?

—Vuestro amor es mi vida, señora, pero tened en cuenta que yo he jurado defender y servir al rey hasta perder la vida.

—¡De modo que si el rey os dijese señalándoos á un hombre: mátale, le matariais!

—El rey no hará de mí un verdugo, puesto que me ha hecho caballero.

—Sin embargo, algo de verdugo tiene quien sabe que ha de morir una persona y pudiéndola avisar no la avisa.

—En primer lugar, señora, que yo aunque lo presumo, no sé de cierto si el rey piensa en matar á su hermano, y aunque lo supiera callaria, puesto que vender los secretos de mi señor era hacerle traicion.

—¡Oh! ¡el honor de estos tiempos es un honor brutal! esclamó desesperada doña Isabel. Pues bien, caballero, si vos no os prestais á salvar á don Fadrique le salvaré yo... si aun es tiempo.

Y la generosa jóven se levantó.

—Id, señora, id, si así lo quereis... pero os advierto... y no lo tomeis por miedo, que si salvais al maestre, me matais.

—¡Que os mato...! esclamó doña Isabel.

—El rey se cobraria en mi cabeza de la cabeza del maestre: ¿acaso no soy ahora el guarda de vista de su señoria y de vos? ¿Cómo sino haciendo traicion al rey puedo dejaros salir de aquí sin avisarle..? y sin embargo, salid, señora, salid... nada os importe mi vida... pero pensad en la vuestra... elegid, en fin... nosotros ó don Fadrique.

—¡Don Fadrique! ¡don Fadrique cien veces! esclamó doña Isabel dejándose caer sobre el divan y cubriéndose el rostro con las manos. ¡Mataros! ¡yo! ¡yo que os he aceptado como hermano..! ¡no! ¡no! ¡mil veces no!

—Dejemos, pues, correr los sucesos, señora, dijo suspirando Men Rodriguez: triste y desesperado es vivir en unos tiempos en que la legitimidad y la justicia, necesitan sostenerse con sangre... dejad que el rey mate... ¿qué importa, si solo mata traidores? sus hermanos le hacen traicion: su primo, el infante vuestro esposo, le hace traicion: todos son unos miserables... habeis dicho que yo serviria á un mónstruo con tal que fuese mi señor natural y le hubiese rendido pleito homenaje. Esto, sin embargo, no sucederia, puesto que yo jamás me envileceré sirviendo al crímen: pero de este estremo á servir á don Pedro, hay una enorme distancia. Don Pedro lucha, está empeñado en una guerra á muerte, y sino mata, muere.

—El rey nos devorará á todos... esclamó tristemente doña Isabel.

—Cúmplase la voluntad de Dios, señora: por lo demás estoy seguro de que el rey matando al maestre hará justicia.

—¡Qué sangrienta justicia es la justicia del rey don Pedro!

—Su tiempo, señora, su tiempo: la fatalidad le arrastra, fatalidad de que no puede defenderse, y que acabará por destrozarle: pero en tanto sirvámosle fielmente, luchemos con él, sostengámonos con él, y caigamos al fin con él.

—¡Oh! ¿qué es eso? esclamó doña Isabel oyendo son de trompetas y pasos de cabalgaduras que provenian del vestíbulo del alcázar.

—¡Oh! es el maestre que llega, esclamó palideciendo Men Rodriguez.

Entranbos jóvenes se levantaron y corrieron al mirador. Cuando llegaron á él, doña María de Padilla agitaba su lenzuelo, indicando al maestre, que entraba en el alcázar con sus gentes, que huyese. Pero fuese que don Fadrique no comprendiese la intencion de la Padilla, y tomase sus señas como un saludo, fuese que le avergonzase volver atrás, pasó bajo el pórtico del alcázar saludando afectuosamente á doña María.

Cuando hubieron pasado el último caballero de la órden y el último paje de la servidumbre del maestre, doña María se arrancó desesperada del mirador y se lanzó en direccion á la solida de la cámara.

—¿A dónde vais señora? dijo Men Rodriguez poniéndosele impetuosamente delante.

—¿Que á dónde voy? esclamó doña María; ¿me preguntais á dónde voy?

—No debeis salir de aquí, señora.

—¿Que no debo salir? esto es ¿que debo permitir que la sangre del hermano de mi esposo se vierta por mi esposo, sin interponerme, sin procurar que esa sangre no se vierta? ¿y vos que sois noble, generoso y leal, me decís que no debo salir?

—Ni debeis, ni podeis, añadió con doble respeto Men Rodriguez, sin dejar de interceptar la puerta á doña María.

—¿Es decir que soy vuestra prisionera, caballero?

—No he querido decir eso, señora; pero quiero evitaros la humillacion de que un ballestero de maza no os permita llegar á las habitaciones de su señoría.

—¿Con que está resuelto? ¿con que todo está preparado?

—¡Escuchad, señora, escuchad! ¿no oís esos pasos apresurados que retumban en las galerías haciendo crugir arneses de guerra? Venid, venid, añadió llevándola á una ventana; mirad: un bosque de lanzas en el corral del Apeadero.

—Esas son las lanzas que han de acompañar al rey á Vizcaya.

—Y que entretanto aseguran el alcázar.

—Pero yo no quiero que el maestre muera, no lo quiero... escuchad, escuchad, señor Sanabria: si á mí no me dejan llegar junto al rey, á vos nadie os lo impedirá: id, avisad á la servidumbre del maestre, á sus caballeros, que no se separen de él, que le protejan, que le procuren la huida.

—¡Es decir, señora, que vos quereis que yo, el vasallo mas leal del rey, dé un grito de alarma á sus enemigos y encienda una insurreccion dentro de su alcázar, insurreccion que por un acaso, contando con el carácter violento del rey, que de seguro se presentaria personalmente á reprimirla, podia causar la muerte de su señoría!

—¡La muerte del rey! esclamó estremeciéndose doña María.

—Y con la muerte del rey la vuestra, señora, la de vuestros hijos.

—¿Pero sin llegar á ese estremo, no habria un medio? ¿vos que habeis hecho tantas hazañas, no encontrais..?

—Nada encuentro, nada busco... el rey sabe bien todo cuanto vuestras razones y las mias pudieran decirle.

—Dejadle, dejadle, dijo doña Isabel; la lealtad hace del señor Sanabria una roca.

—He jurado combatir al lado del rey, ayudarle y caer con él; y poca es la sangre de esos bastardos; la sangre de mi hermano dejaria verter, si como ellos era traidor.

Pronunció con tal energía sus últimas palabras Men Rodriguez, que las dos damas aterradas no se atrevieron á insistir.

En aquel momento se abrieron los tapices de la puerta y un paje de doña María dijo desde ella.

—Un escudero hidalgo llama de órden del rey al señor guarda mayor de su señoría Men Rodriguez de Sanabria.

—Decid á ese hidalgo, amigo mio, dijo Men Rodriguez, volviéndose al pajecillo, que aun conservaba en su actitud la prosopopeya con que habia pronunciado su anuncio, que al momento obedezco.

El paje se inclinó profundamente y desapareció.

Men Rodriguez se volvió á las dos hermosas damas conmovido por su dolor.

—Id, señoras, y orad, las dijo: acaso vuestra oracion haga mas, que todos los respetos humanos para con el rey. Vos, doña María, rodeaos de vuestros hijos... estad preparada; yo por mi parte velaré tanto por el rey como por vos.

—¿Qué quereis decirme?

—La traicion es audaz: un momento de desesperacion puede ser terrible: id, señora, id y orad por el rey y por vosotras... y dejad que el diablo ayude á los rebeldes.

Dicho esto, Men Rodriguez salió.

Por un momento doña María y doña Isabel estuvieron absortas, aterradas, mirándose en silencio. Al fin doña María pareció volver en sí con un movimiento brusco, se lanzó á una habitacion inmediata, arrancó de los brazos de sus damas á las infantas doña Beatriz y doña Violante, y fue á arrodillarse entre ellas al pié de un reclinatorio.

Doña Isabel que la seguia se arrodilló tambien, y las damas sin saber porqué se arrodillaron.

—Oremos, señoras, dijo conmovida doña María; oremos á Dios para que impida una desgracia.

Poco despues solo se oyó el murmullo leve de muchos labios que oraban.

Y sobre aquel grupo piadoso entre los tapices de una puerta, asomó una cabeza lívida, hermosa, cuyos ojos centelleaban con una espresion cruel.

—Sí, sí, orad, orad; esclamó: pero orad por vosotras mismas, y procurad que vuestra oracion tenga fuerza bastante para llegar á Dios: ¡con qué te ama, doña Isabel! ¡con qué eres su vida! ¡y tú le amas tambien y se lo confiesas..! ¡oh! ¡oh! el infante morirá, pero tú morirás tambien... no quiero conceder al señor Sanabria una tan hermosa vida... no quiero que tu virtud se corrompa... ¡oh! ¡le amas tanto, que es necesario poner entre vosotros dos la eternidad.

Apenas murmuradas estas palabras, aquella cabeza que habia tenido fija su mirada implacable en doña Isabel, se retiró.

Era Leila.

Despues solo se oyó en la cámara el murmullo del rezo de las mujeres.

CAPITULO IV.

Cómo hácia sus justicias el rey don Pedro.

Cuando Men Rodriguez entró en la cámara real, encontró á don Pedro jugando aun á las tablas con el adelantado Sarmiento.

Parecia distraido con el juego. Su semblante estaba tranquilo, solamente se mostraba mas pálido que de ordinario; jugaba con aplomo, y se reia naturalmente de las torpezas que hacia cometer al adelantado la preocupacion de que estaba poseido.

Detrás del rey, fieramente apoyado en su espada, mirando con la atencion de un jugador la partida, estaba el ballestero mayor del rey Pero Lope de Padilla.

Men Rodriguez para evitar una posicion aislada, dió un rodeo y se colocó junto á Pero Lope detrás del sillon del rey.

—¿Por cuál poneis, dijo en voz baja el ballestero mayor; por el blanco ó por el negro?

—Entiendo muy poco este juego, señor Pero Lope, dijo Men Rodriguez, por mas que su señoría se ha propuesto hacérmelo entender.

—Pero entiendes á las mil maravillas otros mas nobles y bizarros juegos, Sanabria, dijo el rey, que á pesar de lo bajo que por respeto habian hablado sus caballeros, no habia perdido una palabra; y en muchas cosas me aventajas. Perdonad, señor adelantado: mientras hablo algunas palabras con mi buen guarda mayor, mirad de qué manera podeis salir del atolladero en que os habeis metido; habeis embrollado vuestro juego, y mucho será que esto no sea asunto perdido.

Y el rey volvió su sillon y se inclinó hácia Sanabria.

—Escucha, le dijo; ahí está el maestre.

—Ya lo sé, señor.

—Abajo está el infante don Juan.

—Si señor.

—Creo que nuestro buen hermano se ha traido todas las lanzas con que ha tomado á Jumilla, y se nos ha entrado con ellas en el alcázar: anda, vé y mira si nuestras lanzas son tan buenas como las suyas: échalas buenamente fuera, y si es preciso, ¡ah! ¡diablo! si fuera preciso... escucha; ayuda al infante don Juan, no te separes de él... nuestro primo padece de algun tiempo á esta parte achaques de cabeza... vé mi buen Sanabria, vé... sigamos nuestra partida, señor adelantado.

Men Rodriguez salió, habiendo comprendido las intenciones del rey mas por la espresion de su semblante, que por sus palabras: el adelantado movió un peon.

—Mi juego está perdido, señor, dijo.

—No enteramente perdido: retirad ese peon: quiero trataros con indulgencia.

—¡Señor!

—Sí, quiero tratarte con indulgencia, Diego Sarmiento: quiero que hagas tablas el juego... cuando le tienes perdido: pero para ello, el peon que es necesario que retires es ese semblante torbo y sombrío en que se está leyendo claramente lo que yo no quiero que nadie sepa. ¿No ves á mi buen perro de presa, mi amado primo y ballestero mayor Pero Lope, que mira el juego con una indiferencia que le honra? pues bien, sigamos: ya hace algun tiempo que, por razon de tu semblante, estoy haciendo esperar al buen maestre de Santiago.

—¡Señor! ¡señor! esclamó el adelantado : vos no dudareis de mi lealtad... pero.....

—Lealtad que se entristece cuando se la pone á prueba, es una muy sospechosa lealtad, adelantado. Veamos, pues, como enmendamos nuestro juego.

Diego Perez Sarmiento á costa de un poderososo esfuerzo, logró al fin, merced á su miedo, dar á su semblante una espresion indiferente.

El rey le contemplaba de hito en hito : en los labios de Pero Lope de Padilla vagaba una cínica sonrisa de burla : el ballestero mayor era un digno jefe de Juan Diente y de Rodrigo Perez de Castro.

—Señor Pero Lope de Padilla, dijo el rey.

—Señor : contestó servilmente el ballestero mayor.

—Avisad al maestre de Santiago que puede entrar á nuestra presencia.

Pero Lope salió.

—Y tú, adelantado, dijo con voz opaca el rey, ten mucha cuenta contigo, porque si frunces un solo pliegue de tu frente, si palideces, si das alguna señal por la que don Fadrique pueda entrar en sospecha, te arrojo con él á mis maceros.

Diego Perez Sarmiento se puso alegre de miedo : y era este tal, que el mas observador no hubiera visto bajo su sonrisa, bajo su mirada tranquila, la mortal agonía que ocultaba en el fondo de su alma.

Poco despues entró don Fadrique : contra lo que podia llamarse entonces la etiqueta de palacio, le acompañaba un numeroso cortejo de caballeros de la órden de Santiago y de escuderos de su casa : es cierto que con él como en honor, pero en realidad como guarda, venia el gran maestre de Calatrava don Diego García de Padilla, y que los comendadores de su órden estaban mezclados con comendadores y caballeros calatrabos. A su derecha, la mano siempre puesta y como al descuido en su espada, venia Pero Lope de Padilla, que hacia el oficio de introductor.

—Senor, dijo este último adelantando : he aquí al noble y poderoso señor gran maestre de la órden de la caballería de Santiago.

—¡Ah, eres tú Fadrique! esclamó el rey mirándole y sonriéndole : poco, muy poco has tardado : eres un gran capitan : perdona un momento, hermano; no quiero que se me escape una jugada. ¡Tres y dama! ¡adelantado! ¡tres y dama! debes dar por perdido el juego.

—Doíle por perdido, señor.

—Y eres prudente en no malgastar tiempo : me debes cuatro florines : pero te los perdono; soy mas jugador que tú... y cobrarte cuando te llevo ventaja seria un robo... y no quiero robar ni ser robado... ni hacer traicion ni que me la hagan.

Y diciendo esto, apartó el tablero; se levantó y fué á abrazar á don Fadrique que palideció.

—Debes haber echo una larga jornada, hermano, estás pálido de fatiga, dijo el rey.

—Sin embargo, señor, solo hemos andado hoy cinco leguas.

—¡Oh! ¡oh! el calor empieza á hacerse sentir : bien venidos seais, caballeros, añadió el rey dirigiéndose á los comendadores y caballeros de Santiago : tengo gran contento en ver junto á mí, á mi alrededor tan leales vasallos : ¿y cómo queda allá, el buen alcaide Ferran de Ontiveros... ¿su cabeza sin duda estará sirviendo de espantajo á las aves en las almenas de Jumilla?

—Ferran de Ontiveros ha escapado de noche, dejándonos la fortaleza.

—¡Ah! ¡ha escapado! pues tenia yo mejor concepto de Ontiveros : le ví en Aguilar y en Palenzuela cuando seguia mi estandarte, cuando era mi vasallo; le ví, repito, hacer prodigios... ¡Ya se vé! la traicion acobarda, y nada tiene de estraño que el que fue valiente cuando era leal, se torne cobarde al ser traidor. ¿Y queda asegurada la frontera, hermano?

—Asegurada y puesta en respeto, señor, contestó don Fadrique.

—¿De modo que podremos romper por ella?

—Indudablemente, pero aun dura la tregua.....

—¡La tregua! ¿no acabamos de romperla asaltando á Jumilla, que se habia puesto bajo el amparo de mi amado primo el rey de Aragon?... es verdad que yo no he dado órden para que esa tregua se rompa, y tambien es cierto que tú rompiendola, me has obligado á apresurar la guerra : pero no importa, Fadrique, no importa... aunque le pese al papa y al cardenal legado, que solo interponen su influencia para favorecer con demoras á don Pedro IV, estamos resueltos á romper por todo: el honor del rey lo exige... el reino ofendido lo anhela, es conveniente y justo, y romperemos con Aragon, señores; romperemos muy en breve en cuanto arreglemos algunos importantes asuntos en Castilla. Cuento contigo, Fadrique, y con vosotros, caballeros.

—¡Viva el rey! gritaron en contestacion todos, unos por disimular, otros por lealtad.

—Ahora bien : ¿tienes posada prevenida, Fadrique? preguntó el rey á su hermano.

—Mi anhelo por veros, señor, dijo el maestre, ha hecho que ni aun me informe, de mi aposentamiento.

—Pues bien, Fadrique, dijo benévolamente el rey, ocúpate en ello; vete, descansa, y cuando hayas descansado, vuelve á verme.

En seguida el rey volvió á sentarse y dijo á Diego Perez Sarmiento.

—Sigamos nuestro juego.

El maestre y los que le acompañaban salieron; quedaron de nuevo solos el rey, el adelantado y el ballestero mayor.

Don Fadrique se dirigió á las habitaciones de doña María de Padilla, y cerca de ellas despidió á su acompañamiento, quedándose solo con don Diego García de Padilla que poco despues le anunció á su hermana.

Doña María muy pálida, pero al parecer tranquila, estaba sola, sentada en un divan, y tenia á su hija la infanta doña Beatriz, hermosísima niña de cinco años sentada sobre sus rodillas.

La infanta jugaba con una alegría infantil con los rubios y sedosos rizos de su madre, que la besaba en la frente cuando entró don Fadrique.

Doña María de Padilla levantó los ojos llorosos y los posó en el maestre, que al ver aquel dolor, aquella palidez, se estremeció. En ella veia un presagio de desdichas porque el semblante de la Padilla era uno de esos semblantes á través de los cuales se vé el alma como se vé en el fondo de una fuente á través de su agua cristalina. Don Fadrique vió reflejadas en el semblante de doña María las intenciones del rey hácia él y miró en torno suyo con la mirada torba y recelosa.

—Hermano, dijo doña María dirigiéndose á Diego García de Padilla: déjanos solos.

—¡Solos! balbuceó irresoluto el mastre de Calatrava que temia ver en todas partes un espía del rey.

—¡Oh! si: necesito hablar libremente con don Fadrique, advertirle... pero nada importa quédate... denúnciame al rey, esclamó doña María desesperada... pero huid Fadrique, huid... ya que habeis sido tan temerario, que no habeis aprovechado mi aviso.

—¡Tu aviso hermana! esclamó García de Padilla, ¿pues qué peligro amenaza á don Fadrique?

—¿Será cierto? esclamó pálido de terror el maestre; ¿será cierto lo que me anunció misteriosamente un clérigo al entrar en Sevilla?

—Aquel sacerdote era embiado por mí... esclamó doña María: pero ya que no habeis dado fe á ese aviso, huid, salvaos, la muerte os amenaza por todas partes en el alcázar. Venid, (y le llevó á una ventana) ¿veis? lanzas en el corral : venid, (y le llevó á los miradores) lanzas fuera del alcázar: lanzas en todas partes. ¿Y na-

da os dice ese fatídico silencio que nos rodea, nada el temor que me conmueve, nada mis lágrimas?

—¡Que el rey quiere matarme! esclamó todo desconcertado el maestre.

—Le habeis hecho traicion Fadrique: he aquí lo que me ha contestado cuando le he suplicado por vos: vuestra muerte está decretada... pero si aprovechais un momento, si teneis valor... ¡oh! si ganais las puertas huid, huid: atravesad la frontera y no volvais á Castilla.

El valor del maestre se desplomó al saber que su peligro era inminente, se olvidó aun de dirigir una palabra de agradecimiento á doña María, se volvió pálido y convulso á García de Padilla y esclamó sin cuidarse de encubrir el miedo.

—Señor maestre de Calatrava, vos, como yo, sois la cabeza de una órden de caballeros de Cristo; vos como yo sois caballero y confio en vos.

—Señor maestre de Santigo, dijo Garcia de Padilla: ignoro las inteneiones que pueda tener el rey acerca de vos, pero si puedo salvaros os salvaré.

—En vos confio, don Diego, en vos y en Dios.

—Dios os protejerá, Fadrique esclamó la Padilla: pero id id; el tiempo corre y acaso un momento perdido...

El maestre pronunció algunas vanas palabras de agradecimiento y salió apresuradamente de la cámara de doña María.

Mientras atravesaron las galerias nada encontraron los dos maestres, que revelase un peligro: el alcázar tenia el aspecto de siempre: pero cuando llegaron al patio, notaron que habian desaparecido las cabalgaduras y el acompañamiento del maestre; solo quedaba allí como rezagado uno de su servidumbre, su primer escudero, Sancho Ruiz de Villegas que acercándose demudado al maestre le dijo:

—¡Señor, la poterna está abierta, salid! fuera del alcázar no os faltarán las mulas.

—¡Pero mis caballeros! ¡mi servidumbre! esclamó el maestre.

—La ha hecho salir el infante don Juan de órden del rey.

—¡Oh! ¡traicion! ¡traicion! esclamó el maestre y se encaminó á la poterna.

Pero como si los atalayas que la guardaban hubiesen comprendido la intencion del maestre y hubieran estado prevenidos, la poterna se cerró con estruendo.

El maestre se volvió aterrado buscando otra huida.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala de los Azulejos y un paje encaminándose al maestre le dijo:

—Señor, su señoría el rey os llama.

Palideció notablemente don Fadrique, miró por última vez si tenia huida, pero viendo cubiertas todas las salidas por soldados del rey, se encaminó á la sala de los Azulejos.

Antes de llegar el maestre se abrió una sola de sus hojas y apareció Pero Lope de Padilla, con cuatro ballesteros.

Eran estos Juan Diente, Rodrigo Perez de Castro, Garci Diaz de Albarracin y Gonzalo Recio.

Entonces apareció el rey en un ajimez que habia sobre la puerta, y esclamó trémulo y demudado:

—¡Pero Lope! ¡mi buen ballestero mayor! ¡prende al maestre!

—¿A cual de ellos señor? dijo con el acento frio de un soldado que obedece, Pero Lope, viendo que con don Fadrique venia Diego Garcia de Padilla.

—Al maestre de Santiago, esclamó el rey.

—¿Por qué me mandais prender, señor? dijo trémulo don Fadrique.

—¿Que por qué te prendo, traidor? ¿tan pronto te has olvidado de la carta en que te revelaba el marqués de Tortosa la traicion de Jumilla? ¿del abandono en que dejaste entonces mi alcázar? ¿De tus viajes á Jerez? Y tú, ¿qué haces que no prendes á ese hombre, Pero Lope?

—Daos preso señor maestre de Santiago, dijo el ballestero mayor adelantando hácia el.

—¡Preso yo! esclamó don Fadrique poniendo mano á su espada: veamos cómo me prendes vil sicario de un infame asesino.

Y pugnó en vano por desenvainar su espada cuyos gabilanes se habian enredado en su cinturon.

—¡Ballesteros, matad al maestre! esclamó el rey irritado por los insultos y la resistencia de don Fadrique.

Por la primera vez el feroz Juan Diente vaciló y vacilaron sus compañeros; espantábales la enormidad del hecho: tratábase de un hermano del rey, de un caballero que como gran maestre de Santiago era eclesiástico: un pavor secreto se apoderó de sus corazones y fue necesario para escitarlos que Pero Lope de Padilla esclamase:

—¡Traidores! ¿en qué os detencis? ¿no habeis oido que el rey manda matar al maestre?

Entonces los ballesteros como perros lanzados sobre una presa, cargaron con las mazas en alto sobre don Fadrique. Aquello era horrible. El maestre, no pudiendo desnudar su espada, corria de una parte á otra encogiéndose, saltando, deslizándose á lo largo de las paredes para evitar las mazas de los ballesteros; el rey con el cuerpo avanzado sobre la balaustrada del ajimez, los escitaba como el montero eseita á sus sabuesos: Juan Diente á cada golpe errado bramaba como un toro salvaje; los otros tres corrian y acorralaban al maestre que lanzaba innobles gritos de terror: Pero Lope de Padilla inmóvil y fatal como una estátua, guardaba espada en mano la puerta de la sala; Diego García de Padilla miraba con horror aquella escena, y el leal escudero de don Fadrique Sancho Ruiz de Villegas, de rodillas, tendia los brazos hácia el rey pidiendo con lágrimas en los ojos y á gritos gracia para su señor.

Pero el rey roneo ya por la cólera, ébrio por la terrible escena que pasaba ante sus ojos, gritaba cada vez mas implacable:

—¡A él! ¡á él, hijos mios! ¡matadle! ¡matadle! ¡es un traidor!

Irritado al fin Juan Diente de tanta resistencia dió un terrible salto, tomó la espalda del maestre y le descargó un terrible golpe en la nuca: el maestre lanzó un rugido y cayó de cara contra el suelo; entonces los ballesteros se arrojaron sobre él y le magullaron, le destrozaron á mazazos.

—¡Oh! ¡maldito de Dios seas tirano! eselamó Ruiz de Villegas levantándose y mostrando al rey los puños cerrados en ademan de amenaza.

Don Pedro oyó aquel grito, vió aquel ademan y se apartó del ajimez precipitadamente.

—¡Salvaos, salvaos Villegas! le dijo en voz baja y rápida Diego García de Padilla, sino quereis morir tambien.

Ruiz de Villegas huyó entonces aterrado, y sin saber á donde iba tomó por el departamento de doña Maria de Padilla y entró en su cámara.

Al ver á la noble dama, apareció una vislumbre de esperanza en el semblante del escudero.

—¡Amparadme, señora, la dijo amparadme! ¡me van á matar!

—¡Que os van á matar! esclamó asustada doña María.

—¡El rey! ¡el rey acaba de matar á mi señor!

—¡A vuestro señor! ¿y quién era vuestro señor?

—El infortunado maestre de Santiago, eselamó con horror Villegas.

La Padilla exhaló un grito arrancado del fondo de su alma, y estrechó convulsivamente entre sus brazos á la infanta doña Beatriz, como presintiendo que los crímenes del padre habian de caer alguna vez sobre la cabeza de la hija.

—No os matarán; os defenderé yo, dijo: os ocultaré, os cubriré con mi cuerpo... ¡ah!

El rey don Pedro, sombrío, amenazador, fatal, habia aparecido en la puerta; tras él se vió á Pedro Lope y á los cuatro ballesteros.

—¿Qué buscais aquí señor? dijo doña María cubriendo con su cuerpo á Villegas.

—Busco un traidor.

—Yo nunca os he hecho traicion, señor, esclamó demudado y trémulo Ruiz de Villegas, buscando amparo tras de doña María: ¡ved señor que tengo mujer, que tengo hijos! ¡vos no me matareis, vos tendreis piedad de mi!

Y como don Pedro mudo y sombrío avanzase hácia Villegas, asió á la infanta doña Beatriz y la retuvo en sus brazos; la inocente asustada por aquella escena al verse en brazos desconocidos rompió á llorar; la Padilla se avalanzó al rey que irritado acometia daga en mano al escudero.

—¡Oh! ¡señor! ¡señor! ¡ved que estais en mi cámara! ¡que estoy yo aquí! ¡ved que ese desdichado se ha amparado de mí! ¡perdonadle señor, perdonadle! ¿no os basta ya la sangre vertida?

Don Pedro miró sombriamente á la Padilla, la rechazó, avanzó hácia Ruiz de Villegas y asiendo de la infanta doña Beatriz, se la arrancó, la arrojó á doña María y cerró con Ruiz de Villegas.

Era entonces el rey don Pedro un tigre escitado por la sangre, cebándose de la matanza; Ruiz de Villegas aturdido por el terror cayó de rodillas, quiso hablar y el terror le enmudeció; pálido, convulso, con la mirada fascinada fija en la terrible mirada del rey, anonadado por el miedo, se sintió asir violentamente por un brazo, y luego escuchó una voz terrible que le decia:

—¡Toma, traidor, toma por la ayuda que has dado á los bastardos!

El puñal del rey se hundió tres veces en el pecho de Sancho Ruiz de Villegas y se levantó otras tantas humeante. El desdichado cayó, y aunque mal herido, guardó un tenaz silencio y se estuvo inmóvil como pretendiendo que creyéndole el rey muerto no volviera á herirle.

Don Pedro le contempló un momento á sus piés; un negro raudal de sangre manchaba la rosada alfombra de la cámara de doña María, que habia huido de ella horrorizada; don Pedro miró en torno suyo como buscando nuevas víctimas, y solo vió á Pero Lope de Padilla y á los cuatro ballesteros que estaban á la puerta.

—¡Rematadle! les gritó señalándoles á Ruiz de Villegas.

Los ballesteros se precipitaron sobre el moribundo le contundieron con sus mazas y el rey salió apresuradamente de la cámara de doña María, dejándola bañada en sangre.

Cuando llegó á la antecámara de la sala de los Azulejos se detuvo un momento junto al cadáver de su hermano.

El maestre se movia aun; entonces dió su puñal á un esclavo africano, y le señaló la víctima. El miserable dominado por el temor, tomó aquel puñal teñido aun con la sangre de Ruiz de Villegas, dió el golpe de gracia al maestre que se estremeció en la última convulsion, y devolvió el puñal al rey.

Don Pedro entró en seguida en la cámara de los Azulejos, donde le tenian puesta la mesa, y se sentó á comer tranquilamente á pocos pasos del cadáver de don Fadrique del que solo le separaba una puerta (1).

Acompañábanle y servíanle, el señor Juan Tenorio, Men Rodriguez de Sanabria, Gutier Fernandez de Toledo y el adelantado Diego Perez Sarmiento: el primero de estos apenas podia disimular su alegría feroz; Men Rodriguez, aquien no conmovia la muerte de los traidores, estaba sereno con gran satisfaccion del rey que lo observaba: Diego Perez Sarmiento temeroso del rey afectaba satisfaccion y Gutier Fernandez de Toledo estaba grave, preocupado.

Cuando el rey acabó de comer se dirigió á sus servidores escepto á Tenorio.

—Id, y preparaos para marchar les dijo: dentro de una hora estaremos en camino para Vizcaya.

Los cuatro nobles salieron: entonces el rey fue á la puertecilla que ya conocemos, la habrió y pronunció un nombre. En el momento saliendo de entre las sombras apareció Juan Diente.

—Toma: le dijo el rey dándole un pergamino enrollado.

—¿Y qué es esto señor? dijo el ballestero.

—Es necesario que partas al momento con diez ballesteros.

—¿Y á dónde señor?

—Primero á Córdoba, luego á Salamanca, Mora, Toro y Villarejo... ha sonado la hora de la venganza tanto tiempo esperada. En ese pergamino encontrarás los nombres de los que han de morir. Procura que no te se escapen, ni Alfonso Tenorio, el que se atrevió á desnudar su espada en mi presencia en las vistas de Toro, ni el comendador Lope de Bendaña, que osó escarnecerme en las puertas de Segura. Esto no quiere decir que no me importe la muerte de los demás. Ve á mi tesorero don Simuel, que te dará lo que has menester para las costas del camino.

—Pero aquí, señor, dijo Juan Diente, no hay mas que nombres, falta la órden de muerte.

—Llena las veinte cédulas en blanco que te dí.

Juan Diente se puso blanco, azul y verde: habia llegado la hora fatal en que el rey le pidiese cuentas de los pergaminos que le habia robado Leila.

—Las cédulas en blanco que me dió vuestra señoría, dijo con un valor superior á toda ponderacion el ballestero, no están en mi poder señor.

—¿Que no están en tu poder, cédulas en blanco, firmadas por mí, signadas con mi sello y con el de la cancillería de la puridad y refrendadas por mi secretario? ¿cédulas que son mi poder..? ¡y las has perdido ó las has vendido traidor!

—Me las han robado, dijo con firmeza Juan Diente.

—¡Que te han robado mis cédulas....! ¿y quién..? ¿cuándo..? ¿cómo? esclamó irritado el rey.

El ballestero le refirió brevemente lo que le habia acontecido.

—¿Y por qué, infame, no me avisaste en el momento? dijo el rey.

—Temí, no la cólera de vuestra señoría, ni la muerte, á la que estoy dispuesto, sino el que mi señor, ha quien he consagrado mi vida, me tuviese por traidor.

Dijo con tal acento de verdad estas palabras Juan Diente, que el rey se desarmó, tomó el pergamino que habia dado al ballestero y escribió á su cabeza:

«El rey manda que mueran los caballeros y bom»bres del comun cuyos nombres están escritos en este »pergamino—El rey.»

Despues selló bajo estas palabras y entregó de nuevo el pergamino á Juan Diente.

—Vete y obedece le dijo.

El ballestero lanzó una rápida ojeada al encabezamiento de la lista y guardándole cuidadosamente, desapareció.

El rey se hizo armar por sus escuderos, y una hora despues acompañado de sus vasallos mas leales y resguardado por quinientas lanzas salió de Sevilla en direccion á Vizcaya.

Men Rodriguez de Sanabria le acompañaba, y á su derecha marchaba el infante don Juan de Aragon.

Apenas habia salido el rey del alcázar cuando en la antecámara de la sala de los Azulejos, que habia dejado

(1) *Don Pedro*, dice un historiador contemporáneo, *podia comer delante de su enemigo muerto, pero sus comidas no se parecian á las de Vitelio; érale preciso tomar fuerzas porque tenia rudas fatigas que sostener...*

desierta el terror, apareció una persona que adelantó lentamente y se detuvo junto al cadáver del maestre.

Contemplóle por algun tiempo de una manera terrible.

—¡Fadrique! ¡Fadrique! dijo: él y yo hemos cometido nuestro primer crímen: pero era preciso que murieras... yo habia jurado esterminar á los hijos de doña Leonor de Guzman, y al hijo legítimo, al rey heredero de don Alonso el XI. Tu has caido Fadrique y caerán tus hermanos, y caera él...

Y tras estas amenazadoras palabras, se deslizó á lo largo de la antecámara atravesó el patio y salió del alcázar.

Aquella persona era Leila, atravesó parte de la ciudad, llego al muro de los Navarros, y entró en una linda casita situada entre dos huertos.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

CAPITULO I.

De cómo fue testigo de lo que no quisiera maese Blas Corchuelo.

Quien en el momento en que don Pedro salia de Sevilla, con sus caballeros y sus lanzas hácia Vizcaya, negando su atencion al régio cortejo, que segun costumbre del rey era ostentoso, hubiera vuelto sus miradas hácia la ciudad y las hubiera levantado á la altísima torre de Santa María, hubiera podido ver en el dintel del arco de la campana mayor y debajo de ella, un bulto negro, pequeño, semejante á un águila que can-

Leila contemplando el cadáver del maestre de Santiago.

sada de su vuelo se hubiera detenido para restaurar sus fuerzas en la gigantesca torre.

Aquel bulto que visto desde una gran distancia hubiera aparecido como un punto negro imperceptible casi, era un hombre.

Es verdad que aquel hombre era pequeñuelo corcobado y patizambo, con un hombro mas alto que otro, viejo y feo, pero de fisonomía inteligente animada y bondadosa: aquel hombre era maese Blas Corchuelo, campanero de la iglesia mayor y padre de Andrés: uno de nuestros antiguos conocidos, en fin.

Maese Blas, merced á su encumbrada posicion ha-

bia visto durante mas tiempo que otros al rey don Pedro y á su comitiva durante su marcha: al sonar los primeros toques de las trompas de guerra del rey, habia trepado á la torre, habia visto cuanto habia acontecido, y luego uno tras otro los escuadrones formados delante del alcázar, esperando al rey.

No tardó en aparecer don Pedro, entre el infante don Juan y Men Rodriguez seguidos de sus rico-hombres y sus guardas mayores; fuese que la vista de maese Blas se hubiese adaptado á las condiciones de distancia á que la habia sujetado durante una larga vida el campanero, fuese que gozase este de un privilegio orgánico, conoció perfectamente y como si los hubiese tenido á pocos pasos á pesar de la inmensa al-

Leila.

tura de la torre, al rey á Men Rodriguez y á Juan Fernandez de Hinestrosa y al infante don Juan.

—He allí tres miserables, esclamó en su voz natural sin temor de ser oido porque en su encumbrada posicion solo podian escucharle las lechuzas y los gavilanes que anidaban en los mechinales: he allí tres bribones cada uno de los cuales merece una horca: ¡Ah! ¡ah! por cierto que yo nunca hubiera pensado que al fin de mi vida aborreceria á tres tan altos y poderosos señores: he allí un rey ladron que roba las mujeres del pueblo y las seduce, y las guarda para sus vicios de una manera tenebrosa y el señor Men Rodriguez de

Sanabria, que parecia tan leal, tan caritativo, tan bueno : es verdad que mi hijo y yo comemos aun de los dos florines que nos dió la noche del motin, y que con ellos pudiera haber comprado preseas mejores que las que se llevó, y diez espadas como la de las siete cruces de Andrés : es verdad que sin esos dos florines nos hubiéramos muerto de hambre, porque el señor Juan Fernandez de Hinestrosa es otro bribon...

—No hay que culpar al señor Juan Fernandez, padre, dijo una voz juvenil detras del jorobado.

—¿Que no hay que culparle? dijo maese Blas volviéndose y mirando con ternura á Andres Corchuelo que estaba tras él apoyado en las *greñas* del esquilon mayor: ¿y por qué no te ha recibido en su servicio? Tu eres demasiado agradecido, Andres; no sabes quejarte de una persona cuyo pan has comido.

—El señor Juan Fernandez de Hinestrosa, bien lo sabeis padre, envió á buscarme; vos no sabiais donde yo paraba cuando estaba en Jerez : el señor Juan Fernandez necesitaba ocupar mi plaza y la ocupó : cuando fuí á verle me contestó que tenia su servidumbre completa y no podia aumentarla : cada cual gobierna su casa á su modo: no es culpa suya que yo sea desdesgraciado.

—Si, si, es verdad, esclamó con acritud el jorobado: el señor Juan Fernandez puede muy bien aumentar sus robos, y sus cohechos, y sus picardias, puede engordar cada dia mas á la sombra de la Padilla, pero no puede aumentar su servidumbre con un escudero valiente y buen mozo como tu, que eras la honra de su servidumbre, y sobre todo que le has servido bien.

—En verdad, padre, que si yo hubiera dicho al señor Juan Fernandez de Hinestrosa que no tenia con que sustentarme, me hubiera admitido á su servicio: pero yo no le busqué mas que para hacerme presente, porque puede ser que alguna vez le necesite.

—¿Con qué es decir, Andres, que no ha consistido en el señor Juan Fernandez? dijo con severidad el viejo.

—No padre, no: me importa estar libre : no quiero salir de Sevilla.

—¿Y qué harás desdichado? sin pan, sin esperanza... yo, importo poco... soy viejo... estoy cansado de vivir... ¡pero tu... tu, Andrés!

—Ni vos, ni yo, padre, dijo el jóven. Sin salir de Sevilla encontaré medios para procurarnos la subsistencia.

—Pero esos medios, Andrés....

—Serán honrosos, padre; por ahora aun tenemos para mucho tiempo.

—¡Para mucho tiempo! de los dos florines consabidos solo nos quedan algunos maravedises.

—Pero á mi me quedan treinta maravedises de oro, del dinero que me dió doña Sol de Vargas en Jerez para comprar armas y caballo. Además, cuando se acabe este dinero me pondré á dar lecciones de espada en el Humilladero.

—¡Doña Sol de Vargas! esclamó el viejo á quien Andrés habia contado las aventuras de su viaje: ¡doña Sol de Vargas..! ¡una gran señora que te ama, que es hermosa, honrada y posee lo bastante para que puedas ser feliz..!

—No hablemos de eso, padre, esclamó Andrés interrumpiendo á maese Blas, que como todos los padres, preseindia del amor y solo pensaba en las ventajas positivas tratándose de su hijo; no hablemos de ello..... amo á Beatriz y si me he doblegado hasta cierto punto á la aficion de doña Sol, si me he fingido enamorado de ella, ha sido pensando en lo que me pueda servir para librar á Beatriz del rey.

—Sin embargo, Beatriz, está oculta, no se sabe donde para.

—Puedo saberlo de un momento á otro, dijo Andrés sacando como confirmacion de su escarcela la cruz de plata que le habia dado algunos dias antes la vieja Berta.

—¡Beatriz! ¡Beatriz! dijo maese Blas moviendo tristemente la cabeza : Beatriz será tu perdicion hijo mio.

—¿Mi perdicion Beatriz...? no, no ; Beatriz me ama, no tengo duda de ello... creo en su amor, como creo en la misericordia de Dios.

—Ese amor te matará.

—Pero ese amor, padre, es mi vida... entre ella y yo existe algo que yo no puedo espresaros bien : que nos une, que nos arrastra al uno en pos del otro; cuando yo pienso en Beatriz, estoy seguro de que ella piensa en mí, y esto sucede siempre, porque su recuerdo cada vez mas vivo, cada vez mas adorado no se separa de mí : hay una voz hablando continuamente á mi alma, que me dice: espera... y yo espero... y desde que tengo esa esperanza, me asusta el peligro, me asusta la ausencia, todo lo que puede imposibilitarme de llegar á ella : yo espero un dia en que pueda sorprender á los que la guardan, llevarla conmigo, huir con ella, ocultarla con mas cuidado que á ella me la ocultan; vivir para ella y solo para ella... y para vos padre mio.

—¡Yo! ¿qué importo yo... viejo, inutil y cansado, estorbo viviente, carga enojosa? á mí me basta con mi torre, con mis campanas... sepa yo que eres feliz y lo soy tambien... además, yo solo desafio á la miseria... mientras haya murciélagos y lechuzas en las bóvedas de Santa María, no me faltará alimento... ¡pero tu, tu..! te lo repito Andrés: ese amor te será fatal... Beatriz está rodeada de misterios: de un lado el rey, del otro esa vieja que la llama su nieta, que habla de ilustres antepasados, que os recibe en una antigua casa de solar... y luego esa casa que se quema hasta los cimientos... un hilo que se quiebra... una existencia que desaparece ¿quién sabe quien es Beatriz ? ¿quién sabe los inconvenientes que te alejan de ella sin contar con el amor del rey, y la torcida y sospechosa conducta de Men Rodriguez de Sanabria?

—¡Men Rodriguez de Sanabria! esclamó palideciendo el jóven.

—Recuerda bien, como se nos presentó ese mancebo: yo le encontré al pié de la torre, allí (y el campanero señalaba un lugar al pié de la torre) entre la multitud que hervia : al principió desconfié de él, pero luego tuvo bastante arte para engañarme, y le trage conmigo : acuérdate Andrés : el señor Sanabria estuvo con nosotros demasiado llano, demasiado franco, la primera vez que nos conocia : tu le tuviste por un amigo; á mi me hizo llorar y arrepentirme de haber desconfiado de él.

—¿Quién sabe padre, quién sabe?

—¿Que quién sabe? y dime: ¿no le vi yo al dia siguiente cubierto de galas y brocados, altivo y grave como un rico hombre, con estoque dorado y espuelas y cadena de oro, acompañado de ese cuervo vil, de esa ave de mal agüero, el escribano Alvar Yañez? ¿No fue él quien dió al rey la llave de la torre, de la cual se sirvió para sacar del aposento del asilo á doña Aldonza Coronel ? Durante el entierro del miserable don Jofre Diaz de Astorga, todo el mundo le vió al lado del rey: es cierto que entonces no llevaba mas galas, que tu vestido azul, pero esto no impidió que él fuese el primeró que desnudó su espada por don Pedro, hiriendo al arcediano en el momento que este quiso asesinar al rey; despues... despues, yo he buscado, he indagado, he preguntado, me he metido por todas partes : he sabido que el tal noble es el ojo derecho del rey... que durante la permanencia de doña Aldonza Coronel en la torre del oro se la guardó : que durante el motin promovido por doña Aldonza no se separó de la cámara de la Padilla; que durante todo este tiempo ha vivido en casa del infante don Juan de Aragon, sin separarse un momento de él, galanteando á su esposa doña Isabel Nuñez de Lara, siendo el espia, el alma, la sombra vigilante del rey : esta mañana, él fue quien

salió al encuentro del desgraciado maestre de Santiago; él fue quien volvió á rienda suelta: despues yo le he visto desde aquí en el patio del alcázar, ayudando al infante don Juan, á ese infame lobo, á echar fuera del alcázar á la servidumbre del maestre: yo le he visto tambien desde aquí y alternativamente en la cámara del rey y en la de doña María de Padilla á través de las ventanas abiertas: luego desde aquí tambien he visto una cosa horrible: mira hijo mio, mira (y señalaba al alcázar á una galería situada á un estremo del gran patio), ¿alcanzan tus ojos á ver lo que hay allí, en la puerta de la sala de los Azulejos? ¿No ves un bulto tendido boca abajo, sobre una balsa de sangre manchado el blanco manto? ¿no lo ves? pues yo lo veo perfectamente: como si lo tuviera ahí, debajo de mí, en esa saliente de la torre, á poca distancia: mira Andrés mira, y si consigues ver, estremécete.

Andrés se puso la mano derecha ahuecada á manera de antojo delante del ojo derecho, cerró el izquierdo, y mediante aquella concentracion, su vista alcanzó á ver los detalles que le indicaba su padre.

—Sí, si señor, dijo estremecido: veo un cadáver, sobre ese cadáver un manto y en el manto la noble cruz de la caballería del señor Santiago. Mas allá, un birrete blanco con pluma roja y dentro de la sala de los Azulejos, á pocos pasos de la puerta y de ese cadáver, una mesa servida en la que ha comido alguien ó va á comer.

—Allí ha comido el rey hace una hora... pero antes, antes... ¡oh Dios mio! escucha... yo he visto al maestre allí, acorralado, cercado, huyendo de acá para allá de los ballesteros, caer á golpe de maza, he visto entretanto al rey, en aquella ventana, escitando á sus verdugos, con el cuerpo lanzado fuera, estendiendo sus brazos que temblaban, y ha llegado hasta mí el ronco sonido de su voz, á pesar de la distancia, terrible, vago, perdido, como esos truenos lejanos que nos anuncian la tormenta: he oido los gritos desesperados del maestre, los alaridos de los ballesteros, y el profundo silencio que rodeaba todo esto: porque como si Dios hubiera querido que ninguna voz humana se uniese á la voz de los asesinos, Sevilla, tan ruidosa, tan alegre siempre, callaba... callaba y su silencio se oia como se oye el silencio de los cementerios... cuando el maestre cayó, mi mano temblaba asida al badajo de la campana mayor; ¡tuve tentaciones de doblar á muerto! ¡de hacer hablar á todas las campanas en el momento del crímen, como si la voz de Dios hubiese lanzado su maldicion sobre la cabeza del asesino por medio de las lenguas de hierro de su santuario..! pero tuve miedo... el rey me hubiera hecho matar... y yo necesito vivir... vivir para tí, Andrés: solté el badajo de mi buena, de mi sonora María, y las campanas no hablaron, por que quien las habia de dar voz tuvo miedo.

—¡Padre! ¡padre! cuando el rey ha muerto á ese hombre, dijo gravemente Andrés, habrá tenido razones para ello.

—¡Razones! ¡razones para matar á su hermano! esclamó con horror al campanero: el mundo podrá encontrar razones que disculpen ese asesinato, pero un hombre que tenga corazon no puede encontrar ninguna.

—Padre: el maestre era hijo de doña Leonor de Guzman y hermano del conde de Trastamara. Padre: Sevilla entera sabe ya la muerte del maestre por boca de los reyes de armas del rey, pero sabe tambien, que el maestre sin licencia de su señoría ha roto la tregua con Aragon, asaltando y tomando á escala franca el castillo de Jumilla, que se habia entregado al aragonés, entretanto se departe el mejor derecho: el rey ha declarado traidor delante de sus reinos al maestre de Santiago, y su córte ha callado, ha doblado la cabeza delante de esa muerte y ha murmurado en voz baja: «don Pedro ha sido cruel, se ha cebado en su propia sangre, pero ha hecho justicia.»

—¡Justicia! ¡justicia! ¿no le bastaba con encerrarle en una torre? por ejemplo allá, en el castillo fuerte de Alcalá (y el campanero señalaba el magnífico castillo que á dos leguas de distancia alzaba en el horizonte sus muros torreados y cuyas ruinas, se reflejan hoy aun en las aguas del Guadaira) allí, bajo aquellos fuertes muros, en el encierro mas lóbrego, pudo sepultarle en vida, escusándose el arrojar sobre su conciencia y á la faz de sus reinos una sangre inútil.

—Padre, dijo con alguna impaciencia Andrés, que participaba del carácter feroz de la época y como soldado valiente rechazaba los términos medios; el rey sabe muy bien que á un hombre vivo se le saca por traicion, ó por engaño del mas fuerte encierro, y que en ciertos casos el mejor calabozo es la tumba: el rey sabe muy bien que á los poderosos solo debe herírseles en la cabeza.

—Dejemos este asunto, Andrés, dijo el jorobado: nunca nos entenderemos: tu ves las cosas de otro modo que yo: eres soldado, andas siempre entre gente brava, y nada tiene esto de estraño: yo desde la muerte de tu madre estoy solo..... enteramente solo..... la soledad, la desgracia, la miseria, han formado mi corazon: porque la soledad es un desierto infinito; porque la desgracia purifica el corazon, matando las pasiones; porque la pobreza, condenándonos á las necesidades, nos hace pensar mucho... para un desgraciado no hay otro consuelo que Dios, y nunca se escucha la voz de Dios mejor que en la desgracia, en la miseria. No hablemos mas de eso, pues como te he dicho, pensamos de distinto modo. Yo miro mas alto que tú, tengo mas esperiencia que tú; por lo tanto quiero salvarte de tí mismo, quiero alumbrarte el camino y señalarte el peligro.

—Ningun peligro me apartará de Beatriz.

—Te apartan ya los hombres y las cosas.

—Lucharé.

—Caeras.

—Pero al caer sabré que he hecho cuanto ha estado en mi mano: no me quedará el desconsuelo y la vergüenza de decir: la he perdido por cobarde.

—¡Andrés! tus amores con Beatriz han atraido sobre tí las miradas de los poderosos: acuérdate de Men Rodriguez.

—¡Otra vez ese hombre! esclamó con enojo Andrés.

—Ese hombre se introdujo en nuestro pobre aposento con el alma llena de traicion: ese hombre era un espia del rey, que amando á Beatriz...

—Sois muy mal pensador padre... la desgracia y la miseria os han hecho desconfiado.

—Me han enseñado á conocer á los hombres.

—Sin embargo, vos mismo creisteis en la generosidad, en la buena fe de Men Rodriguez.

—Me engañé, esclamó decididamente maese Blas: Men Rodriguez es tan miserable como todos los favoritos del rey.

—¿Y por qué pensar así? Puede muy bien suceder que el rey le haya conocido despues que nosotros, que le haya apreciado, que haya visto en él un alma noble generosa, leal y le haya alzado de repente: nada se puede decir tratándose del rey: del mismo modo que á primera vista se enamora perdidamente de una mujer; del mismo modo que mata por justicia propia y con la rapidez del rayo, por una sospecha, por un indicio, por recelo, ha podido hacer un rico-hombre de un simple hidalgo, si le ha creido digno de sus mercedes ó á propósito para servirle.

—¡Oh! ¡á propósito para servirle! ¡esto si! todos los tiranos necesitan instrumentos ciegos, interesados.... ¡si tu hubieras visto lo que yo he visto..!

—¿Y qué habeis visto padre...?

—He visto á Men Rodriguez preparando á sangre fria el asesinato del maestre, ayudando al infante don

Juan: despues le he visto pasar junto á ese cadáver, indiferente, como si se hubiera tratado de un perro, y entrar en la cámara de los Azulejos donde comia el rey... y ahora... ahora... mira... (y le señalaba la puerta de Adohar por donde á la sazon salia la comitiva) mira, va al lado derecho del rey como su mejor vasallo.

—¿Es decir, que el señor Men Rodriguez no se queda en Sevilla?

—El rey no sabe separarse de él; mira su vesta roja... se distingue á pesar de la distancia; juraria que no me engaño: Men Rodriguez al venir á vernos, venia con deliberada intencion... ¡y yo imbécil que le creí, que confié en él y le conté la historia de tus amores con Beatriz!

—Hicísteis mal, puesto que era un desconocido, pero por lo demás, aunque no hayamos vuelto á ver á ese caballero, yo no pienso de él como vos; á su edad, padre, no se sabe dar á la mentira el acento de la verdad.

—¿Y por qué, si no mentia, no has logrado verle en casa del infante don Juan?

—La servidumbre del infante, padre, es insolente, y no ha permitido dar noticia al señor Men Rodriguez de mi deseo.

—¿Pero por qué no ha venido él mismo, si es cual tú le crees? ¿no encontró aquí lo que habia menester? ¿no te llamo su amigo? ¿no tenia obligacion de devolverte tu espada, tus galas...?

—¡Padre! ¡padre! yo tengo tambien en ese caso la obligacion de devolverle los dos florines con que aun estamos viviendo.

—Pero ¿y mi llave..? ¿la llave de la torre... la llave merced á la cual nos fue sin duda robada doña Aldonza?

Esta réplica de maese Blas no tenia respuesta: todo parecia acusar á Men Rodriguez y Andrés en realidad desconfiaba de él: estaba resuelto á pedirle una esplicacion de las singularidades que le rodeaban y que tenian un contacto íntimo con Beatriz; pero era demasiado honrado, para fijarse en un punto cualquiera en que apoyarse, no teniendo por pruebas mas que conjeturas: todo consistia, no en que Men Rodriguez hubiese olvidado al pobre escudero, sino en que la casualidad habia impedido que se encontrasen. Andrés no habia logrado atravesar la barrera de criados del infante don Juan; Men Rodriguez habia ido algunas veces á la habitacion del campanero y nunca le habia encontrado en ella. Distraidos ambos con sus asuntos, jóvenes los dos, enamorados, los dos descuidados no habian apurado los medios de verse y no se habian visto.

Maese Blas receloso de suyo no dudaba en calificar á Men Rodriguez, poniéndole á nivel de los servidores mas envilecidos del rey; Andrés no descendia á tanto, pero atribuia gran parte de sus desgracias al conocimiento que Men Rodriguez tenia de sus amores con Beatriz y un odio naciente empezaba á germinar en su alma.

—¿Y qué piensas hacer Andrés? dijo despues de un momento de silencio el campanero. ¿Estás decidido á hacerte maestro de espada?

—Allá veremos. Como os he dicho, aun tengo algun dinero... despues veremos.

—Entonces vamos á comer... ya es hora... ¡ya lo creo...! ya el sol se ha puesto: hoy he atrasado mi comida lo menos seis horas... ¡ya se vé! estoy aquí desde la muerte del maestre... no he acertado á separarme de mi acechadero... y tengo hambre... sí por cierto, mucha hambre: vamos á comer.

—He comido ya, padre.

—¡Que has comido!

—Si, me ha convidado á comer un amigo en el barrio de San Bernardo, y le espero en la torre.

—¡Ah! ¡ah! tienes cita... ¿y qué amigo es ese que vive en el barrio de San Bernardo, donde solo se encuentran gente aviesa, matones, rufianes y mujeres de vida libre..?

—Es el señor Pedro-el-Negro: un valiente mozo con quien he trabado conocimiento estos dias por causa de Beatriz.

—¡Andrés, Andres, tu te perderás! dijo tristemente el viejo.

—¿Y quién os ha dicho maese, que se perderá vuestro hijo, esclamó á la sazon una voz detrás de ellos.

Volviéronse Andrés y su padre y vieron ante sí á Pedro-el-Negro, no con su buriel de peregrino, sino galan y bizarro, á la usanza de la gente braba de aquellos tiempos.

Miróle atentamente maese Blas, y despues de un momento de silenciosa observacion, le dijo.

—¿Y sois vos quien me asegurais que mi hijo no se perderá? esclamó: paréceme, compadre, que no podreis decir otro tanto de vos mismo.

—¡Bah, señor campanero! dijo Pedro-el-Negro; vos, como estais acostumbrado á mirar desde tan alto, no veis bien las cosas.

—Por lo mismo que miro desde muy alto, veo muchas cosas á un tiempo: veo, por ejemplo, un rey que adelanta furioso como un lobo hambriento, en busca de nueva sangre, dejando allá una víctima en su alcázar.

Y al mismo tiempo el campanero señalaba una nube de polvo que se levantaba á lo lejos sobre el camino de Alcalá, causado por la cabalgata del rey, y á la puerta de la sala de los Azulejos del alcázar.

Entonces se vió otro nuevo incidente: algunos hombres, alumbrados con linternas, porque en aquella parte ya empezaba la noche, levantaron al maestre, le pusieron en una caja, la cerraron y cargaron con ella. uno de aquellos hombres, teniendo junto á sí una linterna y auxiliado por otro que le suministraba agua de la fuente, lavaba la sangre.

Aquel hombre era el agonizante Sancho.

—¡Sí, lava, lava, verdugo! esclamó roncamente maese Blas deslizándose por las greñas del esquilon al suelo: pero por mucho que laves, y aunque consigas borrar esa sangre de la tierra, no la borrarás del libro de la justicia de Dios.

—¿Y no os parece que esa sangre pide venganza, maese? dijo Pedro-el-Negro, siguiendo asido del brazo de Andrés, al viejo que se encaminaba lentamente á la primera rampa.

Maese Blas comprendió perfectamente la intencion del bandido, y contestó:

—Mi hijo hará lo quiera, como vos, compadre; pero paréceme que la venganza contra el rey don Pedro, debe dejarse á Dios: Dios es mas fuerte que él... entretanto, ved donde poneis los piés, porque el terreno está resbaladizo y cubierto de lodo de sangre. Entretanto, yo estoy en mi aposento. ¿Quereis entrar, compadre? los amigos de mi hijo lo son mios.

—Os lo agradezco, señor Blas; pero Andrés y yo tenemos que hacer urgentes: nos esperan: no temais por vuestro hijo, está en buenas manos.

—¿Vendrás esta noche, Andrés? dijo con el cuidado de un padre el campanero.

—No lo sé, contestó el jóven.

—Que se haga la voluntad de Dios, repuso tristemente maese Blas, y luego no pudiendo contenerse, como si le torturara el alma un presentimiento funesto, se colgó al cuello de su hijo, que se inclinó, le besó en la frente, y le dijo conmovido:

—Adios, hijo mio, adios.

Y desasiéndose de Andrés, se entró precipitadamente en su mechinal.

Andrés vaciló un momento y adelantó un paso hácia la puerta de la habitacion de su padre: pero Pedro-el-Negro, que le tenia asido, tiró de él, y le dijo:

—No tenemos tiempo que perder; el señor Alvar Yañez nos esperará impaciente.

—¡Pobre viejo! esclamó Andrés, enjugándose una lágrima: y siguiendo á Pedro-el-Negro, bajaron á buen paso las ya oscuras rampas de la torre.

Apenas habian descendido un tanto; cuando apareció en la puerta de su aposento maese Blas, calada sobre los cabellos canos una grasienta caperuza.

—¡Oh! ¡oh! esclamó: ¿y quién piensa en comer? es necesario que yo sepa á donde va mi hijo y lo sabré: por el hilo se llega al ovillo... si, pardiez... y si se trata de alguna intriga, veremos si yo sé tambien intrigar.

Y echando tras esto la llave á la puerta, se puso en seguimiento de su hijo.

Cuando llegó al pié de la torre, le vió á lo lejos junto á una esquina de la casa del arzobispo, acompañado de Pedro-el-Negro y hablando con un hombrecillo vestido de negro: la perspicaz vista del campanero conoció á aquel hombre á pesar de la distancia.

—¡Ah! ¡ah! es el señor Alvar Yañez; el bribon que lanzó á mi hijo á las aventuras en que se encuentra metido, y le obligó á ir á Jerez en deservicio del rey... ¡y el cuervo infame está apoderado aun de mi hijo!... ¡oh! es necesario desenredar esto y lo desenredaré.

Despues de algunos momentos de conversacion, al parecer animada, Andrés, Alvar Yañez y Pedro-el-Negro, se pusieron en marcha, tomando su camino por la calle de la Borceguinería; maese Blas se puso en su seguimiento, y así, el uno tras los otros, pasaron la calle indicada, la del Meson del moro, la de los Encisos, la de Santa María la Blanca, y saliendo á las murallas, torcieron á la izquierda dejando al frente la puerta de Adohar; siguieron adelante, y dejando la puerta de Carmona á la derecha, se detuvieron delante de una casita blanca, rodeada de jardines en el muro de los Navarros.

Alvar Yañez se adelantó y llamó: poco despues se abrió la puerta y entraron, uno tras otro, el escribano, Andrés y Pedro-el-Negro.

Era ya de noche: maese Blas se ocultó en un ángulo de la calle, en el hueco de una puerta, con la mirada fija en uno de los dobles ajimeces de la casa, donde habia entrado su hijo, en el que brillaba una luz, y tras cuyos vidrios de colores se veia destacarse de tiempo en tiempo la sombra de una mujer.

CAPITULO II.

De cómo Leila habia sabido constituirse en señora de vasallos, sin haber necesitado para ello cédulas ni donaciones reales.

En la época de nuestra accion, se conservaban aun en Sevilla muchas casas árabes, y á este género de arquitectura pertenecia la que don Simuel Leví, obligado por las circunstancias, habia procurado á Leila, porque Leila era la dueña de la casa del muro de los Navarros que, con tanto interés, atalayaba maese Blas Corchuelo.

Aquella casa habia pertenecido sucesivamente á ricos judíos que, como originarios de una raza oriental, amoldados por una larga dominacion á las costumbres árabes, que les habian trasmitido de una manera tradicional sus antepasados, hasta el punto de no diferenciarse de sus antiguos señores mas que en la religion, la lengua y el traje; seducidos por la belleza de las construcciones árabes, habian conservado aquella preciosa casa, en un estado flamante, por decirlo así, á pesar de haber trascurrido ciento diez años casi, desde el 25 de noviembre de 1248, en que fue conquistada á los moros Sevilla, por el rey Fernando III (*el Santo*), cuarto abuelo del rey don Pedro.

La situacion aislada de esta casa á un estremo de la ciudad; el jardin que la rodeaba, con sus árboles frutales, sus arriales de flores, sus fuentes, sus cuadros de verdura; sus bellos apartamientos y su soledad, la hacian un retiro delicioso, tan á propósito para ser habitado por quien, cansado de luchas y desengaños huyese del mundo, como para quien, sensual y sibarita, quisiese apurar los placeres y los goces de la vida, sin que ningun ruido ni impresion esterior viniesen á turbar los misterios de su voluptuosidad.

La entrada principal de esta casa, era un ancho portalon árabe, abierto y elevado en los tapiales del huerto, y que correspondia á la calle de San Estéban: un verde muro de cipreses, unidos y compactos, impedia por su altura que la casa fuese vista desde la calle, y aun desde las habitaciones ó terrados mas altos de las casas fronteras: asimismo á los dos costados del jardin, un obstáculo semejante impedia que fuese visto desde las casas laterales: la única parte del edificio que podia verse desde la calle, era un pebellon octógono situado sobre el callejon del muro de los Navarros.

En este pabellon habia un postigo en el lado central del octógono, con un doble ajimez encima, que era en el que brillaba la luz que observaba el campanero, y un ajimez semejante en cada uno de los lados que podian verse desde afuera.

En cuanto al interior, ya refiriéndonos al jardin, ya al edificio, todo era bello, simétrico, ejecutado con un gusto esquisito. Flores y árboles aromáticos de Oriente en el primero; en el segundo galerías caladas, labradas, pintadas, doradas, con aleros de cedro ó alerce, ataugías, follajes y demás primores del gusto árabe, sobre delgadas columnas de alabastro: en el interior, cámaras, retretes, camarines, ornamentados con una profusion maravillosa, cúpulas artesonadas, pavimentos de mármol y mosáicos, fuentes corrientes, alfombras, tapices, divanes; velos de seda y oro: todo pequeño, todo lindo, todo voluptuoso; verdadero templo de un ídolo que necesitaba ser muy hermoso para estar en armonía con la hermosura del edificio.

Parece estraño que una tal joya, por pequeña que fuese, la ofreciera de motu propio la codicia de don Simuel á Leila, cuando esta le exigió, entre otras cosas, una casa apartada y solitaria en pago de un secreto: pero cuando digamos que á pesar de su valor y de su belleza, aquella era la peor casa que poseia en Sevilla el opulentísimo tesorero del rey, cesará la estrañeza de nuestros lectores.

Podrá objetársenos que don Simuel pudo haber adquirido en el término prefijado por Leila, y por una cantidad incomparablemente menor, que el precio de aquella preciosa casa, una vivienda cualquiera: pero entonces en Sevilla no habia término medio, así como considerada socialmente no existian en ella mas que poderosos señores ó humildes y abyectos vasallos, en cuanto á casas, no podia contarse sino con un palacio ó una barraca.

Además de esto, la revelacion de Leila de tener en su poder cartas del judió al infante moro Abou'l Sayd, cartas que conocidas por el rey, podrian dar con don Simuel en una horrible sima de desgracias, en cuyo fondo encontraria indudablemente una muerte horrosa, le decidieron á contemporizar con Leila, á doblegarse á sus caprichos, sirviendola, para esperar un dia en que por un descuido de aquella singular mujer, pudiese emanciparse de la esclavitud que la fatalidad le habia impuesto, dándola un golpe de gracia.

Leila conocia perfectamente sus ventajas sobre el judío y las esplotaba, haciéndose de él en la parte numeraria un tesorero, y en la política, por decirlo así, un instrumento ciego.

Cuando Leila se presentó en la casa por primera vez solo tuvo que desear alguna riqueza mas en el mueblaje, que le habia escatimado la miseria de don Simuel; pero bastó una sola indicacion enérgica de la jóven para que el judío hiciese desaparecer aquel mobiliario, deslustrado ya, y le sustituyese con otro aceptable por todos conceptos.

Halló, asimismo, Leila en un camarin situado dentro de su dormitorio, un arca de hierro de tres candados y dentro del arca en moneda limpia, brillante y corriente la enorme suma de mil castellanos de oro.

Leila trasladó inmediatamente á su nueva casa á Isabel-la-Liebre y la instaló en el pabellon que dada al muro de los Navarros: Isabel en aquella especie de fortaleza femenina, recibió la investidura y las funciones de alcaide: Leila puso bajo sus órdenes cuatro esclavos mudos que don Simuel Leví buscó á todo trance entre sus correligionarios, que acostumbraban por su natural recelo á servirse de esta especie de autómatas: encargóse á uno de ellos la porteria principal y al otro la del postigo; los otros dos debian servir para las faenas interiores de la casa y para velar de noche en el jardin: á mas de esto proveyóse de un cocinero, de dos marmitones y de cuatro doncellas.

Hecho esto, una noche entraron dos literas por el postigo: en ellas venian la vieja Berta y Beatriz, que fueron instaladas en un lindo departamento situado en un ángulo, á la parte interior del edificio sobre el jardin. Poco despues llegó otra litera, entró y de ella salió una mujer cubierta con un manto, que fue conducida por Isabel-la-Liebre á otro departamento enteramente opuesto, apartado, incomunicado, del que ocupaban Beatriz y Berta.

La puerta posterior del edificio, esto es: el pabellon que correspondia al muro de los Navarros y algunas habitaciones adyacentes, estaban incomunicados con el resto de la casa y le habitaban únicamente Leila é Isabel-la-Liebre.

Del mismo modo, por el postigo solo entraban y salian Leila é Isabel, y las personas á quienes llamaba Leila: estas personas se reducian á cuatro y sobre cada una de ellas fundaba un ángulo de su plan, Leila.

Eran el señor Pero Lope de Padilla, ballestero mayor del rey y antiguo amador como saben nuestros lectores de la jóven: don Simuel Leví, que á su oficio de tesorero del rey se habia visto obligado á añadir, por mas que le fuese violentísimo y odioso en un grado indecible, el de tesorero de Leila; Alvar Yañez y Pedro-el-Negro, eran instrumentos ciegos, que rara vez veian á la jóven, que recibian sus órdenes por medio de don Simuel Leví ó de Isabel, y las obedecian porque se les pagaban espléndidamente sus servicios.

Merced al talento satánico de Leila, Pero Lope de Padilla estaba enteramente á su merced, loco de amores por ella: don Simuel Leví, aterrado, obedecia temblando sus órdenes; Alvar Yañez, halagado por la recompensa, ponia á su disposicion sus dobles relaciones en Aragon y en Castilla, su esperiencia de pícaro, sus malas artes, y su travesura de escribano. Pedro-el-Negro, incitado por Isabel y mas que esto por el oro que caia como un raudal continuo en sus manos, mantenia á su sueldo los trescientos feroces hermanos de Nuestra señora de Rocamador.

Leila, pues, tenia un palacio, una córte y un ejército. Pero reducido todo, todo misterioso, todo oculto, y bastante, sin embargo, para desarrollar y dar cima en un caso dado á sus proyectos.

Don Simuel se aterraba á la vista de este estado, de estos gastos, de esta marcha ruinosa. Aunque los mil castellanos, las joyas que habia traido á Castilla Leila y las robadas por ella en la cámara del rey, constituyesen una suma, respetable lo bastante para afrontar por largo tiempo estos gastos, don Simuel que, á pesar de su astucia *rabina*, y de su larga esperiencia en intrigas, no habia llegado á vislumbrar el punto de parada á donde se encaminaba Leila, se estremeció, pensando en el momento en que aquel tesoro diese cabo, y se apelase á sus arcas: nunca mejor que entonces don Simuel hubiera abandonado á Castilla, y á España, y aun á Europa: pero sus posesiones en los reinos de don Pedro, eran inmensas, inmenso el débito que con él tenia contraido el rey, y mas que inmenso, cruel, pánico, el miedo que le inspiraba Leila, por aquello de las traidoras cartas, escritas en hora malhadada por él al infante Abou 'l Sayd.

Leila conocia perfectamente sus ventajas y trataba á don Simuel de una manera lastimosa.

La provabilidad de que don Simuel fuese su esclavo, aventurada por Leila, cuando se encontró con el hebreo en el alcázar y empezó á exigirle á este título onerosos servicios, se habia convertido en una realidad.

El tesorero del rey era esclavo de hecho de Leila; esclavo sin voluntad, dominado por el terror, atado de piés y manos y constituyéndose cada dia mas esclavo, porque cada dia le obligaba Leila á hacer una nueva traicion al rey, cuya prueba tenia una esquisita habilidad de procurarse.

Las minas del alcázar, las puertas secretas, la compra de la casa de vecindad, donde estaba la antigua habitacion de Juan Diente, de la cual habia obligado á ser el poseedor á don Simuel, y cuya escritura de propiedad solo habia sido adjudicada á Alvar Yañez como á un testaferro, la ocupacion de aquella casa por los aventureros-bandidos disfrazados con el nombre de peregrinos, la revelacion de importantes secretos del rey, una infinidad de pruebas, en fin, eran otros tantos lazos que ataban á don Simuel á la volundad de Leila.

Leila conocia demasiado al judío: sabia que don Simuel no se detendria en esterminarla en el momento en que tuviese seguridad de emanciparse con su muerte; por lo tanto Leila, habia tenido bastante astucia para hacer creer al viejo y esperimentado rabino, que no era una persona aislada, sino el eslabon de una cadena de enemigos poderosos, unidos estrechamente contra el rey.

Don Simuel, pues, temió verse envuelto en un torbellino, si rompia aquel eslabon y tembló, calló y obedeció.

Todo consistia en que Leila habia sabido apoderarse de la situacion y tenia firmeza y talento para sostenerse en ella.

Al fin, venida por su astucia á Castilla, emancipada por el amor de Pero Lope del poder de Al-Mondhir, libre de una persecucion por la muerte de este y del judío Abraham, disfrazada, convertida en un ser misterioso, paje en casa de doña Isabel Nuñez de Lara, espia invisible en el alcázar, apoderada de hombres que en su respectiva posicion valian mucho, poseedora de importantes secretos, segura por estos mismos secretos de que los que la servian le hiciesen traicion, perdida ó por mejor decir escondida en Sevilla, siendo alternativamente en público, paje de doña Isabel Nuñez de Lara, en secreto, tras los muros de su casa una mujer hechicera y tentadora, Leila ocupaba una posicion fuerte, por decirlo así, desde donde asestaba con seguridad sus tiros sobre las personas que habian tenido la desgracia de causar su odio ó de ponerse en su camino.

Por lo demás, los vecinos ignoraban quién vivia en aquella casa tan cerrada siempre, siempre tan silenciosa, á escepcion de algunas noches en que se escuchaba en altas horas la sonora y dulcísima voz de una mujer que cantaba acompañándose con un laud romances de amores.

Solo se veian salir y entrar de dia por la puerta principal dos esclavos mudos ocupados en el servicio, que como no podian hablar guardaban de una manera desesperante un silencio obligado sobre los misterios de aquella casa.

La vecindad de Leila, como todas las vecindades, sintió una viva curiosidad por saber las interioridades de aquella casa tan silenciosa: acercáronse á observar y á espiar, y al fin logaron ver salir un dia por el postigo á don Simuel Leví.

Esto fue un clarísimo rayo de luz para los vecinos que al fin tuvieron á qué atenerse: segun ellos lo que

en aquella casa se guardaba era una querida del riquísimo judío: y parecia confirmar esta opinion el dialecto extranjero y á todas luces oriental de los cantares de la dama misteriosa.

Una vez obtenida una solucion, la curiosidad vecinal cesó: aquella era cosa demostrada: los esclavos mudos no eran mas que los guardas de una mujer, ni aquella linda casa otra cosa que un nido de amor.

CAPITULO III.

Dos en una.

En la tarde del mismo dia en que aconteció la muerte del maestre de Santiago, Leila, como hemos dicho en otro lugar, se trasladó del alcázar á su casa de la calle de San Estéban, y entró en ella por el postigo.

Isabel-la-Liebre, vestida con un gracejo maravilloso, con un vestido de seda verde, bordado, escesivamente corto, un pañuelito sobre los hombros, un avantalillo blanco á la cintura, unas medias encarnadas y un pequeño zapato negro con lazos dorados en que se encerraba su encorvado pié; desnudo el brazo hasta el hombro; desnudo el cuello hasta el seno y tendidas á la espalda las anchas y largas trenzas de oro de sus cabellos, saludó sonriendo á Leila, la abrazó y la besó con una hechicera coquetería en la boca.

—¿Sabeis, señor Gaston, la dijo con acento picaresco, que estais hermosísimo, y que me voy sintiendo un tanto cuidadosa por vuestras largas ausencias? ¿en qué os habeis ocupado todo el dia, caballero? Sabed que tengo zelos... ¿pero que es esto..? ¿porque ese disgusto..? ¿ha enloquecido al fin de todo punto doña Isabel Nuñez de Lara por el señor Men Rodriguez?

Isabel que habia empezado á hablar ligeramente, acabó por dar á su acento una entonacion de severidad cuidadosa.

—¡Doña Isabel! ¡doña Isabel! esclamó Leila con un acento profundamente reconcentrado, mientras subia lentamente unas estrechas escaleras: ¡maldígala Dios, amen..! ¡le ama... si, le ama..! yo lo sabia bien... pero no se lo habia dicho hasta ahora... y esta mañana... y él... él... ¡miserable..! él la ama tambien, la adora... la adorará siempre... ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡maldita sea la hora en que le ví..! no sé porque me he enamorado de ese hombre... yo que he despreciado á príncipes y á reyes...

Al decir estas palabras se detuvo delante de un gigantesco espejo de acero en el fondo de un precioso retrete donde habia entrado.

—¡Oh! estoy sufriendo un infierno, dijo contemplándose en la límpida superficie... no parece que mi rostro se aja, que tengo canas en mis cabellos, que mis labios se descoloran, que me voy poniendo fea con una rapidez horrible... y esa doña Isabel... ¡tan hermosa..! ¡cada dia mas hermosa..! conozco que no puedo luchar con ella... me venceria.

—Indudablemente... si siempre tuvieses el rostro como hoy, Ana mia; estás desencajada, pálida, ojerosa.

—Es que he visto cosas horribles... horribles de todo punto... yo creia tener mas valor... ¡pero esa sangre..! ¡esa sangre..! ¡sangre al fin de Alonso el Onceno..! ¡Oh, oh! y una sangre inútil... pero eso... no... el maestre me hubiera estorbado... podria haberme estorbado... y luego ¿no he jurado yo á la sombra de mi madre la muerte de los hijos de doña Leonor de Guzman y de la reina doña María..? sí... sí... pero... no hablemos mas de esto Isabel... escucha... necesito cambiar de traje... necesito estar hermosa... vísteme.

Isabel abrió un armario riquísimo y sacó de él ropas de mujer: desnudó de sus vestidos de paje á Leila, y empezó á vestirla.

—Pónme en los cabellos perlas y diamantes; necesito algo que brille al lado de esta palidez... que la alumbre: saca el cofre de mis joyas, mi justillo de brocado escarlata y mi falda azul bordada de aljofar.

—¿Tienes cita con Men Rodriguez, Ana? ¿te has decidido al fin...?

—Men Rodriguez cabalga ahora mismo al lado del rey hácia Vizcaya, y estará á algunas leguas de aquí... no, no es eso... pero espero á otra persona...

—A otra persona...

—Si, al señor Juan Tenorio.

—¿Al señor Juan Tenorio, Ana? ¿sabes quién es ese hombre..? ¿te atreverás á recibirle sola..?

—Te juro que el señor Juan Tenorio no tendrá junto á mí mas poder que un niño.

—Es audaz, valiente...

—¿Olvidas que yo soy al mismo tiempo hombre y mujer..?

—Es verdad, pero...

—Si no alcanzo á hacerme respetar como mujer—que es indudable—me haré respetar como hombre. ¡Oh! tú no me conoces Isabel... tú no conoces mi vida... desde mi infancia me han acostumbrado á la fatiga... me han hecho fuerte y valiente, he visto correr delante de mí la sangre de las batallas, y mas de una vez he sentido la dura punta de una lanza: yo no tengo de mujer mas que la naturaleza; mi alma es de hombre y de hombre bravo... no, no; si el señor Juan Tenorio se atreve á tratarme como ha tratado hasta ahora á las mujeres, peor para él, porque probará un escarmiento, y peor para mí... porque sabré que mi hermosura, mi voz, mis miradas no alcanzan ya á inspirar un amor respetuoso.

—¿Y cuándo vendrá el señor Juan Tenorio?

—A la queda.

—¡A la queda! ¡es decir que esta noche no vas tampoco á casa de doña Isabel!

—¡A casa de doña Isabel! ¿y para qué quiero yo ir á casa de doña Isabel? bastante me he convencido en ella de que Men Rodriguez está locamente enamorado: bastante le he contenido, haciéndole creerse favorecido de una manera misteriosa y pura en medio de las tinieblas y del silencio de la noche: ya sé cuanto tengo que saber: ya sé que se aman... ¿y qué tengo yo que guardar allí? Men Rodriguez no está en Sevilla, y cuando vuelva, no encontrará en su casa á doña Isabel, y no seré yo quien la guarde, la guardará otro. He dejado de ser el paje Gaston de Ulloa: ahora soy doña Ana; el dia que me convenga seré doña Ana Tellez Giron, señora de vasallos y rica-hembra de Castilla, puesto que he comprado á peso de oro un reconocimiento de esa vieja doña Berta, hecho por ante el escribano Alvar Yañez. A propósito de Alvar Yañez; le espero esta noche.

—¿Y viene solo? dijo con intencion Isabel.

—No: vendrán con él Andrés Corchuelo y Pedro-el-Negro.

Pintóse una espresion de alegría en el semblante de Isabel.

—¿Aun amas á ese hombre? dijo Leila notando el contento de la jóven.

—Si, le amo y le amaré.

—En verdad que no encuentro la razon de ese amor.

—El amor no tiene razones: díme ¿por qué amas tú á Men Rodriguez?

—Men Rodriguez es un caballero.

—¿Y dejarias de amarle si de caballero bajase hasta bandido?

—¡Oh! ¡no!

—Pues bien, Ana; yo amo á Pedro, porque le amo; esto es todo lo que puedo decirte.

—¡Estaba escrito! esclamó misteriosamente Leila.

—Escucha Ana, dijo Isabel; estoy ofendida contigo.

—¿Ofendida conmigo? ¿y por qué? ¿no te amo yo?

—No, no me amas cuando desconfias de mí y me recatas secretos: eres para mí un misterio.

—No hace mucho lo era para mí misma.

—¿Qué eres, pues? Dios lo sabe. Hombre y mujer á un tiempo: mora y cristiana: hechicera, sabia, música, poeta... Te llamas Gaston, Leila, Ana. Eres hombre cuando vistes de hombre, y seria difícil, dificilísimo, que nadie entonces adivinase en tí una mujer.

—Sin embargo ha habido alguna que lo ha adivinado.

—¡Doña Aldonza Coronel! ¡A doña Aldonza la ayudaron los zelos.

—Pero doña Aldonza no revelará á nadie este secreto.

—Ese no es secreto. Lo saben el señor Pero Lope, don Simuel Leví, Alvar Yañez y Pedro-el-Negro.

—Los cuatro callarán porque los cuatro son esclavos mios.

—¡Oh! confieso que no te comprendo y que algunas veces me causas miedo; paréceme que solo un espíritu del otro mundo puede disponer del poder que tú tienes. ¡Oh! si es difícil conocer en tí la mujer cuando eres paje, ¿quién conocerá al hombre cuando eres mujer? Escucha, Ana: tú tienes zelos de doña Isabel de Lara, y miedo á su hermosura... pues bien, esos zelos son cobardes, ese miedo infundado: tu hermosura es tal que deslumbra, la mirada de tus ojos quema, tu boca, cuando suspira, inflama... yo soy mujer... y no fea... y me enamoras... de seguro si tú te dejaras ver de Men Rodriguez en uno de esos momentos de languidez con que asesinas al pobre ballestero mayor, Men Rodriguez caeria enamorado á tus piés, se olvidaria de doña Isabel... de todas las Isabeles del mundo, ¡si eres un portento, Ana! es necesario tener lástima del pobre Pero Lopez. Cada dia se pone mas flaco y mas feroz.

—Pero Lope de Padilla, es un hombre todo materia, todo lodo... Pero Lope no mira en mí el alma, sino el cuerpo; el amor de ese hombre no es amor sino deseo... si por desgracia mia yo le hubiese amado con el olvido de mí misma con que amo á Men Rodriguez, despues de satisfechos sus brutales instintos, me hubiera tratado como á una esclava... peor aun: como trata á su caballo y á sus lebreles. Si yo aliento los amores de ese hombre es porque para mí es un instrumento precioso...

—¡Siempre misterios!

—Acaso llegue un dia en que yo rasgue para tí ese velo tenebroso y te diga, mira: entonces me conocerás y te estremecerás Isabel. Traeme mi perfumero.

Isabel trajo á Leila un precioso cofrecito de sándalo incrustado de oro con esmaltes y arabescos, y la jóven sacó de él algunos frasquitos y los vertió en sus cabellos, en su seno, en sus ropas; despues de esto se levantó y se miró de nuevo al espejo.

—Merced á mi atabio, dijo, aun parezco hermosa... sí, sí; aun puedo pasar; pero esto es horroroso ¡Dios mio! ¡Dios mio! vieja á los veinte años.

Leila era en estremo descontentadiza; nunca su belleza habia sido mas resplandeciente, mas intensa por decirlo así; la palidez nerviosa y mate de sus mejillas la aumentaba: sus ojos tenian un brillo, y una profundidad tal su límpida mirada, tal espresion de amor, de vida, de poder, de fijeza, que hubieran hecho estremecerse á un cadáver. En fin, el amor, el sufrimiento, la lucha, habian dulcificado la dureza habitual de su semblante, reemplazándola con la aspiracion de la esperanza y la languidez del cansancio.

Su traje, sus joyas, la esbeltez y la valentía de su talle y de sus formas; la elegancia de su apostura, la distincion de sus maneras hacian de ella una dama delicada, magnífica, enteramente en contraposicion del paje, de formas robustas, mirada clara, y sonrisa cruel y sarcástica.

Para representar al paje, bastábale á Leiba escitar sus odios: la venganza y las malas pasiones la endurecian; para representar á la dama bastábale con pensar en su amor contrariado, en sus delicias ansiadas, en su aislamiento, en su orígen, en su desesperacion. Entonces era la mujer que sufria, suspiraba y lloraba. Para representar estos dos estremos Leila tenia que hacerse una violencia; su verdadero carácter estaba en medio de ellos; siempre era una mujer con pasiones enérgicas y aspiraciones voluptuosas... una amalgama estraña de virilidad, de debilidad, de vicio, de pureza. Un fenómeno humano puesto en lucha, por resultado de una educacion anómala, con las leyes naturales.

Don Simuel Levi, que al parecer estaba iniciado en los misterios del orígen de Leila, decia con razon que el infante Abou 'l Sayd habia criado en ella una pantera.

Leila dió á su prendido ese último toque maestro que ninguna mano da mejor que la de una mujer elegante tratándose de sí misma. Se miró por última vez con disgusto al espejo y dijo á Isabel.

—Cuando venga el señor Pero Lope de Padilla, entretenle en tu aposento...

—Es decir, que me haces cargar con el fastidio de escucharle.

—Despídele con cualquier pretesto.

—Eso será mejor; pero puede quedarse esperando frente del postigo, ¿y si ve entrar al señor Juan Tenorio?...

—El señor Juan Tenorio entrará por la calle de San Estéban. Avisa á Melchor, abre la puerta interior y cuida de que ni pueda ver ni ser visto.

—Bien, ni verá, ni le verán. Pero recuerdo que me has dicho que esperabas...

—Sí, á don Simuel...

—Y además...

—Si, luego á Alvar Yañez, á Pedro-el-Negro y á Andrés.

—¿Y cuándo vendrán?

—Don Simuel, de un momento á otro... en cuanto venga hadle entrar. Despues, Pedro-el-Negro; los otros dos que esperen en las habitaciones bajas.

Tras estas palabras, Leila abrió una puertecilla y entró en otra cámara; siguióla Isabel, encendió las lámparas, porque ya oscurecia, y dejó sola á Leila.

CAPITULO IV.

En que se ve que Leila, para conseguir sus fines, no se paraba en barras.

Apenas estuvo sola Leila, cerró cuidadosamente todas las puertas de la cámara donde se encontraba, corrió delante de ellas sus dobles tapices y cuando estuvo segura de que no podia ser vista, abrió con tres llaves un arca de hierro y sacó de ella un rollo de pergaminos, fue á una mesa, se sentó junto á ella y estendió aquellos pergaminos. Eran las cédulas firmadas en blanco por el rey, refrendadas por un secretario y selladas por la cancillería, que habia robado Leila á Juan Diente.

La jóven escribió en uno de aquellos pergaminos con una letra menuda, pero hermosa, redonda y clara.

—Alhaguemos la avaricia de don Simuel, murmuraba mientras escribía; siempre es bueno interesar á los que nos sirven, y además es necesario no apretar tanto á la avaricia que estalle. Don Simuel se dará por muy contento con este albalá, y aprontará de buena gana el dinero que necesito para no tocar á mi oro... además... además, don Simuel: este pergamino en tus manos es un lazo mas con que te sujeto: ¡una firma del rey, en blanco, robada! ¡vamos, es necesario confesar que Dios ó el diablo me ayudan!

Leila apartó á un lado aquel pergamino ya escrito y tomó otro.

—Segun me ha dicho Pedro-el-Negro de vuelta de

su viaje á Bilbao, los diputados, Anton de Landu y Pero de Ochandiano, llevan la voz en el concejo... son confiados, cándidos, hidalgos, y firmes y reservados como buenos vizcainos; muy celosos de sus fueros y resueltos á no cejar un palmo de terreno cuando se trate de ellos... pero si yo hago que el rey les escriba directamente por mi mano... con un poco de astucia; veamos:

Leila tomó un papel y escribió un borrador: rayó, añadió, volvió á escribir y borrar, y al fin leyó con satisfaccion el resultado.

—Es un golpe seguro, seguro de todo punto: el rey lleva malas intenciones á Vizcaya, pero es necesario que vuelva con peores. Es necesario que recele y que en su recelo mate... si, es preciso que mate... que siga matando... lo quiero yo, lo necesito... y matará... matará... esta es su sentencia de muerte.

Y Leila con mano firme y rápida copió en una de las reales cédulas en blanco lo que habia escrito en el borrador.

Apartóle con el otro, enrolló los sobrantes, los guardó de nuevo en el arca, cerró y luego puso las tres llaves en el cajon de la mesa, que cerró tambien cuidadosamente, guardándose su pequeña llave en una bolsita que pendia de una cadena de oro sobre su seno.

Despues empezó á pasear agitada á lo largo en la cámara, como quien espera impaciente: de tiempo en tiempo se acercaba á los vidrios de colores de la ventana, y miraba al fondo del callejon; su sombra era la que veia maese Blas Corchuelo desde su acechadero.

Al fin llamaron quedito á una de las puertas de la cámara. Leila abrió. Era Isabel-la-Liebre.

—Ya ha venido don Simuel, dijo.

—¿Y los otros?

—Los otros vinieron antes: pero como no debia entrar Pedro hasta que hablases con don Simuel, he aprovechado el tiempo, recordando con él nuestros asuntos.

—Que entre don Simuel, y está atento para cuando te llame.

Isabel se alejó saltando y poco despues se oyeron los tardos pasos del tesorero del rey, que entró en la cámara adelantando con el paso receloso de un zorro, que penetra en una madriguera estraña.

—Hazme la merced de cerrar esa puerta, amigo mio, le dijo Leila, y de correr el tapiz.

El hebreo obedeció y se acercó á la jóven cubriendo con una astuta sonrisa el disgusto con que siempre obedecia á Leila.

—¡Un ángel de hermosura! esclamó juntando las manos y mirándola con una admirable espresion de beatitud.

—No ha mucho, Simuel, no pensabas del mismo modo, dijo la jóven.

—¿Qué quieres, Leila, hija mia? repuso el rabino sentándose familiarmente; te confieso que tus primeras peticiones me asustaron; pero la esperiencia me ha hecho conocer, que te se puede servir sin trabajo; no exiges demasiado, y sobre todo sé, que ayudándote no aventuro nada, y que llegará un dia en que me pagues con usura lo que te anticipo... tú no eres una mujer vulgar... no, por el Dios de Jacob y de Abrahan... tú eres una mujer fuerte, tan fuerte como la mas fuerte de la Escritura: Jezabel y Judit no se hubieran atrevido á hacer tanto como tú.

—Te admiro, Simuel, dijo Leila.

—¿Y por qué es esa admiracion? dijo con un tanto de cuidado el hebreo.

—Admiro en tí, la hipocresía con que sabes encubrirte... otra en mi lugar confiaria en tus palabras y confiándose se perderia... te daria ocasion para que pudieses darla un golpe de gracia... yo, Simuel, te conozco, me valgo de tí, pero con prudencia, te uso, pero no abuso... por ejemplo, hoy necesito dinero...

—¡Que necesitas dinero y tienes un tesoro! dijo con un acento indescribible el judío... ¡y luego dices que no abusas! ¡Poderoso señor de Israel! aun no hace un mes que estás en esta casa, y ya me he visto obligado á empeñarme con mis amigos y con mis parientes para satisfacer tus pedidos: no bastaba que fuese tesorero del rey; era necesario que tambien lo fuese tuyo... y esto no puede continuar así; no, de ninguna manera: me esprimireis tanto, que al fin no sacareis de mí mas que sangre.

—Cuando te pido dinero, te procuro los medios de que lo tengas.

—¡Que me procuras los medios! esclamó con asombro el judío.

—Sí, por cierto, ¿qué te parece de este albalá, don Simuel?

Y la jóven presentó al tesorero uno de los pergaminos que habia escrito.

El semblante del judío dejó ver una espresion de avaricia satisfecha, en la cual, sin embargo, habia alguna mezcla de cuidado.

—¡Un albalá á mi favor de cien mil maravedís de oro..! ¡esto es una riqueza, una verdadera riqueza..! ¡oh! ¡oh! y no hay que dudar: esta es la firma del rey, esta la de su secretario Cañizares, este el sello de la cancillería, el sello real; un albalá en forma: bien mirado aunque yo haga uso de él, no haré mas que lo que debo: el rey me tiene perjudicado... altamente perjudicado... en cualquier mercadería ó contratacion en que hubiera empleado mi dinero hubiera ganado mas que prestándolo al rey... ¡cien mil maravedís de oro..! pequeña indemnizacion sin embargo..... y además, ¿cuánto me va á costar este albalá Leila, hija mia?

—Poca cosa: siempre te quedarán dos terceras partes de su valor.

—¡Dos terceras partes! esclamó disgustado el judío: ¿y qué nuevo empeño tienes en que te sea necesario invertir treinta mil y mas maravedís.

—Tengo muchos y grandes empeños, dijo Leila indolentemente.

—Sepamos.

—El rey va á Vizcaya; pero, segun creo, ahora se dirige á Aguilar, donde dicen que está su hermano don Tello.

—Y bien, ¿qué tiene que ver eso...?

—Mucho: el rey va deprisa, pero por muy deprisa que vaya, puede llegar á Vizcaya antes que él un hombre á la ligera, solo, á quien no entorpecerán, ni sus hombres de armas, ni sus acémilas, ni su servidumbre. Pero para que este hombre llegue con alguna delantera será necesario que encuentre caballos preparados en cada jornada: yo quiero que ese hombre llegue en cuatro dias á Bilbao.

—¡En cuatro dias, poderoso Dios de Sabaot! para eso se necesita gastar un tesoro en caballos.

—Con cuarenta buenos corredores que se revienten hay bastante... esto monta á una razonable cantidad... pero es preciso: además es necesario que ese hombre lleve dinero... mucho dinero.

—¡Leila! ¡Leila! cuidado con lo que haces, hija mia: paréceme que quieres ponerte de una manera decidida delante del rey.

—¿Y qué te importa?

—Importarme... nada... nada en verdad..... pero esto es ya demasiado... si te aproximas mucho podrá suceder que te descubras, y si te descubres...

—Cuando yo me descubra, ¡ay del rey de Castilla!

—Eres una loca, Leila.

—Dí mas bien que tú eres un cobarde.

—¡Y te atreves á llamar cobardía á la prudencia! ¡poder de Dios! pues si yo no hubiera sido tan prudente, ¿dónde estaria ahora?

—Puesto que á fuerza de prudencia te has enriquecido, sigue siendo prudente Simuel.

—¡Y mi prudencia consistirá en servirte á ciegas! esclamó con acento de cólera mal contenida el judío.

—Y tanto, repuso la implacable jóven, como que, si un dia sospecho que me haces traicion eres hombre muerto.

—¡Hija de Satanás! murmuró contrariado el judío.

—Eres el lobo mas voraz y mas descontentadizo que conozco: lo quieres todo para tí, dijo Leila comprendiendo las últimas palabras del judío por el movimiento de sus labios: tú quisieras que todos fuesen ciegos para que no viesen tus picardías... servirte de todos, medrar con todos: estás ya tan viciado que todo servicio te parece penoso aunque te se pague á peso de oro: pues mira, don Simuel: hasta ahora el rey no te ha exigido mas que dinero, y te ha dejado engordar: por cada moneda que le das, guardas ciento, pero guárdate de que un dia el rey se arroje sobre tí, y te oprima el vientre hasta hacerte reventar, porque vomitarás lo que le has robado: y ese dia llegará pronto ó tarde ó nunca, segun yo quiera, segun me sirvas.

—Pero Leila, hija mia, dijo temblando el judío que comprendia perfectamente su situacion; ¿te he negado algo hasta ahora?

—No basta que no me nieges; el miedo hace milagros; quiero, no que se me sirva, sino que se me ayude franca y lealmente: quiero un amigo, no un esclavo, ¿lo entiendes? En la situacion en que nos encontramos necesitamos el uno del otro: tu necesitas mas de mí que yo de tí: sin embargo, podemos hacer mucho: yo tengo el pensamiento, los medios: tú el dinero, que es el poder.

—¡Siempre el dinero! pensó don Simuel, que no podia resignarse á gastar de una manera tan rápida, ni aun con los mejores auspicios de ganancia tesoros que tanto tiempo y tantos sustos le habia costado reunir.

—Mientras tenga poder el rey don Pedro, continuó Leila, que parecia adivinar hasta los mas recónditos pensamientos del judío, lo que no era difícil, porque su semblante, cuando se trataba de dinero, era lo mas elocuente del mundo, dejando enteramente descubierta su alma; mientras el rey no caiga, ni tú estás seguro del tormento y de la horca, ni yo de la muerte por mas que esté provista de armas de buena ley: por lo tanto, Simuel, nada debemos economizar para dar en tierra con el rey: despues no faltará quien nos pague complidamente nuestros servicios.

—¿Y en qué piensas para llegar á ese caso? dijo el tesorero, que confiaba en el odio que Leila profesaba al rey.

—Podemos echar sobre don Pedro tres enemigos temibles.

—¡Tres enemigos!

—Sí, podemos apresurar la guerra de Aragon y hacerla formidable, dando medios de hacerla, á don Enrique de Trastamara en nombre de Pedro IV: podemos ofender á Francia de una manera mortal, y hacer que Francia ayude al rey de Aragon ó á don Enrique como mejor le convenga: Francia necesita de todo punto una guerra esterior para echar de sí las hordas de aventureros que la inundan con motivo de su guerra con los ingleses y de sus bandos civiles, y aceptará con placer cualquier motivo.

—¿Y qué medios tienes tú, para arrojar á Francia contra don Pedro? dijo el judío mirando con asombro á Leila que á cada momento se agigantaba mas á sus ojos.

—El dia que sea necesario, continuó la jóven, no faltará motivo: además de Francia preparo otro enemigo á don Pedro.

—¿Y qué enemigo es ese?

—El infante Abou 'l Sayd.

—¿Y qué puede hacer Abou 'l Sayd, dominado, desterrado, temeroso del rey Mojanmet V?

—Abou 'l Sayd, será muy pronto rey de Granada.

Movió el judío la cabeza en ademan de duda.

—¿Ignoras acaso, el estado en que se halla el vecino reino moro?

—La sultana viuda, contestó don Simuel, la soberbia Kinsu 'l Llemal, (1) descontenta de vivir en el palacio de Djene-al-arife (2) considerada como la noble viuda del magnífico rey Jucef-Abou-l'-Hhedjadj, encuentra odioso el no disponer de los asuntos del reino contenida por la severidad de su hijo mayor, el rey Mojanmet V, y cree que tendrá mas influencia en los negocios del reino ocupando el trono su hijo Ismaíl. Pero la sultana sueña; á pesar del carácter pacífico de Mojanmet, y de su aficion al estudio, que le aparta de la guerra, sus vasallos le aman: tiene en un estado próspero al reino y seria difícil arrojarle de la Alhambra. Eso es lo que hemos de ver.

—¡Leila! ¡Leila! tu estás ofendiendo á Dios con tu soberbia.

—Escucha Simuel ¿cuánto dinero crees que puedes sacar de los recaudadores con tal de que yo te dé algunas de las cédulas reales que tengo en blanco?

Brillaron de codicia los ojos de don Simuel, pero se contuvo.

—Puede sacarse algo, pero no mucho; los recaudadores están acostumbrados á hacer malas cuentas, y cuando se les trata con rigor, todo se reduce á que huyan cuando se les pidan, llevándose los caudales: esto es mas cómodo: así hacen cuenta redonda. Poco, muy poco se podria sacar por ese medio.

—¿Crees tú que Abou-'l-Sayd no nos pagaria con usura un préstamo que le hiciésemos?

—De seguro si llegaba á ser rey: pero esto es muy difícil.

—No lo creias así hace un mes, y la prueba de ello son las cartas que entregaste para el infante al embajador Al-Mondhir, de que yo tuve medio de apoderarme.

—Si en verdad; entonces podia haber sido: Abou-'l-Sayd creia obtener por mi medio una alianza con don Pedro, que declarando la guerra, hubiera distraido á Mojanmet y le hubiera debilitado: pero por mas que yo signifiqué al rey que el mejor medio de hacer posible la conquista de Granada, era quebrantar al reino con la guerra esterior y desunirle con la guerra civil; se obstinó en conservar la fe de sus tratados de alianza con Mojanmet. De seguro, si el rey de Granada fuese atacado, don Pedro volaría á su socorro.

—Pues es necesario que la guerra civil arda en Granada.

—¿Y cómo?

—Tenemos como elementos la ambicion de la sultana viuda, la de su hijo Ismaíl y la de Abou-'l-Sayd: urdamos una trama y en ella vendrán á caer los que queramos que caigan, como las moscas en una tela de araña.

—Esa trama no puede tejerse mas que con oro.

—Pues téjela, Simuel, y te doy una, dos, tres cédulas reales.

Inclinó por un momento la cabeza don Simuel, meditabundo, y pareció como que ajustaba cuentas consigo mismo.

—Esta conspiracion nos va á costar mucho.

—Pues bien; saca lo que hayas menester de las rentas del rey, poniéndote de acuerdo con los receptores.

—Necesito seis cédulas.

Leila se levantó, fue al arca donde los guardaba y entregó seis cédulas al judío.

—Necesito además un hombre de confianza.

—Lo tendrás.

—¿Cuando?

—Mañana lo enviaré á tu casa: sin duda necesitas á ese hombre para que vaya á Granada.

(1) Tesoro de hermosura.
(2) Generafife, jardin agradable.

—Si.

—Pues bien, cuento con quien nos servirá á las mil maravillas.

—No estaria demás que avisásemos á don Enrique, y para ello necesitamos otro hombre.

—Le tenemos tambien.

—¿Y cómo se llaman esos dos hombres?

—Pedro-el-Negro y Alvar Yañez.

—¡Hum! esclamó con desconfianza el judío.

—Nada tenemos que temer de ellos, repuso Leila, les tengo tan sujetos como á tí. Creo que hemos concluido. Recordemos ahora bien: es necesario ante todo que un hombre parta al momento á Vizcaya... eso corre de mi cuenta... pero es necesario pagar el valor de los cuarenta caballos... yo te enviaré á Pedro-el-Negro con letras mias mañana mismo. Además darás las instrucciones necesarias á ese hombre y harás que marche á Granada... yo me entenderé con Alvar Yañez en cuanto á lo de Aragon y tú le pondrás en estado de obrar. Quedemos, pues, convenidos.

—Creo que no te quejarás de mí.

—No por cierto, Simuel, tu eres muy complaciente y muy generoso cuando puedes ganar ciento por diez, y serias capaz de hacer traicion por ello á tu padre... pero guárdate de hacérmela á mí, porque el dia que me hagas traicion mueres.

—¡Oh! ¡oh! Leila, hija mia, eres desconfiada como una raposa... cuando debias amarme y mirar mis hechos sin tanta prevencion... todo consiste en el dinero... ¡maldito sea el dinero...! ¡cuántos apuros, cuántos sobresaltos, cuántos peligros para lograr ver reunido al fin un pequeño monton de oro! Pero adios, la noche avanza y si hemos de adelantar algo es necesario que empiece á dedicarme al negocio.

—Adios, Simuel: sírveme bien y te hago doblemente rico de lo que eres.

Don Simuel salió tras estas palabras y mientras bajaba las escaleras que conducian al postigo murmuraba:

—Decididamente, no conozco á esta mujer: hace dos años, cuando estuve en Granada y fuí á las Alpujarras, á procurar el cobro de algo de lo que me debe Abou 'l Sayd, recuerdo que me llamó la atencion por la singularidad de su mirada, por su valentía y por la pureza con que hablaba el castellano: recuerdo que el infante la apreciaba en mucho: y que, además, me la presentó como la mejor joya de su tesoro: antes, cuando era niña, se llamaba Amina (1) hermoso nombre: pero despues el infante tuvo razones para llamarla Leila (2) nombre tenebroso... No, y la maldita es oscura como un abismo. Me tiene sujeto como á un raton, y tiemblo... esa mujer me será fatal... es necesario servirla ciegamente, servirla de todo punto... sirvámosla, pues, pero al primer descuido... ella ha hecho traicion á Abou 'l Sayd... ¿pero porque quiere ponerle en el trono...? ¡oh! ¡oh! andemos despacio, no puede pasarse mucho tiempo con esa mujer sin verse rodeado de misterios.

Y como acabase de bajar la escalera y viese á la puerta de una habitacion baja á Isabel que tenia en las manos una lamparilla, esclamó:

—¡Vive Dios, que estás cada dia mas hermosa, muchacha! y te sientan mejor, mucho mejor la saya y el avantal que las calzas de paje: es verdad que aquello tenia sus ventajas... ¿No es esto cierto, señor Pedro...? ¿qué diablos haceis ahí, buen mozo, escondido tras de Isabel? ¿teneis miedo de que os la roben? Vamos, tranquilizaos. Creo que arriba os esperan; tú, buena alhaja, abréme, y que Dios os dé muy buenas noches.

Apenas habia salido de la casa don Simuel, cuando Leila hizo llamar á Pedro-el-Negro.

(1) Fiel.

(2) Ya hemos dicho en una nota anterior, que Leila significa noche.

CAPITULO V.

De cómo, mal escarmentado Andrés Corchuelo, y siempre por amor á Beatriz, recibió á cierra ojos un nuevo encargo de Alvar Yañez..

El bandido no era tan asustadizo como el tesorero del rey, y esto consistia en que nada tenia que perder mas que la vida, y hacia mucho tiempo que la habia puesto á la suerte en un juego á todo trance con la justicia y con todo lo que podia llamarse buenamente justo.

Así es, que entró con cierto desembarazo marcial en el aposento en que estaba la jóven y se despojó lentamente de la gorra, quedando de pié, pero en una actitud que nada tenia de humillante ni de servil.

Leila le miró fijamente durante un momento.

—¿Estás satisfecho en mi servicio? le dijo.

—Y tanto como lo estoy, señora: sois el mejor capitan que he tenido hasta el dia; pagais bien y corriente, y se huelga: los muchachos están ya quejosos de no conocer á quien tan bien les paga, y, sobre todo, de estar ociosos.

—En cuanto á conocerme, guárdate de indicarles siquiera que es una mujer la que los tiene á su servicio... una imprudencia, podria producirte una desgracia: tiempo tendrán sobrado para demostrar si tienen tantos brios para ganar el dinero, como para gastarlo. Ahora bien, ¿qué has visto en Vizcaya?

—He visto que hay entusiasmo por el rey.

—¡Entusiasmo por el rey! dijo meditabunda Leila: sin embargo, no ha pasado mucho tiempo desde que rechazaron con las armas en la mano el pendon real.

—¡Oh! entonces, segun me han dicho, habia en Vizcaya un hombre valiente, noble, poderoso, que sabia sustentar la honra del pendon señorial de los vizcainos: ese hombre se llamaba Pero de Avendaño. Los vizcainos le amaban y le respetaban, porque su espada era la espada de sus fueros. Ahora es distinto: ese mismo Avendaño á quien los naturales llamaban el padre de la patria, ha sido traidoramente asesinado por don Tello, que sintió envidia por el amor que le demostraban los vizcainos. Os juro señora que el rey va en la mejor ocasion posible al señorío; le aclamarán señor á grito herido, repicarán las campanas, y don Pedro para unir á su corona ese rico y valiente pedazo de tierra española, no tendrá necesidad de mas que jurar las libertades y franquicias de Vizcaya.

—¿Y han sido los diputados Anton de Landu y Pero de Ochandiano los que os han dado tales noticias?

—Si señora.

—De modo que si esos diputados recibiesen instrucciones reservadas del rey...

—Las cumplirian eficazmente.

—Bien: ¿has hecho la prevencion de caballos que te dije?

—Aquí teneis la lista, señora, de las jornadas al fin de cada cual hay un caballo de refresco.

—Cuarenta y cinco cabalgaduras; bien: ¿has tenido bastante dinero con el que te dí?

—Si señora, y aun me ha sobrado, despues de los gastos del viaje.

—Bien: es necesario que vayas á casa de don Simuel Leví; llévale la cuenta de esos caballos, cóbrala, y traeme la cantidad que te entregue.

—Muy bien, señora.

—Además de eso, ponte á las órdenes del tesorero del rey.

—Me pondré.

—Te mandará que vayas al reino de Granada, y te dará dinero é instrucciones; antes de partir es necesario que yo sepa cuanto te haya dicho don Simuel.

—Lo sabreis.

—Pues bien, vete: di al señor Alvar Yañez que suba.

Poco despues el escribano estaba profundamente inclinado delante de la jóven.

—Sentaos, señor escribano, sentaos; un hombre como vos, no debe permanecer de pié delante de mí como un escudero. Necesito pediros consejo.

—Creo, señora, dijo Alvar Yañez, levantando los ojos con cierta espresion ambigua hasta el semblante de Leila, que Dios os ha dado mas prudencia que hermosura, aunque esa hermosura sea la mayor que yo haya visto hasta ahora. Mandadme, pues, y no me pidais consejos.

—No, no ciertamente, señor Alvar Yañez; vos sois prudente, sagaz y esperimentado. Necesito un hombre de confianza que lleve á Vizcaya un mensaje de gran

El Señor Juan Tonorio.

importancia. ¿Creeis vos que este mensaje podrá confiarse al señor Andrés Corchuelo?

—Si sabe obligársele, señora, aceptará; si acepta, cumplirá fielmente su encargo, porque es honrado y leal.

—¿Y creeis vos poder obligarle?

—Acaso, acaso... de seguro, dijo despues de meditar un momento el cartulario.

—Es decir, que á vuestro modo de ver, es cosa hecha.

—Hecha de todo punto.

—Pues bien, tomad, dijo Leila, dando enrollado á Alvar Yañez el segundo pergamino que habia escrito.

—¿Y qué es esto?

—Una cédula real, que el señor Andrés Corchuelo debe entregar al diputado del consejo de Vizcaya, Anton de Landu.

—¿Y debe saber Andrés lo que conduce?

—De ningun modo.

—Alvar Yañez guardó el pergamino.

—¿Y con qué palabras ha de entregar el señor Andrés esta cédula?

—Simplemente con estas: Anton de Landu, le dirá, se me ha dado con gran secreto para vos por una alta persona este escrito en Sevilla. Despues debe retirarse y volverse inmediatamente.

—¿Ycuándo debe partir el señor Andrés?

Se ocupaba en abrir el engaste de plomo de un vidrio.

—Mañana al amanecer: al pié de la torre de la iglesia Mayor encontrará un caballo; cuando llegue á cada uno de los puntos marcados en una lista que le entregará la persona que tenga el caballo, encontrará otro caballo de refresco: es necesario que haga el camino en cuatro dias. Estamos á 29 de mayo... el 2 de junio ha de llegar á Bilbao.

—Muy bien, señora, y lo mismo que encontrará caballos, ¿encontrará pagados los gastos del camino?

—No, tomad y entregadle ese dinero.

Leila dió á Alvar Yañez, una bolsa llena de monedas de plata.

Alvar Yañez se levantó creyendo terminada la entrevista.

—No, no, esperad, dijo Leila; aun queda lo mas importante: ¿cómo estáis de relaciones, de inteligencias con Aragon?

El escribano palideció.

—Nada temais: lo se todo, se que sosteneis inteligencias con el rey de Aragon por medio de su hermano el marqués de Tortosa: no tan solo lo sé, sino que tengo pruebas. Contestadme, pues, francamente y meditad que yo soy enemiga del rey de Castilla para que podais fiaros de mí.

—El rey de Aragon... dijo lentamente Alvar Yañez, dando vueltas á su gorra; el rey de Aragon... quisiera... desea la paz... pero de una manera decorosa... el rey de Castilla exige de un modo que no da lugar á cubrir las apariencias: pide el estrañamiento del conde de Trastamara y de otros principales caballeros

de Castilla, de Aragon, y de todos sus estados: pide además que se le entrege el cuerpo del almirante Francisco Perellos...

—En fin, don Pedro, pide mucho porque desea la guerra, rechaza la mediacion de Guido de Boloña, nuncio del papa, que decididamente protege á don Pedro IV, y este hace todo lo posible porque se estremezca al solo pensamiento de una guerra en que sabe que su enemigo llevaría desde el principio la ventaja.

—El rey de Aragon teme la guerra porque no tiene flota para defender sus islas, ni soldados para guardar sus fronteras, ni un solo florin en sus arcas: á no ser por esto, el rey don Pedro no andaria tan jactancioso con Aragon. Si tuviese dinero... soldados tendria: ahí están Beltran Duquesclin, y sus famosas compañías Blancas, y en cuanto á naves, los genoveses no desean otra cosa, sino que haya quien les tome á sueldo una flota para ponerla á su servicio: aventureros por mar y aventureros por tierra.

—Si consiste en dinero, vos mismo ireis á ofrecérselo.

—¡Yo! esclamó Alvar Yañez, ¿y á nombre de quién?

—Sea real y efectiva la entrega del dinero, y nada importa saber quien le procura: podeis decirle, que son nobles enemigos de don Pedro y que solo ocultan su nombre porque temerosos del buen suceso, temen arriesgar su vida.

—Mirad, señora, que este es asunto de muchos millares de florines.

—Pues bien, no importa, id, id: informaos del número á que monta la suma necesaria y volved. He aquí, añadió despues de haberse levantado y de haber abierto el arca, entregando un puñado de florines de oro al escribano: he aquí para que hagais dignamente vuestro viaje como un enviado de la nobleza enemiga del rey. Partid mañana; trabajad, informaos, estipulad; pero no envieis mensaje ninguno, volved vos mismo y entendeos conmigo. Esto era cuanto tenia que deciros.

—Guardeos, pues, Dios, señora.

—No olvideis el envío del señor Andrés Corchuelo á Bilbao. Id con Dios: no quiero volveros á ver sino para entregaros el dinero que necesite el rey de Aragon.

—Quedad con Dios, señora.

Alvar Yañez salió asombrado, aturdido.

—¿Quién es esta mujer decia, que así manda, así paga y así emprende tan árduos y comprometidos asuntos..? su edad... cierto aire de familia que hace tiempo me ha parecido descubrir en ella... pero ¡bah! ni una prueba, ni una sola prueba... y bien..! paga en moneda limpia y corriente... pues sirvámosla... sí, sirvámosla: de todos modos no podemos estar mas vendidos al diablo que lo estamos.

Y dando vuelta á estos pensamientos llegó al piso bajo.

Andrés se paseaba contrariado y taciturno y no reparó en Alvar Yañez hasta que el escribano le tocó en el hombro.

—Alegraos, mancebo, le dijo; la fortuna os abre los brazos y os trata como á un hijo querido.

—¿Pues qué sucede? dijo anhelante Andrés.

—Estais en la mejor ocasion del mundo para alcanzar á doña Beatriz.

—¿La habeis visto?

—No seais impaciente, el cielo no se gana sino á fuerza de sacrificios, venid, amigo mio, venid conmigo.

Alvar Yañez y Andrés salieron de la casa. Apesar de esto, maese Blas, que se habia encaramado en un punto de que daremos razon mas adelanto á nuestros lectores, no siguió á su hijo.

Inutil es decir que Alvar Yañez redujo á cuanto quiso á Andrés Corchuelo en nombre de su amor á pesar de que debia estar escarmentado de la mala pasada del escribano cuando el asunto de Jerez.

CAPITULO VI.

Dios los cria y ellos se juntan.

Apenas habia quedado sola Leila, cuando se levantó el tapiz y apareció Isabel-la-Liebre.

—¿Ha venido? preguntó la joven.

—Sí

—¿El señor Juan Tenorio?

—Sí; pero le he hecho esperar... bueno será que empieee encontrando dificultades... y es mancebo que no debe estar acostumbrado á ellas... no pardiez... se ha impacientado y ha puesto un gesto que á poco mas me hace reir; ya te lo he dicho... el señor Juan Tenorio es como un niño voluntarioso y mal criado que todo lo desea, y todo lo rompe y de todo se cansa y que se impacienta cuando le niegan un juguete.

—Pues tiempo tendrá de impacientarse, te lo juro.

—Impacientese en buen hora, es necesario que ese buen mozo conozca, que no todos los caminos son fáciles y andaderos.

Y la Isabel se sentó reposadamente al lado de Leila.

—¡Ah! se me olvidaba, esclamó alegremente, la ex-cortesana del arcediano: tienes suerte, Ana mia. ¿De quién dirás que es esta carta.

—¡De Men Rodriguez! esclamó palideciendo Leila.

—Siempre Men Rodriguez... estás loca, loca de remate... Men Rodriguez no te conoce.

—Es verdad. No conoce mas que al paje Gaston á quien aborrece.

—¿Y quién tiene la culpa de que el señor paje se haya hecho aborrecer de él?

—Pero esa carta...

—Esta carta es del señor Pero Lope de Padilla: se le conoce en la letra gorda y bárbara del sobrescrito: «A la muy noble virtuosa y magnífica señora doña Ana.» El señor ballestero mayor está loco. Además el escudero que la ha traido me ha dado de parte del señor Pero Lope este diamante.

Leila tomó la carta, rompió el sello y la leyó.

«Noble y hermosa señora, decia: desde hace algun »tiempo la fortuna me persigue y me tiene dado al »diablo: hoy he pasado un dia de perros. Paréceme »que os he entrevisto en el alcázar con vuestro disfraz »de paje, y no he tenido tiempo de deciros nada ¡Dios »de Dios! ya sabreis lo acontecido: hemos despachado á don Fadrique. Yo creí que aquí pararia todo... »pero no: estaba escrito, como vos decis, que me fasti»diase, y me fastidio mas de lo que podeis creer. Hace »mucho tiempo que no puedo vivir sin veros, es decir »que no puedo vivir buenamente. Cuando no os veo, »me convierto en un oso, en un lobo, en un animal »salvaje: me pongo feroz... pues bien, será necesario »que durante quince dias á lo menos esté convertido »en fiera. El rey, Dios le maldiga, me lleva consigo á »Vizcaya como si yo le fuese enteramente necesario »para matar á don Tello; como si no le bastase con »mi tio Hinestrosa y con su Men Rodriguez. Os estoy »escribiendo á escondidas en la recámara de su seño»ría mientras come... Mellaman. Quedad con Dios luz »de mis ojos. Ojalá que nuestra caminata no pase de »Vizcaya, y que no se le ponga al rey envestir desde »allí con Aragon; podrá ser... ¡Ah! ¡ah! se me olvida»ba: será muy posible que vuestra amiga doña Isabel »Nuñez de Lara se quede viuda... No sé donde estoy. »Me llaman otra vez. Adios.»

—Cuando digo yo que el señor Pero Lopez está loco... dijo la-Liebre. ¡Arrojar dos secretos de estado á una mujer!

—¡Don Tello y don Juan muertos...! ¡oh! ¡oh! esclamó Leila profundamente... ¡doña Isabel viuda.....! ¡libre...! ¡ah! haz entrar al señor Juan Tenorio, Isabel.

—¿Te parece que ha esperado bastante?

—Sí, sí, hazle entrar.

—Haré que Baltasar esté al alcance de tu voz.

—No, no es necesario... el señor Juan Tenorio no es una fiera, y si lo es, peor para él: ve.

Isabel salió, y Leila tomó un largo puñal de uno de los cajones de su mesa y le ocultó debajo de los almohadones del divan, al alcance de su mano.

No tardó en llegar Juan Tenorio.

—¿Me permitís, señora? dijo levantando el tapiz de la puerta.

—Pasad, caballero, pasad, dijo Leila con acento lángido.

Tenorio pasó: á primera vista comprendió la jóven, que el repostero mayor del rey habia dado importancia á aquella visita, que no la habia considerado como una aventura vulgar; aunque su atavio era sencillo, no dejaba de ser rico y elegante: sobre un justillo de terciopelo blanco, del que solo se veian las mangas, se ceñia una sobreveste lisa de mangas perdidas, pero de púrpura de Kufa, obtenida sin duda á gran precio de los mercaderes granadinos que sostenian un rico comercio con Oriente. Una doble y magnífica cadena de caballero, de la que pendia el sello de sus armas, brillaba sobre su pecho, llevaba daga y espada doradas, calzas de riquísima seda á dos colores, negro y verde, borceguies de marroquí bordados de plata, gorra con joyel y guantes moriscos de gamuza perfumada. Traia los cabellos rizados, aliñado el vigote, blanquísima y minuciosamente plegada la camisa. Es verdad que el señor Juan Tenorio vestia usualmente con esmero, pero á primera vista comprendió Leila que se tenian pretensiones de agradar por todos los medios posibles.

En cuanto al semblante, era el siempre noble y simpático semblante del repostero mayor, semblante que servia, por decirlo así, de disfraz á su alma.

En vano quiso comprender Leila un movimiento de sorpresa, de interés, de conmocion, de admiracion ó de desden en Tenorio. Su semblante estaba impenetrable. Saludó de la manera mas natural á la jóven, y con una noble soltura fue á tomar un sillon.

—No, no, dijo Leila, sentaos aquí, caballero... hay sitio para los dos y de una manera anchurosa.

—Perdonad, señora, yo ignoraba que me tuvieseis en tanta estimacion, dijo audazmente Tenorio.

—Si, os estimo, dijo sonriendo dulcemente Leila: mi hermano Gaston me ha hablado tanto de vos que he tenido deseo de conoceros. ¡Ya se ve! se cuentan de vos maravillas.

Tenorio miró profundamente á Leila, y la encontró tan indiferente con él, como él se mostraba con ella.

—Esa mujer es mi espejo, se dijo; veamos si me reproduce en todas mis situaciones.

—¡Ah, señora! esclamó, el seductor veterano, por decirlo así, dando algun sentimiento á su voz y á su semblante; ciertamente que es una gran felicidad para mí...

—¿Y qué es para vos una felicidad, caballero? dijo Leila sin alterar su espresion anterior.

Tenorio no esperaba aquella estraña interrupcion, y se desconcertó, pero sin dar señales esteriores de ello.

—Pues: es una felicidad el que una mujer tan bella....

—Espliquémonos francamente, porque odio las situaciones falsas, caballero... ¿ha cometido mi hermano alguna torpeza que os autorice á pensar...?

—Vuestro hermano, señora, me ha dicho...

—Que yo no tenia inconveniente en permitiros que me visitaseis bajo ciertas condiciones, y que puesto que vos deseabais conocerme, y que yo soy una dama independiente, por la muerte de mis padres y por mis riquezas, podia muy bien recibiros, admitiros á mi amistad y aun servirme de la vuestra.

—Creed señora, que yo ignoraba todo esto.

—¿Se habrá permitido acaso Gaston?

—Vuestro hermano, señora, es un mancebo que me encanta, y que no sé por qué me arrastra tras sí; me parece mas franco que vos, mas decidido que vos.

—Entre mi hermano y yo existe la diferencia que debe siempre existir entre el hombre y la mujer; pero en el fondo, en la realidad, somos tan semejantes que parecemos dos en uno.

—En efecto, vos sois el retrato de vuestro hermano, y vuestro hermano el vuestro.

—¿Tan semejantes os parecemos?

—Os diré, señora: existe entre vosotros dos la diferencia que existe siempre entre el hombre y la mujer. El es tambien mas jóven que vos, y su hermosura tiene mucho de duro y sombrio, mientras que la vuestra...

—¡Os parezco hermosa..! ¡bah! venis muy galante ó muy engañado, caballero.

—Permitidme señora, esclamó Tenorio, que ya empezaba á impacientarse; quien os llama hermosa, no es mi corazon, sino mi razon... dejadme pues que siga... decia que la hermosura de vuestro hermano, es punzante, hace daño, se ve detrás de ella un alma profunda como un abismo, á pesar de sus pocos años: á mi me agradan los valientes y los audaces, y vuestro hermano lo es: vos, por el contrario, señora, teneis una mirada dulce, una hermosura tranquila, una virtud asustadiza... sois el estremo opuesto de vuestro hermano. En cuanto á lo que vuestro hermano me ha dicho...

Leila se reclinó en uno de los almohadones y miró intensamente á Tenorio: pareciale que una ligera conmocion pasaba como un relámpago por el semblante del hermoso y audaz repostero mayor al choque de su mirada.

—¿Y qué os ha dicho mi hermano, señor Tenorio?

—Me ha hablado de una hermana suya, á quien ciertos asuntos de familia obligaban á recatarse; me ha hablado de su hermosura hasta tal punto que he tenido deseos de conoceros.

—Pues, mirad, me habian dicho que hacia mucho tiempo no deseabais nada.

—Tengo una fama lastimosa, señora, dijo indolentemente Tenorio, debida á fáciles aventuras pasadas ha mucho tiempo, y que sin embargo se citan aun por los necios y los desocupados... pero en realidad, señora, mi indiferencia consiste en que no he encontrado aun una mujer digna de ser amada.

—¡Ah! ¡pobres mujeres!

—Soy franco, señora; generalmente nos arrastra hácia una mujer un sentimiento misterioso que parece que nos une á ella, que nos confunde con ella, al choque de una mirada por las formas del semblante, por la actitud, por el andar, por impresiones puramente esteriores... ¡oh! ¡oh! soñais pureza y dignidad en una mirada, magestad de una frente, valentía de una actitud: animais una estátua con las dotes que necesitariais para amar... y amais... mientras no comparais... pero cuando al tocar esa estátua ennoblecida por nuestro pensamiento se descompone bajo vuestra mano; cuando nada encontrais de cuanto habeis creido, cuando no os queda mas que la forma, una forma que se vulgariza al sentir, al hablar, al obrar, ¿cómo amar, señora, cómo amar, si de la grandeza que habíais soñado solo os queda un esqueleto mas ó menos hermoso, y nada mas?

—¿Y creeis que todas las mujeres sean así? ¿creeis que no podrá existir una mujer que, bajo formas vulgares, bajo una mirada tranquila, bajo un esterior modesto, guarde un tesoro de sublimes sensaciones, una alma infinitamente superior á la que vos habeis soñado; una mujer que ame y lo arrostre todo por su amor, que sea ofendida y lo arrostre todo por su venganza, que debore en silencio una pasion terrible, sin confesarla, esperando, porque tema entregar su amor,

como temería entregar una flor que fuese su vida para que la deshojasen? ¿No comprendeis que puede haber mujeres tales, que bastasen, no digo para enamoraros sino para enloqueceros...?

La mirada de Leila mientras pronunciaba estas palabras, resplandecia, radiante, intensa fija en la mirada de Tenorio; lentamente y sin que el jóven pudiese evitarlo, su mirada fue poniéndose en relacion con la de Leila, se inflamó, se dilató y al fin partió de ella una chispa de amor.

—¡Oh! pensó con alegría Leila, ¡eres mio! ¡mio, señor Juan Tenorio, verdugo de mujeres! Te usaré y te gastaré. Y luego añadió alto. ¿No es verdad, amigo mio, que es injusto pensar de una manera tan desfavorable de todas las mujeres?

—En verdad, señora, dijo Tenorio sosteniéndose aun, que una mujer tal como la que me acabais de pintar, haria la felicidad de mi vida... ¡seria capaz de casarme con ella! ¿Pero dónde esta esa mujer?

—Buscadla, pero no la busqueis en la córte porque no la encontrareis; vos y hombres como vos, habeis degradado á esas magníficas hermosuras que tienen semblante de oro y alma de hierro. No busqueis la mujer que habeis menester entre las ricas-hembras... no, no la hallareis... libre al menos... una solo conozco, ó por mejor decir de una sola he oido hablar á mi hermano que vale mas, mucho mas que cuanto yo pudiera deciros.

—¿Y está en la córte esa mujer? esclamó con sarcasmo Tenorio.

—Si tal; y por cierto que es la mas hermosa, segun las noticias que de ella tengo.

—¡Doña María de Padilla..! esclamó Tenorio.

Una inspiracion súbita hizo brillar la mirada de Leila.

—¡Oh! ¡teneis razon! Doña María de Padilla es un tesoro... entonces son dos.

—¿Y cuál es la otra?

—La otra es doña Isabel Nuñez de Lara.

Tenorio se permitió un gesto de desden y de hastio.

—¿Qué? dijo Leila, respondiendo á aquel gesto, ¿tan mala opinion teneis de doña Isabel?

—Doña Isabel es una virtud que pertenece á la historia: una de tantas damas que están doblemente provistas; á las que no basta un marido.

—He aquí la córte... en estos lugares de bendicion; donde todos blasonan de perspicaces, hay hombres tales que no pasan mas allá de las apariencias; hombres á quienes basta que una lengua interesada propale una calumnia, para ponerse de buena fe de parte de la calumnia, constituirse en su instrumento, estenderla, fijarla, darla una apariencia de verdad. Y sin embargo, ¿creis que mi hermano con su juventud, con su hermosura, con su audacia, no sea bastante para interesar á una mujer?

—Vuestro hermano hará lo que quiera de las mujeres, aun ahora que es un mancebo de quince años.

—Si, cuando esas mujeres no sean como doña Isabel Nuñez de Lara.

—¡Oh! el señor Gaston enloqueceria á doña Isabel: es mas bello, mas jóven, mas valiente, mas entendido que Men Rodriguez y sin embargo Men Rodriguez es amado con frenesí por la doña Isabel.

—¿Que doña Isabel ama á Men Rodriguez?

—Eso murmura la córte, y de tal modo que ha logrado cegar á su marido y hacerle que dé hospedaje en su casa al afortunado mancebo.

—¿Y sois vos quién decis eso? señor Tenorio.

—Sí, ¿por qué me lo preguntais?

—Porque eso es lo que se llama tener mala lengua, dijo Leila dulcificando lo duro de sus palabras con una sonrisa.

—No, no: yo no tengo mala lengua, dijo contestando con otra sonrisa Tenorio, todo consiste en que vos pensais mal de mí.

—Afirmo que sois cruel para las mujeres, que las infamais y que gozais deshonrándolas. He ahí por qué os he hecho entrar en mi casa en una litera cerrada y con los ojos vendados: así podreis decir: anoche estuve en una aventura amorosa: una hermana de ese Gaston, de ese niño que sirve de paje en casa de doña Isabel Nuñez de Lara, se enamoró de mi, me cito...

—Señora, sois demasiado injusta conmigo...

—Direis eso y mas... lo sé... ¿pero qué me importa? Terminados los negocios que tenia en la córte, mi hermano se ha vuelto á nuestro país... en cuanto á mí nadie me conoce en Sevilla, y gracias á las precauciones que he tomado para con vos no sabeis donde os hallais: en todo caso contareis un cuento, sin confirmacion y nadie podrá echarme á la cara vuestras suposiciones.

—Pensais de mí peor de lo que realmente soy.

—Vos teneis la culpa: ¿cómo quereis que no piense mal de vos cuando manchais la reputacion de una mujer á quien conoceis demasiado..? ¿de una mujer que sabeis tiene por marido un hombre infame, y que no ha sido ella, sino él, quien ha llevado á su casa á Men Rodriguez?

—Paréceme señora, que desde vuestro retiro sabeis mas que muchos que andan por todas partes y á todas horas.

—Lo que sé, lo sé por mi hermano.

—¿Y quién es vuestro hermano señora? una persona tan misteriosa como vos: no comprendo que sirva como paje, el hermano de una dama, cuya nobleza se adivina en su porte, que vive en palacio y que tiene sobre sí telas y joyas dignas de una reina, y de una reina poderosa.

—Mi hermano, por resultado de una estraña aventura, conoció al infante don Juan; le importaba recatarse de él y el mejor medio que halló fue presentársele como paje... seamos francos... mi hermano habia visto á doña Isabel, se habia enamorado de ella, y encontró medios de entrar á su servicio... sin embargo, os puedo jurar que toda la hermosura, toda la sagacidad de mi hermano han sido inútiles para enamorar á doña Isabel.

—Porque doña Isabel está enamorada de Men Rodriguez.

—Os engañais: mi hermano destinado al servicio de doña Isabel, ha sido su sombra... y nada ha visto en ella... nada tampoco habeis visto vos.

—Men Rodriguez tenia todas las trazas de un amante favorecido.

—Yo conozco toda esa historia por mi hermano, y os diré en qué consistia el que á pesar de lo severo del semblante de doña Isabel, Men Rodriguez se creyese amado en secreto por ella.

—Paréceme un tanto presuntuoso ese montañes.

—No, no: Men Rodriguez tiene razones para creerse amado. Todo consiste en una equivocacion.

—No creo tan torpe á Men Rodriguez que se equivoque en materias de amor.

—Escuchad: en casa del infante don Juan vivia una mujer que estaba enamorada con toda su alma de Men Rodriguez. Este no podia reparar en ello porque aquella mujer se lo encubria. Pero llegó un momento en que los zelos de aquella mujer contra doña Isabel, llegaron á ser mortales y quiso deshonrarla á los ojos del mismo hombre que la amaba. Aquella mujer se procuró las llaves del aposento de Men Rodriguez y penetró en él entre tinieblas durante algunas noches. Men Rodriguez se engañó, Men Rodriguez creyó que quien de aquella manera tan misteriosa le visitaba, que quien le hablaba con la voz conmovida y trémula, no podia ser otra que doña Isabel: he aquí por qué Men Rodriguez se permitia para doña Isabel miradas de amante... pero os lo afirmo, ni Men Rodriguez ha obtenido un solo favor de esa dama, ni lo obtendrá nunca.

—Tal vez tengais razon: Men Rodriguez hace el

amor á la manera que se hace en sus montañas; Men Rodriguez se rinde antes de tiempo y acaso en esto consista... pero lo que no puedo comprender es que vuestro hermano... acaso la altivez de doña Isabel se haya resentido al verse enamorar por un paje.

—Doña Isabel, os lo repito, es una de esas virtudes severas, rígidas, virtudes que constituyen á una mujer en una roca contra la que se estrellan del mismo modo rendimientos y desdenes y que resisten con mas fuerza cuanto mas duro es el ataque.

Tenorio se sonrió de una manera compasiva.

—Vuestro hermano, señora, dijo, os ha hecho formar un concepto exagerado de la virtud de doña Isabel.

—¿Qué quereis? yo tengo confianza en el juicio de mi hermano.

—¿Y qué diriais si esa ponderada virtud se viniese á tierra?

—¡Bah! me pareceis un tanto presuntuoso señor Tenorio.

—¡Decis que presumo! pues bien tomo por mi cuenta demostraros que se ha engañado vuestro hermano.

—¿Y creis que me importa mucho el que doña Isabel sea honrada ó liviana? esa es cuenta suya y de su marido. Sin saber cómo hemos entrado en esta disputa... ¡ah! ya recuerdo: vos deciais que no habia mujeres dignas de ser amadas en la córte y yo os he citado dos: doña Isabel y doña María...

—¡Oh! ¡doña María! Doña María está enamorada del rey, y su amor la defiende, sino obraría como las demás.

—¿Y qué diriais si doña María estuviese tambien enamorada de otro hombre?

—¡Enamorada doña María!

—Sí, ¡perdidamente enamorada! en la córte no juzgais, os lo repito, mas que por las apariencias: las apariencias están en contra de doña Isabel y la tomais por una cortesana: doña María tiene la suficiente fuerza de alma para resistir á sus pasiones para encubrirlas, y se la cree esclusivamente enamorada del rey.

—Y... ¿á quién ama la Padilla? dijo indolentemente Tenorio.

—¡Oh! eso es un secreto, dijo Leila sonriendo y tocándose á la boca con su abanico de plumas.

—¡Un secreto y lo sabeis vos que casi vivis en una clausura!

—Es un secreto sorprendido por mi hermano.

—¡Pero vuestro hermano está en todas partes!

—Desde hoy no estará en ninguna.

—¡Cómo! ¿se ha cansado ya de la córte?

—Asuntos de mayor interés le llaman á nuestro país del que no volverá tan pronto.

—Pero vuestro hermano puede haberse engañado... ¡amar la Padilla..! ¿y á quién..? ¡ah! ¡acaso á Men Rodriguez!

—Ved que yo no he pronunciado su nombre.

—Sí, sí, ¡eso es! esclamó con la alegría de un hombre de mala índole que descubre un importante secreto, Tenorio. ¡Admirable! vuestro hermano vale un tesoro y es lástima que se nos haya robado con su ausencia. Ahora recuerdo. Sí: vamos, es necesario haber estado ciego... ¡escándalos y siempre escándalos! ¡El rey! ¡Oh! ¡tambien el rey! vamos, es cosa que vale mucho dinero.

—Ved lo que pensais y lo que decis, esclamó Leila. Yo nada os he dicho... vuestra, pues, y sola vuestra es la responsabilidad.

—La acepto... nada temais... vos no me conoceis...

—Ya lo creo: solo hace un momento qne os veo.

—¿Y nada os ha dicho de mí vuestro hermano?

—Me han dicho que sois un hombre peligroso.

—¡Un hombre peligroso!

—Sí: un hombre á quien todas las mujeres aman y que no ama á ninguna.

—¿Y esta noticia os ha hecho desear conocerme..?

—Sí, por cierto: yo no he amado nunca, y queria ponerme á prueba.

—¡A prueba conmigo! esclamó admirado Tenorio.

—Sí, yo tambien, como vos necesitais una mujer, necesito un hombre... tanto me ha hablado mi hermano de vos.....

Tenorio acostumbrado á tratar á las mujeres de cierto modo, engañado por la espresion y el acento de Leila, adoptó para ella cierta espresion de superioridad.

—Y bien, dijo con esa fatuidad de todos los conquistadores de oficio, ¿qué habeis sacado en claro de vuestra prueba?

—He sacado en claro que el mundo es torpe para juzgar de las personas, cuando os llama peligroso... en cuanto á mi, señor Juan Tenorio, sois menos peligroso que un niño.....

—¿Es este un reto, señora? dijo poniéndose pálido Tenorio.

—No, esto ha sido un capricho.

—¿Y no temeis que ese capricho os sea funesto?

—No.

—¿Y si yo os dijera que me enamorais... que os amo?

—Tanto peor para vos, seriais un mártir mas añadido á mi lista.

Tenorio irritado por aquella provocacion, iba á pronunciar alguna palabra inconveniente, pero se contuvo.

—Os juro que os amo, dijo, y os amo sin saber por qué.....

—Pues yo si lo sé... me amais, porque, por la primera vez en vuestra vida, habeis encontrado resistencia.

—¡Resistencia..! la palabra es aventurada.

—La palabra es exacta.

—De modo que, segun vos, mis amores, caso de que los tenga.....

—Son amores inútiles.

—Lo veremos.

—Yo lo veo ya.

—Dadme tiempo, ocasion, medios.

—Cuanto querais: acepto el reto: combatidme por cuantos medios puede combatirse una mujor... sujetaos solamente á venir siempre de noche y como habeis venido.

—Bien, consiento: una sola palabra: ¿consiste la seguridad que teneis de no amarme, en que habeis descubierto en mí una de esas antipatías profundas que nos repelen de una manera inevitable de una persona?

—Por el contrario, señor Tenorio; vuestra hermosura me encanta, vuestra alma me admira, vuestro valor me entusiasma.....

—Y sin embargo.....

—No os amo ni os amaré: he querido veros, y me alegro de haberos visto: decis que me amais... y francamente no acepto vuestro amor, pero sí vuestra amistad: no puedo ser vuestra amante... pero sí vuestra hermana. Si un dia me inspirais una completa confianza, os referiré mi vida, mi secretos, y me valdré de vos. Os digo que hemos nacido el uno para el otro, para todo, menos para el amor.

Tenorio miró profundamente á Leila, y no pudo sostener la terrible é incitante mirada que partia de sus ojos á través de sus largas pestañas entreabiertas. Leila se sonreia y estaba hermosa como un serafin.

—¿Me permitireis que os deje, señora? dijo Tenorio que empezaba á sentirse atacado por un vértigo.

—¡Qué! ¿os vais ya?

—Necesito respirar otro aire: soy franco con vos: me habeis causado una impresion que nunca he sentido... creo que amo... si vos no me amais, esto será una desgracia para vos y para mí.

—¿Cómo quereis que os amen si amenazais?

—Adios, señora, adios... hasta mañana.

—Hasta mañana.

Tenorio salió derrotado: algunas palabras, algunas miradas de Leila habian bastado para dominarle: la jóven lo comprendia demasiado, y apenas salió el hasta entonces terrible burlador, se dejó caer sobre el divan murmurando:

—¡Oh! ¡me faltaba ese hombre y le tengo! El será para doña Isabel una fatalidad... para la Padilla una desdicha... y me ama, si... mi hermosura, mis miradas le han faseinado... ¡oh! es que le trato como él ha tratado á las mujeres de quienes se ha burlado hasta ahora... el señor Tenorio no es mas que una mujer caprichosa, acostumbrada á desesperar adoradores... bien... es mio... y le amaré tambien... pero Men Rodriguez ¡Dios mio! creo que le amo por la misma razon que me ama Tenorio... pues bien, es preciso que sucumba: si no me ama, esto será una desgraeia para él y para mí, como acaba de decirme ese hombre. ¡Isabel! ¡Isabel!

La-Liebre entró poco despues en el aposento.

—¿Se ha ido ya, preguntó Leila.

—Si, y va enamorado? loco: como que me ha dicho antes de salir:—Si logras que tu señora esté á mi disposicion por tu medio te hago rica.

—¡Conquistador vulgar!

—Me dió un bolsillo que reehaeé, le hice vendarse los ojos y entrar en la litera, y allá va.

—Ese hombre es mio, Isabel.

—¿Y qué piensas hacer de ese hombre?

—¡Oh! ese hombre me servirá mas de lo que piensas. ¿Has llevado la eena á Beatriz?

—Sí.

—¿Y eómo está la pobre niña?

—Llorosa y pálida. Esta noche ha vuelto á preguntarme por Andrés.

—¡Desventurados amores..! y al fin, al fin... pero mientras el rey viva..... nada me hace sufrir tanto como ella: evité verla, porque su vista y sus lágrimas me atormentan... ¡oh! ¡si no fuera por el rey...!

—El rey la ha hecho rica, noble.....

—No hablemos mas de esto, Isabel... neeesito que me aeompañes. Ven á vestirme.

—¿Pero á dónde vamos á estas horas?

—Ven.

Leila é Isabel salieron de la cámara, que quedó silenciosa y oseura.

Entonces se oyó un ligero ruido de las vidrieras del ajimez del centro, como si alguien anduviera en los vidrios.

Si queremos saber qué era lo que produeia aquel ruido, solo neeesitaremos volver á la parte afuera del ajimez y mirar lo que en él sucedia.

Un bulto informe está subido en el alfeizar del ajimez y asido á la columna: no se concebia que hubiese podido subir hasta allí, aunque no era grande la altura, sino por medio de los salientes, y de los adornos del ladrillo agramilado del postigo y aun así con grande esposicion.

Aquel hombre era maese Blas Corchuelo, y se oeupába en desemplomar, ó por mejor decir, en abrir el engaste de plomo de un vidrio: cuando lo hubo logrado, sacó euidadosamente el vidrio, introdujo la mano por el claro, asió la falleva y abrió.

Inmediatamente saltó dentro de la eámara, y volviendo á eolocar el vidrio, armó el engaste. Luego adelantó á tientas y se encondió tras un tapiz.

No tardó en verse luz tras una puerta, y Leila é Isabel entraron en la cámara y pasaron por ella: iban vestidas de hombre y envueltas en largas eapas.

La cámara quedó de nuevo á oscuras.

Poco despues maese Blas oyó abrirse y eerrarse el postigo y los pasos de las dos mujeres que se perdieron á lo largo del eallejon de los Navarros.

CAPITULO VII.

De lo que hizo y vió maese Blas en casa de Leila.

—Heme aquí metido en un verdadero atolladero, decia el corcobado adelantando á tientas por la eámara: aquí está Beatriz: bien es necesario que yo la vea: pero ¡dónde está! yo no eonozco esta casa y si hay perros (maese Blas se estremeció), si hay perros ¡bah! lo peor que puede sucederme es morir, y todo se arrostra por un hijo... todo, hasta la cólera de Dios.

El jorobado adelantó algunos pasos mas palpando las paredes, y dió eon una puerta; al entrar un fuerte olor de riquísimos perfumes le hizo aspirar con delicia el ambiente.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! eselamó; de cuantas delicias se rodean los ricos: con lo que esa mujer gasta en perfumes habria para alimentar una familia: pero ¿quién es esa mujer..? es muy hermosa... y ella hablaba del rey... de Beatriz: será acaso alguna antigüa manceba del rey que sirve sus amores... pero no... no... esa mujer indudablemente es enemiga del rey... ¡oh! ¡oh! es neeesario tener una cabeza de hierro para no olvidar todo cuanto he oido á esa mujer... pero tambien he oido que á veces esa mujer es hombre... y de hombre iba vestida euando salió de aquí... ¡oh! este es un torbellino... y si yo me atreviese á decir al rey que su tesorero le hace traicion, que Alvar Yañez le hace traicion, que Pedro-el-Negro es un bandido... pero entonces se sabria tambien que mi hijo está metido en estas traiciones; no, no; es necesario callar, callar de todo punto, callar por mi hijo: ¡oh, Señor, Señor! haz que yo salga con bien del peligro en que estoy metido y mi hijo no partirá á Vizeaya, no, porque yo lo impediré.

Mientras Blas Corchuele pensaba de este modo seguia andando y palpando á oscuras: por fortuna suya aquella parte de la casa estaba como hemos dicho incomunicada del resto, el esclavo que guardaba el postigo estaba sin duda dormido, y los pasos del campanero eran demasiado recatados para que se sintiesen.

En vano Maese Blas buscó una escalera por donde descender al piso bajo, ni una puerta por donde ponerse en comunicacion con el resto de la casa; habia tropezado con algunas, pero estaban cerradas: maese Blas llevaba consigo utensilios de encender, pero no se atrevió á hacer luz, temiendo que la luz le denunciase. Temia, además, permanecer demasiado tiempo en aquella habitacion, y dar lugar á que volviese aquella Ana, aquella dama que habia llegado á inspirarle miedo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó: ¡estar aquí en la misma easa que Beatriz y no poder verla; esto es desesperado, horrible! pero yo la veré, sí, la veré aunque me viese obligado á romper eon las uñas y los dientes una de estas puertas... aunque me fuese preciso permaneeer aquí oculto detrás de un tapiz, debajo de un lecho. ¡Ah!

El campanero palpando la pared habia tropezado eon una ventana: se alzó, miró y vió que era un ajimez semejante á aquel por donde habia entrado, y le entreabrió sileneiosamente.

Entonces vió con alegria que aquel ajimez no daba á la calle, sino sobre un jardin, merced á la luz de una linterna con que se alumbraban tres hombres.

Maravillóle al mismo tiempo la preseneia de dos de aquellos hombres en el jardin: era el uno Pedro-el-Negro, el otro el agonizante Sancho.

Pedro-el-Negro llevaba el mismo traje de aventurero con que le hemos presentado anteriormente, y Sancho, despojado de sus hábitos eenicientos, parecia mas pequeño y mas grueso; vestia un jubon pardo ajustado, unas calzas de lana azules, unos grueses zapatos de ante y una caperuza encarnada: no llevaba mas ar-

mas que un puñal, pero largo hasta el punto de que atendiendo á su estatura podia servirle de espada y, arrollada debajo del brazo, una cosa como escala.

El tercer hombre era un negro robusto, de espresion estúpida, cuya mirada representaba como su pasion dominante, una avaricia sórdida; aquel hombre llevaba en la mano una enorme linterna y al cinto un puñal del que pendian algunas llaves.

Aquel hombre era mudo, puesto que hablaba con él por señas el agonizante Sancho; por aquellas señas, maese Blas comprendió que se trataba de un robo.

—¡Ah! ¡ah! esclamó: he aquí las gentes con quienes se reune mi hijo y que acabaran por perderle... pero Andrés debe ignorar... si, si, de todo punto... es demasiado honrado para hacerse camarada de un ladron... no, no; él sin duda no conoce á este hombre, pues bien, yo se la daré á conocer... observemos... ¿á donde va esa gente?

El bandido, el agonizante y el negro, se acercaron recatadamente al muro de la casa, se deslizaron junto á él y se perdieron doblando un ángulo: maese Blas pretendió en vano oir; nada se escuchaba; el último reflejo de la linterna y el último y leve rumor de los pasos de aquellos hombres, se habian perdido enteramente. Maese Blas quedó entregado á la mayor ansiedad; sabia que en aquella casa estaba Beatriz; sabia, por las señas que les habia sorprendido; que se trataba de un robo; acaso los ladrones tropezarian con Beatriz y «quien sabe, se decia el campanero, lo que podrá suceder; lances se han visto en que los ladrones, para evitar una alarma, han muerto á las personas que han encontrado al hacer un robo, para evitar que griten.» Maese Blas, pues, escuchó con toda la atencion posible, temiendo oir un grito, un estruendo cualquiera, que le indicase que se habia cometido un crímen.

Pasó sin embargo algun tiempo y nada se oyó.

Entretanto aquellos tres hombres habian llegado á la puerta principal de la casa, abierta sobre el jardin, y el esclavo habia abierto aquella puerta.

Al entrar Pedro-el-Negro se detuvo.

—¿Estás seguro, dijo al esclavo, que tus compañeros no pueden sorprendernos?

El negro se puso la mano estendida apoyando el pulgar en la boca como quien indica que ha bebido, y luego dobló la cabeza, la apoyó en la mano y cerró los ojos.

—¡Ah! han bebido el vino que te dí y duermen.

El negro hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y estás seguro de que han salido las dos?

El negro afirmó de nuevo.

—¿Dónde están las dos damas?

El esclavo hizo indicacion á Pedro-el-Negro y á Sancho, de que se descalzasen, cosa que él no tuvo que hacer porque estaba descalzo.

El bandido y el verdugo se quitaron los zapatos, y los sujetaron en sus cinturones. Despues el negro se puso en marcha. Imposible hubiera sido al oido mas perspicaz percibir el ruido de los pasos de aquellos tres hombres: atravesaron un bellísimo vestíbulo, sustentado en columnas, la galería izquierda de un pequeño y precioso patio, en cuyo centro se oia el monótono murmurar de una fuente, y al medio de ella pararon delante de una puerta, que el esclavo abrió sin ruido. Inmediatamente encontraron una escalera, la subieron y se encontraron en la parte alta de la galería, y delante de otra puerta.

—¿Es aquí? dijo Pedro-el-Negro al esclavo, que afirmo.

El bandido miró por el vano de la cerradura.

Al fondo, despues de una antecámara oscura, á través de los tapices de una puerta, se veian dos mujeres sentadas junto á una mesa y ocupadas en una conversacion que se oia perfectamente desde el acechadero de Pedro-el-Negro.

Aquellas dos mujeres eran Beatríz-la-hermosa, y la vieja Berta.

Beatriz estaba pálida, triste, tristeza que realzaba su luto: su hermosura cándida y doliente á la par, habia llegado á ser casi fantástica con el sufrimiento: Beatriz se habia transfigurado; su semblante, de una blancura diáfana, hacia resaltar la fuerza de sus brillantes ojos negros, en los cuales se adivinaba una de esas pasiones, que se convierten en un pensamiento fijo, que acaba por imprimir un carácter al semblante, una entonacion á la voz, una manera á nuestros movimientos, á nuestra accion: en Beatriz se adivinaba á primera vista un sufrimiento intenso, y un sufrimiento por amor: sufrimiento que la hacia parecer lánguida, preocupada, olvidada de sí misma.

La vieja Berta parecia una imágen viviente de la fatalidad: severa, fria, indiferente, escuchaba las declamaciones de Beatriz y solo las contestaba con un monosílabo, con una palabra vaga aunque con acento dulce. La conversacion se reducia á preguntas, á quejas, á protestas.

Como por ejemplo:

—Hace doce dias que me desespero, que me parecen un siglo: ¿qué quieren de nosotras?

—¿Quién sabe? contestaba la vieja.

—¡Pero Andrés! ¿qué ha sido de Andrés? esclamaba Beatriz.

—¡Andrés! el señor Andrés á la corta ó á la larga se olvidará de tí.

—¡Olvidarse de mí! ¡imposible! ¡imposible de todo punto..! no, no puede ser. Sobre todo yo necesito salir de aquí, estar libre. ¿Hay algun derecho para tenernos encerradas de este modo?

—¿Quién sabe? volvia á murmurar Berta.

—¡Oh! me desesperais, esclamaba Beatriz.

—Valor y esperanza, reponia la vieja.

—¡Oh! me falta ya el valor.

—¿Quién sabe, quién sabe lo que es esa doña Ana? dijo Berta.

—¡Doña Ana! murmuró el bandido: ¿que quién sabe quien es doña Ana? en verdad que es difícil, pero difícil era tambien penetrar en su casa, y hénos aquí. Difícil era llegar hasta tí, bellísima doncella robada al rey, y te tengo en mis manos: difícil era tocar el tesoro de doña Ana y será mio... ¡Oh! ¡oh! nada es difícil para quien tiene perseverancia y valor.

—Vamos, hija mia, dijo Berta: ya es tarde, rezemos nuestras oraciones y recojámonos.

Y la vieja se descolgó de la cintura un largo rosario.

—Por esta noche, murmuró Pedro-el-Negro, dejareis vuestras oraciones para mas tarde; y volviéndose al esclavo añadió: veamos si tu llave maestra puede abrir esta puerta.

El negro introdujo un hierro en la cerradura y abrió. Por recatadamente que quiso hacerlo, la puerta rechinó. Las dos mujeres al oir aquel ruido volvieron asustadas el rostro.

—Apagad la luz y permaneced aquí, esclamó rápidamente el bandido.

La luz se apagó, y Pedro-el-Negro penetró lentamente.

—¡Ah! ¡un hombre! esclamó aterrada Beatriz al verle aparecer entre los tapices de la puerta de la cámara.

—Sí; pero un hombre que viene á salvaros hermosa Beatriz, y del cual no debeis recelar, dijo Pedro. La señora Berta me conoce desde hace mucho tiempo, y os puede responder de mí.

—Sí, ciertamente que te conozco Pedro... sé que eres un bribon á propósito para cualquier fechoría, del que en vano he querido apartar á mi Isabel. ¿Es ella la que te ha abierto nuestra puerta, hijo?

—Isabel está entregada en cuerpo y en alma á doña Ana, á esa mujer que ha salido, no sabemos de dónde,

y que saca el oro y los diamantes de las entrañas de la tierra. Con Isabel no hay que contar... si yo no la he arrebatado ya de esta casa, es porque me convenia servir á doña Ana. Pero en cuanto á vosotras señoras, es distinto. Yo sé que estais en poder de doña Ana contra vuestra voluntad.

—¿Y quién te lo ha dicho? esclamó severamente la vieja.

—Hay cosas que se dicen ellas mismas: al dia siguiente de la noche en que os arrebatamos al señor Garci Diaz de Albarracin, encontré quemada vuestra casa... como quien dice, quemado el rastro... pero Isabel sin saberlo me ha puesto otra vez sobre él, poniéndome al servicio de esa doña Ana. Yo sospeché al momento que estabais aquí. Además yo habia conocido al esclavo que guarda la puerta principal, en casa de don Simuel Leví; sabia que era un bribon de quien se podia disponer... he gastado algun oro y algunas palabras, y héme aquí.

—¿Y qué interés teneis en buscarme? dijo Beatriz.

—Soy amigo del señor Andrés Corchuelo.

—¡De Andrés! esclamó Beatriz pálida de emocion y de sorpresa... ¿os envia Andrés?

—Sí, si señora, él me envia... además, aunque no me enviase, sabe la abuela Berta que yo siempre la he querido bien... y luego esa doña Ana nos tiene sujetos á todos: somos sus esclavos, por lo que he llegado á comprender; la señora Berta no es lo que parecia, posee grandes secretos, secretos que sin duda, ayudándola yo, pueden servirla de mucho.

—Es decir, esclamó Berta, que en estos momentos estás apoderado de esta casa.

—Sí.

—¿Y qué es de doña Ana?

—Doña Ana está fuera y no volverá en toda la noche.

—¿Y qué hace doña Ana toda la noche fuera de su casa?

—¿Quien sabe? esa mujer es un pozo sin fondo.

—¿Pero á dónde va?

—A una casa de vecindad en la calle de Maese Rodrigo, á donde suele ir algunas noches, y de la que no sale hasta el amanecer.

—¿Y quién vive en esa casa?

—Nadie.

—¡Nadie!

—Es decir, en esa casa viven unos valientes cofrades de Nuestra Señora de Rocamador, cuando no llevan la muceta encima: pero doña Ana no va á ver á ninguno de ellos; por el contrario se encierra con Isabel en una habitacion deshabitada que hay en el piso bajo en el fondo del patio.

—¿Y no has observado?

—Y tanto como he observado, pero nada he oido. Mientras está doña Ana dentro, la habitacion está oscura y silenciosa.

—¡Misterios y siempre misterios...!

—Por consecuencia, querreis salir del poder de esa mujer.

—¿Y á dónde iremos? dijo Beatriz.

—¡Oh! por eso no quede: os aseguro que no volverán á dar con vos.

Beatriz miró con ansiedad á Berta.

—¿Y podremos fiarnos de tí? dijo la vieja.

—Ya sabeis que yo siempre os he querido, y luego... si hago esto es por el bueno de Andrés, que desfallece y que no sabe vivir sin su Beatriz.

—¿Y por qué no ha venido Andrés?

—No se ha atrevido... no es para estas cosas... espera fuera.

—¡Oh! me espera, esclamó Beatriz dando un paso hácia la puerta.

—Nuestras seguridades, Pedro, dijo Berta.

—¡Oh! yo no tengo seguridades que daros... si no quereis venir, quedaos... se os ofrece la libertad, y sin embargo la rehusais; en buen hora: yo he cumplido con lo que debo á la amistad de Andrés... en mi no consiste: adios.

Y el bandido con gran naturalidad y aplomo se volvió para salir.

—¡Oh! ¡no! ¡no! esperad, dijo Beatriz reteniéndole... doña Berta meditará que en ninguna parte podemos estar mas cautivas que aquí... y esa mujer, esa mujer me causa miedo, señora.

—Sin embargo esa mujer te ama; no podemos dudar de ello; te protege... nada te falta...

—Sin embargo... ¿por qué me separa de él?

—Quien sabe...

—Guardaos de que esa mujer no os entregue al fin al rey, dijo el bandido.

Esta observacion causó una profunda sensacion en Berta, porque coincidia con sus temores: ella no habia podido comprender la razon por qué Leila se habia apoderado de Beatriz; no podia esplicarse por qué sostenia aquel doble carácter de hombre y de mujer, ni de dónde sacaba el oro que arrojaba á manos llenas; el cariño profundo que demostraba á Beatriz, su tierna solicitud por ella, la confundian en un laberinto de dudas: muchas veces creia que aquellas caricias no eran otra cosa que un lazo que se tendia á la jóven, para confiarla, para disponer de ella, sin violencias ni hechos repugnantes: muchas veces creyó que aquella mujer no era otra cosa que un instrumento del rey, y la observacion de Pedro-el-Negro la confirmó en ello

—¿Y dices que el señor Andrés nos espera?

—Sí; por el momento es necesario salir de aquí, y mientras yo termino algunos otros quehaceres que tengo en esta casa, esperareis en la habitacion del esclavo que me ha introducido.

Berta inclinó la cabeza pensativa, y al fin dijo:

—En tus manos nos entregamos Pedro; pero ten presente que si nos haces una traicion, no me faltarán medios para vengarme. Cobíjate hija mia, y vamos.

Beatriz no pudo contener su alegría: desalada buscó su manto, y el de Berta, se lo puso á la vieja, se cubrió, y asiéndose de ella la arrastró fuera de la cámara.

Berta temblaba; no se la escondia que el paso que daba era altamente aventurado: Pedro-el-Negro marchaba delante de ellas.

Cuando salieron á la galeria, Beatriz retrocedió al ver á maese Sancho y al esclavo.

—¿Qué hombres son esos? dijo.

—Son el esclavo que nos ha introducido y un amigo que me acompaña, dijo Pedro-el-Negro.

Beatriz se tranquilizó y siguió adelante: atravesaron la galería, bajaron las escaleras, y al cabo salieron al jardin; le atravesaron, y el negro abrió un pabellon, á manera de portería, situado junto á la entrada principal de la casa que correspondia á la calle de San Estéban. Entraron y el esclavo encendió una bujía.

—Aquí nos esperareis algun tiempo, dijo Pedro-el-Negro. No os movais de aquí, aunque oigais ruido en la casa. Eso supondrá que hemos sido sorprendidos; y por si eso sucede os traemos aquí, donde es mas fácil la huida. Entretanto nada temais.

—¿Tardareis mucho? dijo anhelante Beatriz.

—No; tardarenos lo menos posible, y, como es forzoso concluir cuanto antes, os dejamos. Y sin decir mas el bandido y los otros dos salieron; Pedro-el-Negro cerró con llave la puerta.

—¡Oh! esclamó Berta al verse encerrada: creo que hemos hecho muy mal en venir aquí...

—¡Mal! ¿y por qué hemos hecho mal? esclamó Beatriz.

—Espera, espera, aquí hay una celosía que dá al jardin... mira, mira por donde van: no se dirigen á la casa sino al costado de la izquierda.

En efecto, aquel era el camino que habian tomado

Pedro-el-Negro y Sancho, guiados por el esclavo que se detuvo al pié del ajimez en que estaba aun observando el campanero.

—¡Oh! dijo maese Blas, han dejado dos mujeres allá en aquella habitacion: aun hay luz tras aquella celosía; ¿si será ella una de aquellas dos mujeres? ¿pero que quieren esos hombres? arrojan una escala á este ajimez ¡ah! ¡ah! quieren subir... ¡si me encontrasen! ¿y dónde esconderme? ¡Dios mio!

En efecto, Pedro-el-Negro procuraba asegurar los garfios de una escala á la columna del ajimez: un terror pánico se apoderó de maese Blas, que huyó á tientas hasta el fin de la galería en que se encontraba y no hallando salida, se plegó, se encogió y procuró achicarse, desfigurando cuanto pudo su forma humana, con las piernas y los brazos plegados y la cabeza escondida en un ángulo.

Poco despues oyó rechinar la vidriera, y luego el doble, aunque ténue ruido de dos personas que saltaban dentro de la galería. El reflejo de una luz llegó hasta el campanero, que se estremeció todo, y creyó morir.

En efecto, Pedro-el-Negro y Sancho, habian penetrado por el ajimez de la galería; sin duda conocian perfectamente el plano de la casa, puesto que no vacilaron, entrandose por la primera puerta, que encontraron á la izquierda, sin reparar, absortos en su empresa, la figura de maese Blas que hecho un ovillo, estaba acurrucado en el fondo de la galería que quedó de nuevo oscura.

—¡Oh! ¡oh! dijo el campanero ¡si yo me atreviese..! han dejado puesta la escala; sin duda esta buena gente, estos dos bribones, uno de los cuales he visto esta misma noche hablando con esa dama, aprovechan su ausencia y vienen acaso á robar... están solos y se entretendrán algun tiempo... sí, sí... puedo atreverme...

Y decidiéndose, se levantó, atravesó cautelosamente la galería y se asomó al ajimez.

Por el momento nada vió, porque la noche era oscura, y se aprestaba ya á bajar por la escala, cuando notó que la escala se atirantaba como bajo el peso de una persona, haciéndole sentir un dolor agudo; al atirantarse, la escala, en el momento en que examinaba si estaba bien sujeta á la columna del ajimez, le habia cogido la mano izquierda que en vano se esforzaba por libertar; habia quedado retenido preso y la persona que causaba aquella tension subia.

Era el esclavo á quien Pedro-el-Negro habia dejado de guarda; por algun tiempo el esclavo se resignó á su destino, pero luego su avaricia le hizo pensar en que iba á cometerse un robo y en que podria sacar indudablemente mas parte presentándose, que esperando donde le habian dejado; y como la avaricia es una de las pasiones que con mas fuerza obran sobre nosotros, el esclavo, sin reposar mas en su pensamiento, se acercó al muro, asió la escala y trepó.

Maese Blas, sujeto de repente de una manera imprevista por una mano, como un lobo en una trampa, meditó con terror que si aquel hombre tropezaba con él, no le dejaria probablemente bien parado, y aunque nunca habia vertido otra sangre que la suya, y aun así por las narices ó por algun dedo, al repicar las campanas, se decidió á matar antes que á morir; desnudó el puñal y sacando fuerzas de flaqueza, armado con ese terrible valor que en situaciones dadas suele apoderarse de los cobardes, esperó en silencio, sin exhalar un solo gemido, á pesar de que la presion en que se encontraba su mano izquierda le hacia sufrir un dolor agudísimo que á medida que se elevaba el que subia por la escala, iba en aumento.

Al fin el negro tendió una robusta mano á la balaustrada del ajimez y subió otro travesaño de la escala. Maese Blas le sintió junto así, se herizaron sus cabellos, se cubrió de sudor frio; cerró los ojos é hirió desatalentado: tres veces descargó el brazo y le alzó: las tres veces sintió que el puñal se clababa en un objeto resistente que, sin embargo, cedia; oyóse á la primera puñalada un grito horrible, y sintiéronse esfuerzos poderosos por sostenerse: al fin el negro se desasió de la escala y cayó desplomado al pié del muro.

El brazo izquierdo de maese Blas dejó de estar oprimido; entonces se puso apresuradamente sobre la balaustrada, se descolgó por la escala y cuando estuvo abajo, para asegurar mas su huida, procuró desasir los garfios del ajimez, lo que logró despues de algunos esfuerzos.

Dejó la escala en el lugar en que habia caido, y por un impulso involuntario, irresistible, fue á reconocer el hombre á quien habia muerto.

Acercóse á él y le examinó.

—¡Oh! ¡era el negro! dijo; recuerdo que este hombre llevaba un haz de llaves á la cintura!... ¡Oh! ¡si! ¡sí! aquí están.

Tomó las llaves y se encaminó en paso rápido á el pabellon situado junto á la puerta y tras cuyas celosías aun se veian las sombras de las dos mujeres que miraban al jardin.

CAPITULO VIII.

De lo que hacia Leila mientras pasaban estas estrañas cosas en su casa.

Sin detenerse en ninguna parte y por el camino mas corto, Leila se encaminó desde el muro de los Navarros á la calle de Maese Rodrigo, y entró con Isabel-la-Liebre en la casa de vecindad que ya conocemos, y que, aunque tenia abierto el zanguan, estaba oscura como boca de lobo.

Las dos mujeres entraron sin ser reparadas de nadie en el patio, y se encaminaron á la antigua habitacion de Juan Diente. Entró Leila, entró Isabel y la puerta se cerró.

Poco despues, un hombre se acercó recatadamente á la ventana y miró al interior, pero en vano. Las tinieblas eran densas dentro del aposento, y ni el mas leve ruido se percibia.

—¡Lo de siempre! murmuró aquel hombre. En vano es que Pedro-el-Negro me encargue que averigüe lo que aquí sucede: á lo que vienen aquí estos dos mancebos... ¡Vah! sino se convence de lo que yo le digo, que observe él por sí mismo. Esto seria mejor, mucho mejor para mí.

Y aquel hombre se retiró de la puerta y fue á tenderse al pié de una higuera sin perder de vista la habitacion que espiaba.

—¿Se ha ido ya? dijo entonces en voz baja Leila.

—Sí; es el *Cuervo*, le he conocido en el andar; contestó Isabel-la-Liebre.

—Me va incomodando ya demasiado, repuso Leila, el que ese hombre se tome tanto interés en conocer mis asuntos. Esto acabará mal.

—¿Desconfiais de Pedro, Ana?

—Desconfio, sí, pero le tengo sujeto y no le temo.

—Y no hay por qué temerle: yo mando en él, y bien sabes si yo te amo.

—Silencio: me parece que ese hombre se acerca otra vez.

—No: es el viento que zumba entre los árboles.

—Entonces vamos.

Leila avanzó entre las tinieblas, pero sin vacilar, como quien conocia perfectamente el terreno; Isabel la seguia asida á su capa: Llegó la primera á la pared y se oyó un leve rechinamiento, que se repitió instantáneamente: las dos jóvenes habian pasado la puerta secreta de la mina que comunicaba con el alcázar y en él con la habitacion de doña María de Padilla.

—Cada vez te comprendo menos Ana, decia Isabel á su compañera: ya hemos venido tres veces por este

pasadizo y todo para dejar una carta sobre la mesa de un dormitorio. Si fueras hombre, comprenderia estas venidas á la alcoba de una mujer hermosa: ¡pero tú! ¡tú, mujer..!

—Espera Isabel, espera aun, no ha llegado la hora de que me comprendas. Te lo repito, cuando me conozcas te asombrarás...

—Bastante asombrada estoy Ana: la manera como nos conocimos fue estraña: te encuentro de repente entre los pajes del arcediano... comprendo que eres una mujer, y tú, entre tantas mujeres, disfrazadas como nosotras, solo hablas conmigo, conmigo te unes, conmigo escapas, despues de la muerte del arcediano: te llevo al hospital de los peregrinos y del mismo modo que supiste aprovecharte de mí, te aprovechas de Pedro-el-Negro. Entras al servicio del infante don Juan, te llevo á casa de mi abuela, y mi abuela al verte, al escucharte, se transforma y me deja ver cosas que yo ni aun habia sospechado: te apoderas sin saber como de Beatriz, y de la noche á la mañana te encuentras rica, poseedora de una hermosa casa, servida por gentes peligrosas que á pesar de estar acostumbradas á la traicion te se muestran leales: arrancas de en medio de un motin á doña Aldonza Coronel y la haces tu cautiva... todo en tí es grande, todo maravilloso, todo misterioso... me tratas con amor, me concedes á medias tu confianza, me dejas entrever, pero nunca ver... y escucha, Ana: me va ya faltando la paciencia: la curiosidad me mata... yo no te comprendo... no comprendo que te dejes enamorar á un tiempo por Pero Lope de Padilla y por el señor Juan Tenorio, mientras suspiras por el amor de Men Rodriguez.

—Ellos me llevarán á él... por lo demás, Isabel, no te impacientes... creo próximo el dia en que se aclaren todos esos misterios y me presente á tu vista tal cual soy... entretanto seme fiel como hasta ahora.

—¡Oh! Si lo seré siempre: no sé por qué te amo de una manera estraña: me asombras, me admiras... un secreto poder me arrastra hácia tí... te he oido muchas veces sin querer cosas horribles, proyectos de sangre y muerte... y, sin embargo, yo sé que eres dulce y buena... que tu corazon es inmenso... que obras el mal por necesidad, por fatalidad...

—Yo soy un ángel y un demonio dijo con voz opaca Leila. Pero callemos, ya llegamos, y en estos pasadizos la voz se estiende de una manera prodigiosa... Espera Isabel, espera; seme leal como siempre que yo te aseguro que el misterio no tardará en desvanecerse.

Subian entonces la espiral que conducia á la puerta oculta del dormitorio de la Padilla; las dos mujeres recataron sus pasos como temerosas de ser oidas, y al fin llegaron en silencio detrás de la puerta.

Leila miró: nadie habia en el dormitorio: una lámpara colocada en el reclinatorio delante de la imágen de una vírgen le alumbraba opacamente. Escuchó. y solo oyó el rumor confuso de algunas voces que hablaban en las habitaciones interiores.

Leila empujó el resorte, se abrió la puerta, entró en el dormitorio y la jóven volvió á cerrar, dejando tras de la puerta á Isabel.

Seguidamente atravesó el dormitorio y apagó la lámpara, luego salió á una cámara oscura, la atravesó, llegóá otra, oscura tambien, y se detuvo tras los tapices de la puerta de otra cámara en que se veia luz y en la que habia dos mujeres.

Aquellas dos mujeres eran doña María de Padilla y doña Isabel Nuñez de Lara.

Por la puerta frontera á aquella, tras cuyos tapices estaba escondida Leila, se veian en el centro de otra habitacion algunas damas haciendo labor alrededor de una mesa.

En el semblante de doña María, pálido, apesarado, ligeramente contraido, se notaban aun las huellas que habian dejado en su alma las terribles impresiones de aquel dia; conocíase que habia llorado, y una orla amoratada rodeaba sus hermosos ojos: parecia cansada, desalentada, poseida de un dolor agudo que nada bastaba á calmar. Leila comprendió que estaba herida en el corazon.

—¡Ah! ¡ah! esclamó: ¡empieza á horrorizarte tu esposo..! por mucho que tu amor se esfuerze, la sangre del maestre de Santiago y la de Sancho Ruiz de Villegas, muerto delante de tí, te presentarán siempre rojo al rey don Pedro... ¡ah! ¡mi venganza adelanta de una manera segura..! ¡mi venganza..! ¡la venganza de mi madre!

Leila habia comprendido bien la situacion; doña María de Padilla sufria mas que por la muerte del maestre, y por el horror que le habia causado el asesinato de Ruiz de Villegas, por el terrible aspecto con que se la representaba desde aquellas dos muertes el rey don Pedro.

Y esto, que dulce, compasiva, humana, cuanto era de violento duro y cruel don Pedro, sufria tormentos horribles, casi remordimientos con el recuerdo del maestre. Le daba horror el alcázar, la espantaba su cámara, parecíala que por do quiera, tras cada puerta, tras cada tapicería, en lo mas alto de las cúpulas, tras las columnas, se levantaban sangrientos espectros que la acusaban, que la echaban en cara su union con aquel terrible rey.

Hasta entonces don Pedro habia tenido disculpa en el alma de la Padilla, por la continua y feroz rebeldía de sus vasallos; la habia repugnado siempre la sangre; pero la habia creido necesaria, y puesto en el caso de optar entre la vida y la seguridad de su esposo y aquellos horrores, los habia aceptado.

Pero la hemos visto correr á la torre del Oro en el momento que supo la prision de Enrique de Trastamara, salvarle, arrostrando por todo, desafiando el furor del rey: la hemos visto esforzarse por salvar á don Fadrique, y, no habiendo podido salvarle, la vemos llorosa, aterrada con el recuerdo de aquel fatricidio, horrorizada del rey don Pedro.

La muerte del maestre habia inclinado la balanza en el gran corazon de la Padilla.

Y sin embargo, no habia olvidado lo fatal del semblante, lo conveniente de las palabras de don Fadrique, cuando fue á despedirse de ella para marchar á Jumilla. No podia olvidar que la habia dejado traidoramente abandonada, y que solo la Providencia y un puñado de vasallos leales habian salvado su vida, la de sus hijos y el trono legítimo. Doña María, sabia, como sabe todo el que ha leido á sangre fria la historia de don Pedro, que matando á su hermano, no habia hecho otra cosa que hacer justicia: pero aquella justicia la horrorizaba, como nos horroriza á nosotros; porque unida á ella, inseparable, acusador terrible, está un fratricidio aceptado, cometido á la faz del mundo, en presencia del rey por ballesteros que obedecian su voz: esto era resultado de uno de los grandes defectos ó del mayor, acaso, del rey don Pedro: la violencia de su carácter.

En tiempos mas cercanos el príncipe don Carlos de Austria cometió el terrible delito de alta traicion contra su padre; y, sin embargo, Felipe II, el mas sombrío de los déspotas, no sentenció por fuero propio á su hijo, sino que le abrió un proceso que sometió á su consejo de Estado, y del cual dió parte á todas las córtes de Europa.

El horror de las justicias del rey don Pedro no estaba en ellas mismas, sino en la manera de hacerlas. Bajo este concepto es el mayor déspota de nuestra historia.

Pero si se examinan una á una sus justicias, aun las que se hicieron en su nombre, en las que ninguna parte tuvo, se comprende que un tribunal hubiera lanzado la muerte sobre la cabeza de los acusados: aquellas justicias legales hechas á la luz del sol, con la sancion de la ley, hubieran impuesto rospeto á la

nobleza, temor al pueblo, y se hubiera reducido en gran manera la necesidad de matar que siempre aquejó al rey don Pedro.

Por mas que doña María conociese estas razones, no podia librarse de la influencia horrible que de una manera necesaria ejercia sobre su alma, sobre su corazon, sobre su conciencia, el asesinato del maestre: hasta entonces al recordar al rey no habia cerrado los ojos con horror: hasta entonces tampoco le habia visto convertido en fiera, como en la ocasion de matar por su misma mano á Sancho Ruiz de Villegas.

El rey don Pedro hubiera tenido una digna esposa en una mujer semejante á Catalina de Médicis; pero la Padilla era, por decirlo así, el polo opuesto de su carácter.

He ahí, sin embargo, la razon por qué el amor del rey se habia fijado en ella hasta el punto de no poder vivir bien sino á su lado: el durísimo carácter del rey se embotaba, reposaba, se amoldaba en aquella dulzura innata, en aquel sufrimiento infinito, siempre dispuesto, siempre pronto á sufrir mas; en aquel amor de abnegacion tan santo, tan puro, tan noble, que no parecia sino una consecuencia de la dulce y simpática hermosura de la Padilla.

Ella se habia resignado á representar delante de sus reinos y del mundo entero, un papel de manceba que garantia la paz y la tranquilidad de su esposo: ella habia devorado sus zelos, ella habia sido indulgente con sus locuras de mancebo mal educado, y la bastaba decirse como para consuelo: es antojadizo, enamorado, violento, sanguinario: pero su amor es mio, mio, enteramente mio.

Y esto era verdad: el amor de don Pedro hácia sus innumerables queridas solo habia sido un deseo, una nube pasajera que se habia interpuesto á él y á doña María: una vez satisfecho el deseo, pasada la nube, el amor de la Padilla volvia á alumbrarle, á inundar su alma como un sol resplandeciente.

Y lo que no habian hecho todas las infidelidades, todas las estravagancias del rey, lo hizo la muerte de don Fadrique: aquel amor tan firme, tan entusiasta, tan intenso, tan abnegado, se empañó con una niebla densa, con un velo fúnebre que ahogaba el corazon de la Padilla, le comprimia, le deshacia en lágrimas.

Doña Isabel Nuñez de Lara estaba tambien triste, llorosa, contrariada: lo que en doña María era un hecho consumado, en doña Isabel era temor, esperanza, horror, deseo, todo junto, todo revuelto, todo en lucha. Su amor por Men Rodriguez de Sanabria se habia desbordado; el contenerle, el no espresarle á cada momento, el no satisfacerle, la atormentaba, y este deseo, esta lucha la avergonzaba. A veces su corazon, sobreponiéndose á su deber, la hacia pensar con un placer instintivo, involuntario, en que una de las terribles justicias del rey don Pedro la librara del odioso lazo que la unia al infante don Juan. Pero en el momento su razon se rehacia, su educacion y sus benévolos instintos triunfaban, se avergonzaba de haber alentado un deseo de muerte para su esposo, por mas que fuese indigno, y su desesperacion volvia, porque volvia á serle imposible Men Rodriguez.

Del mismo modo que Leila habia comprendido á la sola vista del semblante de doña María lo que pasaba en su alma, habia comprendido el estado de la de doña Isabel; habia previsto la reunion de las dos aquella noche, y el sorprenderlas sin testigos era uno de los objetos que la habian llevado al alcázar.

Y estuvo escondida por espacio de mas de dos horas, escuchando los temores, los dolores, las confidencias de las dos damas que se creian solas, y que se refirieron una y mil veces lo mismo que hemos dicho al hacernos cargo del estado de su espíritu.

Al fin doña Isabel se levantó y se despidió.

Doña María fue á acompañar á su amiga á la puerta de su cámara, y Leila se retiró precipitadamente de su escondite, entró en el dormitorio, dejó en él una carta cerrada sobre el reclinatorio, y abriendo la puerta secreta entró y cerró.

—¿Sabes que ya empezaba á impacientarme Ana? dijo Isabel; creí que no volvias.

—¡Oh! calla; calla: me parece que suenan pasos.

—Sí, y pasos de mujer: una falda de seda que cruje.

—Es ella.

—¿Y quién es ella? Nunca me has dejado mirar, y la curiosidad me mata.

—¿Y qué te importa?

—Importarme ¡bah! ciertamente nada... pero...

—¡Silencio! ya está ahí.

En efecto, doña María de Padilla acababa de entrar sola en el dormitorio.

—¡Oh! ¡ha venido! esclamó con terror al verle á oscuras.

—Y dirigiéndose al reclinatorio palpó encima y encontró la carta que habia dejado Leila.

—Otra carta, esclamó: ¿y quién la ha puesto aquí? ¿quién ha puesto las otras? ¡oh! estoy cercada de traidores. ¡Alguna de mis damas! pero eso no puede ser; no he sentido ruido; nadie ha pasado por mi cámara. La puerta que da á la galería de mis baños está cerrada, y yo tengo la llave: pero pueden poner otra... ¡oh! ¿y cómo averiguar esto? ¿cómo esponerse á que mis damas adivinen..? ¡no! ¡no! yo espiaré, yo observaré... y si es un duende como el de casa de doña Isabel... yo seré menos tímida que ella y conoceré al duende.

Luego guardó la carta en su limosnera, fué á la puerta y llamó á su servidumbre, de la cual acudieron dos damas.

—Sois unas descuidadas, dijo, procurando en vano parecer serena: habeis dejado apagar la lámpara de la Vírgen.

—Ya ha sucedido eso tres veces, señora, y sin embargo, se ha cuidado.

—Es necesario, pues, cuidar mas. Traed luz.

Las damas salieron y volvieron con un velon de plata que pusieron sobre una rica mesa.

—¿Desnudamos á vuestra señoría? dijo una de las damas.

—No, no, Juana; no pienso dormir esta noche.

—¿Velaremos á vuestra señoría?

—Sí... sí, puede ocurrírseme algo; pero velad en mi recámara.

—Muy bien, señora.

Las dos damas salieron: doña María cerró, no solo la puerta del dormitorio, sino tambien las de la habitacion anterior: luego fué á la mesa y se sentó junto á ella.

Leila la veia perfectamente, la tenia cerca: la luz del velon reflejando de lleno en su semblante, le iluminaba por entero y alteraba su palidez con un matiz un tanto rojizo: otra mujer hubiera tenido lástima de doña María y hubiera pasado dejándola á salvo sobre su camino; Leila era implacable: queria acibarar el corazon del rey por cuantos medios estaban á su alcance, y en vez de conmoverse con la intensa espresion de sufrimiento que nublaba el semblante de doña María, gozó con ella.

La Padilla estuvo por un momento inmóvil, abismada en estos pensamientos: al fin pareció como que despertaba de un sueño, sacó la carta, que habia dejado sobre el reclinatorio Leila, que estaba perfumada y escrita en el mejor papel que se conocia en aquellos tiempos, y que, como invento reciente y solo usado por los árabes, era un objeto de gran lujo por lo caro de su precio.

La Padilla leyó el sobre, que escrito con tinta azul y letra gótica, clara y sumamente igual, decia:

«A la muy hermosa señora doña María de Padilla.»

—Es de la misma mano de las anteriores, murmuró la Padilla, y sin duda su contenido es semejante; de-

beria quemarla, como he quemado las otras; pero sin leerla.

La Padilla levantó la carta hasta la altura del velon.

—¡Oh! ¡no la quemarás! murmuró desde su escondite Leila.

En efecto doña María habia retirado la mano, y la carta abandonada por ella habia caido sobre la mesa.

—¡La leerás! murmuró otra vez Leila.

Y en verdad la Padilla despues de haber luchado consigo misma, de haber mirado furtivamente en derredor suyo, como si hubiera temido ser observada, tomó la carta, la revolvió irresoluta, y al fin rompió el hilo de seda que la cerraba.

Luego, indecisa aun, con la carta abierta sobre la mesa, apoyó la frente entre sus manos y quedó profundamente pensativa...

—¡Luchas! ¡luchas! esclamó Leila: ¡oh! la lucha es demasiado fuerte para ti... tú necesitas amar, y el amor de don Pedro empieza á horrorizarte. Amas ya sin

Beatriz-la-hermosa.

saberlo á Men Rodriguez, haces esfuerzos por no amar... ¡ah! ¡ah! es demasiada lucha para tí y caerás.

La Padilla permaneció algun tiempo inmóvil: al fin se decidió y arrojó su mirada sobre las primeras líneas de la carta: la mano con que la tenia asida, temblaba.

«¿Aun no me conoceis, señora? decia la carta: ¿aun »no comprendeis quien pueda ser quien eleva sus »pensamientos hasta vos y os los hace conocer en »medio del mas profundo misterio? Mis ojos nada os »han dicho, es verdad; mi lengua ha callado; el res- »peto me ha impuesto silencio. Delante de vos seré »siempre el vasallo leal, pero en medio de la noche, »rodeado de la inmensidad del silencio, nadie puede »impedirme que piense en vos como se piensa en el »cielo, con un deseo puro, pero ardiente, sin fin. De- »lante del mundo me vereis fingiendo amores á otra »mujer, porque temo á veces cuando estoy delante »de vos, que mis miradas y mis suspiros sean impru- »dentes y den á conocer la persona que las anima, el »amor que los exhala: nadie puede impedirme, puesto

»que tengo medios de llegar hasta vos, que os dé á »conocer un alma que por vos alienta, que solo en vos »vive, que de todo cuanto le rodea, solo á vos ve. ¿Sa»beis por qué soy leal al rey? porque vos le amais: si vos »leaborrecierais, el rey caeria. Le amais, y caeré ante »él defendiéndole, solo porque vos no tengais que arro»jar de vuestros hermosos ojos lágrimas por su muerte.»

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó suspendiendo por un momento su lectura la Padilla, y pronunciando sus palabras en voz alta arrastrada por la situacion; ¿se puede amar asi?

—Sí, sí; se puede amar así... se puede fingir que se ama así, esclamó roncamente Leila. Tú amas así, María, y sin embargo no lo sabes, porque uno de los misterios de nuestro corazon es no sabernos dar cuenta muchas veces de lo que hacemos: tú amas así: serias capaz de respetar la vida de una rival amada con tal de no causar un dolor á tu amado: pero yo amo de otro modo: mi amor es un volcan que devora á quien le toca... y tú, tú, distingues, aprecias, amas, aunque sin saberlo, á él, al hombre de mi amor, y todo lo que el rey pierda en tu corazon lo ganará él: ¡oh! y llegaria

Maese Blas le sintió junto asi... alzó el brazo y le hirió.

un dia en que él notaria tu amor, y deslumbrado por tu hermosura, por el puesto que ocupas, por la luz con que brillas, se acercaria á tí... y te enloqueceria... ¡oh! ¡no! yo quiero enloquecerte en su nombre; quiero ver hasta donde llegas, para que él no pueda llegar á tí... yo amo como las africanas... y me basta una sombra de celos para esterminar... ¡oh! ¡oh! ¡dulce y hermosa María! la serpiente ha entrado en tu nido, y la serpiente te morderá despues de haberte fascinado.

Mientras Leila pensaba esto, doña María habia seguido su lectura.

«Mi alma habla á vuestra alma, señora: ¿será la »vuestra muda? ¿os espantarán unos amores que nada »piden, que nada desean mas que un recíproco cambio »de pensamientos, dignos, puros como vos, como vos »dulces y embriagadores? ¡Ah! ¡no! ¡no! vos no me »dejareis morir: vos consentireis, vos querreis ser mi »hermana; hermana del corazon. ¡Cuántas sublimes »confidencias pueden hacerse á un hermano! ¡cuántos »consuelos se pueden dar, cuántos se pueden recibir! »¡Y qué placer mayor que el choque de dos almas que »se comprenden, que se aman, que conocen sus de-

»beres y los cumplen, y que solo roban al mundo ese »puro é innato sentimiento que une entre sí á los que »han nacido para amarse con el desinterés de hermanos »y la pureza de ángeles! ¡Ah! ¡señora! yo creo que »hemos nacido para comprendernos: creo haber leido »alguna vez en vuestros ojos al mirarme, esa mágica y »santa palabra: hermano.»

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó aterrada la Padilla: ¿habré yo dado imprudentemente motivo..? ¿pero aquel paje Gaston, aquel mancebo que parecia tan sabio, no me dijo: amareis á otro hombre que el rey, y le amareis con toda vuestra alma... morireis desesperada, sedienta del amor de ese hombre... morireis con su nombre en los labios..? no, no; aquel mancebo me engañó... me engañe al ereer en su ciencia, es aun demasiado jóven... yo fuí muy crédula... pero no... no... me pronosticó tambien la muerte del maestre de Santiago, y esa muerte se ha cumplido.

Doña María detuvo aterrada su pensamiento, porque se le habia presentado de repente de una manera que le espantaba, el recuerdo de Men Rodriguez.

—¡Oh! ¡no! ¡no! ¡imposible! continuó, yo amo al rey... le amaré siempre, aunque le vea teñido en sangre de mis hijos... ¡oh! ¡qué horror..! pero el amor del rey siempre ha sido para mí un tormento inesplicable unido á una felicidad infinita... ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡yo estoy loca! ¡y estas cartas..!

Doña María arrugó impaciente entre sus manos la carta que á tal estremo la conducia, y luego, como impulsada por un poder invencible, la desarrugó y siguió en la lectura.

«Ha habido momentos en que he creido que vos me »amais, como os amo yo; de una manera oculta, mis»teriosa, recatandoos de vos misma, dudando de ese »amor... dándole otro nombre. Y luego, luego, he »descendido de ese cielo á donde me habian llevado »mis sueños, porque... vuestro amor por recatado, »por misterioso que hubiese sido, aunque mi alma »hubiese tenido que adivinarle, hubiera sido una su»prema felicidad!—¿Por qué no me contestais una sola »palabra..? ¿por qué no me decis ¡amadme!? ¿temeis »que esa palabra me haga mas exigente..? ¡oh! ¡no »señora..! yo puedo llegar hasta vos, y sin embargo »os he respetado; aun no habeis oido mi voz entre el »silencio de la noche, cuando estais sola: ¿no os basta »esto para probaros lo noble del amor que me inspi»rais? Y sin embargo habeis castigado con muerte de »fuego mis cartas...»

—¡Ah! ¿con qué lo veis? ¿con qué lo ois todo? ¿con qué lo sabeis todo..? esclamó en alta voz doña María, como si hubiera estado segura de que era escuchada: pues bien, caballero, pasad, dejaos ver, sepamos si Dios ó el infierno os dan un poder sobrenatural, ó bien si os ayuda la traicion de mi servidumbre.

—¿Qué mujer es esa que habla? dijo al oido de Leila, Isabel-la-Liebre, ¿está loca?

—¡Silencio! ¡silencio, Isabel! esclamó Leila.

Doña Maria esperó en vano á que la contestasen; su palidez habia crecido en alto grado, se agitaba poderosamente; sus labios trémulos y áridos, mostraban una sonrisa insensata.

—¡Oh! ¿no me respondeis...? esclamó doña María, pues bien... ¿quereis que os conteste...? os contestaré...

Y tomando un pergamino escribió rápidamente estas palabras fatales:

«Os acepto como hermano, y puesto que podeis »entrar cuando querais en mi aposento os aguardo, »caballero; venid.»

Luego doña María enrolló el pergamino, le ató con el mismo cordon que habia cerrado la carta, le dejó sobre la mesa, é inspirada de un súbito presentimiento tomó el velon y le puso tras la puerta del dormitorio que quedó á oscuras.

—¡Oh! dijo doña María volviendo, si entra le sentiré, le asiré, me dejaré arrastrar con él... es necesario concluir... que sepamos de una vez...

Doña María calló: unos pasos recatados sonaban sobre la alfombra: Leila habia abierto sin ruido la puerta secreta y adelantaba háeia la mesa. Al tomar el pergamino escrito por doña María sintió que la asia una mano con fuerza desesperada.

—¡Oh! ¿quién sois? esclamó temblando la Padilla: ¿por dónde habeis entrado? ¿qué quereis aquí?

Leila que era vigorosa, se desasió bruseamente y huyó. Doña María le buscó en vano á tientas por el dormitorio, y no hallando á nadie introdujo de nuevo la luz.

El dormitorio estaba desierto; la puerta cerrada, las vidrieras de las ventanas cerradas tambien: doña María se aterró, parecióle que lo que la acontecia no era otra cosa que un castigo del cielo por haberse unido al rey don Pedro, al rey fratricida... aquel terror tomó en su imaginacion estrañas formas, parecióle que avanzaban háeia ella eien espectros ensangrentados; lanzó un grito horrible y se desmayó.

Poco despues su servidumbre alarmada por aquel grito llamaba á su puerta; al no reeibir contestacion las damas se aterraron, y salieron por el alcázar buscando socorro.

—¿Qué os sucede señoras que vais tan despavoridas? dijo un hombre que se cruzó con las dos jóvenes en una galeria.

—¡Ah, señor Juan Tenorio! ¡cuánto nos alegramos de eneontraros..!

—¡Ah! pues es una casualidad, una rara casualidad... no sé por qué se me ocurrió venir á ponerme á las órdenes de doña María.

—¡Ay! señor Juan Tenorio, algo debe de haber sueedido horrible á su señoría, porque hemos oido un grito de terror, y luego cuando hemos llamado á su dormitorio no nos ha contestado.

—¡Oh! pues vamos, señoras, vamos: en estos casos cuanta menos gente mejor; no sabemos lo que puede ser eso. Puede ser...

—¿Y qué puede ser...?

—¡Algun raton! dijo con malieia Juan Tenorio.

Las dos damas hicieron un remilgo eada cual á su modo, al escuchar el nombre del tímido animal, que, sin saberlo, ha llegado á ser para la generalidad de las mujeres mas terrible que una fiera.

Las dos damas y Tenorio entraron poco despues en la cámara de doña María, y llegaron á la antepuerta de su dormitorio: estaban solos: la demás servidumbre se habia retirado y solo habian quedado las dos damas de servicio.

Tenorio tuvo medio de abrir sin maltratarla con su daga la antepuerta. Conocíase que estaba ducho en esta clase de operaciones. La puerta interior estaba abierta y penetraron en el dormitorio.

Doña María estaba tendida sin sentido sobre la alfombra: á su lado brillaba un objeto; era la piocha de plata de un capacete de brocado. Tenorio le alzó.

—¿Qué es eso? dijo una de las damas, cuidando antes de satisfacer su curiosidad que de socorrer á su señora.

—Ya lo veis, doña Juana: un capacete.

—¡El capacete de un paje! dijo la otra.

—Sí, ciertamente, doña Violante: el capacete de un paje que alguna hermosura compasiva tenia escondido en el dormitorio de doña María.

—¡Sois muy mal pensador caballero..!

—¡Decís cosas horribles! esclamaron á un tiempo las dos jóvenes.

—¡Bah! nada tiene esto de estraño: cuando yo era paje de la reina doña María, que santa gloria haya, la aconteció conmigo un lance semejante: una dama me habia escondido... y ¡pardiez! en este mismo dormitorio: sí, si por cierto, lo recuerdo bien. La reina se retiró temprano como se ha retirado esta noche

doña María; yo creí que era mi objeto adorado y la salí al encuentro... Doña María no se desmayó porque no era mujer de desmayarse por estas cosas... ni yo me dejé el birrete, porque no soy hombre que dejo nunca prendas... me escapé.

—¿Qué os escapasteis...? ¿y por dónde?

—Por la puerta que da á la galeria de los baños.

Doña Violante fue á una pequeña puerta, situada en el ante-dormitorio.

—Pero esta puerta está cerrada, dijo.

—Y bien, eso no quiere decir nada... yo la abri para salir y la cerré para desorientar... lo que quiere decir que tenia una llave.

—¡Oh! ¡que horror!

—Por lo tanto os aconsejo señoras, que por vuestro propio honor guardeis el mas profundo secreto acerca de lo que habeis visto. Yo me llevo el capacete... por él conoceré al que se ha atrevido á tanto y le castigaré, si es que vosotras no lo tomais á mal.

—Nosotras, ¿y qué tenemos que ver con eso...? castigadle, ó por mejor decir, encerradle y presentadle al rey... su señoría sabrá lo que debe hacer con un hombre que...

—Sí, si, dijo la otra, que el rey lo sepa.

—Si el rey lo sabe os hace pedazos, hermosas señoras... callad pues mucho y dejadme hacer; esto corre de mi cuenta... lo que importa ahora es socorrer á doña María.

Tenorio salió, pero antes de salir recogió la carta que habia dejado abandonada la Padilla sobre la mesa.

—¡Diablo! ¡diablo! esclamó, arrojando sobre la carta una mirada al pasar por la cámara... un billete de amores... paréceme que el alcázar va volviendo á los buenos tiempos de la reina doña María; mañana sabe toda la servidumbre doncellil, y por ella la barbada, que se ha encontrado el birrete de un paje en la cámara de doña María... Aquella doña Ana del diablo tiene razon... todas son iguales: ¡al fin mujeres! Paréceme que me puedo atrever... ¡oh! ¡sí! y me atreveré.

Y Tenorio ébrio de alegría porque la mujer, hasta entonces sin tacha de Sevilla, habia dado un escándalo, salió del alcázar, y en poco espacio llegó á la cercana calle del Moro muerto, donde vivia.

CAPITULO IX.

De cómo Leila empezó á tener miedo.

Con no menor contento llegó Leila á el postigo de su casa del muro de los Navarros. Abrió y subió seguida de Isabel-la-Liebre. El negro que habian encontrado en el piso bajo enteramente incomunicado con el resto de la casa, estaba profundamente dormido. Las dos jóvenes pasaron junto á él sin hacer reparo en esta circunstancia. Era ya tarde, y Sevilla entregada al sueño, no lanzaba de sí el mas leve rumor. Era aquel un silencio solemne.

Cuando entró en la cámara, cuyos ajimeces correspondian al callejon del muro de los Navarros, Leila se dejó caer sobre el divan: á pesar de su fuerza y de su energía estaba cansada, mas por las emociones que habia esperimentado que por fatiga material.

Isabel-la-Liebre tomó la capa de Leila y la arrojó con la suya y con su gorra sobre un sillon.

Leila á falta del birrete que se habia dejado por acaso ó de intencion en el dormitorio de doña María de Padilla, habia rodeado un pañuelo blanco á manera de toca árabe á su cabeza, y aun permanecia con él distraida, leyendo y releyendo con avidez la carta que habia escrito la Padilla.

Isabel la arrancó aquel adorno supletorio.

—Afortunadamente, dijo, las noches son ya calurosas, hasta el punto de haberme hecho sudar la capa: á no ser así, de seguro coges un pasmo, Ana: ¿quién pierde así una prenda tan necesaria... tú, sola tú.

—A veces se pierden las cosas con intencion de que otros las hallen, Isabel, dijo profundamente Leila.

—¿Pero quién es aquella dama? nunca me has dejado verla.

—¿Y qué te importa...? aun no ha llegado el dia de que la conozcas Isabel, y demasiada confianza hago de tí .. dia vendrá y acaso no tarde, en que la conozcas... entretanto no me preguntes: es ya tarde y estoy cansada: necesito estar sola: déjame.

Isabel hizo un gracioso mohin, se acercó por detrás á Leila y la besó: luego huyó, riendo como una niña.

Leila quedó sola.

—¡Oh! ¡oh! esclamó: necesito la soledad para entregarme á mi alegría: la suerte me ayuda: ¡oh! esta carta en que la Padilla llama á un hombre... ¡oh! esta carta vale un tesoro... y el escándalo que se ha dado, y con el cual yo no contaba... hé aquí al señor Juan Tenorio armado con bastantes pruebas para que pueda atreverse á doña María, y se atreverá... sí... sí... le conozco demasiado... es audaz, perverso... doña María se estremece solo al oir su nombre, y tiene razon en estremecerse... el señor Tenorio es un hombre lúgubre; estoy viendo ya cercano un dia terrible... mi fuerza crece... y cuando sea necesario... ¡oh! y ya lo es... yo no puedo vivir así: me devoran á un tiempo el amor, la venganza, los zelos... y es necesario esperar... esperar aun... el rey... de seguro... matará al infante don Juan... pero si doña Isabel queda viuda, no quedará libre... no por cierto, yo lo aseguro... luego doña Blanca... doña María... don Pedro se encontrará herido á un tiempo y de una manera mortal en el corazon y en la cabeza; combatido por la nobleza dentro; en las fronteras, por Aragon y Francia coligados; y por el moro de Granada... y sucumbirá, sí, sucumbirá á menos que el diablo no le ayude... ¡oh! ¡cuánto tarda ese dia!

No sabemos á donde hubiera ido á parar Leila con su soliloquio, si no se la hubiese presentado de repente Isabel-la-Liebre pálida y consternada.

—¿Tú no has guardado, Ana, la dijo, las joyas que dejaste sobre la mesa de tu retrete..?

—¿Que si he guardado yo..? dijo Leila, no te comprendo.

—Sobre la mesa quedaron el collar de diamantes, las perlas de tu tocado, los brazaletes, las arracadas; el cofre de tus joyas, con muchas de las mas ricas... sobre un sillon, tu velo de plata, tu justillo de brocado y tu falda bordada de aljofar: tu ceñidor que valia un tesoro, todas las ropas que te quitaste para vestirte de hombre...

—Bien, ¿y qué? dijo Leila, notando la mortal palidez que cubria el semblante de Isabel.

—Acabemos de una vez, dijo Isabel alentando apenas. ¿Has guardado todo eso?

—¡No! respondió con estrañeza Leila.

—¡Ah! ya lo sospechaba: tu no hubieras guardado los pomos de oro de tus perfumes.

—¡Y bien!

—Ven conmigo... ven... y juzga por tí misma.

Leila se levantó y siguió á paso lento á Isabel, que habia entrado precipitadamente en la habitacion que servia de pieza de tocador, como diríamos hoy, á Leila.

A la primera mirada todo lo comprendió: la riquísima mesa de ébano estaba enteramente limpia: por un esceso de mala intencion, de perversidad, aquella mesa habia sido rayada y maltratada profundamente como por un puñal: el gigantesco espejo de plata bruñida que se asentaba sobre ella, estaba maltratado y abollado enteramente: Leila comprendió que la habian robado.

Sin alterarse, sin gritar, sin palidecer, fue á un án-

gulo del aposento donde habia un arca de hierro: en una de sus cerraduras quedaban vestigios, esto es, arañazos relucientes que probaban que se la habia querido forzar.

—¡Oh! ¡por fortuna es demasiado fuerte! esclamó sombríamente Leila: los ladrones no han tenido tiempo... ¿pero quiénes son esos ladrones...? aquí debe haber una traicion.

—¡Oh! ¡Ana! ¡Ana mia! esclamó Isabel llorando... yo te juro...

—¿Y quién te acusa...? ¿quién sospecha de tí...? esclamó con acento vibrante Leila... y sin embargo puede ser que una imprudencia tuya...

—Yo no he dicho á nadie... yo no he hablado con nadie...

—Pero tu amante... ese Pedro-el-Negro.

—¡Ana! esclamó picada en su orgullo Isabel... Pedro-el-Negro podrá ser todo lo que quiera... pero no es ni asesino, ni ladron.

—Bien; bien: quiero creerlo... sin embargo... si ha sido él, que se guarde... lo que me han robado vale un tesoro... vale muchos miles de doblas; pero por el dios de Moises, de Abraham y de Jacob, te juro que tarde ó temprano el ladron caerá en mi poder.

—¿Pero por dónde han entrado? esclamó aterrada, Isabel: ¿quién sabe si estarán ocultos en la casa?

—No, no; un ladron en cuanto da el golpe huye.

—¿Quién sabe? ¿quién sabe si no habiendo podido abrir el arca, se habrán ocultado para sorprendernos?

—¡Ojalá qué no hubiesen desaparecido! esclamó con una espresion feroz Leila: ¡oh! ¡oh! entonces sabria si era un robo aislado, ó es esta una traicion de la cual fuese necesario temer las consecuencias: es necesario ver por donde esa gente ha entrado: alúmbrame Isabel y vé delante.

Isabel tomó temblando la lámpara: Leila serena, pero terriblemente sombría, levantó uno por uno los tapices y nada halló: salió de aquella habitacion, cerró la puerta con llave, guardó en su escarcela aquella llave y registró la cámara, donde mas comunmente acostumbraba estar: nada halló; pero al mirar por acaso la vidriera del ajimez del centro, reparó en una circunstancia estraña.

Los vidrios eran pintados, unidos por engastes de plomo, y representaban asuntos mitológicos; el vidrio que habia desengastado el campanero contenia el pié de una Diana, y al volverlo á engastar á oscuras maese Blas, habia puesto lo de adentro afuera y el pié habia quedado puesto al revés. Leila se acercó y notó entonces las señales en las ondulaciones del filete de plomo que estaba maltratado, mientras los otros conservaban la rigidez de la construccion.

—Hé aquí por donde han entrado dijo: pero por aquí no pueden haber salido: esta cerrado por dentro y con la vidriera cerrada les hubiera sido imposible volver á colocar el vidrio. Sigamos, pues, nuestro registro.

Una por una registraron todas las habitaciones de su departamento y nada hallaron: la puerta secreta que comunicaba con el resto de la casa destinada á doña Aldonza Coronel, á Beatriz y á Berta, estaba cerrada tambien; pero al fin de la galería, Leila encontró abierta la vidriera del ajiméz que daba sobre el jardin y al acercarse á ella, su pié resvaló en un líquido denso y escurridizo.

—¡Alumbra! ¡alumbra! Isabel, dijo Leila; alumbra aquí.

Isabel inclinó la lámpara sobre el pavimento: entonces se vió un reguero rojo, que habia tocado á la balaustrada del ajiméz, á su columna y que habia penetrado dentro como un surtidor que hubiese partido de afuera.

—¡Sangre! esclamó profundamente Leila.

—¡Sangre! repitió estremecida Isabel.

—¡Alumbra! ¡alumbra fuera! esclamó Leila.

Isabel sacó la lámpara por el ajiméz y Leila arrojó una profunda mirada al jardin.

—Allí, al pié del muro, hay un bulto inmóvil, dijo la Liebre.

—Sí ¡un cadáver! observó Leila; ¡el cadáver de uno de los esclavos.., luego ha habido resistencia..! vamos, vamos... es necesario concluir.

Y yendo al centro de la pared de la galería, levantó una pieza de la faja del alicatado árabe, que á la altura de vara y media la adornaba y quedó descubierta en el fondo una pequeña cerradura que Leila abrió con una llavecita, y empujó; quedó descubierta una estrecha puerta por la que las dos jóvenes pasaron, y descendieron por una escalera, al fin de la cual habia una puerta cerrada: Leila abrió aquella puerta y se encontraron en el mismo pequeño y lindísimo patio que hemos citado antes; la fuente seguia corriendo con su monótono murmullo, y ningun otro ruido venia á mezclarse á él: atravesaron el patio y el vestíbulo y encontraron abierta la puerta que daba sobre el jardin.

—¡Por aquí han salido! esclamó Leila: ¿pero cómo? la puerta de comunicacion no parecia violentada, la del patio estaba cerrada: ¡oh! ¡que es esto Dios mio!

Leila corrió á la puerta esterior: aquella puerta tenia violentada su cerradura, pero estaba encajada, aunque con los cerrojos descorridos.

Leila corrió sus dos fuertes cerrojos, se aseguró de que ofrecia bastante resistencia y se fue rápidamente al lugar en que habia visto al negro.

Isabel la seguia con repugnancia. Cuando llegaron encontraron al esclavo de boca contra el suelo é inmóvil; la tierra á su alrededor estaba empapada en sangre.

Leila le volvió: sobre el pecho del esclavo habia tres profundas puñaladas y era un cadáver.

—¡Oh! pues no han sido ellos, esclamó Leila: y se volvió al pabellon del esclavo muerto, que comunicaba con las habitaciones de los otros dos esclavos, guardas del jardin.

Leila vió la celosía rota, franqueada, y entró por ella: aquel reducido espacio estaba desierto y sus dos puertas cerradas.

Leila no tenia la llave de aquellas puertas; pero asió un azadon que estaba en un ángulo entre algunas herramientas de jardinería, y descargó con él dos terribles golpes en la puerta que comunicaba con el interior.

La puerta se abrió y se exhaló por ella un ambiente cálido y de olor punzante. Cada cual en un lecho, habia dos esclavos dormidos: pero dormidos de una manera profunda. Leila los examinó como los hubiera examinado un médico y esclamó juzgando por su aspecto:

—¡Oh! ¡oh! ¡les han dado beleño! este era un golpe preparado... pero el otro... el otro asesinado... yo no comprendo esto; no lo puedo comprender; ¡oh! no... sin duda el otro miserable aletargó á sus compañeros, y los que se han servido de él le han matado para que calle... pero me olvidaba... ¡si era mudo! ¡oh! ¿que es esto, que es esto señor? y la puerta del patio abierta. ¡Ah!

Una inspiracion súbita hirió el pensamiento de Leila.

—¡Oh! ¡Beatriz! ¡doña Aldonza! esclamó.

Y partió como una exalacion seguida de Isabel; atravesó el jardin, el vestíbulo, el patio: subió las escaleras, atravesó la galería alta y lanzó un rugido de rabia al ver abierta la puerta de la habitacion de Beatriz.

Calenturienta, loca, terrible penetró dentro: nadie habia.

—¡Oh! ¡me la han robado tambien! esclamó con un acento para reproducir el cual no habria actriz posible: ¡me la han robado! ¡Beatriz! ¡Beatriz, her-

mana mia! gritó revolviéndose furiosa por la cámara.

—¡Tu hermana! esclamó asombrada Isabel.

—¡Sí, mi hermana! ¡mi pobre hermana! esclamó Leila llorando, acaso por la primera vez... ¿qué importa que lo sepas..? mi hermana... el único ser para quien mi corazon ha sido dulce y bueno... ¡y me la han robado...! ¡el rey! ¡sí, sin duda el rey! ¡miserable, infame! ¡oh! ¡oh! es necesario buscar, indagar... incendiar si es necesario á Sevilla... es necesario que Beatriz parezca... es necesario que yo la tenga á mi vista, que la pueda proteger... ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿no eres tu el Dios de las justicias y de las venganzas? ¿por qué no me dejas ser tu brazo sobre la tierra?

El pensamiento de Leila, se rehizo y en él brilló por un momento contestando á su pregunta la luz de su conciencia: vió á don Fadrique muerto y ensangrentado: á doña María de Padilla desmayada en su dormitorio; presentóla un porvenir de crímenes, un largo camino ensangrentado, y Leila tembló: tuvo miedo... pero el miedo la irritó y sin poderle arrojar de sí esclamó con un acento, solo comparable al de la blasfemia del primer réprobo:

—¡Bien! ¿que importa? ¡sangre! ¡sangre! hasta que me vea obligada á nadar en un lago rojo: me la piden mi madre, mi hermana, mi amor, mis zelos..... no puedo herir al padre... pues bien, heriré á los hijos: los heriré, sí, aunque haya de caer á la par herida por la mano de Dios.

Luego su vigorosa organizacion dominó su terror, su cólera, sus pasiones, y las sepultó en el fondo de su alma: su semblante se mostró de nuevo tranquilo aunque pálido y su temblor cesó. En cambio Isabel estaba estremecida de espanto.

—Es necesario pensar á sangre fria; esclamó Leila: la cólera es una mala consejera, contengámonos pues; vamos á ver lo último que nos queda que ver: veamos si nos han robado tambien á doña Aldonza.

Y saliendo de la habitacion que habia pertenecido á Beatriz, dió la vuelta á la galería y luego á otra puerta que estaba cerrada simplemente por fuera con un cerrojo. Abrió tomó la lámpara de manos de Isabel, y entró de puntillas. Doña Aldonza dormia profundamente en el fondo de la cámara, y su magnífica hermosura estaba embellecida con una hechicera sonrisa, que respondia sin duda á sus sueños.

—¡Oh! sin duda sueña en él, esclamó Leila, cuyo semblante tomó una espresion cruel... ¡oh! sí... es una sonrisa de amor y ella no ama á nadie... á nadie mas que á el... ¡oh! le ama como yo... necesito deshacerme de esta mujer, pero me desharé de ella aprovechándola.

Luego, salió, cerró, bajó con Isabel al jardin, entró en el pabellon de los esclavos, tomó un azadon y volvió al jardin.

—¿Qué vamos á hacer, dijo Isabel, estremeciéndose?

—¿Quieres que dejemos sin sepultar ese cadáver, ó que avisemos á los sepultureros de la parroquia?

—¡Ah! es verdad, esclamó Isabel que tenia fiebre..

—Ayúdame, pues: es necesario concluir antes que amanezca y ya queda poco tiempo.

Por fortuna, para ellas, las dos jóvenes eran vigorosas y la tierra del jardin húmeda y blanda. En el mismo tiempo que hubiera invertido un hombre y relevándose, abrieron una profunda hoya, y sepultaron en ella al negro. Cuando estuvo enteramente cubierta Leila arrojó cesped sobre la sepultura y la igualó de modo que hubiera sido imposible reconocer que allí se ocultaba un cadáver.

Cuando concluyeron amanecia, y se retiraron.

Ya entrada la mañana, Pedro-el-Negro vino á entregar á Leila el dinero que le habia dado don Simuel y á recibir instrucciones.

Nada encontró Leila en el semblante ni en el acento del bandido que le hiciera sospechar que era autor del robo: nada vió Pedro-el-Negro en Leila que le revelase ni la mas ligera impresion por aquel hecho.

Cuando salió dispuesto y despachado para partir definitivamente á Granada pensaba para sus adentros:

—Nada me ha dicho: luego desconfia de mí: no he podido ver á la Isabel, y esto es una nueva prueba de que se me tiene en cuenta: y luego ¡no saber quien ha matado al negro..! ¿quién se ha llevado á Beatriz y á la bruja Berta...! ¿habrá sido ella....? ¡oh! ¡oh! maese Sancho no hablará: yo lo fio: no le conviene hablar: pero si ellas están en poder de esa mujer... ¡oh! ¡oh! pero ahora voy á Granada... llevo conmigo un tesoro... y fácil me será informarme antes de volver si debo desconfiar ó no.

Pedro-el-Negro entró en la casa de vecindad de la calle de Maese Rodrigo; metió, encerrado á solas en su aposento, en una maleta las joyas que habia robado á Leila; cargó con ella; la puso por sí mismo á la grupa de su caballo, y tomando consigo doce de sus aventureros, mas por resguardar su tesoro que por sí mismo, les mandó armarse y montar á caballo, y salió aquel mismo dia hácia Granada.

A la misma hora, y despues de haberse concertado con Leila, Alvar Yañez partió para Aragon, despues de haber dado parte á la jóven de que Andrés Corchuelo habia partido al amanecer para Vizcaya.

LIBRO DÉCIMO-TERCERO.

CAPITULO I.

En que se demuestra la buena fe que tenian en aquel tiempo los vizcainos.

Era el 2 de junio del mismo año, y ya bastante entrada la noche.

En una gran cámara de una casa situada en el inestricable laberinto de callejuelas de Bilbao-la-Vieja, y delante de una mesa cargada de papeles, alumbrada por un enorme velon de hierro, que por sus ancladuras y adornos se apreciaria hoy como una joya, habia un hombre como de cincuenta años.

Estaba envuelto en un ropon á dos colores azul y negro, y sus cabellos grises estaban cubiertos por el birrete rojo, distintivo de los magistrados de la época: su semblante representaba á primera vista una provi-dad indudable, una candidez suma, un valor entusiasta, una energía á toda prueba, y todo esto caracterizado y envuelto por una marcada espresion de benevolencia y de franqueza.

Aquel hombre se llamaba Anton de Landu, y era, á mas que esposo de una respetadísima dueña y de padre de seis fornidos y terribles hijo-dalgos y de cuatro hermosísimas doncellas, diputado del noble y libre concejo de Vizcaya, que solo tenia un señor en la forma, puesto que sus verdaderos señores eran sus libertades y sus fueros.

Ningun señor, ni aun los señores de los lugares de behetría, estaba mas contenido, mas reducido á la nulidad como persona particular, que el señor de Vizcaya: es cierto que era un poderoso señor feudal, y que como los otros señores sus iguales, tenia la investidura de horca y cuchillo, de pendon y de caldera; pero no podia degollar, ahorcar, atormentar, azotar, enrodar, ni impicotar, ni levantar bandera, ni levar ejército, ni declarar la guerra, ni ajustar la paz sino con arreglo al fuero del señorío, admirable fuero, no guardado en pergaminos, sino trasmitido tradicionalmente de generacion en generacion, grabado indeleblemente en el corazon de los vizcainos y sostenido siempre con un valor heróico.

Si el rey de Castilla tenia vasallos en Vizcaya, era uno solo: el señor feudal: señorío trasmitido por herencia, con el concurso de la diputacion guardadora

de los fueros, diputacion omnipotente que no reconocia señor que influyese en sus deliberaciones cuando ejecutaba el fuero al aire libre, con la sencilla magestad de los tiempos patriarcales, bajo la sombra del venerado árbol de Guernica.

Anton de Landu era, pues, uno de los padres de la patria.

El buen magistrado, en la situacion en que le presentamos á nuestros lectores, estaba indudablemente apurado, y sudaba, como suele decirse, la gota tan gorda, no por el calor, que en aquella estacion aun no se dejaba sentir en Vizcaya, sino por el contesto de unos pergaminos que volvia y revolvia, y dejaba y trocaba y volvia á tomar y trastrocar, y que le tenian confuso, irresoluto, atolondrado en una palabra.

Y como estaba atolondrado, no pensaba de una manera tal, que podamos trasmitir sus pensamientos á nuestros lectores, porque eran una verdadera madeja enmarañada; si hablaba no era otra cosa que monosílabos y frases incoherentes y aun así en vascuence, lengua tremenda que se jacta de ser primitiva, y una de las que menos analogías tienen con las demás.

Traducidos aquellos monosílabos y frases, se reducia á: «Esto es grave... sí... ciertamente... ¡oh!... pues no... no puede ser... los fueros... pues, sí... es preciso... ante todo... sí... ante todo... el fuero... el fuero... las libertades... ¡oh! ¡oh!»

Y volvia y revolvia y tornaba á revolver los pergaminos, y cada vez se embrollaba mas.

—Francia... Navarra... Castilla... ¡oh! ¡no! nadie, nadie... en un caso... ¿pero á quien..? ¿como..? escluido don Tello...

Anton de Landu se envolvió al fin del todo, arrojó con cólera los pergaminos, se levantó, echando violentamente hácia atrás su sillon de roble que rechinó contra el pavimento de piedra de una manera desapacible, y se puso á andar á grandes pasos por la cámara, que era estensa y amueblada con unas sencillez verdaderamente vizcaina.

Y aunque habia dejado los papeles, no por eso habia dejado de sudar y de pensar, ó, por mejor decir, de procurar poner su pensamiento en un punto de vista conveniente, para salir del atolladero en que se encontraba.

—Y bien, dijo al fin, cansado ya de luchar inútilmente: don Tello está prófugo; el señorío, sin señor; el fuero le acusa... se trata de elegir otro señor... pues bien: la diputacion á Guernica y allí... uno no ve lo que cuento: esto es... no sé á que se ha venido á mí con estas cosas.

Anton de Landu suspendió su monólogo, porque habian resonado graves pasos en la antecámara, y al volverse, encontró en la puerta á otro hombre casi de su misma edad, aspecto y traje, salvo que el ropon del recien venido era enteramente azul, y de que asomaba bajo él la contera de una ancha espada.

—Dios te dé muy buenas noches, Anton, dijo el visitante.

—Bien venido seas, Pedro, repuso el visitado.

—¿No sabes lo que sucede, Anton? dijo sentándose sin ceremonia.

—Y tanto como lo sé: don Tello ha huido.

—Sí. Don Tello huye de nuestras leyes, y hace bien en huir; que no se presente entre nosotros, porque seria cosa de pedirle cuenta de Pero de Avendaño. Pero no es eso la mas importante; se teme que venga á apoderarse del señorío el rey de Castilla: hace algun tiempo que gentes de don Pedro recorren el señorío, que se introducen en las casas, que prometen.....

—¿Y qué prometen....?

—El sostenimiento de los fueros y de las libertades, con tal de que ayude al rey de Castilla en sus guerras.

—Mira, dijo Anton acercándose á la mesa y mostrándole los pergaminos que tanto le habian hecho sudar, eso mismo promete Francia; eso mismo promete Aragon. Por otra parte, los concejos de Bermeo, Lequeitio, Portugalete, Durango, Balmaseda, todos, todos claman porque se prenda el cuerpo de don Tello y se le juzgue con arreglo al fuero por la muerte de Pedro de Avendaño.

Pedro de Ochandiano miró profundamente y uno por uno aquellos pergaminos.

—Tienen razon, y reclaman segun fuero... esclamó al fin.

—¿Segun fuero? no... han debido reclamar á la diputacion y no á mí.

—Eso quiere decir que te han elegido acaso porque te creen el mas decidido por los estremos, porque creen que tu harás mas que otro y en menos tiempo.

—¡Yo...! pues á la verdad... no sé... nada se me ocurre que hacer.

—Pensemos, pues, con calma, dijo Ochandiano tomando un pesado sillon y sentándose al par que Anton de Landu ocupaba el suyo; la fuga de don Tello, y sobre todo, el crímen que ha cometido matando contra fuero á Pero de Avendaño, requeria una determinacion pronta y decisiva: es preciso elegir un señor...

—¿Y á quién...? dijo Landu. No hay que pensar en un rey: un rey querria tratarnos como á sus otros vasallos y nos haria estar siempre con las armas en las manos, para defender nuestras libertades.

—¿Y á quién hemos de elegir? ¿en dónde encontraremos el derecho?

—En la casa de Lara.

—¡En la casa de Lara! la traicion de don Tello la hace imposible.

—Pero á mas de doña Juana Nuñez de Lara, aun nos queda su hermana doña Isabel.

—¡Su hermana doña Isabel! ¡es decir, que haremos nuestro señor, á ese caballero sin fe, á ese miserable infante don Juan de Aragon!

—Si don Juan de Aragon, no respeta nuestros fueros, dijo con energía Anton de Landu, ya sabemos lo que pesan una cerbillera y un hacha de armas.

—Nunca ha sido prudente que los pueblos, confiados en su fuerza, entreguen sus libertades á un hombre ambicioso y tirano... es mas conveniente elegir al que mas seguridades ofrece de rectitud y de justicia... un pueblo puede ser sorprendido, dominado... y ¡ay! si llega un dia en que vea pisados sus derechos y pierda la seguridad de su fuerza... un poder despótico siempre tiende á menoscabar las leyes, á interpretarlas en su provecho, y llega un dia en que al fin se sobrepone á ellas: para lograrlo apela á la corrupcion... evitemos que la corrupcion nos toque..... en todo caso, aunque seamos bastante fuertes para no temer á la tiranía, siempre debe evitarse la sangre. ¿Crees tú que la madre que perdiese un hijo en defensa de la patria, no nos acusaria de haber dado motivo con nuestra imprevision á que la sangre de su hijo se vertiese.....? No, de ningun modo: ¡el infante don Juan..! un hombre que ha hecho traicion á su hermano, que ha renegado de su madre, que ha puesto á precio á su esposa, no es el hombre á quien pueden aclamar por señor los vizcainos..... no, no..... de ningun modo.

—Pretendes evitar la guerra, y sino elegimos al infante don Juan, la guerra será necesaria, precisa.

—¡Necesaria! ¡precisa...! ¿y por qué?

—No podemos elegir señor, porque escluida la familia de Lara, nuestro señor es el rey de Castilla.

—¿Y bien, qué mejor señor quieres, Anton?

—¡Nuestro señor don Pedro!

—Sí.

—¡Don Pedro el cruel y el ajusticiador!

—¡Don Pedro el valiente y el justiciero! esclamó levantándose con energía Ochandiano.

—¡Un hombre que, segun nos han dicho los que han venido huyendo de sus iras á ampararse á la som-

bra de nuestras libertades, acaba de matar á su hermano don Fadrique y teñido aun con su sangre viene en busca de su otro hermano don Tello!

—¿Y quiénes han sido los que tal nos han dicho? esclamó Ochandiano sentándose lentamente: no hay mas que verlos: todos tienen el rostro de traidor: ¿y qué era don Fadrique? un miserable como don Tello: ¿qué hariamos nosotros con este si le hubiéramos á las manos? le hariamos morir con arreglo al fuero: si le mata el rey don Pedro no hará otra cosa que satisfacer nuestra justicia.

—El rey don Pedro es violento.

—Cuando se le obstiga.

—El rey don Pedro es sanguinario.

—Con los traidores.

—El rey don Pedro es avaro.

—Necesita dinero para combatir la rebeldía.

—¿Sabes que para vizcaino defiendes con demasiado calor al rey castellano?

—¡Creo Anton que no pensarás que cuando le defiendo pienso en medrar!

—Yo no he dicho eso... ni lo he pensado... pero creo que te equivocas.

—El rey don Pedro, ante todo es justiciero... si el rey don Pedro ha dado ejemplo de violencia y de crueldad, le han provocado: entre nosotros no tedrá motivos... además de que el rey don Pedro, no pasará de ser nuestro señor, y, al fin, es mas noble tener un señor que de nadie es vasallo que otro que al fin es dependiente, que tiene que pagar tributo y rendir pleito homenaje, y está sujeto á una influencia superior... ganamos, con un rey, solo tenemos un señor; con un noble, tenemos dos señores, él y su señor feudal.

—El rey don Pedro, empeñado como está siempre en guerras, nos pedirá servicios.

—El señor de Vizcaya como su fuedatario, está obligado á dárselos.

—El señorío resistirá.

—El señorío le aclamará por sí mismo.

—El señorío ha rechazado ya sus lanzas...

—Entonces era distinto: don Pedro no tenia razon, venia contra fuero.

—Quien contra fuero venia, cuando le abramos las puertas de nuestra casa, contra fuero obrará.

—No obrará porque ya está escarmentado.

—Esto debe meditarse mucho.

—No hay nada que meditar Anton, porque esta es la voluntad de Vizcaya.

—Vizcaya se engaña.

—Engáñese en buen hora: pero no tengamos nosotro la pretension de saber mas que un pueblo entero.

—Las locuras de un hombre solo, por perjudiciales que sean no lo son tanto como las locuras de un pueblo.

—Pero un hombre solo nada puede si un pueblo no le ayuda, y por el contrario cuando todo un pueblo quiere, arrolla y despedaza á quien se le opone.

—¿Con que es decir que tendremos por señor á un rey?

—Tendremos por señor á un hombre que en sus reinos podrá ser árbitro de la vida y de la muerte de sus vasallos, pero que entre nosotros no será otra cosa que lo que han sido hasta aquí los señores de Vizcaya.

—Hágase la voluntad de Dios.

—Y en todo caso, si el rey quisiese matar nuestras libertades, nuestro suelo nos ayudaría con sus montañas y nuestros hijos con sus brazos, Anton; Vizcaya puede decir sin temor á un rey: sé nuestro señor: porque aunque ese rey sea tan poderoso como Carlo Magno, meditará mucho antes de obligarnos á golpear nuestro viejo escudo y hacer sonar de nuevo la bocina de Roncesvalles.

Apenas habia acabado de pronunciar Pero de Ochandiano estas palabras, cuando resonaron en la calle las pisadas de una cabalgadura, y poco despues tres retumbantes golpes producidos por el enorme llamador de la puerta de la casa.

—¿Quién puede ser á estas horas? dijo Anton de Landu levantándose.

—Alguno de tus hijos que vuelve.

—No, todos mis hijos están en casa; hemos rezado juntos las oraciones de costumbre y, como todas las noches, les he dado mi bendicion para separarme de ellos.

—Un hidalgo castellano, dice que quiere verte, señor, dijo un escudero asomando la cabeza á la puerta.

—¿Y no le has abierto al momento? ¿desde cuándo acá se hace esperar á nuestras puertas un extranjero?

—Es que como se dice por las plazas que...

—Abre, abre al momento, José, sino quieres que yo te abra los cascos.

El escudero partió como un rehilete.

—El pobre está, como todos, receloso é impaciente, dijo Ochandiano.

—Eso prueba que los castellanos no son muy bien recibidos por todos.

—Por el contrario, se teme que los castellanos traidores vengan á revolver nuestra casa; pero suenan pasos y espuelas: hé ahí á nuestro hombre.

En efecto, un hombre con traje de camino, empolvado hasta por cima de la gorra, acababa de aparecer en la puerta, y descubriéndose dijo desde ella.

—¿Dan licencia vuestras señorías?

—Aquí no hay mas señoría que la señoría de Vizcaya, mancebo, dijo afablemente Anton de Landu: y es tal nuestra señoría, que á todos nos hace iguales: entra pues; cúbrete, siéntate y dinos francamente á qué vienes.

El invitado adelantó y se cubrió, pero no se sentó.

Era Andrés Corchuelo, en cuyo estado jadeante se notaba que no habia dejado de correr sino con muy pocos descansos, desde su salida de Sevilla, y estaba rendido y molido.

—¿Quién de vosotros es, dijo, el diputado Anton de Landu?

—Yo soy, contestó el nombrado.

—Pues bien, Anton de Landu: una alta persona castellana me ha dado para vos estas letras.

—¿Y qué persona es esa?

—No puedo decíroslo... es mas, no lo sé... cumplo lo que se me ha mandado, y como debo partir despues de haber cumplido mi mensaje, os deseo mucha salud y me vuelvo; guárdeos Dios.

—No, ¡voto á...! esclamó Landu... estais cubierto de sudor y de polvo... ¡bah! es necesario descansar... de otro modo el trabajo seria la muerte... ¡hola! ¡oh! Juan, Cristóbal, aqui.

Se presentaron dos escuderos:

—Es inútil: debo salir al momento de Bilbao, y necesito apresurarme si no he de encontrar cerradas las puertas. Adios, pues, nobles señores: vosotros que sois tan libres no querreis atentar á la libertad de otro hombre. Quedad con Dios.

—Vé, pues, en paz, mancebo; pero ten cuidado de decir, que si no has encontrado hospitalidad en mi casa, es porque no has querido.

—Gracias, gracias, nobles señores... indudablemente valeis mas... mucho mas que los rico-hombres castellanos... me he detenido mas de lo que debia... Adios.

—El te ayude, contestó Landu.

Andrés salió acompañado de los dos escuderos; Anton de Landu y Pedro de Ochandiano, quedaron por un momento mirándose con sorpresa.

—¿Adivinas tú lo que es esto? dijo el primero dando vueltas al pergamino enrollado que tenia en la mano y del cual pendia un sello de plomo.

—No, en verdad... pero pronto puedes salir de dudas.

—Ese mancebo que acaba de salir (en efecto se

oian en aquel momento las pisadas del caballo de Andrés que se alejaba) tiene el semblante noble y franco: es uno de esos hombres á quienes se ama á primera vista... pero su precipitacion... lo misterioso de su mensaje... las muestras que traia de haber venido á mata-rocin...

—En tu mano tienes salir de dudas, y para que puedas hacerlo con libertad, te dejo.

—¡Cómo dejarme! ¡medrados estamos! cada nuevo pergamino que recibo me causa miedo; á mas este tiene pendiente el sello real de Castilla... veamos.

Anton rompió la cera colorada que cerraba el pergamino, y la primera palabra que vió escrita en letras gordas fue.

«El rey...

—Nos trata ya como sus vasallos, esclamó roncamente el receloso Landu.

—Sigue, sigue Anton, dijo Pedro de Ochandiano: por una palabra no se juzga de un escrito.

Anton de Landu prosiguió:

»El rey don Pedro de Castilla, á sus buenos amigos los diputados de Vizcaya Anton de Landu y Pedro de Ochandiano, salud y prosperidad:

—¡Oh! ¡oh! tambien para ti, esclamó Anton de Landu, á cuyo rostro habia subido cierta llamarada de orgullo al verse llamar amigo por aquel terrible rey don Pedro, en el cual no queria tener un señor.

—Ya ves: dijo gravemente Ochandiano: el rey don Pedro no puede andar mas vizcaino con nosotros; nos llama amigos... pero ya que para entrambos es esa carta, sigue leyendo Anton.

»Bien sabreis, y si no lo sabeis hoy lo sabreis mañana, que yo me encamino con algunas lanzas á Vizcaya...

—¡Ira de Dios! esclamó Landu, ¡oyes! dice que viene con lanzas...

—Sigue Anton, sigue...

Anton siguió.

»Pero esas lanzas no se enristrarán contra las libertades de Vizcaya: la rebeldía de mis nobles, me obliga á no salir de mi córte sino rodeado de un ejército: y aunque bien sé que la lealtad de los vizcainos...

—¡La lealtad! esclamó interrumpiéndose de nuevo el lector.

De nuevo Ochandiano pronunció su flemático: sigue Anton, y Anton siguió.

»... y aunque bien sé que la lealtad de los vizcainos es tal que podria andar entre ellos libre y sin armas, las circunstancias en que se encuentra el señorío, muerto Pero de Avendaño, licenciadas sus milicias, fugitivo y acusado su señor, amparados en él una multitud de rebeldes á mi persona y avocados á la frontera los aventureros con que don Tello pensaba esclavizarlos, creo prudente adelantar con mis buenos capitanes y hombres de armas, no como un rey conquistador, ni aun como vuestro señor, siendo así que para esto último me asiste un derecho, sino como un amigo que viene en ayuda de los fueros y franquicias de sus buenos amigos de Vizcaya.

—¡Bien! ¡bien! dijo conmovido el noble y sencillo Anton de Landu.

—¿Lo ves, Anton? ¿lo ves? dijo Ochandiano, cuyo semblante mostraba cada vez una espresion mas reservada y cuidadosa.

Landu siguió.

»Creo, pues, que debo entrar al frente de mi ejército, pero esto no será si vosotros no quereis; en el momento en que un solo vizcaino se ponga delante de mis soldados, mis soldados retrocederán y volverán á pasar vuestras fronteras.»

—Los vizcainos no rechazarán hoy al rey don Pedro, murmuró en acento ininteligible Ochandiano... y esto es un mal... es una infraccion de los fueros hecha por la fuerza.

—¿Qué dices, Pedro?

—Nada digo, Anton; sigue.

»Creo que los vizcainos antes de entregarse de nuevo á la casa de Lara, casa que tan fatal les ha sido, preferirán tenerme por señor...

—¡Oh! esto es mucho decir, esclamó interrumpiendo su lectura Landu.

—Sigue, sigue, Anton, esclamó ya impaciente Ochandiano, y acaba de una vez.

»... preferirán tenerme por señor: pero esto seria un abuso: un acto ilegítimo: porque el esposo de doña Juana Nuñez de Lara haya sido un miserable, indigno de la valiente lealtad de los vizcainos, no prueba que lo sea del mismo modo, por mas que se puedan tener grandes y fundados recelos, el infante don Juan de Aragon, esposo de doña Isabel Nuñez de Lara, á quien por esclusion de don Tello, como hermana menor de doña Juana, corresponde de derecho el señorío. Así, pues, atendiendo á que un pueblo debe ser justo, si quiere ser gobernado en justicia; atendiendo á la inviolabilidad de vuestros fueros y á las razones que militan en pro de doña Isabel Nuñez de Lara, espero que apurareis toda vuestra influencia para que don Juan de Aragon sea aclamado señor de Vizcaya por el derecho de su esposa. No os den cuidado los vicios, las infamias y los crímenes del infante: esos crímenes le han puesto bajo nuestra justicia: por ser vuestro señor no deja de ser nuestro vasallo, y la justicia se cumplirá, y muy pronto. Entonces os quedará por señora doña Isabel, y caso de que vuestros fueros, de que no estoy muy enterado, se opongan á que seais regidos por una mujer, yo daré á doña Isabel marido tal, que no tengais por qué quejaros; antes bien os deis por contentos y satisfechos. Esto espero que hagais por mi mediacion; de no hacerlo, tened en cuenta que apoyaré con todas mis fuerzas los derechos de doña Isabel Nuñez de Lara, mi noble prima, y os trataré como tratarse debe á un pueblo rebelde. Otrosí; guardad un profundo silencio acerca de lo que os escribo, y ni aun á mí mismo, entendedlo bien, hagais relacion de este escrito, porque lo tomaria á deservicio y tendria el sentimiento de retiraros mi amistad: pero obrad como os digo que obreis: haced gritar al pueblo debajo de mis balcones por doña Isabel Nuñez de Lara, y tened en cuenta que, cuando tal os ruego que hagais, es pensando solo en vuestra prosperidad y en vuestras libertades. Guardeos Dios. De mis reales alcázares de Sevilla á veinte y nueve dias del mes de mayo, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil y trescientos y cincuenta y ocho años.—Yo el rey.—Yo Mateos Ferrandez, escribano de cámara del rey mi señor, la refrendé por su mandado.»

—Dame, dame, Anton, dijo Ochandiano.

Landu le entregó la cédula.

—No está escrita de mano del rey, dijo Pedro de Ochandiano; y sin embargo esta es su firma, este su sello; esta la firma de Mateos Ferrandez, y este, sin disputa, el sello de la cancillería... he visto esto muchas veces en cartas y cédulas del rey dirigidas á la señoría de Vizcaya... y ¿cómo el rey ha podido hacer refrendar y signar una carta particular, secreta?

—¡Oh! eso es muy sencillo: el rey tendrá pergaminos en blanco autorizados para casos urgentes ó secretos.

—Y si esto es tan secreto, ¿cómo no está escrita toda la carta de puño del rey..?

—¡Oh! quien sabe: tales secretarios de confianza puede tener...

—Sí, es cierto... pero...

—Y luego el rey nos ha aconsejado lo mismo que yo te decia... ante todo la legitimidad, lo justo... despues si el rey corta ó magulla la cabeza al infante don Juan y casa con otro á la doña Isabel... sí, sí... el rey y yo pensamos del mismo modo.

—Pues bien, pensemos así todos... al cabo todo se reducirá á que se vierta alguna sangre.

—Mis hijos saldrán mañana con cartas mias para Durango, Balmaseda, Lequeitio, Bermeo y Marquina: tú encárgate de Bilbao.

—Sí, sí; ello en fin nada se arriesga mas que lo que se arriesgaria de otro modo, y en fin, el rey sabe sin duda lo que hace. Quedamos pues...

—Por supuesto: doña Isabel será aclamada y en su nombre el infante don Juan.

—Adios, Anton.

—Adios, Pedro.

Ochandiano salió, y poco despues se oyó la puerta de la casa que se cerraba.

Anton de Landu recogió, en tanto, cuidadosamente los pergaminos, los guardó en un macizo y robusto armario, y se encaminó á su alcoba.

—¡Vive Dios! dijo bostezando y empezando á desnudarse, que me han quitado un horrible peso de encima... sí, sí... yo pensaba bien... y una prueba de ello es que el rey de Castilla piensa como yo.

Y despues de esto se metió en la cama, rezó algunas oraciones, y antes de concluirlas se durmió.

CAPITULO II.

De cómo los vizcainos eligieron por su señor al rey de Castilla.

Siete dias bastaron á don Pedro para llegar desde Sevilla á Aguilar del Campo, en el reino de Leon, donde sabia que estaba don Tello, á la vista de Vizcaya, esperando á que calmase la irritacion de los ánimos, exasperados por la muerte de Avendaño, y volver de nuevo á su señorío, armado de razones ó de influencias para disculpar aquel asesinato, que tan irritados contra su señor tenia á los vizcainos.

Una rapidez tal como la que habia demostrado en su marcha el rey, era maravillosa para aquellos tiempos: esto representaba marchas apresuradas y continuas, sin dilacion ni reposo; porque no puede suponerse que hubiese caballos de refresco para el rey, su servidumbre y sus lanzas, como los hubo para Andrés Corchuelo.

Don Pedro contaba con esta celeridad para sorprender á su hermano don Tello, de quien hacia mucho tiempo ansiaba deshacerse. Don Pedro no se creia seguro sino cuando no existiese ningun hijo de doña Leonor de Guzman, ningun infante, nieto del rey don Alonso de Portugal, nadie que pudiera buenamente en un caso dado alegar un derecho á la corona de Castilla. La muerte del maestre de Santiago no habia sido, pues, mas que el principio de un plan meditado largo tiempo antes, en el que entraban por igual el recelo y la venganza. El único pensamiento de don Pedro desde que pudo ver su situacion y la de sus vasallos desde su verdadero punto de vista, fue el de cimentar el poder del despotismo real, sobre el polvo del poder feudal. De aquí lo terrible de sus ejecuciones, de aquí sus actos restrictivos, de aquí la velocidad con que corria en busca de don Tello.

Don Pedro tenia por seguro haber á las manos á don Tello: pero no habia contado con un poder que se levanta de una manera fatal delante del plan mejor combinado y le destruye: esto es con una eventualidad, con un acaso.

Un acaso hizo que al entrar en la villa de Aguilar don Pedro, le conociese un escudero de don Tello: el leal servidor corrió á prevenir á su amo que sin detenerse un momento, saltó en un caballo, salió de la villa por un estremo á tiempo que el rey entraba por otro, y huyó, hundiendo las espuelas en los flancos de su caballo, suelta la rienda, aquejado por un terror pánico.

Receloso de Bilbao don Tello, se encaminó á Bermeo, compró á un pescador, se metió en una barca y solo pensó en poner el mar entre su hermano y él. Don Pedro llegó poco despues á Bermeo, entró en un buque y dió caza á don Tello hasta la altura de Lequeitio, donde los vientos contrarios le obligaron á abandonar, rugiendo de cólera, el alcance de su enemigo, que no se creyó seguro hasta que pisó las playas de Bayona.

Ni siquiera habia intentado sublevar en nombre de los fueros aquel señorío que dos años antes habia rechazado victoriosamente el estandarte real, y que ahora sin desnudar una espada, dejaba entrar al rey don Pedro á la cabeza de un ejército.

Aquellos audaces montañeses, indispuestos con don Tello por la muerte de Avendaño, el hombre mas popular de su tiempo, vieron con placer á un rey que se presentaba como vengador de aquel delito.

El rey cuidó de no alarmar el susceptible espíritu de independencia de los vizcainos; hablóles con el mas profundo respeto de sus fueros: decíales que solo habia ido á libertarles de un señor odioso, y que dejaba en entera libertad á la diputacion del señorío de elegir uno nuevo.

Político consumado ya por la esperiencia don Pedro, necesitó pocos esfuerzos para apoderarse del ánimo de los vizcainos y entusiasmarlos en su favor. Su juventud; su carácter tan simpático unas veces, como era odioso y terrible otras; su energía, su valor, ganaron la confianza de los vizcainos y ya no se pensaba por nadie en otro señor que en el rey de Castilla.

Esto, que no pasaba desapercibido á los ojos del infante don Juan, le tenia constituido en un disgusto y en una zozobra continuas: engañado por las promesas del rey, empezando á desconfiar de ellas, instaba al rey continuamente, para que le pusiese en posesion del señorío haciendo valer sus derechos ante los vizcainos.

Seguro el rey del éxito, para dar una muestra de su proteccion, convocó perentoriamente á la diputacion de Vizcaya que, pocos dias despues, se reunió, segun costumbre, al aire libre bajo el árbol de Guernica, para elegir señor.

El mismo rey acompañado del infante don Juan, de Hinestrosa, de Pero Lope de Padilla y de Men Rodriguez de Sanabria, asistió á la asamblea: diez mil personas estaban agrupadas alrededor del sagrado árbol á cuya sombra, investidos con la soberanía nacional, deliberaban los diputados.

El rey tomó la palabra, y en un largo discurso, cuidadosamente estudiado, les recordó, reconociendo primero la absoluta independencia de la asamblea, la dominacion de la casa de Lara, desde Lope de Zuria, nobilísimo caballero, descendiente de los reyes de Escocia, que habiendo defendido heróicamente la independencia de los vizcainos en el siglo IX, venciendo en Arrigorriaga el ejército del rey de Leon, don Alonso Tercero el Grande, mandado por su hijo el infante don Ordoño, fue elegido señor por voto libre de Vizcaya en 862, continuando su raza en la posesion del señorío, hasta doña Juana de Lara, que acababa de ser destituida: representóles que doña Isabel, su hermana, tenia un derecho incontestable, como descendiente en igual línea del dicho Lope de Zuria, y acabó proponiéndoles por señor al infante don Juan de Aragon, esposo de doña Isabel Nuñez de Lara.

Mientras el rey habló, dominó el mas profundo silencio, hasta que, esforzando su voz don Pedro para ser oido de todos, dijo:

—¡Vizcainos! ¿quereis por vuestro señor á don Juan, infante de Aragon, por el derecho de su esposa doña Isabel Nuñez de Lara?

Entonces se levantó un verdadero alarido, imponente y amenazador lanzado por diez mil bocas:

—¡No! ¡no! esclamaron en un grito unánime: ¡no mas Laras! ¡Ni ahora, ni despues, ni nunca queremos

otro señor que el rey de Castilla! ¡viva don Pedro, nuestro señor! ¡viva!

—¡Vizcaya te aclama su señor, rey de Castilla! esclamó la diputacion á una voz.

—¡Viva nuestro señor, don Pedro de Castilla! repitió de nuevo y con mas fuerza la multitud, el señorío entero, agrupado al rededor del árbol de Guernica.

Esta aclamacion espontánea no era otra que la espresion del buen sentido y del orgullo de los vizcainos: ya que les era preciso tener un señor, querian que no fuese vasallo de nadie.

Don Pedro sin aceptar ni rehusar, agradeció á los vizcainos el homenaje que le rendian y que, segun su espresion, estaba muy lejos de esperar. Y como al retirarse el infante don Juan se encontrase engañado é hiciese al rey cargos por ello, Don Pedro le dijo:

—Primo: ya habeis visto que he estado hablando una hora en favor de vuestros derechos, lo que no acostumbro, porque aborrezco los discursos largos: habeis visto tambien que yo no he aceptado ni soltado palabra ni prenda, por la cual estos montañeses puedan tenerme por su señor: además, la diputacion ha sido reunida muy perentoriamente por daros gusto y han faltado algunos concejos, entre ellos el de Bilbao: vamos ahora allá y me prometo hacerme entender mejor de los bilbainos.

Don Juan, aunque perdida la esperanza, hubo de aceptar la disculpa del rey y aquel mismo dia partieron para Bilbao.

Don Pedro, por la voluntad nacional, era ya legítimo señor de Vizcaya, y solo le faltaba para recibir su investidura, jurar los fueros y libertades del pais.

CAPITULO III.

De cómo acabaron los asuntos del infante don Juan.

Solo quince dias habian pasado desde la muerte de don Fadrique y seis desde la fuga de don Tello, y ya don Pedro, sin haber desnudado la espada, era señor de Vizcaya.

Corria el 13 de junio de 1358; era por la mañana y el rey se entretenia, jugando á las tablas, con Men Rodriguez de Sanabria, en una cámara del palacio señorial, en que le habian aposentado en Bilbao.

Aquella cámara, magnífica y estensa, con paredes ricamente entapizadas y techo dorado de ensambladura del gusto bizantino, solo tenia dos puertas y un gran balcon con balaustrada de mármol, que daba sobre la plaza de San Anton. Al frente de este balcon se veia el puente de San Anton, que ponia en comunicacion, salvando la ria, al nuevo Bilbao con Bilbao-la-vieja; en el costado de la derecha se alzaba la casa del concejo, y en el de la izquierda la iglesia de San Anton.

Desde muy temprano, por el puente, por las bocas calles, por todas las avenidas de la plaza, habia fluido y refluido una multitud ruidosa é inquieta; don Pedro habia mirado con prevencion aquel movimiento, habia mandado á Gutier Ferrandez de Toledo que tuviese apercibidas sus lanzas, y á Hinestrosa que no perdiese un momento de vista al infante don Juan.

Y no era esto sin fundamento: los espías de que siempre iba prevenido, personas oscuras, que en todas partes entraban, que todo lo escuchaban, hasta lo mas indiferente, le avisaron de que Bilbao entero estaba de parte del derecho de doña Isabel Nuñez de Lara; que se hablaba desembozadamente de ello en las tabernas, en las casas y hasta en las calles, y que se protestaba de la eleccion de la junta de Guernica, puesto que á ella habian faltado muchos concejos.

Esto no significaba otra cosa, sino que Anton de Landu y Pedro de Ochandiano, creyendo cumplir las instrucciones del rey, habian influido de una manera poderosa en las masas.

Don Pedro que, como saben nuestros lectores, no tenia noticia de tales instrucciones, atribuyó el estado de las cosas á amaños del infante don Juan: y, pensando prudentemente, no podia ser de otro modo: los acontecimientos habian venido á confirmar el dicho de los escuchas del rey, y aquellas masas, que como una verdadera marea, en un continuo flujo y reflujo venian á agitarse delante del alcázar, dejaban oir un sordo murmullo en que no era difícil de percibir el nombre de doña Isabel y de don Juan.

Esto tenia al rey inquieto, taciturno y abstraido de tal modo, que cometia torpezas imperdonables en el juego, hasta el punto de verse apurado Men Rodriguez para no ganar al rey.

—Decididamente, Sanabria, dijo al fin don Pedro: no estoy para jugar: conozco los esfuerzos que haces para no ganarme: te me pones delante de una manera desembozada: dejémoslo por ahora.

—Como quiera vuestra señoría.

—Si, si, mas tarde continuaremos: ve á buscar á Hinestrosa.

Men Rodriguez salió, y el rey se acercó al balcon y miró á la plaza por entre los tapices: la plaza hervia de gente: era un mar de cabezas sobre el que se oia un murmullo sordo como el del oleaje antes de la tormenta.

—¡Ah! ¡ah! ¿con que esas tenemos señores vizcainos? ¿con que es decir que vosotros que teneis fama de tan firmes y tan graves, sois como todos los pueblos: esto es: veletas que se vuelven en la direccion del aire que corre? ¡hola! ¡hola! pues bien; si ahora sopla la influencia de don Juan, veremos como esa influencia se sostiene... al cabo, al cabo mis escuadrones y mis ballesteros son un viento tan bueno como cualquier otro... cuidad no me canse y rompiendo por todo ponga la maza sangrienta de mi bravo Juan Diente sobre vuestros fueros hechos trizas: los fueros de las ciudades y de las villas, son, ni mas ni menos que los de la nobleza, otros tantos girones arrancados á la púrpura real: ¡oh! ¡oh! y si nosotros no remendamos enteramente nuestra púrpura, es porque aun nos contenemos ante el pueblo... pero que el pueblo no siga las huellas de los ricos-hombres... porque entonces llenaremos de fruto las horcas y las picotas señoriales.

Don Pedro calló y lanzó una larga y profunda mirada sobre la multitud que se estrechaba cada vez mas contra el palacio.

—¡Oh! no tienen armas, dijo: pero no importa; esta es una verdadera sedicion: una rebeldía, porque al fin el señorío, representado por su diputacion, me ha elegido señor.

En aquel momento, fuese que hubiese crecido el concurso, fuese que empezase á impacientarse, empezaron á oirse distintamente voces de:

—¡Que nos den nuestro señor!

—¡Viva el infante don Juan!

—¡Viva doña Isabel Nuñez de Lara..!

Y crecian las voces y con ellas la cólera del rey.

—¿Sabes que significa esto? dijo dirigiéndose á Hinestrosa que acababa de entrar en la cámara con Men Rodriguez.

—Esto significa, señor, dijo Juan Fernandez de Hinestrosa, que Anton de Landu y Pedro de Ochandiano, los dos ciudadanos mas ricos de Vizcaya, han tomado por su cuenta, segun me han dicho, hacer que el infante don Juan sea señor de Vizcaya.

—¡Oh! ¡oh! pues no han pensado mal: oye Hinestrosa, manda á avisar á esos dos poderosos señores, que yo deseo verlos al momento y que los espero. Oye: además vete á la posada del infante don Juan y tráetele contigo: ¡hola! ¡eh! ¡Gutier Ferrandez!

Al llamamiento del rey entró el guarda mayor de los escuderos hidalgos.

—¿Qué esperas Hinestrosa? esclamó don Pedro con cólera... vé y haz lo que te he mandado; necesito salir pronto de este asunto (Hinestrosa salió): tú Gutierre, añadió el rey, ármate, ponte al frente de mis escuadrones en el patio, y espera por si es necesario dar una arremetida á esos buenos y voceadores montañeses. Vé. (Gutierre salió) Y tú, Sanabria, haz venir á mis ballesteros y á mi córte; hazles esperar en la antecámara y vuelve.

El rey quedó de nuevo solo, y volvió á ponerse en observacion tras los tapices; la multitud seguia rugiendo y agrupándose contra el palacio; de repente, allá al fondo de la plaza, notóse una ondulacion inmensa, y, sobre las cabezas de la multitud, apareció un ginete á quien seguian otros cuatro. La espresion de una alegría singular, *sui generi*, alegría terrible que hubiera causado espanto al hombre mas feroz, apareció en el semblante del rey.

—Es Juan Diente, murmuró con voz opaca.

En efecto era Juan Diente, que, cubierto con la cota de armas del rey, y seguido de cuatro ginetes, adelantaba lentamente entre las masas, diciendo de tiempo en tiempo:

—Paso, hidalgos, paso: su señoría el rey me espera.

Aquel «*su señoria el rey,*» á que no estaban acostumbrados los vizcainos, les sonaba tan mal, que el bravo ballestero se veia obligado á oir irreverentes murmullos, que le hacian á su vez murmurar:

—¡Ah! ¡mal rebaño de cabras monteses! ¡vuestra soltura vendrá á parar algun dia en estrechura! ¡ira de Dios! ¡no quereis rey! ¡cuidad que huyéndole, no os dé el diablo con un rey en las narices!

Por de contado que Juan Diente pronunciaba entre los suyos sus murmuraciones realistas, que á ser oidas, le hubieran producido una réplica tal que no hubiera quedado en situacion de hacer mas justicias.

Esto lo conocia perfectamente el ballestero, y como la valentía no escluye á la prudencia, callaba, pero no sin murmurar por ello y sin mostrar el semblante mas feroz y contrariado del mundo.

Y así, adelantando lentamente y escitando de buena manera á los bilbainos á que le hiciesen paso, llegó al fin á la puerta del palacio, de la cual, á pesar de estar abierta y sin guarda armada, no habia pasado un solo hombre. La plaza era suya y la ocupaban; pero respetaban el terreno de propiedad particular, con ese admirable respeto á la ley que siempre ha distinguido á los vascongados.

Juan Diente echó pié á tierra, entregó las bridas á uno de los ginetes, que tambien habian desmontado, y tomando de la grupa de su caballo una caja negra que estaba sujeta á ella por unas correas, adelantó con ella por el ancho zaguan, subió las escaleras, y poco despues estaba con la misteriosa caja delante del rey.

—¿Has cumplido mis órdenes? le dijo don Pedro.

—Si señor, contestó el ballestero.

—Pronto, muy pronto has concluido.

—Nueve dias para llegar, señor, dos para ejecutar y cuatro para venir.

—¿Todos?

—¡Todos! he aquí la lista, señor, certificada por los señores alcaldes de Casa y Córte de Salamanca.

—¿Y qué traes en esa caja?

El ballestero la puso sobre la mesa, la abrió y con la tapa levantada la presentó al rey.

Contenia dos cabezas humanas amoratadas, lívidas, alcanforadas, segun la manera de los árabes, colocadas, como en un estuche, y con los semblantes para arriba.

Don Pedro arrojó una mirada fria, impasible sobre las cabezas; y esclamó con acento natural, como sino se tratara de un asunto tan terrible:

—¡Bien, muy bien! hace mucho tiempo que debiais estar así Alfonso Tenorio, Lope de Bendaña: hubiéramos escusado, vosotros muchas traiciones y yo mucha impaciencia, mucha cólera. Gracias, mi buen Juan, muchas gracias.

El ballestero cerró la caja.

—¿Me manda vuestra señoría alguna cosa?

—Sí; si por cierto, que te mando: por muy cansado que estés, con mas gusto descansarás si mas te cansas; (el rey escribia entretanto) toma, y obedece lo que ahí está escrito.

Juan Diente deletreó el pergamino, y dijo:

—Muy bien, señor.

—Vete.

Juan Diente salió, y al salir se cruzó con Men Rodriguez, que entraba, y le saludó con un afectuoso respeto; el jóven devolvió, sin violencia, su saludo al ballestero.

—¿Están ahí todos, Sanabria? dijo el rey que habia vuelto á mirar á la plaza desde los tapices.

—Si señor, contestó Men Rodriguez.

—Pues he allí que por el puente de San Anton vienen á caballo los dos graves diputados Landu y Ochandiano... ¡ah! ¡ah! y por la parte de la iglesia el infante don Juan con su servidumbre, acompañado de Hinestrosa... ¡Diablo, y cómo gritan esos desalmados!

Y en verdad los bilbainos al ver al infante, gritaban á grito herido:

—¡Viva nuestro señor, don Juan de Aragon!

Y el infante rebosándole el gozo por el semblante, adelantaba lentamente como en una marcha triunfal, y saludaba á la multitud, agitando á derecha é izquierda su rica gorra.

El, Hinestrosa y los cuatro escuderos que le acompañaban, invirtieron un cuarto de hora largo en atravesar la plaza, en cuyo tiempo, el pensamiento del rey tuvo espacio bastante para ponerse negro en fuerza de sombrío; cuando llegaron á la puerta del palacio, don Pedro se volvió á Men Rodriguez.

—Haz entrar á mi servidumbre.

Sanabria fué á la puerta, y dijo:

—Señores, su señoría el rey recibe.

Inmediatamente entró la escasa servidumbre que habia traido el rey, compuesta de los de mas confianza de su cámara: apenas llegaban á diez que se agruparon en silencio en un ángulo:

—Juan de Ontiveros, dijo el rey, llega.

Uno de los caballeros se acercó á don Pedro, que le habló rápidamente al oido, despues de lo cual Ontiveros volvió con los otros, y les habló tambien.

—Sanabria, dijo el rey, continuemos nuestra partida.

Generalmente el rey, cuando estaba próximo algun grave acontecimiento, apelaba á las tablas, su juego favorito, para disimular su impaciencia.

Sentóse el rey, y quedando Men Rodriguez de pié al otro lado de la mesa, empezaron el juego: los caballeros cuchicheaban desde su puesto.

Poco despues, un camarero anunció á los diputados de Vizcaya Anton de Landu y Pedro de Ochandiano.

—¿Nos has mandado llamar, rey de Castilla? dijo con su ruda franqueza Anton de Landu.

—Si, mis buenos amigos, contestó el rey sin levantar la vista del tablero y haciendo al mismo tiempo una jugada: os he mandado llamar para que podais certificar como testigos de lo que aquí va á suceder.

Y sin hacer mas cuenta de los dos diputados siguió en el juego.

Transcurrió un corto espacio y el mismo camarero anunció al infante don Juan, que dejando fuera sus escuderos por etiqueta, entró acompañado de Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Guarde Dios á vuestra señoría, dijo con acento alegre el infante.

—Dios os guarde, primo: contestó el rey: permitidme un momento; este buen Sanabria se ha hecho tan jugador que me pone en estrecho... pues no... no sé por donde voy á salir... esto es cosa perdida.

Estaba tan acostumbrado el infante á estas estravagancias del rey, que, sin reparar en ello, y como su alegría le hacia comunicativo, se acercó á los caballeros de la servidumbre que palidecieron al acercárseles don Juan.

El infante iba cubierto de brocados, y, como para dar una muestra de confianza á los vizcainos, habia atravesado entre ellos sin mas armas que una pequeña, pero preciosa daga de córte.

Despues de haber cambiado algunas palabras con la alta servidumbre, Ontiveros se acercó á él y tomándole como en confianza la daga le dijo:

—¡Por mi vida que nunca he visto una tan rica alhaja!

—¡Os agrada! esclamó don Juan que estaba de gracias: quedaos pues con ella...

Muerte del infante don Juan.

—¡Cómo señor!

—Quedaos... solamente es de sentir el poco valor de la prenda...

—Siendo vuestra, señor...

—Quardadla, pues, y no hablemos mas de ello.

Don Pedro que no habia perdido una accion ni una palabra, aunque parecia enteramente absorto con el juego, fuese por acaso ó por intencion, al ver desarmado á don Juan, esclamó con acento colérico.

—Lo dije... era preciso un milagro para no perder.. no puedo descuidarme contigo Sanabria.

El infante y todos se volvieron hácia el rey escitados por aquel incidente.

—Empecemos otra partida, y veamos si soy tan desgraciado en ella como en la anterior. Entretanto, primo don Juan, salid al balcon y calmad la impaciencia de los buenos vizcainos que os aclaman. Decidles que pronto, muy pronto, les daremos señor...

El infante comprendiendo de una manera favorable las palabras del rey, se encaminó al balcon, abrió los tapices y se avanzó á la balaustrada.

El rey detuvo su juego y miró de una manera com-

bria, que hizo estremecerse á todos los que estaban en la cámara, al infante don Juan que no podia verle porque estaba vuelto de espaldas, y harto distraido con las aclamaciones de que era objeto.

El infante hizo ademan de hablar, y todos callaron. Al ruido anterior sucedió un silencio tan profundo como si no hubiera nadie en la plaza.

—¡Gracias! ¡gracias en nombre de mi esposa, cuyos legítimos derechos defendeis; buenos y nobles vizcainos! dijo el infante don Juan, yo os demostraré gobernándoos en justicia, que sé apreciar el valor con que defendeis vuestra independencia y vuestros fueros.

—¡Que hablais de lealtad, ni de fueros, ni de independencia, infante don Juan de Aragon! esclamó el rey, con ambas manos puestas sobre la mesa avanzando el cuerpo y la cabeza lívida y colérica, vuelto hácia don Juan.

El infante se volvió y palideció al ver el fatal aspecto del semblante del rey.

¡Vizcainos! ¡ahí teneis al que pretendia ser vuestro señor!

—Entrad, entrad, ¡vive Dios! infante, esclamó dominando la cólera el rey, y no digais mas sandeces.

—¡Cómo señor! ¿pues no me habeis mandado...?

—Os he mandado que digais á mi señorío de Vizcaya que pronto le presentariamos su señor.

—¡Vuestro señorío! esclamó aterrado el infante.

—Sí: mi señorío! señorio adquirido por la voluntad de Vizcaya, representada por su noble diputacion reunida ayer bajo el árbol de Guernica con arreglo al fuero... Ayer fuí aclamado señor... y vos sublevando hoy á los bilbainos, presentándoos como señor de Vizcaya á una junta, ilegal, tumultuaria, contra fuero, sois un traidor.

—Vuestra señoría me aseguró...

—Yo no os he asegurado nada, yo no podia aseguraros nada... lo que puedo aseguraros y os aseguro es que habeis obrado vuestra última traicion.

Y sin escuchar la réplica del infante, se volvió hácia una puerta y gritó con la voz opaca por la cólera:

—¡Ola! ¡Juan Diente! ¡á mí!

Inmediatamente se abrió la puerta y el formidable Juan, seguido de algunos ballesteros entró en la cámara, inundándola, por decirlo así, de terror.

Al mismo tiempo se cerró con estruendo y por manos invisibles la puerta de entrada y Juan de Hinestrosa quedó delante de ella con la espada desnuda.

—¿Qué me quiere vuestra señoría? esclamó Juan Diente, en medio del silencio horrible que habia causado su aparicion.

—Toma la cabeza de ese traidor.

Y le señalaba al infante don Juan.

Juan Diente harto acostumbrado á estos empeños, se lanzó sobre el infante con la ferocidad de un toro, y le descargó un golpe en la cabeza : aturdido el infante, fue á ampararse de Juan Fernandez de Hinestrosa que le puso al pecho la punta de su espada : los ballesteros entonces, se arrojaron sobre él y le acabaron de matar.

—¿Qué ferocidad es esta? esclamó adelantando hácia el rey en medio del terror general Anton de Landu, con una valentía que podia llamarse temeridad.

—Esto es hacer justicia, respondió el rey : ¡ah! ¡ah! ¡vosotros no conociais la manera de hacer justicia del rey don Pedro! pues bien : atended, porque aun no he concluido : ¡ola, ballesteros! asid del infante, y una vez que los buenos ciudadanos de Bilbao tienen tantos deseos de verle, arrojadle en medio, á fin de que se satisfagan.

Juan Diente y Gonzalo Recio asieron del cadáver, fueron al balcon, al que ya les habia precedido el rey, y arrojaron el cadáver á la plaza, en tanto que el rey gritaba en medio del silencio general :

—¡Vizcainos! ¡ahí teneis al que pretendia ser vuestro señor!

El cadáver cayó pesadamente en medio de la multitud, en la que algunos se vieron obligados á abrir rápidamente un estrecho espacio para evitar el golpe, espacio que vino á ser para el infante una especie de sepultura abierta por su malhadada popularidad.

Inmediamente el rey, despues de haber abarcado con una sombría mirada á la multitud, se apartó del balcon : entró en la cámara y dijo á sus cortesanos :

—Salid.

Todos salieron, y como Landu y Ochandiano les siguiesen, el rey les dijo :

—No, vosotros no, mis buenos amigos : quedaos: necesito hablar algun tiempo con vosotros.

A pesar de que en el acento de don Pedro vibraba el furor mal contenido, los dos diputados se volvieron sin muestras de turbacion ni de miedo.

El rey cerró la puerta de la cámara y les dijo :

—Tomad asientos.

Los dos diputados, en silencio, tomaron dos escabeles, los colocaron á uno y otro lado del sillon, que ya ocupaba el rey, y se sentaron.

—Creo, dijo don Pedro, dominando lo convulsivo de su voz, que nunca he tenido delante dos mas valientes y leales vasallos.

Anton de Landu hizo un movimiento.

—No os estrañe el que os llame vasallos, amigos mios; puesto que si bien solo soy vuestro señor por vuestra libre voluntad, no por eso es menos cierto que tengo sobre vosotros señorío : en cuanto á lo de que sois valientes y leales, me lo demuestra la tranquilidad con que estais delante de mí, despues de haber visto lo que acabo de hacer con don Juan de Aragon, y la manera descubierta con que habeis influido en que el pueblo de Bilbao grite en favor del infante : de seguro, vosotros habreis querido servirme : estoy seguro de ello : los traidores que á todas partes me siguen, son demasiado astutos y esperimentados para no haber abusado de vuestra noble credulidad. Estoy viendo en tu semblante, Anton de Landu, muestras indudables de que no me engaño; estás reventando por hablar... pues bien, habla.

—Es que no puedo hablar, dijo gravemente Landu.

—¡Qué no puedes hablar...! ¿has prometido acaso.....?

—Nada he prometido, pero se ha contado con mi honor, y mi honor jamás faltará á las esperanzas de quien en él confie.

—Pero no puede invocarse al honor, cuando se trata de amaños... amaños que no podian ser tolerables, sino cuando yo os hubiera dicho : haced esto.....

—Recuerda, rey don Pedro, esclamó profundamente Ochandiano; recuerda tus hechos, y si nos has tomado por instrumentos de una venganza, has obrado mal... muy mal... yo te lo digo.....

El rey se alzó, irritado y receloso.....

—¿Qué quereis decir de que yo os he tomado por instrumentos de una venganza?... ¿pretendereis acaso el que yo os haya mandado que levanteis á Bilbao en favor del infante don Juan? ¿acaso alguno de los de mi servidumbre os ha sorprendido...? ¡hablad, vive Dios, hablad, porque yo veo aquí un misterio tenebroso que necesito esclarecer..! ¡hablad, yo os lo mando... yo os lo ruego!

—Ninguno de tus servidores ha hablado con nosotros, dijo Landu.

—¿Y no recuerdas, rey don Pedro, dijo Ochandiano, mirando profundamente al rey, haberte puesto en comunicacion con nosotros?

—No, contestó el rey : yo he venido á Vizcaya, porque Vizcaya estaba sin señor : yo he aceptado el señorío, porque Vizcaya entera me ha aclamado, y cuando he visto á los habitantes de Bilbao aclamando á grito herido á don Juan de Aragon por el derecho de doña Isabel Nuñez de Lara, he pensado que solo una traicion podia haber hecho tanto.

—¿Y estás seguro, don Pedro, de que nos hayan sorprendido traidores? dijo Landu.

—Sí, sí; á no ser que vosotros hayais sido traidores al fuero, oponiendoos á lo determinado por la diputacion de Guernica.

—¡Traidores nosotros! esclamó Pedro de Ochandiano : no; los traidores están en tu córte, en tu cancillería, en Castilla... entre nosotros, no.

—¿Qué hablais de cancillería? preguntó don Pedro en cuya cabeza brotó una sospecha.

—Dame esa cédula, Anton, dámela; dijo Pedro de Ochandiano, si él la ha escrito y nos la ha enviado, si es que quiere disimular con nosotros, y cegarnos, sabrá que le hemos ayudado noblemente... si este escrito es falso, podrá buscar á los traidores que así usan de su poder real.

—Dadme, dadme; esclamó el rey, arrebatando á Anton de Landu, la cédula que algunos dias antes le habia entregado Andrés Corchuelo y que acababa de sacar de su escarcela.

Al ver un pergamino enrollado, y pendiente de él el sello real, las sospechas del rey se confirmaron, se dominó, desenrolló lentamente el pergamino y le leyó, Ni una contraccion, ni un movimiento, pudieron revelar á los dos diputados la terrible cólera que la lectura de aquella cédula causaba al rey : por el contrario cuando hubo acabado de leerla la enrolló, la puso en su cinturon, y dijo sonriendo á los dos diputados:

—Bien sabia yo que podia confiar en vosotros... y os doy gracias por vuestra solicitud en servirme... era necesario deshacerse de cualquier modo del infante, y ayudándome á ello, me habeis ayudado á hacer justicia : gracias, amigos mios, gracias... nunca olvidaré el afecto que me habeis mostrado y os recompensaré.

Anton de Landu miró asombrado á Pedro de Ochandiano que guardaba una prudente reserva.

—Ahora bien, dijo el rey; es necesario que completeis vuestra obra, haciendo comprender á los bilbainos, que matando á un hombre que se atrevia á llamarse su señor y promovia sediciones, hemos obrado con el fuero en la mano... id... id, amigos mios, y

antes de que parta de Vizcaya, que será muy en breve, volvedme á ver.

El rey fué á la puerta de la cámara y la abrió; los dos diputados salieron.

—¡Oh! ¡oh! esclamó Landu... no me gusta la doblez de ese rey... no ha cesado hasta que nos ha arrancado esa cédula... y esto me ha ofendido... ¿acaso no estaba segura en mis manos?

—¿Quién sabe lo que es esto, Anton? murmuró Ochandiano: el rey disimula, y creo.....

—¡Qué es falsa la cédula!

—Creo que el rey hará muy bien en seguir matando, hasta que no quede en sus reinos un solo noble con bandera.

Despues de estas palabras, los diputados callaron y salieron del palacio señorial.

Apenas quedó solo el rey, desenrolló de nuevo el pergamino, le leyó y le volvió á leer, y libre de miradas estrañas, exhaló toda su cólera, toda su ferocidad.

—¡Ola! dijo al fin llamando: haced venir á Men Rodriguez de Sanabria y Juan Fernandez de Hinestrosa.

Poco despues estaban allí los dos favoritos: el rey habia guardado el pergamino en su escarcela y se paseaba agitado.

—Escucha, Hinestrosa, dijo: monta al momento á caballo; llévate contigo algunas lanzas y á Roa.

—¿Y qué he de hacer en Roa?

—En Roa, habita la reina viuda doña Leonor de Aragon, madre del infante don Juan: es necesario impedir por el momento que llegue á su noticia la muerte de su hijo... vé: métela en una litera, y sin permitir que nadie la hable, llévala á Castrojeriz; yo te enviaré allá uno de mis ballesteros, para avisarte lo que has de hacer... pero al momento, al momento.

—Al momento, señor, pero.....

—Pero qué.....

—El señor Men Rodriguez podria.....

—El señor Men Rodriguez le necesito para otro asunto. Vé.

—Guardeos Dios, señor.

Hinestrosa salió.

—Y tú Sanabria, continuó el rey, tambien á caballo y á Sevilla.

—¿Y qué he de hacer en Sevilla, señor?

—Prender á doña Isabel Nuñez de Lara, y llevarla al alcázar de Jerez á que haga compañía á doña Blanca de Borbon.

—La prenderé, señor, dijo Men Rodriguez, ahogando un gemido y poniéndose pálido como un difunto.

—Bien, sí; es preciso: yo te recompensaré esta prision, Sanabria, mas que te he recompensado hasta ahora.

—¡Ah, señor!

—Doña Isabel, es nieta, hija, hermana y esposa de traidores... y sus hijos serian traidores tambien... traidor su esposo si volviera á casarse.

—¡Señor! ¡señor!

—Vé mi buen Sanabria, vé y prendela.

—La prenderé...

—En cuanto á lo demás, mi bueno, mi leal Sanabria, yo te tengo preparada tal esposa que nada perderás en el cambio.

—Pero señor... si fuera posible.

—Prendela, Sanabria, prendela: lo quiero y lo mando.

Men Rodriguez salió, y antes de pasar de la puerta de la cámara, se vió obligado á cubrirse los ojos con las manos para ocultar sus lágrimas.

Iba herido de muerte, herido en el corazon. Aquel mandato era una nueva crueldad del rey don Pedro, que se quedó murmurando:

—Si la prendes y me la entregas, ya sé que puedo confiarte sin temor mi corona y mi cabeza... si huyes con ella... ¡oh! si huyes, habré perdido mi último sueño... sabré que no hay en torno mio ni un solo vasallo leal... y entonces, cntonces combatiré solo... concluyamos... ¡Juan Diente! ¡ola! ¡Juan Diente!

Algunos minutos despues entró el ballestero, que tembló de piés á cabeza al notar la sombría y profunda mirada que dejaba caer á plomo sobre sus ojos el rey.

—¿En qué he ofendido á vuestra alteza, señor? dijo no pudiendo dominar por mas tiempo su ansiedad.

—Tentaciones tengo Juan, de arrojarte por aquel balcon, dijo lentamente el rey.

—Decidme por qué, señor, y si me convenceis de traidor, me hundiré el puñal en el pecho.

—Decide tú. ¿Qué has hecho de las veinte cédulas que te dí en Sevilla?

—Ya dije á vuestra alteza que me las habian robado.

—Pues mira: el ladron ha sabido aprovecharse del hurto: esta es una de las cédulas que te entregué... lee... lee y ve con cuanta perversa intencion está escrito su contenido... ¡y pensar que un hombre á quien yo he tratado, no como á un vasallo despreciable, no como á un esclavo vil, no como á un verdugo, sino como á un confidente, sino como á un amigo: pensar que un hombre á quien he dejado leer dia por dia en mi conciencia, me ha vendido, me ha burlado..!

—¡Señor! esclamó con cólera Juan Diente.

—Sí, sí, eso es; tras la traicion la rebeldía: yo debia esperar esto: sí, debia esperarlo, porque Dios ó el diablo se han propuesto ponerme á prueba. ¿Con qué es decir que de nadie puedo fiar? ¿Con qué es decir que me veré obligado á dormir con un ojo abierto, puesta la mano en la espada, atento á todo, haciéndolo todo por mí mismo? ¿Con qué es decir que toda la sangre que he vertido es inútil, puesto que el mismo que sabe cuán poco retrocedo ante el castigo, se burla de él y me desafia? ¡y aun se atreve á permanecer junto á mí! ¡y no huye! ¡y no tiembla! esto es, sí, esto es: se me cree imbécil, se cree que solo mato por ferocidad; se cree que con facilidad se me engaña! ¡Dios de Dios! que digan lo que quieran, pero es preciso, ellos ó yo: acabemos de una vez: ó no me queda un solo traidor con cabeza, ó pierdo la mia á manos de los traidores... ¡contesta, habla, confiesa, miserable! ¿crees que yo sea tan débil que te tenga miedo?

Juan Diente temblaba.

—Pues mira; por muy valiente que seas, por mucha confianza que te inspire la lisura con que te trato, ten en cuenta, Juan, que sin ser rey, me bastaria ser lo que soy como hombre para tomar desagravio de tí, á pesar de tu ferocidad de toro.

—¡Lo sé, señor, lo sé, y me estais haciendo temblar! ¡no lo veis, señor!

—Pero tiemblas de cólera. Tú no sabes como yo, mostrar semblante sereno, cuando dentro de mi pecho ruje la tempestad... leo en tu semblante como en un libro abierto.

—Leeis mal, señor, cuando no veis que esta cólera es contra los que robándome... ¡no sé como! me han puesto en el caso de oirme llamar traidor... ¡oh! ¡si yo los descubriera..!

—Pues descubre al ladron, descúbrele, Juan, porque sino le descubres, sino me le presentas... oye, no te mataré... no... porque tú no temes la muerte... pero te ataré del cuello como á un perro á una columna de palacio, y te escribiré con la punta de mi puñal en la frente la palabra traidor... ¡á caballo! ¡al momento! ¡vé á Sevilla! ¡observa! tu sabes demasiado quienes son las gentes que tienen interés en vencerme; ¡oh! si me presentas á quien te ha robado...

—Os lo presentaré.

Y apenas dichas estas palabras, salió fuera de sí de la cámara, haciendo palidecer á los que le encontraban al paso, con su semblante feroz en que iba retratada la muerte.

—¡Oh! dijo el rey; cuando encuentre al ladron será

tarde... yo podria sustituir el sello de la cancillería en el momento... pero esto ofrece serias dificultades... es peor... mucho peor... no, no, de ningun modo... en todo caso daremos el último golpe: sentenciaremos en masa á la nobleza, la arrancaremos sus maestrazgos, sus encomiendas, sus fortalezas, sus banderas, sus tesoros... la arrancaremos las garras y los dientes; la sangraremos y la pondremos atada á los piés del pueblo... siempre hay ese recurso; veremos si podemos ó no.

Y el rey se sentó en la mesa, apoyó la cabeza entre sus manos y quedó profundamente pensativo, con la vista fija en la sangre del infante don Juan, que formaba un charco en el pavimento.

LIBRO DÉCIMO-QUINTO.

CAPITULO I.

De cómo Andrés Corchuelo encontró en Sevilla dos cosas que no esperaba.

Inmediatamente que concluyó su comision en Vizcaya, Andrés Corchuelo se volvió á Sevilla, invirtiendo en la vuelta triple tiempo que el que habia empleado en la ida: así es que entró en Sevilla el dia 14 de junio, uno despues de la muerte del infante don Juan.

Encaminóse en derechura á la casa del escribano Alvar Yañez, pero la vieja que le servia le dijo que su amo estaba ausente.

Fué á la casa de vecindad de la calle de Maese Rodrigo y como encontrase cerrada su vivienda y preguntase por él, le dijeron que se hallaba fuera de Sevilla.

Entonces dejó el caballo en que habia vuelto en una posada, y se encaminó á la torre de la iglesia Mayor: cuando hubo llegado á la puerta del aposento de su padre, vió al pobre anciano inclinado sobre un fogon, soplando el fuego en que hervia una tartera.

Por algun tiempo Andrés pudo contemplar, sin ser visto, el semblante de su padre, que enrojecia la llama, y se estremeció: en los diez y seis dias que habia durado su ausencia, el pobre maese Blas habia envejecido diez años y parecia un octogenario. Andrés hizo algun ruido para no sorprender de una manera demasiado imprevista á su padre, y el viejo alzó los ojos y le vió. Un momento despues estaba colgado de su cuello.

—¡Oh! ¡gracias, gracias Dios mio, que me le devuelves! esclamó: yo te creia preso, muerto, que sé yo... pero no te ha sucedido nada, ¿no es verdad?

—¿Y qué podia sucederme?

—Es que yo lo sabia todo... todo... sabia que ibas á Vizcaya á llevar unas letras al diputado Anton de Landu... no, no lo he olvidado... sabia que esas letras tenian por objeto una traicion al rey.

—¿Y quién os ha dicho eso, preguntó asombrado Andrés?

—Es que cuando se tiene un hijo á quien se ama, y se le ve reunido con mala gente, se le sigue, se le espía, y cuando se le sigue y se le espía bien, se averigua mucho... mucho... por un hijo se llega hasta verter sangre.

—¡Padre! esclamó Andrés.

—Si, si, dijo maese Blas; se vierte sangre... y cuando un hombre como yo, hombre de paz, casi de iglesia, porque hace cuarenta años que vivo entre clérigos, vierte sangre... ¡oh! ¡oh! se sueña todas las noches con un cadáver, se despierta con terror, se oyen gemidos, y los cabellos se ponen mas blancos, y la piel se arruga mas.

—¡Pero, padre...! vos... ¿cómo habeis podido?

—Comamos, comamos ante todo, Andrés: mi potaje ha dado ya su último hervor y tú vienes cansado, segun todas las apariencias; comamos, y luego mira: luego irás á una taberna y comprarás vino... le traerás... y bebiendo te contaré... si... te contaré...

—Pero padre, vos nunca habeis bebido vino.

—Si, si, es verdad, hijo mio; nunca le he bebido... pero yo sé que el vino embriaga... yo sé, porque lo he visto, que un ébrio no siente nada, nada mas que la embriaguez... y aunque me repugnaba al principio, me he embriagado para no sentir.

—¿Pero qué misterios son esos...? me estais dando tormento, padre...

—Pues mira; nada te diré hasta que haya bebido; el vino me da valor.

—¡Oh! pues si no es mas que por eso... allá abajo... al pié de la torre está la taberna de maese Diego...

—¿Tienes dinero Andrés...?

—Si, dinero y sobrado.

—¡Mira...! dijo con triste satisfaccion el viejo, y mostró á Andrés un puñado de oro.

Andrés se estremeció creyendo que su amor de padre habia llevado á maese Blas hasta el crímen; pero le pareció horrible pedir cuentas á su padre, y descendió rápidamente.

—¡Oh! ¡oh! yo no tendria valor para decirle á sangre fria, ¡la has perdido! quedó murmurando maese Blas; no, no... es necesario beber valor... y le beberé... aquí no se ve bien... encenderé mi lamparilla... ¡oh! ¡qué placer! al fin tengo aquí á mi hijo... y luego yo sé que si pierde el amor de Beatriz tiene el de una noble dama... luego, si, lo último... la carta á lo último... preparemos la mesa... afortunadamente mi potaje es abundante... y luego no es un potaje de pobre... tiene muchos trozos de jabalí... ¡oh! ¡oh! es un verdadero banquete... preparémoslo todo para que mi Andrés no tenga que esperar.

Y el viejo se entregó con un placer febril en que habia mucho de temor, á los preparativos de aquella pobre comida que para él era un banquete.

Andrés no se hizo esperar: venia pálido y cuidadoso y traia en las manos una pequeña bota llena de vino, que puso sobre la mesa.

—Sentémonos y comamos, dijo maese Blas, sentándose y empezando su comida por una larga libacion.

Andrés bebió tambien, aunque mas mesuradamente, y empezó la comida: maese Blas repitió sus libaciones, y al fin, escitado por la curiosidad y el cuidado de Andrés, le refirió cuanto saben nuestros lectores que pasó la noche del 29 de mayo en casa de Leila.

Para nosotros, respecto á doña Berta, á Beatriz-la-hermosa y á maese Blas, aquellos acontecimientos llegan hasta al momento en que el campanero despues de haber muerto al esclavo, y arrancádole las llaves, se encaminó al pabellon donde habian quedado encerradas doña Berta y Beatriz.

Maese Blas, ya casi ébrio continuó.

—Parecíame que el muerto iba tras de mí, que gritaba... ¡al asesino! ¡al asesino! tenia mucho miedo, mucho, un miedo que me mataba. Pero sin embargo, mi miedo no era bastante para hacerme olvidar aquellas dos mujeres que estaban allí encerradas en aquella habitacion... yo veia sus sombras detrás de la celosía... cuando llegué, aquellas dos mujeres huyeron al fondo de la habitacion... yo me acerqué y miré adentro... ¡oh! entonces hubo un momento en que perdí el miedo... porque... porque...

El campanero se detuvo y se embocó de nuevo la bota.

—¿Por qué? dijo impaciente Andrés.

—Porque una de aquellas dos mujeres era Beatriz.

—¡Beatriz!

—Sí: entonces rompí con mi puñal la celosía que

era muy endeble y penetré en la habitacion. Al verme las dos mujeres arrojaron un grito de placer y la vieja Berta me dijo: —sin duda os envia Dios. —No, no, le envia su hijo, esclamó Beatriz. —Dios ó el diablo les contesté; pero este no es tiempo de andar en réplicas; de un momento á otro, puede venir ese infame Pedro-el-Negro. —Pero Pedro-el-Negro ha venido á salvarnos enviado por vuestro hijo, esclamó Beatriz. —Pedro-el-Negro ha venido á venderos, repuse, y sin esperar á mas respuestas las hice salir al jardin, busqué las llaves de la puerta de la casa que da á la calle de San Estéban, salimos y una vez fuera de la casa nos dimos á correr, pero nuestra carrera fue corta... antes de llegar á la primera esquina, sonó un silbido: cuatro hombres se apoderaron de las dos mujeres, y luego de mí, me vendaron los ojos y la boca y cargaron conmigo.

—¿Y qué fue de ellas? ¿qué fue de vos? preguntó anhelante Andrés.

—De ellas no sé... en cuanto á mí me llevaron en vilo... anduvieron conmigo algunas calles y me metieron en una casa donde me dejaron encerrado y á oscuras. —Luego... luego amaneció; la luz del dia entró por un ventanillo situado junto al techo, y oí ruido de voces y de grilletes... estaba en la cárcel.... los malvados, fingiéndose vecinos honrados, me entregaron al alcaide de la cárcel, como si se hubiera tratado de un vagabundo.

—No, no; debió haber mas que esto... el alcaide si no se hubiera tratado de una alta persona, os hubiera interrogado... el alcaide os engañaba, os mentia... sin duda se le habia mandado que ocultase la verdad.

—Sea como quiera, el alcaide me dió por libre pero tarde... cuando no podia impedir que fueses á Vizcaya... tu ya habias partido y te habian visto salir por la puerta de Adohar.

—¡Pero Beatriz, Beatriz! ¿no habeis vuelto á saber de ella? esclamó desesperado Andrés.

—Hijo mio, dijo el campanero... Dios no quiere que sea tuya Beatriz.

—¡Que Dios no quiere! esclamó colérico Andrés.

—¡No te irrites hijo mio! bebe, bebe como yo; el vino hace olvidarlo todo, hasta el amor... vamos... escúchame... recuerda bien... lo primero que se opuso á tus amores, fue el infame deseo que concibió por Beatriz el arcediano de San Gil; quisiste vengarte de él y el arcediano te dió una estocada... en el lecho aun, sobrevino el señor Men Rodriguez de Sanabria...

—¡Oh! esclamó Andrés en acento amenazador.

—Encargas al señor Men Rodriguez que busque á Beatriz, y Men Rodriguez la entrega al rey...

—¡Oh! ¡oh! repitió Andrés.

—Luego por un acaso salvas del rey á Beatriz, y te la arrebatan no sé como, pero el caso es que la pierdes de nuevo... y en fin, en fin... tu pobre padre te sigue cuidadoso; sorprende por tu causa terribles secretos; se introduce, por tí tambien, en una casa estraña y despues de matar á un hombre, encuentra á Beatriz, cree salvarla y de nuevo te la arrebatan arrebatándomela... esto está claro... Dios no quiere que Beatriz sea tuya... y luego... luego Andrés... ¡esa doña Sol de Vargas que te ama tanto..!

—No me hableis de eso padre, os lo suplico...

—Pero tengo necesidad de hablarte... escucha... hace dos dias vino un escudero y me dijo: ¿sois el padre del señor Andrés Corchuelo?—Como yo sabia que tú andabas en rebeldías contra el rey, aquel hombre al preguntarme por tí me asustó, y debí demostrar mucho mi susto, cuando me dijo: —Nada temais... ningun peligro le amenaza por esta parte... esta carta... tenedlo presente y decidselo, viene de Jerez.

—¡De Jerez! esclamó el jóven.

—Si señor, de Jerez de la Frontera, y aunque nada mas me dijo el escudero yo supuse y estoy cierto de que esta carta es de doña Sol de Vargas, la camarera mayor de la reina, que en ella te da sin duda grandes pruebas de amor...

Y maese Blas se levantó y se encaminó tambaleando, porque el vino le habia puesto pesada la cabeza, á uno de los armarios que habia en la habitacion; le abrió y sacó de él una carta en pergamino cuidadosamente rollada, perfumada, envuelta en un paño de seda, y atada con un cordon de oro.

Andrés se apoderó de la carta, la desenvolvió del paño de seda, la desenrolló y vió que decia:

«Mas hace de un mes que os separásteis de mí, y »en todo ese tiempo, que para mí ha sido una eterni»dad, no he tenido noticias de vos. ¿Será que me ha»beis engañado? No quiero creerlo, no puedo creerlo. »La duda es cruel, pero en la duda hay esperanza, y »la esperanza es la vida. ¡Oh! no sabeis cuanto os »amo: ¿si vos me amais como me lo habeis espresado, »como me lo habeis hecho sentir, por qué callais? ¿por »qué os robais á mi amor? Aunque no seais noble por »vuestro nacimiento, ni caballero por vuestra suerte, »yo he descubierto ó creido descubrir en vos una al»ma que vale mas que las de muchos caballeros y las de »muchos reyes. Vos me habeis obligado á amaros y me »debeis amor: pagádmelo, pagádmelo ó decidme: nada »teneis que esperar de mí, no os amo, no os amaré; »hacedme conocer de una manera indudable mi suer»te; que sepa yo lo que debo hacer. Yo espero que »sereis hidalgo con una mujer que os ama, que solo »para vos vive, que sin vos nada quiere. ¡Oh! sí, y »vos me amais tambien... yo me acuerdo, estremeciéndome de placer, de aquellos momentos en que vues»tra mirada, tan dulce para mí, se fijaba en mi mirada. »¡Oh! aquella mirada me decia amor. No, no me habeis »engañado. Mas bien creo, que algun grave aconteci»miento os aparta de mí, os impide darme noticias »vuestras. Si no contestais á esta carta, creeré ó que »habeis muerto ó que ya no me amais, y cualquiera »de estas dos desgracias sería la muerte para mí. Ade»más, necesito saber si habeis entrado al servicio del »señor Juan Fernandez de Hínestrosa, si habeis des»cubierto algo que pueda servir de consuelo á mi po»bre señora. ¡Si vierais cuanto sufre! sufre como yo: »ama y duda: no confieis á una carta lo que tengais »que contestarme, una carta puede ser sorprendida... »venid, venid... por si os encontrais sin dinero os en»vio un libramiento contra el judío Daniel-el-Kerysi, »que vive en la Sedería, cobradle y venid; pero no tar»deis por Dios: me parece que cada momento que »pasa confirma mi desdicha, y no quiero pensar en »ello; no, no, eso es imposible. Adios: me veo obli»gado á hacer un esfuerzo para concluir esta carta: »segun mi deseo no concluiria nunca ¡tengo tantas »cosas que deciros! Venid pronto para que os las diga. »Vuestra, siempre vuestra.—De Jerez de la Frontera, »á los diez dias del mes de junio de mil y trescientos »y cincuenta y ocho años.—Doña Sol de Vargas.»

Por mas que Andrés estuviese profundamente enamorado, esta carta le alhagó y aun le conmovió, nada tiene esto de estraño; doña Sol era hermosa y apasionada, él jóven y entusiasta, y podia decirse que el purísimo amor, el amor de costumbre que le inspiraba Beatriz, no habia podido evitar que se apoderase de él ese violento amor sediento de goces, ese amor que radica en el deseo y que pasa cuando el deseo es satisfecho, que le habia hecho sentir, á su pesar, la magnífica y voluptuosa hermosura de doña Sol.

Es achaque vulgar de novelistas la aplicacion á sns personajes de ese amor único, solo, esclusivo, impermeable, por decirlo así, que nada encuentra bello ni deseable sino en la mujer ó el hombre amado: pero este amor es, consultada la esperiencia, una escepcion, una monomanía, pero nunca una regla general, sobre todo, tratándose del hombre: además, mientras no se clasifiquen rígidamente la multitud de afectos que

hoy se comprenden con el nombre genérico de amor, resultará que si se diseña un carácter calcado sobre la naturaleza, nos encontraremos con que un hombre ama á dos, tres ó mas mujeres á un tiempo, cuando en realidad no puede sentir por cada una de ellas mas que un afecto distinto, mas ó menos asimilable á lo que nosotros comprendemos por amor: por mejor decir, mas ó menos distante en su gradacion de ese afecto sublime que hace identificarse al hombre con la mujer, formando un solo ser: gradacion cuyo primer estado se halla en esa fruicion dulce, tranquila, pura, que nos hace sentir con otro ser, como si formáramos parte del mismo, y concluye en ese deseo puramente animal, que materializa el amor, que muere con el hastío y que ningun noble recuerdo nos deje de la persona que nos le ha hecho esperimentar.

Esta clasificacion fisiológica del amor y de sus derivados, serviria de mucho para que se mirasen con mas indulgencia los que hoy se llaman escesos, y que no son otra cosa que el resultado necesario de las modificaciones orgánicas del individuo.

Para esplanar nuestra teoría, para fundamentarla con la comprobacion de hechos, necesitariamos escribir un grueso volúmen con el auxilio de ciencias de las cuales solo tenemos la iniciacion; pero ni esto entra en nuestro propósito, ni creemos que nuestros lectores nos agradecerian que en vez de una histori-novela les diesemos un difuso tratado fisiológico sobre la multitud de tendencias que de esta manera ó de la otra pueden unir con mas ó menos fuerza y duracion, de una manera mas ó menos social al hombre y á la mujer.

Nos basta decir, para que no se nos acuse de que falseamos un carácter, que Andrés se sentia arrastrado hacia Beatriz, por la costumbre, por la simpatía, por la ternura, por el aprecio, por el respeto de la virtud y de la pureza, y si se quiere por la caridad: que Beatriz era para él esa blanca figura que pone en accion el sentimiento mas noble y mas puro en una alma, la aspiracion á un ser superior asimilable á los que nos representamos en el cielo, ese arcangel de luz, que vemos alguna vez en nuestra vida representado por una mujer, aunque ese arcangel no sea otra cosa que un ser ideal en el que creemos ver, lo que deseamos encontrar; al par que hácia doña Sol de Vargas le impulsaban los sentidos, la vanidad, el deseo en fin, con una fuerza puesta en lucha con la influencia de Beatriz: en resumen: su primer amor era su ángel, su segundo amor, su mujer.

Si le hubiesen dado á escoger necesariamente entre una de las dos, obligándole á separarse de una, le hubiera sido imposible como es imposible elegir entre el alma y el cuerpo Andrés las necesitaba á las dos, porque cada una de ellas representaba para él una necesidad imprescindible. A ser menos puro su amor hácia Beatriz, ó menos material el que sentia por doña Sol, un penoso sacrificio lo hubiera arreglado todo: pero en lo que es absolutamente necesario, no puede haber sacrificio, sino privacion, y como las grandes privaciones, esto es, las privaciones que afectan á nuestra conservacion jamás nos las imponemos, porque nos es imposible imponernoslas, Andrés habia leido con alegría la carta de doña Sol, sin perder la tristeza que le inspiraba la pérdida de Beatriz.

Aconteció que, mientras leyó la carta Andrés, su padre, enteramente embriagado, dobló la cabeza cayó sobre la mesa y se durmió: era poco mas del medio dia, y Andrés despues de haber puesto cuidadosamente á su padre en su lecho, cerró la puerta, metió la llave por debajo de ella para que su padre pudiese abrir cuando despertase, bajó las rampas, salió de la torre y se encaminó á la casa de Leila en el callejon de los Navarros.

Púsose á observarla detenidamente, y solo encontró silencio: los ajimezes estaban cerrados y todo revelaba un abandono: llamó al postigo inútilmente: los golpes retumbaron sonoros, como en una casa deshabitada; dió la vuelta á la calle de San Estéban, y halló cerrada tambien la puerta principal. Llamo y tampoco obtuvo resultado. Preguntó á los vecinos y estos solo supieron decirle que habia ocho dias que don Simuel Levi habia estado en la casa, que habia salido solo como habia entrado y habia cerrado por fuera las puertas; que nadie habia vuelto á abrir ó que por lo menos á ninguna hora se habia visto entrar ni salir nadie. Esto demostró á Andrés ó que la dama que habia visto su padre, habia abandonado la casa, ó que se recataba en ella de tal modo que era imposible saber si la habitaba ó no.

Pero Andrés recordó que su padre le habia dicho que aquella doña Ana se parecia como una gota de agua á otra gota de agua, al paje de doña Isabel Nuñez de Lara, y se dirigió á casa de la noble dama y preguntó á la servidumbre, díjosele que el paje habia desaparecido hacia mas de quince dias, sin que se hubiese vuelto á saber de él.

Andrés invirtió en pesquisas inútiles otros tres dias, y al fin con gran contento de su padre, despues de haber cobrado del judío Daniel-el-Kerysi el libramiento de doña Sol, montó á caballo una mañana y salió de Sevilla por la puerta de Jerez.

CAPITULO II.

El infante moro Abou 'l-Sayd.

Conviene á nuestro propósito que dejando por algun tiempo á la reina de Andalucía, á la famosa y nunca bien como se debe ponderada Sevilla, nos traslademos, siguiendo á Pedro-el-Negro, al castillo de Cadiar, situado en el riñon de las montañosas Alpujarras.

Dentro de su recinto de guerra, habia como en todas las fortalezas árabes, un alcázar, uno de esos encantados recintos, donde los feroces guerreros moros se entregaban durante la paz á la molicie y á los placeres, entre paredes aliligranadas, y matizadas bajo cúpulas maravillosas y al lado de claras fuentes, mientras el aire se saturaba con las suaves emanaciones de los perfumeros.

El alcázar de Cádiar, aunque pequeño, era una de esas joyas arquitectónicas del gusto árabe que parecen inspiradas por el genio de las delicias. Retirado en él, esperando una ocasion para arrojarse sobre Granada y ocupar la maravilla de las maravillas, la Alhambra, con sus torres Bermejas, su Generalife y sus Alijares, en daño del actual rey Mojanmet V vivia un hombre ambicioso cuyo nombre hemos citado mas de una vez durante nuestra relacion.

Este hombre era el infante moro Abou 'l-Sayd, tan rebelde al rey de Granada como lo eran al de Castilla sus hermanos bastardos y lo fue el infante don Juan al rey de Aragon. La rebelion impulsada por los brutales instintos de ambicion y de independencia, característicos de la edad media, en que todos los poderes sociales luchaban con igual encarnizamiento por emanciparse, dominando á los demás, la rebeldía repetimos estaba como suele decirse, á la órden del dia, en todos los paises de Oriente y de Occidente: cada reino de Europa estaba deborado por la guerra civil, y de la misma manera los pequeños reinos de Africa, y el gran imperio de Damasco eran continuo teatro de sangrientas usurpaciones.

El dia 8 de junio de 1358 en uno de los retretes del alcázar de Córdoba tendido sobre un divan, teniendo á sus piés una hermosa esclava, mascando opio, y escuchando gravemente dos venerables xeques, habia un hombre como de treinta y dos años, vestido con la sencilla severidad de los primeros caudillos del pueblo árabe, hermoso con esa hermosura pálida, lánguida y poderosa de las razas orientales, y en el que

se notaba á primera vista, por su continente y sus miradas, al déspota sombrío y al feroz guerrero, aparte de lo cual se adivinaba en su espresion, en su actitud, á primera vista el sello de esa gigantesta civilizacion á que llegaron en su decadencia los musulmanes de España.

La reunion de Abou 'l-Sayd y de los dos xeques, tenia todas las muestras de un importante consejo; en una mesa situada junto al divan habia algunos papeles que á vueltas de su conversacion con los xeques leia á trozos el infante.

—¡Con que es decir, preguntó al fin Abou 'l-Sayd, que la sultana Kinsu 'l-Llemal ha obrado de modo, que ha puesto de parte de su hijo Ismail á todos los descontentos!

—Sí, noble y poderoso señor, dijo uno de los xeques, pero desgraciadamente no podemos aprovechar esta ocasion, y todos los esfuerzos y las intrigas de la sultana serán inútiles.

—¡Inútiles! ¿y por qué Jacub? acaso no contamos con la Alhambra estando de parte de la sultana, como lo está, el emir de la guarda africana Mussu 'l-Ali-Athar.

—El emir solo ha consentido en hacer traicion al rey, mediante las espléndidas promesas de la sultana, dijo Jacub: si esas promesas se cumplieran, todo era asunto de una insurreccion, de desnudar únicamente las espadas. Mojanmet huiria asustado á refugiarse en la alcazaba del Albaicin, de donde, una vez apoderados de la Alhambra seria fácil arrojarle... pero la sultana, ha gastado ya en hacer parciales á su hijo hasta el valor de su última joya y nada la queda, nada... cuenta con nosotros, pero reunido tu tesoro al nuestro, escelso señor, apenas podríamos reunir la decima parte de la suma ofrecida á Mussu 'l-Ali-Athar.

—¿Y no encuentras ningun medio?

—Ninguno, señor.

—Ni tu Jucef, añadió el infante dirigiéndose al otro xeque.

—Ya hemos apurado todos nuestros recursos, señor: primero las armas, despues el oro, por último las ofertas: nos vemos reducidos á este castillo; en nuestro alrededor solo hay enemigos; nuestros soldados se reducen á un centenar de lanzas, que mañana no nos servirán porque no tenemos, ni dinero con que pagarlas, ni víveres con que alimentarlas. Nos vemos en el caso de pasar al Africa y ponernos á sueldo del rey de Fez ó del de Túnez.

—¡Pasar al Africa! esclamó incorporándose, primero y levantándose despues con energia Abou 'l-Sayd ¡huir! ¡declararnos cobardes! ¡acaso os habreis reducido á la condicion de débiles mujeres cuando asi temeis morir dentro de un arnés empuñando la espada enrojecida en sangre enemiga! ¡y habremos lidiado como buenos en Algeciras y en Tarifa para aterrarnos despues y volver cobardes el rostro á la muerte! No! ¡no! ¡sobre el derecho de la sangre que nos falta tenemos el derecho que nos da el libro de Dios, para levantarnos contra los que indolentes y débiles, dejan desplomarse los últimos restos del imperio musulman en España! combatimos por Dios, por el acrecentamiento de su ley y nuestro derecho es sagrado ¿y hemos de retroceder porque nos falta dinero? nuestros soldados son fuertes y valientes; desnudemos de una vez la espada y salgamos hambrientos de Cádiar como sale el águila de su roca, para caer sobre la vega de Granada: allí hallaremos manjares en hartura y oro bastante para levantar ejércitos en las alquerias y en los palacios de esos descreidos renegados de Dios, que dejando adelantar á los cristianos se han enervado con los deleites y se han enriquecido con la usura: lancémonos puesta la esperanza en Dios y triunfaremos. ¿En qué fundar las hazañas si no nos atrevemos á afrontar la lid sino llevando á nuestras espaldas un ejército poderoso, y en nuestros reales, acémilas abrumadas por el peso del oro? Y si caemos en la lucha ¿no es mas noble morir como valientes, que vivir de un modo miserable agoviados por la vergüenza de la fuga?

—Es que no lidiamos solo contra Mojanmet, dijo Jacub: sino contra un rey poderoso, contra don Pedro, el cruel tirano de Castilla, que sostendrá al rey que tan torpemente ha comprado su amistad y su alianza. Los adelantados del rey de Castilla ocupan nuestros castillos fronterizos, y apenas pongamos el pié en el alto del Padul, apenas hayamos visto la vega, las atalayas de Mojanmet habrán llamado cuatro mil lanzas castellanas que nos arrollarán por nuestra escasa fuerza, como el segador corta la mies. Marchemos sin embargo, señor, despleguemos nuestra bandera, muramos sobre el campo de pelea, si así lo quieres, pero considera que la temeridad no es de valientes, que la fortuna es mudable, y que lo que te niega hoy, acaso vendrá á ofrecértelo mañana.

Abou 'l-Sayd se sentó lentamente, y luego dijo con voz lenta y gutural.

—Demasiado sabia yo desde el principio de la lucha que no era á Mojanmet V á quien combatia, sino á Pedro el Cruel: por lo mismo he querido atraerme su amistad, y desesperado de ello, he apelado al último recurso; he hablado á su ambicion y á su orgullo, y solo me ha respondido con insultos, porque su orgullo y su ambicion, están satisfechos con el vergonzoso vasallaje que le rinde Mojanmet y los ricos dones que le envia: por último he tentado su lujuria, sus vicios enviándole una mujer capaz de enloquecer á un morabitha olvidado del mundo... y esa mujer que es mi amor, la única que ha logrado dominar mi corazon; esa mujer que es un tesoro de hermosura, de ciencia, de valor, de pureza, esa mujer, Leila, me ha burlado: mi embajador Al-Mondhir, ha muerto ahorcado, y Leila ha desaparecido.

Parecia que este era el punto vulnerable del corazon de Abou 'l-Sayd, puesto que el recuerdo de Leila le entristeció y casi le desalentó.

—Con ella no temia nada, murmuró despues de un momento de silencio; con ella me burlaba del peligro; era á un tiempo mi corazon y mi cabeza; por ella vencí en Tarifa; por ella me he sostenido: siempre en las situaciones mas apuradas encontraba un medio de salvacion, cuando no de triunfo: era mas prudente que el mas anciano de mis wazires, y mas valiente y mas terrible que el mas fuerte de mis walíes; yo contaba con que ella, sino me amaba, me seria leal... yo contaba con su ambicion: yo la hubiera hecho sultana, sin haberme jamás acercado á su lecho; hubiera respetado sus caprichos, la violencia de su carácter... pero haberla perdido... sí, sí, me ha hecho traicion... acaso se ha enamorado de ese maldito rey don Pedro... y ni una noticia suya... por el Dios Altísimo y único... la pérdida de Leila ha dado conmigo en tierra... conozco que me falta sin ella fuerza en el corazon, actividad en el brazo... y luego, luego... estoy desesperado: por encontrarla, aunque tuviese que ir á los linderos del desierto, daria mi alma á Satanás.

Los dos xeques callaron, aterrados por aquella impiedad que hubiera hecho persignarse á un cristiano.

—Y la encontraré... si la encontraré, dijo Abou 'l-Sayd levantándose y paseando lentamente por la cámara, pronunciando sus palabras como si hablase consigo mismo: un astrólogo me ha dicho que la encontraré, pero que el encontrarla me será fatal: y bien; ¿qué me importa? apodéreme yo de ella, y despues... despues suceda lo que quiera.

Abou 'l-Sayd siguió paseándose: la esclava abandonada junto al divan, jugaba lánguidamente con una bandolina, arrancando de sus cuerdas metálicas débiles armonías, y los dos xeques callaban.

De improviso rompió el silencio el sonido de una corneta tañida por tres veces á las puertas del cas-

tillo; sin embargo de lo cual, Abou 'l-Sayd acostumbrado á estos ruidos, no suspendió su meditacion ni su paseo: pero por resultado sin duda de este llamamiento, se abrió recatadamente una de las puertas de la cámara, y un africano dijo desde ella:

—¡Señor! ¡poderoso y noble señor!

Abou 'l-Sayd miró de una manera interrogadora al africano.

Aquella mirada equivalia á una pregunta terminante, y el esclavo se apresuró á contestar.

—Un cristiano, que dice venir de la córte del rey de Castilla, solicita hablarte, magnífico señor.

—¡Un cristiano, que viene de la córte de don Pedro! esclamó el infante: hacedle entrar... al momento... vete tú, Wadhiah, esclamó dirigiéndose á la esclava que se levantó indolentemente y salió en paso lento; vete tú tambien Jucef; pero quedáte tú Jacub, que entiendes el habla de los castellanos.

Jucef salió y quedaron solos el infante y Jacub.

Abou 'l-Sayd se sentó en el divan en la posicion en que se hubiera colocado un rey en su trono; Jacub permaneció de pié á alguna distancia de él en una actitud respetuosa, y poco despues se abrió la puerta y entró un hombre cubierto de los piés á la cabeza con una armadura castellana, sin armas y vendados los ojos.

Cuando el xeque por órden del infante le quitó la venda, quedó á descubierto el ambiguo semblante de Pedro-el-Negro.

El bandido lanzó en torno suyo una mirada recelosa.

—Poderoso señor, dijo: un amigo de vuestra señoría me envia desde Castilla á entregarte estas letras.

—¿Qué dice ese hombre? preguntó en árabe el infante á Jacub.

—Dice, contestó en árabe el xeque, que le envia á tí desde Castilla un amigo tuyo con estas letras.

Y dió al infante un rollo que le habia dado Pedro-el-Negro.

Abou 'l-Sayd rompió los triples sellos de cera encarnada debajo de los cuales habia dos pergaminos.

El uno decia así, en escritura árabe:

«Al elegido de Dios para acrecentar su ley y santo »nombre, al valiente, al grande, al vencedor infante »Abou 'l-Sayd á quien Dios prospere.—Sabrás como »por estas tierras, cansados de sufrir la tiranía y las »violencias y las muertes del rey don Pedro; desespe»rados de vencerle por nosotros mismos, hemos pen»sado en tí, cuyo claro nombre vuela fuera del reino »de Granada: sabemos que para vencer al rey Mojan»met solo te falta ayuda, y te enviamos la que podemos »enviarte: oro. Con estas letras va un libramiento »contra Muzay-ebn-Kaleb, mercader en el Zacatin de »Granada, de sesenta mil doblas jucefinas...

Al leer esto, el infante desenrolló el otro pergamino, le leyó, y á pesar de su gravedad, lanzó un grito de alegría y se levantó del divan.

—Mira, Jacub, mira, esclamó: Dios me ayuda, Dios recompensa mi constancia: ya tenemos oro bastante para comprar á ese maldito walí de la guarda berberisca de Mojanmet: toma, toma y lee.

—¡Ah! ¡ah! mucho se alegran, dijo para sí el bandido: acaso sin saberlo les he traido un tesoro: ¡pero bah! ¿que me importa? vivamos todos... aqui sin miedo de que me descubran por una casualidad, podré vender el tesoro de doña Ana... ¡ah! ¡ah! no hay cosa como las guerras y las enemistades y los amaños para medrar. Estos moros son ricos... pues bien, si yo me atreviese... esperemos á que concluyan.

El infante y el xeque se habian retirado á un ajimez y seguian allí su plática en voz baja, temerosos de que Pedro-el-Negro entendiese el árabe.

—En verdad, dijo el xeque, tenemos un tesoro: la libranza es buena, es de nuestro fiel amigo don Simuel Leví; pero no podemos asegurar que sea él quien nos la envia: este dinero puede haber sido puesto en su poder... no, él no lo envia... el libramiento viene para que yo le cobre, y don Simuel no me conoce... y esta letra... esta letra tan bella... ¡ah! ¡ah! buscabas á Leila... y este pergamino nos la entrega: este pergamino está escrito por ella.

—¡Por ella! ¡por ella! esclamó el infante arrebatando á Jacub el pergamino... no, no; ella habla y escribe bien la lengua de los creyentes, y aquí hay grandes defectos... estos pergaminos están sin duda escritos por un mozárabe.

—Se ha querido desfigurar la letra sin conseguirlo enteramente... pero hay un medio: prendamos á ese hombre.

—Es un embajador...

—No importa: una prision secreta... veamos si encontramos sobre él alguna prueba...

—Te engañas Jacub, de seguro te engañas; ¿á qué habia de recatarse ella de mí? y si es mi enemiga, ¿á qué enviarme socorros?

—¡Es verdad! esclamó convencido el xeque: no sé por qué he creido... y aun dudo... pero... al fin de esta carta te se exigen, señor, duras condiciones.

—¡Condiciones! naturalmente el que hace un servicio le hace por algun interés... que me obligue á romper por las fronteras de Castilla, añadió leyendo, en el momento en que sea rey de Granada. ¡oh! ¡oh! esto lo haria yo aunque no me lo impusiesen por condicion; en el momento en que el rey Mojanmet sea lanzado del trono, don Pedro revolverá sobre Granada... pues bien; antes de que nos embista, será preciso embestir... Jacub, pregunta á ese cristiano quien le envia.

Jacub trasmitió la pregunta.

—Ignoro quien me envia, señor, contestó el bandido, como ignoro el contenido de las letras que he puesto en vuestras manos.

El diálogo siguió en la misma forma.

—Y ¿cómo puede ser que no conozcas á la persona que te ha enviado?

—Aunque lo sepa, puesto que no lo he dicho, es porque no lo debo decir, contestó con cierta dignidad el bandido.

Abou 'l-Sayd que como buen príncipe musulman era escesivamente déspota, frunció el entrecejo, y dijo con acento displicente algunas palabras que Jacub trasmitió al bandido.

—El infante mi señor, le dijo, te da las gracias por la fidelidad con que has desempeñado tu encargo, y respeta los motivos que te obligan á callar el nombre de quien te envia. Puedes descansar en el castillo el tiempo que quieras; vete.

—Un momento, noble señor, un momento; concluida mi comision quiero deciros algo que me atañe particularmente.

—Habla.

—El año pasado cuando el rey entró por las tierras de Aragon, iba yo en su ejército como soldado en la toma de Hariza; durante el saqueo encontré un cofrecillo lleno de ricas joyas... una buena presa... solo he vendido algunas alhajas de poco valor, con las que he vivido hasta ahora; pero no he podido vender las de valor; Castilla está muy pobre para que pueda hallarse comprador á tales prendas...

—El rey don Pedro tiene inmensos tesoros, dijo el xeque.

—Pero el rey don Pedro es codicioso de lo ajeno, y temí que me despojase.

—¿Y qué quieres?

—Los príncipes moros son muy ricos y muy espléndidos: ¿querria vuestro señor comprarme esas joyas que he traido conmigo?

Jacub habló en árabe con el infante.

—¿Son diamantes tus joyas? dijo Jacub á Pedro-el Negro.

—Diamantes, perlas, balajes, esmeraldas.

—¿Y dices que las traes contigo?

—Sí.

—Algun robo hecho en Castilla que no se ha atrevido á vender allí, pensó Jacub adivinando la verdad, y luego añadió en voz alta.

—Mi señor desea ver ese tesoro, cristiano.

—Acompañadme, pues; porque como he venido hasta aquí con los ojos vendados, no sabré llegar hasta mi gente.

Jacub le vendó de nuevo los ojos, y salió con el bandido.

Abou'l-Sayd quedó solo releyendo los pergaminos.

CAPITULO III.

De cómo encontró Pedro-el-Negro en el pecado la penitencia.

No tardaron en volver el xeque y el bandido: este traia bajo el brazo un cofrecillo de sándalo, en el cual antes de que quitase Jacub la venda á Pedro-el-Negro, fijó una mirada indescribible el infante Abou'l-Sayd.

En aquel lindo cofrecillo habia reconocido un objeto que le era muy familiar, y ahogando un grito de alegría, dijo en árabe al xeque:

—Hemos encontrado á Leila; pero prudencia, mucha prudencia, Jacub; porque el castellano parece astuto.

Cuando Jacub dejó libres los ojos á Pedro-el-Negro, nada vió en el semblante de los dos moros que pudiera alarmarle.

—Veamos tus joyas, cristiano, dijo Jacub.

Pedro-el-Negro abrió el cofrecillo con una pequeña llave de oro que sacó de su escarcela, y le mostró al infante Abou'l-Sayd.

La primera alhaja que este tomó fue un magnífico collar de perlas, cuyo broche era un roseton de brillantes con un escudo esmaltado en el centro: aquel escudo era el blason real de los reyes de Granada; esto es: un escudo campo rojo con banda diagonal de izquierda á derecha saliendo de la boca de dos dragantes, con el mote *le galid ile Allah* (solo Dios es vencedor) esmaltado con caracteres africanos de oro.

—Es el alhaite de la sultana Halewa, que encontramos en los reales enemigos en Algeciras, y que yo regalé á Leila, dijo en árabe el infante, sin que un solo músculo de su semblante se contrajese.

—¿Agrada esa alhaja á vuestro señor? dijo Pedro-el-Negro, que no habia entendido ni podia entender el dialecto extranjero del infante.

—Sí, por Dios, dijo Jacub, y tanto le agrada, que sobre darte su precio, te recompensará por haberle procurado la posesion de alhajas de tanta estima. Veamos las otras.

El bandido que ya contaba en su imaginacion los miles de brillantes doblas de oro, que debian producirle las alhajas robadas á Leila, las mostró una tras otra al infante que, en cada una de ellas, vió la confirmacion de que aquel hombre conocia á la mujer á quien tanto amaba y de que podia darle noticias de su paradero. Todas aquellas joyas habian sido regaladas por él á su esclava favorita, y si algo turbaba su placer, era el temor de que Leila hubiese sido asesinada.

—Pero no: se dijo: ella es demasiado esperta para dejarse sorprender y muy valiente para que este miserable la haya podido asesinar: ella, de seguro, habrá tenido que vender estas joyas en Castilla, y este hombre, su confidente sin duda, habrá sido enviado para que las venda á Granada: ella acaso no creeria que este hombre podria tropezar conmigo... pero, ¿cómo ella, tan recelosa, ha podido fiarse de un hombre que tiene todas las trazas de bandido? ¡Veamos si este es un robo! ella guardaba un pomo de tósigo en un secreto de este cofrecillo: si el tósigo está ahí.....

El infante se apoderó del cofre y en la parte interior de la tapa, oprimió un adorno, crugió un resorte, saltó una pequeña cubierta y dejó ver un hueco: en aquel hueco habia un pomo de oro, y algunos pergaminos cuidadosamente doblados. Al leer el infante aquellos pergaminos, vió que eran las cartas que le habia escrito don Simuel Leví, en que estaba manifiesta una traicion al rey de Castilla, y con el anuncio de la posesion de las cuales, habia aterrado Leila al tesorero del rey y le habia hecho su esclavo.

El encuentro de estos objetos, hicieron palidecer al infante: aquel pomo y aquellos pergaminos eran para él un doble indicio de que Leila le habia hecho traicion, robando á su embajador Al-Mondhir aquella correspondencia, que le habia confiado para que usase de ella en un caso dado como de un recurso diplomático, entregando despues á la horca al mismo embajador, y de que Leila habia sido á su vez robada y acaso muerta, cuando así habia dejado oculto en el secreto del cofre, su tósigo, su recurso supremo, y aquellos pergaminos, que, despues de haberle hecho traicion, podrian servirla de tanto.

A pesar de estos indicios, el infante disimuló, y por medio de Jacub, entabló con el bandido el siguiente diálogo.

—Dónde dices que has encontrado estas joyas?

—Ya he dicho que en Hariza, hace un año, contestó el bandido que estaba receloso desde el momento en que habia visto abrir al infante un secreto en el cofrecillo.

—Pues fuiste afortunado, porque estas joyas valen mas de lo que crees.

—¿Y conviene á vuestra señoría comprármelas?

—Sí, sí, por cierto, me quedo con ellas.

Y el infante despues de haber trasmitido estas palabras á Jacub, cerró el cofrecillo y le puso sobre el divan.

—¿Y cuánto me dará por esas joyas, vuestra señoría?

—Te daré lo que mereces, dijo Jacub interpretando la contestacion del infante, que inmediamente se levantó, y yendo reposadamente á una puerta, la abrió y pronunció algunas palabras en árabe.

Inmediatamente entraron en la cámara diez ó doce esclavos armados, se arrojaron sobre el bandido, de improviso, le sujetaron, le desarmaron dejándole en el traje interior que llevaba bajo la armadura, y atándole fuertemente de piés y manos, y vendándole la boca, para que no gritase, le llevaron á pesar de sus desesperados esfuerzos de lobo rabioso, siguiendo al xeque Jacub, á quien habla hablado algunas enérgicas palabras el infante.

Poco despues, los doce bandidos que habia llevado consigo para resguardo Pedro-el-Negro, fueron desarmados y presos.

Entretanto, descendiendo por estrechas escaleras y atravesando húmedos pasadizos, Pedro-el-Negro fue conducido á una lóbrega mazmorra: allí le desataron, le quitaron las vendas de los ojos y de la boca, y el bandido se encontró en una lóbrega y sucia estancia, entre dos esclavos africanos delante de una mesa, tras de la cual estaba sentado Jacub, teniendo delante una lámpara encendida, un pergamino y un tintero.

Al lado de Pedro-el-Negro habia una horrible rueda de tormento, y sus ojos espantados hubieran podido ver en el oscuro fondo del calabozo, la cabeza pálida, y la mirada anhelante é inquieta de Abou-'l-Sayd.

—¿Por qué me habeis tratado así? dijo sin esperar á que se le interrogase.

—Te tratamos como debe tratarse en todos los pueblos á los ladrones y á los asesinos, contestó con severidad Jacub.

—¿Y qué razones teneis, dijo afectando indignacion, á lo que le ayudaba la rabia de que se hallaba poseido, para llamarme asesino y ladron?

—Si no lo eres, justificate, porque las joyas que

nos has presentado te acusan. ¿Conoces á la persona que poseia esas joyas?

Pedro temia comprometerse si confesaba la verdad, y negó redondamente, afirmándose en su cuento del saqueo de Hariza.

—Medita que estamos resueltos á todo... á todo por saber lo que nos quieres callar.

La espresion con que pronunció el xeque estas palabras inquietó seriamente á Pedro-el-Negro. Comprendió con la viveza de su imaginacion, que por una casualidad funesta aquellas joyas le habian denunciado; recordó la estraña manera de su conocimiento con Leila; el estraño ascendiente que desde el momento habia ejercido sobre él, el que ejercia sobre Isabel-la-Liebre y sobre el infante don Juan: el oro que salia á raudales de sus manos; todos sus actos que se encaminaban á hacerse poderosa y fuerte: todo cuanto habia observado desde su conocimiento con ella; últimamente, que de su casa habia salido la comision que habia llevado á las Alpujarras: meditó en que aquella mujer acaso estaba á sueldo del infante Abou-'l-Sayd, como un agente en la córte de Castilla, y conoció que debia negar de todo punto hasta el último estremo que la conocia, puesto que cuanto con tanto interés se le preguntaba por el poseedor de las joyas, no tenian noticias de ella, y acaso podian acusarle de su muerte.

Dar lugar á esta sospecha era someterse á un peligro inminente, dado caso de que aquella mujer tan hermosa, tan tentadora, fuese amante de aquel maldito infante moro que le tenia desarmado en su poder.

Pedro-el-Negro que al fin, aunque no fuese mas que por costumbre, era cristiano, sintió sobre sí la mano de Dios, se le oprimió el corazon como si aquellos lóbregos muros le comprimiesen, se arrepintió en el fondo de su alma de todos sus crímenes, prometió á Dios meterse ermitaño si le sacaba de aquel peligro y siguiendo el proverbio aquel que dice, ayúdate si quieres que Dios te ayude, se decidió á callar cuanto sabia acerca de Leila que para él no era conocida, mas que como Gaston, cuando la jóven representaba á un paje ó como doña Ana, cuando se dejaba ver como mujer.

Pero el hombre propone y Dios dispone. El xeque Jacub apuró con él con esa gravedad y esa paciencia peculiar de los moros, cuantos recursos le sugerió su talento para arrancarle una contradiccion por medio de un interrogatorio capcioso. Pedro-el-Negro sostuvo impasible que habia encontrado aquellas joyas un año antes en Hariza.

Irritado el xeque por la tenacidad de Pedro-el-Negro, mandó á los esclavos que le pusiesen en la rueda.

Ya hemos visto al principio de nuestro libro este tormento mandado aplicar por el rey don Pedro á Juan de Herrera: la rueda entre los moros era un instrumento ni mas ni menos tan terrible como entre los cristianos. Pedro-el-Negro protestó en vano, resistió en vano, y al fin fue suspendido y la rueda empezó á girar uniendo su rechinamiento á los alaridos del atormentado.

Pedro-el-Negro era valiente, pero como no cerraba sus labios el honor, sino el terror, cedió como cedemos siempre á las exigencias naturales, cuando no hay una razon poderosa que hable en nosotros mas alto que el temor de la muerte; este era el que obligaba á callar á Pedro-el-Negro, y eran tan atroces los tormentos que sentia, que se creyó morir.

—Yo lo diré, yo lo diré todo, esclamó con acento angustioso, pero tarde para salvar la vida: los esclavos africanos, mas feroces que los verdugos del rey don Pedro, habian hecho girar con mas velocidad la rueda, y cuando Jacub mandó suspender el tormento, á mas de haberse dislocado las articulaciones, habia sufrido lesiones mortales en la espina dorsal.

Pedro-el-Negro fue puesto en una camilla, y empezó de nuevo el interrogatorio.

—¿Conoces á la dueña de las alhajas que nos has presentado?

—Si, dijo Pedro-el-Negro, haciendo un penoso esfuerzo.

—¿Es mora ó cristiana?

—No lo sé.

—¿Cómo no lo sabes si la conoces?

—No sé si es cristiana ó mora, como no sé sí es hombre ó mujer.

—¿Cómo se llama?

—Gaston y doña Ana.

—¡Doña Ana! murmuró Jacub; es ella, ella sin duda. ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

—Esta noche hace un mes justo.

—¿Qué edad tiene?

—Cuando es hombre, parece tener quince años; cuando es mujer veinte.

—¡Ella es! murmuró de nuevo Jacub. ¿Y no recuerdas algun acontecimiento notable acaecido por el tiempo en que la conociste?

—Si por cierto; sucedieron muchas cosas... amaneció incendiada la ferrería de Santa Clara y apareció don Ferran Gomez ahorcado en los matacanes de la puerta de Triana entre un moro y un judío.

—¿Sabes cómo se llamaba el moro?

—Solo oí decir que era embajador de un infante moro rebelde.

—¿Fue en Sevilla donde conociste á esa mujer?

—En Sevilla fue.

—¿Y cómo fue tu conocimiento?

—¡Ay! dejadme descansar señor: me habeis destrozado... siento aquí terribles dolores, en los riñones y en los hombros; ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! yo voy á morir...

Y lanzando un grito agudo se desmayó.

Dejó su asiento el xeque y se lanzó á la camilla; al mismo tiempo se abrió la puerta y entró en el calabozo Abou-'l-Sayd.

—Este hombre dijo gravemente Jacub, que como todos los moros de su tiempo entendia algo del arte de curar, no volverá de su desmayo sino para morir.

—¿Y no ha revelado...?

—Si, si, señor, pero á medias... conoce á Leila y segun su revelacion anda entre los cristianos á veces como hombre, á veces como mujer.

—¿Y se sabe donde está?

—En Sevilla...

—¡En Sevilla! ¡en Sevilla! ¡pero dónde! ¿crees tú que sea fácil encontrar en Sevilla una persona?

—La haremos buscar.

—¿Y por quién? ¿por quién? esclamó con desaliento el infante.

—¡Por quien! esclamó Jacub como iluminado por una inspiracion: por el tesorero del rey que sin duda la conoce, puesto que don Simuel es quien nos envia las sesenta mil doblas.

—¡Oh! ¡dices bien! poco importa que muera ese hombre ó viva... con tal de que al robarla no la haya asesinado... pero no... no... Dios que me hace tener noticias suyas no me las habia enviado despues de habérmela arrebatado: ¡oh! no sabes cuanto la amo Jacub; por una mirada de amor de sus ojos cambiaria el reino de Granada: y ella me ama, sí, ella me ama..... es mi arcangel.

Jacub movió la cabeza en ademan de duda.

—¿Y por qué si no me ama, me envia esas sesenta mil doblas? acaso ese tesoro que esc hombre ha traido no puede ser, que me haya sido enviado de ese modo como para tentar su codicia haciéndole pensar que yo pagaria mas por esas joyas, para evitar acaso que se las apropiase, haciéndole concebir una mejor ganancia con su venta? ¿acaso no venian en el cofrecillo esas cartas mias y de don Simuel cuya pérdida me tenia tan inquieto no sabiendo si habian ido á parar á manos del rey don Pedro? ¿y ese tósigo tan activo no quiere

decir claramente: lucha y muere antes que deshonrarte?

Como sucede muchas veces en la vida, Abou 'l-Sayd interpretaba como hechos deliberados en su favor lo que solo eran casualidades.

—¿Pero como no te escribe, si es como piensas, señor? dijo receloso Jacub.

—Acaso no encuentre persona que la inspire confianza; acaso su presencia en Castilla me es mas útil que un ejército; y es necesario contribuir por nuestra parte á tan sublimes esfuerzos. Escucha; mañana partirás á Granada: tú tienes mil medios sin comprometerte de ponerte en comunicacion con la sultana Kinsu 'l-Llemal: dale ese libramiento y que compre, que pague al walí de los berberiscos, que se apodere de la Alhambra, y que haga aclamar á su hijo Ismail. Escucha, llévate contigo esos doce cristianos y véndelos: son jóvenes y robustos y bien podremos sacar por ellos algunos cientos de doblas. Yo entretanto procuraré reunir un ejército con el valor de las joyas de Leila y cuando sea rey Ismail, le arrojaré á mi vez del trono y me sentaré en él. Vamos, es necesario obrar pronto... la actividad es acaso la fortuna.

—¿Y ese hombre? dijo Jacub señalando á Pedro-el-Negro.

—Le enviaré mi sabio médico. Si vive sabremos cuanto él sepa, y si muere... si muere, antes de morir nos ha dicho bastante.

Dicho esto, salieron el infante y el xeque y el bandido quedó en el calabozo, desmayado aun y guardado por los dos esclavos.

Al dia siguiente al amanecer, aquellos dos esclavos salieron por un postigo del castillo llevando con gran trabajo un bulto metido en un saco; se perdieron entre las quebraduras, llegaron á una rambla, abrieron un hoyo, y arrojaron en él y enterraron un cadáver que sacaron del saco.

Aquel cadáver era el de Pedro-el-Negro, que habia espiado con una muerte horrorosa los numerosos crímenes con que habia manchado su vida.

CAPITULO IV.

En que aparece de nuevo Leila, incansable en su obra de venganza.

A la misma hora en que de una manera tan miserable era enterrado Pedro-el-Negro en tierras de infieles, harto ajena del desastroso fin de su amante, entraba Isabel-la-Liebre á caballo, disfrazada tambien, como sabia hacerlo, de paje, en el Coso de Zaragoza.

Pero Isabel no iba sola: antes por el contrario, magníficamente acompañada ó por mejor decir, formando parte del respetable acompañamiento de una litera que conducida por dos mulas iba rodeada de un centenar de lanzas.

Estas lanzas á poco que se observasen los semblantes de los hombres de armas que las constituian, eran ni mas ni menos, hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.

Al frente de estos peregrinos de tan doble carácter, iba un jóven capitan armado de todas armas, oprimiendo los lomos de un corcel de batalla y cubierto de ricas galas sobre el arnés; los buenos y bravos aragoneses que acudian al Coso en busca de trabajo se admiraban de que brillase tanta valentía y tanta brabura en la mirada de aquel capitan tan rapaz que apenas parecia contar quince años y que era tan hermoso como una dama.

Nuestros lectores habrán comprendido que aquel jóven caballero, no era otro que Leila.

Por mas que en aquellos tiempos de guerras y revueltas estuviesen acostumbrados los buenos ciudadanos de Zaragoza, á ver lucidos escuadrones de hombres de armas, eran tan completos los arneses de hombres y caballos de los aventureros del sin ventura Pedro-el-Negro, tan luciente el hierro de aquellos arneses, tan iguales entre sí, que no podian menos de maravillarse y de preguntar de qué parte venian tan buenos soldados.

Esto mismo que pensaban los pobres villanos jornaleros, pensó, sin duda, un caballero que desembocaba á pié por una esquina, y que se detuvo admirado al ver el escuadron.

—¡Por San Dionisio! esclamó en mal castellano con un marcado acento breton, encarándose con Leila; ¿me podreis decir caballero, de dónde habeis sacado tan buenos hombres, tan buenos arneses, y tan escelentes corceles?

—Los he sacado de mi bolsa, caballero, contestó Leila, posando en el incógnito una penetrante mirada.

—Pues por Barrabás, doncel que vuestra bolsa debe de ser honda y ancha cuando ha podido salir de ella todo eso.

Y el caballero, que iba por cierto bien pobre y desaseadamente vestido, no queriendo, sin duda, ser importuno, saludó con la mano á Leila é iba á alejarse, cuando la jóven le detuvo con un ademan.

—Permitidme, ya que me habeis hecho dos preguntas, que yo os haga otras dos. ¿Quién sois?

—Justo es que os responda. Yo soy el Dogo de Bretaña.

—¡El gran Condestable de Francia! esclamó Leila con alegria.

—Esto es, Beltran Duglesclin, si os place para serviros, caballero y permitidme ya que me habeis preguntado mi nombre: ¿cuál es el vuestro?

—¡El mio! ¡bah! el mio es un nombre oscuro. Me llamo don Gaston Tellez.

—¡Don Gaston! ¿sois caballero?

—Caballero soy.

—¿Y quién os ha calzado la espuela, mancebo?

—El rey don Pedro el cruel, contestó con intencion Leila.

—Pues dicen que el rey don Pedro no hace á todos caballeros.

—Es verdad; el rey don Pedro necesita conocer alguna hazaña en aquel á quien ha de conferir la órden de caballería

—Hazañas, ¡eh! pues por muchas que hayais hecho á vuestra edad, bien podrá caber su relato en un pergamino mucho mas reducido que vuestra bolsa.

—Teneis razon, caballero, teneis razon; para serviros, y á Dios: voy de prisa.

Y haciendo saltar con una admirable maestría á su caballo junto á Dugueselin, que hubo de dar otro admirable salto atrás, para no ser pisado, Leila al llegar á cierta distancia blandió su lanza en el aire como para saludarle, y al blandirla la rompió en tres pedazos que partieron silbando.

Despues de aquel alarde de fuerza, maravilloso en sus años, arrojó el trozo de lanza que la quedó en la mano y pasó, lanzando á Dugueselin una insolente carcajada.

El célebre breton, el gran capitan de Francia, quedó inmóvil como una estátua en el lugar en que se encontraba con los ojos desmesuradamente abiertos como quien ha visto una cosa maravillosa. Luego recogió uno de los trozos de la lanza y la examinó.

—Pues no, no, dijo; por todos los santos del cielo, que no es de pino, sino de buen roble cortado en sazon y curado; una verdadera lanza de guerra con la que, á no haber sido rota, me atreveria á descabalgar á diez gendarmes. (1) ¿De dónde ha salido ese prodigio? Buen ginete, buena lanza, buen capitan; si, por el papa: el bravo Sir Hugo de Caberley no lleva mejor aderezada su gente, ni llevan ventaja á la de ese rapaz

(1) Denominacion francesa de los hombres de armas que aun se conserva en Francia por costumbre.

mis formidables compañías blancas. Y es una mujer, si, por San Dionisio; solo una mujer mira y se rie de una manera tan audaz, tan sonora y tan insolente. Y bien, siendo una mujer, lo comprendo; siempre tienen ellas el diablo en el cuerpo, y como buen huesped siempre está dispuesto el diablo á ayudarlas; es una mujer y una mujer hermosísima... ¡hum!

Y el bravo Duguesclin, se pasó la mano por los ojos se aliño el vigote, siguió su camino y entró en una casa cercana.

Como hemos visto el esperimentado breton habia sido mas perspicaz que todos los que hasta entonces desde su llegada á Castilla habia tratado Leila; bien es verdad, que esta, desde que habia pisado las fronteras de Aragon se habia cuidado muy poco de disfrazar lo que habia de mujeril en sus maneras.

Leila se alejó con la litera y con las lanzas por una calle de atraviesa, y llegó á una plazuela irregular en cuyo fondo habia un casaron enorme con gran escudo sobre la puerta, y enorme balcon sobre el escudo.

El infante Abou 'l-Sayd.

Isabel-la-Liebre, adelantó, llamó, apareció un hombre por un ventanillo de la puerta, y despues de algunas preguntas y respuestas, la puerta se abrió y apareció un antiguo conocido nuestro: el escribano Alvar Yañez.

—¡Ah! por fin habeis venido, dijo el escribano: y no habeis tardado mucho á fé: apenas he tenido tiempo desde que me escribísteis para buscaros casa.

—¿Y es capaz y bastante para toda mi gente?

—Entrad y juzgareis.

Abrió el escribano de par en par las dos hojas del portalon, y entró la litera y entraron los hombres de armas en un inmenso patio.

—¡Ola! Pero Álvarez, dijo Leila desmontando: pié á tierra: los caballos á las cuadras y la gente á descansar; que no se desmande ninguno: acercad la litera á las escaleras.

Leila abrió la litera y de ella salió una mujer que tambien nos es muy conocida: doña Aldonza Coronel, pálida y triste en traje de viaje.

—¿Hemos llegado ya? dijo, no pudiendo disimular su terror.

—Si, si por cierto, señora, apoyáos en mi brazo: venid con nosotros señor Alvar Yañez.

Leila, doña Aldonza, Isabel-la-Liebre y Alvar Yañez, subieron unas anchas escaleras, atravesaron un

corredor y despues de una enorme antecámara, entraron en una cámara, amueblada dignamente, con lujo, verdadera cámara de palacio, que recibia sus luces de un gran balcon que daba á la plazuela sobre la puerta principal.

Cuando llegaron allí, Leila llevó á doña Aldonza á un estrado y se sentó al otro estremo como quien descansa de una larga jornada.

Isabel-la-Liebre se entregó á la inspeccion de las habitaciones adyacentes y Alvar Yañez permaneció de pié delante del estrado.

—Creo que habreis comprendido, dijo Leila al escribano, que quiero vivir el tiempo que esté en Zaragoza noblemente.

—Tanto lo he comprendido, que ya veis señor....

—Llamadme señora, dijo Leila: doña Aldonza me conoce, y no hay por qué guardar misterios con ella.

—Pues bien, señora, á pesar del poco tiempo que habeis tardado en llegar, ya veis os; tengo preparado un palacio en que no hace mucho tiempo vivian los justicias de Aragon.

—¿Y servidumbre?

Tormento de Pedro el-Negro.

—Dos maestre-salas, un cocinero, seis escuderos, seis pajes y seis palafreneros.

—Bien, muy bien: creo que estamos en estado de poder recibir con decoro: os doy las gracias por ello.

—Será tambien necesario que me deis dinero, con arreglo á esta cuenta, dijo Alvar Yañez sacando un largo pergamino de su escarcela.

Leila tomó el pergamino, y sin leer ninguna de las partidas se fue á la suma total.

—Quinientos escudos, dijo: bien... estoy segura de que me robais las dos terceras partes de este dinero.

—¡Señora!...

—No importa: el que ha de ser servido ha de ser robado; solo es de desear que aun así se nos sirva bien: bajad, haced descargar las acémilas y que suban mis cofres: volved despues.

Alvar Yañez salió y Leila y doña Aldonza quedaron solas: esta última, visiblemente contrariada, tenia constantemente fija su mirada en la alfombra, como si temiera arrostrar la mirada que Leila tenia fija en ella.

—¡Cuántas cosas han pasado en un mes! dijo al fin la jóven: por cierto que cuando vos viviais en el con-

vento de Santa Clara del Campo, no pensabais que habiais de volver tan pronto al lado de vuestro esposo. Estoy segura de que esto será una grata sorpresa para el señor Alvar Perez de Guzman, que, segun dicen, os ama con toda su alma.

—¿Qué os he hecho yo? dijo tímidamente doña Aldonza para que así os vengueis de mí.

—¡Qué me vengo de vos! he aquí un buen modo de agradecer los beneficios.

—¡Vuestros beneficios son horribles, esclamó doña Aldonza!

—Y decidme; ¿qué hubiera sido de vos sin mí? recordad bien: hace muy poco tiempo que pasaron los sucesos que os voy á indicar para que no los tengais fijos en la memoria: hubo un dia, en que ausente el rey de Sevilla, vigilante y armada la traicion, estuvísteis á punto de vencer, de apoderaros del trono, de la manceba del rey, de la córte: pero sin saber cómo la traicion fue vencida, y vos, que os encaminabais triunfante al alcázar, acometida, cercada, amenazada por una multitud furiosa: ¿Quién os salvó de las picas y de los palos de aquella canalla? yo con mis gentes: ¿quién os tuvo despues oculta, recatada de modo que el rey no pudiese dar con vos? yo tambien: quién os ha sacado en seguridad de Castilla y os devuelve á vuestro esposo? yo: siempre yo... ¿y á esto llamais beneficios horribles? vamos doña Aldonza, debeis confesar que sois muy desagradecida.

—Entre mujeres como nosotras, todo se comprende, dijo doña Aldonza: vos me aborreceis como yo os aborrezco desde el momento que os ví: habeis engañado á todo el mundo con vuestros disfraces y vuestra astucia; pero á mi no pudísteis engañarme: yo ví desde el primer momento en vos una mujer, y una mujer enamorada de Men Rodriguez, como vos vísteis en mí una mujer amante y amada por el hombre que no habia sabido descubrir bajo vuestro disfraz una mujer que le amaba con ese amor desesperado que nos inspira el odio de aquel que amamos: desde entonces vos teneis sed de mi sangre, como yo la tengo de la vuestra: á vos os ayuda el infierno, disponeis de un poder misterioso, y pudísteis contrarestar mis designios y los de mis parciales, y apoderaros de mí: ¡qué me habeis salvado! si, es verdad: para vos era pequeña venganza mi muerte: la queríais mayor, queríais humillarme y habeis hecho cuanto ha estado en vuestra mano para ello: queríais condenarme á una muerte terrible y me habeis traido para entregarme á mi esposo, que lo sabe todo... y esto es muy cruel... si, cruel hasta el último punto posible: yo no hubiera obrado así con vos: mis zelos os hubieran matado, pero nunca se me hubiera ocurrido entregaros á un martirio lento...

—¡Porque vos no sabeis amar! esclamó Leila con la voz opaca y convulsiva por el odio: porque no sabeis cuánto aborrecimiento, cuánta rabia, cuánta sed de venganza inspira en una mujer como yo, saber que otra mujer ha poseido al hombre amado, ha sonreido ébria de felicidad en sus ojos, le ha tenido suyo, enteramente suyo: ¡oh! ¡oh! no teneis vos la culpa... pero... de una manera inevitable necesito que pagueis con un tormento sin fin esa felicidad que habeis gozado, por la que yo sufro y me estremezco de furor, y me he manchado en sangre y me mancharé...

—Pues bien, matadme, dijo con desesperacion doña Aldonza, pero no me entregueis á mi esposo: matadme con una muerte lenta, cruel: tengo valor para sufrirla... ¡pero... por Dios! señora, por la vida de ese adorado Men Rodriguez, no me entregueis á la vergüenza y al llanto durante toda mi vida.

—¡Mataos vos! ¡robaos á mi venganza!

—¡Oh! es que me falta valor, señora...

—No; es que teneis esperanza...

—¡Esperanza!

—Si, esperanza de que un acaso, os vuelva á vuestro Men Rodriguez: esperanza de ser de nuevo suya y acaso su esposa... vos no os atreveis á mataros... pero no dudariais en envenenar á vuestro esposo para quedaros viuda...

—¡Ah! esclamó doña Aldonza lanzando un gemido ahogado.

—Vos decís que me comprendeis: yo no le he dicho; pero ya veis cuan bien os comprendo: habeis dicho bien: soy la mas fuerte, estoy en posicion de vengarme y me vengo... pero mirad... por gozar yo de los tres dias que vos habeis gozado con él... lo aceptaria todo... todo: la cólera de un esposo, el desprecio del mundo, la ira de Dios.

—Dios os castigará.

—Castígueme en buen hora: creedme doña Aldonza: mas fácil os seria libraros de una pantera hambrienta que os tuviese entre sus garras, que de mi venganza; porque amais á Men Rodriguez... y escuchad: Men Rodriguez no os ama: le parecísteis hermosa, os encontró en su camino, teníais sobrados encantos para hacer gratos á un hombre algunos momentos pasados á vuestro lado, hasta el encanto de la pureza: ¡oh! debeis haber gozado de un modo inmenso... pero para vuestro mal: Men Rodriguez no os abandonó porque no tuvo tiempo para ello... pero os hubiera abandonado, porque nunca os ha amado mas que con un loco galanteo de mancebo... á quien ama Men Rodriguez, antes que todo, no es á vos ni á mí, sino á una mujer que vale para él mas que vos y que yo... vos conoceis esa mujer.

—¡Doña Isabel Nuñez de Lara!

—Vuestros zelos os lo dicen... pero descuidad... yo me vengaré tambien de esa mujer... yo he de hacerla sufrir mi odio como á todas las que le amen... porque mi amor es un amor de Satanás, un amor que esterminará á todo lo que le cause zelos.

Doña Aldonza se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar, Leila la contemplaba de una manera sombría: en aquel momento apareció Isabel-la-Liebre.

—Y bien, la dijo Leila, ¿es habitable este casaron?..

—Puede pasar: se conoce que el señor Alvar Yañez ha hecho cuanto ha estado de su parte.

—¿Y la habitacion de Doña Aldonza?

—Hay un retrete, en el que esta señora se encontrará sin duda bien; tiene ventanas á un hermoso jardin.

—¡Ventanas! esclamó con recelo Leila.

—Ventanas con rejas, espuso Isabel.

—¡Una prision! esclamó doña Aldonza.

—Pero prision de que vendrá á sacaros vuestro esposo. Creedme: id, descansad, serenaos: preparaos á un combate de astucia: Alvar Perez de Guzman os ama, está ansioso de poseeros... hacedle vuestro señor, y... os perdonará.

—¡Pertenecer yo á ese hombre por terror! esclamó doña Aldonza: no, no; antes la muerte cien veces.

—Hareis lo que mejor os plazca... pero tomad mi consejo, id y descansad.

Doña Aldonza se levantó y siguió á Isabel; Leila quedó sola en la cámara: poco despues entró Alvar Yañez.

—Vuestros cofres, señora, dijo, están ya en la habitacion que he destinado para ellos.

—Veamos, pues, si habeis tenido acierto.

El escribano y Leila se trasladaron á una habitacion, en la que se entraba por el dormitorio destinado á la jóven y que no tenia otra salida: una fuerte ventana con rejas daba sobre un jardin, y la puerta de entrada era fuerte.

En el centro de la habitacion habia como una docena de grandes cofres: Leila fué á uno, le abrió y sacó de él un pesado saco de cuero.

—Aquí hay dos mil escudos en oro, dijo: satisfaced de ellos lo que debais: además, dijo la jóven, sacando del mismo cofre un pergamino en que estaba pintado un blason; id á la mejor bordadora de la

ciudad y que borde este blason en un estandarte.

—¡Cómo ¿vais á levantar bandera?

—Nada os importa lo que yo quiera hacer, pagad cuanto quieran por concluir pronto: quiero bordado ese estandarte dentro de tres dias.

—Y bien, el oro hace milagros; el estandarte estará.

—Ahora bien, dijo Leila, empezando á deshebillarse su magnífico arnés de guerra, cuyas piezas caian una á una sobre el pavimento, ¿qué habeis hecho desde vuestra llegada?

—He comido tres veces con el marqués de Tortosa.

—El resultado, dijo Leila tomando de un cofre un magnífico ropon y poniéndosele sobre el traje interior.

—El rey de Aragon acepta.

—¿Y qué seguridades dan del dinero que ha de entregárseles?

—Los castillos de Murviedro y Tarazona, con sus villas y jurisdiccion.

—Bien; pues concluid cuanto antes.

—Ya que están aquí, lo que yo ciertamente no esperaba, ¿por qué no tomais á vuestro cargo?.....

—No quiero dar la cara á estos asuntos: ¿y qué noticias tenemos?

—La muerte del maestre de Santiago, ha causado aquí una impresion terrible, y solo espera el conde de Trastamara, que el delfin de Francia, á nombre de su padre el rey Juan, le envie las famosas *compañías blancas*.

—Y decidme, ¿qué hace aquí el famoso condestable de Francia Beltran Dugueslin?

—Viene como capitan de las compañías á tratar del sueldo; hace algunos dias que ha llegado, y estaba próximo á marchar de nuevo, cuando le detuvo la proposicion que por vuestro encargo hice al rey de Aragon.

—Bien, muy bien; ¿es decir qué dentro de poco romperemos por la frontera?

—Me parece temprano, dijo moviendo la cabeza con desconfianza el escribano: don Pedro está ahora mas fuerte que nunca, cuenta con sus propias fuerzas, que son formidables, y, en caso de necesidad, con la alianza de los reyes de Navarra y de Granada.

Leila meditó un momento.

—Dentro de poco, dijo al fin, hemos de ver si es tanta como se cree la fuerza del rey don Pedro. ¿Dónde vive el conde de Trastamara?

—Con el rey de Aragon, en el castillo de la Aljafería.

—Es menester que vayais á anunciarle, que un caballero castellano irá á verle esta tarde: antes quiero que vayais á casa del señor Alvar Perez de Guzman, y le digais que venga al momento, si quiere recibir noticias de su esposa de un caballero que acaba de llegar de Castilla. De paso, decid á Pero Alvarez que suba.

El escribano salió, y poco despues Pero Alvarez, desarmado ya, estaba delante de la jóven.

—Pondrás, dijo Leila al aventurero, una guarda de cuatro hombres á la puerta de la casa, que quiero que esté abierta á las miradas de todos: que esos hombres se conduzcan como deben conducirse soldados de un capitan noble y valiente: esta guarda se relevará todos los dias; la demás gente puede salir desde el medio dia hasta la queda: pero que tengan en cuenta, que castigaré con escesivo rigor cualquier esceso. Vete.

Pero Alvarez salió. Leila fué á la habitacion donde tenia sus cofres; abrió uno, sacó de él un rollo de pergaminos y le guardó en su escarcela.

CAPITULO V.

De la manera cruel que tuvo Leila de deshacerse de doña Aldonza.

No habia transcurrido una hora despues de la salida en comision de Alvar Yañez, cuando un hidalgo, ricamente vestido, acompañado de dos pajes llegó á la casa de Leila; se hizo anunciar con el nombre de Alvar Percz de Guzman, y fue introducido en una de las cámaras de la casa.

En ella Leila, servida por Isabel-la-Liebre, almorzaba.

Alvar Perez de Guzman que era un caballero como de cuarenta años, feo, de aspecto severo, fisonomía ruda y altiva, y mirada dura é insolente, se mostró un tanto contrariado al verse recibido con tanta llaneza. Leila ni aun se habia levantado á su llegada, y le miraba de hito en hito de una manera particular.

—Perdonad, caballero, si os recibo de este modo, le dijo: hemos caminado toda la noche, acabamos de llegar y estoy cansado... muy cansado... además, creo que el asunto para que os llamo, me dispensa de la premura con que os he avisado y de la manera como os recibo; sentaos, y si gustais almorzad conmigo.

Alvar Perez se sentó en un sillon que le habia presentado Isabel, y contestó sin quitar de sobre Leila una mirada profundamente observadora.

—¿Sois por ventura, don Gaston Tellez? la dijo.

—Don Gaston Tellez soy.

—Es singular: yo conocí mucho á vuestro padre, si es que sois hijo de don Alfon Tellez.

—¡Ah! ¿habeis sido amigo de mi padre?

—Mucho: por cierto, que cuando huyó de Castilla...

—Es verdad, y veo que no os equivocais.

—Me pareceis, sin embargo, demasiado jóven: Alfon Tellez huyó hace diez y ocho años, por no se qué venganzas que quiso tomar de.....

—Sí: en efecto; mi padre fué á Granada.....

—De donde no volvió.....

—¿Y quién os ha dicho que no volvió? dijo con disgusto Leila.

—Perdonad caballero; pero sois un vivo retrato de la esposa de mi amigo Tellez, la desgraciada doña Teresa de Ulloa.

—¿Y qué tiene de estraño que me parezca á ella, si soy su hijo?

—No sabia que hubiese tenido mas que una hija el matrimonio... pero...

—Perdonad, señor Alvar Perez; en otra ocasion os referiré como puede ser que yo sea hijo varon de don Alfon Tellez y de doña Teresa de Ulloa; son secretos de familia, para aclarar los cuales seria necesario contaros una historia; paréceme mas urgente que hablemos de vuestra mujer, de la que debeis haber recibido algunas noticias por medio del señor Pero Carrillo, que segun creo, es mayordomo de don Enrique, y á cuyo cargo pusisteis á doña Aldonza...

Alvar Perez de Guzman se sonrojó y miró con inquietud á Isabel.

—Alzad los manteles, señor Florisman, dijo Leila, y traedme una cajita de ébano que encontrareis sobre la mesa de mi cámara.

Poco despues quedaron solos Alvar Perez de Guzman y Leila, que puso delante de sí sobre la mesa, una pequeña caja que la habia traido Isabel.

—Como os decia, prosiguió Leila, el señor Pero Carrillo os habrá dicho...

—El señor Pero Carrillo solo me ha contado, que fue denunciado al rey, que se salvó milagrosamente arrojándose por una ventana al Guadalquivir, y que logró ponerse á cubierto en la frontera de Aragon mediante á un seguro real que le procuró la Padilla.

—¡Escelente mujer que salva á sus enemigos! dijo con sarcasmo Leila.

—¡Oh! ¡doña María es un ángel! no hay un solo enemigo del rey don Pedro que no la ame.

—Pues mirad yo conozco á algun enemigo de don Pedro, que aborrece de muerte á doña María.

—Su enemigo es sin duda alguna mujer abandonada por el rey, zelosa... acaso su enemigo es...

—No sospecheis en vano, señor Alvar Perez... si os referís á vuestra esposa, os engañais.

—¡Mi esposa! ¿y quién ha nombrado á mi esposa, caballero? esclamó con precipitacion el noble.

—Nada tiene de estraño que penseis con arreglo á lo que se ha mentido y murmurado; doña Aldonza durante tres dias ha pasado en Sevilla por la afortunada rival de doña María; pero esto no es exacto: el rey sabia que se le habia tendido un lazo con la hermosura de vuestra esposa...

—¡Caballero!

—No hago mas que relatar hechos: vuestra esposa estaba sedienta de la sangre del rey por causa de la desastrosa muerte de su padre don Alonso Ferrandez Coronel, de su cuñado don Juan de la Cerda, y de su hermana doña María: doña Aldonza se allanó á todo por su venganza y...

—¡Fue querida del rey! esclamó torvamente Alvar Perez: bien; todo eso lo sé y podeis dispensaros...

—Es que vos no sabeis nada...

—¿Qué quercis decir?

—Quiero decir que el odio de doña Aldonza hubiera podido disculpar su venganza aunque se hubiera valido de medios poco honrosos... pero doña Aldonza ni se ha vengado, porque no ha podido, ni se ha deshonrado porque no la ha amado ni aun la ha deseado el rey.

—Un pueblo entero testifica de la torpe conducta de doña Aldonza.

—Ese pueblo se ha engañado doblemente, creyendo primero en los amores del rey con doña Aldonza, despues en su muerte. El rey, os lo repito, volvió en contra de doña Aldonza sus amaños, la puso en la torre del Oro, la engalanó con brocados y joyas, la dió la servidumbre de una reina, y la hizo odiosa al pueblo: hubo un momento en que doña Aldonza, creyéndose segura del triunfo, se vió acometida, insultada, amenazada, á las puertas mismas del alcázar... su servidumbre la abandonó, su litera fue hecha pedazos... pero hubo una persona á quienes los sublevados respetaban y pudo salvarla... esa persona fuí yo.

—¿Y qué motivos os impulsaron...?

—¡Qué motivos! vos mismo habeis dicho que mi padre fue vuestro amigo... además, ¿quién no habia de amparar á una dama tan hermosa y tan desgraciada? Durante el tiempo que ha trascurrido desde aquel motin, yo que me veia obligado á estar oculto en Sevilla, la he traido conmigo. Llegó un momento en que pude venir á ofrecermc á don Enrique con mi persona y mi bandera; he aprovechado la ocasion de traeros á vuestra esposa, y aquí la teneis.

Una conmocion profunda alteró el semblante de Alvar Perez, al saber que tenia tan cerca de sí á doña Aldonza: comprendiase en él una de esas pasiones que por todo pasan, que todo lo arrostran en cambio de una concesion: que hacen del hombre mas enérgico el esclavo de una mujer: pero que cuando son tenazmente contrariadas, engendran una de esas lentas y cobardes venganzas que horrorizan.

Leila comprendió que doña Aldonza aborrecia demasiado á Alvar Perez para hacerle descender á una de estas venganzas mezquinas, y sintió una alegría cruel en el fondo de su alma.

—¿Con que está aquí? ¿con que la habeis traido con vos? esclamó sin poder contenerse Alvar Perez: dispensadme caballero; pero quiero verla... la amo tanto que creo sin dificultad, que deseo creer que es mas desgraciada que criminal.

—Doña Aldonza, caballero, dijo profundamente Leila, ha obrado como ha podido obrar; otra en su caso hubiera pasado mas adelante... Teneis en vuestra mujer un tesoro que puede haceros feliz.

—No, no; esclamó con desaliento el noble; su padre y yo nos engañamos: creimos que tan jóven y tan pura me amaria despues de nuestro casamiento... pero doña Aldonza ha tenido bastante fuerza de voluntad para desesperarse, bastante valor y firmeza para resistir á mis súplicas y á mis amenazas. Pero sin embargo, téngala yo al menos á mi lado, véala todos los dias, y seré menos desgraciado.

—Acaso la esperiencia y los desengaños de dona Aldonza sean mas poderosos para procuraros su amor, que lo han sido vuestras súplicas y vuestras amenazas... pero veo que estais impaciente... tomad ese cofrecillo que pertenece á vuestra esposa, y seguidme.

—¿Y qué hay en este cofrecillo...?

—Algunas joyas, algunos pergaminos que pertenecen á vuestra mujer, y que podeis ver en vuestra casa.

Alvar Perez miró con un recelo instintivo la caja; la sujetó en su cinturon y siguió á Leila que le habia acompañado para guiarle.

Al salir de aquella cámara Leila llamó á Isabel que acudió.

—Señor Florisman, le dijo, haced preparar la litera de la dama que hemos traido de Sevilla, y que espere en el patio.

Y siguió adelante.

Poco despues abrió una puerta y dijo á Alvar Perez de Guzman.

—He ahí á vuestra esposa, caballero.

Doña Aldonza que estaba replegada llorando en un estrado, se levantó al oir las palabras que Leila habia pronunciado con intencion en voz alta.

—¿Quién habla aquí de esposas? dijo; aquí no hay mas que una esposa de Dios.

Alvar Perez que adelantaba deshalado hácia doña Aldonza, retrocedió: Leila permaneció en el marco de la puerta como una figura fatal.

—Una esposa de Dios, esclamó el noble: vos señora... vos casada...

—¡Casada! casada contra mi voluntad, esclamó doña Aldonza: casada con un hombre á quien aborrezco, y de quien no faltará quien me libre... entendedlo bien... por mas que una mujer infame me haya puesto en vuestras manos.

—¡Una mujer! esclamó Alvar Perez de Guzman volviéndose hácia Leila, que sonrió de una manera cruel.

—¡Una mujer! esclamó mirando profundamente á Leila: ¡oh! ¡sí ahora lo comprendo todo! Doña Ana Tellez de Ulloa...

—Sí ¡vive Dios! yo soy doña Ana Tellez; doña Ana que ha venido á Castilla á vengar á sus padres, y ha empezado á vengarlos: doña Ana que ama y se venga de quien le ha robado su amor.

—¡Doña Aldonza! ¡os vengais de doña Aldonza entregándomela!

—Entregandoos á una esposa adúltera.

—¿Adúltera? esclamó Alvar Perez de Guzman.

—Abrid ese cofrecillo, caballero, y juzgad; la llave está pendiente de él.

Doña Aldonza aterrada y trémula, se cubrió el rostro con las manos y cayó en un sillon. Alvar Perez fue á una ventana, puso el cofrecillo sobre su alfeizar, y le abrió.

—¡Diamantes! dijo.

—Diamantes regalados por el rey.

—¡Oh! esclamó el noble desenrollando unos pergaminos que habia dentro del cofrecillo, ¿qué es esto?

—Las pruebas del adulterio; cartas del dichoso amante de vuestra esposa; cartas que esta tenia en tanto que no las separaba de sí: ¡como que las llevaba consigo cuando la noche del motin de Sevilla!

—¡Oh! lo que acabais de hacer es infame y Dios os castigará por ello, esclamó doña Aldonza levantándose y lanzando á Leila una mirada indescribible.

—¡Men Rodriguez de Sanabria! esclamó Alvar Perez, que tenia fijos los ojos con una espresion espan-

tosa en uno de los pergaminos. ¡Quién es este hombre.....! ¡y le amais.....! ¡le amais.....! ¡y habeis sido suya...! esclamó Alvar Perez, adelantando un paso hácia doña Aldonza con la mano puesta en la daga.

—Matadme en buen hora, le dijo... si... he sido suya... suya en cuerpo y en alma, pero solo suya, ¿lo entendeis..? oidlo bien... no lo niego... no quiero negarlo... vos no teneis derecho alguno sobre mí... sabiais que nunca seria vuestra... que era imposible..... porque os aborrezco.

—Y yo he sufrido y callado, mientras habeis sido honrada... pero habeis manchado mi honor, le habeis manchado con escándalo... y no os mataré..... no..... pero temblad... temblad... porque, sin mataros, la venganza que tomaré de mi afrenta será horrible.

Leila habia previsto aquella venganza y la aceptó con una sonrisa cruel.

—En cuanto á vos, doña Ana, dijo Alvar Perez, ignoro si debo daros las gracias ó castigaros... el tiempo me dirá lo que debo hacer.

—Lo que debeis hacer, dijo con una calma glacial Leila, es salir y librarme de vuestra presencia, porque os desprecio tanto como á vuestra mujer.

Alvar Perez palideció de cólera, y avanzó hácia Leila qne no se movió: para bien suyo recordó el noble los hombres de armas que habia visto á la puerta de la casa y en el patio, y retrocediendo y quitando la mano de su espada, asió de doña Aldonza, la arrastró consigo y díjo á Leila al pasar con el semblante lívido de cólera:

—¡Guardaos! ¡guardaos de mí!

Y se alejó por una galería, bajó las escaleras y salió de la casa con doña Aldonza, mientras Leila murmuraba:

—¡No me satisface mi venganza sobre doña Aldonza! es débil: pero me estorbaba y necesitaba deshacerme de ella de cualquier modo... allá se las componga con Alvar Perez de Guzman.

CAPITULO VI.

En que se sabe cómo y por qué habia ido á Zaragoza Leila.

Aquella tarde, á puestas del sol, Leila magníficamente vestida con un traje de caballero, ostentando brocados y espuelas y cadenas de oro; acompañada de Alvar Yañez, que iba humildemente vestido, y de dos escuderos, por respeto, salió de su casa y se encaminó á la Aljafería.

Durante el tránsito, las buenas y robustas zaragozanas miraban sonriendo a Leila y murmuraban de una manera que llegaba á los oidos de la jóven.

—¡Dios le bendiga y qué hermoso es el garzon!

Los hombres á su paso fruncian el gesto y murmuraban:

—He aquí como andan los tiempos: la órden de caballería se da ya al que mas dinero tiene: ¡valiente edad para hazañas..! se les ha olvidado ponerle el babador.

Tambien lo oia esto Leila, pero pasaba tan impasible á los insolentes sarcasmos de los hombres, como á los requiebros de las mujeres.

Habia otra tercera clase que tambien dejaba oir su voz á Leila: eran mendígos: fuese por ostentacion ó por caridad, los dos escuderos que la acompañaban daban una moneda de plata á cuantos encontraban, que en aquellos tiempos de guerra, peste, hambre y otras mil calamidades eran muchos.

Cuando uno de estos desdichados al ver de una manera imprevista y milagrosa en sus manos una moneda de plata esclamaba con toda la efusion de su alma y á veces con lágrimas:

—¡Dios bendiga al buen señor, y le dé la gloria por su caridad! Leila se conmovia, y al conmoverse murmuraba para sí:

—No, yo no soy mala; tengo caridad en el alma; amo el recuerdo de mis padres, amo á mi hermana... lo amo todo... menos á mis enemigos y á las mujeres que me disputan á Men Rodriguez: ellos son los que endurecen mi alma y la hacen cruel... pero para ellos solos... sino tuviera dolores que vengar, si me amara él, yo seria un ángel.

Y Leila tenia razon, perversa, infame y cruel en sus venganzas, su maldad era condicional: necesitaba estar escitada por una gran pasion.

Cuando llegaron á la Aljafería, Leila se vió obligada á esperar, á hacer antecámara: el conde de Trastamara ó no sabia la importancia del personaje que iba á visitarle, ó si lo sabia queria darse la importancia de un soberano.

Leila que aborrecia á don Enrique como aborrecia á don Pedro, y á todos los hijos del rey don Alonso XI, esceptuando á Beatriz, añadió esta humillacion á su cuenta de odio contra don Enrique.

Mientras mal su grado espera, aprovecharemos esta ocasion para decir á nuestros lectores, por qué, de una manera tan estraña, convertida en capitan de aventureros, alojándose en una casa ostentosa, y llevando al parecer consigo grandes riquezas, se encontraba en Zaragoza Leila.

Desde el momento en que la robó Pedro-el-Negro, se apoderó de ella un terror oscuro: parecíala que la fortuna la abandonaba, y sobre todo, que habia en Sevilla alguna persona misteriosa que la conocia y á cuyas asechanzas se encontraba espuesta: desde entonces pensó en alejarse algun tiempo de Sevilla, para hacer perder la pista, pero dudaba en la eleccion del lugar que elegiria para su residencia.

Lo primero que se le ocurrió fue trasladarse á Santíponce á la torre donde vivia el judío Jonathan-Abi-Harum-ebn-Sina: el odio que aquel hombre profesaba á don Pedro le habia hecho simpático á Leila, y el misterio de su retiro y la proximidad á Sevilla la decidieron.

Causábale terror aquella casa y se apresuró á ordenar sus efectos para trasladarse de ella: encontró que aunque el robo, habia sido considerable, aun la quedaban doble número de alhajas y de mas valor; echó de menos la correspondencia entre don Simuel Levi, y Abou 'l-Sayd y esto la confirmó en sus sospechas de que el judío era el autor del robo: pero en cambio encontró en uno de sus cofres un objeto que era para ella desconocido.

Era una voluminosa cartera de seda bordada, cerrada con una cinta y sellada.

—¿Quién ha puesto esto aquí? dijo la jóven, dando vueltas en sus manos á la cartera; este cofre no ha sido abierto por nadie sino por mí... ¡ah! esclamó recordando: esta es la cartera que encontré en el átrio de San Gil la noche del motin, y de la que me habia olvidado. ¿Qué contendrá esta cartera? Veamoslo.

Rompió el sello, desenvolvió la cartera de la cinta, la abrió y halló dentro de ella cuatro pergaminos doblados y sellados particularmente: tres de ellos tenian por sobrescrito «á don Pero Ponce de Leon, señor de »Arcos: el otro, «al monge negro de la cruz del Hu»milladero.»

Leila lanzó un grito al arrojar la vista sobre el contenido del primer pergamino, palideció al leer el segundo, lloró con el contenido del tercero y lanzó un grito de placer al leer el cuarto, que se dirigia al monge negro que estaba aun cerrado con tres sellos siendo así que los otros tres estaban abiertos; el contenido de aquel pergamino que tanta alegria habia causado á Leila era el siguiente:

«Al santo, al noble, al caritativo monge de la cruz »del Humilladero.—Padre y señor: os escribo desde »tierra estraña, á donde me han arrojado las tiranías

»y las infamias que ha usado conmigo, con su mas leal »vasallo, el señor rey don Alonso el Onceno de Castilla: »puesto que yo no he podido vengarme de él, que me »vengue Dios.—Voy á morir.—Nada me queda mas »que el recuerdo de lo que he sido: mis estados han »sido confiscados por el mismo que me ha robado la »honra y muero pobre y esclavo entre infieles. Un »compañero, un cautivo como yo, que ha tenido la for»tuna de ser rescatado, lleva á don Pero Ponce de »Leon, una carta mia en que incluyo esta para vos. »No lo hago directamente, porque temo que no cono»cicndoos el mensajero, se pierda esta carta tanto mas »cuando el que la lleva va á Jerez de donde es natural »y no á Sevilla. Confio en el honor de don Pero Ponce »de Leon que os la entregará.—Por aquí suena que »el conde don Enrique hace la guerra al rey don Pe»dro; guerra impía que le ha dejado por herencia su »padre: dícese tambien que son tales las tiranías y las »crueldades del rey que acaso esté cercano un dia en »que arrojado don Pedro de su trono por el reino, se »ciña la corona don Enrique: en ese caso si el rey es »justo, pedidle una reparacion de mi afrenta... pe»didle, que ya que no puede satisfacer al padre, sa»tisfaga á la hija... porque bien lo sabeis tengo una »hija, una hija adorada, que es esclava como yo, á »quien la compasion de nuestro amo permite que me »vea, que me consuele... por ella mi situacion no es »tan desgraciada, porque el infante Abou 'l-Sayd que »nos compró, la ama y por su amor me lo concede to»do; menos la libertad. Esta hija es mi única esperan»za de que mi nombre no perezca conmigo, pero es »necesario libertarla: afortunadamente ella no ama á »Abou 'l-Sayd y jamás será su esposa por violencia »porque es valiente como un leon, porque Dios me »ha dado en ella, mas que pudiera haberme dado en »un hijo digno de mi raza.—A vos y solo á vos, diré »los medios que pueden emplearse para salvar á mi »hija doña Ana: al salir precipitadamente de Sevilla, »solo tuve tiempo para enterrar en un sótano de mi »casa solar en Sevilla, mis alhajas y mis tesoros: ese »sótano está situado debajo del zaguan y en el rincon »de la derecha frente á las escaleras, debajo de una »piedra negra en una caja de hierro: en esa caja encon»trareis diez quintales de oro en castellanos del rey »don Alonso y un cofrecillo con las joyas que fueron »de mi madre y despues de mi mujer doña Teresa.— »Pensar en librar á mi hija por un rescate, seria »imposible; pero no lo seria tanto el enviar hombres »astutos y determinados, que á fuerza de oro com»prasen á las gentes que la guardan: vos sois sabio y »compasivo y comprendereis este último deseo de un »padre que va á morir. ¿Qué mas puedo deciros? si »teneis sobre los hijos del rey don Alonso el mismo »poder que tuvísteis para con aquel rey, de seguro »quitareis de sobre mi nombre la mancha de traicion »que le abruma, y devolvereis á mi hija, el lugar que »le corresponde por su nacimiento. Tened en cuenta »que cuando esto escribo nubla ya mis ojos la muerte »y que muero tranquilo en la confianza de que esta »carta llegará á vuestras manos, y que, llegando, se »cumplirá lo que en ella ospido.—Del castillo de Valor, »en las Alpujarras á doce dias del mes de mayo año de »nuestra redencion de mil trescientos y cincuenta »y seis años.—Alfon Tellez, comendador de San»tiago.»

Leila en vista de esta carta, que venia á ser un testamento, y cuya procedencia misteriosa no supo esplicarse, esperó á la noche, fué al lugar, donde incendiadas y por tierra, yacian las ruinas del solar de sus antepasados y á fuerza de paciencia y trabajo, logró encontrar el sótano marcado en la carta: llevaba debajo de su capa una palanqueta de hierro, y latiéndola el corazon, llena de ansiedad é incertidumbre, cabó en el lugar señalado en el rincon de la derecha del frente, despues de haber levantado la piedra negra: al fin la palanqueta se detuvo en un cuerpo que al ser tocado produjo un sonido metálico y al fin quedó descubierta la caja de hierro.

Leila probó á levantarla pero la fue imposible; entonces rompió con la palanqueta la cubierta, lo que no fue difícil porque el hierro estaba corroido por el orin, y encontró en la caja el oro y las joyas á que hacia referencia la carta de su padre, junto con la ejecutoria de los Tellez.

Leila trasladó en repetidos viajes de las ruinas y en pequeñas porciones aquel oro y aquellas alhajas á su casa, y cuando se vió fuerte, poderosa, cien veces mas rica que lo que ya lo era, no pensó en ir á vivir con el judío Jonathan, ni en esconderse: por el contrario, pensó en ir á buscar su nombre en el único lugar donde podia encontrarle bajo las banderas de don Enrique, que, como pretendiente, estaba en el caso de conceder lo todo: pero no porque se encontró fabulosamente rica por sí misma, perdonó á don Simuel Leví: tenia la conciencia de que, castigándole, ejercia un acto de justicia; le dominaba como á un esclavo, y le arrancó, arrancándole con ello el alma, treinta mil florines, que era lo que Leila creia bastante, para que el rey de Aragon pudiese hacer una tentativa sobre la frontera de Castilla.

Despues Leila, por medio de Isabel-la-Liebre, conducto supletorio en ausencia de Pedro-el-Negro, entre ella y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, eligió ciento de los mas valientes, les dió cita armados, equipados y montados, como para una espedicion á dos leguas de Sevilla, y provista de un seguro real hecho por ella misma en uno de los pergaminos que habia robado á Juan Diente, salió de Sevilla un amanecer llevando en cofres sobre el lomo de acémilas sus tesoros y sus ropas; item mas, en una litera, á doña Aldonza Coronel.

Ya hemos visto como llegó á Zaragoza, cómo se deshizo de doña Aldonza y cómo esperaba en la antecámara del conde de Trastamara.

Su espera duró mas de una hora, y ya empezaba Leila á impacientarse y á darse al diablo, cuando se abrió una puerta, y un escudero dijo dirigiéndose á ella:

—¿Sois don Gaston Tellez de Ulloa?

—Yo soy, contestó Leila.

—Pues pasad, caballero; mi señor os espera.

Leila entró en una cámara, rica sí; pero que estaba muy lejos de llegar á la riqueza y á la ostentacion que se notaba por todas partes en el alcázar de Sevilla.

En aquella cámara habia dos hombres sentados mano á mano en una mesa, sobre la que habia algunos pergaminos. Era el uno el conde de Trastamara, á quien ya conocemos, y el otro el *dogo de Bretaña* Beltran Duguesclin, gran condestable de Francia, á quien hemos visto de paso.

Ya al principio de nuestro relato hicimos la semblanza física y moral de don Enrique, y repetirla ahora seria una redundancia en que no queremos incurrir. Ocupémonos, pues, de Beltran Duguesclin ó Claquin, como le llaman nuestros cronistas.

Todos los que en nuestros tiempos se han ocupado de este personaje, le han presentado de una manera falsa, arrastrados por un fanatismo caballeresco ó por su falta de crítica; puede decirse que, segun los autores españoles, no se conoce de Dugueslin mas que una figura mutilada, presentada por el lado mas odioso. Nosotros á fuer de escritores imparciales, vamos á esponer á nuestros lectores cuanto hemos hallado respecto á ese personaje en las crónicas francesas, únicos jueces competentes, tratándose de un francés.

Beltran Duguesclin, es en la historia francesa un personaje de tanto bulto como en la española el Cid: del mismo modo que para nuestro Ruy-Diaz se escribió un poema entusiasta, lleno de hazañas dignas de la Iliada, se escribió una crónica en verso que no es

otra cosa que un poema laudatorio, para Beltran: sus hazañas llenan de orgullo á los franceses, como las del castellano del Vivar á los españoles. En una palabra, Duguesclin es el Cid francés; pero menos romancesco, menos bello que el nuestro.

Su figura, en vez de hablar en su favor, le perjudicaba: era un jayan huesudo, fuerte, de ancha espalda, rostro negro y tostado, espresion ruda y vulgar, aunque llena de lealtad y franqueza y puños de hierro, que eran una de las cualidades indispensables para ser tenido en algo, en una época en que puede decirse que la fuerza era el derecho.

Pero bajo esta apariencia salvaje, ocultaba Duguesclin una profunda inteligencia y sabia ser zorro y leon á un tiempo: era acertado en el consejo, elocuente á su manera, audaz y esperimentado. Amábanle sus soldados á mas que por valiente, por la llaneza de su trato, por sus bufonadas de que era muy pródigo y por el cuidado casi paternal con que miraba por los derechos, por la subsistencia y por la vida de los que seguian su bandera. Oriundo de una casa hidalga, pero pobre, de Bretaña, supo, uniéndose á la casa de Francia, elevarse á una altura á que muy pocos habian llegado antes ni llegaron despues de él. Como todos los hombres avanzados de su tiempo, como el mismo rey don Pedro de Castilla, sus esfuerzos, sus deseos, habian sido el de constituir á Francia en una gran nacion, matando los señoríos y los fueros etereogéneos y reasumiendo el poder en una sola mano y el derecho en un solo código. Nació breton, y estas aspiraciones de unidad, este bien entendido patriotismo, le hicieron francés. Tuvo, sin embargo, con los mismos deseos, mas prudencia y astucia que don Pedro: colocado por su posicion entre una nobleza orgullosa y descontentadiza, tuvo habilidad bastante para evitar que los favores, dignidades y recompensas que se le concedieron á manos llenas, no causasen envidia, ni hiriesen susceptibilidades, haciendo que se reconociesen como un justo premio á su valor y á sus virtudes. Duguesclin conocia su época y vivia y obraba con arreglo á ella, en contraposicion del rey don Pedro que la arrostraba de fuerte.

Táchase á Beltran de aventurero y tampoco lo fue. Las encarnizadas y largas guerras que por aquel tiempo habian sostenido una contra otra, Francia é Inglaterra, las habian inundado de esos obreros de la guerra que se llamaban aventureros, por ejercer una profesion á que se dedicaban todos los que, teniendo buenos puños, preferian una vida de combate, de rapiña y de bandidaje continuo, á un oficio mecánico, en que se gastan á un tiempo la paciencia, la salud y las fuerzas, y que no tienen otro porvenir que la mendicidad en la vejez. Cuando se firmaron treguas entre Francia é Inglaterra, en nada conocieron estos paises los resultados de la paz: los aventureros que en aquella guerra se habian empleado, no teniendo enemigos á quienes combatir, se habian entregado á depredaciones y todo género de tropelías y de bandidaje sobre los pueblos. Francia estaba, pues, desvastada por estas hordas que tenian por título la *gran compañía*, y el delfin regente buscó un medio para echar de sí aquella gangrena que se habia apoderado de Francia, y para combatir la cual se encontraba sin fuerzas.

Conocíalo esto el conde de Trastamara, que como capitan de aventuras habia servido á Francia, y conservando relaciones con la mayor parte de los capitanes de aquellas feroces bandas mercenarias, inspiró al rey de Aragon el proyecto de valerse de ellos para hacer la guerra al de Castilla.

Mas interesado que nadie el rey de Francia de desembarazar sus estados de aquella plaga, acogió ávidamente las demandas apremiantes del rey de Aragon y de don Enrique, y eligió para mandar aquellas compañías al primero de sus capitanes, al único hombre capaz, de organizar, de disciplinar, de dar unidad, de convertir en ejército aquellas feroces hordas de bandidos. Este hombre era Beltran Duguesclin que, sacando aquellas gentes de Francia, hacia un señalado servicio á su patria.

Pero habia de por medio una gran dificultad; el rey de Aragon no tenia dinero, y era proverbial la pobreza del conde de Trastamara: pensar que las *compañías blancas* ó la gran compañía, como mejor queramos, tomasen partido por una causa, sin que antes dicha causa les hubiera parecido buena por la ley y el brillo de su oro, era pensar un desacierto. En este apuro el delfin que, como hemos dicho, estaba mas deseoso que nadie de que la gran compañía en masa sin descontar un solo aventurero, pasase los Pirineos, envió á Beltran Duguesclin junto á Pedro IV, seguro de que la perspicacia del célebre capitan, encontraria en Aragon mas recursos de hacer dinero que su mismo rey.

De esto se ocupaban el conde y Duguesclin á la llegada de Leila, y esta era la razon de la hora larga que se habia hecho esperar á la jóven.

Don Enrique la recibió con displicencia: esto consistia en que por mas que habian puesto su imaginacion en aprieto el breton y el bastardo, no habian encontrado medio de sacar un solo óbolo de Aragon, ya demasiado estrujado y esprimido para que pudiera dar otro jugo que sangre. Solo se tenia la oferta de empréstito hecha por conducto del marqués de Tortosa, en nombre de los nobles castellanos enemigos de don Pedro, promesa vaga en que no se tenia confianza, y en que se creia ver un lazo diplomático, una especie de espionaje al estado del tesoro del rey de Aragon.

Al ver el aspecto de niño de Leila, bajo su atavío de hombre, don Enrique frunció el gesto.

—¿Qué quereis? le preguntó.

—Vengo á ayudaros conde, contestó con gran aplomo Leila.

—Ayudarme niño: ¿y cómo me pensais ayudar?

—¡A lanzadas! ¡voto á...! esclamó Duguesclin... ¡bravo arrapiezo..! dadme, dadme la mano galan, sino es ya que os lo impide el pudor... ¡por San Beltran! ¿sabeis conde que si tuvierais algunos centenares de lanzas como esta, os podriais dar de seguro por rey de Castilla?

Leila escuchó con una grande indiferencia la tirada de Duguesclin, y le tendió friamente la mano, mientras don Enrique miraba con estrañeza al breton, dudando si se habia vuelto loco.

—Pues no, no; no lo tomeis á broma, conde, dijo Beltran; la ayuda que este caballero os ofrece la aceptaria yo, aunque se tratase de él solo; mucho mas cuando se trata de cien magníficas lanzas, que darian envidia al mismísimo *Príncipe negro*.

—¿Sois pues capitan de aventuras? le preguntó el conde mirándola ya con alguna consideracion.

—No, señor conde de Trastamara: soy rica-hembra de Castilla.

Al oir esta contestacion, don Enrique se puso de pié impulsado por su admiracion, mientras Duguesclin lanzaba ruidosas carcajadas esclamando:

—¡Ah! ¡ah! ya sabia yo que era una mujer.

—¿Vos rica-hembra de Castilla y en ese traje? esclamó el conde.

—¡Y con esos puños....! esclamó riendo Duguesclin.

—La desgracia me ha hecho fuerte y valiente, contestó Leila.

—¡Ah! ¡sois desgraciada!

—Mi padre ha muerto esclavo.

—¿Cómo se llamaba vuestro padre?

—Don Alfon Tellez, señor de Castrofiel.

Nublóse el semblante de don Enrique.

—¿Conoceis la historia de mi familia?

—No, no; dijo con turbacian don Enrique; pero creo que mi padre, el señor rey don Alonso...

—Declaró traidor al mio... pues bien, señor; leed y juzgad.

Y Leila entregó á don Enrique la carta que dos años antes habia escrito su padre al Monge negro.

—Y bien, dijo: ¿cómo es que no os habeis presentado á pedir vuestra reparacion al rey don Pedro?

—Le aborrezco de muerte.

—¡Le aborreceis..! sin embargo creo que teneis para él una gran recomendacion.

—¿Cual señor?

—Vuestra hermosura.

—¡Ah! dijo Leila en una esclamacion incomprensible.

—¡Oh! esclamó maliciosamente Beltran.

—¿Y habeis sido tambien esclava?

—Permitidme, señor, he jurado no revelar á nadie mi historia, hasta que llegue un dia que no creo muy distante.

—¿Y cuál es ese dia?

—El de mi venganza.

—Cuando os digo conde, que en mi vida he visto una cosa mas rara, ni una alhaja que mas valga... dejaos de vacilaciones y concededla cuanto os pida. El *Príncipe Negro* no lo hubiera pensado tanto.

—¡Siempre el Príncipe Negro! esclamó don Enrique.

—Qué quereis; es el único enemigo digno de mí. Sea esto dicho sin vanagloria. No le temo, no, no, ¡por San Dionisio! ¡yo no temo á nadie! pero le respeto. Y oid, yo no lo diria á nadie... pero si se tratase de esta dama, la tendria miedo...

—¡Miedo!

—Sí, como se tiene miedo al diablo.

Leila, dejó su actitud viril, para convertirse en mujer.

—Tanto me ponderareis señor condestable, dijo, que acabareis porque el conde me tenga miedo, cuando lo que menos deseo es inspirarle terror... Todo se reduce, á que el infante Abou-'l-Sayd de quien he sido esclava, obligado á una vida aventurera, llevándome siempre consigo entre sus valientes africanos, me ha robustecido, me ha acostumbrado á la fatiga y al peligro, y me ha criado como á un hombre... pero no importa: la debilidad de las mujeres está en su ser, en su corazon; ¡ah! la mas fuerte, llega un momento en que es mas débil que un niño, y ocupa la posicion de esclava á que la ha destinado Dios.

—¿Y qué momento es ese que podria hacer de vos una esclava? dijo con maliciosa curiosidad Duguesclin.

—Ese momento es el momento del amor.

Leila al decir estas palabras suspiró, se apoyó en la mesa, y dobló la hermosa cabeza sobre el pecho.

—Sentaos señora, sentaos, dijo don Enrique conmovido, sin acertar á apartar la vista de Leila, que empezaba á fascinarle.

Leila se sentó.

—¿Decís que quereis la reparacion del nombre de vuestro padre, dijo el conde?

—La quiero.

—¿Y venís á pedirmela á mí?

—Si señor.

—¿Esto es que crecis que yo llegaré á ser rey de Castilla?

—Lo sereis.

—Y en cambio de esa reparacion...

—Os ofrezco mi ayuda.

—Y yo la acepto.

—¿Qué dinero necesitais para emprender la guerra al momento?

Don Enrique se volvió á Duguesclin.

—¡Eh! dijo este consultando uno de los pergaminos: poca cosa; con sesenta mil florines habria bastante por el momento.

—Contad con ellos.

—¡Cuándo! dijo don Enrique.

—Enviad vuestro tesorero á mi casa cuando querais.

—Irá mañana.

—Le esperaré.

Don Enrique tendió la mano á Leila, que la aceptó y se la estrechó fuertemente.

—Y yo iré tambien, señora, si me dais licencia.

—¿Y cuándo ireis, señor?

—Esta misma noche.

—¡Ah! pues permitidme que os deje... será preciso que me prepare para recibiros.

Y Leila saludando de una manera deliciosa á Beltran, y saludando á don Enrique, salió.

El conde quedó asombrado, y Duguesclin suspirando recio, como quien se siente aliviado de un gran peso, se levantó y se puso á pasear por la cámara.

—¡Cuernos de Belbecebú! es maravilloso... ¡no me atreveria á contarlo! ¡rayos y truenos! esa mujer es una espada de dos filos.

—¿Qué quereis decir?

—¡Como hombre, terrible! ¡como mujer, mortal! tened mucha cuenta con ella, señor conde; mirad no sea un lazo de vuestro hermano... esa mujer... esa... me parece que ella y yo vamos á tener que hacer algo en este mundo.

Y tras estas palabras se despidió de don Enrique y salió.

El conde se hizo ataviar con gran esmero y se trasladó á casa de Leila que le esperaba en traje de mujer.

Habia elegido para ello el traje que mas le favorecia, esto es, el traje árabe, y estaba deslumbrante de joyas y brocados como una sultana. El conde al verla dió un grito de sorpresa.

—¿Qué os maravilla en mí, señor?

—Maravíllame, doña Ana, la diferencia que encuentro en vos: con el traje de hombre sois hermosa; pero con el de mujer sois irresistible.

—¡Callad! callad por Dios, don Enrique: ¿qué diría vuestra noble esposa doña Juana Manuel si os escuchase?

—Afortunadamente doña Juana está muy lejos y no puede oirnos.

—Pero os oigo yo, y esto basta: sentaos, señor, senteos y hablemos de lo que os conviene. De vuestras empresas, de vuestra venganza, del trono que os espera.

—Un momento, un momento señora, tiempo tendremos sobrado para hablar de dos enfadosos asuntos: permitidme antes que os diga que dudo de vos.

—¿Que dudais de mí?

—Si ciertamente: creo que me engañais.

—¿Que os engaño?

—¡Cómo creer que vos sois la misma persona que he visto esta tarde en la Aljafería! es cierto que existe una gran semejanza... pero dos hermanos pueden parecerse de ese modo.

—¡Ah! ¿creeis, que quien se os presentó esta tarde era un hermano mio?

—No solo lo creo, sino que me afirmo en ello.

—¿Y en qué os fundais?

—Primero en que esta tarde me parecisteis mas alta, mas delgada y mas jóven.

—Eso es efecto del traje de hombre.

—¿Pero esos riquísimos cabellos que ahora mostrais?.. ¡á no ser que sean postizos..!

—Esta cabellera es mia, enteramente mia, don Enrique, y os voy á dar una prueba en ello.

El conde se inclinó hácia ella y tendió las manos un tanto atrevidas á su cabeza.

—Teneos, señor conde, dijo con severidad Leila, no necesito daros la prueba por mí misma. ¡Ola! ¡Florisman!

Al llamamiento de Leila se levantó un tapiz y apareció Isabel-la-Liebre.

—Llega, le dijo la jóven, este caballero desea conocerte, hijo mio.

Isabel, adelantó: el conde tomando por hombre á Isabel, y notando su hermosura y el cariño con que le trataba Leila, sintió un impulso de zelos.

—¿Qué os parece de este rapaz? le preguntó la jóven.

—Paréceme un bello paje, que no tendria reparo de admitir en mi servidumbre.

—¿Con que os parece un paje?

—Sí, vive Dios, un hermoso pajecillo de quince años.

—Pues os engañais, es una hermosa mujer de veintidos.

El conde mostró una espresion de asombro, mientras Leila é Isabel cambiaban una mirada de inteligencia.

—¡Decis que este paje es una mujer! esclamó don Enrique.

—Si por cierto, y una mujer con una cabellera de oro mas rica que la mia. Ven, acércate, Isabel; arrodíllate.

Isabel adelantó hasta Leila, se arrodilló junto á ella y Leila le arrancó de un solo tiron la peluca perfectamente construida que llevaba sobre sus cabellos recogidos en pequeñas trenzas en la parte superior de la cabeza, lo que hacia parecer aquella cabeza mas voluminosa; luego soltó una por una aquellas trenzas, y el conde pudo admirar la magnífica y rubia cabellera de Isabel.

—¿Comprendeis ahora, señor, de qué manera pueden ser mios mis cabellos?

—¡Oh! sí, sí, lo comprendo; pero lo que no comprendo bien es, por qué razon disfrazais vuestra hermosura.

—Nuevo amante tenemos. dijo para sí Isabel, levantándose de los piés de Leila y recogiéndose con cierto enojo picaresco y hechicero sus cabellos.

—Solo hace dos meses, dijo Leila contestando á don Enrique, que he venido de las Alpujarras y me importaba tener para mis proyectos cierta libertad que no hubiera sido bien mirada en una dama. Vete, Isabel mia, vete, y no te aflijas por el desorden en que he puesto tu cabeza; mientras estemos en Aragon seremos mujeres, enteramente mujeres.

Y tendiendo la mano á Isabel la atrajo á sí y la besó en la boca.

Isabel la contestó con un sonoro beso, saludó con una sonrisa á don Enrique y salió corriendo de la cámara.

—¿No es verdad que es muy bella y muy graciosa, señor? dijo Leila.

—Sí, si en verdad : confieso, señora, que me fascinais; todo cuanto os rodea es un misterio ¿quién es esa dama?

—Una parienta mia.

—¿Y es tan valiente como vos?

—Tiene tanto corazon; pero la falta costumbre: mirad, yo soy, y no lo estrañeis, una buena lanza, y una buena espada; bajo estos brazos cuya hermosura me han ponderado tanto, no sé con qué justicia, enamorados locos, hay músculos de hierro : y maravillaos: bajo esta apariencia dulce, tranquila, conozco á pesar mio que hay un fondo de crueldad feroz, un corazon que no tiembla por nada, una insaciable sed de sangre, un instinto acometedor.

—¡Ah! dijo casi dominado don Enrique.

—Y... maravillaos aun: el nombre de Beltran Duguesclin inunda el mundo : no hay caballero que no haya oido nombrar al gran capitan de Francia... yo no le conocia, deseaba conocerle, y le he visto hoy... es un toro salvaje, en cuanto á fuerza, y un zorro viejo, en cuanto á inteligencia y astucia... pues bien, desde antes de conocerle he tenido deseos de probarme con él; despues de verle he visto que esos deseos han desaparecido, quedando en su lugar una obsoluta indiferencia.

—¡Os es indiferente un hombre cuyo nombre solo hace temblar á los mas alentados!

—No lo tomeis á fanfarronada, señor, pero si un dia nos viéramos frente á frente Beltran Duguesclin y yo, estoy segura de matarle.

—Perdonad doña Ana, pero creo que os chanceais, á no ser que quisiérais matarle con vuestros ojos..... ¡oh! de seguro le matariais...

—¡Ah! con que creeis...

—¿Que podeis matarle..? cierto y tengo una prueba de ello.

—¿Y qué prueba es esa, señor?

—Que me habeis muerto á mí... y eso que soy frio de corazon, que jamás he amado...

—Os repito que si doña Juana Manuel os oyera...

—Si me oyera la diria : ¿qué culpa tengo, señora, si me obligan á amar contra mi voluntad?

—Pues haceis mal en no defenderos mejor, dado caso de que vuestras palabras no sean pura galantería... porque yo... entendedlo bien, jamás amaría á un hombre casado... y si por mi desgracia le amase, mis zelos le harian viudo.

—¿Por qué ese afan por mostraros feroz, señora, dijo don Enrique, cuando vuestra sonrisa, la paz de vuestro semblante, su dulzura, desmienten vuestras palabras?

—Es que no me comprendeis, es que yo misma no me comprendo. Un hombre solo me ha oido hablar como vos me ois, y ese hombre no ha podido dudar porque me conocia... vos me conocereis tambien, y acaso no tarde el dia en que mi mirada os cause horror, y no la podais apartar de vuestra memória.

—En verdad, señora, que quisiera conocer el misterio de vuestro doble carácter.

—Pues nada hay mas natural.

—¿Llamais natural la existencia de una mujer superior en fuerzas, en arrojo, en valentía, en ferocidad al hombre mas robusto, mas valiente y mas feroz?

—Dios en compensacion de una sola debilidad, que nos esclaviza al hombre, nos ha dado un espíritu fuerte para el sufrimiento, sensible á las menores impresiones : una memoria tenaz para los ultrajes, una crueldad refinada para la venganza. Por débil de cuerpo que sea una mujer, siempre encontrará medio para vengarse: si la tocan á cualquiera de los cien puntos vulnerables que, en razon de su sensibilidad, tiene el alma de la mujer, siempre encontrará á mano la calumnia, la deshonra, si la faltan un puñal ó un veneno ó valor para matar... hay situaciones tambien en que la mujer mas fuerte no mata, por que cree la muerte insuficiente á su venganza; sino que sigue paso á paso á su víctima, la acecha, la hiere lentamente en sus pasiones y la va arrancando una por una á fuerza de astucia y constancia, cuantas ilusiones le son queridas, destrozándole cuantos seres le son amados; enloqueciéndole y reduciéndole á la desesperacion antes de matarle. ¡Oh! añadió indolentemente Leila ¡despreciais á las mujeres porque no las comprendeis! si las comprendierais las trataríais con respeto, es decir, os precaberíais de ellas : y eso que vosotros os habeis apropiado en el reparto de los derechos humanos, la parte del leon; y eso que vosotros habeis envilecido á la mujer y la habeis enervado, reduciéndola á la situacion de esclava : hasta habeis llegado á decir que su alma no es de la misma especie que la vuestra... no sé... no sé como habeis sido tan generosos que habeis concedido la inmortalidad del alma de la mujer.

Don Enrique callaba con un silencio de estupor; Leila continuó con acento opaco y dulce que estaba tan en contraposicion con la energía de sus palabras como su sexo y su aspecto con sus pensamientos.

—Y os engañais; yo soy una prueba viviente de ello : antes que yo lo han sido otras é indudablemente despues de mí aparecerán mujeres que sustentarán es-

ta verdad. Robusteced á una mujer con ejercicios corporales, hacedla sufrir la fatiga, desarrollad sus fuerzas, cultivad su espíritu con la enseñanza, haced-la ver la sangre, cebadla en el estrago, educadla en fin para que sea valiente y fuerte y esa mujer será superior en fuerzas, en valor, en energía, en fortalcza al hombre mas alentado.

—Maravíllame sin embargo, dijo el conde aventurando una objecion, que siendo la mujer tan fuerte no haya dominado al hombre.

—El amor en la mujer es una maldicion, y una carga, una miseria horrible la maternidad; para que la mujer no fuera esclava, era necesario que amase menos, que no estuviese sujeta á ese duro trance, que la gasta, la aniquila, la destroza, cuando no la mata. No hablemos mas de esto, yo misma cuando pienso en el amor dejo de ser lo que soy para convertirme en una mujer vulgar respecto al hombre que amo.

—¡Amais!

—Con toda mi alma.

—¡Y no os aman!

—He llegado tarde.

—¡Os desdeñan!

—Tengo demasiado orgullo para esponerme á un desden. Pero dejemos esto, añadió Leila visiblemente contrariada: no he venido ciertamente á Zaragoza á hablaros de amor, sino á proponeros mi ayuda, y pediros la vuestra.

—Acepto vuestra ayuda, señora, y en cuanto á la mia, he aquí lo que me habeis pedido.

Y el conde sacó de su escarcela un pergamino rollado y sellado.

Leila desarrolló el pergamino cuyo contenido era el siguiente:

«Don Enrique, caballero, hijo del muy escelente »noble y poderoso señor rey de Castilla difunto, don »Alonso el Onceno, declaro la libre promesa y obliga-»cion que contraigo de quitar sobre el nombre de »don Alfon Tellez, comendador de Santiago, señor de »Castrofid, la mancha y nota de traicion que por un »error disculpable echó sobre él el señor rey don Alonso »mi padre, que esté en gloria, en descargo de su alma; »y de devolver á su hija y única heredera doña Ana »Tellez de Ulloa, cuantas villas, castillos, pechos y »derechos, fueros y franquicias, honores y esencio-»nes, correspondieron al dicho comendador don Al-»fon Tellez su padre; todo lo cual cumpliré, y para »ello empeño mi fe de caballero y mi palabra real, »cuando Dios fuere servido darme victoria sobre el ti-»rano don Pedro que hoy con escándalo de la jus-»ticia rige á Castilla. Dado en Zaragoza á catorce dias »del mes de junio de mil y trescientos y cincuenta y »ocho años.—Don Enrique.—Yo Pero Carrillo, secre-»tario de su señoría, la refrendé por su mandado.»

—Gracias, señor, gracias, dijo la jóven guardando el pergamino: y puesto que teneis oro, porque le tengo yo, ¿cuándo pensais embestir por la frontera?

—El rey don Pedro nos escusará ese trabajo rompiendo contra Aragon.

—Dentro de pòco el rey don Pedro se verá obligado á correr con todas sus fuerzas á la frontera de Granada para contener á un enemigo formidable.

—¿Y qué enemigo es ese? Don Pedro tiene asentada alianza con el rey moro.

—Acaso á estas horas Mojanmet V, habrá sido destronado y muerto; proclamado por un momento Ismail, destronado á su vez, y enaltecido Abou 'l-Sayd el Bermejo, mi antiguo señor.

—¿Es acaso el hombre á quien amais?

—Si le amara, no me hubiera separado de él y seria sultana de Granada. Le ayudo porque me conviene, como os ayudo á vos, porque soy enemiga á muerte de don Pedro.

—¡Ah! esclamó don Enrique de una manera particular.

—No, no amo á don Pedro, esclamó Leila comprendiendo la esclamacion de don Enrique; si le amara hubiera tenido fuerzas bastantes como mujer para haberme hecho amar de él: por un momento tuve el pensamiento de vengarme de él enamorándole, pero le rechacé: le odio demasiado para poderle ocultar mi odio... no, don Pedro no me conoce; pero me conocerá, y ¡ay de él cuando llegue ese dia!

Despues de estas palabras Leila se levantó y adelantando lentamente hácia el conde, le dijo:

—Estoy cansada, mas que por la fatiga corporal del viaje, por la lucha del espíritu: perdonadme, señor, si por este momento os suplico que terminemos nuestra vista; es además tarde, y mis gentes pudieran murmurar.

—¡Ah! señora, dijo el conde levantándose á su vez; ¡pluguiera á Dios que no hubiera venido!

—Os obstinais en que crea en vuestro amor, cuando solo me conoceis desde hace algunas horas.

—Basta, señora, arrojar una mirada sobre el Océano para concebir su grandeza á la vista de su inmensidad: un ciego que recobrase la vista y viese por un momento el sol, volviendo á cegar, no olvidaria jamás su hermosura.

—Pero el Océano, aceptando vuestro simil, es insensible á quien le admira, y el sol sigue su eterno camino. Creedme, no pretendais arrojaros á un mar que puede sepultaros en sus ondas, no mireis demasiado á un sol que puede cegaros. Seguid vuestro camino como yo sigo el mio, y no alenteis sueños insensatos, ni procureis unir dos destinos que no podrian avenirse juntos: si he tenido la desgracia de inspiraros amor, y digo desgracia, porque para mí lo es, puesto que no puedo corresponderos, olvidad, señor, olvidad... mis amores si fueran posibles, os serian fatales.

—Adios, señora, adios, dijo el conde enteramente fascinado.

—El os guarde, señor, contestó Leila gravemente.

Don Enrique salió enloquecido, llena el alma de la hermosura y del enérgico carácter de Leila, que quedó murmurando.

—¡Todos! ¡todos, menos él!

CAPITULO VII.

Que no es otra cosa que un apéndice histórico.

Al dia siguiente de la muerte del infante don Juan, el rey don Pedro juró segun el fuero guardar las libertades de Vizcaya, primero en las manos del regimiento de Bilbao, luego en la iglesia de San Emeterio de la misma villa, despues bajo el árbol de Guernica, y al fin en la iglesia de Santa Eufemia en Bermeo.

Llenas estas indispensables formalidades, don Pedro quedó reconocido solemnemente señor de Vizcaya, despues de lo cual no se detuvo ni un momento en llevar á cabo sus proyectos inmediatos, que eran la guerra de Aragon, y salió de Vizcaya para trasladarse á Sevilla.

A mediados de junio don Pedro con un respetado cuerpo de ejército zarpó de Sevilla con doce galeras castellanas y seis genovesas, haciendo rumbo á las aguas de Valencia, en tanto que por tierra seiscientas lanzas se encaminaban á la frontera de Murcia para sostener sus operaciones marítimas. Cuatro dias despues arribó á la villa de Guardamar, lugar fuerte, perteneciente al señorío del infante don Fernando de Aragon, y desembarcando sus gentes y uniéndolas á las que habian llegado por tierra, con una exactitud sorprendente, asaltó denodadamente la villa.

La resistencia fue heróica; las gentes del rey fueron rechazadas, y como coincidiendo un temporal, arrojase á la costa las galeras, de las cuales se salvó una castellana y otra genovesa, el rey se vió obligado á

levantar el cerco y se replegó sobre Murcia; habiendo dado rienda al furor que le causó este contratiempo incendiando á Guardamar.

En aquella ocasion se reveló el carácter enérgico y tenaz del rey, los reveses sublimaban su valor en vez de debilitarle: á la vista de los destrozos de su escuadra y entre el ruido de la tempestad, dictaba órdenes para un nuevo armamento marítimo. Decretó se hiciesen en Sevilla grandes provisiones de madera, y demandó enérgicamente naves á los reyes de Portugal y de Granada sus aliados; ordenó á los concejos de las ciudades marítimas de Galicia, Asturias y Vizcaya, embargasen todos los buques que encontrasen en sus puertos, en estado de hacerse á la mar, y los enviasen á Sevilla, donde pensaba armar la escuadra mas poderosa que en aquellos tiempos hubiese surcado los mares. Ocupóse, en tanto, en correrías desoladoras en el reino de Valencia llevándolo todo á sangre y fuego, en lo que se entretuvo hasta la llegada del invierno.

Entonces volvió á Sevilla, donde, con su incansable actividad y su voluntad de hierro, hizo adelantar de una manera maravillosa los trabajos de apresto. Visitaba por sí mismo los arsenales, hacia levas de chusma, la instruia, prodigaba el oro, y no perdia una ocasion, una oportunidad para escitar con un gran rasgo el ardor de los constructores.

El rey de Aragon se aterró: comprendia claramente que el insulto hecho á Castilla por el almirante Francisco Perellos, una de las causas en que don Pedro fundaba aquella guerra, solo era un pretesto; bajo él se veian intenciones de conquista de un reino, que por la enemistad instintiva de su monarca respecto al de Castilla, era por decirlo así, el cuartel general de los vasallos rebeldes al rey don Pedro, y el refugio del pretendiente don Enrique y de sus hermanos bastardos. Don Pedro sabia muy bien que mientras no escarmentase ó dominase á aquel terrible enemigo, tendria siempre guerra en las fronteras de su reino, y lo que era peor, un lugar de inmunidad para todo género de rebeldías y de delitos de sus vasallos. Don Pedro en fin, se habia propuesto dar de través con Aragon, y demostraba de tal modo estas intenciones el gigantesco armamento del rey de Castilla, que el de Aragon, con oro, ya por los amaños de Leila y contando para un caso urgente con el apoyo de la Francia, creyó que no debia esperar en la inaccion á que le acometiese su formidable enemigo, y en el mes de marzo de 1359 entró en Castilla con un poderoso ejército, quemó la villa de Haro, amenazó á Medinaceli, y despues de este alarde de fuerza, asustado por los grandes armamentos que aprestaba don Pedro su enemigo, se retiró á Aragon, y solo pensó en poner en estado de defensa las costas de Valencia y Cataluña.

En vano el cardenal Guido de Boloña, enviado por el papa, quiso reducir á la paz ó al menos á una tregua duradera, á los dos enemigos: el rey de Aragon, mas débil, se prestaba á ello bajo condiciones honrosas; pero don Pedro se mostró tan irreducible para el nuevo legado, como lo habia sido para su antecesor el cardenal Guillermo. En vano, instruido de la altanería y de la irritabilidad de don Pedro, acarició su orgullo y se doblegó á sus caprichos: en vano le manifestó que el papa le consideraba como el primero, mas firme y poderoso defensor de la cristiandad, y que gemia al verle volver sus armas contra un príncipe cristiano, y aliarse con los moros, contra quienes habian combatido tan tenaz y heróicamente sus abuelos: solo consiguió que don Pedro, alhagado en su orgullo, consintiese en hablarle, le recibiese bien y le tratase con afecto: las adulaciones acrecieron sus exigencias: no quiso ya solo que se le entregase el cuerpo del almirante Perellos, y se espulsase de Aragon á los refugiados castellanos, si no que se espulsase tambien al infante don Fernando marqués de Tortosa, en aquella sazon su enemigo personal por la defeccion de Jumilla. Añadió á estas exigencias las de que se le entregasen las ciudades de Alicante y Orihuela con otras muchas villas y castillos fronterizos, apoyando su pretension en que estas ciudades y villas habian formado en otro tiempo parte del reino de Murcia, y en fin, exigia que el rey de Aragon le pagase los gastos hechos anteriormente en aquella guerra, que segun su dicho, montaban á la enorme suma de quinientos mil florines.

Esto equivalia á una negativa á todo acomodo, puesto que él debia suponerse que el rey de Aragon no se prestaria á unas condiciones tan irritantes, y cuya concesion, por otra parte, no hacia mas que aplazar la guerra, y daban á don Pedro de Castilla incalculables ventajas cuando, bajo cualquier pretesto, la emprendiese de nuevo.

Desesperado el legado de un avenimiento próximo, pidió una tregua al menos de un año á que se negó decididamente don Pedro, alegando, y con razon, que cuando habia hecho tan exorbitantes gastos para el apresto de una armada y el armamento de un ejército, no era prudente, ni económico, ni político, entablar tratados dilatorios, cuando se hallaba en el caso de romper con ventaja, merced á sus esfuerzos, contra los puertos y fronteras de su enemigo.

Entretanto, y bajo la sombra de estas negociaciones inútiles, continuaba en la frontera una mútua guerra de devastacion y bandidaje, mantenida especialmente por las gentes del conde de Trastamara y del infante don Fernando de Aragon.

Irritado en fin don Pedro, y atribuyendo la negativa del rey de Aragon á sus condiciones de paz, á los amaños de don Enrique y de don Fernando, pronunció sentencia de traicion contra ellos, contra Pero Carrillo, Alvar Perez de Guzman y otros refugiados, y no satisfecho con una fórmula vana, necesitando sangre para calmar su cólera, y teniendo entre sus manos prendas queridas de sus enemigos, como la reina doña Leonor de Aragon, madre del infante don Fernando, y presa en el castillo de Castrojeriz, y á su nuera doña Isabel Nuñez de Lara, á quien Men Rodriguez de Sanabria, anteponiendo su fidelidad á su amor, habia llevado presa al alcázar de Jerez, decretó la muerte de estas dos desdichadas, en uno de aquellos terribles momentos en que su razon estaba dominada por la monomanía de esterminio.

Doña Leonor fue la primera víctima; y no habiéndose atrevido ningun castellano á ensangrentarse en la hermana del rey don Alfonso, el rey envió unos esclavos africanos, que menos escrupulosos dieron muerte á aquella desdichada.

En cuanto á doña Isabel Nuñez de Lara, la fidelidad, la abnegacion de Men Rodriguez de Sanabria respecto al rey, estaban á punto de sufrir su mas terrible prueba.

LIBRO DÉCIMO-SESTO.

CAPITULO I.

De cómo se encontraron Men Rodriguez y Andrés Corchuelo.

Abandonando, por ahora, el terreno histórico y las variadas faces de aquellos preparativos de una guerra, que acabó mas adelante con la primera batalla de Nájera; mientras don Pedro con un teson incansable activa sus preparativos; mientras el cardenal de Boloña gestiona inútilmente y el rey de Aragon se prepara á todo evento; mientras don Enrique apura todos sus recursos, reune oro, parciales y soldados y se enamora á vuelta de esto cada vez mas de Leila, que le maneja á su sabor y esplota sus amores pensando en su venganza; mientras doña María de Padilla gime abandonada en el alcázar, entregada á dudas y vacilaciones;

mientras Juan Tenorio da rienda suelta á su carácter y, sin saberlo, prepara un dia terrible; mientras en Granada el infante Abou 'l-Sayd acomete al rey Mejammet en nombre de Ismael; mientras maese Blas Corchuelo se emborracha en Sevilla para olvidar la muerte del esclavo negro, y Juan Diente busca de una manera tenaz aunque desesperada, al ladron de los pergaminos; mientras don Simuel Leví medita como libertarse de Leila, que aun desde Aragon y por medio del escribano Alvar Yañez, influye de una manera inconsiderada sobre el judío; mientras Isabel-la-Liebre espera desconsolada nuevas de su amante Pedro-el-Negro, y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador reciben puntualmente su sueldo de hombres de armas que gastan alegremente, siempre dispuestos á servir á quien tambien les paga, sin acordarse de su capitan; mientras Pero Lope de Padilla anda atontado y loco buscando por todas partes á Leila; mientras el Monge negro tiene continuas y misteriosas conferencias con el rey, que se muestra con él mas

Andrés Corchuelo.

contento y satisfecho; mientras se ignora en fin, lo que ha sido de Beatriz-la-Hermosa y de su abuela Berta, suplicamos á nuestros lectores nos sigan á Jerez, donde nos esperan notables sucesos.

Habian pasado ocho dias desde el en que Andrés Corchuelo habia montado á caballo y se habia trasladado á Jerez.

Ya hemos visto hasta qué punto doña Sol de Vargas habia llegado en sus amores á beneficio de algunos dias de ausencia: sabemos tambien hasta qué punto interesaban aquellos amores á Andrés, y podemos asegurar que aunque llevaba consigo el recuerdo de su perdida Beatriz, en la imposibilidad de encontrarla y siéndole indiferente vivir en Sevilla ó en Jerez, sentia cierta impaciencia por llegar, impaciencia cuya causa no era otra que doña Sol.

Castigó por lo tanto los hijares de su caballo, y veinticuatro horas despues de haber salido de Sevilla, esto es, al ponerse el sol del dia 15 de junio llegaba á la ciudad ya entonces célebre, y hoy celebérrima por

sus vinos, y se alojaba en un meson en los arrabales, situado cerca del alcázar.

Por mas impaciencia que el jóven sintiese por ver á doña Sol, preciso le fue esperar á que cerrase la noche, y como habia hecho una marcha, sino violenta, activa, y el ejercicio desarrolla el apetito y hace necesario el descanso; despues que hubo pensado á su caballo por sí mismo, primera é indispensable necesidad de un buen ginete que aprecia su cabalgadura, se encaminó hácia el ventero, rechoncho personaje armado, como los cocineros de nuestros dias, del indispensable gorro blanco y el inconmensurable mandil, prendas de uso inmemorial entre los cocineros, desde que hay cocineros en el mundo, y le asaltó con la acostumbrada peticion de aposento, lecho y comida, que fuesen lo mas aceptable, cómodo y sabroso posible, á lo que el posadero acariciándose la barbilla y con una amable sonrisa, en que se notaba la beatitud de un

Doña Sol de Vargas.

dueño de casa abierta, cuyos productos están en razon directa de sus deseos, le dijo.

—Pésame, señor escudero, que hayais llegado á mi casa, al Pernil de Oro, como habreis visto que se llama, si sabeis leer y habeis leido el rótulo pintado á la derecha de la puerta, en ocasion en que poca cosa puedo ofreceros en cuanto á aposento: hace mucho tiempo (y cuenta que el Pernil de Oro era ya célebre y concurrido, cuando el señor rey don Fernando el Santo ganó á Jerez), hace mucho tiempo, repito, que no se habia encontrado tan noble y espléndidamente ocupado como ahora; tengo nada menos que un rico-hombre muy jóven, muy gallardo y muy rico, que, segun dicen, es el ojo derecho del rey.

—¿Y ese rico-hombre os ocupa todo el meson?

—Ya lo creo; como que le acompañan mayordomos, escuderos, palafreneros y pajes: ya os he dicho que es un señor muy noble y muy rico; y ya habreis visto las cuadras llenas de caballos, y de hermosos caballos; por cierto que el corcel de batalla de su merced, Balax, que así le llaman los palafreneros, es un vicho que mejor ni aun igual no le he visto en lo que llevo de

vida, y eso que Jerez es la tierra de los caballos, y que yo trato en ellos... vamos, es preciso que hayais estado ciego, ó que no entendais ni una palabra de amores, cuando no habeis entendido que á cuadra llena meson lleno, por aquello de á cada caballo un ginete.

—¿Y cómo se llama ese caballero?

—¿De dónde venís, hidalgo?

—De Sevilla.

—¡Ah! pues entonces debeis conocer mucho á mi noble huesped: ¡yo lo creo! todo el mundo le conoce en Sevilla.

—¿Pero en fin quién es? ¿Acaso el señor Juan Fernandez de Hinestrosa?

—El señor Juan Fernandez, á quien conozco tambien, tiene ya cincuenta años largos y mi huesped no llega, segun pienso, á los veintidos: vamos... no adivinais... está visto... lo que quiere decir que habeis estado de paso en Sevilla.

Tentaciones tuvo Andrés de enviar al diablo al posadero y á sus misterios, pero sin saber por qué, instintivamente, sentia un interés estraño en conocer el nombre de aquel tan ponderado personaje.

—Pues bien, dijo al fin el mesonero, creyendo que ya se habia hecho esperar bastante: quien honra mi casa, es el gran favorito del rey, el señor Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Men Rodriguez de Sanabria! esclamó Andrés palideciendo: en efecto es un conocido de otro tiempo, aunque ligeramente, y por lo mismo querria á todo trance aposentarme en vuestra casa: deseo saber si ese caballero se acuerda de mí.

—Pues si vuestro deseo es grande, os quedais de seguro, porque no hay como desear una cosa para pasar por todo... lo siento en verdad, pero solo puedo daros un desvan á teja vana.

—¡Un desvan! esto es ya demasiado... demasiado querer aprovechar vuestra casa; llegará el caso de que propongais á un nuevo huésped, dormir al aire libre sobre las tejas... vamos, pedid lo que querais, pero aposentadme mejor.

—Habeis venido algo tarde; me quedaba un aposento oscuro al fin del corredor: el número 33, y me le ha tomado hace una hora un tremendo hidalgo, á quien os juro que de buena gana no hubiera recibido.

—Arrojadle pues.

—¡Arrojarle! ¿y qué es arrojar...? ¿sabeis de quién se trata, mancebo?

—Siempre, trátese de quien se trate, sois el dueño de vuestra casa.

—Sin embargo, hay en estos benditos tiempos personas á quien es preciso respetar, si estamos bien con nuestra cabeza... en fin, si hubiera venido antes y me hubiera pedido gratis la cánara grande, se la hubiera dado.

—¿Pero quién es ese hombre?

—Otro favorito del rey, dijo el ventero bajando la voz: el señor Juan Diente, ballestero de maza de su señoría.

—¿Quién irá á morir aquí? pensó para sus adentros Andrés Corchuelo estremeciéndose, mientras el posadero continuaba:

—Ya veis que os doy lo que tengo, lo que puedo: por lo demás la cama será escelente y la comida de rey... y todo por poco precio, por un escudo cada un dia.

Despues de algunas réplicas y regateos, Andrés quedó instalado en el Pernil de Oro (ya entonces se daban nombres retumbantes á los mesones), y poco despues en un zaquizamí polvoriento, de suelo de madera, delante de una mesa, y teniendo detrás una fementida cama, Andrés cenaba á la luz de una vela de sebo, un pedazo de carne de especie desconocida, y abstraido en profundas meditaciones, se abocaba maquinalmente de tiempo en tiempo un enorme jarro de estaño, lleno de néctar jerezano.

Pero vino á sacarle de su abstraccion el rumor de dos voces que hablaban en la habitacion situada exactamente debajo del desvan que le habia tocado en suerte; aplicó un tanto el oido, y le pareció que aquellas voces le eran conocidas: reparó además en que por las rendijas del pavimento de tablas del desvan se veia luz en la habitacion inferior; ¡hechóse pues en el suelo, miró por una de aquellas rendijas, y vió una habitacion no mucho mejor que la que él ocupaba y en ella, sentados mano á mano junto á una mesa en que habia un frasco con vino y dos cubiletes de plata, dos hombres que reconoció á primera vista:

Eran Men Rodriguez de Sanabria y Juan Diente.

Hablaban al parecer con gran interés, y con una entera confianza: Men Rodriguez estaba triste, pensativo abstraido: Juan Diente, mostraba acaso por la primera vez de su vida una espresion de lástima. Por mas que Andrés aplicó el oido solo pudo escuchar algunas frases aisladas:

—Id, id á Sevilla, decia el ballestero, acaso el rey se conmueva al ver vuestro dolor...

Andrés no pudo oir mas á pesar de que el ballestero habia seguido hablando.

—¡Oh ¡oh! es ponerme demasiado á prueba; esclamó el jóven levantándose y en un acento que pudo percibir perfectamente Andrés, porque Men Rodriguez hablaba con escitacion: ¿para qué quiere el rey la vida de esa infeliz?

—Señor Men Rodriguez, dijo Juan Diente: voy á deciros lo que jamás he dicho á nadie: tenedlo presente, y ved cuanto me hace estimaros vuestra lealtad al rey. ¿Amais verdaderamente á doña Isabel Nuñez de Lara?

—Voy á hablaros con la misma franqueza, señor Juan Diente, dijo Men Rodriguez sentándose de nuevo: necesito desahogar mi corazon en el seno de un amigo, de un hombre leal.

—¡Ah señor, cuanto me honrais! esclamó Juan Diente.

—No, no os honro; es que os comprendo, señor Juan Diente; vos como yo, estais vendido al rey en cuerpo y alma; el rey os emplea de una manera sangrienta, y vos le servis dócil como un perro... porque hay en vos una fuerza oculta que os obliga á obedecerle.

—Es verdad, esclamó Juan Diente, mirando á Men Rodriguez, como asombrado de que conociese tan á fondo su alma: es verdad señor Men Rodriguez: yo es verdad, por mi crianza, por mis costumbres, por la vida que he llevado durante mucho tiempo, era valiente y feroz; la vista de la sangre me alegraba: en medio del peligro era como mejor vivia: conocióme hace algunos años en Leon el señor Pero Lope de Padilla, parecióle bien mi talante, y como entonces el señor Juan Fernandez de Hinestrosa su tio, necesitaba hacer ciertas muertes de personas que le estorbaban, entre ellas el maestre de Calatraba don Juan Nuñez de Prado, creyóme lo mas á propósito del mundo para esta clase de empeño y me asoldó en la guarda de ballesteros hidalgos del rey: os confieso porque á vos os lo confesaré, que la muerte del maestre de Calatrava y de Garcilaso de la Vega, fueron verdaderos asesinatos hechos por mi mano y en que ninguna parte tuvo el rey aunque se ejecutaron á su nombre. Yo no conocia aun á su señoría; pero el mismo dia en que Garcilaso cayó en Burgos el rey vió el cadáver.

—¿Cuántos hombres, dijo á Hinestrosa, han sido menester para acorralar á este oso salvaje? (porque es de advertir que Garcilaso era muy valiente.)—Uno solo señor, un ballestero de vuestra casa, contestó el señor Juan Fernandez.—¡Un solo ballestero! esclamó admirado el rey; pues bien, preséntamele, Hinestrosa, quiero conocerle.—El señor Juan Fernandez me llamó, me refirió la conversacion que habia tenido con el rey y me llevó á su presencia.—Don Pedro no tenia

entonces mas que diez y nueve años, y sin embargo, señor, la mirada que fijó en mí me dominó: era esa mirada penetrante, fija, incontrastable que solo posee el rey don Pedro: esa mirada que hace temblar al mas bravo y que parece escudriñar el alma de aquel en quien se fija.—¡Oh! ¡oh! me dijo despues de haberme mirado un momento, ¿con que has matado á traicion al bravo Garcilaso?—Entonces por única contestacion me abrí el gambax, y presenté al rey una ligera herida que el noble me habia hecho con su espada.—¡Ah! ¡ah! ¡te ha herido en el pecho! ¡le has matado frente á frente y armado! Es necesario perdonarte esta muerte por valiente, como te la perdono á tí, Hinestrosa, porque Dios quiere.»—Desde entonces, señor Men Rodriguez, el rey me ha hecho matar mucho, mucho, añadió el ballestero suspirando, y ya la sangre me espanta, me hiela, lo veo todo rojo: y sin embargo, nunca cuando el rey me dice: ¡mata! vacilo, y si me dijese: mata á tu querida.. lo que es mas: mátate, cae muerto á mis piés, yo mismo, sin dudar, sin temblar, me haria pedazos el corazon.

Andrés sintió correr por sus miembros un frio de horror al conocer la terrible abnegacion del ballestero: Men Rodriguez se mostraba cada vez mas pensativo y sombrío.

—Y sin embargo, señor, continuó Juan Diente, el rey mata demasiado, con sobrada crueldad, el rey vertiendo tanta sangre, se está asesinando: llegará un dia en que no tenga mas vasallos leales que vos y yo.

—¡Oh! ¡doña Isabel! ¡doña Isabel! esclamó con desesperacion Men Rodriguez; ¿que daño le ha hecho esa infeliz?

—¡El rey está loco! esclamó profundamente el ballestero.

—¡Loco!

—Sí, loco; todos creen que mata por ferocidad..... y es que no le conocen... si le hubierais visto como yo; si os hubierais visto obligado á sujetarle para que no se cebase en sí propio, como le he sujetado yo... hace muy poco tiempo que le conoceis... alguna vez como yo, presenciareis estos terribles lances... le vereis solo, de noche, paseándose por su cámara, desvelado, sombrío, lanzando gritos inarticulados; le oireis esclamar con acento ronco y aterrador: «¡es necesario que yo sea rey! ¡es necesario que no haya mas que un poder y una fuerza en mis reinos! ¡y se me ponen delante! ¡y pretenden atajarme el paso! ¡no, no! ¡esto no puede continuar así! ¡ó ellos ó yo!»—veriais como sube lentamente la cólera de su corazon á su cabeza; veriais á ese mancebo tan hermoso, que aun está en la edad del amor y de los placeres, convertirse en una cosa horrible, en una cosa que espanta: estraviarse sus ojos, crisparse sus miembros, asirse con entrambas manos la cabeza, como si quisiera impedir que se escapase, y luego... luego, si os ve y se dirige á vos como se ha dirigido á mí, os estremeceréis, cuando os diga arrojándoos un pergamino:—«¡Toma esa cabeza, traémela!»—A vos no os dirá: ¡mata! porque para matar me tiene á mí: pero os dirá: elige entre tu lealtad al rey y tu corazon: necesito la vida de la mujer que amas...

—¡Ah! esclamó Men Rodriguez cubriéndose el rostro con las manos.

—Y acaso, acaso, la sentencia de doña Isabel, no sea otra cosa que una prueba terrible á vuestra lealtad: acaso don Pedro se habrá dicho, escarmentado de tantas traiciones: necesito saber si tengo un solo hombre en quien confiar... Men Rodriguez me parece uno de esos nobles caballeros para quienes, despues de Dios, lo primero es el rey... probemos... y os ha pedido la vida de doña Isabel, y os ha mandado prenderla... despues me envia á mí, á mí, que soy su ministro de muerte para que me la entregueis: pues bien señor: entregádmela, volved al lado del rey... ya os he dicho... lo que jamás he dicho á nadie: no tengo órdenes de muerte. No os quejeis, no esteis triste, devorad vuestra ansiedad... el rey conocerá vuestro sufrimiento por mucho que le oculteis, y sin duda... si... porque su señoría es generoso y noble con sus servidores, al ver vuestra resignacion á su voluntad, me mandará que conduzca á Sevilla á doña Isabel y de una manera imprevista, cuando mas desesperado esteis, acaso os la arroje entre los brazos, y os diga: amaos, sed felices..... acaso, acaso con ella os entregue el señorio de Vizcaya... ¡oh! ¡oh! no comprendeis al rey: el rey daria la mitad de su corona al vasallo que supiese serle leal.

—Señor Juan Diente, dijo Men Rodriguez, sirviendo al rey me he convencido de que es un tirano.

—Sirviéndole mas, comprendereis, como yo, que es un insensato... y he ahí la razon por qué me he decidido con toda mi alma á servirle: las contínuas rebeldías de la nobleza; la encarnizada lucha que ha sostenido durante tanto tiempo; el aislamiento en que se encuentra, engañado por todos, combatido por todos, han acabado por viciar su corazon: mientras, nada se le opone, es afable, casi cariñoso; olvida y se entrega con un ansia febril á los placeres.. pero al encontrar la mas leve oposicion, la ferocidad que le han hecho contraer, se subleva y mata con razon ó sin ella..... pero generalmente tiene razon.

—¿Pero no comprendeis que el sacrificio que se me pide es horrible?

—A tiempo estais, respondedó no á la prueba á que os sujeta el rey: si amais tanto á doña Isabel que antepongais á todo su vida, á tiempo estais: huid con ella... huid, seguro de que, no solo os dejaré escapar, si no que os ayudaré.

—No, no; esclamó decididamente Men Rodriguez: á mas terribles pruebas se ha visto sujeta la lealtad en Castilla: ¿acaso puedo olvidar que hace cuarenta y tres años Alonso Perez de Guzman, el Bueno, consintió en la muerte de su hijo antes que entregar á los moros el castillo de Tarifa en deservicio del rey don Sancho, el Bravo? No, no ha de decirse que un descendiente de los Sanabrias ha sido menos valiente que el defensor de Tarifa, ¡oh! ¡si el rey don Pedro no fuese el rey legítimo de Castilla...!

La edad media presenta como uno de sus caracteres distintivos, la exageracion de lo que podia llamarse entonces teología caballeresca: el mas hábil canonista se veria perplejo para justificar ante la recta razon, ante el derecho natural, ante el derecho divino, el brutal heroismo de aquellos tiempos, en que lo estremo de la lealtad, solo corria parejas con lo estremo de la traicion; apelabase para justificar el fanatismo de la primera al derecho divino de los reyes, á su derecho, *ipso facto*, de vida ó muerte sobre sus vasallos: para disculpar la segunda, á los fueros del reino, á las franquicias, á las inmunidades, á los privilegios de la época; el honor de entonces era lo mas acomodaticio que darse puede, y para todo se invocaba un derecho: tanto para la lealtad como para la traicion.

Creese por muchos que Alonso Perez, obedeció á un impulso de egoismo al sacrificar á su hijo, y los que tal creen desconocen sin duda el carácter de la época: Guzman el Bueno, presenciando la degollacion de su hijo desde las almenas de Tarifa, no hacia otra cosa que obedecer de una manera fatal á su servil fanatismo monárquico.

Del mismo modo, Men Rodriguez, anteponiendo su lealtad al rey, aun tratándose de un crimen inutil, á su amor, á la vida de la inocente doña Isabel Nuñez de Lara, no era otra cosa que un fanático, atado fatalmente al servilismo de su época. Porque, considerada la cuestion bajo su verdadero punto de vista, nada hay que respetar en quien falta á la razon y á la justicia.

El mismo Andrés Corchuelo, imbuido en las ideas

de su tiempo, se creyó estremadamente pequeño, ante aquel hombre que lo sacrificaba todo, no al bien de la patria, no á su lealtad, no á su honor, sino á un despótico á injustificable crímen del rey.

—¡Oh! se dijo, perdiendo su prevencion hácia Men Rodriguez; quien es tan valiente y tan leal, no puede haberme engañado: los engañados somos mi padre y yo, juzgándole por las apariencias: este hombre merece la amistad de un rey, cuanto mas la de un pobre escudero. ¡Oh! ¡si! ¡si yo pudiera ayudarle! doña Isabel Nuñez de Lara, está presa con la reina doña Blanca y doña Sol de Vargas me ama... si yo pudiera salvar á doña Isabel...

Men Rodriguez estaba harto ajeno de que, sobre su cabeza, en un miserable desvan, habia un corazon generoso, que se interesaba en sus desgracias y pensaba en evitarlas; á haberlo sabido, acaso una débil esperanza hubiera dulcificado la dura espresion de su semblante.

—Puesto que estais decidido, señor Men Rodriguez, dijo Juan Diente, es necesario resolverse y no perder tiempo. Entregadme á doña Isabel: ya os he dicho que no tengo órdenes de muerte... y cuando las tenga os avisaré aun... corred á Sevilla, donde os llama el rey, y haced lo que os he dicho: estoy seguro de que el rey quiere probaros.

—¡Cruel, siempre cruel, aun con sus mas leales servidores!

—Y cruel para sí mismo. Vamos, dominaos y apuremos de una vez el cáliz. ¿No teneis confianza en mí?

—¡Oh! si, si señor Juan Diente, y os entregaré sin recelo á doña Isabel que es mi vida; pero si la amenaza un peligro... si recibis esa órden fatal, avisadme, avisadme; quiero al menos verla morir.

Tras esto hablaron algunas palabras que Andrés Corchuelo no pudo entender; Men Rodriguez tomó su gorra, su escarcela y su espada, Juan Diente se caló sobre los revueltos cabellos un luciente almete de hierro y salieron. Andrés Corchuelo sintió que cerraban con llave la puerta.

Inmediatamente se alzó, tomó su gorra y su espada y salió; cuando bajaba apresuradamente por las escaleras, tropezó con el posadero, pasó sin saludarle y le dejó murmurando:

—Yo no sé lo que sucede á mis huéspedes esta noche: todos van como alma que lleva el diablo: pero el que me inquieta mas, es ese formidable Juan Diente. ¡Ave de mal aguero! de seguro va á suceder alguna cosa tremenda en Jerez: ¿quién irá á morir?

Y siguiendo con otras murmuraciones que no vienen á cuento, siguió lentamente el ascenso de la escalera, mientras Andrés Corchuelo, habiendo salido á la calle, seguia á buen paso á dos bultos que se alejaban por un estremo

Aquellos dos bultos, en quienes Andrés reconoció á Men Rodriguez y á Juan Diente, siguieron adelante, seguidos siempre por Andrés, recorrieron algunas calles, llegaron al alcázar y entraron por la puerta principal por medio de los guardas.

Andrés no podia entrar por aquella parte y se escondió en un zaguan.

—La entrevista será larga y dolorosa, dijo; pero al fin saldrá por donde ha entrado; de todos modos aun no es hora de que yo vea á doña Sol.

Y Andrés se sentó en un poyo del zaguan, resignado á esperar, en tanto que Men Rodriguez, y tras él Juan Diente por respeto, subian las escaleras del alcázar.

Como hemos dicho en otra ocasion, aquel alcázar estaba desmantelado; apenas una lámpara opaca alumbraba cada una de las interminables y polvorientas galerías que atravesaban Men Rodriguez y el ballestero. Al fin llegaron á una enorme puerta forrada de cuero, y Men Rodriguez se detuvo junto á ella.

—Aun debe estar en el alcázar el señor obispo Gudiel, puesto que aun no es la queda, dijo el jóven: esperad aquí, señor Juan Diente: veamos si está visible su reverencia.

Men Rodriguez empujó la puerta y entró.

—¡Quién es! dijo una voz desapacible dentro de la cámara.

—Perdonad, señor obispo, dijo Men Rodriguez adelantando gorra en mano hácia un personaje alto y flaco que le salió al encuentro: desde el zaguan aquí no he encontrado un solo paje ó sirviente, con que poderme hacer anunciar á vuestra reverencia.

—En verdad, en verdad que entre alcaides como nosotros están demás cumplimientos: y por otra parte, ¿para qué queremos los pajes? ¿quién viene aquí? todos temen á la soledad y á la tristeza, y por mi parte os juro que temo se me caiga encima este viejo palomar á que llaman alcázar, en las horas en que me veo obligado á estar en él: yo no sé á qué el rey nos obliga á esta guarda. ¡Cómo si no fuera bastante un alcaide cualquiera!

—El rey, sin duda, tiene razones, que yo por mi parte respeto.

—¡Y quién no las respeta! contestó con cierto apresuramiento el obispo, como si hubiese temido que se dudase de su lealtad. El rey puede disponer de nosotros como de cosa suya. Sentaos, señor caballero, sentaos, y permitidme que os dé las gracias, por haberos dignado venir á hacerme compañía. Me fastidio, me aburro (Men Rodriguez se sentó un momento) siempre viendo lágrimas; siempre oyendo quejas; y como si no fueran bastante las de doña Blanca, el rey os ha hecho merced de esa otra pobre mujer á quien vos guardais y que sin duda venis á consolar.

—No por cierto, señor obispo; ¡vengo á despedirme de ella!

—¡Cómo! ¿nos dejais?

—El rey me llama á Sevilla.

—Feliz vos que dejais este nido de lechuzas: nosotros, es decir, mis compañeros y yo llevamos ya seis años de cautiverio con la reina; ahora bien, sino venís mas que á despediros de doña Isabel Nuñez de Lara, os aconsejo que lo hagais por escrito.

—¡Por escrito! ¿y por qué?

—Para ahorraros un momento desagradable. ¿Cuánto tiempo hace que no la habeis visto?

—Desde ayer.

—¡Oh! ayer era otra cosa. Estaba resignada, casi alegre... como que parecia la mujer mas feliz del mundo... pero hoy.....

—¿Y qué la ha acontecido hoy? dijo palideciendo Men Rodriguez.

—¿Qué quereis? las malas nuevas se introducen por todas partes como la peste, como las malas lenguas: parece que las trae el aire; doña Isabel, en fin, sabe que el rey ha matado á su esposo el infante don Juan.

—¡Ah! desdichada señora: ¿y quién ha podido decirle...?

—¿Que sé yo? Alguna noticia recibida por los soldados de la guarda, trasmitida á los pajes, á las damas... la encontrareis enérgicamente vestida de luto, llorosa, desesperada; ¡oh! doña Isabel debia amar con toda su alma á su marido: os aconsejo, pues, que os despidais de ella con un mensaje, y dejeis para nosotros, pobres mártires, la carga de esta nueva prisionera... porque, segun creo, el rey nos la dejará confiada.

—No, no tal, señor obispo, y uno de mis objetos al venir á veros, ha sido el de presentaros al hombre que de hoy en adelante ha de guardar á doña Isabel.

—¿Y qué hombre es ese?

—Si me dais vuestro permiso, os le presentaré.

—¡Mi permiso! no necesitais de él, señor caballero: vuestro hombre puede presentarse cuando quiera.

—¡Señor Juan Diente! dijo sin moverse de su sillon Men Rodriguez: podeis pasar.

—¡Juan Diente! esclamó el obispo estremeciéndose. ¡Oh! ¡oh! ¿es este brabo ballestero?

Juan Diente habia entrado, y estaba capacete en mano delante del obispo.

—Yo soy Juan Diente, dijo con desembarazo aunque con respeto, ballestero de maza de su señoría, y servidor humilde de vuestra reverencia.

—Dicen que el rey os aprecia mucho por lo bien que le servís, dijo el obispo.

—Procuro ser leal á mi señor, contestó el ballestero.

—Bien, muy bien, hidalgo; me place que vengais porque deseaba conoceros: en cuanto á lo demás aquí no encontrareis mas que vasallos leales á su señoría.

Juan Diente se inclinó mientras que el obispo pensaba para sí.

—¡Quién estará sentenciado á muerte en Jerez!

—Ahora bien, señor obispo, permitidme que ponga término á mi visita, y os muestre la órden, en cumplimiento de la cual, debeis reconocer como único guarda y alcaide de las habitaciones destinadas á doña Isabel Nuñez de Lara en este alcázar, al hidalgo Juan Diente, ballestero de maza de su señoría.

Y Men Rodriguez mostró al obispo un pergamino rodado y sellado.

El obispo desenrolló lentamente el pergamino y le leyó.

—Bien, muy bien, señor hidalgo; desde este momento quedais reconocido como guardian absoluto y único responsable de doña Isabel Nuñez de Lara.

—Por lo tanto, y cumplimentadas las órdenes del rey, dijo Men Rodriguez, ¿me permitireis que os deje, señor obispo, y que me despida de vos para Sevilla?

—¡Cómo! ¿nos dejais?

—Acaso no tarde en volver.

—En ese caso, señor caballero, hasta nuestra nueva vista. Adios.

—Que él guarde á vuestra reverencia.

Men Rodriguez y Juan Diente salieron.

—¡Oh! ¡oh! dijo el obispo cuando se quedó solo: ¡el verdugo del rey en Jerez! esto era de esperar tarde ó temprano: ¿pero será la víctima: doña Blanca, ó doña Isabel?

Es fama que inquietó tanto este pensamiento al buen obispo, que no logró conciliar el sueño en tres noches consecutivas.

Men Rodriguez entretanto adelantaba solo por otro departamento del alcázar: Juan Diente habia desaparecido. El jóven llegó á otra puerta, delante de la cual habia un guarda que al verle hizo chocar la partesana contra la adarga en saludo de honor, y le cedió el paso. Men Rodriguez atravesó las antecámaras y entró en una cámara, en la cual le salió al encuentro una dama.

—¿Y vuestra señora, doña Estrella? dijo Men Rodriguez á la dama que era jóven y bastante linda.

—¡Ah! ¡mi señora, mi pobre señora! esclamó la dama: os ha estado esperado impaciente porque hay ocasiones en que se necesita de los amigos... para tener un alma con quien partir el dolor.

—¿Pero qué sucede, doña Estrella? esclamó Men Rodriguez afectando no conocer la causa del dolor de doña Isabel.

—¿Que ha de suceder, sino que el rey ha cometido una de sus mas terribles crueldades?

—¡Vah! ¡la muerte del infante don Juan! esclamó Men Rodriguez que creyó inútil ya el misterio acerca de la ejecucion del infante.

La dama palideció.

—¡Cómo! ¡eso mas! ¡Dios mio! ¡con que mi señora es viuda! esclamó palideciendo la dama.

—¿Pues de qué muerte queriais hablar? preguntó enteramente desconcertado Men Rodriguez.

—¿De qué muerte ha de ser sino de la reina doña Leonor de Aragon, madre del infante don Juan, que acaba de ser envenenada en Castrojeriz?

—¡Oh! ¡oh! el obispo don Pero Gomez Gudiel, se ha engañado atribuyendo el luto de doña Isabel á la muerte de su esposo, yo ignoraba la de la reina doña Leonor. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! es necesario que doña Isabel ignore la muerte del infante, esto la aterraria.

—Es inútil, caballero, dijo una voz tristemente dulce y resignada á una de las puertas: lo sé todo, todo... y esto es ya una ventaja, porque no puedo dudar de las intenciones del rey. Dejadnos solos doña Estrella.

La dama salió, y Men Rodriguez vió con terror ante sí á doña Isabel Nuñez de Lara, enteramente vestida de blanco, sencillamente peinada, y mas hermosa que nunca.

Men Rodriguez no pudo menos de asombrarse de la intensa calma que representaba el semblante de doña Isabel: no habia en él ni dolor ni aun huellas de lágrimas, pero aquella calma, aquella palidez, eran mas espantosas que lo hubiera sido uno de esos dolores, que se exhalan en gemidos, en quejas, en imprecaciones; en el aspecto de doña Isabel se comprendia que habia perdido enteramente la esperanza, que estaba resignada á todo y que arrostraba con un valor inmenso su destino.

—¡Con que ya estoy libre! dijo sentándose en un estrado donde se sentó maquinalmente Men Rodriguez; ¡con que soy viuda! ¡ya puedo amaros sin remordimiento! ¿no es verdad? pues bien, ¡amémonos con toda nuestra alma! ¡amémonos mucho! ¡mucho, aprovechemos los momentos, porque nuestro amor durará poco!

El acento con que doña Isabel pronunció sus últimas palabras, estremeció á Men Rodriguez.

—No sé como han podido llegar hasta vos esas tristes noticias, dijo todo trémulo el jóven; yo he evitado cuanto he podido...

—Sin embargo, yo no sabia que era viuda hasta que vos me lo habeis dicho.

—Yo en cambio ignoraba que hubiese muerto la reina doña Leonor.

—¡Oh! sí, sí, esclamó con un doloroso arranque doña Isabel; no me queda nadie mas que vos en el mundo.

Men Rodriguez volvió á estremecerse, pero de una manera que se hizo sensible á doña Isabel.

—¿Por qué temblais, amigo mio? le dijo esta, ¿acaso, porque sabeis como yo que llegará un dia en que forzosammente hayamos de separarnos?

—Ese dia ha llegado ya, señora, el rey me llama á Sevilla.

—¡Que os llama el rey! esclamó palideciendo doña Isabel; ¿es decir, que no he de volveros á ver?

Men Rodriguez hizo un violento esfuerzo para dominar su conmocion, y contestó sonriendo de una manera admirable por la violencia que le costaba aquella sonrisa.

—Este alcázar tiene sin duda la virtud de entristecer, señora; de hacer pensar de una manera lúgubre.

—No, no, este alcázar es una tumba, una tumba horrible de donde alejan á todo el que tiene pensamientos generosos, á todo el que puede lastimarse de los sufrimientos de doña Blanca, de esa real mártir, porque no quiero hablar de los mios: ¿qué importo yo? ¿Nada absolutamente, nada? pero vos... ¡vos me dejais!

—Me lo manda el rey, señora.

—¡Es verdad, tambien el rey os mandó que me prendieseis! ¡y me prendísteis! ¡habeis servido al rey como carcelero, pero sin duda don Pedro desconfía que le sirvais del mismo modo como verdugo!

—¡Cómo verdugo! esclamó con doble confusion Men Rodriguez.

—¿A qué es esforzarnos por no ver la realidad? Y luego, ¿qué importa si esa realidad se cumple? ¿Creeis que la vida me sea muy apetecible? ¿qué tengo que pueda hacérmela grata? ¡Vuestro amor! adivino esa palabra en vuestros labios. Pues bien, vuestro amor, que tan feliz podia hacerme, me hace mas desgraciada, porque vuestro amor hácia mí es un amor inferior á otros amores.

—¡A otros amores! esclamó con estrañeza Men Rodrigez.

—Si á otros amores que me causan zelos, unos zelos horribles, y que me hacen sentir contínuamente una terrible ansiedad; otros amores á los que os habeis consagrado y que os deborarán.

—¡Os engañais, señora! esclamó Men Rodriguez, con esa efervescencia, con esa confianza de quien dice la verdad: yo no amo á nadie mas que á vos.

—Os engañais, Men Rodriguez, os engañais, y para probaros vuestro engaño no necesito mas que apelar á vuestros recuerdos.

—¿Os referireis acaso, á lo que se ha dicho en la córte acerca de mi intimidad con doña Aldonza Coronel?

—¿Y quién piensa en doña Aldonza? no, no es eso lo que quiero recordaros. Pero no hace mucho tiempo que en una cámara del alcázar habia dos mujeres desoladas: se sabia que el rey iba á ensangrentarse en su hermano... aquellas dos damas hubieran dado cada cual de por sí, su sangre, para evitar aquel horrible sacrificio: vos estábais allí; os llamabais servidor adicto de la una, y amante apasionado de la otra: vos hubierais podido avisar al maestre, salvarle: una de aquellas damas era yo... si, yo, la mujer sin tacha, la mujer que siempre se ha sacrificado á sus deberes, y os ofrecí todo mi amor, mi posesion, mi deshonra, si consentiais en salvar al maestre, y vos, vos... recordad... ¿qué hicisteis vos?

—Recordad, señora, á vuestra vez... os di á elegir entre mi cabeza y la del maestre.

—Y yo me aterré, y no insistí... sin embargo, no era tan peligroso como creiais.. teniais franca la huida..

—Es que yo no hubiera huido, señora.

—He ahí que al fin encontramos la cosa á que amais mas que á mí.

—¿Y qué cosa es esa?

—No diré que vuestra vanidad, que vuestra ambicion porque no os miro desde tan bajo, pero diré si, que vuestra ciega adhesion al rey.

—¿Y qué creeis que debe hacer un noble?

—Es verdad: un noble, un caballero, debe sacrificarlo todo al rey: no importa que ese rey sea cruel, tirano: no importa que en cambio de nobles servicios nos destroce el corazon: no importa que nos diga: voy á matar á mi hermano: ayúdame: quiero la mujer de tu amor: dámela: quiero probarte haciéndote pasar por la prueba del hierro y del fuego, ó mas bien que probarte, quiero usar de ti como de un esclavo: seme leal, porque eres mi vasallo; sirveme porque eres noble; ayúdame en todo porque te he hecho caballero, rico-hombre y señor de horca y cuchillo: págame la usura de las mercedes que te he hecho, porque ellas han sido tu precio...

—¡Os engañais, señora! esclamó con orgullo Men Rodriguez, yo no me he vendido.

—Es verdad, vos no creis que os habeis vendido, pero el rey sabe que os ha comprado.

—Antes de nacer pertenecia al rey como debia pertenecerle la descendencia de los Sanabrias... para un caballero leal, no cabe el exámen de la conducta de su señor natural: los reyes están en la mano de Dios, y solo Dios debe juzgarlos..... he aquí mis creencias: primero Dios, despues el rey... luego... mi dama: y estas creencias señora, constituyen el honor... y ¿qué mérito tendria la conservacion del honor si no fuese necesario para conservarle, no medir jamás la profundidad de los sacrificios...? ¿y cómo señora podriais vos amar á un hombre deshonrado?

—Pero como os dije en otro tiempo, el dia de la muerte del maestre, el honor de estos tiempos es un honor brutal.

—Es un honor, señora, que llega al heroismo... y he ahí por qué en nuestros tiempos hay tan pocos hombres honrados... tan pocos hombres valientes... ¡ah! ¡se llama valiente al que se revuelve en una batalla, y deja en derredor suyo un círculo de cadáveres! ¡se llama valiente al qúe en una y otra prueba de armas vence y atropella! ¡Valentia en la fuerza brutal! pero no se llama valiente al que antepone á todo su deber, su lealtad, sus afectos; al que se desgarra el corazon, y apura gota á gota la hiel de la copa del sacrificio: no, ese hombre no es valiente: por el contrario, se vende á su vanidad, á su ambicion, es un esclavo comprado: he ahí lo que hace necesario un doble valor, un valor inmenso: la injusticia con que hoy se juzga de la lealtad ¡ya se ve! tales andan los tiempos y tan suelta la traicion, que antes de creer en el honor, se cree en la codicia y en la soberbia!

—No, no, dijo doña Isabel; yo no he querido ofenderos... si os he ofendido tened por no dichas mis palabras... yo no he querido decir que vos no seais noble, leal, honrado: ¡oh! ¡no! ¡Dios mio! si yo os amo, si os amo con toda mi alma, acaso mi amor no sea por otra cosa que por vuestra generosidad, por la grandeza de vuestra alma; solo he querido deciros que estais engañado, que no mirais el honor desde su verdadero punto de vista: que considerais los reyes á mas altura que aquella en que deben estar y están colocados... porque en fin un rey es un hombre sujeto á flaquezas, á debilidades... á crímenes... y cuando un rey es tirano, homicida, cruel; cuando en nada se detiene; cuando necesita estar viendo contínuamente sangre ante sus ojos, como un alimento indispensable: cuando mata, mata, y mata, sin freno ni medida, por su voluntad propia, sin enjuiciamiento, sin pruebas, de una manera formidable; cuando nada hay á salvo de su avaricia y de su incontinencia; cuando azota á sus reinos con tributos, y corriendo de manceba en manceba, ni aun se detiene ante lo sagrado del matrimonio, y tiene á un tiempo una, dos, tres esposas... cuando es un tigre furioso, para evitar cuya cólera, es preciso dar rienda suelta á sus feroces instintos: cuando anuncia destruirlo todo, enlodarlo todo... ¡oh! entonces la insurreccion es noble, necesaria, indispensable, santa: un tirano no debe tener vasallos leales, no puede tenerlos, no; los que sirvan no pueden llamarse mas que esclavos.

—¿Y creis, dijo Men Rodriguez contenido por su amor, y por el fanatico respeto con que trataba á las damas, que yo, para ser bueno y leal, debia levantar contra el rey la misma bandera que el rey me ha entregado?

—Sí, esclamó doña Isabel, con alguna esperanza, engañada por lo tranquilo del semblante de Men Rodriguez: vos debeis alzaros contra don Pedro, como debe alzarse contra él todo buen castellano.

—¿Y ponerme al lado de los bastardos?

—Yo no he dicho eso: para mí don Enrique es un traidor, y nunca os aconsejaria que os pusierais de parte de los traidores: pero el rey tiene un hijo de su primera y por ello legítima esposa la reina doña María: el rey don Pedro heredó legítimamente la córona de Castilla de su padre el rey don Alonso; derrocad al rey don Pedro, como esterminariais un monstruo que devorase á Castilla, y que el príncipe don Alonso herede legítimamente á su padre el rey don Pedro. Yo admiro vuestra lealtad, pero empleadla mejor: sed fiel á la monarquía; la monarquía es un árbol que nunca muere: si se le corta brota inmediatamente, puro y lozano de sus mismas raices: sed leal á la monarquía, sí, pero á la monarquía justa, á la monarquía paternal, á la tiranía nunca.

—Desde el momento, señora, en que diéramos ese funesto ejemplo á las generaciones venideras, habriamos establecido el imperio de la rebeldía y del libre juicio sobre los reyes. ¡Ay de los que toquen al ungido del Señor! ellos serán responsables ante Dios del mal que hayan causado; ellos serán juzgados á su vez. Además, señora, y dejando aparte esta cuestion, que ciertamente no nos compete, ¿cuáles son vuestras quejas contra el rey don Pedro? Que ha matado á su hermano: preguntad á vuestra ilustre compañera de cautiverio, la reina doña Blanca, si don Fadrique merecia ó no la muerte. ¿Que ha matado á vuestro esposo..? por esto debiais estarle agradecida. Nadie sabe mejor que vos que el infante don Juan de Aragon era un infame.

—¿Y era infame tambien la reina doña Leonor de Aragon su tia?

—Acaso doña Leonor, haya cometido alguna imprudencia...

—Doña Leonor, pasaba tristemente su vejez en Castrojeriz... y yo... yo... ¿qué daño le he hecho para que me quiera matar?

—¡Mataros! ¡mataros! ¡á vos señora! esclamó con una angustia indefinible Men Rodriguez.

—¿Y qué os importa..? si el rey lo hace, con arreglo á vuestras ideas acerca de la lealtad, lo tendreis por bien hecho. Vos mismo lo habeis dicho; para vos, antes que vuestra dama, está vuestro rey... ¡bien! no es por mí por quien me quejo; ya os he dicho que el rey matándome me hará una señalada merced... me quejo por vos... por vos que me amais con toda vuestra alma...

—Isabel, Isabel mia, esclamó Men Rodriguez cogiendo con pasion una de las hermosas manos de la jóven y estrechándola contra su pecho.

—¡Oh! esclamó doña Isabel con los ojos arrasados en lágrimas: ¿no comprendeis que temamos la muerte, no por nosotros mismos sino por la incurable herida, que nuestra muerte ha de abrir en el corazon de los que nos aman? no comprendeis que nuestra alma se desgarre al pensar... ¡oh! ¡Dios mio, Dios mio! yo sé cuanto me amais, yo sé que al verme inmóvil, muda, con el corazon inerte, sin palpitaciones para vuestras palabras de amor, al verme ante vos muerta...

—¡Muerta! no, no, esclamó Men Rodriguez con un acento desgarrador... eso es imposible... no, no será: Dios no puede permitirlo... seria horrible...

—Y sin embargo, en la situacion en que nos encontramos, os estoy hablando desde la eternidad.

—No, no; doña Isabel, no morireis, esclamó con energía Men Rodriguez: hubo una noche en que el mismo rey hubiera muerto... muerto indudablemente, porque, aun cuando es bravo y diestro, estaba acorralado; yo no le conocia, no podia saber que me esperaba una recompensa, y le salvé, como todo caballero salva, si le es posible, á todo hombre que sea acosado con desventaja; pues bien: yo me arrastraré á las plantas del rey yo le pediré vuestra vida.

—No, no se la pidais... el rey se irritaria contra vos y os mataria tambien.

—No, no; yo diré al rey: es mi esposa, la esposa á quien adoro, vos señor no querreis llenar mi corazon de luto... vos no pagareis mi lealtad hiriéndome en el corazon, y el rey...

—El rey os dirá: yo soy señor de vidas y haciendas... la vida que tienes es una merced que te hago...

—El rey no me dirá eso porque es justo.

—El rey os lo dirá, porque es tirano.

—Os juro doña Isabel que os salvaré

—No jureis: el corazon me dice que no volveré á veros mas... y luego, añadió doña Isabel, aunque el rey me dejase la vida... estoy enferma y enferma de muerte; desde que he llegado á Jerez me asiste el médico de la reina: mirad esa mesa llena de medicinas: (y doña Isabel se acercó á una mesa y mostró entre otros medicamentos á Men Rodriguez una taza de plata cincelada, en que habia una tisana) pero id... id... el rey os llama... no deis lugar con vuestra tardanza á que os crea traidor... partid; yo me quedo aquí orando por vos y por mí.

—Pero una sola palabra.

—Hablad.

—¡Sois viuda!

—No lo seré mucho tiempo...

—¡Sereis mi esposa!

—¡Vuestra esposa! ¡ah! ¡cuánta felicidad voy á dejar en la vida... ¡cuánto amor..! sí, sí, Men Rodriguez, vuestra esposa soy, vuestra esposa del corazon... pero partid... si por un milagro, sin comprometeros podeis salvarme: si lograis que el rey tenga una vez compasion de la desgracia y consienta en nuestro enlace... ¡oh! ¡Dios mio! ¡estoy soñando! pero eso no importa: es un hermoso sueño... si el rey consiente... ¡oh! entonces venid, amigo mio venid.. yo os abriré mis brazos y me arrojaré en los vuestros, olvidada de cuanto haya sufrido... no pensando en otra cosa que en mi felicidad... pero entretanto...

—Y... cuándo sois libre, dijo tímidamente Men Rodriguez... cuándo podeis ser mi esposa... ¿por qué no alentarme con un recuerdo de felicidad?

—En otra ocasion, cuando no era libre, contestó ruborizándose doña Isabel, os dije: vuestro amor me enloquece, vuestra palabra me fascina, sois para mí la esperanza, la felicidad: pero amadme hasta el punto de no abusar del frenesí de mi amor, y eso mismo os digo ahora: soy vuestra enteramente vuestra: decidme sé mia, y lo soy... pero tened compasion de mí; no violenteis mi creencias, mis costumbres... no me hagais morir de vergüenza.

Men Rodriguez cuya lealtad, cuya generosidad, jamás se invocaban en vano, ahogó un suspiro de desesperacion, tendió la mano á doña Isabel y la dijo:

—Hágase vuestra voluntad, señora; pero permitidme que os deje... en las circunstancias en que nos encontramos, desesperados, amenazados de muerte.. no sé si mi pasion me arrastraria. Adios, señora, adios.

—Si adios... idos... idos... porque mi razon vacila...

Y luego abriendo los brazos, se arrojó fuera de sí en los de Men Rodriguez, estampó un beso abrasador en su frente y luego rechazándole, huyó, como avergonzada, por una puerta cercana.

—Adios, adios, esclamó deteniéndose un momento: adios: basta la eternidad.

Luego su blanca figura apareció entre los tapices como la vírgen de nuestros sueños que hemos visto desaparecer alguna vez entre las tinieblas.

—¡Oh! ¡oh! dijo Men Rodriguez obedeciendo á la valentia de su alma: pereceré ó la salvaré.

Y saliendo por otra puerta de la cámara, tropezó con un hombre.

—¡Oh! no os dejeis dominar tanto por vuestros afectos, señor, le dijo aquel hombre, que no era otro que Juan Diente: si en la situacion en que os encontrais vierais al rey, erais hombre perdido. Haced lo que os ha dicho doña Isabel...

—¿Habeis oido..?

—Sí... creia necesario daros algun buen consejo... es de lamentar que amais de tal modo á doña Isabel... á una rebelde, á una mujer, que, no lo dudeis, hará traicion al rey.. pero confiad en mi; yo hare de modo que esas traiciones se desvanezcan antes de que el rey pueda conocerlas. Id y esperad: el rey por el presente no tiene queja de doña Isabel y solo, lo juraria, quiere probaros: en vez de suplicar, resignaos, haced conocer al rey que le sacrificais el alma como antes le habeis sacrificado el cuerpo, y vamos... yo conozco á su señoria, yo sé cuan generoso y grande es... debeis al rey lo que sois y le debereis aun mas. Por el momento no perdais tiempo procurad estar al amanecer en Sevilla.

—Confio en vos señor Juan Diente: si el rey os manda...

—Si el rey me manda matarla, os avisaré antes de ejecutar, y si os decidis á ser traidor al rey me dejaré arrebatar á doña Isabel.

—¡Oh! gracias, gracias, señor Juan Diente, esclamó Men Rodriguez: no olvidaré jamás el triste consuelo que os debo: adios.

—El feroz ballestero estrechó en silencio la mano de Men Rodriguez que salió.

—¡La órden de muerte! esclamó Juan Diente á cuyos ojos, acaso por primera vez, brotó una lágrima: ¡que te avisaré!.. ¡oh! ¡ya debia haberte avisado... porque esa órden, está aquí..! (y puso enérgicamente la mano sobre su escarcela) pero es necesario engañarte, noble jóven; es necesario engañarte, porque yo, con vasallos que son tan leales y tan valientes como tu, no sé ser cruel... y luego... luego... me repugna esta sentencia... yo nunca he matado mujeres; no sabria como avenírmelas con sus lágrimas... un hombre... un hombre es otra cosa... generalmente se resisten y la resistencia embrabece; pero una mujer...

El ballestero se interrumpió un momento, asomó la cabeza por entre los tapices de la puerta de la cámara de doña Isabel, y fijó una mirada siniestra en los medicamentos que estaban sobre la mesa: luego sacó de su escarcela un pequeño objeto cuidadosamente envuelto, en un paño; le desenvolvió y salió á luz un pequeño pomo de estaño.

—Si, si, dijo contemplando con horror el pomo: esto es mejor, mucho mejor; así ahorramos gritos, lágrimas y horrores... es necesario obedecer... cuando el rey lo manda razones tendrá para ello... y luego, el rey es lo primero para mí: si me mandase incendiar á Sevilla la incendiaria: no sé... no sé por qué dudo... por qué tiemblo... ¡ah! ¡ah! ¿es porque la sentenciada es una mujer? ¿y qué me importan todas las mujeres del mundo? ¿acaso una buena lanza, un valiente caballero, no vale mas que una mujer? y nunoa me he detenido para dejar caer mi maza sobre los mas valientes del reino... no, no tiemblo porque el rey me mande matarla, sino por ese pobre jóven; por ese Men Rodriguez que la adora... ¡oh! no sé por qué amo á ese noble mancebo como si fuera mi hijo, y me estremezco al pensar que con la muerte de doña Isabel le hiero de muerte en el corazon... pero la órden del rey es terminante (y Juan Diente sacó un pergamino de su escarcela, le desenvolvió y lanzó sobre él una mirada cobarde) «al momento que recibas esta órden y que hayas alejado á Men Rodriguez, matalá.» ¡Oh! ¡señor! ¡señor..! ¡cada dia poneis mas á prueba la fidelidad de vuestros servidores..! ¿qué os importaba la vida de doña Isabel..? si es rebelde, casándose con Men Rodriguez seria leal porque le adora... pero os comprendo; señor... quereis poner á prueba á vuestro favorito; quereis saber si para él su lealtad á vos es antes que todo... vamos es necesario no pensar mas en ello... el judío de Santi-Ponee, aquel infame judío del horóscopo, al venderme este tósigo me dijo: su efecto es lento, quien lo tome tardará en morir uno, dos, tres, hasta seis meses... pero morirá... sin que nadie note que se le ha matado: aprovechemos los momentos; puede volver...

Juan Diente hizo un poderoso esfuerzo, entró precipitadamente y sin ruido como un ladron, llegó á la mesa destapó la taza de plata cincelada que, segun el dicho de doña Isabel contenia el medicamento que estaba administrándosela, y vertió en ella algunas gotas del pomo: cuando Juan Diente hacia esto estaba pálido como un cadáver y su mano temblaba.

Luego guardó el pomo, y huyó aterrado, lleno de horror, atravesó la antecámara, y al llegar á la galeria dijo á un ballestero, que guardaba por aquella parte las avenidas á las prisiones, por decirlo así, de la reina doña Blanca y de doña Isabel.

—Amigo Garcés, de órden del rey, tú no me has visto entrar en esa cámara ni salir de ella.

—Muy bien, señor Juan Diente, contestó el ballestero: ya sabeis que cuando es necesario, soy como todos los servidores de su señoría, sordo, ciego y mudo... aunque en verdad, en verdad, habeis despachado vuestros asuntos de una manera tan silenciosa.....

—¡Eh! ¿y qué te importa lo que haya despachado ó nó? dijo sombriamente el tremendo Juan: para evitar una mala muerte Garcés, no basta ser mudo, sordo y ciego, sino que es necesario tambien no ser curioso. Tenlo esto presente y adios.

—El os guarde señor Juan Diente, contestó todo trémulo el ballestero.

Juan Diente atravesó en paso rápido las galerias medio en tinieblas, bajó las anchas escaleras y al llegar al zaguan del alcázar donde estaba la guarda, oyó la rápida carrera de un caballo, que se detuvo en el pórtico y de él, echó apresuradamente á tierra un ginete armado á la ligera. Apenas habia parado el caballo, cuando se estremeció, dobló las rodillas y se echó. Juan Diente comprendió que el pobre animal estaba reventado.

Entretanto el ginete se dirigió á uno de los soldados.

—¿Sabeis, le dijo, camarada si está en el alcázar un ballestero hidalgo del rey?

—Adelante, adelante, Gonzalo Recio, dijo Juan Diente, anteponiéndose á la respuesta del soldado. ¿Qué me quereis?

—El rey que acaba de llegar á Sevilla, me envia.

—¿Y para qué?

—Para darte esta órden: y debe ser importante: revienta el caballo y reviéntate tú, me dijo; pero llega á Jerez esta noche: salí al mediodia y aquí estoy: es verdad que el caballo ha reventado, y que yo estoy molido; pero la órden está aquí.

Con gran asombro de Gonzalo Recio, Juan Diente, que se habia puesto á leer la órden á la turbia luz de la candileja de la guarda, partió sin contestarle alcázar á dentro, como alma que lleva el diablo.

Subió á saltos las escaleras, atravesó como un huracan las galerias, llegó al puesto que guardaba Garcés, y este, no conociéndole, procuró detenerle, y atravesó al paso su partesana esclamando.

—¡Atrás, no podeis pasar!

—¡Por el rey! gritó Juan Diente, arrojando por tierra á Garcés de un empellon y pasando.

—¡Oh! ¡oh! dijo el guarda levantándose dolorido, es el señor Juan Diente: sin duda el negocio no estaba bien acabado y quiere impedir que el difunto hable. ¡Hum!

Entretanto Juan Diente habia llegado á la cámara de doña Isabel y al entreabrir los tapices se heló la sangre en sus venas.

Estrella delante de su señora, que estaba triste, llorosa y abatida, sentada en un sillon junto á la mesa, tenia delante de ella una escudilla, y doña Isabel llevaba á los labios la taza de plata cincelada en que Juan Diente habia vertido el tósigo.

—¡No bebais! ¡no bebais! gritó el ballestero con un acento indescribible, lanzándose en la cámara.

Pero era tarde, doña Isabel habia bebido la mitad del contenido de la taza, y al notarlo Juan Diente habia quedado inmóbil como una estátua en medio de la cámara.

—¿Quién sois? ¿qué quereis...? ¿qué habeis dicho...?

—Yo señora, no he dicho nada... nada... contestó barbotando Juan Diente.

—¿Pero qué haceis aquí?

—Yo... nada... venia... venia á ponerme á vuestras órdenes.

—¡A mis órdenes! ¿pero quién sois?

—He venido á relevar en vuestra guarda, al señor Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Ah! ¿pero quién sois?

—Yo señora soy... Juan Diente...

—¡Juan Diente...! esclamó aterrada doña Isabel, levantándose pálida como un cadáver... ¡vos el asesino! ¡el verdugo del rey...!

Y embargándola el terror la palabra, palideció mas intensamente, vaciló y fue preciso que Juan Diente la sostuviese en sus brazos para que no cayese en el suelo desmayada.

Juan Diente la colocó en el sillon, y se volvió á la doncella.

—¡Id! ¡id! y llamad al momento al médico de su señoria.

—Pero, dejarla sola... con vos..

—¡Id! ¡vive Dios! esclamó Juan Diente desplomando una terrible mirada sobre doña Estrella que salió temblando.

—¡Oh! ¡esto es horrible! ¡horrible! el rey va perdiendo enteramente la cabeza: es la primera vez que se vuelva atrás en su camino de sangre y se vuelve atrás de una manera inútil: ¡oh! ¡por Satanás y cien legiones de demonios que esto es ya horroroso..! parece que un mal espíritu domina al rey y que no le deja soltar ninguna de sus víctimas, y cada uno de estos horribles golpes me hace mas feroz... ¡oh! ¡oh! empiezo á pasar las noches en vela: empiezo á ver fantasmas rojas... y esta pobre mujer... otra fantasma mas... una fantasma blanca y pura: pero acaso acudiendo con tiempo... ¡cuanto tarda ese médico...! ¡oh! jamás he sentido tanta colera ni tanta impaciencia... si yo lograse tener aquí encerrados á todos los villanos que con sus traiciones han puesto de tal modo negra el alma del rey desde el infame don Enrique, hasta ese vil cuervo Alvar Yañez... con las manos, con los dientes, los haria pedazos ¡ah! suenan pisadas: por fin.

Abrióse una puerta y apareció doña Estrella acompañada de un hombre alto, seco y viejo, de semblante noble y benévolo.

—¿Sois el médico de su alteza la reina? le dijo Juan Diente.

—En efecto, hidalgo, yo soy para serviros el licenciado Cobarrubias, contestó cortesmente el médico.

—Esta dama...

—Si; ciertamente... doña Isabel... pobre señora... vivirá poco; se ha desmayado... eso la acontece con frecuencia... su enfermedad es una de esas enfermedades para las cuales es inútil la ciencia, y que solo puede curarlas Dios porque su enfermedad está en el alma. Por lo demás este desmayo pasará... enviad uno de vuestros pajes á mi aposento con una vasija... señora: entretanto voy á preparar una medicina.

—¿No creeis que ese accidente sea otra cosa que un desmayo?

—¡De qué me servirian cuarenta años de lucha con la muerte! esclamó ofendido el médico, si no conociese el estado de doña Isabel.

—Examinadla bien: dijo Juan Diente. ved si no se ha agravado su enfermedad.

—Os juro que no... y me estraña vuestra insistencia... vos teneis mas facha de hombre de armas que de hombre de ciencia.

—Pues á pesar de todo, en la ocasion presente sé mas que vos. Seguidme y me comprendereis; dejad esa dama al cuidado de su doncella, y escuchadme antes de buscar la medicina que habeis de darla, lo que será muy conveniente.

—Aunque no os comprendo, hidalgo, os sigo: de todos modos el desmayo de doña Isabel pasará por sí mismo.

—¡Quiéralo Dios!

Y Juan Diente y el médico salieron.

—¿Dónde vamos? dijo el segundo.

—Llevadme á vuestro aposento, á un lugar, en fin, donde de nadie podamos ser escuchados.

—¿Tan importante es el secreto?

—Os va en él la cabeza.

—¡Que me va en él la cabeza! esclamó el médico, deteniéndose bruscamente en medio de una galería.

—Seguid, seguid, y tened en cuenta, señor licenciado, que he venido por órden del rey á Jerez y que me llamo Juan Diente.

Era tal la terrible fama que tenia el nombre del ballestero, que el médico al escucharle se estremeció y siguió dócil como un cordero la galería adelante, al fin de la cual abrió con llave una puertecilla y entró en un reducido aposento donde, sobre una mesa cargada de libros y papeles, ardia una lámpara.

Entonces pudo ver Juan Diente que el médico estaba notablemente pálido.

—Ya estamos solos, dijo con precipitacion el licenciado, y podeis hablar sin temor de ser oido.

—Pues bien, empezaremos por esto, dijo Juan Diente sacando de su escarcela el pomo de estaño: aquí dentro hay un tósigo.

—¡Un tósigo! esclamó temblando de una manera mas activa el médico: ¿ese es un tósigo y el rey os ha enviado con él á Jerez?

—Nada os importa eso: veamos si los efectos de este tósigo son inevitables.

El médico tomó el pomo, fue á un armario, sacó de él algunas redomas y vasijas de vidrio, vertió en un vaso agua, y en aquella agua, algunas gotas del pomo: el color del agua no se alteró.

—Esto no da resultado, dijo balbuceando: veamos otra prueba.

Y en otro vaso puso un liguido color de oro, y luego vertió en él algunas gotas del veneno.

El líquido se enturbió inmediatamente tomando un color de ópalo impuro.

—¡Ah! esclamó el médico: lento, terrible, mortal, tósigo de príncipe: primero enlanguidecimiento, luego postracion, la locura despues, al fin la muerte.

—¿Pero eso no será inevitable?

—¡Inevitable de todo punto!

—En ese caso procurad que doña Isabel padezca lo menos posible.

—¡Cómo! ¡doña Isabel! esclamó, alentando apenas el médico...

Juan Diente sacó con una lúgubre solemnidad de su escarcela dos pergaminos que mostró uno despues de otro al médico: de los dos pendia el sello de plomo del rey, y la fecha del uno no aventajaba á la del otro mas que algunos dias.

El contesto del primero era el siguiente:

El rey: Por cuanto conviene á nuestro servicio, hareis morir á doña Isabel Nuñez de Lara: con hierro ó con tósigo. Al ballestero de maza Juan Diente en Jerez.

El otro decia:

El rey: si aun es tiempo, dejad vivir á doña Isabel Nuñez de Lara: de todos modos, entregad su guarda al señor Tel Gonzalez Palomeque y venid á Sevilla.

El último pergamino cayó de la mano del médico, que se desplomó tambien sobre su sillon de roble.

—Es tarde, es tarde ya, dijo con un acento timbrado por el horror: primero la languidez, el cansancio, luego la locura y la muerte.

Y quedó absorto, aterrado con los ojos fijos, con una espresion de espanto en el vidrio donde habia descompuesto el tósigo.

El ballestero guardó lentamente el pomo y los pergaminos y dijo con acento frio al médico:

—Os aconsejo por vuestro bien, que olvideis de todo punto lo que ha sucedido aquí: esforzaos por salvar á doña Isabel: si la salvais, contad con mas que lo que pudierais desear: si muere, que jamás diga vuestra lengua lo que vuestra mente guarda... porque os esponeis.

Dicho esto salió con paso lento, rígido, fatal, de la estancia del médico y luego del alcázar.

Cuando llegó al Pernil de Oro, aun no habia vuelto á él Men Rodriguez de Sanabria. En tanto volvia, Juan Diente enjaezó su caballo y esperó.

CAPITULO II.

Que viene á ser, por la relacion que tiene con el anterior, su complemento.

Andrés Corchuelo estuvo esperando pacientemente y por largo tiempo á que saliese del alcázar Men Rodriguez. Sonó al fin el toque de queda en todas las parroquias y conventos de la ciudad, y desesperaba ya de que el jóven saliese, cuando apareció una sombra en la puerta del alcázar, y, adelantando en la calle, pasó junto al zaguan en donde esperaba el escudero que le reconoció: era Men Rodríguez, que marchaba velozmente y de una manera tal, que en su talante y en lo fuerte y sostenido de sus pasos, se comprendia que iba en mala disposicion de ánimo.

—¡Ah! ¡ah! algo terrible le ha acontecido en el alcázar, dijo para sí Andrés Corchuelo, poniéndose en su seguimiento.

Por algun tiempo Men Rodriguez no reparó en que le seguian; pero el ruido continuo y acompañado de las espuelas de Andrés, que no se recataba, le avisó: al notar que le seguian, disminuyó un tanto la velocidad de su paso: al reparar en la insistencia, se detuvo de repente y se volvió.

—Paréceme que me seguis, dijo desabridamente.

—En verdad que os sigo, y si no os he hablado antes, era porque esperaba que llegaseis á lugar mas solitario, contestó afablemente Andrés.

—Y ¿quién sois?

—¿Tan flaco andais de memoria, que no reconoceis ya á vuestros amigos? dijo con acento un tanto incisivo Andrés Corchuelo.

—Pasad de largo, señor mio, dijo Men Rodriguez: os habeis equivocado: yo no tengo amigos.

—Sin embargo, no pensabais así mes y medio atrás, en la torre de la iglesia mayor de Sevilla, una noche en que, por cierto, no andaba muy segura la ciudad.

—¿Sereis acaso el señor Andrés Corchuelo?

—El mismo soy.

—Perdonad, amigo mio, si no os he conocido... en verdad, en verdad, no os he visto mas que una vez, y aun así en un lecho: pero no os he olvidado... no por Dios... ni podia olvidaros: os debo lo que soy.

—Nada me debeis ciertamente.

—Sí, si por cierto; os debo un vestido y una espada que cabalmente llevo á la cintura... una escelente espada ¡vive Dios! tan buena como la mejor.

—Sigamos adelante, señor Men Rodriguez, porque este no es lugar seguro para hablar esto.

—Sigamos, pues, si así lo quereis: y vamos conmigo á mi posada.

—Vuestra posada, señor Men Rodriguez, es lo menos á propósito para hablar en confianza; y sí hubierais sabido eso, vos y el señor Juan Diente, ciertamente que no hubierais hablado en ella, como habeis hablado esta noche.

—¡Cómo! ¿ha habido quien oiga?

—Lo he oido yo.

—¡Sabeis!

—Que amais con toda vuestra alma, y que el rey os arrebata vuestro amor.

—Vos sois, creo, escudero del señor Juan Fernandez de Hinestrosa, segun recuerdo, dijo con recelo Men Rodriguez.

—Lo he sido.

—Y ¿cómo debo consideraros? ¿Cómo amigo, ó como enemigo?

—Esto dependerá de las esplicaciones que me deis á lo que tengo que preguntaros.

—Preguntad.

—¿Conociais al rey cuando fuisteis con mi padre a la torre de la iglesia mayor?

—No.

—¿Segun eso, me conocisteis por una casualidad?

—Si.

—¿No conociais tampoco á Beatriz Zapata?

—No.

—De modo que su encuentro con el rey y el entierro de su padre fueron una casualidad.

—Si.

—¿Y no tuvisteis parte ninguna en que el rey se apoderase de Beatriz?

—No.

—Perdonadme, pues, señor Men Rodriguez, porque durante algun tiempo os he tenido por mi mas mortal enemigo.

—¡A mí! ¿y por qué?

—¿Qué quereis? mi padre os vió al dia siguiente de nuestro conocimiento con galas y brocados.

—Los debia á la generosidad del rey.

—Llevabais cadena, estoque y espuelas de caballero.

—Siempre el rey.

—¿Os acompañaba un hombre sospechoso?

—De órden del rey.

—Fuisteis á casa de ese hombre, os entregasteis de Beatriz y la llevasteis á casa del difunto arcediano.

—Mandómelo el rey.

—Os creo, señor Men Rodriguez, os creo, y me aliviais de un gran peso: era lo que yo decia á mi padre: tan jóven y tan leal como parece, es imposible que me haya engañado: aquí debe haber algun misterio que yo aclararé... y le he aclarado al fin, porque yo os creo, caballero, os creo, y sé que habeis obrado lealmente conmigo.

—He ido á buscaros muchas veces á la torre y no os he encontrado en ella, ni á vuestro padre.

—Yo he ido á buscaros á casa del infante don Juan y no me han dejado pasar los pajes.

—Pero, al fin, nos encontramos.

—Si; nos encontramos, y los dos tenemos el corazon destrozado... pero los dos podemos ayudarnos.

—¿Qué podemos ayudarnos?

—Sí; la mujer que amais está en Jerez, y Beatriz Zapata está sin duda en Sevilla.

—¡Y bien!

—Vos vais á Sevilla, y yo me quedo en Jerez.

—¿Pero cómo sabeis.....?

—Vivo en la misma posada que vos, encima de vuestro aposento, y he oido esta noche la conversacion que en él habeis tenido con Juan Diente.

—¡Ah! esclamó Men Rodriguez.

—Por lo mismo os digo que nos podemos servir de mucho: vos sois favorito del rey, que ó tiene en su poder á Beatriz, ó puede si quiere descubriros su paradero..... yo en el alcázar de Jerez puedo hacer mucho.

—¿Qué podeis hacer mucho?

—Si, ciertamente; como que tengo amores con la camarera mayor de la reina doña Blanca.

—¿Con doña Sol de Vargas?

—Si, por Dios, y si no estuviese la noche tan oscura, os podria mostrar papeles.

—Basta con que vos lo digais, señor Andrés, y creo que Dios os envia á mí, en este momento, para que parta á Sevilla mas consolado.

—Vos en cambio.....

—Si, indagaré por vuestra Beatriz, pero si está en poder del rey.....

—¡Qué! dijo con ansiedad Andrés; ¿acaso su señoría.....?

—Su señoría se interesa demasiado por esa dama.

—¡Es su amante!

—Os juraria que no.

—¿Pero qué pruebas teneis?

—Ninguna.

—¿Y no os parecen pruebas bastantes, la manera con que hizo el entierro de su padre?

—El rey es justo; y además, quiso humillar á la nobleza, haciendo á un zapatero unos funerales semejantes á los de un rey.

—Sin embargo, las mercedes que la ha concedido...

—El rey debe de haber tenido razones para ello, en las cuales no entra por nada el amor, al menos ese amor que inspira zelos á un amante. Además, ¿no confiais en el amor de doña Beatriz?

—¡Ah, señor Men Rodriguez! las mujeres son mudables como la fortuna: ¿quién sabe si la que ayer, hija de un zapatero, amaba á un pobre escudero, hoy rica-hembra y poderosa le desdeñará?

—Apenas conozco á doña Beatriz, dijo Men Rodriguez; pero os aseguro, que os ama con mas firmeza que vos la amais á ella.....

—¡Yo...! esclamó Andrés sorprendido por la observacion de Men Rodriguez.

—Sí, vos: vos teneis amores con doña Sol de Vargas.....

—Pero.....

—Y doña Beatriz, estoy seguro de ello, porque creo haberla comprendido, no tendrá mas amores que los vuestros.

—Os diré, señor Men Rodriguez, dijo rehaciéndose Andrés: yo amo á doña Beatriz, como á una hermana.

—¡Cómo á una hermana! ¡nada mas que cómo á una hermana!

—Tomemos por esta calle, señor Men Rodriguez, porque si seguimos daremos en el Pernil de Oro, en el cual, como podeis juzgar por lo que yo he oido de vos, casi sin querer, no puede hablarse con seguridad; y yo necesito abriros mi corazon y hablaros como se habla á un amigo.

Torcieron en efecto los dos jóvenes una esquina, y se aventuraron en un callejon oscuro, en el que casi no habia casas.

—Necesito, como os decia, abriros mi corazon y pediros consejo; escuchadme, escuchadme: hace un año que conocí á Beatriz por una casualidad: yo era escudero del señor Juan Fernandez de Hinestrosa, y acompañaba con frecuencia á su hermana doña María á sus devociones.....

—Permitidme un momento: dicen que el rey ha tenido amores con doña María de Hinestrosa.

—Nada tiene de estraño: doña María, aunque ya no era una niña, era hermosa, hermosísima, y para igualarse si no para aventajar á su sobrina doña María de Padilla, solo le faltaba la frescura de la juventud. Es cierto que el rey la galanteó algun tiempo; que tuvo por ello serias contestaciones con Juan Fernandez de Hinestrosa, á pesar de las cuales aquellos amores llegaron á tal punto, aunque en poco tiempo, que Hinestrosa, para evitar que la córte se apercibiese de una manera indudable de la deshonra de su hermana, la encerró primero en su casa, y luego la envió á Sepúlveda, donde algunos meses despues murió.

—Pero ha dado á luz un hijo, á quien, segun dicen, ha reconocido el rey.

—Creo que aunque hace muy poco tiempo que estais en la córte, sabeis de ella mucho mas que yo.

—A veces se ve uno obligado á oir lo que no quisiera: pero continuad.

—Como os decia, yo acompañaba con frecuencia á sus devociones á doña María de Hinestrosa: hace un año, un viernes santo, al salir de tinieblas de la iglesia de San Martin, doña María se detuvo de repente y palideció: busqué el objeto que habia causado la conmocion de doña María, y ví una pobre y hermosa jóven, en cuyo brazo se apoyaba un hombre alto y cojo: yo palidecí tambien de emocion al verla; pero una causa sin duda distinta de la que habia conmovido á doña María: nunca, nunca habia visto una jóven tan esbelta, de mirada tan pura, de frente tan cándida; era Beatriz; el hombre, viejo y cojo que la acompañaba, era su padre el zapatero Sancho Zapata. Los dos se alejaron.—Seguid á esa mujer y á ese viejo, me dijo doña María, informaos dónde viven y quiénes son: yo iré á casa con los pajes y la dueña.—Seguí á Beatriz y á maese Sancho, que poco despues se entraron en la casa del Ecce-homo en la calle del Comendador. Pregunté á los vecinos, y supe que eran padre é hija; que él era zapatero remendon, y que ella hilaba y cosia. Dí cuenta de mi mensaje á doña María, que no volvió á hablar de ello; pero yo, arrastrado por un deseo de que no me podia dar cuenta, volví, rondé la casa, encontré algunas veces sola en la calle á Beatriz, la hablé, me habló... en una palabra, nos amamos, y algun tiempo despues la pedí por esposa á su padre, que al escuchar mi peticion, quedó por algun tiempo pensativo, y al fin me dijo:—Ciertamente que ella habia nacido para un mejor acomodo: no os ofendais por esto: yo me entiendo y Dios me entiende: tambien es verdad que no habia nacido para hilar cáñamo: ello en fin no tiene remedio; y puesto que sois honrado, que la amais y ella os ama, os la doy por esposa: siempre estará mejor con vos que conmigo, pobre viejo enfermo, que apenas alcanzo con mi trabajo á sustentarla.—Desde entonces frecuenté la casa de Beatriz.

—¿Y por qué no os casasteis con ella?

—Era pobre, apenas tenia algunos miserables ahorros.

—Pero tratándose de una mujer tan pobre como lo era entonces Beatriz.....

—Os diré: dijo con alguna confusion Andrés: es que nosotros nos hallábamos tan bien como si hubiéramos estado casados.

—¡Para que creamos despues en las frentes cándidas! observó con la amargura de quien recibe un desengaño Men Rodriguez.

—¿Qué quereis decir? preguntó alarmado Andrés.

—¿Vos qué habeis dicho? repuso Men Rodriguez.

—He dicho que nos encontrábamos tan bien como si estubiéramos casados.

—Lo que quiere decir.....

—Que no deseábamos nada.

—¡Por qué sin duda no os negábais nada!

—¡Ah! dijo Andrés; no os habia comprendido hasta ahora: os habeis equivocado, ó por mejor decir, yo me he espresado mal: voy á procurar esplicarme: yo, que nunca habia amado, creí que no podia amarse de otro modo que como yo amaba y amo á Beatriz.

—¿Y cómo la amais?

—Como un hermano.

—¡Qué¡ ¿no os inspira deseo la magnífica hermosura de esa niña?

—No, y ella me ama del mismo modo, estoy seguro de ello. Cuando yo la tenia á mi lado, con verla, con hablarla, con participar de sus pequeñas confianzas era enteramente feliz, nunca ambicioné mas, ni aun ahora que doña Sol de Vargas me ha hecho conocer que existe otro amor violento, que nos hace mirar con delicia, con embriaguez, con sed de placeres los ojos de una mujer, su boca que sonrie lánguidamente, su cuello que se inflama, como al impulso de un aliento abrasador, su seno que se agita, su talle que se contrae inquieto, sus manos que juegan distraidas y trémulas con un cordon ó un adorno del vestido. ¡Oh! ¡no! yo no sabia que el amor podia abrasar, lastimar como un tormento, llenar el alma de un deleite desconocido, dilatar el corazon llenándole de una vida mas enérgica, mas activa, ó comprimirlo como entre unas tenazas: yo no sabia que una mujer podia apoderarse enteramente de nosotros, enloquecernos, fascinarnos, llegar á constituir, en fin, la necesidad mas imperiosa de nuestra vida. Yo creo que comprendereis ahora como puedo amar á dos mujeres á un tiempo: Beatriz

es mi hermana, mi luz: el amor que siento por ella es tranquilo...

—¿De tal modo que la veriais sin pesar en los brazos de otro hombre?

—¡Oh! ¡no!

—¿Pero cómo comprenderos?

—Yo mismo no me comprendo: Beatriz no me inspira deseos, y sin embargo he tenido y tengo zelos horribles del rey.

—Es que vuestro deseo duerme en el fondo de vuestra alma: es que la impresion de la pureza de doña Beatriz ha sido para vos demasiado fuerte y dominante: pero lentamente el deseo aparecerá, no lo dudeis, y si encontráseis á Beatriz casada... ¡oh! entonces vuestros deseos estallarian... olvidariais á doña Sol...

—¡Nunca!

—¡Cómo! ¿tan enamorado estais? ¿puede amarse de ese modo á dos mujeres?

Men Rodriguez al hacer esta pregunta á Andrés podia decirse que se la hacia á sí mismo.

Juan Diente.

—Ya os digo que no me comprendo y si me diesen á escoger...

—¿Prefeririais á la mujer que habla á vuestros sentidos?

—No sé, no sé, dijo Andrés.

Men Rodriguez quedó por un momento pensativo: en el asunto de que se trataba tenia mas esperiencia que Andrés: desde su llegada á la córte habia esperimentado aquellos dos amores: la pureza, la sensibilidad, la dulzura de doña María de Padilla, le habian hecho pensar en ella de una manera dulce, pura, tierna, aunque respetuosa en razon á su lealtad al rey don Pedro: antes, doña Aldonza Coronel le habia inspirado ese amor inquieto, voraz, ardiente, del deseo: Men Rodriguez no habia comparado estos dos afectos; no habia podido comprender que inspirados por una sola mujer, lo que acontece rarísimas veces, constituyen la mayor suma conocida de felicidad, de amor: lentamente el recuerdo puro, tranquilo de doña María se arraigó en su alma, y con una rapidez horrible se en-

contró dominado por la influencia de la hermosura de los encantos, de la voluptuosidad de doña Aldonza: llegó otra mujer, le curó ó al menos hizo que menguase en su alma la intensidad de aquellos afectos : esta mujer fue doña Isabel Nuñez de Lara : en ella encontró juntos el ángel y la mujer: ella resumió todos sus pensamientos, todos sus deseos, todas sus aspiraciones: ella encendió en su alma el fuego sacro é instinguible del amor, considerado en toda su estension, en toda su grandeza: la influencia de doña Isabel, le hizo olvidarse enteramente de doña Aldonza, venciéndola, y reducir á una amistad íntima, su afecto hácia doña María : Men Rodriguez se creyó regenerado salvado, por doña Isabel, y en efecto lo estaba : y cuando la muerte del infante don Juan, la hizo viuda, y por lo tanto libre, el amor del jóven estalló, se desbordó, necesitó llamarla suya... ¡y en aquellos momentos el rey se la arrebataba!

Men Rodriguez de Sanabria.

Men Rodriguez estaba, pues, en el caso de comprender perfectamente la situacion de Andrés.

—Si otra mujer no viene á salvaros, decidiéndoos, le dijo, doña Sol os enloquecerá, os arrostrará tras ella, os hará olvidaros de doña Beatriz.

—¡Oh! ¡no! ¡jamás!

—Os olvidareis, hasta el punto de casaros con doña Sol.

—¡Ah! ¡no! ¡no!

—Luchais y esto es natural... conoceis el amor que os profesa doña Beatriz y os repugna hacerla traicion: necesitais para vivir, de doña Sol, y os estremece el pensar que no sea vuestra.

—Tengo un infierno en el corazon, esclamó el jóven.

—Poned algo de vuestra parte, meditad, elegid y una de las dos triunfará.

—Entretanto, señor Men Roddriguez, y dejando á un lado esta lucha, permitidme que volvamos á vuestro asunto: vos dejais una mujer amenazada en Jerez;

yo tengo otra mujer amenazada en Sevilla; velad por Beatríz, avisadme, y yo velaré á mi vez, usando para ello de doña Sol, por doña Isabel.

—Accpto... yo os daré cuantas noticias adquiera de doña Beatriz.

—Yo os guardaré á doña Isabel.

—Cada dos dias un escudero mio vendrá á Jerez.

—¡Ah! ¡no en vano nos encontramos! esclamó Andrés.

—Sí, sí, no en vano comprendí que éramos amigos.

—Pues bien seámoslo hasta la sangre, hasta la muerte, esclamó con efusion Andrés.

—Sobrevenga lo que sobrevenga, contestó Men Rodriguez, que preveia que sus deberes como caballero y su lealtad al rey podia sujetarle á terribles pruebas; amigos, amigos siempre.

—¡Oh! ¡si mi padre que ha dudado de vos nos oyera! esclamó Andrés estrechando con toda su alma la mano que le habia tendido Men Rodriguez.

—Vos tambien habeis dudado de mí, dijo con acento de dulce reconvencion al jóven.

—Os condenaban las apariencias.

—Que os sirva este ejemplo para no volver á desconfiar.

—¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!

—Y adios, una órden del rey me llama á Sevilla.

—Procurad descubrir el paradero de Beatriz.

—Lo procuraré.

—Si lo lograis vigilad por ella, y avisadme.

—Vos, en cambio...

—¡Oh! creo que os pondré en los brazos á doña Isabel.

—Creo que nada mas tenemos que hablar.

—Nada: nos lo hemos dicho todo y quedamos convenidos.

—Pues adios: muy pronto tendreis nuevas mias.

—Yo os las daré de doña Isabel: adios.

Los dos jóvenes se estrecharon de nuevo las manos y se separaron con el corazon comprimido.

Cuando Men Rodriguez llegó al Pernil de Oro encontró en la puerta á Juan Diente que montaba á caballo.

—¡Cómo! ¡os vais de Jerez! dijo Men Rodriguez.

—Sí señor, contestó el ballestero, procurando dar serenidad á su acento.

—¿Y doña Isabel? esclamó con ansiedad Men Rodriguez.

—El rey me ha mandado que la entregue al señor Tel Gonzalez Palomeque.

—Pero...

—Tened esperanza, señor Men Rodriguez, dijo el ballestero, haciendo un nuevo esfuerzo. El rey por ahora no tiene prisa en matar á doña Isabel. Ya veis; me aparta de ella y me manda volver al momento á Sevilla.

—Quiera Dios que no os engañeis.

—No, no, señor, estoy seguro de que el rey solo quiere probar vuestra lealtad. Y adios porque su señoria cuenta los minutos y sabe ya á qué hora debo llegar á Sevilla.

—No os detengo, pues, aunque quisiera hacer la jornada en vuestra compañía.

—Adios, señor, adios.

—Id don él, valiente Juan.

Y tendió la mano al ballestero que la estrechó de una manera nerviosa. Luego picó á su caballo y se alejó al galope murmurando:

—¡Pobre jóven! ¡Pobre jóven!

Men Rodriguez entró en el meson.

—Gracias á Dios, señor, dijo el posadero que se nos va ese buitre; así solo quedará gente noble y honrada en mi casa.

—Pues á pocas personas se reducirá por el momento esa gente, porque yo tambien me voy, dijo Men Rodriguez subiendo las escaleras.

El posadero quedó aterrado.

—¡Que se va! ¡que se va! ¡un señor que pagaba tan bien, sin reparar en la cuenta! bien sabia yo que ese maldito verdugo era un ave de mal agüero. Y Dios quiera que esta sea la última desgracia que me suceda.

Metióse dentro el dueño del Pernil de Oro, con los ojos arrasados en lágrimas, y una hora despues apuró el tormento de ver salir con toda su servidumbre y equipaje á Men Rodriguez que tomó el camino de Sevilla.

CAPITULO III.

De cómo doña Sol de Vargas hizo conspirador á Andrés Corchuelo.

Apenas se separó Andrés Corchuelo de Men Rodriguez, dejando lo andado, entró en el callejon sin salida en el cual le vimos en otra ocasion caer desvanecido frente al postigo de una cerca, y llegó á aquel postigo, y sacando una llave de su escarcela le abrió, entró y volvió á cerrar.

El poseer Andrés esta llave demostraba hasta qué punto habia llegado la confianza de doña Sol de Vargas hácia él.

La noche era oscura, la huerta estaba silenciosa, y Andrés despues de haberse quitado las espuelas adelantó en silencio por las veredas de los cuadros de hortaliza á la sombra de los árboles frutales.

Solo se oia el murmullo de un arroyo que atravesaba la huerta, hueco y sonoro entre el silencio, al chocar sus linfas en las guijas de su lecho.

Al cabo llegó junto á las paredes de la parte posterior del alcázar, se deslizó á lo largo de ellas, y se detuvo junto á un postigo sobre el cual habia una ventana ojiva.

Tras los vidrios de colores de la ventana, reflejaba una luz: Andrés tomó una piedrezuela, que arrojó á la vidriera y chocó debilmente en ella, produciendo en los vidrios un sonido seco. Poco despues, recortóse la sombra de una mujer en la vidriera, abrióse esta y la mujer avanzó con visible ansiedad el cuerpo fuera de la ventana.

—¿Quién es? preguntó con voz trémula.

—Soy yo, señora, contestó Andrés.

—¡Ah! ¡sois vos! repuso la dama en una esclamacion en que se revelaba una inmensa alegría.

Y se retiró rápidamente de la ventana sin cuidarse de cerrar la vidriera; oyéronse en el interior fuertes pisadas descendiendo al parecer por una escalera, luego aquellas mismas pisadas precipitadas en direccion al postigo y al fin una llave que abria con gran presura; rechinó el postigo y una mujer cayó entre los brazos de Andrés.

—¡Ah! ¡por fin! ¡por fin! esclamó con acento opaco y entrecortado por la pasion; creí que no os volvia á ver: yo os esperaba á lo mas dos dias despues del recibo de mi carta, y pasados esos dos dias de impaciencia, de anhelo, he esperado quince dias mortales, en medio de una inquietud horrible ¡oh! ya estaba desesperada: pero al fin estais aquí; os estrecho en mis brazos... y para mucho tiempo... ¿no es verdad...? para mucho tiempo, porque no volvereis á separaros de mí.

—¡Oh! ¡cuán feliz me haceis! dijo Andrés, fascinado por el acento ardiente de doña Sol, y ¡cuán poco digno soy de tanto amor!

—¡Oh! ¡no hablemos de eso Andrés! esclamó con orgullo doña Sol: vos sois digno de una reina: ¿qué importa que no seais noble..? vuestra nobleza está en vuestro corazon, en vuestros ojos, en vuestra hermosura... ¡oh! no hagais caso de mí, amigo mio, ni penseis mal de mis palabras... me habeis vuelto loca... pero venid, venid... estoy sola: todas las noches desde que os espero procuro quedarme sola... la reina os espera tambien: pero la reina os esperará algun tiempo

mas que yo os he esperado: necesito antes, miraros, hablaros, deciros una y cien veces cuánto os amo. ¡Venid! ¡venid!

Y asió á Andrés, le condujo dentro del postigo y cerró. La mano que Andrés tenia entre las suyas temblaba de conmocion.

Doña Sol, siempre asida á la mano de Andrés, le hizo subir unas estrechas y pendientes escaleras, al fin de las cuales abrió una puertecilla y se encontraron en una cámara que servia de habitacion á doña Sol.

El mueblaje era modesto; sillones antiguos, un estrado, una mesa con búcaros con flores; sobre la mesa una lámpara y en las paredes algunas tablas que consistian en el blason de nobleza de los Vargas, en algunos retratos de familia y en algunos cuadros devotos: en uno de los testeros habia un reclinatorio y en un ángulo opuesto un blanco lecho: á mas de la puerta que correspondia á la escalera por donde habia entrado Andrés, habia otra puerta que comunicaba con el interior, y frente á ella una ventana con vidrieras de colores: para hacer juzgar enteramente de aquella habitacion á nuestros lectores, les diremos que el pavimento era de mármol, resquebrajado ya en muchas partes, que las paredes estaban cubiertas de una tapicería descolorida y que el techo era de pino representando en su tallado una tracería gótico-árabe.

Doña Sol, sin dejar la mano de Andrés, le condujo al estrado y se sentó junto á él; solo entonces soltó la mano del jóven.

Ya hemos dicho en otra ocasion cuando describimos á cada una de estas dos personas, que Andrés tenia veintidos años y doña Sol veinticinco: por lo tanto atendido á lo prematuro del desarrollo de la imaginacion en las mujeres, doña Sol llevaba ventaja en esperiencia y en inteligencia á Andrés; podia decirse que era una mujer enteramente formada, mientras que Andrés era todavía un niño; esto en cuanto á la parte intelectual; en cuanto á la física, Andrés parecia mas formado que doña Sol: esto se esplica perfectamente: hijo de un campanero, acostumbrado desde sus primeros años á ejercicios de fuerza, encaramándose en las campanas, despues de haber hecho su aprendizaje volteando los esquilones; sentenciado en razon á lo alto de la morada de su padre, á subir y bajar diez veces al dia las interminables rampas de la gigantesca torre de la iglesia Mayor, se habia desarrollado de una manera vigorosa en fuerzas y en estatura; luego una propension natural, irresistible, desde que tuvo doce años, le obligó á pasar horas enteras formando parte de los corros que cercaban en las plazas y en las márgenes del Guadalquivir á los espadachines que apostaban con otros ó daban lecciones de armas; antes de empuñar una espada, habia pasado dos años viendo manejarla á aquellos aventureros, que eran unos formidables, aunque poco nobles esgrimidores: cuando un dia, no pudiendo resistir mas á su deseo, y despues de haber hecho ejercicios diarios con cañas y palos con otros muchachos de su edad, pidió á uno de aquellos maestros de armas que le diese una leccion; el maestro se sorprendió de la agilidad, de la vista certera, de la rapidez de los ataques y de la seguridad de la defensa del jóven, que tenia, sin duda por instinto, la nobleza de un caballero en el tiro de armas. Aficionósele el maestro, y poco despues Andrés era una formidable espada. El tiro de la barra por otra parte, el juego de pelota, la lucha, el salto, el pugilato, desarrollaron de tal modo sus fuerzas, que á los diez y seis años era una terrible espada, un escelente tirador de barra, y un hombre temible en fin por su valor, por sus puños y por su destreza.

A los diez y siete años, Andrés, á quien su padre habia destinado al oficio de carpintero, pudo dejar la tienda de su maestro y ganar de una manera mas cómoda y mas en armonía con sus instintos, un diario mayor que sus jornales de mecánico.

Andrés se hizo maestro de armas.

No era esto tan fácil en aquellos tiempos: para procurarse entonces una escuela al aire libre era necesario ser valiente y diestro: estas escuelas consistian en un espacio cuadrado constituido por cuatro bancos que servian de límite á la multitud espectadora, dentro de los cuales se colocaba el maestro de armas, teniendo junto á sí en una mesa, una coraza de hierro, un casco, algunas espadas, botas y una adarga. Estas escuelas solo funcionaban los dias festivos, y las habia en todas las plazas, en todos los mercados, en las puertas de la ciudad y en cuatro ó cinco puntos de la ribera del Guadalquivir cercanos á los muros.

Cada uno de los maestros pagaba al ayuntamiento, ó al rey, ó al arzobispo, al señor, en fin, de la jurisdiccion donde estaba la escuela, una contribucion alzada por la cual se le espedia patente y privilegio de maestro de armas, que venia á constituir para él en una propiedad gravada con un censo su escuela.

Pero no bastaba la patente para gozar de una manera quieta y pacífica dicha propiedad: era necesario sostenerla con los puños y el corazon, puesto que habia una costumbre, por lo vieja, elevada á ley, que establecia, si alguno solicitaba del señor de la jurisdiccion en que estaba situada una escuela de armas la espropiacion del poseedor, esta espropiacion se concedia si el postulante vencia en una prueba de sangre al poseedor, cosa muy en armonía con el caracter de la época, y conveniente para sostener el espíritu guerrero del pueblo, espíritu imprescindible en aquellos tiempos de lucha continua.

Andrés se decidió á pedir la adjudicacion de una de aquellas escuelas, y con una audacia infinita puso la vista en la de mas fama, por enseñar en ella el maestro mas valiente, esperimentado y diestro que se conocia en Sevilla: este maestro era un zurdo que tanto manejaba la espada con la diestra como con la siniestra, que tenia cuarenta años, de los cuales contaba veinticuatro de práctica, y que hacia diez regentaba sin rival la escuela del Humilladero.

El Humilladero correspondia á la jurisdiccion real. Andrés Corchuelo solicitó y obtuvo del rey por medio del señor Juan Fernandez de Hinestrosa, ya favorito de su señoría, el permiso para probarse con maese Quincoces, el Zurdo, que sonrió desdeñosamente y como con lástima, al saber que un mancebillo de diez y siete años pretendia espulsarle á él, rey de la esgrima, de un puesto que con tanta gloria habia sustentado durante diez años.

Para no detenernos en este incidente, diremos que aquella especie de oposicion se verificó en medio de un lucido concurso, y en presencia del señor Juan Fernandez de Hinestrosa, del señor Juan Tenorio y del señor Pero Lope de Padilla, jueces nombrados por el rey, y que maese Quincoces sufrió una completa derrota, saliendo herido, zurrado, lastimado, y por último desarmado, sin haber logrado tocar ni aun á la ropa al mancebo.

Maese Quincoces salió de Sevilla avergonzado, y Andrés, despues de haber puesto á raya á muchos que, despreciando sus pocos años, se habian atrevido á intentar lo que él habia hecho de una manera tan completa, quedó reconocido universalmente por el primer maestro de armas, y en posesion pacífica de su escuela: esto le produjo dinero y aun ahorros, pero Andrés queria mas que esto: los maestros de armas estaban considerados, á causa de sus costumbres, como una especie de rufianes á quienes se temia, pero que ocupaban una posicion poco respetada.

Una casualidad le sacó de aquella posicion, que si bien era mejor que la de mecánico, no le satisfacia: una noche al volver á su casa, esto es, á la torre de la iglesia Mayor, halló sobre su camino un hidalgo acometido por cuatro asesinos; púsose de un salto á su lado, mató á dos, hizo huir á los otros, y encontró que

el hombre á quien habia salvado, era el señor Juan Fernandez de Hinestrosa, que en recompensa le dió un bolsillo repleto de oro, y le admitió á su servicio como escudero, á pesar de que no era hidalgo.

Entonces Andrés que era ya un buen ginete, como lo eran todos los sevillanos en aquel tiempo, y lo son hoy la mayor parte, aprendió lo único que le faltaba saber para ser un cumplido hombre de armas; esto es, á justar, á manejar el hacha, la maza y la espada de dos manos, é item mas: á picar y á rejonear toros.

Así es que á los veintidos años, sin haber perdido nada de su juvenil aspecto, ni de su delicada y distinguida hermosura, Andrés Corchuelo era un hombre valiente, sereno, forzudo, diestro y á mas, cortés, galante é instruido como el mejor caballero de aquellos tiempos, á causa de cuatro años de trato cortesano al servicio de Juan Fernandez de Hinestrosa.

Vestia á lo hidalgo en razon á su oficio: gastaba fueros alentado por su valentía, y á pesar de esto conservaba la dulzura de carácter que le habia prestado el amor y la solicitud de su padre, que viudo, solo, contrahecho, habia concentrado en él todo su cariño.

Hemos apuntado estos antecedentes de Andrés, porque no hemos tenido ocasion antes de darle á conocer por todas sus faces, y para que puedan comprender nuestros lectores que no en vano se habia enamorado de él doña Sol de Vargas, ni simpatizado con él á primera vista Men Rodriguez de Sanabria.

Doña Sol, considerada físicamente, aunque aventajase en astucia y en esperiencia á Andrés, no le aventajaba en lo grave del aspecto: doña Sol por una contraposicion de circunstancias, huérfana y sola, encerrada seis años háeia con la reina doña Blanca, parecia que los años habian pasado por ella sin robarla la candidez de la adolescencia, su pura sonrisa, su mirada cándida: es cierto que la naturaleza la habia dado todas las magnificencias de formas que hacen voluptuosa á una mujer; pero tambien es cierto que aquel magnífico conjunto estaba embellecido por la espansion de un alma de niña, por una alegría ó un dolor infantiles, por las emanaciones de un corazon virginal, que solo habia aprendido esperiencia en las desgracias de los demás: por lo tanto nada tiene de estraño tampoco el amor sensual que Andrés sentia háeia ella, porque doña Sol era una criatura capaz de inspirar tentaciones á un santo.

Solo se encuentran simultáneamente en la mujer el candor y la esperiencia, la pureza y la voluptuosidad, los mas ardientes impulsos del corazon, con la prudencia mas completa: principios que parecen opuestos, y que en efecto lo son, y que sin embargo encontramos reunidos, aunque constituyendo raras escepciones, en algunas mujeres. El autor ha copiado este carácter del natural, y al estudiarle se ha convencido de que la naturaleza no solo es múltiple, sino infinita en sus combinaciones, por lo cual respecto al espíritu humano, no pueden sentarse principios absolutos, pues difícilmente se encontrará uno al que no puedan aplicarse un sin número de escepciones.

Tales eran las dos personas que se encontraban solas, enamoradas, entregadas á sí mismas, contemplándose con deleite, sentadas mano á mano en un estrado en el alcázar de Jerez, y rodeadas del silencio mas profundo.

Notábase en Andrés el poderoso efecto que causaban en sus sentidos las bellezas que enriquecian las formas de doña Sol; su mirada la devoraba, estaba estasiado delante de la jóven, y esta por el contrario, gozando de la manera mas pura con la fascinacion de Andrés, mostraba una de esas sonrisas que son para nuestra alma lo que para las flores el rocío, las auras y el radiante sol de la mañana; porque hay, y permítasonos esta digresion un tanto metafísica, sonrisas de mujer que refrescan el alma, la iluminan, la refrigeran, la dan, en fin, una nueva vida, una vida inmaterial, remedo sin duda de la vida de los ángeles.

—Me parece mentira, dijo con una alegría infantil doña Sol, mentira de todo punto: creí haberos perdido cuando me habia consentido á ganaros.

—¡A ganarme! contestó Andrés no comprendiendo bien.

—A ganaros, sí; es necesario que hablemos mucho y formalmente.

—Hablad, señora, hablad; os escucho, como siempre... con delicia.

—Pues bien, Andrés; empezemos por hablar de nosotros mismos: sobre todo no me engañeis, porque eso seria cobarde y traidor: ¿qué habeis hecho respecto á mí en todo el tiempo que no nos hemos visto?

—He pensado en vos, y en el momento de volveros á ver.

—Y sin escribirme una sola vez, sentenciándome á la duda, á la incertidumbre...

—Es que he andado todo ese tiempo de acá para allá; primero he ido...

—Eso para despues; ahora hablemos de nosotros solos. En cuanto á mi, he pensado continuamente en vos: he llorado mucho, he dormido poco: ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡y qué tirano tan implacable es el amor.. ! callad, callad, vos no me amais como yo os amo. Sin duda, habeis empleado mucho del tiempo en que no nos hemos visto en otros amores.

—¡Ah! ¡no! ¡no señora! ¿No os he dicho cien veces que vuestro amor llena mi alma entera hasta tal punto que la comprime? ¿no os he dicho cuánto me haceis sufrir?

—Pues bien; es necesario que no suframos mas.

—¿Y cómo puede ser eso?

—¿Cómo? casándonos.

—¡Casándonos! esclamó aturdido Andrés.

—Sí, sí por cierto: ¿qué os estraña?

—Me estraña, señora, que siendo vos noble, muy noble y yo...

—¿Y qué importa lo que seais ahora? el dia en que seais mi esposo, sereis señor de vasallos.

—¿Pero habeis meditado bien...?

—Una mujer cuando ama, no medita.

—Pero dejadme que yo me haga digno de vos: esclamó Andrés buscando una salida cualquiera; dejadme que yo me haga una fortuna y un nombre con mi lanza.

—¡Oh! no; no quiero sufrir otra vez la ansiedad que he sufrido durante vuestra ausencia, he creido perderos, y luego... yo necesito un brazo en que apoyarme dignamente; un brazo que me defienda y me sostenga: oid: no sé porqué creo que han de acontecer antes de poco terribles cosas... la reina... la reina, una de dos, ó triunfa de doña María de Padilla, ó es repudiada ó muerta: hasta ahora ha podido hacer que el rey respete su vida, el temor de una guerra con Francia; pero ahora que Francia presta su apoyo al conde de Trastamara, el rey romperá por todo. Su odio á la reina, contenido hasta ahora, estallará, y yo, yo me encontraré sola, amenazada acaso...

—En otra ocasion, dijo Andrés evadiéndose, pensabais de otro modo: creiais que la reina tenia posibilidades de vencer, de sobreponerse á la Padilla...

—Desde entonces acá han pasado muchas cosas, repuso gravemente doña Sol: el maestre de Santiago ha muerto á manos del rey, á manos del rey ha muerto tambien el infante don Juan de Aragon; la reina doña Leonor su madre ha sido envenenada en Castrojeríz, y el rey, despues de haberse apoderado del señorío de Vizcaya, ha preso á doña Isabel Nuñez de Lara: la guerra de Aragon, tanto tiempo contenida, ha estallado al fin; y aunque está suspendida, volverá á emprenderse dentro de poco con mayor fuerza: el rey de Francia envia á don Enrique sus aventureros... por todas partes sangre, guerra, incertidumbre... ¿y creeis

que esta sea la mejor ocasion para que una pobre reina abandonada, rodeada de ciegos servidores del rey luche y venza..? no, no: la reina doña Blanca está desesperada, y si espera en algo es como se espera un milagro. Pues bien, yo he meditado mucho en todo esto; y aun cuando amo á la reina, aunque siento por ella una ardiente compasion, os amo mas que á ella, y no quiero que os espongais en su servicio de una manera inútil: ved ahí de qué modo se hace imposible que llegueis á ser noble por vuestra lanza, por vuestros hechos: la causa de la reina es una causa perdida, y vos por mi amor no servireis á un rey que ha causado la muerte de mis padres y á quien aborrezco.

—Yo le aborrezco tambien y no le serviria nunca: no puedo olvidarme de que me ha robado...

—¿Y que os ha robado el rey?

—Ya os lo dije, señora; me ha robado, matando al arcediano de San Gil, la venganza de una afrenta hecha á mi padre.

—¡Ah! yo creia que el rey os hubiese robado algunos amores.

—¡Ah! no, no señora, esclamó Andrés palideciendo: yo no he amado... vos sois la primera mujer á quien amo, y os amo con toda mi alma.

—Pues mirad he tenido zelos, unos horribles zelos: ¿dónde podiais haber estado tanto tiempo?

—Vos me dijisteis, señora, que procurase entrar al servicio de Juan Fernandez de Hinestrosa.

—¿Y habeis entrado?

—No, no ha querido recibirme.

—¿Y por qué, pues, no habeis vuelto á mi lado?

—Porque me he empleado en servir á los enemigos del rey.

—¡Ved lo que haceis! esclamó con cuidado doña Sol; ved no cometais una imprudencia que os pueda costar la cabeza.

—Los enemigos de que se trata son astutos, y el rey cree tener en dos de ellos dos servidores leales.

—¿Y quiénes son esos enemigos?

—A vos os lo confio todo, todo: esos enemigos son el tesorero mayor don Simuel Levi, y el escribano Alvar Yañez.

—¡El escribano Alvar Yañez! hace dos dias que está en el alcázar, sin duda enviado por el rey.

—¡Ah! desconfiad de ese hombre.

—Me decís que desconfie, y decís que es enemigo del rey y que vos le ayudais.

—Ese hombre, señora, es un misterio para mí. El fue quien me envió con unas letras á don Pero Ponce de Leon y ya sabeis lo que sucedió: don Pero Ponce fue muerto cuando iba con sus gentes á Sevilla: él me envió despues á Vizcaya, con otras letras para un diputado de Bilbao, y poco despues murió el infante don Juan de Aragon y su mujer doña Isabel Nuñez de Lara fue presa: ¿qué creis que puede pensarse de un hombre que se muestra enemigo del rey y que sin embargo, de dos hechos suyos resultan dos muertes de enemigos del rey don Pedro?

—Creo que ese hombre hace un doble juego.

—Ese hombre me conoce demasiado, para que mi cabeza no esté vendida, si con efecto sirve de una manera tan misteriosa al rey.

—¡Vendida vuestra cabeza..!

—¡Oh! ¿y que tendria de estraño...? el rey es desconfiado, receloso, tiene gentes que le sirven en todas partes: acaso se me ha tendido un lazo... creedme doña Sol... por esta razon yo no acepto con júbilo vuestra propuesta de casamiento... si muero vale mas que perdais un amante que un esposo.

—Callad me parece que he sentido pasos en la antecámara.

—Será acaso el viento.

—Sin duda: ¿quién ha de venir á estas horas por esta parte del alcázar?

—Es que nuestra situacion nos hace desconfiar de todo: hasta de esos rumores naturales que en otras situaciones pasan para nosotros desapercibidos. Yo creo encontrar en todo el mundo un espía del rey.

—¿Y no creis que el señor Alvar Yañez esté en el alcázar como un espía?

—Todo es misterioso en ese hombre. El aprovechó la injuria que habia hecho á mi padre el arcediano, y se valió de mí: despues le he tratado con alguna frecuencia, y he visto que hay otro misterio superior al suyo.

—¿Y qué misterio es ese?

—Ese misterio es una mujer que á veces es paje y á veces soldado.

—¿Y no conoceis á esa mujer?

— No, pero la conoce mi padre.

—Pero su nombre.

—Se llama Ana, Lcila y Gaston.

—Pero Dios mio, me vais á volver loca: estais metido en un verdadero laberinto.

—¿Qué tiene de estraño que vos no me entendais, cuando yo mismo no me entiendo, ó por mejor decir no veo mas que misterios en todo cuanto me rodea?

—Pero esa mujer...

—Escuchad: últimamente antes de enviarme el escribano Alvar Yañez á Vizcaya envió á la vivienda de mi padre, donde yo me encontraba, á un hombre feroz, á un bandido, á un aventurado que se llama Pedro-el Negro: salí con él y mi padre al verme en tan mala compañia, me siguió cuidadoso: Pedro-el-Negro y yo encontramos algo mas allá, al escribano y nos encaminamos con él al muro de los Navarros y entramos por un postigo de una casa aislada, donde yo nada ví, puesto que me hicieron esperar en el zaguan, donde pasado mucho tiempo, el escribano me dió un bolsillo, un pergamino, y una órden de partir al amanecer á Vizcaya á entregar aquel pergamino al diputado Anton de Landu y volverme sin perder tiempo. Desempeñé mi encargo y volví. Busqué á Pedro-el-Negro y no le hallé, busqué al escribano y tampoco le encontré, fuí á la casa del muro de los Navarros y la encontré desabitada. El hombre-mujer, ó por mejor decir esa estraña mujer que se viste con frecuencia como un hombre y obra como tal, habia desaparecido.

—Pero esa mujer...

—Escuchad: no encontrando á ninguna de las personas con quien me habia unido mi odio al rey, me encaminé desalentado á la torre de la iglesia Mayor y subí... encontré á mi padre loco.

—¡Loco!

—Si, la fatalidad que me persigue ha alcanzado al pobre viejo. Ya os he dicho que el dia en que Pedro-el-Negro, fue á buscarme á la torre, cuidadoso mi padre me siguió, y tuvo medio de introducirse sin ser notado en la casa de esa mujer.

—¿De la mujer-hombre?

—Ciertamente: entonces supo que aquella mujer amaba á Men Rodriguez de Sanabria, que aborrecia á doña Isabel Nuñez de Lara á quien Men Rodriguez ama, que poseia tesoros, y medios para enredar en una trama de intrigas al rey. Que ella era quien habia enviado á Alvar Yañez á Aragon para ofrecer oro al conde de Trastamara, á Pedro-el-Negro á Granada, para dar medios á un infante moro, de destronar al rey de Granada y hacer la guerra á don Pedro, y á mí á Vizcaya con unas letras que debian producir la muerte del infante don Juan y la de doña Isabel Nuñez de Lara. Luego aquella mujer, magníficamente vestida y que segun dice mi padre es hermosísima, recibió al señor Juan Tenorio, le enamoró y le convirtió en un instrumento fatal para doña María de Padilla.

—¡Oh! ¡y esa mujer aborrece á doña María!

—Esa mujer quiere destronarla, matarla, porque aborrece de muerte al rey.

—¿Pero no habeis podido averiguar mas..?

—Mi padre solo vió que aquella mujer salió de la casa vestida de hombre, acompañada de otra disfrazada del mismo modo.

—¿Y esto ha sido bastante para volver loco á vuestro padre?

—Mi padre mató aquella noche á un hombre.

—¡Que mató á un hombre!

—Sí; al ir á descolgarse por una ventana al huerto que rodea la casa, vió algunos hombres: uno de ellos era Pedro-el-Negro que iba, segun mi padre notó despues, á cometer un doble robo: entraron valiéndose de una escala por la misma ventana, á la cual se habia asomado mi padre que apenas tuvo tiempo de huir; pasaron, se perdieron en las habitaciones interiores y cuando mi padre volvió á la ventana aterrado, resuelto á escapar por la escala, tropezó con otro hombre que subia: entonces el terror, porque mi padre es inofensivo, le puso el puñal en las manos, hirió, mató: deslizóse por la escala y al huir encontró en el jardin dos mujeres.

—¡Dos mujeres!

—Sí: una jóven y otra vieja.

—¿Y quiénes eran aquellas mujeres?

Andrés siguió desfigurando los hechos que no le convenia fuesen conocidos por doña Sol

—Mi padre no las conocia: pero le pidieron amparo y las amparó: aquellas mujeres sufrian una detencion injusta en aquella casa: mi padre forzó la puerta del huerto que daba á la calle de San Estéban y sacó aquellas dos mujeres. Pero la casa estaba espiada, puesto que, apenas mi padre habia dado algunos pasos en la calle, cuando fue acometido, sujeto, y vendados los ojos y la boca, fue conducido á la cárcel de donde le soltaron al otro dia. Estas emociones, y sobre todo, la sangre que ha vertido, por mas que haya sido en defensa propia, han trastornado el juicio á mi padre, le han vuelto loco hasta el punto de apelar al vino para olvidar, y estar continuamente ébrio.

—¡Pobre anciano!

—He ahí otro de los motivos que me impelen á una venganza, cuya sed siento y que no sé cómo ejecutar.

—¡Oh! ¡oh! acaso estos mismos misterios nos sirvan de mucho.

—Sí, sí por Dios; los hechos traen sucesos y ¿quién sabe..? pero entretanto comprendereis que nuestro casamiento ahora seria una imprudencia.

—¡Una imprudencia! no, no: esperaremos sin embargo; pero esperaremos poco.... tengo un proyecto.

—¡Cuál!

—La reina tiene perdida la esperanza, y no será difícil hacerla consentir en que huya: la fuga es fácil porque el alcázar está mal guardado: huiremos á Francia y allí... viviremos del agradecimiento de la reina, y acaso el Delfin, regente, en pago de vuestros servicios os ennoblecerá.

—¡Oh! eso, solos, aislados, sin dinero... es muy difícil.

—¿No decís que doña Isabel Nuñez de Lara está amenazada?

—Sí, y amenazada de muerte.

—¿No decís que Men Rodriguez de Sanabria ama á doña Isabel?

—Sí, y á mas de eso Men Rodriguez es mi amigo.

—Vuestro amigo el favorito, el brazo derecho del rey.

—Le debo oficios de hermano.

—Pues bien, Andrés, bien: yo creo que tenemos bastantes fuerzas para aventurarnos... no esperaba tanto ciertamente... una intriga bien manejada... ¡oh! venid, venid; es necesario que hableis á la reina; es necesario que apresuremos el momento de vernos libres del rey don Pedro, del que todos tenemos porque temer.

Y asiendo á Andrés de una mano, se encaminó á la puerta que conducia al interior y desapareció con Andrés por ella.

Quien poco antes hubiera entrado en la antecámara á que aquella puerta correspondia, hubiera visto á un hombrecillo, escuchando oculto tras los tapices, y que al encaminarse doña Sol con Andrés á aquella puerta, huyó silenciosamente, se deslizó por una galería, y dijo á una dueña que esperaba como un centinela al fin de ella:

—Idos, idos doña Marta; nos podrian sorprender.

—¿Con qué no nos habiamos engañado, señor Alvar Yañez? dijo la vieja.

—No por cierto. Es el señor Andrés Corchuelo, el mancebo de antaño; se trata de grandes traidores: seguid sirviendo lealmente al rey y os prometo que habeis hecho suerte.

Dicho esto, el escribano y la dueña se separaron en distintas direcciones: en cuanto á Alvar Yañez, poco mas allá, abrió con llave una puerta en el estremo de una de las galerías mas apartadas y polvorientas del alcázar; cerró, hizo luz y se puso á pasear por el aposento, que era en estremo reducido y mezquino.

—¡Ah! ¡ah! murmuraba: ¿con qué el señor Pedro-el-Negro, mi buen amigo, ha metido sus manos hasta los codos en el oro de doña Ana? Hé aquí por qué el bribon no ha vuelto de Granada... habrá sido capaz de renegar... y doña Ana á su vez... vamos, es muy bueno escuchar: por lo pronto, puedo seguir comiendo á dos carrillos, y decir muy buenas cosas al rey y á doña Ana: pero es necesario ser muy prudente, saber donde se ponen los piés: ese Andrés Corchuelo sabe demasiado, y es necesario cortarle las alas: al rey puedo avisarle de que se conspira en Jerez, de que se procura burlarle: á doña Ana ¡oh! á doña Ana, de seguro, se le va á dilatar el alma, cuando sepa que doña Isabel Nuñez de Lara es mujer muerta, que Beatriz no está perdida, que Pedro-el-Negro es el autor del robo, y que maese Blas el campanero ¡oh! ¡oh! en cuanto á esto despacio... no es bueno que sepa que hay quien conoce sus asuntos: yo puedo aprovecharme de esto, y sobre todo, es bueno siempre saber algo que los demás no saben.

El escribano siguió pensativo algun tiempo mas, y luego adoptando una resolucion decisiva, se sentó delante de una mesa y escribió dos largas cartas; sobre la una puso: «A su señoría el rey»: sobre la otra: «A la muy noble señora doña Ana Tellez de Ulloa.» Inmediatamente guardó aquellas cartas en su escarcela y salió del alcázar, atravesó algunas callejas, y en una de ellas llegó á una casa de pobre apariencia y llamó: abrióle un hombre mal carado, que llevaba sobre sí la cota de armas de los ballesteros de maza del rey.

—A caballo, señor Gomez Arévalo, á caballo al momento, le dijo el escribano.

—¡Y bien! ¿á dónde he de ir?

—A Sevilla con estas letras para su señoría.

El ballestero tomó la carta, y poco despues el mismo Alvar Yañez le vió montar á caballo y partir: entonces se dirigió al estremo opuesto de la ciudad y en otra calleja llamó á otra casa de mejor aspecto que la anterior: abrióle un hombre, que no era otra cosa que un peregrino de Nuestra Señora de Rocamador.

—A caballo al momento, le dijo el escribano; tomad esta carta y entregadla en Zaragoza á doña Ana.

Del mismo modo que anteriormente, no salió de aquella casa hasta que vió partir al aventurero, despues de lo cual, se volvió maquinando nuevas picardías al alcázar.

LIBRO DÉCIMO-SEPTIMO.

CAPITULO I.

En que parecen la perdida Beatriz y su abuela doña Berta.

El rey, como hemos indicado, despues de la rápida tentativa de campaña contra Aragon, se habia vuelto

á Sevilla á preparar un formidable armamento para emprender de una manera decidida la guerra.

Erale urgente dar un golpe decisivo: la nobleza se mostraba cada vez mas inquieta y rebelde: el delfin regente de Francia se ponia ostensiblemente de parte de don Enrique; numerosas bandas de mercenarios invadian las fronteras castellanas, y en el reino de Granada habian acontecido grandes trastornos.

Apenas habia puesto el rey la planta en su cámara del alcázar, de vuelta á Sevilla, cuando se le anunció que el rey de Granada acababa de llegar y solicitaba hablarle.

Este incidente imprevisto maravilló á don Pedro, que se apresuró á conceder su venia al monarca musulman, y poco despues Mojanmet V estaba delante del rey don Pedro.

Era Mojanmet un hombre como de treinta años, de gran estatura, belleza salvaje, barba roja y cuerpo membrudo: en la poderosa mirada de sus ojos negros se notaba despecho, cólera, esperanza: tenia en fin todas las señales de un fugitivo que venia á buscar en don Pedro una ayuda poderosa.

El rey de Castilla miró por algunos momentos de una manera fija al rey de Granada, y luego asiéndole de una mano le llevó á un divan.

—Siéntate, mi valiente aliado, le dijo en aljamía, lenguaje comun en aquellos tiempos entre castellanos y moros, y dime cuál es la causa de que te vea en mi presencia de una manera tan impensada.

—La traicion: la traicion que socaba á la par tu trono, rey de Castilla, y que te arrojará de él como me ha arrojado del mio.

—¿Qué, te han arrojado de tu trono? ¿qué, vienes fugitivo? esclamó levantándose colérico el rey; ¿y dices que los mismos traidores que pretenden arrancarme la corona, te han arrancado la tuya..? no habrás sabido defenderla; te la habrán arrancado por cobarde.

—Yo tenia acorralado al infante Abou 'l-Sayd en las Alpujarras, esclamó con dignidad Mojanmet; sin dinero, sin soldados, estaba reducido ó á morir en una tentativa desesperada, ó á pasar á Africa: pero de repente el emir de mi guarda africana Mussu 'l-Ali-Athar, se apodera de la Alhambra, proclama á Ismail; quiero resistir y me encuentro abandonado: huyo por una mina al Albaicin, y le encuentro ocupado por mi madre la sultana Kinsu 'l-Lleinal, que ambiciosa y amante de su hijo Ismail, me rechaza, me persigue: me oculto en las inmediaciones con algunos xeques leales, y desde mi retiro sé que Ismail ha sido muerto, encarcelada mi madre y proclamado rey de Granada el infante Abou 'l-Sayd, el Bermejo. Entonces aprovecho la oscuridad de la noche, parto, llego á la frontera, y vengo á pedirte, rey de Castilla, amparo, ayuda, como debo esperarla de tí, de quien soy vasallo y aliado.

—Pero para haber comprado á tu emir se habrá necesitado oro, mucho oro, dijo pensativo el rey don Pedro.

—¡Oh! si por cierto; repuso con acento reconcentrado Mojanmet: pero tu nobleza es rica, señor, poderosa; tu nobleza sabe demasiado que no puede vencerte, sino cercándote de peligros, de guerras y de amenazas, y ha procurado que Granada se vuelva en contra tuya.

—¡Mi nobleza! esclamó don Pedro paseándose agitado por la cámara: ¡siempre mi nobleza! y ¿quién puede asegurar que ese oro no ha sido enviado á Abou 'l-Sayd por los emires africanos, que tienen fija una mirada codiciosa en España? ¿quién puede asegurar que no se ha comprado con promesas la fidelidad del emir de tu guarda?

—Antes de venir, he podido hacer justicia en uno de los traidores, y tengo en mi poder la prueba de que ese dinero ha sido procurado por la nobleza de Castilla, y remitido al infante Abou 'l-Sayd por tu tesorero don Simuel.

—¡Mi tesorero! ¡con qué al cabo el lobo hambriento é insaciable de oro se atreve á hacerme traicion de una manera desembozada! ¡pero la prueba! ¡la prueba! me cuesta trabajo creer que don Simuel se haya atrevido á tanto.

—La prueba está aquí: en este libramiento, dijo el rey moro, sacando de entre su faja un pergamino enrollado, y presentándole al rey cristiano, que le examinó.

Don Pedro leyó perfectamente la escritura africana del libramiento: la examinó, la volvió á leer y á releer, y al fin dijo.

—¿Cómo te has hecho de esto?

—Vieron entrar en el Zacatin en casa del mercader Muzay-ebn-Kaleb, algunos de mis servidores, á un esclavo de la sultana Kinssu 'l-Lleinal: á la tarde aquel esclavo volvió con otros cuatro que salieron agobiados por el peso del oro que conducian, y se encaminaron al Albaicin: mis leales vasallos me avisaron, y como era de temer que aquel oro fuese para traiciones, envié un cadí casa de Muzay-ebn-Kaleb, que fue preso, y ocupados todos sus libros y escrituras: entre ellas se encontró ese libramiento, y Muzay perdió la cabeza.

—¡Y teniendo estas pruebas en tu poder, no pudiste evitar la traicion!

—Yo no creia que pudiese venir de los mismos hombres que me defendian, y fui sorprendido, debiendo solo mi salvacion á la casualidad de encontrarme en una cámara donde está la puerta oculta de la mina por donde escapé.

—Pero en este libramiento no aparece la traicion de don Simuel: es un álbala de sesenta mil doblas jucefinas que debe pagarse á quien lo posea.

—Eso mismo prueba la traicion: si don Simuel hubiera podido unir en ese libramiento su nombre á un nombre leal, lo hubiera hecho: además aquí ha querido hacerse perder el rastro... se ha previsto todo, y solo la traicion toma tales precauciones.

—¡Don Simuel! ¡Don Simuel! esclamó el rey: paréceme llegado el caso de que estrujemos á nuestra gran sanguijuela... y la estrujaremos, sí; ¡vive Dios! la estrujaremos hasta que vomite el último grano de oro que nos ha robado: la estrujaremos y la sacaremos oro bastante para ponerte de nuevo en el trono Mojanmet.

—¡Ah, señor!

—La guerra se hace con el dinero: por una onza de oro un quintal de hierro, convertido en espadas... vamos... vamos... has venido á mí, Mojanmet, y has hecho bien... antes de que rompamos con Aragon, nuestras lanzas reales habrán roto por la frontera de Granada: ¡ah! ¡ah! ¡señores rico-hombres castellanos! ¡nos tirais un jaque mate con la Alhambra! pues mirad; por muy bien colocadas que tengais vuestra torre y vuestros caballos y vuestros peones, aun nos queda muy buen juego; os ganamos en piezas, estamos preparados, y juro á Dios que antes de daros el jaque mate, os he de comer peon á peon, pieza á pieza. ¡Ah! ¡ah! ¡os habeis empeñado en ganar la partida! pues bien, os juro que ni aun la hareis tablas.

—¡Y cuando, señor! esclamó impaciente el rey de Granada.

—Espera, mi buen amigo, mi fiel aliado, espera, dijo el rey: aun no es tiempo... aun tardará algo... bueno será que tus vasallos se cansen un poco de su nuevo rey.

—Es que tengo en Granada mi esposa, mis hijos, mis tesoros... y un dia perdido... ¡quién sabe si ese dia puede ser un dia de horror y de sangre!

Meditó un momento el rey, fué á una mesa, escribió en un largo pergamino, y luego llegó á una de las puertas y dijo:

—¡Hola! que venga al momento mi rey de armas Leon.

—¡Un rey de armas! esclamó Mojanmet.

—Si; un rey de armas que lleve mi cartel de guerra al usurpador de tu trono, que le amenace, que le ponga en respeto: solo de ese modo podremos conseguir que Abou 'l-Sayd te envie tu esposa y tus hijos: escucha:

Y el rey leyó á Mojanmet el contenido del pergamino que habia escrito: en él de una manera enérgica acusaba á Abou 'l-Sayd de traicion contra su señor natural, y de reto á él mismo, como rey de Castilla, puesto que era aliado suyo Mojanmet: le intimaba que dejase el trono, ó que de lo contrario se considerase en guerra con Castilla; y en último caso le mandaba que entregase al portador de aquel mensaje la esposa y los hijos del rey Mojanmet.

Acababa don Pedro de leer este documento á su aliado, cuando un camarero dijo á la puerta.

—Señor: ¡el rey de armas Leon!

—Que entre, que entre, esclamó el rey.

Un momento despues el rey de armas doblaba la rodilla delante del rey.

—Toma este cartel, y ve á leerle en nuestro nombre al rey de Granada, le dijo don Pedro entregándole el pergamino.

—Iré, señor.

—Al momento: toma para los gastos del viaje (y le dió un bolsillo); viste el arnés y mi cota de armas; toma seis trompeteros, seis farautes y cuarenta lanzas. Al momento, mi valiente Leon, al momento. A caballo y á Granada. Vete.

El rey de armas se levantó, saludó profundamente al rey y salió.

—Es cuanto puedo hacer, dijo el rey á Mojanmet, por tu ansiedad de padre y esposo. Hoy va mi cartel, y dentro de poco irán mis lanzas.

—Dios te prospere y te bendiga, señor, esclamó Mojanmet queriendo arrojarse á los piés de don Pedro, que lo impidió.

—Tu serás rey de Granada, dijo don Pedro profundamente: pero escucha: llegará un dia en que yo necesite tu espada, tus tesoros y tus soldados.

—Los tendreis, señor.

—Plegue á Dios que no llegue ese dia: y si llega: ¡oh! si llega triunfaremos, porque la razon y la justicia están de nuestra parte.

—¡Oh! no en vano la fama levanta y enaltece tu nombre, porque eres un grande y poderoso rey, esclamó Mojanmet.

—¡El monge negro de la ermita del Humilladero! dijo una voz á la puerta.

—¡Oh! perdoname Mojanmet, pero necesito quedarme solo: ¡Ola! añadió dirigiéndose al camarero que estaba á la puerta. Llevad á su señoría el rey de Granada al palacio del Caracol y aposentadle en él, con las mismas honras que si fuera mi persona. Que entre al punto el monge.

Mojanmet salió de la cámara del rey, mas tranquilo que como habia entrado, y poco despues estaba delante de don Pedro el monge negro, tan encubierto y tan misterioso como otras veces.

El rey como siempre que le veia, le miró de una manera profunda y respetuosa.

—Sientate, Juan, sientate le dijo: ¿qué tengo que esperar de tu venida?

—Avisos y revelaciones, dijo el monge sentándose con dignidad.

—¡Avisos!

—Sí, ¡avisos! tienes un enemigo á quien no conoces, mas terrible que todos los que te han acometido hasta ahora.

—¿Y qué enemigo es ese?

—Una mujer.

—¡Una mujer! esclamó con desprecio el rey, ¡Acaso doña Blanca!

—Doña Blanca es una mártir en que hareis muy mal de ensangrentaros.

—Doña Blanca es uno de los pretestos en que se apoya la rebeldia.

—Satisfacedla un tanto, tratadla con menos rigor, y dejará de prestar su nombre á los rebeldes.

—Al principio de mi reinado consentí en vivir con ella oyendo tus consejos, Juan; ¿y qué resultó...? mi prision de Toro, acuérdate.

—Es que aunque viviais con ella la tratabais ni mas ni menos que como á una estraña, en tanto que os mostrabais enamorado, loco, por doña María.

—Obligáronme á casar con doña Blanca, y esto bastó para que yo la aborreciera: además ¿no robaba y roba el nombre de reina á María, á mi buena María?

—Pero doña Blanca, señor, es inocente: doña Blanca os ama.

—¿Que me ama, y es mi mas terrible enemigo?

—¡Oh! no, no, señor; la mujer en quien os he dicho que teneis un enemigo á muerte, no es doña Blanca.

—¡Doña Isabel Nuñez de Lara!

—Otra mártir.

—¡Doña Aldonza!

—Mujer sacrificada á su ambicion, rota, inutilizada, por esa mujer de que os hablo.

—¿Quién es, en fin, esa mujer?

—Esa mujer se llama doña Ana Tellez de Ulloa.

—Hija acaso de Alfon Tellez, del comendador de Santiago á quien mi padre...

—Esa, señor, es una larga historia.

—Sí, la historia de los amores del rey don Alonso el Onceno con doña Teresa de Ulloa.

—¿Conoceis esa historia, señor?

—Me dijo algo de ella antes de morir el arcediano de San Gil.

—¡Oh! el arcediano de San Gil, esclamó profundamente el monge negro: pero el arcediano de San Gil sabia muy poco.

—Mi padre le habia dejado una manda considerable al morir, para que atendiese á la subsistencia de Beatriz.

—Será necesario que me escucheis, señor, para que sepais cuanta justicia debeis á la memoria de Alfon Tellez y cuanto debeis guardaros de la venganza de doña Ana Tellez de Ulloa su hija.

—¿Y es esa mujer el terrible enemigo de que me hablais?

—Escuchad, Señor, y despues de escucharme, juzgad.

El rey se replegó en un ángulo del divan, y el monge negro, mas como quien coordina sus recuerdos que como quien los evoca, guardó por un momento silencio.

Luego empezó de esta manera.

—Ya han pasado veinticuatro años desde que acontecieron los sucesos que os voy á referir: vuestro noble y valiente padre, despues de haber domado á la nobleza y de haberla hecho entender que un rey que sabe ser rey, tiene muchos medios á su alcance para hacerse respetar de sus vasallos; despues de haber dado buenas muestras de su valor contra los moros, de haber pacificado sus reinos y hecholes fuertes y poderosos, creyó llegado el momento de gobernarlos en paz, de robustecerlos y de hacerlos prósperos á beneficio de la justicia en el mando. Nada tuvo que desear Castilla bajo el poder de Alonso el Onceno: cada poder ocupó su lugar, y ni la nobleza dominó al clero, ni este á la nobleza, ni ninguno de estos dos brazos al pueblo. El trono estaba colocado á su verdadera y digna altura, y el reinado de vuestro padre fue un reinado próspero y feliz, pero en el cual hay algunas manchas oscuras.

—¿Y cuáles son esas manchas que ves sobre la historia de mi padre? dijo con severidad el rey.

—Esas manchas, señor, dijo imperturbable el monge negro, son tan graves, tan densas como algunas de las que verá la posteridad en vos.

El rey se agitó de nuevo impaciente, pero se contuvo, sujeto por el poder misterioso que ejercia sobre él el desconocido.

— El rey don Alonso, continuó este, justiciero, rígido, terrible para los demás, como vos, era sin embargo harto débil, harto indulgente para consigo mismo: si uno de sus vasallos hubiera abandonado vilmente á su esposa, y á su hijo primogénito, para unirse escandalosamente á una manceba.....

—¡Juan! ¡Juan! esclamó el rey no pudiéndose ya contener.

—Lo que os estoy diciendo, lo he dicho mil veces á vuestro padre, continuó el monge: pero si al escuchar mis palabras la cólera ardia en el corazon del rey, nunca quiso imponerme como un terror aquella cólera. Por el contrario, se disculpaba, se acusaba de no poder vencerse á sí mismo, y al menos sino aprovechaba sus consejos, los oia.

El rey dominado de nuevo, calló y escuchó al monge que continuó impasible:

— Ya en la época á que me refiero, el rey habia abandonado á la reina doña María, vuestra madre, que acababa de daros á luz, y hacia pública vida con doña Leonor de Guzman, que le habia dado tambien por aquel tiempo otros dos hijos: don Enrique y don Fadrique. Abandonada en tanto vuestra madre, celosa, irritada, empezaba á emponzoñarse en su corazon el terrible odio que mas tarde debia destilar gota á gota en vuestra alma, y producir los terribles efectos que ha producido en vuestro reinado.—Lentamente un odio instintivo separó á vuestros padres; don Alonso se entregó enteramente á doña Leonor de Guzman y el poder de esta y de sus allegados ya no tuvo límites: parecia que el rey, satisfecho con aquel amor, no debia ya correr tras los azarosos placeres de la juventud: pero ya os lo he dicho: vuestro padre era muy semejante á vos en el fondo, y si se hubiera encontrado en vuestras circunstancias hubiera sido lo que vos sois: adoraba la hermosura de la mujer, rendia un culto sensual á sus encantos, pero no amaba mas que á una, y aun así por costumbre: amaba á doña Leonor de Guzman, como vos amais á doña María de Padilla. Esto no impedia que tuviese mancebas, oscuras mancebas de un dia, que pasaban para ser sustituidas por otras.

— Pero la historia, la historia que tiene relacion con Alfon Tellez.

—En efecto, hemos llegado á aquel noble y desgraciado caballero, que fue uno de los mas valientes y leales servidores de vuestro padre. Hacia algun tiempo que Alfon Tellez se habia casado por amor con una dama pobre pero noble, huérfana de padre, que vivia retirada en Sevilla en compañía de una antigua servidora de su familia y de su hija: eran pues tres mujeres: la madre y la hija trabajaban, y el producto de sus faenas mujeriles unidas al escaso producto de unas tierrecillas que poseia su señora bastaba para que esta no trabajase, y para que pudiese ir con ropas modestas pero hidalgas á la iglesia único lugar y aun así por la mañana muy temprano, á que iban las tres mujeres. La señora se llamaba doña Teresa de Ulloa, tenia diez y siete años y era hermosa como un serafin, y pura y cándida como una niña: su historia era vulgar: su padre descendia de una familia hidalga de la montaña; habia vivido de sus tierrecillas, habia quedado viudo, y poco despues habia muerto, dejando por heredera de su mermado patrimonio á su hija, y por curadora y casi madre de su hija á doña María, antigua dueña de su esposa.—Doña María era una viuda bonachona, inesperta, muy cristiana, muy honrada, viuda y con una hija, que se llamaba Isabel, con quien compartia su amor á doña Teresa, á quien trataba como si hubiera sido su hija.—Isabel era una de esas andaluzas, á quienes no se puede llamar hermosas y que sin embargo poseia uno de esos atractivos que hacen que no se olvide una mujer si una vez se la ve, que se la solicite á la segunda, y que se sienta por ella un amor del género punzante y se la llega á ver la tercera.—Isabel añadia á este gracejo natural, una viveza suma y una travesura n límites; esto consistia en que ella era la destinada á llevar y traer las telas y el bordado que servian para el complemento de la subsistencia de la familia, y en que por efecto de esta mayor libertad, habia escuchado mas de una declaracion de amor y se habia detenido mas de una vez y mas de lo justo junto á una esquina platicando de amores con algun valiente mozo de fuero y espada. —Pero Isabel habia salido á salvo de las pretensiones de mas de un ardiente enamorado, porque estaba escrito que fuese Alfon Tellez el que diese al traste con su virtud de bordadora.

—¡Ah! dijo el rey, ¿los amores de Alfon Tellez con doña Teresa, empezaron por la Isabel?

—Fueron su consecuencia.—Un dia el noble caballero, se encontró frente á frente con la costurera, se miraron, se agradaron, se hablaron; volvieron á encontrarse como por acaso el dia siguiente en el mismo sitio, volvieron á hablarse, se citaron, acudieron á la cita, y estas citas siguieron. Al fin con gran dolor y escándalo de su madre, Isabel murió dando á luz una niña que se llamó como su madre Isabel.—Pero nadie supo el nombre de su padre. La bordadora sabia que era imposible se casase con ella un rico hombre, y quiso evitar á su amante lágrimas y recriminaciones.—Sin embargo este supo que tenia una hija, y su amor de padre le hizo rondar la casa de la vieja doña María, en acecho de la nodriza que salia con frecuencia con la pequeña Isabel. En una de estas rondaduras, Alfon Tellez conoció á doña Teresa y doña Teresa le conoció á él.

—¿Y se enamoraron?

—Si.

—¿Y aconteció una historia semejante á la de Isabel?

—Bien lo hubiera querido Alfon Tellez, pero aunque el amor de doña Teresa fuese íntimo, su virtud era mucho mas sólida que la de la bordadora.

— Y Alfon Tellez se casó.

— Bien hubiera querido evitarlo: pero el dolor que le causó la muerte de su hija, mató á doña María y doña Teresa quedó sola. Entonces anunció decididamente á Alfon Tellez, que encontrándose sola pensaba meterse monja y llevarse consigo á la pequeña Isabel: el amor de padre por una parte, y el que tenia por otra á doña Teresa, obligaron á Alfon Tellez, que se casó y llevó á su jóven y enamorada esposa á su casa solar junto á la parroquia de San Isidoro, donde vivia con su madre doña Berta de Andrade.

—¡Ah! ¡ah!

— Doña Berta y solo doña Berta supo que la pequeña Isabel era su nieta, y compartió con ella su amor de abuela á otra niña, que dió á luz doña Teresa al año de su casamiento. Aquella niña se llamó doña Ana.

—¡Ah! ¿y esa es la terrible doña Ana Tellez de Ulloa, de quien debo guardarme como de mi mayor enemigo?

—Seguidme escuchando, señor. Cuando doña Teresa dió á luz á doña Ana, Alfon Tellez creyó que era llegado el caso de presentar su esposa á la córte. Esta pretension fue fatal. Vuestro padre.....

—Mi padre se enamoró de doña Teresa.....

—Perdidamente... mas que se habia enamorado de doña Leonor de Guzman. Vuestro padre era un hombre de pasiones violentas; desear para él era obtener, y por primera vez se vió contenido por la virtud de una mujer. En vano doña Teresa, escuchó mensajes de astutos enviados del rey; en vano alejado de la

córte, con un pretesto honroso Alfon Tellez, el mismo rey corrompiendo la fidelidad de los criados de doña Teresa, llegó hasta ella y arrastró á sus piés su orgullo y su corona : doña Teresa sin irritarse, sin insultar un amor que veia era verdadero, apasionado lo bastante para disculpar los arrebatos de Alonso el Onceno, le espuso sus comunes deberes, los suyos como rey, de respetar la justicia, y no pagar con la deshonra los leales servicios de un valiente vasallo, que mientras su señor atentaba á su honra, vertia por él su sangre en las fronteras de los moros; los relativos á ella, no solo como esposa, sino como una mujer que debia al amor de Alfonso Tellez, riquezas, esplendor, una posicion, en fin, ilustre y envidiada; le rechazó con la dulzura de un ángel, con la firmeza de la virtud, con la valentía de una mártir que lo arrostra todo, el peligro, la cólera de un rey poderoso de pasiones violentas, antes que faltar á sus deberes. Dijo, en fin, tanto y de una manera tan decidida y tan noble, á vuestro padre, que su amor, en vez de contenerse creció, escitado por la grandeza de alma que doña Teresa unia á su magnífica hermosura de mujer. Sin embargo, el rey fingió ceder, se disculpó de su arrebato, de sus pretensiones y salió de casa de doña Teresa, secretamente como habia entrado, y resuelto á valerse de la violencia, puesto que de nada le habian servido las promesas y los ruegos.

Doña Teresa, tranquila por un momento, creyendo que el rey, en vista de su decidida resistencia, habria renunciado á su empeño, empezó á inquietarse sériamente cuando vió que pasaban meses y meses, y su esposo, sujeto á la voluntad y á las órdenes del rey, no volvia de la frontera. Entonces, como rica-hembra, escribió al rey pidiéndole licencia para reunirse con su marido, y el rey se la negó pretestando que no podia consentir que la mujer de su mejor vasallo, se espusiese á los peligros de la guerra. Esto aterró á doña Teresa, porque la negativa del rey, aunque cubierta con especiosos pretestos, demostraba que tenia proyectos hácia doña Teresa, proyectos que, por desconocidos, la aterraban. Entonces doña Teresa concibió un proyecto atrevido digno de una heroina, porque heróico es ponerse en lucha frente á frente con un rey tan poderoso como lo era vuestro padre. Doña Teresa se decidió á huir con su hija, aunque sabia que estaba tenazmente espiada por gentes del rey : reunió un centenar de valientes lanzas, pagadas á peso de oro, y con cuya fidelidad podia contar; se disfrazó de labriga, y una oscura noche salió con su hija doña Ana de su casa; entró en una litera y se puso en marcha por caminos escusados para reunirse á su esposo. El rey supo todo esto por medio de sus espías, pero dejo ir tranquila á su fugitiva algunas jornadas : al fin, cuando doña Teresa estaba próxima á la frontera de Granada, donde se hallaba como adelantado de Castilla su esposo, cuando al dia siguiente contaba con verse en sus brazos, hé aquí que al amanecer salen de unos breñales lanzas del rey, aunque disfrazadas, y acometen al resguardo de doña Teresa : esta anima á sus gentes, la pelea se traba, y despues de dos horas de una resistencia heróica, doña Teresa, herida, cansada, envuelta, separada de los suyos, que huyen, llevándose á la pequeña doña Ana hácia la frontera, doña Teresa, repito, es presa, metida en una litera y conducida á Sevilla. Durante mucho tiempo, durante algunos años no se volvió á saber lo que habia sido de doña Teresa.

—Trabajo cuesta creer, dijo profundamente el rey, al llegar el monge negro á esta parte de su relato, que mi padre el grande Alonso el Onceno, el vencedor del Salado, tan caballero y tan justo, descendiese á tanto por una mujer.

—¡Ay del que se deja arrastrar por las pasiones! contestó severamente el monge negro. Una vez puestos en su pendiente, no hay contenerse, no hay resistir : á pesar de nuestros esfuerzos, resvalamos á cada momento con mas rapidez hácia un abismo hasta que nos sepultamos en él : vos sois una prueba de ello : cuando la cólera ó el amor os han dominado, habeis descendido hasta el asesinato, hasta el punto de casaros, siendo casado dos veces, como os aconteció cuando os dominaron los amores de la ambiciosa doña Juana de Castro.

—Y sin embargo, te escucho, sin irritarme, palabras que, pronunciadas por otra boca, serian las últimas que pronunciase, dijo lúgubremente el rey.

—Eso consiste, señor, en que el profundo misterio que rodea mi existencia, la severidad y la firmeza con que siempre os he hablado, hacen que mi voz sea para vos la voz de vuestra conciencia : otro no se atreveria á hablaros como yo os hablo, pero yo, yo que tengo muchos y grandes crímenes que espiar, encontraria mi espiacion cayendo bajo vuestra cólera, y sino la provoco, no la temo.

—Sigue tu historia, dijo el rey agitándose violentamente en su asiento.

—Los soldados fugitivos de doña Teresa, se presentaron al dia siguiente á Alfon Tellez y le entregaron su hija noticiándole que su esposa les habia sido robada por gentes del rey.

—¿Y cómo sabian aquellos hombres que las gentes que habian robado á doña Teresa, eran gentes de mi padre, si iban sin divisa? dijo don Pedro á quien gustaba ver las cosas de una manera exacta.

—En medio del combate se habian reconocido algunos ballesteros de maza del rey, contestó el monge.

—Lo que produjo una rebeldía de Alfon Tellez, añadió don Pedro.

—Alfon Tellez, continuó el monge, obró como hubiese obrado un caballero noble y valiente. ¿Qué hubierais hecho vos en su lugar?

Don Pedro que era escesivamente justo y severo cuando se trataba de las faltas ajenas, inclusas las de su padre, contestó sin vacilar :

—Yo hubiera apelado á la ley del reino que permite á un vasallo desnaturalizarse, cuando ha recibido una ofensa en su honor, una ofensa de las que la ley aprecia como crímenes : me hubiera declarado con arreglo á la ley libre del pleito homenaje y vasallaje que hubiera rendido al rey, y de cualquiera obligacion ó juramento contraido con él : le hubiera declarado buena y lealmente mi enemigo personal, enemigo á muerte, y hubiera procurado vengarme por todos los medios que hubieran estado á mi alcance.

—Hé aquí lo que hizo Alfon Tellez : primero desapareció una noche de su adelantamiento de la frontera y se trasladó á Sevilla, oculto : procuró haber á las manos al rey, pero no lo logró; entonces recogió sus tesoros, sus alhajas, dejó á su madre oculta en una casucha de la calle de San Isidoro, con su hija bastarda Isabel, confiada á dos leales servidores : estableció una comunicacion secreta entre aquella casa y su casa solar, despues de lo cual fué á verme en mi ermita de la Cruz del Humilladero. Alfon Tellez, probaba en su desesperacion el último medio, valiéndose de mí; me conocia, como me conoceis vos, y como me conocen muchos caballeros castellanos; sabia que yo tenia un gran ascendiente sobre el ánimo de vuestro padre, y me pidió mi mediacion. Yo ví entonces con mas frecuencia al rey : procuré arrastrarle á una confianza, pero Alonso el Onceno, se mostró reservado, impenetrable acerca de aquel asunto. A pesar de todos mis esfuerzos, poniendo en juego todos los medios que estaban á mi alcance, nada pude averiguar acerca de doña Teresa. Entonces, desesperado Alfon Tellez, partió con su hija á la frontera, levantó su bandera, y envió un escudero al rey con una carta en que le reclamaba su esposa libre de deshonra, ó de no, declarándose su enemigo á muerte, desnaturalizándose y retirándole su pleito homenaje. El rey contestó á Alfon Tellez

que deploraba la pérdida de su esposa, que nada sabia de ella, que haria cuanto su poder alcanzase por encontrarla, y quejándose amargamente de que uno de sus mas queridos servidores le acusase de un crímen con cuya imputacion le ofendia, y dudase de su justicia. Acababa intimándole sériamente que depusiese las armas y se presentase á su merced, y de no, le amenazaba con declararle traidor, combatirle, y hacer en él justicia y escarmiento.—Cuando Alfon Tellez recibió esta carta, rompió por las villas fronterizas que estaban desguarnecidas, las incendió, las saqueó, tratándolas como buena presa de guerra contra un enemigo, y atizando el descontento de algunos señores andaluces, inflamó en una guerra civil las fronteras del reino de Granada.—El proyecto de Alfon Tellez, se encaminaba á imponer respeto al rey con una guerra de bandos, dispendiosa, larga y sangrienta y obligarle á entrar en avenencias que concluyesen en una reparacion, si habia posibilidad de ella.—Pero Alfon Tellez no conocia bien el carácter enérgico é indomable del rey: á los primeros asomos de guerra civil, levantó un ejército, desplegó su estandarte real, y marchó en persona contra los rebeldes. Ocho dias despues una batalla empeñada en las llanuras de Jaen, decidió para siempre aquel asunto: el rey arrolló y dispersó á los rebeldes, se apoderó de la mayor parte de ellos, les cortó la cabeza y les confiscó sus señoríos: Alfon Tellez escapó milagrosamente con su hija y algunos soldados del estrago, para caer en otra mayor desdicha; una taifa de moros granadinos que habia entrado en álgara por las fronteras, aprovechando los disturbios de los castellanos, se apoderó de Alfon Tellez, de su hija doña Ana, y de algunos de los suyos, de los que solo quedaron muy pocos para traer esta triste noticia. Desde entonces no se ha vuelto á saber lo que fue de Alfon Tellez, y en cuanto á su hija solo ha parecido hace dos meses de una manera misteriosa, y su madre doña Berta y doña Beatriz Zapata y Tellez, hija del rey don Alonso y de doña Teresa de Ulloa, están en mi poder desde hace algunos dias, por una casualidad.

—¡Qué está en tu poder mi hermana, mi pura y hermosa hermana! esclamó el rey levantándose violentamente del divan: ¡y nada me habias dicho!

—Ygnoraba que vuestra señoría conociese perfectamente el orígen de doña Beatriz, y he creido que era necesario contaros la historia de las desdichas de su madre.

El rey se sentó de nuevo.

—¿Y dónde está mi hermana? dijo.

—En mi ermita con su abuela doña Berta.

—¿Y cómo las encontrastes?

—Ese es otro cuento que viene á parar directamente en doña Ana Tellez de Ulloa, la otra hija de doña Teresa.

—¿De mi mortal enemiga?

—Yo no sabia que lo fuese hasta que encontré, ó por mejor decir, hasta que tuve en mi poder á doña Berta y á su nieta.

—Cuéntame, ¿cómo fue eso?

—Hace mucho tiempo que me he constituido en vuestro guarda, en vuestro espía.

—Lo sé, lo sé, Juan, y estoy quejoso de que no hayas querido recibir de mí ni el mas pequeño premio por tu lealtad.

—Me basta con lo que tengo, y os sirvo y velo por vos, porque sois hijo del rey don Alonso, y porque en el fondo nos parecemos mucho: á vuestra edad yo cometí el mas horrible de mis crímenes: vos habeis matado á vuestro hermano... pero yo... yo...

El monge se detuvo y se estremeció.

—Yo no tuve, dijo, una mano que me salvara, una voz prudente y amiga que me aconsejara, un corazon leal que velara por mí: despues, los años, el remordimiento me han convertido y quiero ser para vos, no solo un consejero rígido, á quien no venzan ni el temor ni el interés, sino un pensamiento que vele por vos, que os ayude.—Hacia algun tiempo que habia yo reparado en cierto mancebo en quien nadie reparaba en la córte y que servia en ella como paje.—Habia reparado además que se acompañaba mucho con otro mancebo que habia sido paje del arcediano de San Gil.—La conducta de aquellos dos mancebos, el uno de los cuales se llamaba Gaston Tellez, y el otro Florisman; cierto vago parecido del primero con Alfon Tellez, y su vigorosa y delicada hermosura; un no se que de estraño en las formas del segundo, considerado como hombre, me hicieron desear conocer quienes eran, y valiéndome, por medio de mis gentes, de cierto tunante que tanto aparecia como peregrino de Nuestra Señora de Rocamador, como bandido y aventurero, llegué á saber que el señor Gaston, era una mujer hermosísima á quien se creia hechicera, que poseia dinero sin saber por donde le venia, que mandaba de una manera misteriosa á los aventureros peregrinos, y que se trataba con el escribano Alvar Yañez, con don Simuel Leví, y con el señor Pero Lope de Padilla.

—¡Ah! ¡ah! esclamó el rey.

—Siguiendo en mis investigaciones, nada me fue posible recabar del escribano, ni de don Simuel, pero cuando apelé al señor Pero Lope de Padilla, fue distinto: supe cuanto el buen ballestero mayor sabia: esto es: que aquella mujer habia sido traida á Castilla por Al-Mondhir, embajador del infante Aboul'Sayd, para apelar si era necesario á seduciros con su hermosura: que Pero Lope la habia conocido y se habia enamorado de ella, que ella se habia valido de él para huir del poder de Al-Mondhir, despues de lo cual habia tenido medio para librarse de Pero Lope; que se llamaba Leila, y que era la esclava favorita del infante Aboul'-Said.

—¡Gaston y Leila! esclamó el rey, mora, cristiana, hechicera: esa mujer es un torbellino oscuro.

—Por lo mismo yo vigilé á esa mujer y vigilándola supe que tenia frecuentes entrevistas con doña María de Padilla.

—¡Con doña María! esclamó palideciendo el rey, ¿y qué quiere con doña Maria esa terrible mujer?

—Lo ignoro; pero por lo mismo redoblé mi vigilancia.

—¡Y no me avisaste..! yo hubiera hecho prender á esa mujer, la hubiera esterminado.

—Y esterminándola hubierais matado un medio de descubrir grandes traiciones: he ahí porqué no os lo he dicho; cuando se encuentran en nuestro camino personas como doña Ana Tellez de Ulloa...

—¡Qué! ¿esa mujer es doña Ana? esclamó con estrañeza el rey.

—Sí, ella es, ella, que ha venido á Castilla pensando en la venganza de su padre. Como os decia, cuando se ponen sobre nuestro camino personas como doña Ana, debemos seguirlas el paso, precavernos, encubrirnos, observarlas sin dejarnos observar por ellas, y darla el golpe de gracia cuando para nada pueda servirnos.—Yo observé á esa mujer: ella estuvo en el alcázar el dia de la muerte de don Fadrique y el mismo dia desapareció de la casa del infante don Juan de Aragon, donde vivia como paje de doña Isabel Nuñez de Lara.—Por algunos dias se me perdió, pero al fin tuve noticias de que vivia en una casa morisca de la pertenencia de don Simuel Leví, con entrada por la calle de San Esteban y postigo al muro de los Navarros: por aquel postigo han entrado sucesivamente, don Simuel Leví, Alvar Yañez, ese bandido Pedro-el-Negro, un hijo del campanero de la iglesia Mayor, que se llama Andrés Corchuelo, el señor Pero Lope de Padilla, y últimamente el señor Juan Tenorio.

—¡Ah! ¡ah! repitió con acento indefinible el rey.

—Y no es eso solo; por aquel postigo han salido Alvar Yañez para ir á Aragon, Pedro-el-Negro para ir

á Granada, y Andrés Corchuelo para ir á Bilbao.

—¡Ah! ¡ah! me parece que empiezo á ser claro en ciertos asuntos que eran para mí un misterio tenebroso, dijo el rey. Es necesario de todo punto prender á esa doña Ana.

—Doña Ana está en Zaragoza.

—¿En Zaragoza?

—Sí.

—¿Ayudando á don Enrique?

—Doña Ana aborrece tanto á don Enrique como á vuestra señoría.

—¡Le aborrece y le sirve!

—Quiere destruiros mútuamente.

—¿Pero cómo puede ayudar esa mujer al bastardo?

—De una manera doble; como capitan de armas y con dinero.

—Creo que te engañas, Juan, que exageras.

—Ni me engaño, ni exagero, señor; esa mujer es fuerte como un leon, y en cuanto á riquezas...

—¡Ah, si! me habia olvidado que era hechicera.

—Sus hechizos consisten en conocer perfectamente

Don Pedro presentando á Beatriz á Men Rodriguez.

las personas de que necesita valerse: esa mujer se ha apoderado enteramente de don Simuel Leví.

—¡Ah! ¡y don Simuel Leví la procura oro..!

—A su despecho.

—Además esa mujer conoce su familia, y lo demuestra no solo el que se llama doña Ana Tellez de Ulloa, sino el que estaba apoderada de doña Berta y de doña Beatriz.

—Y al arrancarlas de su poder, por qué no te apoderaste de doña Ana?

—Me apoderé de ellas por una casualidad: una noche, hace algunos dias, las gentes que yo tenia continuamente en acecho de la casa de doña Ana, ocultas en las casas inmediatas, me avisaron de que el señor Pero Lope de Padilla, don Simuel Leví, Alvar Yañez, Juan Tenorio, Pedro-el-Negro y Andrés Corchuelo,

habian entrado sucesivamente en la casa de doña Ana. Aunque era tarde, yo mismo me trasladé al lugar, y haciendo guardar el muro de los Navarros, me puse en observacion por la calle de San Estéban: antes de la media noche se abrió la puerta y salieron un hombre pequeño y corcovado y dos mujeres; les dejé adelantar un tanto y poco despues me arrojé con algunos hombres sobre ellos: las mujeres fueron metidas en una casa deshabitada que nos servia de acechadero, y el corcovado, que no era otro que el campanero de la iglesia Mayor, Blas Corchuelo, fue conducido á la cárcel real, á cuyo alcaide dí órden de que no le soltase hasta despues del amanecer: las dos mujeres fueron trasladadas á mi ermita, y entonces supe que eran doña Beatriz y su abuela.

—¿Y por qué, sabiendo el lugar en que esa mujer se encontraba, no la prendiste?

—No pude lograrlo, señor: desde el momento en que doña Ana se encontró burlada, redobló su astucia y su vigilancia: al fin desapareció un dia, y con ella todos sus servidores, menos don Simuel Leví.

—¿Y nada supiste?

El tesorero del rey, don Simuel Leví.

—Sí; supe que Pedro-el Negro habia ido á Granada, Alvar Yañez á Zaragoza, y Andrés Corchuelo á Vizcaya.

—¡Ah! ¡Andrés Corchuelo ha ido á Vizcaya..! y díme: ¿cuándo ha sido eso?

—El mismo dia en que murió el maestre de Santiago.

—¿De modo que pudo llegar antes que yo?

—Ciertamente.

—¿Y le enviaba doña Ana?

—Sí.

—¿Y doña Ana manda á don Simuel Leví y usa de él?

—Si señor.

—Pero una prueba, una prueba.

—Si no la tenemos ahora, no tardaremos en tenerla.

—¡Señor! dijo á la puerta un camarero.

—¿Qué ocurre, Perez? le preguntó el rey.

—Esta carta, que acaba de traer para vos un correo de Jerez. Además el señor Men Rodriguez de Sanabria y el señor Juan Diente acaban de llegar.

—Muestra la carta, dijo el rey.

El camarero adelantó, llevando una carta cerrada y sellada en una bandeja de oro, y doblando una rodilla la presentó al rey, despues de lo cual se retiró.

El rey desdobló con ansia la carta, en cuyo sobre estaba escrito en letras gordas: A su señoría el rey.

Pero al arrojar una mirada al contesto el rey palideció, de emocion, de alegría.

—¡Ah! esclamó: he aquí que cojo á un traidor.

—¿A un traidor decis? eselamó el monge.

—Sí por cierto: á ese escribano del diablo, á ese Alvar Yañez : ¡ah! ¡ah! y el rey, cambiando de repente de aspecto, lanzó una larga carcajada; no parece sino que quien en enredos anda, tarde ó temprano se ha de enredar.

—¡Ah! ¿se ha enredado el señor escribano?

—Sí, por cierto: á una carta escrita de su puño y letra á doña Ana Tellez de Ulloa, le ha puesto mi nombre en el sobre, y sin duda en otra por el nombre de doña Ana ha puesto el mio.

—Ya os he dicho que ese hombre sostiene un juego doble.

—Ya lo sabia yo eso desde la muerte del arcediano que me lo reveló : pero le he utilizado, le he hecho espiar.

—Y sin embargo vuestros espías nada han visto.

—Estaba seguro de que pronto ó tarde ese hombre caeria bajo mi mano y... me he servido de él, á la manera que, en algunas enfermedades, los médicos se valen de los venenos para curar á un enfermo. Veamos ahora lo que dice esta carta.

Y el rey empezó á leerla para sí.

A medida que avanzaba en su lectura, palidecia y de tiempo en tiempo el monge negro le oia esclamar: ¡infame! ¡traidor!

Veamos lo que se encerraba en aquella carta, pues ya es tiempo de que sepamos su contenido. Hélo aquí:

«Mi muy noble, hermosa y discreta señora, doña Ana »Tellez de Ulloa: cuando me separé de vos no creí que »me fuera tan fácil cumplir con vuestros encargos »acerca de la reina doña Blanca, y de doña Isabel Nu»ñez de Lara; presentarme yo en Jerez y en el alcázar, »donde se me conoce demasiado, era muy espuesto, y »hubiera dado ocasion á sospechas, que era necesario »evitar de todo punto, sino me presentaba á los guar»dianes de la reina autorizado, como otras veces, con »una órden del rey. Pero parece que la fortuna, esa da»ma inconstante y caprichosa, se ha empeñado en pro»tejeros. Apenas me habia apeado de mi mula y puesto »el pié en el umbral de mi casa, cuando he aquí que lle»ga un escudero del rey, y me dá un pergamino de su »señoría, en que me manda me traslade, como otras ve»ces á Jerez y espié y observé, no ya solo, como otras »veces, á la reina, sino tambien á doña Isabel Nuñez de »Lara. Esta órden del rey me ha evitado el volverme »loco, buscando un medio para serviros, sin compro»meterme.—Antes de partir á Jerez, procuré informar»me de cuanto pudiese convenirnos, y supe que Pedro»el-Negro, no habia vuelto, ni Andrés Corchuelo: pero »en Vizcaya quedaba muerto el infante don Juan de »Aragon, y en el reino de Granada el infante Abou 'l»Sayd, el Bermejo, habia arrojado del trono á Mojan»met V, que habia pasado la frontera y venia á ampa»rarse del rey de Castilla. Por Vizcaya y por Granada, »vuestros deseos están satisfechos. Vos habeis matado »al infante don Juan, haciéndole ser traidor al rey sin »saberlo, y preso á su mujer doña Isabel Nuñez de »Lara: habeis arrojado á un rey de su trono, y puesto »en él á otro, que hará una cruda guerra al rey de Cas»tilla. Andrés Corchuelo volverá de un momento á »otro, y podremos utilizarle. En cuanto á Pedro-el»Negro no os diré lo mismo : el infame bandido, se »quedará por allá y será capaz de renegar, porque él es »quien os ha robado. Cómo he descubierto este robo »seria largo para esta carta, en que tengo mucho que »deciros y no me sobra tiempo. En otra os lo relata»ré.—Llegué á Jerez y, mereced á la órden del rey, me »encontré, como otras veces, entre la servidumbre de »la reina. El señor Men Rodriguez de Sanabria ha »llegado casi al mismo tiempo que yo, trayendo con»sigo á doña Isabel Nuñez de Lara de quien el rey le »ha hecho guardian y alcaide. No os habiais engaña»do : ella y él se aman... se aman de una manera im»ponderable: yo, que conozco vuestro amor y vuestros »zelos, os he servido como mejor hubierais podido »desear : doña Isabel estaba enferma, enferma de me»lancolía, pero os juro que doña Isabel es mujer muerta: »vuestros zelos durarán muy poco: esta noche al beber »doña Isabel un medicamento ha bebido la muerte.— »Descuidad por esta parte.—Además el señor Men Ro»driguez de Sanabria ha partido esta noche de Jerez lla»mado por el rey, y el señor Andrés Corchuelo, se nos »ha venido al alcázar sin saber cómo; como llovido del »cielo : bueno es que sepais que el señor Andrés es el »amante favorecido y adorado por doña Sol de Vargas, »camarera mayor de la reina doña Blanca: en todo ca»so y si nos falta un ballestero del rey que nos sirva, »yo haré de modo que, sin saberlo, nos sirva el señor »Andrés. La reina es una mujer sentenciada, y dentro »de poco estará tan muerta como doña Isabel.—Pero »apretad vos por vuestra parte : haced que el rey de »Aragon y el conde de Trastamara, envistan por la »frontera.—Si esperais mas, os espondreis á que el rey »concluya sus preparativos de guerra, y se haga in»contrastable.—Ved que en la astucia y en el acierto »consiste el triunfo: no lo malogreis por impaciente: »asid la ocasion que se os presenta y obrad con calma. »—En cuanto á don Simuel Leví, está inconsolable por »las sesenta mil doblas que se enviaron al infante Abou »'l-Sayd: sin embargo le tenemos sujeto, y haremos de »él cuanto queramos.—Aunque tengo mucho mas que »deciros lo dejo para otra ocasion : esta carta va con »un mensajero seguro, y os ruego que despues de que »la hayais leido la quemeis.—Dios os guarde.—Del al»cázar de Jerez.—Vuestro humilde criado, Alvar »Yañez.»

El fatal *quid pro quo*, el trastrueque de sobres, hecho por el escribano en sus cartas á Leila y al rey, habia al fin puesto patentes á la vista de don Pedro, las traiciones del escribano, las de su tesorero, los sordos ataques de que era objeto, la razon de la rebeldía que habia arrojado del trono á su aliado Mojanmet V, los auxilios que se daban á su hermano bastardo don Enrique, la muerte del infante don Juan y la prision de doña Isabel Nuñez de Lara. Y todo aquello era la obra de una mujer, de una mujer que queria vengarse, que amaba á Men Rodriguez, y cuyos zelos eran mortales.

—¡Oh! ¡oh! esclamó levantándose, rugiendo sordamente, y paseando á lo largo de la cámara, con la carta arrugada entre las manos: yo necesito ver á esa mujer, conocerla, tenerla en mi poder: yo necesito domestiear, atar, sujetar, despedazar á esa pantera... y la despedazaré, ¡vive Dios! la despedazaré ; el corazon, la rabia, me lo dicen: ¡oh! ¡oh! con qué todo se subleva contra mí; todo se conjura, hasta los desliees de mi padre y los amores de una aventurera...

El rey se detuvo bruscamente delante del monge negro que se habia puesto de pié al levantarse el rey, y con la voz convulsa y opaca, le dijo:

—Vuelve á tu ermita, y traeme á doña Beatriz y á su abuela.

—Muy bien, señor.

Y el monge se levantó y salió.

—¡Hola! ¡Sancho Perez! esclamó el rey apenas quedó solo.

Presentóse inmediatamente el camarero.

—Haz que busquen en su casa al adelantado Diego Lopez Manrique, y que le avisen que se me presente al momento, armado para entrar en guerra: al momento, al momento, á mi guarda mayor Gutier Ferrandez, que arme mis lanzas, que reuna las lanzas de los señores sevillanos, en cuatro leguas á la redonda, armadas en guerra: que se saque de mi armería uno de mis estandartes reales... y además que se me presente al momento Juan Diente.

—¿Y nada mas, señor?

—Nada mas: véte.

El rey se quedó paseando en su paso particular, rugiente, colérico, deteniéndose de tiempo en tiempo y leyendo, y releyendo la carta:

—¡Ah! esclamaba: esta carta, esta horrible carta, guarda toda una tenebrosa historia de traiciones: ¿con que es decir que en mis reinos, en mi córte, en mi alcázar, á la sombra de mi dosel se oculta un demonio esterminador..? pues bien, yo esterminaré á mi vez á ese demonio... que atenta á la vida de doña María... ¡señor! ¡señor! ¿y por qué cuando de este modo me tratan, cuando tantos infames me cercan, haces que yo sienta remordimientos... y me presentas los objetos rojos..? ¡remordimientos! ¡remordimientos..! pues bien, yo los ahogaré con sangre... me bañaré en sangre... y que diga la historia lo que quiera... ¡la historia..! ¡la historia es una mentira..! llaman infame, mónstruo á Neron... ¿quien sabe si se halló en mi mismo caso..? él incendió á Roma... guardaos, guardaos mis nobles, mis buenos, mis leales vasallos, de que yo no incendie tambien mis reinos y me levante sobre sus escombros humeantes cantando mi himno de victoria.

—¡Señor! dijo á la puerta una voz muy conocida del rey.

Don Pedro se volvió, y vió inmóvil, mudo, en la puerta de la cámara á Juan Diente.

—Llega, Juan, llega: (el ballestero se acercó) ¿qué ha sido de doña Isabel Nuñez de Lara?

Juan Diente en silencio sacó la órden del rey en que le mandaba matar á doña Isabel.

—Bien, bien; esclamó el rey, apartando su vista con repugnancia de la órden; poco antes de llegar á Sevilla te envié otra órden desde el camino.

—Esa órden llegó tarde, contestó lúgubremente el ballestero... tarde, muy tarde, señor.

—Lee, le dijo el rey arrojándole la carta de Alvar Yañez.

Juan Diente leyó, aunque con algun trabajo, la carta.

—Este miserable escribano miente: se echa encima una muerte que no ha cometido,

—Pues bien, Juan, dejemosle cargar con ella, pues él lo quiere: olvidemos este asunto terrible como si fuese un sueño, no mas que un sueño.

—Pero un sueño horroroso, esclamó el ballestero arrancándose un suspiro de lo mas hondo del pecho: habeis herido á una inocente...

—¡Juan! esclamó el rey con acento reconcentrado, desplomando una terrible mirada sobre Juan Diente.

—¡Señor, señor! con esa muerte habeis herido el corazon del mas leal de vuestros vasallos.

—¡Tanto la ama!

—Doña Isabel Nuñez de Lara y el señor Men Rodriguez de Sanabria han nacido el uno para el otro.

—¡Oh! ¡oh! si fuera aun tiempo, yo le casaria con doña Isabel Nuñez de Lara, le haria señor de Vizcaya... pero... no importa... yo le recompensaré... no puedo hacerle mi vasallo soberano, feudatario: pues bien: le haré infante de Castilla... ha respondido de una manera valiente á las terribles pruebas á que le he sujetado...

—¡Ah, señor! Men Rodriguez es un leon para serviros, y un perro para obedeceros.

—Pues bien, Juan: evitemos que jamás sepa que nosotros... esta carta arroja sobre la frente de un infame la muerte de doña Isabel... tú no habrás cometido ninguna imprudencia.

—Cuando mi señor me manda, callo, obedezco y olvido.

—Pues bien, Juan, procuremos olvidar... olvidemos... nosotros no hemos hecho esta muerte, si es que esta muerte está consumada...

—Doña Isabel Nuñez de Lara no ha muerto; pero morirá, señor... el tósigo...

—¡Ah! no tuviste valor para herir á una mujer, y tu temor nos ha salvado de que Men Rodriguez vea la sangre de la mujer que ama, sobre nuestra frente... acaso, acaso mi médico moro Hassan...

—No, no señor, el veneno es mortal, irremediable... me lo dijo el infame hebreo de Santi-Ponci, el hebreo del horóscopo que me le vendió: me lo ha dicho en Jerez el bachiller Covarrubias.

—Pues bien, Juan, replicó el rey pasándose la mano por su frente ardorosa, callemos y dejemos obrar á la fatalidad; en cuanto á Alvar Yañez.....

—Os comprendo, señor, dijo con una feroz alegría Juan Diente: monto á caballo, voy á Jerez, busco á ese infame cuervo, le enseño esta carta y le estrangulo.

—No, Juan, no: el escribano morirá á manos de otro... pero silencio, Juan, silencio... tú no sabes nada, nada.

—Nada sé, señor.

Desde aquel momento el rey y el ballestero eran cómplices.

—Vete: busca á Men Rodriguez, y dile que le espero.

Juan Diente salió: el rey quedó de nuevo solo, paseándose agitado y furioso por la cámara.

Pasó algun tiempo, y el camarero levantó el tapiz de la puerta.

—Señor, dijo; el adelantado Diego Lopez Manrique está en la antecámara.

—Hazle entrar.

El rey dominó su estado de conmocion: se sentó en el estrado, y dijo á un anciano rico-hombre que adelantaba hácia él.

—Bien venido seas, mi buen Manrique. ¿Hace mucho tiempo que no entras en batalla con los moros?

—¡Oh! sí, mucho tiempo, señor, dijo el noble, hincando una rodilla ante el rey y besándole una mano.

—¡Alza! te veo cubierto con tu valiente arnés, y dispuesto sin duda.

—Mis escuderos y mis lanzas me esperan en el corral del alcázar.

—Bien, ven conmigo.

El rey le llevó á su armería, donde dos escuderos desenrollaban y limpiaban, á punto, un magnífico estandarte real.

—Toma, dijo el rey, asiendo el estandarte: te entrego mi enseña y mi divisa; te la doy sin mancha: vuelveméla con honra.

—No la mancharé, señor, dijo con una noble altivez el adelantado, sin que antes la tiñan con mi sangre: ¿y contra quién la he de llevar, señor?

—¿Contra quién? contra el rey usurpador de Granada: contigo irán diez mil caballos, que te se reunirán antes de que llegues á la frontera: éntrala á sangre y fuego, adelantado: llega hasta Granada, bate sus murallas y éntralas; incendia la Alhambra, y pon en su trono, sobre un monton de escombros humeantes, al rey Mojanmet V: que sepan los granadinos cuánto tienen que respetar á un rey, que es aliado del rey de Castilla.

—Pero si entramos la ciudad, ¿por qué no unirla á la corona de Castilla?

—Tenemos empeñada nuestra fe real con Mojanmet... mas tarde... nada perderemos con esperar; mas tarde, cuando Mojanmet muera ó nos dé motivo para

ello, conquistaremos á Granada por nuestra cuenta: sígueme. ¡En guarda de honor á mi estandarte! dijo el rey dirigiéndose á los escuderos que habia en la armería.

Estos siguieron con las espadas desnudas al adelantado, que llevaba enhiesto el estandarte real á la derecha del rey: así atravesaron el alcázar, llegaron al palacio del caracol, y entraron en la cámara que ocupaba, con su espléndida servidumbre, el rey Mojanmet, que salió desalado al encuentro de don Pedro.

—Antes te dije, rey, le dijo el de Castilla, que un rey de armas mio iba á intimar al rey Bermejo mi voluntad de que te restituyese el trono: ahora te digo: á caballo, á caballo, rey de Granada: contigo van mi estandarte real y mis lanzas: sé su caudillo, sabe morir con ellos ó reconquistar tu trono.

—¡Ah, señor! ¡noble señor! ¡Dios te bendiga! esclamó Mojanmet, arrojándose á los piés del rey.

—Que mis heraldos, dijo don Pedro, proclamen á son de trompeta por toda la ciudad mi guerra contra Granada, en favor de mi aliado Mojanmet V: que se tremole mi estandarte, en señal de esa misma guerra, en la torre del Homenaje del alcázar.

El ballestero mayor, Pero Lope, que se encontraba presente, partió á cumplir las órdenes del rey.

—Y tú, rey, ármate, á caballo, y con mi estandarte, mi adelantado, mis capitanes y mis lanzas, al momento, fuera de Sevilla y sobre Granada.

Dicho esto, el rey se volvió á su cámara: apenas habia entrado en ella, cuando un escudero, cubierto de polvo y de sudor, entró y se arrodilló á los piés del rey.

—Leed, leed, señor, y obrad al momento, esclamó el recien llegado.

El rey desdobló el pergamino y palideció de cólera.

Los aragoneses, capitaneados por don Enrique, habian entrado á sangre y fuego la frontera por la Rioja castellana.

CAPITULO II.

De cómo el rey buscó y dió esposa á Men Rodriguez contra su voluntad.

La cólera del rey llegó á un grado terrible con esta noticia; despidió colérico al mensajero, que se retiró temblando, á punto que entraba en la cámara, macilento, triste y pálido Men Rodriguez de Sanabria.

Al verle el rey, se dirigió á él de una manera decidida.

—Ha llegado el momento de que me pruebes tu lealtad, Sanabria, le dijo asiéndole con fuerza una mano.

—No os he dado motivo para desconfiar de ella.

—Siéntate.

Men Rodriguez conocia demasiado el carácter del rey para replicarle, ni aun agradeciéndole la enorme honra que le hacia, y se sentó con menos encogimiento que la primera vez que el rey le honró con semejante merced.

—Hace poco tiempo que nos conocemos, dijo el rey, apenas mes y medio, y has llegado á ser mi favorito: casi, casi la primera persona de mi nobleza: es cierto, muy cierto, observó el rey, notando un ligero movimiento de altivez del jóven, que por tu casa desciendes de una alcurnia ilustre, muy ilustre; pero yo he levantado esa nobleza armándote por mí mismo caballero, haciéndote rico-hombre, dándote estados y con ellos rentas.

—Mi madre, señor, me ha enviado un mensajero con una carta, en la que me encarga diga humildemente en su nombre á vuestra señoría, que si su larga y penosa enfermedad no se lo impidiese, vendria á regar vuestros piés con lágrimas de agradecimiento.

—Dí á la buena doña María, tu madre, que el rey acepta y aprecia su mensaje, y prosigamos. En tí, Sanabria, he depositado mi confianza y mi esperanza. Y no creas que esto haya sido, porque me salvaste la vida: cualquier hidalgo, de buena sangre, hubiera hecho lo que tú hiciste en aquella ocasion, sin que esto le hubiera impedido serme traidor: no, aquello sirvió para que yo te conociese: tu franqueza, lo noble de tu corazon, un no sé qué, de que no puedo darme cuenta, me cautivaron. ¿Sabemos acaso, por qué nos hacemos amigos de un hombre, de la misma manera que nos hacemos amantes de una mujer? No; el amor y la amistad, de buena raza, no se esplican. Yo te he tratado hasta ahora, y en cierto modo, como rey; pero en este momento voy á tratarte como amigo, como hermano.

Y el rey tendió su mano al jóven, que la estrechó temblando de alegría.

—¡Ah, señor! ¡señor! sin este motivo, si me hubierais pedido la vida, y sin pedírmela, os la hubiera dado: ahora os daria mi alma á pesar de que.....

—¿A pesar de qué? dijo el rey, en cuyo acento habia un fondo de severidad.

—A pesar de que me habeis herido cruelmente en el corazon.

—¡Ah! esclamó el rey palideciendo; ¡doña Isabel Nuñez de Lara....!

—Y bien, señor, ¿os ha hecho traicion doña Isabel?

—Yo lo creía á lo menos.

—¿Pero no lo creis ya? esclamó Men Rodriguez con un acento anhelante de esperanza.

—No.

—¿Y me permitereis ser su esposo, cuando cumpla su luto?

—Doña Isabel no cumplirá su luto.

—¿Por qué, señor?

—Porque doña Isabel morirá.

—¡Ah, señor! esclamó Men Rodriguez, de cuyo semblante desapareció la alegría con la rapidez con que desaparece un relámpago.

—Te hablo como se habla á un hombre de valor, dijo el rey.

—Y yo voy á contestaros, señor, como un vasallo valiente debe contestar en ocasiones dadas á un rey.

—¡Ah! ¿crees que estás autirozado por la razon, por la justicia, y por el honor á contestarme?

—Vos habeis dicho que doña Isabel no os ha hecho traicion.

—Es verdad.

—Y sin embargo, habeis añadido que morirá.

Palideció mas intensamente el rey, que estaba poco acostumbrado á disimular, y á quien, por lo tanto, costaba un inmenso sacrificio mentir.

—¿Y por qué he dicho que morirá, menguado, esclamó con energía, deduces que yo he de mandarla matar?

—¿Y cómo comprender, señor?

—Toma y lee, le dijo don Pedro entregándole la carta de Alvar Yañez.

Men Rodriguez la leyó con avidez; á medida que adelantaba en su lectura, su semblante se descomponia, su palidez pasaba del blanco al lívido, sus manos temblaban, sus ojos adquirian una espresion insensata, y lágrimas que no se cuidaba en contener asomaban á ellos.

—Es imposible, imposible de todo punto, esclamó con la voz cavernosa: he debido leer mal.

Y volvió á leer aquella terrible carta.

—¡Muerta! ¡muerta! esclamó despues de esta segunda lectura, con un acento de dolor, de cólera y de venganza sobrenatural, en tanto que el rey pálido y sombrío veia con una compasion, mal encubierta, las muestras de dolor de su favorito: ¡muerta! ¡envenada vilmente por ese infame escribano! ¡y vos... vos el rey justiciero, vos el que castigais á sangre el mas

leve delito, sabeis este horrible crímen, sabeis que la muerte está suspendida sobre la frente de doña Blanca, y no castigais el primero é impedis la segunda! y ese infame y la vil mujer que le paga y el tesorero que os vende, ¡viven todavia! ¡Oh! ¡esto es inconcebible! ¡esto no puede ser! no, no; y si sucede, no sois ese rey, cuya justicia tanto se pondera, cuyo castigo tanto se teme.

Don Pedro contempló severamente y con una fijeza terrible á Men Rodriguez, que por su parte sostuvo, con una firmeza maravillosa, la profunda mirada del rey.

—Eres un insensato, dijo al fin don Pedro: el amor que te arrastra á doña Isabel Nuñez de Lara, te hace desafiar á tu rey y señor. ¿Con que es decir que no puedo contar enteramente contigo? ¿que el amor de una mujer, va mas allá que tu lealtad?

—Ved que me ofendeis, señor, esclamó con una noble valentía Men Rodriguez, y que me ofendeis sin razon, ¿qué me habeis ordenado que yo no haya cumplido ciegamente? Me ordenasteis prender á doña Isabel, y la prendí. Me hicisteis su guarda en el alcázar de Jerez, y la guardé. Enviasteis á Juan Diente, á vuestro ministro de muerte, con órden de que se la entregase, y, aunque lleno el corazon de dolor y los ojos de lágrimas, se la entregué... ¿qué mas podeis pedirme..? ¿acaso una mujer no puede ser el alma de un hombre? ¿acaso no os he dicho que mi vida y mi alma y mi eternidad son vuestras?

—¿Y amas tanto á doña Isabel?

—¡Que si la amo..! esclamó Men Rodriguez con un inconcebible acento de dolor.

—Pues bien, Men Rodriguez: sabe que tú sin quererlo has matado á doña Isabel.

—¡Yo!

—Sí, porque la matan los zelos de una mujer que te ama.

—¿De una mujer?

—Si: esa doña Ana Tellez de Ulloa á quien se dirige esa carta, que por una equivocacion providencial ha venido á mis manos, te ama con un amor de Satanás, y en la muerte que sus zelos han dado á doña Isabel tienes la prueba.

—Pero yo no conozco á esa mujer.

—¡Que no la conoces!

—No, nunca la he visto, ó al menos hasta ahora, su nombre es desconocido para mí.

—La conoces demasiado, Sanabria, aunque con otra apariencia y otro nombre.

—¡Con otro nombre!

—¿Has olvidado ya al señor Gaston Tellez, paje de doña Isabel Nuñez de Lara?

—¡Ah! esclamó Men Rodriguez, para cuyo entendimiento fueron una antorcha clarísima las últimas palabras del rey: ¡el paje era una mujer!

—Sí, una mujer, que te vió, te amó, y te guardó de cerca: una mujer, cuyos zelos se han irritado dia por dia, hora por hora, minuto por minuto, siendo testigo de tu loco amor á doña Isabel: una mujer que se ha apartado por un momento de su venganza contra mí, para detenerse en tu amor; una mujer misteriosa terrible, hermosísima, fuerte, audaz, que se ha levantado delante de nosotros dos: á tí te ama: á mí me aborrece: á tí te ha herido en doña Isabel y á mí pretende herirme en doña María: esa mujer es fuerte, como el hombre mas valiente; cruel como una pantera hambrienta; con el alma oscura como un infierno: esa mujer, ha enamorado á Pero Lope de Padilla; esa mujer se ha burlado de Juan Tenorio; esa mujer ha corrompido á don Simuel Leví, y se ha servido del infame Albar Yañez: tiene tesoros, lanzas, blasones; todo cuanto la rodea es fatal; donde fija su mirada van la muerte ó la desgracia... ¡y esa mujer sirve á mi hermano el infame bastardo, el vil conde de Trastamara, y á mi enemigo el rey de Aragon!

—¿Y dónde está esa mujer? esclamó con voz opaca y letal Men Rodriguez.

—Mira: dijo el rey mostrándole el pergamino que poco antes habia recibido.

—¡Los aragoneses han roto por la frontera!

—Si, esclamó el rey, con la voz trémula por la cólera; y esa mujer... esa maldita mujer, es quien ha dado fuerzas al rey de Aragon para esa entrada: ella le ha llevado su odio á nosotros, y sus tesoros... nuestra comun venganza, está allá, en la frontera, Sanabria: es necesario partir, partir al momento y partiremos. Tú me acompañarás... esa mujer es tuya, Sanabria; véngate y véngame; pero antes de partir, quiero hacerte una nueva honra.

—¡Una nueva honra, señor!

—Si fuera posible, yo te casaria con doña Isabel Nuñez de Lara, y con ella, te lo repito, te daria el señorío de Vizcaya. Pero no quiero unirte á un cadáver.

—¡Ah, señor! ¡señor! haced que doña Isabel sea un solo momento mi esposa...

—Eso es imposible... su luto por el infante don Juan de Aragon, luto reciente, lo impide. Yo conozco á doña Isabel, tu la conoces sin duda tambien: doña Isabel, por nada del mundo, daria el escándalo de enlazarse contigo, estando caliente aun el cadáver de su esposo... y doña Isabel no cumplirá su luto... la desdichada irá con él á la tumba.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! malhaya la hora en que entré en Sevilla: malhaya la hora en que os serví.

—Sanabria, yo he sufrido muchos dolores... dolores que creia no debian calmarse jamás... y sin embargo el tiempo, ese bálsamo poderoso que nos cura á despecho nuestro el corazon, me ha curado... tu probarás su efecto como yo... es necesario que te resignes, que te bagas fuerte... te necesito yo... te necesita tu rey... te necesita tu hermano.

—¡Vuestro hermano!... ¡me llamais vuestro hermano para consolarme, señor!

—Te llamo hermano, porque tengo sobre tí proyectos que tú no desvanecerás.

—Mandadme, señor, y contad con mi obediencia: pero... tened compasion de mi.

—Escucha, Sanabria: el acaso ha arrojado entre mis brazos, á una hija bastarda de mi padre el rey don Alonso el XI.

—¡Una hija del rey don Alonso!

—¿Y no adivinas, quien es esa pobre hermana, á quien he encontrado entre la miseria mas horrible, que tu has guardado, y por la cual sientes un amor de hermano?

—¡Doña Beatriz Zapata y Tellez!

—Sí, la hija, la que pasaba por hija de Sancho Zapata; pues bien: Beatriz, es mi hermana: cómo ha podido ser esto, te lo referiré en otra ocasion. Siendo Beatriz mi hermana, hermano mio será el que se llame su esposo.

—¡Ah! ¡señor! esclamó enteramente trastornado Men Rodriguez.

—Y tú serás su esposo, Sanabria, añadió don Pedro con el terrible acento de autoridad, peculiar á su mandato.

—¡Yo! ¡su esposo yo!

—Lo quiero y lo mando; dijo el rey: lo quiero y lo mando porque estoy seguro de que, despues de la muerte de doña Isabel, sufrirás mucho, pero....

—¡Moriré!

—¡El dolor no mata! esclamó don Pedro con voz profunda en la que se sentia vibrar la amargura de un corazon despedazado. ¡El dolor no mata! si matara yo no existiria ya: el dolor no mata: un poco de dolor nos hace ser compasivos: el dolor continuo, atroz, terrible, nos seca lentamente el corazon, arrancándose una á una las lágrimas que en él guardamos, y cuando las hemos vertido todas, no nos queda mas que un amargo sedimento, un tósigo concentrado, que nos

convierte en fieras, y entonces matamos, matamos, matamos sin cesar, si tenemos poder para ello, porque, en cada hombre vemos un enemigo: y cuando hemos llegado á ese terrible estremo, no hay dolores que nos estremezcan, no hay lágrimas que nos conmuevan porque nuestro dolor ha llegado al último estremo, y hemos vertido todas nuestras lágrimas. Tú... tus dolores se reflcren solo á una mujer...

—¡A una mujer! ¿y no habeis pensado, señor, en que podeis alguna vez perder á doña María?

El rey se estremeció, pero no contestó directamente á aquella pregunta.

—Doña Beatriz es hermosa, pura, cándida... dijo; doña Beatriz te curará del recuerdo de doña Isabel.

—Pero reparad, señor, que heris en el corazon á vuestra hermana... ¡Porque ama á ese escudero, á ese Andrés Corchuelo...!

—Olvidemos locuras, Sanabria: ella y tú, si no os amais, os apreciais: yo tengo bastante poder para casaros y os casareis... luego el tiempo... ¡oh! sí, lo espero: con el tiempo os amareis como jamás se han amado dos esposos.

—¡Señor, el monge negro de la ermita del Humilladero! dijo un paje á la puerta.

—¡Ah! ¡viene con ella, con mi hermana! esclamó el rey: ve Sanabria, ve entra en mi recámara y espérame.

Men Rodriguez anonadado, trémulo, vacilante entró en la recámara del rey.

Desde ella y durante un largo espacio oyó la voz del rey, contenida á veces, dulce otras, imperiosa al fin, alternando en un diálogo desigual, con la de doña Beatriz, que primero solo aventuró monosílabos, luego súplicas, y, al fin, el jóven escuchó su llanto.

Era evidente que entre el rey y doña Beatriz, acontecia una escena semejante á la que habia tenido lugar entre él y Men Rodriguez de Sanabria.

Al fin aquel llanto cesó; poco despues, se abrió la puerta de la recámara, y entró el rey llevando de la mano á Beatriz.

La desdichada jóven no lloraba, pero estaba densamente pálida, y sostenia de una manera tenaz, fija, su mirada sobre la alfombra.

—He aquí vuestra esposa, señor Men Rodriguez de Sanabria, dijo el rey, adelantando con doña Beatriz, hasta llegar á poca distancia del jóven.

Despues lanzó una mirada profunda á entrambos, y les dijo.

—Pasado mañana os velareis en la capilla del alcázar.

Y, dicho esto, salió dejándolos solos.

CAPITULO III.

¡Hermanos! ¡no mas que hermanos!

Por algun tiempo entrambos jóvenes estuvieron confundidos, anonadados uno frente á otro. Al fin Men Rodriguez comprendió que debia ser el mas fuerte, y asiendo una mano á Beatriz la dijo.

—Venid, señora, venid: necesitamos esplicarnos; comprendernos.

Y la llevó á un divan, en el cual Beatriz se sentó maquinalmente. Men Rodriguez se sentó junto á ella.

—Nos encontramos en una situacion estraña, la dijo.

—¿Y habeis vos procurado ponerme en esa situacion, caballero? dijo Beatriz alzando tímidamente su mirada hasta el semblante de Men Rodriguez.

—Yo, señora, dijo este; yo, que en otra ocasion hubiera sido el mas feliz de los hombres llamándome esposo vuestro, sufro ahora un horrible tormento al verme obligado á ser vuestro esposo.

—¡Amais á otra!

—Sí, sí, señora; amo á otra con toda mi alma.... pero Dios no quiere que esa desdichada...

—Escuchadme, señor Men Rodriguez, dijo Beatriz, con voz mas segura de lo que era de esperar en aquella situacion; si Dios no lo impide, nuestro casamiento es una cosa hecha: solo os he visto algunas veces y conservo de vos un noble recuerdo: nunca puedo olvidar que vos fuisteis el primero que tuvo una palabra de consuelo para mí, cuando me veia reducida á implorar la compasion ajena, para enterrar al desdichado á quien creia mi padre: el haberos visto en aquella ocasion; vuestro aspecto, vuestras palabras, las noticias que me disteis del desdichado Andrés, (Beatriz dominó su conmocion al pronunciar el nombre de su amante) han hecho que yo no os haya olvidado.

—Del mismo modo, señora, replicó Men Rodriguez, yo no he podido olvidar aquella desdichada jóven, abandonada, doliente, y he guardado un tierno recuerdo de vos: pero un recuerdo puro, sin mancha, como el de una hermana: el destino ha querido...

—Sí, el destino nos obliga, contra nuestra voluntad, á unirnos, cuando no habiamos nacido el uno para el otro... á unirnos, sí, porque la voluntad del rey es inflexible. No sabeis por cuantos estraños sucesos he pasado para llegar á este caso: arrebatada por gentes desconocidas, cuando oraba sobre la tumba de mi padre, he estado algunos dias en poder de una mujer misteriosa, que me trataba con un amor tal, tan sincero, tan espresivo, que no se podia dudar de él: sin embargo, el amor de aquella mujer tenia su límite cuando la suplicaba que me permitiese unirme á Andrés: entonces su rostro se nublaba, y me decia con acento duro: Es necesario que olvideis á ese hombre: no habeis nacido para él: la suerte os separa.

—¿Y quién era era mujer?

—Esa mujer se llamaba doña Ana.

—¿Doña Ana?

—Sí; pero yo no sé de ella mas, sino que es muy hermosa; que las joyas que usa valen un tesoro, y que debe ser muy rica, porque todo lo que nos rodeaba en su casa era maravilloso. Mi abuela parecia conocerla; pero jamás consintió en revelarme ni una sola palabra acerca de ella. Alguna vez me contestaba: Esto es un misterio que alguna vez se aclarará.—Estuvimos algunos dias en su poder y una noche... (Beatriz contó detalladamente cuanto la habia acontecido la noche en que Pedro-el-Negro la sacó de su aposento en casa de Leila, cómo encontró al padre de Andrés, y cómo fue arrebatada en la calle por unos desconocidos; despues continuó: Desde entonces hasta ahora, he estado en la ermita de la cruz del Humilladero, guardada con mi abuela por un monge negro y misterioso; al fin, el monge me reveló que era hija del rey don Alonso, y hermana del rey don Pedro. Esto me aterró, porque comprendí que mi casamiento con Andrés era imposible, imposible de todo punto. En fin, hoy el monge me hizo entrar en una litera, me condujo al alcázar y me presentó al rey.

—¿Y el rey...?

—El rey me repitió lo que me habia dicho el monge negro: que era su hermana: me abrazó, y yo lloré en sus brazos. Pero luego... luego me dijo: Es necesario que olvides los amores que has sentido cuando eras la hija de un miserable zapatero: una hija, aunque bastarda del rey don Alonso, una hermana mia, es demasiado noble, está á demasiada altura, para que pueda llegar á ella un simple escudero. Tengo marido para ti, y mañana te casarás con él: con el tiempo olvidarás á ese hombre y amarás á tu esposo, que mucho vale cuando yo le hago mi hermano. Yo podria encerrarte en un convento... pero no quiero sacrificarte, quiero hacerte feliz: yo sé lo que son esos primeros amores... y, sobre todo, añadió, viendo que yo lloraba desconsoladamente, lo quiero y lo mando: tu tenacidad solo servirá para que yo haga caer mis maceros sobre ese amante oscuro, que ya, mas de una vez, me ha hecho traicion: no se ama á los muertos: así, pues, procura

que yo no te haga olvidarle matándole.—Esta amenaza me estremeció, y, por la vida de Andrés, consentí en todo.

Y Beatriz rompió á llorar de una manera desconsolada.

Men Rodriguez, impotente como ella, estaba taciturno y sombrío.

—¿Pero por qué sacrificaros así? dijo al fin.

—Lo mismo pregunté al rey, dijo Beatriz, y el rey me contestó: Eres hermosa, demasiado hermosa hermana mia: ya una vez he querido protejerte, sin descubrirte tu orígen, y mis enemigos tuvieron astucia bastante para robárteme: no quiero que esto vuelva á acontecer; necesitas proteccion, la proteccion de un esposo; yo no puedo dártela: mis buenos hermanos, mis valientes y leales vasallos, me hacen tener una vida demasiado activa para velar de cerca por tí: el esposo que te destino, te es conocido: es hermoso, jóven, galan, valiente, el primero de mis vasallos, el mas querido de mis partidarios y el será para tí un fuerte y respetado escudo, contra el cual se embotarán los cobardes tiros de nuestros enemigos.—Entonces me asió de la mano, me trajo aquí, y me presentó á vos.

—Pero es desesperado, esclamó Men Rodriguez; es verdad que mi vida, mi destino, todo, todo cuanto soy y puedo ser es del rey... pero vos... vos...

—No, no: no vacileis, esclamó Beatriz con el mismo acento de anhelo de una mujer cuya felicidad entera hubiera consistido en ser esposa de Men Rodriguez; sino me caso con vos el rey le matará... sí, sí... he visto la muerte en su semblante para Andrés y el rey es capaz de todo... el rey enterró vivo al arcediano; el rey arrojó á sus maceros á su hermano don Fadrique; el rey, si resistimos su voluntad, matará á Andrés, matará á la mujer que amais...

—Silencio, silencio, señora; ¿no veis que estamos en la recámara de su señoría?

—¿Y qué me importa? lo que os digo á vos lo diria frente á frente al rey... sin temor... ¿no quiere mi sumision, bajo la doble autoridad de rey y de hermano? Pues bien, yo me someto... pero déjeseme llorar, déjeseme quejarme... ¿puede dejar de arrojar gritos desesperados de dolor, aquel á quien le arrancan el corazon?

—¿Con que estais resuelta? dijo Men Rodriguez, que estaba tan desesperado como Beatriz.

—Sí, resuelta de todo punto, porque conozco lo inútil de mi resistencia; pero escuchad, añadió Beatriz con acento solemne: desde que cumplí quince años he tenido la desgracia de oirme llamar hermosa, de estar asediada por toda clase de gentes; la pobreza de mi padre me obligaba á salir sola, y he resistido largas y obstinadas porfías, he sufrido asechanzas, he conocido á mi despecho lo que son los hombres: por mucho que ameis á esa otra mujer, cuyo nombre no os pregunto, acaso, despues de nuestro casamiento, querreis usar de vuestros derechos de esposo: yo no os concedo sobre mí mas derecho, que el de que me pidais cuenta severa de vuestro honor, si alguna vez le mancho: matadme entonces: por lo demás, seremos dos personas enteramente estrañas, como esposos, aunque nos tratemos como hermanos y nos amemos como tales: tenedlo muy presente: si alguna vez pasais las puertas de mi habitacion como marido, podreis matarme, pero no seré vuestra, os lo afirmo. Yo amo con toda la fe de mi alma, y podré robarme á ese amor, pero nunca le insultaré, y si vos amais, tampoco querreis insultar, poseyendo á otra, á la mujer de vuestro amor.

—Me habeis aliviado de un terrible peso, señora, exigiéndome una promesa que á mí me hubiera costado trabajo exigiros, que jamás os hubiera exigido: á resignaros de una manera completa... yo, entendedlo bien, devorando mi amargura, por no humillaros, si lo tomabais á desprecio, hubiera sido vuestro marido, me hubiera fingido enamorado de vos y esto me hubiera hecho sufrir de una manera horrible. Vos habeis tenido sinceridad y valor bastante, para decirme las condiciones á que el estado de vuestro corazon y del mio nos condena, en la estrema situacion en que nos encontramos: vos sois hermana del rey; Andrés está separado de vos por una distancia inmensa; el rey manda y le obedeceis: yo soy su vasallo, mas que su vasallo... sin saber por qué, su voluntad me domina, manda y le obedezco: la obediencia ciega puede conducir al sacrificio; pero el alma, que es esencialmente libre, y cuya libertad es uno de los atributos que debe á su orígen divino, el alma no se manda, obra de una manera independiente y no obedece á otro señor que al señor Omnipotente, á su Criador. Seremos en buen hora esposos para el mundo, para el rey... pero, para nosotros mismos, seremos hermanos, no mas que hermanos.

Y Men Rodriguez asió una mano de Beatriz y se la estrechó, mientras la jóven, conmovida por la generosidad y por el estraño ascendiente que ejercia Men Rodriguez, sin saberlo, sobre cuantos le conocian, le miraba de una manera intensa, agradecida, noble, como se mira á un hermano á quien se ama.

—¡Oh! ¡oh! dijo el rey retirándose de detrás de un tapiz desde donde lo habia escuchado todo: he aquí el primer momento de felicidad que he sentido desde hace mucho tiempo: son dignos el uno del otro ¡vive Dios! y serán felices... ¡sus amorios! ¡bah! aunque doña Isabel Nuñez de Lara no estuviese envenenada, aunque ese Andrés fuese un hombre tal como Sanabria... ¡oh! ¡oh! mi buenos hermanos... habeis nacido el uno para el otro: os habeis tendido las manos como amigos.... mañana os estrechareis el uno en los brazos del otro, frenéticos de amor, como si nunca hubierais amado... Sanabria acaso... Sanabria es un corazon inmenso, firme, leal: el es el mas desdichado... si doña Isabel viviese... ¡oh! entonces seria necesario temblar por la felicidad de Beatriz: pero no se ama á los muertos, no: Sanabria guardará siempre un dulce recuerdo de esa desdichada; pero transcurridos seis meses, un año... por mucha prisa que se den á matarme mis enemigos, viviré lo bastante para que me den un sobrino.... ¡Oh! de todas las crueldades que decis que he hecho, esta que parece la mayor, es la que menos me inquieta: no, no; creo que acabo de hacer felices, contando con Dios y con el tiempo, á dos personas á quienes amo.

El rey se encaminó á la cámara de doña María de Padilla, y la encontró pálida, enferma, como devorada por una fiebre lenta.

—Te traigo una hermosa huéspeda, María, la dijo el rey sentándose junto á ella y asiéndola dulcemente las manos.

—¡Una hermosa huéspeda, Pedro! dijo la Padilla, apartando de una manera indolente los hermosos rizos de sus cabellos rubios, que se desplomaban sobre su frente de alabastro, y posando una lánguida y triste mirada en su esposo.

—Sí, mi hermana doña Beatriz.

—¡Ah! dijo la Padilla de una manera distraida.

—Eres mas bien su depositaria: procúrala ricos trajes y hermosas joyas porque mañana se casa.

—¡Ah! ¿y á quién has elegido para su esposo, señor?

—¿A quién habia de elegir sino á mi brabo montañés, á mi buen Sanabria?

Doña María palideció de una manera mortal: el rey atribuyó aquella palidez al conocimiento que, sin duda, tenia la Padilla de los amores entre Men Rodriguez y doña Isabel Nuñez de Lara, á quien amaba como á una hermana.

—Y adios, mi buena, mi hermosa María, dijo el rey: voy á traerte mi hermana: mañana serán las bendiciones, de una manera modesta, sin ruido; y pasado mañana, al amanecer, se velarán.

—¿Y qué depósito es ese, entonces?

—¡Oh! es que despues de las velaciones, necesito á mi brabo montañés y me le llevo conmigo,

Dicho esto, don Pedro salió y doña María se quedó murmurando.

—¡Se casa! ¡se casa! ¡quiera Dios hacerle feliz!

Y al murmurar estas palabras dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de doña María.

. . . . . .

. . . . . .

Apenas se vió solo el jóven cuando se trasladó al aposento que tenia en el alcázar y escribió una larga carta á Andrés Corchuelo: esto era un acto de lealtad, harto exagerado, del que podia muy bien baberse dispensado Men Rodriguez: pero no conocia enteramente el mundo, y no concebia que Andrés interpretaria su conducta de una manera bastarda, y no dejaria por eso de ser su enemigo. Hay acciones que, en situaciones dadas, deben evitarse, porque, interpretadas mal por las pasiones ajenas, parecen un acto de cinismo y de descaro. Men Rodriguez media todos los corazones por el suyo, con una gran confianza, porque todavía no habia sufrido ninguna decepcion: pero nuestros lectores comprenderán muy bien que Andrés no debia creer que Men Rodriguez ni Beatriz se casaban contra su voluntad; que debia, aunque no fuese mas que por amor propio, aborrecer á Sanabria, y obstinarse mas que nunca por Beatriz, aborrecimiento y obstinacion que debia aumentar la imprudente carta de Men Rodriguez.

Este, sin embargo, ni pensó en ello, ni si se lo hubieran dicho lo hubiera creido, y contó ce por be á Andrés cuanto le habia acontecido, que se sacrificaba á su lealtad al rey y que jamás seria mas que hermano de Beatriz.

Aquel mismo dia partió con aquella cándida carta un escudero con órden de reventar su caballo, con tal de llegar en pocas horas á Jerez, y volver con la contestacion del mismo modo.

El dia siguiente, por la noche, el arzobispo de Sevilla unió en uno, por medio de la bendicion nupcial á Beatriz y Men Rodriguez. El rey estaba alegre: los esposos, á pesar de su valor para apurar el sacrificio, estaban pálidos y trastornados: otra persona pálida, triste, asistia como madrina á la ceremonia, aquella persona era doña María de Padilla.

Otra tercera persona: en fin, que asistia tambien á la ceremonia como padrino, miraba con una sonrisa cruel á doña María, murmurando para sí:

—¡Ah! ¡ah! parece que se aclara el misterio del birrete y de la carta de amores que encontré en aquella noche célebre en el dormitorio de doña María: era el señor Men Rodriguez: sí, sí; solo una mujer que ama, y que ama mucho, mira de una manera tan agonizante á un hombre cuando se casa: ¡oh! ¡oh! hasta el señor rey... bueno es verlo para no casarse jamás.

Despues de la ceremonia hubo un festin de confianza, por decirlo así, en el alcázar: al dia siguiente fueron las velaciones, y todo el mundo supo en Sevilla que doña Beatriz Zapata y Tellez (el rey no habia reconocido á su hermana) se habia casado con el señor Men Rodriguez de Sanabria.

Un dia antes, por una refinada crueldad de Andrés Corchuelo, irritado por lo que llamaba una traicion de Men Rodriguez y una liviandad, una venta vergonzosa, venta de Beatriz, Doña Isabel Nuñez de Lara tuvo noticia de aquel casamiento: de esta noticia emanaron tres cartas terribles, cada una de las cuales debia producir un resultado fatal.

Doña Isabel Nuñez de Lara, escribió llorando una carta, y la entregó á Andrés Corchuelo, que uniéndola á otra para Beatriz, las puso un sobre á Men Rodriguez y las entregó á su escudero que volvió á Sevilla con la misma velocidad que habia ido á Jerez.

La tercera carta era del escribano á Lcila, noticiándole aquel suceso, cuya noticia habia corrido por el alcázar: un mensajero partió á llevar aquella carta á la frontera de Aragon.

Así, pues, y como resultado de la diligencia del escudero de Men Rodriguez, cuando este, despues de las velaciones, se dirigia á su aposento en el alcázar, con su esposa, recibió la carta de Andrés Corchuelo. Debajo del sobre, encontró dos: el sobre de la una decia: Al señor Men Rodriguez de Sanabria: la otra á la muy alta y poderosa señora, doña Beatriz Zapata y Tellez, esposa del señor Men Rodrignez de Sanabria.

—Esta carta es para vos doña Beatriz, dijo Men Rodriguez entregándosela noblemente sin tocar la cera colorada que la cerraba, y en la que no se veia ningun sello, ansioso por romper el noble y altivo blason que timbraba la cera de la otra carta.

—¿Qué esta carta es para mí? ¿y de quién? dijo palideciendo Beatriz.

—¿De quién ha de ser sino de Andrés, á quien he escrito á Jerez donde se encuentra, noticiándole nuestro casamiento y las causas que lo han motivado? contestó Men Rodriguez.

—¡Que habeis escrito á Andrés! habeis hecho mal, dijo Beatriz, que, ápesar de sus pocos años, tenia mas esperiencia que Men Rodriguez.

—He creido que debia obrar noblemente con un amigo.

—Jamás debemos disculparnos de nuestros hechos, cuando nuestra disculpa es tal, que en vez de sincerarnos puede hacer dudar mas de nosotros: al unirnos, vos habeis muerto para la mujer que amais; yo para el hombre que amo; he aquí en lo que consiste nuestro sacrificio: en que hemos matado nuestro amor; los cadáveres no hablan, porque no pueden hablar, aunque se insulte su memoria.

—¡Oh! no, no; dijo Men Rodriguez, dando vueltas impaciente en su mano á la carta de doña Isabel: estoy seguro de que Andrés me habrá creido.

—Pues bien, señor: leed esa carta.

—¡Leerla yo! ¡una carta vuestra!

—Yo no sé leer, y además aunque supiese, no deben existir secretos entre los dos, señor: tened presente que me habeis entregado vuestro honor al darme vuestra mano.

—Y creo que le guardareis, señora; tanto lo creo, que si consiento en leeros esta carta es porque no sabeis leer.

Y Men Rodriguez abrió la carta de Andrés y leyó las primeras frases que le hicieron palidecer con la palidez de la cólera.

«A la muy hermosa, muy noble, afortunada y leal doña Beatriz Zapata y Tellez, de su humilde criado Andrés Corchuelo.»

—Eso es un sarcasmo, un sarcasmo que yo no debia esperar de él, esclamó con energía y altivez Beatriz.

—Escuchad: dijo Men Rodriguez, que habia adelantado algunas líneas en la lectura.

Y continuó:

«Señora: acabo de recibir una estraña carta de »vuestro esposo: *de vuestro esposo*, puesto que es »necesario darle este nombre, ya que vos se lo habeis »dado con vuestro amor, con vuestro cuerpo, con »vuestra alma; me ha mentido largamente una suce»sion de disculpas, que no han podido menos de ma»ravillarme: ya desde que el rey os honró haciéndoos »noble, desde que os llamásteis *doña Beatriz*, com»prendi que estabais demasiado honrada y favorecida, »para que un pobre escudero pudiese ser vuestro es»poso: vos perteneceis de derecho á un rico-hombre; »las villanas se casan con los villanos, pero una *cor»tesana* debe casarse con un *cortesano*:» (subrayamos las palabras anteriores, porque Andrés para hacer sentir mejor la punzante injuria que representaban, las habia escrito con letras enormemente gordas).

Al leer estas palabras, el rostro de Men Rodriguez

se tornó totalmente lívido, y Beatriz no menos lívida que él, le arrancó la carta.

—¡Infame! esclamó, rompiéndola en pedazos; ¡este miserable insulto merece una estocada en el corazon!

—¡Miserable! esclamó Men Rodriguez: ¡se ha atrevido á dudar de vos y de mí! ¡se ha atrevido á insultarnos!

—Insultándonos acaba de hacernos felices, esclamó Beatriz desmenuzando y volviendo á desmenuzar la carta en pequeñísimos é innumerables pedazos.

—¡Felices! esclamó Men Rodriguez.

—Sí; porque este villano insulto, esta miserable y cobarde venganza, demuestran que ese hombre jamás me ha amado... un hombre que ama jamás insulta á la mujer de su amor... sufre... llora... muere... pero sí la ha comprendido, la cree; si la cree, jamás duda de ella... quien duda de una mujer, miente cuando dice que la ama: su amor no ha sido mas que deseo. Habeis hecho muy bien, esposo y señor, en escribir esa carta... para vengar su insolencia teneis una espada; y si yo valgo algo para vos, me consuelo ahora en el aprecio y la posesion completa de vuestra esposa; mañana en su amor.

—¡Ah! dijo Men Rodriguez, estremeciéndose ante aquella franca confesion de Beatriz, que le colocaba en una situacion violentísima: acaso irritada decis lo que no pensais; acaso si yo tomo vuestras palabras en lo que suenan y doy un paso... que me haria feliz, os arrepentireis tarde.

—¡Arrepentirme! ¡qué es arrepentirme! esclamó con altivez Beatriz; ¿creeis que yo sea una de esas mujeres que aman sobre su dignidad, sobre su pudor, sobre su honra, á un hombre que ha sido tan innoble que se ha atrevido á insultarlas? no, no: yo soñaba: yo le creia otro hombre; ese sueño pasó: pasó dejándome una realidad que yo me alegro de haber encontrado á tiempo: si ese hombre, siendo suya, me hubiera dicho lo que se ha atrevido á decirme siendo vuestra, la vergüenza, la indignacion, me hubieran obligado á arrancarme la vida... ahora es distinto: vos debeis arrancarle la suya... y no creais que digo esto lastimada en mi amor... ya no le amo... si le amara, lloraria... le desprecio, necesito castigarle, como necesitaria castigar á un desconocido que me insultase: creedme, señor; yo en su lugar, si él se hubiese disculpado conmigo, si se me hubiera dicho: he necesitado casarme con otra para salvar tu vida... para salvar la vida de mi padre... yo le creeria, le hubiera creido, hubiera llorado, y jamás hubiera sido de otro: ¡pero llamarme prostituta! ¡creeros á vos uno de esos hombres infames que prestan su nombre á la querida de un rey..! ¡oh! se necesitaria ser muy débil, muy prostituta, para seguir amando á un hombre que á tan infame punto llega: á ese hombre se le mata, y se le olvida de todo punto.

Men Rodriguez reconoció en Beatriz el indomable y fiero carácter del rey don Pedro, y no pudo dudar de que por sus venas corria la valiente y noble sangre de Alonso el Onceno.

—Os creo, señora, os creo, dijo Men Rodriguez, posando una mirada atónita en el hechicero é inspirado semblante de Beatriz, cuya mirada, durante su cólera, habia adquirido una admirable semejanza con la mirada del rey, cuando se encontraba en aquel caso; os creo y os vengaré.

—Sí, sí; vengadme: vengaos, porque la injuria es comun á nosotros dos: porque aunque solo fuera para mí, seria vuestra, puesto que soy vuestra esposa: ¡y yo he podido amar á ese hombre! ¡y yo he podido llorar por él! leed, leed esa otra carta, señor, si es que quereis y podeis hacerme saber su contenido.

—Esta carta, dijo Men Rodriguez, abriéndola y preparándose con su prévia lectura, es de doña Isabel Nuñez de Lara.

—¡Y doña Isabel!

—Es la mujer á quien...

—A quien amais... decidlo sin empacho: por mas que la infamia de ese hombre me haya hecho arrojar de mí su amor como una cosa indigna, no os considero de tal manera que pueda tener zelos, señor: á nuestro casamiento ha precedido un convenio solemne al que yo no faltaré, y sin violencia seria siempre vuestra hermana, no mas que vuestra hermana.

Men Rodriguez pronunció las palabras siguientes con voz, cuya conmocion procuraba en vano ocultar, teniendo la vista fija, pero inmóvil, en la carta de doña Isabel.

«Señor Men Rodriguez de Sanabria: he sabido que »os habeis casado, y aprovecho esta ocasion para de»ciros lo que, por agradecimiento á vuestro amor, no »me habia atrevido á deciros hasta ahora: nunca os he »amado, ni he sentido hácia vos mas que agradeci»miento y amistad: jamás hubiera sido vuestra esposa. »Haced, pues, feliz á la que el cielo os ha dado, y sed »feliz con ella.—Doña Isabel Nuñez de Lara.»

—¡Oh! he ahí una mujer noble y digna de ser amada, esclamó Beatriz, creyendo de buena fe la verdad de las palabras que acababa de escuchar, y que no eran otra cosa que una sublime mentira de Men Rodriguez: el verdadero contenido de la carta de doña Isabel Nuñez de Lara era el siguiente:

—¡Señor! ¡señor! me han dicho que os habeis ca»sado: yo no quería creerlo, pero la persona que me »lo ha dicho, me ha presentado una carta vuestra, á »cuya vista no he podido dudar. Mis temores se han »cumplido: amais al rey ante todo, y habeis cedido á »su voluntad. No importa, yo viviré muy poco, y como »mi amor es del alma puedo... sí, puedo amaros con »el alma, amaros hasta mi muerte. Dios quiera que la »esposa que os ha dado el rey, que será digna de vos »cuando vos la habeis aceptado, os ame tanto como »os he amado yo: no volvais á escribirme, ni á verme: »ya no soy vuestra. Yo no consentiria ni en que roba»seis vuestro amor á vuestra esposa, ni que me ofen»dieseis con vuestros amores... pero guardadme en »el alma un lugar tan puro y sagrado como el que yo »os consagro en la mia.—Doña Isabel.»

Esta carta estaba en muchos lugares arrugada por lágrimas.

La mentira, pues, de Men Rodriguez era, como hemos dicho, una mentira sublime.

—Ya lo veis, dijo rasgando á su vez aquella carta con el mismo intenso dolor que si se hubiera rasgado el corazon: estamos en igual caso; entrambos estábamos engañados y podemos ser mas que hermano y hermana.

Beatriz miró de una manera profunda á Men Rodriguez: su alma estremadamente sensible, recientemente lacerada, necesitaba consuelo; abrió sus brazos y se arrojó en los de Men Rodriguez. Así estuvieron algun tiempo, llorando el uno sobre el seno del otro... pero aun todavía no eran mas que el hermano y la hermana.

Men Rodriguez habia apurado el sacrificio hasta las heces: perdia á la mujer que amaba, á la que no podia dejar de amar; la perdia de una doble y horrible manera, y se veia obligado á fingirse un esposo amante, para no ofender á una esposa digna y pura que le habia dicho abriéndole los brazos:

—Ya podemos ser mas que hermano y hermana.

Doña Isabel Nuñez de Lara y Men Rodriguez de Sanabria eran las verdaderas víctimas de esta combinacion de fatales acontecimientos.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

De la impresion que hicieron en Leila las dos cartas sucesivas del escribano Alvar Yañez.

Por aquellos dias el ejército del rey de Aragon, ó mejor dicho, el del conde de Trastamara, se encontraba acampado cerca de la ciudad de Nájera.

Este ejército constaba de unas mil lanzas, capitaneadas por el mismo don Enrique, por su hermano don Tello y por el conde de Osuna; pero, además, un tanto separado del real, como en señal de independencia y señorío particular, en el repecho de una colina, se encontraban las tiendas de un escuadron de cien lanzas, en cuyo centro, sobre una tienda riquísima, ondeaba un estandarte rojo, en el cual campeaba un leon rampante negro.

Dentro de aquella tienda, que estaba alhajada con muebles de campaña, pero tan ricos como podian ser los de un alcázar, habia dos personas que nos son muy conocidas: Leila é Isabel-la-Liebre.

Entrambas vestian trajes masculinos: Leila estaba reclinada en un divan, profundamente pensativa, é Isabel se ocupaba en colocar en un arca, despues de doblarlas y limpiarlas, una magnífica sobrevesta de brocado, á dos colores roja y negra, y algunas galas de caballero.

Cuando hubo acabado su operacion, cerró el cofre, adelantó hácia Leila, y se quedó contemplándola profundamente:

—Yo no sé qué tienes, Ana mia, la dijo; tú estabas triste; pero desde el dia en que recibiste la malhadada carta que te trajo, aquella maldita carta de Alvar Yañez, el buen peregrino de Nuestra Señora de Rocamador, Sancho de Illescas, estás mas sombría, mas terrible que de costumbre.

—Todos me hacen traicion, dijo roncamente Leila: me encuentro aislada, sola, reducida á mí misma, y no sé donde estoy. ¡Oh! ¡oh! era necesario jugar el todo por el todo y concluir de una vez.

—El bribon de Sancho de Illescas y su buen amigo Silvestre de Coca, han sido dos aves de mal agüero, dijo Isabel: las cartas que te han traido, te han irritado... en cuanto á mí, ni uno ni otro han sabido decirme nada de Pedro-el-Negro: no se le ha vuelto á ver en Sevilla: ¡y esos ganapanes están tan tranquilos! como sino le hubiesen conocido jamás ¡ya se ve! el escribano Alvar Yañez les paga puntualmente con tu oro, y ellos en teniendo dinero á mano y no haciendo nada, están alegres y contentos. Pues mira, Ana; es necesario que averigües, lo que ha sido de mi amante: tú sabes lo que es amar, y debes hacerte cargo de lo que sufriré, amando como amo á Pedro y no sabiendo de él.

—Si, si, ya sé que le amas hasta tal punto, que serias capaz de hacerme traicion por él, dijo sombríamente Leila.

—¡Hacerte yo traicion!

—Todos los que me rodean, ó son torpes ó traidores, ó entrambas cosas á la vez: pero los tengo en mi poder, vive Dios: y aunque yo no tuviera fuerzas bastantes para vengarme, me vengaria el rey.

—¿De qué rey hablas?

—¿De qué rey he de hablar, sino del rey don Pedro?

—¡Ah! como sirves á don Enrique, que se presenta ya con el título y estado de rey.....

—Hoy sirvo á don Enrique contra don Pedro.

—Y le enamoras.....

—Me dejo enamorar... pero mañana, cuando el rey don Pedro haya caido.....

—¿Te volverás contra don Enrique?

—¡Oh! ¿no te he dicho que he jurado esterminio á todos los hijos de doña Leonor de Guzman?

—Y entretanto el pobre conde de Trastamara enloquece por tí... Oye, oye... son de trompetas.....

—Es sin duda don Enrique, que viene á visitarme.

En efecto, abrióse el tapiz de la tienda, y un escudero dijo:

—¡Señora! ¡el señor conde de Trastamara!

—Déjame sola Isabel, dijo Leila á la jóven que salió trasladándose á otro departamento de la tienda.

Poco despues entró don Enrique que venia pálido y pensativo.

—¡Guardeos Dios, noble y valiente amazona, honor de mis banderas! ¿cómo os encontrais?

—Impaciente, muy impaciente, señor, contestó Leila haciendo un lugar en el divan al conde, que se sentó junto á ella.

—Pues debe cesar vuestra impaciencia, si consiste en venir á las manos con el cruel tirano de Castilla. Don Pedro avanza sobre nosotros, y en su jornada viene ejerciendo venganzas atroces. En Miranda se ha apoderado de algunos vecinos pacíficos, bajo pretesto de que habian sido las cabezas de un tumulto en que fueron muertos algunos judíos; y los ha quemado ó hecho cocer vivos en agua hirviendo: en Santo Domingo de la Calzada, ha muerto á un santo sacerdote por medio de la hoguera, porque le pronosticó que si no se enmendaba en sus crímenes, en sus crueldades, en sus tropelías, moriria á mis manos.

—Ese hombre está maldito, esclamó Leila.

—Si maldito, pero parece que su maldicion alcanza á todos los que tienen algun parentesco, odio, ó amistad con él: yo lo pruebo por mí mismo.

—¡Vos señor!

—Si, y vos sois una prueba de ello.

—¿Yo?

—Si por cierto, doña Ana: el amor que os tengo no puede ya ser mas violento, y me desesperais; ni una esperanza, ni una mirada, ni una sonrisa.

—Ved señor, dijo Leila, adoptando un acento indolente, y convirtiéndose de repente en mujer, que enamorais á uno de vuestros capitanes.

—Admirable capitan, cuyas lanzas son el asombro de mi ejército, y cuyo valor y hermosura maravillan á cuantos os conocen. Vos, doña Ana, ya vistais el arnés, ya los brocados del caballero, ya las sedas y las joyas de dama, sois una tentacion irresistible.

—Ya os he dicho, señor, que soy demasiado orgullosa, que tengo demasiado corazon para amar á un hombre casado: os he dicho, además, que amo á otro hombre con toda mi alma.

—Y sin duda habreis recibido muy malas noticias de ese hombre, cuando os mostrais tan ceñuda de algunos dias á esta parte.

—¡Ese hombre se ha casado!

—¿Que se ha casado?

—Si, y de una manera que le pone fuera de mi amor y de mi venganza... porque...

—¿Por que?

—¡Porque se ha casado con una hermana mia!

—¡Con una hermana vuestra..! ¿pero quién es esa hermana?

—Es una pobre hermana á quien amo con todo mi corazon, á la cual no pueden hacerme aborrecer ni aun los zelos... esa hermana sin saberlo me ha herido en lo mas sagrado, en lo mas débil, en lo mas dolorido de mi alma, y ese hombre... ¡oh! no hablemos mas de ello... el furor me ahoga cuando pienso... y de todo tiene la culpa vuestro padre, vuestro padre el rey don Alonso el Onceno que, ofendiendo al mio en su honor, desgarrando el corazon de mi madre, ha causado las desgracias de mi familia, desgracias horribles que han recaido sobre mí.

—Ya os he prometido, remediar en cuanto esté de

mi parte, las desgracias que, acaso sin pensarlo, os causó mi padre, arrastrado hácia vuestra madre por un amor semejante al que vos me inspirais: y si con la ayuda de Dios llego á ser rey de Castilla...

—¿Podreis volverme la paz de mi corazon...? ¿podreis darme al hombre que amo, y que he perdido para siempre? esclamó con desesperacion Leila.

—¿Pero tanto vale ese hombre, que no le podeis reemplazar con otro? ¿quién es? ¿cómo se llama?

—Su nombre era mi secreto... pero ¿que importa..? yo no tengo ya secretos... tomad, tomad y leed.

Y Leila sacó de su escarcela dos cartas, y entregó una de ellas al conde que la leyó y se inmutó: aquella carta era la segunda que habia escrito Alvar Yañez desde Jerez á Leila, y estaba concebida en estos términos:

«Mi noble y poderosa señora doña Ana Tellez de »Ulloa: os escribo precipitadamente para anunciaros »una desgracia, para saber la cual os pido os armeis »de valor. El rey acaba de casar á Men Rodriguez de »Sanabria con doña Beatriz Zapata y Tellez. Esto, os »conozco bien, os abrasará en zelos, en vuestros ze»los que, me atrevo á decíroslo, son mortales. Pero »en esta ocasion (y tened presente que este es el pri»mer buen consejo que doy) debeis ahogar vuestros »zelos, debeis respetar la vida de la esposa de Men »Rodriguez, porque entre ella y vos existen lazos sa»grados. El nombre que habeis adoptado de doña Ana »Tellez de Ulloa; el blason que habeis hecho bordar »en vuestro estandarte; vuestra procedencia del reino »de Granada, todo me indica que conoceis la historia »de vuestra familia y el parentesco que os une con »doña Beatriz. Pero sino fuese así, por lo que pueda »suceder, sabed que doña Beatriz es hija bastarda del »señor rey don Alonso el Onceno y de doña Teresa de »Ulloa, esposa que fue del señor Alfon Tellez. Si sois »hermana de doña Beatriz debeis respetarla; si no lo »sois, tened presente que el rey sabe por el difunto arce»diano de San Gil, que doña Beatriz es su hermana, que »la proteje, cuando la casa con el mas querido y va»liente de sus favoritos, y que debeis andar con pié de »plomo. El portador espera, el tiempo urge y no puedo »añadir á mi carta mas que algunas palabras: estais »enteramente vengada de los zelos que os ha hecho »sufrir doña Isabel Nuñez de Lara: además de que »los efectos del veneno, son cada dia mas terribles, »sabe tambien el casamiento de su amante; está tan »desesperada como podeis estarlo vos, y esto apresu»rará su muerte. —Vuestro humilde criado Alvar »Yañez.»

—¡Oh! sí, sí, ciertamente, esclamó don Enrique temblando de conmocion y de horror, muy desesperada debeis estar cuando me confiais tales secretos.

—¡Que si estoy desesperada! esclamó Leila posando en don Enrique una mirada candente, roja, por decirlo así, que le hizo bajar los ojos. ¡Que si estoy desesperada! todas las penas del infierno deben ser delicias, comparadas con el tormento que sufro. ¿Y me hablais de amor? ¡Habladme de venganzas! no puedo herir á mi hermana... porque la amo: no puedo herir á Men Rodriguez porque es mi vida... pero puedo envenenar el alma del rey don Pedro, retorcérsela, comprimírsela, sajarle lentamente el corazon, antes de matarle... y el rey don Pedro sentirá la mordedura de la serpiente. Le heriré en doña Blanca, deshonrándole con la mancha de una atrocidad... le heriré en su adorada doña María de Padilla... haré tanto, que cuando diga al rey saboreando mi venganza: yo he hecho esto, comprenderá que hay quien es mas valiente, mas feroz, mas cruel, mas vengativo que él.

Don Enrique se estremeció ante la mirada mortal que brillaba en los ojos de Leila, y los deseos, el amor de cierto género, que le habia inspirado su maravillosa hermosura, se convirtió en miedo. Disimuló sin embargo cuanto pudo y se doblegó á la situacion.

—¿Con qué, dijo, sin saber por donde de una manera imprevista aparece para nosotros una nueva hermana, y el rey la casa con uno de nuestros mas esforzados enemigos, con ese montañés, con ese Men Rodriguez de Sanabria, nuevo sol que se levanta delante del trono de Castilla y del cual tenemos buenas noticias..? ¡oh! si acaso ese casamiento fuese una noticia falsa... el rey viene sobre nosotros; sin duda le acompaña Men Rodriguez... ¡oh! ¡oh! cuidaremos de mirar entre el combate, quien es el caballero mas jóven y que mas se distingue al lado del rey... prevendremos á nuestros capitanes que procuren respetar su vida en gracia al amor que le teneis, doña Ana, pero procuraremos hacerle prisionero.

—¡Oh! ¡si cae en mis manos y es falsa esa noticia..! esclamó Leila, en cuya mirada resplandecia una esperanza indecisa.

En aquel momento se oyó una ruidosa trompeteria y un inmenso alarido en los reales.

Leila y don Enrique se avanzaron á la puerta.

A punto apareció junto á ella el conde de Osuna, que venia jadeando en busca de don Enrique.

—A caballo, á caballo señor; dijo con sobresalto; vuestro enemigo está sobre los reales: mirad, mirad, señor, la nube de polvo que por el camino de Miranda levantan sus escuadrones.

—Adios, doña Ana, adios, dijo don Enrique, despidiéndose bruscamente de Leila y montando á caballo, despues de lo cual partió como un vendaval con sus escuderos.

—A caballo, á caballo, dijo Leila á Pero Alvarez que le servia de teniente; plegad las tiendas y dejad en su resguardo diez hombres con el bagaje. Los demás en campo.

Y se entró dentro.

—¡Isabel! ¡Isabel! gritó.

La jóven se presentó á la puerta.

—Pronto, dijo, mi arnés y mi vesta: ármame: tenemos á los enemigos encima y no hay momento que perder..

Isabel palideció.

—¿Y vas á entrar en batalla? esclamó temblando.

—Y como, si entraré: ¿no me he encontrado ya en las de Tarifa y Algeciras que fueron mas sangrientas que lo será esta? Pronto Isabel, pronto; cuando me hayas armado, retírate con mis pajes á Nájera. Solo Dios sabe la suerte de las batallas y no quiero esponerte.

En pocos momentos Leila quedó transformada en un bizarro y jóven caballero cubierto de luciente hierro: algunos instantes despues, al frente de sus ginetes y al lado de su estandarte marchaba á buen paso á incorporarse al grueso del ejército de don Enrique que empezaba á formar en batalla á la falda de una colina avanzada á Nájera, cuyos muros y torres se veian á lo lejos. El rio Najerilla separaba el ejército de don Enrique del camino por donde avanzaban envueltos en una nube de polvo los escuadrones del rey don Pedro.

Entretanto Isabel, pálida y llorosa, se encaminaba seguida de los pajes de Leila á Nájera.

El escuadron de Leila, como el mas fuerte y escogido de los que seguian los estandartes de don Enrique, fue colocado entre dos lombardas armadas en el centro de la batalla. El ejército de don Enrique estaba ya preparado; las tiendas habian desaparecido, como por ensalmo, y solo quedaba una masa cerrada é inmensa de caballería, sobre la que descollaba un bosque de lanzas, salpicadas acá y allá de estandartes, y flanqueadas por dos numerosas mangas de ballestería aragonesa.

En tanto llegaban los enemigos, Leila fijaba en la nube de polvo que avanzaba con una rapidez maravillosa, una mirada intensa.

—¡Si me hubiera engañado Alvar Yañez! decia: ese hombre es un traidor, un miserable: si, si, sino lo

supiese de antemano, me bastaria para creerlo la carta escrita para el rey que ha venido á mis manos por una equivocacion; sin duda la que escribió para mí fue á las del rey... ese hombre sirve á todo el mundo... ¡si me hubiera engañado! ¡si Men Rodriguez no se hubiera casado..! ¡oh! ¡juro á Dios morir ó hacerle prisionero!

En aquel momento se oyó, distintamente ya, la trompetería del ejército del rey don Pedro, á la que contestó con un recio alarido la del ejército de don Enrique.

CAPITULO II.

La primera batalla de Nájera.

Era antes del medio dia; un sol ardiente, suspendido en una atmósfera de fuego, hacia brillar los bruñidos arneses de los hombres de armas: dominaba un silencio solemne, porque todo es solemne en los primeros momentos que preceden á una batalla: el amigo mira al amigo, el hermano al hermano con una ansiedad que tiene mucho de cobarde aun en los mas

Don Enrique, el Bastardo.

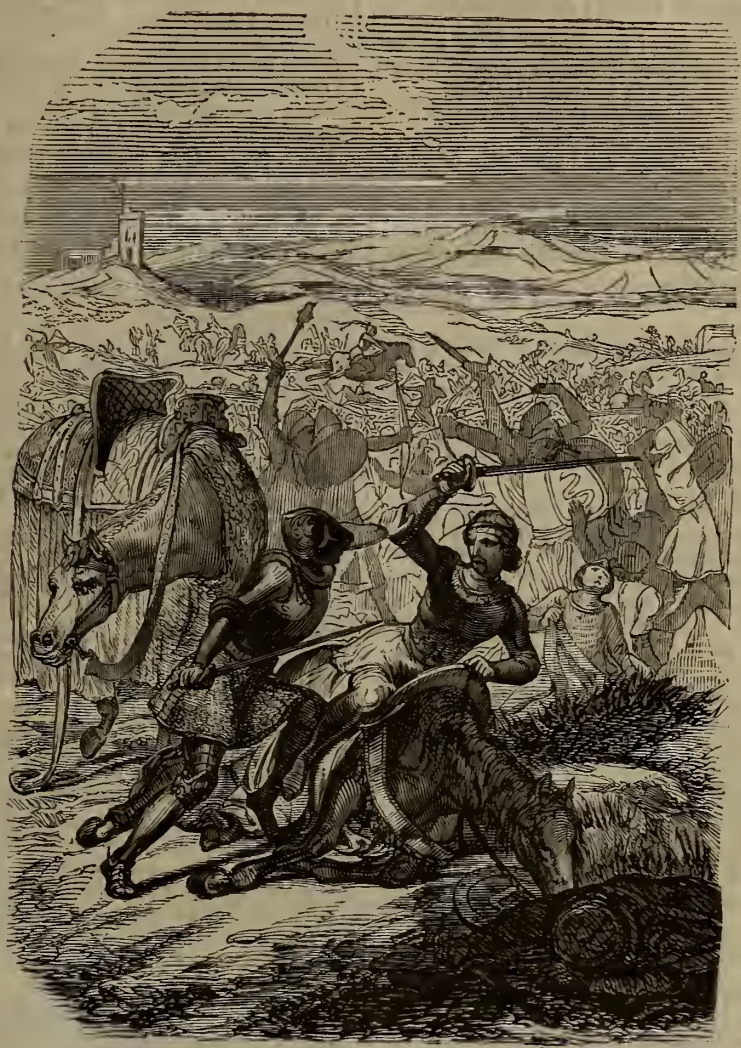
valientes; forzoso tributo de la debilidad humana rendido de una manera inevitable á un peligro de muerte.

El ejército de don Enrique, bastante considerable para aquellos tiempos, ejército levantado por el oro de Leila, ocupaba una posicion ventajosa sobre la orilla derecha del Najarilla, al paso que el de don Pedro tenia que atravesar el rio y avanzar comprimido entre dos lomas.

El ejército de los rebeldes, que así puede y debe llamarse, estaba, como hemos dicho, formado en una sola masa de caballería, en cuyo frente, apoyando los flancos de la batalla (como se llamaba entonces á los escuadrones), se veian dos de los antiguos tubos de hierro y madera, barreados de hierro, afustatados sobre unas toscas pesadas cureñas, de las que tiraban bueyes, imperfectas y rudas piezas de artillería que se llamaban en aquellos tiempos y siguieron lla-

mándose mucho tiempo despues lombardas: máquinas de guerra pesadas, enfadosas y de poca utilidad, puesto que si soltaban un tiro de hora en hora se tenia por maravilloso: en la primera fila de las tres batallas que constituian el frente de la masa, estaban los hombres de armas pesadamente cubiertos de hierro, así ellos como sus caballos, destinados á resistir el primer choque: entre estas colosales y brillantes estátuas de hierro, descollaban los estandartes, y brillaban las galas, los penachos y los lambroquines de los caudillos y capitanes: seguidamente se agrupaban los ginetes, especie de caballería maniobrera, armada mas ligeramente, y por último, como hemos indicado anteriormente, dos mangas ó batallas de ballesteros á pié, se prolongaban cubriendo los flancos de la caballería.

Este ejército esperaba inmóvil; solamente los ballesteros con los arcos de sus ballestas entesados y preparados los virotes, especie de venablo arrojadizo, avanzaban lentamente hácia el enemigo, que marchó con rapidez hasta llegar cerca del rio, y desde allí adelantó en paso mas tardo hasta llegar á la márgen del rio donde se detuvo.



¡Sois mi prisionero, señor Men Rodriguez de Sanabria!

En medio de la tremenda batalla de hombres de armas que habia hecho alto, descollaba altivo el estandarte real de Castilla, único que se veia enhiesto, aunque acompañaban al rey con sus mesnadas muchos ricohombres de pendon y de caldera: delante de la batalla del centro, cubierto con una magnífica armadura dorada, en cuyo almete sin visera se ceñia una corona; con manto real sobre los hombros, corcel encubertado con gualdrapas blasonadas, con una gruesa lanza en la mano y embrazada una fortísima y pesada adarga árabe, se veia al rey don Pedro, que fijaba una mirada avarienta, voraz, cruel, semejante á la de un tigre que divisa una presa en el ejército de su hermano. Tenia á su derecha á Men Rodriguez de Sanabria, magníficamente armado, ginete en el famoso corcel Balax, que piafaba impaciente presentiendo la batalla: en cuanto á su jóven ginete apretaba convulsivamente la pesada lanza de roble que empuñaba impa-

ciente por desahogar la rabia que le producia el amargor de sus primeras desgracias en los enemigos: á la izquierda del rey estaban su guarda mayor Gutier Ferrandez de Toledo, su ballestero mayor Pero Lopc de Padilla, y su repostero el señor Juan Tenorio: detrás de él sombrío y sañuno, mirando á los rebeldes como cosa que le pertenecian, al frente de un centenar de ballesteros del rey, que rodeaban al señor Diego de Quintanilla que, como uno de los alféreces del rey, sustentaba el estandarte real; delante de estos cien ballesteros de maza, decimos, está Juan Diente, sombrío y mudo; fijando en los rebeldes su feroz mirada de lobo: á los costados de este grupo estaban algunos rico-hombres, y últimamente, un escogido y numeroso cuerpo de ginctes, se apiñaba tras los hombres de armas.

—El bastardo, dijo el rey, dirigiéndose á Gutier Ferrandez de Toledo, tiene tantas y tan buenas lanzas como nosotros, y ocupa una posicion ventajosa.

—Ya lo veo, señor, contestó Gutier Ferrandez.

—¿Y qué piensas que debe hacerse?

—Embestirlos de frente, con todo el peso de nuestros hombres de armas, que son muy buenos.

—Sí, sí, eso mismo pensaba yo, y de aquí á un momento será indispensable la arremetida: ¡ira de Dios! que no tiene mala traza esa ballestería aragonesa que avanza hácia nosotros.

—La ballestería de Aragon, es una muy brava ballestería, señor.

—Pero que no llega ni con mucho á los bravos mozos de mi guarda de ballesteros de maza: ¡ah! ¡ah! Juan Tenorio, mi bravo hijo; te veo impaciente por acometer.

—Es que si no acometemos, somos acometidos, dijo el repostero mayor: y ya sabe vuestra señoría que el que da primero...

—No da nada sino da á tiempo. ¡Ola! mi buen Men Rodriguez; este es tu bautismo de sangre; cuenta, hijo, con mis advertencias: una batalla no es una justa: puedes verte acorralado, cercado: así pues, son inútiles las hidalguias: en una batalla no hay golpe traidor... ya veras... ya veras, yo... haz lo que me veas hacer y mas si puedes... aquí lo que importa es matar. ¡Ola Juan, Dicnte! veremos como se defiende mi estandarte; ¡ira de Dios! ya se han puesto á tiro esos bravos montañeses, que es lástima defiendan tan mala causa; será necesario conquistar á Aragon para hacernos servir por tan buenos soldados ¡Dios de Dios! he aquí una descarga de virotes: ¡y las lombardas! ¡Ah de Castilla! mi bandera adelante, ¡lanzas en ristre y á ellos! ¡Santiago y Castilla: cierra!

Un poco antes de que el rey mandase la arremetida, una descarga de la ballestería aragonesa habia venido á estrellarse contra las corazas y las adargas de los hombres de armas: habian estallado con horrible estruendo las lombardas y una de las pelotas ó balas de piedra con que estaban cargadas, se habia enterrado á los piés del caballo del rey, mientras la otra pasó silvando á alguna altura sobre su cabeza.

Inmediatamente despues de la voz de mando de don Pedro, trasmitida por sus capitanes á los soldados, estos se inclinaron sobre los arzones, pusieron las lanzas en los ristres, clavaron los acicates en los flancos de sus caballos, y aquella imponente y férrea masa, atravesó á media rienda el Najerilla, que era y es poco caudaloso, y fue á chocar con horrible estruendo contra las batallas de don Enrique.

Al primer encuentro se rompieron las lanzas, y muchos de los hombres de armas cayeron desmontados de una y otra parte. El rey don Pedro habia acometido con un furor indecible: rota su lanza al primer encuentro, despues de haber desmontado mal herido al desventurado caballero que encontró por delante, se volvió á su primer escudero Alvaro de Quincoces que le seguia de cerca.

—Mi hacha de armas, gritó: echa mano á tu hacha de armas, Sanabria, y puños, muchos puños, hijo; veamos cuántos yelmos y cuántos cráneos rompemos: ¡paso, paso, canalla! dejadme llegar al bastardo ¡que yo pueda darle mi último abrazo! ¡ira de Dios, malsines! traeis cascos de calabaza, y os caeis de los arzones como si estuvierais borrachos: ¡paso, paso! allá va el bastardo; ¡por Lucifer! aguijad, caballeros, aguijad: romped por medio, abríos calle como el jabalí: ¿no veis que se nos escapa?

Y el rey don Pedro en medio de la batalla, que se habia revuelto, descargaba á derecha é izquierda con una espantosa rapidez su hacha de armas, que á los pocos minutos de haberla empuñado destilaba sangre, y se cubria y recibia una granizada de golpes en su fortísima y pesada adarga, y revolvia su caballo con una destreza admirable.

Donde quiera alcanzaba su brazo caia un hombre, y á cada golpe logrado, el rey rugia de placer, como un leon que ha despedazado una presa.

El señor Juan Tenorio, á su lado, era un rayo esterminador, pero su feroz alegría era mas repugnante que la del rey; en don Pedro se comprendia aquella feroz complacencia ante el estrago de sus enemigos, el furor con que heria y destrozaba, ansiando llegar á su hermano, que se revolvia valiente en un grupo cercano: pero en Juan Tenorio, la alegría no era otra cosa que la satisfaccion de su perverso instinto destructor: le importaba poco servir al rey; para él lo principal era el goce de la matanza, y como si un demonio le hubiera protegido, ningun golpe le alcanzaba en tanto que su ancha y pesada espada de á dos manos se ensangrentaba, rajaba, desarmaba, y ponia á los hombres de armas fuera de combate de un solo golpe.

La carnicería era espantosa, horrible: mucho mas horribles que ella los alaridos de dolor, los gritos de agonía que se escuchaban por todas partes, entre el áspero y atronador martilleo del hierro contra el hierro: alguna vez una trompa de guerra, vigorosamente tañida, cesaba de improviso, lo que representaba que habia faltado aliento al desdichado que la tañia: por todas partes tenia voz y sangre la muerte, y la desventaja estaba visiblemente de la parte de don Enrique, cuyo ejército empezó á ciar desde la primera embestida, á pesar de que solo le habia atacado la vanguardia del ejército de don Pedro.

Men Rodriguez de Sanabria, aunque novel caballero, llevaba gran parte de la honra de la jornada; el solo mataba mas que don Pedro y Juan Tenorio juntos, y se metia sin temor en lo mas trabado, hasta el punto de hacer sudar y apretar los puños, para no quedarse atrás, al terrible Juan Diente, que le seguia por encargo del rey. Esto consistia en que Men Rodriguez estaba desesperado y buscaba la muerte; pero como si la muerte solo se cebase con placer en los que son felices y respetase por una crueldad refinada á los desdichados, la muerte huia de él cuanto mas Men Rodriguez la buscaba.

—¡Oh! esto es horrible; gritaba el jóven: ¡no haber encontrado una sola lanza, un solo hombre que me dé el golpe de gracia! ¡oh! estos miserables son de masa: caen como estorninos atontados: ¡y me seria muy fácil hacerme matar con bajar el hacha de armas...!

—Eso lo veriamos, señor Men Rodriguez, dijo Juan Diente, que se habia unido con el jóven y habia oido sus últimas palabras: si vos bajais el hacha de armas, siempre quedariamos aquí Rodrigo Perez de Castro, Garci-Diaz de Albarracin, Gonzalo Recio y yo, que somos tan buenos ballesteros y manejamos nuestra maza de armas tan bien en el aleázar como en el campo; pero este es asunto concluido: ya no tenemos á quien herir: mirad como cian: ¡y qué es ciar! mirad, mirad como corren hácia Nájera: ¡campo por el rey! ¡campo por Castilla! ¡á ellos, á ellos, señor! mirad como mi valiente amo don Pedro aguija á su caballo. ¡ahoé!

¡ahoé! ¡valientes! ¡rienda suelta, que se nos van! ¡Ahoé! ¡Ahoé!

Y Juan Diente gritando, ronco ya por lo mucho que habia voceado en la batalla, aguijaba á sus compañeros los ballesteros de maza y seguia á Pero Lope de Padilla, que, armado como los suyos, les voceaba y les jaleaba ni mas ni menos que si se tratase de una jauria.

Y el escuadron de los ballesteros de maza corria violentamente, produciendo con el crujir de sus redoblados arneses, un estruendo rechinante, áspero, como pudiera suponerse el del batir de las alas de una legion de demonios; y en medio del escuadron entre los vivos destellos que arrancaba el sol del hierro bruñido, flotaba enhiesto el estandarte real, persiguiendo la victoria.

Por mas que el ejército de don Enrique huyese despavorido hácia la ciudad, aun quedaban acá y allá algunos escuadrones revueltos con los del rey, empeñados en una cruda carnicería.

Uno de estos escuadrones era el de Leila.

Los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, aventureros viejos, diestros en las armas, escelentes ginetes y acostumbrados de antiguo al combate, eran una verdadera tempestad; Leila al frente de ellos hacia prodigios, y era uno de los mejores caballeros de la jornada: por mas que esto parezca inverósimil á nuestros lectores, nosotros, si no prefirieramos la concision, desvaneceriamos esa inverosimilitud con una multitud de ejemplos históricos, entre los cuales no dejaria de apoyar nuestro dicho el de la Monja Alferez, que siguió dos siglos adelante á Pizarro al Nuevo-Mundo: piensen lo que quieran nuestros lectores, nosotros les afirmamos, bajo la fe de la crónica particular que nos guia, que Leila, ó doña Ana, en el momento en que de nuevo la presentamos al frente de sus ginetes, estaba ensangrentada desde el penacho hasta los acicates, y que, como otras veces, su hermoso semblante, estaba horrible, con su lívida y furiósa espresion de esterminio.

Incesantemente revolvia su mirada en torno suyo con una espresion ansiosa: buscaba á Men Rodriguez de Sanabria, y durante mucho tiempo le habia buscado en vano; por esta sola razon se sostenia en el campo mucho tiempo despues de haber huido las demás banderas.

Por una casualidad, inconcebible en una batalla, que aunque breve, habia sido tan sangrienta, como si un espíritu infernal hubiese protegido al escuadron de Leila, ni uno solo de los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador habia sido muerto ni herido: es verdad que eran gente escogida, valiente, fiera; que sus arneses eran finísimos y sus corceles inmejorables; pero á pesar de esto los buenos hermanos conocian que era una imprudencia sostenerse en el campo cuando todos habian huido, y cuando se acercaba el grueso del ejército del rey, que seguia de cerca á su vanguardia.

Por el momento no habia peligro, y Leila triunfaba en detalle, puesto que, la mayor parte de los escuadrones del rey que habian entrado en batalla, habian seguido el alcance, y solo habia quedado el señor Juan Tenorio con un centenar de lanzas, martillándose inútilmente con los soldados de Leila, y viéndose obligado á ciar á pesar de sus esfuerzos.

Leila, irritada por aquel obstáculo, rompió por todo, y con una hábil evolucion desfiló por el flanco del escuadron de Juan Tenorio, poniéndose en persecucion de los soldados del rey que perseguian á los de don Enrique, y siendo perseguida á su vez por los de Juan Tenorio.

Leila, frenética, desesperada, sin reparar en el peligro, buscaba á Men Rodriguez, como se busca á la ventura una cosa perdida: aquejada por su ansia, ensangrentando incesantemente los hijares de su magnífico corcel árabe, muy pronto adelantó á su escuadron, hollando los muertos y los heridos, terrible rastro que dejaban tras sí los escuadrones del rey: de repente dió un grito de placer: un caballero solo, arrastrado por su caballo al que no podia contener, salió de entre los escuadrones enemigos y se lanzó en el campo, desbocado en direccion opuesta, y pasó muy cerca de ella; aquel caballero era Men Rodriguez de Sanabria; aquel corcel Balax, el famoso caballo de batalla del rey, que arrojaba un raudal de negra sangre, herido en el cuello, herida que sin duda le habia enfurecido y desbocado.

Leila revolvió su caballo y se lanzó á rienda suelta en pos de Balax, que corria hácia el escuadron de Juan Tenorio, y al que seguian, aunque á larga distancia, Juan Diente, Pero Lope de Padilla y una veintena de ballesteros de maza.

Pero Leila no hubiera podido alcanzar á Balax (con tal velocidad corria) si el noble animal, desvanecido por la perdida de la sangre, no hubiera caido arrastrando consigo á su ginete, á una distancia igual del escuadron de Juan Tenorio, del de Leila y de los ballesteros de maza.

Leila se arrojó del caballo, y llegando á Men Rodriguez, le puso la punta de la espada al rostro, y le dijo con voz temblorosa por la impaciencia y por la conmocion.

—¡Sois mi prisionero, señor Men Rodriguez de Sanabria!

—¡Matadme, esclamó el jóven sin mirar á Leila, porque un Sanabria no se entrega á un enemigo que no le ha vencido!

—¡Que os mate, que os mate! esclamó Leila; ¿sabeis lo que habeis dicho? ¿creeis que yo os puedo matar?

Men Rodriguez se volvió trabajosamente y alzó el semblante á mirar á Leila, escitado por lo singular de su acento y su timbre mujeril.

—¡El paje Gaston Tellez! ¡el paje de doña Isabel Nuñez de Lara! esclamó con admiracion.

—¡No! ¡no! esclamó Leila, sino una mujer que os ama, que necesita poseeros, ser vuestra: pronto, pronto, rendíos, caballero.

—No.

—¡Se acercan! ¡se acercan! esclamó Leila, arrojando una mirada indescribible al escuadron de Juan Tenorio y al de Pero Lope de Padilla, que avanzaban por dos distintas direcciones á igual distancia que los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, que cargaban por otro punto, aguijados por Pero Alvarez, á quien su lealtad y su interés aconsejaban salvar á su señora; ¡se acercan! ¡contestadme, señor! ¡contestadme! ¿os habeis casado con doña Beatriz Zapata y Tellez?

—Si.

—¡Ah! esclamó furiosa Leila: y ¿la amais como amabais á doña Isabel Nuñez de Lara?

—Si, esclamó Men Rodriguez, exhalando toda su alma en aquel monosílabo.

—Así, pues, en ella me vengaré de vos, esclamó Leila con acento terrible.

—Os engañais, porque nadie se venga en un cadáver.

—¡Muerta!

—¡Si, muerta! ¡muerta!

Leila no esperó á saber mas: por un momento levantó furiosa su espada sobre Men Rodriguez, pero la faltó valor, retrocedió y saltó sobre su caballo en el momento que llegaban Juan Tenorio, Pero Lope de Padilla y Juan Diente.

—Adios, adios, señor Men Rodriguez, dijo, haciendo botar su caballo: adios, vosotros todos, miserables, añadió volviéndose á los dos caballeros y al ballestero; pronto me volvercis á ver.

Y lanzó su caballo, rodeó su escuadron, y se dejó ir, con la velocidad del huracan, sin haber perdido un solo hombre, corriente abajo del Najerilla.

—¡Doña Ana! esclamó maravillado Juan Tenorio.

—¡Leila! dijo abriendo enormemente la boca Pero Lope de Padilla.

—¡Gaston! esclamó Men Rodriguez saliendo de debajo de Balax, ayudado por Juan Diente que habia echado pié á tierra.

—¡El paje de Santi-Ponci! murmuraba entretanto Juan Diente.

—¡El diablo! señores, ¡el diablo! dijo Pero Lope de Padilla: una mujer infernal de quien tengo la desgracia de estar enamorado.

—¡Ah! ¡vos tambien! dijo Juan Tenorio.

—¡Cómo, señor repostero! ¿tambien os ha hincado el diente en el corazon esa maldita?

—No sé lo que me ha hincado, pero os juro que me las ha de pagar.

—¡Oh! dijo Juan Diente, murmurando sus palabras en voz baja por respeto: paréceme que esa mujer se me ha de cruzar en mi camino, y que nadie mas que yo ajustará con ella la cuenta final.

Entretanto se habia alejado de tal modo Leila con su escuadron y su bandera, que nadie pensó en perseguirla. Sin embargo, algunos escuadrones de la gente del rey que se acercaban de refresco, corrian á rienda suelta con visibles, intenciones de alcanzar á aquel escuadron fugitivo.

Nadie pensó por el momento mas que en socorrer á Men Rodriguez.

—¿Estais herido, señor? le preguntó con una ansiedad casi paternal Juan Diente.

—No, no, por desgracia, amigo mio, contestó el jóven.

Aquel *no por desgracia*, desgarró el corazon del feroz ballestero, porque comprendió que, muerta doña Isabel Nuñez de Lara, Men Rodriguez ansiaba la muerte.

—Pero ¿cómo ha sucedido? íbais junto á nosotros que no os perdiamos de vista: porque si os hubiera acontecido una desgracia, el rey nos hubiera hecho pedazos, dijo con su ruda franqueza el ballestero mayor.

—No sé, no sé: de repente Balax se encabritó; dió un bote, que encontrándome desprevenido, por poco me arroja de los arzones, y partió desbocado.

—El pobre Balax está herido en el cuello; pero afortunadamente no morirá: seria un dolor perder tan magnífico caballo: esto no es otra cosa que una cicatriz mas, que honra al noble animal.

—Vamos, señores, vamos á Nájera, donde ya tendremos nuestras posadas, dijo Juan Tenorio: ¡cuando pienso, que casi no ha habido tiempo entre la arremetida y la victoria para matar tanta gente! de esta hecha, amigo Juan, paréceme que tienes el gusto, el imponderable placer, de romper el cráneo al bastardo. Vamos, señores, vamos á Nájera ¿Pero qué esto? ¡el rey se vuelve! ¿habrá sido la huida una celada?

En efecto, el rey habia cesado en el alcance y se volvia: no podia concebirse sino que habian salido de la ciudad fuerzas superiores; pero por el contrario, solo se vió, que los fugitivos, de quienes se habia apoderado un terror pánico, encontrando lleno el puente levadizo, se arrojaban huyendo de las espadas de las gentes de don Pedro á los fosos. Por otro lado, fue necesario que los de la ciudad abriesen un boquete en el muro, para que entrase don Enrique.

Men Rodriguez montó en el caballo de un ballestero, y con Juan Tenorio, Pero Lope de Padilla y sus gentes se encaminó al encuentro del rey.

Cuando llegaron, encontraron á don Pedro pálido, y convulso, que decia á sus ballesteros de maza:

—Recorred el campo, y matad, matad, hijos mios: no prendais, matad.

Y los ballesteros se estendieron por el campo, empezando su horrible tarea en los rezagados y los heridos.

De improviso se presentó un mancebo, llorando á grandes gritos. Era un escudero del rey.

—¿Por qué lloras de ese modo, Alvaro? le preguntó el rey.

—¡Ah, señor! acaban de matar á mi lado junto al puente levadizo á mi tio; y á mi mismo me han matado el caballo.

El rey palidecia de una manera singular: fuese que, predispuesto por la prediccion del sacerdote que le habia salido del encuentro en Santo Domingo de la Calzada, viese en el dolor de su escudero una confesion del augurio, y le adandonase la firmeza, fuese otra causa cualquiera, mandó emprender inmediatamente la marcha hácia Sevilla.

—¿Pero señor, se atrevió á decirle Juan Diente: se vuelve vuestra señoria, sin coger el fruto de la victoria que es la cabeza del bastardo?

—¡Quién se atreve á contrariarme! esclamó el rey midiendo de alto á bajo con una furiosa ojeada á Juan Diente: á Sevilla, caballeros, á Sevilla.

El brabio ballestero bajó la cabeza, y cabizbajos, como él, aquellos valientes soldados, siguieron al estandarte real que volvia la espalda, malográndose uno de los mas hermosos triunfos del rey don Pedro.

—¿No os lo decia yo, esclamó Juan Diente al oido de Men Rodriguez? el rey está loco.

El jóven suspiró y no contestó, porque creia estar loco tambien.

. . . . . .

El único fruto que sacó don Pedro de la brillante y malograda batalla de Nájera, fue que el rey de Aragon se aterrase y firmase una paz ventajosa para Castilla, y que don Enrique huyese de nuevo á Francia, temiendo ser vendido por el rey de Aragon. Por lo demás, viviendo don Enrique la guerra civil vivia, y con ella la amenaza lanzada á la cabeza del rey don Pedro.

LIBRO DÈCIMO-NOVENO.

CAPITULO PRIMERO.

En el que se sabe lo que fue de Leila.

Pasaron dos meses: era el otoño: en una de esas tranquilas y límpidas alboradas que esta estacion ofrece en Andalucía, dos ginetes jóvenes, cabalgando en dos malisimos rocines, marchaban por el camino de atraviesa de Sevilla á Santi-Ponce. Los cuartagos tropezaban aquí, hacian una genuflexion allá, y sus ginetes se veian en la continua necesidad de estimularlos con sus varas, para que anduviesen algo mas de prisa que á paso de tortuga.

Estos dos ginetes, á juzgar por sus trajes, eran hombre y mujer, y por las apariencias de este mismo traje villanos; pero villanos, sin duda, bien acomodados, porque ella vestia telas finas, y llevaba al cuello una cadena de oro, y él debajo de su gambax burdo, dejaba ver una buena espada y una escarcela, que, á veces, á impulsos de un brusco movimiento, sonaba de una manera metálica, como si estuviera llena de monedas de oro.

Entrambos llevaban el rostro cubierto con antifaces, no sabemos si por guardar el incógnito ó por reservarse del polvo del camino. Lo que únicamente podia juzgarse de ellos era su gallardía, la rica cabellera negra del hombre, y el cuello blanquísimo y voluptuoso de la mujer y dos anchas trenzas color de oro que salian por bajo de su toquilla.

Ninguno de ellos hablaba una sola palabra: adelantaban cuanto de prisa podian por el camino, y al cabo llegaron á una encrucijada á poca distancia de Santi-Ponce: entonces el hombre tomó por el camino de la derecha, dejando á la izquierda el pueblo, y aventurándose con la mujer entre las frondosas huertas, que

se estendian á un lado y á otro del camino que habia tomado.

A poca distancia torcieron por un nuevo y mas estrecho sendero y adelantaron por entre una espesa alameda, cuyas frondas, cruzándose é interceptando la luz, establecian una claridad vaga y casi fantástica: al cabo de andar un cuarto de hora por el sendero de la alameda, se detuvieron delante de una torre chata, denegrida, coronada de jaramagos y brezos, y cuyos muros entapizaban, brotando de las grietas, tupidas yerbas parásitas. Alguna ventana rasgada acá y allá, sobre las que caian en festones la yedra y la madreselva, demostraban, por estar guarnecidas de vidrieras de colores, que aquella ruina estaba habitada: una estrecha puerta, forrada de hierro y cerrada, la servia de ingreso, y por un boquete situado en la parte superior de la torre, salia de tiempo en tiempo una débil ráfaga de humo.

El hombre desmontó, ayudó á desmontar á la mujer y llegando á la puerta, dejó caer por tres veces el enorme y tosco llamador de hierro sobre el clavo que le servia de asiento. Poco despues se oyeron en el interior sordos pasos, rechinó un cerrojo, se abrió un ventanillo y apareció confusamente una cabeza humana tras los espesos barrotes de una reja.

—¿Quiénes sois? ¿qué quereis? dijo una voz displicente.

El hombre sacó un pergamino enrollado de su escarcela y le introdujo en silencio por la reja: miróle el de adentro, hizo rechinar otros tres cerrojos, y la puerta se abrió rechinando sobre sus mohosos goznes.

Entonces apareció un personaje que solo hemos visto una vez, pero que debemos conservar en la memoria: era Jonatham-Abi-Arum-Ebn-Sina, el judío con quien habia concluido un pacto de odio y de crímen Leila, y que habia fingido un horóscopo terrible al rey don Pedro.

El pálido y macilento rostro del judío y su alta y descarnada estatura, destacándose sobre el fondo lóbrego del interior de la torre, con su larga hopalanda negra y su gorro puntiagudo, le daban una apariencia fantástica.

—Entrad, y meted dentro vuestros rocines, dijo despues de haber examinado atentamente y al trasluz el pergamino en que nada absolutamente se veia escrito: á mas de que no seria seguro dejar fuera esos vichos, es necesario evitar que se conozcan visitas á esta torre: entrad, y entrad pronto.

El hombre tiró de los caballos, entró con ellos, acompañado de la mujer en la torre, el judío cerró, y poco despues los tres personajes, subiendo una estrecha escalera de caracol, se encontraron en el laboratorio del astrólogo que ya hemos descrito en otra ocasion: en uno de los hornillos habia fuego encendido, sobre el fuego una tartera de arcilla llena de arena gris, y sobre la arena una retorta.

El judío miró de una manera cuidadosa á sus visitantes, y luego fue á un armario, tomó de él una redoma que contenia un liquido color de oro, vertió algunas gotas del líquido en un paño y luego mojó con aquel paño la superficie del pergamino que le habia dado el hombre: instantáneamente aparecieron en él caracteres rojos africanos.

El contenido era conciso:

«Yo soy la mujer, decia, con quien hace cuatro meses te uniste en una alianza de odio.»

—Bien, muy bien; dijo el judío, por el Dios de Abraham, que ya me cansaba de esperarte noble dama y empezaba á perder la esperanza de volver á verte.

—¡Ah! ¿deseabas volver á verme? dijo el que parecia hombre, quitándose el antifaz y dejando ver el semblante de Leila.

Pero no era la misma Leila; en los dos meses que habian trascurrido desde la batalla de Nájera, habia envejecido veinte años; estaba densamente pálida, se comprendia que respiraba con dificultad, se llevaba de tiempo en tiempo la mano al pecho, como para contener un dolor agudo, y en las estremidades de sus ojos y en sus labios habia ya arrugas: alguna vez una tos seca, rigida, la hacia llevarse un pañuelo á los labios, y cuando retiraba aquel pañuelo se le veia empapado en sangre de un vivísimo color de púrpura: Leila, largo tiempo hacia contrariada, entregada á una rabia profunda, concentrada, luchando continuamente con la cólera y con sus enérgicas pasiones, habia enfermado del corazon: de esa enfermedad terrible como la tísis, y que no concluye con la víctima sino ahogandola lentamente despues de una larga agonía.

Al oir esto el judío fue á otro anden, tomó un pequeño frasco, le quitó el polvo, el pergamino y el corcho que le cubrian, llenó de agua un cubilete, echó en él algunas gotas del frasco y le presentó á Leila.

—Toma y bebe, le dijo; esto te hará bien.

Leila rechazó con desden el cubilete.

—Mi enfermedad es mortal, dijo, bien lo sé, pero larga: me dará tiempo sobrado para vengarme, y despues que me haya vengado ¿para qué quiero yo la vida?

—Solo Dios conoce los misterios y las pasiones del corazon, dijo el judío bebiendo con cierta delicia el contenido del cubilete: solo una persona desesperada, podría despreciar este estracto de la yerba de la vida, yerba maravillosa que muy pocos conocen y á la que un gentil hubiera llamado al probarla el nectar de los dioses. Pero pues para tí es preferible la muerte á la vida, veamos qué quieres. Ante todo supongo que podremos hablar delante de esta hermosa dama.

—Esta dama, dijo Leila, quitándola el antifaz y dejando ver el rostro de Isabel-la-Libre, es tanto como si fuese hermana mia. Puedes contestarme, pues, sin recelo.

El judío acercó dos sillones á las jóvenes que se sentaron mientras él fue á la retorta y la examinó.

—Habrás recibido por medio de un escudero un pergamino mio, dijo Leila.

—En ese pergamino me pedias una pocion de aquel filtro...

—Sí, tú puedes aquí elaborar cuanto quieras: mi filtro, que hace mucho tiempo está elaborado, ha perdido su virtud y tengo mi pomo vacío. Por lo que veo estás componiéndole.

—En este momento acaba de confeccionarse.

—Veamos, dijo Leila tomando la retorta del hornillo y mirándola al trasparente: el color es bueno; probemos.

Y se fue al armario donde el judío tenia encerrados cuidadosamente una multitud de pequeños botes, abrió la alambrera, miró sus rótulos escritos en árabe y tomó uno de ellos. Luego vertió parte de su contenido en una vasija de vidrio y puso en ella algunas gotas del licor que contenia la retorta, que inmediatamente tomó un color de ópalo impuro.

—Tú has hecho mas de una vez este tósigo cuya receta te dí, dijo Leila mirando fijamente al judío.

—Una sola vez, y por cierto que me costó harto afan el obtenerlo y hacer las pruebas: la receta nada decia acerca de la elaboracion.

—¿Y para qué has necesitado este tósigo? Es costoso y tú eres miserable.

—Me lo pagaron á peso de oro, dijo el judío.

—¿Quién? insistió con interés Leila.

El judío vaciló.

—¿Acaso crees que en el estado en que se encuentra nuestro conocimiento no me lo puedes revelar todo?

—A tí sí, pero esta dama... dijo el judío volviéndose hácia Isabel-la-Liebre.

—Ya te he dicho que puedes hablarlo todo, como si estuviéramos solos.

—Pues bien, un dia vino ese feroz ballestero del rey, ese Juan Diente, y me dijo: necesito un brebaje que mate, sin dejar señales del asesinato. — Yo me negué, pero el desalmado me amenazó, me aterró, me ofreció, y al dia siguiente...

—¡Tuvo el tósigo!

—Si.

—¿Tan bien elaborado como este?

—Si, repuso roncamente el judio.

—¿Y no supiste para quién era?

—Supe que era para una mujer, y para una mujer principal.

—Pero su nombre...

—Lo ignoro.

—¿Y cómo si no sabes su nombre, sabes que ese tósigo era para una dama principal?

—Sin saber por qué tuve una gran curiosidad de conocer á la víctima.

—Pues mira, yo sé el por qué de tu curiosidad, Jonatham.

—¿Que lo sabes?

—Sí por cierto: tú te dijiste, segun sea la importancia de la persona que deba morir, así me debo hacer pagar... es una consecuencia natural de tu manía: para una mujer cualquiera un precio, para una dama otro... para una reina...

—No, no por cierto, no es una reina.

—¿Y cómo has podido saberlo?

—Escucha: yo he atribuido á este tósigo cierta virtud dependiente de la hechicería: por lo tanto dije al verdugo del rey:—Sino me decis para quién se destina este filtro, podrá suceder muy bien que yo no pronuncie al hacerlo el conjuro necesario para que produzca el resultado que se apetece.—¿Pues cómo? me dijo Juan Diente, ¿este tósigo no matará á cualquier persona que le beba?—No por cierto; sino se sabe quién es, no pueden pronunciarse con seguridad ciertos conjuros y anatemas que son precisos para que cause la muerte.—¿Y es de todo punto necesario, replicó con gran repugnancia, saber á qué persona se destina?—Al menos es necesario que me digas si es hombre ó mujer, respondí, no obstinándome en saber el nombre por evitar sospechas.

—Pues bien, me dijo, es una mujer.—¿Noble?—Si.—¿Rica?—¿Poderosa?—¿Reina?—No, no es reina, se apresuró á decir.—¿Está presa esa mujer?—Presa está.

—¡Ah! esclamó Leila, y luego añadió para sí ¡doña Isabel Nuñez de Lara!

—Pero creo que el ballestero me engañó, porque de las mujeres que tenia presas el rey don Pedro, solo ha muerto la reina doña Leonor de Aragon.

—Lo que significa que el ballestero es demasiado ladino para creer en tus charlatanerías.

—Pues estoy seguro que el señor Juan Diente estaba dominado por mí, y sentia cierto terror dentro de mi cámara.

—Pónme ese filtro en este pomo, dijo Leila, sacando uno de oro de su escarcela, y toma por tu trabajo, añadió, arrojando algunos escudos de oro sobre la mesa.

—Mas me dió el señor Juan Diente, dijo el judío arrojando una mirada ansiosa al dinero, mientras vertia gota á gota el tósigo en el pomo.

—¡Toma, perro insaciable! esclamó Leila, añadiendo algunos escudos á los que brillaban sobre la mesa.

—Toma tú en cambio: aquí hay para matar al rey, á la reina, á la Padilla, á la córte entera.

—No, yo no quiero matar al rey. Quiero despedazarle el corazon, enloquecerle, reducirle á un estado de imbecilidad á fuerza de sufrir... quiero apurar en él todos los tormentos de que puede disponer una criatura mortal: ¡oh! ¡si yo tuviera á mi alcance los tormentos de la eternidad!

—¡Infame rey! murmuró el judío, exhalando su odio contra don Pedro.

—Pues escucha: tú puedes ayudarme para vencerle.

—¿Yo?

—Si, tú.

—¿Y cómo?

—Tú debes estar en comunicacion con tus hermanos de la judería.

—Y con todos los de Castilla: el pueblo de Israel, aunque parece destruido, roto, esparcido por toda la faz de la tierra, está sin embargo unido por los intereses de la mercadería.

—Es decir que conoces...

—A todos.

—¿Y te respetan?

—Me tienen por sabio y justo.

—De modo que, podrás lograr que me sirvan en un dia dado.

—¿Y cómo quieres que te sirvamos?

—Es necesario que un dia Sevilla no tenga pan.

—Pero, en el momento, vendrian granos de muchas leguas á la redonda, el rey mandará abrir nuestros graneros... y como el trigo está á gran precio, no es negocio.

—Yo os daré lo que hayais perdido, y los intereses de vuestro dinero.

—Pero para eso se necesita un tesoro.

—¿Y qué os importa si yo os cumplo lo que pacte con vosotros?

El judío miró con envidia á Leila.

—Esta mujer condenada, dijo para sí, ha encontrado sin duda la piedra filosofal: ese secreto misterioso que me hace trabajar tanto, y que me hace gastar cuanto adquiero sin haber logrado obtener un átomo de oro.

—¿Quedamos, pues, en que consultarás á tus hermanos?

—Los consultaré.

—Pues entonces, adios, hasta dentro de quince dias.

Y Leila guardó su pomo, se puso su antifaz, tomó de la mano á Isabel que estaba profundamente pensativa, y despues de haberse despedido del judío, salieron de la torre y montando á caballo se alejaron.

—Si, si, murmuraba Leila: doña Isabel Nuñez de Lara es mujer muerta: sus amores con Men Rodriguez la han traido á este punto... ahora... ahora es necesario matar á dos mujeres... una despues de otra... la muerte de la una colmará la ferocidad del rey don Pedro ante la posteridad... la de la otra le herirá en el corazon, le volverá loco.

Leila siguió abismada en su pensamiento durante el camino, sin pronunciar una palabra, pensando en su venganza. Isabel-la-Liebre la seguia silenciosa tambien y macilenta, pensando en su perdido Pedro-el-Negro.

Así llegaron á Sevilla, pasaron las puertas sin quitarse los antifaces, cosa que no se estrañó, porque no habia ninguna ley que prohibiese usarlos, y estos incógnitos se usaban mucho, unas veces por voto y otras por conveniencia: pero si nadie reparó en ellas, era porque la atencion pública estaba fija en otro objeto, importante sin duda, puesto que de todas partes corrian á un punto determinado.

¿Qué podia ser aquello?

Leila se hizo esta pregunta, y no pudiéndosela contestar á sí misma, buscó su contestacion en uno de los que se apresuraban.

—Es el rey Bermejo de Granada, dijo sin dejar de correr el preguntado, que viene á ponerse á la merced del señor rey don Pedro.

—¡Oh! ¡oh! dijo Leila: el infante Abou 'l-Sayd apunta á un objeto doble: necesita la amistad de don Pedro, y viene á buscar á la mujer á quien adora, á su hermosa esclava, á mí. Pues bien, infante, rey, mi noble señor, voy á salirte al encuentro: pero te juro que no volverás.

CAPITULO II.

De cómo el rey Bermejo de Granada confiando demasiado en la generosidad castellana, fue á meterse en la boca del lobo.

Leila é Isabel dejaron sus cabalgaduras en un meson, y rebozadas la una en una toquilla y la otra en un tabardo, siguieron á la multitud y llegaron á la calle de la Mar cuyas ventanas y miradores estaban llenos de gente, y por la cual no podia transitarse á causa de la concurrencia: oíase á lo lejos son de trompetas y de timbales, la gente menuda se encaramaba por las rejas, y de todos puntos grítaban:

—¡Ya vienen! ¡ya vienen!

Leila llevando asida á Isabel de la mano, empujó y pudo colocarse en primera línea, á punto que pasaban los maceros de la ciudad, y despues de ellos los alguaciles, rodeando al alguacil mayor, y despues de estos los reyes de armas, con el alferez mayor, que llevaba el pendon de Sevilla, y luego el alcalde mayor y los regidores, todo esto marchando á son de timbal y trompeta, con sus relumbrones, sus plumas y sus colores chillones y abigarrados. Seguian á caballo cuatro ballesteros de maza del señor rey, luego sus heraldos, despues su servidumbre, y por último el maestre de Calatrava Diego Garcia de Padilla sencillamente vestido en medio de tanto aparato, llevando á su derecha á un grave personaje moro, magníficamente vestido, con corona de oro en la cabeza, sobre un caballo blanco, cuyas riquísimas riendas llevaban cuatro hermosos esclavos; detrás de él, formados de dos en dos y llevando en medio una fila de acémilas, cada una de las cuales mostraba sobre su carga un paramento de brocado, marchaban treinta y siete emires y granadinos á caballo, cubiertos de vestiduras riquísimas, joyas y pedrería.

Seguian cuatrocientos ginetes moros, fuertemente armados, y, por último, un escuadron de hombres de armas del rey.

Al pasar Abou 'l-Sayd por delante de Leila, como esta viese qne no habia entre la multitud que la rodeaba ningun semblante conocido, dejó ver su rostro libre del antifaz: por un acaso el rey Bermejo, que hasta entonces habia ido mirando á las ventanas, vió á Leila que le miraba como si no le conociera, con curiosidad, pero sin interés. El rey Bermejo, contuvo un momento su caballo, y dijo á Diego Garcia de Padilla señalándole á Leila:

—¿Conoceis á ese mancebo?

—¿Que si le conozco? ¡voto va! ya lo creo, como que ha sido paje de doña Isabel Nuñez de Lara. Guardeos Dios señor Gaston, añadió dirigiéndose á Leila y saludándela con la mano, saludo á que contestó la jóven levantándose levemente la gorra.

Abou 'l-Sayd la miró fijamente sin que Leila diese señales de reconocerle. Al fin pasaron.

—Con que decis, preguntó el rey moro al maestre de Calatrava, que ese mancebo ha sido paje...

—Si, de doña Isabel Nuñez de Lara. Nada tiene de estraño que ande ocioso: despues de la muerte del infante don Juan de Aragon y de la prision de doña Isabel, su servidumbre ha quedado sin acomodo.

—Y se parece enteramente á Leila, esclamó en acento ininteligible el rey Bermejo: Satanás me presenta á esa mujer por todas partes: ya he creido verla tres veces desde que entré en Castilla.

Nada mas hablaron de esto el rey moro ni el maestre y la comitiva siguió.

Isabel la-Liebre miraba con ansiedad uno por uno los soldados moros, y del mismo modo los castellanos: cuando pasó el último no pudo contenerse.

—¿Sabes que no viene entre esos Pedro-el-Negro? dijo á Leila.

—¿Y qué nos importa Pedro-el-Negro ó el blanco? dijo la jóven con desden conduciendo á Isabel-la-Liebre entre la multitud que se dispersaba.

—Esa pregunta vale tanto como si yo te preguntase ¿qué te importa Men Rodriguez de Sanabria?

—Men Rodriguez es un caballero...

—Que no te ama, mientras Pedro-el-Negro se miraba en mis ojos.

—Yo creia que ya te habias olvidado de ese bribon.

—¡Olvidarme! ¡olvidarme! pues mira no se me ha olvidado un solo dia... porque le amo, si, le amo; y si supiera que le habia sucedido una desgracia, no pararía hasta vengarme de quien la hubiese causado.

—Pues bien; vamos primero á lo que mas importa... dijo con sequedad y disgusto Leila; y luego... luego, lugar tendremos de ocuparnos de la suerte de ese lobo salvaje... á casa de don Simuel Leví... andemos de prisa; es ya tarde y necesito verle antes de que vaya al alcázar.

Las dos mujeres se aventuraron por una calleja estrecha que conducia á la judería.

—¡Poderoso, señor! esclamaba una hora despues don Simuel encaminándose con paso tardo al alcázar: ese espíritu condenado, esa maldita Leila, se ha propuesto perderme: despues de la rota de Nájera yo creia que habriamos concluido; que se habria enamorado por allá de algun caballero de don Enrique, y que se habria ido con él á gastar sus tesoros... pero no señor: se me presenta de nuevo, siempre exigente, siempre enamorada de Men Rodriguez, siempre enemiga del rey y mas misteriosa que nunca; ni aun sé donde vive... y aunque lo supiera... si lo supiera el único recurso que me queda es una puñalada... un tósigo... pero si despues algun amante encubierto, algun servidor ciego presenta al rey tanta y tanta prueba de traicion como me ha arrancado con su astucia de serpiente esa infame mujer... no... no... lo mas seguro es servirla, servirla como un esclavo... ¿y qué soy yo sino un esclavo suyo..? ¡ah rey don Pedro! ¡rey don Pedro! he aquí un amigo leal, pero imprudente, que porque no le mates por traidor, se vé obligado á hacerte traicion:

Don Simuel Leví ciego, como todos los hombres, para sus defectos, no conocia que su codicia le habia llevado á la dificilísima situacion en que se encontraba.

Y así, envuelto en sus pensamientos llegó al alcázar y tan distraido iba que no reparó en los cuatrocientos ginetes moros del rey Bermejo, que estaban agrupados en la plaza de armas, tomándolos en su distraccion por soldados del rey; pero cuando entró en el patio, no pudo menos de reparar en las acémilas con campanillas de oro empenachadas á la morisca, con alhamares de seda y oro, y los paños de brocado sobre las cargas.

—¡Soberano Dios de Moisés y de Jacob! esclamó con los ojos brillantes de codicia, ¿ha entrado su señoría en tala y saqueo en el reino de Granada?.. ¿qué es esto señor Diego Centellas? añadió volviéndose á su escudero que vagaba en el patio.

—Esto es don Simuel, contestó con gran respeto Centellas, que el rey dá audiencia al rey Bermejo de Granada.

—¡Cómo! ¿está aquí el rey Bermejo?

—Pues qué, ¿no habeis visto las lanzas y su bandera en la plaza de armas?

—No habia reparado en ello: ¡pero ese hombre está loco, señor! ¿cómo viene á meterse así en la boca del lobo?

—No lo estais vos menos, don Simuel, dijo una voz vibrante á espaldas del judío.

Volvióse don Simuel asustado y encontró tras sí al al señor Juan Tenorio, con el semblante contraido con su sonrisa de demonio.

—¿Con que, creeis, señor repostero mayor, dijo el judío que yo estoy loco cuando vengo al alcázar? dijo don Simuel, disimulando su ansiedad.

—Ya lo creo, como que el rey no hace otra cosa que preguntar por vos.

—¿Por mí?

—Cierto, desde hace quince dias.

—Pues ya no lo estraño, no, por Datan y Aviron, como que el rey no se puede pasar sin mí, ó por mejor decir sin mi bolsa.

—¿Y dónde diablos habeis estado?

—¿Que dónde he estado? dijo con misterio don Simuel: esa es una noticia que guardo para su señoría que me la agradecerá mucho. Y á propósito; ¿qué haceis vos aquí señor rico-hombre, repostero y amigo del rey estacionado en el patio entre tanto acemilero, y soldado?

—Cabalmente, yo y mis soldados estamos aquí para que no salga ninguna acémila.

—En verdad, en verdad que acémilas que se nos presentan tan ricamente paramentadas deben entrar y no salir.

—Cabalmente, lo mismo piensa el rey: ya veis, en la guerra á que le ha obligado el rey Bermejo, ha gastado muy buenas doblas, y justo es que cuando ese rey hereje, se nos viene á las manos sin haberse provisto de un seguro en regla, se le embarguen las riquezas que trae para subsanar los gastos de una guerra á que nos ha obligado.

—Si por cierto, justo, justísimo, señor Juan Tenorio, y como decis que el rey pregunta mucho por mí, voy á presentarme á su señoría.

Y don Simuel escapó del señor Juan Tenorio cuya sola presencia le causaba miedo.

Poco despues atravesaba la antecámara de embajadores; allí acompañado de Men Rodriguez de Sanabria, y el mastre de Calatrava, estaba el rey Bermejo y sus treinta y siete emires, sufriendo con paciencia la larga antecámara que le hacia pasar don Pedro.

—¿Cómo os va señor Men Rodriguez? dijo el judío deslizándose junto al jóven, que estaba sumamente pálido y pensativo.

—Sin duda que no me va tambien como á vos, don Simuel, dijo el jóven sonriendo tristemente.

—¿Que no os va tan bien como á mí, y como quien dice aun comeis caliente el pan de la boda..? ¡y de qué boda santo Dios..! con una dama tal como doña Beatriz Zapata y Tellez, tan pura, tan hermosa... y tan... y que os ama tanto... porque se la conoce que os ama... ¿dicen que el rey pregunta mucho por mí?

—Teneis al rey impaciente, don Simuel.

—¡Dinero y siempre dinero! ¡esa maldita guerra de Aragon! ¡esa infernal guerra de Granada! pero á bien á bien que ya se han firmado con Aragon las paces, y el rey de Granada se nos ha venido cantando el *miserere* y agitando el *turíbulo*. Vamos vamos, voy á ver al rey. Quedad con Dios, y no esteis tan triste; podria ofenderse de ello vuestra mujer.

Y el judío estrechó cordialmente la mano al jóven y dirigiéndose á una puertecilla se alejó de él murmurando.

—Maldito seas amen: tú, y solo tú, enamorando sin saberlo á esa tenebrosa Leila, la has obstinado y la has hecho meterse en empeños... sin tí se hubiera enamorado de otro que no la hubiera puesto, de seguro, en tales pasos... y pensar que ese montañés que ha venido de su viejo torreon sin estar acostumbrado á otra cosa que á comer almortas, y esa maldita, esa detestable Leila, esa esclava ruin, han venido para ponérseme en medio de mi camino... y pensar que no puedo deshacerme buenamente de ellos, y que estoy como un vencejo que ha caido á tierra y no puede por mas que lo intente levantar el vuelo... pero como yo pueda acercarme arrastrando, á un rivazo y dejarme caer, aunque no sea mas que sobre media vara de aire, juro á Dios que no me he de dejar caer hasta que llegue á los últimos linderos de Africa.

Y como al llegar á este punto de sus pensamientos llegaba tambien á la puertecilla á donde se encaminaba, sacó del bolsillo una pequeña llavecita dorada, abrió la puerta, entró, tornó á cerrar y se aventuró por un callejon lóbrego que, segun todas las apariencias, estaba abierto en el grueso del muro.

A un lado y otro de este pasadizo habia muchas puertas: al pasar junto á una se detuvo; habia escuchado el ruido de dos voces que le eran muy conocidas: la del rey y la de doña María de Padilla.

El rey hablaba con calor, y por la entonacion de su voz se comprendia que le dominaba la cólera: doña María lloraba silenciosamente.

—He aquí una reyecta conyugal; una de las muchas que desde poco tiempo á esta parte tienen lugar todos los dias en el alcázar: escuchemos: puede suceder muy bien que en la conversacion se cruce algo que me interese.

Y el judío aplicó el oido al grueso de la puerta.

Nos parece oportuno decir á nuestros lectores que no era don Simuel el único que escuchaba oculto, la conversacion de don Pedro y de doña María: el pasadizo de escape en que estaba oculto el judío, correspondia por una puerta de servicio á la cámara de doña María: por otra parte estaba la puerta de entrada y frente á ella la del ante dormitorio, cubierta por dobles tapices. Detrás de aquellos tapices, escuchaba tambien escondida Leila.

Aquella mujer terrible, que se habia propuesto una venganza cruel contra el rey á quien aborrecia de muerte antes del casamiento de Men Rodriguez y de Beatriz y que despues de él habia llegado con su odio hasta un grado incalculable, apenas salió de casa de don Simuel Leví, cuando dejando á Isabel-la-Liebre en una casa lóbrega, situada en una calleja no menos lóbrega, que habia elegido por escondite mas bien que por morada desde su vuelta á Sevilla, cuando se trasladó á la calle de maese Rodrigo, entró en la casa de vecindad que ya conocemos, abrió el cuarto bajo donde vivió Juan Diente y, por último se trasladó al dormitorio de doña María de Padilla.

Nadie habia en él: Leila abrió la puerta secreta, tornó á cerrarla, y, adelantando hácia el ante dormitorio, escuchó el mismo ruido de voces que don Simuel habia escuchado desde el pasadizo, adelantó aun mas hasta ponerse detrás del tapiz de la puerta que correspondia á la cámara y escuchó.

Así, pues, don Pedro y doña Maria, que se creian solos, estaban espiados de una manera doble: destino de todos los reyes que donde con menos seguridad pueden hablar es en sus palacios.

—¿Con que en fin, María, decia el rey con acento reconcentrado, os habeis declarado tambien mi enemiga?

—¡Vuestra enemiga, señor! ¡yo vuestra enemiga! contestó tristemente la dulce y simpática voz de la Padilla.

—Mi corazon y mis ojos no se engañan, repuso el rey; hace algun tiempo, desde la muerte de mi hermano don Fadrique, vuestro semblante apesarado, triste, sombrío, cuyo disgusto encubre mal una sonrisa forzada, parece acusarme á pesar de mis últimos triunfos conseguidos sobre Aragon y sobre Granada; á pesar de la paz ventajosa para mí, formada con Pedro IV, de la salida de los bastardos del territorio español, donde no se creen seguros, del restablecimiento en el trono de Mojanmet V, mi aliado, hecho por mis lanzas, acontecimientos todos que hacen brillar mi poder, haciendo que todos cerca y lejos respeten á Castilla, á pesar de todo esto que debia causaros una sincera elegría os entristeceis mas y mas cada dia y vuestra tristeza ha llegado á ser ya una enfermedad grave. Os mostrais violenta á mi lado, fria y reservada con mi hermana doña Beatriz, hasta el punto de haberme obligado á separarla de vos: hosca con mis mas leales servidores... Men Rodriguez de Sanabria, ha llegado á creer que os enoja; Juan Tenorio, mi valiente, mi leal Juan, se me queja... cuanto me es leal, cuanto se agrupa al rededor de mi trono os hace sufrir... yo mis-

mo... ya os lo he dicho, no me engaño... encuentro en vos lo que jamás habia encontrado.

—¿Y qué encontrais en mí de nuevo señor, contestó con su tristísima dulzura la Padilla.

—Otras veces cuando yo os estrechaba contra mi corazon, una sonrisa de felicidad iluminaba vuestra hermosura; aquella sonrisa era un testimonio indudable de que yo lo era para vos todo: la vida, el alma, la paz, el amor, la dicha: ahora.. ahora.. ¡cuanta diferencia! al estrecharos entre mis brazos, siento que os estremeceis: de noche en el lecho, os revolveis inquieta... gemís... vuestro sueño, antes de niño, se ha convertido en un insomnio cruel, apenado; vuestras mejillas han empalidecido, vuestros labios han perdido su puro color, vuestros ojos no tienen brillo, entre vuestros cabellos hay canas; enflaqueceis, os mostrais cada vez mas debil... y mi médico Hassan, el sabio Hassan á quien he consultado...

—¡Y qué os ha dicho Hassan! esclamó con acento ansioso la Padilla.

—Hassan me ha aterrado, María...

—¡Que os ha aterrado..!

—Si, Hassan me ha dicho que estais enferma del corazon.

—¡Como yo! esclamó roncamente Leila detrás de los tapices, mientras la Padilla murmuraba con voz trémula.

—¿Y nada mas os ha dicho Hassan?

—Y que mas podia decirme, ¿qué podia añadir que fuese mas terrible?

—Podia haberos dicho... la Padilla se contuvo.

—Seguid, señora, seguid dijo don Pedro con ansiedad.

—Si, podia haberos dicho: vuestra esposa está herida de muerte.

—¡Herida de muerte! ¡tú Maria! ¡morir tú! esclamó el rey con acento desesperado... ¡morir! ¿y tú sabes lo que has dicho? ¿sabes que jamás he pensado en que yo podria verte morir?.. ¡oh! ¡esto seria horroroo... no, no, imposible...! ¡Quedarme yo solo en el mundo! ¡no tener á mi buena, á mi noble, á mi adorada Maria, para verter en su seno las lágrimas de mi desesperacion! ¡Dios no será tan cruel conmigo! ¡no, no será, no puede ser! ¡muera mil veces antes yo!

—¡Ah! ¡señor! esclamó doña María con la voz ahogada por el llanto.

—Pero, esclamó impaciente el rey... ¡á qué esas lágrimas...! ¡qué motivo hay para ellas!

—Os estoy viendo rojo de los piés á la cabeza, señor.

—¡Ah! esclamó don Pedro apoyándose largamente de su monosílabo, con acento profundamente sombrío, y arrancándose del estrado y paseándose á largos pasos por la cámara: ¿con que ello, en fin, todo consiste en que os causo horror?

—No, no; se apresuró á decir la Padilla: la sangre de que yo os veo rojo no es la sangre que habeis vertido, sino vuestra propia sangre.

Don Pedro era supersticioso, de lo cual habia dado repetidas muestras, y se estremeció y se detuvo delante de la Padilla, al escuchar sus últimas palabras.

—¡Rojo en mi propia sangre! esclamó lúgubremente: ¡es decir, asesinado por los rebeldes!...

—Yo no sé, yo no sé, señor... pero mis sueños son horrorosos desde mucho tiempo hace; tengo miedo dentro de mi cámara... por todas partes veo fantasmas colorados, envueltos en sudarios colorados, dejando tras sí huellas coloradas... y no es solo en mi cámara, no: las veo en las nubes, las veo en la luna, las veo en la luz de mi lámpara, y si se apaga, en el oscuro fondo de las tinieblas: si salgo del alcazar y recorro las vecinas alamedas del Guadalquivir, veo las mismas visiones rojas entre los árboles, en las aguas del rio, en las quebraduras de las distantes montañas: y esas fantasmas que llevan un puñal clavado en el pecho, tienen vuestro mismo semblante, vuestra espresion sombría, la misma espresion que teneis ahora y que mostrais cuando os domina la cólera... tienen vuestra mirada, andan como vos... y algunas veces detrás de esa fantasma aterradora veo tambien las fantasmas de mis hijos... rojos los unos, lívidos y amoratados los otros... ¡mis hijos, mis pobres hijos!

—¡Ah! ¡sois una loca doña María! esclamó el rey con furor reconcentrado... y ahora recuerdo.... si.... desde el dia en que maté en esta misma cámara, por mi propia mano al traidor Sancho Ruiz de Villegas, os mostrais en ese estado horrible... ¡oh! ¡oh! ¿por qué me he casado con vos? yo hubiera necesitado una mujer fuerte... una mujer que no se hubiese aterrado á la vista de la sangre... de una sangre infame que me ha sido necesario verter para conservar la mia..... yo hubiera necesitado una mujer, que en vez de libertar á mi enemigo, vendiéndome, cuando le tenia asegurado entre mis manos, le hubiese matado por sí misma, temiendo que la voz de la sangre hubiera hablado demasiado alto en mí y le hubiese perdonado.

—¡Oh! ¡que horror! esclamó la Padilla en una entonacion tal que colmó la cólera del rey.

—Adios, señora, adios; la dijó con voz que á duras penas contenia una esplosion... he nacido maldito de Dios, y hasta la mujer á quien amo, la mujer á quien he hecho reina, la mujer por quien lo he arrostrado todo, se conjura en contra mia... adios, señora, adios, ya sé que estoy solo, solo en el mundo.

—¡Ah! ¡no! don Pedro no, esclamó con ansiedad, con una precipitacion febril la Padilla... no, no estais solo mientras yo viva... esperad, oidme...

—Adios, repitió la ronca voz del rey, y al mismo tiempo se oyó un portazo en la cámara.

—¡La muerte! ¡la muerte! esclamó la Padilla con acento desesperado.

—Morirás, dijo Leila, retirándose precipitadamente del tapiz; pero morirás deshonrada.

A penas habia cerrado Leila la puerta secreta cuando doña María entró en su dormitorio y se arrodilló delante de la Vírgen.

—¡Oh! ¡esta idea! ¡esta idea fija! esclamó: ese hombre, siempre ese hombre. ¡Ah!

Y lanzando un grito horrible cayó desmayada: el señor Juan Tenorio habia aparecido en el dormitorio.

CAPITULO III.

De cómo recibió el rey don Pedro en audiencia particular á don Simuel Levi, y en audiencia pública al rey Abou 'l-Sayd, el Bermejo, de Granada.

—En buena ocasion venimos á presentarnos al rey, decia don Simuel, separándose de junto á la puerta donde habia escuchado la anterior escena conyugal: en buena ocasion por cierto el infante Abou 'l-Sayd y yo... cuando está irritado como un leon hambriento... y es el caso que no me es posible retroceder... ya me ha visto Men Rodriguez de Sanabria, y esa fatal mujer, esa horrible Leila me amenaza desde demasiado cerca para que no me vea obligado á procurarme un medio de salida aunque sea á costa de oro y mas oro. El rey de seguro necesita dinero, y bueno será ofrecérselo antes que nos lo pida... Adelante, adelante... por muy irritado que esté, cuando sepa que tengo á su disposicion algunos cuentos de doblas..... sí, de seguro se amansará... necesito tenerle manso y contento para dar un golpe á esa infame... ¡oh! ¡oh! como yo logre dominar un tanto al rey, encontrarle en posicion para hacerle una confesion general, como dicen los cristianos... adelante, adelante.. empecemos, y que el señor Dios de Abraham y de Jacob nos proteja.

El judío apelaba á la proteccion de Dios, porque dudaba á pesar de los eficaces medios que llevaba consigo

consistentes en la nota de los fondos recaudados á los receptores; dudaba decimos de calmar la irritacion del rey porque don Simuel, persona íntima, por decirlo así, en el alcázar, espía de sí mismo, habia presenciado muchas reyertas en el matrimonió ¿y en qué matrimonio por feliz y bien avenido que sea no las hay? pero ninguna de tan profundas consecuencias. En las habidas hasta entonces, don Pedro, violento y duro hasta cierto punto, habia caido al fin en los brazos de la Padilla, dominado por su prudencia, por su amor, por su dulzura... en la ocasion presente habia salido irritado, trémulo, entregado á sí mismo, que era el peor enemigo á que podia entregarse el rey don Pedro.

Compréndese, pues, que don Simuel, despues de haber recorrido el estrecho y tortuoso pasadizo, abierto una puerta, y atravesado un pequeño y solitario retrete, levántase con temor el tapiz de una puerta que comunicaba con la cámara del rey y arrójase dentro una mirada recelosa.

Don Pedro hosco, terrible, sombrío, silencioso, se hacia ataviar por sus camareros con las insignias reales. A pesar de la inmovilidad de su semblante, y de su silencio, don Simuel, que conocia demasiado el carácter del rey, comprendió la tempestad bajo aquella amenazadora calma, y hubo de hacer un poderoso esfuerzo para dominar lo trémulo de su voz cuando dijo desde los tapices:

—¡Señor! ¡poderoso señor!

Volvióse el rey, vió á su tesorero, posó por un momento en él su mirada de fiera y como los camareros hubiesen acabado de ceñirle la corona les dijo:

—Dejadnos solos.

Los camareros salieron.

—Entra, entra, miserable, traidor, vil judío, dijo el rey volviéndose ferozmente á don Simuel, entra, quiero mirarte frente á frente, á fin de ver si tu hipócrita sonrisa puede ocultar tus perversos pensamientos para conmigo.

Don Simuel Leví, adelantó dominando su mortal ansiedad, humillado como un perro que se acerca á un amo temiendo un castigo: pero con su sonrisa particular en los labios.

—Sin duda, señor, soy yo el primero que encuentra vuestra señoría, despues de algun suceso desagradable, y dais rienda suelta conmigo á vuestra cólera. Pero no importa, señor, vuestra señoría puede y debe hacer lo que guste de su siervo, mandadme apalear, matar, despedazar vivo; si esto os puede servir de algo, yo me daré por satisfecho y honrado en demasía.

—¿Dónde has estado durante dos meses, mientras yo hacia la guerra de Aragon? le dijo severamente el rey.

—¡Qué donde he estado, poderoso Dios de Israel! he aquí que vuestra señoría me reconviene por el mas leal de mis servicios.

—¡Por el mas leal de tus servicios..! ¿y qué servicio ha sido ese? Cuéntame, cuéntame, por tu vida, Simuel, lo que has hecho durante el tiempo que has estado fuera de la córte.

—De seguro que vuestra señoría justificará mi ausencia, cuando tenga la dignacion de responderme á una pregunta que me atreveré á hacerle: ¿están muy llenas las arcas de vuestra señoría?

—No tengo en ellas un cornado, contestó con disgusto el rey.

—Vuestra señoría se engaña: tenemos en tesorería cuatro cuentos de doblas de oro.

—¡Cuatro cuentos de doblas! esclamó el rey, cuyo semblante se desarrugó un tanto al saber que tenia dinero, en el momento en que se veia obligado á echar mano á sus tesoros, enterrados en el castillo de Carmona: y ¿cómo te has procurado esta riqueza?

—¿Cómo ha de haber sido sino recorriendo los reinos de vuestra señoría, prendiendo y azotando á los receptores, y confiscándoles y vendiéndoles sus bienes?

El semblante del rey se dulcificó, pero le conocia tan bien don Simuel, sabia que llegaba á tanto el disimulo de don Pedro, que aquella apariencia de paz le asustó mas que le hubiera asustado su cólera.

—Veo que eres un vasallo muy leal, y que mereces mi confianza, Simuel. En verdad, en verdad, que debería pedirte perdon por lo mal que habia pensado de tí.

—¿Que habeis pensado mal de mí, señor?

—Si por cierto: tal me han puesto las continuas rebeldías de mis vasallos, que no me atrevo á fiarme de ninguno: ya ves, yo habia creido que temeroso de mí te habias ocupado en sublevar á tus compatriotas en mi daño y en favor de don Enrique, recorriendo á Castilla durante mi ausencia... ya ves á qué triste estado me han conducido mis buenos vasallos.

—Pero triunfais, señor; Dios está de vuestra parte, y os ha permitido quebrantar la soberbia del aragonés, y obligar al rey Bermejo á que venga á pediros gracia.

—¡El rey Bermejo! ¡el rey Bermejo! ¡el hombre que se ha atrevido á hacerme mal tercio obligándome á una guerra, distrayéndome de la de Aragon, y forzándome á firmar una paz que no me satisface!.. sin embargo, se viene á nuestra merced, y bueno será que le demostremos que la generosidad está de nuestra parte... oye, Simuel, quiero, para prevenirlo todo, que me guardes al rey Bermejo.

—¡Cómo, señor! ¿me haceis alcaide de un rey moro?

—No alcaide, verdaderamente alcaide, no; pero quiero que ya que viene á sometérsenos, nuestra hospitalidad sea régia. Es necesario que le aposentes en tu casa en la judería.

—Le aposentaré, señor.

—Además que los treinta y siete emires que le acompañan, sean aposentados dignamente en las casas de los judíos mas ricos.

—Se les aposentará.

—Y escucha: necesito saber dia por dia, hora por hora, minuto por minuto, lo que hagan, lo que digan, y si es posible, lo que piensen el moro y sus caballeros: quién los visita, con quién tratan...

—Lo sabreis, señor.

—Ahora bien; ¿tienes en tu poder esos cuatro cuentos de doblas?

—Si señor.

—Pues bien; paga á mi ejército, que ha sufrido demasiado en esta campaña: además, compra la casa que fue de Gomez Carrillo, alhajala y ponla en disposicion de que viva en ella Men Rodriguez de Sanabria con su esposa, con el decoro que debe vivir en mi córte un rico-hombre á quien distingo.

—Muy bien, señor.

—Y escucha: no escasees: yo los he casado, y como hasta ahora no he podido hacerles mi regalo de bodas, quiero que por lo mismo que es tardío, sea magnífico.

—Muy bien, señor, apuraremos el fausto.

—Gasta, gasta, mi buen Simuel: afortunadamente para que estos gastos no nos arruinen, tenemos ahí al rey Bermejo, á quien haremos pagar caro su perdon.

—Segun he visto por las acémilas que hay en el patio del alcázar, el rey moro se ha prevenido, y, sin duda, su presente sobrepujará á nuestras esperanzas.

—Bien, por lo mismo, Simuel, quiero, cuando tan rendido se nos muestra, que nada tenga que decir de nosotros; ni aun quiero que le falten las consideraciones de príncipe, ya que no de rey, que no puedo concederle, como aliado de Mojammet, á quien acabo de reponer en su trono: por lo tanto he mandado á Martin Yañez, mi camarero, que con cincuenta ballesteros de maza dé guarda de honor en tu casa al infante Abou 'l-Sayd.

Don Simuel palideció al saber que en su casa habia gente del rey.

—Te lo aviso esto, Simuel, dijo el rey, notando la turbacion de su tesorero, para que al ver á mis buenos ballesteros guardando tu casa, no te asustes, no lo interpretes... ahora, Simuel, vamos á dar audiencia al moro, á quien hemos hecho esperar demasiado y estará impaciente.

Dicho esto el rey abrió una puertecilla, y salió de la cámara seguido de don Simuel que iba, como suele decirse, mas muerto que vivo.

Atravesaron algunas cámaras reservadas, y al fin don Pedro abrió otra puerta y entró en la sala de embajadores, donde solo habia dos camareros.

—¡Oh! les dijo el rey, sentándose en el trono; ¡mi córte á mí! y despues que sea introducido ese que se llama rey moro, tú, Simuel, mi buen amigo, permanece aquí á los piés de mi trono.

—Estoy preso, murmuró en acento ininteligible el tesorero.

Poco despues los altos oficiales de la casa del rey, los rico-hombres de su cámara, sus donceles y algunos de sus ballesteros de maza, rodeaban el trono y llenaban los ángulos de la cámara cercanos á él: entre la córte y juntos por acaso, estaban Men Rodriguez de Sanabria y el señor Juan Tenorio. El primero estaba triste, pálido, meditabundo; Tenorio, contrariado y sombrío.

Poco despues se levantó el tapiz de la puerta, y un rico-hombre de la servidumbre del rey dijo desde ella.

—¡Señor! un infante moro que se intitula el rey de Granada Abou 'l-Sayd, solicita de vuestra señoría que se le reciba en audiencia.

—Haced entrar á ese que se llama rey, dijo don Pedro desde el trono.

Un momento despues se descorrió el tapiz, y entró Abou 'l-Sayd, entre don García de Toledo, que habia sucedido en el maestrazgo de Santiago á don Fadrique, y don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava. Seguíale un anciano wazir llamado Edris-ebn-Edris, trás él el jeque Jacub, á quien vimos en otra ocasion en el alcázar de Cádiar (1); trás este, treinta y cinco emires granadinos, y, al fin, dos esclavos que llevaban sobre sus cabezas dos enormes bandejas cubiertas con paños de brocado.

Adelantó Abou 'l-Sayd, hincó una rodilla en la primera grada del trono, y besó como en señal de vasallaje la mano del rey don Pedro que se apresuró á levantarle. Entonces uno de los emires, destinado á ser intérprete de Abou 'l-Sayd, adelantó, se inclinó tres veces profundamente, y dijo conservando su posicion encorvada y humilde, en nombre del rey Bermejo:

—Poderoso señor rey de Castilla: Dios prospere tus venturas y haga tu reino mas temido que lo es ya por su poder y te colme de dones y grandezas. —Mi señor, el rey Abou-'l-Sayd-ebn-Jucef-ebn-Mojanmet-ebn-Aljamar, sabe que los reyes de Granada que fueron antes que él, desde la dinastía Nazerita, son vasallos y tributarios de los poderosos reyes de Castilla.—Reconociendo mi noble señor este feudo y vasallaje, trae ante tí, justo y magnífico rey, á quien el Dios único y vencedor ensalce, su querella contra Mojanmet-ebn-Jucef, que se llama rey de Granada.—Tú como señor árbitro, juzgarás y sentenciarás entre ellos. Los moros maltratados, ofendidos por la molicie, por los vicios y por las tiranías de Mojanmet, le arrojaron del trono y colocaron en él á mi señor. —Pero Mojanmet, comprendiendo sin duda tu grande y noble corazon, supo hallar gracia en tus ojos, y ayudándole tú, ha logrado de nuevo sentarse contra la voluntad del reino en el trono de Granada. El resultado de una nueva guerra entre mi señor y Mojanmet, no seria dudoso, porque el reino aclamaria á mi señor antes de que desnudase la espada. Pero Mojanmet ayudado por tu invencible poder, es invencible. La suerte de la guerra está vedada á mi señor que teme que, emprendiéndola de nuevo, y protegiendo tú á su enemigo, faltaria á su lealtad de vasallo. —Por estas razones, poderoso señor, el rey Abou-'l-Sayd, mi amo, comparece ante tí confiado en que en tu sentencia resplandecerá tu justicia.

Mientras el emir hablaba, el viejo wazir Edris, ennoblecido con su barba larga y blanca que le daba un aspecto venerable, tenia la mirada fija en el rey don Pedro, pretendiendo adivinar por la espresion de su semblante lo que tuviese que esperar ó temer Abou-'l-Sayd. Pero como el rey don Pedro se mostrase impenetrable, apenas acabó su plática el intérprete, cuando Edris dijo en mal castellano, pero inteligible, las palabras que traducimos á continuacion:

—La justicia tuya, poderoso señor rey de Castilla, resplandecerá al sentenciar esta querella, pero si no fuese favorable á mi amo, este espera, le permitirás pasar el mar con su comitiva, é ir á Africa, donde vivirá apartado de las ambiciones y grandezas humanas.

Despues de esto, el rey guardó durante algunos momentos silencio, como si se tomase tiempo para meditar su respuesta, momentos que fueron siglos de ansiedad para Abou-'l-Said y sus caballeros: al fin el rey dijo con acento grave y semblante glacial á Edris.

—Sin duda, que vuestro señor ha obrado sabiamente en someterse á mi decision, puesto que al sentenciar su querella con Mojanmet obraremos en justicia: y si antes de tomar las armas hubiera recurrido á nos, como ahora recurre, sin duda que se hubieran evitado grandes desmanes y peligros; confiad pues en mi justicia, y ocupad sin temor los aposentos donde hemos mandado honre á vuestro amo y os asista, mi tesorero don Simuel Leví.

Al acabar el rey de pronunciar estas palabras Abou-'l-Sayd se inclinó, y con él todos los suyos, y esclamaron en árabe á una voz:

—¡Señor que Dios te conserve!

Luego Edris hizo adelantar á los dos esclavos, que se arrodillaron delante del trono, y descubriendo las bandejas dejaron ver á los asombrados caballeros, torrentes de luz emanados de riquísimas pedrerías y de alhajas de inestimable valor.

—Señor, dijo el wazir Edris: mi amo te suplica aceptes esta pequeña muestra de su respeto y de su amor: bien hubiera querido hacerte un don digno de tan grande rey como eres; pero las guerras y las desgracias han empobrecido á mi señor, y te da lo que tiene, no lo que quisiera.

—¡Santo Dios del Sinaí! esclamó el tesorero del rey, mirando con asombro las bandejas: ¡ese desalmado Abou-'l-Sayd ha metido los brazos hasta los codos en el tesoro de Granada y dice que está pobre!

Entretanto el rey don Pedro, despues de haber aceptado friamente el homenaje de Abou-'l-Sayd, se levantó del dosel, mandó á don Simuel Leví se entregase de aquellas joyas y condujese á la judería al moro y su comitiva, y llamando al maestre de Santiago, salió con él por la puertecilla por donde habia entrado.

Cuando el rey despidió al maestre este estaba pálido y contraido.

—¡Esto es una traicion, una traicion horrible! esclamaba adelantando por las solitarias galerias... ¡y en mi casa!... ¡oh! ¡oh!

Al salir el maestre del alcázar se encontró con Juan Tenorio.

(1) Por un error de caja se estampó en el final de la segunda columna de la página 222: alcázar de Córdoba, en vez de alcázar de Cádiar: el temor de que se crea que ignoramos que Córdoba en la fecha de nuestra accion estaba conquistada por los cristianos, nos obliga á rectificar esta equivocacion.

—¡Ah! ¡ah! señor repostero mayor le dijo; muy distraido vais.

—Que quereis, en estos tiempos nunca falta en qué pensar, contestó Tenorio.

—¿Quereis ser de los mios esta noche? repuso el maestre.

—¿Y para qué?

—Esta noche doy de cenar al rey Bermejo de Granada.

—¡Ah! ¡dais de cenar al rey Bermejo!.. pues mirad: siento no ser uno de tantos, porque aquello estará divertido... pero...

—Ya... teneis alguna cita...

—Si... una cita.

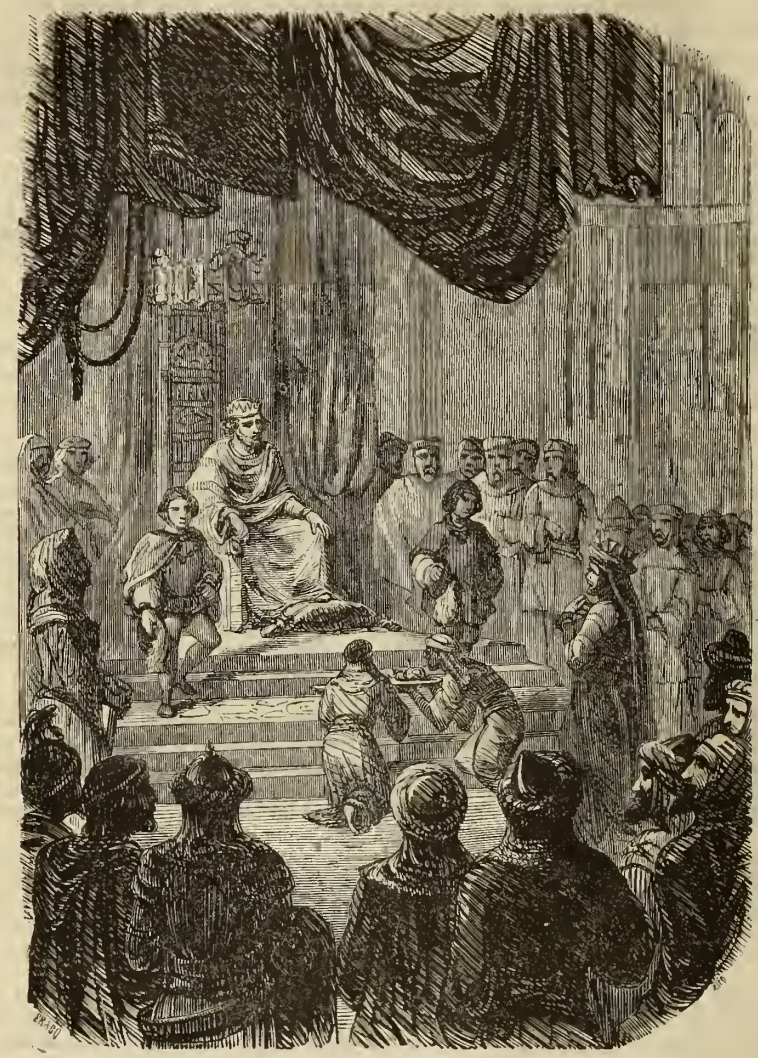
—¿Amorosa?

—Si, ciertamente... una cita de amores...

—Entonces es necesario envidiaros... sois mas feliz que yo: adios señor Juan Tenorio.

—Adios, don García.

Y entrambos tomaron en distintas direcciones.



El rey Bermejo de Granada en el alcázar de Sevilla.

—¡Una cita de amores, dijo Juan Tenorio! si ciertamente: una cita de amores que me he dado yo mismo: es inconcebible lo que me sucede con esa mujer; acabo de verla á mis piés desmayada, inerte... y no me he atrevido... pero me he procurado la llave, la preciosa llave por donde en otro tiempo llegaba hasta la reina doña María... y esta noche... sí, esta noche, jugaremos el todo por el todo.

De repente el señor Juan Tenorio se detuvo: delante de él habia pasado un mancebo, y su mirada rápida como un relámpago y aguda como un puñal se habia clavado en sus ojos.

—¡Doña Ana! esclamó asombrado Tenorio... y se puso en su seguimiento.

En efecto aquel mancebo era Leila.

CAPITULO IV.

De la manera cómo se quitó de encima Leila á Juan Tenorio y de su misteriosa partida.

Leila, á pesar de que habia visto y sido vista por Juan Tenorio, lo que la contrarió sobremanera, no caminó mas deprisa, ni demostró temor: habia perdido su antifaz en la comunicacion secreta, y esta pérdida habia sido fatal: parecia que un demonio presidia hasta los menores incidentes de la vida de Leila.

Es de advertir, que, aunque Juan Tenorio no estaba enamorado de ella, porque Tenorio no habia nacido para sentir el amor, todo cuanto emanaba de aquella singular mujer le maravillaba: conservaba un re-

¿Es vuestra señoría el rey de Granada?

cuerdo profundo de la última vez que hablaron en la casa del Muro de los Navarros y la desaparicion de la jóven, su encuentro inesperado en la batalla de Nájera, en un lugar y con un traje tan estraño á una dama tan hermosa y que parecia tan delicada, y, por último, su reciente encuentro, habian hecho crecer á Leila de una manera colosal ante Juan Tenorio.

—Es necesario que esa mujer sea mi querida, dijo.

Y, apresurando el paso, la alcanzó; pero en el tiempo que habia mediado desde su encuentro hasta que pudo hablarla, Leila tuvo lugar de prepararse.

—Que Dios os guarde, hermosa señora, la dijo: por fin pareceis... por fin logran veros los que viven desesperados por vos.

—¿Por quién me tomais caballero? dijo Leila, volviéndose con estrañeza.

—Os tomo por lo que sois, por la mujer mas hermosa, y que mas vale de cuantas he visto hasta ahora.

—Sin duda estais loco, ó quereis burlaros de mí; si lo primero, buscad un físico: si lo segundo, pasad de largo, porque si insistis en vuestra burla, os pudiera pesar.

Miró profundamente Tenorio á Leila, temiendo haberse equivocado, pero su exámen solo sirvió para afirmarle en su creencia de que la persona que tenia delante no era otra que aquella misma doña Ana con quien habia contraido un empeño.

—Si no fuérais lo que sois, dijo Tonorio, de seguro que no dejaria pasar sin recogerlas vuestras últimas palabras, y una vez recogidas y obrando en consecuencia á ellas, veriamos á quien habia de pesar esta aventura.

—Teneis un defecto insoportable, señor Juan Tenorio, esclamó Leila, queriendo salir á todo trance de aquel encuentro que la contrariaba.

—¿Y qué defecto es ese, hermosísima señora?

—Os responderé, aunque sigais tratándome bajo el aspecto en que os hace verme una equivocacion que ahora comprendo y que me causa risa; vuestro enorme defecto, señor Juan Tenorio, consiste en que sois demasiado jactancioso.

—¡Decis que comprendeis mi equivocacion! dijo Tenorio, dejando de contestar las últimas palabras de Leila. Luego, estoy equivocado.

—Si por cierto, y no me estraña: me tomais por mi hermana.

Y Leila, aunque no tenia ganas de reir, soltó una alegre y burlona carcajada, tan admirablemente fingida, que hizo vacilar á Juan Tenorio.

—¿Os reis? dijo.

—¿Pues no he de reirme, voto va? habeis, sin duda, visto á mi hermana, habeis cometido, acaso, la imprudencia de decirla que la amais mas que á todas las que habeis creido amar, la habreis tratado á vuestra manera, y ella, mujer de corazon, que jamás miente, os habrá dicho...

—En efecto, vuestra hermana me ha dicho, esclamó Tenorio, mirando fijamente á Leila, y con profunda intencion, la única vez que la he visto: no os amo ni os amaré: he querido veros por un capricho y os he citado...

—Comprendo: mi hermana habrá oido sin duda hablar de vos... creo que yo mismo la he hablado de vos varias veces... y aun la he aconsejado...

—¡Que la habeis aconsejado! esclamó Tenorio sin apartar su intensa mirada de Leila: ¿y qué habeis aconsejado á... vuestra hermana?

—Sois noble, valiente: vuestro carácter conviene con el mio, y no me hubiera pesado el contaros en mi familia... pero mi hermana... sabedlo de una vez, señor Juan Tenorio, es demasiado altiva y vos sin duda habeis cometido alguna imprudencia con ella.

—Vuestra hermana me quitó toda esperanza.

—¡Y vos la amenazasteis, sin duda, con haceros amar, como si el amor pudiera imponerse...!

—Yo contaba con que mi rendimiento...

—Por ahi debiais haber empezado... ¡pero ya se ve! vos, acostumbrado al fácil amor de las cortesanas, os irritasteis ante la resistencia de una mujer pura y altiva.. esta lucha, este empeño, acaso, os hayan enamorado de veras, hasta tal punto, que, ciego por vuestro empeño, no habeis notado las ligeras diferencias que me hacen desemejarme algo de mi hermana, á quien, por lo demás, lo confieso, me parezco de una manera maravillosa. Por lo mismo no habeis visto en mí al paje Gaston Tellez de Ulloa, sino á su hermana... es necesario pues disculparos, señor Juan Tenorio, pero con la condicion de que no insistais en vuestro error.

—Os creo caballero, os creo, dijo Juan Tenorio y espero que mi error tendrá disculpa en el amor frenético que me ha inspirado vuestra hermosa y noble hermana. ¡Oh! ¡cuanto me hace sufrir con su rigor!

—¿Me decis esas palabras para que yo se las trasmita?

—Ciertamente: pero debo añadir, para que esa trasmision no os parezca indigna de vos, que os pido á vuestra hermana por esposa.

Detúvose Leila y fijó en Juan Tenorio la profunda mirada de sus poderosos ojos garzos, de tal manera que le hizo palidecer.

—¿Habeis meditado bien lo que habeis dicho? preguntó al repostero mayor.

—Hace mucho tiempo caballero que conozco, que para vivir bien, necesito que vuestra hermana sea mia.

—Os juro, dijo Leila, que mi hermana será vuestra si la vida que traeis, no os mata en algun tiempo.

Brillaron de una manera singular los ojos de Juan Tenorio.

—¿Y estais seguro de que vuestra hermana..?

—Si, seguro hasta tal punto, que sé que si no hubiérais sido imprudente con ella en la ocasion en que os llamó, no os hubiera tratado con tanta dureza.

—¿Sabeis?

—Lo se todo.

—¿Y decis...?

—Que si cedeis en vuestro empeño, que si confesais que doña Ana solo podrá ser vuestra por medio del matrimonio y del amor rendido, intenso, noble, puro, que ella desea inspirar, será vuestra.

—Necesito escuchar esas palabras de la boca de vuestra hermana.

—Las escucharéis.

—¿Cuando?

—Pronto.

—¿Donde vivis?

—Perdonadme, pero tengo interés en que no conozcais nuestro retiro.

—¡Ah! ¡sí, es verdad! ahora conozco que sois muy imprudente en andar por Sevilla en medio del dia, despues de haberos dejado ver á la luz del sol en la batalla de Nájera.

—A veces las imprudencias no son nuestras sino de la casualidad... por lo tanto no os ofendais, si no os llevo á mi casa...

—Pero ¿la veré?

—La vereis.

—¿Donde? ¿cuándo?

Meditó un momento Leila.

—Aun no he pensado en ello, dijo; además, necesito consultar con mi hermana; yo os avisaré.

—Os juro que espero desde ahora ese precioso aviso, dijo Tenorio, asiendo la mano que Leila le presentaba y estrechándola con pasion.

—Y yo os juro por mi alma, dijo Leila, dejando ver por un momento una ardiente mirada y una sonrisa de amor, que vuestra paciencia recibirá un hermoso premio.

—¡Pero por qué mortificarme! esclamó Tenorio, creyendo, por aquella mirada y aquella sonrisa, que Leila se entregaba... ¿por qué mi amor...?

—Una imprudencia os hizo perder la vez pasada á doña Ana, dijo Leila, cambiando enteramente de espresion; cuidad de no volver á ser imprudente, si teneis empeño de que sea vuestra. Nada mas me preguntéis, ni me acompañeis mas. Volveos desde aquí, y esperad mi aviso.

—¡Me resigno á vuestra voluntad! esclamó suspirando Juan Tenorio: seré tan obediente, tan sumiso como sea necesario, para alcanzar una felicidad, cuya sola esperanza me enloquece. Adios. Os dejo. Decid á vuestra hermana de qué manera obedezco, y cuan lejos estoy en querer sustentar con ella mi empeño.

—Adios, señor Juan Tenorio: yo confio en que mi hermana responderá á vuestro amor, con un amor, como el que jamás habeis sentido.

Y lanzando á Tenorio otra mirada, que abrasó su corazon, como si hubieran arrojado sobre él todo el fuego de un volcan, se alejó de él.

—¡Oh! ¡me ama! ¡me ama! dijo el presuntuoso seductor de oficio. Comprendo perfectamente que una mujer que vale tanto como doña Ana, pretenda que no se la hable de su caracter aventurero, ni de nada que sea relativo á sus disfraces y á sus maravillosas valentias... esa mujer es un tesoro... hermosa... hermosísima... resplandeciente, como la luz del sol... y rica... ¡oh! rica hasta lo maravilloso... decididamente

estoy de suerte... esta noche la esposa de un rey... mañana... mañana, ella... doña Ana... una mujer que vale por cien reinos... la única mujer á quien puede hacer su esposa un Tenorio.

Y revolviendo estos y otros pensamientos semejantes en su cabeza, se alejó por un estremo de la calle, mientras Leila, despues de haberse asegurado de que no la seguia, se alejaba por el otro estremo murmurando:

—Es necesario que me decida... si, si, necesario de todo punto: aseguremos al señor Juan Tenorio.

Poco despues se detuvo en una calleja desierta delante de una casa de mezquino aspecto, abrió con una llave que sacó de su escarcela y entró.

—¡Pero Alvarez! dijo á un hombre que, al abrirse la puerta, la salió vigilante al encuentro; enjaézame el Diamante y tenle dispuesto.

Luego subió rápidamente las escaleras y entró en una estancia oscura, donde, replegada en un ángulo, triste y sombria, estaba Isabel-la-Liebre.

—Voy á dejarte sola en Sevilla por algun tiempo, Isabel, la dijo: y es necesario que te alegres, que cuando vuelva, te encuentre como debo encontrarte: tu tristeza empieza á irritarme... ¿no has encontrado todavia otro hombre que reemplace en tu corazon á Pedro?

—No le encontraré jamás.

—Lo veremos, dijo Leila con disgusto.

—Lo veremos, contestó Isabel con firmeza.

Leila no habló una palabra mas: abrió el cajon de una mesa, sacó un pergamino y escribió rápidamente en él durante algun tiempo: enrolló el pergamino, lo cerró con cera, y le guardó en su escarcela. Luego tomó del cajon una llave y la entregó á Isabel.

—Toma, la dijo; en el arca pequeña hay oro bastante para que gastes cuanto quieras durante mi ausencia; gasta Isabel, gasta, vuelve á tu antigua vida... busca otro amante... sea quien fuere... por todo paso, menos por verte tan triste, tan llorosa, tan abatida... ¡oh! ¡si supieras cuanto te amo!

—Adios Ana, dijo tristemente Isabel... procuraré distraerme y... olvidar...

Leila abrazó á Isabel, la besó en la boca y salió.....

—Esa muchacha empieza á darme cuidado, dijo bajando las escaleras: me parece que será capaz de hacerme traicion por ese maldito bandido, que sin duda ha renegado ó se le ha llevado el diablo... ella está conmigo reservada, fria, recelosa... ¿será preciso revelarla los vínculos que nos unen? no, no: aun no hay necesidad de decirle: eres mi hermana; será necesario decirla, si amas, imítame: yo amo, pero de una manera noble... tengo fuerza en el corazon y guardo mi honra... olvida lo pasado... no, no: esperemos... ella ha sido mas desgraciada que yo, y nunca debe saber de quien es hija.

En aquel punto interrumpió su pensamiento á la presencia de Pero Alvarez, que tenia fuera de la puerta un magnífico caballo árabe de la brida.

—Toma, le dijo Leila, despues de haber montado en el caballo, sacando de su escarcela el pergamino que habia escrito, lleva estas letras sin pérdida de tiempo al monge-negro de la cruz del humilladero, y entregarselas bajo sigilo de confesion.

—Muy bien, señora.

—Escucha: si tardo mas de quince dias, ve á buscarme á Jerez. Sino me encontrases, indaga, busca.

—Lo haré.

—Y adios. Mi amiga Isabel, te dará el dinero que necesites.

—Tenemos yo y los mios dinero sobrado señora: pero ¿por qué no quereis que os acompañemos?

—No, no; quiero ir sola. No olvides lo que te he encargado: esas letras, al momento al monge-negro. Adios.

Dicho esto, Leila marchó, haciendo retemblar la calle bajo el poderoso trote del Diamante.

Apenas habia desaparecido Leila, cuando Isabel-la-Liebre, que la habia visto partir desde una ventana, se separó de ella. En cuanto á Pero Alvarez, cumpliendo exactamente el mandato de Leila, cerró la puerta de la casa y partió. Isabel-la-Liebre salió poco despues de la casa, y entrambos siguieron el mismo camino: pero el aventurero salió de Sevilla por la puerta de la Carne, mientras Isabel, cuya hermosura y apuesto atavío, la habian valido mas de un requiebro á su paso por la ciudad, entraba en la judería.

CAPITULO IV.

De cómo Isabel supo la muerte de Pedro el Negro.

Isabel-la-Liebre, sin preguntar á nadie, recorrió la juderia y solo se detuvo delante de una magnífica casa, situada frente á la sinagoga.

Aquella era la casa de don Simuel Leví.

A su puerta habia una doble guarda de honor, compuesta de ballesteros de maza del rey y de soldados moros, que se rechazaban con disgusto, formando grupos enteramente separados, y entre las cuales solo evitaban una colision, las severas órdenes que se habian dado á los jefes respectivos, lo que no impedia el que se mirasen de reojo.

Isabel llegó decididamente á la guarda y dijo á uno de los ballesteros.

—¿Está aposentado aquí el rey Bermejo?

—Si, prenda mia, respondió el ballestero: ¿pero qué diablos teneis vos que ver..?

—Nada os importa eso: llamad al capitan de la guarda.

—¡Ola! ¡Cristobal! dijo el ballestero, que, estando de atalaya, no podia moverse de su puesto; dí al senor Pero Lope de Padilla, que una buena mozale busca.

Cristobal giró picarescamente sobre sus talones y entró en un aposento situado en el zaguan.

No tardó mucho en aparecer el buen Pero Lope de Padilla, pesadamente armado, que al ver á Isabel, se regocijó hasta el fondo del alma, creyendo que la jóven le llevaba algun mensaje de Leila, en lo que le confirmaba la turbacion de Isabel, por el encuentro de un conocido del género de Pero Lope, cuando menos hubiera deseado encontrarle. Pero una vez allí, Isabel no retrocedió.

—Pasad, pasad, perla de las perlas, la dijo el ballestero mayor, señalándole la puerta de su aposento.

Isabel hizo un gracioso mohin de impaciencia al escuchar el requiebro de Pero Lope, y entró.

—Al fin ya era tiempo, dijo el ballestero mayor: ¿cuándo os ha dicho que puedo veila? sentiria que la cita fuese próxima, porque lo menos en veinte y cuatro horas no puedo separarme de esta maldita guarda. ¡Ira de Dios! él confunda al primer moro que existe hoy para mengua de la cristiandad ¿Y cómo está doña Ana? Supongo que escondida, porque despues de lo que hizo en la batalla de Nájera...

—¿Habeis acabado ya señor ballestero mayor?

—Si, si, hermosa, y podeis decirme, cuando gusteis, vuestro mensaje.

—Pues bien, no tengo ningun mensaje para vos.

—¡Cómo! ¡pues yo creia..! esclamó palideciendo Pero Lope: doña Ana parecia que me estimaba y que empezaba á agradecer mi amor... y luego... en fin... yo me he sacrificado por ella... me he espuesto...

—Indudablemente: pero doña Ana no está en Sevilla.

—¿Que no está en Sevilla, y lo estais vos?

—Eso quiere decir que en la actualidad cada una de nosotras va por distinto camino.

—Es decir que no sabeis de ella.

—No, ó al menos donde estará en este momento.

Y no mentia por cierto, al decir estas palabras Isabel.

—De modo que vuestra venida aquí nada tiene que ver con doña Ana.

—Nada.

—¿Y á qué venis entonces hermosísima doncella?

—No vengo ciertamente á veros, señor Pero Lope, dijo Isabel con acento severo, provocado por algunos indicios de galanteo que habia dejado notar Pero Lope.

—¡Ah! ¿no venis á verme? dijo este mortificado.

—No por cierto.

—¿A quién pues buscais?

—Al rey Bermejo.

—¡Ah! ¡venis á ver... al rey Bermejo..! ¡Ya! ¡y sin duda por eso venis tan preciosamente peinada y prendida, y tan fresca y tan hermosa..! ¿pero sabeis desdichada, como tratan los moros á sus mujeres..? ¿lo habeis pensado bien, Isabel?

—Vos sois el que no pensais mas que en una misma cosa... y esto es vergonzoso para vos, señor ballesterero mayor... pareceis un mancebo de quince años que aun no ha probado el amor, segun os mostrais sediento de el; y no esperaba encontraros aquí, pero ya que os encuentro, y que tengo fundamentos, segun creo, para llamaros mi amigo, procuradme que yo vea á ese rey moro.

—¡Me jurais que ni aun remotamente pensais..!

—¡Oh, que pesadez..! antes que venderme á un moro... me venderia á vos.

—¡Ah! ¡os venderiais..! pues mirad os compro... así, como así... teneis unos ojos y un talle...

—Apartad, vive Dios... y si quereis servirme hacedlo, y si no decídmelo, á fin de que cuanto antes os pierda de vista.

—Sois suave como piel de javalí... pero no riñamos por eso... ¿quereis ver al rey Bermejo? pues bien, procuraremos que le veais: ¡ola, Gonzalo Lucio!

—¡Señor! dijo un ballestero llegando á la puerta.

—Lleva contigo esta dama, y haciendo valer mi nombre en su favor, procura que vea al rey moro.

—¡Qué lástima de doncella! esclamó el ballestero para su capote; y se encaminó á las escaleras seguido de Isabel.

Al fin, despues de algun tiempo y de algunos mensajes traidos y llevados, un respetable musulman, de barba blanca, pero de ojos negros y chispeantes, introdujo á Isabel en una magnífica cámara, dejándola sola, con otro no menos respetable personaje, que estaba gravemente reclinado en un divan.

Isabel le miró con estrañeza.

—¿Es vuestra señoría el rey de Granada? le dijo.

—No, no, hermosa castellana, dijo Jacub, que él era, yo no soy mas que su humilde siervo, pero lo que tengas que decirme, dímelo sin temor.

Un profundo recelo se pintaba en el semblante del xeque, que confiando poco en las intenciones del rey don Pedro para con su señor, creia que se arrojaba como un lazo á Abou'l-Said, una mujer resplandeciente de hermosura, y cuyo pintoresco y rico traje la embellecia mas y mas.

—Solo deseo ver al rey Bermejo, para preguntarle acerca de un castellano que hace cuatro meses fue á Granada á llevarle un libramiento... unas letras de parte de la nobleza de Castilla.

—Pues si á eso solo vienes, luz del cielo, contestó el xeque, tratando á Isabel con esa exagerada poesía conque los árabes trataban á las mujeres, cuando eran hermosas, yo puedo satisfacer tus deseos, puesto que estaba con mi señor, cuando recibió á ese castellano.

—Pues bien, decidme que ha sido de él.

—¿Era por dicha tu padre?

—¡Mi padre! qué ¿tan viejo creeis á Pedro como todo eso? esclamó Isabel, ofendiéndose en nombre de su amante.

—Tan resplandeciente es tu juventud, rosa de Hiram, que bien pudiera, aunque jóven el castellano, ser tu padre: ¿era acaso tu hermano?

—Me habeis dicho dos veces si era... que ¿no podeis decir es..? esclamó palideciendo Isabel.

—El castellano murió, dijo gravemente el xeque sin sospechar el efecto que iban á causar sus palabras.

—¡Que ha muerto! esclamó Isabel lanzando un grito horrible.. ¡le habeis matado vosotros miserables..! ¡oh! ¡le habeis matado..!

Y los ojos de Isabel estaban inyectados de sangre, como los de una hiena furiosa, y su hermosura, descompuesta por el dolor y por la cólera, hasta el punto de parecer tan horrible entonces como bella antes.

El xeque se levantó, por el giro que habia tomado la situacion.

—Aquel hombre llevaba consigo la muerte: se le encontraron papeles que le acusaban... se le aplicó al tormento... murió en el...

—¡Ah! ¡ah! bien... muy bien... le asesinó ella... ella la que se llamaba mi hermana... y se valió de vosotros... pues bien... yo me vengaré de vosotros y de ella.. si... sí... me vengaré...

Y sin decir mas, partió como una exalacion, frenética descompuesta, pálida, llorosa, dejando asombrado á Jacub que se quedó murmurando:

—¡Santo Dios de Ismael! sin quererlo, he herido en el corazon á la amante ó á la esposa de aquel bandido... y ha dicho que se vengará de nosotros.. de ella... esa ella... ¿será Leila..? si yo hubiera sabido... es necesario no perder de vista á esa mujer. ¡Kaleb! ¡Kaleb! é inmediatamente se presentó un esclavo.

—¿Has visto bien á la mujer cristiana que acaba de salir?

—Si, poderoso señor, contestó Kaleb.

—¿La conocerás?

—Entre ciento.

—No debe ir lejos. . síguela Kaleb, síguela, y no vuelvas hasta saber de fijo donde mora.

El esclavo salió y poco despues seguia por las calles de Sevilla, á lo lejos, de una manera astuta, á Isabel que en paso rápido, devorando su ansiedad y su dolor, dejaba atrás calles y calles.

En poco espacio Isabel llegó al alcázar y se presentó al capitan de la guarda.

—Necesito ver á su señoría, le dijo; necesito que me haga justicia.

A la palabra justicia, que era la mas apropósito para abrir el alcázar á cualquiera, dejósela paso franco hasta el rey, y el capitan llamó á un ballestero, y le encargó de introducir hasta las antecámaras á Isabel.

Allí, informado un camarero de su demanda, la aseguró de que, si á pedir justicia iba, el rey la escucharia; pero que era necesario que esperase, puesto que el rey daba audiencia secreta á un alto personaje.

Isabel, devorando su impaciencia, esperó.

CAPITULO V.

De cómo el rey supo, con sorpresa, lo que nunca hubiera querido saber, y de cómo Isabel-la-Liebre hizo traicion á Leila.

El personaje con quien estaba encerrado el rey, no era otro que el monge negro de la ermita del Humilladero.

Habia recibido de Pero Alvarez, bajo confesion, la carta de Leila; la habia leido, se habia estremecido é inmediatamente se habia trasladado al alcázar. Este singular y misterioso personaje, tenia el privilegio de que jamás se le impidiese la entrada, y habia llegado sin obstáculo á la cámara, donde se encontraba el rey.

—¿Qué sucede de estraño, le dijo don Pedro, que estaba torvo y macilento, cuando te veo de una manera tan imprevista en mi presencia?

—Armaos de valor y de resignacion, don Pedro, antes de escucharme, contestó el monge.

—Puede faltarme la resignacion, pero el valor jamás, contestó el rey.

—Es que ninguno de los golpes que habeis sufrido, ha sido tan duro, tan cruel, como el que vais á recibir.

—¿Acaso el bastardo....?

—Peor que eso, es un golpe en la honra y en el corazon.

—¡Juan! esclamó el rey con acento profundo y reconcentrado.

—Tomad, señor, y leed; dijo el monge dándole el pergamino de Leila.

El rey le desenrolló impaciente, y leyó con voz vibrante y terrible estas palabras:

«Santo monge de la Cruz del Humilladero: sé por »boca de mi padre, que poseis la confianza del rey: »es necesario que por vuestro medio, el rey sepa, que »la traicion vive junto á él, en su mismo alcázar, en »su servidor mas querido, y como sino bastase, en »su mismo tálamo, en su esposa la reina doña María. »En confirmacion de este aviso, que el rey se oculte »esta noche en el dormitorio de su esposa, y conocerá »su deshonra.»

Despues de esta terible lectura, el rey se llevó la mano al corazon, como se la hubiera llevado, despues de una puñalada que le hubiera dejado algunos momentos de vida: luego quiso hablar y no pudo; sus ojos se enrojecieron, y la sangre, arrebatada á su cabeza, fue aumentando rápidamente el color de su semblante hasta convertirse en negro: don Pedro vaciló un momento, pero su vigorosa organizacion los rehizo; la sangre descendió y se mostró pálido, horriblemente pálido, furioso, terrible, aterrador.

—Abajo, abajo tu máscara, esclamó con voz ronca, que apenas le permitia articular la cólera: quiero ver tu semblante: quiero conocer al traidor que me ha traido esta horrible mentira, que se ha atrevido á insultarme frente á frente: abajo tu máscara ó te la arranco yo.

Un estremecimiento amenazador del monge, irritó mas al rey, que avanzó hácia él.

—¡Atrás, rey de Castilla! esclamó el monge con voz terrible: ¡atrás! ¡no me toqueis! y tened en cuenta, que mucho se contiene ante vuestra cólera brutal, quien, por menos ocasion, hizo caer su maza de armas sobre la cabeza de su padre.

—¡Ah! esclamó el rey que estaba en uno de los terribles accesos de locura, que Juan Diente habia indicado á Men Rodriguez: ¡tú parricida..! ¡yo fratricida..! estamos, pues, dignamente el uno en frente del otro.

Y avanzó con visibles intenciones de desenmascarar al monge.

Pero este le asió un brazo con la fuerza de unas tenezas de hierro, y le obligó á sentarse en el divan.

El rey, por una transicion involuntaria de afectos, y sin que hubiese tenido parte alguna en ella la accion del monge, perdió su aspecto irritado y rompió á llorar como una mujer.

—¡María! ¡María! esclamó... ¡ella...! ¡ella! ¡no, no, imposible!

Y de repente sus lágrimas se secaron, y volvió á aparecer la cólera en su semblante.

El monge inmóvil y sombrío, estaba de pié delante de él.

Al fin, aquel violento estado del rey pasó, se levantó, se puso á pasear á largos pasos por la cámara, leyendo, y volviendo á leer el pergamino.

—¡Esto es una impostura! ¡una miserable impostura! esclamó: no, no puede ser: mi cólera ha sido una locura, y te he ofendido, Juan.

—Nunca habeis sabido conteneros, señor.

—¡Pero esta carta!

—Esa carta, os ofrece una prueba... probad.

—¿Y crees tú que debo ofender á María, espiándola?

—La mujer es débil, señor.

—Pues bien, haremos la prueba: tú me acompañarás, Juan: tú me contendrás... porque si eso es cierto, si yo estuviera solo... la mataria... ¡oh! matarla... y yo no la puedo matar por criminal que sea; pero no, no, iré solo, ¡que yo solo vea su infamia! yo me sabre contener.

—Preparaos, señor: disponeos á una desventura, y resistireis el golpe con calma, con fortaleza.

—Si, me armaré de valor; pero déjame solo... ¿no conoces que necesito estar solo? esclamó el rey con impaciencia.

—Os dejo, señor, contestó el monge negro. Y salió de la cámara.

Pero en vez de salir del alcázar, se encaminó á las habitaciones de doña María de Padilla.

Apenas el rey se habia quedado solo, cuando se levantó el tapiz de la puerta.

—¡Señor! dijo el mismo camarero que habia recibido á Isabel.

El rey se volvió, y posó en su servidor una mirada que le hizo estremecerse.

—Perdóneme vuestra señoría, pero como tenemos una órden terminante de anunciar á todo el que venga pidiendo justicia, sea la hora que fuere.....

—¡Ah! ¡vienen á pedirnos justicia!

—Si... una mujer desolada.

—¡Nos piden justicia, cuando nosotros nos vemos obligados á pedirla á Dios..! murmuró el rey... hagamos, pues, en la tierra, lo que Dios sin duda hace con nosotros desde el cielo... escuchemos á quien viene en busca de nuestra justicia. Haz entrar á esa mujer.

En tanto Isabel entraba, el rey dominó el estado de su espíritu, se cubrió con su impenetrable espresion de reserva y esperó de pié en medio de la cámara.

Poco despues entró Isabel y se arrojó á los piés de don Pedro.

Su enérgica hermosura estaba realzada por su palidez, por su dolor y por la ávida espresion de su semblante.

—¡Justicia, señor, justicia! esclamó con acento desgarrador.

—Alzad, alzad y calmaos, señora, contestó don Pedro alzándola: el rey os hará justicia: venid y sentaos: estais fatigada, trémula.....

Isabel se dejó conducir por el rey hasta un sillon, donde se sentó maquinalmente y rompió á llorar de una manera desgarradora.

—Sin duda os acontece una gran desgracia, dijo el rey permaneciendo de pié frente á ella, ¿puedo yo remediar esa desgracia?

—Esa desgracia no tiene remedio, pero puede tener venganza, esclamó Isabel con una fiereza tal que maravilló al rey.

—¿Se trata de una muerte?

—Se trata de un asesinato.

—¡Ah! ¡han asesinado á vuestro amante! dijo el rey, adivinando, por el aspecto del dolor de Isabel, los vínculos que la unian con el muerto.

—¡Oh! si: le han asesinado de una manera cobarde, esclamó con energía Isabel: de otro modo, de igual á igual, no hubiera sido él el muerto, no... porque era valiente como un leon.

—¿Y quién es el asesino?

—¡El rey Bermejo de Granada! esclamó con el acento de odio infinito Isabel.

—¡Cómo! ¿el rey Bermejo se atreve á verter sangre en mis reinos? ¿sangre de mis vasallos? ¡oh! ¡oh!

—El rey Bermejo le ha matado en tierra de moros.

—¡Ah! ¿le ha matado en su tierra? ¿y á qué habia ido vuestro amante al reino de Granada?

—A llevar oro y ayuda al rey Bermejo contra sus enemigos, contestó Isabel, mirando frente á frente al rey.

—¡Ah! ¡era un traidor que ayudaba en contra mia al infante Abou'l-Sayd! y sin embargo, ¿el infante Abou'l-Sayd le mató? hizo bien... sí, hizo bien... yo hubiera hecho lo mismo si hubiera conocido su traicion y le hubiera tenido entre mis manos... ¿y venís á pedirme justicia de esa muerte....?

—Yo sé que me la hareis, y cumplida, vengando á Pedro-el-Negro.

—¡Pedro-el-Negro! esperad: yo creo haber oido alguna vez ese nombre.

—Era el hermano mayor de los peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador, dijo con una audacia infinita Isabel, ayudando los recuerdos del rey.

—¡Los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador! ¡esos miserables facinerosos, á quienes nadie conoce y cuyo nombre es tan terrible! ¡y vos, la manceba de su capitan, os atreveis á desafiar mi cólera!

—Os he pedido justicia, señor, y sé que me la hareis, dijo Isabel sin desconcertarse: vos no conoceis la red de traiciones que os rodea, y yo os voy á ayudar á romperla... sí, sí; yo sé que me hareis justicia.

—¿Contra el rey Bermejo?

—Y que me importa el rey Bermejo; él solo fue el brazo que hirió; pero hay una cabeza que mandó á aquel brazo, y yo quiero herir esa cabeza.

—¿Y qué cabeza es esa?

—Es una mujer que tanto es hombre como dama, tanto mora como cristiana; una mujer terrible, á quien he amado hasta ahora como si hubiera sido mi hermana, y á quien aborrezco desde hace una hora como aborreceria á mi mayor enemigo.

—¿Y cómo se llama esa mujer?

—Esa mujer se llama, cuando aparace como hombre, Gaston; cuando como mora, Leila; cuando como cristiana, doña Ana.

—¡Siempre! ¡siempre esa mujer! esclamó el rey colérico.

—Esa mujer, dijo Isabel, es vuestra mayor enemiga, rey.

—¡Mi enemiga! esclamó con desprecio el rey: ¿y crees tú que yo, que estoy luchando tanto tiempo con toda la nobleza de un reino, pueda tener en mucho la enemistad, el odio de esa mujer....?

—¡Ay de vos, rey don Pedro, sino la esterminais! esclamó Isabel, sedienta de venganza por la pérdida de su amante. Esa mujer, que tanto desprecias, os herirá mas profundamente que os han herido hasta ahora todos vuestros vasallos rebeldes. Pero yo puedo poner en vuestras manos á esa mujer.

—¿Y quién eres tú?

—Yo no conozco á mis padres, no sé quien soy.

—¿Pero quién te ha criado?

—Una anciana á quien llamaba abuela, pero que no debe serlo, porque ahora se llama doña Berta y es abuela legítima de doña Beatriz Zapata y Tellez.

Aquella contestacion de Isabel, fue una revelacion para el rey; recordó cuanto le habia dicho acerca de la familia de Alfon Tellez el monge negro, y se estremeció.

Aquel enlace de acontecimientos fatales hacia caer sobre él una culpa de su padre; le recordaba el terrible precepto del decálogo, en que Dios dijo á los hombres: *yo soy el señor, tu Dios, fuerte, celoso: que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.* Terrible sentencia, que desde el primer hombre viene cumpliéndose sobre la humanidad entera, y que encierra la tremenda profecía de su marcha fatal, y del desarrollo de su civilizacion.

Sin embargo, don Pedro, que dudaba aun, preguntó á la jóven:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Isabel, con el apodo de la-Liebre, que me dieron en mi infancia las muchachas de mi vecindad.

—¿No has conocido á tus padres?

—No.

—¿Y nunca has preguntado á tu abuela?

—Mi abuela jamás me ha hablado de ellos, y como yo no los habia conocido, no tenia interés por saber su nombre.

—¿De modo que desconoces enteramente tu orígen?

—Si señor.

—¿Dónde conociste á doña Aná?

—Siendo paje del arcediano de San Gil.

—¡Ah! dijo el rey, ¿tú eras uno de los pajes mujeres del arcediano?

—Si señor, contestó Isabel ruborizándose, porque el ejemplo en la abnegacion con que Leila amaba á Men Rodriguez, la habia regenerado.

—¿Y esa doña Ana ha sido tambien paje del arcediano?

—No señor: el arcediano murió al dia siguiente á la noche en que doña Ana, vestida de hombre, fue llevada á su casa.

—¿Y quién la llevó?

—Segun supe, la habia llevado el ballestero de maza Juan Diente.

—¡Ah! ¡esa doña Ana, esa mujer-hombre, esa mora-cristiana, fue la mujer, que por encargo de Pero Lope de Padilla, llevó Juan Diente á casa de don Jofre Diaz de Astorga!

Por lo que se ve, el leal ballestero no guardaba ningun secreto para el rey y le habia dado parte del encargo de confianza que le dió en otro tiempo el ballestero mayor, como recordarán nuestros lectores.

—¿Y desde entonces solamente la conoces?

—Si señor: sin saber cómo, nos aproximamos y nos entendimos: cuando al dia siguiente, despues de la muerte del arcediano, el señor Men Rodriguez de Sanabria despidió á su servidumbre, yo llevé á Ana á casa de mi abuela, y aquella noche al hospicio de los hermanos peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador. Despues, Leila y mi abuela estuvieron encerradas muchas veces... y entonces por lo que ví, supe con asombro, que Berta era una alta dama, que tenia una casa misteriosa...

—Todo eso lo sé... pero doña Ana...

—Doña Ana se enamoró en la casa del infante don Juan del señor Men Rodriguez.

—Tambien lo sé.

—Sacó dineros no sé de donde.

—Lo sé.

—Se apoderó de los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador y se hizo su jefe.

—Y con ellos últimamente se presentó en la batalla de Nájera, sirviendo á mi traidor hermano don Enrique... lo sé, lo sé todo: sé de quiénes se ha valido... lo que ha hecho...

—¿Que sabeis lo que ha hecho...? ¡oh! ¡no lo sabeis todo!

—¡Qué no lo se todo!

—No ciertamente; no sabeis lo que hace en este momento.

—¿Y lo sabes tú?

—Doña Ana ha partido esta mañana...

—¿Donde?

—No lo sé: pero al partir, un gozo cruel iluminaba su semblante... y llevaba consigo un veneno.

—¡Que no sabes á donde ha ido..! ¡y has comprendido sin embargo que llevaba intenciones de muerte! ¡oh! ¡qué sospecha! ¡qué horrible sospecha!

Y de una manera fatal el pensamiento de don Pedro se fijó en doña Blanca, y tras aquel horrible pensamiento, otro mas terrible aun, le recordó á doña María de Padilla.

—Es necesario saber á donde ha ido esa mujer, esclamó.

—Y lo sabremos, dijo con la alegría de la venganza que espera satisfacerse, Isabel.

—¿Y cómo podemos saberlo?

—Doña Ana ha dejado conmigo uno de sus escuderos de confianza.

—¿Y quién es ese escudero?

—Ese escudero se llama Pero Alvarez, y va á comer todos los dias á la taberna del Gato Blanco, en el barrio de la Macarena.

—¡Ah! esclamó el rey haciendo su esclamacion semejante al rugido de una fiera; ¡hola! ¡camareros!

Inmediatamente apareció uno á la puerta.

—Busca, y haz buscar á Juan Diente, le dijo el rey y que se me presente al momento.

El camarero desapareció.

—¿Y doña Ana desconfia de tí? dijo el rey dirigiéndose á Isabel.

—No, no señor: me ama y yo la amaba antes de saber que habia enviado á Pedro-el-Negro á que le matasen al reino de Granada.

—¿Y quién te ha dado esa noticia?

—Uno de los moros que han venido con el rey Bermejo.

—¿Y tu odio es tal, que no retrocederás ante la muerte de doña Ana?

Palideció Isabel, pero contestó sin vacilar.

—Si; la odio de tal modo que la mataria con mis propias manos: la odio tanto, que no me basta mi venganza: quiero que la mateis vos, porque sé que recibiendo la muerte de vuestras manos, morirá desesperada.

—Pues bien: te juro que la prenderemos, la juzgaremos por nuestra justicia propia, y la esterminaremos. Pero es necesario que me ayudes.

—¿Y cómo señor?

—Será muy posible, que aun cuando sepamos su paradero se nos escape; en ese caso volverá á tu lado; no la hagas desconfiar, sírvela, y en cualquier lugar á donde vayas, avísame; para este efecto siempre te seguirá un ballestero de mi guarda.

—La confiaré.

—Pues bien vete, déjame meditar el medio de nuestra comun venganza.

—¡Oh! si vengadme señor, y moriré bendiciéndoos, esclamó con acento lúgubre Isabel.

Y tras estas palabras, y obedeciendo á un ademan imperativo del rey, salió como habia entrado, desolada.

Apenas habia salido de la antecámara, cuando el rey apareció en élla, y dijo á Garci-Diaz de Albarracin, que daba la guarda por acaso:

—Mi leal Garci-Diaz, ¿has visto á esa mujer que acaba de salir?

—Si señor.

—Pues síguela, sin que lo note, averigua donde vive y haz de modo que no pueda entrar ni salir sin que tú la veas ni la sigas. Vé, yo guardaré tu puesto. Avisa de paso al capitan de la guarda, que envie relevo.

Garci Diaz entregó su maza de armas al rey que quedó guardándose á sí mismo: poco despues apareció el capitan de la guarda, con otro ballestero á quien el rey dió lo que entonces equivalia á lo que hoy se llama consigna, el puesto, y la maza de armas.

A poco de estar el rey de nuevo en su cámara, apareció Juan Diente.

—Escucha Juan: te necesito para un asunto de importancia.

—Mandad señor.

—Vete á la taberna del Gato Blanco en... no recuerdo en donde está situada.

—En la Macarena, señor, contestó Juan Diente que or razon de sus amores con Inesilla, en cuanto se lo ermitian sus ocupaciones, era asiduo concurrente el Gato Blanco.

—A esa taberna va á comer todos los dias un bravo escudero que se llama Pero Alvarez.

—Le conozco señor, y ciertamente que hace mucho tiempo que estoy luchando con el deseo de romperle la cabeza.

El deseo del buen ballestero nacia de la incomodidad, hasta cierto punto celosa, que le causaba las galanterías que Pero Alvarez se permitia con la hermosa Inesilla, por mas que esta, fiel á sus amores con Juan Diente, presentase rostro feroz al aventurero.

—Pues en tí consiste que se cumpla ese deseo, dijo el rey: quiero que me prendas el cuerpo de ese hombre.

—¡Ah! ¡es traidor..! ¡entonces..!

—Entonces y ahora y luego acostúmbrate á no prevenir mis órdenes. Prendes á ese hombre y le llevas al castillo de Triana. Una vez allí, le bajas á la cámara del tormento y le pones en la rueda.

—La órden para el alcaide, señor.

—Tómala, dijo el rey, despues de haber escrito un pergamino.

—¿Y qué le pregunto? porque cuando se da tormento á un cristiano...

—Es para que confiese... pues bien es necesario que revele á donde ha ido doña Ana Tellez de Ulloa.

—¡Ah! ¡ah! pues bien señor, juro á vuestra señoría que lo sabremos antes de mucho.

—En el momento que lo sepas, vuelve.

—¿Tormento hasta la muerte, señor?

—Si, hasta la muerte si es preciso. Vete.

Juan Diente salió contento, porque tenia un medio de vengarse con mano agena y poderosa, de las impaciencias que le hacia sufrir Pero Alvarez, y el rey cuidadoso, y con el alma devorada por la cólera, que habia causado en él la carta misteriosa, recibida por conducto del monge negro, se encaminó á la cámara de la Padilla.

Antes de llegar á ella, encontré al monge.

—Vuestra esposa es inocente, señor, dijo aquel misterioso personaje; pero está enferma de muerte.

Y tras estas palabras, aprovechando el estupor del rey, se perdió á lo largo de la galería.

Cuando despues de una larga escena con doña María, don Pedro volvió á sus habitaciones, encontró en ellas á Juan Diente.

En el rostro del ballestero resplandecia un gozo feroz.

—¿Y ese hombre, le preguntó?

—Ese hombre no ha podido resistir al tormento: se le han roto las entrañas.

—¿Y ha muerto sin declarar?

—¡Oh, no! ha tenido tiempo para ello: doña Ana Tellez de Ulloa está camino de Jerez.

Aquella misma noche Men Rodriguez de Sanabria, Juan Diente y cien ballesteros, salieron á mata caballo para Jerez, en demanda de Leila.

CAPITULO VI.

De cómo el rey se encontró en una de las mas dificiles situaciones en que puede encontrarse un marido.

Era tarde: la media noche de aquel mismo dia: el alcázar estaba envuelto en un silencio y una oscuridad profundísimas.

Solo se veian acá y allá en alguna galería un guarda, que se paseaba lentamente con el arma al hombro, combatiendo al sueño.

Por acaso ó por intencion, no habia un solo guarda en la parte del alcázar, donde estaban situadas las habitaciones de doña María.

En la entrada de ellas, en un oscuro vestíbulo, quien hubiera tenido vista bastante para distinguir un objeto entre las tinieblas, hubiera podido ver un

bulto relegado á un ángulo de la antecámara de embajadores.

De tiempo en tiempo, hubiera podido notar un brusco movimiento del tal bulto, señal cierta de que esperaba y de que esperaba impaciente.

Al fin, al punto mismo que el reloj de la torre de la iglesia Mayor dió las doce (1) resonaron recatadas pisadas en el patio, y otra sombra entró en la antecámara, llegó á la puertecilla, á que en otra ocasion hemos visto llegar á don Simuel Leví; la abrió, desapareció por ella, y cerró.

Entonces el otro bulto, que habia esperado, se arrancó violentamente del lugar en que habia estado hasta entonces, y saliendo al patio, tomó por él apresuradamente, y el seco crugir de los huesos de sus piernas, dió á conocer que aquel hombre era el rey.

Conocíase en lo precipitado de su marcha, en las palabras inarticuladas y rugientes que balbuceaba de una manera ronca, mientras atravesaba una estrecha galería, que jamás se habia encontrado don Pedro en una situacion mas terrible.

Y así, de esta manera, delirante y furioso, llegó á una puerta al fin de la galería, la abrió y adelantó recatadamente.

Estaba en la cámara de doña María de Padilla, donde habia entrado por una puerta de servicio, y se ocultaba detras de los tapices de otra puerta.

En medio de la cámara, irresoluto, meditabundo, como quien vacila en dar un paso, en que vá á jugar el todo por el todo, estaba Juan Tenorio, cuyo semblante, alumbrado por la luz de una lámpara, colocada sobre una mesa, retrataba todos sus impuros y perversos instintos.

Impulsos tuvo el rey de salir, de presentarse al traidor y miserable compañero de su infancia, y sin pedirle cuenta de su presencia en la cámara de su esposa, tenderle muerto á sus piés; pero don Pedro se contuvo y fue prudente por la primera vez de su vida, y era que entonces se trataba de la única mujer que habia amado, y cuyo amor ardia intenso y puro en su alma; de su esposa, de la madre de sus hijos y que de aquella terrible prueba, estaban pendientes su corazon y su honor.

Así, pues, esperó en una situacion, imposible de describir, á que obrase de cualquier modo Juan Tenorio; este permaneció algun tiempo luchando consigo mismo, y al fin decidiéndose, adelantó hácia la puerta del aposento, que dividia la cámara del dormitorio de doña María. Don Pedro esperó un momento, y luego, conteniendo cuanto le fue posible el movimiento de su paso para que no sonasen sus canillas, entró en la cámara.

Entonces pudo verse que llevaba empuñada una larga y reluciente daga.

Y así, en paso tardo y silencioso, como el del tigre que se acerca á una presa para sorprenderla, llegó á la puerta por donde habia desaparecido Tenorio; entró en la habitacion inmediata sin producir el mas leve ruido, y se puso tras los tapices de la puerta del dormitorio.

A poca distancia de ella, de pié é inmóvil, estaba el audaz jóven, á espaldas de doña María, que entregada á las devociones de costumbre, estaba de rodillas delante de un reclinatorio.

Una de sus blanquísimas manos estaba abandonada naturalmente, mientras su brazo derecho, apoyado en el pergamino de una bellísima Biblia, servia de apoyo á su cabeza.

Tenorio tenia fija la vista en aquella mano abandonada, y por la espresion de sus ojos, se comprendia que su pensamiento era él de anunciarse á doña María, apoderándose de aquella mano. Vaciló aun, pero al fin se decidió y adelantó. Afortunadamente para evitar un desenlace sangriento é instantáneo, doña María sintió á Tenorio y se volvió antes de que pudiese tocarla.

La noble y valiente jóven no se aterró ni tembló: únicamente su palidez se hizo mas densa.

—¿Qué buscais aquí, le dijo, os envia el rey? si asi es, venis de una manera demasiado estraña y silenciosa, si necesitais verme, ya conoceis los aposentos de mis damas.

—Sé, demasiado, señora, dijo Juan Tenorio, que desde algun tiempo á esta parte, temerosa, sin duda, de que vuestras damas sean testigos de vuestras acciones, las alejais de vos.

—¿Qué quereis decir? esclamó con dignidad doña María: ¿qué hay en mis acciones que no pueda verlo todo el mundo?

—He dicho mal, en cuanto á vuestras acciones, señora, cuando estas son deliberadas; pero hay momentos en que no somos dueños de nosotros mismos: por ejemplo, cuando soñamos, y tememos que el nombre de la persona que llena nuestros sueños salga á nuestros labios dormidos, cuando no podemos pronunciar su nombre sin condenarnos á la deshonra, y acaso á horribles desgracias. ¡Oh! entonces alejamos de nosotros á las personas que puedan sorprender nuestros sueños; nos quedamos solos y nos encerramos para dormir.... como vos, señora.

Doña María estuvo un momento sin acertar á decir una palabra, mirando con estupor á Juan Tenorio: al fin esclamó con acento indignado:

—¡Qué decis! ¡habeis podido creer que yo..... me quedo sola de noche por temor de que nadie pueda oir un nombre, que, pronunciado en sueños, pueda deshonrarme...! ¿y qué nombre es ese...? ¡decidlo, decidlo, vos que de una manera tan infame os atreveis á la esposa de vuestro rey! ¡decidlo, á fin de que la reina pueda apreciar hasta qué punto os habeis vuelto loco!

—No seré yo ciertamente el que enloquezca, doña María, dijo Tenorio, por mas que el hechizo que de vuestra hermosura, de vuestra nobleza, de vuestra alma, de todo cuanto emana de vos, sean bastantes para enloquecer al menos dispuesto á sentir la influencia de tanta hermosura, de tantos encantos.

—¡Eso es decir que me amais! dijo doña María, con una calma glacial.

—Si, os amo con toda mi alma, señora.

—¡Que me amais! ¿y como puedo yo creer vuestro amor?

—La prueba que os doy...

—Es una prueba de audacia infinita; de la traicion de alguno de mi servidumbre que os ha permitido llegar hasta mí.

—¿Y no os basta como prueba el peligro á que me espongo?

—Para hombres como vos el peligro no significa nada: sois, por desgracia, demasiado valiente, y estais de antiguo acostumbrado á jugar la vida por un leve capricho... ¡amar! ¡amar vos...! un hombre que ama á una mujer como yo, sufre, calla, muere callando, pero jamás revela un amor que es un ultraje, declarandolo á la mujer que se lo inspira.

—Yo hubiera tambien sufrido y callado, pero...

—¿Qué habeis visto en mí que os autorice para ofenderme de este modo...? y no quiero hablaros de vuestra lealtad al rey, porque inútil es hablar de deberes á quien tan acostumbrado está á desoirlos y á tanto se atreve.

—¿Que he visto en vos...? una noche pasaba yo por esa galería, (y Tenorio señaló al antedormitorio en direccion á la puerta por donde habia entrado) y oí gritar á vuestras damas... entré... vos estábais por tierra desmayada.

—¡Ah! esclamó doña María.

—Vuestras damas en su sobresalto no habian reparado en dos objetos en que yo reparé.

(1) Este reloj fue el primero que se conoció en España.

—¡Y que objetos eran esos! esclamó alentando apenas doña María.

—Eran un birrete de paje, y un billete de amores.

—¿Y vieron esos objetos mis damas?

—El birrete sí, porque era inevitable: la carta no; la carta no la ha visto nadie mas que Dios, vos señora, y yo.

—¡Mentís! esclamó sobreponiéndose á la situacion doña María.

—La carta está aquí, dijo Tenorio, sacando de su escarcela la que Leila habia hecho recibir á doña María de Padilla, que esta, al desmayarse, habia dejado sobre la mesa y que recogió Juan Tenorio, al retirarse del dormitorio de doña María, donde habia entrado llamado por sus damas: he aquí una preciosa prueba que el rey apreciaria mucho conocer.

Doña María no pudo reprimir un grito y un estremecimiento de terror.

—Y la carta no puede ser mas significativa, dijo el infame corruptor, lanzando una mirada indescribible sobre algunos de sus periodos: no puede decirse el amor con mas espresion, con mas delicadeza; comprendo que una mujer, por mas que sea reina, adore á un hombre que la enamora de tal modo.

—¡Ah! ¡Juan Tenorio! esclamó con indignacion doña María, no en vano un secreto presentimiento me ha hecho veros siempre con horror y estremecerme al escuchar vuestro nombre.

—¡Ah! ¡os aterro! pues mirad: me alegro porque el terror es una pasion que yo deseo inspirar tanto como el amor: en verdad, en verdad, el terror nos hace llegar mas pronto á nuestro objeto.

—¡No os comprendo bien! esclamó asombrada doña María.

—Escuchad algunas palabras de esta carta y me comprendereis señora: oid dice así: «Delante de vos »seré siempre el vasallo leal, pero en medio de la no»che, rodeado de la inmensidad del silencio, nadie »puede impedirme que piense en vos, como se pien»sa en el cielo, con un deseo puro, ardiente, sin fin.» ¡Oh! esto es amar como un niño: yo amo como un hombre, doña María: yo no me contento como el que ha escrito esta carta, con suspirar... yo necesito poseer, y cuando quiero poseer, poseo.

—¡Que poseeis!

—Sí, vive Dios: necesito poseeros y os poseeré.

—¡A mí! esclamó con un acento de asombro, de indignacion y de verguenza, doña María, con uno de esos acentos que es necesario escucharlos para comprenderlos.

—Sí, sí señora, porque vos lo habeis dicho: os causo terror, y esta carta, esta terrible prueba que tengo entre mis manos, hará...

—Hará que la muerte caiga sobre vuestra cabeza.

—Ya habeis confesado que no hay peligro que me detenga... y además, el rey no os creeria... creeria solo que me acusábais para hacerle dudar de mi acusacion.

—¡Pero yo debo estar soñando! esclamó doña María: sí, sí, es imposible que haya un hombre tal que falte, como vos estais faltando á todos los deberes de caballero.

—No, no estais soñando, doña María: yo estoy ante vos, mi empeño es cierto, y bien sabeis que tengo pruebas para perderos.

—¡Mentís!

—¡Oh, doña María! ¿por qué no entendernos? un leve sacrificio, que dejará de serlo, cuando os acostumbreis á mi amor, os libra de una desgracia horrorosa... sino es ya que quereis tener para conmigo mismo la disculpa de una violencia. Sea. Mi galantería llega hasta el punto de facilitar á una dama pretestos de queja y no quedareis descontenta de mi.

Y Juan Tenorio que, fátuo como todos los conquistadores de oficio, interpretaba en favor de sus intenciones la turbacion, el rubor, el estado horrible de doña María; Tenorio, cuya audacia iba en aumento, se acercó á ella y la asió.

—¡Apartad! ¡apartad señor Juan Tenorio! gritó la Padilla con una energía y una indignacion infinitas. ¡Sois un miserable!

Llególe á Tenorio la vez de aterrarse: el grito de doña María habia sido uno de esos agudos gritos de mujer, estensos, vibrantes que atraviesan las paredes y llegan á larga distancia. En el primer momento Tenorio se sobrecogió, y doña María notando su temor, cobró aliento.

—¡Salid! ¡salid inmediatamente ó llamo á mi servidumbre!

—Es inutil que la llameis, dijo con cólera reconcentrada Tenorio; han oido vuestro cobarde grito y vienen; se sienten puertas que se abren. ¡Adios doña María...! ¡vos lo habeis querido, temblad!

Y salió precipitadamente ciego y de una manera tan imprevista, que el rey, que estaba trémulo de cólera tras los tapices, apenas tuvo tiempo de apartarse para que no tropezase con él.

Tenorio abrió precipitadamente la puerta de escape del antedormitorio, y con su turbacion se olvidó de cerrarla: el rey se precipitó por aquella puerta á tiempo que doña María se lanzaba en la cámara, donde por otra puerta entraban á la sazon sus damas.

—¡Ah señora! dijo una de las damas, que venia medio desnuda como las demás y envuelta como ellas en la primera prenda que hubieron á las manos: ¿habeis llamado?

—No sé, no sé, dijo doña María, pasándose entrambas manos por la frente, como si quisiera arrancarse de ella un pensamiento abrasador: me he dormido orando en mi reclinatorio, y he tenido un horrible sueño... que aun me estremece... venid, venid, doña Juana, doña Violante, y no os separeis de mí.

—De seguro hay duende en el alcázar, dijo doña Violante á otra de las damas.

—¿Y se habrá dejado otro birrete como aquella noche?

—¡Chist! aquí debe haber misterios! si doña María tuviera un amante, no gritaria ni nos llamaria.

La contestacion era convincente, y las damas en silencio, revolviendo conjeturas en su interior, y llenas de curiosidad, siguieron á doña María.

CAPITULO VII.

El rey en la caza del lobo.

Juan Tenorio, no era uno de esos hombres que al dia siguiente de una fechoría se esconden por temor á los resultados: es cierto que se habia equivocado en su opinion acerca de doña María de Padilla, pero por otra parte estaba seguro de que ella guardaria un profundo silencio, porque hay ciertas situaciones, en que las mujeres, por mas que les pese, se ven obligadas á callar, y la Padilla se encontraba en ese caso.

Así es que al dia siguiente se presentó al rey, á la hora en que este recibia en su cámara á su alta servidumbre.

Don Pedro nada mostraba en su aspecto, que pudiera indicar ni el mas leve enojo: estaba comunmente como siempre que se encontraba de buen humor, y hablaba y reia con sus caballeros de la manera mas natural.

Al acercarse Tenorio, en el cual tampoco se notaba emocion alguna, el rey le dirigió festivamente la palabra.

—¿De dónde vienes mi bravo amigo? le dijo: te se conoce en el semblante que has trasnochado... estás pálido como un anacoreta... ¿quién ha sido ella?

—Es un misterio, dijo Juan Tenorio, sonriendo de una manera maliciosa y sutil.

—Misterio que no durará mucho, caballeros, dijo el rey volviéndose alegremente á sus rico-hombres: antes de mucho, no solamente sabremos si es noble ó villana, sino que nuestro amigo nos la mostrará con el dedo.

—¿Y quién es? ¿quién es? dijeron algunos jóvenes, á quienes alentaba la familiaridad que mostraba aquel dia el rey.

—Si, ¿quién es, Juan? añadió don Pedro: si hemos de saberlo al fin, sepámoslo pronto á fin de no perjudicar á nadie con conjeturas.

—¡Ah señor! ¡aun no puedo decir su nombre!

—¿Aun no?

—No por cierto, porque esa dama me desespera aun.

—¡Ah! ¡qué te desespera! pues mira, es estraño... tú, tan esperimentado, tan acostumbrado á vencer á primera vista, encontrarte contenido...

—Hace mucho tiempo que pensaba en esa dama, y desde que concebí proyectos respecto á ella, convine conmigo mismo, en que me seria muy difícil.

—¿Y sin embargo no has desesperado?

—¿Cómo desesperar cuando estoy seguro de vencer?

—Pues mira, la virtud de esa dama, virtud que alcanza á resistirte, es ya un motivo mas para escitar mi curiosidad.

—Y sin embargo, aquí no puedo decir su nombre, señor.

—¿Que no puedes? ¿y por qué?

—Porque está presente un allegado suyo.

Esta insolente contestacion que era un reto lanzado á cuantos caballeros estaban allí, produjo un efecto inmediato: todos los semblantes se nublaron, escepto el del rey, que rompió á reir á grandes carcajadas.

—Eres el mismo loco de siempre, Juan, dijo entre sus risas; con tu última locura has logrado que nuestros buenos amigos pongan caras de herejes. ¡Ira de Dios señores! parécenme que habeis tomado por lo serio la broma de Tenorio.

—Es una broma que nos ofende.

—Que diga el nombre de la dama en cuestion.

—Que pruebe su dicho.

—Que nos satisfaga.

—Tened en cuenta caballeros, que he dicho que es una dama que me desespera.

—Pero habeis añadido, dijo uno, que estais seguro de poseerla.

—Pues bien, esperad á que la posea, á que propale su nombre, á que ofenda á alguien, al fin. Hasta ahora...

—Dice bien; interrumpió el rey, hasta ahora á nadie ha ofendido, y tal puede ser la persona de que se trate, que el señor Juan Tenorio, nada diga por mucho que alcance... ¿y quién sabe si de aquí saldrá un matrimonio...?

—Es imposible porque es casada, dijo Juan Tenorio.

—Sea lo que fuere, y puesto que no consientes en decirnos su nombre, no hablemos mas de esto, dijo el rey: tengamos por una chanza sin intencion lo que ha dicho y pensemos en otra cosa. ¿Quién de vosotros, caballeros, quiere acompañarme á la caza del lobo?

—¿A la caza del lobo? dijo Juan Tenorio.

—Ya ves, estoy vestido de montería... como que dicen que por la parte de de la sierra ha aparecido una manada... y es una caza que me entretiene por lo peligrosa... y ahora que estamos en paz con todo el mundo...

—En verdad, señor, que es una caza divertidísima, dijo Tenorio, y que me contenta sobremanera.

—Cuento, pues, contigo, Juan.

—Y con nosotros tambien, señor, digeron los demás cortesanos.

—Pues bien, señores, id á prepararos; á las diez os espero; id.

Todos los cortesanos, incluso Tenorio, salieron, y el rey quedó dando órdenes á Pero Lope de Padilla, su ballestero mayor.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo el buen Pero Lope, saliendo de la cámara: el rey en vez de sus monteros lleva sus ballesteros de maza... nada tiene esto de estraño, porque su señoría nos usa de todos modos y maneras... pero mi prima doña María de Padilla, estaba esta mañana tan pálida, tan desolada, tan estremecida como el dia de la muerte de don Fadrique... ¿quién será el lobo á quien piensa coger el rey? Lo ignoro como se ignora todo lo que el rey piensa... pero su alegría, su familiaridad, son para mi de mal agüero... creo que va á suceder algo duro... y bien, suceda lo que quiera, obedezcamos: enviemos nuestros buenos ballesteros á la batida... y luego Dios dirá.

A la hora que habia anunciado el rey á los caballeros de su servidumbre, los habitantes de Sevilla que pasaron por la plaza de armas del alcázar, pudieron ver una magnífica partida de montería que marchaba siguiendo al rey hácia la puerta del Arenal.

Antes de la doce, aquella brillante cabalgata, habia llegado á un espeso encinar, á poca distancia de San Juan de Aznalfarache; los caballeros se dividieron en parejas y fueron á ocupar los puestos que ya habian preparado los ojeadores.

El rey se quedó solo en una encrucija con Juan Tenorio y cuatro ballesteros de maza.

Mientras se oyeron cercanos los tañidos de las bocinas, y los ladridos de los perros, el rey estuvo hablando de cosas indiferentes con su compañero de infancia; pero apenas aquellos ruidos se alejaron, cuando el rey sin alterar su semblante se volvió y dijo á Tenorio.

—Sígueme.

Tenorio se volvió á su vez á los ballesteros y les indicó con un ademán que le siguieran.

—No, no; dijo el rey: quédate ahí mi buen Rodrigo Perez con los demás: que nadie pase por la senda que vamos á tomar.

—Muy bien, señor, contestó el ballestero, permaneciendo inmóvil en su puesto con los otros tres.

—Sígueme, Juan, añadió el rey; este no es buen lugar para dar caza al lobo.

El rey lanzó su caballo por una senda estrecha y tortuosa y Juan Tenorio le siguió, indiferente como la fatalidad.

Al poco trecho, al llegar á un claro, el rey se detuvo.

—Desmonta y tenme el caballo Juan, le dijo.

Tenorio obedeció y el rey echó pié á tierra.

—Ata los caballos á un árbol, dijo el rey.

Tenorio obedeció.

—Ahora ven y escúchame.

Tenorio se acercó al rey.

—¿Dónde estuviste anoche? le preguntó de una manera glacial don Pedro.

—Ya os lo he dicho, enamorando á una dama, contestó con su imperturbable sangre fria, Tenorio.

—¡El nombre de esa dama!

—No os lo puedo decir, señor.

—¡Qué! ¡hay aquí algun pariente de esa señora!

Tenorio miró fijamente al rey y no contestó, porque su altivez rechazaba una mentira.

—Te comprendo, Juan; para todos eres feroz y valiente menos para mí: no quieres mentir, ni pronunciar delante de mí su nombre: pues bien la dama á quien anoche injuriaste y maltrataste es la reyna doña María de Padilla.

Tenorio sostuvo fija su mirada incontrastable en el rey, se hizo dos pasos atrás y desnudó su espada; pero todo esto con una calma heroica.

—Veo que sigues comprendiéndome, Juan: en efecto: tu sabes demasiado que el rey don Pedro, antes que rey es caballero, y que existen ofensas que solo puede

lavar un caballero por sí mismo. Pero aun no es tiempo: dame la carta que mostraste anoche á doña María.

—Nó, dijo Juan Tenorio, con acento breve y acentuado.

—El nombre del hombre á quien te referias anoche.

—¡Nó! repitió con mas energia Juan Tenorio.

Tras aquel no, el rey no pronunció ni una sola palabra: desenvainó su espada y se fue en línea recta hácia Juan Tenorio.

Un momento despues los dos aceros se habian cruzado: no habia furor en el ataque ni precipitacion en la defensa: parecia aquello mas bien que un duelo á muerte un asalto de armas: el rey acometia y Juan Tenorio, sin perder una línea de terreno, resistia el ataque: lentamente las miradas de entrambos se hicieron mas chispeantes, mas sombrias, mas sangrientas; sus semblantes fueron tomando gradualmente la intensa palidez de la cólera, y como si aquel acceso se hubiera comunicado á las espadas, el ataque y la defensa se hicieron mas rápidos; al fin los aceros brillaron como relámpagos, se enlazaron, rechinaron, silbaron uno contra otro; el movimiento de ambos combatientes se hizo mas nervioso, mas irritado, por decirlo así; estrecharon las distancias y, al fin, se escuchó una especie de rugido, sordo terrible, espantoso: Juan Tenorio bajó su espada, vaciló un momento y cayó por tierra: el rey le habia atravesado de parte á parte.

—Hace algunos años, Juan, dijo el rey, pusiste tu lengua en la honra de mi madre, y el príncipe te dió una cuchillada que te tuvo entre la vida y la muerte: hoy te has atrevido á mi esposa y el rey te mata.

Era horrible el acento reconcentrado y frio de don Pedro al pronunciar estas palabras.

—Tu madre era una prostituta, Pedro, esclamó con voz espirante Juan Tenorio; y tu esposa sino la matas lo será tambien.

—La carta y el nombre del infame, dijo el rey.

—La carta... está... en mi... escarcela... el infa... me... es... Men... Ro... driguez; y como si no estuviera aun satisfecho, el moribundo hizo un esfuerzo supremo y dijo con voz clara y distinta, como ayudado por el infierno: doña María ama á Men Rodriguez de Sanabria y estos amores.... me... ven...gan... de.... tí.....

Un vómito de sangre le cortó la palabra, se revolvió en su última convulsion y espiró, mientras el rey, como herido por un rayo, vacilaba sobre sí mismo y sentia zumbar en su cabeza el rugido sordo de cien truenos.

—¡Doña María! ¡Men Rodriguez! esclamó al fin el rey, en un grito inmenso emanado espontaneamente del fondo de su alma. ¡Ella, mi esposa! ¡él, mi hermano!

Luego se paso convulsivamente las manos por las sienes como para contener sus violentos latidos, lanzó en torno suyo una mirada horriblemente sombria y luego se lanzó furioso sobre el cadáver y lo golpeó, lo ensangrentó con su daga.

—¡Infame! ¡infame! ¡infame! gritaba llorrando y rugiendo á un tiempo: ¡y no tienes cien vidas que poderte arrancar..! ¡oh! ¡he sido demasiado generoso! ¡yo he debido despedazarte lentamente, dia por dia! ¡hacerte sufrir un tormento como jamás le ha sufrido ñombre alguno! ¡pero mi honra! ¡mi honra! ¡oh! ¡veamos esa carta! veámosla!

Y con un temblor horrible, con una precipitacion febril, abrió la escarcela de Tenorio, y sacó la carta que aquel habia mostrado la noche anterior á la Padilla.

Al ver el carácter de su escritura don Pedro lanzó un grito salvaje de alegría.

—¡Oh! ¡esta carta no la ha estrito él! esclamó: y ¡yo recuerdo haber visto una carta semejante á esta! Si, si, y tengo conmigo la prueba, añadió registrándose precipitadamente la escarcela y sacando de ella el billete que le habia entregado el Monge-negro y en que se le avisaba de que el dormitorio de doña María seria profanado aquella noche: si si (y el rey cotejaba entrambos escritos) una misma mano ha escrito estos dos papeles; pero ¿que mano es esta? una voz íntima me dice, que estos terribles pergaminos pertenecen á esa mujer, á ese misterioso enemigo que me persigue sin descanso... ¡oh! ¡oh! dominémonos, reflexionemos, obremos con calma: esa mujer estará pronto entre mis manos... y entonces..... si... pero hasta entonces..... prudencia... ahora borremos el rastro de esta muerte.

El rey guardó los dos pergaminos, llegó á su caballo le desató, montó en él y fue en busca de Rodrigo Perez, al que trajo al sitio de la catástrofe.

—Siempre me has sido leal, Rodrigo, le dijo el rey.

—Y lo seré hasta la muerte, señor, contestó el ballestero.

—¿Conoces ese cadáver?

—Es el del señor Juan Tenorio.

—Ese era el lobo á quien dábamos caza... pero que nadie sepa que el rey ha hecho la pieza: tu no has visto nada Rodrigo.

—Nada he visto, señor.

—Es necesario que ese cadáver desaparezca.

—Le enterraré.

—No; corta la leña que sea necesaria y quémale.

—Muy bien, señor.

—Para que no quede rastro, mata su caballo y quémale tambien.

—Muy bien, señor.

—Esta noche te espero con la noticia de que todo está concluido.

Dicho esto el rey, partió de aquel sitio y Rodrigo Perez empezó su lúgubre tarea.

Cuando la cabalgata entraba en Sevilla, los buenos vecinos se decian, despues de haber contemplado al rey y á sus caballeros:

—Muy sombrios vienen, y no traen una sola pieza. ¿Qué habrá sucedido?

Al mismo tiempo cada uno de los cortesanos decia para sí, estas ó semejantes palabras:

—No hay un solo lobo en los alrededores, y Rodrigo Perez de Castro y Juan Tenorio no vuelven con nosotros.

—Es que sin duda el rey ha dado caza al lobo, dijo Pero Lope de Padilla al alconero mayor, que le habia comunicado en voz muy baja la anterior observacion.

El rey entró en el alcázar, despidió á su servidumbre y se encerró en su cámara.

Al oscurecer se le presentó Rodrigo Perez.

—¿Está todo concluido?

—Si señor, dijo el ballestero.

El rey dió una bolsa llena de oro á Rodrigo Perez, que le besó la mano por la merced y salió.

LIBRO VIGESIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que esperaba Leila en Jerez.

A la misma hora en que acontecian estos sucesos, entraba un hombre pequeño y regordete á caballo en Jerez.

A poco que se reparase en aquel hombre, se conocia á un personaje, del que hace mucho tiempo no hacemos mencion: aquel hombre era el agonizante Sancho, el honrado estrangulador del rey.

No vestia sus hábitos; pero sin duda, en un abultado saco que llevaba á la grupa de su caballo, debian ir aquellos trevejos.

En el semblante del hermano Sancho, se notaba cierto cuidado, cierta ansiedad: conocíase que hacia

un viaje violento, y, sobre todo, que el resultado de su viaje le causaba miedo.

De tiempo en tiempo (y esto lo habia hecho muchas veces durante su marcha) sacaba de su escarcela un pergamino, del que pendia un sello de plomo; le desenrollaba y le leia: siempre, despues de leerle, su semblante se ponia mas pálido y le agitaba un ligero temblor.

—Es estraño, dijo una vez, que el rey me haya hecho dar de una manera tan misteriosa esta terrible órden: es verdad que se me han dado otras no menos terribles, y que, para estas cosas, me paga su señoría; pero siempre ha sido él mismo quien... pero acaso no ha querido que nadie vea la vacilacion que debe haberle agitado hasta el momento de decidirse; y no hay duda: esta es la firma del rey... la he visto demasiadas veces para no conocerla bien: y luego... la precipitacion con que se me ha hecho marchar... tenerme preparado caballo... y paga espléndida y adelantada... sí, sí, no hay duda: cúmplase, pues la voluntad del

¡Apartad! ¡apartad, señor Juan Tenorio! ¡sois un miserable!

rey, y que él dé cuenta á Dios de lo que yo voy á hacer por su mandado: ¡ea! no mas vacilar: yo no soy mas que un instrumento, y si yo me niego no faltará quien consienta... vamos, pues, á casa del escribano Alvar Yañez.

Y tras estas palabras se aventuró por las callejas de Jerez.

Al mismo tiempo, y por otra puerta, entraban en la ciudad Men Rodriguez de Sanabria, Juan Diente y su acompañamiento de ballesteros de maza, y se dirigieron en derechura al meson del Pernil-de-Oro.

Inútil es decir cuánto seria el contento del dueño al ver que se le entraba de nuevo por las puertas, y no menos noblemente que la vez primera, el jóven ricohombre, que le habia dejado como recuerdo tan buenos doblones, aunque esta alegría se alteraba un tanto con la presencia de Juan Diente, que tenia el triste privilegio de causar espanto á todo el mundo.

Men Rodriguez fue acomodado con las mayores muestras de respeto á causa de su esplendidez, y con no menos respeto, lo fue Juan Diente, á causa de su ferocidad: este respeto se hizo estensivo, por una

razon semejante, á los demás ballesteros de maza.

En tanto que Men Rodriguez se prepara para cumplir las órdenes del rey, trasladémonos á una casa lóbrega en el interior de la ciudad : en ella, en una habitacion destartalada en que no habia mas muebles que un lecho, un cofre, una mesa y algunos siñales, estaban Leila y el escribano Alvar Yañez, en la actitud de dos personas que se preparan para salir.

Leila estaba vestida de hombre y Alvar Yañez con su raido traje negro de costumbre : un belon de cobre con dos luces, iluminaba sombriamente la estancia, cuya desnudez contrastaba enérgicamente con el lujo de las habitaciones en que, hasta entonces, habia vivido Leila : la turbia luz de los mecheros del belon permitian asimismo juzgar de las variaciones que se habian operado en las personas de Leila y del escribano.

Leila parecia haber envejecido diez años, y aunque se conservaba enérgicamente hermosa, sin embargo, su palidez era enfermiza, tenia ya algunas canas; y

Muerte de Juan Tenorio.

un ojo perspicaz hubiera adivinado, mas bien que visto, algunas sutiles é imperceptibles arrugas en su frente : estaba flaca, y sino habia influido aquel estado sobre su hermosura, era porque la de Leila pertenecia al género de las que sobreviven á todos los accidentes de enfermedad, de enflaquecimiento, de desesperacion, y que solo ceden, al cabo de largo tiempo, al influjo de los años, pero dejando siempre rastros, aun en la mas avanzada vejez, de lo que han sido. Leila, además, en el momento en que la presentamos á nuestros lectores, estaba fuertemente escitada; escitacion que se dejaba conocer en lo vago de sus miradas y en el imperceptible y momentáneo temblor, que pasaba á veces, como una corriente eléctrica, á lo largo de sus miembros.

En cuanto al escribano, viejo ya y acartonado, se mostraba mas viejo y mas feo, para decirlo en una sola palabra, á causa de un mal estar profundo, de un miedo cerval, de una inquietud cruel, que se notaba en lo receloso de sus miradas, en su distraccion, en lo tembloroso de su voz. Además, tanto él como Leila sentian una impaciencia visible.

—¿Acabará de venir ese hombre? esclamó Leila, que hasta entonces habia estado paseando á lo largo de la habitacion, deteniéndose de repente.

—Se le avisó ayer, dijo el escribano, con un cobarde acento de disculpa.

—Nuestro enviado salió muy temprano, contestó con acento impaciente Leila: debió llegar al oscurecer á Sevilla: iba bien instruido; y ese Sancho el agonizante, debió ponerse al momento en camino. Aunque haya venido en un galápago, me parece que veinticuatro horas, son demasiado tiempo para catorce leguas.

—Quiera Dios, que el agonizante Sancho no haya sospechado algo y nos haya comprometido.

—Ese hombre no se habrá atrevido á esponerse á la cólera del rey, cuando la órden escrita que ha recibido era terminante y estaba autorizada de una manera legítima é indudable con el sello y la firma del rey.

—¡Hum! dijo el escribano: pero el cuerpo de la órden está escrito por vos, y esa clase de órdenes se escriben siempre por quien las dá.

—Y en todo caso, ¿qué importa? esclamó Leila levantando los hombros, con ese movimiento que indica, que se está dispuesto á todo ó que se desprecia el peligro.

—¿Qué qué importa? ¡Dios mio! figuraos que el rey sabe á estas horas.....

—¡Y que lo sepa! ¿no tenemos dispuesta nuestra fuga?

—Pero si el rey tiene tomados los caminos.....

—Lo último es morir.

—¡Ya! vos estais desesperada... pero yo... yo que he pasado toda mi vida dando tropezones en busca de la suerte sin poder encontrarla.....

—¿Y quién os ha dicho que yo esté desesperada?

—Quiero decir, que desde el casamiento de Men Rodriguez.....

—Creo que no os he autorizado para que interpreteis mis intenciones y me arguyais con ellas... pensad, dentro de vos, como mejor querais; pero no os entrometais á hacerme conocer vuestros pensamientos ¿No os pago? ¿no os tengo en mis manos? ¿no puedo perderos? pues bien, servidme y callad.

Tembló el escribano al escuchar estas palabras de Leila, pronunciadas con acento severo y despótico, y guardó un profundo silencio.

Leila siguió paseando.

—Ya se ve, dijo deteniéndose de nuevo, habeis sido tan torpe.....

—¡Torpe! dijo el escribano no pudiendo sufrir con paciencia aquella calificacion... pues mirad: vos sois la primera que me acusa de torpeza.

—¿Y cómo no he de acusaros? no habeis sabido obligar al alcaide Iñigo Ortiz de Zúñiga, y si algo sabe el rey, habrá sido por vuestra causa.

—Mal que os pese, señora, debo deciros, que Ortiz de Zúñiga es un buen caballero y que preferirá siempre la muerte á cumplir tales órdenes del rey.

—En otra ocasion, dijo Leila, calmándose un tanto, la generosa accion de Zúñiga, que sin duda cree haber desobedecido una órden del rey, le grangearia mi afecto... pero ahora le odio, como odio á todo el que se opone á mis proyectos.

—Sin embargo, no he sido tan torpe, señora, cuando os he propuesto un medio.

—Si, si, es verdad, hemos depuesto y preso en el alcázar, valiéndonos siempre de la órden del rey á Ortiz de Zúñija, hemos alejado al obispo Gudiel y á Tel Gonzalez Palomeque, y hemos logrado que el ballestero Juan Perez de Rebolledo se encargue de la guarda de la reina.

—Y para que nada se sospeche; para que se tomen por portadores de las órdenes del rey á vuestros bandidos de Nuestra Señora de Rocamador, ¿no ha sido necesaria habilidad, la feliz habilidad que nunca puede suponerse en un torpe?

—Sois muy quisquilloso, Alvar, y os ha hecho una mella demasiado profunda mi acusacion de torpeza.

—¿Y cómo quereis que no me ofenda...?

—Mejor hiciérais en informaros acerca de si tenemos algun peligro que evitar.

—Creeis que me descuido, dijo el escribano: todo está previsto y...

Oyese un silbido en la calle.

—¿Que es eso? dijo Leila.

—Es un aviso de uno de los mios... esperad, esperad: debe haber alguna noticia importante porque han vuelto á silbar de una manera impaciente.

En efecto, habia resonado un segundo silbido mas agudo y prolongado que el primero, y el escribano, abriendo una puertecilla, se lanzó precipitadamente por unas escaleras: á poco volvió pálido y desencajado.

—¿Qué sucede? le preguntó Leila cuidadosa por su aspecto.

—El señor Men Rodriguez de Sanabria, acompañado de Juan Diente y de cien ballesteros de la guarda del rey, acaba de entrar en Jerez. Pero no debe traer mucha prisa porque se ha retirado á descansar.

Esta noticia conmovió profundamente á Leila.

—¡Que está aquí Men Rodriguez de Sanabria! ¿y á que puede venir? esclamó.

—Segun viene acompañado, respondió trémulo el escribano, no puede venir para nada bueno: ¡cuando yo os digo que es muy posible que el agonizante Sancho se haya presentado al rey para que le confirme de palabra la órden que ha recibido por escrito! ¡y si el rey ha visto esa órden! ¡la madre de Dios nos proteja!

—No, no, si Men Rodriguez viniera con ese objeto vendria con él ese agonizante. ¿Creeis tan torpe al rey que no dejase correr los sucesos para descubrir el hilo?

—Esto es peor, y en verdad que no se me habia ocurrido: si, peor mucho peor, ya no nos podemos fiar de ese Sancho.

—¡Que no podemos fiarnos! sois demasiado cobarde, Alvar Yañez.

—Soy prudente... en tanto que vos...

—Yo no retroceré sino cuando vea que no puedo vencer los obstáculos. Pero creo que llaman á la puerta de la calle... acaso sea ese hombre... id, Alvar, id, y cuenta con hacerme una traicion, porque ya sabeis que os tengo en mis manos.

En efecto, habian sonado tres vigorosos golpes en la puerta de la calle, golpes que no siendo contestados, se repitieron con mas impaciencia.

—¿Qué haceis que no bajais? dijo Leila al escribano, que estaba fascinado, dominado por un terror intenso delante de ella: id, id: ved quien es, y si fuese ese hombre, traedle aquí. ya sabeis lo que teneis que hacer; yo os sentiré venir y me ocultaré..... ¡quiero oirlo todo! lo entendeis.

—Si, si, señora... pero, si no fuese ese hombre...

—Si no fuese ese hombre y os prendiesen, si os sucediese otro cualquier negro accidente, vuestra será la culpa, puesto que no os habeis contentado con vuestra suerte, y os habeis metido en empeños peligrosos, queriendo mejorarla: pero una vez en este punto, no es ya posible retroceder... oid: llaman por tercera vez.

El escribano dobló la cabeza, dominado por el acento imperativo de Leila, y salió con paso tardo de la estancia.

—¡Oh! ¡oh! dijo Leila: afortunadamente he previsto desde el principio de mis luchas, que podia llegar á un caso estremo y he sabido hacerme esclavos, sujetos á mi voluntad. Don Simuel, ese hombre, y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador son mios...

tengo fuerzas bastantes para manchar de una manera indeleble la memoria del rey y para acabarle de destrozar el corazon, que ya he empezado á envenenarle. Suenan pasos, se acercan: ocultémonos y oigamos.

Leila corrió á una puerta, y se escondió precipitadamente tras ella, á punto que se abria otra puerta y entraban Alvar Yañez y el agonizante: este último llevaba un gran envoltorio bajo el brazo.

El terror del escribano, estaba encubierto por sí mismo: Alvar Yañez comprendia que estaba en una situacion escurridiza, y apelando á toda su astucia, á los recursos de su envejecida práctica en dominar sus afectos, logró mostrarse impasible ante el agonizante que le miraba de una manera recelosa. Este recelo, que no se ocultaba al cartulario, aumentaba el terror que se revolvia inmenso en el fondo de su alma.

—Segun decis, me esperabais de órden del rey, dijo el verdugo al escribano.

—Sí por cierto, del mismo modo que vos venis á buscarme de órden de su señoria, contesto Alvar Yañez.

—Necesito sin embargo que me mostreis vuestra órden, repuso con su fria reserva el agonizante.

—Vedla aquí, contestó el escribano, sacando un pergamino del bolsillo.

Maese Sancho, leyó, releyó y dió vueltas por arriba y por abajo al pergamino, durante cuya operacion, el alma de Alvar Yañez, se comprimió, se achicó, se estremeció, por decirlo así, y hubo momentos en que no pudo darse cuenta de si estaba muerto ó vivo.

—¡Indudable! ¡auténtica como la mia! dijo al fin despues de un escrupuloso exámen el verdugo... si, sí; este es el sello de plomo y el sello de cera del rey: la firma de su señoría, el sello de la cancillería, la refrendacion de Mateos Ferrandez, escribano y notario público de su señoria..! ¡cuando pienso que despues de haberse hecho escribir estas órdenes por mano ajena, y de haberlas hecho pasar por tantas formalidades, se nos han dado con tanto misterio..! porque supongo que vos habreis recibido la vuestra como yo he recibido la mia.

—Ignoro cómo vos la habreis recibido, dijo con la mayor naturalidad el escribano, aunque sabia demasiado, la manera cómo se habia dado aquella órden al verdugo.

—Pues me la han dado de una manera bien estraña: ayer tarde estaba yo en mi casa en el barrio de los Caneros, cuando llegó un soldado con la vesta de los ballesteros de maza de su señoría: estrañóme el no conocer á aquel hombre, cuando por mi oficio conozco á todos los ballesteros... pero esto nada tiene de estraño... el rey hace cosas incomprensibles: aquel hombre tenia un caballo enjaezado y me dijo dándome esta órden: «el rey os manda que al momento monteis á caballo, que lleveis con vos vuestros hábitos cenicientos, y que sin hablar ni despediros de nadie partais á Jerez. á poneros á las órdenes del escribano Alvar Yañez á quien obedecereis, como si se tratase de su señoría:» diome las señas del lugar donde os encontraria en Jerez y partió.

—Pues yo ni mas ni menos he recibido esta otra órden de un ballestero de maza, á quien tampoco conozco y que me indicó, de órden del rey, que os esperase en esta casa: al fin nos hemos encontrado y estamos en el caso de cumplir las órdenes de su señoria.

—Cumplámoslas, pues, y que Dios haga cargo á su señoría de lo que nosotros ejecutemos por su órden.

—Sí, díjo sombriamente Alvar Yañez, que Dios haga responsable del cumplimiento de estas órdenes á quien las ha escrito. Poneos, pues, vuestros habitos, que creo será lo que traeis en ese saco, y seguidme.

Maese Sancho, sacó en efecto á luz sus habitos cenicientos, se los caló, y, sin decir una palabra mas, siguió á Alvar Yañez.

Apenas estuvieron fuera, cuando apareció de nuevo Leila. Su semblante estaba mas lívido: su hermosura podia comparársse entonces á la sombria hermosura del espíritu de las tinieblas; sus ojos brillaban de una manera sobrenatural.

—Es horroroso, cruelmente horroroso lo que voy á hacer, dijo rebozándose en su capa y dirigiéndose á la salida de la casa... pero necesito vengarme; el hombre que me ha ensangrentado, sin saberlo, el corazon, está á demasiada altura, para que pueda vengarme de otro modo... ¡ea! ¡no mas vacilar..! ¡no mas! lo que está escrito se cumplirá.

Y, diciendo esto, salió de la casa, se rebozó mas y siguió á dos sombras, que se perdian á la sazon al estremo de la calle.

Aquellas dos sombras eran el escribano y el verdugo.

Y así, Leila tras ellos, salieron de la ciudad y se encaminaron al castillo: Leila sintió abrir la poterna, y vió que las dos sombras entraban: despues avanzó: antes de llegar al puente levadizo, pareciole oir ruido de espadas y gritos de mujer, á poca distancia, pero aquello podia ser una aventura de las muchas que tenian lugar en aquella época ruda, y Leila, demasiado preocupada con sus asuntos, llegó al castillo.

—¿Quién va? gritó á su aproximacion un atalaya desde los adarves.

—¡Por el rey! contestó Leila.

Poco despues rechinaron las cadenas del rastrillo, y, con todo el aparato que se usaba en aquellos tiempos, apareció un hombre feroz cubierto de mallas desde los piés á la cabeza.

Aquel hombre era el ballestero de maza, Juan Perez de Rebolledo.

—Enteraos de esa órden, le dijo Leila, sacando un pergamino de su escarcela.

El alcaide la leyó á la luz de la linterna de un soldado, y despues de esto dijo á Leila devolviéndosela.

—Sois por lo que he visto paje del rey, y os envia á que presencieis de qué modo cumplimos sus órdenes.

—Eso es, contestó Leila.

—Pues seguidme, caballero: acaban de llegar los que han de ejecutarlas y todo estará concluido antes de un instante.

Leila siguió á Juan Perez de Rebolledo, y apenas estuvieron dentro, cuando se alzó el puente y se caló el rastrillo con estruendo.

A este estruendo siguió otro distinto: oyóse crugir de arneses, el paso apresurado de muchos soldados, se vieron luces por las galerias y se oyeron distintamente gritos de:

—¡Traicion! ¡traicion!

—¡Traicion! esclamó el alcaide precipitándose hácia las escaleras seguido de Leila: ¿qué significa esto, alferez Orduña?

—Significa que, al ir á sacar á su señoría la reina de su calabozo, para trasladarla á la sala de honor, segun me habiais mandado, hemos encontrado el calabozo desierto y una escala pendiente de la reja, cuyos hierros están limados, contestó un alferez, con quien se habia encontrado el alcaide al salir.

—¡Que se ha fugado la reina! esclamó Leila... con un acento indescribible.

—Y con ella doña Isabel Nuñez de Lara y doña Sol de Vargas que estaban encerradas con ella, dijo el alferez.

—Pues bien; ¡miserables, descuidados, traidores! gritó Leila, ronca de furor: ¡vosotros respondereis al rey de esta fuga con vuestra cabeza!

Y loca, rugiente, furiosa, siguió las escaleras arriba, saltándolas de dos en dos en su impaciencia.

CAPITULO II.

Fatalidades.

Men Rodriguez de Sanabria, en vez de descansar, como habia dicho su espía á Alvar Yañez, solo invirtió en la posada del Pernil de Oro, el tiempo necesario para lavarse el polvo del camino y cambiar de traje.

A pesar de la situacion estraña en que se hallaba colocado respecto á doña Isabel Nuñez de Lara, por razon de su casamiento con Beatriz, durante la marcha, despues de discutirlo mucho consigo mismo y de haber dudado, y vuelto á dudar, se habia decidido á visitar á aquella pobre víctima en cuanto llegara: necesitaba sincerarse con ella frente á frente, protestarla que habia cedido á su destino al casarse con Beatriz y que su amor era siempre el amor puro, inmenso, que la habia profesado: á mas de eso Men Rodriguez sabia que doña Isabel estaba envenenada, pero como aquella muerte, ó por mejor decir, aquella agonía, se prolongaba demasiado, habian nacido esperanzas en su alma respecto á la vida de la única mujer á quien verdaderamente habia amado, y ansiaba juzgar por sí mismo viéndola, examinándola, si aquellas esperanzas eran fundadas.

Así, pues, cambió rápidamente de traje y salió del Pernil de Oro, en direccion al alcázar donde pensaba encontrar á doña Isabel.

Juan Diente, que, por mas de un motivo, habia cobrado un cariño casi paternal al jóven favorito del rey, al verle salir solo y conmovido, para aventurarse en las enmarañadas calles de Jerez, donde en razon á lo tenebroso de la noche, y á ciertos antecedentes que no se habian escapado á la penetracion del ballestero, tales como algunos hombres embozados que al pasar por delante del Pernil de Oro miraban al interior con una atencion sospechosa, Juan Diente, decimos, apenas puso el pié fuera de la posada Men Rodriguez, cuando, volviéndose á los ballesteros que vagaban en el piso bajo, les dijo:

—¡Ola! ¡doce hombres conmigo! ¡el corazon dispuesto á todo! ¡la mano en la espada, mucho silencio, y en marcha!

Inmediatamente y antes de que Men Rodriguez se hubiese perdido á lo largo de la calle, Juan Diente se puso sobre su pista, seguido de los doce silenciosos ballesteros.

Iban harto lejos de Men Rodriguez para que el jóven, demasiado preocupado por otra parte, pudiese percibir el ruido de sus espuelas, y al fin sin ser notado, Juan Diente le vió entrar en el alcázar y se ocultó, para esperar á que saliese, y darle la misma ignorada guarda, en el soportal en que, en otra ocasion, esperó Andrés Corchuelo á Men Rodriguez.

El jóven por su parte no pudo menos de reparar al entrar en el alcázar, que solo habia un soldado de las milicias de la ciudad, guardando el postigo, sentado en un escabel con el mayor descuido, y que en vez de las numerosas y largas lanzas que, en otras ocasiones, llenaban el astillero del zaguan, solo habia dos mohosas partesanas. Pero lo que mas le importaba era ver á doña Isabel y siguió adelante sin premeditar la causa de aquel descuido, y sin que el soldado por su parte le impidiese el paso.

Al entrar en el patio, vió algunas acémilas y algunos mozos que cargaban en ellas cofres y fardos. Esto le hizo preguntar.

—¿Qué es esto? dijo á uno de aquellos hombres, ¿quién se muda del alcázar?

—¿Quién ha de ser, contestó el preguntado, sino mi señor el obispo de Burgos, y el señor Tel Gonzalez Palomeque, á quien el rey ha quitado la guarda de la reina?

—¿Que les ha quitado la guarda de la reina?

—Si por cierto, señor, dijo otro que se habia acercado: y no solo eso, sino que el rey manda al obispo que vaya á su obispado, y á mi amo, el señor Tel Gonzalez, á sus tierras.

—¿Y quién ha quedado en guarda de la reina?

—La reina ha sido trasladada hace tres dias al castillo, sin duda para tenerla mas segura, y con ella han ido sus damas y la viuda del infante don Juan.

Men Rodriguez no esperó á saber mas; estremecióse bajo un presentimiento oscuro, y salió precipitadamente del alcázar en direccion al castillo.

Inutil es decir, que Juan Diente y los doce ballesteros le siguieron.

Al salir de la ciudad, por mas distraido que fuese Men Rodriguez, no pudo menos de reparar, en medio del silencio del campo, en el ruido de los pasos de los ballesteros, denunciado por sus espuelas; entonces se volvió, y gritó:

—¿Quien va?

—Soy yo señor, contestó Juan Diente adelantando hácia él.

—¡Ah! ¿sois vos señor Juan Diente? os agradezco vuestro cuidado en seguirme, porque me da el corazon que voy á necesitar de vuestra ayuda.

—¡Cómo, señor!

—¡No lo sé! pero suceden cosas estrañas: la reina ha sido trasladada al castillo de órden del rey.

—¡Al castillo..! ¡de órden del rey..! ¡pero silencio..! ¡á un lado del camino! ¿no ois un tropel de caballos?

—Sí; sí, apartemonos.

—Afortunadamente aquí hay árboles; seguidme, señor, y vosotros tambien.

Y Men Rodriguez, Juan Diente y los doce ballesteros se echaron á un lado del camino, y se ocultaron entre unos árboles que se veian á poca distancia.

Por una coincidencia singular, los ginetes que se acercaban, se detuvieron en el mismo sitio, se apartaron del camino y se ocultaron junto á los árboles. Era la noche densamente oscura, como hemos indicado, y los recien llegados no pudieron notar que tras cada uno de los árboles vecinos, estaba oculto un hombre. Men Rodriguez y Juan Diente estaban, por casualidad, muy cerca de los ginetes.

—Ya sabeis el empeño á que os habeis comprometido, dijo una voz, por la que Men Rodriguez reconoció con asombro á Andrés Corchuelo.

—Lo sabemos, dijo uno de los otros.

—Se os pagará lo que habeis pedido.

—Sí, sí, señor, y no tenemos queja, repuso la misma voz.

—Además, os espera una gran recompensa... vamos á salvar á una reina... el rey de Francia su pariente, os cubrirá de oro y honores.

—¿Y está todo dispuesto? dijo otro.

—Si, contestó Andrés Corchuelo, anoche estuve desde las doce hasta el amanecer limando los hierros de la reja.

—Pues no deja de ser alta.

—Doña Sol de Vargas, me habia echado un cordon, y por él subió una escala y la aseguró: si los barrotes no hubieran sido tan fuertes, anoche la hubieramos salvado; pero esta noche tenemos tiempo: es temprano y todavía no están en la torre los atalayas, porque no se ponen hasta la queda: ahora bien, tomad á campo atraviesa, de modo que no podais ser sentidos, llevaos mi caballo y esperad delante de la torre del Homenaje, donde está presa doña Blanca, á dos tiros de ballesta de ella.

Andrés Corchuelo desmontó, entregó su caballo á los suyos, les mandó ponerse en marcha, y él por otro lado se encaminó al castillo.

—He aquí que Dios nos envia señor, dijo Juan Diente, para evitar el que roben al rey su esposa.

—Si, si, es verdad... la libertad de doña Blanca seria funesta, dijo Men Rodriguez: esto traeria de nuevo la guerra civil, ya demasiado encarnizada; marchemos, marchemos, impidamos...

—El mejor modo de impedirlo...

—Es ir en derechura al castillo.

—No, no señor, creedme: ese hombre nos lleva delantera; lo tiene todo preparado, y, si por acaso, encontramos dificultades para entrar, viniendo, como venimos, desprovistos de una órden, daremos lugar á que se nos escapen... la noche es oscura, hay grandes bosques en los alrededores y pudieran perdérsenos... venid, señor; para esta clase de asuntos me pinto solo... habrá estocadas y muertes, pero os juro que no se nos escaparán.

Y Juan Diente salió de entre los árboles y Men Rodriguez y los ballesteros le siguieron.

Entretanto, en un calabozo lóbrego, de espesos muros, pobremente alumbrado por una lámpara de hierro habia tres damas. Era la una la reina doña Blanca, la otra doña Isabel Nuñez de Lara, cuya belleza estaba manchada por esa impura y terrible palidez de la tisis, y cuyo semblante habia perdido la hechicera suavidad de sus formas por un enflaquecimiento horrible: la tercera dama era doña Sol de Vargas.

Aquellas tres pobres mujeres mostraban en sus semblantes una ansiedad mortal, y doña Sol de Vargas, asomada á la reja, temblaba de impaciencia, asida á sus limados barrotes.

Sobre una mesa habia un pequeño envoltorio, dentro del cual y hechas un solo cuerpo estaban las joyas de las tres mujeres, mejor dicho, los restos de sus joyas, la mayor parte de las cuales habian sido vendidas por Andrés Corchuelo para facilitar la fuga. Aquella fuga se habia hecho mas costosa y mas difícil por la traslacion de la reina al castillo.

Hay momentos que son siglos de desgarradora ansiedad y tales eran los que pasaban para aquellas tres desdichadas: doña Blanca, muerto hácia mucho tiempo su orgullo, lloraba; doña Isabel estaba impasible como podriamos figurarnos el descarnado espectro de la fatalidad; doña Sol de Vargas lanzaba toda su vida á sus ojos y á sus oidos, devorando las tinieblas y el silencio, y apretando convulsivamente en una de sus manos un cordon de seda.

Al fin doña Sol, ahogó un grito de alegría: al pié de la torre habia resonado un ténue silbido, semejante al de una culebra: aquella era la seña convenida con Andrés Corchuelo.

—Ya está ahí, dijo doña Sol, dejando caer fuera, con mano trémula el cordon, á cuyo estremo inferior iba atada una piedra.

—¿Qué está ahí? dijo maquinalmente doña Blanca, en tanto que doña Isabel, sin pronunciar una palabra, se acercaba con paso débil á la reja.

—Sí, sí; pero silencio; mucho silencio; es mi Andrés... ¡cuánto le amo Dios mio! ¡qué generoso es! murmuró en acento casi imperceptible... ¡oh! aunque fuera hijo de un verdugo me casaria con él... ¿qué digo casarme? ¡seria su querida! ya sube la escala... ¡ah! ¡ah! por fin ya está aquí.

Y doña Sol aseguró los garfios de una escala á los barrotes que no habian sido limados. Poco despues la tension de la escala y el lijero rechinamiento de los garfios contra los barrotes, demostraron que alguien subia por ella.

Al fin, pasados algunos momentos, apareció tras la reja Andrés Corchuelo.

—¡Valor, señora, valor! dijo en voz contenida; dentro de un momento estareis en libertad.

—¡Oh! ¡Dios mio! que él os recompense vuestra generosa accion, esclamó la reina cayendo de rodillas.

Andrés, con una impaciencia febril, arrancó tres barrotes, que doña Sol de Vargas colocó sucesivamente dentro del calabozo. Entonces quedó una ancha salida.

—Venid señora, venid, y nada temais, dijo Andrés Corchuelo, dirigiéndose á la reina; soy por fortuna demasiado robusto, y la escala bastante fuerte para que no temais por vuestra vida.

—¡Oh! ¡bien sabe Dios que no temo á la muerte, esclamó la reina llorando; sino á la mancha que esta muerte arrojaria sobre el rey! ¡Dios mio! ¿qué daño le ha hecho una mujer que tanto le ama?

—Pronto, pronto señora; esclamó impaciente Andres; tiempo tendreis de llorar y lamentaros fuera de aquí; decidios; un momento puede malograrlo todo; ayudadme doña Sol. Obligad á su señoría.

Doña Sol asió á la reina: al fin doña Blanca estuvo fuera de la reja entre los brazos de Andrés, que descendió lentamente con ella.

El tiempo de aquel descenso fue de terrible angustia para doña Isabel y doña Sol, que amaban con toda su alma á aquella infeliz reina, que despues de su largo y triste cautiverio, se veia obligada á huir del odio inmotivado de un esposo á quien adoraba.

No tardó en aparecer de nuevo Andrés.

—Venid doña Isabel, venid, dijo.

—¿Quién, yo? esclamó doña Isabel; ¿para qué quereis salvar un cadáver? salvad á vuestro amor, salvad á doña Sol.

Pero doña Sol, asió de doña Isabel, que por su estado de enflaquecimiento, era lijera como una pluma, y la puso en los brazos de Andrés, que descendió con ella.

—¡Oh! ¡gracias, gracias Dios mio! esclamó la generosa doña Sol, cayendo de rodillas, con las manos cruzadas, y los ojos cubiertos de lágrimas alzados al cielo: ahora que ellas se han salvado, poco importa que perezca yo.

Poco despues Andrés apareció de nuevo, y doña Sol se levantó, montó en el alfeizar de la reja y se apoyó en sus brazos; cruzóse entonces una inmensa mirada de felicidad entre los dos amantes, resonó un beso ardiente, inmenso, y entre aquel beso, la voz de doña Sol, alterada por el llanto, que esclamó desfallecida de felicidad:

—¡Oh! ¡tuya! ¡tuya hasta la muerte!

Andrés la estrecho delirante contra su corazon y descendió con ella; doña Sol, no pudiendo resistir á lo agudo de aquellas emociones sucesivas se desvaneció.

Cuando llegaron al pié del muro, al soltarla Andrés, que no se habia apercibido de su estado, cayó inerte en tierra.

Este estado de doña Sol, detuvo un tanto la marcha; al fin se repuso, y Andrés, la reina, y las dos damas se separaron precipitadamente del castillo, en busca de los hombres que les aguardaban.

Durante algun tiempo no tuvieron tropiezo alguno: el castillo permanecia silencioso y todo demostraba que en él no se habian apercibido de aquella triple fuga: ya estaban cerca de sus gentes, que adelantaban hácia ellos, cuando de improviso sonó ruido de espuelas; al fin se distinguieron entre lo oscuro algunos bultos y luego se oyó una voz robusta que gritaba con acento feroz:

—¡Alto, traidores! ¡alto á los ballesteros del rey!

Aquella voz era la de Juan Diente.

Renunciamos á describir el efecto que aquella voz causó en los fugitivos: por mucho que nos esforzásemos no conseguiriamos hacer concebir á nuestros lectores una idea exacta de su terror: para que lo comprendiesen, era necesario que el autor pudiese disponer de medios que no están á su alcance.

Hubo un momento de estupor, durante el cual, sufrieron los fugitivos toda una agonía: la sorpresa, el miedo y la desesperacion de verse detenidos cuando se creian libres, heló la sangre en sus venas y les enmudeció.

El primero que se rehizo fue Andrés, que dijo con voz no muy segura desnudando su espada:

—Quienes quiera seais, dejad paso á gentes que van por su camino.

—Vuestro camino, mal que os pese señoras, dijo á la sazon Men Rodriguez, que en vano pretendia hacer cortés su acento, alterado por la cólera que le causaba el acento de Andrés, recordándole de una manera fatal los insultos de la carta que habia dirigido á Beatriz: vuestro camino, es al castillo de Jerez donde la voluntad del rey quiere que esteis presas.

—¡Ah! ¡venis aquí tambien, señor Men Rodriguez de Sanabria! esclamó con la voz ahogada por el furor Andrés: ciertamente que á vuestras anteriores hazañas faltaba esta cobarde accion.

—¡Callad, vive Dios! esclamó Men Rodriguez, adelantando entre lo oscuro hácia Andrés Corchuelo, sino quereis que os corte la infame lengua.

—¡Por piedad, por piedad caballeros! esclamó una voz dulce y débil, la voz de doña Isabel Nuñez de Lara; tened compasion, no de mí, sino de la noble y desventurada dama que viene con nosotros, ¿Qué os importa que se ponga á salvo del furor del rey? Pensad que no la habeis encontrado, dejadla pasar, y llevadme á mí, á mí, que aprecio muy poco la vida, á donde mejor querais.

—¡Callad, doña Isabel, callad! esclamó con orgullo doña Blanca. La reina que no ha suplicado al rey, no suplicará á un vasallo. La reina manda: haceos atrás caballero, haceos atrás con los vuestros ó la reina se abrirá paso por cima de vos.

—¡Oh! ¡eso lo veremos! esclamó con acento ronco Juan diente. ¡Hola, camaradas! ¡el señor Men Rodriguez os manda que os apodereis de la reina y de las gentes que la acompañan!

—Esperad, esperad un momento, dijo Men Rodriguez: su señoria la reina comprenderá que solo cumplimos con nuestra obligacion, suplicándola nos permita acompañarla.

—Si en mí consiste que se evite sangre, marchemos, señores, marchemos: pero ha de ser con la condicion de que se deje libre á quien tan generosamente se ha espuesto por salvarme.

—Es inútil, señora, respondió enérgicamente Andrés Corchuelo; al ofrecer mi vida á vuestra señoría, no se la ofreci en valde; ¡á mí, compañeros! ¡á mí y á ellos!

Un momento despues se habia trabado un combate, y el ruido de las espadas y los gritos desesperados de doña Sol, eran los que habia oido Leila á lo lejos al llegar al castillo.

Andrés, impulsado por su odio, se habia dirigido á Men Rodriguez, y este, ofendido y deseoso de castigar su insolencia, habia respondido á su llamamiento. Aquellos dos hombres que se habian llamado amigos á primera vista, habian llegado á ser enemigos á muerte, á causa de una mujer.

Envistiéronse con un furor estremado: ya sabemos que Andrés era maestro de armas y diestrisimo, y conocemos tambien el valor y la destreza de Men Rodriguez; pero Andrés, mas irritado que Sanabria, olvidaba las reglas y el tacto que se necesita para un ataque á oscuras, y solo pensaba en buscar el bulto, redoblando las estocadas: esto le fue fatal. Men Rodriguez mas sereno, reducido á la defensa, le esperó, y hubo un momento en que solo necesitó presentar á Andrés la punta de su espada, para que el desdichado se atravesase.

Al sentir la punta de su espada rasgando la carne, Men Rodriguez se estremeció, comprendió demasiado bien que Andrés habia recibido un golpe de muerte, y de improviso se le vino á la memoria la noche en que por primera vez habia visto á aquel hermoso jóven, herido, pálido, al lado de un pobre anciano, que no tenia otro hijo, que le adoraba y que temblaba por su vida.

Men Rodriguez esperimentó, por efecto de su esquisita sensibilidad, un estremecimiento y un horror igual, al que debió sentir Cain despues de haber muerto á su hermano Abel. Porque la amistad para Men Rodriguez era una fraternidad: porque si bien Andrés le habia ofendido de una manera dura, Andrés habia perdido su amor, y por la primera vez pensó en que el despecho, no su corazon, habia arrancado á Andrés la injuriosa carta escrita á Beatriz.

Arrojóse lleno de ansiedad sobre el infeliz jóven, sin reparar en que junto á él se batian revueltos los ballesteros de maza y las gentes de Andrés, ni en que podia ser herido á mansalva: solo pensó en aquel hombre, que al verter su sangre habia recobrado su amistad. Pero era tarde: Andrés habia muerto.

Era un nuevo y penoso sacrificio añadido á los que ya habia hecho su lealtad al rey don Pedro: en otra ocasion menos estrema, los dos jóvenes hubieran tenido lugar de esplicarse, se hubieran entendido, y se hubieran separado al fin sin poner mano á la espada, con el corazon desgarrado, pero siempre amigos. En aquella ocasion fatal, Men Rodriguez se habia visto obligado á evitar la fuga de la reina, se habian encontrado delante de testigos, y en el primer momento de furor, habian desnudado las espadas, é idose el uno contra el otro.

—He amado á una mujer y la he perdido, esclamó dolorosamente el jóven: he tenido un amigo y le he matado; pensaba encontrar la suerte en la córte y solo he encontrado la desgracia... ¡oh rey don Pedro, rey don Pedro! ¡tú eres la causa de todo, y te sirvo aun y te amo..! ¡oh! ¡es que ante todo soy Sanabria, y un Sanabria no puede ser traidor!

Y, rehaciéndose, vió que su espada era necesaria á Juan Diente, y poniéndose á su lado embistió á las gentes de la reina.

Lo prolongado de la lucha, consistia en que, antes de todo, Juan Diente habia hecho que seis ballesteros se apoderasen de la reina y de las dos damas, y las alejasen del lugar del combate: se habia quedado solo con seis hombres, contra una veintena de aventureros, y aunque ningun ballestero habia muerto, sin embargo, sentian la desventaja y estaban cansados.

Men Rodriguez era uno de esos hombres que valen por diez, y su ayuda se hizo notar al momento; á las primeras estocadas cayeron por tierra tres de los contrarios; se animó Juan Diente, que arrojó otros tres por tierra, rugiendo como un leon hambriento; apretaron los ballesteros los dientes y los puños, y al fin, aterrados por aquel vendabal de golpes, viendo por otra parte que su jefe habia desaparecido, empezaron á desconfiar, se aterraron despues, y luego huyeron, no sin dejarse ocho hombres sobre el campo.

Por una casualidad estraña los ballesteros no habian recibido mas que pequeñas heridas, y Juan Diente se rascaba un hombro que le habian rasgado de una estocada falsa.

—¡Oh! ¡oh! dijo á Men Rodriguez: ¡allá van! ¡vayan en buen hora! ¡á enemigo que huye puente de plata..! pero es necesario confesar que sin vos, señor, hubieran dado fin de nosotros... ¿y cómo está guardado ese castillo, vive Dios, que no han oido un combate á dos tiros de ballesta de él? ¡Aquí debe haber traicion! marchemos, señor, marchemos al castillo, no sea que esas gentes tengan cerca quien les ayude, y vuelvan y sean tantos que no podamos defendernos.

—Sí, sí, pensais con prudencia, señor Juan Diente, dijo de una manera maquinal Men Rodriguez: pero creo que no han quedado con ganas de volver. Veamos ahora donde se encuentra su señoría, y conduzcámosla con sus damas al castillo.

Juan Diente silbó de una manera prolongada y alla desde larga distancia en direccion al camino del castillo, contestó otro silbido semejante. Men Rodriguez, Juan Diente y los seis ballesteros, quejándose el uno y votando el otro, á causa de sus heridas, se encaminaron á campo atraviesa al lugar donde habia resonado el silbido.

Mientras llegaban, Juan Diente preguntó con un interés casi paternal á Men Rodriguez.

—¿Y á vos no os han herido, señor?

—No, por desgracia, dijo el jóven; creo que Dios ó el diablo me guardan para probarme, y cuanto mas busco la muerte, menos doy con ella.

Juan Diente conoció las razones de la desesperacion del jóven, y guardó silencio respetándolas.

Poco despues llegaron al camino.

Entonces, de entre el grupo de ballesteros, salió una mujer, y dijo con voz convulsa y trémula:

—¿Viene con vosotros el señor Men Rodriguez?

Aquella mujer era doña Isabel Nuñez de Lara.

—Héme aquí, señora, contestó temblando el jóven.

—Y... ¿estais herido?

—No, contestó Sanabria.

—¡Oh! ¡gracias Dios mio! ¡gracias! esclamó con un sublime acento de amor y de alegría doña Isabel.

—¡Y Andrés! ¡y Andrés! esclamó anhelante doña Sol.

—Andrés... ha huido.... contestó penosamente Men Rodriguez.

—¡Mentís..! gritó desesperada doña Sol... Andrés ha muerto.... ó está preso... lo que viene á ser lo mismo.

—Muerto... preso... esclamó la reina, ¡y todo por mí! ¡oh, Dios mio!

—Pensemos en vuestra señoría, contestó Men Rodriguez: cuando se trata de reyes, la vida de los vasallos importa muy poco.

—¡Ah! ¡maldito seais vos! esclamó con acento desgarrador doña Sol, que en el acento de las últimas palabras de Men Rodriguez habia comprendido la muerte de Andrés. ¡Maldito seais vos! asesino, y que la sangre de mi esposo caiga continuamente sobre vuestra cabeza!

Y empezó á dar esos gritos horribles, que tanto lastiman el alma de quien los oye, y que parece deben escucharse en la eternidad.

Y como un nuevo incidente, que recargaba lo penoso de la situacion, doña Isabel se asió llorando á Men Rodriguez.

—No, no; ¡vos no entregareis á la reina! ¡no¡ ¡vos sabeis que su señoría está en peligro entre los miserables de que la rodea el rey..! ¡no! ¡no! ¡os lo pido en nombre del amor que me habeis tenido! ¡yo no creia volveros á ver, volveros á hablar! ¡en otra ocasion hubiera huido de vos! ¡pero ahora os busco! ¡salvad á la reina! ¡salvadla! ¡escuchad mi voz, que os habla desde la tumba!

—¡Ah! ¡señora! esclamó Men Rodriguez, ¡y cómo me desgarra el alma el no poder obedeceros!

—¡Sí, sí! ¡vos me escucharéis! ¡vos sois bueno! ¡vos no permitireis...!

—El rey, señora...

—¡Oh! vuestra lealtad es fatal... pero en estos momentos...

—¡Basta! no supliqueis mas, dijo doña Blanca con un orgullo indescribible. La reina se entrega tranquila á sus enemigos, pero no se arrastra á sus piés...

—Medite vuestra señoría... dijo ofendido en su orgullo Men Rodriguez.

—Nada hay que meditar, le interrumpió doña Blanca con altivez: nada hay aquí que me lastime, sino la valiente sangre que se ha derramado en mi defensa... ahora, señores, al castillo... la reina lo quiere... la reina lo manda.

No se habló una palabra mas: la reina, doña Isabel y doña Sol, rodeadas de los ballesteros, precedidas por Juan Diente y seguidas por Men Rodriguez emprendieron hácia el castillo su marcha que tenia mucho de lúgubre.

Antes de llegar á él, se abrió la poterna y aparecieron soldados con hachones á cuyo frente marchaba Juan Perez de Rebolledo, que salia en busca de las fugitivas.

Juan Diente fue el primero que tropezó con él.

—¡Ah! ¡soberbio bribon! le dijo, vuélvete y haz venir al alcaide. Dile que le traemos las tórtolas que se le habian escapado de la jaula.

—El alcaide del castillo de Jerez está delante de vos, señor Juan Diente, dijo con acento brutal Rebolledo.

—¿Y dónde está? dijo Juan Diente mirando en torno suyo: no veo aquí ningun caballero.

—Caballero ó no, dijo con insolencia Rebolledo, yo soy el alcaide de órden del rey.

—¡Ah! ¡que tu eres el alcaide! esclamó con estrañeza Juan diente: pues mira, no podia haberse valido el rey de peor sugeto.

—Sea lo que quiera, esclamó con acento de amenaza Rebolledo, alcaide soy, y si es preciso me haré respetar como tal.

—¿Sabes Rebolledo que me están dando ganas de acogotarte como á un ternero? esclamó Juan Diente, que aun conservaba modismos de su antiguo oficio de cortador.

—Lo dejaremos eso para mas adelante, contestó sombriamente el ballestero.

—Pues dejémoslo: ahora vamos á lo que mas importa: la reina y sus damas se acercan: pero para entregártelas necesito ver la órden en que el rey te ha conferido esta alcaidia.

—No sois vos persona á quien yo dé parte de las órdenes de su señoría.

—Se las darás, al primer rico-hombre del reino que viene conmigo: al señor Men Rodriguez de Sanabria.

—Solo se la mostraré á quien traiga otra órden del rey.

—¿Es este el alcaide? dijo Men Rodriguez llegando.

—Yo soy, contestó sin apearse de su brusca insolencia Rebolledo.

—¡Habeis dejado escapar por descuido á presos de alta consideracion que se os habian confiado, dijo severamente Men Rodriguez, y vuestro descuido ha producido fatales consecuencias!

—¿Os ha autorizado su señoría para que me reconvengais?

—El rey os diria acaso menos que yo os digo, pero haria mas.

—En conclusion: entregadme á su señoría, á doña Isabel Nuñez de Lara y á doña Sol de Vargas.

—No os las entregaré, sino que me quedaré yo mismo guardándolas en el castillo.

—Traereis sin duda una órden que os autorize.....

—¡Ira de Dios! esclamó Men Rodriguez. Despues de lo que he visto estoy bastantemente autorizado por mi lealtad.

—Siento que vuestra lealtad no sea bastante para mí: ¡ola! soldados apoderaos de su señoría, y si esa gente resiste apoderaos de ella tambien.

—Esperad un momento: ¿no puedo yo acompañar á su señoría? dijo Men Rodriguez.

—Su señoría el rey, me ha mandado espresamente que nadie, sino quien traiga una órden suya, entre en el castillo.

—Bien, os entrego la reina, y estas dos damas: pero ved lo que haceis, porque si vos sois alcaide por el rey, del castillo, yo me declaro por mí mismo y en nombre del rey vuestro vigilante.

Y volviéndose á la reina la dijo:

—Id descuidada, señora: creo conocer bien las intenciones del rey hácia vuestra señoría y nada teneis que temer: afortunadamente el rey me ha entregado cien valientes ballesteros de su guarda y con ellos, mientras viene una órden del rey, os guardaré desde el campo.

La reina altiva y severa, pero pálida, seguida de doña Isabel y de doña Sol, adelantó, se entregó al alcaide, y rodeada de los soldados se encaminó al castillo.

—¡Ah, Juan Perez de Rebolledo! esclamó colérico Juan Diente: juro á Dios que no tardarás mucho en pagarme la insolencia con que me has tratado esta noche.

—Si, si; pero al momento, Juan, vos mismo, reventando un caballo á Sevilla. Yo mismo iria, pero creo que mi presencia ha de ser necesaria aquí. Decid al rey lo que habeis visto... no sé por qué sospecho una traicion... afortunadamente con esos cien bravos ballesteros tengo lo bastante para poner cerco al castillo. ¡A Jerez! ¡á Jerez, sin perder momento, y vos á Sevilla!

Tras estas palabras Men Rodriguez, Juan Diente y los doce ballesteros se perdieron en la oscuridad á tiempo que se levantaba el puente del castillo, conteniendo de nuevo á su ilustre prisionera y sus dos compañeras de cautiverio.

CAPITULO III.

En que se relata lo que aconteció á doña Blanca de Borbon en poder de Juan Perez de Rebolledo.

Despues de haber encerrado á cada una de las tres cautivas en lugar separado, Rebolledo se presentó á Leila.

—Es necesario concluir cuanto antes, le dijo esta, despues de haberse informado de lo que habia acontecido entre Men Rodriguez y el ballestero. Su señoría me ha enviado, para que sea testigo del cumplimiento que dais á sus órdenes.

—Estoy dispuesto á cumplirlas.

—Pues bien, conducid como os mandé antes, á la reina á la sala de honor.

Rebolledo giró sobre sus talones, y poco despues doña Blanca estaba en un tétrico salon gótico mal iluminado por una lámpara. En él no habia mas muebles que un sillon y una mesa.

Doña Blanca, que hasta entonces habia guardado un tenaz silencio por orgullo, al quedarse sola y encerrada en aquella sombría cámara, sintió miedo: un presentimiento oscuro la aterraba: parecíala aquello una tumba, y miraba con terror una copa de oro que con una escudilla del mismo metal, estaba sobre la mesa, llena de un líquido dorado.

Los ojos de la reina se fijaban, como impulsados por una fascinacion horrible, en aquella copa, y su corazon latia violentamente, y una cruel ansiedad la hacia devorar el silencio que la rodeaba.

No duró mucho tiempo aquel silencio: oyéronse tardos pasos en direccion á la puerta, se abrió esta y entró un hombre que colmó el terror de doña Blanca: aquel hombre era un fraile ceniciento, de escasa estatura, grueso, y enteramente cubierto por su capuz.

En una palabra, aquel hombre era el agonizante Sancho.

Apenas estuvo dentro de la cámara, cuando de nuevo se cerró la puerta.

Maese Sancho se quedó temblando á alguna distancia de ella, y dirigiendo miradas recelosas á los tapices de otra puerta situada en un ángulo.

—Es necesario decidirse, dijo á media voz... es verdad que se trata de una reina... de una mujer... y de una mujer jóven y hermosa... pero... si yo no lo hago, lo hara otro...

Y lanzando una nueva mirada á la puerta que cubrian los tapices, adelantó hácia la reina, que instintivamente retrocedió dos pasos, pero conteniéndose por orgullo, permaneció inmóvil y silenciosa.

Maese Sancho llegó á alguna distancia de ella y se detuvo tambien.

—¡Señora! la dijo balbuceando, despues de un momento de silencio.

—¿Qué me quereis? contestó con altivez la reina.

—Yo... señora... en verdad... el rey lo manda...

—¿Que el rey lo manda..? ¿es decir, que siéndole enojosa mi vida, os envia para que me prepare á la muerte?

—¡Ah, señora! esclamó maesse Sancho cayendo de rodillas: yo soy mandado... perdonadme.

Y como en aquel movimiento brusco se le cayese la capucha, doña Blanca retrocedió al ver su horrible semblante.

—¡Ah! esclamó: ¡no sois el sacerdote, sois el verdugo!

El agonizante quedó inmóvil, de rodillas, con la mirada atónita, aterrado.

—Si, si, hasta el verdugo se espanta del asesinato; esclamó la reina, á cuyos ojos brotaron dos amargas lágrimas: pero devorándolas su orgullo avanzó hácia Sancho.

—A todo el que ha de morir se le notifica su sentencia, dijo: vos traereis mi sentencia... mostrad y no tembleis... que la víctima no tenga mas valor que el asesino.

—¡El rey lo manda! tartamudeó de nuevo Sancho.

—¡La órden! ¡la órden! esclamó impaciente la reina... acabemos pronto; muramos de una vez, ¡la órden!

—Tomad, señora: esclamó Sancho, dándola un pergamino con mano trémula.

La reina le tomó, fué con paso altivo, grave y magestuoso á la mesa, y á la luz de la lámpara desarrolló aquel pergamino y le leyó.

Decia así:

«El rey: por cuanto conviene á nuestra seguridad, »y á la salud de nuestros reinos, que la reina doña »Blanca de Borbon, nuestra esposa, muera: vos San»cho Sanchez, nuestro ejecutor secreto, os traslada»reis al castillo de Jerez, mostrareis esta órden á su »alcaide, la notificareis á la reina y... la dareis »muerte...»

La infeliz doña Blanca no pudo leer mas: su corazon se desgarró: aquel esposo á quien tanto amaba, que á pesar de sus desvios, habia representado hasta entonces para ella una dudosa esperanza de felicidad, encontraba enojosa y pesada su vida, y se la arrancaba.

Hubo un momento de indecible terror para doña Blanca, de dolor, de desesperacion: un momento de marasmo, en que nada vió, nada sintió, mas que la muerte que se acercaba á ella sonriendo de una manera diabólica; luego, por un misterio inesplicable del corazon, sintió brotar dentro de él, cuando iba á morir, un amor inmenso, deseos volcánicos, por aquel esposo que la asesinaba: despues la razon, luchando contra la pasion se sobrepuso á ella: acordóse que era la rama desgajada de un árbol de reyes, y que debia sostener su grandeza, recibiendo sin temblar la muerte, como la reciben los héroes.

Ni un solo músculo de su semblante se contrajo, ni el mas ligero temblor estremeció sus miembros; solo podia juzgarse de lo terrible de su situacion, por lo denso de su palidez, semejante á la de un cadáver, por lo convulso y lívido de sus labios y por lo intenso y lúcido de su mirada, fija con una espresion indescribible en el verdugo.

—¡El rey quiere que muera! dijo con voz apagada... mi muerte conviene á la seguridad y á la paz de sus reinos... pues bien, muramos... concluyamos... concluid... añadió impaciente, adelantando hácia el verdugo, que se levantó aterrado y retrocedió temblando.

—¡No! ¡yo no puedo...! esclamó con voz trémula el agonizante... yo no puedo... el rey lo manda... y no puedo obedecerle, porque... me horroriza mataros señora... no... yo no...

Y retrocedió aun mas.

—¡Si vos no me matais, me matará otro menos esperimentado que vos...! esclamó la reina con una an-

gustia terrible... y me hará sufrir mas... acabemos... heridme... prefiero el hierro al veneno... ¡oh! ¡Dios mio...! ¡Dios mio...!

Maese Sancho puso la mano en su puñal, y la reina creyendo llegada su última hora, se arrodilló, cerró los ojos estremecida y oró.

Pero Sancho, vaciló de nuevo; un temblor horrible agitó su cuerpo, embainó el puñal, y esclamó:

—¡No! ¡nunca! ¡jamás...! que me mate el rey en buen hora... pero la mano de Dios os protege... yo nunca he temblado delante de una víctima, y ahora tiemblo... no, no, imposible.

—¡Con que es decir, que el rey es mas feroz que el verdugo...! ¡con que es decir, que todos tienen compasion de mí menos él! esclamó la reina levantándose con energía... ¡oh! ¡esto es horrible! ¡horrible! ¿para qué quiero yo la vida, si él desea mi muerte..? y luego añadió con voz reconcentrada y dolorosa. Dios no ha querido que sea madre: si yo guardase un hijo suyo en mis entrañas, gritaría, me defendería... me arrastraría desesperada á los piés de los verdugos... les diría: el rey, matándome, mata á su hijo... y los verdugos no se atreverian á ser los instrumentos de un parricidio... ¡no, no hay hombres tan feroces...! ¡seria necesario que me matase él...! ¡pero, sola, abandonada... aborecida... la existencia me pesa, me es horrible..! ¡la muerte! ¡la muerte es un descanso! ¡y tú, no te atreves á dármela..! ¡pues bien, me la daré yo!

Y avanzó hácia la mesa, llegó á ella, y tomó la copa.

Doña Blanca se hallaba en una de esas terribles situaciones, en que, perdida la esperanza, el demonio del suicidio, dice al oido de los desdichados: sufres porque quieres: un cadáver no sufre, la tumba es un eterno lecho de paz: y doña Blanca oia aquella voz infernal, insinuante, dulce, brindandola descanso, á ella que tanto habia sufrido; y la reina sonreia á aquella voz con una sonrisa de contento, pero de contento horrible, insensato; sonrisa, ante la cual debe plegar las alas, y llorar amargas lágrimas el ángel de la esperanza; una de esas sonrisas horribles que espantan y lastiman en su silencio mas que los gritos de dolor, y la resistencia del terror con que la víctima, antes de recibir el golpe, sé revuelve entre los brazos del verdugo. Doña Blanca se encontraba en uno de esos supremos momentos, en que la esperanza se pierde, en que la vida se hace horrible, y se busca con ansia la muerte.

Su mirada fija como en un punto misterioso del espacio, permaneció inmóvil algunos momentos: mirada lúcida, para representar la cual, no hay pintor posible, mirada sobrenatural, á través de la cual podria verse un abismo de dolores, de recuerdos tétricos, de ilusiones marchitas, de amores sedientos: mirada que penetra en la eternidad y deja verla en su oscuro foco: agonía superior á todas las agonías porque es la agonía del alma.

Si don Pedro hubiera podido ver aquella mirada, si despues de verla no hubiera podido evitar la muerte, su recuerdo le hubiera puesto en el caso de morir para librarse de su horror. Pero don Pedro estaba muy lejos, la fatalidad se habia apoderado de su víctima, y doña Blanca, enloquecida al fin por el dolor, por el despecho, por la cólera, por sus terribles pasiones, levantó la copa y bebió..... y se detuvo..... y volvió á beber, y la apuró toda entera.

Maese Sancho lanzó un horrible grito, un grito salvaje de horror, tuvo miedo, un miedo cruel; se precipitó á la puerta de la cámara, que habian cerrado detrás de él, y la golpeó con entrambas manos furioso; la puerta se abrió y apareció Juan Perez de Rebolledo.

—¡Dejadme! ¡dejadme pasar! esclamó el agonizante.

—La reina... dijo con recelo el ballestero.

—¡La órden del rey está cumplida! esclamó Maese Sancho, y escapó.

Aun mismo tiempo entraron en la cámara por distintas puertas, Leila y Juan Perez de Rebolledo.

La reina se habia dejado caer en el sillon, y lloraba desconsoladamente. El ballestero se acercó pálido y sombrío á la reina. Leila se detuvo irresoluta á poca distancia de ella.

Al sentir junto á sí al ballestero, la reina alzó el pálido semblante y le dijo con dulzura.

—Voy á morir: enviadme un sacerdote.

El ballestero por toda contestacion, miró de una manera cobarde á Leila.

—Cumplid la voluntad de su señoría, contestó esta con acento opaco.

—Es que no hay ningun sacerdote en el castillo.

—¡Que no hay ningun sacerdote aquí! esclamó doña Blanca; ¿y el obispo Gudiel?

—Está en Jerez; contestó lúgubremente Rebolledo.

—Id á Jerez, buscad al obispo, y traedle de órden del rey, dijo Leila.

—¡Oh! ¡quiero ver á doña Sol! ¡á doña Isabel! añadió la reina.

El ballestero interrogó por segunda vez con una mirada á Leila.

—Sí, sí, dijo esta: traed á doña Sol y á doña Isabel, id.

Rebolledo salió y Leila se acercó á doña Blanca.

—¡Oh! ¿quién sois? esclamó la reina.

—¿Qué os importa quien yo sea? contestó Leila, contemplando fijamente la mirada de doña Blanca.

—¡Oh! ¡cuanto tarda la muerte! esclamó doña Blanca: acaso se han engañado... acaso esa copa...

—¡No! ¡morirás! ¡morirás! esclamó Leila, tu destino era morir... y luego, sublevándose en su alma los instintos de piedad y de compasion, que solo estaban dominados en ellos por sus pasiones, esclamó con dulzura: ¡el rey te mata...! al enlazarte con él te enlazaste á una serpiente, ¡pobre mujer...! pero Dios te vengará, sí... ¡Dios! ¡Dios! añadió con acento desesperado.

Y luego separándose violentamente de la reina, huyó murmurando por los oscuros tramos del castillo.

—Necesitaba vengarme de tí, don Pedro, y al vengarme, me herido á mí misma: no, nunca podré olvidar á esa desdichada... su recuerdo me despedazará continuamente el corazon... pero necesitaba deshonrarte, rey, y te deshonro... ahora necesito herirte en el corazon... y te heriré.

Y como á punto encontrase á Alvar Yañez, le dijo.

—¡Hemos concluido y nada tenemos que hacer aquí! ¡A Sevilla!

—¡A Sevilla! repitió Alvar Yañez con el acento resignado de una víctima, siguiendo á Leila.

Merced á sus falsos pergaminos, lograron salir del castillo, y antes de que hubiese tenido tiempo Men Rodriguez de rodearle con sus ballesteros, llegaron á Jerez y una hora despues acompañados de cuatro hermanos de Nuestra Señora de Rocamador se dirigian á Sevilla.

CAPITULO IV.

La agonía de doña Blanca.

Un momento despues presentaba la cámara de honor del castillo de Jerez, que entonces podia llamarse patíbulo de la reina, un espectáculo desolador.

En el habia dos mujeres, por mejor decir, dos cadáveres: doña Blanca y doña Isabel Nuñez de Lara; doña Sol de Vargas no habia podido acudir al llamamiento de la reina, porque, á causa de la muerte de Andrés, se hallaba acometida en su encierro de un

delirio terrible. Yendo de acá para allá, buscando y trayendo remedios inútiles para la reina, estaban las damas de su servidumbre aterradas, pálidas, consternadas. La reina habia caido en un estado de insensatez horroroso; la enorme cantidad de tósigo que habia apurado, la aceleraba la muerte, pero sin dolor, sin esas crueles punzadas de los corrosivos, sin esas bascas, sin esas convulsiones que producen la mayor parte de los tósigos. El de Leila, era un verdadero *licor de príncipe*, uno de esos agentes de muerte, que matan, desesperando á la medicina, engañándola, estraviando su juicio; veneno terrible, que, como habia dicho en cierta ocasion Leila á Pero Lope de Padilla, solo producia la muerte despues de haber producido la locura.

Doña Isabel Nuñez de Lara, envenenada por el mismo tósigo, solo debia la lentitud de su muerte á la pequeña cantidad que habia bebido, á pesar de lo cual, su muerte era segura, por lo que hemos dicho que aquellas dos desdichadas eran dos cadáveres.

Llegó un momento en que la locura de la reina se hizo furiosa, y sus damas se vieron obligadas á sujetarla.

—No... no... no quiero estar presa... decia la reina revolviéndose entre los brazos de sus damas y de doña Isabel que lloraban: no me han traido de Francia para esto... no... yo soy la reina... la esposa legítima del rey... esa otra mujer que me roba mi tálamo y mi trono es una prostituta..... y él no la ama, no..... ha venido y me ha dicho que soy su vida... y me ha estrechado frenético de amor entre sus brazos... ¿Le veis? ¿le veis? ¡dicen que es cruel! ¡mienten! ¡mienten! ¡mirad: su mirada es dulce como la de una paloma! y su voz, su voz sonora, ¡amante como la de una tórtola enamorada! ¿no, ois? ¿no ois como me dice ¡yo te amo! ¡oh! ¡si, él me ama! él no quiere tenerme presa..... ¡es esa mujer, esa horrible mujer que le tiene hechizado! ¡maldita! ¡huye! tu aliento impuro me roba á mi esposo... y tú le deshonras separándole de mí... y le matas... porque mi primo, el delfin de Francia, y mi padre, el duque de Borbon, se eansarán un dia de los últrajes que sufro, y le harán una cruda guerra... ¡eobardes! ¡cobardes! ¡sufris demasiado! ¡sufris mis sufrimientos! ¡permitis que una manceba pise las lises de Francia! ¡venid! ¡venid sino quereis cubriros de deshonra! ¡desplegad el oriflama, y obligad á don Pedro á que arroje de sí á esa mujer impura!

La reina se detuvo, y cayó fatigada sobre el sillon, con la mirada fija, insensata, vaga, sin reconocer á las damas que la rodeaban.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡que horrible locura! esclamó sollozando doña Isabel.

—¡Locura! ¡quien habla de locura! dijo la reina: ¿quién está aquí loco? ¡Ah! sí, me acuerdo..... me acuerdo de que alguien me decia: es una locura amar á nuestro verdugo... el rey te sacrifica y tú amas al rey..... ¿y quién era el insensato que me decia estas cosas...? ¡ah! ¡si! ya me acuerdo..... era don Fadrique... el miserable, el traidor... queria... queria mi amor... ¡infame! queria robar su esposa á su hermano..... queria matarle... y el rey le mató á él... ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡y le llaman fratricida y cruel, porque mató á don Fadrique! ¡hizo bien en matarle! ¡don Fadrique era traidor!

La reina calló de nuevo, pero de repente se levantó, aplicó el oido como pretendiendo oir un ruido distante, y esclamó:

—¡Ois! ¡ois! ¡son las trompas de guerra de los valientes gendarmes franceses! ¿no lo ois? ¿no ois la carrera de los caballos, el crugir de las armaduras? no les ois gritar: ¡Borbon y San Dionisio! ¡oh! ¡van á lanzar á la Padilla de mi tálamo! ¡despedazadla, valientes! pero no, no; azotadla con los frenos de vuestros caballos; ponedla desnuda á la verguenza, como se pone á las rameras, poned sobre su cabeza un pergamino en que hayais escrito con su sangre ¡*hé aquí la reina*!

De repente y en tanto que sus damas pugnaban por sujetarla, gritó:

—¡Amparadme! ¡amparadme! ¡me van á matar! ¡ese fraile...! ¡ese fraile no es un ministro de Dios, es un verdugo! ¡ha traido una copa, y en su mano brilla un puñal...! ¡esa copa....! ¡oh! ¡apartad esa copa! yo no quiero morir... él me ama... y yo le siento venir... yo oigo sus pisadas... si me matais él os hará pedazos... porque es valiente y justiciero... ¡no! ¡no! ¡no quiero morir..!

La voz de la reina se apagaba rápidamente; ya apenas podian percibirse sus palabras: de improviso dejó de luchar con sus damas, su mirada vaga hasta entonces se fijó, dojóse caer desplomada sobre el sillon, y tendiendo su mano á doña Isabel Nuñez de Lara, esclamó.

—¡Ah! ¡yo muero..! ¡y el obispo no viene..! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡tened compasion de mí!

Despues de esto la reina cayó en un marasmo profundo.

Oyóse entonces ruido de armas fuera del castillo; una gritería horrible, tráfago de hombres que iban y venian: despues cesó el ruido de armas y se escucharon pasos precipitados en direccion á la puerta de la cámara. Doña Isabel miró cuidadosa hácia ella y lanzó un grito de placer: Men Rodriguez de Sanabria habia aparecido en la puerta.

¿Cómo habia podido llegar hasta allí, Men Rodriguez? Vamos á espliearlo en pocas palabras.

Cuando el agonizante Sancho salia del castillo, vagó á su alrededor, preocupado, ebrio, por decirlo así, de horror, aterrado con lo que acababa de presenciar: á despecho de sus costumbres y de su feroeidad, era hombre antes que verdugo: parecia que un poder fatal le atraia hacia el castillo, haciéndole girar en torno del, como ligando al crimen que se habia cometido en su recinto el instrumento brutal de aquel crimen: maese Sancho fijaba con horror su mirada cobarde en la negra masa del castillo, y, como si para su vista no hubiesen sido un obstáculo material sus fuertes murallas, parecíale ver á la reina, en aquel tétrico salon gótico, revolviéndose en una agonia cruel, y cada vez el círculo vago que describia al rededor del castillo, se estrechaba mas y mas: al fin se encontró de nuevo y sin pensarlo junto á la poterna. Encuéntrase á cada paso en los procesos de los archivos de los tribunales, ejemplos de esa fascinacion del crimen, que obliga de una manera involuntaria al asesino, á volver hacia su víctima: Maese Sancho se encontraba en este caso, y no tornó en sí, sino al escuchar un vigoroso ¿quién va? que su presencia junto á la poterna habia arrancado á uno de los guardas del adarve.

—Verdaderamente soy un insensato, dijo maese Sancho, alejándose del castillo: verdaderamente no soy yo, sino el rey quien la ha matado: y luego... yo no he puesto las manos en ella... pero puse el tósigo al alcance de su mano... ¡oh! ¡oh! y es que tengo dudas... dudas que á cada momento crecen... aquella órden no estaba escrita por el rey... no... aunque estaba firmada por él: si la órden hubiera sido falsa...

Maese Sancho se estremeció y dió á correr en direccion á Jerez: entonces silvó junto á sus oidos un venablo, lanzado desde el adarve, lo que apresuró mas su fuga.

De repente se encontró contenido por otro ¿quién va? lanzado desde el camino, por gentes que avanzaban estendidas en ala hácia el castillo.

Aquellas gentes eran Men Rodriguez de Sanabria y los cien ballesteros de maza, que habian llegado tarde para impedir la huida á Leila y á Alvar Yañez, pero, que por causa de su detencion, llegaban á tiempo para detener al verdugo.

—¿Quién sois y á dónde vais? dijo con acento de autoridad, un hombre que adelantó de entre un grupo de ballesteros, y que no era otro que Men Rodriguez de Sanabria.

—Soy un religioso, que va su camino, contestó maese Sancho con voz humilde, calándose completamente su capucha, á pesar de que lo oscuro de la noche hacia supérflua esta precaucion.

—¡Ah! ¡sois un religioso, que va por su camino! dijo Men Rodriguez: raro acaso: paréceme que os conozco, aunque nunca he tratado frailes.

—Es muy posible, caballero, dijo con alguna turbacion el agonizante.

—¡Oh! ¡si! ¡os conozco demasiado! esclamó Men Rodriguez con horror; ¡y vos venís del castillo de Jerez! ¡vos el verdugo! ¡vos el agonizante..!

—Os engañais, señor, dijo Sancho que al sentir sobre sí á Men Rodriguez, al conocer el horror de sus palabras, al reconocerle, se afirmó en la sospecha de que habia sido sorprendido, y le habian hecho cometer un crímen á nombre del rey.

—¡Oh! si, si; esclamó con mas horror el jóven: donde quiera que vais vos, va la muerte, y os encuentro en el camino del castillo de Jerez.

Y Men Rodriguez avanzó hácia el verdugo y le asió: este que estaba aterrado y preparado á todo, al sentirse asido, impulsado por su terror, descargó una furiosa puñalada sobre el pecho de Men Rodriguez; afortunadamente la punta del puñal se rompió contra la cota de mallas que llevaba bajo sus vestidos el jóven.

La certeza de que la reina habia sido muerta, certeza que no se fundaba mas que en uno de esos presentimientos que nunca nos engañan, la cólera causada en Men Rodriguez por la cobarde agresion del verdugo, el estado febril en que se encontraba el jóven, fueron otras circunstancias fatales para maese Sancho, que cayó por tierra herido por la daga de Men Rodrigez.

El vaticinio de Pero Lope de Padilla, cuando el jóven y el verdugo se vieron por primera vez en la torre del Oro, se habia cumplido: Men Rodriguez no habia estrangulado al agonizante, pero con arreglo á las palabras del ballestero mayor del rey, *le habia abierto un ojal en el coleto interior*.

—¡Oh! ¡me habeis muerto! esclamó el verdugo: ¡Dios! ¡Dios! ¡la mano de Dios! y sin embargo yo siempre he sido mandado..... y no he sido yo el que ha muerto á la reina...

—¡Que la reina ha muerto! esclamó lleno de horror Men Rodriguez.

—Si, el rey... Leila... Alvar Yañez...

Maese Sancho, no pudo hablar mas, su palabras sucesivas se hicieron ininteligibles, lanzó por último un grito ronco é inarticulado y espiró.

Men Rodriguez se volvió á los ballesteros.

—¡Ola! ¡valientes! dijo, en círculo á mi alrededor.

Los ballesteros se estrecharon en torno de Men Rodriguez.

—Necesito vuestra sangre en servicio del rey.

—Tomadla toda, dijo respondiendo por sus compañeros, un toledano llamado Pero Alvillo: ¿no es verdad que todos estais dispuestos á derramar vuestra sangre por su señoría, y por el noble y valiente señor Men Rodriguez de Sanabria?

—¡Si! ¡si! ¡si! contestaron todos.

—Amigos, continuó Men Rodriguez, ese hombre que acaba de morir, nos ha dicho que la reina ha sido asesinada.

Corrió un murmullo de horror entre aquellos rudos soldados, cuya ferocidad cedia al recuerdo de la desgracia de la reina.

—Si el rey la ha mandado ejecutar, el rey habrá tenido razones para ello; pero, si por el contrario, se ha sorprendido al alcaide, si el alcaide ha cometido una traicion, si la muerte de la reina es un crímen oscuro.....

—¡Venganza....! ¡venganza entonces, y venganza cruel! esclamó Pero Alvillo, al mismo tiempo que los demás ballesteros rugian sordamente.

—Suceda lo que quiera, ¡valientes del rey! esclamó Men Rodriguez, vamos á apoderarnos del castillo en nombre de su señoría.

—¡Al castillo! ¡al castillo! gritaron los ballesteros haciendo crugir sus armas.

—Oid: id en silencio, como sabeis hacerlo, vosotros tan diestros para una sorpresa, á colocaros á entrambos lados del rastrillo: la noche está densamente oscura... no pueden veros, procurad que no os sientan: yo, con diez de vosotros, adelantaré y haré que el alcaide salga á reconocerme; en el momento en que el alcaide esté fuera, precipitaos por la poterna... ocupad el castillo.. sois ciento que valeis por mil... ¡ea, Pero Alvillo, en marcha..! diez de vosotros quedaos conmigo.

Ochenta ballesteros, á cuyo frente iba Pero Alvillo, se separaron en silencio; al poco espacio sus pasos no se sentian ni se veian sus bultos: Men Rodriguez esperó el tiempo que creyó necesario para que los que precedian tomasen posicion, y luego se encaminó desembarazadamente al castillo y al llegar á la poterna gritó.

—¡Ah de la guarda!

—¿Quién va? preguntaron desde el adarve.

—Por el rey, contestó Men Rodriguez: avisad al alcaide.

Poco despues Juan Perez de Rebolledo, receloso por lo que antes le habia acontecido, dijo desde el adarve:

—¿Qué queris?

—Bajad á informaros de una órden del rey.

A poco se abrió la poterna, y adelantaron algunos hombres alumbrados por una linterna; pero antes de que pudiesen calar el rastrillo, los ochenta ballesteros se precipitaron dentro.

Todo fue cosa de un momento: por mas que los soldados, que defendian la entrada, quisieron oponerse á la irrupcion, fueron atropellados por los ballesteros, y Men Rodriguez, posesionándose á nombre del rey del castillo, entró en la sala de honor.

Con la antecedente esposicion hemos anudado nuestro relato: dijimos que doña Isabel Nuñez de Lara habia lanzado un grito de placer al ver en la puerta de la cámara á Men Rodriguez de Sanabria.

Este midió, de una sola ojeada, el triste espectáculo que se presentó á sus ojos, y se estremeció: la reina luchaba con las convulsiones de la agonía.

Men Rodriguez corrió á ella, la asió las manos y gritó, volviéndose á los ballesteros, que espada en mano habian quedado en la puerta.

—¡Un médico! ¡pronto! ¡buscad un médico! ¡su señoría se muere!

—¡Oh! ¡no! ¡no! es inútil, dijo la reina con voz desfallecida... si el rey os ha enviado, para certificarse de mi muerte, decidle que su voluntad se ha cumplido... y que... muero perdonándole.

—¡Oh! ¡no! ¡no! ¡señora! ¡vivid! yo vengo á salvaros.....

—¡A salvarme!

—Sí, esclamó Men Rodriguez.

—¿Y os envia el rey....?

—El rey no sabe, señora, que se haya hecho tan horrible traicion.

—Que el rey... no... lo sabe... yo he visto la órden.....

—De algun tiempo á esta parte, señora, circulan órdenes falsas del rey.....

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó la reina... es verdad... recuerdo... ¡oh! mi memoria huye... si... la órden no estaba escrita por el rey.....

—El rey quiere que vivais... el rey jamás ha pensado en vuestra muerte.....

—¡Oh! ¡mi esperanza! ¿por qué resucitais mi esperanza?... yo no quiero morir si él no me mata. ¡No! ¡no! ¡yo no quiero morir..! ¡y muero! ¡muero! esclamó la reina cayendo de nuevo, parte sobre el sillon parte en los brazos de doña Isabel.

—No, no morireis: seria horrible... esclamó Men Rodriguez, con acento de horror..

—Sí... sí... muero... tomad... dijo la reina, sacando con un trabajo infinito un medallon de su seno, y despues de haberle llevado á su boca y de haber estampado sobre él débiles besos... es su retrato.... llevádselo... como una prenda... de mi amor... decidle... que muero... amándole.....

Y estendió su brazo trémulo hácia Men Rodriguez, que tomó el retrato con la misma veneracion que hubiera tomado la reliquia de un santo... y en verdad, en verdad, aquella era una reliquia de amor de una mártir.

Luego doña Blanca quiso hablar en vano; se agitó debilmente algunos instantes en los brazos de doña Isabel, y al fin cayó inerte sin vida, desplomada sobre el pavimento.

Beltran Duguesclin.

—¡Horror! ¡horror! esclamó Men Rodriguez pálido de espanto; ¡la cólera de Dios está suspendida sobre la cabeza del rey don Pedro!

—¡Dios castiga las iniquidades de los padres en los hijos, hasta la cuarta generacion! esclamó doña Isabel, que se habia arrodillado junto al cadáver de la reina.

Men Rodriguez sintió miedo, un miedo sordo, horrible, un miedo que jamás habia sentido, dentro de aquella cámara y huyó de ella: por algun tiempo vagó como un loco por el castillo, en medio de los ballesteros de maza, asombrados y doloridos con el dolor de aquel buen caballero, á quien todos los leales al rey amaban: de repente, en las habitaciones del alcaide, Men Rodriguez se detuvo junto á una mesa donde habia recado de escribir y algunos pergaminos; tomó una pluma y escribió estas solas palabras, que iban dirigidas al rey:

—«¡Señor! ¡señor! ¡rogad á Dios por el alma de la reina doña Blanca!»

CAPITULO V.

De cómo recibió el rey la noticia de que era viudo de su segunda mujer.

Juan Diente se trasladó en pocas horas á Sevilla, llegó al alcázar y se fué en derechura á la cámara del rey.

Don Pedro se paseaba á lo largo de ella, en paso desigual, contraido el semblante, hosco, pálido, con la palidez de su sombría cólera, y su mirada era á veces la de un loco, á veces la de un tigre hambriento: de tiempo en tiempo murmuraba estas palabras que no habia cesado de repetir desde la muerte de Juan Tenorio:

—¡Ella, mi esposa! ¡él, mi hermano!

Desde aquella muerte ni habia visto á la Padilla, ni habia salido de su cámara, ni habia dormido, ni to-

Muerte de la reina doña Blanca.

mado mas alimento que el necesario para no morir: Pero Lope de Padilla, Hinestrosa, todos sus allegados, todos sus caballeros habian sido rechazados, y los camareros hacian temblar á la córte refiriéndoles el estado del rey, porque de aquel estado se temia que emanase una cosa terrible.

A pesar de la rigorosa incomunicacion en que se habia constituido el rey, nadie se atrevió á impedir á Juan Diente que llegase hasta él, porque sabian que jamás habia sido comprendido el rudo ballestero en el estrañamiento general. Así, pues, el leal Juan, entró en un momento en que el rey, creyéndose solo, se entregaba á uno de sus accesos de furor, de aquel furor, que segun el dicho del ballestero era una locura.

—¡Ah! señor, esclamó Juan Diente: ¿qué haceis? ¡oh! ¡cómo se conoce que yo estoy lejos de vuestra señoría!

Y lanzándose al rey le sujetó con sus fuerzas de toro, á pesar de que don Pedro era escesivamente forzudo.

—Suelta, traidor, suelta, esclamó el rey retorciéndose inútilmente entre sus brazos.

—¡Soltar! ¡soltar! seria necesario que me hicieran pedazos, esclamó el ballestero... y no vuelvo á sepa-

rarme de vos... no, aunque me lo mandeis... ¡Dios mio! ¡si tardo un momento, vos mismo os hubierais hecho pedazos!

—¡Ah! ¡eres tú, Juan! eselamó el rey dejando de forcejear: súeltame, súeltame... y no temas... no... ¡matarme yo...! ¡matarme, cuando en vez de sangre corre hiel por mis venas...! ¡cuando necesito mas que nunca vengarme...! ¡no! ¡no! cuando los haya esterminado á todos... entonces... entonces, si... será preciso morir porque... porque no se puede vivir con el corazon seco... abrasado... reducido á cenizas ardientes... ¡oh! ¡oh! ¡todos! ¡todos! ¡y ella! ¡y él!

—¿Pero qué sucede, señor...? esclamó Juan Diente aterrado.

—¡Qué sucede..! yo no se lo he dicho á nadie... pero á tí... tú eres mi conciencia... y luego... tú no eres ambicioso... tú no eres infame... eres mi mejor vasallo... mi único amigo... los demás, los demás... todos, son traidores... y ella tambien... y él tambien.

—¿Pero quiénes son esa ella y ese él?

—Ella... escucha ella, hace algunos años era una simple hidalga, pobre, reducida á servir como dama á la mujer de Alburquerque... pero era hermosa y falaz... yo muy jóven... y... me casaron con ella.

—¡Doña María! ¡la reina! esclamó asombrado y trémulo Juan Diente.

—No; no es la reina, no es mi esposa... porque Dios y yo, sabemos tan solo que lo es, y algunos testigos, pues bien: quemaré los pergaminos que prueban mi matrimonio con ella, mataré á los testigos que lo presenciaron, la mataré á ella, diré á mis reinos: esa mujer que he muerto, era una manceba vil que me ha hecho traicion... que me tenia hechizado... ¡oh! si, si; me tenia hechizado... por ella he condenado á la desgracia á una reina noble y pura que me ama... pues bien: esa reina infeliz ocupará mi lecho y mi trono... y la haré tan dichosa que me perdone bien su cautiverio. Mira Juan: vé y trae á la reina... tú eres bastante para ello; y si pareciere poca tu alcurnia, te ennobleceré y te haré rico-hombre, como he hecho con ese miserable Sanabria.

Juan Diente, miraba atónito al rey sin comprender una palabra de cuanto decia.

—¡Que vuestra esposa, y vuestro mas leal vasallo os han hecho traicion! dijo al fin con acento de asombro.

—Si, si; todos me hacen traicion; y mira, mira, añadió el rey yendo á una mesa y sacando de uno de sus cajones un pergamino: he aquí lo que me avisan.

—¡La gran compañía ha pasado los montes Pirineos! esclamó ferozmente Juan: ¡es decir, que el Bastardo mal escarmentado vuelve!

—¿Y en qué circunstancias? esclamó el rey.

—No pueden ser mejores: teneis sujeto á Aragon, las arcas llenas, restablecido en el trono de Granada Mojanmet V, tratado el casamento de vuestra hija la infanta doña Beatriz, con un hijo de vuestro primo el rey de Portugal: contenida la nobleza...

—Y mi corazon... ¿crees tú que yo aprecio ahora en algo la corona? ¿no te he dicho que doña María, y Men Rodriguez se aman?

—¡Locura¡ ¡locura! esclamó enteramente escandalizado Juan Diente: sin duda señor, os han dado algun bebedizo que os perturba la razon.

—No, no: doña María huye de mí...

—Doña María se ve duramente tratada.

—Men Rodriguez...

—Men Rodriguez os es mas leal que nunca, y lo que está haciendo ahora mismo en Jerez...

—¡Cómo! ¿ha encontrado á esa Leila, á esa judía, cristiana ó mora, cuya venganza misteriosa siento por todas partes?

—Lo que hemos encontrado señor, es un suceso que está en discordancia con algunas de las palabras que acabo de oiros... la reina, esa reina que pensais traer á vuestro lado, ha sido trasladada del alcázar de Jerez al castillo.

—Que ha sido trasladada la reina...

—Si señor, y el alcaide del castillo Iñigo Ortiz de Zúñiga, ha sido relevado por el ballestero de maza, Juan Perez de Rebolledo.

—¿Y quién ha hecho todo eso? eselamó con cólera el rey.

—¡Ah! ¡ya sabia yo que debian jugar en el negocio órdenes falsas!

—¡Cómo!

—Todos esos hechos se han llevado á cabo, por medio de órdenes de vuestra señoría.

—¡Ira de Dios! eselamó el rey, cuyos ojos centellearon: he aquí, he aquí los frutos de tu descuido... he aquí que de nuevo asoman las cédulas en blanco que te dí en mal hora.

—No ha sido mia la culpa, señor, sino vuestra.

—¡Mia! eselamó el rey.

—Nadie está libre de un robo, y pergaminos en blanco, autorizados como aquellos... además señor, ¿no os robaron en vuestra misma cámara, que vos habiais dejado cerrada, un tesoro?

Meditó el rey un momento, y luego dijo volviéndose bruscamente al ballestero.

—Es necesario partir hoy mismo á Jerez: es necesario averiguar, poner en claro, concluir de una vez.

—Pues bien, señor, partamos cuanto antes: á pesar de que se ha quedado allí Men Rodriguez resuelto á todo trance á proteger á la reina.....

—¡A proteger á la reina! ¿pues qué peligro la amenaza? eselamó el rey palideciendo intensamente.

—¿Que peligro? ¿no decis señor que no habeis dado órden alguna para que se traslade á la reina del alcázar al castillo?

—No... yo no he dado esas órdenes... por el contrario pensaba...

—Y para qué quieren aislar á la reina de los leales servidores de que la habiais rodeado.

—¡Oh, Juan Juan! ¡tu prespicacia es una prespicacia horrible...!

—Pero probable... y un presentimiento siniestro...

—Pues bien, partamos al momento, al momento: no necesitamos á nadie... iremos solos: allá con Men Rodriguez hay cien ballesteros de mi guarda: ¡ola, camareros; escuderos; mis ropas de viaje, mis armas y dos caballos!

Inmediatamente fueron cumplidas las órdenes del rey, que un momento despues cabalgaba con Juan Diente en el corral del Apeadero y salia del alcázar y de Sevilla por el postigo del Carbon, y se lanzaron al galope hácia el camino de Jerez, por el que adelantaron con una velocidad maravillosa.

A poca distancia de Sevilla, Juan Diente esclamó viendo venir á un ginete á rienda suelta.

—He ahí que se acerca uno de vuestros ballesteros señor.

—¡Un ballestero! Detente, esclamó el rey, conteniendo su caballo.

—¡Ola, Gabriel de Luque! esclamó Juan Diente, lanzande su caballo hácia el ballestero, á quien habia reconocido.

El ballestero se detuvo y lanzó una mirada al rey que estaba envuelto en su tabardo, y se cubria el rostro con una parte de él.

—¿Es aquel caballero su señoria el rey? dijo.

—¿Buscas al rey? preguntó con acento trémulo por el cuidado Juan Diente.

—Si por cierto.

—¿Quién te envia?

—El señor Men Rodriguez de Sanabria.

—¿Y con que mensaje?

—Con una carta para el rey.

—Dámela.

—El señor Men Rodriguez me ha mandado, so pena de traicion que no entregue esta carta á otro persona que á su señoria.

—Señor, dijo Juan Diente, volviéndose al rey: vuestro ballestero Gabriel de Luque, trae una carta del señor Men Rodriguez para vuestra señoria.

—Adelante, mi bravo Gabriel, mi buen ballestero, dijo el rey descubriéndose y adelantando hácia el mensajero.

Este se arrojó precipitadamente del caballo y doblando una rodilla en el polvo del camino delante del estribo derecho del rey, le entregó un pergamino.

El rey le leyó de una ojeada, lanzó un grito indescribible, de indignacion, de rabia, de cólera: un grito semejante al rugir de un leon irritado, y luego alzó los ojos y los puños al cielo en un ademan que equivalia á cien blasfemias.

—¡Señor! ¡señor! esclamó aterrado Juan Diente.

—Toma y lee, dijo el rey con acento ronco y lúgubre, entregando con una mano temblorosa el pergamino á Juan Diente, que al leerle lanzó un rugido semejante aunque mas salvaje que el del rey y olvidándose de todo temor á Dios y de todo respeto al rey, soltó un voto horroroso.

—¡Pronto! ¡pronto! esclamó el rey; tú Gabriel, ve á Sevilla, que doblen todas las campanas de la ciudad durante tres dias: que se armen mis escuadrones y que hasta que yo vuelva, no se deje entrar ni salir á nadie en la ciudad, sino á los que lleven mantenimientos.

—¡La órden! señor, dijo temblando el ballestero.

—¡La órden! yo te la doy, dala tú en mi nombre, y advierte á los que han de cumplirla que si faltan á ella, se den por muertos... ira de Dios... ¡tú, Gabriel, á Sevilla! ¡nosotros, Juan, á Jerez!

Y como si una legion de demonios le hubiera entrado en el cuerpo, lanzó su caballo, le desgarró los hijares y partió como una exhalacion camino de Jerez, con el semblante fatal, sombrio, amenazador, y la mirada tenazmente fija á lo largo del camino, como si hubiera querido atraer á Jerez.

La carta que tal habia puesto al rey y á Juan Diente, contenia aquellas terribles frases escritas en un momento de desesperacion por Men Rodriguez:

—«¡Señor! ¡señor! ¡rogad á Dios por el alma de la reina doña Blanca!»

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo entretanto Leila no se dormia en las pajas.

Con no menos velocidad que el rey se dirigia á Jerez, se habia dirigido, una hora antes, un ginete encubierto á Santiponce á la torre del astrólogo Jonatham-Abi-Arum-ebn-Sina.

Despues de algunas precauciones tomadas por el prudentísimo judio, el ginete descabalgó, metió su caballo en la torre, cerróse la puerta, y judio y visitante subieron al laboratorio.

Allí el recien llegado se descubrió:

Era Leila.

—Ha llegado la hora de obrar, le dijo; la hora de que te vengues.

—¡Que ha sonado la hora de la venganza!

—Si; y todo, todo, la *gran compañia* que, acaudillada por Beltran Duguesclin ha pasado los Pirineos, la peste negra, que avanza rápidamente hácia Sevilla, y el hambre que empieza á sentirse, todo, todo nos ayuda: ha llegado la hora de que vengues á tu hija.

—Pero para vengarme...

—¡Necesitas dinero! ¡toma!

—¿Y qué es esto?

—Una libranza de veinte mil doblas contra David el Rumy.

—¡Ah! ¡el infame esposo de mi hija es quien me ha de procurar los medios para mi venganza!

—Si, si, pero al momento: prepáralo todo.

—¿Y qué he de hacer?

—Es necesario que los judíos se subleven; que no vendan un solo grano de trigo, aunque por cada uno les dieran un tesoro.

—Pero los judíos solos, abandonados.....

—¿Y quién te ha dicho que están solos..? ¿qué no me apoyaria yo mas que en esa raza miserable y envilecida? no, no, ellos me ayudarán es cierto, contribuyendo á que el pueblo de Sevilla sienta la rábia del hambre... pero yo les ayudaré con todo mi ejército.

—¿Y qué ejército es ese?

—Primero el pueblo irritado por el hambre y por la peste: luego la canalla comprada á cuyo frente irán mis trescientos valientes hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.

—Jugamos la cabeza, dijo temblando el judío.

—¿Acaso no la tienes jugada ya? ¿acaso no has hecho tú el filtro que ha matado á doña Blanca de Borbon?

El judío palideció y tembló.

—¡Oh! ¡qué venganza tan horrible! dijo.

—Si, si, horrible, infernal... pero era preciso herirle, herirle en el alma, en el corazon, en la cabeza; ¿y qué importa? el mundo incendiaria yo por vengarme: ese rey me lo ha robado todo: padres, hermanos, amor, nombre... libertad... porque yo al fin no soy mas que una esclava fugitiva... y á tí, á tí te ha robado tu hija.

—Si, venguémonos, esclamó con acento profundo el judío.

—Pues pronto, deja este nido de grajos, y vente conmigo á Sevilla.

—¿Y para qué?

—Podrá suceder que el rey avisado de la muerte de la reina doña Blanca, cierre las puertas de Sevilla para asegurarse algunas cabezas, y es necesario que nosotros nos encerremos con él.

—Vamos, pues, dijo el judío comprendiendo á Leila, que por su parte habia adivinado las intenciones del rey.

Bajaron entrambos del laboratorio, sacaron el caballo, cerró el judío la puerta de hierro y cabalgó á la grupa. Una hora despues entraban en la judería. Jonatham, que habia desmontado á alguna distancia de la puerta de Adohar, entró en el barrio de sus compatriotas por distinta puerta que Leila, se encaminó á casa de David el Rumy, cobró la libranza y empezó á recorrer las casas de los judíos que tenian graneros.

Leila entretanto se encaminó á la casa de don Simuel Levi donde encontró al tesorero, que al verla palideció y se hechó á temblar.

—¿Que quieres de mí víbora humana, la dijo, no estas satísfecha aun?

—Aun no hemos concluido, dijo Leila: pero nos encontramos en el último paso. Entretanto observo que ya no está guardada tu casa.

—Es que ya nada hay en ella que guardar.

—Si, si, ya sé que anoche, el rey Bermejo, sus xeques y sus emires, fueron infamemente presos faltando á las leyes de la hospitalidad, casa del maestre de Santiago don Garcia de Toledo, que por órden del rey los habia convidado á cenar; sé que el rey con una vergonzosa avaricia, se ha apoderado de sus tesoros que ha guardado estos con los que tiene enterrados en Carmona, y al rey y á los suyos en las mazmorras de las Atarazanas (1); todo eso lo sabia pero creia que el rey seguia guardándote preso en tu casa.

(1) He aquí como refiere este hecho un historiador mo-

—Si, si, el rey me ha dejado libre para mi mal, puesto que me deja entregado á tí.

—¿Acaso lo estabas antes menos? ¿no te tengo en mis manos?

—Y ¿ que quieres ?

—Es necesario que salgas al momento de Sevilla.

—¿Que salga de Sevilla..? ¿y para qué?

—Mañana no ha de entrar un solo pan , ni un solo saco de trigo en Sevilla , ni carnes, ni legumbres , ni mantenimientos de ningun género.

—¡Pero eso costará un tesoro!

—Gasta, gasta y da en tierra con el rey , por que de otro modo el rey dará en tierra contigo.

—¿Es decir que me pides mi última traicion?

—Pero traicion decisiva : si triunfamos, estás asegurado de todo punto; don Enrique que avanza por los Pirineos, te recompensará, si le ayudas á vencer á su enemigo.

—¡Oh! no hay remedio; no hay remedio, murmuró don Simuel , paseándose agitado á lo largo de su cámara ; si resisto... esta mujer infernal que me tiene en sus manos, me entregará al rey... pues bien apuremos la copa y sirvámosla por la última vez. Dios quiera que aunque demos al traste con don Pedro no encuentre medios de sujetarme despues á su voluntad. Estoy pronto dijo deteniéndose de repente delante de Leila , pálido como un difunto y con la mirada vaga y estraviada: ¿que hay que hacer?

—Impedir que desde mañana entren en Sevilla , mantenimientos , y además.....

—Además que.....

—Las campanas parece que se unen á mi pensamiento dijo Leila.

En aquel punto oyóse, semejante á una esplosion de sonidos vibrantes , el clamor de todas las campanas de Sevilla , que doblaban á muerto , sobre el cual retumbaba, como la voz de un gitante, la campana mayor de la iglesia de Santa María de la Sede.

—¡Oh! ¿qué es esto? esclamó el judío: ¿quién ha muerto que así retumban todas las campanas de la ciudad? ¡santo Dios de Israel!

—La reina doña Blanca de Borbon , contestó con acento lúgubre Leila.

—¡La reina doña Blanca! esclamó aterrado el judío... y tú , tú...

—Sí , la he matado yo... pero es preciso que todo el mundo crea en Sevilla que la ha matado el rey.

—¡Y yo..!

—Tú puedes hacerlo.

—¿Que puedo yo hacer que se crea que el rey ha asesinado á su esposa?

—Si por cierto; todo se reduce á que gastes algun oro entre la canalla , de modo que en todas las tabernas, en todos los burdeles , en todas las calles, corra ese rumor siniestro.

—Que saliendo de las bocas de la hez del pueblo, no tendrá crédito.

—De la hez pasará á los mecánicos, á los trabajadores , á los mercaderes: de estos á los hidalgos ; de los mendigos á los nobles... junto esto con la carestia primero, despues con la falta total de alimentos y al fin con la peste negra, que se nos echará encima de un momento á otro , será bastante para que el pueblo se amotine y haga pedazos al rey.

—Eres un demonio Leila.

—Si lo soy me han obligado á serlo. Cuento pues contiguo , Simuel; y como hago falta en otra parte , te dejo ; pero no sin aconsejarte que no pierdas un momento para poner en práctica lo que te he ordenado, por que creo que antes de mucho han de estar cerradas las puertas de Sevilla.

—¡ Y te quedas!

—Me quedo.

—¡ Oh ! pues yo... nó... nó... ahora mismo voy á disponer mi viaje.

—¿ Y donde podré encontrarte?

—¿ Donde? en Toledo, dijo don Simuel despues de meditar un momento.

—En ese caso adios: y ten presente que si te me pierdes , sabré encontrarte aunque te escondas en el fondo de los mares.

Dicho esto Leila salió dejando aterrado al judío.

Una vez en la calle, lo mismo en la judería que en la ciudad, notó una agitacion sorda; los menestrales salian á las puertas de sus tiendas , el vecindario hablaba de ventana á ventana , y era frecuente ver un caballero armado , que corria hácia el alcázar , sin cuidarse de si atropellaba ó no á los transeuntes.

—¿Qué es esto? decian unos; ¿á qué tanto doble? ¿á qué tanta gente armada? si tocasen á rebato, lo entenderiamos , pero tocando á muerto.....

—Es que doblan , por la peste negra que ya está en Jerez, decia otro, y sin duda para espantarla se arman los caballeros del rey.

—No, no ; reponian : es que van á matar al rey Bermejo.

—Pero eso no puede ser, enmendaba otro interlocutor, solo se dobla por los cristianos, y los moros adoran el zancarron de Mahoma.

—Es que el rey es mas moro que cristiano, decia un atrevido , y quiere sin duda dar ruido y pompa á la venganza que va á hacer en el enemigo de su aliado el rey de Granada... pero debia en ese caso haber mandado repicar.

—No es nada de eso, saltaba un nuevo hablador : es que el rey causado de cortar cabezas se va á meter fraile.

—Bien, nada de eso es, dijo Leila al oido de una vieja: es que el rey ha dado muerte á la reina doña Blanca.

Y antes de que la vieja pudiera reparar en quién la habia dado una noticia de tanto bulto, desapareció Leila.

Pero el golpe estaba dado: la vieja trasmitió con gran misterio este noticion á sus vecinas, y el conocimiento de aquel hecho terrible, estendiéndose de calle en calle, como se estiende una mancha de aceite sobre un papel de estraza , invadió á Sevilla.

—Y ¡ la reina doña Blanca ha muerto ! se decia en voz alta y ¡ la ha asesinado el rey por casarse con la Padilla ! corria de oido en oido.

El pueblo siempre obra impulsado por un sentimiento generoso, y esta noticia le indignó y le predispuso en contra del rey.

La primera chispa del incendio que debia estallar entre las masas , habia prendido en ella arrojado por Leila , y esta antes de llegar á su casa , habia notado con placer , la profunda indignacion que habia causado la noticia de aquel crímen.

Cuando entró Leila en su casa, encontró sentada en un ángulo de la habitacion mas opuesta á Isabel-la-Liebre, inmóvil, sombría, fija la mirada, en que habia algo de insensato.

—¡Oh! esto es demasiado, dijo Leila; será necesario á pesar de todo y despues de que hayamos concluido averiguar el paradero de Pedro-el-Negro.

derno: Algunos dias despues (hace referencia á la ida del rey Bermejo á Sevilla) Abou'l-Sayd y los principales emires granadinos, fueron convidados á una comida de ceremonia, casa del maestre Santiago. Aun estaban en la mesa , cuando vieron entrar en la sala, á la cabeza de los ballesteros de la guardia, á Martin Lopez, camarero del rey y ejecutor ordinario de sus mas rigurosas órdenes. Prendió al rey moro y á los principales de sus consejeros, y al mismo tiempo se aseguraron en la juderia de los de su séquito, y se apoderaron de sus bagajes. Todos juntos fueron conducidos á la *Tarazana* , despues de haberlos despojado de las magníficas pedrerias con que se adornaban ó que habian ocultado en sus vestidos, y confundidos en un calabozo, esperaron dos dias la sentencia del rey.

(*Mr. Prospero Merimee*, historia de don Pedro de Castilla.)

CAPITULO II.

En que se ve que no era todo pedernal el corazon del rey don Pedro.

Horrible fue lo que aconteció en Jerez.

El rey sin dejar de correr un solo momento, llegó á aquella ciudad en muy pocas horas, y sin entrar en ella se encaminó al castillo.

Salióle al encuentro Men Rodriguez de Sanabria pálido, aterrado, mudo: el rey lanzó sobre él una mirada hosca, y sin desmontar le mostró la brevísima carta que el jóven le habia enviado.

—¿Has escrito esto? le dijo.

Men Rodriguez reconoció la carta sin leerla, y contestó con voz ronca:

—Si señor.

—¿Con que es cierto? ¿con que la reina ha muerto?

—La reina ha muerto, repitió lúgubremente Men Rodriguez.

—¿Y qué has hecho tu, el mas leal de mis vasallos? dijo con un duro acento de sarcasmo el rey.

—Sin considerar á lo que me esponia, pensando solo en vuestro servicio, me apoderé del castillo con los cien ballesteros que me habiais dado, y llegué á tiempo de ver morir á su señoría.

El rey desmontó, y arrojó las riendas de su caballo á Juan Diente.

—¿Y no has hecho mas? dijo el rey.

—Si, por cierto, señor, he preso al antiguo alcaide Iñigo Ortiz de Zúñiga, y á Juan Perez de Rebolledo que le habia sustituido: he detenido al obispo Gudiel, y al despensero Tel Gonzalez Palomeque, y he esperado ansioso la venida de vuestra señoría.

—Precédeme, Juan, dijo el rey, y que dispongan un dosel de justicia en la *sala-rica* del castillo.

—¡En la sala-rica! ¡en ella ha espirado la reina, señor! ¡en ella yace sobre paños negros entre cuatro blandones!

Al escuchar esto Juan Diente, se detuvo.

—¿Qué esperas? gritó colérico el rey: ¿no oyes que quiero que se disponga mi dosel de justicia en la sala-rica del castillo de Jerez?

Juan Diente, partió, llevando consigo los caballos y desapareció por la poterna.

—Y tú, traidor, dijo el rey volviéndose á Men Rodriguez, ¿cómo no has impedido esa muerte?

—¡Me llamais traidor! esclamó Men Rodriguez deteniéndose pálido y conmovido, y fijando en el rey una suprema mirada de queja.

—¿Por què no has impedido la muerte de la reina? dijo con menos dureza el rey.

—Cuando llegué no habia remedio en lo humano, contestó tristemente el jóven.

—¡Infeliz! ¡infeliz! esclamó conmovido el rey.

—Pero llegué á tiempo, continuó Men Rodriguez, de encargarme de cumplir la última voluntad de la reina.

—Y esa voluntad...

—Tomad, señor, dijo Men Rodriguez, sacando con un religioso respeto de su escarcela y envuelto en un paño de seda, el medallon que le habia entregado la reina al morir.

—¡Mi retrato! esclamó el rey conmovido.

—Doña Blanca, continuó Men Rodriguez, cuya voz era trémula, le sacó de su seno, de sobre su corazon, y le besó espirante antes de entregármele.

—¡Ah! esclamó el rey cuya colérica palidez se hacia cada vez mas densa.

Men Rodriguez respetando lo profundo, lo desgarrador de la esclamacion del rey, guardó silencio.

—Sigue, sigue, Sanabria, dijo el rey; quiero apurar el tósigo hasta las heces, quiero saber uno á uno todos los pormenores... ¿que importa..? esto me dará todas las fuerzas que necesito porque quiero hacer mucho, mucho... y tanto, que cause horror á las gentes venideras.

Y el acento del rey al pronunciar estas palabras era el de un insensato.

—La reina me dijo, espirante ya, estas palabras, que están zumbando continuamente en mis oidos «tomad: es su retrato: llevadselo como una prenda de mi amor: decidle que muero amándole.»

La palidez del rey al escuchar estas palabras se hizo sobrenatural; era una palidez azulada tras la cual se veia temblar la cólera; sus labios contraidos y blancos se agitaban en una convulsion continua, y sus ojos lúcidos, terribles, mostraban una sombría mirada en que estaba pintada la muerte.

Men Rodriguez se estremeció, ante el intenso, sin igual dolor que representaba el aspecto del rey y olvidándose de su posicion de vasallo, de lo fatal que habia sido á sus afectos el rey, le asió una mano.

—Cuánto sufris, señor, le dijo.

—¡Y tu me compadeces! esclamó el rey con una intencion que, como conocen nuestros lectores, no podia comprender Men Rodriguez.

—¡Compadeceros yo señor..! dijo el jóven admirado por la entonacion particular de las últimas palabras del rey; pues bien, sí, os compadezco porque...

—¿Por qué?

—La situacion en que os encontrais...

—¿Y quién te ha dicho que esta situacion me aflija? ¿por què te atreves á interpretar segun tu corazon mis palabras? tu corazon nada tiene de semejante al mio: yo soy rey, tu eres hombre. Adelante, Sanabria, adelante: entremos en el castillo: ya debe estar preparado nuestro dosel de justicia; adelante, Sanabria, adelante.

Y partió hácia el castillo, seguido de Men Rodriguez, atravesó con paso firme el puente, y pasó bajo la chata bóveda de la poterna, con la cabeza erguida y amenazadora, por entre los ballesteros de maza, que al pasar el rey, chocaron en señal de honor sus partesanas contra sus escudos.

En las galerías encontró el rey á Juan Diente.

—¿Está dispuesto todo? le dijo.

—Si, señor, contestó el ballestero.

—Y tu, Sanabria, ¿dices que tienes detenidos en el castillo al obispo Gudiel, á Gonzalez Palomeque, á Iñigo Ortiz de Zúñiga, y á Juan Perez de Rebolledo?

—Si, señor.

—Pues bien, vé por ellos, y traelos á la sala-rica: despues asegura la puerta con una guarda de diez ballesteros y avísame: sígueme, Juan.

Y el rey seguido de su confidente se metió en una cámara inmediata.

El ballestero permaneció á algunos pasos de la puerta en una actitud respetuosa, mientras don Pedro se paseaba agitado á lo largo de la cámara.

De improviso se detuvo delante de Juan Diente.

—¿Has observado, Juan, le dijo, hasta dónde puede llegar el disimulo de un traidor?

—Sino me decis quien es el traidor, contestó Juan Diente, no podré contestar como quisiera á vuestra señoría.

—Te has obstinado en no creer traidor á Men Rodriguez, y sin embargo se ha atrevido á decirme: os compadezco, señor.

—Sino os ha dicho mas que eso y por ello le creis traidor, tenedme por tal tambien, porque me causais compasion.

—Yo comprendo que tu me compadezcas, Juan, porque conoces cuanto sufro: ¡pero que me compadezca él, el, el miserable..! ¡oh! su compasion es una burla cruel, un horrible insulto... necesito la cabeza de ese hombre, Juan.

—Si la necesitais, tomadla vos, pero no me la pidais á mi; no, de ningun modo; no os la daria.

—¡Que no me la darias! esclamó el rey mirándole fijamente.

—No, porque yo no asesino: yo he cumplido, cumplo y cumpliré la justicia de vuestra señoría pero un asesinato, ciego, á sangre fria, miserable, cruel... no, eso no.

—¿Y crees tú, dijo el rey mirando fijamente al ballestero, que la muerte de Men Rodriguez seria un asesinato?

—No solo un asesinato, sino una imprudencia.

—¡Una imprudencia!

—Si señor: si matais á Men Rodriguez, ¿dónde encontrareis un vasallo que valga mas que él, ni tanto como él?

—Es verdad, dijo el rey, no me queda al lado nadie; nadie de quien me pueda fiar.

Y adoptando un silencio sombrío, volvió á pasear por la cámara pálido y escitado.

Juan Diente no se atrevió á romper aquel silencio, porque conocia claro que el rey se hallaba en una de las situaciones tan comunes en él, y que era necesario dejar pasar.

Poco despues apareció en la puerta de la cámara Men Rodriguez de Sanabria, no menos sombrio que el rey, y dijo:

—Señor, las personas que me habeis mandado llevar á la sala-rica, están en ella.

El rey salió violentamente de la cámara y entró poco despues en la sala-rica. Men Rodriguez y Juan Diente entraron tambien, pero no pasaron de la puerta. El ballestero quedó algo mas atrás que Men Rodriguez, entre los tapices, por respeto.

El espectáculo que se presentó á los ojos de don Pedro era terrible: en medio de la sala que era estensa, sobre un lecho mortuorio, cubierto por un repostero de terciopelo negro, en cuyos cuatro lados se veian bordados en oro y colores los blasones de Leon y de Castilla con un cirio encendido en cada ángulo, estaba el cadáver de la reina, vestido de blanco y ceñidos los cabellos por una corona de rosas encarnadas.

Al frente del lecho fúnebre habia un dosel rojo, y en él, sobre las gradas, una silla real: delante del dosel y á alguna distancia de él, habia cuatro hombres pálidos, consternados, temblorosos, en los cuales se fijó la iracunda é inmóvil mirada del rey, que sin apartarla de ellos, atravesó con el paso lento y marcado del tigre que se acerca á su presa, hasta el dosel, cuyas gradas subió con la misma lentitud.

Luego se sentó en el sillon, se replegó, apoyó su rostro en una de sus manos, cuyas uñas se elavaban en su carne, y con la mirada siempre lúcida permaneció por algunos momentos mirando aquellos cuatro hombres, diferentes en condicion, pero que igualmente aterrados clavaban en el suelo su cobarde mirada.

Aquellos hombres eran don Pero Gomez Gudiel, obispo de Segovia, Tel Gonzalez Palomeque, despensero mayor del rey, Iñigo Ortiz de Zúñiga y Juan Perez de Rebolledo, su ballestero de maza.

Por algun tiempo, como hemos dicho, la mirada del rey devoró á aquellas cuatro personas, intensa, terrible, amenazadora, letal; y lo dominó todo: el mas profundo silencio que solo rompian de cuando en cuando, de una manera lúgubre, el chascarar de los cirios amarillos que alumbraban el cadáver.

Al fin la voz del rey, lenta, grave y gutural, rompió aquel silencio.

—Reverendo padre en Cristo, obispo de Segovia, don Pero Gomez Gudiel, nuestro leal vasallo, dijo el rey estremeciendo con el timbre particular de cada una de sus palabras, al obispo.

—¿Que me mandais, señor? dijo el prelado, con voz apenas inteligible.

—¿Quien es esa, que tenemos muerta ante nos? preguntó el rey con acento nervioso y vibrante.

—Es la reina doña Blanca de Borbon, señor, contestó, alentando apenas el obispo.

—¿Y tú que dices Tel Gonzalez Palomeque, mi leal vasallo? añadió, recargando mas su acento el rey.

—Digo señor... que... es la reina, respondió enteramente aterrado el noble.

—¿Y os entregamos así nuestra noble y desventurada esposa? continuó el rey, arrojando una cobarde mirada al cadáver, y con un acento amenazador al principio, y profundamente conmovido al fin.

—No, no señor, contestó el obispo, atreviéndose á mirar al rey: nos la entregasteis jóven, hermosa, llena de vida y de esperanza.....

—¡Poder de Dios! esclamó el rey: y ahora que os pido á mi esposa ¿como me la entregarcis, traidores?

—Nosotros la entregamos sana y salva, casi contenta, á quien vuestra señoría nos mandó que la entregásemos, y nos disponiamos á salir de Jerez para nuestras tierras, obedeciendo tambien vuestro real mandato, cuando el señor Men Rodriguez de Sanabria, nos detuvo, prendiéndonos, sin que supiesemos por qué, en nombre de vuestra señoría.

—¿Que os he mandado entregar á la reina? ¡mentis! ¿que os he mandado ir á vuestras tierras? ¡mentis tambien! esclamó con voz tonante el rey.

—Conservamos vuestras órdenes en nuestro poder para descargo, contestó ya con mas ánimo el obispo.

—Pues bien, mostrad esas órdenes, dijo el rey.

Aun mismo tiempo y apresuradamente, sacaron el obispo y el despensero mayor unos pergaminos de sus escarcelas, se acercaron al dosel, hincaron una rodilla y entregaron los pergaminos al rey.

Don Pedro los leyó rápidamente, y buscando en el fondo de la sala á Juan Diente, desplomó sobre él una mirada terrible, que queria decir:

—He aquí los resultados de tu descuido: he aquí que al fin encontramos teñidas en sangre aquellas fatales cédulas.

Gudiel y Palomequo permanecian aun de rodillas.

—Alzad, dijo el rey, y contestadme en verdad. ¿Quien os presentó estas órdenes?

—El alcaide del castillo Iñigo Ortiz de Zúñiga, contestó el obispo.

—¡Ah! ¿con que tú fuiste? esclamó el rey, volviéndose ferozmente al alcaide.

—Yo fuí señor, pero obraba tambien por órden vuestra.

Y adelantando hasta el dosel hincó una rodilla, y presentó al rey un pergamino del cual, como de los otros, pendia el sello real.

El rey leyó rápidamente aquel escrito y le arrugó furioso entre sus manos.

—Y tú, Rebolledo, tú, que fuiste el último que te encargaste de la reina, ¿tienes tambien otra órden mia para descargo?

—No una, sino dos, dijo roncamente el ballestero; una encargándome la guarda de su señoría, otra prescribiéndome la entregase al agonizante Sancho, para que hiciese de ella lo que mandase el rey.

—Yo me negué á matar á la reina, señor, porque no me inspiraba confianza la órden que habia recibido, dijo Iñigo Ortiz de Zúniga, y la misma observacion hice á Juan Perez de Revolledo, cuando se me presentó con otra órden en que se me mundaba entregar la alcaidia, y que os he entregado señor.

—¿Y la órden en que te se mandaba entregar la reina al verdugo?

—Me la recogieron señor y me prendieron.

—Y tú miserable, dijo el rey, volviéndose á Rebolledo, ¿por qué no seguiste el ejemplo de mi leal Zúñiga?

—Yo he obedecido ciegamente siempre las órdenes de vuestra señoría, contestó con un tanto de audacia Rebolledo.

—Pues quien ciegamente obra, esclamó el rey, ya sea para el bien ó para el mal se espone á dar en un abismo.

—¿Y porqué, dijo Juan Diente adelantando, te negaste Rebolledo á recibir en el castillo y en tan graves circunstancias al señor Men Rodriguez de Sanabria? ¿porque le obligaste á que, presintiendo una desdicha, tomara el castillo á viva fuerza, como si se hubiera tratado de un castillo aragonés? ¿Porque no preguntaste al menos al señor Men Rodriguez, á que le enviaba el rey? entonces te hubiera dicho...

El rey interrumpió á Juan Diente.

—Adelantad, señor Men Rodriguez, dijo, y deponed ante nos lo que sepais.

Men Rodriguez adelantó y pasó, estremeciéndose, junto al cadáver de la reina para llegar al trono.

Entonces, de una manera clara y precisa, refirió cuanto le habia acontecido aquella noche funesta, desde que al ir al alcázar, habia sabido que la reina estaba en el castillo: la prision en el campo de la reina y su entrega violenta á Juan Perez de Rebolledo.

—Yo, continuó el jóven, no la hubiera entregado señor, porque veia mucho de estraño en la traslacion de su señoría del alcázar al castillo; porque además, un presentimiento funesto me comprimia el corazon anunciándome una desdicha: si ese hombre (y señalaba á Rebolledo), hubiera sido mas respetuoso con un rico-hombre honrado por el rey y que goza fama de leal, nos hubieramos entendido, se habria obrado con calma, se hubiera avisado á vuestra señoría, y no nos hallariamos en el doloroso caso en que nos encontramos.

—¡Es decir, Rebolledo, que tu te has creido mas esperimentado, mas sabio, no solo que Iñigo Ortiz de Zúñiga, superior á tí en calidad, oficio, lealtad y prudencia; que un rico-hombre, que vive á mi lado, que conoce mis proyectos, y que hubiera podido servirte de guia!

—¡Señor! ¡señor! esclamó Rebolledo dejándose caer desplomado de rodillas.

—Haces bien de arrodillarte, traidor, esclamó don Pedro, echando mano de una manera furiosa á su puñal; pero no te arrodilles para pedir gracia al rey, sino perdon á Dios, porque vas á morir.

Rebolledo, asustado se levantó de un salto y retrocedió; el rey se levantó fuera de sí, bajó las gradas del dosel, y avanzó un paso, pero se contuvo, quitó la mano de sobre el pomo de su puñal, y volvió á sentarse en el sillon.

—Acércate, Rebolledo, y responde, le dijo.

Rebolledo se acercó pálido como un cadáver.

—¿Quién te presentó esas órdenes? dijo el rey.

—Un paje de vuestra señoría, á quien acompañaba el secretario Alvar Yañez.

—¡Un paje como de diez y seis á diez y ocho años, hermoso, muy hermoso!

—Si señor, tan hermoso como una mujer.

—¡Y no te inspiró sospechas, como á Zúñiga, el que yo me valiese de un paje para estos asuntos!

—Yo señor creí...

—Pues creiste mal... ¡ola Juan Diente! apodérate de ese hombre y hazle colgar de una almena.

—¡Señor! ¡señor! esclamó Rebolledo.

Pero Juan Diente no le dió lugar á concluir: sabemos que el brabo ballestero se las habia jurado, ofendido por la insolencia de Rebolledo, y aprovechaba con placer la ocasion, que tan limpiamente se le venia á las manos Así es que arroyó bajo sus puños de hierro á Juan Perez, le arrastró consigo y desaparció con él murmurando:

—¡Era preciso que alguna vez te las entendieses conmigo, y ha llegado la hora!

—Y vosotros, añadió el rey, volviéndose al obispo y al despensero mayor, vosotros torpes é imbéciles, que no habeis sabido evitar el horroroso crímen, que la traicion, el odio y la astucia han perpetrado en la infeliz doña Blanca, salid desterrados de mis reinos para siempre jamás, sin sacar de ellos mas que lo que podais llevar encima. Lo demás me pertenece.

Estraño carácter de aquel rey, en cuyas mas solemnes situaciones, asomaba siempre la avaricia.

Gudiel y Tel Gonzalez, quedaron absortos inmóviles y mudos al sentir sobre sí un castigo, cuya conciencia no les decia habian merecido.

—¡Y pronto! ¡pronto! esclamó colérico el rey, si no quereis ya que me arrepienta y os haga ahorcar como vilianos.

—Haceis lo que podeis de nosotros y de lo nuestro, señor, dijo el obispo; pero para que sepamos que no nos teneis por traidores, permitidnos besar por la última vez vuestra mano.

—¡Partid! dijo el rey con acento ronco.

—Adios señor, dijo el obispo, profundamente conmovido: que el Señor no os tome en cuenta la injusticia que haceis con vuestros servidores. Que os proteja Dios, señor.

Una llamarada de cólera brilló en el semblante del rey, que se contuvo sin embargo; y el obispo y el despensero mayor se retiraron lentamente, se detuvieron junto á la reina, y besaron sus heladas manos á falta de las del rey.

Despues el obispo, bendijo el cadáver, y esclamó con la voz alterada por el llanto:

—¡Adios, reina y señora: los que te han amado en la tierra, te ruegan que pidas á Dios por ellos en el cielo!

Despues de estas solemnes palabras que penetraron á pesar de su furor en el coranzon del rey, el obispo y el noble, salieron en paso lento.

—Y tú, dijo el rey á Zúñiga, que le escuchaba temblando, tú, que no has hecho mas que lo que has podido hacer, continúa en esta alcaidia, y sigue siéndome leal, sino quieres que haga contigo lo que hago con los traidores.

Zúñiga abrazó en su alegría, alegría inesperada, las rodillas del rey.

—Vete, le dijo don Pedro.

El alcaide salió, y quedaron solos el rey y Men Rodriguez.

—¡Ha sido ella! ¡ella! ¡esa terrible mujer, esa Leila! y miraba y remiraba las funestas cédulas que habian causado la muerte de la reina: ella, esa Leila á quien te habia mandado que prendieras.

—No he podido haberla á las manos, señor, contestó Men Rodriguez: á esa mujer debe ayudarla Satanás.

—Pues guárdate de ella, Men Rodriguez, porque esa mujer es tu enemigo personal y te matará ó te perderá.

—¡Mi enemigo personal, señor!

—Si, esa mujer te ama.

—¡Que me ama...! yo creia que solo una mujer me habia amado.

Nublóse el semblante del rey.

—¡Y quien es esa mujer...! dijo posando una mirada profundamente observadora en el semblante del jóven... ¡es acaso mi hermana doña Beatriz!

—Doña Beatriz y yo somos hermanos, no mas que hermanos.

—Pues si no es doña Beatriz, no comprendo, dijo el rey con acento receloso: ¡acaso doña Aldonza Coronel!

—Ignoro si doña Aldonza me ha amado: yo solo me referia...

—¿A quién?

A la desdichada doña Isabel Nuñez de Lara.

Dijo estas palabras Men Rodriguez con tal sinceridad, con tal pasion, que el semblante del rey se esclareció.

—Yo pensaba que tenias otros amores, Sanabria, dijo, insistiendo aun en los horribles zelos que le causaba el jóven.

—Os habeis engañado, señor.

—No tengo yo la culpa, si conocia algunos indicios.

—¿Indicios de que yo ame á otra mujer, que no sea doña Isabel? dijo con tristisima estrañeza Men Rodriguez.

—Si, indicios que consisten en una carta que se ha encontrado perdida en el alcázar, es decir, que he encontrado yo mismo por acaso.

—Pues os juro, señor, que no puede ser mia esa carta, porque jamás he escrito cartas de amor.

Don Pedro observador por carácter y por costumbre, ducho en el arte de conocer la mentira ó la verdad en el semblante de los que observaba, solo vió lealtad y franqueza en el de Men Rodriguez y se desarmó enteramente.

—Pues mira, dijo: es una carta muy bien escrita, y que como á galanteador te habria honrado: sino la he perdido, te la mostraré, á ver si adivinas de quien sea.

—¿Pero esa carta, no tiene firma?

—No, ¡vive Dios! es misteriosa como la pasion de quien la ha escrito... pero estamos hablando de amores delante de la muerte.

—¡Ah! ¡señor...! ¡señor! salgamos de aquí.

—¡Salir, salir sin que yo vea por última vez á esa desdichada, á quien he visto tan poco cuando vivia! ¡Oh! ¡no! quiero verla, contemplarla, para que se robustezca en mí la memoria de este crímen, para no olvidarle jamás, á fin de que mi venganza... mi justicia, si descubro al infame asesino, sea mas terrible.

Y don Pedro, en un arranque violento, se acercó al lecho mortuorio, apoyó en él sus manos y contempló de hito en hito á la reina doña Blanca.

Estaba hermosa, no solo hermosa, hermosísima; mas que muerta parecia dormida, solo que al rededor de sus ojos se marcaba una ancha aureola negra, orlada de azul, amarillo y verde, y por su boca asomaba una ligera espuma sanguinolenta.

—¡Oh! ¡que horror! esclamó el rey, estremeciéndose como á impulso de una aguda impresion de frio, y conociendo por los vestigios, el género de muerte de la reina: ¡envenenada...!

—Sí, envenenada con el mismo tósigo que matará á doña Isabel Nuñez de Lara.

—Segun eso, ¿crees que sea esa infame Leila.....?

—Lo sospecho, señor.

—Pues bien, lo sabremos, y lo sabremos pronto... yo vengaré á doña Isabel, á la reina... ¿pero quién ha mandado vestir de este modo á doña Blanca?

—Doña Isabel Nuñez de Lara.

—¡Ah! ¡doña Isabel! la ha puesto túnica de vírgen y corona de mártir... la corona de flores rojas, si... pera la túnica de vírgen... ¡no!

—¡Señor! dicen que jamás...

—¡Dicen! ¡dicen tantas cosas! esclamó el rey profundamente... ¡se engañan acerca de tantas cosas....! escucha, una noche... el recuerdo de aquella noche, junto á este cadáver, es horrible... estaba hermosa, hermosísima... era una niña dulce, inocente, enamorada, feliz... hubo un momento en que lo olvidé todo... no, no; doña Isabel se ha engañado al vestir á esa desdichada una túnica blanca.. que la pongan una túnica roja.

—¡Ah! ¡señor! si el mundo, que cree que siempre habeis aborrecido á doña Blanca, no ve un momento sobre ella ese cándido vestido... creerá que la acusais... ¡que la acusais de adúltera!

—¡Adúltera! no, no; la fatalidad nos ha separado, pero ha llevado con honra y dignidad mi corona sobre su cabeza... y bien, que conserve ese cándido color, puesto que el mundo se paga de colores: pero brocados y joyas: la mortaja de una reina no debe ser tan pobre (y el rey sonreia de una manera insensata, horrorosa) que la quiten tambien ese emblema de martirio, que se diga que la ha matado la peste negra, ¡acaso no está la peste negra en Jerez! fuera, fuera esa corona roja, y puesto que de colores y relumbrones se paga el mundo, ponedle mi corona en la cabeza: mi mas rica corona: ha vivido como reina; que baje á la tumba como reina.

—Hubo un momento de solemne silencio, durante el cual el rey pugnó por contener sus lágrimas, consiguiéndolo solo á medias.

—Escucha, Sanabria, le dijo el rey: ¿tu la has visto morir.?

—Si señor contestó Men Rodriguez.

—Y... ¿padeció mucho?

Las lágrimas del rey reventaron entonces, tanto mas copiosas cuanto mas tiempo habian sido contenidas.

—No, no señor: su vida se apagaba... contestó aturdido por la situacion Men Rodriguez.

El rey, al que jamás nadie habia visto llorar, se arrojó sollozando en los brazos de Men Rodriguez.

—Llorad, llorad, señor, dijo el jóven, las lágrimas son un tósigo, que si no le arrojamos del corazon, le rompen.

—He llorado muchas veces de cólera, dijo el rey, levantando al cabo de algunos instantes su cabeza de sobre el pecho de Men Rodriguez; pero jamás de dolor, de sentimiento: perdí á mi padre y no lloré, maté á mi hermano, al mas querido de mis hermanos, y no vertí una lágrima: he perdido cuanto he amado y sin embargo mis ojos han permanecido enjutos; parecíanme rudos golpes que me asestaba el destino para aterrarme, y contestaba á cada uno de estos golpes del destino con una carcajada de reto: pero Doña Blanca... doña Blanca, á quien no he amado, doña Blanca, á quien he tenido constantemente separada de mi, me hace sentir con su muerte un dolor agudo... terrible... cruel... una desesperacion profunda: por levantarla de ese negro lecho, por volverla á la vida, seria capaz de todo... y sin embargo, no viviria con ella, no la veria... no es amor lo que siento por ella... es... compasion.

Don Pedro hizo un poderoso esfuerzo y se enjugó las lágrimas.

—Y esto es natural, dijo, dejando á su orgullo que justificase sus lágrimas: esa mujer jamás me ha ofendido... esa mujer me ha amado con toda su alma: en ese momento en que se creyó amada por mí, se arrojó en mis brazos, moribunda de felicidad, y su último pensamiento ha sido para mí... y esto me contrista, me conmueve: dicen que soy cruel, semejante á una fiera, sin sentimiento humano y... mienten... mienten.. es que el mundo ciego y apasionado no me ha comprendido... lo que sobra al rey don Pedro, es corazon.

Y volviéndose de repente al cadáver y arrancándose la gorra de sobre los rubios y sedosos cabellos, dijo con acento febril:

—Tú lo sabes Blanca, tú, que estás en la eterna region donde la verdad resplandece: yo no podia amarte... la fatalidad, mi amor hácia doña María, tu orgullo de reina, nos separaron: si Doña María no hubiese absorvido mi alma entera en la suya, yo te hubiese adorado, porque eras una esposa digna de mí... Dios ó el infierno no lo han querido: pero tú lo sabes, Blanca: yo nunca pensé en matarte... nunca te hubiera muerto... tú lo sabes y esto basta... poco importa que los hombres, la tradicion y la historia digan que he sido tu verdugo.. yo no me humillaré, justificandome ante ellos... ¿acaso el mundo la tradicion, y la historia han dicho nunca la verdad?

Y luego en un movimiento irreflexivo, se inclinó sobre el cadáver y cubrió de besos su frente.

—A Dios, exclamó levantándose de repente, como se habia indicado: á Dios, hasta la eternidad.

Y luego en paso rápido como quien huye, salió de la sala-rica.

Cuando estuvo en las galerías pareció reanimarle el aire esterior; sus lágrimas se habian secado y únicamente habian quedado sus ojos un tanto rojos. Detúvose y se volvió á Men Rodriguez, que le seguia.

—Escucha, Sanabria, le dijo, ha habido un momento en que no he sido muy tu amigo.

—¡Señor!

—Basta, no me preguntes; ni una palabra mas: estoy mas satisfecho de tí que nunca, en todo caso (y la frente del rey se nubló) tú no tenias la culpa. No hablemos mas de esto. Quedate aquí. Haz embalsamar á la reina. Yo te embiaré al momento cuanto sea necesario para la pompa fúnebre: unas exequias magníficas, Sanabria: gasta aunque gastes la mitad de mi tesoro. Los funerales en la Iglesia mayor; la sepultura en el convento de San Francisco: que doblen por espacio de nueve dias todas las campanas de la ciudad, como se acostumbra en los funerales de los reyes, que se vista á los pobres y que se les dé de comer durante tres dias: quiero tambien que se doten cien doncellas: hazlo tu todo esto. Cuando todo esté corriente y preparado, pasado mañana, te espero en Sevilla; te necesito. Cuando vengas, llevate contigo á Doña Isabel Nuñez de Lara; yo te enviaré las órdenes necesarias.

—¿Y vais á partir sin descansar, señor? dijo, el jóven notando que el rey se dirigia hácia las escaleras, en las cuales habia aparecido Juan Diente.

—¡Descansar! ¡descansar! yo no descansaré mas que en la tumba. A dios.

—El os proteja, señor, contestó Men Rodriguez, siguiendo al rey.

—Quédate, quedate, Sanabria, y ve á consolar á Doña Isabel, que necesita mas tu compañía que yo.

—¡Ah, señor! se me olvidaba: en el alcázar hay otra dama presa.

—Y... ¿quién es?

—Doña Sol de Vargas, camarera mayor de la reina.

—Pónla en libertad y que se vaya con su amante si le tiene.

—Su amante ha muerto, señor, y la infeliz está loca.

—¡Ah! pues llevatela á Sevilla con Doña Isabel. A Dios.

Y el rey se alejó y bajó las escaleras.

—A caballo, Juan Diente, á caballo, y como una exalacion á Sevilla!

—¿Sin descansar, señor? no lo digo por mí, pero vos...

—A caballo, Juan.. no tenemos tiempo que perder... ya sé quien te robó los pergaminos.

—¿Quién señor?

—Una mujer.. y es necesario buscar á esa muger, que á estas horas de seguro está en Sevilla. A mas... á mas... necesito sangre.. mucha sangre, para calmar la sed que me ahoga y voy por ella. Afortunadamente no es sangre de cristiano.

Un momento despues el rey y Juan Diente galopaban en sus poderosos corceles hácia Sevilla.

CAPITULO III.

En que se sabe en lo que vino á parar el rey Bermejo de Granada.

Dos dias despues el populacho de Sevilla, agolpado en el campo de la Tablada cerca de los muros, se preguntaba á que efecto se clavaban estacas acá y allá, y por qué los ballesteros del rey, estendidos en una ancha zona y á caballo, se habian convertido en un muro viviente mas allá del cual no se permitia pasar á nadie.

Esto significaba que la ciudad continuaba cerrada, y que si se habia abierto la puerta de Jeréz, habia sido transitoriamente y sin duda para algun auto público, puesto que los ballesteros impedian la salida de una manera algo peor que las cerradas puertas, por que al menos estas no daban espaldarazos ni golpes de partesana.

Una coincidencia terrible habia hecho que el pueblo no estrañase esta especie de prision en masa, ni la muerte de la reina doña Blanca, ni la carestía de los mantenimientos, que aunque escasos, seguian viniendo de fuera y entraban en la ciudad con muchas precauciones; esta coincidencia era la aparicion de la peste negra que habia descargado de una manera formidable en Andalucía.

Singularmente hacia algunos dias que se ensangrentaba en Jerez; asi es que, aunque se sabia que la reina habia muerto, se atribuia aquella muerte á la peste, á pesar de los rumores de asesinato que habia hecho correr Leila. Esto consistia en que el pueblo de Sevilla amaba al rey don Pedro.

En cuanto á la clausura absoluta de las puertas, atribuíalo el pueblo á celo del rey por su córte, y á que aislándola, pretendia defenderla en cuanto le era posible, del contagio. En lo relativo á la carestía y á la escasez de los artículos de primera necesidad, se atribuia á la peste.

Sin embargo, el pueblo estaba aterrado por la cercana vecindad de este azote; empezaba á sentirse el hambre, y Leila comprendia perfectamente que á pesar del amor que profesaban al rey los sevillanos, habia hacinados hartos combustibles, para que no estallase un incendio á la primera chispa.

Además de esto, Leila, que conocia bastante, educada entre moros, las ciencias naturales, no habia reparado sin placer, que aquel dia habia amanecido cubierto por una espesa niebla, caliginosa y de color impuro: para ella era indudable que, infiltrada en aquella niebla la peste negra, se desplomaba sobre Sevilla.

Pero aunque las nieblas no sean muy frecuentes en aquella parte de Andalucía, nadie vió en ella mas que un accidente natural, á pesar de que, á medida que avanzaba el dia, la niebla tomaba un aspecto mas estraño y exhalaba de sí un olor nauseabundo, aunque leve y muy semejante al que produce el gas carbónico.

Entretanto, ociosos la mayor parte de los jornaleros del campo residentes en la ciudad, y siendo esta estremadamente populosa, una multitud inmensa recorria el campo de la Tablada preguntandose siempre unos á otros:

—¿Para qué son esas estacas?

Nadie lo sabia, y nadie osaba preguntarlo á los ballesteros del rey, porque de antiguo se miraba á aquellos terribles soldados con un respeto muy parecido en sus efectos al miedo.

Resolviéronse, pues, los desocupados á esperar para saber por sí mismos lo que allí sucediese, y los grupos se engrosaron, se condensaron, llenaron casi, al fin, aquel espacio.

Entre esta multitud habia una persona que nos es muy conocida: aquella persona era Isabel-la-Liebre; iba distraida, triste, pero sin embargo miraba en torno suyo con atencion, como si hubiera deseado encontrar á alguno: acompañábala la vieja Berta en traje de duena, y las resguardaba, á guisa de escudero, un hermano de Nuestra Señora de Rocamador.

Ya hacia algun tiempo que Isabel vagaba por la Tablada, recibiendo á su paso miradas ardientes y exageradas requiebros, cuando en una de las apreturas, que eran muy frecuentes, encontró delante de sí un hombre.

Al verle, los ojos de Isabel destellaron un relámpago, palideció profundamente, y haciendo un esfuerzo

penetró por entre la multitud para acercarse á aquel hombre, separándose un tanto de Berta y del hermano de Nuestra Señora de Rocamador, que la seguian.

—¿Teneis alguna noticia que darme, la dijo aquel hombre?

—Si por cierto, dijo Isabel con la voz trémula de emocion; pero de una emocion lúgubre. Doña Ana está en casa, y no saldrá de ella en algun tiempo. Id, pues, y avisad al rey.

—Que Dios os guarde, señora, dijo aquel hombre que era el ballestero Rodrigo Perez de Castro; y en el momento desapareció entre los grupos.

Berta y el hermano de Nuestra Señora de Rocamador, no habian podido escuchar estas palabras, ni vieron á Isabel hablar con el ballestero.

El hermano de la santa cofradía hizo un esfuerzo, se abrió paso entre los que les separaban de Isabel, y él y Berta pudieron incorporarse con ella.

En aquel momento el ronco son de un atabal se dejó oir en la puerta de Jerez, y como aquello era ya el principio la de esplicacion, todavía misteriosa de las estacas, la multitud se conmovió, agolpándose hácia la puerta de Jerez, y envolviendo en sus grupos á Isabel, á Berta y á su acompañante, que quedaron perdidos entre las masas.

Entretanto salia por la puerta de Jerez un estraño cortejo, y se encaminaba en paso lento al campo de la Tablada.

Marchaban delante cuatro atabaleros á caballo, y detrás de ellos, á caballo tambien, cuatro maceros reales con las dalmáticas de gala y las mazas de plata al hombro: en pos, flanqueados por algunos ginetes, iban el secretario del rey Mateos Ferrandez y el pregonero de la ciudad; tras estos, montados en asnos, entre dos hileras de hombres de armas, vestidos con túnicas de escarlata, venian el rey Bermejo de Granada y sus treinta y siete emires, pintada en el semblante la cólera, por el ultraje que se les hacia, llevándoles de aquel modo entre la córte de un rey, á quien habian pedido amparo y hospitalidad, al que se habian entregado de buena fe y no habian pedido seguridad alguna, confiados en su honor.

Sin embargo, el rey los habia sacado á la vergüenza, y el cortejo, cuya marcha cerraba un fuerte escuadron, se detenia de tiempo en tiempo, y el pregonero relatando lo que le apuntaba Mateos Ferrandez, gritaba:

«Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro »señor en este rey y sus caballeros, por cuanto ellos »se rebelaron contra el rey su señor, y le despojaron »y le tuvieron muchos dias fugitivo de su reino, con »menoscabo de su honra y de su hacienda, sin mirar »en la alianza que aquel señor rey tenia con el de »Castilla; por todo lo cual el rey nuestro señor quiere »que mueran como traidores. Quien tal hace, que »tal pague.»

Cuyo pregon terminado, volvian á retumbar los atabales, y el cortejo se ponia de nuevo lentamente en marcha.

La niebla continuaba pesando y condensándose sobre Sevilla; pero el misterio de las estacas estaba aclarado; es verdad que habia algo que el populacho no se esplicaba aun: esto es: si aquellos caballeros iban á morir, ¿quién los habia de matar? En el acompañamiento faltaba el famoso Pero de Chiclana, personaje demasiado conocido del populacho para que este no le echase de menos cuando se trataba de hacer una justicia.

Al fin los sentenciados llegaron á las estacas, entraron en un círculo determinado por ballesteros de maza, y el señor Pero Lope de Padilla, investido de sus insignias de ballestero mayor, mandó al rey Bermejo y á los caballeros granadinos que descabalgasen de los asnos, hecho lo cual, algunos ballesteros los fueron atando á las estacas.

Cuando esto estuvo hecho y poco tiempo despues, resonó una ruidosa trompetería en la puerta de Jerez, y apareció en plena córte el rey, á caballo, armado de todas armas, con corona en la cabeza y manto real sobre los hombros, acompañado de los altos y bajos oficiales de su casa, y de cuantos ricos-hombres, caballeros y mesnaderos se encontraban en Sevilla, todos cubiertos de gala, todos armados, todos ginetes en poderosos caballos.

Detrás de esta brillante cabalgata venian algunas acémilas cargadas con lanzas.

—¿Qué será esto? se decian unos á otros: ¿para qué viene el señor rey con tanta pompa y aparato? ¿para qué son esas lanzas y esos escuderos que conducen las acémilas?

Pero como nadie mas que el rey podia contestar á esta pregunta, todo el mundo se vió obligado á esperar para saber.

Cuando la cabalgata estuvo dentro del círculo marcado por los ballesteros, se vió con asombro que los escuderos descargaban las lanzas y que proveian de ellas desde el rey hasta el último mesnadero.

Entonces los mas cercanos oyeron que el rey dijo á su córte:

—Ved lo que va á suceder, caballeros, y haced con esos perros lo que yo haré con su señor.

Y volviéndose á Pero Lope de Padilla y blandiendo ferozmente su lanza, le dijo:

—¿Dónde está ese que se llama rey de Granada?

—¡Allí, señor! contestó Pero Lope, señalando al desdichado Abou 'l-Sayd, que estaba atado á una estaca á corta distancia.

El rey fijó una mirada feroz que tenia mucho de insensata en el moro, que vió aquella mirada y se estremeció: luego don Pedro rodeó su caballo, tomó campo y partió con la lanza baja en direccion á Abou 'l-Sayd, que cerró los ojos y palideció, esperando la muerte. Pero al llegar cerca de él, don Pedro levantó la lanza y pasó.

Por tres veces se repitió esta carrera: era una crueldad refinada el prolongar la agonía de aquel desdichado, que si segun las práeticas de aquel tiempo merecia la muerte, tenia derecho para protestar de que se le diese de una manera tan desapiadada, tan brutal.

Al fin á la cuarta carrera el rey no levantó la lanza, sino que atravesó con ella de parte á parte á Abou 'l-Sayd, esclamando con voz ronca al herirle:

—Toma, traidor, el pago de las paces que me obligaste á hacer con Aragon.

Y el rey Bermejo al sentirse herido, revolviéndose, sujeto por sus ligaduras á la estaca, respondió entre las bascas de la muerte.

—¡Ah, rey don Pedro, qué mala caballería hiciste! (1)

Y apenas pronunciadas estas palabras, espiró.

La muerte del rey Bermejo fue la señal de la matanza de los suyos: cada caballero castellano hizo con los emires granadinos lo que don Pedro habia hecho con Abou 'l-Sayd; pero no faltó quien notase y quien lo dijera, que entre aquella córte de verdugos nobles, no estaba Men Rodriguez de Sanabria.

Apenas se concibe que el rey don Pedro se dejara llevar á tanto, sino por el estado de irritacion de demencia, de cólera, de que le habia puesto sobre tantos acontecimientos funestos la muerte de doña Blanca. Este es el único é indisculpable borron que se encuentra en su historia; porque si mató á su hermano, razon tuvo para ello (atendiendo siempre el carácter de su época) y si se ensangrantó en la nobleza fue en una nobleza rebelde y turbulenta. Solo un acceso de aquella fatal locura de que hemos oido hablar mas de una vez á Juan Diente, pudo hacer que incurriese en tamaño olvido de sí mismo.

(1) Histórico.

Por ende, nosotros dejamos á nuestros lectores en libertad de calificar este horrible hecho que, á fuer de narradores imparciales, no hemos querido omitir por mas que nos hubiera sido fácil; pero debemos advertirles que aun en su tiempo se tuvo esta accion por fea y reprobada, tanto mas, que se atribuyó, sin razon, á codicia del rey por apoderarse de las riquezas de los moros, y el pueblo de Sevilla, se retiró á sus casas cabizbajo y mohino, avergonzado y pesaroso por la primera vez de un rey á quien siempre habia nombrado con entusiasmo.

Algunos dias despues las cabezas de Abou'l Sayd y de sus caballeros, canforadas y dentro de sendas cajas, fueron remitidas por el rey don Pedro á su aliado Mojanmet V, quien en correspondencia le volvió libres los cautivos cristianos que le habian hecho en la batalla de Guadix.

CAPITULO IV.

Leon y pantera.

Aquella tarde paseábase el rey don Pedro en una de las cámaras del alcázar; el sol poniente, pasando á través de los vidrios de colores de un ajimez, teñia su semblante con un color fantástico, pero descartando aquel color de reflexion se notaba que el rey estaba sumamente pálido: su mirada erraba vaga y sombria, como la de un loco furioso, y una de sus manos introducida en su seno por la abertura del sayo, ensangrentaba sus uñas en la carne; de tiempo en tiempo retumbaba en la cercana torre de la iglesia Mayor el clamor uniforme de las campanas que doblaban por la reina doña Blanca, y cada vez que este clamor vibraba en el espacio, el rey se estremecia, y su mirada se hacia mas vaga, mas insensata.

Pasó así algun tiempo: notabase que el rey estaba impaciente y que se contenia á duras penas: al fin fué á la mampara de cuero de Córdoba y dijo con acento acre á sus camareros:

—¿Aun no ha venido Juan Diente?

—Héme aquí señor, contestó el ballestero, que asomaba á la sazon á la puerta de la cámara.

—Entra le dijo el rey.

El ballestero entró.

—Cuéntame, añadió el rey.

—El aviso era exacto: esa doña Ana, vivia en la calle del Granado, dijo Juan Diente.

—¡Y bien!

—Cerqué el cuartel con ballesteros de la guarda.

—¿Y ha habido resistencia?

—En la puerta se nos atravesaron dos hombres, pero pasamos sobre ellos: subimos y esa misma doña Ana, endemoniada, de la batalla de Nájera, nos salió al encuentro.—¿Qué quereis? me dijo con altivez.—Yo por contestacion cerré con ella, y saqué algunos arañazos; por que habeis de saber señor, que la gata tiene uñas y uñas de acero.

—No es gata, Juan, sino pantera.

—Sea en buen hora; pero lo cierto es que yo desarmé á la tal pantera, la aseguré bien, y cargué con ella, á pesar de su furor y de su resistencia y la metí en una litera que habia llevado conmigo. Abajo la teneis señor en el corral del Apeadero.

—¿Ha hablado con alguien?

—Con nadie.

—Súbela.

—¿Dentro de la litera?

—Dentro de la litera.

Juan Diente salió, el rey volvió á su paseo murmurando roncamente:

—Dicen que esa mujer es terrible: una pantera en fin: un pensamiento infernal un alma, en fin, de demonio; pues bien no importa; vamos á encontrarnos leon contra pantera y veremos; veremos si ante mí se presenta esa doña Ana tan feroz como cuentan.

Pasó algun tiempo y al fin se oyeron los pasos de los ballesteoos que conducian la litera, se abrió de par en par la mampara y la litera entró.

—Idos, dijo el rey á los ballesteros.

—Los ballesteros salieron. Solo quedó Juan Diente.

—Abre la litera, dijo el rey.

Juan Diente abrió la litera y Leila salió con una dignidad y una altivez que maravillaron á don Pedro.

—¡Ah, eres tú! dijo Leila, posando una profunda mirada en el rey ¡estoy en tu alcázar, traida como pudiera traerse una fiera!

—Sígueme, la dijo el rey, despues de haberla contemplado un momento.

Leila le siguió con paso firme.

—Señor, dijo Juan Diente á tiempo que el rey abria la puerta de la recámara. ¿Hago sacar la litera?

—No, vive Dios, esclamó el rey con acento lúgubre y amenazador: esa litera no saldrá vacía.

Leila se sonrió con desden al perdibir la amenaza del rey, y entró en la recámara, cuya puerta habia abierto don Pedro.

Cuando Leila estuvo dentro, el rey cerró la puerta y guardó la llave en su bolsillo.

Leila vió con inquietud que no habia mas puerta que aquella en la recámara, pero de repente su semblante se iluminó con una espresion de alegria, y arrojó al rey una mirada de reto.

Habia reparado que estaba en la misma estancia, en que, algunos meses antes, le habia introducido don Simuel Leví, por una comunicacion secreta, y de la cual habia robado al rey cuatro cajas de riquísimas joyas, como dejamos relatado en otro lugar.

A no haber sido Leila lo que era, se hubiera estremecido de espanto ante la mirada fija, terrible y colérica del rey: pero Leila no se aterraba ante nada; por el contrario, su valor, su audacia, su serenidad acrecian en las situaciones dificiles.

Por algun tiempo el rey mudo de cólera la contempló en silencio: en la situacion en que se encontraba Leila, con su palidez nerviosa, su mirada altiva y serena y su ademan soberbio, estaba mas hermosa que nunca, brotaba de ella una magestad salvaje, resplandecian sus encantos que eran entonces tan terribles como los del ángel de las tinieblas, considerado en todo el esplendor de su siniestra hermosura.

Estaban, pues, frente á frente dos espíritus terribles, dos almas dominadas por violentas pasiones, valientes, jóvenes, crueles ambas, ambas sedientas de venganza: estaban al fin uno ante otro el leon y la pantera.

Irritado el rey por la profunda y provocativa calma de Leila, sus primeras palabras fueron una amenaza.

—¿Sabes que la nobleza de mis reinos me llama el cruel, y el estado llano el justiciero?

Leila guardó un silencio de indiferencia, tal como si no hubiera oido aquellas palabras.

—¿Quién eres? añadió el rey, cuya voz temblaba de cólera.

—Creo que no me preguntarás mi nombre, rey de Castilla, contestó Leila: mi nombre debe serte conocido cuando de una manera tan cobarde me has preso: yo comprendo de otra manera tu pregunta, y tal cual la comprendo voy á contestar á ella. Soy tu enemiga, tu enemiga á muerte: ¿lo entiendes?

—¡Mi enemiga tú! ¿eres acaso manceba de alguno de los traidores, y ansías tu triunfo para llegar á tu ambicion.

—Tus pensamientos son miserables como tú... pero no; no es eso: comprendes demasiado la justicia de mi venganza, y tu el rey justiciero no te atreves á reconocerla.

—Por grande que sea tu venganza, tu audacia es mayor... estás delante de mí entregada á mi merced, sabes quien soy... porque lo sabe todo el mundo... y sin embargo te atreves...

—Yo desprecio tu poder, rey de Castilla, dijo Leila, porque tengo mas poder que tú.

Pronunció clla de tal manera estas palabras, que el rey á quien habia llegado la fama de hechicera de que, como sabemos, estaba en posesion Leila, el rey que era supersticioso, sintió en su alma un terror vago y glacial. Pero Leila, que sabia demasiado que su poder no pasaba de los límites naturales, retrocedió lentamente y como al descuido hácia el sitio donde recordaba existia la puerta secreta por donde habia entrado en otra ocasion en aquella misma cámara, guiada por don Simuel Leví. El rey instintivamente, como al impulso de una atraccion misteriosa, avanzaba hácia Leila á medida que esta retrocedia.

—Es la primera vez que te hablo, la primera vez que te veo, dijo don Pedro, y como será la última, porque morirás, quiero conocerte bien : así pues habla, habla cuanto quieras, exhala todo tu odio contra mí, tratémonos como dos enemigos iguales; quiero saber cuanto vales, para saciar en tí mi cólera de una manera digna de tu valor.

—Yo podria matarte rey, antes de que pudieran acudir en tu socorro tus esclavos, dijo Leila apoderándose rápidamente de la daga del rey que estaba por acaso en un sillon inmediato, pero mi venganza vá mas allá: no se satisface con la muerte: la muerte es poco... morirás mas tarde y á mis manos, ó por causa mia: te lo juro : pero necesito completar mi obra... has muerto á tu hermano... y lo sé bien... nunca hubieras llegado á ese caso, por mas traidor que fucse don Fadrique, sino te hubiera incitado cierto falso horóscopo...

—¿Un horóscopo?

—Sí, el que fuiste á buscar á Santiponce casa del judío Jonatham.

—¡Con que no fueron los astros..! no fue la voluntad de Dios la que dictó aquel horóscopo...

—No, fue mi odio, rey: necesitaba deshonrarte ante la historia... necesitaba que matases á tu hermano y á tu esposa : en cuanto á tu hermano, no fue difícil conseguirlo, te hacia traicion, y tu cólera cayó sobre él: en cuanto á tu esposa era mas difícil... jamás hubieras encontrado en aquella mártir motivos bastantes para matarla... pero la maté yo en tu nombre... con tu firma con tu sello, por medio de tus esclavos... hé aquí uno de los hermosos frutos de la tiranía, hé aquí los resultados de hacerse obedecer ciegamente, por medio de un escrito que puede ser falso,.. ¡oh! ¡oh! es que el mal tarde ó temprano se vuelve contra el que le usa, es que la tiranía cae á veces con todo su terrible peso sobre la cabeza de los tiranos.

El rostro de Leila se mostraba radiante, pero radiante de una manera lúgubre, con la feroz alegría que fulguraba en sus ojos.

El rey mudo, contenido por su asombro y por lo intenso de su furor, ante la inaudita audacia de Leila, guardó silencio un momento. Leila callaba tambien devorando con una ávida mirada el estado de escitacion y de sufrimiento de don Pedro que al fin esclamó con voz cavernosa, con una voz mas terrible que cien amagos de muerte.

—¡Con que fuiste tú!

Leila retrocedió hácia la pared creyendo llegado el momento decisivo y apoyó en ella su espalda; entonces sintió crugir levemente aquella pared en que se apoyaba; aquella era indudablemente la puerta secreta. Leila volvió como maquinalmente la mano atrás, la apoyó en la pared y buscó como á la aventura un resorte, mirando en tanto fijamente al rey que con los puños crispados y los ojos inyectados de sangre, dió un paso hácia ella.

—¡Oh! ¡y no poder completar mi venganza..! ¡morir... y dejarle vida! pensó Leila no encontrando el medio de abrir aquella puerta.

—¡Con que fuiste tú! repitió con voz mas sombría el rey.

—Si, yo fui; yo soy, contestó ferozmente Leila.

—¿Y has sido tú tambien la que escribió los pergaminos?

—Si, yo.

—De modo que tú tambien fuiste, la que escribió al monge negro que Tenorio amenazaba mi honra.

—Yo fui.

—¿Y el aviso fue cierto..? sin duda tú y el infame, los dos, conspirabais á un tiempo contra mi honor.

—Tenorio obraba por sí mismo.

—¿Y cómo pudiste tú saber..?

—¿Ignoras que soy hechicera?

Crispó de nuevo un frio intenso y momentáneo los miembros del rey, pero reponiéndose esclamó.

—Si eres hechicera, ¿á qué valerte de los hombres?

—Harto hago en hechizarlos para que me sirvan.

—Y sin duda has hechizado á Simuel Leví.

—No; he sabido aprovechar su codicia y envolverte en ella.

—¡Ah! y te sirve.

—Me sirve.

—¿Y me hace traicion?

—Si, él fue quien robó los pergaminos en blanco á tu feroz Juan Dicnte, y por cierto que los he aprovechado bien : ya no me queda ninguno.

—¡Ah! ¡fue don Simuel quien..! y ¿acáso don Simuel era tambien quien dejaba cartas como esta, en la habitacion de doña María?

—Sí, contestó Leila, sosteniendo una segunda mentira para desorientar mas al rey, y vengarse al propio tiempo de don Simuel, á quien atribuia su prision.

—¿Y por qué escribiste esa carta? dijo el rey: ¿acáso para comprometer á Men Rodriguez de Sanabria, que ha cometido el delito de no reparar en ti, de no amarte?

Palideció mas densamente que lo estaba Leila, y dijo al rey:

—Nunca he pensado en hacer daño á Men Rodriguez, dijo: si hubiera sido así, á mis piés le tuve en la batalla de Nájera, rendido, desarmado, y no le maté : no, no ; de quien queria vengarme era de tí: doña María, tu esposa, la esposa de tu amor, la única mujer que has amado, ama á Men Rodriguez.

—¡Otra vez! ¡otra vez! ¡que doña María ama á Men Rodriguez! gritó fuera de sí el rey... ¡mientes, mientes, infame! te encuentras perdida entre mis manos, y quieres envenenarme el corazon...! no, no; eso no puede ser: acaso quieres tambien que yo... ¡que vierta la sangre de Sanabria..!

—¡Qué yo quiero que viertas la sangre del hombre que amo! ¡oh! y cuán mal me comprendes, rey! el amor en mí es tan intenso como mi odio: ¡mi odio se vengal ¡mi amor se sacrifica! ¡matar yo á Men Rodriguez..! á los que me le han robado, á los que le han casado con mi hermana Beatriz, con mi pobre hermana Beatriz... á los que me han provocado, á esos, sí... los mataré... los deshonraré, los desgarraré el alma... ¡oh! sí, aunque haya de perder la mia.

—Una palabra... una palabra no mas, esclamó el rey cambiando de tono... pruébame que me has engañado... pruébame que doña María no ha amado á nadie, y... te perdono, lo olvido todo... el asesinato de la reina... tus traiciones... lo olvido todo, y te perdono... y reparo la injusticia de mi padre, y te hago cuanto feliz pueda hacerte la riqueza y el poder.

—¡Reparar las infamias que tu padre, *el buen rey don Alonso*, cometió contra el mio! es ya tarde, rey. Mi padre murió esclavo, sediento de venganza, y me la legó al morir ; yo he sido tambien esclava, y solo la mano de Dios me ha libertado para que sea tu castigo: ¡oh! y tú sabias bien que faltaba en tu córte uno de tus nobles: tú sabias bien que tu padre habia sido traidor, infame, miserable para con Alfonso Tellez: don Pedro el Justiciero debió haberse apresurado á

libertar al noble infortunado y á su hija: á su inocente hija: pero antes que el rey justiciero estaba el rey avaro, que no se atrevió á hacer justicia á un caballero injustamente ultrajado por su padre, porque para hacerle justicia, se hubiera visto obligado á restituirle sus ricos estados. ¡Oh! si tú hubieras salvado á mi padre, si me hubieras vuelto al suelo patrio, te hubiera amado tanto como te aborrezco.

—¿Con qué es decir que en mi poder, aun insistes en tu venganza, y quieres dejarme el alma envenenada por la duda?

—Doña María ama á Men Rodriguez, repitió con doble firmeza Leila, y tanto puedo asegurártelo, como que yo he sido la causa de esos amores.

—¡Tú!

—Sí, yo: cuando pasaba en la córte por paje de doña Isabel Nuñez de Lara, de esa otra desgraciada á quien tú has matado, mi fama de hechicero (porque

Juan-sin-Alma.

entonces se me creia hombre), habia llegado á doña María, que quiso saber su destino: en la conversacion que tuve con ella, adiviné que doña María amaba á otro que tú, observé mas, y conocí que amaba á Men Rodriguez.

—¡Y Men Rodriguez...! esclamó el rey alentando apenas...

—Men Rodriguez no lo sabe, ni aun lo sospecha... el sospecharlo solo hubiera sido una desgracia para él, porque es el vasallo mas leal que tienes.

—¡Y mi vasallo mas leal se hace amar de mi esposa! esclamó frenético de dolor el rey.

—Si se ha hecho amar de mí, esclamó con un desden indescribible Leila; ¿qué tiene de estraño que se haya hecho amar de doña María?

—¡Mientes! ¡mientes! gritó el rey: tu lengua es la lengua mortífera de un demonio; es imposible... no puede ser...

—Sí; hubiera sido imposible, imposible de todo punto, continuó Leila: en sus principios el amor de

doña María era una de esas aficiones que la razon domina, y la razon de doña María la hubiera dominado... pero estaba yo para impedirlo... yo, el espíritu tentador... y doña María concibió una pasion desenfrenada por Men Rodriguez.

—¡Infame! esclamó el rey, avanzando mas hácia Leila.

—Y no podia menos de acontecer así: ¿crees tú que una mujer que se siente arrastrada hácia un hombre, si encuentra todas las noches en su reclinatorio, en su lecho, en sus libros de devocion billetes de amor escritos por una mujer, tan sedienta como yo de amor y de venganza: crees tú que si la mujer que tales escritos lee, los atribuye al hombre en quien piensa, no acabará por sucumbir á la doble fuerza del amor y del misterio? y doña María ha luchado como una heroina de los antiguos tiempos: la mas fuerte, la mas casta, la mas pura hubiera sucumbido, y al sucumbir, hubiera dado escándalos que no ha dado doña María. No debes, pues, culparla, porque obra impulsada por un poder superior á su voluntad; no debes culpar á Men Rodriquez, porque gracias á la virtud de doña María, nada sabe, nada sospecha; porque todo esto es obra mia.

El rey que habia escuchado, enteramente trastornado, las últimas palabras de Leila, al concluir esta, sus ojos se inyectaron de sangre, su semblante se desencajó, y mudo, transido de cólera, de dolor, de zelos, empuñó furioso su espada y la desnudó hasta la mitad.

—¡Mátame! ¡Mátame, si puedes! dijo Leila, desnudando enérgicamente la daga de que se habia apoderado: no he de dejarme yo matar tan fácilmente como mi antiguo amo Abou 'l-Sayd, cuya sangre tiñe aun tus manos!

—No, no te mataré, dijo el rey, envainando de nuevo su espada: no te mataré como á ese moro: la muerte es pequeño castigo para tí: necesito que vivas, y vivirás.

Y el rey salió frenético de su recámara, cerró la puerta, y buscó en la cámara á Juan Diente, con una mirada que espantaba.

—Aquí estoy, señor, dijo el ballestero: es necesario aplastar á esa víbora.

—Es necesario pensar un castigo horrible: entra, entra Juan, apodérate de ella, y ponla á buen recaudo... entra tú solo... temo verla... su vista me embrabece, la mataré, y no quiero matarla.

Y el rey fue á salir.

—Perdonad, señor, acompañadme.

—¿Tienes miedo?

—Si tengo miedo de que se me escurra de entre las manos... dicen que es hechicera; entrad, entrad conmigo, señor, que si vuestra voluntad es que no muera, por mucho que la cólera os ciegue, yo lo evitaré.

La palabra *hechicera* estremeció de nuevo al rey, que en silencio fue á la recámara, abrió su puerta, y entró con Juan Diente.

Entrambos lanzaron un grito de asombro: la cámara estaba abandonada.

El rey se precipitó á los tapices, los alzó, miró por todas partes: pero en vano, Leila habia desaparecido.

Nuestros lectores recordarán que el rey no conocia las comunicaciones secretas que don Juan Alfonso de Alburquerque habia hecho durante sus ausencias de Sevilla, para espiarle en su propio alcázar.

—¡Hechicera! ¡hechicera! esclamó el rey enteramente preocupado: esa mujer no se ha dejado prender sino para insultarme: ¡hechicera! ¡oh!

—No hay hechicería que valga, dijo Juan Diente, que habia reparado una pequeña abertura en la puerta, en razon á no haber cerrado bien Leila: es que aquí hay una puerta oculta.

—¡Una puerta oculta en mi recámara! esclamó el rey.

—Si, si, mirad, señor, contestó Juan Diente, empujando aquella puerta.

El rey fue á precipitarse por ella.

—No, no, señor: este pasadizo es oscuro, revuelto y estrecho; nosotros no le conocemos: antes que todo mandad cercar los jardines.. entretanto yo penetraré solo... pero vos, señor, no, no.

—Y bien: debe haberse salvado: solo don Simuel puede haber manifestado á esa mujer estos secretos del alcázar: será necesario que venga de Toledo don Simuel.

. . . . . .

. . . . . .

Entretanto Leila llegaba á un casucho situado en la calle de las Doncellas por donde tenia salida la mina, forzando la puerta, se salvaba atravesando las callejas de Sevilla.

Poco despues Juan Diente apareció en la puerta, y al encontrarse en la calle, esclamó furioso.

—¡Dios de Dios! hé aquí que el rey no tiene en sus reinos dos piés de tierra para vivir seguro... y esa infame se nos escapa... pero las puertas de la ciudad están cerradas, los muros son altos, ella no tiene alas: con hacer que los ballesteros de maza guarden las puertas... ¡oh! despues revolveré á Sevilla, y la buscaré tanto, que al fin la encontraré.

Y trás estas palabras se entró de nuevo en la casucha, y se encaminó por la comunicacion secreta á la recámara del rey: poco tiempo despues, con admiracion de los vecinos, habia en la puerta de aquella casa, que por tener fama de duende estaba deshabitada, una guarda de ballesteros de maza del rey.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

CAPITULO I.

Hambre, peste, etc.....

Pasaron tres dias.

Durante ellos el aspecto de Sevilla habia cambiado enteramente. Apesar de ser otoño se sentia un calor sofocante como en la fuerza del estio, y la terrible niebla, la niebla fatal que habia empañado el cielo el mismo dia del asesinato del rey Bermejo y de sus caballeros, continuaba desplomándose sobre Sevilla. Continuaban todas las campanas de la ciudad doblando de hora en hora, de dia y de noche, por la reina doña Blanca, y si la clausura de las puertas no continuaba rígidamente, solo se abrian para echar fuera terribles viajeros. Eran estos, centenares de cadáveres que hacian su último viaje á las zanjas que para sepultarlos se habian abierto á larga distancia de los muros.

Por lo demás, no entraban ni salian de Sevilla mas seres vivientes que los sepultureros y las gentes del rey, porque aunque no se habia estendido la prohibicion de entrar y salir á los proveedores de víveres como estos desde el dia antes de nuestra accion, no se habian presentado, era inútil aquella franquicia.

En resúmen, la peste negra, desoladora y terrible como nunca, habia empezado á cebarse en Sevilla desde la aparicion de aquella niebla fatal, diezmando los habitantes de una manera espantosa; dos dias despues habian empezado á faltar enteramente los mantenimientos.

Las calamidades, son los primeros y mas poderosos jefes de las insurrecciones populares: entonces una opinion sola, única, esclusiva, domina á las masas, mas que opinion debe llamarse el móvil que en tales casos les impulsa, padecimiento: todos sienten del mismo modo, y esto da unidad, fuerza, la fuerza de la desesperacion, que al fin viene á revelarse en una insurreccion.

Siempre que aparece una calamidad, el pueblo que la siente acusa de ella al poder que le manda: por mas que la peste sea un azote de Dios, del cual es siempre una consecuencia la retirada de los capitales en circulacion, la paralizacion de la industria y por ello la falta de trabajo y de dinero para el pobre, siempre y algunas veces con justicia, se acusa de estos males á los gobiernos; se cree en su falta de prevision para evitar el contagio, en su ineptitud ó su malicia para no evitar el hambre: y el hambre y la peste unidos, terribles, ensañándose indistintamente en la clase pobre, mas espuesta á la crudeza del mal por su condicion y su miseria, acaban por lanzarla á la insurreccion, no sin haber rugido antes lo suficiente para que se presienta el conflicto á la manera que ruge sordamente el mar, algunos momentos antes de la tempestad.

Este aspecto de insubordinacion, de amenaza, de ferocidad, era el que presentaba Sevilla tres dias despues de la muerte del rey Bermejo.

La agitacion era terrible: cruzándose con las carretas hacinadas de cadáveres, que rechinaban por todas partes, mujeres hambrientas con hijos moribundos en los brazos, trabajadores de aspecto amenazador, jóvenes, niños, ancianos, todos desolados, todos sombríos, todos desesperados, se encaminaban al alcázar, delante de cuyo pórtico se veia de continuo una multitud miserable cubierta de harapos, marcada en su semblante la desesperacion, tendiendo los brazos al alcázar y pidiendo, á voces heridas, pan al rey.

Con mucha frecuencia se escuchaban acá y allá diálogos como el siguiente:

—Este es un castigo que Dios nos envia, por las atrocidades del rey.

—Pero el rey no puede evitar la peste, observaba alguno mas templado.

A lo que respondia otro:

—Sí, pero que no se nos encierre, como pudiera encerrársenos en un horno caldeado: ¡que abran las puertas!

—Sí, que abran las puertas, y al menos podremos comer yerbas en el campo.

—Y pescar en el rio.

—El rio no tiene peces: el rey quiere que muramos todos, y ha envenenado las aguas.

—El rey, sin embargo, está dentro de la ciudad y afronta el contagio con nosotros.

—¡El contagio! ¡ningun rey muere de peste!

—Murió su padre de esta misma peste negra del infierno, en el cerco de Gibraltar.

—Pero el rey don Alonso fue un buen rey, por cuya razon la peste no le perdonó.

—De todo tenia la viña del señor: si el rey don Alonso viviera en estos tiempos, seria peor que su hijo.

—¿Y quién duda que el rey quiere matarnos? En horabuena que no se le acuse de la peste, pero del hambre sí: á buen seguro que su señoría habrá hoy comido á punto su gigote, y caliente y tierno su pan.

—Esto clama al cielo, no se encierra así para que se muera de hambre á todo un pueblo; nos obligarán á que comamos carne de los apestados.

—¡Que nos den pan! ¡pan! ¡los judíos tienen trigo, y le están guardando para venderle á peso de oro! ¡que se ahorque á los judíos! ¡que se reparta su trigo á los pobres!

Cuando este alarido desesperado de la miseria retumbaba atronador junto al alcázar, se abria la puerta y solian acontecer una de estas dos cosas: ó aparecia el obispo limosnero mayor, acompañado de sus sirvientes cargados de talegos, y revestido de pontifical para imponer respeto á las masas, y repartir á todo el que se presentaba algunos maravedises, ó por la ancha puerta, salia un escuadron de lanzas y dispersaba á cintarazos y á veces á cuchilladas á la multitud: esto acontecia alternativamente segun la disposicion de ánimo en que aquellos clamores furiosos encontraban al rey: en el primer caso, esto es: cuando se daba dinero, los que le recibian se desbandaban recorriendo á Sevilla inutilmente en busca de alimento; los primeros, los mas afortunados solian encontrar víveres repugnantes, infectos, averiados, la sentina, en fin, de los almacenes: los demás, nada hallaban mas que puertas cerradas, escepto las de las tabernas que siempre estaban abiertas y en las cuales no faltaba nunca vino: á falta de comida, la multitud bebia y se embriagaba, y esto producia funestos resultados: la embriaguez, aumentando los horrores de tantas desdichas, lanzaba á la multitud á escesos que á duras penas podian reprimirse: cuando acontecia lo segundo, esto es: cuando las lanzas reales ó los ballesteros de la guarda, zurraban y maltrataban al pueblo, este se retiraba con aspecto amenazador y si bien en la plaza del alcázar no se oian por el momento gritos sediciosos, algunas calles mas allá, los lastimados, los heridos, ponian el grito en el cielo; las turbas predispuestas de una manera terrible por el hambre y por la peste, se condensaban, y los motines surgian atronadores, aunque sin fuerza, por el temor que inspiraba á su pueblo la terrible energia de don Pedro; pero en ninguno de aquellos motines se habia gritado muera el rey, ni aun habian tenido lugar demostraciones hostiles al trono.

El rey veia todo esto: hacia esfuerzos desesperados para contener el mal; habia procurado á costa de los mayores sacrificios y desplegando una severidad infinita, que, aunque escasos y caros, no faltasen mantenimientos: habia recogido todo el trigo, todas las carnes, todas las legumbres que habian podido encontrarse á algunas leguas á la redonda de Sevilla, y merced á estos esfuerzos, se habia podido sostener mal á la ciudad durante tres dias: pero como entonces Sevilla era la poblacion mas populosa de España, igualando en poblacion á Granada, que contaba dentro de sus muros seiscientos mil habitantes, no tardó en aparecer un dia en que ni aun para el rey hubo pan. Don Pedro hizo el último esfuerzo, montó á caballo, y rodeado de algunos ballesteros y de una inmensa multitud hambrienta, se encaminó á la judería.

Esto era estraño en el rey, que protegia á los judíos y á los moriscos, que en realidad le era mas leales que sus vasallos cristianos, y esto era así que solia decir con mucha frecuencia que su corona no estaria segura en sus sienes hasta que todos sus vasallos no imitasen la fidelidad de sus tributarios moros y judíos, y aun por su estrecha alianza con el rey de Granada, no faltaba quien sospechase, sin tener para ello mas fundamento que un recelo injusto que don Pedro acabará por renegar de la fe de Cristo, é imitar la conducta del conde don Julian, volviendo á establecer á los musulmanes en España y proclamándose su califa.

Sin embargo, la proteccion del rey á los judíos y á los moriscos, nada tenia de estraño si se considera que siempre encontraba prontos á ausiliarle con su oro á estos vasallos extranjeros, los mas ricos por su carácter industrial y los menos dispuestos, por lo tanto, á turbulencias y trastornos que siempre afectan de una manera mas ó menos grave al comercio.

Viérouse, pues, con asombro las medidas de rigor que el rey adoptó con los judíos, haciéndoles desocupar los graneros, confiscando á unos sus bienes y aun ejecutando á otros. Con estas medidas enérgicas, aterrados los judíos, se apresuraron á comprometerse de una manera solemne, entregando rehenes y prendas, á que no faltasen mantenimientos y el rey se retiró á su alcázar aclamado por el pueblo, que se creia salvado, merced á la firmeza de su rey, de uno de los azotes que le afligian.

Pero esto no era mas que un paliativo, y Leila al saber, en el retiro donde se habia ocultado, el género de recurso á que habia echado mano el rey, dijo con una alegría que nada tenia de aventurada.

—Los judíos se han obligado con sus vidas y sus haciendas á mantener á Sevilla; pues bien, no tardará en llegar un dia en que no puedan cumplir su obligacion, y entonces el terror les hará sublevarse de una manera mucho mas segura que mis sugestiones. ¡Oh! y ese dia está próximo: ese dia el rey caerá en mis manos, y mi venganza se cumplirá.

CAPITULO II.

De la desgracia que por causa de Leila aconteció á don Simuel Leví.

Entretanto el pueblo de Sevilla fue testigo de una de esas caidas inesperadas y sangrientas, que por recaer en personas para quienes se cree haber fijado su rueda la fortuna, maravillan y espantan, viniendo á demostrar que nada hay estable en la tierra, ni que no dependa inmediatamente de los hombres y de los acontecimientos.

Esta desgracia recayó sobre don Simuel Leví.

Irritado contra él don Pedro, por las revelaciones de Leila, envió á Juan Diente á Toledo, con algunos ballesteros de maza, con órden de prender á su tesorero, y conducirlo á Sevilla.

Juan Diente no dilató mucho su jornada; presentóse de repente en la casa que ocupaba en la judería de Toledo don Simuel, y arrancándole del lecho, le intimó de órden del rey su prision, mandándole cabalgar en una mula que se le tenia dispuesta.

En vano don Simuel recurrió á las seducciones, á los mas incitantes ofrecimientos. Juan Diente era un servidor incorruptible y leal para el que la voluntad de don Pedro era sagrada, y don Simuel, sujeto entre sus garras, se vió con terror conducido á Sevilla y encerrado en un lóbrego calabozo de las Atarazanas, donde no tardó mucho en presentarse Mateos Ferrandez secretario y canciller del rey.

—Su señoría, le dijo el canciller, me manda á vos contando con vuestra docilidad y vuestro arrepentimiento; su señoría sabe que le habeis hecho traicion; pero contando con vuestros largos y antiguos servicios de otro tiempo, quiere trataros con misericordia.

—El rey, señor Mateos Ferrandez, dijo cobrando algun aliento el judío, está sin duda necesitado de dinero, y apela conmigo al terror para sacarme nuevas sumas. Yo siempre he sido leal al rey, lo soy y lo seré: pero mis tesoros no eran por cierto inagotables: el rey consume el oro con mas rapidez que el fuego la madera menuda y seca, y me ha empobrecido de manera que entre lo que yo tengo y lo que poseen mis parientes, quedándonos reducidos á la miseria, apenas podriamos procurarle cien mil doblas, cantidad insuficiente para los gastos que le amenazan, si es verdad, como he oido decir en Toledo, que el conde de Trastamara está á punto de pasar la frontera de España con Francia, ausiliado por la gran compañia, á cuyo frente viene ese maldito dogo de Bretaña Beltran Duguesclin.

Y así era la verdad; Enrique de Trastamara habia logrado, en fin, que el regente de Francia, ofendido y lastimado por las desgracias de su prima la reina doña Blanca, y deseoso por otra parte de echar fuera de Francia las hordas de aventureros que la devastaban y que ya eran inútiles por la tregua tratada con los ingleses, las pusiese bajo las órdenes de Duguesclin á su disposicion, y le reconociese como rey de España: la tempestad se acercaba, y Castilla veia con terror acercarse aquella nueva plaga, con la cual venian todos los horrores de la guerra.

—El rey, dijo Mateos Ferrandez, despues de haber mirado con compasion al tesorero algunos momentos, el rey sabe que le habeis hecho traicion, ayudando los manejos de cierta doña Ana Tellez de Ulloa, á quien habeis servido contra su señoría hasta el punto de introducir por ciertas comunicaciones, que vos solo conociais, á esa mujer en el alcázar: mediante vos esa mujer ha podido apoderarse de cédulas en blanco autorizadas en forma, de alhajas de gran precio y de secretos importantes: los resultados han sido funestos: doña Blanca ha sido tenebrosamente asesinada, el rey se ha visto acometido de una manera sorda, por una mano invisible, y cuando ha logrado descubrir y asir esa mano, se le ha escapado, dejando burlada su justicia, merced á vuestras traiciones, que habian puesto en el caso á esa mujer de conocer mejor que el rey los secretos de su alcázar.

—¡Que el rey ha tenido entre sus manos á Leila y la ha dejado escapar! esclamó convulso el tesorero.

—Vuestra traicion está manifiesta dijo Mateos Ferrandez: aunque no se tuvieran pruebas, vos mismo nos las suministrais, pronunciando el nombre árabe de esa mujer. Conoceis bien al rey, y sabeis que no perdona facilmente á los traidores. Sin embargo.....

—¡Qué! dijo don Simuel alentando una esperanza.

—El rey os dejará la vida, con una condicion.

—¿Y que condicion es esa?

—Que le entregueis vuestros tesoros.

—¡Mis tesoros, poderoso Dios de Israel! mis tesoros estan en poder del rey, que me debe sumas considerables: lo que me queda no merece el nombre de tesoro.

—Tened en cuenta que el rey está resuelto á poner á prueba vuestra avaricia.

—Yo quiero ver al rey, hablarle: el rey comprenderá, si me escucha, que estoy pobre, casi arruinado: el rey me creerá cuando le diga, que todo mi haber consiste en sesenta mil doblas, cuatro mil marcos de plata, y como otras cuarenta mil doblas en joyas y telas de brocado. Si el rey desea apropiarse esos miserables restos de mi fortuna, suyos son: pero aunque me esprima, aunque me estruge, como una naranja, no podrá sacarme ni un maravedí mas. En cuanto á esas traiciones de que me acusa, yo haré entender á don Pedro, y no solo se lo haré entender, sino que se lo probaré, que me he visto en las manos de un demonio, y que si alguna cosa he hecho en su desservicio, la culpa no es mia si no de la severidad, de la exagerada severidad del rey, que tan terrible le hace. Yo hubiera atajado el mal en su orígen si hubiera contado con hallar al rey razonable. Pero primero temí, despues, esa mujer funesta me ha envuelto como la araña envuelve en sus telas á una mosca... y el rey... el rey con su crueldad ha tenido la culpa de todo.

Don Simuel hablaba sinceramente, pero ya no era tiempo. El canciller le miró de nuevo con una mas profunda espresion de lástima, y le dijo:

—Duéleme, don Simuel, que hayais acordado tan tarde á hacer vuestras revelaciones: acaso antes de la muerte de la reina, si hubierais entregado esa mujer al rey... ¿quién sabe? el rey os apreciaba en mucho; estaba acostumbrado á vos; erais su favorito... pero ahora... conoceis al rey, y sabeis que jamás perdona ciertas traiciones... yo le conozco tambien y sé que no os queda mas medio de salvacion, que revelar el lugar donde se encuentran vuestros tesoros.

—¡Pero si ya os he dicho que esos tesoros son imaginarios!

—Y os creo don Simuel, os creo; pero no sucede así con el rey, que me ha dicho terminantemente: si se niega á entregarnos el oro que nos ha robado (son palabras del rey no mias), al tormento... al tormento con él.

—¡Al tormento! esclamó, lanzando un grito de terror don Simuel.

—Os repito, que me duele el veros reducido á tal estado, dijo el canciller: si pudiera salvaros os salvaria... no puedo, y, á mas, una simple vacilacion en mí bastaria para que el rey me hiciese sufrir todas las consecuencias de su cólera.

—¡Que venga el rey! ¡que me lleven á su presencia! ¡que me escuche! esclamó desesperado don Simuel.

—Vuestra peticion es inútil, dijo Mateos Ferrandez y me veo en la dura necesidad de intimaros por última vez la voluntad del rey.

—¿Pero el rey quiere asesinarme? demasiado sabes que... nada poseo... que estoy empobrecido; y luego, esa infame mujer me ha condenado, aterrándome, á gastos que han acabado de arruinarme.

—¿Insistís, pues?

—Insisto en la verdad, esclamó con una angustia indefinible el judío.

—En ese caso, y por mas que me pese al decíroslo, seguidme don Simuel.

—¡Qué os siga yo, resignado, como un buey á quien llevan al matadero...! no, no lo espereis de mí. Que me arrastren al tormento, que me lleven; pero seguiros yo... no, no, no...

Mateos Ferrandez abrió entonces la puerta, llamó, y entraron cuatro ballesteros.

Lo que sucedió despues, fue repugnante: don Símuel se defendió cuanto pudo, pero inútilmente; gritó, lloró, se retorció entre los brazos de los ballesteros, les mordió, y solo logró con sus esfuerzos impotentes, que su tormento empezase en el calabozo, porque los ballesteros le arrancaron de él, golpeándole, sujetándole, de una manera dolorosa y brutal.

Mateos Ferrandez, mudo, sombrío, disgustado, pero sujeto á la voluntad del rey, como una rueda al movimiento de un mecanismo de que forma parte, siguió á los ballesteros que conducian á don Simuel, como hubieran podido conducir un fardo.

Despues de muchas vueltas y revueltas pararon al fin de una lóbrega crugía delante de una gran puerta: abrióse aquella puerta, y desaparecieron por ella preso, ballesteros y canciller: al poco tiempo de haberse cerrado aquella puerta, se oyeron terribles alaridos que al fin cesaron.

Media hora despues Mateos Ferrandez, pálido y sombrío, salia de las Atarazanas y se encaminaba al alcázar, llevando un pergamino enrollado en la mano.

CAPITULO III.

De cómo el rey dió un banquete que podia llamarse diplomático á Men Rodriguez y á su mujer, en la cámara de doña María de Padilla.

En aquellos momentos el rey comía en el alcázar, en la cámara de doña María de Padilla.

Acompañábanle en la mesa, que estaba ostentosamente cubierta con una riquísima vajilla de oro y los mas suculentos manjares, á la derecha doña María de Padilla, frente á ella en el costado de la izquierda Men Rodriguez de Sanabria, y frente al rey Beatriz la hermosa.

Cuatro camareros con trajes de córte servian la mesa, llevando á ella los platos que les entregaban en la puerta hermosos pajes maravillosamente vestidos. Pero de Rivera, con traje asimismo de córte, servia la escudilla, primero al rey, despues á doña María, y luego á Men Rodriguez y á Beatriz, aunque doblegando su orgullo de infanzon cuando se trataba de estos últimos; y del mismo modo violento aunque disimulado, cuando se trataba de servir á los dos jóvenes, escanciaba vino en grandes copas de oro el copero mayor Martin Yañez.

De tiempo en tiempo y cuando no podian ser vistos este último y Pero de Rivera, cruzaban una rápida mirada que podia traducirse por:

—¿Adivinais vos lo que significa esto?

Y en efecto habia tantas cosas estrañas en aquel banquete oficial, al que eran admitidos dos vasallos, que nada tenia de estraña la perplejidad de los dos nobles.

El rey y doña María de Padilla estaban rígidamente enlutados por la muerte de doña Blanca; y el mismo luto llevaban, aunque menos rígido, Men Rodriguez, Beatriz, Rivera, Yañez, los camareros y los pajes.

La córte estaba de riguroso luto por nueve dias, y no habiéndose cumplido aquel plazo, y retumbando aun el doble de las campanas de Sevilla por la reina muerta, un banquete en aquellas circunstancias no podia menos de parecer estraño, y tanto mas, cuando el hambre y la peste afligian á Sevilla.

No podia atribuirse aquello mas que á una de las escentricidades del rey, y como las escentricidades de don Pedro eran generalmente de mal agüero, todos callaban esperando el fin de aquello.

Hacia algun tiempo que entre el rey y doña María de Padilla habia reyertas sordas, causadas por la sombría tristeza que mostraba la primera, tristeza que no bastaban á disipar las caricias, los halagos, ni las razones del rey. Cuando despues de haber luchado en vano por conocer la causa de aquella tristeza, el rey se encolerizaba, la Padilla se retiraba llorando, y el rey iba á encerrarse furioso en su cámara y á entregarse á uno de aquellos accesos que Juan Diente calificaba, no sin razon, de locura.

Desde el dia de la terrible escena acontecida entre el rey y Leila, el aspecto de don Pedro se habia regularizado, aparentando una calma y una paz profunda: apenas salia del alcázar, habia hecho que Men Rodriguez y Beatriz se trasladasen á él desde la casa que por órden del rey les habia procurado don Simuel Leví, y pasaba su tiempo ora hablando con el jóven montañés, ora con su hermana, ora largas horas en la cámara de doña María.

Todos los dias al oscurecer se le presentaba Juan Diente, y le decia estas solas palabras.

—El infierno debe haberse tragado á esa mujer: todo cuanto me afano en su busca es inútil; empiezo á creer que se nos ha escapado.

—Ella se nos presentará cuando menos lo pensemos, contestaba el rey.

—Pues si se me presenta á mí, antes que á vuestra señoría, no la vereis sino muerta, contestaba el ballestero.

Cuando Juan Diente dejaba al rey, este entraba en su recámara y se encerraba en ella durante una hora con su consejo, con el que trataba los negocios públicos, que eran entonces gravísimos, puesto que se tenian encima la peste, el hambre y la guerra representada por Enrique de Trastamara, que con Beltran Duguesclin, con los desterrados castellanos y la gran compañía, se acercaba al Pirineo.

Don Pedro miraba todas estas plagas desde la altura de su valor: no las despreciaba, pero no las temia; para él la peste era un azote de período fijo y transitorio; el hambre, un mal que, sino de momentáneo remedio, podia combatirse, y aquel bastardo, aquellos traidores, aquel ejército de aventureros, un escelente cebo para dar á su estandarte y á sus soldados un glorioso dia de matanza y de victoria.

Don Pedro, pues, dejaba correr la peste, combatia el hambre con sabias medidas administrativas, y en medio de esto hacia aprestos de guerra tan formidables como los que habia hecho para la campaña de Aragon.

Don Pedro necesitaba las situaciones difíciles para dar á conocer su valor sereno, inmenso, sin límites: una traicion aislada, una pequeña contrariedad, un

inconveniente cualquiera, bastaba para hacer estallar su cólera: cuando el peligro era grande, cuando la tormenta se acercaba rugiente y amenazadora, la razon del rey se concentraba, su valor crecia, y sereno, pálido y altivo, presentaba su rostro á la tempestad y la desafiaba.

Despues del consejo, el rey buscaba á Men Rodriguez, y embozados ambos en sus capas, salian del alcázar por un postigo de los jardines y recorrian la ciudad: el rey observaba el espíritu público, espiaba, conocia por sí mismo las necesidades de su pueblo, y en alta hora se retiraba al alcázar, despedia á Men Rodriguez, y poco despues él solo, á oscuras se dedicaba á espiar su propia casa.

Nada, sin embargo, notó de estraño en el palacio: la Padilla oraba hasta una hora muy avanzada, acostábase despues, y todo su departamento quedaba entregado al sueño y al silencio. En cuanto á Men Rodriguez y á Beatriz, el rey podia observarlos tambien, merced á los pasadizos secretos del alcázar: Beatriz hablaba algun tiempo con Men Rodriguez, como con un hermano, y Men Rodriguez la trataba con el cariño y la solicitud con que hubiera tratado á sus hermanas: despues, y como el rey no hubiese mandado poner en sus habitaciones mas que un lecho nupcial, Beatriz se entraba sola en la ancha alcoba, y cerraba la puerta: Men Rodriguez leia ó se paseaba durante algun tiempo; y en general se acostaba en un divan.

Otras veces, despues que Beatriz se habia dormido, Men Rodriguez abria silenciosamente la puerta de la cámara, despues de haberse ceñido una cota de malla y una fuerte espada, y envuelto en una capa salia; el rey le tomaba la vuelta por un callejon secreto, le esperaba al paso, le seguia, le veia bajar al patio, llegar á la poterna, hacerse abrir y salir del alcázar. El rey salia trás él: la primer noche atravesó á Sevilla, y fué á pararse junto á un postigo de la casa de doña Isabel Nuñez de Lara, abrió con una llave y entró.

Lo mismo aconteció las noches sucesivas.

Sin embargo, como no hay nada tan difícil de convencer como un zeloso, el rey no perdió por esto su prevencion para con Men Rodriguez: por el contrario, aquellas nocturnas visitas á doña Isabel, que era muy amiga de la Padilla, le hicieron recelar mas. ¿Acaso la viuda del infante don Juan no podia ser la intermediaria entre Men Rodriguez y su esposa?

¿Acáso un hombre que siendo esposo de una mujer tan hermosa como Beatriz, no procuraba su posesion, no daba bastantes señales de estar dominado por otra pasion ardiente, esclusiva é intensísima? ¿Y si hubiera amado de tal modo á doña Isabel Nuñez de Lara, no la hubiera salvado de la prision; no se hubiera alejado de Castilla con ella, siendo así que doña Isabel poseia riquezas bastantes para hacer que su amante no necesitase para ser en cualquier reino estraño un poderoso caballero, de la proteccion de un rey? Don Pedro buscaba sutilezas para convencerse de lo que no queria creer; esto es, de que Men Rodriguez le hacia traicion y doña María le engañaba, y buscando estas sutilezas acogia los pensamientos mas descabellados y absurdos.

No satisfaciéndose, pues, con las nocturnas y misteriesas citas de Men Rodriguez con doña Isabel Nuñez de Lara, quiso penetrar su misterio, y á fuerza de oro logró ser introducido y escondido por una de las dueñas en el dormitorio de la noble viuda.

Vióse obligado el rey á estar mucho tiempo encogido, sofocado, sudando dentro de un armario, que á tales situaciones suelen verse reducidos los zelosos, y solo despues de haberse dado treinta veces al diablo, y de haberse tragado y devorado una espantosa dósis de cólera, llegó el momento de que se abriese la escena por él tan anhelada. Oyéronse pasos en una habitacion inmediata, levantóse al fin un tapiz, y entraron doña Isabel, pálida, débil, demudada, pero hermosísima, apoyándose lánguidamente en el brazo de Men Rodriguez, que la sostenia con la solicitud que pudiera sostener una madre á un hijo moribundo.

Porque doña Isabel Nuñez de Lara era un moribundo que sostiene en pié una larga agonía, una lámpara que se apaga, un perfume que se evapora. Y esto mismo, esta languidez de la materia, esta espansion del espíritu, cercano á verse libre de la cárcel mortal; la grandeza que da el sufrimiento aceptado, hacian de doña Isabel un trasunto divino de sí misma, una hermosura purificada, el ángel, en fin, del sufrimiento y de los dolores.

No era una criatura, era un espíritu en el cual no habia mas materia que la indispensable para que tuviese formas sensibles; la turgente morvidez que tan incitante la hacia algunos meses antes, habia desaparecido, su alto seno se habia deprimido, sus manos eran transparentes casi, y su blancura se habia hecho diáfana. Y sin embargo, su hermosura habia acrecido de una manera maravillosa, espiritualizándose, y sus negros ojos parecian haber aumentado en tamaño, en brillo, en espresion: eran dos objetos lúcidos en los cuales se habia concentrado su alma con toda su grandeza, todo su amor, toda su pureza é inmaculada castidad. Y decimos castidad de una manera moral, porque sabido es que hay muchas vírgenes con el alma prostituida, muchas prostitutas con el alma vírgen, ó aplicándolo mejor á la situacion, muchas doncellas que parecen casadas, y muchas casadas que parecen doncellas.

En el aspecto de Men Rodriguez se notaba la profunda impresion que causaban en él aquellos encantos por decirlo así, fantásticos; el dolor intenso por aquel padecimiento sordo, roedor, mortal; los deseos volcánicos que le inspiraba aquella hermosura, que parecia tocar apenas con los piés á la tierra, y le elevaba con una aspiracion divina al cielo. Don Pedro comprendió que Men Rodriguez amaba, cuanto podia amar, á doña Isabel: la sombria tristeza del jóven, su desesperacion silenciosa, que en sus zelos habia atribuido á la conciencia de luchar contra un imposible enamorando á doña María. Conoció que un hombre que amaba como Men Rodriguez no podia amar mas que á la mujer que le inspiraba su amor: que aquella mujer era su ambicion, su orgullo, su esperanza, su desesperacion. Sintió remordimientos al conocerse la causa primera de la desgracia de aquellos dos seres tan nobles, tan grandes, tan entusiastas, tan á propósito el uno para el otro; y si hubiera podido salvar de la muerte á doña Isabel, y Beatriz no hubiera sido su hermana, el rey rompiendo por todo, hubiera dejado viudo á Men Rodriguez, y le hubiera arrojado como esposo en los brazos de doña Isabel.

Porque el rey avezado á la sangre, no se espantaba ante ella ni dejaba de derramarla si era necesario, para poder llegar á un objeto cualquiera, ya fuera la venganza, ya, como entonces, el deseo de hacer felices á dos seres dignos de la felicidad.

Men Rodriguez llevó á doña Isabel á un divan y se sentó junto á ella; por algun tiempo permaneció mirándola estasiado, y ella sostuvo en los ojos de su amante, su intensa, dulce y ardiente mirada.

—¡Oh! ¡cuán criminales somos! dijo al fin doña Isabel.

—Pluguiera á Dios que lo fuésemos, dijo Men Rodriguez: al menos hubiéramos gozado en la tierra algunos momentos en intensa felicidad.

—¿Por qué ese amor voraz, inquieto, é impuro, amigo mio? acaso creeis que valga mas el placer grosero de los sentidos, que la dulcísima fruicion de dos almas que se sobreponen á la materia y se confunden en una sola, y se comprenden, y se adoran, y se abrasan en un fuego instinguible, creado por ellas mismas, hijo suyo, puro y ardiente como la caridad, hija de Dios? ¿creeis, que á pesar de la pureza de esta union,

no es criminal? ¡Oh! si; vos os debeis todo entero en cuerpo y en alma á la mujer con quien os habeis casado.

—Es que yo al casarme con ella, señora, violenté mi corazon...

—Al violentaros debisteis aceptar enteramente el sacrificio...

—¿Y cómo lanzaros del alma, señora? ¿cómo separarla de vos que la habeis absorvido en la vuestra, que erais y sois su luz, su esperanza, su vida..? ¿Creeis que el hombre puede algo contra Dios? ¿creeis que todos los esfuerzos humanos podrian hacer que un cuerpo grave se elevase, en vez de caer..? No, no, el hombre, por mas que se revele, no puede nada contra Dios, se ve obligado á cumplir su destino, y mi destino es amaros.

—¿Y sabiais eso cuando os casasteis?

—Sí.

—Entonces no debisteis casaros por un triple motivo.

—¡Ah señora!

—Sí, por un triple motivo, por vos, por ella, por mí.

—No os comprendo, señora.

—Si vos, al casaros, hubierais amado á vuestra esposa; sino me hubierais dejado oir mas vuestro amor, sino me hubierais mostrado vuestra desesperacion, yo que al enviudar habia concebido esperanzas, yo que al verme libre habia dado suelta rienda á mi amor, que entonces era legítimo; yo que no habia merecido un abandono, hubiera sufrido, no os lo niego, pero mi dignidad hubiera dominado á mi amor, le hubiera escluido lentamente, porque no debemos amar á quien nos desprecia, y vos abandonándome por otra mujer me hubierais despreciado: en último caso solo me hubiera quedado de vos un recuerdo desventajoso, y vos enamorado de vuestra mujer hubierais sido feliz, porque vuestra mujer os ama, porque habeis nacido para haceros amar de todo el mundo. ¿Y qué sucede ahora? Al sacrificaros fanáticamente á la voluntad del rey don Pedro, siguiendo los consejos de vuestra exagerada lealtad, no os habeis sacrificado vos solo, habeis sacrificado á dos infelices que ningun mal os habian hecho y que os adoran: esas dos mujeres, somos doña Beatriz vuestra esposa, y yo. Yo no tengo zelos, porque sé que no la amais, que no amais á nadie mas que á mí. Sé que sois mio, enteramente mio: pero yo no soy mala: he adivinado que robo vuestro amor á vuestra esposa que sufre, calla, y os trata como hermano...

—Y si doña Beatriz me ama, no me ama de otro modo.

—Os engañais: solo la he visto algunas veces en la cámara de doña María y la he comprendido: doña María, además me ha confiado el secreto de su nacimiento: doña Beatriz ha heredado la hermosura, la pureza, la dignidad de su madre, de la cual, aunque no he podido conocerla, tengo muchas noticias, y el carácter enérgico, dominador, orgulloso y noble, de su padre el rey don Alonso el XI: doña Beatriz, nacida para amar, requerida de amores por un escudero, cuando solo era conocida en el mundo como la hija de un zapatero, abrió su alma al amor, se fingió en Andrés el ser que su alma necesitaba, y amó un sueño: pero á Andrés le faltaban muchas cualidades para ser el hombre de doña Beatriz: vos os cruzasteis en su camino, y la casualidad la ha hecho vuestra esposa: Beatriz ha encontrado en vos su sueño, su ser, su hombre: el mancebo hermoso, el rico-hombre altivo, el caballero valiente y leal, el espíritu que sueña grandezas y sabe practicarlas, la lealtad que se sacrifica al heroismo que lucha y triunfa ó muere. Ha visto en vos el hermano, pero no ha visto el amante. Altiva, ha callado, ha disimulado, os ha ocultado su sufrimiento: mujer, y mujer de una voluntad enérgica, como su padre, y como el rey, se ha propuesto inspiraros amor, y os lo inspirará un dia, porque yo moriré muy pronto, y á los muertos, cuando se les ama, se les llora mucho, por mucho tiempo, pero al fin se les olvida...

—¡Oh! ¿porque ese tenaz pensamiento de muerte? dijo Men Rodriguez, para quien no existia nada mas que doña Isabel.

—No nos engañemos, amigo mio: mi vida se estingue de una manera dulce y muy lenta como una fuente que se seca. Hoy crei que todo se concluia, que no os volvia á ver.

—¡Hoy! esclamó con espanto Men Rodriguez.

—Sí; sentime blandamente trasportada á un sueño profundo: mi respiracion era difícil, mis párpados pesaban como plomo, mi sangre crecia lentamente en calor, y aquel calor me aletargaba; un sudor copioso empapaba mis cabellos y corria en abundancia por mi frente. En aquel momento una de mis doncellas abrió un balcon, y una fria ráfaga de viento, me hirió de una manera punzante: mi sudor se heló, mis ojos se abrieron, resucité.

—Os engañais, os engañais, habeis confundido un vértigo con la muerte.

—No, no; aunque el paroxismo pasó, hoy me siento mas debil, mas enlanguidecida que ayer; esta noche debo haber pesado mas en vuestro brazo... no soñemos... ¿quién sabe si estamos en nuestra última despedida?

—Me estais despedazando el corazon, señora, esclamó Men Rodriguez: sois conmigo mas cruel que lo ha sido el rey, casándome con su hermana.

—¿Y por qué? dijo dulcemente doña Isabel: ¿no es preferible morir á vivir en esta vida de agonía luchando con un amor imposible, y como ya os he dicho criminal? No, no; la muerte es un bien que Dios me retarda demasiado, y mi muerte será para vuestra esposa la felicidad.. porque... al fin... como os decia, me llorareis mucho, pero vuestro dolor irá calmándose á medida que el tiempo corra: al fin no os quedará mas que un dulce recuerdo, que no tendrá bastante fuerza para resistir el amor que doña Beatríz sabrá inspiraros... la amareis y sereis feliz... y esa felicidad, que ya lo es para vos en el porvenir, hace que la muerte no me sea dolorosa... ¿acaso no gozaré yo vuestra felicidad en el cielo?

Era ya tan debil la voz de doña Isabel al pronunciar sus últimas palabras, tan fatigosa su respiracion, tan tumecida su mirada, tan febril el color de sus mejillas, que Men Rodriguez al apercibirse de ello lanzó un grito de horror.

—¡Oh! dijo doña Isabel con voz ininteligible casi; es la muerte, es la muerte. . tirad de esa campanilla, para que acuda mi servidumbre... vos no podeis ausiliarme... necesito de mis últimos momentos para volverme á Dios.

—¡Oh! es otro horrible vértigo, esclamó Men Rodriguez, el aire os hizo bien esta tarde, ahora os le hará tambien.

Y asió á doña Isabel.

—¡Ah! os veran desde la calle, apagad, apagad la luz, no me desonreis ante los ojos del mundo.

Men Rodriguez apagó la luz; poco despues el rey sintió abrir un balcon y protegido por la oscuridad salió del armario y se aproximó á los amantes con paso lento, para evitar el sonido de sus canillas.

—¡Oh! creo que os sentis mejor, Isabel, Isabel mia: vuestro corazon late con mas libertad.

—¡Oh! ¡dejadme! ¡dejadme! esclamó doña Isabel con un acento tal de pudor ofendido, que don Pedro comprendió que Men Rodriguez la estrechaba entre sus brazos.

El rey percibió algunas palabras ardientes y entrecortadas pronunciadas por Men Rodriguez, y despues un llanto dulce, uno de esos llantos de consuelo, que acompañan á la felicidad en ciertas organizaciones, luego sintió que Men Rodriguez se separaba del balcon llevando á doña Isabel entre sus brazos, y escuchó es-

tas palabras pronunciadas con pasion por Men Rodriguez.

—¡Oh! ¡la muerte! ¡mi amor la curará!

—¡Pero si vuestro amor me vuelve á la vida, me habrá arrebatado la honra!

El rey no quiso escuchar mas, deslizóse rápidamente por la estancia, llegó á tientas á una puerta atravesó otra habitacion y dijo en voz contenida.

—¿Estais allí?

—Si, señor, contestó una voz de vieja.

—Llevadme á la calle, repuso el rey.

—Venid, señor.

Poco despues se abria un postigo.

—Tomad, dijo el rey á la vieja, y mañana en la próxima iglesia de San Juan de la Palma, donde encontrareis un paje á la hora de misa mayor, junto á la pila del agua bendita, decidle sin nombrarla, en qué estado de salud ha amanecido vuestra señora.

—Iré, dijo la dueña, y cerró.

El rey se separó entonces del postigo, y espada en mano, porque los tiempos no eran para menos, y cruzándose acá y allá con carros de apestados, que se trasladaban de noche de los depósitos al cementerio, se encaminó al alcázar, no sin entregarse á graves pensamientos por el camino.

—Los hombres me han puesto en la terrible situacion de dudar de todo, se decia, y he desconfiado de Men Rodriguez. ¡De Men Rodriguez! ¡del mas leal, del mas valiente, del mas generoso, del mas noble de mis vasallos! ¡oh! ¡aunque no amase como ama á esa desdichada, jamás se hubiera atrevido, ¿qué digo, atrevido..? ¡jamás hubiera puesto los ojos en la esposa de su señor! ¡Un nombre que sacrifica su amor, su felicidad, á la voluntad de su rey! ¡vamos, Juan Diente tiene mas perspicacia, piensa mejor que yo! ¡pero ella! ¡si, ella le ama, y será muy posible..! ¿No ha dicho doña Isabel que Men Rodriguez ha nacido para hacerse amar de todo el mundo? ¿no le ama aunque en silencio mi hermana? ¡Oh! pronto sabré si doña María le ama ó no.

Y como llegase entonces al alcázar, entró por la poterna, y dijo al alferez de la guarda.

—Vigilad, ved á qué hora entra en el alcázar el señor Men Rodriguez, y avisadme.

El rey subió, se metió en su cámara y se acostó.

Ya entrado el dia se le presentó el alferez de la guarda.

—Señor, le dijo, el señor Men Rodriguez de Sanabria, ha entrado en el alcázar poco antes de amanecer.

—¡Oh! ha estado con ella cuatro horas; dijo el rey: jamás ha estado tanto. ¡Pobre hermana mia!

A las nueve se le presentó el paje que habia enviado á San Juan de la Palma.

—¿Qué te ha dicho la vieja? le preguntó el rey.

—Que su señora ha amanecido tan mejorada que el médico ha concebido esperanzas de salvarla.

—¡Oh! murmuró el rey para sí, el amor hace milagros.

Y despidió al paje.

—Estoy seguro, continuó pensando el rey, de la lealtad de Sanabria: su primer amor soy yo; yo su rey... yo su señor natural... despues doña Isabel Nuñez de Lara: yo y ella somos su pensamiento: pero no estoy seguro del mismo modo de María... si María hubiese concebido por Men Rodriguez una pasion profunda... si fuese cierto lo que me ha dicho, esa infame mujer, esa Leila, esa doña Ana... si esa mujer fuese verdaderamente hechicera...

El rey que era, como hemos dicho otras veces, supersticioso, acaso por la influencia de su tiempo, se estremeció.

—Pero eso no puede ser, si fuera hechicera su venganza no hubiera esperado tanto, hubiera puesto en práctica todos sus medios... se valdria de artes sobrenaturales... y sin embargo ella ha desaparecido... todo mi poder ha sido inútil para prenderla... aquí debe haber algo de misterioso... pero yo estoy avisado... y... desafio á esa terrible mujer... si, la desafio, y veremos... veremos si yo, que he vencido tantos formidables enemigos; yo, que he hecho que una nobleza brabía se estremezca al sonido de mi nombre, logro vencerla... ¡oh! si, lo quiero, y la venceré... la venceré, aunque Satanás la proteja... y es necesario acabar... sabré á qué atenerme respecto á doña María, y lo sabré hoy mismo... los pondré frente á frente, la observaré: oh, si...si..!

Y en aquel punto dió las órdenes necesarias para el banquete en el cual al principio de este capítulo hemos presentado á los cuatro personajes.

Al fin aquellas cuatro personas estaban frente á frente: doña María habia escuchado de una manera estóica el anuncio de aquel banquete y Men Rodriguez y Beatriz con sorpresa. El rey se mostraba grave, pero no serio, pudiendo atribuirse su gravedad á los lamentables sucesos que á la sazon tenian lugar y á la reciente muerte de la reina. Doña María de Padilla, visiblemente enferma y apurada, aparentaba una calma que no sentia, y miraba de una manera indiferente é igual á Men Rodriguez y Beatriz; Men Rodriguez estaba notablemente distraido hasta el punto de cometer torpezas tomando un objeto por otro en la mesa, y Beatriz se mostraba satisfecha, feliz, descuidada aunque en armonía con la gravedad general.

La conversacion era lenta, cortada, indiferente: no se pronunciaba una palabra acerca de la peste ni del hambre, ni de la guerra: parecia que todos huian de aquellos asuntos, y, como el luto de la córte prohibiese el tratar materias frívolas ó alegres, todo se reducia á palabras inútiles, á observaciones sobre el tiempo, á esas mil insulseces vacías de sentido que se aventuran cuando nada se tiene de que hablar: sin embargo cada uno de los tres personajes que acompañaban al rey sabian, conociendo el carácter de don Pedro, que se habian reunido allí para algo, pero no adivinaban en qué podia consistir aquel algo: era la escentricidad mas rara, mas inmotivada que hasta entonces habia tenido el rey.

Don Pedro entretanto observaba á doña María, pero oculto por aquella profunda reserva que le hacia parecer indiferente y descuidado cuanto mas árduo era el empeño que se revolvia en su pensamiento. Sin embargo, pasó mucho tiempo y el rey no pudo notar ni la mas leve señal de amor, de cuidado por Men Rodriguez, en doña María. Se acababa la comida y el rey estaba ya desesperado de aclarar sus dudas, cuando se abrió la puerta de la cámara y un paje dijo desde ella.

—¡Señor! ¡el canciller Mateos Ferrandez!

—¡Oh! mi buen canciller, dijo don Pedro: me habia olvidado de que le dí órden de que viniese á verme en el momento que concluyese cierto asunto, sin respetar cualquiera ocupacion en que me encontrase. ¡Que entre el canciller!

Poco despues entró Mateos Ferrandez vestido con un ropon talar negro, pálido y sombrío y con un pergamino arrollado en la mano.

Al ver el pergamino ardió en los ojos del rey una mirada estraña.

—¡Oh! murmuró para si: es un pretesto escelente y al menos por esta vez saldré de dudas.

El canciller se detuvo al llegar á la distancia á que el ceremonial prescribia quedasen los vasalles delante de los reyes, y dobló una rodilla en tierra al pronunciar la palabra:

—¡Señor!

Men Rodriguez y Beatriz se pusieron de pié, tambien por ceremonia, pero doña María de Padilla permaneció sentada, lo cual era demostrarse reina.

—Alza, mi buen canciller, dijo el rey, alza y habla.

Mateos Ferrandez se levantó, y Men Rodriguez y Beatriz se sentaron.

—Don Simuel, señor... dijo el canciller, y se detuvo.

—¿Ha declarado?

—Sí, y no: ha declarado algunas traiciones...

—Pero el tesoro... el tesoro que ha hecho robando nuestras rentas reales...

—Ha negado tenazmente, señor.

—No importa que un acusado á quien se pregunta niegue: creo y no me engaño al creerlo, que en nuestro castillo de Atarazanas hay una cámara de tormento.

—Y don Simuel ha sido puesto en la rueda pero...

—¡Pero qué!

—¡Ha muerto!

—¡Ha muerto! esclamó palideciendo doña María.

—No ha podido resistir al tormento, señora, contestó profundamente el canciller.

—Paréceme que la muerte de un traidor te contrista demasiado, canciller, dijo el rey poniéndose de pié y con el acento breve incisivo y duro, que era siempre precursor de su cólera.

—¡Yo... señor! esclamó asustado Matcos Fernandez.

—Y... ¡ay del dia en que yo me decida á concluir de una vez! continuó el rey con acento mas duro: no me rodeen mas que traidores y cobardes.

Habia mucho de verdad en la irritacion del rey, porque le contrariaba que don Simuel Leví hubiera tenido valor para morir antes que revelar el lugar donde tenia escondidos sus tesoros y en cuya existencia creia él rey, pero aquella irritacion estaba muy lejos de llegar á su terrible cólera: sin embargo lo fingió admirablemente y todos se levantaron.

—Si, repitió el rey: no me rodeen mas que cobardes y traidores.

—¡Señor! se atrevió á decir Men Rodriguez...

—¡Cómo! ¿quién se atreve á hablar delante de mi, cuando yo no le pregunto..? ¿eres tú acaso, Men Rodriguez..? ¿tú, á quien yo he sacado de tu oscuridad y cuya soberbia ha crecido tanto con mis mercedes, quien se atreve á reprocharnos?

—¡Señor! ¡señor! pensad lo que querais; pero ved lo que decis.

—¡Oh! ¡bien! ¡muy bien! dijo el rey dejándose arrastrar de una cólera que llamaremos artificial. ¡He aquí! ¡he aquí á mis buenos á mis leales vasallos! tan escasos andamos de ellos que los que se deciden á servirnos creen hacernos una merced, y tanto se engrien, tan quisquillosos se hacen, que es preciso que el rey, que el señor de sus vidas y de sus haciendas, cuide de no pronunciar junto á ellos una palabra mas alta que otra. ¡Oh! ¡oh! ¡á mis ballesteros, á mis ballesteros con todos!

—Mi cabeza es vuestra, dijo el indomable Men Rodriguez, como lo son mi corazon y mi brazo, y podeis hacer de ella lo que os plazca...

—Lealtad que arguye y disputa, es una lealtad que está muy cerca de la rebeldía.

—¡Rebelde yo! esclamó todo trémulo Men Rodriguez.

—Sino que os habeis vuelto loco, señor guarda mayor de mi casa, señor de la Puebla de Sanabria, ricohombre caballero y mesnadero: creo que á ciertas gentes honrarlas esperderlas, quitaos de ante mi vista, idos á vuestros aposentos en mi alcázar, y esperad en ellos órdenes mias.

—¿Puedo seguir á mi esposo, señor? dijo con dignidad y firmeza aunque muy pálida Beatriz.

—Sí, sí, id: no pretendo separaros de él en vida, dijo con voz intencionada el rey.

Beatriz salió; á duras penas habia contenido las lágrimas delante del rey, que sin reparar en ello tenia la mirada fija, atónita, aterrada, muda, en doña María de Padilla, que sin ver nada de lo que la rodeaba, pálida como un cadáver, convulsa, fijaba una mirada inesplicable en la puerta por donde habia salido Men-Rodriguez.

—¡Con que es verdad! gritó el rey dejándose arrastrar de su desesperacion: ¡con que nada me queda ya sobre la tierra!

—¿Y qué es verdad, señor? dijo doña María, volviendo en sí, por decirlo así, al grito misterioso y desgarrador del rey.

—¡Nada! ¡nada! contestó el rey reprimiendose, por orgullo porque los seres eminentemente orgullosos jamás confiesan sus zelos: digo que es verdad la rebeldía de todos mis vasallos, cuando Men Rodriguez se ha atrevido...

—Ved, señor... que... vuestras palabras...

—¡Oh! ¡le defendeis!

—No le defiendo, contestó dominándose doña María: ha faltado á su obligacion como vasallo... ha debido callar... y sin embargo...

—Sin embargo que...

—Esa misma impetuosidad... esa franqueza... esa impaciencia...

—¿Y por qué no la llamais desacato?

—¡Señor! vos sabeis mejor que yo lo que debeis hacer... y por lo tanto nada he debido hablar... permitidme que me retire... sufro...

—Sufris...

—Si... estoy enferma... y el veros irritado, acosado siempre por los terribles cuidados del mando... dadme licencia, señor.

—Si, si, id doña María: reponeos... tanto mas, que será muy posible que hagamos un viaje, y quiero que cuando llegue ese caso, os encuentre fuerte. Si, id... ó mejor dicho... quedad con Dios... estais en vuestra cámara, y yo tengo que tratar muchos de los enfadosos asuntos de que hablais en la mia... Adios señora, adios. Sígueme canciller.

Antes de llegar á su cámara, el rey arrancó el pergamino al canciller, le despidió destempladamente y se encerró:

—¡Oh! esclamó: era verdad: esa infame Leila no mentia: le ama... le ama... aquella mirada tan tenazmente fija en la puerta por donde habia desaparecido; aquella palidez... aquel estremecimiento.... al verle amenazado de muerte... al crecer en mi cólera, su amor ha dominado á su disimulo... ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿y qué hacer..? morir ¡morir cuando el bastardo me acomete! ¡morir cuando la peste y el hambre y toda la cólera del cielo se desploma sobre mi pueblo! no, no, me llamarian cobarde... insultaria mi cadáver mi enemigo... morir... si... cuando haya esterminado á Enrique, cuando haya hecho una pira con las cabezas de todos mis nobles .. cuando dentro y fuera y cerca y lejos, el nombre del rey don Pedro lo domine todo... entonces si; cuando no me quede un solo enemigo que esterminar, uno solo siquiera de que satisfacerme... entonces, entonces, si... es necesario morir porque yo no puedo vivir sin ella... sin ella. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡sin ella! ¡cuándo pensé yo que pudiera pronunciar esta palabra!

El rey se pasó las manos violentamente por los ojos y arrolló sus lágrimas.

Durante algun tiempo don Pedro permaneció inmovil, apoyado en un mueble, desolado, mudo: al fin hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, dominó lo sombrío de su semblante, se arrancó del lugar en que, por decirlo así, se habia enclavado, salió de su cámara, despues de haber pedido á un camarero su capa, su gorra y su espada, y se encaminó á los aposentos que ocupaba Men Rodriguez con Beatriz en el alcázar.

Encontró á Men Rodriguez paseándose meditabundo y tan preocupado, que no reparó en la presencia del rey; pero Beatriz que estaba sentada junto á una ventana mirando á los jardines, se levantó y le salió al encuentro, pálida y demudada.

—¿Venis á buscarle? dijo.

—Sí, vengo á buscarle, contestó el rey.

—¿Y para qué quereis á mi esposo? dijo con ansiedad Beatriz.

—Un vasallo jamás pregunta á su señor, lo que su señor quiere de él, dijo Men Rodriguez; al vasallo solo le toca callar y obedecer.

—Pues no siempre callas tú, Sanabria, dijo el rey.

—Cuando se ofende á un noble en su honor...

—Un rey como yo, puede decir lo que quiera á un vasallo como tú. ¿Me entiendes?

—Sí, todo, todo, menos traidor.

—Escucha, Sanabria, cuando yo llamo traidor á un vasallo mio de veras.. entonces le queda poco tiempo para quejarse... pero cuando se lo llamó á un vasallo leal, solo por probar el temple de su espíritu.....

—¿Qué quereis decir, señor?

—Quiero decir, que eres muy valiente y que estoy satisfecho de tí: te has atrevido á defender tu honor levantándote ante mí, frente á frente. No hablemos mas de esto: ni una palabra mas: toma tu gorra y tu espada y sigueme.

Beatriz lanzó una mirada de recelo al rey.

—Queda con Dios, hermana mia, dijo el rey, comprendiendo aquella mirada: me llevo á tu esposo y se le volveré sano y salvo á Dios.

Y acercándose á Beatriz, la asió de las manos y la besó en la frente.

Poco despues el rey y Men Rodriguez salian á caballo del alcázar: seguíales el canciller Mateos Ferrandez y algunos ballesteros de maza, mandados por Juan Diente.

Al atravesar la ciudad en direccion á la judería, el rey no pudo menos de notar que el aspecto de Sevilla era mas alarmante que otros dias; los menestrales no trabajaban, las tiendas estaban cerradas; los grupos se apartaban silenciosamente al paso del caballo del rey y volvian á condensarse apenas habia pasado su comitiva; el cielo, color de plomo impuro, seguia pesando sobre la tierra, y todo anunciaba que las calamidades estaban muy lejos de desaparecer.

De repente, al revolver una esquina, un hombrecillo jorobado, viejo, patizambo, se colgó á las bridas del caballo de Men Rodriguez, le detuvo, y agarrándose á los arzones, se izó, por decirlo así, para dejarse ver y oir mejor.

Men Rodriguez reconoció en aquel hombre, á maese Blas el campanero.

Sus ojos estraviados por una espresion insensata, se posaban inquietos en el jóven; su ancha boca estaba contraida por una espresion horrible, y sus brazos agarrotados, plegados violentamente, sosteniéndole colgado al caballo, se estremecian de una manera profunda.

—¡Ah! ¡ah! señor rico-hombre, esclamó: ¿qué habeis hecho de vuestro amigo Andrés? ¿os habeis casado con su novia? ¿no es verdad?

El campanero, acabadas de pronunciar estas palabras, á que no habia sabido qué contestar Men Rodriguez, lanzó un alarido horroroso: el rey habia tendido sobre él, el pesado látigo que llevaba para regir su caballo: maese Blas se dejó caer al suelo, y esclamó mirando sombriamente á don Pedro:

—¡Ah! ¡eres tú, buen rey! ¡tú el que tiendes tu látigo sobre tus vasallos! ¡pues cuidado de que tus vasallos no te ahorquen con tu látigo, buen rey! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡cuida que no te ahorquen con tu látigo!

Y maese Blas, apenas dichas estas palabras se deslizó, desapareciendo, sin saber cómo, y dejando una desagradable impresion en el rey que en aquellos dias creia ver en todo pronósticos.

—¡Vive Dios! esclamó espoleando de nuevo á su caballo, ¿sabes tú quien es esa musaraña que se ha atrevido á amenazarnos?

—Es el padre del pobre Andrés Corchuelo, dijo conmovido Men Rodriguez.

—Es el campanero de la iglesia Mayor, que está borracho, señor, dijo Juan Diente, que marchaba á poca distancia del rey y habia oido su pregunta

—El infeliz se embriaga para olvidar, añadió Men Rodriguez.

—¡Adelante! esclamó el rey: mi pueblo se embriaga tambien desesparado; será necesario ahorcar á los que así le han puesto: vamos, Sanabria, vamos á buscar oro con que comprar dogales á casa de don Simuel.

Y el rey y los suyos siguieron.

Apesar de las graves circunstancias en que se encontraba el rey, su avaricia le impulsaba á ir él mismo á apoderarse del oro de su difunto tesorero: era operacion que no hubiera confiado á nadie, como no hubiera entregado á nadie su autoridad ni su querida.

Cuando entró el rey en la judería, notóse entre sus habitantes un movimiento de espanto.

Y aquel espanto era justo; en las miradas del rey se comprendia que estaba dispuesto á todo.

Poco despues entraron en la casa de don Simuel Leví.

Entonces Mateos Ferrandez hizo fijar en la puerta un pergamino en que se declaraba traidor al difunto tesorero, y se confiscaban sus bienes.

Ya cerca de la noche, el rey salió; delante de él salieron algunos ballesteros, llevando del diestro sus caballos que iban cargados de oro, y el rey se encaminó al alcázar. Al llegar á él, el rey dijo á Men Rodriguez:

—Sube á despedirte de tu esposa: ármate, y en el momento con el resguardo que yo te enviaré, lleva esas sesenta mil doblas al castillo de Carmona y entrégalas á mi tesorero Lope de Avendaño, de quien exigirás un recibo.

Y el rey que habia desmontado se perdió como una sombra á lo largo de una galería.

CAPITULO IV.

De lo que aconteció á Men Rodriguez en la villa de Carmona.

Tres dias despues de los sucesos anteriores y cuando Men Rodriguez salia del castillo de Carmona, despues de haber hecho la entrega de las sesenta mil doblas de don Simuel Leví á Lope de Avendaño, uno de los tesoreros de segundo órden del rey, al entrar en las calles de la villa se le atravesó una vieja y encorvada dueña, enteramente encubierta con un manto, y le dijo:

—¿Sois el señor Men Rodriguez de Sanabria?

—Yo sois el que decis, buena madre, contestó el jóven.

—Pues entonces, tomad esta carta que me han dado para vos, repuso la dueña.

—¡Y de quién es esta carta! dijo Sanabria examinándola.

—Ella misma os lo dirá; en cuanto á mí no puedo decíroslo y adios, porque me esperan.

Y dicho esto la vieja, se alejó sin que Men Rodriguez pensara en detenerla.

Apenas quedó solo, abrió la carta, y en el momento en que arrojó la vista sobre ella se le vió estremecerse.

La primera frase que habia leido era el nombre de doña Isabel Nuñez de Lara.

—«Doña Isabel Nuñez de Lara, decia aquella carta, »es vuestra amante; al fin vuestro amor ha vencido su »virtud: y no podia suceder otra cosa: os ama y ha»beis sido tenaz; pero doña Isabel es una sombra á »quien sostiene un soplo de vida: vuestros amores, »vuestros placeres, se hunden lentamente en la tum»ba. ¿Quereis que viva doña Isabel y que vuelva á todo »el esplendor de su magnífica hermosura? En vos con»siste. Si deseais aclarar este misterio, id esta noche á »la ermita de San Juan: en ella encontrareis un paje: »seguidle y ese paje os traerá á la persona que os es»cribe.»

c
las
lla
tras
pens
se ma
impaci
Pas
cercan
mo si a
puerta
una mu
fectamen
mente g
hácia San
Este se
La dama
de una maner
Aquella herm
Tellez de Ulloa, co
Y decimos hermos
ansiedad, el fuego co
siones, habian dado una es
terial á sus miradas: su boca
en voluptuosidad y en belleza; la
su soberbia frente, dándola una ma
era, en fin, Satanás con toda su sensual
Satanás doblegado, humilde, suplicante ante un
bre, pero amenazador, sombrío tras su humildad,
tras su desaliento: la mirada que Leila posaba en Men
Rodriguez, dulce con la súplica, magnífica con el des-
tello de una leve esperanza, profundamente dura
y cruel, sobre un fondo de desesperacion, habia
aterrado al jóven, y no sin causa, porque aquella mi-
rada era un pandœmonium de afectos y de pasiones
encontradas y en su foco se veia el cráter de un
volcan próximo á estallar.

—¿Me conoceis, caballero? le dijo Leila con voz tré-
mula.

—¿No sé qué contestaros? porque os he visto bajo
tantas formas...

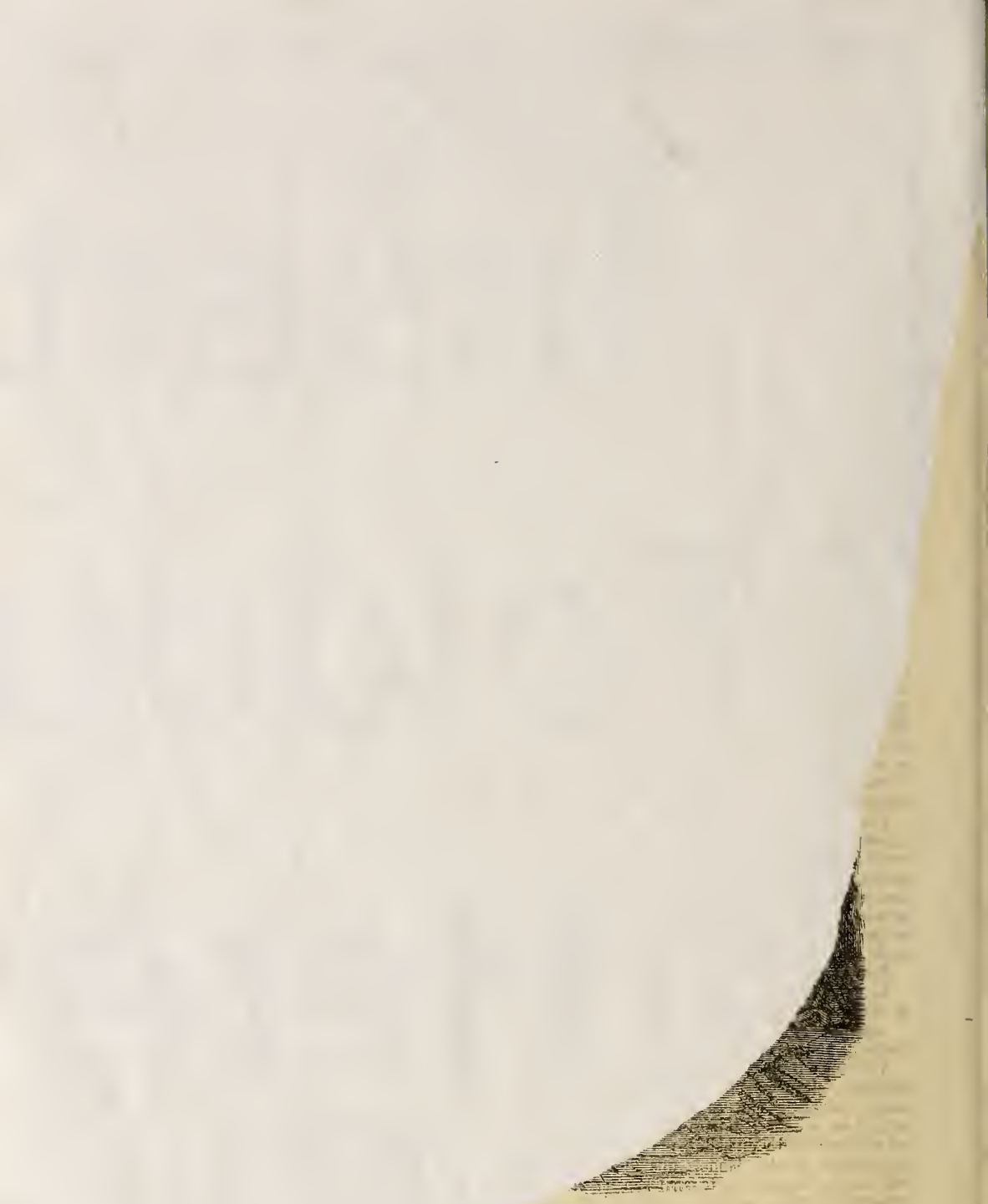
—Consideradme solamente bajo la forma en que me
veis.

—Nunca os he visto así.

—¿Y creeis que yo sea la misma que habeis visto,

triz.
bian sido
deja ver lo que
podia creer que doña
al rey: él ningun indicio de amor habia visto en ella;
y sin embargo habia oido quejarse al rey de la indife-
rencia de la Padilla; de su aspecto sombrío y tacitur-
no, de su aislamiento: habia notado tiesura en el trato
de Beatriz con doña María, aunque encubierto con ese
esquisito tacto que poseen las mujeres para disimular
sus afectos. ¿Diria la verdad Leila? ¿acaso Beatriz ha-
bia visto amor para él en doña María, y sentia zelos?

—Si, si, dijo Leila; preguntad al rey si os ama do-
ña María y él os contestará: pero no se lo pregunteis:
el rey os mataria, y yo por mucho que me hayais he-
rido y me hayais despreciado, no quiero vuestra muer-



...a María de Padilla.

—Sí, que os proteja; el rey don Enrique ha pasado la frontera al frente de un formidable ejército; el rey don Enrique triunfará, os lo juro.

—¡Mientras haya Dios en los cielos, esclamó pálido de cólera Men Rodriguez; mientras el rey tenga espadas leales, espadas que no se venden al oro ni al miedo, y de las leales por fortuna aun quedan muchas en Castilla, el Bastardo no arrancará á don Pedro la corona de sus padres, á pesar del gran condestable Duguesclin, de su famosa banda de aventureros, y de todos los castellanos traidores que le sirven.

—Creed lo que querais, contestó con una firmeza aterradora Leila: pero dejadme concluir: el rey antes de mucho morirá ó se verá preso y fugitivo: eso os lo afirmo: entonces vos, que sois su mas leal, su mas valiente vasallo; vos, que, vivo el rey, pelearéis hasta morir por su derecho, y muerto pelearéis por el derecho de sus hijos, porque sois de aquellos hombres para los cuales la lealtad á su rey es un culto, caballeros de los que quedan hoy muy pocos, traereis sobre vos todo el odio de don Enrique: dejadme, pues, que os proteja, que os ame, y en pago de mi amor de mi proteccion y aun de mi ayuda, concededme vuestra amistad, ¿pue-

de pediros menos una mujer que como yo os ama?

—Estais perdiendo un tiempo precioso para vuestros horribles planes: os hablo señora con toda la fe, con toda la verdad que se encierra en mi corazon: no solo no puedo amaros, sino que ni aun puedo conceder os mi estimacion: lo único que puedo hacer como caballero, lo estoy haciendo, y tened en cuenta que al hacerlo hago traicion al rey.

—¿Y qué haceis? dijo con punzante sarcasmo Leila.

—Dejaros libre, cuando sé que mereceis la muerte.

—¡Que merezco la muerte!... dádmela, pues, Men Rodriguez, dádmela: ¡oh! la muerte recibida por vuestra mano seria para mí una felicidad, que para ser completa solo la faltaria ser durable: ¿con que tanto me aborreceis? ¿conque así pagais mi amor? Pues bien matadme, despues de lo que acabais de decirme, lo mejor que me pudiera acontecer seria morir.

Y aquella organizacion de hierro, aquella alma cruel, impasible, fria para todo, menos para su venganza y para su amor, cedió al fin á la fuerza del dolor, se comprimió, por decirlo así, y se deshizo en lágrimas; pero en lágrimas desesperadas, terribles, lágrimas de sangre que brotaban de un corazon desgarrado en un llanto de muerte, en uno de esos llantos que parecen van á concluir con la persona que los vierte.

Men Rodriguez se conmovió porque era generoso y bueno, porque no podia ser impasible al sufrimiento y adelantó hácia Leila: esta vió su impulso á través de sus lágrimas, alentó una esperanza, se inflamó su corazon en un amor como hasta entonces no habia sentido, se arrojó frenética en los brazos de Men Rodriguez y le besó en la boca.

Aquel beso satánico, quemó los labios de Men Rodriguez, tembló, se estremeció, vió fijos en los suyos, muy cerca, la mirada inmensa de Leila; aquella mirada le devoraba, y Men Rodriguez sentia su alma torturada por aquella mirada terrible, como se siente torturar un desdichado por los dientes de una fiera. Las lágrimas de Leila se habian secado; estaba pálida hasta parecer un espectro emanado de una tumba, sus ojos tenian una fuerza sobrenatural, su boca entreabierta y árida, con sus labios descoloridos y su ardiente aliento, exhalaba fuego y temblaba y gemia, y una aureola terrible parecia rodear sus magníficos cabellos.

Leila entonces era un vampiro.

Men Rodriguez sentia una fascinacion semejante á las que hacen sentir ciertas serpientes.

—¡Oh! ¡si, si! tú serás mio, esclamó Leila con voz ardiente y opaca: tú serás mio y yo te inundaré de felicidad.

Aquel acento terrible tornó en sí á Men Rodriguez, acordóse de que aquella mujer funesta habia envenenado á doña Isabel, á la reina: acordóse de sus crímenes, del terrible odio que profesaba al rey, y del peligro en que estaba la vida de don Pedro, mientras aquella mujer viviese: asombróse de haberse contenido hasta entonces y arrojando lejos de sí á Leila echó mano á su espada.

—Yo no asesino, dijo, ni soy cruel: podria prenderte y presentarte al rey, pero el rey te torturaria, te despedazaria lentamente: tú no tienes de mujer mas que el sexo, pero tu corazon es de hombre, y de hombre terrible: defiéndete, pues; neeesito matarte, pero te mataré como mata un caballero.

—¡Ay de tí, Men Rodriguez, esclamó dulcemente Leila, si yo desnudase contra tí una espada! ¡y ay de mí porque te mataria!

Men Rodriguez se sintió de nuevo dominado: en la serena y magnífica frente de Leila, no se mareaban ya las arrugas sombrias del dolor, ni sus ojos espresaban la desesperacion profunda que antes: por el contrario, se veia en ellos una dulce y profunda paz, un amor tranquilo é intenso.

Leila era entonces un ángel.

Men Rodriguez comprendió que Leila estaba segura de su triunfo sobre él, y esta seguridad le irritó doblemente que le habia irritado su agresion.

—Defiéndete, le dijo con voz ronca y convulsiva, adelantándose hácia ella.

—Si, voy á defenderme de tí, y á defenderte de tu primera bajeza; porque estais loco, amigo mio, vos seriais capaz de asesinarme: voy á defenderme de tí, de la única manera que me es posible.

Y abriendo las dos hojas de una gran puerta colocada al fondo, dejó ver á Men Rodriguez un grupo numeroso de hombres armados de punta en blanco con las viseras caladas, las espadas desnudas, é inmóviles como sino fueran otra cosa que estátuas de hierro.

—Ya ves, dijo Leila; fuerza es que aplaques tu cólera: si das un paso mas, esos valientes te desarmarán, te sujetarán y te pondrán fuera de esta casa. Fuerza es que esperes: sin embargo quedaremos en volvernos á ver y entonces no querrás matarme porque... tú me amarás te lo juro... tú serás mio.

—Pues bien, dijo Men Rodriguez envainando lentamente su espada, puesto que hemos de volvernos á ver, te espero. Adios.

—Escucha Men Rodriguez: escucha: quiero darte un consuelo en prueba de mi amor.

—Un consuelo, esclamó Men Rodriguez.

—Si; si no volvieras á ver á doña Isabel Nunez de Lara...

—¡Oh, no volverla á ver!

—Si: ella debia morir, pero la satisfaccion de su amor ha apresurado su muerte: pudiera haber vivido seis meses mas, sino hubiera sido tuya: ve, ve, amigo mio: pero parte al momento si quieres que muera entre tus brazos.

Y despues de estas terribles palabras, Leila desapareció entre sus hombres de armas, y las dos hojas de la puerta se cerraron.

Men Rodriguez se lanzó frenético fuera de la casa y poco despues de Carmona; al dia siguiente muy de mañana entró en Sevilla.

. . . . . .

. . . . . .

El anuncio de Leila se cumplió.

Doña Isabel Nuñez de Lara, murió aquella noche, sonriendo de amor, entre los brazos de Men Rodriguez.

Su muerte fue dulce, sin agonia, semejante á una luz que se apaga.

LIBRO VIGESIMOTERCERO.

CAPITULO I.

De lo que pasaba por doña Maria de Padilla.

La muerte de doña Isabel Nuñez de Lara afectó profundamente, aunque de distinto modo á nuestros principales personajes. Men Rodriguez no vertió una sola lágrima; porque su dolor era uno de esos impíos dolores que no tienen ni aun el consuelo del llanto: delante de nadie ni aun delante del rey exhaló una sola queja, se aisló con su dolor, se apuró, le encerró en el fondo de su alma, y aun le disimuló delante de las gentes, por respeto á la memoria de doña Isabel.

El rey don Pedro, zeloso de Men Rodriguez, cuando escuchaba la villana voz de sus zelos se alegraba en el fondo de su alma del agudo padecimiento del jóven: pero cuando á despecho de sus pasiones renacian en él sus generosos instintos, le consolaba, se hacia partícipe de su dolor y era para él un hermano.

Men Rodriguez conocia esta alternativa de afectos del rey, y ellos le confirmaban en el dicho de Leila.

El rey estaba zeloso : habia momentos en que le miraba con prevencion y hasta con cólera. El noble jóven se estremecia entonces, dudando si seria verdad que le amaba la Padilla.

Esta por su parte alarmada por las muestras que aunque encubiertas habia dado el rey de sus zelos acerca de un amor, que ella creia haber guardado en el fondo de su alma, se hizo doblemente reservada y este fue un nuevo indicio para el rey. En cuanto á doña Isabel, sintió en ella la pérdida de una amiga, pero de una manera instintiva, sin poder evitarlo, sin que en ello tuviese parte alguna su voluntad, sentia un amargo placer por la muerte de su rival, á pesar de que creia tener razones para creer falso el amor del jóven hácia doña Isabel.

Beatriz, siempre grande y sublime, á pesar de que, tratando á Men Rodriguez, habia concebido hácia el de una manera lenta y por lo tanto mas segura, un amor profundo, sintió la muerte de doña Isabel de una manera intensa, por lo intenso del dolor que aquella muerte habia causado á aquel esposo adorado, á quien recataba su amor de mujer, para no demostrarle otra cosa que un tranquilo amor de hermana.

El rey comprendia todo esto, y todo esto le hacia sufrir.

Pero la mas apenada, la mas atormentada de estas víctimas del amor, de la desesperacion, y de los zelos era doña María. Sin sentirlo habia contraido de una manera intensísima un amor sin igual hácia Men Rodridriguez : amor del alma, amor capaz de todo menos de la deshonra y de la traicion al rey : amor sublimado hasta el heroismo, grande, inmenso, sublime, como era sublime todo lo que pertenecia á la Padilla : amor que ella creia ocultar para todos, menos para Men Rodriguez, porque no hay persona que ame, que no crea que su amor es comprendido por la persona amada: amor inspirado fatalmente por Leila, desarrollado por ella, y por ella mantenido con una habilidad satánica.

De tiempo en tiempo, doña María encontraba una discreta y apasionada carta en su reclinatorio; un ramillete simbólico; una joya. Doña María contestaba aquella carta, no como una de esas amantes vulgares que no saben apartar la impureza del amor, sino como una amante del alma. Se prendia los ramilletes ó las joyas, pero jamás se las dejaba ver á Men Rodriguez, jamás una mirada suya fue á decir al jóven que le amaba, jamás doña María escribió su nombre ni el de Men Rodriguez en sus cartas.

Y Men Rodriguez que nada sabia ni sentia, y que nada por lo tanto, podia demostrar, la parecia el hombre mas discreto del mundo y al mismo tiempo el mas valiente, porque se necesitaba ser tan valiente como doña María para contener en los límites del deber aquella pasion volcánica; esto la enamoraba mas y mas : creia que el respeto de Men Rodriguez hácia su decoro, le hacia fingirse amante apasionado y esclusivo de doña Isabel Nuñez de Lara, y no era estraño que lo creyese, puesto que Leila, en sus falsas cartas, habia hecho protestar á Men Rodriguez que aquel amor era fingido.

Doña María, sin embargo, tenia zelos, zelos tan ocultos y tan grandes como su amor por la felicidad ficticia de su rival.

Leila contaba con todos estos auxiliares para envenenar el alma de la Padilla, y sino hubiera amado como amaba á Men Rodriguez, la hubiera deshonrado de una manera material á pesar de la lealtad de Men Rodriguez hácia el rey.

Necesitaba sin embargo destrozar á doña María para que el estrago fuese á recaer en el rey, y contando con los resultados, reveló á Men Rodriguez que era amado por la Padilla.

Los resultados previstos por Leila no se hicieron esperar. Receloso Men Rodriguez, obligado á ver continuamente á doña María, no la miró ya con la tranquilidad del descuido : por el contrario sus miradas se hicieron torpes, vacilantes, sufria en su presencia, y este sufrimiento, esta vacilacion engañaron á la Padilla. Creyó que el sufrimiento habia llevado al jóven al estremo de no satisfacerse con aquella correspondencia tardia, decorosa, pura : con aquel amor del espíritu; creyó que habia llegado para Men Rodriguez el momento de los deseos; y esto fue contagioso para ella: ella tambien probó lo que jamás habia probado ni aun por el rey don Pedro : deseos impuros : al primer indicio se aterró : cuando ya no tuvo duda de que su amor era un amor adúltero, su frente se tiñó con el penoso color de la vergüenza : su alma se sublevó contra la infamia y juró morir antes que deshonrarse y deshonrar á su esposo.

Leila creyó llegado el momento de poner en armonía sus traidoras cartas con el estado en que se encontraba doña María, y la primera carta que, despues de esta resolucion, encontró la Padilla en su reclinatorio era una carta insensata, una carta cuyas frases eran semejantes á la erupcion de un volcan contenido por largo tiempo. Doña María en el primer impulso, obedeciendo solo á su dignidad, tomó la pluma y rechazó indignada, en una breve carta, las exigencias que creia en Men Rodriguez.

Leila á la noche siguiente contestó á aquella carta con estas solas palabras :

«Puesto que mi amor os ofende, señora, mi amor »muere.»

Doña María dió vueltas y mas vueltas al enigmático sentido de aquella carta : ¿que queria decir? ¿que Men Rodriguiz ofendido dejaba de amarla, que la carta habia ofendido su orgullo ó que su desden mataba su amor matándole?

Una duda, es mil veces mas terrible que la realidad por terrible que sea. Doña María se sintió presa de una duda cruel. Pero durante algunos dias esperó. Por una coincidencia fatal, Men Rodriguez, temiendo comprometerse y comprometer á doña María por la turbacion que le causaba su presencia, hizo poderosos esfuerzos sobre sí mismo y al fin logró dominarse y presentarse á ella, con la misma respetuosa indiferencia que antes de que Leila le hubiese revelado que doña María le amaba.

Y doña María se engañó de nuevo atribuyendo á desprecio la impenetrable circunspeccion del jóven.

Cuando una mujer que ama como doña María, se siente despreciada, su amor ofendido al principio, acaba por deshacerse en lágrimas y hacerse mas exigente : porque á medida que la esperanza se aleja de una mujer que ama así, se aleja la vida, la razon empieza á perturbarse, y el deseo de la muerte se une al del contrariado amor.

Doña María llegó al punto de desear la muerte: luchaba con la vergüenza que le causaba aquella pasion inmensa, desbordada, dominadora : luchaba con los recuerdos del rey, para el cual quedaba vivo é intenso un amor distinto al que profesaba á Men Rodriguez; se habian trocado las situaciones: amaba á Men Rodriguez como á un amante, y al rey como á un hermano, pero como á un hermano cuya presencia, la hacia sufrir, cuya mirada le aterraba, cuya cólera temia: sufria á la vista del indiferente Men Rodriguez, de la reservada Beatriz; sufria á la vista de sus hijos, sufria con la sonrisa maliciosa de sus damas, que, algunas veces sorprendia, y seguia encerrándose para dormir y pasando la noche en oracion.

El rey, sin embargo, la trataba como siempre, pero la esquisita penetracion de la Padilla comprendia al marido que se encubria y espiaba; y esto la obligaba á hacer poderosos esfuerzos, para encubrir con un semblante tranquilo sus penas: pasó mucho tiempo y al fin doña María logró concentrar dentro de si misma aquel fuego devorador : su semblante volvió á demos-

trar su dulce paz, pero el cáncer que tras aquella paz se ocultaba, empalidecia cada vez mas su semblante, le demacraba, consumia su existencia.

Pasaron así muchos dias. Llegó el invierno. El rey, cansado de espiar en vano á doña Maria, no teniendo motivo alguno para dar rienda suelta á su furor, concluidos los aprestos de guerra y encontrándose ya en la frontera el Bastardo, al frente de su banda de desleales y aventureros, pensó salir á campaña, dejando por guarda de la ciudad y del alcázar á su favorito Juan Fernandez de Hinestrosa, dejando secretamente á este bajo la vigilancia del misterioso monge negro de la cruz del Humilladero y llevándose consigo á Men Rodriguez.

Las circunstancias en que se encontraba el reino eran terribles: la peste negra, si bien habia perdido su primer encarnizamiento, seguia haciendo víctimas, de una manera nniforme, regularizada, lenta, pero segura, en Sevilla y las demás poblaciones que habian sido atacadas: se habia conjurado la falta de subsistencias, pero estas no solo se mantenian á un alto precio, sino que encarecian de dia en dia: en el cielo no se veia una sola nube, y su radiante luz empañada por una neblina impura, pesaba como una losa sepulcral sobre Andalucía: el comercio en grande escala, seguia, aunque de una manera fatigosa ó indecisa, llena de azares; pero la industria en pequeño habia muerto: la miseria pública, cada dia en aumento, habia hecho que recorriesen las calles grupos de mendigos desesperados y dispuestos á todo, y no habia dia en que los sevillanos no fuesen testigos del caso miserable de caer una persona desfallecida de hambre en las calles.

Sobre todo esto la rebeldia dentro, la guerra llamando á las fronteras, las frecuentes y sangrientas ejecuciones del rey sobre la nobleza, completaban lo sombrío del cuadro que presentaba Castilla.

El rey veia con una cólera sombría las calamidades públicas, que no podia evitar, porque dependian de la voluntad de Dios, y las calamidades privadas de su alcázar contra las cuales no tenia poder ninguno.

Pero habia otra calamidad que podia contrarrestar, y esta era la que traia el conde de Trastamara con la guerra á Castilla.

Don Pedro, que necesitaba un objeto en que desahogar parte de su cólera, envió á las fronteras de Aragon y de Navarra, que eran entonces por aquella parte las fronteras naturales de sus estados desde la desembocadura del Ebro, hasta el golfo de Gascuña, dos cuerpos de ejército, á pesar de la paz que habia hecho con Pedro IV de Aragon y de su alianza con Carlos *el Malo* de Navarra: envió además un emisario al rey de Portugal, llamado Pedro como él, y como él, primero de este nombre, á renovar su alianza acordándole el proyecto de casamiento entre sus dos hijos el infante don Fernando y la infanta doña Beatriz, y apercibiéndole á que preparase un ejército auxiliar.

El invierno sin embargo impedia la guerra, porque en aquellos tiempos la guerra solo se hacia en la buena estacion: don Pedro recorrió su reino á la cabeza de sus ballesteros de maza, hizo levas, señaló á Burgos por punto de reunion de sus gentes, y pasando como un vendabal por las ciudades de Castilla, Leon, Asturias, y Galicia, no salió de ninguna de ellas sin haber concedido alguna franquicia al pueblo y sin haber dejado en las almenas, para escarmiento, algunas cabezas de nobles traidores.

Esto al par que ponia al pueblo de parte de don Pedro, aterraba mas y mas á la nobleza, que se pasaba á bandadas, por decirlo así, al ejército de don Enrique, que esperando la buena estacion, se acampaba cerca de las fronteras castellanas.

El rey estuvo dos meses ausente de Sevilla: cuando volvió, un nuevo desastre debia colmar su desesperacion y decidir, por decirlo así, de su destino.

CAPITULO II.

De qué manera aprovechó Leila la ausencia del rey don Pedro.

Encubierta, de una manera misteriosa, sin dejar conocer de nadie su residencia, teniendo presa y segura á su hermana Isabel, á quien habia revelado su parentesco, y habia encerrado mas por su seguridad que en castigo de su traicion, vivia sola en Sevilla, en el fondo de una oscura calleja contigua á la puerta de la Macarena, en una casa deshabitada y de la cual solo salía de noche para trasladarse á la casa de vecindad de la calle de Maese Rodrigo, en la cual como recordarán nuestros lectores, existia la comunicacion secreta con el alcázar y el dormitorio de doña María.

Estaba esta ya demasiado desesperada y demente para que Leila no pensase en dar, á costa de ella, su mas rudo y terrible golpe al rey don Pedro.

Todas las noches Leila puesta en su acechadero, observaba á su víctima.

Doña María habia visto con placer la ausencia del rey y de Men Rodriguez: podia al fin por algun tiempo librarse del martirio de una tranquilidad forzada, de una indiferencia fingida; podia encerrarse dias enteros en su cámara, aislarse de su servidumbre y llorar libremente: doña María exhaló entonces todas las lágrimas que habia comprimido durante tanto tiempo, se consagró á la oracion y á las mas ásperas penitencias, pretendiendo por ellas que Dios arrancase de su corazon aquel amor imposible, aquel amor del infierno que la deboraba; y á pesar de su oracion, y del cilicio y del ayuno, y de las lágrimas, aquel amor crecia con el silencio, con la indiferencia de la persona amada, y sobre todo con su ausencia.

Doña María conoció con terror que necesitaba de la presencia de Men Rodriguez para que su agonía fuese menos cruel, y le llamó á voces en sus oraciones, y Leila fue testigo de horribles accesos de demencia y de olvido, á que doña María se entregaba en la soledad de su cámara.

Llegó un momento en que las caricias de sus hijos no pudieron consolarla; en que la presencia de Beatriz se la hizo odiosa, y luego un dia, en que se aisló enteramente, no dejándose ver de su servidumbre, sino en las precisas horas del servicio, marcado por lo que entonces podia llamarse etiqueta de palacio.

Llegó un dia en que Leila dijo en su acechadero con acento horrible, contemplando á doña María desolada, replegada sobre sus rodillas, con la mirada fria, atónita, inmóvil como la de un imbécil.

—He aquí llegada mi hora: es preciso obrar.

Pero la peste negra se adelantó á Leila: doña Maria cayó de repente en el lecho herida por el contagio: aterróse Juan Fernandez de Hinestrosa, que sabia que su sobrina era su favor y su fuerza: aterróse el monge negro, que sabia cuánto amaba el rey á doña María, y su hermano Diego García de Padilla, y su primo Pero Lope, partieron en distintas direcciones en busca del rey, cuyo paradero, á causa de la rapidez de su paso por el reino, se ignoraba, para noticiarle aquel terrible acontecimiento.

Entretanto cuantos médicos árabes y judíos, que eran entonces los mas apreciados, se encontraban en Sevilla, rodearon el lecho de la real enferma, que, predispuesta por su estado de escitacion, habia sido atacada por la peste de una manera terrible.

Leila desde su escuchadero veia el lecho de doña María rodeado de servidores solícitos; asistido de médicos, de una falange al fin, que parecia con sus esfuerzos pretendian arrebatar su presa de la muerte. Leila estaba contrariada; estaba segura por lo que veia que la Padilla, quebrantada por sus dolores, y atacada de una manera cruel por el contagio sucum-

biria. Pero esto no era la venganza de Leila: Leila no queria que Dios matase á la Padilla; queria matarla ella; no queria que muriese antes de que llegase don Pedro, qucria que la viese morir. Y el mal hacia progresos rápidos, espantosos, hasta el punto de que todos los que rodeaban á doña María estaban consternados.

Llegó una noche, en que los médicos dijeron á Juan Fernandez de Hinestrosa, con la gravedad de la ciencia que pronuncia un juicio irrevocable:

—Doña María muere esta noche.

—Doña María no morirá, esclamó Leila que los habia escuchado.

Y apartándose violentamente de su escuchadero, recorrió el pasadizo, salió por la casa de vecindad á la sala y se trasladó como una exalacion á la judería.

En ella en un callejon tétrico y sin salida llamó á un eunuco de una manera particular: sin duda aquella manera era una seña, puesto que la puerta se abrió inmediatamente y apareció el judío Jonatham, el de la torre de Santiponce con una lámpara en la mano.

—Ha llegado la hora, dijo Leila entrando y cerrando tras síla puerta.

—¿Han desesperado los médicos de salvarla? dijo Jonatham, precediendo por unas estrechas escaleras á Leila.

—Si, dijo esta entrando con él en un aposento lóbrego y desnudo en que solo habia un armario y un lecho, y si no nos apresuramos, toda tu ciencia es inútil; los médicos han asegurado que morirá esta noche.

—Si ha empezado la descomposicion, inútil será de todo punto, aunque la diesemos un licor sacado de la manzana del árbol de la vida, pero, si no ha empezado, yo te juro que doña María vivirá.

—¿Estás seguro?

—¿Acaso la peste negra es otra cosa que un tósigo, mortal, un aire envenenado que mata á aquel que toca? ¿acaso para cada veneno no hay un antídoto? ¿acaso hay antídoto que administrado á una persona atacada de su contrario, no la salve si se llega á tiempo? ¿No te ha respetado la peste, solo porque yo te he preparado con este antídoto? ¿no me ha respetado á mí? ¿no he curado á cuantos se han servido de mi ciencia á tiempo?

Y el judío abriendo el armario sacó de él un frasco de estaño cuidadosamente tapado con pez.

—¿Estás seguro Jonátham? dijo Leila.

—¿Que si estoy seguro de la virtud de este filtro? él me ha puesto rico, arrancando de la muerte á poderosos señores: él salvará, si aun es tiempo; á doña María.

—Pues bien, al momento: presentate en el alcázar, ofrece tu ciencia... la acceptarán por que están desesperados... pero escucha... exige quedarte solo con doña María.

—Lo exigiré.

—Solo y encerrado.

—Solo y encerrado.

—De modo que no puedan verte.

—¿Y para qué?

—Quiero asistir contigo á esa cura prodigiosa.

—¿Vas á venir conmigo?

—No, yo estaré en el dormitorio de doña María.

—No te comprendo: ¡tú, en el alcázar!

—Nada importa que no me comprendas; lo importante es no perder tiempo, vamos; salgamos al momento: no lo olvides: exige quedarte á solas y encerrado con ella so pretesto de que no quieres que nadie comprenda tu secreto.

—Y ciertamente que no quiero.

—Sírvete, pues, de ese pretesto, y como no hay tiempo que perder, vamos.

El judío guardó el frasco bajo la hopalanda y siguió á Leila: al salir de la judería se separaron; Jonatham, siguió hácia el alcázar, y Leila hácia la calle de Maese Rodrigo.

Cuando el judío llegó al alcázar se hizo anunciar como un médico hebreo. Cuando un enfermo se encuentra deshahuciado, el médico mas oscuro puede contar con que le dejarán llegar hasta él, con tal de que dé algunas esperanzas. Jonatham juró que curaria á la Padilla, y le llevaron á Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Sé le dijo, que los médicos que asisten á doña María de Padilla, han declarado que su ciencia es inútil, y yo os digo que lo que falta á esos médicos es ciencia.

—Son los médicos mas famosos.

—Si su fama fuera merecida, hubieran atajado los progresos del mal en los principios.

—Y vos podreis...

—Llevadme al lecho de doña María y podré contestaros.

—¿Pero sois médico?

—Decid mi nombre á esos otros médicos y ellos os contestarán por mí.

—¿Como os llamais?

—Jonatham-Abi Amer-ebn Sina.

—¡Ah! si, si, os conozco, conozco vuestro célebre nombre, y no sé como me he olvidado de llamaros para que vuestra ciencia unida á la de los demás...

—Si teneis confianza en mí, no perdamos tiempo.

Hinestrosa, anhelante, pintada en su rostro una dudosa espresion de esperanza, llevó á Jonatham al lecho de doña María.

Al entrar Jonatham, otro médico árabe se levantó de sobre una mesa donde consultaba un planetario.

—Desesperados de la tierra habeis recurrido á las estrellas y á los ensalmos, exclamó con despreció Jonatham.

—¡Dios! ¡solo Dios, que es Todo poderoso, que tiene en su mano la vida y la muerte puede salvarla! contestó con énfasis el árabe.

—Pero puede tambien salvarse por medio de la ciencia humana.

—Hemos llegado al último límite de la ciencia conocida.

—Lo veremos.

Y Jonatham, tomando de sobre una mesa, cubierta de medicamentos, una lámpara de plata se acercó al lecho.

Doña María inmóvil con los ojos escandescinos por la fiebre, teñidas las mejillas de un color entre rojizo y verdoso, orlados los párpados de un círculo morado, áridos y secos los labios, daba salida por ellos á una respiracion entrecortada, lenta, ardiente: de tiempo en tiempo un estremecimiento poderoso corria á lo largo de sus miembros, y exhalaba un gemido apagado, profundo, en que se representaba un padecimiento inmenso.

—¿Con qué, segun vosotros, sabios que poseeis la ciencia humana, no hay remedio para esta señora, sino en un milagro de Dios? dijo con sarcasmo Jonatham, despues de haber observado larga y profundamente á doña María.

—¡Dios! ¡solo Dios! dijo el árabe.

—Pues bien; Dios va á hacer el milagro por mi mano, dijo con tal acento de seguridad y de fe Jonatham, que hizo exhalar un grito de alegría á Hinestrosa, para el cual la salvacion de la Padilla era cuestion de vida ó muerte.

—¡Que se salvará! dijo.

—Sí; dentro de cuatro horas vuestros médicos conocerán que se han engañado.

—¡Dios! ¡solo Dios! esclamó tenazmente el médico árabe.

—¡Y qué puede hacer el hombre que no sea hijo del poder de Dios! dijo Jonatham.

—¡Oh! si la salvais, contad con un tesoro, dijo Hinestrosa.

—Pero para salvarla, necesito quedar aquí solo y encerrado.

—¡Solo y encerrado! esclamó con desconfianza Hinestrosa.

—Si cuando hayan pasado cuatro horas, doña María no está salvada, á juicio de esos sabios médicos, tomad mi cabeza.

A aquella seguridad, Hinestrosa volvió á cobrar su confianza, y mandó á todos los que estaban en la cámara, que se retirasen.

—¿Y vos, señor? dijo Jonatham.

—Yo no soy médico, y no puedo sorprender vuestro secreto, dijo Hinestrosa.

—Os he respondido y os respondo con mi cabeza, repuso Jonatham.

Hinestrosa salió: el judío aseguró todas las puertas; cuando entró en el dormitorio, encontró en medio de él á Leila.

—¿Por dónde has entrado, dijo con asombro Jonatham?

—Nada te importa eso: con qué doña María...

—Hemos llegado á tiempo: la fiebre la devora, ni ve, ni oye, ni siente; pero dentro de poco habrá recobrado sus fuerzas, su razon: la fiebre habrá desaparecido; estará salvada.

—¡Y será mia! esclamó horriblemente Leila.

—¡Tuya!

—Si, ¡mia! ¡acáso has olvidado que necesitamos vengarnos del rey don Pedro!

—Dejemos, pues, entonces á la peste negra, que nos vengue.

—No, no... es necesario que el rey la vea morir, que la escuche... que apure la agonía, una agonía cruel... es necesario que padezca cuanto puede padecer un mortal; como padezco yo. Salvemos de la peste negra á doña María.

Jonatham tomó una taza de plata cincelada de sobre la mesa, vertió el medicamento que contenia, la limpió escrupulosamente, y luego sacando de entre su balandran el frasco de estaño, llenó la taza de un licor incoloro é inodoro como el agua.

Luego fue al lecho.

—Sosten la cabeza de doña María, dijo á Leila, que le obedeció.

Entonces Jonatham entreabrió los apretados y blanquísimos dientes de la enferma, y lentamente la hizo tragar el líquido contenido en la taza.

—Esperemos, dijo, mientras Leila dejaba caer suavemente á doña María sobre las almohadas.

—Doña María quedó inmóvil; Leila y Jonatham la observaban con una ansiedad profunda.

A la media hora algunas gotas de sudor brotaron sobre la piel de doña María: poco despues aquel sudor se hizo abundantísimo, corriendo por todos los poros.

—¡Se ha salvado! esclamó con orgullo Jonatham.

—¡Se ha salvado! esclamó con una alegría feroz Leila.

—La fiebre cede, desaparece rápidamente; la circulacion se regulariza; dentro de poco, doña María creerá despertar de su sueño.

—¡Oh! ¡pues déjame sola con ella!

—¡Leila! ¡Leila! esclamó conmovido Jonatham: mira cuán hermosa es; cuan pura su frente... ten compasion de ella.

—¡Compasion! esclamó roncamente Leila: ¿la he tenido de otras? ¡y eran tan hermosas, tan puras como ella, y cayeron! ¡cayeron ante mis zelos y mi venganza, como doña María caerá!

—¡Pero la venganza es una cosa horrible!

—Acuérdate de tu hija, Jonatham: tu hija era tambien jóven, hermosa y pura, y él la abandonó, y su abandono la mató.

—¡Mi hija! ¡mi hija! esclamó el judío: si, venganza de la muerte de mi hija; pero venganza contra el rey don Pedro.

—¡Y qué mejor venganza podemos tomar de él, que hiriéndole en esta mujer..! vete, Jonatham, vete: déjame sola; necesito estar sola con ella cuando despierte del letargo de la fiebre.

—Pero... en cuanto yo salga, ellos entrarán.

—Saldrás por un lugar en que nadie se apercibirá de tu salida.

Y asiéndole vigorosamente de una mano, abrió la puerta secreta y le lanzó dentro: luego cerró.

En cuanto se quedó sola, fué á la mesa; tomó otra taza de plata, la limpió y la llenó de agua. Luego sacó de su escarcela un pomo; su terrible pomo de oro, y vertió lentamente seis gotas en el agua.

—El rey tendrá tiempo para llegar, para alegrarse, para aterrarse, y para verla morir en medio de una terrible locura, como han muerto doña Blanca y doña Isabel.

Y trás estas palabras fué al lecho.

Doña María continuaba anegada en sudor; su respiracion era mas dulce, el impuro color de sus mejillas menos intenso, menor la aridez de sus labios, y el círculo amoratado de sus ojos decrecia.

Pasó otra media hora.

Doña María se llevó por la primera vez la mano á la frente, como pretendiendo arrancarse de ella una pesadilla, suspiró de la misma manera vigorosa que suspira el caminante fatigado que llega al fin á un lugar de descanso, abrió los ojos y miró vagamente en torno suyo.

—¡Pedro! ¡mis hijos! ¿dónde están mis hijos? esclamó: he tenido un sueño horrible; soñaba con la eternidad... ¡oh! mi frente arde, mi aliento me abrasa: ¡tengo sed!

Aquella palabra estremeció á Leila; fué á la mesa, tomó la taza de plata que habia preparado, y se acercó al lecho.

—¡Tengo sed! repitió con el acento suplicante de los débiles doña María.

—¡Bebed! dijo roncamente Leila, presentando la taza á doña María.

Esta se incorporó ayudada por Leila, y bebió con el ansia febril de los sedientos.

—¡Oh! ¡qué bien me hace esto! dijo doña María desplomándose sobre las almohadas: luego, cansada, destrozada por sus padecimientos inmediatos, cerró los ojos y se durmió.

—No me ha conocido, ni aun me ha visto: ha hablado y obrado de una manera instintiva: ha nombrado al rey, á sus hijos... á Men Rodriguez no... ¡oh! ¡oh! ¿habrá menguado su amor? ¿será acaso un amor ficticio que desaparece ante la muerte..? ¿quién sabe? se ha dormido... dentro de algun tiempo su sueño será eterno... ¡qué horror! pero es preciso anticipar al rey un infierno en la vida... poco me importa, si lo consigo, mi infierno despues de la muerte.

Y como si la vista de aquella desdichada á quien acababa de asesinar, la aterrara, se separó violentamente del lecho, fué á la puerta secreta, y dijo á Jonatham, que estaba estremecido detrás de ella.

—Hemos concluido: sal, y acaba tú por tu parte.

Jonatham aturdido bajó al dormitorio; cansado se volvió, nada vió mas que la tapicería; la puerta habia desaparecido.

Entonces se acercó al lecho, y contempló á la Padilla, que dormia aun.

—¡Infeliz! ¡infeliz! dijo: salvada hoy, sentenciada, mas que sentenciada; muerta para mañana: ha echado seis gotas: vivirá un mes: ¡oh! ¡qué horror!

Y como si el ambiente del dormitorio pasase sobre él y le sofocase, salió, atravesando el antedormitorio, y abrió la puerta.

En la cámara esperaban anhelantes Hinestrosa, la servidumbre y los médicos.

—Entrad, entrad todos, dijo Jonatham, y ved si doña María es un cadáver ó un ser viviente como vosotros.

Todos se precipitaron en el dormitorio, y los médicos examinaron á doña María.

—¡Salvada! dijeron: ¡salvada!

—La ha salvado la ciencia, dijo Jonathan.

—Tú eres un dios, dijo el médico árabe.

—Yo soy un hombre que ha encanecido estudiando la naturaleza.

—Sí, esclamó Leila, retirándose de la puerta secreta, trás de la cual observaba; tú, Jonathan, la has salvado de la peste negra: pero yo te desafio á que la salves de mi licor de príncipe. Yo podria salvarla, pero no la salvaré.

Y trás estas palabras, se perdió entre las sinuosidades del pasadizo.

CAPITULO III.

De cómo el rey se alegró, y volvió á entristecerse, y se aterró al fin.

Cuatro dias despues el rey entró á mata-caballo en Sevilla, acompañado solamente de Men Rodriguez de Sanabria, de Pero Lope de Padilla y de Juan Diente.

Al recibir la terrible noticia de que doña María habia sido atacada por la peste negra, el rey lo olvidó todo, sus zelos, su rabia, su desesperacion, para no pensar mas que en la vida de aquella mujer que era su destino, la única á quien habia amado y amaba; la madre de sus hijos.

Cuando llegó, doña María, sentada en su cámara en su sillon, recibia con delicia un rayo de sol que entraba por las vidrieras; estaba flaca, pálida, débil, y sin embargo, al ver al rey tuvo fuerzas para levantarse y arrojarse en sus brazos.

El rey, á aquella demostracion espontánea, vaciló en sus zelos, creyó que la mujer que de aquella manera le recibia, nunca habia dejado de amarle; creyó que si algun tiempo habia estado retraida, triste, displicente, grave, debia atribuirse á la conducta agresiva y brusca que él mismo habia usado con ella: el rey creyó esto, porque necesitaba creerlo; doña María se arrojó en sus brazos llorando, porque necesitaba consuelo, porque don Pedro era el padre de sus hijos, porque la Padilla se sentia culpable: antes, cuando su alma no tenia para Men Rodriguez un solo pensamiento impuro, habia levantado con la altivez de la virtud su frente ante las agresiones del rey: entonces estaba doblegada por el peso de sus remordimientos, y aunque no habia faltado al rey de hecho, y estaba resuelta á morir antes que á faltarle, la bastaba para encender en su conciencia el fuego sombrío del remordimiento, la pasion febril que sentia por Men Rodriguez.

El rey creyó, pues, que se habia engañado, que le habian engañado; lanzó una mirada retrospectiva á la vida de aquella mujer, y solo halló amor, virtudes; horrorizóse de haber sospechado de ella, de ella que todo lo habia sacrificado á su esposo, su honra, su dignidad, su vanidad, puesto que ella, reina de derecho, solo habia aparecido ante los reinos de don Pedro, ante España, ante Europa entera, como la manceba impura y ambiciosa que robaba su tálamo y su trono á una reina demasiado infeliz para que no fuese una enemiga formidable para su reputacion.

El rey recordaba cuantas veces la esposa legítima, por mas que su matrimonio hubiese sido secreto, le habia suplicado porque aliviase la suerte de doña Blanca, aquella otra esposa posterior, y que por lo tanto no tenia otro derecho que el de quejarse de la incalificable conducta del rey al casarse con ella por razones de estado, cuando no era libre, cuando no podia contraer otro enlace sin faltar á su honra y á lo que debia á Dios y á los hombres. Recordó una continuada serie de grandezas de aquella mujer que le estrechaba llorando entre sus brazos, se dilató su alma, comprimida hasta entonces, y esclamó:

—No, no; era imposible, imposible de todo punto: yo he estado ciego, loco.

—¿Y qué era imposible, señor? dijo tristemente la Padilla.

—Era imposible, continuó el rey, reponiéndose; era imposible vivir como viviamos, y sin embargo así hemos vivido muchos años: porque muchas veces sucede lo imposible.

Y aunque parezca una paradoja el dicho del rey, era una verdad; porque en buena lógica, no es posible mas que lo razonable.

—¡Como hemos vivido hasta ahora! esclamó no comprendiendo bien la Padilla.

—¡Sí; pasando tú por mi manceba, cuando eres mi esposa!

—¡Ah, señor!

—Pero no importa: convocaré las córtes de mi reino; les presentaré el testimonio y los testigos de nuestro casamiento, casamiento anterior al de doña Blanca; te asiré de la mano, te subiré á mi trono, y diré á mis reinos, representados por las córtes: hé aquí la reina; hé aquí la noble, la generosa, la grande mujer, que durante tantos años ha ocupado una posicion indigna de su pureza y de su virtud. Ha llegado el momento de que se rasgue el velo misterioso que encubria su grandeza, y de que vosotros, mis ilustres infanzones, mis poderosos rico-hombres, mis nobles caballeros, mis buenos hidalgos, mis leales pecheros, dobleis la rodilla ante ella, y levanteis vuestros estandartes gritando: ¡viva la reina!

Don Pedro habia pronunciado estas palabras lleno de amor y de entusiasmo, mientras la Padilla las habia escuchado con una melancólica indiferencia.

—¿Qué? dijo el rey, notando el poco efecto que aquellas palabras habian causado en doña María; ¿no quieres ocupar tu verdadera posicion, ahora que doña Blanca ha muerto?

—Esa declaracion, señor, os deshonraria, y yo amo demasiado vuestra honra para aceptarla.

—¡Qué me deshonraria!

—Sí, y de una doble manera. ¿Qué os parece que dirian vuestros reinos al escucharla?

El rey miró atónito á la Padilla.

—Dirian, continuó ella: si se casó con doña Blanca por temor, por hacerse una alianza poderosa, fue un cobarde; si se casó, porque doña Blanca era jóven, hermosa y rica, fue un villano.

—¡María! esclamó el rey con acento de amarga reconvencion.

—No, no; yo no pienso así; dijo doña María: cuando os casasteis conmigo, obedecisteis á vuestro corazon; cuando con doña Blanca, jóven, sin esperiencia, sin esa firmeza que despues os han dado las desgracias, cedisteis á la influencia de don Juan Alfonso de Alburquerque; no, no soy yo quien pienso así; pero así pensarán vuestros reinos.

—¿Y qué me importa? esclamó con su brabío acento de amenaza don Pedro: si quien lo piense se atreve á decirlo, le cortaré la lengua, la clavaré en una escarpia en un lugar público de mi córte, y aquella lengua cortada será bastante elocuente para decir á todos: ¡callad y obedeced!

—Puede enmudecerse á un pueblo, sí; pero nadie enmudece las cien lenguas de la historia.

—¡La historia! ¡la historia! ¡fantasma que solo estremece á los pequeños! ¡La historia! ¡yo sé muy bien que seré un gigante en la historia! ¡La historia! tales pasiones me acometen, tales gentes me cercan, que mi historia, tenlo por seguro María, será un misterio que no comprenderá nadie: luego, como ahora, unos me llamarán cruel, otros justiciero; mi nombre será siempre grato al pueblo, mi nombre siempre detestable á esos hombres que solo juzgan por las apariencias, que no ven mas que lo que tocan... ¡oh! ¡oh! quisiera resucitar dentro de quinientos años, para

reirme de los sabios que pretendan conocerme por lo que de mí escriba mi tiempo.

El rey don Pedro, al decir esto, tenia razon, y nosotros no alcanzaríamos poca parte en su risa ó en su cólera, si leyese estas páginas, á pesar de que hemos tragado una considerable dósis de polvo revolviendo cronicones, y nos hemos desesperado interpretando manuscritos infernales, pretendiendo sacar algo en claro de lo que era don Pedro; y si hemos de hablar con lisura, solo hemos encontrado deducciones mas ó menos probables, pero ni una sola verdad. La historia del rey don Pedro, escrita por un servidor de sus enemigos, y las apologías mandadas escribir por los descendientes de la casa de Lancaster que vino á continuar su raza por la línea femenina, son mas exageradas, menos dignas de crédito, que la severa y desnuda crónica de Ayala.

El rey don Pedro, pues, tenia razon: hoy su carácter es un logogrifo histórico, cuya resolucion será mas difícil á medida que avanze el tiempo: acaso dentro de algunos siglos el rey don Pedro, con su ferocidad, su crueldad, su valentia, sus venganzas, sus justicias, sus despotismos, sus licencias, sus crímenes y sus virtudes, será tenido por un mito de la edad media, y aun hoy empieza á considerársele bajo este punto de vista, gracias á la tradicion y á los romanceros.

—Además, añadió el rey; diga lo que quiera la historia, mi deber como rey, me obliga á declarar ese matrimonio: la corona de Castilla no puede pasar á un bastardo: los de la Cerda, todos los que por hembra descienden de la casa real de Castilla, pretenderian hacer valer sus derechos: el reino se veria perplejo, y esta perplejidad traeria consigo una interminable guerra civil: no habria entonces vasallos leales ni traidores, sino partidarios: no, yo no debo morir sin dejar un heredero legítimo alrededor de cuyo trono puedan agruparse los castellanos: la muerte está siempre junto á nosotros con el brazo preparado para herir: su golpe es irremediable, imprevisto: es preciso, justo, conveniente: mis reinos te reconocerán por mi esposa legítima, María, y nuestro hijo el infante don Alonso será declarado por las córtes príncipe heredero de mi corona.

—¡Nuestros hijos! ¡la guerra civil! ¡oh! ¡es verdad! ¡no habia pensado en ello! ¿qué me importaba á mí, pobre mujer deshonrada, que los castellanos doblasen ó no ante mí su rodilla? yo solo pensaba en tu nombre Pedro, en tu honra, que guardo como la mia, en tu honra, que es para mí sagrada, que siempre, siempre respetaré.

Si don Pedro hubiera podido leer en el alma de doña María cuando pronunció sus últimas palabras, se hubiera estremecido: hubiera visto á la mujer que luchaba con su amor insensato y adúltero, á la mujer que se habia resuelto á darse la muerte en el momento en que se sintiese vencida. Pero don Pedro habia perdido su prevencion, y solo vió amor para él en aquellas palabras.

—Sí, sí, es necesario, preciso, urgente, continuó la Padilla; ¡y yo no habia pensado en ello! convoca las córtes del reino: díles: «la que creiais mi manceba, era mi esposa, es la reina; mi hijo don Alonso es mi heredero.» Sí, sí, es preciso; salvemos á nuestros hijos, salvemos á nuestro reino. ¡Qué importa un sacrificio mas!

—¡Oh María, María! esa historia que tanto te espanta, será muy injusta sino reconoce la grandeza de tu alma.

—¡Ah Pedro, Pedro! ¡mi alma! ¡mi alma grande! ¡oh! ¡sí, sí, muy grande, cuando puede contener tantos dolores! pero por otra parte, ¡cuán contristada! ¡cuán mezquina!

—Te sobra grandeza, pero te falta fuerza en el corazon, María.

—¡Qué me falta fuerza! esclamó profundamente la Padilla.

—La lucha en que me veo empeñado, te amedrenta; la sangre que me veo obligado á derramar, te aterra.

—Sí, sí, es verdad; me aterra todo cuanto me rodea: mi vista se agita... ¡no veo mas que peligros, desdichas..! todo, todo me asusta... escucha; ya que ha de hacerse esa declaracion, hágase cuanto antes... cuanto antes, Pedro... reune las córtes del reino en un plazo breve, ponme sobre tu trono con mis hijos, porque si tardas mucho... ¡oh!

—¡Qué! esclamó aterrado el rey; ¿qué quieres decir, María?

—Voy á morir muy pronto, contestó doña María, poniendo su mano entre las del rey, y reclinando su cabeza en su hombro.

—¡Morir! ¡morir tú, María! esclamó el rey con un acento y una espresion indescribible: ¡morir tú en la flor de la juventud y de la hermosura! ¡oh! ¡eso no puede ser...! ¡Dios no puede permitirlo...! ¡seria horrible... horrible...! ¡eso no puede ser!

Y sin embargo, el rey se aterraba, porque temia: encontraba algo de estraño, algo de fúnebre en la dulzura, en la sonrisa, en las palabras, en el semblante de doña María: su instinto inexorable y cruel le decia: la vas á perder. Y don Pedro hubiera querido perderlo todo; su corona, sus tesoros... su honra... todo á trueque de no perder á doña María.

—Sí, sí, apresúrate Pedro: voy á morir: si me preguntas la razon de mi temor, no podria decírtela: siento dentro de mí un esceso de vida que me espanta, que me hace pensar en la muerte: algunas veces mi cabeza y mi corazon arden, y siento en ellos un dolor lento, como si me punzasen con cien alfileres: luego mis ojos se nublan, un sudor amargo y helado me inunda, pienso morir; pero esto pasa... pasa... y cuando abro los ojos, me parece que la luz es mas fuerte, los objetos mas grandes, los colores mas vivos... todo, todo aumenta en vida á mi alrededor, y dentro de mí siento deseos insensatos, y esto me mata; cada vez que uno de esos momentos de angustia pasan por mí, si me miro á un espejo, me encuentro mas pálida, mas flaca... no, no me engaño, voy á morir.

Y doña María se levantó.

—¡Oh! eso no es otra cosa que los resultados de la peste negra... eso pasará... pasará María... pero valor, valor, por Dios: si tú te preocupas con una idea funesta... no, no; es necesario que te distraigas, que deseches de ti esos pensamientos... voy á hacer que se escriban al momento mis cartas convocatorias á mis villas y ciudades de voto en córtes, y despues á disponer una partida de caza... una de esas alegres partidas que tanto te agradan.

—Y yo, Pedro, voy á orar.

—Sí, sí, mi buena, mi noble, mi amada María, ruega á Dios, por tí, por nuestros hijos, por mí.

—Sí, sí, todos necesitamos del amparo de Dios.

Y doña María salió lentamente de su cámara.

—El temor de perder su amor, dijo el rey que habia quedado inmóvil en medio de ella, me enfurecia, me volvia loco .. pero si la perdiera enteramente... si muriera... ¡oh! no pensemos en eso... no... lo que yo haria entonces seria formidable...! solo...! ¡solo en el mundo...! sin ella .. ¡oh! ¡no, no, no puede ser... no puede permitirlo Dios!

Y tras estas palabras, pensativo, triste, y preocupado salió en paso lento de la cámara.

CAPITULO IV.

El hombre propone y Dios dispone.

Convocáronse las córtes con el pretesto de tratar acerca de la guerra próxima á emprenderse; pero por mas que ni una sola frase se dijese acerca de la declaracion del matrimonio entre don Pedro y doña María

de Padilla, traslucióse en la córte el verdadero motivo de aquella convocatoria á unas córtes estraordinarias; de la córte pasó al pueblo y todos esperaban con ansiedad la resolucion de aquellas noticias gratas para unos, contrarias para otros, y que por lo tanto aumentaban la lucha de los partidos, ya demasiado encarnizados para que no agravase su encono un tan grave como inesperado incidente.

Los partidarios de don Enrique veian en aquella declaracion un nuevo obstáculo para los intentos del Bastardo, y procuraban deshacerlo por cuantos medios estaban á su alcance: decíase que el rey cometia un nuevo desafuero, que se burlaba de sus reinos dándoles un rey hijo del adulterio, sin considerar los que tal decian, que en todo caso no era de mejor estofa su patrono don Enrique: intentaban otros deshacerse por medio del puñal ó del veneno, de la mujer que servia de instrumento para aquellos fines al rey, aparejábanse nuevas rebeldías, y todo presentaba el aspecto de grandes trastornos.

Entretanto empezaron á llegar los diputados. Recibíalos el rey afablemente, los honraba, les prometia, les alentaba, y hacia en fin, cuanto se hace con unas córtes cuando se las necesita.

Al mismo tiempo las lanzas y los soldados del rey, y las de sus vasallos leales, se concentraban en Sevilla: dióse la alcaidía de la torre del Oro á Juan Fernandez de Hinestrosa, la de las Atarazanas, á Diego Garcia de Padilla, la del castillo de Triana, á Pero Lope de Padilla, y la del alcázar á Men Rodriguez de Sanabria.

Desplegábase, en fin, todo el aparato de fuerza que se despliega cuando se teme á un pueblo, y con el cual se le dice con el elocuente lenguaje de los hechos: calla y obedece.

El pueblo diezmado por la peste y por el hambre que aun continuaban, debilitado, exausto, veia todo esto y á pesar de que todo esto le irritaba, como al mismo tiempo le espantaba, estaba dispuesto, á ver, oir y callar.

Don Pedro conocia por esperiencia lo supremo del derecho de la fuerza, en el que hacia mucho tiempo que, para mas de un asunto se apoyaba, y seguia apoyándose en él.

Pero hay algo mas que está por cima de los hombres, por cima del derecho de la fuerza, por cima de la prevision, y este algo le constituyen los acontecimientos imprevistos.

Aun no habia pasado un mes desde la noche en que Jonathan, habia salvado de la peste á doña María y en que Leila la habia dado á beber su terrible licor de príncipe. A medida que el tiempo habia avanzado habia presentado la Padilla los síntomas que con mas lentitud se habian visto en doña Isabel Nuñez de Lara: largos, imprevistos y congojosos desmayos, lucidez, vaguedad, insensatez en la mirada; languidez, cansancio, exuberancia de vida: una melancolía profunda que nada alcanzaba á disipar: ni los saraos en el alcázar, ni las brillantes cabalgatas, ni las farsas, ni las monterías, ni las regatas en el rio: doña María marchaba de una manera segura y mas rápida que doña Isabel, hácia la muerte.

Decíamos que se habian observado estos síntomas y hemos debido decir que solo los habia observado una persona: Men Rodriguez de Sanabria.

El generoso jóven se horrorizó, pero devoró su horror: sabia demasiado por esperiencia, dos veces repetida en doña Blanca y en doña Isabel Nuñez de Lara que aquel tósigo era seguro, de efecto inevitable, y que la denunciacion del crímen solo serviria para hacer mas amarga la situacion del rey, mas desesperado su dolor. Men Rodriguez de Sanabria se redujo, pues, á jurar en el fondo de su alma una cruda venganza á aquellas tres ilustres víctimas de la perversidad de Leila.

Esta, entretanto, cubierta con un misterio impenetrable, acechaba continuamente á su víctima, como la araña acecha á la mosca: su víctima era el rey: las que caian ante el paso de Leila, como caen deshojadas las flores al embate del huracan, no eran otra cosa que víctimas secundarias: los hilos, por decirlo así, de la negra tela que tejia; hilos que debian al fin entregar á don Pedro cansado, destrozado el corazon, perdido el tino, enloquecido, en poder de sus enemigos.

Leila al preparar su venganza, habia previsto todas sus consecuencias: habia atacado al rey sin dar un solo golpe en vago: cada uno de sus ataques se habia hecho sentir rudamente en el alma de don Pedro, y Leila veia con un placer sombrío que el rey estaba próximo á volverse loco.

Leila habia dado su alma á Satanás por su venganza y Satanás la ayudaba: pudiera decirse tambien que la Providencia la dejaba obrar, si se atiende á que el rey don Pedro tenia contra si una horrible cuenta que rendir de la manera como habia gobernado y gobernaba sus reinos.

La sangre clama sangre, y la sangre vertida por el rey don Pedro caia á torrentes sobre su cabeza.

Y poco importaba que el rey solo hubiese vertido sangre impura, si la habia vertido de una manera inconveniente, cruel, por justicia propia, obedeciendo siempre al primer impulso de su cólera: poco importaba que hubiese obrado generalmente en justicia, si aquella justicia, por la manera con que se habia dado á conocer, habia aterrado y escandalizado.

La rebeldía, tanto puede ser hija de la debilidad de los que mandan, como de su escesivo vigor.

Así es que Castilla gemia y se fatigaba bajo la mano de don Pedro, como se fatiga rinde y teme y se doblega un caballo de raza bajo la mano y las rodillas de un ginete inexorable.

Pero llega un momento en que el caballo aprovecha un descuido, ó una descomposicion del ginete, y le arroja y le abandona: Leila contaba con que Castilla; azotada, esquilmada y aterrada por el rey don Pedro, aprovechase la primera ocasion para librarse de un señor tan duro: era pues necesario que el rey cometiese imprudencias, y Leila preparaba el dia en que el rey perdido el tino las cometiese.

Aquel dia se acercaba. Doña María, á cada momento mas enferma, tenia á los médicos perdidos en un caos de dudas: no se comprendia la enfermedad de doña María, pero se comprendia demasiado que aquella enfermedad tenia por término una muerte próxima.

Nadie sin embargo se atrevia á decirlo al rey: Juan Fernandez de Hinestrosa, con quien los médicos eran esplícitos, deboraba su ansiedad: el monge negro que en todas las situaciones difíciles acudia al lado del rey, adivinaba la causa de la estraña enfermedad de doña María y callaba tambien: el rey aterrado por aquellos terribles síntomas, creia de buena fe que no eran otra cosa que resultados de la peste negra.

Esto, sin embargo, le causaba una inquietud mortal, y escepto los breves momentos que invertia en el consejo y en el despacho de los negocios, no se separaba un solo momento de doña María.

Y no era esto solo: los zelos del rey habian vuelto: zelos crueles, puesto que no podia vengarlos: algunas veces, en un momento de delirio, doña María nombraba á Men Rodriguez: el generoso, el noble jóven, habia llegado á ser el pensamiento fijo de aquella desdichada.

El rey por lo tanto temeroso que otros oidos que los suyos escuchasen aquellas palabras habia aislado enteramente á doña María: cuando un negocio imprescindible le obligaba á separarse de ella, ocupaba su lugar el monge negro, y Juan Diente, incansable, siempre con la maza empuñada, guardaba dia y noche la

puerta de la cámara y no permitia entrar ni aun á la servidumbre, sino cuando, paralas atenciones imprescindibles del servicio, lo mandaba el rey.

Teníase, pues, en el alcázar por presa á doña Maria y todos se preguntaban con estrañeza en qué podia consistir aquello.

Acercábase entretanto el dia de la solemne reunion de las córtes: el reino en aquellas circunstancias las esperaba con ansia: con ansia las esperaban aquel dia el rey, los parientes de la Padilla, los bandos: Leila miraba la aproximacion de aquel dia con una complaciencia cruel.

Legó al fin la víspera: un mes contado desde el dia en que el rey habia vuelto á Sevilla.

Era una noche oscura y tempestuosa: las calles de Sevilla estaban envueltas en densas tinieblas, que solo rompia de trecho en trecho la luz agonizante de algun nicho consagrado á un santo por la piedad de los vecinos.

Las calles estaban solitarias. A pesar de esto, dos bultos, rebozados en anchas capas, adelantaban por un estremo de la calle de Maese Rodrigo; llegaron á la casa de vecindad, llamaron y les abrió un hombre rudo, que por su traje y su aspecto era sin duda uno de los formidables hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.

Penetraron los dos embozados en la casa, subieron las escaleras, y entraron en un aposento que estaba alumbrado y como preparado de antemano.

—¡Vargas! dijo uno de los embozados dejando conocer en la voz á Leila: enjaeza dos caballos y ármate: vas á partir esta noche.

—Muy bien, señora.

—¿Están todos en la casa?

—Se ha dado la órden esta mañana y ninguno falta.

—¿Están apercibidos?

—Si señora: en un momento pueden estar armados y á caballo.

—Bien, muy bien: vete y espera.

El aventurero salió.

—Esta noche partireis vos tambien, Alvar.

—Partiré, puesto que lo quereis.

—Creo que esta es la última vez que os empleo.

—Creolo tambien, porque nos vamos quedando desasidos claros; ¡qué vendabál Dios mio! ¡qué vendaba! nos estamos sosteniendo de milagro: quiera Dios hacer un milagro aun y que un mal lance no de al traste con nosotros.

—No, no: esto va ya de vencida: de esta vez don Enrique será rey de Castilla y yo me habré vengado.

—Quieralo Dios, para que todos descansemos.

—Esperadme aqui.

—Os espero.

—Creo que no me esperareis mucho.

Y Leila tomó una lámpara, salió, atravesó los corredores, bajó las escaleras, cruzó el patio, y entró en la que habia sido vivienda de Juan Diente, cerró por dentro, y poco despues la luz, que reflejó un momento tras los sucios lienzos que cubrian las rejas, desapareció.

—Misterios y siempre misterios, dijo el escribano: ¿qué va á hacer en ese aposento encerrada y á oscuras esa formidable mujer? Sabenlo Dios y ella. ¡Y tanto encerrarse allí, sin que nadie sepa á qué se encierra! Cada dia me inspira mas miedo esta doña Ana. Donde ella va, va el esterminio: y la sirve como serviria al demonio. ¡Oh! ¡oh! temo morir de mala muerte lo que no seria muy difícil. En prueba de ello hablen, doña Blanca, doña Isabel, Andres Corchuelo, la locura de la infeliz doña Sol de Vargas, y el encierro de la pobre Isabel-la-Liebre... ¡bah! ¡bah! pues la conocemos, procuremos que no nos acontezca una desgracia... esa doña Ana debe ser hechicera: lo sabe todo, lo adivina todo... no hay mas, pues, que doblegarse á su voluntad, y esperar á que un milagro nos saque de sus garras.

Y entrándose dentro del aposento el escribano se sentó en un sillon, dobló la cabeza sobre el pecho y poco despues dormia con la tranquilidad de conciencia de los bribones de profesion.

CAPITULO V.

El golpe en el corazon.

Entretanto Leila habia llegado á la puerta secreta y observaba tras ella lo que acontecia en el dormitorio de la Padilla.

Acompañábala una sola persona: era el monge negro.

Leila le habia visto muchas veces, pero siempre encubierto: entonces, con admiracion suya, le vió despojado de su capucha y de su máscara de hierro.

Su edad podria contarse entre los cuarenta y ocho y los cincuenta años. Era hermoso aun, pero con una hermosura brabía y terrible. Sus negros ojos, de mirada profunda y reconcentrada, imponian terror mas bien que respeto, á pesar que, á la vista del padecimiento de la Padilla, que estaba sentada junto á él en un divan, mostraban aquellos ojos una espresion de piedad casi paternal; pero de una piedad mezclada con una indudable espresion de cólera y de amenaza á la vista de aquel padecimiento; notábanse, además, en aquel semblante las huellas de un dolor cruel, continuó, desesperado; á pesar de esto se concebia que aquel hombre no habia llevado siempre sobre su cabeza un capuz, sobre su rostro una máscara de hierro, sobre sus carnes el cilicio del penitente: sino que habia ceñido el yelmo del guerrero, que habia empuñado una lanza, que habia sido en fin un formidable señor, cuya soberbia habia necesitado, sin duda, para doblegarse un tanto, lo torcedor del remordimiento y el temor á la justicia divina.

Su cabellera, abundante, negra, ensortijada y su barba negra tambien y brillante, no era, la cabellera y la barba de un monge, sino las de un altivo señor: todo él demostraba grandeza y fuerza, y Leila, que jamás se habia aterrado ante nada, sintió un misterioso impulso de miedo á la vista de aquel hombre.

—¡Y este era el amigo de mi padre! esclamó: ¡este es el santo monge penitente de la ermita de la cruz del Humilladero! ¡Ah! ¡ah! ¿y ese hombre sirve al rey don Pedro ó como yo se venga de él? Veremos.

Y Leila consagró toda su atencion á lo que acontecia en el dormitorio.

Doña María, debil, reclinada en un ángulo del divan, con la mirada fija y lúcida, parecia enteramente abstraida, como fuera de la existencia humana, de tiempo en tiempo temblaba de una manera violenta, se llevaba la mano á la frente como si hubiera querido arrancarse de ella un objeto estraño, sus ojos vagaban con una espresion insensata, y lanzaba un debil y profundo gemido. Despues de este movimiento pasajero volvia, á inclinar la cabeza y se abandonaba á su anterior estado de inmovilidad: escuchábase su alentar difícil, entrecortado, ardiente, y un sudor copioso, brotaba de todos sus poros: su demacracion habia llegado á lo infinito, y sin embargo, como doña Isabel Nuñez de Lara, en iguales circunstancias, estaba mas hermosa que nunca.

—¡Se muere! ¡se muere! esclamó desesperado el monge, y esta muerte le matará á él! ¡Señor, Señor! sálvala, ¡tú que puedes hacerlo todo! ¡sálvala y desploma sobre mí toda tu cólera contra el rey don Pedro!

Doña Maria no pudo oir estas palabras del monge, pero al asirle este las manos que estaban heladas, pareció volver en sí.

—¡Oh! esclamó: ¡mis hijos! ¡él! ¡voy á morir! ¡quiero verlos!

—¡Que vais á morir! esclamó el monge procurando parecer sereno : ¿por qué ese terrible pensamiento? ¡morir vos, vos en la fuerza de la juventud, cuando Dios os ha librado de la peste negra!

—No, no : esto es diferente : siento aquí, y aquí, y se llevó sucesivamente la mano al corazon y á la cabeza : siento aquí fuego, un fuego que me abrasa y me ahoga. ¡Ay! ¡yo quiero verlos, yo me muero!

Y lanzó un horrible grito y procuró en vano alzarse del divan.

Su rostro se habia desencajado mas; sus ojos brillaban con un fuego insensato.

El monge se aterró: veia la muerte avanzando rápidamente hácia la víctima, y aterrábale llamar al rey para que fuese testigo de la muerte de su esposa.

—¿No me oís..? ¿no me oís, señor? yo quiero ver á mis hijos, á mi esposo, esclamó con angustia doña María; no quiero morir sin verlos... vos, vos que habeis roto vuestra promesa á Dios de no dejar ver á nadie vuestro rostro y me le habeis mostrado por complacerme... no me dejeis morir desesperada... id..... corred... traedlos... si tardais, ya no será tiempo..... ¿no oís que tengo aquí fuego...? ¿un fuego que me devora?

El monge no se atrevió á negar este último consuelo á la madre y á la esposa moribunda, se puso rápidamente su máscara de hierro, se caló la capucha, y fué á la puerta y llamó.

Presentósele Juan Diente.

—Amigo Juan, le dijo el monge, llamad, llamad al momento al rey : doña María...

—¡Se muere! esclamó el brabío ballestero aterrándose; si, si.... me lo dice lo tembloroso de vuestra voz.

—Llamad, llamad al momento al rey, dijo el monge con voz solemne.

Juan Diente partió, y el monge volvió al lado de dona María.

Esta se habia levantado del divan, y estaba de pié asida á un mueble : su cabeza erguida, tenia una espresion mas que humana; sus ojos brillaban con un fuego casi divino; sus labios sonreian.

—¡Oh! ¡qué hermoso es! esclamaba á media voz: no se lo digais, no le digais que yo le amo, él no lo sabe, no; él no lo sabe, yo no se lo he dicho... cree que tiene en mí una hermana... y no es verdad, no; le amo de otro modo... pero... el rey... mi honra...

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó el monge negro: que ama... que ama á otro á quien no se atreve á revelarlo : ¿y quién es ese hombre? ¿quién es ese traidor?

—¡Sanabria! ¡Sanabria! esclamó la Padilla como si hubiera querido contestar al monge.

—¡Oh! ¡es imposible! imposible de todo punto que la vea el rey, esclamó asombrado el monge; si él oyera estas palabras... ¡Dios mio! ¡Dios mio¡ ¡vuélvela la razon! ¡vuélvesela! ¡que pueda ocultar sus pensamientos! ¡Señor, Señor! ¡ten piedad del rey!

Y el monge cayó de rodillas.

—¡Ha llegado ya la hora de orar! esclamó don Pedro con voz lúgubre á la puerta: pero no; está allí de pié : entregada sin duda á uno de sus accesos de locura.

El monge se alzó y salió al encuentro del rey.

—Salid, salid, señor, le dijo; vos no podeis estar aquí.

—¡Que no puedo yo estar aquí! esclamó con amargura el rey : ¿y por qué? ¿qué puede acontecerme mas doloroso que perderla?

—Doña María delira de un modo horrible, señor.

—¡Y tú has escuchado esos delirios! esclamó con acento profundo el rey.

—Yo puedo escucharlo todo, señor: todo: yo no pertenezco ya á este mundo.

—¡Sal! dijo con imperio el rey.

—¡Señor!

—¡Sal! déjame solo con ella ¡vive Dios! déjame apurar mi cáliz... no quiero que nadie, nadie pueda escuchar junto á mí... lo que tú has escuchado ya... ¡sal!

—El monge alzó los ojos al cielo, y salió.

Don Pedro permaneció inmóvil en medio del aposento. Doña María adelantó vacilante hácia su reclinatorio.

—Aquí, aquí, dijo cuando llegó á él: aquí dejaba sus cartas y sus flores: hace mucho tiempo, mucho que no deja ninguna : le ha ofendido el que yo le rechazase... «Quereis que mi amor muera, morirá,» me dijo en la última... y no le he vuelto á ver... callad... callad... yo quisiera volverle á ver... pero no se lo digais... eso seria ofender á mi esposo... y yo no quiero ofender á mi esposo... no... yo no tengo la culpa de haber amado á Sanabria... yo he resistido con todas mis fuerzas su amor... pero su lealtad... su discrecion... y sus cartas... tan respetuosas... ¡oh! ¡oh! mucho debe de amarme cuando se ha atrevido..... ¡oh!... es que no hay quien resista á un pensamiento continuo, eterno... un pensamiento ardiente y dulce... es que amamos sin querer... porque Dios quiere que amemos... Dios quiere tambien que muramos antes de cometer una traicion, un perjurio... eso jamás... él me ama... soy su vida... y yo le amo... le amo tambien... es el padre de mis hijos... ¡Dios mio! y ¿por qué amándole tanto, amo á otro hombre...? ¿por qué mi corazon arde..? ¿por qué mi cabeza..? ¡se me va..! ¡oh! ¡se me va! ¡se me va!

Y doña María se asió la cabeza con ambas manos como pretendiendo impedir que se le escapase.

Las pasiones del rey, sus zelos, todo, todo cedió ante el inmenso amor que le inspiraba doña María, era el del rey entonces, y por efecto de la situacion, uno de esos amores que se sobreponen á todo, que se sacrifican, que solo ven el objeto amado : don Pedro veia la muerte en aquella mirada vaga, en aquella lánguida y triste sonrisa; su corazon se comprimió, adelantó hácia doña María, pero el esceso del dolor le cortó el paso, y necesitó arrimarse á un mueble para no caer. Luego aquel dolor se dishizo en lágrimas y lloró de una manera profunda, desgarradora, histérica.

Doña María oyó aquel llanto y adelantó hácia el rey, le miró, y no le reconoció.

El monge negro estaba á la puerta preparado á todo; ninguno de los dos personajes de esta terrible escena le veia.

—¡Quien eres tú que lloras! dijo con voz dulce doña María asiendo las manos de don Pedro; amas tú tambien, y te ves obligado á ocultar tu amor.. ¿á llorarle..? yo te consolaré... y escucha... yo no he tenido quien me consuele... mi esposo... ¡oh! mi esposo me ha tratado con dureza... ha sido muy cruel conmigo... ha tenido zelos... zelos de mí... zelos de su esposa... como si su esposa no hubiera sido capaz de morir antes que deshonrarle... y he llorado... he llorado todas mis lágrimas... y nadie, nadie me ha consolado... pero yo te consolaré, sí, yo te consolaré... porque sé cuan desesperado es llorar sin que nadie recoja nuestras lágrimas.

—¡María! ¡María! esclamó el rey con acento desesperado.

—¡Jesús! ¡Jesús mil veces! esclamó doña María á quien parecia haber vuelto á la razon el acento de don Pedro; ¿eres tú.. tú.. esposo mio..? ¿y yo? ¿dónde estoy yo? ¿qué es esto? no me acuerdo de nada... y... muero... muero... me siento morir...

Y cayó sin fuerzas en los brazos del rey.

—¡María! ¡María! ¡vuelve en tí...! esclamó el rey llevándola al divan; soy yo... yo... que siempre te amo.

—¡Perdonadme...! ¡perdonadme señor...! esclamó

doña María: yo no he tenido la culpa... Dios... yo... te amo, Pedro... la muerte... me vuelve tu amor mas intenso que nunca... ¡oh! he soñado... sí... sí... un sueño horrible... no, no podia ser... yo no amo..... á nadie... á nadie... mas... que á tí... á..... tí..... espo...so... mio... mis hi...jos... per...don...

Doña María no habló mas, cayó sobre el divan, sus ojos, frios, mates, rodaron en sus órbitas, apretó con sus crispadas manos las manos del rey, lanzó un grito terrible de dolor, se estremeció en una convulsion horrorosa y al fin se desplomó.

El rey, pálido, tembloroso, con la mirada lúcida inmensa, sobre natural, fija sobre la Padilla, permaneció un momento inmóvil, y luego cayó de rodillas esclamando de una manera terrible por lo solemne y desesperado.

—¡Muerta!

En aquella palabra se habia exhalado toda la cólera, toda la amenaza, toda la insensatez, toda la pasion volcánica é inmensa que se revolvia en el alma del rey.

El golpe le habia herido en medio del corazon y aquella palabra «¡Muerta!» habia sido su grito de muerte.

Por algun tiempo permaneció de rodillas á los piés del cadáver arrojado sobre él; luego se retiró un tanto y contempló el rostro lívido de su esposa: inútil seria que pretendieramos hacer sentir á nuestros lectores la espresion suprema de agonía, de rabia, de desesperacion del rey.

—¡Oh! ¡esto es imposible! ¡no, no! ¡esto no puede ser! ¡yo no quiero que sea! ¡no, no será! ¡María! ¡María! ¡vuelve en tí! ¡respóndeme! ¡yo no quiero que mueras! ¿quién se opone á mi voluntad?

—¡Dios! esclamó el monge saliendo de entre los tapices de la puerta y adelantando.

—¡Dios! ¡Dios! esclamó el rey con acento rugiente, ¿dónde está Dios?

Y alzó al cielo los puños cerrados y el rostro trémulo de cólera, en esa terrible é insensata blasfemia que brota de la desesperacion de los seres enérgicos á la presencia de una desgracia suprema.

Y luego midiendo con una sombría mirada al monge, esclamó.

—¡Paso! ¡paso! necesito beber sangre para calmar mi sed, ¡necesito esterminar, esterminar! ¡María! ¡María! ¡muerta María! ¡y aun hay á mi alrededor seres vivientes! y ese hombre... ese hombre que la ha matado ¡ese infame Men Rodriguez!

Y el rey rompió adelante, apartó violentamente al monge, y salió con la fuerza y el estruendo de una tempestad.

—¡Juan! ¡Juan! gritó el monge negro.

Presentóse inmediatamente el ballestero.

—¡El rey está furioso! esclamó el monge, la muerte de doña María le ha vuelto loco.

—¡Muerta! ¡muerta! ¡poder de Dios! esclamó Juan Diente: y el rey... venid señor, venid: hay que temerlo todo: es necesario sujetarle, contenerle: seria capaz de incendiar á Sevilla.

—Y de matar á Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Ah! esclamó el ballestero, y salió corriendo desalado de la estancia mortuoria: el monge le siguió.

En aquel momento Leila se separó de la puerta secreta murmurando:

—¡Rey, rey don Pedro! ¡eres mio! con la muerte de tu hermano don Fadrique, te herí en la conciencia; con la de doña Blanca, en la honra; con la de doña María, te he herido en el corazon: ahora solo me falta herirte en la cabeza.

. . . . . .

. . . . . .

—Juan, mi valiente Juan, decia en aquellos momentos el rey á Juan Diente: traeme la cabeza de Men Rodriguez de Sanabria.

—¡No! contestó con firmeza el ballestero.

—¿No? infame, traidor?

—Esperad, señor; volved en vos, y si cuando vuestro dolor se haya calmado, cuando escucheis la voz de la razon me pedeis la cabeza de Men Rodriguez, os la traeré.

. . . . . .

. . . . . .

Poco despues, Alvar Yañez conduciendo una carta de Leila, para el conde de Trastamara, cabalgaba hácia la frontera, acompañado de uno de los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, armado hasta los dientes.

Aquella carta contenia lo siguiente:

«Ha llegado el momento de que rompais por los »reinos de vuestro enemigo: aprovechad su dolor y su »asombro por la muerte de su manceba. Yo os ayu»daré, sublevando contra él á Sevilla. Sed rey, señor, »y vengadme.—Doña Ana Tellez de Ulloa.»

CAPITULO VI.

Apuntes históricos que nosotros creemos indispensables y lo son para la mejor inteligencia de esta historia.

Sevilla se estremeció al saber la muerte de doña María de Padilla, que fue anunciada de una manera régia por las lenguas de bronce de la iglesia Mayor de Santa María de la Sede, á las que contestaron las de las demás iglesias, conventos y cofradias.

En el estremecimiento de Sevilla habia por parte de unos miedo, por la de otros un sentimiento profundo.

Los nobles, los clérigos, todos en fin, los que tenian que recelar, creyeron llegada la hora en que escitada la crueldad del rey por la pérdida de la mujer á quienes todos sabian que amaba antes que asimismo, se desenfrenase y esterminase é hiciese tanto que dejase atrás, y como en olvido, las atrocidades cometidas hasta entonces. Los menos cobardes se preparaban á evitar la acometida del rey al primer indicio, mientras que los mas comprometidos ó tímidos, se ausentaban de Sevilla é iban á engrosar las fuerzas del rebelde conde de Trastamara.

Lo que entonces podia llamarse clase media, esto es, los mercaderes, los industriales, los tenderos *et cetera*, sentian al par que el pueblo, la muerte de doña María porque ella habia sido siempre el paño de lágrimas del pobre, la madre del desdichado.

Esta muerte causó, pues, una profunda sensacion de Sevilla, y aunque nadie acusaba de ella al rey, notábase que por ella habia perdido sobre el popular de su córte gran parte de su influencia.

El ángel al tender sus alas y remontarse al cielo, se habia llevado consigo el prestigio de la virtud, de la caridad y de la hermosura, que hasta entonces habia servido de contraposicion á la dureza, á la crueldad, á la ejecutiva justicia del rey.

La blanca figura de paz y consuelo habia desaparecido y solo quedaba sobre el trono el fantasma rojo, siempre sediento de sangre.

Nada, pues, tiene de estraño que Sevilla se estremeciese á la muerte de doña María.

A sus exequias, en la que se desplegó una pompa mas que régia, asistió todo el pueblo de Sevilla, y de veinte leguas á la redonda, á pesar de la peste que aun se ensañaba en la costa y el mejor panegérico de sus virtudes fue la muchedumbre, que silenciosa, triste y y desconsolada, siguió durante dos leguas fuera de Sevilla su cadáver, que Men Rodriguez de Sanabria, por un estraño capricho del rey y acompañado de Juan Diente y de doscientos ballesteros, además de la clerecía y de la servidumbre indispensables, llevaba á enterrar á Castilla la Vieja, al monasterio de Santa María de Astudillo, que ella á sus espensas habia formado.

Entretanto el rey, asistido únicamente por el monge negro estaba apartado de la vista de todo el mundo, doblegado por el dolor; entregado á intérvalos al llanto y á la cólera.

Así pasaron algunos dias, y como la reunion de las córtes se prorogase, muchos diputados pidieron licencia para volverse á sus casas.

En vista de esto, el rey reunió las córtes.

Presentóse á ellas rígidamente de luto, llevando junto á sí, asimismo enlutado en los brazos de un ricohombre, á su hijo don Alonso, de edad de dos años. Allí en presencia de los tres brazos del reino reunidos, es decir, de la nobleza, de la Iglesia y del estado llano, declaró que la difunta doña María de Padilla, habia sido su legítima esposa, por haber contraido matrimonio clandestino con ella, antes de contraerlo con doña Blanca de Borbon, que esta, por lo tanto, no habia podido ser su esposa legítima, que por esta razon, y no por otra, no habia hecho vida con doña Blanca, y que en fin, si habia tenido secreto y escondido su matrimonio con doña María, habia sido por temor de empeorar las turbulencias del reino; presentó despues como prueba de su declaracion, el testimonio de cuatro personas que eran Juan Fernandez de Hinestrosa, su camarero mayor y de su consejo, don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, Alonso de Mayorga, canciller del sello privado y Juan Perez de Orduña su capellan.

Los hijos de doña María de Padilla, fueron pues, legitimados, y don Pedro, presentando entonces á las córtes su hijo el infante don Alonso, le declaró heredero de su corona, y le hizo jurar como tal por los tres brazos desnudos.

Por mas que á muchos repugnase este juramento, pudo mas el terror que inspiraba la cólera del rey que sus escrúpulos y el infante don Alonso fue jurado heredero de don Pedro, en la forma y con la solemnidad acostumbradas.

Disolviéronse en seguida las córtes y un mes despues una numerosa comitiva de damas y caballeros fue al monasterio de Astudillo por el cuerpo de doña María de Padilla, y le trajo con el ceremonial acostumbrado en los funerales de las reinas á la capilla de los Reyes de la iglesia Mayor de Santa María de la Sede de Sevilla y fue enterrada en ella definitivamente, predicando con esta ocasion y haciendo la apología de la conducta de don Pedro con doña María de Padilla el arzobispo de Toledo, primado de las Españas.

No es este el lugar ni la ocasion de entrometernos á deslindar, si doña María de Padilla, fue esposa ó manceba del rey don Pedro. El aclarar este punto, oscuro como otros muchos, en la vida del rey don Pedro, es tarea esclusiva, aunque no fácil, de la historia: en nuestro libro la hemos tratado como esposa del rey, porque tal es nuestra opinion, pero de ninguna manera pretendemos que se tenga esta opinion como una declaracion histórica: para ello necesitariamos pruebas, y nosotros no nos apoyamos mas que en deducciones.

Una vez declarada reina doña María, reconocida como tal por el reino, sepultada entre los reyes de Castilla, legitimados sus hijos por las córtes, y jurado por las mismas uno de ellos heredero de la corona, el rey se volvió furioso, irritado y decidido como nunca á la guerra.

Al despedir las córtes el rey habia anunciado que iba á recurrir muy pronto á la adhesion de la nobleza y á la lealtad de su reino para una guerra decisiva: habia llegado, pues, la hora de que aquella guerra se emprendiese. Las córtes, que veian amenazadas las fronteras por un azote devastador, concedieron un servicio de hombres y dinero, bastantes para un armamento general.

Don Pedro salió de Sevilla, hácia el Norte con un poderoso ejército, que debia engrosarse á su paso, y acampar entre las fronteras de Aragon y Navarra, por donde amenazaba la invasion de Duguesclin y de los bandidos aventureros que formaban la gran compañía, en cuyo número y esfuerzo, mas que en sus partidarios se fundaban las esperanzas de don Enrique.

El rey por su parte contaba con un numeroso ejército, con la alianza forzada del rey Carlos el Malo de Navarra, y con la de su primo el rey don Pedro IV de Aragon (robustecido, con el contrato de matrimonio celebrado por los dos monarcas entre el duque de Gerona, hijo primogénito del rey de Aragon y doña Isabel, hija tercera de don Pedro y de doña María de Padilla) y le obedecia ciegamente el reino, de que habia arrojado á sus enemigos interiores.

Don Pedro, pues, sin avisar á su aliado Pedro IV, invadió el bajo Aragon con un formidable ejército de treinte mil peones, doce mil caballos y treinta y seis tiros gruesos de artillería: se apoderó sin disparar una ballesta de gran número de ciudades y castillos, y solo se detuvo ante Calatayud, la única ciudad que se atrevió á resistirle á pesar de no tener un solo soldado que la defendiese.

El rey la cercó: en aquel cerco le acometió una nueva afliccion: aquel hijo á quien habia hecho jurar su heredero, el infante don Alonso, en quien habia reconcentrado su amor, murió víctima de la peste negra, que se cebaba en la ciudad sitiada y en el ejército sitiador.

Irritado el rey por este nuevo revés de la fortuna apretó el sitio, y la ciudad se rindió al fin, pero no sin haber pedido á su señor natural, el rey de Aragon, le dispensase del pleito homenaje para entregarse á un rey que á pesar de su alianza con el de Aragon trataba sus estados como país enemigo.

Esta conducta fue fatal para don Pedro. Desde la muerte de doña María de Padilla, pareció perder la sagacidad y el tino que hasta entonces habia demostrado en todas sus empresas: era un insensato: desoyendo el consejo de sus capitanes, se empeñaba en empresas descabelladas, y su falta de fe á los tratados con el rey de Aragon fue una de ellas: él pretendia aterrar, unir por el pavor, no por la conveniencia mútua: Pedro IV, se aterró, es verdad, pero su terror no respondió á las esperanzas de don Pedro. En vez de someterse el monarca aragonés, buscó su apoyo en los enemigos de don Pedro; envió secretamente emisarios al conde de Trastamara, y concluyó con él una alianza ofensiva y defensiva contra el rey de Castilla.

No era menos imprudente el rey con sus propios reinos que lo era con los estraños: los oprimia con tributos; sacaba de las ciudades para llevarlas consigo las milicias que le hubieran defendido leal y bizarramente, en el caso inminente de una invasion, detrás de sus propios muros; pero que seguian violentamente sus banderas, porque dejaban abandonadas sus familias: esto ocasionaba las deserciones, falseaba el buen espíritu del ejército, llevando á él un gérmen de indisciplina, cuyos efectos debian sentirse muy pronto: y no bastaba esto: el rey furioso, sediento de esterminio, solo necesitaba para entregarse á horribles y sangrientas ejecuciones, el mas ligero síntoma de desafeccion en un solo noble: recorria las villas y ciudades de sus reinos, sacándolas oro, y hombres, y dejando siempre sobre sus almenas algunas cabezas cortadas por sus ballesteros.

Nunca el rey se mostró mas feroz: nunca su ferocidad fue tan inoportuna: cuando empezó la campaña, contaba con un numeroso ejército: con la alianza de Aragon, Navarra, Portugal y Granada, es decir, con toda España, contra la invasion de la *gran compañía:* no habia visto aun los estandartes de don Enrique, y ya sus aliados (escepto el rey de Granada que sostenia á sus órdenes un cuerpo de seiscientos ginetes) le habian abandonado; el descontento habia cundido en su ejército; muchos de sus nobles habian ido á ofre-

cer sus espadas al Bastardo y la mayor parte de las poblaciones de Castilla, empobrecidas y cansadas estaban predispuestas á entregarse á merced del conquistador, apenas se presentase ante ellos.

Parecia que un enemigo encarnizado aconsejaba al rey, y que el rey, fascinado, se apresuraba á poner en ejecucion sus traidores consejos.

Leila, al contar con que la muerte de la Padilla enloqueceria al rey don Pedro, no se habia engañado.

Añadiánse á esto las mas estrañas vacilaciones: aquel mismo hombre tan audaz, tan arrojado, tan activo en sus anteriores campañas, cejaba ahora ante supersticiones incalificables, y sin embargo, era fuerte, mas fuerte que nunca, y como si su propia fuerza no le bastase, se le unió en alianza un ausiliar formidable: era este Eduardo príncipe de Gales, heredero del reino de Inglaterra y conocido por el sobrenombre de guerra, de *Príncipe Negro*. Los embajadores de don Pedro, que fueron á encontrarle en Burdeos, encontraron la mas favorable acogida. Era bastante que la Francia favoreciese á los enemigos de don Pedro, para que Inglaterra se apresurase á ausiliarle. Concluyóse, pues, en Burdeos un tratado de alianza entre Castilla é Inglaterra, por el cual los reyes de estos dos pueblos se aseguraban mútuamente la integridad de su territorio y declaraban, usando de una fórmula caballeresca de aquellos tiempos, que se hacian amigos y se unian contra todos los hombres del mundo (1).

Hecho esto, don Pedro, despues de una inútil correria, se volvió á Sevilla, y en aquella ciudad otorgó su testamento. Este testamento que la índole de nuestro libro no nos permite insertar, es uno de los documentos mas curiosos que nos quedan del rey don Pedro y que nuestros lectores pueden conocer en la crónica de Pero Lopez de Ayala en que se inserta íntegro.

En él se establece la sucesion de la corona, en los hijos de doña María de Padilla, y á falta de estos en otros hijos bastardos del rey, habidos en varias mancebas: se ratifica la declaracion del matrimonio clandestino con doña María de Padilla, y se hace la division de los tesoros del rey.

Llegó entretanto la primavera, y las gentes de don Enrique, avanzaron hácia la frontera castellana: un grupo de aventureros ingleses, al servicio de don Enrique, mandados por sir Hugo Calverly atravesó á Borja, guarnecida por tropas del rey, que al llegar los ingleses abandonaron precipitada y vergonzosamente la plaza. Despues de este facilísimo triunfo se puso en movimiento don Enrique con todo su ejército, atravesó á Navarra, pasó el Ebro y rompió por la frontera de Castilla cerca de Alfaro. Sin detenerse á tomar esta plaza, defendida por el valiente Iñigo de Orosco, pasó adelante y marchó sobre Calahorra. Don Fernando de Tovar, obispo de Calahorra y algunos ricos-hombres á quienes el rey habia encargado la defensa, abrieron sus puertas al Bastardo y se les entregaron pasándose á su partido.

Al recibir la noticia de esta traicion, don Pedro supo que su rebelde hermano habia proclamado públicamente sus pretensiones y habia sido elegido rey de Castilla, por todos los desafectos que se habian dado cita en Calahorra. Don Enrique fue aclamado á usanza de aquellos tiempos, y sus heraldos fueron á llevar esta nueva á todos los reyes sus aliados.

A esta noticia el furor del rey no conoció límites: marchó con todo su ejército en busca de don Enrique y llegó á Burgos.

Parecia inminente una batalla decisiva: los dos hermanos enemigos estaban marchando el uno contra el otro, y sin embargo, don Pedro se detuvo en Burgos mientras que don Enrique marchaba denodadamente hácia la antigua córte de los condes de Castilla.

(1) Rimer-Ayala.

Entonces empezaron á notarse los resultados del escesivo rigor con que don Pedro acababa de tratar á sus pueblos; las villas y las ciudades colocadas en el camino del invasor, no esperaban á que este les intimase la rendicion para entregarle sus llaves, y de todas partes acudian con ansia nobles y villanos á rendir pleito homenaje al usurpador. Solo una poblacion, Bribiesca, se mostró leal al rey y opuso resistencia, pero fue tomada en pocas horas.

Esta noticia llenó de confusion y de espanto á la córte de don Pedro. A pesar que los burgaleses estaban decididos á defender á su señor á todo trance, se conocia claro en la apatía del rey, que no aventuraria una batalla: encerrado en el alcázar se mostraba inaccesible á todos, y ni daba órdenes ni se cuidaba de alentar partidarios, todavia muy numerosos entre el pueblo: parecia que una estraña manía le dominaba y que no pensaba mas que en satisfacer venganzas particulares. Pocos dias antes de la aproximacion del ejército de don Enrique, habia hecho dar muerte por mano de sus maceros á Juan de Tovar, hermano del obispo de Calahorra que habia entregado la ciudad al Bastardo, como si el hermano leal, hubiese sido responsable de los hechos del hermano traidor.

Entretanto don Enrique seguia adelantando rápidamente y al fin sus campeadores, se presentaron á la vista de la ciudad. Al mismo tiempo los burgaleses notaron un movimiento inusitado en el alcázar. Se ensillaban caballos y mulas y se cargaban apresuradamente las acémilas: seiscientos ginetes moros, guardia ordinaria del rey, con el Wali que los mandaba á la cabeza, estaban en forma de batalla delante de las puertas, y esto hizo cundir el rumor de que el rey se disponia á marchar.

Inmediatamente una diputacion del vecindario se presentó en el alcázar y pidió ver al rey. Don Pedro les recibió con muestras de turbacion.

—¿Qué quereis? les dijo.

—Queremos defenderos, contestaron; tenemos víveres y armas, y sangre que verter por vuestra señoría.

—Yo os agradezco vuestra fidelidad, amigos mios, les respondió el rey con voz insegura, pero es necesario que yo vaya á Sevilla: allí están mis hijos, allí están mis tesoros, y estoy perfectamente informado de que el Bastardo solo pretende distraerme con un sitio mientras la *compañía blanca* marcha sobre mi córte y se apodera de ella, de mis hijos y mis tesoros.

—Señor, señor, le replicaron: nosotros sabemos tambien que don Enrique apresta todas sus fuerzas contra Burgos: teneis un numeroso y valiente ejército, nosotros juramos defenderos hasta morir: esperad al traidor, destrozadle, acabad la guerra de una vez.

—Vuelvo á daros gracias por vuestros buenos y leales ofrecimientos, dijo el rey con voz mas firme, pero estoy resuelto á partir y partiré.

Aquellos buenos plebeyos se arrojaron á sus piés y con las lágrimas en los ojos le suplicaron que desistiese de su propósito.

—¡Partiré! repitió con acento decidido el rey.

Entonces los magistrados de la ciudad que habian acompañado á la diputacion le preguntaron respetuosamente qué habian de hacer, puesto que les dejaba, si les acometia el enemigo.

—Haced lo que mejor podais, contestó el rey con impaciencia.

—¿Y cómo podremos nosotros defender la ciudad, dijeron, cuando vos señor, no creeis poder defenderla teniendo tantos y tan buenos caballeros? ¿Qué quereis que hagamos?

Don Pedro guardó silencio, mientras uno de sus escuderos acababa de enlucibillarle el arnés.

—Si lo que Dios no quiera señor, continuaron los magistrados, nos fuese imposible resistir y nos entregáscmos ¿nos tomareis á traicion nuestra entrega? no,

eso no puede ser: por ello os pedimos una dos y tres veces que nos levanteis el juramento y pleito homenaje que os hemos hecho.

—¡Sea! dijo el rey.

En el mismo momento un escribano libró testimonio de que el rey levantaba á su buena ciudad de Burgos el juramento de fidelidad y pleito homenaje que aquella le habia hecho, y como á seguida uno de los tesoreros de don Pedro, le preguntase qué haria del dinero que tenia en guarda en el castillo, el rey contestó secamente.

—Defended el castillo.

—Pero el castillo no puede defenderse, si toman la ciudad.

El rey no contestó, salió de la cámara rápidamente como huyendo de la diputacion, bajó al patio montó á caballo, le apretó los acicates y penetró rodeado de los ginetes granadinos, y seguido de su córte y de su ejército hácia Sevilla, dejando abandonada á Burgos.

En el momento en que don Pedro salió de Burgos desalentado, los vecinos no esperaron á que don Enrique les intimara la rendicion y le enviaron una diputacion.

Don Enrique juró mantener las franquicias de Burgos y esceptuar á la ciudad de todo impuesto; inmediatamente Burgos abrió sus puertas y don Enrique entró en la ciudad en triunfo.

Al dia siguiente se coronó con gran pompa en la iglesia del monasterio de las Huelgas, coronacion á que asistieron multitud de rico-hombres y de diputaciones de las grandes ciudades de Castilla, que el dia anterior se llamaban vasallos del rey don Pedro.

La fuga inmotivada de don Pedro habia parecido una señal de impotencia, y todos le volvian la espalda: cra en fin, como habia dicho el esperimentado Duguesclin al saberla, la renuncia de don Pedro á su corona.

Don Enrique pagó á sus mercenarios con el oro del rey que se apresuraron á entregarle sus tesoreros, y liberal con esceso, concedió á todo el que le pidió gracias y heredamientos en los reinos que aun tenia que conquistar.

Beltran Duguesclin recibió el condado de Trastamara, que le cedió don Enrique, al ser proclamado rey, con mas el señorío de Molina con sus estensos dominios; sir Hurgo de Calverly, el título de conde de Carrion con sus estados anejos, y el conde de Denia el marquesado de Villena, con todos los bienes que habian constituido el dote de doña Juana Manuel, esposa de don Enrique. Don Tello, recuperó el señorío de Vizcaya que don Pedro habia incorporado á la corona y la investidura del señorío de Castañeda. Don Pedro su hermano recibió la inmensa fortuna que fue de don Juan Alfonso de Alburquerque; Castilla fue hecha girones; repartida, dividida en lotes antes de ser conquistada; las dignidades de duque, conde y marqués que hasta entonces solo se habian dado á los miembros de la familia real, se prodigaron, dándose á rico-hombres y aun á extranjeros; repartieronse ejecutorias y cartas de privilegio y escepcion á todo plebeyo que tuvo valor para pedirlas: no parecia sino que el rey don Pedro habia acrecentado el patrimonio de la corona, para que su enemigo tuviese bienes bastantes para comprar las traidoras espadas que le servian; y á tal punto llegó la prodigalidad del nuevo rey, que fue por mucho tiempo proverbial en España, y se llamaron *mercedes enriqueñas* las gracias que se obtenian antes de merecerlas.

CAPITULO VII.

En que parece que el diablo se cansa de protejer á Leila.

El rey se encaminó á Toledo y entró fugitivo en aquella ciudad, en tanto que su enemigo se coronaba en Burgos.

Allí permaneció muy pocos dias, pareciéndole estraño que no le persiguieran: aun se le temia, y esto hizo que se le conservase fiel gran parte de su ejército y aun que vinieran del reino de Valencia en su ausilio algunos miles de soldados: á pesar de esto las noticias de defecciones que recibia de todas partes, aumentaban su desaliento, y no creyendo buen lugar de defensa á Toledo, se replegó á Sevilla.

En vez de hacerse seguir por todas sus banderas las distribuyó imprudentemente en algunas ciudades de Castilla, llevando únicamente consigo, las mesnadas de algunos rico-hombres andaluces, los ballesteros de su guarda y los ginetes auxiliares granadinos.

Poco tardaron en demostrarse los resultados de aquella imprudencia: los que habia dejado atrás se apresuraron á someterse al invasor: Iñigo de Orosco, entregó á Guadalajara; el maestre de Santiago á Toledo, y don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, hermano de aquella misma á quien habia declarado reina, no fue de los últimos en hacer traicion á don Pedro, rindiendo pleito homenaje á don Enrique. Juan Fernandez de Hinestrosa, y Pero Lope de Padilla, no tardaron en seguir su ejemplo, y cuando don Pedro entró en Sevilla, cuando buscó sus vasallos enmedio de su desierto alcázar, solo encontró junto á sí, á Men Rodriguez de Sanabria, á Juan Diente, y al Monge negro, que hacia mucho tiempo que le seguia tan encubierto con su sombrio arnés, como lo habia estado antes con su hábito y su capucha.

Los demás caballeros andaluces que aun seguian al rey no le inspiraban confianza: mirábalos con un sombrío recelo, y ellos por su parte se veian embarazados en su presencia. Don Pedro se encontraba reducido al alcázar, y estaba encerrado en él con sus ballesteros, sus moros y su escaso número de hombres de armas. Men Rodriguez de Sanabria, cuya lealtad sin tacha se habia visto obligado á reconocer el rey, tenia la alcaidía del alcázar, el maestre de Alcántara Martin Lopez, la del castillo de Triana, el Monge negro guardaba la torre del Oro, Mateos Ferrandez su canciller, tenia en guarda á las infantas doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel, y una hija bastarda de don Enrique llamada Leonor de los Leones, á quien el rey guardaba cuidadosamente como en rehenes: Martin Yañez su tesorero habia ido á guardar sus tesoros á Carmona, llevando al mismo tiempo una terrible órden del rey de cuya ejecucion le habia encargado.

Esta órden era una nueva crueldad, inútil, incalificable: esta órden mandaba matar á los últimos hijos de doña Leonor de Guzman, don Juan y don Pedro, el uno de edad de diez y nueve años, y de catorce el otro. El rey se acordaba con recelo de que á esta edad ya era don Enrique un terrible jefe de partido.

Los dos desdichados fueron muertos en su prision, pero no tan secretamente que no se supiese en Sevilla. Estas crueldades incalificables hacian mas daño al rey don Pedro, que los ataques mas vigorosos de sus enemigos armados: horrorizábase el pueblo y como sino hubieran sido bastantes tantos asesinatos, una nueva y terrible ejecucion vino á aterrar á los Sevillanos.

Nos referimos á la ejecucion de doña Urraca de Osorio: el único crímen de esta dama era la defeccion de su hijo don Alonso de Guzman. El suplicio de esta desdichada, fue horroroso: conducida al mismo lugar que hoy se llama la Alameda Vieja, fue quemada viva. Es tradicion que saben todos los sevillanos, que como se hubiesen desarreglado las ropas de doña Urraca, en el punto en que los verdugos pusieron fuego á la hoguera, su doncella Leonor Dávalos, se arrojó á su señora para cubrir con su cuerpo su desnudez, y pereció con ella entre las llamas.

El sentimiento de horror que causó la muerte de esta desdichada y la que habia alcanzado por su heroismo su doncella, fue profundo, y el pueblo, que ya se habia mostrado hostil al rey don Pedro, que estaba

afligido aun por la peste y por el hambre, que se veia invadido y vejado por el ejército musulman, con que Mojanmet V habia venido á pagar su deuda al rey don Pedro, empezó á dar claras señales de insurreccion.

Y esta insurreccion era motivada: los andaluces habian visto arrasados sus campos por aquellos músulmanes ausiliares, y habian oido esclamar mas de una vez al rey en sus momentos de cólera, que si era víctima de la traicion de sus vasallos, siempre podria contar con la ayuda de Mojanmet, que le era deudor de su corona.

No faltaba quien estendiera y comentara estas imprudentes palabras del rey, Leila gastaba su oro á tiempo, porque veia llegada su hora, y clérigos y judíos y gentes pagadas exprofeso propalaban por todas partes que don Pedro iba á entregar á los moros la Andalucía, que habia prometido al rey de Granada renegar de la religion católica, y que nuevo don Julian, iba á causar, por vengarse, la pérdida de España.

El populacho, hambriento, apestado, miserable, horrorizado por otra parte de las crueldades del rey don Pedro, dió oidos á estos rumores absurdos y las calles y las plazas se poblaron de grupos tumultuarios.

Amaneció un dia en que al asomarse al adarve del alcázar Men Rodriguez de Sanabria, percibió en las calles circunvecinas un rumor sordo, semejante al quejido del mar antes de la tormenta que iba creciendo y acercándose.

Muy pronto la plaza de armas del alcázar se vió invadida por una muchedumbre armada y furiosa y se escucharon los gritos de:

—¡Castilla, por don Enrique! ¡abajo el renegado! ¡mueran los traidores!

Sobre aquellas turbas se veian escalas, antorchas encendidas, picas, lanzas, partesanas, todo género de armas y pertrechos de asalto: el alcázar estaba bloqueado, y á pesar de los disparos de los ballesteros, que se ensangrentaban en la multitud, esta seguia adelante, se apretaba se empujaba y empezaba á batir las puertas del alcázar.

—¿Qué quieren esos furiosos? esclamaba el rey, lívido de cólera ¡quieren mi cabeza! ¡proclaman al bastardo! ¡pues bien, mis buenos ballesteros, disparad sin compasion sobre ellos! ¿no llaman á las puertas del alcázar? pues bien: ¡abrid la poterna y que salgan mis lanzas..! ¡que salgan y que no quede uno vivo! ¡ah! ¡ah! ¿qué es aquello? ¡un escuadron, y sobre ese escuadron el estandarte de los Tellez! ¡Ira de Dios! ¡á caballo, Sanabria, á caballo! mira: allí tenemos á esa infame mujer que hemos buscado en vano durante tanto tiempo. ¡Prendámosla, á fin de que podamos saciar nuestra venganza! ¡á caballo, Sanabria á caballo, y á ellos!

En efecto, Leila, armada, á caballo, llevando á su lado el estandarte de su casa, habia aparecido de repente al frente de los trescientos hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, á caballo y armados de punta en blanco; aquel escuadron se encaminaba á la poterna, sufriendo las descargas de la ballesteria del alcázar, y echando pié á tierra para forzar las puertas con sus hachas de armas.

Entretanto el rey corria furioso por el alcázar vacio, que retumbaba sonoro bajo sus pasos, y alentaba á su reducido número de defensores: no encontró ni uno solo de sus rico-hombres, y Men Rodriguez de Sanabria y Juan Diente se negaban á abrir las puertas del alcázar para cargar á los rebeldes, protestando que era una temeridad oponerse con tan pocos medios de defensa á aquel torrente, que dentro de poco tiempo debia inundar el alcázar.

El rey en su furor se lanzó solo á la poterna seguido por algunos ballesteros que no se atrevieron á desobedecerle.

Men Rodriguez y Juan Diente se le pusieron por delante de rodillas, y le rogaron con las lagrimas en los ojos que, vista la imposibilidad de la defensa, se salvase.

—¡Que me salve, traidores! eslamó el rey transportado de furor: ¡es decir, que abandone mi ciudad real sin haberla incendiado, cuando se me subleva! ¡que les abandone mi alcázar, mis riquezas! ¡no! ¡no! ¿no se atreven á retar á su rey? pues bien, ¡su rey acepta su reto, y ¡ay de ellos sino me hieren en la cabeza! yo cortaré las suyas como si se tratase de un solo hombre. ¡Atrás! ¡atrás! plaza al rey!

—¡No será! gritó Juan Diente, arremetiendo á don Pedro y sujetándole con sus fuerzas de toro: ¡qué nadie me impida salvar al rey! ¡Atrás, atrás todos! ¿no oís que ya rechina la poterna?

Y se lanzó en el interior del alcázar forcejeando con don Pedro, que lanzaba rujidos de rabia.

En aquel momento las puertas del alcázar cayeron hechas pedazos, y Leila y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador se lanzaron dentro, hacha en mano.

—¡Rendíos! gritó Leila, al ver delante de los ballesteros y de los escasos hombres de armas, á Men Rodriguez de Sanabria.

—¡Què nos rindamos! gritó Men Rodriguez, embistiendo á Leila; ¡qué nos rindamos á tí, miserable, infame! ¡oh! ha llegado tu hora, mujer infernal! ¡estás armada y rodeada de tu gente! ¡pues bien! ¡pide al diablo que te ayude!

Trabóse un combate cuerpo á cuerpo al arma corta: por uno de esos accidentes tan comunes en este género de lucha, Men Rodriguez y Leila se encontraron aislados; los ballesteros y la gente de armas del rey cubrian la entrada del patio conteniendo á los invasores, y Leila y Men Rodriguez se encontraban dentro.

Leila atacaba con un furor incansable, pero cuidando de no herir de muerte á Sanabria; el jóven, á pesar de su valor, de sus puños y de su destreza, se sentia dominado y cejaba: Leila era un demonio: su brabura, su fuerza, su serenidad, eran incomprensibles en una mujer: Men Rodriguez retrocedia, conociendo en Leila visibles intenciones de desarmarle: Men Rodriguez comprendió que nada conseguiria con la espada, y la arrojó lanzándose con los brazos abiertos á Leila.

—¡Oh! ¡oh! ¡quieres abrazarme, Sanabria! esclamó Leila; pues abracémonos, abracémonos; yo te probaré que mis brazos, que hubieran sido dulces para tu amor, son de acero para tu odio.

Y arrojando su espada, fue á cerrar con Men Rodriguez; pero en aquel momento por una puerta inmediata apareció al frente de algunos hombres de armas un atlético caballero, mientras por otra avanzaba Juan Diente.

Los ballesteros y los hombres de armas del rey, aunque disminuidos en el número, contenian aun á los invasores. Leila se vió perdida.

Juan Diente se precipitó sobre Men Rodriguez, y le apartó entregándole á algunos ballesteros, mientras el caballero atlético de la armadura negra, embestia con Leila.

La terrible jóven se replegó á un ángulo, y empuñó su hacha de armas que llevaba pendiente de la cintura.

—Quiero que sepas quien te va á matar, infame, esclamó el caballero encubierto alzándose la visera.

—¡El Monge negro! gritó palideciendo y aterrándose Leila.

—Sí; yo, Juan-sin-Alma, gritó el caballero; yo, el antiguo amigo de tu padre, que se ve obligado á castigar los crímenes de la hija.

Una fascinacion poderósa se apoderó de Leila, que muda, aterrada, temerosa, cayó de rodillas delante de Juan-sin-Alma.

—¡Oh! ¡quién me hubiera dicho, esclamó el monge, cuando yo te tenia sobre mis rodillas y besaba tus

cabellos, doña Ana, que me habia de ver precisado á esterminarte!

—¡Herid! gritó la indomable jóven: ¡herid! ¡y maldito seais vos, que aun así me aterrais y me impedis mi venganza!

Los defensores del alcázar empezaban á ceder: Juan-sin-Alma asió violentamente á Leila, que lanzó un grito de terror: el Monge negro desnudó su puñal, cerró los ojos horrorizado por lo que iba á hacer, y descargó tres terribles puñaladas sobre el pecho de Leila, esclamando:

—¡Qué se cumpla la justicia de Dios!

Leila cayó desplomada: el Monge negro la miró: estaba inerte, inmóvil.

—¡Oh! esclamó Juan-sin-Alma: no pensaba yo que me veria obligado á ser tu verdugo.

Y como los sublevados empezasen á inundar el patio, huyó por una puerta cercana y alcanzó á Juan Diente, que conducia á viva fuerza á Men Rodriguez á la torre del Oro, por el muro que la unia con el alcázar.

—¿Y esa mujer? esclamó Sanabria, al ver á Juan-sin-Alma que se habia calado de nuevo la visera.

—Esa víbora humana está en este momento rindiendo cuenta á Dios de sus crímenes.

—¡Muerta! esclamó Men Rodriguez.

—Sí, muerta; contestó lúgubremente el monge.

—¿Y la habeis cortado la cabeza, señor, dijo Juan Diente.

—Yo no soy verdugo, contestó Juan-sin-Alma severamente.

—¡Oh! pues sino la habeis cortado la cabeza, no habeis hecho nada: y aun sin cabeza creo que habia de resucitar para darnos guerra esa maldita mujer.

—¿Está el rey á salvo, dijo el monge?

—Sí, si señor, contestó Juan Diente; no me ha costado poco trabajo: el almirante don Gil Bocanegra voga en este momento llevando consigo al rey, á sus hijas, y á la hija bastarda del Bastardo.

—¡Y mi esposa! esclamó Men Rodriguez!

—Lo que importa, es salvarnos: una galera nos aguarda al pié de la torre del Oro. Despues volveremos, conquistaremos á Castilla, y muerta esa mujer maldita y cortadas algunas cabezas de traidores, viviremos en paz.

Poco tiempo despues una galera castellana conducia á su bordo á Men Rodriguez de Sanabria, al Monge negro, á Mateos Ferrandez, á Martin Yañez y á Juan Diente. Por un milagro habian podido salvarse algunas arcas llenas de oro y pedrería, que estaban depositadas en la torre del Oro, y que eran por entonces todo lo que quedaba al rey.

El populacho le buscó inútilmente en el alcázar, y no encontrándole, se entregó al pillaje.

Pocos dias despues, el conde de Trastamara, ya don Enrique el II, entraba triunfante en Sevilla, mientras el rey don Pedro, fugitivo, proscripto, acompañado solo de Men Rodriguez de Sanabria, del Monge Negro y de Juan Diente, se dirigia á Burdeos á mendigar la ayuda de Eduardo, príncipe de Gales, para reconquistar su reino.

EPILOGO.

Han pasado algunos años. Durante ellos una terrible guerra civil habia devorado á Castilla. El príncipe Negro habia cumplido leal y buenamente sus compromisos con el rey don Pedro: Duguesclin y su famosa compañía blanca habian sido vencidos en Nájera; don Enrique se habia visto obligado á huir á su vez, y don Pedro volvió á ser rey de Castilla.

Pero todos sabemos la poca duracion de su segundo reinado: las crueldades de don Pedro, siempre en aumento, le robaron la ayuda del príncipe Negro; sus reinos espantados empezaron de nuevo á sublevarse, don Enrique penetró otra vez en Castilla, y al fin despues de algunas vicisitudes, le venció en Montiel y le encerró en su castillo.

Era la noche del 23 de marzo de 1369.

Brillaba la luna en lo mas alto del cielo, é iluminaba las blancas tiendas de un campamento en que reinaba una agitacion estraña: á la derecha se alzaban la villa de Montiel y su castillo, y en él se veian iluminaciones, se escuchaban gritos de triunfo y de alegría.

En medio del tumulto, consiguiente á una victoria decisiva, era muy estraño el estado de soledad y de abandono en que se encontraba una tienda situada al estremo del campamento de don Enrique, y aislada de las otras.

Aquella tienda pertenecia á un capitan de aventuros de la compañía blanca llamado Ibon de Lakonnet.

Entremos en aquella tienda, porque allí está el desenlace de nuestro libro.

Al escaso resplandor de la luna que iluminaba debilmente el interior, se veia un cadáver arrojado sobre un ensangrentado lecho de campaña: un rayo del astro de la noche, penetrando por la abertura de la tienda iluminaba el lívido rostro del cadáver en el que se notaba una terrible espresion de odio, de rabia y de cólera que aun no habia podido borrar la muerte: del cuello del cadáver brotaban aun algunas gotas de sangre, señal clara de que el asesinato acaba de cometerse.

Aquel rostro, terrible aun, daba á conocer al rey don Pedro I de Castilla, el cruel, segun unos, el justiciero, segun otros.

Parecia que el horror aislaba aquella tienda, maldita por un fratricidio, cobarde, por una traicion que será siempre una mancha roja en medio de la gloria del Cid francés, de Beltran Duguesclin, caballero sin tacha, hasta la muerte del rey don Pedro.

Apesar de este horror, de esta soledad, dos seres vivientes se acercaban en opuestas direcciones á la tienda del capitan Ibon. El uno de estos seres marchaba de una manera decidida; el otro se recataba, se encogia, se replegaba unas veces tras de una piedra, otras, tras de un matojo: despues avizoraba, y solo adelantaba cuando estaba seguro de no ser observado.

El primero de estos seres llegó al fin á la tienda, entró, se detuvo delante del cadáver del rey y llegó, se sentó en el suelo y se puso á contemplar á don Pedro.

El mismo rayo de luna que iluminaba el rostro del cadáver, iluminaba al de la persona que le observaba.

Era Leila.

Leila que habia sobrevivido á las heridas del monge negro, como habia temido Juan Diente, Leila en cuyo semblante, á pesar del odio que profesaba al rey don Pedro, no habia alegría.

La causa de su espresion profunda, terrible, sin esperanza, nos la esplicará ella misma si la escuchamos.

—¡Muerto! ¡muerto! decia: yo creia que despues de haberte deshonrado, despues de haberte despedazado el corazon, no me restaba mas que matarte. Yo he hecho que Beltran, el noble Beltran faltase á su fe de caballero, y te entregase á tu enemigo: y.... has muerto, has muerto, como un perro, bajo el puñal de tu hermano, y sin embargo, no me siento vengada, y no puedo vengarme mas porque ya no existes..... si te pudiera volver á la vida, para hacerte probar cien veces la rabia del vencimiento... ¡oh! imposible... y yo, yo... te ofrezco una venganza completa sobre mí misma, con mi desesperacion, con mi rabia... tu has descansado ya y yo padezco aun... y Sanabria, ese Sanabria, que te ha servido hasta la muerte, ese Sanabria, á quien tengo en mi poder, me desprecia... ¡oh! en vez de gozar mi venganza te envidio, rey, porque tú has dejado de sufrir, y yo sufro todavía!

En aquel momento una sombra interceptó el rayo de la luna. Leila alzó el rostro y vió ante sí un hombre: quiso ponerse de pié, pero aquel hombre que habia lanzado un grito de asombro al reconocerla, la sujetó, asiéndola del cuello con la fuerza de unas tenazas de hierro.

Aquel hombre era el ballestero de maza, Juan Diente.

—¡Oh! esclamó apretando cada vez mas el cuello de Leila, ya decia yo que el valiente Juan de Villafranca, el monge negro, Juan-sin-Alma, como mejor quieras no habia sabido matarte... pero yo, Juan Diente, el

El rey don Pedro en la segunda batalla de Nájera.

verdugo, el asesino, como tú dices, tengo mas esperiencia. Yo te juro que no escaparás de mis manos.

Y la tiró contra el cadáver.

—Mátame le dijo Leila: estoy desesperada.

—¡Oh! ¡oh! si te mataré, porque... porque solo el deseo de ver por última vez á mi pobre señor, á mi desdichado don Pedro, á quien he amado como si hubiera sido mi hijo, me ha traido aquí; necesitaba verle por la última vez; mojar mis manos en su sangre y decirle: señor, señor, el infame Bastardo cree que con vuestra muerte está seguro... pero se engaña, porque aun vivimos tres vasallos vuestros que pereceran; ú os vengarán, vivimos Men Rodriguez de Sanabria, Juan de Villafranca y yo, Juan Diente... ¡oh! y es un buen presagio, señor, cuando vengo á juraros venganza, encontrar aquí á la infame, á la miserable que os ha rasgado el corazon, que ha ayudado con su oro y con sus artes al infame asesino, al vil, bastardo y voy á sacrificarla, señor, á tu memoria... voy á verter su sangre sobre tu sangre; pero no; la sangre de esa infame no merece mezclarse á tu noble sangre, rey.

Y arrojándose sobre Leila la asió, sin que esta le opusiese resistencia.

—¡Y no te defiendes! gritó Juan Diente.

—Quiero morir, mátame, contestó Leila.

—¡Oh! si estuviéramos en otro lugar yo no te mataría..te atormentaria lentamente dia por dia, mes por mes, año por año...

—Mátame, repitió Leila.

Juan Diente, ciego de furor, la arrojó por tierra desnudó su ancho puñal, la asió por los cabellos y se inclinó sobre ella.

—Espera un momento, le dijo Leila.

—¿Qué quieres?

—Toma esta sortija: averigua donde está preso Men Rodriguez de Sanabria, y por esta sortija te permitirán entrar á su prision y salir con él.

Juan Diente tomó la sortija y se inclinó de nuevo sobre Leila.

—Espera, espera aun, dijo la jóven, cuando salves á Men Rodriguez, dile que muero amándole.

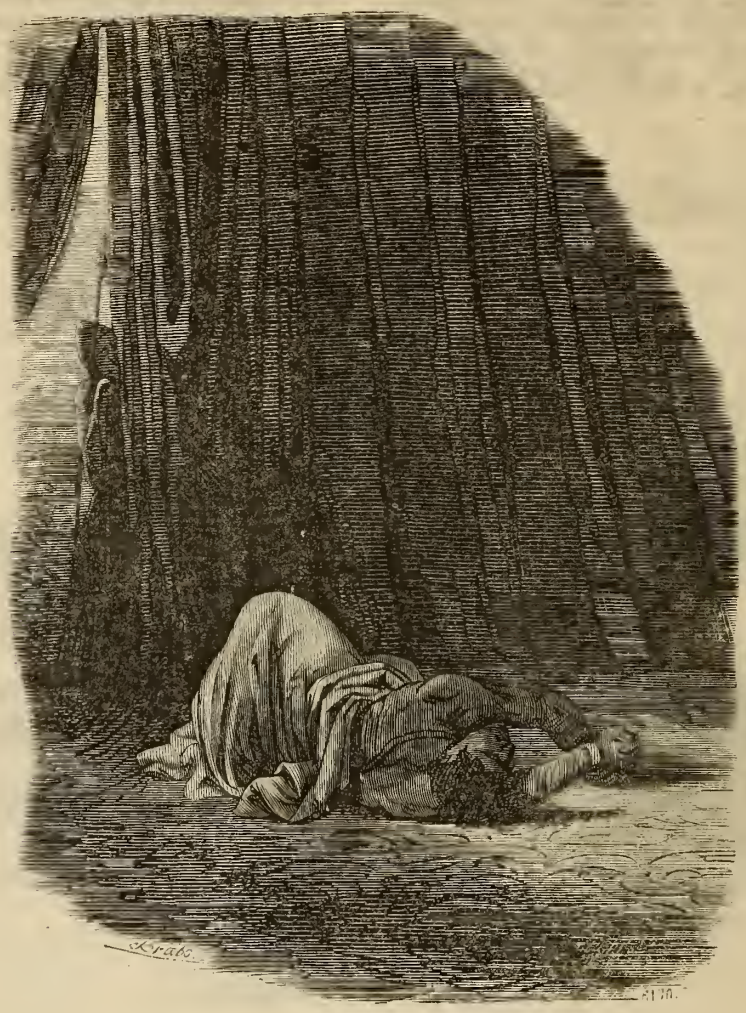
—¡Oh! ¡maldita seas tú y tu amor! esclamó Juan Diente y sepultando su puñal en el hermosísimo cuello de Leila, la cortó la cabeza.

—¡Oh! dijo, ¡de esta vez juro que no resucitarás!

. . . . . .

. . . . . .

Cuando algunas horas adelante entraron en la tienda, para cortar la cabeza á don Pedro y enviarla á Sevilla como una muestra indudable de la muerte de don Pedro, encontraron el tronco decapitado de Leila y



El rey don Pedro en la tienda de Sbon de Lakounet.

un pergamino en que estaban escritas estas palabras:

—¡Guarda fratricida, guarda! ¡él ha caido del trono herido por tu puñal y tu caerás como él!

Diz que en mucho tiempo no pudo olvidar don Enrique el II esta amenaza.

Men Rodriguez de Sanabria estuvo mucho tiempo preso, y desde la muerte del rey don Pedro abandona su nombre la historia.

Nosotros, sin embargo, que solo nos habiamos propuesto dar al público en una novela la abnegacion y los inmensos sacrificios de este buen caballero, respecto al rey don Pedro, mientras aquel monarca vivió, empeño que creemos haber cumplido, como quiera que este personaje se nos ha hecho al tratarle simpático, hemos procurado averiguar lo que fue de él, despues de su prision, y habiéndolo conseguido nos proponemos relatar á nuestros lectores, cuanto Men Rodriguez hizo por la memoria del rey don Pedro bajo el reinado de Enrique II el fratricida.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

Pág.

LIBRO PRIMERO.

Capitulo primero. El Peregrino. 3
Cap. II. El Trovador. 5
Cap. III. Leila. 9
Cap. IV. Los ballesteros del rey. 14

LIBRO SEGUNDO.

Capitulo primero. Del encuentro que tuvo Men Rodriguez al pié de la torre de la iglesia Mayor de Sevilla. 17
Cap. II. De cómo Men Rodriguez encontró en una pieza sastre y amigo. 20
Cap. III. El hombre del sombrero verde. 21
Cap. IV. En que se sabe quiénes eran Maese Pedro y María. 28
Cap. V. En que se sabe quién era el hombre del sombrero verde. 31
Cap. VI. Los dos hermanos. 33
Cap. VII. El castillo de Triana. 39
Cap. VIII. De cómo el señor Juan Tenorio conoció que la jovialidad del rey era fingida. 44

LIBRO TERCERO.

Capitulo primero. ¿Era fraile ó verdugo? ¿era verdad ó mentira? 51
Cap. II. Doña María de Padilla. 54
Cap. III. Angel y mujer. 56
Cap. IV. Tentacion. 58
Cap. V. De cómo algunas horas de soledad con Men Rodriguez de Sanabria y el símil poético de un compañero, dieron mucho en qué pensar á doña Aldonza Coronel. 61

LIBRO CUARTO.

Capitulo primero. La casa del señor Arcediano. 65
Cap. II. Los derechos del señor Arcediano. 66
Cap. III. El señor Arcediano. 67
Cap. IV. El entierro. 68
Cap. V. En que el rey empieza á hacer algo por Men Rodriguez. 75
Cap. VI. De cómo desempeñó Men Rodriguez dos importantes comisiones del rey. 80
Cap. VII. Marido infame y mujer mártir. 82

LIBRO QUINTO.

Capitulo único. Arriba y abajo. 86

LIBRO SESTO.

Capitulo primero. Los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador. 89
Cap. II. En que Pedro-el-Negro relata algunos interesantes antecedentes del Arcediano. 92
Cap. III. En que se empiezan á ver bajo su verdadero punto de vista los peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador. 93
Cap. IV. De lo que aconteció á Men Rodriguez mientras velaba las armas. 94
Cap. V. De cómo entraba el rey don Pedro á trasmano en los lugares mas vedados. 98
Cap. VI. En que se demuestra que el rey don Pedro era incansable. 100
Cap. VII. De cómo el rey armó caballero á Men Rodriguez de Sanabria. 101

LIBRO SETIMO.

Capitulo primero. Del recibimiento que tuvo el conde de Arcos á nuestro buen conocido Andrés. 103
Cap. II. La reina doña Blanca. 105
Cap. III. De cómo tenia tambien traidores en su servidumbre doña Blanca. 110
Cap. IV. Las intrigas de la reina. 111

LIBRO OCTAVO.

Capitulo único. En que se sabe lo que fue de Andrés Corchuelo. 114

LIBRO NOVENO.

Capitulo primero. La ermita del monge negro.—El monge negro. 118
Cap. II. De cómo cierto principal personaje aprovechó el misterio del monge negro para sus asuntos terrenales. 119
Cap. III. Espionaje por amor. 122
Cap. IV. De cómo el ballestero mayor se encontró metido en un torbellino de misterios. 123
Cap. V. De cómo tres personas distintas hicieron tres sangrias iguales á don Simuel. 125
Cap. VI. Traicion contra traicion. 127
Cap. VII. De cómo el maestre de Santiago se descubrió mas de lo que debia. 129
Cap. VIII. Del estraño ejército que procuró á don Pedro su tesorero mayor. 130
Cap. IX. En que se da cuenta del objeto con que iban en procesion los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador. 134
Cap. X. De cómo por lo que les importaba, sirvieron al rey don Pedro los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador. 138

LIBRO DÉCIMO.

Capitulo primero. En que se trata de la manera cómo salió Beatriz del poder del rey. 139
Cap. II. En que se ve que la vieja Berta era mas de lo que parecia. 141
Cap. III. En que se ve la mano que tenia la luz de todos estos misterios. 146

LIBRO DÉCIMOPRIMERO.

Capitulo primero. De cómo don Simuel se vió obligado de una manera fatal á ser traidor al rey. 149
Cap. II. Los amores de doña María. 154
Cap. III. En que se ve el móvil de las intrigas de Leila. 159
Cap. IV. Alianza de odio. 162
Cap. V. De cómo pueden mentir los astros. 163

LIBRO DÉCIMOSEGUNDO.

Capitulo primero. De cómo los asuntos se iban poniendo cada dia mas escabrosos y difíciles. 166

PÁG.

CAP. II. De cómo podia disponer el rey de los servicios del infante don Juan 169
CAP. III. De cómo Men Rodriguez conoció que era mas difícil de lo que parecia, ser leal al rey. 171
CAP. IV. Cómo hacia sus justicias el rey don Pedro. 176

LIBRO DECIMOTERCERO.

CAPITULO PRIMERO. De cómo fue testigo de lo que no quisiera, maese Blas Corchuelo. 180
CAP. II. De cómo Leila habia sabido constituirse en señora de vasallos, sin haber necesitado para ello cédulas ni donaciones reales. 185
CAP. III. Dos en una. 187
CAP. IV. En que se ve que Leila, para conseguir sus fines, no se paraba en barras. 188
CAP. V. De cómo, mal escarmentado Andrés Corchuelo, y siempre por amor á Beatriz, recibió á cierra ojos un nuevo encargo de Alvar Yañez. 191
CAP. VI. Dios los cria y ellos se juntan. 194
CAP. VII. De lo que hizo y vió maese Blas en casa de Leila. 198
CAP. VIII. De lo que hacia Leila mientras pasaban estas estrañas cosas en su casa. 201
CAP. IX. De cómo Leila empezó á tener miedo 207

LIBRO DECIMOCUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO. En que se demuestra la buena fe que tenian en aquel tiempo los vizcainos. 209
CAP. II. De cómo los vizcainos eligieron por su señor al rey de Castilla. 213
CAP. III. De cómo acabaron los asuntos del infante don Juan. 214

LIBRO DECIMOQUINTO.

CAPITULO PRIMERO. De cómo Andrés Corchuelo encontró en Sevilla dos cosas que no esperaba. 220
CAP. II. El infante moro Abou 'l-Sayd. 222
CAP. III. De cómo encontró Pedro-el-Negro en el pecado la penitencia. 225
CAP. IV. En que aparece de nuevo Leila, incansable en su obra de venganza. 227
CAP. V. De la manera cruel que tuvo Leila de deshacerse de doña Aldonza. 231
CAP. VI. En que se sabe cómo y por qué habia ido á Zaragoza Leila. 233
CAP. VII. Que no es otra cosa que un apéndice histórico. 238

LIBRO DECIMOSESTO.

CAPITULO PRIMERO. De cómo se encontraron Men Rodriguez y Andrés Corchuelo. 239
CAP. II. Que viene á ser, por la relacion que tiene con el anterior, su complemento. 250
CAP. III. De cómo doña Sol de Vargas hizo conspirador á Andrés Corchuelo. 254

LIBRO DECIMOSETIMO.

CAPITULO PRIMERO. En que parecen la perdida Beatriz y su abuela doña Berta. 258
CAP. II. De cómo el rey busco y dió esposa á Men Rodriguez contra su voluntad. 268
CAP. III. ¡Hermanos! ¡no mas que hermanos! 270

LIBRO DECIMOOCTAVO.

CAPITULO PRIMERO. De la impresion que hicieron en Leila las dos cartas sucesivas del escribano Alvar Yañez. 274

PÁG.

CAP. II. La primera batalla de Nájera. 276

LIBRO DECIMONOVENO.

CAPITULO PRIMERO. En el que se sabe lo que fue de Leila. 280
CAP. II. De cómo el rey Bermejo de Granada, confiando demasiado en la generosidad castellana, fué á meterse en la boca del lobo. 283
CAP. III. De cómo recibió el rey don Pedro en audiencia particular á don Simuel Leví, y en aundiencia pública al rey Abou 'l Sayd, el Bermejo, de Granada. 285
CAP. IV. De la manera cómo se quitó de encima Leila á Juan Tenorio y de su misteriosa partida. 289
CAP. IV. De cómo Isabel supo la muerte de Pedro-el-Negro. 291
CAP. V. De cómo el rey supo, con sorpresa, lo que nunca hubiera querido saber, y de cómo Isabel-la-Liebre hizo traicion á Leila. 292
CAP. VI. De cómo el rey se encontró en una de las mas difíciles situaciones en que puede encontrarse un marido. 295
CAP. VII. El rey en la caza del lobo. 297

LIBRO VIGESIMO.

CAPITULO PRIMERO. De lo que esperaba Leila en Jerez. 299
CAP. II. Fatalidades. 304
CAP. III. En que se relata lo que aconteció á doña Blanca de Borbon en poder de Juan Perez de Rebolledo. 308
CAP. IV. La agonía de doña Blanca. 309
CAP. V. De cómo recibió el rey la noticia de que era viudo de su segunda mujer. 313

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

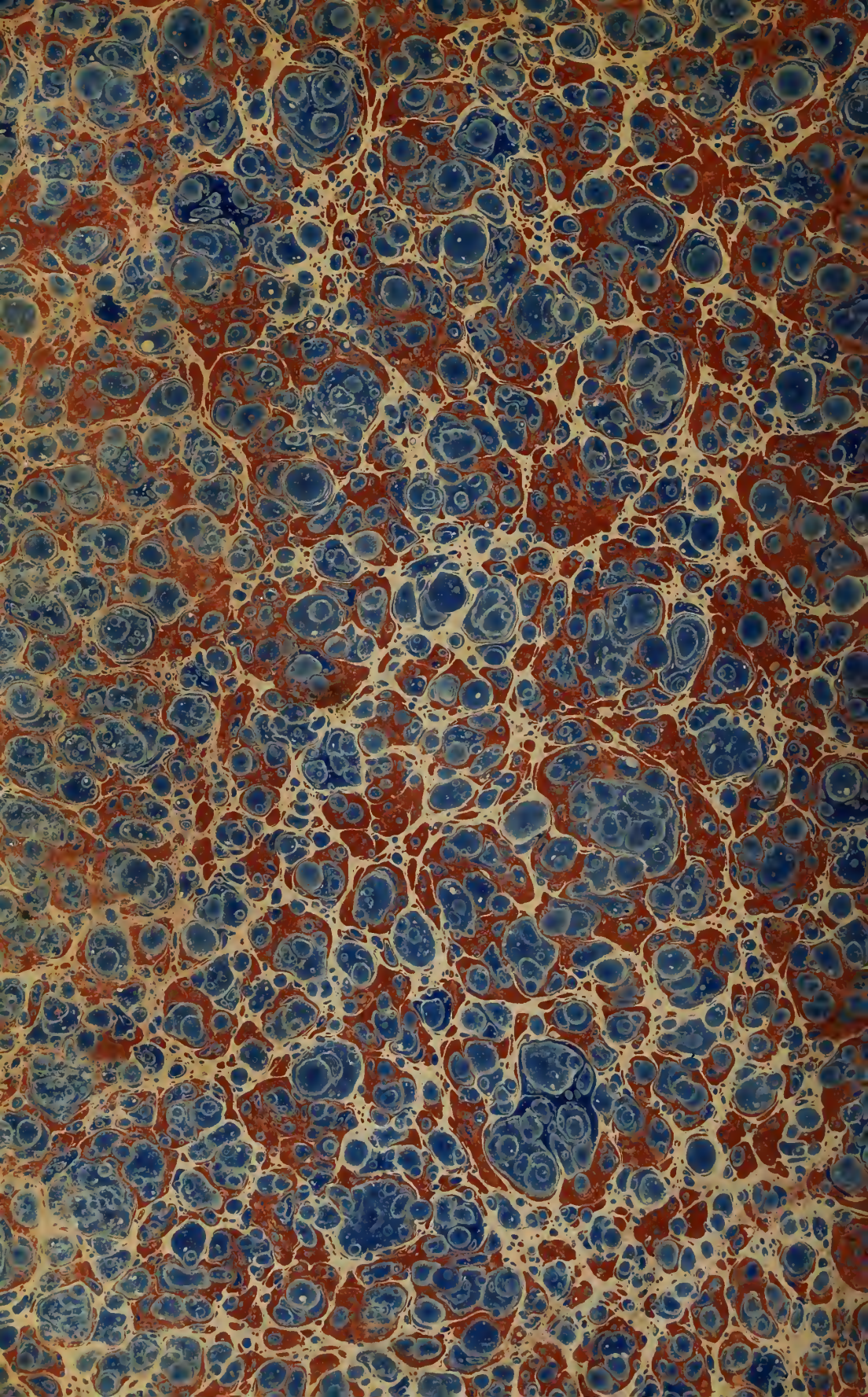
CAPÍTULO PRIMERO. De cómo entretanto Leila no se dormia en las pajas. 315
CAP. II. En que se vé que no era todo pedernal el corazon del rey don Pedro. 317
CAP. III. En que se sabe en lo que vino á parar el rey Bermejo de Granada. 321
CAP. IV. Leon y pantera. 323

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO. Hambre, peste, etc.... 326
CAP. II. De la desgracia que por causa de Leila aconteció á don Simuel Leví. 328
CAP. III. De cómo el rey dió un banquete que podia llamarse diplomático, á Men Rodriguez y á su mujer, en la cámara de doña María de Padilla. 329
CAP. IV. De lo que aconteció á Men Rodriguez en la villa de Carmona. 334

LIBRO VIGESIMOTERCERO.

CAPITULO PRIMERO. De lo que pasaba por doña María de Padilla. 337
CAP. II. De qué manera aprovechó Leila la ausencia del rey don Pedro. 339
CAP. III. De cómo el rey se alegró, y volvió á entristecerse, y se aterró al fin. 342
CAP. IV. El hombre propone y Dios dispone. 343
CAP. V. El golpe en el corazon. 345
CAP. VI. Apuntes históricos que nosotros creemos indispensables y lo son para la mejor inteligencia de esta historia. 347
CAP. VII. En que parece que el diablo se cansa de protejer á Leila. 350
Epílogo. 352



457969

LS Fernández y González, Manuel
F3674me Men Rodriguez de Sanabria.

University of Toron
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocke
LOWE-MARTIN CO. LIMIT